El sueño de un emperador cuya ambición no conocía límites.

El Sueño de Justiniano

Salvador Felip

B

EL SUEÑO DE JUSTINIANO

Salvador Felip Represa



1.ª edición: diciembre, 2013

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)
www.edicionesb.com

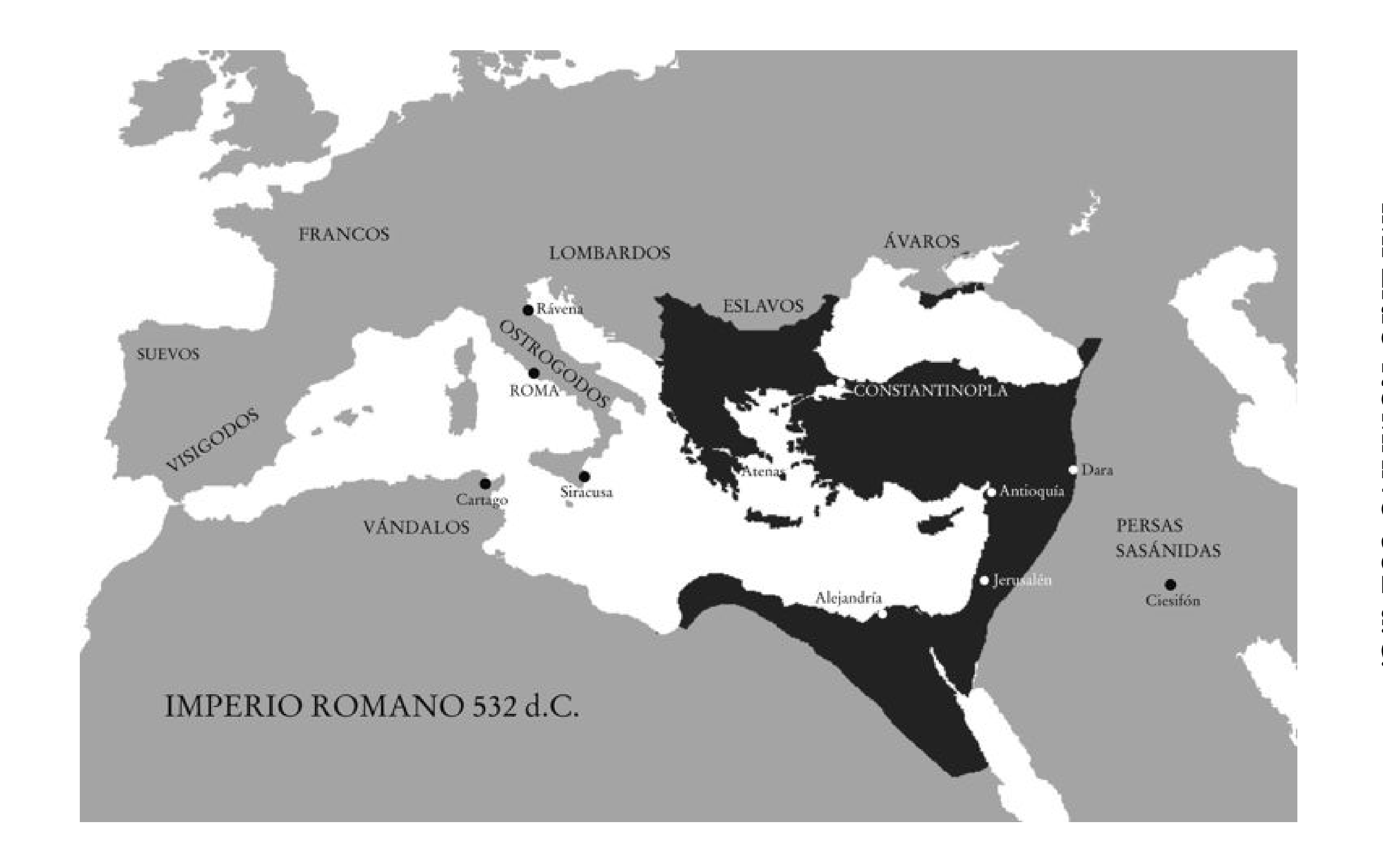
Depósito Legal: B. 29.277-2013

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-709-7

Maquetación ebook: Caurina.com

A mi padre.
Espero que esté tan orgulloso
de mí como yo lo estoy de él.

Contenido



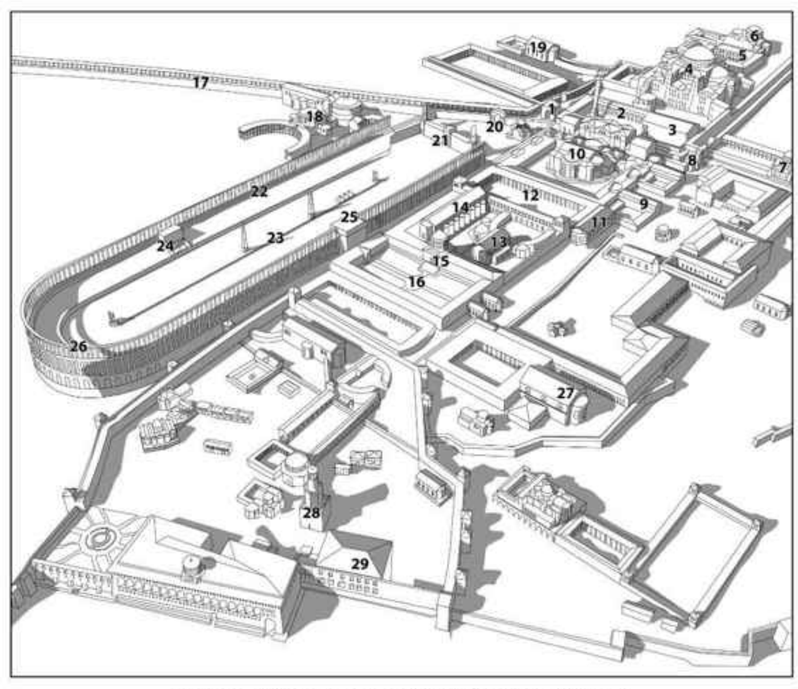
IMPERIO ROMANO 532 d.C.

CONSTANTINOPLA 532 d.C.



CONSTANTINOPLA 532 d.C.

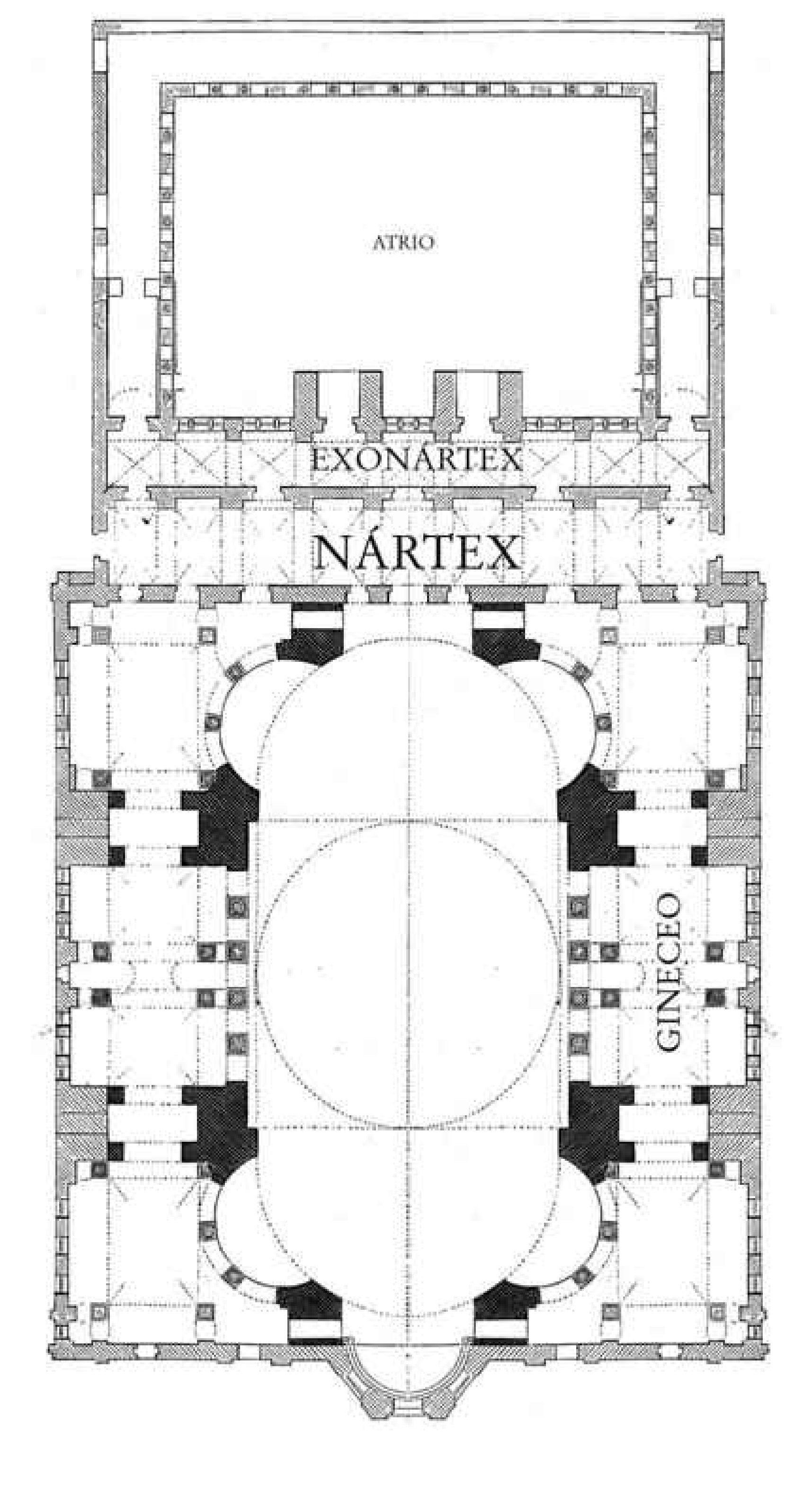
UBICACIÓN DE LOS EDIFICIOS PRINCIPALES EN EL PLANO



UBICACIÓN DE LOS EDIFICIOS PRINCIPALES
EN EL PLANO

1 Milion
2 Augusteon
3 Senado
4 Santa Sofía
5 Hospital de Sansón
6 Santa Irene
7 Magnaura
8 Chalke
9 Patio de Excubitores
10 Termas de Zeuxipo
11 Consistorio
12 Delphax
13 Onopus
14 Salón de los 19 lechos
15 Octagón
16 Palacio Dafne
17 Avenida Mese
18 Palacio de Antíoco
19 Iglesia de Chalkoprateia
20 Dihippion
21 Carceres
22 Hipódromo
23 Spina (Euripos)
24 Palco de los jueces
25 Kathisma (palco imperial)
26 Sphendone
27 Iglesia de San Miguel Arcángel
28 Faro
29 Palacio de Hormisdas

PLANTA DE SANTA SOFÍA


ATRIO
EXONÁRTEX
NÁRTEX
GINECEO

Constantinopla, 1 de enero de 532

La silueta de la gran basílica de Santa Sofía se vislumbraba claramente a través de la ventana. El tejado a dos aguas que coronaba la nave central mostraba un oscuro tono grisáceo, iluminado por la claridad de la luna, atrayendo la mirada del emperador como si de un nuevo faro se tratase.

Desde el estrecho mirador en lo alto de la cúpula del Octagon, los pardos ojos del emperador miraban hacia el norte, por encima de los rojizos tejados de los edificios palaciegos y de las cúpulas que coronaban los baños de Zeuxipo. Posada en la basílica, su mirada mostraba esa extraña mezcla de vivacidad y melancolía que tan sólo la presencia de Teodora, su esposa, conseguía aliviar.

Se llamaba Flavio Pedro Sabatio, aunque eran pocos los que recordaban su nombre, y menos los que osaban utilizarlo. Incluso para él mismo, decidido a olvidar su humilde origen, aquellas tres palabras casi carecían de significado. Para la historia sería tan sólo Justiniano.

Un ruido le hizo volver la cabeza, desviando su vista de la ventana. Veinte codos más abajo, en el centro de la sala, iluminada por la titilante luz que emitía el aceite prendido de ocho amplios braseros de bronce labrado, uno de los criados eunucos de palacio elevaba los ojos hacia él. Desde su posición, el esclavo tan sólo podía observar la oscura forma de la clámide púrpura del emperador moviéndose entre las sombras del techo, al trasluz de los anchos ventanales que se dibujaban en el tambor de la estrecha cúpula octogonal. El sirviente se persignó antes de realizar una apresurada reverencia y huir, más que retirarse, con el rostro lívido.

Justiniano era consciente de los rumores que circulaban entre la servidumbre del palacio. Sus frecuentes paseos a altas horas de la noche despertaban innumerables comentarios, así como un sinfín de risibles cuentos, en los que su cabeza desaparecía mientras caminaba, o su rostro se transformaba en una tez pálida carente de rasgos humanos. La pueril imaginación de los esclavos suponía un terreno fértil para leyendas sobre el diablo. Sin embargo, ninguno de ellos podría entender el por qué de su insomnio, de sus interminables días enterrado en la burocracia del estado, de su continuo ensimismamiento.

Gracias a su elevada posición, observó el suelo de la amplia sala, vacía tras la veloz salida del funcionario. Un inmenso mosaico de diminutas teselas ocupaba casi todo el espacio, rodeado por un ancho círculo de motivos florales. Sobre el pavimento, los mosaiquistas habían dibujado una excelente vista de Constantinopla, un triángulo de abigarradas construcciones de piedra y mármol rodeado por pequeñas ondas azuladas. En primer plano, a un lado de la detallada representación, un orgulloso Constantino marcaba los límites de su nueva Roma con una lanza.

El emperador clavó los ojos en aquel rostro minuciosamente definido sin poder evitar un destello de envidia, envidia por la fama de grandeza que Constantino había dejado a la posteridad, envidia por haber sabido vencer a la muerte legando al futuro la mayor ciudad sobre la tierra.

A lo largo de los siglos, muchos hombres habían ocupado el solio imperial. De la mayoría tan sólo restaban viejas estatuas o un simple nombre en un papiro olvidado en el fondo de un inmenso archivo. Apenas un puñado permanecía en la mente del pueblo, recordados por la historia.

El día en que ascendió al poder, Justiniano se juró a sí mismo que no sería uno más en aquella lista. Para el vulgo no existía peldaño más alto que envolverse en la púrpura. Sin embargo, para quien se había criado desde joven para ser emperador, la realeza no bastaba por sí misma. Necesitaba más.

Ya en su juventud se sentía predestinado a ocupar un puesto junto a César, Augusto, Trajano o el mismo Constantino. Disponía de cuantas aptitudes personales se precisaban para ello: fe inquebrantable en el Señor, ambición, infatigable disposición para el trabajo, paciencia para conseguir sus fines y una clara idea de lo que debía hacer.

Dios le había agraciado con la diadema de emperador poniéndole al frente de un imperio mutilado. La parte occidental del otrora glorioso estado romano se hallaba sojuzgada por pueblos bárbaros. Hispania, Galia, Britania... La propia Roma se encontraba al arbitrio de las huestes de los ostrogodos.

Lo que para hombres débiles e inconstantes suponía una terrible desventaja, para Justiniano representaba una descomunal oportunidad. Desde el día que se sentó en el trono supo cuál sería su destino. Refundar el imperio. Si Constantino pasó a la historia por crear una nueva ciudad, él sería recordado por crear un nuevo imperio, una nueva Roma.

Durante años había trabajado con ese objetivo en mente, trazando planes, amasando dinero y recursos, estudiando cuidadosamente los pasos a seguir. Por fin, se encontraba en disposición de colocar la primera piedra del camino que le llevaría a la grandeza. Recuperaría uno por uno todos los territorios que las hordas germanas les habían arrebatado, aquellos que por justicia le pertenecían. Unificaría de nuevo el imperio, tras medio siglo de disgregación.

Pero eso no era suficiente.

Su nueva Roma necesitaría nuevas leyes, nuevos códigos que adaptaran la antigua legislación. Por ello, se había lanzado a la ingente tarea de recoger y catalogar todas las leyes existentes en el imperio desde los tiempos de Adriano, condensándolas en un código legal único, algo nunca visto antes. Un gobierno, una ley.

Pero tampoco era suficiente.

Roma había cambiado. El imperio había aceptado la luz del cristianismo, empapándose de la verdadera fe gracias al esfuerzo del fundador de Constantinopla. Justiniano había favorecido la religión luchando denodadamente contra los enemigos de la ortodoxia, así como dedicando enormes sumas a la reparación de las antiguas iglesias y basílicas, al mismo tiempo que levantaba nuevos templos para glorificar al Señor.

Aun así, no era suficiente.

La realidad era tozuda. A pesar de los esfuerzos, de las batallas, del apoyo a la iglesia o de la justicia, una idea oprimía su alma, empujándole a interminables noches de insomnio, deambulando por el palacio como un fantasma incapaz de descansar. Cada vez que su imaginación le permitía rozar su sueño con la punta de los dedos, un triste pensamiento se adueñaba de su mente, el de que su nueva Roma perecería con él.

Tras casi ocho años de matrimonio con su amada Teodora, el Señor aún no les había concedido la bendición de un hijo, de un heredero que consolidara su obra. Cada mes, Justiniano ansiaba escuchar de labios de su esposa la feliz noticia y, cada mes, el sangriento mensajero del fracaso acudía puntualmente a su sombría cita. Poco a poco, el emperador veía cómo la arena se escurría entre sus dedos, lenta pero inexorablemente. El tiempo se agotaba.

Tan sólo un hijo propio, educado exhaustivamente desde su nacimiento, sería capaz de comprender y proseguir la ingente tarea que legaría a su muerte. La cabeza de Justiniano rebosaba de

planes para renovar el decaído imperio romano, para devolver a Roma el lugar que le correspondía como dueña y señora del mundo, para levantar de sus cenizas el orden que había reinado en la antigüedad. Pero, sin un hijo varón, todo cuanto consiguiera sería inútil.

Justiniano era consciente de las terribles luchas de poder que habían desangrado el imperio cada vez que el trono quedaba vacante. Sin heredero, la guerra civil devoraría cualquier avance logrado durante su vida. Las conquistas se perderían, a medida que los soldados se apartaran de las fronteras para luchar en pro de uno u otro candidato al trono. La ley caería en desuso, pues la justicia no existe en un mundo envuelto en la guerra, y las herejías se multiplicarían libremente en medio del caos. Roma ya había caído una vez víctima de las incesantes luchas internas, y Justiniano no soportaba la idea de que eso mismo le pasara al renovado imperio que estaba proyectando.

Tras soportar el incesante goteo de médicos augurando remedios infalibles con los que conseguir la ansiada concepción, el emperador se había convencido de que tan sólo el Señor sería capaz de concederle su anhelo. Al igual que a la bíblica Isabel, el Todopoderoso podía insuflar vida en el vientre de su esposa con un simple soplo de su gracia, pero el tiempo pasaba y nada ocurría. Cada noche sus preocupaciones vencían al sueño, obligándole a abandonar el lecho en una continua penitencia a través de los vacíos pasillos del Gran Palacio, con una pregunta resonando en su cabeza: ¿por qué?

No entendía por qué Dios le castigaba con la esterilidad, a él, que no era otra cosa que su representante en la tierra. Y aunque no encontraba falta alguna en su comportamiento que pudiera penarse con tan cruel castigo, buscaba una y otra vez una forma de expiar sus pecados, una ofrenda que le congraciara con el Altísimo. Pero su mente se encontraba tan estéril de ideas como su matrimonio. No era capaz de encontrar la manera de congraciarse con el Señor, de ofrecerle algo digno de su infinita gloria.

Su mirada continuó deslizándose por el mosaico, en un vano intento de distraer su cabeza de la carga que oprimía su pensamiento. Recorrió con los ojos las duras facciones de Constantino, en las que se insertaba una ligera sonrisa. Parecía mostrar el momento en que se daba cuenta de que aquel gesto le convertiría en inmortal.

Justiniano, a diferencia de sus insignes predecesores, parecía incapaz de sustraerse a ese acerbo destino, que lo empujaba a

diluirse con el tiempo, desapareciendo de la frágil memoria de la historia hasta convertirse en un puñado de líneas garabateadas sobre vetustos papiros. Mientras lo miraba, Justiniano tenía la sensación de que Constantino se reía de él, despreciándole por su vano intento de igualarle. Hasta un simple mosaico le ofrecía la sensación de que la gloria de su reinado finalizaría con su muerte.

Con un suspiro de abatimiento, desvió la vista del suelo, recuperando su posición frente a la ventana, como si quisiera comparar la realidad con las figuras que se detallaban en el decorado pavimento del Octagon. Necesitaba una obra grandiosa e inigualable, una ofrenda al Señor que pudiera convertirse en el símbolo de la renovación del imperio, del nacimiento de la nueva Roma cristiana que traería su reinado. La mejor manera de glorificar al Altísimo para que le concediera el don de un hijo no era otra que la de aunar el pasado imperial con la verdadera religión, con la verdadera fe. Ése era el símbolo que necesitaba, el viejo y el nuevo mundo unidos para formar un nuevo comienzo, un nuevo amanecer. Sólo eso complacería lo suficiente a Dios como para que le concediera el don de un hijo.

Cada noche buscaba entre las sombras la inspiración divina, una señal del Señor que le mostrara el camino. Y, sin embargo, el cielo mantenía su mutismo.

A través de la ventana la oscuridad parecía engullirlo todo. Las únicas luces que se mostraban ante sus ojos eran las de la casa de las lámparas, el almacén de seda del palacio, donde los braseros nunca se apagaban.

Una trémula plegaria surgió de los labios de Justiniano, una súplica. Como cada noche, rezó al Creador para que le iluminara.

Cuando aquella vez recibió una respuesta apenas podía creerlo.

Una estrella se deslizó por el cielo, elevándose por encima de la gran basílica de Santa Sofía, descendiendo directamente sobre la iglesia hasta desaparecer en un estallido de luz. Dios por fin le indicaba el camino. Bastó un parpadeo para que Justiniano comprendiera lo que debía hacer. El fuego del Señor sería su guía, y del fuego surgiría su legado.

Cayendo de rodillas, el emperador elevó sus ojos hacia el cielo, para después depositar su mirada en Santa Sofía, preguntándose de qué manera el Altísimo estaría disponiendo las piezas para ayudar a su siervo a cumplir con sus designios.

INSURRECCIÓN

Constantinopla, 2 de enero de 532

—Vas a llegar tarde.

Héctor sonrió a su mujer. Hasta ese momento se había mantenido con la vista fija en la pared, tratando de apurar los últimos trozos de la hogaza de pan que componía su frugal desayuno.

El pequeño comenzó a llorar, reclamando atención y alimento al mismo tiempo. Penélope se levantó tratando de conservar la expresión de seriedad en su rostro, aunque su fachada de mujer inflexible apenas duró un instante. Cada mañana, ella le azuzaba para acelerar su lento despertar, mientras él se limitaba a sonreír, sin decir nada, concentrado en su comida, deleitándose con aquel mendrugo de pan seco mojado en vino aguado como si fuera el más dulce de los manjares.

Para Héctor el silencio resultaba un alivio. Su callada sonrisa era un muro, una forma de eludir la verdad, una manera de no reconocer que, con cada nuevo día, el dolor regresaba a sus contraídos músculos y, con él, la duda de si sería capaz de resistir otra jornada de trabajo.

Penélope recogió al niño de su diminuto lecho de paja y arpillera, y lo acunó dulcemente entre sus brazos, al tiempo que susurraba una canción. Héctor la contemplaba extasiado. Su mente de filósofo no conseguía descifrar la lógica por la que, seis años después, seguía amando a aquella mujer como el primer día. Su pelo, mal recogido en un defectuoso trenzado, dejaba caer largos mechones cobrizos que se enredaban en las tiernas manos del pequeño, cuyo llanto cesó con los suaves arrullos. Héctor observó el ligero vaivén de sus caderas, el pausado ritmo con el que tranquilizaba a su hijo, la sonrisa de felicidad con la que Penélope contemplaba el fruto de su unión. Sin embargo, él no pudo sino volver la cabeza. La idílica escena no era más que un recordatorio de su fracaso, de lo precario de su existencia actual, y de la tensa sensación de impotencia que le acuciaba.

Desde su precipitada huida de Atenas, más de dos años atrás, su vida no había hecho otra cosa que empeorar.

Mientras los últimos trozos de pan desaparecían de su boca, Héctor recordó el pasado, cuando aún era uno de los maestros más jóvenes de la escuela de Atenas, heredera de los grandes filósofos

griegos de la antigüedad. En sus magnas aulas, donde el mármol resplandeciente escondía entre sus muros siglos de erudición, se había esforzado en la enseñanza de la retórica, la ética y la dialéctica. Su trabajo era reconocido tanto por el respeto que le profesaban los directores de la academia, como por los sustanciosos emolumentos recibidos cada año. Por aquel entonces, su futuro brillaba con más fulgor que la antaño famosa llama de Olimpia. Estaba destinado a ser un digno sucesor de Sócrates, Platón o Aristóteles.

Todo se truncó cuando Justiniano ordenó clausurar la escuela.

Un foco de paganismo, un centro de herejía que era necesario atajar. Eso era lo único que el emperador tenía en mente cuando pensaba en la escuela ateniense. Eso, y las ingentes donaciones que se acumulaban entre los muros de sus esbeltos edificios. El estado necesitaba oro, y en la nueva cristiandad nadie levantaría su voz para protestar por la rapiña de un centro pagano.

Con el cierre de aquel último reducto de la cultura clásica, Héctor vio precipitarse su prometedor futuro en un negro abismo en el cual no podía sino caer. Y lo que más le dolía era haber arrastrado a su familia con él.

Cada amanecer se preguntaba por qué había rechazado la oferta de sus antiguos directores, Damascio y Simplicio, quienes le rogaron que les acompañara a la corte del rey persa Cosroes. En aquel momento, la idea de buscar trabajo en la cosmopolita capital del imperio se le antojaba la mejor de las opciones. Tal vez, de haber sabido que le acompañaría en su viaje el estigma del paganismo, habría cambiado la ciudad a orillas del Mármara por las cálidas planicies de Persia.

—Cada día te cuesta más salir por la puerta —afirmó su mujer con fingida dureza.

—Ya me voy.

Se levantó con pesadez, ahogando un quejido cuando sus contraídos músculos se tensaron, doloridos por innumerables jornadas sin descanso. Besó a Penélope y a su hijo, el pequeño Platón, y abandonó la casa envolviéndose en su roída capa de lana.

El rellano de la escalera se inundaba con los gritos que caían a borbotones desde el cuarto piso. Varios hermanos compartían los pequeños habitáculos para ayudarse con el alquiler, única vez en que podían ponerse de acuerdo, pues el resto del día transcurría entre discusiones y peleas, al son de los llantos de su numerosa

prole. Héctor bajó con rapidez por la escalera de madera que descendía hasta el patio interior, temiendo ante los crujidos que se desmoronara en cualquier momento. El alquiler en aquel edificio de ladrillo de cinco plantas era el más barato que había logrado encontrar, el único que podía permitirse su maltrecha economía. A cambio de una exigua renta los vecinos tenían el privilegio de hacinarse en las cercanías de una de las avenidas principales de la ciudad, en medio del olor nauseabundo de los desagües de terracota atascados, compartiendo su menguado espacio con ratas y cucarachas.

El frío suelo de la calle, siempre encharcado en esa época del año, mordió sus pies a través del ligero calzado. Pateó con fuerza el piso, tratando de entrar rápidamente en calor antes de echar a andar, en su corto paseo hasta su lugar de trabajo.

En pocas zancadas dejó atrás el estrecho callejón donde se encontraba el acceso a su vivienda, encaminándose hacia la calle Mese, la avenida principal de la ciudad, donde se ubicaba la fábrica de aceite de su patrón actual. Caminaba con rapidez, seguro de que, a pesar de que acababa de amanecer, Basanio ya se encontraría en el interior de su tienda, resoplando y emitiendo exabruptos por la tardanza de sus empleados.

Héctor dobló varias esquinas, deslizándose por las malolientes y húmedas callejas sin empedrar que componían la parte más recóndita del barrio, sabedor de que resultaba más fácil caminar por allí que pelearse con la multitud que se agolpaba en la avenida principal.

El barrio de Zeugma en el que habitaba se componía en su mayor parte de abigarrados grupos de cabañas de madera, rodeados por antiguos edificios de varias plantas. Levantados precariamente con ladrillos de baja calidad, se articulaban en torno a un patio central, por el que se accedía a las pequeñas viviendas por medio de escaleras y pasillos abalconados de madera. Apenas unos pocos mantenían su cobertura de estuco blanco sobre las paredes, erosionada por la lluvia y por un nulo mantenimiento. Con el tiempo, algunos se colapsaban, llevándose con ellos las vidas de muchos inquilinos. Sin embargo, pocas semanas después del desastre apenas quedaban pequeñas montañas de escombros. Temblorosas estructuras de madera se levantaban sobre el solar en el espacio de una noche, delatando la urgencia de las familias más humildes por conseguir un techo, por precario que fuese.

A pesar de las numerosas ordenanzas urbanas decretadas por el

emperador para regular la distancia mínima entre edificios, la altura de los balcones o, incluso, las vistas al Cuerno de Oro, la realidad de aquel antiguo barrio dictaba un laberíntico entramado de calles estrechas, en las que sol y viento apenas lograban penetrar, formando un insalubre y maloliente barrizal de lodo y desperdicios, muy diferente del aspecto pulcro y pulido de las calles principales.

Ya antes de alcanzar la avenida, el ruido de la multitud alcanzó los oídos de Héctor. La Mese era la arteria principal de la ciudad. Sus dos ramales formaban una gigantesca Y griega, con su nacimiento en el Augusteon y sus extremos junto a las murallas, en la puerta Carisia y en la monumental puerta Áurea. En su largo recorrido se arracimaban la mayoría de los comercios, agrupados según gremios, así como el grueso de los ciudadanos que se encaminaban a uno u otro extremo de la ciudad.

Héctor caminaba con rapidez entre el gentío, sorteando a duras penas los charcos, inserto en mitad de la riada humana en la que el amanecer había convertido la avenida. A su lado se deslizaban infinidad de viandantes, jornaleros como él, esclavos, indigentes que vagaban de un lado a otro solicitando limosna, buhoneros y campesinos de las cercanías que arrastraban con esfuerzo pequeños carros cargados con su cosecha, pedigüeños tullidos, vendedores ambulantes cargados con calzado de todo tipo, grandes cestos de fruta o ánforas de leche. Nobles a caballo que exhibían sus joyas en los ricos arreos de sus monturas miraban distraídamente a las damas, que transitaban con sus mejores atavíos en literas tiradas por mulas blancas, acompañadas de un cortejo de sirvientes y guardias que se abrían paso a bastonazos. Constantinopla era un hervidero en el que la miseria y la opulencia vivían una al lado de la otra. En cualquier calle se escuchaban una docena de lenguas, y todas las razas se mezclaban en foros y avenidas.

Mientras sorteaba personas y carretas, caballos y literas, Héctor miraba los pórticos que se levantaban a ambos lados de la calle, abarrotados de pequeñas tiendas rodeadas por las numerosas estatuas que jalonaban la avenida, erguidas sobre sus altos pedestales de mármol. La mayoría de los comerciantes ya habían abierto sus puertas, retirando los gruesos tablones de madera con los que clausuraban sus propiedades por la noche para mostrar al público los recios mostradores de piedra cubiertos de productos de todo tipo.

Cuando llegó a la altura de la estatua de mármol de Apio, el

censor, Héctor se desvió hacia los pórticos de su izquierda, adentrándose en una de las tiendas.

—Llegas tarde —apuntó el rechoncho joven que se encontraba tras el mostrador atendiendo a los clientes—, Basanio ya ha preguntado dos veces por ti.

Héctor asintió ligeramente, atraído más por el apetitoso aspecto de las viandas exhibidas en el mostrador que por el comentario del muchacho. Encastrados en el interior de la pulcra encimera de piedra, grandes recipientes almacenaban harina, pescado en salazón y el aceite por el que Basanio era famoso. En los huecos del mostrador que las bocas de los recipientes encastrados dejaban libres, se acumulaban grandes bloques de queso, pequeñas jarras de miel y cestas de mimbre con huevos y manzanas. Pensando en su magro desayuno, Héctor no podía evitar una punzada en el estómago cada mañana nada más entrar en aquel lugar.

La tienda era un rectángulo no muy amplio, con la pared del fondo cubierta por ánforas y grandes recipientes cerámicos. Junto a ellos, en unos estantes, las verduras y hortalizas frescas se mantenían protegidas del trasiego de la calle, a la espera de que los clientes solicitaran apio, ajos, cebollas, nabos, berza, acelgas o rúcula, para condimentar las omnipresentes ensaladas de la cocina romana. Junto al mostrador, una balanza romana de un solo brazo se situaba a la vista de los compradores, con un sencillo peso en forma de torso de mujer bamboleándose en uno de sus extremos.

Héctor atravesó la tienda y se internó por una portezuela que se abría en una de las esquinas, adentrándose en la oscura parte interna de la vivienda de Basanio. Dejó a la izquierda unas escaleras que ascendían hacia el piso superior, la planta habitada por la familia de su patrón, y continuó por el amplio pasillo hasta la estancia más alejada, de donde llegaban los inconfundibles improperios del comerciante.

—¡Por fin has llegado! —chilló Basanio en cuanto Héctor apareció en el dintel—. Si no fuera por el mal sabor que dejarías te arrojaría de una patada a la fosa de las olivas.

Ignorando los exabruptos de su patrón, Héctor descendió los peldaños de piedra que conducían hacia la amplia habitación en la que se producía el valioso aceite.

—Carga el molino y hacedlo girar —ordenó Basanio, señalando un inmenso montón de aceitunas que descansaban en una fosa rectangular situada junto a las escaleras de entrada—, yo iré

preparando las ánforas.

Héctor se despojó de su capa, arrojándola sobre un escaño de piedra labrado situado junto a la pared, se agachó junto a la acumulación de aceitunas y comenzó a introducirlas a manotadas en un gran saco de arpillera que recogió del suelo. Basanio pasó a su lado con el ceño fruncido. Como cada mañana, el mal humor le invadía durante un buen rato, hasta que constataba que la fábrica se ponía de nuevo en marcha. El chirriante sonido del molino parecía tranquilizar el ánimo del comerciante, como si el desagradable fragor de las aceitunas al desmenuzarse se convirtiera en su cabeza en el dulce tintineo del oro.

Mientras llenaba el saco, una avalancha de olivas cayó sobre la fosa a través de una abertura en el techo. El hueco conectaba con un patio en la parte trasera de la casa de Basanio, lo que permitía que los carros cargados con la materia prima descargaran directamente en la fábrica, ahorrando esfuerzos innecesarios.

—¡Daos prisa! —apremió el comerciante—, aún espero otros dos cargamentos esta mañana. A este paso nadaremos entre olivas antes de que comencéis el trabajo.

Con un suspiro, Héctor observó el desmesurado montón de aceitunas que se acumulaban ante él. Aquello auguraba una interminable jornada de duro trabajo, así que se apresuró a llenar el saco y lo trasladó hasta la base del molino, donde descargó el contenido.

El prensado de la aceituna era la parte más dura de la fabricación del aceite. Las olivas se acumulaban en una pila cilíndrica, en la que se introducían dos pesadas ruedas de piedra. Al hacerlas girar, por medio de unos grandes ejes de madera que las atravesaban hasta encajar en un poste central, rodaban sobre las aceitunas hasta convertirlas en una masa pulposa. Aunque las grandes fábricas de aceite de Siria y África utilizaban mulos para mover el molino, en la estrecha instalación de Basanio no existía espacio suficiente, por lo que eran los empleados los que se encargaban del pesado trabajo.

Cuatro hombres trabajaban codo con codo junto a Héctor, incluido el hijo mayor del comerciante, un mozuelo de apenas dieciséis años al que su padre trataba con la misma dureza que a cualquiera de sus empleados, convencido de que debía conocer a la perfección cada uno de los pasos necesarios para extraer el preciado aceite si quería heredar algún día su negocio.

Una vez preparado el molino, Héctor se situó en uno de sus

lados y ayudó a uno de sus compañeros a rodar las pesadas muelas. Con el primer esfuerzo, sus contraídos músculos se tensaron, provocando que una mueca de dolor cruzara su rostro. Cada mañana, en cuanto empuñaba el rugoso mango de madera con el que manejaba el molino, su mente se evadía recordando las lecciones de filosofía y ética que impartía en Atenas. Eludía el dolor rememorando elaborados discursos de retórica o las hipótesis geométricas de los grandes matemáticos griegos.

Se encontraba atrapado en un mundo que le era ajeno, caminando sobre la frontera que separaba la miseria de la supervivencia, consciente de que aquel monótono trabajo era la fuente de la que bebía su familia, aunque incapaz de aceptar que ése fuera todo el futuro que le esperaba, una vida de esfuerzo, sufrimiento y privaciones.

Tras un buen rato de arduo trabajo, con el sudor empapándole el cuerpo, Héctor se encontraba tan ensimismado que tardó unos segundos en darse cuenta de que Vitaliano le saludaba desde los escalones de entrada.

—¡Vitaliano! —saludó Basanio—. ¿Qué te trae por aquí?

—Venía a preguntarte si puedes prestarme a mi antiguo ayudante —respondió éste, señalando a Héctor con un ligero movimiento de cabeza—. Tengo que montar urgentemente unos muebles y uno de mis hombres no se ha presentado.

Vitaliano era carpintero, uno de los más reconocidos maestros del gremio de la madera en la ciudad. Había sido el primero en dar trabajo a Héctor, y el que le presentó a Basanio, a quien recomendó que le contratara. Sin embargo, el comerciante negó apesadumbrado con la cabeza.

—Lo siento —replicó—, no puedo prescindir de él. Como sabes, las olivas se recogieron en octubre, por lo que estos meses son los más importantes para la fabricación de aceite. Necesito aprovechar al máximo el tiempo antes de que la materia prima comience a estropearse y agrie el sabor.

—Puedo ir adonde me digas cuando acabe aquí —se ofreció Héctor, agradeciendo los momentos de respiro que la aparición del carpintero le otorgaban.

—Mi cliente está al otro lado de la ciudad —comentó Vitaliano, negando con la cabeza—, para cuando llegases sería demasiado tarde.

—Lo lamento —repitió Basanio.

—No importa —dijo Vitaliano encogiéndose de hombros—.

¿Nos vemos mañana en el hipódromo?

—¡Por supuesto! —respondió el comerciante con entusiasmo—, estoy deseando ver los nuevos caballos de las cuadrigas. Este año vamos a hundir a los azules en la miseria.

—Dios te oiga —pidió el carpintero con una sonrisa y se despidió con un ademán antes de abandonar la estancia.

Una extraña sensación de nostalgia invadió a Héctor, mientras observaba el hueco de la puerta por el que había desaparecido su antiguo patrón. Había conocido a Vitaliano unos meses antes en una plaza cercana cuando, desesperado por la imposibilidad de encontrar trabajo y agobiado por la falta de dinero, se sentó en uno de los bancos de piedra buscando desconsoladamente una forma de salir del abismo que se abría ante él.

Tras su llegada a Constantinopla, gracias a su monumental erudición consiguió rápidamente un puesto como tutor de las hijas de un miembro del senado. Sin embargo, semanas después era expulsado airadamente de la villa de su patrón, cuando éste descubrió su conexión con la pagana escuela ateniense. Para sorpresa del ateniense, Justiniano había promulgado una ley que prohibía a los paganos ser funcionarios o dedicarse a la educación.

No contento con el fulminante despido, sin satisfacer siquiera el sueldo adeudado, el iracundo senador, visiblemente ofendido por la falta de fe cristiana de su antiguo empleado, utilizó toda su influencia para alejar a Héctor de cualquier tipo de enseñanza. Uno tras otro, caballeros y terratenientes rechazaban el ofrecimiento de sus servicios. Sin importar la cultura y la experiencia que atesoraba, se vio relegado a la más absoluta marginación.

El dinero se agotaba, incluso tras mudarse a la infame covacha que ahora llamaba hogar. Primero vendió las joyas de su esposa, luego los refinados ropajes, por último, los recuerdos más preciados, confiando en que antes o después conseguiría salir a flote. Pero cada noche regresaba con las manos vacías. En medio de la creciente penuria Penélope dio a luz a su hijo. Al día siguiente Héctor abandonó su lúgubre hogar jurándose a sí mismo que no fallaría, que encontraría la forma de ganar dinero para ese pequeño.

Recorrió de nuevo puerta tras puerta, mendigando una simple oportunidad, recibiendo negativa tras negativa. Cuando regresó al anochecer a su casa, se sentó al borde de las lágrimas en uno de los bancos de piedra que rodeaban una pequeña plaza cercana a

esa misma tienda, incapaz de enfrentarse a la mirada de angustia de su esposa.

Vitaliano pasaba en ese momento frente a él, con una carreta cargada de grandes tablones de madera, demasiado ancha para las calles por las que debía transitar. Sin duda esperaba a alguien que le ayudara a transportar la mercancía pero, por sus sonoras maldiciones, era evidente que no había acudido a la cita. Fue entonces cuando el carpintero se le acercó.

—¿Quieres ganarte unas monedas?

Héctor le miró incrédulo, fijando sus ojos en el enjuto rostro que le contemplaba con una sonrisa.

—Tengo que llevar toda esa madera a mi taller, dos calles más abajo —explicó— y la persona que debía ayudarme no ha aparecido.

Aunque Héctor se encontraba en perfecta forma física, fruto de la clásica combinación de cuerpo y mente que se practicaba en Atenas, acarrear los pesados tablones resultó más trabajoso de lo que pensaba en un principio. Sin embargo, ni una sola queja salió de su boca, y llevó carga tras carga con rapidez y eficacia, sin un golpe, sin que ninguno de los maderos se astillara.

Cuando finalizó el trabajo, Vitaliano puso en su mano un *follis* de bronce.

—¿Podrías venir mañana al amanecer? —preguntó el carpintero—. Tengo que entregar varios muebles y creo que eres el indicado.

Héctor asintió, aún dolorido por el esfuerzo. Cuando llegó a su casa dejó sobre la mesa aquella sucia moneda, su primer jornal desde hacía casi dos años.

—Tengo trabajo.

Penélope le abrazó con fuerza, asiéndose a él como si temiera perderlo. Esa noche ambos lloraron antes de hacer el amor.

Durante tres meses cargó las mercancías de Vitaliano, día tras día, sin descanso. Partía al amanecer y no regresaba hasta caída la noche. Cuando el antiguo ayudante del carpintero se recuperó de su enfermedad, Vitaliano no le abandonó. Las arduas jornadas de trabajo dejaban ratos libres para la charla y, en ella, Héctor supo ganarse el aprecio del carpintero. Afortunadamente para Héctor, su patrón no sólo era reconocido en su gremio como un maestro en el trabajo de la madera, también era uno de los más renombrados miembros de los verdes, la facción que agrupaba a parte de los seguidores del hipódromo, a aquellos que animaban a

los corredores que lucían túnicas de dicho color en las carreras de cuadrigas.

La facción la componían más de un millar de personas, cuyo único vínculo era la fanática adoración que profesaban hacia los colores de su equipo de caballos. Entre ellos se daba una camaradería especial, a veces hasta el punto de prevalecer un compañero de facción antes que un familiar. El carpintero le introdujo entre ellos, como uno más. Los verdes cuidaban de los suyos y, a pesar de que muchos disponían de holgados ingresos, se enorgullecían de ser el color más ligado al pueblo llano. Le presentó a Basanio, uno de los miembros más influyentes de la facción, quién le contrató en su fábrica. Como compensación a sus desvelos, Héctor no dudaba en ayudar a Vitaliano en cuanto tenía ocasión, sabedor de que, una vez que finalizara la temporada de fabricación del aceite, el carpintero se ocuparía de que la facción le proporcionara un nuevo trabajo.

—¿Qué hacéis ahí parados? —gruñó Basanio—. Esa prensa no se va a mover sola.

Con un suspiro Héctor miró a su compañero en el molino, se encogió de hombros y retomó de nuevo su ingrata tarea, preguntándose otra vez si aquello era lo único que le deparaba el destino.

Demasiado excitado como para mantenerse quieto, Justiniano paseaba de un lado a otro, buscando la manera de ordenar la miríada de pensamientos que se agolpaban en su cabeza.

A pesar de que su redondo rostro mantenía la afable apariencia que le caracterizaba, sus ojos bailaban de un lado a otro, delatando la agitación que desbordaba su ánimo. Consciente de que no hubiera logrado dormir, se había mantenido activo durante toda la noche, elucubrando un sinfín de planes con los que dar forma a aquella divina locura santificada por el Señor por medio de su celestial gesto. En su mente se mezclaban innumerables problemas y necesidades por cubrir aunque, tras media noche de arduas meditaciones, había conseguido centrar su atención en el que, a primera vista, suponía el mayor de los impedimentos, recabar los fondos necesarios.

Recién nacido su faraónico proyecto, cualquier cálculo del coste a asumir resultaba evidentemente inexacto, aunque las primeras cifras arrojaban un montante desorbitado. A pesar de la riqueza que atesoraba, el imperio ya había invertido enormes

sumas. La paz con Persia, incluso tras los éxitos del general Belisario, había sido comprada a un alto precio, y no había evitado el dispendio en diversos proyectos constructivos para la fortificación de la frontera. Por otro lado, rehabilitar antiguos templos y la excavación de las gigantescas cisternas de agua bajo la biblioteca, cerca del Augusteon, había incrementado los gastos. Los tres mil centenarios de oro que el emperador Anastasio dejó acumulados en las arcas de palacio se habían volatilizado en un abrir y cerrar de ojos.

Pese a ello, Justiniano no lamentaba la generosa largueza con la que su mano derramaba los frutos del estado. La renovación del imperio romano no sería factible a menos que se apoyara en un verdadero río de oro que sostuviera cada uno de los innumerables proyectos que había comenzado. Sin embargo, la prodigalidad en el gasto apenas dejaba lo suficiente en el tesoro como para financiar las campañas militares que tenía en mente. Incluso reduciendo las expediciones militares al mínimo, no sería capaz de ahorrar los recursos necesarios para su gran obra. Necesitaba más dinero.

Las puertas de bronce del consistorio se abrieron con un leve crujido, dejando paso a la enjuta figura del *silentiario*, y atrayendo la atención del emperador.

—El prefecto de oriente acaba de llegar, majestad —anunció el funcionario, cuyo cometido consistía en custodiar las puertas en las que se celebraban los consejos del emperador, para evitar que oídos indiscretos escucharan más de la cuenta.

Justiniano asintió con suavidad, obligándose a tomar aire imperceptiblemente para calmar su agitación.

—Hazlo pasar —ordenó, dirigiéndose con parsimonia hacia el ábside de la alargada estancia donde se encontraba su trono, cubierto por un ciborio dorado elevado sobre cuatro columnas de pórfido, de cuyos lados colgaban recogidos velos teñidos de púrpura y bordados de oro.

Con una reverencia, el funcionario abandonó la sala, pero esperó unos instantes antes de abrir por completo las amplias hojas de bronce a la escueta comitiva que esperaba en el patio porticado de los *excubitores*, por el que se accedía a la entrada del edificio.

Desde su trono cuajado de joyas y elevado sobre una plataforma de tres escalones de pórfido, Justiniano contemplaba en silencio a los dos porteros de palacio, que flanqueaban la

inmensa figura de Juan de Capadocia, en su trayecto a través de la alargada estructura rectangular que componía el consistorio, el edificio del palacio donde se celebraban las audiencias y los consejos imperiales.

A medida que se acercaban hacia el ábside, Justiniano comprobó las profundas ojeras que marcaban el rostro de su principal ministro, así como el efecto de la luz de los amplios ventanales laterales en sus ojos entrecerrados. Sin duda, Juan mantenía sus licenciosas costumbres. Tal y como se murmuraba en la corte, el prefecto se entregaba a la bebida y el libertinaje durante las noches, en interminables orgías nocturnas en su fastuosa villa. En las calles se comentaba que Juan no respetaba a joven, viuda o virgen que se cruzara en su camino, y por el rostro que mostraba esa mañana, era evidente que más de una muchacha había pasado por su lecho entre trago y trago. Probablemente la orden del emperador para que acudiera al amanecer a su presencia le causaba una mortificante tortura.

Era consciente de que muchos se preguntaban la razón por la cual el emperador premiaba con tan elevada posición a un reconocido borracho y corrupto personaje. Sin embargo, para Justiniano la respuesta era evidente, había multiplicado los ingresos del estado. Por extraño que pareciera, su sueño de renovar la gloria de Roma sería posible gracias a la increíble pericia económica de un hombre que cualquiera se avergonzaría de tener a su lado.

Fijando la vista en los elaborados mosaicos que cubrían el suelo de la sala, en un vano intento de proteger sus ojos de la luz lacerante que atravesaba los amplios ventanales, Juan de Capadocia se acercó hasta el ábside. Una vez situado junto a los escalones de pórfido, los porteros dieron media vuelta y abandonaron la sala bajo la atenta mirada del *silentiario*, quien selló las puertas con un fuerte golpe que hizo estremecer al prefecto.

—Majestad... —murmuró Juan de Capadocia, agradeciendo que su cargo en el consejo le librara de tener que realizar la *proskinesis*, permitiéndole permanecer de pie ante el emperador en lugar de postrarse ante él.

—No tienes buen aspecto —apuntó Justiniano con una sonrisa.

—Sois muy gentil al preocuparos por mi salud —respondió Juan, eludiendo los detalles sobre su dolorosa resaca.

—He estado hablando con el *comes sacrarum largitionum* —afirmó el emperador—, para comprobar la cantidad de oro que queda en nuestras arcas.

Un repentino sudor frío se apoderó de Juan al escuchar esas palabras. Que el emperador le convocase a hora tan temprana no era habitual, pero que lo hiciera tras hablar con el tesorero de palacio resultaba alarmante. Su dolor de cabeza desapareció en un instante, al tiempo que el prefecto ponía su cuerpo en tensión. Durante sus años al frente de la prefectura, Justiniano no había realizado pregunta alguna sobre los métodos que aplicaba en su trabajo, tan sólo le interesaban los resultados. Sin embargo, era notorio que Juan se había enriquecido de manera escandalosa, algo que atraía la envidia del resto de los funcionarios y de muchos patricios, pero nunca había creído que al emperador le importara mientras el oro continuara llegando al palacio. Si Justiniano se interesaba por las cuentas y llegaba a descubrir las cantidades desviadas por el prefecto en su propio beneficio, Juan no dudaba cuán fugaz podría resultar su carrera, y lo dura que sería la caída.

Tras un momento de duda, decidió reprimir las fútiles excusas que acudían a su pensamiento, dejando hablar al emperador mientras por su mente pasaban imágenes fugaces de su cuerpo balanceándose al extremo de una soga.

—No he encontrado en el tesoro cuanto necesito —sentenció finalmente Justiniano.

—Debería haber al menos doscientos centenarios de oro, más que suficiente para la próxima expedición militar, majestad —replicó el prefecto, esforzándose en simular una expresión de sorpresa en su rostro mientras entrelazaba las manos, tratando de aquietar el temblor que le atenazaba.

—Y así es, pero han surgido nuevas necesidades que requieren una respuesta inmediata.

Juan abrió los ojos de par en par, convencido de que las próximas palabras de Justiniano serían su condena a muerte. Casi podía sentir la fría mirada de los *excubitores*, los guardias de élite de palacio, clavada en su espalda. No había duda, el emperador le enviaría al patíbulo e incautaría sus cuantiosos bienes. Durante un instante el miedo atravesó con su gélida mano el corazón de Juan de Capadocia, cuya atenazada mente no lograba hilvanar pensamientos coherentes.

—¿Hay forma de incrementar la reserva de oro?

El prefecto tardó un buen rato antes de comprender las palabras de Justiniano, incapaz de evitar que su boca se abriera en un gesto de sorpresa.

—¿Incrementar la reserva? —repitió Juan, aún escéptico acerca de las intenciones del emperador.

—Eres mi principal ministro en temas económicos, ¿para qué otra cosa te hubiera mandado llamar?

—Sí, claro... por supuesto —balbuceó el prefecto, esbozando una tonta sonrisa—. Veamos, siempre hay un método para recaudar más impuestos o disminuir los gastos —prosiguió, tratando de darse tiempo para que su asustada mente comenzara a trabajar.

Aún agarrotado por la tensión, no pudo evitar que los inicios de su carrera al servicio del emperador acudieran a su pensamiento como un fantasma del pasado. Desde el momento en el que fue elevado al cargo de prefecto de oriente, Juan no había tenido otra meta en la vida que la de convertirse en el hombre más rico del imperio. Gracias a su posición, mediante corruptas prácticas y una hábil gestión de sus finanzas había sido capaz de amasar en poco tiempo una riqueza inconmensurable. Sin embargo, a pesar del poder de su cargo, de sus extensas tierras y de su ejército de sirvientes, Juan era consciente de que todo cuanto atesoraba e incluso su propia vida dependían enteramente del emperador. Justiniano era un déspota, un tirano gobernado por la perniciosa influencia de su esposa. Bajo un velo de justificación religiosa, el monarca era un gobernante absoluto que podía enriquecer a un siervo un día y enviarlo a las mazmorras al siguiente, una vez perdido el favor real.

Hasta el momento, Juan de Capadocia había sabido manejar los hilos del poder con inigualable maestría, sorprendiendo a patricios, nobles y senadores, quienes no alcanzaban a ver en él más que a un borracho empedernido. Sin embargo, su método era bien sencillo. En el tiempo que había trabajado para Justiniano, Juan había llegado a conocerle bien. Era uno de los miembros de su consejo de estado y, por tanto, estaba al corriente de todos sus proyectos, sobre todo porque implicaban fuertes gastos, y él era la persona encargada de suministrar el tesoro con un constante flujo de oro.

El emperador era un hombre ambicioso, plagado de megalómanos proyectos militares. Se veía a sí mismo como la persona que haría renacer el imperio romano, recuperándolo de manos de los bárbaros. Pero las campañas bélicas supondrían un

desembolso acusado de oro, de un oro que había desaparecido de las arcas imperiales debido a la dadivosa actividad constructora de Justiniano. Necesitaba a alguien que le proporcionara nuevos ingresos, que le permitiera llevar a cabo todos y cada uno de sus ambiciosos proyectos. Juan se había señalado a sí mismo como ese hombre, y sabía que mientras mantuviera repleto el bolsillo de Justiniano, permitiéndole realizar sus más extravagantes ideas, su cabeza se mantendría a salvo.

El lado más oscuro de esta política de complacencia ciega lo componía la creciente avidez del emperador. La mente de Justiniano parecía no darse un momento de respiro, auspiciando más y más grandiosos proyectos cada año, lo que llevaba al límite la capacidad de Juan para extraer los recursos del imperio y ponerlos al servicio de su señor, recabando previamente su trozo del pastel. Ahora el emperador daba vueltas en su mente a un nuevo juguete, y el prefecto temía que se le acabaran las ideas con las que satisfacer a su amo.

—¿Y bien? —apremió Justiniano, que clavó su intensa mirada sobre Juan.

—Cada cinco años se otorga una paga de cinco sólidos de oro a los soldados —comentó el prefecto, arrugando la mente en un gesto de reflexión—. La última vez fue vuestro tío, Justino, quien la concedió.

—Hace precisamente cinco años que subí al trono —recordó Justiniano.

—Deberíais concederla este mismo año. Los fondos ya están preparados en el tesoro. Pero si obviamos el pago a las tropas podríamos disponer de una fuerte suma. Setecientos u ochocientos mil sólidos de oro en total.

El emperador entrecerró los ojos durante un instante, antes de negar vehementemente con la cabeza.

—Es probable que provoque malestar entre las tropas —indicó Juan—, pero no se atreverán a amotinarse.

—No es eso lo que me preocupa —aclaró Justiniano—. No es suficiente.

—¿Cuánto pensáis que sería necesario para vuestro nuevo proyecto?

—No lo sé aún con seguridad —dudó el emperador—. Tal vez cerca de veinte millones de sólidos.

La mención de la cantidad dejó boquiabierto al prefecto. Semejante suma casi equivalía a los ingresos del tesoro imperial

durante dos años.

—Tardaría una eternidad en reunir tal cantidad de oro.

—No dispongo de tanto tiempo, tendrás que reunir un mínimo de tres o cuatro millones de sólidos de oro al año.

—Pero, majestad…

—Sé que es una cifra desproporcionada —interrumpió Justiniano con suavidad—, pero es absolutamente necesario que pueda conseguirla.

—Lo entiendo, pero resultará casi imposible.

—No es la primera vez que me sorprendes. Si hay alguien capaz de encontrar oro hasta debajo de las piedras, ése eres tú. Tienes un talento especial para ello, por eso te elegí.

«Y por eso me destruirás si no consigo lo que quieres», pensó Juan, observando la calmada y afable expresión en el rostro de Justiniano mientras le obligaba a realizar un milagro.

Con un rápido cálculo Juan se dio cuenta de que el emperador le pedía cerca de tres mil centenarios de oro, la misma cantidad que Anastasio consiguió atesorar en veintisiete años de reinado, eso sin contar con que Anastasio carecía de la indisciplinada tendencia al gasto de Justiniano.

El prefecto examinó mentalmente las medidas tomadas hasta el momento para aumentar los ingresos del imperio. Sin lugar a dudas, la más efectiva fue el recorte de los gastos en el servicio de correo. Su excelente funcionamiento se basaba en un sistema de postas, cinco por cada día de viaje, con cuarenta caballos en cada una. La velocidad a la que información y mercancías atravesaban el imperio era asombrosa, pero el prohibitivo coste lo convertía en una losa sobre las arcas del estado. Su eliminación de todo el imperio excepto la ruta estratégica hacia Persia supuso un alivio monumental para el tesoro. Después se eliminó la paga que médicos y profesores recibían del estado, así como la exención de impuestos de la que disfrutaban los patricios. Se aumentaron los impuestos sobre el pueblo, las aduanas comerciales y la renta sobre la tierra, e incluso se introdujo una nueva tasa sobre el pan. A esas alturas Juan tenía la sensación de que la ubre ya no podía dar más leche.

—Puedo recaudar fuertes sumas de los patricios, pero sólo sería una ayuda temporal. Necesitaremos subir los impuestos o crear otros nuevos, pero necesitamos planificarlo. Sin embargo, existe una medida que llevo pensando desde hace algún tiempo —anunció el prefecto tras un instante de vacilación—, no creo que

reporte más que la eliminación de la paga quinquenal a las tropas, pero alimentará las arcas del estado de manera recurrente, no cada cinco años, y tendría efecto inmediato.

—¿De qué se trata?

—La plebe apenas utiliza el oro —explicó Juan—. La mayor parte de las transacciones las realiza con moneda de cobre. Nuestros cambistas son los que proporcionan dichas monedas de las cecas imperiales, a cambio del oro del que dispone el vulgo. Hasta ahora el cambio estaba fijado en doscientos diez *follis* por cada sólido. Si rebajamos el cambio a ciento ochenta piezas de cobre sacaremos un sexto más de oro en cada transacción.

—Me parece una buena idea —anunció Justiniano, reforzando sus palabras con un leve movimiento de aprobación—. Quiero que se lleve a efecto mañana mismo. Daré orden al prefecto de la ciudad para que instruya a los cambistas.

Juan se permitió un leve respiro. Le parecía indudable que una medida semejante provocaría una fuerte repulsa entre la población, mayor aún al coger a la gente de sorpresa. Pese a ello, no sería él quien contradijera al emperador. Justiniano era la única persona que imponía respeto e incluso temor al prefecto. A pesar de su impresionante aspecto físico y de su desdén hacia nobles, funcionarios y plebeyos, Juan de Capadocia no podía evitar que la sola mirada del emperador le desarmara. Tenía en su mano su vida y fortuna, por eso Juan le temía y le odiaba al mismo tiempo.

—¿Puedo preguntar en qué consiste tan magno proyecto, majestad? —indagó el prefecto, picado por la curiosidad.

—Una nueva construcción, aunque aún no tengo todos los detalles —respondió el emperador, eludiendo la pregunta de su ministro.

Juan asintió con vehemencia, comprendiendo que no debía insistir en el tema. La simple renuencia de Justiniano a hablar de su nuevo empeño suponía un acicate a la curiosidad del prefecto. Su comportamiento resultaba extraño, dado que el emperador no se caracterizaba por la parquedad en las palabras respecto a sus grandiosos planes para el futuro. Bastaba con mencionar la renovación del imperio para que a Justiniano comenzaran a brillarle los ojos y su boca se inundara de ideas sobre el modo de recuperar la gloria de la antigua Roma. Por ello, la misteriosa evasiva con la que había resuelto la pregunta intrigaba a Juan. ¿Cómo era posible que una sola construcción supusiera tan

inimaginable desembolso? Y, sobre todo, ¿qué secreto albergaba para evitar comentarla a uno de sus principales colaboradores? Pero la prudencia imponía calma. Tras el terror que había experimentado con las primeras frases, lo único que le interesaba era abandonar cuanto antes aquella sala.

—Si no me necesitáis, majestad, he de volver a mis ocupaciones.

—Desde luego —concedió Justiniano, absorto ya en sus elucubraciones—, puedes retirarte.

Con una respetuosa inclinación de cabeza, Juan de Capadocia se encaminó al fondo de la alargada estancia, apresurándose hacia las puertas de bronce con la cabeza plagada de preguntas sin respuesta, aunque contento por salir de allí de una pieza y con sus riquezas intactas.

Justiniano apenas prestó atención a la presurosa partida de su ministro. El problema monetario no estaba aún resuelto, pero había puesto la primera piedra para conseguir los fondos. Con la paga anteriormente destinada a los soldados tendría suficiente para comenzar a acumular materiales de construcción y contratar a los maestros que deberían dirigir las obras. Podía enviar las órdenes para comenzar los preparativos esa misma mañana. Sin embargo, aún restaba otro gran problema al que debía enfrentarse para culminar su idea.

La gran basílica de Santa Sofía ya se erguía junto al Augusteon. El Señor había mostrado su designio claramente la noche anterior. Su ofrenda no podría levantarse en ningún otro lugar. Su nueva y monumental iglesia formaría el vértice del triángulo en el que se asentaría su nuevo imperio, palacio, iglesia e hipódromo. Rey, fe y pueblo, la base sobre la que se levantaría la nueva Roma. Sin embargo, Santa Sofía era la basílica más querida por los romanos. Edificada por Constantino, había sido reconstruida por Teodosio siguiendo su modelo original después de que parte se derrumbara en un incendio cien años antes. No sólo albergaba la sede del patriarca, era el corazón en el que latía la ortodoxia cristiana de la ciudad. Anunciar su demolición sería impensable; por muy esplendorosa que fuera la basílica que la sustituyera, derribarla constituiría un verdadero sacrilegio que ni el pueblo ni la iglesia consentirían. Por un momento deseó que el Señor le hubiera impuesto una carga más ligera, pero era lógico que nada sino la más importante de las iglesias del imperio pudiera satisfacer la voluntad del Todopoderoso. Por ello, la amarga cuestión que se le

presentaba era encontrar la forma de demoler Santa Sofía sin incurrir en la ira del patriarca y del pueblo.

Ahora, Justiniano se veía enfrentado a un problema que no sabía cómo resolver. Sentado sobre su trono, lo único que pudo hacer fue elevar una plegaria a Dios, suplicando que le iluminara.

—¿Y bien?

Aecio sonrió al ver cómo el aprendiz fruncía el ceño, mientras observaba el ojo del paciente con toda la atención de la que era capaz. Le divertía la irritación de sus alumnos cuando se mostraban imposibilitados para ofrecer un diagnóstico fiable. Pensaba que un aspirante a físico que no se frustraba ante su propia inexperiencia no se encontraba motivado para continuar aprendiendo.

—No estoy seguro —dudó el joven, abriendo más los párpados del paciente en un vano intento de observar mejor sus ojos.

El enfermo apretó los dientes, en una mueca que delataba las molestias ocasionadas por el descuidado examen efectuado por el asistente.

—Recuerda lo que dijo Hipócrates —advirtió Aecio, poniendo una mano sobre el tenso brazo del aprendiz—, *primum non nocere*, lo primero es no hacer daño.

El joven alivió la presión sobre los párpados de su paciente, lo que éste agradeció con un hondo suspiro.

—¿Principio de *pterygion*? —dijo finalmente, sin que su voz sonara en exceso convencida del diagnóstico.

Aecio se pasó una mano por la cabeza mientras negaba suavemente, alisando su fino cabello salpicado de diminutas canas. A pesar de que tan sólo contaba treinta años, su coronilla comenzaba a despejarse con celeridad, al tiempo que finas arrugas enmarcaban sus ojos. Aunque el ansia de conocimientos se mantenía tan vivo en su interior como en su juventud, el continuo contacto con la enfermedad y la muerte parecía haberle desgastado. A veces tenía la sensación de que cada nueva experiencia alimentaba su mente a costa de su cuerpo, como si éste no fuera más que una burda atadura del alma, que se iba derruyendo poco a poco a medida que su espíritu se completaba. En cierta medida, aquellos aspirantes a *iatroi* le recordaban a sí mismo, cuando todavía era un simple jovenzuelo ansioso por aprender todo cuanto la ciencia podía depararle. En algunos momentos incluso desearía cambiarse por ellos, para poder

disfrutar otra vez del placer de enfrentarse a la exploración de los innumerables misterios que plagaban la casi mágica práctica médica.

Afortunadamente para él, su padre disponía del capital suficiente como para granjearle el sueño de cualquiera que aspirara a convertirse en un físico de renombre. Mientras la mayoría, como sus propios alumnos, debían conformarse con ser tutelados por un médico en activo, o acababan convertidos en poco más que santeros y matasanos, Aecio cursó los cuatro años preceptivos para sentar las bases de la profesión en la mejor de las academias del imperio, la escuela de Alejandría.

—Es más fácil que todo eso, ¿no crees? —comentó Aecio, dirigiéndose al segundo de sus alumnos.

—Tracoma —respondió el interpelado con aire de suficiencia, al tiempo que se esmeraba en alisar su recién ganada túnica violeta, la que le identificaba como uno de los *mesoi*, los ayudantes expertos que se encontraban a sólo un paso de obtener la ansiada túnica azul, el símbolo de los *iatroi*, los médicos.

—La enfermedad del ojo áspero —confirmó Aecio—. ¿Recuerdas sus fases?

—Es una enfermedad que afecta al párpado —intervino el primero de los aprendices, tratando de reparar su falta de tino en el diagnóstico—. La primera etapa muestra enrojecimiento. Se recupera el color normal en la segunda, pero aparecen el dolor y la incomodidad. En ambas el ojo llora profusamente. En la tercera tiene bultos grandes y separados que parecen un higo abierto, mientras que la cuarta provoca irregularidades duras y ásperas. Si no se trata provoca ceguera, pues se produce el entropión, los párpados se doblan hacia dentro y las pestañas lastiman la córnea.

—Pero eso no le pasará a nuestro enfermo —aseguró Aecio con una sonrisa, al observar el respingo dado por el paciente al escuchar la última frase del joven aprendiz—. En las primeras fases se trata por medio de un simple colirio, cualquiera de los quince *trachomatikon* recomendados por Galeno. Todo irá bien.

—¿No van a acogerme? —preguntó el enfermo, esperanzado.

—No será necesario —negó Aecio—. La aplicación del colirio es bastante sencilla. Mis ayudantes le acompañarán a ver al farmacéutico y éste le proporcionará las medicinas necesarias y le enseñará cómo debe administrárselas.

—También me duele la pierna —insistió el enfermo, levantando una de ellas.

—A juzgar por cómo andabas al entrar no creo que tengas nada que no se arregle con un buen baño y un plato caliente.

El paciente trató de sonreír, mostrando su descuidada dentadura, aunque la forzada mueca no pudo ocultar una profunda decepción. Como la mayoría de los que acudían al *xenon*, el hospital en el que Aecio prestaba sus servicios como médico, aquel pobre pedigüeño no era más que uno de tantos desheredados que aprovechaban cualquier pequeño síntoma para tratar de conseguir comida y un techo durante una breve temporada. Dada la creciente penuria que acuciaba al imperio, fruto de los desorbitados impuestos, y con los hospicios religiosos a rebosar, a Aecio no le sorprendía la reiterada intención de los más desafortunados por acudir a los escasos hospitales públicos, sin que su prioridad fueran los cuidados médicos.

El hospital de Sansón, el más antiguo y prestigioso de Constantinopla, atendía a cualquiera que recalara ante sus puertas, rico o pobre, hombre o mujer, sin que el enfermo tuviera que pagar siquiera una moneda. El santo asceta a quien debía su nombre llegó a la ciudad con una simple capa como única posesión. Fue el primero que tuvo la idea de unificar la ciencia médica con la caridad cristiana, proporcionando a los pacientes a quienes atendía comida y una cama, creando una nueva institución a partir de los antiguos *xenones*, los hospicios para pobres. Su humilde casa aún se levantaba cerca del recinto del hospital, convertida en improvisado centro de peregrinaje de los pacientes, en busca de curaciones milagrosas para los más persistentes males.

Muerto su fundador, el hospital había crecido gracias a la filantropía de fondos privados, herencias o subvenciones imperiales, escrupulosamente administradas por el *xenodochos*, el director a cargo de la institución. Y si bien, inicialmente, eran los monjes quienes se ocupaban de tratar a los pacientes, ahora habían sido sustituidos por médicos expertos, auxiliados por aprendices de medicina, sirvientes, lavanderas, farmacéuticos, cocineros, mozos e incluso un panadero. Casi medio centenar de personas trabajaba para asistir a otros tantos enfermos.

El paciente se incorporó con un quejido, renqueando detrás de los auxiliares en un burdo intento de mostrar un estado físico peor del que realmente ofrecía. Otro *iatroi* se encaminaba hacia ellos, y el mendigo aún albergaba la fútil esperanza de que este segundo médico cayera en el engaño. Sin embargo, pese a los evidentes esfuerzos del enfermo, el físico rodeó al pequeño grupo y se

encaminó directo hacia Aecio.

—¿Aún sigues aquí? —le preguntó.

—Aún —respondió Aecio encogiéndose de hombros—. Era un caso interesante para una lección.

—Ya casi es mediodía. Yo en tu caso ya estaría visitando a mis pacientes privados, escuchando el tintineo del oro mientras escapa de sus bolsas y entra en la mía.

Aecio asintió con una sonrisa. Desde que el edicto de Justiniano disolvió el grupo de *archiatroi*, o médicos municipales, adscribiéndolos a instituciones públicas para ahorrarse sus sueldos, sus compañeros de profesión parecían haber iniciado una agria carrera por compensar la pérdida de los más de cien sólidos de oro que recibían antaño de las arcas públicas.

Dado que los *xenones* no podían permitirse semejantes sueldos, rebajados casi a la décima parte, Justiniano había compensado a los médicos con un sistema de turnos. Dos *iatroi* compartían el mismo puesto en el hospital, ejerciendo en meses alternos. El mes que libraban, los físicos se dedicaban a la medicina privada, cobrando generosamente por sus consultas a los pacientes que pudieran costearse el mejor de los tratamientos. Invadido por esa repentina sed de oro, su colega no podía comprender que Aecio, el primer día del mes privado, perdiera su tiempo en adiestrar a un puñado de jóvenes, en lugar de limitarse a traspasar los pacientes a su sustituto para correr a recolectar el oro de los patricios tratando sus innumerables achaques.

—Tratas demasiado bien a los auxiliares —insistió el médico recién llegado—. Por tu culpa se pasan el mes entero mirando por encima de mi hombro.

—Son jóvenes, y tienen interés por aprender.

—Son como moscas zumbando alrededor de una herida. Resultan igual de molestas, con su continuo soniquete de preguntas. ¡Así no hay manera de trabajar!

—Deberías tener más paciencia con ellos —apuntó Aecio—, recuerda que todos hemos sido estudiantes alguna vez. ¿Qué habría sido de nosotros en Alejandría si nuestros profesores no hubiesen sido pacientes?

—Cierto, pero ellos dedicaban su tiempo a enseñar —replicó el otro médico—. No tenían que ocuparse de una sección entera de enfermos. Allí la medicina se vivía de otra forma.

—Sí, más tranquila, aunque sin el aliciente que proporciona sanar.

—Yo cambiaría todos esos alicientes por reencontrarme con algunas de aquellas egipcias de piel de ébano. Ni siquiera en Constantinopla he hallado bellezas semejantes.

Aecio rio de buena gana la ocurrencia de su colega, mientras su mente viajaba en un parpadeo a la encantada ciudad del delta, recuperando la pegajosa sensación de calor húmedo que le acompañaba durante las clases. En su cabeza resonaron de nuevo las palabras de sus profesores, mezcladas con el lejano eco de la multitud que abarrotaba el transitado puerto de la ciudad.

Pese al desprecio que sus colegas mostraban por la enseñanza a los aprendices, a Aecio le hubiera gustado disponer de la oportunidad de transmitir sus conocimientos de la misma forma que en aquella famosa escuela. Sus maestros escogían once de los tratados de Hipócrates y quince de los de Galeno, explicándolos poco a poco. Del primero se leían los principios generales de la medicina o aforismos, hasta llegar a las discusiones especializadas; del segundo se estudiaban anatomía, fisiología, diagnósticos y terapias.

Sin embargo, debía admitir que su compañero tenía razón. El método utilizado por los eruditos alejandrinos resultaba incompatible con la práctica de la medicina. Se estudiaban los escritos de los antiguos maestros frase a frase, primero detallando el significado de cada palabra técnica, después la lógica de la frase en su conjunto y, por último, los comentarios de diversos expertos, razonados por el profesor. No se acudía a visitar a pacientes junto a los maestros hasta el último año. Sólo entonces se obtenía la ansiada práctica o se revisaba el trabajo de otros autores, como Alejandro de Aphrodisias, Themistio y Simplicio, e incluso los novísimos comentarios de Ammonio al *De anima* de Aristóteles. Dada su posición actual, tanto a Aecio como a cualquiera de los *iatroi* que trabajaban en el hospital les resultaba imposible olvidarse de la práctica médica durante tres años para dedicarse a la formación teórica de sus alumnos. Sin embargo, era algo que siempre aguijoneaba su amor propio, como si un diablillo interior le tentara a menudo a emular a sus antiguos maestros, para medir la fuerza de su erudición con la de los sabios alejandrinos.

—¿No te has planteado volver alguna vez? —preguntó Aecio, con los ojos perdidos en el infinito, aún rememorando los bellos campos de papiro que circundaban la urbe egipcia.

—¿A Alejandría? ¿Y quién no? Pero soy demasiado viejo para soportar el infesto calor de Egipto. ¿Estás pensando en cambiar de aires?

—A veces se me pasa por la cabeza —respondió Aecio esbozando una tímida sonrisa, como un niño al que se le descubre en una falta—. Aquéllos fueron mis mejores años. Y aunque sé que ya no volvería a ser lo mismo de vez en cuando fantaseo con subirme a un barco y arrumbar hacia el sur.

—En el tiempo que pierdes aquí fuera de tu mes de trabajo podrías ir y volver dos veces.

—No insistas, ya me voy —cedió Aecio, con una sonrisa.

Antes de irse recogió la caja de madera en la que transportaba su instrumental y las medicinas más usuales. La portaba junto a la cadera, colgada de su hombro mediante una correa de cuero. Había planeado recalar en casa de alguno de sus pacientes privados ese primer día de mes y, aunque el tiempo se le había echado encima, decidió mantener sus planes. Después de todo, aparte de sus queridos libros, nadie le esperaba en casa.

Sentado sobre un taburete de madera alrededor de una mesa circular, Valente contemplaba el continuo ir y venir de gente que abarrotaba la calle Mese.

Cada semana compartía mesa con varios de sus compañeros en el senado en una de las casas de comidas que flanqueaban la avenida principal, cerca del Augusteon, donde se levantaba el edificio del senado. Aunque por las tardes el establecimiento se transformaba en una conocida *phouskaria*, una taberna de pésima reputación en la que se servían hidromiel, vino y bebidas fermentadas, durante el almuerzo las excelencias de su cocina atraían a muchos de los selectos patricios, hambrientos tras una mañana de inacabables discusiones políticas.

A punto de cumplir cincuenta años, su enjuto rostro apenas dejaba traslucir la creciente sensación de hastío que le embargaba. Aunque mantenía la estricta observancia del decoroso hábito de vida que caracterizaba a un senador del imperio, la ilusión con la que antaño vivía la representación cívica se había ido diluyendo poco a poco, hasta dejar en su interior un vacío, como si se hubiera convertido en una simple cáscara, una mera estatua hueca, capaz de engañar a cualquiera menos a sí mismo.

El senador escuchaba la charla de sus colegas con aire distraído, manteniendo la vista sobre la multitud, como si la continua discusión en la que se enzarzaban los demás asistentes al almuerzo resultara en exceso aburrida. Mientras bebía pequeños sorbos de vino de su tosca copa cerámica, deleitándose con el

ligero sabor a resina de pino que impregnaba su bebida, comprobaba cómo la conversación se enquistaba en torno al mismo y repetitivo tema.

Era notoria la animadversión que Justiniano profesaba hacia el senado. Para el emperador, tan sólo se trataba de una vetusta institución, cuyo único fin consistía en dar legitimidad a una nueva coronación. Sin embargo, durante los primeros años de su gobierno, había mantenido la vieja ficción de las consultas, en las que el emperador presentaba sus nuevas leyes y actuaciones a votación. Un mero trámite abolido meses antes, lo que causó un profundo resentimiento en los viejos patricios, como si éstos no quisieran ser conscientes de su escaso protagonismo.

—No parece interesarte el tema —afirmó Orígenes enarcando una ceja.

—En absoluto —repuso Valente, fijando la mirada sobre el senador que se encontraba a su lado, su más fiel amigo dentro del selecto grupo de los *illustres*, el rango senatorial más alto y el único que conllevaba el derecho a hablar libremente en el senado—, únicamente me hastía lo repetitivo de este discurso. Aún estoy esperando a que alguien diga algo nuevo.

Orígenes mostró sorpresa ante la respuesta. A sus cuarenta años, a pesar de su probada erudición, era el senador más joven de los presentes, a la par que uno de los más conocidos por su fogosa pasión cuando se trataba de discutir sobre el gobierno del emperador. Se enorgullecía de poseer la mayor biblioteca privada de la ciudad, en la que sobresalían manuscritos de Tácito, Suetonio, Virgilio y otros grandes escritores romanos. Sin embargo, era más conocido entre sus colegas por su excesiva afición a las jóvenes que por su experta retórica.

—Tal vez ahí radique el problema —apuntó otro de los presentes—, el discurso es siempre el mismo porque el problema no cambia, aunque sí se agudiza.

—Ahora Justiniano se niega incluso a consultar al senado —añadió un tercero, tratando de vocalizar correctamente a pesar de la ausencia de la mayor parte de su dentadura.

—Todos sabemos que las consultas eran meras formalidades —respondió Valente, mientras jugueteaba distraídamente con el extremo de la banda entrecruzada en la que se había transformado la toga *picta*, heredera de la antigua toga romana, que lucía sobre su inmaculada túnica *talaris* y el correspondiente *colobium*, una prenda ancha sin mangas ceñida por una estrecha faja escarlata a

modo de cinturón—, no recuerdo vez alguna en que el senado denegara alguna petición del emperador.

—¡Pero es la tradición! —gritó el desdentado senador—. Desde que Roma era una república el senado…

—No volvamos al cuento de la república —atajó Valente—, eran otros tiempos. El problema no es la inutilidad del senado.

—¿Cuál es entonces? —preguntó Orígenes, al tiempo que su mirada se desviaba hacia la propietaria del establecimiento, sin duda imaginando las lúbricas funciones complementarias que se presuponían de toda tabernera.

—Poder y dinero, por supuesto —respondió Valente, exasperando a los presentes con un corto silencio, mientras se echaba a la boca parte de las nueces que salpicaban su apetitosa ensalada—. A ninguno le importaba su nimio papel hasta que Justiniano prohibió la extorsión de los pequeños propietarios y la herencia de todas las tierras por parte del primogénito, como forma de socavar la posición de los grandes terratenientes. Aunque el auténtico punto de inflexión se produjo cuando nombró a Juan de Capadocia como prefecto de oriente, con capacidad para recaudar los impuestos. No nos engañemos, es su afán de proveer de fondos al estado lo que enerva a los patricios. Supongo que no estamos acostumbrados a pagar tasas.

—Es la plebe la que debería contribuir —afirmó uno de los presentes.

—El pueblo ya se encuentra al límite —intervino Orígenes, apoyando el punto de vista de su amigo—. Juan ya les exprime hasta la extenuación. Muchos pequeños propietarios se han visto abocados a la miseria y ahora engrosan las filas de los marginados. Cada vez hay más desempleados vagando por la ciudad. Las casas de asistencia y los asilos de los monasterios rebosan. Constantinopla entera parece una inmensa cloaca adonde han ido a parar todos los desheredados.

—A Justiniano la situación se le va de las manos —comentó otro—, no se puede gobernar sin contar con la aristocracia.

—Senadores y terratenientes no somos necesarios —replicó Valente—, nuestro único ascendiente es el poder económico, si nos quita eso el emperador sabe que estaremos acabados.

—¡La nobleza romana no lo permitirá! —gritó el anterior, dando un puñetazo en la mesa que hizo zarandearse las copas de vino.

—La nobleza romana apenas existe, mi buen amigo —dijo

Valente—. El emperador tiene la suficiente inteligencia para atar bien los cabos antes de tomar una decisión. Creo que le subestimáis.

—¿En qué te basas para decir eso?

—Muy sencillo —explicó Valente—, antes de actuar contra los nobles ha prohibido sus ejércitos privados, asegurándose de que ninguno de ellos pueda replicar con una sublevación. Oprime al pueblo pero le premia con fastuosos espectáculos circenses, haciendo que se olviden de su miserable existencia. Mantiene el apoyo total a los azules, permitiendo, de hecho, que gobiernen la ciudad, ayudándole a controlar a la plebe. Persigue a los herejes, mostrándose como bastión de la fe ante el patriarca, sin embargo tolera a los monofisitas egipcios, para no perjudicar el granero del imperio. En definitiva, nunca tira de un cabo sin tener el otro bien sujeto. Es un equilibrista que nunca se queda sin apoyos.

—El ejército siempre ha estado controlado por generales de su círculo más íntimo —corroboró Orígenes—, y quien posee la espada posee la fuerza.

—¿Insinuáis que utilizará al ejército o a parte del pueblo contra nosotros si es necesario? —inquirió uno de los senadores bajando la voz, consciente de que la *sekreta* de Justiniano tenía oídos en cada rincón de la ciudad.

—Desde luego —confirmó Valente—, del mismo modo que nos usará a nosotros contra el pueblo llegado el momento.

—El senado nunca se dejará utilizar por el hijo de un granjero —repuso uno de los comensales alzando la cabeza con gesto de dignidad—. Ni siquiera alcanzo a entender cómo un ser tan despreciable ha conseguido sentarse en el trono.

—¿No has escuchado el chascarrillo que corre por la ciudad? —replicó otro de los presentes—. Se dice que Dios se apareció en sueños a un clérigo y éste le preguntó: «¿Es cierto que todos los emperadores son nombrados por mandato divino?» La respuesta fue afirmativa, ante lo que el clérigo replicó: «Entonces, oh, Señor, ¿por qué enviaste al maldito déspota Justiniano?» «¿Y adivináis lo que respondió el Señor? ¡Porque no pude encontrar a nadie peor!»

Un coro de risas recompensó la ocurrencia del senador, alegrando de forma momentánea el malhumorado ambiente que mantenían los congregados.

—Así que Justiniano es el castigo de Dios a nuestros pecados —resumió Valente con una sonrisa—. Nunca creí que los romanos fuéramos tan malévolos como para merecer semejante penitencia.

Al menos resulta un consuelo saber que el pueblo le odia tanto como nosotros.

—Pobre consuelo es ése —indicó otro—. La chusma no es capaz de hacer nada de provecho. Lo único que espero es que, antes o después, ese tirano cometerá un error y será entonces, cuando pida nuestra colaboración, cuando pagará por su insolencia.

—Siempre es posible —sopesó Valente—, pero tendría que ocurrir algo totalmente inesperado.

—Y mientras tanto, ¿nos sentaremos a contemplar cómo el imperio se llena de bárbaros y herejes? Me pregunto qué queda de la gloria de Roma.

—Roma está en poder de los descendientes de Teodorico —afirmó Orígenes con solemnidad—, y no hay más que contemplar a las tropas que han luchado en oriente para darse cuenta que hace mucho que los romanos no estamos en posición de prescindir de los bárbaros.

—¡Maldito Justiniano! —masculló uno de los senadores, antes de ahogar sus pensamientos en el fondo de su copa de vino.

Los ojos de Valente se deslizaron de nuevo fuera del estrecho círculo de patricios, posándose otra vez en la abigarrada multitud que abarrotaba la avenida empedrada. Desearía que sus compañeros tuvieran razón, y que llegara el día en que el emperador dependiera de ellos, pero la lógica de la normalidad imponía lo contrario. Por mucho que ansiara un cambio, por desgracia nada parecía indicar a Valente que los aburridos días de inútiles charlas con sus colegas en el senado fueran a terminar.

La puerta se cerró a su espalda con un golpe seco.

La oscuridad de la noche tragó a Vitaliano, envolviendo al carpintero en su halo negro, mientras el gélido y húmedo aire del exterior le producía un escalofrío, obligándole a arrebujarse en su gruesa capa de lana.

Durante unos segundos se mantuvo bajo el dintel, para dar tiempo a sus ojos a acostumbrarse a la penumbra. Los criados de la villa le habían ofrecido una lámpara de aceite para alumbrarse por las angostas callejuelas, pero Vitaliano no tenía la menor intención de aceptarla. En las peligrosas noches de Constantinopla, la luz atraía a los salteadores como la miel a las moscas.

Poco a poco sus pupilas se dilataron, captando el tenue brillo del empedrado, que resplandecía pálidamente al ser acariciado por

el intenso fulgor de la luna. Las formas de los edificios cercanos comenzaron a dibujarse sobre el horizonte, y de la negrura surgían pórticos y fachadas, terrazas y ventanas, así como estrechas calles, como bocas negras que hendían el camino.

Tomó aire y comenzó a andar. En el silencio, el rumor de sus pasos llegaba a sus oídos como un estruendo casi imposible de pasar por alto. Nunca se le hubiera ocurrido salir a hora tan tardía, pero el senador al que estaba amueblando todo un piso de su nueva casa había amenazado con no pagarle si no terminaba esa misma noche. A escasos días de la Epifanía del Señor, el rico propietario deseaba disponer de su nuevo mobiliario para ofrecer una fiesta a sus más allegados y, aunque Vitaliano era uno de los mejores carpinteros de su gremio, necesitaba el dinero tanto como cualquiera de sus ayudantes. No podía permitirse el lujo de enemistarse con alguien tan poderoso.

Hubiera deseado contar con Héctor, no sólo para sustituir a uno de sus aprendices, sino para confortarse con las anchas espaldas del ateniense a la hora de regresar a su casa. Sobre todo cuando el entusiasmado senador, en franca desavenencia con la tradicional costumbre de las clases ricas, había satisfecho los honorarios del carpintero con puntualidad, alargando una pesada bolsa a su empleado justo antes de arrojarlo a la negrura del exterior. De este modo, cansado por la larga jornada y abrumado ante el peso de su precipitada paga, Vitaliano se había visto abocado a atravesar en solitario las oscuras callejuelas de la capital del imperio hasta llegar a su casa.

En las cercanías del Gran Palacio, donde se afincaba su adinerado patrón, rateros y salteadores abundaban en gran número. La proximidad de las clases pudientes y de los muros de la residencia del emperador no libraba ese barrio de ser el más conflictivo de la ciudad una vez que el astro rey desaparecía del horizonte. El dinero llama con fuerza a aquellos que lo desean lo suficiente como para arriesgar su vida. Y en una Constantinopla atestada de gente sin trabajo, el número de desesperados aumentaba sin cesar.

Vitaliano se internó con precaución en los estrechos callejones. Su mente asustada imaginaba una sombra tras cada esquina, confundía el ondulante reflejo de la luna sobre el agua de las fuentes con el brillo de un puñal, y escuchaba pasos y voces ahogadas donde no había sino ratones. Su frente se perlaba de sudor a pesar del intenso frío de la noche.

Tras apresurados pasos y algunos giros llegó hasta el

nacimiento de la calle principal, la que comunicaba el Augusteon con la puerta dorada, encontrándose con gente por primera vez. Un grupo de esclavos, dirigidos por un capataz, baldeaban el ancho camino, en su nocturno intento por librar el empedrado del estiércol que los animales de tiro dejaban tras su paso, convertido en polvo por los miles de pies que transitaban por ese mismo trayecto durante el día.

El capataz le observó con recelo a la luz de las lámparas de aceite situadas bajo los pórticos de la calle Mese. Su mirada mordaz no resultaba amistosa, aun así, encontrar compañía tranquilizó a Vitaliano, que se alejó con paso más sereno calle arriba. Sin embargo, tras alejarse unos pocos pasos del grupo de trabajadores, las hoscas miradas de los pordioseros que dormitaban entre los altos pórticos que flanqueaban la calzada hicieron recelar al carpintero de la idoneidad de esa ruta. La escasa iluminación nocturna de las calles principales de la ciudad no resultaba un obstáculo para los asaltantes, y al amparo de los soportales se concentraba la mayor parte de los vagabundos y desamparados que inundaban las calles. El pensamiento de un encuentro no deseado se fue abriendo paso en su interior, decidiéndole a retroceder hasta el cercano Augusteon, para rodear la basílica hasta llegar al puerto. A pesar de lo intempestivo de la hora, siempre existía actividad en los malecones que rodeaban el Cuerno de Oro, ya fueran pescadores, mercaderes en busca de evadir las aduanas o porteadores de mercancías.

Con un rápido giro deshizo el camino, eludiendo los charcos dejados sobre el pavimento por los esclavos, acercándose a la inmensa construcción de Santa Sofía, que recortaba su silueta contra la tibia claridad de la noche. Ya en las cercanías de la basílica, el carpintero recobró la confianza. El sordo tintineo de las monedas bajo su capa le hizo recuperar la sonrisa mientras trataba de calcular su beneficio, una vez descontada la paga de sus ayudantes y los gastos de la madera.

«Un buen pellizco en cualquier caso», pensó, al tiempo que se adentraba en una pequeña plaza, formada por la confluencia de varias calles.

Se detuvo. Esta vez no era su imaginación, ni un falso reflejo de la luna. Tan sólo fue un instante, tiempo suficiente para vislumbrar una sombra fugaz que se agazapaba tras unos árboles, en el pequeño patio ajardinado que rodeaba la estructura rectangular de la iglesia.

Se quedó helado. No podía creer que alguien se atreviera a

asaltarle en las cercanías de la principal iglesia de la ciudad, consagrada a la divina sabiduría. Sin embargo, varias muertes se habían sucedido en los últimos días. Algo que, añadido al peso de su bolsa, le convenció de que sería más prudente dar un rodeo, evitando la amenazante figura.

Se adentró en un estrecho callejón a su izquierda, formado por las altas fachadas de dos edificios de cuatro plantas, alejándose de su dirección inicial. Entre sus muros apenas se abría espacio para dos hombres uno al lado del otro, lo que hacía imposible que alguien se escondiera entre las sombras. Avanzó rápido, mirando hacia atrás de soslayo, incómodo ante cualquier reflejo que aparecía a su espalda, maldiciendo el ruidoso chapoteo que producían sus pies al golpear sobre el barro que, en ausencia de empedrado, llenaba el suelo.

Apenas a unos metros de la salida del callejón miró de nuevo a su espalda, sin lograr atisbar ningún indicio del supuesto ratero. Comenzó a pensar que había actuado con la suficiente antelación como para evitarlo, que quienquiera que fuese no tuvo tiempo de darse cuenta de la presencia de tan suculenta presa antes de su providencial cambio de rumbo.

No los vio hasta que giró de nuevo la cabeza. Eran tres, y bloqueaban por completo la salida cercana del callejón. En la cerrada oscuridad de la noche resultaba imposible distinguir detalle alguno, cualquier cosa que no fuera el aliento amenazante que surgía de sus caras, como un tibio humo que presagiaba el ataque de los lobos.

Dio media vuelta y echó a correr, resbalando en el embarrado piso hasta caer de bruces. Se levantó torpemente, mirando hacia atrás con temor. Trató de incorporarse, mientras contemplaba cómo el tenebroso grupo se aproximaba con parsimonia, plenamente consciente de su superioridad, de lo innecesario de apresurar su cacería.

Vitaliano se lanzó de nuevo a una alocada huida, apoyando sus manos en una de las fachadas que se elevaban a ambos lados, como recios muros que se cerraban sobre él. Consiguió apenas distanciarse de aquellos mensajeros de muerte.

Aceleró la carrera al llegar al final del callejón, justo en el momento en que vio brillar la daga, en el instante en el que resultaba imposible esquivarla pero aún con tiempo para darse cuenta de lo que ocurría.

Notó un dolor agudo y profundo en el estómago. Dando un

traspié se alejó de sus perseguidores, mientras se encogía sobre sí mismo al correr. Al apretar su mano contra el vientre notó finos hilos de tibio líquido que escapaban entre sus dedos, empapando sus ropas. Comenzó a sentir frío, un gélido cosquilleo que le subía por las articulaciones, como si la vida se fuera replegando de su cuerpo hasta llegar al corazón, el último reducto donde podría encontrar calor.

Contempló la grisácea estructura de piedra de la basílica a su lado, encaminando sus pasos hacia la entrada en busca de ayuda, trastabillándose con cada losa que sobresalía del suelo. Cuando dobló la esquina y alcanzó el pórtico columnado que daba acceso al atrio, el patio interior de la basílica, sus piernas apenas le mantenían en pie. Avanzó lentamente, con la respiración entrecortada y la mirada fija en el frontón triangular que marcaba el emplazamiento de las puertas, ascendiendo uno a uno los escalones de mármol sobre los que descansaba la estructura.

Al llegar al último se derrumbó sobre el suelo, extendiendo una mano suplicante hacia las cerradas hojas de bronce, antes de que un espasmo de dolor le obligara a volverse boca arriba, buscando inútilmente una postura que aliviara el fuego que devoraba su estómago.

Giró lentamente la cabeza observando la cruz que coronaba el vértice del friso que enmarcaba la puerta, contemplando cómo su forma se desdibujaba poco a poco, enmarcada por los oscuros rostros de sus enemigos, que se agrupaban en torno suyo. Le miraban sonrientes, como si contemplaran con orgullo el resultado de su macabra obra. Ninguno pronunció palabra, ni siquiera cuando Vitaliano balbuceó una plegaria antes de morir.

Constantinopla, 3 de enero de 532

—Apenas nos queda dinero.

Héctor asentía de manera mecánica, mientras se ajustaba el gastado cinturón de cuero alrededor de la túnica.

—Basanio nos pagará esta semana —afirmó, mientras se encogía de hombros—. No debería tener problemas, la tienda siempre está llena de clientes.

—Dios te oiga —insistió Penélope, frunciendo los labios al tiempo que ajustaba la vestimenta de su marido—, se nos está acabando la comida. ¡Y mira esto! —exclamó, al encontrar un nuevo desgarrón en la desgastada zona de los hombros en la túnica de Héctor—, tendría que zurcirlo. Aunque deberías comprarte otra túnica.

—Querida —dijo él con suavidad, cogiendo las manos de su esposa, tratando de detener su incesante movimiento en busca de los más recónditos defectos en su atuendo—, deja de preocuparte. Estamos bien. Saldremos adelante.

Penélope detuvo sus manos, suspirando con fuerza al tiempo que bajaba la mirada al suelo.

—Sé que hemos estado peor —dijo ella—, pero no puedo evitarlo. No consigo desprenderme de la sensación de estar andando en el borde de un precipicio. Cada día pienso en lo que haríamos si te quedas sin trabajo, si se retrasa la paga o Dios sabe qué.

—No va a pasar nada —aseguró Héctor, apoyando suavemente su mano en la delicada barbilla de Penélope, consiguiendo que levantara la cara lo suficiente como para ver sus encantadores ojos —. Cuando acabe la temporada de aceite, Vitaliano me buscará otro trabajo, de hecho ayer mismo quería que le acompañara, así que, mientras siga ligado a los verdes, no volveremos a tener problemas.

Penélope pasó una mano por las tiras de lino de color oliva que Héctor lucía sobre sus hombros, indicativas de su recién ganada pertenencia a la facción. Resultaba irónico que aquellos pequeños lazos compusieran el retazo de tela más flamante en todo el atuendo de su marido.

—¿Y por qué no te dan un trabajo de verdad? —replicó ella en un susurro, como si la corta discusión hubiera agotado su ánimo

—. Eres un magnífico profesor.

—Ya sabes que Justiniano prohíbe enseñar a los paganos.

—Deberías haberte bautizado cuando te dieron la oportunidad.

—Si pudiera arrojar a un río mis convicciones con tanta facilidad no te habrías casado conmigo —respondió Héctor con una sonrisa—. Te gusto porque soy persistente.

—Di más bien cabezota.

—Muy cabezota.

Penélope esbozó una sonrisa. Héctor retiró con suavidad un mechón de pelo que caía sobre su frente antes de besarla.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Se despidieron con otro cálido beso, que contrastaba con el ambiente gélido que recibió a Héctor en cuanto abandonó la casa.

Bajó raudo las escaleras, consciente de que, de nuevo, llegaba tarde a su trabajo. Sin embargo, nada más salir del estrecho callejón donde se encontraba el acceso a su vivienda, un numeroso grupo de personas que se arracimaban en la plaza llamó su atención. Formaban un denso círculo alrededor de un carro, impidiendo observar lo que ocurría en su interior. Unos sollozos apagados provenientes de aquel lugar acrecentaron su curiosidad y, aunque consciente de su tardanza, no pudo reprimir el deseo de echar un vistazo en medio de aquel grupo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó a uno de los que se encontraban más alejados, un muchacho que estiraba el cuello intentando atisbar por encima de los demás.

—Esta noche han matado a un hombre —respondió sin siquiera volverse.

—¿Otro? ¿Quién es?

—No lo sé. Lo han traído en una carreta desde Santa Sofía. Aún no he logrado ver de quién se trata, pero creo que es alguien del barrio. Un carpintero, según he oído.

Héctor frunció el ceño, aunque muchos carpinteros tenían su residencia en el barrio de Zeugma, una voz en su interior pareció gritarle los malos augurios al oído. Presionó con el cuerpo, empujando lenta pero persistentemente a los reunidos hasta hacerse un hueco en la primera fila, sin importar las airadas miradas que se levantaban a su paso. La muerte siempre atraía la fascinación y la curiosidad del gentío, que se ofendía cuando alguien suplantaba su asiento ante el espectáculo, como si de un

banco en el hipódromo se tratase.

Finalmente, consiguió abrirse paso hasta la carreta. El cadáver se encontraba en el interior del destartalado vehículo de madera, con el cuerpo envuelto toscamente en su propia capa. Junto a él se hallaba la viuda, sostenida por dos ancianas. Lloraba medio desmayada sobre el cadáver, acariciando su rostro manchado de sangre y barro. Por un momento, Héctor no reconoció al difunto. Las manos de su esposa ocultaban sus facciones, y el lodo que envolvía parte de su cara transformaba su aspecto. Sin embargo, su corazón dio un vuelco cuando comprendió que el fallecido era Vitaliano.

—¡Asesinos! —exclamó desconsoladamente la viuda.

—Ni siquiera le han robado la bolsa —apuntó el que se encontraba a la izquierda de Héctor.

—Han sido los azules —afirmó otro—, ¿quién si no iba a ser capaz de matarle a sangre fría? Todos le querían, jamás había hecho daño a nadie.

—Sólo tiene una puñalada —apuntó un tercero—. Así es como esos cerdos se jactan de asesinar a sus enemigos.

Héctor se apartó del grupo, alejándose despacio, sin poder creer aún lo que acababa de presenciar. A su mente regresó la imagen del carpintero el día anterior, sonriéndole desde la puerta de la fábrica de Basanio. Un ramalazo de culpa cruzó su pensamiento. Si hubiera aceptado su propuesta habrían regresado juntos aquella noche, espantando al asesino. Aunque, por otro lado, Héctor no pudo dejar de preguntarse si, de haber acompañado al carpintero, su propio cadáver no se estaría enfriando en aquella plaza junto al de Vitaliano, fruto de la ciega enemistad que enfrentaba a azules y verdes.

Héctor apretó el paso, caminando hacia la tienda de Basanio con los ojos fijos en el suelo y la cabeza abarrotada de negros pensamientos. Educado en un ambiente radicalmente opuesto al mundo en el que se encontraba inmerso, era incapaz de comprender el fanatismo que enardecía a los integrantes de las facciones. Que un hombre pudiera matar a otro, por el simple hecho de favorecer con sus ánimos esta o aquella cuadriga, se mostraba ante sus ojos como una especie de locura, algún tipo de extraña enfermedad del alma que apresaba a sus miembros convirtiéndoles en bestias.

Respecto a los verdes él era un simple infiltrado, adscrito a tan extensa familia por la conveniencia, por la facilidad con la que sus

nuevos compañeros le otorgaban trabajos antes vedados. Fue el propio Vitaliano quien, aun sabiendo que Héctor no se identificaba con los colores que lucía en sus hombros, le introdujo entre los verdes. Incluso para transportar pesadas cargas por los estrechos callejones de Constantinopla, un patrón significaba la diferencia entre unas monedas o la esporádica beneficencia de los monjes, y si el carpintero quería proporcionarle nuevos trabajos la pertenencia a la facción era imprescindible.

Cuando llegó por fin a la tienda ni siquiera se paró a saludar al muchacho que se encontraba atendiendo al público. Entró directamente en la fábrica y buscó a su patrón con la mirada.

—¡Lo estás cogiendo por costumbre! —gritó Basanio desde un rincón de la gran sala—. Me da igual lo tarde que llegues, hoy no te irás hasta que no acabemos la faena.

Héctor le miró con aire ausente. Le resultaba extraño comprobar la normalidad que reinaba entre esos muros, al igual que en la calle o frente a la tienda. Nadie parecía haber reparado en la tragedia que había acontecido, o tal vez a nadie le importaba. Un buen hombre había sido asesinado y, pese a ello, Constantinopla mantenía su frenético ritmo de vida, como si la ciudad fuera ajena al acontecer de los hechos que acaecían en su interior.

—Vitaliano ha muerto.

Basanio abrió la boca durante un instante, como si ya tuviese preparado un exabrupto para contestar a la excusa de Héctor por su tardanza y su mente hubiese tardado en comprender lo que escuchaba. Con un apresurado gesto de su mano mandó parar al resto de los trabajadores, consiguiendo que la sala se quedara en un completo silencio, roto tan sólo por la profunda respiración que delataba el esfuerzo de los hombres.

—¿Qué has dicho? —preguntó, con el rostro contraído en una mueca de incomprensión.

—Vitaliano ha muerto —repitió Héctor, sin poder evitar bajar la vista hacia el suelo, como si se avergonzara de ser él quien transmitiera tan amarga noticia.

—Pero... ¡si ayer mismo vino a vernos! No puede ser cierto.

—Le han acuchillado esta noche, cerca de Santa Sofía —explicó el ateniense—. Acabo de ver su cuerpo en la calle, cerca de casa.

—¿Acuchillado? ¿Quién lo ha hecho?

—No sabían, aunque alguien ha dicho que han sido los azules. Al parecer no le han robado.

—¡Malditos! —masculló Basanio, llevándose una mano al rostro mientras sus ojos se enrojecían tratando de contener las lágrimas—. Era un bendito que jamás hizo mal a nadie.

Héctor asintió, mientras el resto de los trabajadores se miraban unos a otros con una mueca de perplejidad en el rostro.

—Tenemos que avisar a Antlas —añadió Basanio, con la voz tan entrecortada que al ateniense le costaba reconocer a su colérico patrón—. Estará en las termas. Tú vendrás conmigo —añadió, señalando a Héctor—, tienes que relatarle todo lo que sabes. El resto seguid trabajando.

Basanio abandonó la fábrica con rapidez, deteniéndose únicamente para recoger una dalmática, una espesa túnica de lana con anchas mangas que se sobreponía al atuendo normal los días fríos. Era tan habitual en Dalmacia que había adoptado su nombre de aquella región. Héctor le siguió, comprendiendo el interés de Basanio por comunicar la nefasta noticia. Antlas era el *demarca* de la facción verde, el único hombre que podía manejar los hilos con los que se dominaba el fanatismo de sus seguidores. Se encargaba de coordinar a los faccionarios, tanto para los eventos deportivos como para la organización diaria de cuadrigas, caballerizas y espectáculos. Debido a la insana adoración que profesaban los miembros de los verdes por su grupo, el *demarca* se había convertido en uno de los más influyentes miembros de la ciudad. Tan sólo los odiados azules podían disputarles el dominio, tanto en el hipódromo como en las calles.

—No puedo creerlo —repetía Basanio, mientras se esforzaban en avanzar rápidamente por la avenida porticada en medio de la multitud que la llenaba—. Esos malnacidos lo pagarán caro.

Héctor caminaba tras él en silencio, con la imagen del rostro de Vitaliano, sucio y ensangrentado, aún visible en su mente.

A pesar de sus prisas, tardaron un buen rato en transitar a lo largo de la avenida, recorriendo por su arteria principal casi media Constantinopla, hasta alcanzar el Augusteon, el verdadero centro de la capital. Aunque las calles de la ciudad siempre se encontraban abarrotadas, la calle Mese era el punto donde parecían confluir, antes o después, el medio millón de habitantes de la urbe, por lo que cualquier trayecto a lo largo de la empedrada calzada de sesenta codos de ancho resultaba más lento de lo que cualquiera pudiera suponer.

Finalmente, formando uno de los lados del foro, enfrentado con la estructura cuadrangular de Santa Sofía, la entrada a las termas

de Zeuxipo apareció ante ellos. Construidas por Septimio Severo a semejanza de los grandes baños públicos de Roma, mantenía sus mismas características, aunque su tamaño era menor que el de las grandes termas antonianas. La entrada al recinto se encontraba en uno de los laterales del Augusteon, resaltada por cuatro grandes pilares de mármol sobre los que se abrían arcos ciegos de medio punto, cuajados con estatuas de los emperadores que habían levantado las termas o las habían embellecido. Una novísima estatua de bronce que representaba a Justiniano y a Teodora destacaba sobre un pedestal de mármol a escasos metros de la entrada, bajo uno de los grandes pórticos del foro. Como hábil dirigente, Justiniano no desperdiciaba la oportunidad de glorificarse en uno de los puntos más concurridos de la ciudad.

Ambos se adentraron lentamente en el enorme complejo. A aquella hora, los baños se encontraban en el punto álgido de asistencia masculina, puesto que hombres y mujeres hacían uso de las instalaciones en días alternos. Y, dado que todo el recinto se hallaba rodeado por un ancho espacio porticado al que se abrían multitud de tiendas, en el entorno se concentraba una verdadera multitud, mucho mayor que las cerca de mil personas que se estimaba podían utilizar las instalaciones a la vez. Además, aunque existían ocho grandes baños públicos y más de un centenar de termas privadas en la ciudad, los baños de Zeuxipo eran el punto de encuentro preferido de los habitantes de Constantinopla.

Atravesaron el pequeño espacio ajardinado que separaba la zona porticada con las tiendas del edificio de las termas, desviándose a la derecha, hacia una de las entradas que desembocaban en los vestuarios, compuestos por cuatro grandes estancias rectangulares de iguales proporciones.

Basanio llamó a uno de los *capsarii*, los sirvientes encargados de vigilar la ropa de los asistentes, y deslizó sobre su mano varios *follis* de cobre, para que el criado les asignara uno de los estantes encastrados en la pared donde dejar sus ropas. El muchacho recogió el dinero con inusitada habilidad, introduciéndolo en una abultada bolsa que llevaba en su cinto antes de indicar con su mano uno de los escasos puestos libres que aún restaban entre el centenar largo de estantes de madera, por encima del banco corrido de mármol adosado al muro en el que se sentaban los visitantes para cambiarse. Ambos se desnudaron, trocando sus atuendos por una túnica corta y unas sandalias proveídas por el *capsarius*.

—¿Por dónde le buscamos? —preguntó Héctor.

—No creo que Antlas se encuentre en la *palestra* —respondió Basanio—, no se puede decir que adore el ejercicio tanto como las cuadrigas. Lo más probable es que se encuentre en el *caldarium*, pero revisaremos todo el lugar.

Abandonaron el vestuario con rapidez, adentrándose en la zona central del edificio, una gran sala rectangular que encerraba una amplia piscina, abarrotada en ese momento. Las termas de Zeuxipo se habían construido mediante un esquema simétrico, a semejanza de los imitados modelos romanos. A ambos lados se abrían vestuarios, gimnasios o *palestras* y baños de vapor. El eje central lo componía la piscina, seguida del *frigidarium* o baño de agua fría, la sala templada o *tepidarium* y, por último, en el extremo opuesto del edificio, encerrado en una estancia circular abovedada, el *caldarium*, el baño de agua caliente.

Basanio caminó alrededor de la piscina, escrutando la multitud de rostros que pululaban en torno al agua. Héctor, por el contrario, le seguía contemplando el ambiente que reinaba en las termas con curiosidad. En ese momento cayó en la cuenta de que no había pisado los baños desde hacía meses. La entrada al complejo aún era gratuita para el público, algo que la avaricia de Justiniano no tardaría mucho en cambiar, a buen seguro, pero las largas jornadas de trabajo no permitían al ateniense desplazarse al otro extremo de la ciudad a disfrutar de aquel lujo comunal pagado por el estado. Mientras andaba, Héctor se fijó en la impresionante colección de estatuas que se erigían en torno a la sala, colocadas en amplios nichos excavados sobre el muro de ladrillo. Esquines, Aristóteles, Hesíodo, Pirro, Safo, Apolo, Afrodita, Julio César, Platón, Menandro, Isócrates, Jenofonte, Virgilio… Constantino se había preocupado de embellecer los mejores baños de su ciudad, recolectando las ochenta esculturas más famosas que pudo encontrar en el imperio. En los ya pasados tiempos en los que Héctor y Penélope aún miraban la vida con optimismo, al ateniense le gustaba descansar frente a la estatua de Homero, recreándose en la habilidad del artista para atrapar el sentimiento del poeta en aquel trozo de mármol. Las manos cruzadas sobre el pecho, el pelo y la barba enmarañados, las cejas en actitud pensativa y los ojos fijos como un ciego mostraban una mezcla de serenidad y pasión que a Héctor le parecían sublimes. Ahora, casi dos años después, su mirada apenas se deslizó por aquella misma estatua.

Dando por concluida la búsqueda en aquel punto, traspasaron una extensa fila de criados que esperaban a un lado de la piscina,

enarbolando grandes toallas blancas de lana con las que envolver a sus amos en cuanto abandonaran el agua, para continuar su registro del lugar. Se adentraron en la zona de baños de agua fría, una sala rectangular de tamaño parecido a la anterior, aunque ésta tenía el centro libre, con sólo cuatro pozas semicirculares en las esquinas. Por ellas desfilaba en estricto orden un buen número de personas, sudorosas aún después del tiempo pasado en las estancias más cálidas. Se consideraba que el agua fría secaba el sudor y tonificaba el cuerpo, por lo que aquella sala era el punto final del itinerario termal.

En esta ocasión Héctor ayudó a Basanio en su infructuosa búsqueda, pero Antlas parecía resistirse a ser descubierto.

—Vayamos al *caldarium* —apuntó Basanio.

Atravesaron la sala templada y se internaron en la última de las estancias del complejo. Una bofetada de calor golpeó el rostro de Héctor en cuanto entraron en el *caldarium*. El calor que emanaba del suelo caldeaba los pies del ateniense a través de la delgada suela de sus sandalias, mientras que el vapor que llenaba el recinto parecía pegarse a la túnica convirtiéndola en una segunda piel. En el interior, la mayoría de los hombres se encontraban desnudos, sentados sobre sus túnicas para soportar el calor emanado por los bancos de piedra. En el centro de la estancia, una amplia bañera circular en la que tan sólo un puñado de valientes retozaba, contenía el agua más caliente de las termas, renovada continuamente a través de las bocas de cuatro gorgonas de bronce que se alzaban sobre sus lados.

Basanio escudriñó la estancia, entrecerrando los ojos en un intento de que su vista traspasara el fino velo de vapor que se alzaba en el ambiente.

—Allí —dijo a Héctor con una expresión de triunfo, señalando a un hombre que reposaba con los ojos cerrados en uno de los bancos—. ¡Por fin!

Héctor había visto a Antlas anteriormente. Aun así, le costó identificar al poderoso *demarca* de la facción de los verdes en aquel orondo cuerpo desnudo cubierto de aceites aromáticos. Su cara redonda y perfectamente rasurada aparecía cubierta de perlas de sudor, y su pelo oscuro, siempre ajustado a los cánones básicos impuestos desde tiempos del emperador Trajano, se encontraba tan alborotado que resultaba risible.

—¡Antlas! —gritó Basanio, saludando con la mano desde la entrada cuando el interpelado abrió los ojos.

Ambos se acercaron hasta él, rodeando la cubeta de agua y atrayendo momentáneas miradas del resto de los asistentes.

—Vaya, vaya —comentó Antlas con suavidad, en cuanto ellos se colocaron a su lado—, Basanio. ¿A qué debo este honor?

—Tenemos noticias importantes —indicó el comerciante.

—Deben de serlo, para que te presentes de esa guisa, ¿o es el calor el que te congestiona el rostro? —indicó el *demarca*, volviendo a cerrar los ojos y recuperando su relajada pose anterior.

—Vitaliano ha muerto —dijo Basanio, sin más preámbulos.

Antlas parpadeó un par de veces, como si no estuviera seguro de lo que acababa de escuchar. Miró a Basanio fijamente y se pasó una mano por el cabello.

—¿Cuándo?

—Esta noche. Asesinado por los azules.

El *demarca* mantuvo la mirada sobre los tristes ojos del comerciante. Sus sienes parecieron contraerse, delatando la tensión que crecía en el interior de Antlas.

—Héctor ha visto su cuerpo —continuó Basanio, señalando al ateniense, que se había mantenido callado hasta el momento—. Él era el ayudante de Vitaliano antes de trabajar conmigo en la fábrica.

—Lo sé —afirmó el *demarca*, escrutando al ateniense con intensidad—. Cuéntame lo que sepas.

Héctor relató de nuevo con todo detalle la forma en que se había topado con el cadáver del carpintero, sin olvidar ninguno de los comentarios de la gente que rodeaba el cuerpo. Antlas escuchó con atención, sin hacer preguntas. Tan sólo elevaba una ceja de vez en cuando, en un gesto cuyo significado Héctor no pudo identificar.

—Para mí está claro —sentenció finalmente el *demarca* de los verdes, una vez que el ateniense finalizó su relato—. Lo que me asombra es que esos malditos cerdos se hayan atrevido a tanto. Me parece increíble. Muchos mereceríamos morir a manos de esos puercos, pero… si alguien estaba libre de cualquier culpa ése era Vitaliano.

—Fue el primero que me ayudó en esta ciudad —añadió Héctor —. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos no lo creería. Jamás le oí un mal comentario sobre nadie.

—¡Es indignante! —gritó Basanio—. ¿Cuántos van ya? ¿Veinte?

¿Treinta? Los azules nos están exterminando. Si no se han detenido ante esta atrocidad pueden acabar con cualquiera. El próximo puedo ser yo, ¡o tú!

—Mantengamos la calma —pidió Antlas, aunque no pudo evitar un respingo ante la alusión del comerciante hacia la posibilidad de ser asesinado—. No debemos dejarnos llevar por la furia, con eso sólo daríamos a los azules una razón para desatar una guerra.

—¿Y qué otra cosa podemos hacer? —replicó Basanio con dureza—. Los azules parecen dispuestos a comenzar otro de sus reinados de terror, y no hay nadie que pueda pararlos.

—¿No deberíamos avisar al prefecto? —preguntó Héctor.

—¿De qué nido te acabas de caer? —chilló Basanio, fuera de sí —. La justicia no hará absolutamente nada. Todos sabemos que es Justiniano quien habla por boca de los jueces, y el emperador es un títere de Teodora, esa maldita fornicadora que se sienta a su lado en el trono.

—¡Baja el tono de voz! —reprimió Antlas, mirando de reojo a las personas que se encontraban más cerca, quienes les observaban con curiosidad, atentos a la conversación—. Las paredes tienen oídos.

—¡Que me escuchen! —gritó desafiante—. Que me escuchen el hereje y la zorra de la emperatriz.

El *demarca* agarró a Basanio con fuerza por un brazo, obligándole a abandonar apresuradamente el *caldarium*, en busca de un lugar donde pudieran hablar con más intimidad.

—¡Cálmate! —exigió Antlas, con el rostro enrojecido—. Nos vas a meter en un lío. Bastantes problemas tenemos ya. El calor te ha alterado, será mejor que vayas al *frigidarium* y te refresques la cara con agua fría. Nos encontraremos después en la *palestra*.

Basanio permaneció en silencio unos segundos. Finalmente emitió un hondo suspiro, casi como el resoplar de un toro, y se dirigió hacia la sala central del complejo.

—No se lo tengas en cuenta —dijo Héctor—. La paciencia nunca ha sido su mejor virtud, y adoraba a Vitaliano.

—Le conozco bien —replicó Antlas—. Basanio sólo adora el trabajo y el dinero que le reporta.

Un incómodo silencio se alzó entre ambos mientras atravesaban el gimnasio buscando un lugar algo más despejado, en espera de que el comerciante volviera más calmado. Héctor deslizó su mirada hacia el rectángulo de arena que formaba el centro de la

estancia, observando distraídamente cómo un grupo de jóvenes jugaban al *trigon*, arrojándose una pelota rellena de arena desde los vértices de un triángulo realizado sobre el terreno.

—No entiendo cómo la iglesia aún permite esas prácticas paganas —comentó Antlas.

Héctor siguió la dirección de su mirada hacia el otro lado de la *palestra*, hasta más allá de otro grupo que se ejercitaba con el levantamiento de halteras. Un hombre había recogido un poco del fango que se formaba en el fondo de las piscinas y, con él sobre los dedos, realizaba la señal de la cruz en la frente de un recién nacido que tenía en brazos, como símbolo de protección contra el mal de ojo.

—Supongo que las tradiciones son demasiado fuertes —respondió Héctor, sin querer entrar en una de las profundas discusiones sobre religión que tanto gustaban a los habitantes de Constantinopla.

El *demarca* emitió un sordo gruñido de asentimiento, regresando a su mutismo mientras miraba en torno suyo.

—¿A qué se refería Basanio con el reino de terror azul? —preguntó el ateniense, presionado por la incomodidad a romper el silencio.

—En tiempos de Justino, el anterior emperador, los azules ya eran los protegidos de Justiniano. Sin importar cuál fuera su crimen eran sistemáticamente liberados en los juicios. Su impunidad era tal que acabaron dominando la ciudad. No sólo mataban a los verdes, también a cualquiera que se opusiera a sus robos o tropelías. Acabaron matando por dinero, violando e incluso prostituyendo a esposas o hijas de patricios. Nada era bastante. Sin embargo Justiniano encubrió hasta el último de sus crímenes, dejando que el terror se apoderara de la ciudad. Gracias a Dios Justiniano cayó enfermo, y el anterior prefecto aprovechó para realizar una apresurada purga entre los criminales. Aún recuerdo las risas con las que entraban en los tribunales, considerándose intocables, pero recuerdo aún más sus aullidos de dolor cuando fueron condenados a la hoguera.

—Al menos la justicia triunfó finalmente —indicó Héctor.

—Sólo en parte —replicó Antlas—. El prefecto pagó su buen hacer con el destierro. Fue encerrado en un monasterio, y se dice que tiene tanto miedo a que el emperador ordene su muerte que tiembla cada noche como una hoja. Al menos nos proporcionó un respiro, tanto a los verdes como a toda Constantinopla.

—Pero teméis que los azules se repongan y lo intenten de nuevo.

—Por lo que parece ya lo están haciendo. Aunque esta vez no nos cruzaremos de brazos —aseguró el *demarca*.

Héctor observó la acerba mirada de odio que se reflejó en el rostro de Antlas mientras decía esta última frase y no pudo evitar que un escalofrío recorriera su espalda. En algún punto de su mente un sexto sentido emitió un pequeño destello de aviso, como si la sangrienta muerte de Vitaliano no fuera sino la premonición de algo mucho peor, como los pequeños temblores que preceden a un devastador terremoto.

—Hoy parecéis distraído.

Justiniano trató de sonreír, pero no pudo evitar dar la razón a Epifanio, patriarca de Constantinopla y la segunda dignidad de la iglesia, casi al nivel del heredero de San Pedro en Roma.

Era norma habitual que el patriarca acudiera de vez en cuando al Gran Palacio para desayunar con el emperador, conversar con él sobre religión o debatir algún punto sobre los ceremoniales de las grandes festividades. De hecho, Justiniano apreciaba sinceramente a Epifanio, así como las amistosas discusiones sobre teología en las que se enzarzaban a veces. Sin embargo, ese día no sólo no lograba mantener el hilo de la conversación, sino que ansiaba encontrarse a solas, para centrar su agitada mente en los problemas que se alzaban frente a su absorbente nuevo proyecto.

El patriarca había llegado al palacio imperial al amanecer, montado sobre su asno blanco, e inició el encuentro con agudos comentarios sobre la ceremonia de la circuncisión del Señor, celebrada dos días atrás. Ya durante el frugal desayuno que compartieron en el salón de los diecinueve lechos, Justiniano se mantuvo distante, poco dispuesto a enfrascarse en una discusión sobre etéreos conceptos sagrados. Pese a la inagotable pasión que el emperador volcaba sobre la teología, hasta superar en muchos casos a los más afamados expertos de la iglesia, aquella mañana le resultaba imposible centrarse en la conversación. En su pensamiento sólo había espacio para una cosa, Santa Sofía.

—Hoy no logro liberar mi mente de los asuntos de estado —se disculpó Justiniano.

El patriarca asintió con vehemencia. En opinión del emperador, Epifanio era uno de los pocos que lograba comprenderle. Justiniano sólo se sentía a gusto cuando se veía rodeado de su

estrecho círculo de confianza, o en la soledad de los grandes salones de palacio. Era un eremita en medio de la mayor urbe de la tierra, tratando con el resto de los mortales únicamente porque el deber así se lo exigía. Tan sólo Teodora le resultaba imprescindible, hasta un punto que el propio patriarca creía malsano.

—No es de extrañar —aseguró Epifanio—. Parece que la ciudad entera se esté volviendo loca. A veces me maravillo de que no caigáis en la melancolía.

—Regir un imperio es una pesada carga —comentó el emperador, preguntándose cómo podría finalizar el encuentro sin ofender a su ilustre huésped.

—Os entiendo, y creedme si digo que contáis con todo el apoyo de la iglesia. Vuestra evidente angustia ante las decisiones que debéis tomar incluso me provoca incómodos remordimientos de conciencia, cuando pienso en una de las razones que me han traído hoy aquí.

—Ya sabéis que aprecio vuestro consejo —afirmó Justiniano con suavidad—. Podéis hablar con total libertad.

—Desde hace algunas semanas mis clérigos me informan de un creciente malestar —informó Epifanio—. Nuestras instituciones caritativas rebosan de mendigos y desheredados. Hay tantos pobres en la ciudad que no podemos alimentarlos a todos. Las peleas a la puerta de los hospicios son constantes, pues muchos se quedan fuera, sin comida ni techo.

—He ordenado que se cierre el acceso a todos aquellos que no tengan oficio en la ciudad —explicó Justiniano—, pero las puertas son fácilmente traspasables. Basta aducir que se dispone de una pequeña carga que se intenta comerciar para que un vagabundo se convierta en buhonero. Si necesitáis más fondos para asistir a las labores de caridad no tendría inconveniente en proveerlos.

—Serían siempre bienvenidos —se apresuró a contestar el patriarca—, aunque me temo que no conseguirían solventar el problema. Siempre ha habido pobres en el imperio, y siempre los habrá. Cada uno debe ocupar el puesto que Dios le marca y nosotros tan sólo podemos aliviar su sufrimiento. Sin embargo, es todo el pueblo el que se remueve inquieto. Los avaros patricios se quejan de los impuestos, mientras que el pueblo llano clama contra la caída de la calidad del pan.

—¿Por qué habría de empeorar el pan? Los panaderos se nutren de los almacenes imperiales de trigo traído de Egipto, y el

precio está estrictamente controlado por el estado. Se les entregan treinta *modios* de trigo por cada sólido. Y cuando lo venden pueden sumar cinco *siliqua* de plata a ese precio. Con cuatro se paga a los empleados, los hornos y los animales, y tienen uno de beneficio. Incluso he librado del servicio público a los panaderos y sus animales.

—Desde que se instauró la nueva tasa los panaderos han visto caer sus beneficios —replicó Epifanio—. Para mantenerlos empeoran deliberadamente la mezcla, usando harinas corruptas, arena o incluso serrín. Algunos cuecen el pan de manera deficiente para ahorrar leña, y se pudre con facilidad, otros trucan las pesas y engañan a sus clientes. El pueblo comienza a pasar hambre.

—Es el prefecto de la ciudad quien debe controlar los pesos a través del *curator* de cada barrio —se excusó Justiniano—. Le avisaré para que intensifique las inspecciones y sancione a los panaderos que incumplan las leyes.

—El hambre no se combate con sanciones —advirtió el patriarca—. Cuando un hombre carece de lo necesario para vivir con dignidad se convierte en una bestia. Y eso sin contar con la molestia que suponen las facciones.

—No veo cuál es la relación de las facciones con el descontento del populacho.

—Su desprecio por las más elementales leyes cristianas es indignante, y aumentan el malestar del pueblo con sus sanguinarias andanzas. Esta noche los azules se han atrevido a asesinar a un hombre, ¡en las mismísimas puertas de Santa Sofía!

—¿En Santa Sofía? —preguntó Justiniano, abriendo repentinamente los ojos con sorpresa.

—En efecto —aseguró el patriarca—. Han acuchillado a uno de los verdes, dejando que se desangrara sobre los escalones de entrada. He ordenado a los diáconos que lo subieran a un carro y lo devolvieran a su familia. Mientras lo hacían me han contado que varios miembros de los azules se han acercado a curiosear y, cuando los han visto los faccionarios verdes, se ha montado una buena trifulca. Raro ha sido que no hayamos visto más muertos junto a la casa del Señor. Esos malditos son una plaga, ¡y no se arredran ante nada! Ni la más sagrada de nuestras iglesias está a salvo de esos malditos incendiarios.

—Ni la más sagrada de nuestras iglesias... —repitió el emperador, mientras sus ojos se perdían en el infinito.

Epifanio siguió hablando, relatando con indignación los

detalles del hartazgo del pueblo frente a las luchas intestinas que mantenían las dos facciones por el control de las calles. Sin embargo, Justiniano ya no le escuchaba. La voz del patriarca se fue convirtiendo en un vago murmullo que resonaba en la lejanía. En su mente tan sólo había ya espacio para una sola frase: ni la más sagrada de las iglesias se encontraba a salvo de los faccionarios.

Desde hacía siglos, las facciones del hipódromo habían protagonizado innumerables revueltas. Su fanática pasión por las carreras de cuadrigas se desbordaba con facilidad, convirtiendo a azules y verdes en una plaga de langostas que sembraba la destrucción a su paso. Y cuando las facciones se rebelaban, siempre recurrían al fuego. Santa Sofía ya ardió una vez durante una revuelta, a nadie le extrañaría que prendiera de nuevo accidentalmente si los faccionarios liberaban su ira en las calles.

Dios había marcado el cielo sobre Santa Sofía con una llamarada, con el fuego. Bastó un parpadeo para que Justiniano comprendiera cuál debía ser su siguiente paso. Con la muerte de aquel hombre al pie de la basílica el Señor le había vuelto a enviar una señal. Ahora ya sabía cómo eliminar el último obstáculo que se levantaba ante él, sólo restaba elegir el momento.

El Todopoderoso le abriría el camino, estaba seguro, y sería pronto.

Perfectamente pulido, el espejo de bronce reflejaba hasta el último detalle del rostro de la emperatriz. Teodora movía ligeramente la cabeza a uno y otro lado, manteniendo la vista fija sobre la ovalada superficie que sostenía una de sus damas, buscando concienzudamente imperfecciones en su bello rostro.

La imagen que la contemplaba desde el frío metal presentaba la apariencia de un ángel. Sus profundos ojos pardos refulgían como estrellas en el centro de su cara, enmarcados por la fina curvatura de las cejas, depiladas con absoluta precisión. La pálida tez de su cara realzaba sus delicadas facciones, acentuando los tonos castaños que destellaban en su pelo.

Su incapacidad para encontrar el más mínimo defecto en el reflejo que atesoraba el pulido bronce no lograba arrancar una sonrisa de sus labios. En el fondo de la arrebatadora belleza de esos ojos que bailaban sobre las doradas ondas de metal, Teodora no dejaba de ver un atisbo de amargura.

—¿Qué respuesta buscas en ese espejo?

La emperatriz elevó despacio su mano, posándola en el brazo de la dama que sostenía el redondo soporte de su retrato, moviéndola con suavidad hasta que el metal devolvió la imagen de la habitación. A su espalda, recostada sobre el lecho de la propia Teodora, Antonina sonreía con malicia mientras jugueteaba con el borde de su túnica de seda.

Cualquiera de los miles de funcionarios y sirvientes que transitaban a diario por el Gran Palacio aseguraría sin pensarlo dos veces que Antonina, la esposa del general Belisario, era la más leal amiga de la emperatriz. No se equivocarían, aunque ninguno de ellos sería capaz de imaginar el escaso grado de intimidad que eso suponía para Teodora.

Casi de la misma edad, ambas mujeres habían dejado atrás un pasado marginal, alcanzando las más altas posiciones de la sociedad gracias al matrimonio. Provenían del mismo mundo y compartían aficiones, ideales, hermosura, inteligencia, el gusto por el lujo y un buen número de enemigos políticos. Su cercanía era innegable. No existía asunto de gobierno o cotilleo cortesano que no se transmitieran una a la otra y, pese a ello, Teodora mantenía una fina barrera entra las dos, lo suficientemente etérea para que Antonina no pudiera reparar en ella aunque, al mismo tiempo, impenetrable ante cualquier asalto a lo que consideraba su intimidad.

Teodora había nacido en el hipódromo. Como hija de un cuidador de osos, pertenecía al escalafón más bajo de la sociedad. La muerte de su padre y su precoz iniciación en el mundo del teatro habían forjado su carácter desde una temprana edad. En medio del sórdido ambiente de la actuación, asociado desde antiguo a la venta de favores sexuales, había aprendido a ocultar sus emociones, enmascarándolas tras una tentadora sonrisa o una provocativa mirada. Desde muy joven había aprendido a golpes la más vieja de las lecciones, que desnudar el cuerpo es mucho más fácil y menos doloroso que desnudar el alma y los sentimientos que van ligados a ella.

—No encontrarás nada —insistió Antonina—. Los años parecen no pasar para ti.

Teodora se fijó en el ovalado rostro de su amiga sin poder evitar compararse con ella. Mediada la treintena, pequeñas arrugas salpicaban el bello rostro de Antonina, apenas perceptibles junto a la atractiva profundidad de sus verdes ojos. A diferencia del tono marfil de la tez de Teodora, la mujer de Belisario acentuaba la palidez de su cara con una ligera capa de polvos

blancos, buscando matizar el color de su piel aceitunada.

No se sintió culpable mientras recorría con la mirada las voluptuosas curvas que llenaban el cuerpo de Antonina, tan alejadas de la apreciadísima delgadez que ella misma exhibía, símbolo de belleza en las mujeres. Por mucho que una mujer aprecie a una amiga, en el fondo no consigue librarse de la inconsciente idea de que es una competidora. Tal vez ésa fuera la razón de que a Teodora le satisficiera tanto observar la sutil superioridad que le confería su inmarchitable belleza.

—El tiempo es inexorable —respondió la emperatriz—, pero siempre nos complace comprobar que aún se permite respetarnos.

—Aún te quedan varios años por delante para cumplir tu sueño —indicó Antonina con fingida indiferencia—, no deberías preocuparte tanto.

Bastó una mirada para que la dama que sostenía el espejo lo devolviera a su antigua posición, ocultando a la emperatriz la vista sobre su amiga. La fiel y despreocupada Antonina tenía una especial capacidad para esparcir sal sobre la más mínima grieta en el muro de Teodora. Aunque era inevitable que su proximidad permitiera que la perspicaz mujer de Belisario captara el ligero cambio de ánimo que la llegada del periodo producía en la emperatriz, a Teodora aún le costaba mantenerse ajena a las ocasionales puyas de su compañera.

La simple mención del sangriento aviso que constataba la falta de un heredero provocaba una amarga sensación en la emperatriz, como si la bilis se acumulara en su estómago y ascendiera de golpe por su garganta, hasta alcanzar la boca. Tras años de matrimonio su unión con Justiniano no fructificaba. Apenas mujer, Teodora había dado a luz a una niña, por lo que no alcanzaba a comprender el porqué de su actual esterilidad. Era cierto que su vida había estado marcada por el pecado, pero desde que Timoteo, patriarca de Alejandría, la tomara bajo su protección tras su fracasado primer matrimonio, Teodora había mantenido la más estricta observancia de las normas morales de la iglesia. Sin embargo, había sido en vano.

Dios era amor. Así lo había demostrado con Pelagia, la prostituta redimida que se ganó la santidad al permanecer toda su vida en un convento, disfrazada de eunuco. Por eso Teodora no sabía la razón por la que el Señor no podía perdonarla y concederle lo que más deseaba.

El ansia con la que esperaba el ciclo menstrual se acentuaba

cada mes, oculto a cuantos la rodeaban por la impenetrable máscara de orgullo en la que se transformaba su rostro. La esperanza crecía poco a poco en su interior pero, a diferencia de la ilusión con la que los días pasaban al principio de su matrimonio, ahora se había convertido en una especie de gusano que la carcomía por dentro, hasta que desaparecía con la llegada del periodo, dejando tras de sí un doloroso vacío, lleno tan sólo con la ira que provocaba la angustia. De cuantas inconveniencias pudieran salir de la boca de Antonina, ninguna resultaba tan punzante como las relativas a su imposibilidad de concebir.

Aunque en realidad no debería quejarse. Durante toda la mañana había volcado el mal humor que acumulaba dentro sobre Antonina, sin que ésta tuviera realmente parte en su trágica esterilidad. Cerrando los ojos, se abandonó a los suaves tirones que notaba en su cabeza, mientras una segunda dama cepillaba su larga melena con un peine de marfil, tallado con una imagen de Cristo entre los olivos.

—Creo que Juan de Capadocia vino ayer a una audiencia por la mañana —afirmó Antonina cambiando de conversación—. Me juego veinte sólidos a que llegó borracho.

—El *silentiario* me dijo que apenas podía abrir los ojos cuando llegó a palacio —confirmó Teodora, sin poder evitar una sonrisa de complicidad—. Ese maldito engreído no era capaz de soportar la luz del sol.

—Resulta despreciable —aseguró la mujer de Belisario con rotundidad—. Ya sabes el dicho: los capadocios son malos, peores con un cargo, los peores cuando hay dinero por medio y lo peor de lo peor cuando se sientan en un gran carro oficial. Ese cerdo cumple todos los requisitos. ¡Incluso tiene la desfachatez de tratarte con desdén! No entiendo cómo tu marido le mantiene en la prefectura de oriente. Yo hace tiempo que lo hubiera arrojado a una hoguera.

—Es arrogante, maleducado, corrupto y engreído, pero llena de oro las arcas del estado.

—No me engañas —apuntó Antonina—. Sé que le odias tanto como yo, por muy eficaz que sea para el tesoro imperial.

—No sería inteligente dejar que las emociones se impusieran a las necesidades del imperio.

—Por cierto, ¿para qué vino a palacio?

—Para rendir cuentas —mintió Teodora—. Resulta conveniente recordar de vez en cuando a los principales ministros que nada se

escapa al ojo del emperador.

A pesar de la rapidez y precisión de su respuesta, Teodora rumiaba en su interior las razones por las que Juan de Capadocia podría haber sido llamado a presencia del emperador. Hasta ese momento apenas le había dado importancia a la cuestión, pero ahora, reflexionando más detenidamente sobre ello, se daba cuenta de que era la primera vez que Justiniano le ocultaba algo. Le conocía demasiado bien, bastaba un simple vistazo para comprender que la mente de su amado esposo se encontraba volcada en uno de sus absorbentes y grandiosos proyectos. Pero, a diferencia de los anhelados planes de restauración del imperio, Justiniano había eludido sus discretas indagaciones con vagos y difusos pretextos.

Cualquier otra emperatriz se hubiera conformado con una nimia explicación, centrándose en la infinidad de placeres que se encontraban a su alcance. Sin embargo, ése no era el proceder de Teodora. Jamás aceptaría un simple papel decorativo como esposa consorte del emperador. Para su inquieta inteligencia, las evasivas de Justiniano se convertían en acicates, estímulos que impulsaban su necesidad de mantenerse al tanto de cuanto acontecía en el Gran Palacio. Si su vida se hubiera limitado a esperar un día tras otro la llegada de un hijo, hacía años que habría muerto presa de la apatía y la desidia.

—Creo que tu marido llegará a Constantinopla en cualquier momento —aseguró Teodora, desviando la conversación.

—Ayer por la tarde amarró un barco en el Nestoriano, el puerto militar —indicó Antonina—. Su capitán juraba y perjuraba que la flota se encuentra apenas a un día de navegación de la ciudad. Con un poco de suerte mañana al amanecer entrarán en el Cuerno de Oro.

—Estarás deseando reencontrarte con Belisario, ¿no?

—Desde luego —respondió Antonina, sin que el tono aburrido de su voz delatara emoción alguna—. Le he echado mucho de menos.

Teodora asintió levemente, eludiendo insistir. Para los concienzudos servicios de información imperiales no había resultado muy difícil descubrir los frecuentes deslices amorosos que Antonina se permitía. Pese a ello, a la emperatriz no le preocupaban los devaneos sexuales de su amiga. Teniendo en cuenta su pasado, ¿quién era ella para juzgar lo que hacía otra mujer?

—Mañana iré a buscarle al puerto —continuó Antonina—. Espero que no haya malgastado todas sus energías en la guerra —añadió con tono pícaro—. Lo único malo es que se pasará varios días contándome batallas, maniobras y estrategias. ¿Por qué los hombres piensan que nos interesan esos temas? ¡Es tan aburrido!

—Dedican a ello sus vidas. Buscan que nosotras mostremos admiración por lo que hacen, que les hagamos sentirse orgullosos. En el fondo la mayoría son niños asustados que añoran la aprobación de sus madres.

—Qué pena que la de Belisario no viva, así podría contárselo a ella, y yo sólo me quedaría con los buenos momentos.

Con total desparpajo, Antonina comenzó a relatar las últimas hazañas sexuales de su matrimonio, deteniéndose hasta en los más nimios detalles. Teodora mantenía una divertida sonrisa en su rostro, asintiendo de vez en cuando, pero su mente se encontraba lejos de aquel continuo parloteo. Sus pensamientos volvieron a Justiniano. Su esposo no sólo había eludido sus preguntas sobre su reunión con Juan de Capadocia, también se había mostrado desconcertantemente ajeno en el momento en el que ella le comunicó que no se encontraba en estado.

Conocía bien a los hombres. La mayoría de ellos no soportaba el continuo ciclo de ilusión y desesperanza que ellos habían mantenido durante años. Al cabo de un tiempo comenzaban a distanciarse, hasta que aceptaban el hecho de que nunca tendrían hijos o, peor aún, buscaban a otra mujer que les proporcionara lo que su esposa no podía. Teodora jamás había dudado de la lealtad de su esposo, aunque siempre había temido que, algún día, Justiniano finalmente se olvidara de concebir un heredero. Por eso, desde hacía tiempo, la emperatriz se preparaba interiormente para el día en el que su amado se diese por vencido. Sin embargo, lo que vio en los ojos de Justiniano no era hastío o indiferencia.

Era ilusión.

«No te preocupes, Dios proveerá.» Ésas fueron sus enigmáticas palabras. Teodora jamás habría cometido el terrible pecado de desconfiar del poder divino, pero el repentino acceso de fe de su marido no conseguiría disuadirla de aquello que ya casi había logrado aceptar. Ella era la culpable de su esterilidad, ése era el precio a pagar por sus pecados. El Señor ya se lo había dicho claramente, a través de Sabas, el eremita palestino que llegó a la corte un año antes para pedir una remisión de impuestos que aliviara las devastaciones causadas por los samaritanos en su región natal.

Con los ojos cerrados, Teodora aún podía ver al ermitaño, vestido con una simple *sisira*, la túnica de pelo de cabra típica de los anacoretas. La barba descuidada, el pelo enmarañado y la extrema delgadez de su cuerpo recordaban al más pobre mendigo de la ciudad, pero sus ojos mostraban una fuerza arrebatadora, la fuerza de quien es capaz de hablar con Dios.

A cambio de eliminar los impuestos, la emperatriz había pedido sólo una cosa. Asiendo sus manos le suplicó: «Reza, padre, para que Dios me dé un hijo.» Jamás olvidaría la profunda mirada de tristeza que aquel hombre santo clavó sobre ella, ni las esquivas palabras con las que expresó la negativa del Señor: «El Dios de la gloria conservará vuestro imperio en la piedad y en la victoria.»

Imperio, piedad, victoria. No habría sucesor, ni retoños, ni semilla que fructificara. Si el más pío de los hombres de su tiempo era incapaz de ver un descendiente en su linaje, ¿por qué de repente había renacido la esperanza en su esposo?

Fuera cual fuese la razón que había encendido de nuevo el ánimo en el corazón de Justiniano, ella no cejaría hasta conocer los motivos, ni abandonaría la fe en su sueño. Tal vez el resto de las mujeres se hubiera rendido hace años, pero ella no era como las demás.

Era hija del hipódromo, era Teodora, emperatriz de Roma.

El rostro de Vitaliano aún permanecía fijo en la mente de Héctor mientras regresaba a su casa. Tras su encuentro con Antlas en las termas, habían regresado a la fábrica de Basanio y habían continuado con el monótono prensado de aceitunas. Pese a que su patrón se encontraba evidentemente afectado por la muerte de su amigo y compañero de facción, la pulpa que salía del molino no podía esperar a ser prensada, para extraer de la masa viscosa el dorado aceite.

Durante toda la tarde habían hecho funcionar la pesada columna circular de piedra con la que prensaban la pulpa recogida del molino. Enganchada a la pared por medio de una gran viga de madera, se la hacía bajar sobre las aceitunas machacadas, exprimiéndolas hasta extraer el preciado líquido. Ambos trabajaron en un completo silencio, respetado religiosamente por el resto de los empleados, temerosos de ser los primeros en preguntar por lo ocurrido.

Héctor manejó la prensa, subiendo y bajando la viga de madera de la que colgaba con ayuda de uno de sus compañeros. Basanio,

mientras tanto, recogía el aceite del pilón cerámico en el que desembocaba la prensa y lo clasificaba con precisión, ya que, con cada prensado, el aceite perdía calidad. En ese tiempo, el ateniense mantuvo la mirada fija en su patrón, mientras éste vertía cuidadosamente el líquido en los tanques donde se dejaba reposar, para que las impurezas fueran depositándose en el fondo. Parecía como si Basanio centrara su mente en el trabajo, para evadirse así de los hechos ocurridos aquel día. Héctor decidió imitarle, concentrándose en el movimiento de la viga de madera que sostenía la prensa cilíndrica, escuchando cada uno de los crujidos que emitía, así como el desagradable sonido que provenía de la masa de aceitunas en cuanto eran aplastadas. Tal vez por ello, finalizado el trabajo, mientras caminaba lentamente hacia su morada el ateniense se veía golpeado una y otra vez por las imágenes del carpintero yaciendo en aquel carro, cubierto de sangre y lodo.

Ascendió pesadamente los maltrechos escalones de madera que conducían hasta los pisos más altos, sin apenas levantar la cabeza para observar el creciente manto de estrellas que llegaban con el ocaso del día. Cuando entró en su casa le pareció que aquel humilde cuartucho había encogido, tornándose más oscuro que nunca. Únicamente cuando Penélope se acercó hacia él sonriendo sintió un pequeño destello de alegría.

—¡Qué tarde vienes hoy! —se quejó ella mientras le abrazaba—. Ya me tenías preocupada.

—Hemos perdido bastante tiempo esta mañana —se excusó Héctor, tratando de sonreír, aunque apenas una mueca afloró a sus labios—, así que hemos tenido que hacer un esfuerzo extra.

—¿Ha habido algún problema? —inquirió Penélope.

—¿Qué tal está Platón? —preguntó él, evadiéndose suavemente de los brazos de su mujer para aproximarse al lecho donde se encontraba el pequeño.

—Está dormido, acabo de darle de comer.

Héctor se arrodilló al lado de su hijo, recorriendo con la mirada sus pequeñas facciones, preguntándose en qué momento los hombres perdían la inocencia, y con ella la posibilidad de dormir con aquella placidez que veía en su retoño. Al contemplar el rostro angelical de Platón, no pudo sino preguntarse en qué se convertiría al crecer. Pese a los esperanzadores sermones del clero, sus palabras de paz, fe y amor, en aquel sucio mundo en el que se encontraban inmersos parecía que sólo había cabida para dos tipos

de personas, las víctimas y los verdugos. Y aunque, tras esos dos años de continua decadencia, Héctor creía haber superado cualquier duda existencial, se sorprendió a sí mismo confesando que no sabía en cuál de ambos grupos querría ver crecer a su hijo.

—Héctor. Dime qué ocurre —pidió Penélope, plantándose frente a él con firmeza.

—Vitaliano ha muerto —dijo finalmente, al tiempo que se levantaba y asía suavemente las manos de su esposa.

—¡Dios santo! ¿Qué le ha pasado?

—Le han asesinado mientras venía hacia el barrio. Al parecer terminó el trabajo muy tarde, ya de noche, y le asaltaron por el camino.

—¡Es terrible! —exclamó Penélope, conmocionada—. Lo lamento muchísimo —añadió, abrazando a su marido con fuerza —, sé que le apreciabas.

—Fue el único que nos ayudó cuando más lo necesitábamos —respondió él, agradeciendo el cálido contacto de su mujer en ese momento—. Era el mejor hombre que he conocido en esta maldita ciudad.

—¿Qué pasará ahora?

—¿A qué te refieres?

—Seguirás trabajando con Basanio, ¿no?

Héctor se separó lentamente de Penélope, hasta que pudo mirarla a los ojos. Ésa era la noticia que ella temía realmente, la que había imaginado al verle tan abatido. Siempre había pensado que su mujer era la parte más firme de su matrimonio. Durante los dos últimos penosos años jamás había escuchado de sus labios un agrio reproche o el más mínimo desprecio hacia su decisión. Sin embargo, ahora comprendía que la penuria de la que apenas acababan de salir la había marcado más profundamente de lo que nunca supuso.

—Sí. Mientras dure la temporada del aceite no puede desprenderse de nadie. Después volveré con la facción para que me busquen otro trabajo. Hoy mismo he hablado con el *demarca*, no te preocupes.

Ella le sonrió, acariciando su mejilla con dulzura antes de volver a abrazarlo con fuerza. Héctor se abandonó al contacto de su cuerpo, aspirando con suavidad el fresco aroma de su pelo, apretándola contra sí como si el mero roce de su piel pudiera borrar de su memoria la visión de Vitaliano. Sin embargo, no pudo evitar que la imagen se colara en su mente una vez más, aunque,

en esta ocasión, era su propio cuerpo ensangrentado el que yacía muerto sobre esa carreta.

Constantinopla, 4 de enero de 532

A una voz del capitán, los marineros arrojaron al agua las cuatro grandes anclas de hierro en forma de cruz con las que se aseguraría el barco. Demasiado grande para amarrar en el atestado malecón del Nestoriano, el bajel sería descargado como muchos de los miles de barcos que se adentraban en el Cuerno de Oro, mediante anchas barcazas movidas a remo.

Apoyado en una de las bordas, Drías contemplaba admirado el bosque de mástiles que se elevaba de los *dromones* que abarrotaban el puerto militar. Las galeras se alineaban una junto a otra en impecable orden, unidas al escalón superior de los tres con que contaba el puerto por estrechas pasarelas de madera. Era un hérulo, al igual que sus compañeros, un germano integrado en los bucelarios de Belisario, los mercenarios pagados por el propio bolsillo del general. Un par de semanas atrás, tres mil de ellos habían recibido la orden de embarcar en una flotilla de cinco naves para ser enviados a Constantinopla junto al joven comandante en jefe de las tropas de oriente. Tras una dura campaña en las cálidas arenas del imperio sasánida, a Drías no le pareció mal cambiar de aires. Llevaban tanto tiempo a lomos de sus caballos realizando emboscadas y golpes de mano que la idea de que le acuartelaran unos meses en una gran ciudad, plagada de placeres en los que gastar su soldada, le resultaba de lo más atrayente.

Mientras los tripulantes se encaramaban al mástil para arriar tanto la gran vela cuadrada que impulsaba la nao, como la pequeña que se elevaba sobre ella para aprovechar los vientos ligeros, los soldados se empujaban unos a otros, señalando por encima de la borda en multitud de direcciones. A un lado, los grandes astilleros de la capital hervían de actividad, con multitud de diminutas figuras que se movían como hormigas sobre el gran caparazón a medio construir de una galera. Tras él, erguida sobre la acrópolis, sobresaliendo sobre los mástiles de los barcos, una alta columna de mármol sostenía la estatua de Byzas, el mítico fundador de la ciudad.

Drías exploró con la mirada la vista que ofrecía el puerto. Aunque había visitado grandes ciudades, como Antioquía, su imaginación no alcanzaba a elucubrar la existencia de una urbe semejante. El arsenal militar de Manganon, que se alzaba junto a

los muros que defendían el acceso desde el mar, palidecía ante el gigantesco tamaño de los almacenes anexos al puerto, en los que se acumulaba el trigo traído de Egipto. Detrás de ellos, elevándose por encima de las siete colinas que encerraba la ciudad, un océano de casas, iglesias, palacios, templos y villas se extendía a lo largo de más de quince estadios, salpicado por innumerables árboles y jardines, que interrumpían la monotonía de los tonos grises y rojizos de la piedra y el ladrillo.

Con un suspiro se volvió, buscando con la mirada a su compañero de armas. A su lado, los soldados reían aliviados, contentos de abandonar por fin el barco, mareados por el incómodo viaje. La temporada de navegación comenzaba el 7 de marzo y terminaba el 7 de noviembre. De no ser por las perentorias órdenes recibidas por el general Belisario, no deberían haber llegado a la capital hasta el comienzo de la primavera. Sin embargo, pese a los nefastos augurios de los tripulantes, la talla de la Virgen que presidía la proa del navío parecía haber cumplido su función, preservando el barco de la furia de los elementos.

Recorrió la cubierta, preguntando a unos y a otros, aunque sus camaradas se encontraban demasiado ocupados buscando subirse cuanto antes a los botes que les llevarían hasta el puerto. Finalmente bajó a la bodega, arrugando la nariz al recibir en el rostro el fétido olor que despedía la cerrada sentina del barco, mezcla de sudor, salitre y podredumbre.

Como había supuesto, Arzés se encontraba aún bajo la cubierta, envolviendo las delicadas sedas recogidas como botín en Persia en una basta manta de arpillera, para ocultar su valiosa carga a cualquier mirada indiscreta. Moreno, de escasa estatura, aunque fuerte como un buey, sus recias manos, acostumbradas al uso de las armas, se movían desmañadamente sobre el conjunto de telas.

—¿Aún no estás listo? —gruñó Drías con impaciencia, sin poder evitar una sonrisa al comprobar la torpeza de su amigo doblando los tejidos—. A este paso volvemos a Persia con el barco.

—No me metas prisa —se quejó Arzés.

Sentándose en el suelo junto a los fardos con su armadura y equipo, Drías suspiró con impaciencia, observando los fútiles intentos de su camarada por cerrar el paquete con un nudo.

—¿Quieres que te ayude? —se ofreció.

—Ni se te ocurra. Rompes todo lo que tocas.

Drías se llevó las manos a la cabeza, apoyándose contra un

gran recipiente de agua con aire despreocupado. Alto, corpulento, con pelo, barba y bigote rubios enmarcando unos profundos ojos azules, era el contrapunto físico de su amigo. Mirando expectante las evoluciones de su compañero, esperó con tranquilidad hasta que, finalmente, Arzés consiguió anudar su preciosa carga.

—¡Por fin! —exclamó poniéndose en pie y recogiendo su equipaje.

Subieron a cubierta con rapidez, acompañados por el tintineo de armas y armaduras, empaquetadas a toda prisa en grandes fardos.

En el exterior el desembarque se efectuaba con rapidez. La mitad de los hérulos ya había abandonado el barco, mientras que el resto observaba cómo las barcazas realizaban el viaje de ida y vuelta hasta la costa con la prisa acumulada en los ojos. Parecía como si quisieran hacer volar los botes sobre el agua con la sola fuerza de sus miradas, ansiosos por abandonar lo que, para ellos, no era más que un sarcófago que se deslizaba por el agua.

—Constantinopla —admiró Arzés, contemplando la vista que presentaba la ciudad—, la joya del imperio.

—Espero que tenga buenos burdeles —replicó Drías, mientras pensaba que gracias a la tardanza de su compañero serían los últimos en desembarcar.

—¿No piensas en otra cosa?

—¿Acaso hay algo más en lo que pensar? —se defendió Drías.

—Cuando te veo entiendo a los romanos, seguimos siendo bárbaros.

—Pero estos bárbaros son los que les han dado una paliza a los persas en nombre de las águilas romanas, ¿no crees?

Arzés asintió con vehemencia, mientras Drías rememoraba con orgullo su comportamiento durante la última campaña. Los tiempos en los que las legiones se componían de ciudadanos latinos habían pasado a la historia. El imperio romano alimentaba su ejército con mercenarios. Los labradores dueños de su propia tierra apenas formaban una escueta milicia, útil tan sólo contra bandidos y salteadores. El núcleo de la fuerza que había combatido en oriente lo componían los bucelarios de Belisario, la élite del ejército. Al ser mercenarios, adscritos al servicio del general, eran los únicos que no ponían pegas para desplazarse allí donde fueran necesarios. Eran profesionales, y eso marcaba la diferencia en un combate. Aún recordaba la carga que la caballería hérula había efectuado en la batalla de Daras. Con su ataque sobre

el flanco enemigo habían dado la primera victoria en siglos a las armas de Roma sobre Persia. Se habían ganado un poco de respeto por parte de sus empleadores.

—¿Y qué vas a hacer con ese fardo? —preguntó Drías, al tiempo que golpeaba con el puño el saco de arpillera.

—¡Ten cuidado! —gritó su compañero—. Esta carga me va a proporcionar buenas tierras para mí y mi familia.

—¿De verdad crees que tu mujer te seguirá esperando después de cinco años? —se burló Drías—. Estará montada a horcajadas sobre cualquier labriego.

—Está en casa de mi hermano —refunfuñó Arzés—, que es bastante más confiable que tú. A ti no te dejaría ni al cuidado de mis cabras.

—Haces bien. Llegado el caso no le haría ascos a nada.

Arzés lanzó una mirada asesina a su compañero, respondida por éste con una sonora carcajada.

—¿Qué hacéis aún aquí? Los vuestros ya han desembarcado.

La voz gutural del *ekatontarca*, el oficial a cargo de los cien hombres que componían su unidad, resonó con fuerza por la cubierta. Cuando se aproximó a los dos soldados, bamboleante aún por el mareo de la travesía, su rostro cubierto de cicatrices se cerraba en una mueca de furor.

—Yo también me alegro de verte —rezongó Drías con sorna—, cuando hace unas horas te vi doblado sobre la borda vomitando pensé que no sobrevivirías al viaje.

—Recuérdame que te envíe de avanzadilla la próxima vez que nos encontremos en terreno enemigo.

—No hace falta, ya lo haces sin que te lo pida.

El oficial esbozó una extraña sonrisa cuando levantó su labio superior, partido en dos por una flecha persa hacía unos meses, deformación que la espesa barba no conseguía disimular.

—Espero que tu enlace sea de fiar —comentó Arzés, apretando su preciada carga.

—Desde luego —afirmó el *ekatontarca*—. Te garantizo que tratará de estafarte a la menor oportunidad. Los sirios son comerciantes de primera y, por tanto, avaros y tramposos. Como te dije antes de embarcar, te comprará la mercancía sin hacer preguntas y evitando las aduanas, pero no pienses que te va a regalar el dinero. ¡Ah!, y págame la comisión antes de desaparecer. Esta ciudad está llena de lugares donde perder la

bolsa.

Arzés emitió un gruñido y guardó silencio durante un buen rato, a la espera de que llegara su turno de bajar al atestado muelle.

Ya en tierra, los estibadores se abrían paso entre los soldados, transportando sobre su espalda las pesadas mercancías que extraían de las entrañas de los barcos amarrados. El olor a pescado inundaba el ambiente, haciendo que los mercenarios hérulos arrugaran la nariz ante el persistente hedor de la zona. Sobre el malecón deambulaban de un lado a otro carpinteros, esclavos, transportistas, aguadores y toda clase de vendedores ambulantes. Para los germanos, aquella masiva concentración resultaba casi desconocida. La mayoría de los soldados habían pasado de los vacíos bosques de Germania a la inmensidad de los desiertos persas, donde transcurrieron años de marchas y batallas. Constantinopla era la mayor ciudad del imperio, incluso superando a Roma.

—¿Siempre hay tanta gente? —preguntó Drías.

—¡Por supuesto! —explicó el oficial mientras se adentraba entre la multitud—. Esto es como un hormiguero. Viven tan apiñados que les faltaría subirse unos sobre otros. ¡Hasta hay casas de ocho o nueve pisos!

—Habladurías. Eso es imposible.

—Ése debe de ser el tipo —afirmó el *ekatontarca*, señalando a un personaje que se mantenía junto a uno de los almacenes de aduanas.

—Espéranos por aquí —pidió Arzés, descargando sus pertrechos a los pies de Drías—. Supongo que esto llevará su tiempo.

Acarreando únicamente la valiosa mercancía, Arzés se aproximó al comerciante acompañado por su oficial, adentrándose con él por una portezuela lateral de los almacenes tras intercambiar unas pocas palabras.

Drías aproximó los fardos de su amigo junto al pedestal de una gran estatua de bronce de un buey, que se alzaba en mitad del puerto, como una isla de tranquilidad en medio de aquel desbordante caos de actividad. Contemplando la marea humana que se movía a su alrededor, se preguntaba cómo era posible que hubiera tenido la fortuna de encontrar un sitio relativamente despejado. Se subió de un salto al pedestal de mármol y se sentó entre las doradas patas de la estatua a contemplar el ir y venir de

los estibadores, que acumulaban en un montón cercano decenas de grandes ánforas de cerámica atestadas de pescado en salazón, en espera de ser subidas a un barco con dirección a Sycae, el barrio que se encontraba al otro lado del Cuerno de Oro. Desde su privilegiado asiento vio cómo la nave que traía a Belisario era remolcada hasta el puerto, para permitir que el general desembarcara a pie, en lugar de transportarle en las lentas barcas de remos. Un nutrido séquito esperaba al general frente al barco, comandado por la litera de una dama, visible gracias a la carencia de telas que cubrieran el interior de su transporte. Parecía entretenida con el ir y venir de los marinos, que se afanaban por amarrar cabos y tender la pasarela de madera que permitía la bajada de los tripulantes hasta el muelle. Tras la litera, un caballo esperaba inquieto, deseoso de ejercitar sus patas blancas. Sin duda se trataba de la montura destinada a Belisario.

—Bonito animal —comentó Drías despreocupadamente, mirando alternativamente a la dama y al caballo, sin que alguien que pudiera escucharle supiera hacia cuál de los dos había dirigido su cumplido.

Tanto su montura como la de Arzés habían quedado atrás, al cuidado del esclavo que compartían ambos, esperando los transportes adecuados. El general tenía prisa en arribar a la capital evitando las tormentas de enero, por lo que no podía esperar a que se reuniera toda la flota. Y aunque Drías no conocía las razones por las que habían sido llamados no dudaba que en primavera volvería a encontrarse junto a sus compañeros combatiendo en otro rincón del imperio.

En cualquier caso, ya no tenía sentido continuar en las planicies asiáticas. La guerra con Persia había llegado a un punto muerto tras la batalla de Sura, donde la estúpida arrogancia de los novatos, que presionaron a Belisario para entrar en combate, había causado una innecesaria derrota. Derrota que no alcanzó el grado de carnicería por la resuelta actuación del propio Belisario. En el momento decisivo, cuando las filas se rompían, descabalgó, agrupando a sus tropas a su lado en un impenetrable frente de lanzas y escudos. En aquella batalla Drías se encontraba en primera línea, con su escudo pegado al de Arzés, resistiendo impávidos las terribles cargas de los *savaran*, la caballería pesada del rey persa Cosroes.

Finalmente, Justiniano había enviado delegados para firmar la paz. Al parecer, el emperador romano tenía en mente otras conquistas que requerían de su mejor general y de la élite de sus

tropas.

Drías desvió su mirada hacia las aguas cercanas al puerto, donde más de un millar de barcos pesqueros iban y venían, copando casi todo el ancho brazo de mar, siempre tranquilo incluso en los peores días de invierno. Al Cuerno de Oro afluían veleros de todas partes del mundo, con las bodegas repletas de trigo, especias, esclavos, seda, oro, cerámica o metales. Se decía que si buscabas algo y no lo encontrabas en Constantinopla es que no existía. El mercenario nunca había contemplado un espectáculo igual. Comparado con las aldeas de su Germania natal, aquella ciudad se le antojaba como una gigantesca colmena, cuyas abejas obreras se dedicaran a sus tareas con frenética actividad.

Tras contemplar cómo el séquito de Belisario desaparecía rápidamente, rebuscó entre la multitud, ávido de compañía femenina, pero los malecones no eran un lugar frecuentado por las damas, ni siquiera por aquellas que hacían del sexo su profesión. Únicamente un puñado de ancianas recorría el puerto, mendigando unas monedas entre los recién llegados, luchando con enjambres de chiquillos harapientos por un puesto que les diera acceso a las mejores limosnas.

Arzés regresó con cara de pocos amigos, seguido del oficial, que manoseaba las monedas recibidas como pago por su intermediación en la venta.

—¿Qué haces ahí subido? —gruñó el oficial—. ¿Quieres traernos la desgracia?

—No te preocupes, no pienso comerme este buey.

—Esa estatua está maldita —dijo el *ekatontarca*, urgiendo con un gesto a Drías para que se bajara del pedestal—. Antes era un antiguo instrumento de tortura. Metían dentro a los condenados y los colocaban encima de un fuego hasta que se abrasaban vivos. Desde entonces sus almas buscan venganza. Cuando se avecina un desastre para la ciudad la estatua brama como un verdadero buey, avisando malignamente a los habitantes, como si ésa fuera su venganza por el sufrimiento que ha causado.

—No pensaba que fueras tan crédulo —repuso Drías, aunque no dudó en saltar del pedestal de mármol con toda la rapidez de la que fue capaz.

—Las estatuas tienen vida —aseguró el oficial con tono solemne—. Hay quien dice que parte del alma de quien representan permanece encerrada en la piedra.

—Es bueno saberlo. Por cierto, ¿no os habéis hecho ricos? —se

burló Drías tratando de cambiar el curso de la inquietante conversación.

—Yo no —respondió Arzés lacónicamente—. ¡Ese maldito sirio hijo de perra! Pero al menos creo que tengo suficiente.

—¡Bien! Esta noche lo celebraremos perdidos entre las piernas de un buen par de hembras.

—Ni lo sueñes, me ha costado demasiado conseguir este dinero como para desperdiciarlo en rameras.

—Te pasas el día pensando en ese trozo de tierra —comentó Drías—. No lo entiendo. ¿Quieres malgastar tu vida labrando?

—Mejor eso que perder la sangre a sueldo por la gloria de otros. Sólo los que poseen tierras son realmente libres. Nadie te dice lo que debes o no debes hacer. Se acabaron los viajes, las guerras y las incomodidades. Basta con pagar los impuestos.

—Conmovedor —definió Drías con sorna.

—¿A ti no hay nada que te interese? —preguntó Arzés con irritación.

—¡Claro! Pero yo prefiero llevar encima mis posesiones. Las más preciadas son el oro —añadió acariciando el torque de dicho metal que lucía al cuello—, el acero y, sobre todo, mi mejor arma —finalizó llevándose la mano a la entrepierna—. Y no voy a malgastar el tiempo en sueños, me basta con satisfacer estas ansias.

—Te dejas tu estómago —puntualizó Arzés, golpeando el vientre de Drías.

—Yo me voy —interrumpió el oficial—, no quiero interferir en vuestra pelea de enamorados.

—¿No te olvidas de algo? —dijo Drías—. ¿Dónde demonios se supone que vamos a alojarnos?

—Creía que pensabas pasar la noche en el burdel.

—Sí, pero antes me gustaría comer, Arzés me acaba de recordar otra de mis necesidades.

El oficial gruñó, separándose de ellos para buscar a uno de los funcionarios enviados por palacio para acomodar a las tropas recién desembarcadas. Dada la ausencia de regimientos estables como guarnición para la capital del imperio, salvo aquellos destinados al servicio del emperador, no existían cuarteles permanentes. Por ello, todas las tropas que arribaran de manera temporal a Constantinopla eran instaladas en casas particulares, cuyos propietarios debían alojar a los soldados e, incluso, a sus

familias si éstas acompañaban a los militares.

El *ekatontarca* regresó rápidamente, señalando a uno de los esclavos eunucos llegados de la corte, al que seguía un numeroso grupo de los mercenarios hérulos de Belisario.

—Seguid a la moza —dijo guiñando un ojo—, tal vez os haga descuento esta noche si le mostráis vuestros minúsculos miembros.

Cargando al hombro sus pertenencias, se unieron al grupo que seguía al eunuco, dejándose guiar por las estrechas callejuelas cercanas al puerto. Dejaron atrás la zona más próxima al mar, compuesta en su mayor parte por almacenes, viviendas de comerciantes o pescadores y casas de aduanas. Las calles ascendían con suavidad desde la costa, estrechándose a medida que se adentraban en el barrio. En esa zona la mayoría de los edificios eran casas de dos o más plantas, mezcladas de forma caótica en grandes manzanas, en las que espaciosas villas de ricos terratenientes se adosaban a las malolientes ínsulas de la clase más baja. Para sorpresa de los hérulos, acostumbrados a la clasista sociedad romana, en los populosos barrios de Constantinopla no existía separación entre los distintos grupos que formaban la sociedad. Tan sólo los poderosos dueños de grandes propiedades gozaban del privilegio de poseer villas rústicas en las afueras de la ciudad, algo evidentemente imposible para cualquier otro grupo social. Pero dentro de los muros, la escasez de espacio para albergar al más de medio millón de personas que se hacinaban en la ciudad resultaba tan acuciante que nadie dudaba en ocupar un nuevo solar sin tener en cuenta el vecindario.

El eunuco dirigió a los soldados a la zona más alta del barrio, donde los introdujo, a través de un estrecho callejón sin empedrar, hasta el patio de un gran edificio de seis plantas, por las que fue distribuyendo a los mercenarios.

Puerta a puerta, el eunuco hablaba con los dueños de las casas, recitando un solemne discurso que era recibido con airada resignación por los inquilinos, cuando el castrado les recordaba su obligación de ceder temporalmente un tercio de su vivienda a uno de los soldados. Imposibilitados para rechazar el alojamiento, los ciudadanos ni siquiera eran compensados por el estado. Se consideraba un incómodo aunque necesario inconveniente a la ya desaparecida función defensiva que ejercitaban los antiguos ciudadanos romanos. Era su forma de contribuir al fortalecimiento del imperio, dado que ya no empuñaban las armas.

Drías se adentró en la casa que le fue asignada. Su dormitorio era un pequeño habitáculo, con un jergón que debería compartir

con los dos hijos de los dueños, dos mozalbetes de menos de siete años. Ausente el marido, ocupado sin duda con algún mísero trabajo que pagara esa inmunda y maloliente covacha, la dueña de la casa contemplaba al fornido mercenario con temor. Remendaba una deshilachada túnica, sentada sobre uno de los bancos que flanqueaban la mesa de la habitación que hacía las funciones de entrada, comedor y sala de estar.

El germano la contempló con suspicacia, no lo suficientemente desesperado para pasar por alto su fealdad. Amontonó sus armas en un rincón del dormitorio y regresó a la entrada.

—Tengo contadas mis cosas —afirmó con seriedad—, si desaparece algo os degollaré y me haré un cinturón con vuestra piel.

Ella sonrió tímidamente, sin entender el espeso latín del hérulo.

—Genial —rezongó Drías.

El griego era, desde hacía décadas, la lengua franca en la que se comunicaban los romanos de la parte oriental del imperio. El latín, aunque usado en el ejército y en la administración, apenas se hablaba en la calle. Tan sólo los tracios y algunos pueblos del interior de Armenia lo mantenían como lengua materna. Debido a su instrucción militar, Drías hablaba el latín con fluidez, pero apenas conocía unas palabras de griego.

Arzés asomó la cabeza por la puerta, escrutando el interior de la casa, especialmente a la mujer, que se mantenía sentada, agachando la cabeza con sumisión.

—¿Puedes decirle que no se le ocurra tocar mis cosas? —pidió Drías.

—No creo que haga falta —aseguró Arzés—, no hay más que verlos para saber que están aterrorizados. Recuerda que somos bárbaros.

—Pues si esto es la civilización, apesta.

—Estoy de acuerdo. Vamos a dar una vuelta y comer algo, si aquí la pitanza huele tan mal como las casas no quiero quedarme en esta pocilga más que para dormir.

Drías asintió. Aunque alimentar a sus incómodos huéspedes no entraba dentro de las obligaciones de los forzados caseros, los hérulos practicaban frecuentemente el *salganum,* o exigencia de comida y ropa a los dueños de las casas en las que se alojaban. Aunque estaba prohibida por ley, los civiles no disponían normalmente del valor necesario para denunciar a un mercenario

germano que se encontrara en su propia casa, y los hérulos eran especialistas en esa práctica ilegal. Sin embargo, a la vista del desagradable efluvio que emanaba aquella casa, Drías prefirió dar la razón a su amigo, y acompañó a Arzés, no sin antes dirigir una mirada furibunda a la asustada mujer, que hundió más aún la cabeza entre los hombros, tratando de volverse invisible.

—Espero que no todas las mujeres sean como ésa —comentó Drías mientras descendía por la escalera del patio—. Hasta ahora no he visto más que viejas y adefesios.

—Yo estoy más preocupado por orientarme en medio de este laberinto —aseguró Arzés—, no sé si seré capaz de volver por este mar de callejuelas. Todas parecen iguales.

—No te preocupes —dijo Drías mientras se internaban en las atestadas calles—. A fin de cuentas, todos los caminos conducen a Roma.

Echaron a andar sin rumbo fijo. Mientras abandonaban el patio, Drías pensaba que, tras varios años de fatigas, por fin tenía ante sí un largo periodo de descanso.

No dudó de ello ni siquiera cuando le pareció escuchar el lejano bramido de un buey.

Caminaba sin levantar apenas ruido, como un espectro que se deslizara por los amplios salones, cubiertos de mármol y espléndidos mosaicos. A su paso, funcionarios, esclavos y eunucos agachaban respetuosamente la cabeza, abandonando sus quehaceres para rendir homenaje al representante de Dios en la tierra. Sin embargo, Justiniano apenas reparaba en ellos. Sus ojos oscuros se movían de un lado a otro, escrutando incansablemente el entorno, bailando como dos ascuas insertas en medio de su rostro, perfectamente rasurado a usanza de los emperadores clásicos. Se desplazaba por los múltiples edificios del Gran Palacio de Constantinopla como si se tratara de un espectador, observando desde su palco el paso del tiempo.

Usualmente solía transmitir la sensación de un eterno ensimismamiento, como si se encontrara encerrado en sus pensamientos, continuamente agobiado por la pesada carga que suponía el gobierno del mayor imperio sobre la tierra. Pero ahora el personal de palacio se encontraba desconcertado. Recientemente, el emperador parecía haber experimentado un cambio. Su habitual vitalidad se había exacerbado hasta el límite de lo imaginable.

Un torrente de decretos inundaba la mesa del *quaestor sacri cubiculi*, el ministro que realizaba los borradores de las leyes, firmándolos con la palabra *legi* en tinta púrpura. Los *actuarios*, funcionarios encargados de controlar las finanzas de las facciones, habían recibido perentorias órdenes de revisar a fondo las cuentas de los *demarcas*. Y el *magister officiorum* Flavio Estrategio, el ministro principal de palacio, corría de un lugar a otro, agobiado por la desbordante carga de trabajo que la hiperactividad de Justiniano le provocaba.

La inagotable energía que mostraba Justiniano contrastaba con su extraña actitud mientras recorría jardines, salones o estancias. En unos casos se mantenía en silencio, con la mirada perdida en el infinito, sin llegar a ver a cuantos le rodeaban. En otras ocasiones le sorprendían hablando solo, murmurando en voz baja al tiempo que sonreía satisfecho. Las más de las veces paseaba sin hacer ruido, con los ojos abiertos y en continuo movimiento. Los crecientes rumores que se extendían por el Gran Palacio en relación a las extrañas costumbres del emperador se habían exacerbado sobremanera, hasta el punto de que muchos de los funcionarios se encontraban convencidos de que su señor estaba poseído por algún espíritu maligno que le impedía descansar y actuar con normalidad.

Justiniano era consciente del revuelo que había despertado su reciente vivacidad. Sin embargo, no le importaba. Sus planes cobraban forma poco a poco en su mente, las distintas piezas del mosaico que mantenía en su cabeza se unían una a otra con total perfección. El patriarca le había dado la clave que resolvería el acertijo que antes le mantenía en vilo, ahora sólo restaba que su plan se pusiera en funcionamiento, y la ansiedad que sentía era tan abrumadora que no sería capaz de descansar hasta que todo estuviera en marcha. Tras un día de frenética actividad tenía los dados en la mano, tan sólo restaba hablar con el prefecto de la ciudad, el encargado del orden público, para que diera comienzo la partida.

En espera de que el prefecto acudiera al palacio, al igual que el recién llegado Belisario, Justiniano aprovechó esos instantes de tregua para dirigirse al Panteón, la residencia de su augusta esposa, consciente de haberla abandonado durante los últimos días.

Justiniano vivía por y para la emperatriz. Cada instante que no dedicaba al gobierno lo pasaba a su lado. Durante las noches recorría los pasillos en vela, meditando las acciones a tomar,

robando horas al sueño con tal de disponer al día siguiente de unos momentos con la mujer de su vida. Resultaba extraño comprobar cómo el hombre más poderoso de Europa se encontraba subyugado hasta el extremo por aquel rostro angelical.

Un torbellino de damas revoloteó a su lado nada más atravesar las puertas de bronce profusamente decoradas que daban acceso al pabellón. El Gran Palacio, desde que fuera iniciado por Constantino siglos atrás, estaba formado por un numeroso grupo de edificios independientes, conectados unos con otros por medio de patios y bellos jardines, cuidados con esmero por una legión de esclavos y funcionarios. Entre sus muros se encerraban palacios, iglesias, almacenes, cuarteles, despachos y zonas de servicio. Miles de personas servían al emperador, circunscribiendo sus vidas a esa dorada jaula en la que reposaba el poder de Roma.

—¿Dónde está? —preguntó Justiniano a uno de los eunucos.

—En el baño, majestad.

El emperador asintió, contrariado. Desde siempre, los romanos habían sentido una plácida atracción por los baños, pero, en el caso de Teodora, el tiempo empleado en su cuidado personal resultaba a todas luces excesivo.

Justiniano accedió a las estancias privadas de la emperatriz, realizadas íntegramente en mármol de Caria, excepto los suelos, de un inmaculado mármol blanco traído especialmente desde el Peloponeso. Atravesó las salas de recepción para adentrarse en la zona más recóndita, hasta alcanzar las pequeñas termas que se integraban en aquella parte del edificio. Bajo los mosaicos dorados que adornaban su amplia cúpula, la luz que entraba por los ventanales apenas lograba iluminar la sala, cubierta por un tenue velo de vapor. Como venía siendo habitual en los fríos días de invierno, la emperatriz había ordenado a los sirvientes que incrementaran la actividad del horno subterráneo para caldear la temperatura del agua.

Recostada sobre los escalones de pórfido que permitían el acceso a la pequeña piscina rectangular, Teodora mantenía los ojos cerrados, envuelto su rostro en una plácida sensación de bienestar. Una doncella, arrodillada tras su señora, peinaba delicadamente su largo pelo, mientras otra se mantenía a un lado, sosteniendo en alto blancas toallas de la más fina lana con las que envolver a la emperatriz en cuanto abandonara la calidez del agua.

—¿Vienes a recordarme mis obligaciones?

Teodora hablaba sin abrir los ojos, manteniendo la cabeza

apoyada sobre las rodillas de su dama, disfrutando de las rítmicas caricias del peine de marfil.

—Belisario llegará dentro de poco —se excusó Justiniano con voz suave—. Había pensado que deberíamos recibirlo juntos, dada la amistad que su esposa te profesa.

—Belisario —repitió ella, como si paladeara el nombre al pronunciarlo—, el general victorioso regresa por fin a casa. Es un hombre leal, cualidad escasa en estos tiempos. Sin embargo, aún tardaré en estar preparada. No querrás que me presente a una audiencia sin el aspecto adecuado.

Teodora abrió los ojos, clavando su intensa mirada en su marido, al tiempo que deslizaba sus piernas fuera del agua con una sonrisa.

A pesar de los años transcurridos, el emperador aún sentía un escalofrío cada vez que tenía a la vista su pálida y tersa piel. La estancia entera parecía rezumar el penetrante perfume que exhalaba su cabello, obligando a Justiniano a forzar la vista para que se apartara del lento vaivén de sus piernas en el agua.

—Tú siempre estás presentable —adujo él con un susurro.

—Porque me cuido para ti. Y eso lleva su tiempo.

—Como prefieras —finalizó Justiniano con un suspiro de resignación.

—Por otro lado —comentó ella cuando su esposo comenzaba a darse la vuelta—, si no necesito acudir a esa reunión podríamos vernos cuando acabes. Sólo tienes que volver por aquí, tal vez te apetecería que termináramos el baño juntos.

Justiniano se giró para contemplar el insinuante cuerpo de su mujer, agitándose suavemente en el agua. Su voz había sonado tan cálida como el propio ambiente que envolvía las termas. Una proposición imposible de rechazar.

—La reunión será corta —sentenció, apresurándose a salir con rapidez de la estancia, sin saber si el sudor que recorría su espalda se debía al intenso calor de las termas o a la excitación que comenzaba a invadirle.

Teodora cerró los ojos, apoyando de nuevo su cabeza sobre las rodillas de su dama de compañía, que no había dejado de cepillar su pelo en ningún momento.

—La estrella de Belisario está en ascenso, habría que vigilar que su luz no trate de eclipsar todo el firmamento.

La figura apareció de entre la ligera niebla, acercándose sigilosamente a la emperatriz desde una pequeña puerta del fondo

de la sala.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí, Narsés? —preguntó ella sin necesidad de abrir los ojos.

—Lo necesario para comprobar el aprecio que vuestro augusto esposo siente hacia ese general.

Teodora ladeó la cabeza, observando al esbelto eunuco. De aspecto grácil y delicado, la tersa piel de su rostro no delataba los cincuenta años transcurridos desde su temprana mutilación. Tan sólo sus oscuros ojos reflejaban la verdadera valía de aquel funcionario, que atesoraba una voluntad de hierro, un tesón interior y una viva inteligencia que compensaban su falta de estudios. Era un hombre hecho a sí mismo, versado en los entresijos de una corte que no toleraba a los débiles.

—En cambio tú no pareces tenerle en mucha estima.

—Desconfío de los grandes militares —afirmó el eunuco, con una voz que apenas delataba la aguda inflexión característica de los castrados—. Raro es aquel que no llega a aprovechar su influencia sobre las tropas para alcanzar el trono.

—No se atrevería —esgrimió ella, regresando a su postura inicial—. Es lo suficientemente inteligente para saber cuál es su puesto. Todo lo que es nos lo debe a nosotros. Su fortuna, su prestigio; se lo hemos dado y se lo podemos quitar. Debo admitir que ha cumplido su papel a la perfección, pero no es más que una marioneta cuyos hilos tenemos en la mano.

—Y, si se me permite preguntar, ¿cuál es la correa con la que se sujeta a este perro?

—Su mujer —repuso Teodora—. Antonina me es leal y tiene dominado a su marido.

—¿Antonina? —se extrañó Narsés—. ¿La misma que mantiene relaciones sexuales con cuantos se cruzan en su camino?

—Todos tenemos nuestras debilidades —sentenció la emperatriz sin darle importancia.

—Si Belisario lo descubre se separará, y vuestra augusta majestad perderá el control sobre él.

—Te preocupas demasiado, Narsés, o tal vez es otra cosa, ¿envidia, celos, deseo? Belisario es apuesto y todos conocemos los gustos antinaturales de los eunucos.

—Todo mi mundo se centra en serviros, alteza —repuso Narsés con dulzura—, no albergo otro sentimiento que no sea el humilde deseo de obedecer. Tal vez mi preocupación por vuestra seguridad deje traslucir otro tipo de sensaciones.

—Te agradezco tus halagos y tu interés, pero Belisario es uno de mis protegidos. En estos momentos no podemos prescindir de nuestro mejor general, el imperio le necesita, y eso debe bastar.

—Siempre hay otras opciones —insinuó el eunuco—. Vuestro cuñado, Sitas, jamás ha perdido una batalla.

—El general Sitas es el que mantiene Armenia dentro del imperio —replicó Teodora—, por eso el emperador no le ha llamado para esta misión. Pero no te angusties ante la fortuna de otros, es fácil que el futuro te depare algún puesto de prestigio, sólo debes esperar. Sabemos recompensar la fidelidad de nuestros servidores.

—La paciencia es siempre la mayor de las virtudes —alegó Narsés con una reverencia—, junto con el agradecimiento.

—Aunque me agrada tu presencia, supongo que no habrás acudido tan sólo para mostrarme tus recelos sobre Belisario.

—En efecto —admitió el eunuco—. Hasta mis oídos ha llegado una información que creo será de vuestro interés.

—Siempre me he preguntado de dónde sacas tus valiosos informes.

—Una emperatriz no debe molestarse con los detalles. Mi red de espías no puede compararse con la *sekreta* del emperador, pero a veces proporciona interesantes noticias. En este caso captaron una conversación en las termas. En ella uno de los líderes de los verdes te insultaba gravemente.

—¡Un verde! —rugió Teodora, girándose con rapidez para encarar a Narsés mientras su rostro se fruncía en una mueca de furor—. ¿Quién? No, en realidad no importa quién. Quiero que se le castigue. ¡Inmediatamente!

—¿Tenéis en mente alguna pena en particular?

—Desde luego —afirmó Teodora—. Que sea castrado. Tal vez así aprenda la docilidad y la prudencia que ahora le faltan.

—Considerad ya cumplidos vuestros deseos.

—Ahora retírate —ordenó la emperatriz—, ya sabes que me gusta disfrutar del baño con tranquilidad.

Alejándose tan silenciosamente como había llegado a la sala, Narsés se deslizó por la misma portezuela por la que había accedido a las termas. Entre sus muchas virtudes, el eunuco contaba con un proverbial instinto para conocer a las personas, por lo que no le extrañaba la reacción de Teodora. De hecho, le

hubiera sorprendido que la emperatriz no reaccionara con ira ante sus noticias. En la ciudad todos tenían constancia de la predilección de palacio por los azules. Aunque, lo que para Justiniano se trataba de una mera cuestión política, ganar el apoyo de una parte importante de la población, en el caso de Teodora se acercaba más a la venganza.

Cuando la emperatriz era una niña, su padre, domador de osos de la facción verde, murió dejándolas en la indigencia. Su madre volvió a casarse, y solicitó del *demarca* de los verdes que su nuevo marido tuviera acceso al antiguo trabajo, pero el puesto ya había sido vendido.

Teodora, junto a sus hermanas, salió al hipódromo antes de una carrera, conducidas por su madre al centro de la arena vestidas con guirnaldas y con las manos en actitud suplicante. Ante los ojos de miles de espectadores, su madre imploró a los verdes que concedieran un empleo a su nuevo esposo, una ocupación que los sacara del hambre. Como respuesta, los verdes se burlaron de ellas, cubriéndolas de insultos y desprecios, acompañando su humillante huida de la arena con risas y chanzas.

Fueron los azules quienes ofrecieron un trabajo y, con él, la salvación, al padrastro de Teodora. A pesar de su juventud, ella jamás olvidaría la dolorosa humillación, las lágrimas vertidas sobre la cálida arena por el comportamiento de sus antiguos patrones. Desde entonces, su odio a la facción verde era casi obsesivo. Narsés únicamente se valía de esa rabia para acentuar la confianza de su valedora hacia él. No había mejor táctica para ganarse la confianza de la araña que entregarle una víctima con la que saciar su apetito.

Sin embargo, su intención de desacreditar a Belisario se había evaporado antes incluso de que pudiera tratar el tema. Teodora había dejado bien claro su apoyo al general, a quien el eunuco detestaba. En realidad, su animadversión hacia Belisario, tal y como había insinuado la propia emperatriz, partía del creciente favor que le dispensaba Justiniano. La envidia por la fulgurante carrera de ese jovenzuelo le carcomía por dentro. Para llegar a su puesto Narsés había necesitado largos años de lento y doloroso ascenso, realizando una callada y continua labor bajo la protección de Teodora, sin contar con que muchos castrados no sobrevivían siquiera a su brutal mutilación.

Narsés era paciente, pero bajo ninguna circunstancia permitiría que nadie le arrebatara su justa recompensa, y dado que la emperatriz no se mostraba dispuesta a escuchar sus melosas

palabras, ni a prescindir de su joven caballero, tal vez fuera el momento de sopesar las alternativas. Sobre todo aquellas que resolvían los problemas de manera definitiva.

La llegada al mercado venía precedida por un creciente rumor de voces, un murmullo que se multiplicaba progresivamente, hasta que uno se adentraba entre los innumerables puestos de venta y se veía inundado por un torrente de sonidos, colores y aromas.

Dispuesta a extraer el mayor rendimiento posible a las escasas monedas que le quedaban, Penélope había atravesado la ciudad hasta el mercado que se levantaba en una explanada anexa a Santa Sofía, tras dar de comer a Platón y dejarlo al cuidado de la más confiable de sus vecinas. Pese a la distancia, Penélope era consciente de que, dado que las tiendas de comida veían controlados los precios de sus productos por la férrea inspección de los funcionarios del prefecto de la ciudad, la única posibilidad de la que disponían los menos afortunados para conseguir algún bien a un precio inferior al legal era acudir al mayor mercado de la ciudad. A diferencia del agrupamiento de los gremios que imperaba en la capital, en el mercado se concentraba todo tipo de actividades. A él afluían campesinos y pequeños artesanos de los alrededores de Constantinopla, buhoneros, vendedores de reliquias, cazadores, comerciantes y particulares que buscaban desprenderse de artículos usados, luego revendidos en los precarios tenderetes de madera. Ropa, cerámica, calzado, alimentos, bebidas, toscos objetos de arte, utensilios de cocina, pequeños muebles e incluso aves de corral se mezclaban sin orden aparente en interminables hileras de puestos, atestados por una ingente masa de habitantes en busca de saldos.

Tras recorrer durante días toda la ciudad en busca de un mejor precio para sus compras, Penélope había comprobado de primera mano cómo las estrictas ordenanzas municipales delimitaban la agrupación de las actividades comerciales en cada barrio. Poco a poco, había identificado cada uno de los puntos en los que se concentraban los distintos gremios. En el foro de Teodosio se encontraban los mercados de esclavos y el gremio de los carniceros que se ocupaba de los cerdos. Los panaderos se agrupaban entre ese punto y el foro de Constantino, donde estaban los cambistas y los fabricantes de velas. Desde ese punto, hasta el final de la gran avenida, copado por los broncistas, zapateros, cordeleros, alfareros y un sinfín de pequeños gremios formaban el núcleo comercial de la ciudad. Por último, libreros, plateros y

perfumistas levantaban sus tiendas y puestos alrededor del Augusteon, lo que envolvía la entrada al palacio en una perpetua nube de exóticas fragancias. Tan sólo las tiendas de comida disponían de permiso para abrir sus puertas en cualquier lugar de la ciudad.

A semejanza de su Atenas natal, comerciantes y artesanos de Constantinopla se agrupaban en gremios, con una regulación escrita y organizados por orden de importancia, desde los plateros y cambistas hasta los humildes tejedores. El ingreso en cualquiera de ellos no era hereditario, sino que se realizaba mediante un examen, previo aprendizaje durante años al servicio de un maestro. La estructura aseguraba no sólo la calidad de los servicios ofertados, sino que proporcionaba al estado una forma eficaz de controlar el núcleo del comercio en la ciudad. En la capital del imperio, los gremios acudían juntos a los desfiles imperiales y formaban grupos de noventa miembros en cada barrio para actuar contra los incendios. El estado delimitaba los precios de cada producto básico, imponiendo los márgenes de beneficio de cada actividad.

Incluso el pescado fresco, traído a diario por el millar y medio de embarcaciones pesqueras de la ciudad, se encontraba estrictamente regulado. Los pescaderos compraban el pescado directamente de los botes en cuanto éstos anclaban, pero a una tarifa impuesta. Los precios de venta al por mayor se actualizaban diariamente en función de las capturas. La venta directa al público estaba prohibida, y era responsabilidad del maestre del gremio de pescadores visitar diariamente al prefecto en cuanto amanecía para dar cuenta de la cantidad de pescado comprado. Para acentuar el control existían inspectores específicos del estado que deambulaban por el puerto, para comprobar las transacciones.

Sin embargo, al igual que las profesiones no eran hereditarias, no era obligatoria la pertenencia a un gremio para ejercer cualquier actividad, lo que permitía una notable flexibilidad a la hora de encontrar productos más baratos, aunque de peor factura.

Ello implicaba que una parte importante del comercio escapaba al control del prefecto de la ciudad. Un buen número de ciudadanos utilizaban sus propias casas a modo de improvisados talleres, confeccionando útiles de todas clases aunque de pobre factura, que luego vendían a bajo precio a los vendedores ambulantes. Éstos, a su vez, ofrecían su mercancía por las calles o se asentaban un día sí y otro no en el gran mercado de Santa Sofía, donde vendían sus artículos fuera del alcance de las garras del

fisco. Los funcionarios públicos, desbordados por la proliferación de los pequeños intercambios, se conformaron con habilitar la explanada cercana a Santa Sofía, contentándose con el cobro de una pequeña tasa a los buhoneros que allí se aproximaban a vender su mercancía.

Con la creciente oleada de campesinos que perdían sus tierras y se encaminaban a Constantinopla, el número de desempleados que se hacinaban en la ciudad aumentaba con rapidez. El mercado, con su posibilidad de encontrar precios más asequibles que en ningún otro lugar de la capital, permitía un leve desahogo a una población cada vez más empobrecida por los impuestos.

Penélope se adentró entre los puestos con una cesta de mimbre apoyada en la cadera. Esquivando trabajosamente a la multitud que abarrotaba los espacios entre los tenderetes fue escrutando la mercancía ofertada en cada uno, en busca de aquellos cuya comida tuviera mejor aspecto. Aunque era consciente de que las desgastadas sandalias de Héctor no soportarían muchos más días de uso, el dinero que le restaba no alcanzaría para comprar alimento y calzado, por lo que, salvo que su marido lograra realizar algunos trabajos adicionales, antes o después debería conformarse con ir descalzo, como ya hacían muchos de los más humildes trabajadores con los que se cruzaba.

Tras un buen rato deambulando entre los vendedores, que voceaban su mercancía con fuerza, se decidió por uno de ellos, rodeado ya por un numeroso grupo de clientes.

—No es que quiera pasarme de sabio —decía el comerciante con su atemperada voz—, pero creo que es evidente la falsedad de la postura monofisita. Los padres capadocios, san Juan Crisóstomo y el concilio de Chalcedón no pueden estar equivocados.

—Es cierto que muchos grandes hombres han hablado sobre el tema en el pasado —admitió uno de los clientes, un anciano de aspecto macilento y ojos vivaces—, aunque no por ello podemos negar que la teoría de que Cristo tenía una sola naturaleza en lugar de dos, humana y divina, resulta atrayente desde el punto de vista teológico.

El vendedor soltó una risotada, abriendo mucho los ojos, como si quisiera expresar al mismo tiempo su desprecio por las opiniones monofisitas y el asombro que le producía ver que aún tuvieran defensores. Después se lanzó a una encendida proclama de la ortodoxia religiosa, muy del gusto del resto de los clientes, a quienes el comerciante atendía con rapidez sin abandonar su filosófica discusión.

Penélope ya se había acostumbrado a la peculiar tradición de Constantinopla. En cualquier calle o mercado, el tema favorito de conversación entre los corros que se formaban era siempre el mismo, la religión. Únicamente las carreras de cuadrigas lograban sustraer a los ciudadanos de su afición por las discusiones teológicas acerca de la naturaleza de Cristo, de los preceptos de la iglesia o de si el hijo de Dios se subordinaba al Padre o no. En la Atenas que había dejado atrás, sería inconcebible que el pueblo se enzarzara en semejantes diatribas olvidando las subidas de impuestos, la carestía del pan o la falta de trabajo, pero cada constantinopolitano llevaba un clérigo en su interior, dispuesto a salir en defensa de sus ideas a la menor ocasión.

—¿Cuánto por un modio de trigo? —preguntó, tratando de llamar la atención del vendedor, consciente de que podría esperar hasta el juicio final el término de la discusión.

—Un *siliqua* de plata —respondió el mercader con rapidez—. Un precio escaso si tenemos en cuenta que no se encuentra ninguno mejor en todo el mercado

—¡Virgen santísima! ¡Eso son más de siete *follis*! —se indignó una de las clientas, una mujer delgada de mediana edad a la que le faltaban varios dientes, y que parecía también interesada en la misma mercancía—. ¡Por un poco más me puedo comprar una *artaba* en el puesto de al lado! Ese trigo no vale ni la mitad.

—¿Cómo no lo va a valer? —replicó el vendedor, agarrando un puñado de granos de un pequeño cuenco cerámico que se encontraba sobre su improvisado mostrador y enseñándolos sobre su palma a todos los que se encontraban junto al puesto—. ¡Fíjense! Hasta el último de ellos se encuentra sano y tiene forma perfecta. Tomad si queréis la *artaba* que os ofrecen. Os iréis a casa pensando que acarreáis el triple de grano sólo para ver que está corrompido y no sirve para nada.

—¡Pues es verdad! —admitió otro de los presentes—. Aunque el precio sigue siendo caro.

—¡Caro, caro! —bufó el vendedor, haciendo aspavientos con las manos—. Puedo dejarlo en seis *follis* y medio, ¡y pierdo dinero!

La disminución del precio pareció satisfacer a la mayoría de los clientes, que comenzaron a comprar el trigo con rapidez, mientras la conversación sobre las varias naturalezas de Cristo continuaba entre ellos.

Penélope echó mano a la pequeña bolsa donde acarreaba sus escasas monedas, haciendo recuento de lo que podría gastarse.

Aún necesitaba comprar algo de verdura, vino y un poco de pan, por lo que apenas disponía de lo necesario. Sin embargo, había atisbado lo suficiente por entre los puestos, escuchando las conversaciones de aquellas mujeres que compraban allí con asiduidad, para comprender que era fácil caer víctima de los estafadores. Muchos de los vendedores se deshacían de trigo en mal estado, mezclándolo con el auténtico, por lo que decidió aceptar el precio que le ofrecían, pensando en regatear algo más con la verdura. En cualquier caso, siempre sería más barato que comprarlo en una de las tiendas de la ciudad.

—Quiero un cuarto de modio —pidió finalmente.

El comerciante disponía de una colección de recipientes de cerámica con las medidas correctas, metidos unos dentro de otros, por lo que recogió el correspondiente a la cuarta parte de un modio.

—Un *follis* y veinticinco *nummus*.

Penélope volvió a mirar el puñado de monedas de cobre que componían su capital. Unos pocos *follis* y un buen número de *nummus*, la moneda de menor valor de todas las que se encontraban en circulación, con tan sólo la cuarentava parte del costo de un *follis*. Recogió la cantidad indicada y se la entregó al vendedor, guardando el resto cuidadosamente en su bolsa.

El comerciante recogió el dinero con avidez, comprobó que fuese el correcto y luego rellenó el recipiente elegido con trigo situado en un ánfora detrás de él, fuera de la vista de los clientes. Una vez lleno hasta el borde lo volcó sobre un amplio trozo de tela que Penélope había recogido de su casa para envolver el preciado alimento y poder atarlo, de forma que ningún grano se perdiera por los huecos de su cesta trenzada.

Antes de abandonar definitivamente el puesto Penélope comprobó de un vistazo la calidad de la mercancía. Obviamente no se trataba de algo parecido a la perfecta muestra que había enseñado el comerciante, pero resultaba aceptable, por lo que anudó con fuerza la tela para asegurar el grano y se encaminó hacia otros puestos.

Un buen rato después, caminaba de nuevo por la avenida principal, de regreso a su casa. En la cesta que apoyaba en la cadera llevaba una buena carga de pequeñas olivas, algo de queso, una col, un trozo de repollo, y unos pocos nabos y zanahorias, junto al trigo comprado en primer lugar. Estuvo tentada de comprar algunas frutas secas, pero aún debía comprar el pan y el

vino y no quería apurar hasta la última moneda. No sabía cuándo recibiría Héctor su próxima paga, por lo que guardaría algunas piezas de cobre.

Según atravesaba el foro de Constantino, acercándose al punto de la avenida porticada donde se concentraban las más de un centenar de panaderías de la ciudad, el olor del pan comenzó a invadir todo el ambiente, sobreponiéndose al rancio aroma a sudor y excrementos animales que predominaba hasta ese momento. De entre todas las panaderías su favorita era una de las que se encontraban más cerca del foro de Teodosio. Aromatizaban las esponjosas hogazas con almáciga, la resina del lentisco que producían en Quíos, y que también se utilizaba como goma de mascar o para dar sabor a vinos y aceites. Horneando la masa con ella se otorgaba al pan un sabor más dulce que a Penélope le encantaba. Era el único pequeño capricho que podía permitirse y, aunque el costo crecía respecto al precio oficial, no quería abandonar ese hábito. De alguna manera, esa decisión se había convertido en una forma subliminal de decirse a sí misma que aún tenía cierto control sobre su propia vida, que la miseria no se había adueñado de su familia, que aún podía burlarse del destino que los condenaba a la indigencia. El día que no pudiera hacer ni siquiera esa simple elección habrían perdido la partida.

Muy cerca de la tienda, observó la cola que se formaba en el edificio anexo, uno de los puntos donde se procedía al reparto de pan gratuito para los ciudadanos que disponían de ese derecho. Las raciones se repartían semanalmente, aunque apenas la séptima parte de los habitantes de la ciudad tenían derecho a ellas. Más aún, desde que en tiempos de Teodosio se permitió la venta de los derechos a otras personas la iglesia los había ido acumulando, hasta el punto de que casi la tercera parte de la comida repartida por el estado acababa en los almacenes de los monasterios.

Penélope se aproximó al mostrador de la panadería, mirando de reojo con envidia a los que integraban la cola cercana, observando las *tessera frumentaria*, las pequeñas piezas de madera que llevaban en la mano, y con las que se identificaban como ciudadanos con derecho a mantenimiento por parte del estado. Muchos habían intentado robarlas, e incluso se habían producido varios asesinatos para evitar la reclamación posterior del verdadero dueño, por lo que ahora se comprobaba la identidad del peticionario contra unas listas oficiales grabadas en placas de bronce, antes de proceder al reparto.

Tras comprar dos grandes hogazas de pan, las introdujo en su

abarrotada cesta y se dispuso a continuar su camino, cuando se oyó un grito.

El grito de horror provenía de la gente que esperaba para conseguir el pan repartido por el estado. Cuando Penélope giró la cabeza vio a un hombre que se derrumbaba sobre el suelo. Tenía ambas manos crispadas sobre el estómago, de donde surgía una gran mancha roja que teñía su capa. Su mujer gritaba junto a él, agarrándole de un brazo mientras su rostro se convertía en una mezcla de incredulidad y terror.

Les rodeaban cuatro jóvenes, uno de los cuales aún tenía en la mano la daga cubierta de sangre con la que había agredido al moribundo. Llevaban el pelo al estilo huno, largo por la nuca pero con la frente totalmente rasurada, contrastando con las barbas y los poblados mostachos que lucían en el rostro. Bajo las cortas capas lucían túnicas con mangas muy anchas anudadas con tiras azules en las muñecas. Unas calzas bajo la túnica y botas altas remataban su atuendo. Todos en la ciudad conocían ese estrafalario uniforme, la seña de identidad de los partisanos azules, los miembros más fanáticos de la facción dominante en la ciudad.

La mujer continuó gritando mientras su marido se desplomaba en el suelo sin vida. Los partisanos azules dieron un paso hacia atrás, como si fueran a huir, pero el que llevaba la daga en la mano se detuvo y regresó junto a la mujer.

Un solo golpe bastó para que los gritos se ahogaran en su garganta. Sobre su pecho comenzó a extenderse una mancha oscura, tosió y se derrumbó junto a su esposo.

En ese momento se desató el caos. Los partisanos echaron a correr atropellando a cuantos se cruzaban en su camino. Grupos de mujeres comenzaron a gritar, presas de los nervios, y muchos de los que se encontraban junto a los atacados se lanzaron a una loca huida en todas direcciones, creyendo que serían los próximos en morir, presas de los violentos faccionarios azules. El pánico se contagió con rapidez, facilitando la fuga de los asesinos y extendiendo el caos por los alrededores.

Zarandeada por unos y por otros, Penélope se aferró con fuerza a la cesta donde cargaba sus viandas, hasta que, de un violento empellón, fue proyectada hacia un lado y cayó dando un traspiés, justo frente a la pareja asesinada.

Incapaz de ponerse en pie en medio de aquel caos, se hizo un ovillo alrededor de su preciada carga mientras a su alrededor se

movía un bosque de piernas y túnicas, que corrían ciegas de un lado a otro sin preocuparse de quién se encontraba en el suelo. Cuando la pisaron por primera vez un sentimiento de angustia e impotencia se acumuló en su pecho, y fue creciendo cuando un segundo pie se apoyó en su pierna, y luego un tercero.

Gritó de dolor, tratando de hacerse oír con la esperanza de que alguien se fijara en ella y la ayudara a levantarse, pero nadie oyó su voz. El impacto de una rodilla en su cabeza la dejó sin aliento, sus ojos se nublaron y se encogió aún más sobre sí misma, de forma instintiva, a punto de perder la consciencia. Notó un nuevo pisotón, esta vez en la cadera, y cómo alguien tropezaba con sus piernas y caía de bruces al suelo.

Los siguientes instantes pasaron sin que nadie la tocara, mientras ella se concentraba en su agitada respiración y en suplicar a Dios que la sacara de allí. Tardó unos instantes en darse cuenta de que ese trozo de calle se había vaciado, dejando tras de sí a un puñado de personas que, como ella, habían caído en medio de la desbandada general. El hombre que se había tropezado a su lado ya no estaba, pero un par de ancianas se hallaban tendidas no muy lejos, inmóviles, con el rostro vuelto al cielo y el cuerpo retorcido en una postura imposible.

Penélope se incorporó hasta sentarse en el suelo, notando cómo todo el cuerpo le dolía. Revisó su cesta, que estaba aplastada en uno de los lados, aunque parecía que su cuerpo había protegido la vital carga de casi todos los daños.

Varios hombres se acercaron, algunos sólo para curiosear, aunque un puñado comenzó a auxiliar a los caídos. Un par de sucios jovenzuelos la ayudaron a levantarse, preguntándole cómo se encontraba, tratando de quitarle el polvo de la ropa con tímidos manotazos. Le alcanzaron la cesta mientras ella les agradecía el esfuerzo y luego se volvieron hacia una de las ancianas caídas.

Penélope respiró profundamente varias veces, tratando de tranquilizarse. Ante ella, los cuerpos de los dos asesinados, tendidos uno junto al otro, parecían extrañamente tranquilos, como si se sintieran cómodos por el hecho de realizar a la vez el viaje al otro mundo, unidos por el destino en ese último paso. Sus ojos no mostraban dolor, sino más bien asombro, aunque Penélope no pudo evitar que su mirada se posara sobre el marido. Su capa se había levantado, dejando ver la túnica ensangrentada, así como uno de los hombros. Enlazada cuidadosamente en un ojal de la propia vestimenta, una fina tira de lino verde destellaba frente a los ojos de Penélope.

Con un fuerte suspiro echó a andar, apretando los dientes cuando sus piernas se quejaron con una punzada de dolor, que poco a poco se fue convirtiendo en profundas palpitaciones que recorrían todo su cuerpo. Se consoló pensando en lo afortunada que había sido su idea de dejar a Platón al cuidado de una vecina. La sola idea de lo que habría podido pasar de haberlo llevado con ella en brazos hacía que se tambaleara. Sin embargo, apenas había recorrido un pequeño trecho de la avenida cuando tuvo que sentarse junto a un pórtico y comenzó a llorar. La angustia del momento, la tensión de las últimas semanas y el dolor que castigaba su cuerpo aprisionaron su alma al mismo tiempo, provocando una oleada de sollozos que no podía controlar. Sus hombros se movían al ritmo de su llanto, mientras se tapaba el rostro con las manos, buscando un instante de soledad en medio del gentío que se aproximaba a observar lo acontecido. Sin embargo, nadie se interesó por ella. La desesperación era demasiado corriente en las calles de Constantinopla como para que despertara una pizca de compasión en los endurecidos corazones de sus habitantes.

Penélope siguió llorando durante un rato, desahogándose de la rabia y la impotencia que acumulaba en su interior, aferrada al cesto de comida como si fuera la única cosa real dentro de ese cruel mundo que la envolvía.

No fue hasta que su llanto cesó, cuando se dio cuenta de que los jovenzuelos le habían robado el dinero que aún le quedaba.

Belisario entró en la sala con pisada firme. A pesar de su juventud, la barba le otorgaba un aspecto serio y maduro. Alto y fornido, sus tiempos como oficial de caballería le habían proporcionado una exhaustiva preparación física, al tiempo que forjaban su innegable temple en la batalla. Irradiaba confianza, la misma que imbuía a sus soldados, seguros de encontrarse bajo el mando del mejor estratega del imperio.

Al llegar a la altura del emperador hizo ademán de realizar la *proskinesis*, la postración a los pies del monarca, aunque Justiniano le detuvo con un gesto de la mano.

—Eres uno de mis principales —expuso el emperador esbozando una tímida sonrisa—, puedes permanecer de pie como uno más de los miembros de mi consejo.

—Es un honor, majestad. Os agradezco que me recibáis con tanta premura.

—En realidad —aclaró Justiniano—, no se trata de un encuentro oficial. Dentro de dos días, durante la recepción de la Epifanía del Señor, realizaremos en palacio un acto más protocolario. Pero esas apariciones se limitan a la recepción de homenajes y dípticos, e intercambios de halagos. Quería mantener una conversación más tranquila.

—Será un placer. A decir verdad, tengo algunas dudas que me gustaría preguntar, si cuento con vuestro permiso.

—¿Te refieres a la paz con Persia?

—Entre otras cosas. No soy nadie para cuestionar las órdenes recibidas, pero ya se ha intentado formalizar en otras ocasiones un acuerdo con el rey Cosroes y, hasta la fecha, infructuosamente. No creo que sea adecuado extraer tropas de la frontera sin las garantías precisas.

—Para los persas esta guerra es tan cara y frustrante como para nosotros —aseguró Justiniano—. El acuerdo de paz ya está preparado, únicamente faltan algunos pequeños detalles. Es inútil engañarse, ninguno de los dos es lo suficientemente fuerte para someter al otro. Y eso Cosroes lo sabe tan bien como yo.

—Aun así no me fío de ellos —afirmó Belisario—. Tan sólo será una tregua.

—Cierto pero, gracias a ti, necesitarán años antes de encontrarse en condiciones de realizar otro asalto de importancia, y para entonces dispondremos de ventaja.

Belisario arrugó la frente, tratando de imaginar a qué se refería el emperador.

—Veo que siguen las dudas —comentó Justiniano con tranquilidad.

—La paz con Persia saldrá cara.

—No importa, disponemos de fondos, para eso y para más.

—Entonces, ¿es cierto que se prepara una nueva expedición?

—Desde luego. Para eso estás aquí con tus tropas. Una vez que concentremos hombres, barcos y material estaremos dispuestos para partir.

—¿Hacia Italia?

Belisario tragó saliva ante la posible respuesta. Desde la caída de Roma, asaltada por los visigodos más de un siglo antes, la península itálica se había visto envuelta en una oleada de invasiones, a cada cual más destructiva, hasta la llegada del ostrogodo Teodorico, el único capaz de imponer un mínimo de

orden entre los pueblos bárbaros. Bajo la ficción del cargo de cónsul, otorgado desde la corte en Constantinopla, había gobernado la antigua península como aliado y vasallo del imperio. Sin embargo, todos sabían que se trataba de un simple giro diplomático, utilizado para contentar a la aristocracia itálica de modo que aceptara colaborar con el nuevo gobierno impuesto por los godos, algo que hizo hasta que una conjura llevó a Teodorico a reprimir duramente a muchos senadores. Desde su muerte, el poder lo detentaba su hija, Amalasunta. Sin embargo, no era querida por su propio pueblo, incapaz de someterse a una mujer.

La mezcla de estos ingredientes componía una situación extremadamente frágil y delicada, fácilmente aprovechable por el emperador para dar un golpe de mano con el que recuperar la antigua Roma.

—A su debido tiempo —contestó Justiniano con un intenso brillo en los ojos—, antes hay que asegurarse el dominio del mar. Necesitamos eliminar la flota de los vándalos, y éste es el momento adecuado.

—¿África? —inquirió Belisario con sorpresa.

—Así es. El rey de los vándalos ha roto la alianza con los godos. Está solo. El año pasado sus súbditos romanos se levantaron en armas, por lo que tendremos a la población de nuestra parte.

—Su flota puede hacernos pedazos antes de acercarnos siquiera a la costa —repuso Belisario— y, aunque lográramos desembarcar, ¿cuántos hombres pondríamos en el campo?

—Calculo cerca de quince mil —informó el emperador.

—Estaríamos en desventaja. Aislados de nuestras bases, en aplastante inferioridad numérica y sin posibilidad de recibir refuerzos.

—Por eso necesito a mi mejor general y a sus más cualificadas tropas —aseguró Justiniano—, sin ese paso jamás recuperaremos lo que es nuestro. Es mi deber como dirigente devolver a Roma el esplendor que tuvo en el pasado, retomar las tierras que nos pertenecen por derecho, expulsando a las hordas bárbaras de África, Italia e Hispania. Nunca encontraremos un momento más adecuado, es una oportunidad que no podemos dejar pasar.

Belisario se mantuvo en silencio, sopesando la idea del emperador. Podía ver en su mirada una emoción antes desconocida. La renovación del imperio era el sueño de Justiniano y, ante él, no repararía en esfuerzos o sacrificios. Sin embargo, para su mente de estratega la jugada se le antojaba en exceso

arriesgada. Cualquier pequeño contratiempo convertiría aquella aventura en un desastre.

Con un chasquido, las puertas de bronce de la sala de audiencias se abrieron. A través del amplio dintel, el mayordomo de palacio penetró en la estancia, conduciendo a un hombre a presencia del emperador.

—Eudamón, prefecto de la ciudad —anunció el funcionario con voz solemne, cediendo el paso al recién llegado antes de retirarse, permitiendo que el *silentiario* cerrara las puertas tras de sí.

El prefecto caminó con parsimonia hasta llegar al emperador, a quien besó en el pecho a modo de saludo, tal y como correspondía a personajes de alto rango. Vestía la toga *picta* como símbolo de su autoridad, la misma que era utilizada por los senadores en las sesiones, salvo por el cinturón de oro, insignia propia de su cargo como alto funcionario de la corte. Entre sus muchas funciones, el prefecto de la ciudad era el encargado de mantener el orden, supervisaba los gremios de artesanos y el comercio, mantenía los suministros y la adecuada canalización de las aguas públicas, así como la administración de los procesos judiciales.

—¿Me habéis mandado llamar, majestad? —dijo el prefecto solícitamente, mientras contemplaba a Belisario con una mirada furtiva.

—Así es —confirmó Justiniano—. Tal y como comentaba al general Belisario, en pocos meses el imperio va a realizar una campaña vital, que necesitará un gran esfuerzo. Necesito que el pueblo se mantenga en calma y, por tus últimos informes, tengo constancia de cierto malestar entre la población de Constantinopla.

—En efecto —afirmó el recién llegado, iniciando su explicación con un carraspeo—. Hay demasiada gente sin trabajo que acaba integrando los grupos de vagos y maleantes, lo que ha elevado la inseguridad, sin contar con la violencia que están desatando últimamente las facciones, básicamente la azul, y contra la que no estamos capacitados para actuar.

Tras sus últimas palabras el prefecto se mantuvo un instante en silencio. Sus informes delataban cómo cada semana crecía el número de denuncias. Los asesinatos, robos, violaciones y desmanes se incrementaban a un ritmo alarmante, preludiando una nueva era de terror, como la vivida en tiempos de Justino. Como prefecto de la ciudad, su labor principal consistía,

precisamente, en evitar que la situación llegara a ese extremo y, pese a ello, no se mostraba especialmente preocupado. Tenía clara constancia de la postura que el emperador mantenía de cara a las facciones. Los azules se encontraban protegidos, eran intocables. Ése era el motivo por el que su única intención se centraba en recalcar que actuaba según las instrucciones del emperador.

Por ello las siguientes palabras de Justiniano le pillaron completamente desprevenido.

—Necesitamos demostrar a la plebe quién posee el mando y, sobre todo, que no se tolerará actuación alguna fuera de las leyes del gobierno —anunció el emperador con solemnidad—. Espero que tales hechos se corten de raíz, y que ambas facciones sean escarmentadas inmediatamente y por igual.

—Pero... majestad —balbuceó el prefecto—. Perseguir a las facciones podría desencadenar una oleada de violencia. El populacho ya está inquieto por la escasez de pan y los elevados impuestos. ¿No sería mejor actuar con algo más de comedimiento?

—La plebe sólo comprende un lenguaje —replicó Justiniano con dureza—, y no es precisamente el de la palabra o la grandeza. Se les debe sujetar con una correa o, como perros, correrán en todas las direcciones creyéndose libres. Quiero que dejéis bien claro quién tiene el poder en la capital del imperio, y que se haga antes de los juegos consulares. Tenéis una semana.

El prefecto tragó saliva, inquieto ante la firme mirada del emperador. Todas sus objeciones desaparecieron ante la idea de que Justiniano pudiera prescindir de él si no cumplía con sus órdenes. No entendía el porqué de ese repentino cambio de actitud, al menos hacia los azules, a quienes siempre había beneficiado, sin embargo, decidió que era algo que no debía preocuparle. A fin de cuentas, la ciudad comenzaba a deslizarse hacia el caos. Cualquier medida tendente a conseguir el sometimiento total del pueblo no estaría de más.

—No os preocupéis, majestad —respondió finalmente—. Someteré a esos indeseables antes de una semana. Tenéis mi palabra.

Una amplia sonrisa llenó la cara de Justiniano al escuchar las palabras del prefecto. Pese a ello, Eudamón no pudo evitar que un escalofrío recorriera su espalda al sentir la escrutadora mirada del emperador fija en él. De alguna manera, tenía la sensación de que le habían puesto delante su sentencia de muerte, y él había sido tan necio de firmarla.

Aecio aceleró el paso nada más ver el tumulto formado en mitad de la avenida. La caja de madera donde transportaba instrumentos y medicinas se bamboleaba contra su cadera, produciéndole un molesto dolor, que ignoró mientras se acercaba hacia el lugar donde se arracimaba la multitud.

Abriéndose paso entre los curiosos que se acumulaban para contemplar el morboso espectáculo que dejaba tras de sí la violencia, alcanzó el punto donde se encontraba la pareja asesinada por los azules poco antes. Un clérigo se inclinaba sobre ellos, musitando una plegaria en voz baja al tiempo que cerraba los ojos de las víctimas.

—Soy médico —se identificó, aproximándose al religioso.

—Estos desgraciados ya no pueden beneficiarse de vuestra ciencia, aunque tal vez el resto de los heridos puedan necesitaros.

De un vistazo, Aecio comprobó que dos mujeres de avanzada edad se hallaban caídas en el suelo, mientras que un hombre se había sentado bajo uno de los pórticos, con el rostro contraído de dolor mientras se agarraba una pierna.

Con rapidez, se aproximó a ambas mujeres y comprobó concienzudamente su pulso, hasta convencerse de que habían muerto. Después se acercó hasta donde se encontraba el otro herido, a quien dos hombres trataban de incorporar pese a sus continuas quejas.

—No lo mováis —ordenó—, dejadme ver qué le pasa.

—Sólo tratamos de ponerle de pie —se excusó uno de ellos, fijándose con suspicacia en su túnica azulada.

—Si se trata de una fractura no puede apoyarse en el suelo, eso sólo empeoraría las cosas.

Dejando a un lado su caja de instrumental, levantó la capa y la túnica del hombre por encima de la rodilla, dejando al descubierto la pierna.

—Me empujaron contra una de las estatuas del pórtico —explicó el herido, apretando los dientes por el dolor—. Me golpeé con el pedestal y sentí un chasquido.

Aecio palpó cuidadosa aunque firmemente la pierna del herido, mientras comentaba que la ausencia de una herida abierta facilitaría las cosas, dado que evitaría el riesgo de infección. Cuando llegó al punto en el que se encontraba la fractura, el hombre emitió un corto aullido de dolor.

—El hueso está desviado —indicó, al tiempo que se aseguraba de su diagnóstico repasando la zona con los dedos—. Lo primero

que debemos hacer es volver a colocarlo en su sitio.

—Yo... no tengo dinero para pagaros —balbuceó el herido.

La confesión no pillaba por sorpresa a Aecio. Bastaba observar lo raído de su atuendo, y los magullados pies descalzos de aquel hombre, para darse cuenta de que se trataba de un humilde trabajador. La mayoría de los *iatroi* cobraba por el ejercicio de su profesión, incluso algunos llegaban al extremo de perseguir el dinero de sus pacientes con tanto afán que alargaban los tratamientos para aumentar sus ingresos, negándose a acudir a la casa de cualquiera que no dispusiera de medios para satisfacer sus tarifas. El propio Aecio había arrojado fuera del hospital de Sansón a un médico huraño que solicitaba propinas de sus pacientes, pese a saber que estaban totalmente prohibidas. Para él, no existía mayor pecado que disponer de los conocimientos para sanar a sus semejantes y negar el bien que ello conllevaba por el corrupto brillo del oro. A pesar de que algunos de sus colegas se mofaban de su instinto servicial, Aecio no era capaz de contemplar el sufrimiento ajeno sin tratar de ponerle remedio.

—Nada os cobraré —aseguró—. Sólo me pagan aquellos que se lo pueden permitir. En cuanto os entablille vuestros amigos me ayudarán a trasladaros al hospital de Sansón. Allí os cuidarán hasta que podáis reponeros.

—Sois un buen cristiano —agradeció el herido—, pero tengo una familia que depende de mí. No puedo permitirme no trabajar. ¿No podéis hacer algo para curarme?

—Hay que dejar trabajar a la naturaleza. Los huesos sanan solos, pero hacen falta varias semanas. No podréis apoyar esta pierna hasta dentro de muchos días.

—Pero...

—Paso a paso —interrumpió Aecio—. Primero nos ocuparemos de la pierna, después de vuestra familia.

El hombre dudó unos instantes, mirando a sus compañeros en busca de apoyo. Éstos agarraron sus manos y asintieron con la cabeza.

—Asidle con fuerza —indicó el médico—, voy a recolocar el hueso. Esto va a doler —añadió, mirando al herido, que resoplaba con rapidez, al tiempo que su cara se contraía por el miedo.

Aecio se hizo un hueco entre la gente, que se acumulaba en torno a ellos para verle trabajar. Colocó la pierna para que se mantuviera perfectamente recta y puso sus manos a un lado y a otro de la fractura, una en el tobillo y otra justo por debajo de la

rodilla. Buscó con la mirada entre los curiosos, hasta dar con un hombre de aspecto fornido y le pidió que se acercara con un gesto.

—¿Quiere ayudarme? Ponga las manos donde las tengo yo, exactamente así —indicó, sin dar tiempo al desconocido a replicar, ni a pensarse su participación—. Cuando yo le diga tire en ambas direcciones con fuerza.

El improvisado ayudante puso los ojos como platos, aunque asintió con firmeza, concentrándose en la pierna que asía con sus manos mientras el médico localizaba de nuevo la fractura y se preparaba para guiar al hueso hacia la posición correcta.

—¡Ahora! —gritó Aecio de improviso.

El herido chilló, al tiempo que el hueso volvía a su lugar con un chasquido, ahogado por las expresiones de asombro de la multitud acumulada en torno a ellos.

Recogiendo con suavidad la pierna del paciente, Aecio agradeció al desconocido su intervención, dejando que se retirara complacido, acosado a preguntas por los curiosos, que le interrogaban sobre la sensación que había sentido en su pequeña introducción en el mágico mundo de la medicina.

Abriendo con una mano la caja de madera en la que transportaba sus preciados enseres, Aecio revolvió en su interior sin soltar la delicada pierna de su paciente. Extrajo unas largas tablas de madera y cintas de lino, con las que entablilló con habilidad la extremidad dañada, de forma que el hueso se mantuviera en su sitio mientras era trasladado al hospital. Después extrajo una pequeña ampolla, de las varias que se ordenaban en el interior de su caja en compartimentos cuadrados de madera, y se la dio a beber al paciente.

—¿Qué es eso? —preguntó uno de los amigos, que aún aferraba la mano del herido.

—Jugo del tallo de espárragos, cocidos con vino blanco. Alivia la inflamación. Ahora no se nota, pero su pierna se hinchará como una vejiga de cerdo antes de que lleguemos al hospital.

—Pensé que no tardaríamos mucho.

—Y así es. El hospital está cerca —apuntó Aecio, señalando hacia uno de los extremos de la calle, en cuyo fondo se vislumbraba la enorme estructura de Santa Sofía, flanqueada por la alta columna que sostenía la estatua de Justiniano—, podemos llevarlo en brazos hasta allí.

—¿Es necesario? —preguntó el herido, cuyo rostro delataba el poco ánimo que le restaba tras la dolorosa recolocación—. Quiero

irme a casa.

—Esto es sólo provisional —afirmó el médico, señalando las tablas anudadas que protegían la zona fracturada—. Son demasiado cortas, únicamente sirven para evitar que el hueso vuelva a salirse de su sitio durante el traslado. Es necesario inmovilizar toda la pierna desde el muslo al tobillo. Una vez hecho eso te llevaremos a casa en un carro.

Con un resignado suspiro, el herido asintió, abatido, ante las explicaciones recibidas. Aecio se subió al pedestal de la estatua más cercana y, desde allí, ayudó a los compañeros de su paciente a subirlo a hombros para poder llevarlo hasta el hospital de Sansón.

Terminada la intervención del médico, los curiosos se dispersaron, distribuyendo su atención entre los funcionarios del prefecto que se ocupaban de los cadáveres de los caídos. Desde su pedestal, Aecio tenía una vista perfecta sobre toda la calle, por lo que echó un vistazo a ambos lados en busca de algún otro herido que necesitara su ayuda, antes de acompañar al grupo de trabajadores al hospital.

Su vista se fijó en una mujer, sentada calle arriba en uno de los pórticos que flanqueaban la avenida. No podía ver su cara, oculta entre las manos, pero la agitación de su cuerpo delataba que se encontraba atenazada por el llanto. Durante un instante, Aecio sintió la necesidad de acercarse.

Alrededor de la joven nadie parecía reparar en ella. Los viandantes mantenían el paso, ajenos al llanto de aquella mujer. Tan sólo él comprendió el dolor que reflejaba esa figura envuelta en sollozos.

—¿Nos vamos?

El herido ya se encontraba subido a hombros de uno de sus compañeros, que resoplaba por el esfuerzo de su carga. El segundo miraba a Aecio, interrogándole con los ojos. El médico mantuvo el silencio durante un instante, mirando de nuevo a la mujer, dudando si aproximarse a ella o no. Sin embargo, no podía abandonar al hombre al que acababa de entablillar la pierna. Sus profesores siempre decían que era peor dejar un tratamiento a medias que no comenzarlo, por ello, con un suspiro final de resignación, bajó del pedestal.

—Vamos —confirmó con un asentimiento de cabeza, abriendo paso a los trabajadores entre la maraña de curiosos que aún se mantenían en el lugar.

No volvió la cabeza mientras se alejaba pero, a pesar de ello,

hasta que llegó al hospital no consiguió quitarse de la mente la imagen de aquella mujer, la imagen de la soledad en medio de un mar de gente.

Constantinopla, 5 de enero de 532

El resplandeciente astro rey ya había recorrido un buen trecho de su diario caminar por la azulada bóveda del cielo cuando Héctor abandonó su casa. Se encontraba agotado. Buena parte de la noche la había dedicado a tranquilizar a Penélope, tras el desgarrador relato que le había proporcionado de su angustiosa experiencia.

Le bastó atravesar el dintel de la puerta la tarde anterior para comprender que algo había ocurrido. Penélope le esperaba allí, como siempre, pero aferraba a Platón con tanta fuerza que el confundido pequeño gimoteaba. Los bellos ojos de su esposa se encontraban bañados en lágrimas, y en su cabeza destacaba un notorio cardenal que comenzaba a adquirir un tono violáceo.

Necesitó un buen rato para conseguir que ella calmara su llanto y lograra describir con voz quebrada lo ocurrido durante su periplo de vuelta desde el mercado. Héctor no pudo evitar estremecerse al escuchar la desesperación que había invadido a su esposa mientras se encontraba caída en el suelo, impotente para levantarse, temiendo que, en cualquier momento, la multitud la pisoteara hasta la muerte.

No la interrumpió. Prefirió que se desahogara, convirtiendo en palabras el dolor que la carcomía por dentro, expulsándolo de su alma como si fuera una molesta enfermedad que pudiera curarse con sólo aceptar los síntomas. Únicamente cuando ella le contó con vergüenza que le habían robado el poco dinero del que aún disponían, él se esforzó por asegurarle que no era culpa suya, que no debía preocuparse. Deseoso de calmar la angustia que inundaba los ojos de su amada le dijo que Basanio había prometido pagarles al día siguiente aunque, en realidad, su patrón no había mencionado cuándo satisfaría los salarios adeudados.

Cuando Penélope relató el momento en el que se levantó, observando de reojo las tiras verdes que lucía el asesinado en los hombros, Héctor se alegró con todo su corazón de no haberle contado a su mujer las sospechas sobre la verdadera razón de la muerte de Vitaliano, ni el trasfondo de la conversación mantenida con Antlas en su visita a las termas. Aunque ella no se atrevió a expresar sus pensamientos, Héctor sospechaba que Penélope comenzaba a temer por la pertenencia de su esposo a la facción de

los verdes. No podía culparla. Los asesinatos que cometían los azules iban en aumento por toda la ciudad. Sin embargo, él estaba convencido de que los partisanos jamás se molestarían en atacar a un simple trabajador a sueldo. Sus objetivos eran otros, personas más destacadas dentro de la estructura de los faccionarios. Además, no se encontraba tan mezclado en los asuntos del hipódromo como la mayoría de los que se señalaban a sí mismos con las verdes tiras de lino que lucían en los hombros.

Exhaustos por la espiral de sentimientos que se acumulaban en su interior, habían pasado la noche acurrucados en el lecho, con el pequeño Platón dormido entre ambos. Héctor apenas pudo conciliar el sueño. Pasó el tiempo en un duermevela, alterado por las pesadillas que acosaban a Penélope, al tiempo que preocupado por evitar que, sin darse cuenta, uno de los dos se tumbara inconscientemente sobre su hijo y acabara asfixiándolo, algo que ocurría con frecuencia en las parejas que dormían en el mismo lecho con sus recién nacidos.

Agotado por una noche en vela, la falta de una comida consistente y la multitud de problemas que se agolpaban en su cabeza, Héctor había demorado su salida aquella mañana hasta asegurarse de que Penélope se había recuperado, dentro de lo razonable, de su terrible experiencia. Ahora, mientras caminaba apresuradamente hacia la fábrica de aceite, lo último que ocupaba su mente eran los exabruptos que tendría que soportar por parte de su patrón.

Cuando alcanzó la avenida lanzó un suspiro de resignación al observar la multitud que se agolpaba frente a las distintas tiendas. Al menos, con tal cantidad de clientes, el colérico productor de aceite no podría alegar falta de dinero en cuanto le solicitara su paga. Pero ahora debía concentrarse en atravesar la muralla humana en el menor tiempo posible.

De no haber estado tan centrado en sus problemas, los extraños comentarios de la gente a medida que se acercaba a los pórticos le habrían alertado. Sin embargo, no fue hasta que llegó frente a su lugar habitual de trabajo cuando cayó en la cuenta de que la tienda estaba cerrada.

—Pero ¿qué es esto? —murmuró Héctor, perplejo.

El cierre de madera que aseguraba la entrada a la tienda durante la noche se levantaba ante él, atravesado de lado a lado por largas cintas de lino teñido de púrpura, la inequívoca marca que indicaba que una propiedad había sido confiscada por el emperador.

Héctor se alejó unos pasos, comprobando que no se había desorientado, y que realmente se encontraba frente al negocio de Basanio. Aún asombrado, buscó con la mirada a uno de los múltiples mendigos que solían pedir limosna en las cercanías, hasta localizar a un tullido cuyo rostro le resultaba familiar.

—¡Tened compasión de un pobre inválido! —gritó el pedigüeño en cuanto vio que alguien se acercaba a él—. ¡Una limosna, por caridad!

—¿Puedes decirme qué ha pasado aquí?

—Yo sólo veo lo que tengo que ver, y sólo oigo lo que debo —respondió crípticamente el mendigo—. ¿No me daréis una limosna?

—No llevo dinero —respondió Héctor—. Trabajo en esa tienda. Precisamente hoy debía cobrar. Si me dices qué ha pasado prometo volver y darte un par de monedas.

—No creo que pueda ayudarte —negó el tullido, encogiéndose de hombros—, aunque siempre es agradable ver que hay otros que están peor que uno mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Como tú, no tengo dinero, ni tampoco trabajo. Pero a mí al menos me falta una pierna y puedo despertar la compasión de la gente. Y ahora, si no te importa, debo seguir con mi oficio.

El pedigüeño volvió a gritar con su ronca voz, solicitando limosna a los viandantes, al tiempo que se alejaba de Héctor cojeando, apoyándose en una tosca muleta de madera y tendiendo su ennegrecida mano a cuantos pasaban a su lado. El ateniense dudó si seguirle, pero comprendió que sería inútil. Sin dinero con el que pagar su información ninguno de los menesterosos que pululaban por la zona hablaría sobre lo ocurrido.

—¡Precisamente hoy! —murmuró.

No podía creerlo. De un día para otro había visto cómo Vitaliano era asesinado, el poco dinero que aún les quedaba desaparecía en las manos de unos pilluelos y Basanio, su paga y su trabajo se esfumaban sin dejar rastro. El frágil mundo que había construido en los últimos meses y que le mantenía a salvo de la miseria se acababa de desmoronar ante sus ojos.

Tentado de arrancar las purpúreas bandas que clausuraban la tienda de su patrón, tuvo que hacer un esfuerzo para contener la ira que se acumulaba en su pecho. Respiró hondo y trató de calmarse, consciente de que acabar en las mazmorras de la prefectura no sería la mejor forma de solucionar sus problemas.

Necesitaba sentarse. Las desgracias comenzaban a sucederse con tal rapidez que se sentía incapaz de asimilarlas. Buscó un hueco junto a una de las estatuas de mármol que decoraban los espacios entre las columnas del pórtico y se dejó caer junto al frío pedestal. Quería pensar, obligar a su mente a buscar una alternativa, a examinar lógicamente los hechos para tratar de obtener una solución. Pero se encontraba vacío, exhausto. No sería capaz de enfrentarse de nuevo a la desesperación que le esperaba en la pobreza, no después del sacrificio y el esfuerzo pasado para tratar de salir a flote. Era injusto. Aquello tenía que ser una malvada broma que le jugaba el destino, un error o un simple equívoco. Tal vez Basanio olvidó pagar alguna de las tasas imperiales y el prefecto había ordenado el cierre del negocio, obligando al comerciante a satisfacer los impuestos y un más que probable soborno. Sí, tenía que ser eso. Héctor se negó a creer cualquier otra cosa. Al día siguiente regresaría a trabajar y encontraría la tienda abierta, y a su patrón en el interior, bufando de ira mientras maldecía a los funcionarios públicos por cada moneda que le habían obligado a pagar. Seguro que ocurriría así. Debía ocurrir así.

—¿Héctor?

Levantó la cabeza al escuchar su nombre. Durante unos instantes, cegado por el sol que relucía detrás del recién llegado, no consiguió identificarle, pero luego se dio cuenta de que era uno de sus compañeros en la fábrica de aceite. Se levantó de un salto y le agarró por los hombros, urgiéndole a hablar.

—¿Qué ha pasado? ¿Sabes algo? ¿Dónde está Basanio?

—Se lo han llevado los guardias del palacio —respondió el aludido, echando un vistazo alrededor, como si temiera que, de repente, aparecieran de nuevo los soldados para llevárselo también a él.

—¡Guardias de palacio! —se asombró Héctor—. ¿No eran hombres del prefecto? ¿Estás seguro?

—Desde luego —afirmó su compañero con total convicción.

—Cuéntamelo todo, desde el principio.

—Acabábamos de empezar el trabajo. Basanio despotricaba como siempre, cuando su hijo se presentó a la carrera en la fábrica. Un grupo de guardias había entrado en la tienda y estaba registrando la casa con intención de apresarle. Aprovechando esos instantes antes de que llegaran le aupamos al hueco por el que se arrojan las aceitunas, mientras su hijo le aconsejaba que huyera a

la iglesia de San Miguel Arcángel y se refugiara allí.

—Entonces se encuentra en la iglesia, ¿no?

—No —negó su compañero—. Los guardias entraron justo cuando Basanio acababa de salir, y le persiguieron hasta la iglesia. Nosotros les seguimos, para ver si el patrón conseguía llegar a suelo sagrado y pedir protección a los religiosos.

—Le apresaron antes de llegar —terminó Héctor con abatimiento.

—No —negó nuevamente el joven—. Fue mucho peor. Basanio entró en la iglesia, pero los guardias no respetaron el santuario. Desde fuera escuchamos sus gritos cuando le arrancaron del altar. Le sacaron a rastras y le apalearon a la vista de todos.

—¿Y nadie hizo nada?

—Un clérigo salió de la iglesia y trató de detener a los soldados, pero le ignoraron. Nosotros comenzamos a increparles, y muchos de los que pasaban por la calle unieron sus voces, pero nadie levantó un dedo. Al final se lo llevaron medio muerto. Poco después otro grupo de soldados regresó acompañado de un funcionario, nos expulsaron de la tienda y la clausuraron. ¡Incluso desahuciaron a su mujer!

Héctor dejó caer los brazos, bajando la mirada hacia el suelo como si el mundo se le hubiera caído encima. Las palabras de su compañero emularon el terremoto que derriba muros y torres, acabando con las precarias esperanzas que tenía de que todo aquello fuera un error.

—No sé qué hacer —confesó el joven con amargura—. No tengo dinero, ni tampoco tengo nadie a quien acudir para pedir trabajo.

—Yo me encuentro en la misma situación —confesó el ateniense, encogiéndose de hombros con resignación.

Su compañero emitió un hondo suspiro y desvió su mirada hacia el frontal cerrado de la tienda. Héctor le miró, preguntándose si sus propios ojos dejarían traslucir la misma desesperación que leía en la mirada de aquel muchacho. Nunca había hablado con él durante tanto tiempo como esa mañana. No sabía si estaba casado, si tenía hijos o una madre a quien mantener. Resultaba irónico pero, aunque apenas le conocía, en ese momento se sentía más unido a ese hombre que a cualquier otro de la ciudad. Tal vez ésa fuera la última burla de la sociedad, que fueran las aciagas desgracias y no el cristianismo lo que hermanara a los hombres.

—Me vuelvo a casa —anunció su compañero, con la voz desprovista de cualquier inflexión—. ¿Qué vas a hacer?

—Aún no lo sé —respondió Héctor, aunque tenía claro que no quería presentarse ante Penélope para darle esa noticia. No después de lo que había pasado el día anterior.

Asintiendo con un leve movimiento de cabeza, el joven se despidió, perdiéndose entre la multitud con paso cansino, como un barco zarandeado por la corriente, que ya no tiene rumbo fijo y apenas piensa en otra cosa que no sea zozobrar de una vez para poder reposar en el fondo del océano.

Héctor necesitaba pensar. Ahora ya no podía albergar duda alguna, se encontraba de nuevo en la calle. La voz del tullido con el que había hablado antes llegó hasta sus oídos, como una burla, como si se riera de él al oído susurrándole: «yo soy el afortunado, ¿de qué te sirven las dos piernas? Tal vez puedas cortarte una y dársela de comer a tu familia».

Necesitaba un nuevo patrón. Muerto Vitaliano y con Basanio en la cárcel, ya sólo conocía a una persona capaz de proporcionarle un trabajo y, con ello, salvar a su familia. Sin dar una segunda oportunidad a sus pensamientos, decidió encaminarse hacia el hipódromo. De haber creído en el Dios de los cristianos, ésa hubiera sido una buena ocasión para rezarle al Señor para que Antlas se compadeciera de él y le concediera un empleo.

A diferencia de sus aristocráticos compañeros en el senado, a Valente le gustaba transitar a pie por las abarrotadas calles de la ciudad. Acompañado tan sólo por un par de fornidos esclavos de absoluta confianza y de su secretario eunuco, el senador caminaba con paso lento, elevando la vista a uno y otro lado para captar los infinitos detalles que ofrecía la avenida principal al ojo atento del patricio.

Las estatuas de mármol que flanqueaban los pórticos revelaban el sereno rostro de un cónsul, un emperador o un filósofo. El fino acabado de las obras delataba la mano experta que había trabajado la piedra con el cincel y el punzón, ya fuera con la desgarradora muestra de sentimientos y la perfección técnica de las piezas traídas de toda Grecia, como con las líneas claras y realistas que se detallaban en las esculturas más modernas, enfatizando la temporalidad y la actitud intimista de los representados.

El ruidoso río humano que le envolvía se deslizaba en todas las

direcciones, sin prestar atención a las obras de arte que decoraban el monumental conjunto. Los suntuosos cortejos de ricas damas o adinerados ciudadanos se apresuraban a abrirse paso entre la multitud, como si cada instante de su vida fuera tan preciado que gastarlo en esa aglomeración resultara una pérdida insoportable. Tal vez fuera la creciente apatía que atenazaba a Valente, pero le resultaba imposible entender la agitación que parecía extenderse a su alrededor. A excepción de los numerosos pedigüeños y menesterosos que se arracimaban bajo los pórticos, buscando las migajas que pudieran recoger de quienes compraban en las tiendas de comida, nadie se tomaba un respiro para deleitarse con la que, según todas las opiniones, era la más hermosa de las veintiséis calles porticadas con las que contaba Constantinopla.

El propio senador se veía impelido a su pesar a mantener el ritmo de sus pasos, incapaz de luchar contra la corriente humana, incluso cuando quiso detenerse durante unos instantes ante la estatua de un elefante y su cuidador, erigida por Severo para conmemorar la muerte de un cambista deshonesto por parte del animal, en venganza por el asesinato de su amo. Con un suspiro se dejó conducir por su fiel secretario, cuidándose de sortear los humeantes excrementos que las bestias de carga dejaban a su paso.

Se encaminaba a la villa de Juan de Capadocia, para reclamar por cuenta del senado su pretensión de cobrar un impuesto especial a los patricios. Y si bien se había sentido inicialmente satisfecho de haber sido elegido por parte de sus compañeros para desempeñar esa tarea, a medida que se aproximaba a la descomunal mansión del prefecto de oriente su ánimo se apagaba. A decir verdad, hubiera preferido continuar su tranquilo paseo calle arriba antes que tener que soportar las maleducadas veleidades del recolector de impuestos. Aunque ansiaba despegarse de la monótona quietud que envolvía su vida cívica, Valente se sorprendía descubriendo que cualquier nuevo añadido o encomienda suponía más una molestia que una satisfacción. Parecía que su espíritu se había acostumbrado tan eficazmente a la monotonía que, aunque lo deseara, se veía incapaz de escapar de su somnoliento abrazo.

Un grupo de vendedores ambulantes de amuletos se agruparon a su alrededor, ofreciéndole insistentemente su mercancía, aprovechando la golosa presencia del casi desprotegido patricio. Tales vendedores se acumulaban a la puerta de un conocido prostíbulo, conscientes de la antigua tradición que les garantizaba buenas ventas si la primera mujer con la que se cruzaban era una

pécora, mientras que si se trataba de una virgen consagrada la diosa fortuna les volvería la cara a la hora de ayudarles con su negocio. Valente se deshizo de ellos con serena cordialidad, consciente de que aquellas molestias eran inevitables si se quería disfrutar de un paseo. En cualquier caso, para evitar los habituales hurtos que se producían entre los enjambres de vendedores, había tomado la precaución de entregar la bolsa a su secretario, sabiendo que su ceremonial toga atraería a los rateros como la miel atrae a las moscas.

Libre por fin de los molestos buhoneros, alcanzó el hipódromo, adentrándose en la ancha calle que lo circundaba, perpendicular a la gran avenida. La entrada del lujoso hogar del prefecto se situaba frente a las imponentes arcadas del hipódromo. El frontal de la espléndida villa ocupaba casi un centenar de codos, formando un muro de resplandeciente mármol blanco sobre el que se hendía una doble puerta de hojas de bronce sobredorado. Aunque ninguna ventana se abría al interior de la estructura desde la calle, bastaba la exhibición de las losas que cubrían el frontal para hacerse una idea de la excepcional riqueza que encerraba tras su sólida estructura. Ya junto a la puerta, Valente se fijó en un pequeño grupo de esclavos, que trataba de limpiar con paños y *nitron* combinado con vinagre las insultantes frases que una mano desconocida había dejado pintadas sobre los níveos muros del odiado prefecto, aprovechando la impunidad que concede la noche. Tal y como comentaban sus colegas del senado en su última comida juntos, Juan de Capadocia resultaba igualmente odioso para el pueblo y para la aristocracia.

Los aldabonazos resonaron con fuerza, cuando su eunuco golpeó la puerta con la argolla de bronce que colgaba de la boca de una cabeza de león tallada primorosamente sobre la puerta. Poco después, una de las hojas se abrió con un suave susurro, dando paso a un joven sirviente vestido con una impecable túnica blanca con bordadas *clavi*, dos anchas bandas rojas que recorrían la vestimenta en sentido vertical. Un par de fornidos hombres armados flanqueaban al portero, contraponiendo hoscas miradas de recelo a la amplia sonrisa del joven.

—Mi amo, el *illustre* senador Valente Aureliano Merodio, solicita ver al prefecto de oriente —indicó el eunuco, con su modulada voz.

—Honrad esta humilde casa —respondió el joven con maneras exquisitas, haciéndose a un lado para permitir el paso de la escueta comitiva—, avisaré al prefecto.

—Espero que no lleguemos demasiado temprano —apuntó Valente, conocedor de las costumbres festivas de Juan de Capadocia, que le impelían a levantarse a horas tardías y con el cuerpo roto por la resaca.

El portero sonrió, por toda respuesta, y condujo al senador a través de las puertas hasta un amplio patio porticado en forma de media herradura que conformaba el vestíbulo de la villa. Deslizándose con parsimonia sobre el piso de mármol veteado, guio a Valente hasta el interior de una gran estancia circular, en cuyos lados se abrían ocho nichos semicirculares decorados con espectaculares mosaicos de cacerías, y amueblados con bancos de madera tallada recubiertos por sedas bordadas con filigrana de oro.

—Si sois tan amable de esperar aquí —indicó el portero, señalando al senador el primero de los amplios nichos.

Valente asintió con la cabeza, acomodándose en el banco ofrecido por el sirviente, mientras éste se apresuraba a través de una de las varias puertas que se abrían en la estancia. Mientras esperaba, arrullado por el sonido del agua proveniente de la fuente de jaspe que presidía el centro de la sala, el senador no pudo sino aprobar silenciosamente la elección del prefecto a la hora de escoger su morada.

Gracias a su cargo, Juan de Capadocia había logrado que Justiniano recompensara sus servicios concediéndole aquel conjunto monumental como vivienda. El palacio había sido construido por Antíoco, *praeposito* de Teodosio II, casi cien años antes. Cuando éste cayó en desgracia sus bienes fueron confiscados por el tesoro imperial, permitiendo que Justiniano pudiera disponer de la impresionante villa a su antojo. Juan, con su inagotable avaricia por el lujo, no había descansado hasta conseguir que el emperador le concediera el que, probablemente, era el palacio privado más envidiable de Constantinopla.

Poco después el senador abandonó su asiento para aproximarse hacia el otro extremo de la sala cuando apareció Juan de Capadocia, vestido con una simple túnica ajustada con un cinturón de oro. Dos esclavos le seguían transportando una lujosa silla curul, de oscura madera de ébano con un rojizo asiento de cuero.

El prefecto se hizo a un lado cuando entró en la habitación, dejando paso a los esforzados sirvientes, que se apresuraron a colocar la silla sobre unas invisibles marcas en el suelo y se retiraron a toda prisa después. No fue hasta que, tras los preparativos, Juan de Capadocia ocupó el asiento que alzó la

mirada hacia el senador.

—¿Qué es lo que quieres?

Aunque Valente no esperaba un agradable recibimiento, dada la notoria fama de mala educación que acumulaba el prefecto, la humillación de permanecer de pie delante de Juan de Capadocia le resultó casi insoportable. Los malos modos con los que había iniciado su conversación habían estado a punto de conseguir que el patricio se diera la vuelta y abandonara la villa, pero hubiera resultado poco apropiado para la dignidad del cargo que ostentaba. Pese al profundo desprecio con el que Juan trataba a cuantos le rodeaban, o tal vez debido a él, Valente se propuso mantener el porte y el orgullo de la antigua aristocracia romana. A fin de cuentas, pensó, era lo único que les quedaba.

—He venido a hablar de las nuevas tasas que se quieren cobrar a los senadores —indicó Valente, con el rostro convertido en una indescifrable máscara de hieratismo.

El prefecto bostezó con impertinencia, recostándose en uno de los brazos de la silla, carente de respaldo. Profundas ojeras marcaban su rostro, fruto de la falta de sueño. Pese a ello, sus ojos permanecían fijos en el patricio, delatando la aguda mente que encerraba aquel cuerpo de gigante.

—Es fácil, los senadores son tasados en función de su categoría. Cada *clarissimus* ha de pagar cincuenta sólidos, cien los *spectabiles* y doscientos los *illustres*. Son cantidades modestas. No veo la necesidad de hablar más sobre ello, ni tampoco la razón de que me importunen.

—A los senadores ya se nos ha incluido en las listas del fisco pese a estar exentos hasta la fecha —replicó Valente con aplomo, llevándose una mano a la ceñida banda de su toga *picta*—, incluso notificándolo junto a una advertencia de que el castigo corporal por impago, del que estábamos exonerados, ha sido reinstaurado. Aún no ha llegado el momento de pagar la contribución y ya se nos carga con tasas arbitrarias de cuya razón ni se nos informa.

—Ni sé la razón ni me importa —repuso Juan de Capadocia con hastío—. Yo sólo recolecto el dinero, el emperador es quien decide adónde va. Las razones del estado no se explican a los súbditos.

—Pero sí al senado —apuntó el patricio—. Que Justiniano haya decidido no pedir nuestra aprobación no implica que no deba rendir cuentas formalmente, aunque sólo sea por cortesía.

—Justiniano os desprecia —se rio el prefecto—. No sois más

que viejas desdentadas en un patio de vecinas. Hablando y hablando sin decidir nada.

—Es posible. Aunque tal vez deba solicitar una audiencia con el emperador sobre esta tasa en particular y el total de dinero que se va a recaudar.

Juan levantó una ceja, irguiéndose levemente sobre la silla. Entrecerró los ojos centrando su mirada en el senador, como si estuviera estudiándolo detenidamente por primera vez.

—No veo la necesidad —indicó el prefecto, cambiando notablemente el tono de su frase—. El emperador quiere llevar a cabo nuevos y ambiciosos planes, y resulta imperioso recaudar fondos.

Aunque la corrupción del prefecto era un secreto a voces, a Valente le sorprendió el cambio en su actitud. Siempre había dado por hecho que Justiniano prefería ignorar lo que todos sabían por razones que el senador no acertaba a comprender. Sin embargo, Valente acababa de comprobar que Juan de Capadocia no confiaba plenamente en la paciencia del emperador hacia su ansia de oro. Al prefecto parecía inquietarle que llegaran a oídos de Justiniano otras cifras que no fueran las suyas. Nadie escuchaba las quejas de un campesino, pero si una representación del senado se presentaba ante el emperador tal vez pudiera suponer un aprieto para el prefecto de oriente.

—¿Se trata de la próxima expedición militar de la que todo el mundo habla? —indagó el senador.

—No —respondió el prefecto—. Debéis comprender que mi cargo me impone callar aquello que conozco.

Valente asintió cortésmente, mientras revisaba la frase de Juan con atención. Dado el consabido engreimiento del prefecto y su profusa vanidad, el senador no dudaba que, de haber sabido cuál era el nuevo proyecto de Justiniano, el prefecto no habría perdido la oportunidad de proclamarlo a los cuatro vientos, como muestra de su superioridad sobre los miembros del senado. Para Juan, uno de los principales ministros del emperador, reconocer ante un patricio que Justiniano le ocultaba sus planes supondría una dolorosa humillación.

Por un momento, Valente dudó si debía utilizar esa información para devolver la puñalada recibida por el despectivo trato inicial del prefecto, quien se removía en su silla ligeramente incómodo. Sin embargo, prefirió guardar para sí ese pequeño retazo de sabiduría.

—Entiendo que guardéis silencio —dijo finalmente el senador—. La obligación de mantener a salvo un secreto es una pesada carga que pocos saben mantener. Aunque no hay duda de que la fidelidad siempre acaba reportando el agradecimiento de quien deposita su confianza.

—Cierto —admitió el prefecto con cautela—. Espero que estemos de acuerdo en que no es necesario molestar al emperador por asuntos meramente económicos. Puedo garantizar personalmente el respaldo de Justiniano a mi nueva medida.

—Estoy seguro de que cualquier duda que surja en el senado podré encaminarla hacia vuestro experto consejo —indicó Valente, permitiéndose una ligera sonrisa—. Si os parece bien, por supuesto.

—No podría estar más conforme —aseguró Juan de Capadocia, levantándose de su asiento—. Podéis venir cuando queráis. Seréis siempre recibido conforme a vuestro rango.

Ambos hombres intercambiaron una corta mirada antes de dar por finalizado su encuentro. Con unas palmadas, el prefecto llamó a sus criados, para que acompañaran al senador y su pequeño grupo de vuelta a la entrada principal de la vivienda.

Nuevamente rodeado de la ruidosa algarabía que llenaba las calles de Constantinopla, Valente meditó con detenimiento la corta reunión mantenida. Debía admitir que sus intenciones iniciales, transmitir las quejas del senado y tratar de conseguir la derogación de las tasas, habían sido prácticamente dejadas de lado. Ni él ni, probablemente, ninguno de los senadores pensaban que su misión pudiera ser un éxito, pero a Valente le remordía ligeramente la conciencia pensar que había despachado su misión con dos simples frases de queja. Sin embargo, pese a su tranquila actitud, el patricio se había visto desbordado por los acontecimientos. Se había dejado llevar por la conversación sin pensarlo siquiera.

Sin meditarlo lo más mínimo, había llegado a un tácito acuerdo con el prefecto para encubrir en el senado sus desmanes con las tasas. ¿A cambio de qué? En realidad, Valente no había pedido nada. Abandonaba la villa de Juan de Capadocia con la idea de que el prefecto le debía un favor.

Sorprendido por su propia actitud, no estaba seguro de por qué había reaccionado de aquella forma, ni siquiera sabía si algún día llegaría a solicitar algo del prefecto. Tenía la sensación de que, pese al tiempo gastado en monótonas charlas y pesados diálogos en el senado, el depredador que una vez dominó su interior no

había muerto, tan sólo se había mantenido agazapado, hibernando hasta que llegara el momento de resurgir de nuevo. Y por mucho que su dignidad senatorial le advirtiera sobre lo que acababa de pasar, no pudo evitar que una tímida llama se encendiera en su interior. El turbio juego de la política acababa de despertar una sensación que ya creía perdida.

Por primera vez desde hacía años, Valente sintió una punzada de euforia.

Sin fijarse en la pequeña comitiva del senador con el que acababa de cruzarse, Héctor se adentró en la calle que flanqueaba la descomunal estructura del hipódromo. Antes de adentrarse en los laberínticos pasillos del mayor de los edificios de la ciudad, el ateniense decidió probar suerte en el *philae*, el cuartel general de la facción, el complejo de construcciones que albergaba a los verdes.

Situado cerca del inicio de la calle, en la zona situada entre el hipódromo y la calle Mese, llamada Dihippion, constaba principalmente de un edificio rectangular, precedido por un inmenso patio porticado. A ambos lados del mismo, se encontraban las caballerizas de las cuadrigas, con acceso directo al patio, donde entrenaban los aurigas y se preparaban los carros y equipos de caballos para cada carrera. En el amplio espacio recubierto de arena también practicaban sus habilidades los mimos, equilibristas, bailarines, músicos e incluso los cortejos de banderas y guirnaldas que amenizaban los descansos entre cada carrera.

Aunque las facciones eran grupos organizados de seguidores deportivos, su función primaria, por la que siglos atrás empezaron a ser financiados y sostenidos por el estado, consistía en proporcionar las cuadrigas y corredores para los juegos, así como la contrata de acróbatas, mimos, músicos o danzantes para amenizar los interludios entre las distintas carreras. Fue más adelante cuando los emperadores comenzaron a apreciar la facilidad con la que organizaban a sus miembros para realizar declaraciones públicas, tanto de adhesión como descontento, con aclamaciones o abucheos. De modo que el protocolo de la corte había incorporado a las facciones, introduciendo entre sus cometidos el de aclamar los cortejos imperiales, gritando loas al emperador. Con una estructura mínima, apoyados por los cientos de fanáticos seguidores afiliados, los emperadores disponían de un eficaz medio de propaganda que convertía un frío desfile en un colorido y victorioso paseo entre la admiración del pueblo.

Estratégicamente situados, los miembros de la facción empujaban con su ejemplo a la masa a aclamar o abuchear a las autoridades públicas a conveniencia del mejor pagador, moldeando la voluntad de la plebe para adaptarla al gusto de los poderosos.

Ésa era la única razón por la que los emperadores soportaban los continuos levantamientos y tumultos protagonizados por las facciones en su lucha constante por la preeminencia política y, sobre todo, deportiva. Senadores, cónsules y terratenientes gastaban enormes sumas en la promoción de sus figuras así como en la denigración de sus enemigos políticos. Dinero que, en su mayoría, acababa en manos de la facción predominante. Eso conducía a una eterna lucha por la supremacía entre verdes y azules, camuflando la vil avaricia bajo los odios deportivos, aprovechándose de la fogosa e inconsciente furia que ciega a los jóvenes.

Con paso rápido, Héctor se adentró en el patio, atravesando la gran puerta de madera de doble hoja que daba acceso al interior del complejo, lo bastante amplia como para permitir el paso de una cuadriga con su auriga de pie, sin que éste tuviera que agacharse para salvar el arco de medio punto que la coronaba. La entrada al complejo se encontraba directamente enfrentada a las *carceres*, los puestos de salida de las cuadrigas en el hipódromo. De ese modo, el trayecto que recorrían desde su base hasta el punto donde comenzaba la carrera era lo más corto posible.

En el interior del patio la actividad era frenética. Apenas a una semana del comienzo de los juegos consulares, los faccionarios montaban los tiros de caballos, comprobaban los correajes, ajustaban las ruedas de los carros y daban la última mano a las capas de pintura verde o roja que cubrirían la superficie exterior de las cuadrigas.

Aunque sólo dos facciones se ocupaban de la organización de los juegos, cada una de ellas agrupaba en realidad dos de los cuatro colores que corrían en el hipódromo. Desde los tiempos de la antigua república, verdes, azules, rojos y blancos competían en cada carrera. Dado que los primeros eran los que congregaban mayor número de seguidores, habían llegado a absorber a las dos facciones minoritarias, los verdes a la facción roja y los azules a la blanca. El estado, que era el que corría con todos los gastos ocasionados por los juegos circenses, prefería la simplicidad de disponer tan sólo de dos facciones a la hora de organizar los eventos, por lo que cada una de ellas debía poner en juego dos equipos.

En lugar de recorrer todo el complejo buscando de estancia en estancia, Héctor decidió preguntar por la ubicación del *demarca* a uno de los *gramistai*, los oficiales de la facción encargados de supervisar las tareas habituales para la preparación de las carreras.

—Aún no ha llegado —respondió el primero de los oficiales con el que habló.

—¿Está en el hipódromo?

—No creo. Siempre viene primero por aquí, pero a veces no se presenta en toda la mañana.

Héctor dejó escapar un suspiro de resignación. No había pensado en la posibilidad de no lograr encontrar al *demarca*. En ese momento, por su cabeza pasó la idea de que, incluso encontrándolo a lo largo de la mañana, Antlas no tenía por qué darle un trabajo.

—¿Hay algún problema? —indagó el oficial.

—¿Sabes quién es Basanio? —preguntó Héctor, decidido a contar toda la historia de su arresto si fuera necesario. Pero el *gramistai* se encogió de hombros, rascándose la cabeza mientras negaba vehementemente—. En ese caso esperaré al *demarca*.

El oficial asintió, perdiendo el interés por el ateniense y focalizando de nuevo su atención en comprobar que los mozos que ajustaban las correas a uno de los tiros de caballos no causaran daño a los animales apretándolas demasiado.

Héctor se alejó unos pasos y se sentó en el suelo a la sombra de uno de los pórticos laterales del patio. Nada más sentarse, las dudas acudieron de nuevo a su mente. Mientras caminaba calle abajo desde la tienda de Basanio hasta el hipódromo su único pensamiento se centraba en encontrar a Antlas. Hablaría con el *demarca*, éste recordaría su amistad con el comerciante y con el fallecido Vitaliano, y le proporcionaría un buen empleo, incluso adelantándole algunas monedas a cuenta de su trabajo. Sin embargo, sentado en las gélidas baldosas de piedra que formaban el piso del pórtico, sus esperanzas se enfriaban al mismo ritmo que sus posaderas.

Al tiempo que contemplaba el frenético baile de miembros de la facción que se desarrollaba frente a él, notaba cómo la boca se le secaba, sus manos comenzaban a sudar y el salado frescor de las lágrimas pugnaba por escapar de sus ojos. Meses de esfuerzos, de sacrificios y de ingratos trabajos habían acabado en nada. Volvía a encontrarse sin trabajo, sin dinero y sin futuro. A medida que el sol recorría su camino sobre él, la desesperación se adueñaba de su

corazón. En su mente aparecía la imagen de Penélope, recibiendo con el rostro desencajado la noticia de que se veían abocados a la miseria. Le faltaba el valor para presentarse en su casa, pero sabía que tampoco podría esperar indefinidamente allí sentado, aguardando por una esperanza que jamás parecía poder alcanzar. Su vida se había ido. Ya nunca volvería a ser el orgulloso profesor que impartía magistrales lecciones de retórica a alumnos embelesados en Atenas. Las risas habían desaparecido, al igual que los amigos y los sueños, aplastadas por el peso de la cruda realidad, una en la que se convertía en un harapiento incapaz de alimentar a su propio hijo.

A poca distancia, los aurigas se ejercitaban con el látigo. El *factionarius*, el auriga principal de los verdes, tan famoso que no existía ser humano en Constantinopla que no conociera su nombre, competía en habilidad con el *micropanites*, el líder de los corredores de la facción roja. Admirados y envidiados por cuantos componían la facción, los aurigas vivían en un mundo aparte, rodeados de abundancia, lujos y placeres. Aunque nadie negaba que su profesión era peligrosa, y que varios acabarían saliendo del hipódromo por la puerta Nekra, la puerta de la muerte, jamás conocerían la impotencia de quien parece haberse caído a un lado mientras la sociedad sigue avanzando. Para ellos no existían puertas cerradas, ni sentían en sus entrañas el dolor del hambre.

Al mirarlos, Héctor notaba cómo la envidia le corroía por dentro. Sin saber por qué, la erudición por la que era apreciado había perdido todo su valor. Sin un trabajo, casi podía leer en las miradas de los demás una silenciosa acusación. De la noche a la mañana se había convertido en un parásito, en un miserable que no aportaba nada, sino que debía conformarse con lamer las migajas que los afortunados dejaban resbalar de su mesa para limpiar sus negras conciencias.

No pudo evitar que el odio acudiera a su mente. Odio por una sociedad que desdeñaba a miles de personas, condenándolas a la indigencia. Odio por un tirano que gobernaba desde su palacio dorado, indiferente a la angustia que inundaba su imperio. Odio por las facciones, por aquellos fanáticos hedonistas que únicamente vivían para sus malditas carreras, ayudando al déspota que ocupaba el trono a convertir a todo un pueblo en un montón de ovejas, como si fueran los perros que cuidan del rebaño y lo dirigen en la dirección que indica el pastor.

Pero sobre todo, se odiaba a sí mismo por no haber sido lo bastante hombre como para garantizar el pan de su familia, por

haber tomado la decisión que los condujo a la miseria. Y, aunque podría escapar de aquella maldita ciudad, de su emperador y de las facciones, jamás se alejaría lo suficiente de aquella voz interior que le gritaba su desprecio al oído.

—¿Aún sigues aquí?

Héctor levantó la vista al escuchar una voz. El oficial con el que había hablado antes se encontraba de pie, a su lado, escrutándole con curiosidad.

—Tengo que hablar con el *demarca* —insistió, dándose cuenta por el involuntario espasmo de su estómago que la mañana estaba a punto de esfumarse, dando paso a una soleada tarde.

—Tal vez no venga hoy. Podría ser una espera muy larga.

—No tengo otra cosa que hacer.

El *gramistai* frunció el ceño, observándole con atención durante unos instantes. Héctor no necesitaba levantar el rostro para darse cuenta de que su actitud resultaba sospechosa para el oficial. En cualquier otra circunstancia habría tratado de dejar un mensaje o se habría marchado para volver otro día pero, pese a cualquier prevención que aquel hombre pudiera tener contra él, no se iría sin agotar hasta la última oportunidad.

El oficial volvió a encogerse de hombros, regresando de nuevo a sus tareas, aunque el ateniense pudo comprobar que, de vez en cuando, le echaba una dubitativa mirada. Poco después observó cómo cruzaba unas palabras con sus compañeros, éstos fijaban su vista en él y, tras escrutarle durante unos instantes, negaban con la cabeza, como si el oficial les hubiera preguntado si le reconocían. Por si no fuera bastante con la desesperación que le anegaba, ahora se presentaba la angustia, al pensar que el *gramistai* acabaría por hartarse de su presencia y ordenaría que le expulsaran. Héctor se removió inquieto, y se subió uno de los lados de su sucia capa, para que uno de sus hombros quedara al descubierto y se pudieran ver las tiras verdes de lino que mostraban su pertenencia a la facción. Pese a ello, el rostro del oficial no perdió su pétrea mueca de suspicacia.

Un pequeño revuelo se formó en la entrada, desviando la atención de Héctor. De un salto, se puso de pie al ver cómo el *demarca* hacía su aparición en el *philae*. Antes de que pudiera dar un paso, el oficial ya se había colocado al lado de su jefe y le comentaba algo al oído, señalando discretamente en su dirección. El ateniense comprobó cómo Antlas desviaba los ojos hacia él. Con el corazón a punto de salirle por la boca, vio alarmado cómo el

demarca fruncía el ceño, como si fuera incapaz de recordar su rostro. Finalmente, se encaminó hacia él con el oficial a un lado y tres hombres de su escolta rodeándole.

—Saludos, Antlas —dijo el ateniense, en cuanto la pequeña comitiva llegó a su lado—. Soy Héctor. Hablamos hace dos días en las termas. Trabajo con Basanio.

—Te recuerdo —afirmó el *demarca*, aunque el ateniense observó en su rostro una fugaz expresión que no supo identificar —. Me han dicho que querías hablar conmigo.

—Cuando hoy he ido a la fábrica de aceite de Basanio me la he encontrado clausurada por orden del emperador. Me han contado cómo los guardias se han llevado a mi patrón.

—¿Y has venido hasta aquí sólo para contarme eso?

Héctor miró al *demarca* con incomprensión. Sin embargo, antes de que pudiera decir nada Antlas le interrumpió.

—Vamos a dar un paseo —dijo el jefe de la facción, echando a andar hacia el otro extremo del patio sin esperar la respuesta del ateniense.

Tanto el oficial como los tres faccionarios que guardaban al *demarca* se mantuvieron quietos, esperando a que Héctor se situara junto a Antlas antes de seguirlos, tan cerca que el ateniense podía sentir su respiración en la nuca.

—Basanio fue arrestado por orden de Teodora —explicó el *demarca*, mientras Héctor caminaba a su lado en silencio, observando de reojo a los cuatro hombres que se situaban a su espalda—. ¿Recuerdas el otro día en las termas? No sé las veces que le he advertido sobre sus coléricas salidas de tono. Todos sabíamos que la emperatriz tiene oídos en cualquier parte, incluso en la facción. Alguien le hizo llegar el desafortunado comentario de tu patrón, y ella ha ordenado castrarlo acusándole falsamente de ser un pederasta. Ha muerto desangrado.

La frente de Héctor comenzó a sudar, a despecho del ambiente fresco de la tarde. En su ya devastada mente, empezó a unir cabos, llegando a una alarmante conclusión que no pudo retener sin que las palabras surgieran de su boca como un torrente.

—¿Piensas que soy un espía de Teodora?

Antlas mantuvo el paso sin responder, caminando despacio hacia la zona más profunda del patio, hasta que se internó bajo uno de los pórticos, donde se dio finalmente la vuelta para encarar al ateniense.

—Primero Vitaliano, luego Basanio… Parece que no traes

mucha suerte a tus patrones.

Sin necesidad de darse la vuelta, Héctor sintió cómo los faccionarios le rodeaban, aislándole dentro del pórtico de la vista del resto de las personas que se afanaban en el patio. No habría testigos si le mataban, aunque el ateniense estaba convencido de que ninguno de los verdes diría nada aunque le apuñalaran a la vista de todos. Su vida dependía de lo que dijera en las próximas frases.

—Vitaliano fue el único que me ayudó en esta ciudad —replicó Héctor, tratando de hablar despacio, como si estuviera explicando un complejo teorema a un alumno—. Jamás hubiera sido capaz de hacerle nada. Y la muerte de Basanio me deja en la calle. Sin trabajo acabaré en la miseria.

—Eso es algo que el dinero de la emperatriz puede solventar con facilidad.

La fría mirada de Antlas no reflejaba sentimiento alguno. Sus ojos se clavaban en el rostro de Héctor con dureza, casi como un preludio de los cuchillos que atravesarían su carne si no lograba convencer al *demarca* de que él no era ningún espía.

De repente, comprendió que había cometido un error. Antlas apenas le había visto unas pocas veces, no existía razón alguna para que pensara que él era el responsable de la muerte de sus patronos. Había sido el propio Héctor quien le proporcionó la sospecha. Al presentarse en el cuartel de los verdes, insistiendo denodadamente en ver al *demarca* para luego decirle algo que ya sabía, se había señalado a sí mismo. Cuando Antlas le miró, después de hablar con el oficial, Héctor pensaba que no le reconocía. En realidad, era la sospecha lo que reflejaba su mirada. Y aunque no existiera prueba alguna contra él, nada era peor que una sospecha infundada, pues no había forma de rebatirla.

—He pasado mucho tiempo trabajando junto a Basanio —afirmó el ateniense, aferrándose a la lógica para tratar de eludir el destino que veía a sus espaldas—. Todos cuantos nos encontrábamos junto a él en la fábrica le hemos escuchado blasfemar contra Dios, la emperatriz y el propio patriarca. Si yo fuera un espía, ¿por qué habría de esperar hasta ahora para denunciar sus insultos? Si estuviera a sueldo de la emperatriz, hace semanas que Basanio habría sido arrestado.

Héctor tragó saliva mientras contemplaba al *demarca*, esperando algún tipo de señal que indicara que sus palabras habían conseguido insuflar un hálito de duda en el corazón de

Antlas, pero el jefe de la facción mantuvo la misma mirada. Pese a ello, el ateniense interpretó el silencio como una buena señal.

—Además, cuando Vitaliano fue asesinado yo hacía mucho que no trabajaba para él. Ni siquiera sabía dónde pensaba trabajar esa noche. ¿Cómo hubiera podido causar su muerte sin conocer el lugar en el que se encontraba?

—Pareces tener excusa para todo —recriminó Antlas, aunque esta vez Héctor sí que pudo percibir un atisbo de duda en sus ojos.

—Soy leal a la facción —afirmó el ateniense, tras coger aire—. Y si he venido hoy aquí es, precisamente, porque pertenezco a esta gran familia que somos los verdes. He venido para pedir un trabajo.

—¿Un trabajo? —replicó sorprendido el *demarca*, alzando una ceja.

—Al morir Basanio me he quedado en la calle. Ni siquiera llegó a pagarme la última semana. Tengo mujer y un hijo y no hay una sola moneda en mi bolsillo. Necesito un trabajo.

—Un trabajo —repitió Antlas, desviando su mirada hacia el oficial, quien se encogió de hombros.

—Dame una oportunidad —insistió Héctor, tratando de aprovechar las dudas que había conseguido crear en la mente del *demarca*—. Haré cuanto sea necesario para demostrarte que soy fiel a los verdes.

Antlas le miró fijamente durante unos instantes, como si tratara de descubrir la verdad en los ojos de Héctor. Éste, inundado por un torrente de sentimientos, trataba de controlar el miedo y la angustia que le atenazaban. Sin embargo, pese a sus intentos de mostrar serenidad, estaba convencido de que su rostro no reflejaba otra cosa que no fuera desesperación.

—De acuerdo —asintió finalmente Antlas—, te pondré a prueba. Necesito que alguien recoja un material. No llevará mucho tiempo, y si lo haces bien tal vez comience a creerte. Incluso puede que te pague.

—Soy tu hombre. ¿Qué debo llevar?

—Respecto a la naturaleza de la mercancía, cuanto menos sepas mejor para todos —replicó el *demarca*—. Acércate al puerto. Junto a la casa de aduanas encontrarás a un comerciante sirio, él te entregará la carga. Después la transportas hasta mi casa y se la entregas a mis criados.

—¿Cómo le reconoceré?

—Alto y gordo, moreno, con barba larga. Viste al estilo persa y

se frota continuamente las manos, es inconfundible. Dale este pendiente y sabrá que te envío yo.

Antlas dejó sobre la mano de Héctor un pequeño pendiente de plata con forma de crismón, el monograma de Cristo. Bastante común entre las mujeres, éste tenía la particularidad de presentar una diminuta muesca en uno de sus lados.

—Una cosa más —añadió el *demarca*—. Sé que no es necesario decirlo pero, si ocurre cualquier percance, me ocuparé de ti y de tu familia. ¿Me he explicado con claridad?

Héctor asintió, cerrando la mano alrededor del pendiente.

—¿Cuánto ha dicho?

—Cincuenta *siliqua* —confirmó Arzés con una sonrisa—. Eso son más de dos sólidos de oro. ¿De verdad quieres gastarte la paga de un mes en una túnica?

—Este griego es un ladrón —gruñó Drías con desdén—. Dile que si no me rebaja el precio le incrustaré la nariz en el mostrador.

Decidido a gastar parte de su botín en renovar su gastado vestuario, Drías había solicitado la colaboración de su compañero, convertido en traductor debido al escaso entendimiento del griego por parte del hérulo.

A diferencia de los antiguos legionarios, los actuales ejércitos de Roma no mantenían la uniformidad entre sus filas. Aunque el rojo seguía siendo el color típico de la milicia, en cualquier unidad se alternaba con las túnicas azules, verdes o grises, sobre todo al final de una larga campaña, en la que el desgaste de la ropa imponía la adaptación a los exóticos gustos de los persas al reponer las prendas. De hecho, aunque la costa noroeste de Asia Menor tenía reconocida fama por la elaboración de uniformes, destinados a la guardia imperial y los funcionarios de Constantinopla, cada soldado del ejército de campo recibía seis sólidos para que comprara su propio equipo al ingresar en la milicia, con lo que la uniformidad en las unidades era casi utópica. Únicamente los escudos mantenían una notoria igualdad, identificando por ellos a las distintas unidades que componían un ejército.

Los hérulos, por otro lado, al formar parte de las tropas privadas de Belisario, se podían considerar afortunados, pues el general reponía armas y equipo de su propio bolsillo, con lo que conseguía una feroz adhesión personal de sus mercenarios.

Arzés retomó el regateo con el vendedor, manteniendo una

máscara de seriedad en su rostro ante los exacerbados gestos y aspavientos de estupefacción del comerciante. La prenda que había atraído la atención de Drías era una túnica *manicata* o de manga larga, con bandas decorativas de color dorado en cuello y muñecas, así como dos pares de *orbiculi,* discos bordados en hombros y caderas, además de los sempiternos *clavi* que recorrían verticalmente la prenda a ambos lados de la cabeza, aunque, en este caso, finalizaban a la altura del pecho.

—No baja ni un *follis*, creo que será difícil obtener una oferta mejor —afirmó Arzés encogiéndose de hombros—. Jura por todos los santos que es lana de la mejor calidad.

—Si me engaña yo mismo le enviaré con esos santos para que les pregunte personalmente —replicó Drías mientras echaba mano a la bolsa para pagar al mercader.

—Barato, barato —rezongaba el vendedor en un pastoso latín, esgrimiendo una luminosa sonrisa de satisfacción.

—¡No sigas con el parloteo! —se enfureció el soldado—. Sólo faltaba que ahora supieras hablar mi idioma.

—Tal vez habría bajado algo si no te hubiera visto tan interesado. Te faltaba babear cuando has visto la túnica. No te desenvuelves bien en los mercados.

—¡Habló el experto! —se burló Drías mientras recogía su ansiada prenda—. Habrá que ver cuánto te cobran a ti por tus famosas tierras.

—Seguro que menos que por ese trozo de tela —replicó Arzés —, deberías haber mirado antes en los tenderetes de ropa de segunda mano. Aquí todo es demasiado caro. ¿Te puedes creer que me quería cobrar diez sólidos por una dalmática?

—¡Ni hablar! No llevaré la túnica sudada de un griego apestoso. Antes prefiero arruinarme.

—Ni siquiera se verá mientras lleves el *sagum* —indicó Arzés, refiriéndose a la espesa capa para el frío y la lluvia que portaban todos los bucelarios.

—¡No seas envidioso!

Drías extendió su adquisición mientras caminaban por la avenida, contemplándola con orgullo. De suave lana, el intenso color rojizo de su tinte se encontraba perfectamente repartido.

—Esto es una obra de arte —aseguró el hérulo acariciando el tejido con cuidado—, casi tiene el tacto de la seda.

—Tú no has tocado seda en tu vida.

—Pero sí a muchas mujeres, y algunas tenían la piel tan dulce que te resbalaban las manos —comentó Drías, al tiempo que conformaba una voluptuosa figura femenina con un gesto.

Unos niños corrieron a su lado detrás de un aro, que conducían a toda velocidad entre la gente por medio de unos palos. Al pasar junto a los hérulos salpicaron a éstos con el barro de un charco, a punto de alcanzar la impoluta túnica de Drías.

—¡Malditos mocosos! —gritó el germano alzando un amenazante puño—. Si llegáis a mancharla os arranco la cabeza.

—Vamos a apartarnos del centro de la calle —sugirió Arzés, conduciendo a su amigo a un lado, hasta alcanzar la arcada lateral que se levantaba a ambos lados de la calle Mese.

—Esta ciudad es como un hormiguero.

Desde uno de los pocos intercolumnios que permanecían libres de tiendas, ambos soldados se acomodaron junto a una estatua de mármol, mientras un creciente rumor de música anunciaba la aparición de un imponente cortejo.

—¿Ves lo mismo que yo? —se sorprendió Arzés cuando pudo contemplar la procesión.

Aproximándose con parsimonia, en medio del denso ajetreo de la avenida, un nutrido grupo de esclavos apartaba a la multitud para dejar paso a una escueta guardia de lanceros, que acompañaba a un pequeño conjunto de músicos, tocando trompetas, tubas y flautas.

Tras ellos, una docena de jóvenes muchachas danzaban semidesnudas alrededor de una litera, profusamente decorada y enjaezada con guirnaldas de flores. Al descubierto, sobre el lujoso transporte, un gigante de unos cuarenta años envuelto en finas vestiduras de blanca seda contemplaba a las hermosas bailarinas que retozaban junto a él. En una de sus manos sostenía una copa, utilizando la otra para acariciar los cuerpos de aquellas muchachas que se aproximaban a su asiento.

—¡Hijo de una sucia perra! Espero que acabe en el infierno.

Un harapiento mendigo, tuerto de un ojo, escupió al suelo junto a Drías al paso del espectacular cortejo, maldiciendo al ver al noble asentado en la litera.

—¿Quién es ése? —preguntó el hérulo, aliviado de comprobar que algunos aún recordaban cómo se hablaba en latín.

—«El tijeras» —respondió con suspicacia el vagabundo, provocando un gesto de desagrado en el soldado, ante el hedor de su aliento—. Juan de Capadocia, el prefecto de oriente —continuó

el mendigo, ignorando el desagrado del germano—. Justiniano le ha nombrado para sangrar al pueblo a impuestos. ¡Y por la Virgen que lo ha hecho!

—Va bien acompañado —aseguró Drías, contemplando descaradamente a las féminas que se agitaban frente a él, cubiertas tan sólo por pequeñas telas transparentes.

—¡Es un impío! —vociferó el vagabundo—. Por el día se dedica a robar con ambas manos para llenar las arcas imperiales, a la par que las suyas. Y al llegar la tarde se convierte en un sátiro, envuelto en las más depravadas orgías. Al amanecer está siempre medio borracho.

—Debe de ser algo habitual en esta ciudad —afirmó Drías al contemplar el bamboleante aspecto del mendigo.

—¡El Señor descargará su cólera sobre él! —gritó nuevamente el tuerto—, a mí, viejo soldado como tú, me arrebató cuanto tenía. ¿No podrías darme unas monedas, compañero, para alimentar a mis hijos?

—¡Seguro que sí! —se burló Drías, dando la vuelta al mendigo y pateando su trasero—. ¡Largo de aquí, apestoso!

El vagabundo se trastabilló, a punto de caer al suelo impulsado por el puntapié del hérulo. Se giró con su único ojo entrecerrado en una mueca de furor, justo para recibir en las manos una moneda de cobre.

—Conténtate con eso —dijo Arzés mientras le arrojaba el *follis* —, y duerme bajo techo hoy.

—El Todopoderoso os lo pague, amigo —agradeció el tuerto, antes de desaparecer entre la multitud.

—¿Por qué le das nada? —se sorprendió Drías—. Ese estúpido es un farsante, no ha visto el ejército ni en un desfile.

—Dios nos manda alimentar a los pobres —respondió Arzés.

—Si tu dios viera a esa inmundicia le patearía el culo, como yo.

—Que tú no creas en nada no significa que tengas razón.

—He visto a demasiados compañeros caer muertos en combate rezando. Se habrían salvado si en lugar de esgrimir un crucifijo hubiesen manejado la espada con mayor ímpetu.

—Está visto que no hay manera de hacerte entrar en razón.

—Desde luego que no —aseguró Drías—. Aunque es posible que me esté ablandando. Esas hermosas jóvenes tan ligeras de ropa me han producido una terrible inquietud, creo que voy a

buscar a alguna de ellas para calentarla. No soportaría que enfermaran.

—Puedo imaginar cómo crece tu inquietud —se burló Arzés golpeando a su compañero en la entrepierna—. Yo me voy, aprovecharé para ver un poco la ciudad mientras tú gozas de tu ansiada recompensa.

—Recompensas —corrigió Drías—, creo que necesitaré al menos dos para resarcirme de estos últimos meses.

—Dicen que una prostituta cobra tres *follis* por servicio —apuntó Arzés—. ¿Puedes calcular la de placeres que has malgastado en esa túnica?

Drías frunció el ceño, tratando de hacer las cuentas mentalmente, antes de desistir.

—¡Al infierno con ello! Aún me sobra para pasar los próximos días envuelto entre las piernas de un buen puñado de rameras. Ya nos veremos.

Arzés se adentró sonriendo entre el gentío que recorría la calle, mientras su amigo trataba de imaginar dónde se encontrarían los mejores burdeles de la urbe.

El mercader sirio contempló el pendiente con extrema atención, dando vueltas al pequeño adorno entre sus manos, parándose durante un buen rato ante la muesca que presentaba en uno de sus lados.

Héctor esperaba pacientemente, consciente de las precauciones necesarias en ese tipo de negocios. La fiscalidad del imperio, antes laxa y sorteable, se había vuelto opresiva en los últimos años por las nuevas necesidades que la corona encontraba ante sí. Los muelles de Constantinopla, donde las mercancías fluían hacia la gran urbe con la misma rapidez con la que el dinero cambiaba de manos, se veían ahora envueltos en un férreo control burocrático y fiscal del que sólo unos pocos afortunados comerciantes lograban evadirse.

El sirio extrajo otro pendiente de entre los numerosos pliegues de su exótica vestimenta y lo situó junto al traído por Héctor, validando finalmente la identidad de su empleador. Con una ligera afirmación de cabeza, guio al griego hasta el interior de un pequeño piso junto a los muelles, donde le hizo entrega de dos grandes fardos cubiertos por una espesa protección de arpillera. Héctor se acomodó la carga a la espalda, utilizando una larga cinta de cuero que acababa enganchada en su frente, liberando sus

manos en caso de necesidad.

Sin pronunciar palabra, el sirio le acompañó de nuevo hasta la calle, despidiéndole con una sonrisa, provocada, sin duda, por los generosos beneficios que la transacción dejaría en su bolsa.

Adentrándose entre la marea humana que rondaba los malecones del Cuerno de Oro, Héctor se encaminó con rapidez hacia la villa de Antlas, situada en las cercanías del Gran Palacio, sobre una de las colinas que miraban hacia el mar de Mármara. Los bultos pesaban menos de lo que acostumbraba trasladar cuando trabajaba con Vitaliano, por lo que marchaba ligero por una de las avenidas que ascendían desde el puerto.

Aunque la advertencia del *demarca* era suficiente para evitar que echara un vistazo al interior de los bultos, no era necesario abrirlos para satisfacer la curiosidad de Héctor. La ligereza de tan abultada mercancía, la manifiesta ilegalidad del intercambio y su cuidadosa cobertura no dejaban lugar a dudas. Se trataba de seda.

Normalmente, la seda se importaba en crudo de Persia a través de los *kommerkarioi*, los comerciantes oficiales del estado. Éstos la vendían a mercaderes de seda independientes, quienes contrataban a los tejedores, hilanderos y tinteros para conseguir el producto final. Y aunque los precios estaban estrictamente controlados por el estado, los beneficios que proporcionaba el negocio eran descomunales. Por ello, Justiniano, siempre en busca de nuevas fuentes para financiar sus megalómanos proyectos, ideó la forma de adueñarse del negocio. Bajó por decreto el precio que se pagaba a Persia por la seda, con lo que los comerciantes que proveían de seda al imperio romano se negaron a vender. De esa forma, los mercaderes independientes de seda perdieron el negocio al quedar desabastecidos de su materia prima. La mayoría malvendieron las fábricas o se adhirieron a la oferta del emperador, trabajando para el estado por un exiguo sueldo. Una vez conseguido el monopolio, Justiniano elevó el precio de las prendas de seda más allá de su valor inicial. La diferencia era que ahora cada moneda acababa en las arcas del estado. Por ello, y a pesar de los estrictos controles estatales, se había desarrollado un creciente mercado negro de tan preciado material, que reportaba importantes beneficios a quienes tuvieran el valor de arriesgarse en tan peligroso comercio. El propio Héctor se jugaba la vida si los hombres del prefecto descubrían su preciada carga. Durante un instante, por su cabeza pasó la idea de que Antlas le había tendido una trampa, obligándole a acarrear la prohibida mercancía para luego denunciarle. Sin embargo, pronto desechó la idea.

Lamentablemente, su carga valía mucho más que la vida de un hombre.

A lo largo del trayecto, mientras sorteaba los amplios charcos que emergían en los puntos en que el empedrado se hundía, Héctor miraba de reojo a aquellos con los que se cruzaba. Los guardias del prefecto no eran su única preocupación. Incluso a plena luz del día, Constantinopla se llenaba de rateros y ladrones, capaces de segar una vida sin remordimientos con tal de arrebatar unas monedas al cadáver. En los últimos meses la ciudad había recibido una avalancha de personas, anteriores granjeros y labriegos, expulsados de sus tierras por culpa del opresivo nivel de impuestos que debían soportar. Tal y como él mismo había experimentado, encontrar un trabajo resultaba una tarea ardua si no se contaba con un conocido capaz de introducirte en un gremio o negocio. Eran muchos los que acababan malviviendo de la mendicidad, o caían envueltos en bandas criminales.

Un poco más abajo, un hombre empujaba a dos chiquillas medio desnudas, exhibiéndolas ante un puñado de desocupados que se mantenían a un lado de la calle, contemplando el ir y venir de la multitud. Con un gesto de decepción ante el escaso éxito de sus pupilas, el proxeneta las condujo hacia el otro lado de la calle, buscando entre los clientes de una escueta taberna amortizar el precio que, sin duda, había pagado a los padres de las jovencillas antes de llevárselas del campo. A despecho de la cristiandad que emanaba la capital del imperio, cientos de muchachas eran prostituidas por la fuerza, y arrojadas a la calle en busca de su sustento, y de amplios beneficios para aquellos que las manejaban.

Con los ojos fijos en el pequeño grupo de vagabundos, preocupado por sus intenciones tras desechar la mercancía que el proxeneta les ofertaba, no vio al esclavo negro hasta que éste le golpeó con el bastón.

El impacto de la dura vara de cedro sobre su pierna le hizo perder el equilibrio y se derrumbó con un quejido sobre el pétreo asfalto, impactando sobre el empedrado con dureza en un intento de proteger su carga del barrizal en que se había convertido la calle.

—¡Aparta, escoria! —gritó el esclavo negro con energía, mientras le contemplaba con mirada despectiva.

Héctor se deshizo de las ataduras que le ligaban a los fardos, incorporándose de un salto, con los ojos llenos de odio fijos en la espalda del esclavo, que continuaba su camino ignorando por completo al caído.

Dos gigantescos africanos se plantaron frente a Héctor, observándole con una sonrisa burlesca mientras una litera pasaba tras ellos, portando tras sus transparentes velos a una rechoncha dama de alcurnia. La señora del cortejo ni siquiera dirigió una mirada al caído, entretenida en rebuscar los frutos más jugosos de una gran fuente de bronce dorado que portaba en la litera. Cuatro fornidos esclavos acarreaban a su ama con esfuerzo, mientras un numeroso grupo de guardias la rodeaban por todos lados, apartando a aquellos que se libraban del bastón del mayordomo principal.

Héctor apretó los puños, tratando de contener la furia que le inflamaba el pecho. Era tan alto como cualquiera de sus oponentes y, gracias a sus ejercicios en la palestra de Atenas, diestro en el pugilato y la lucha. A pesar de ello, era consciente de sus limitaciones. Aunque derribara a sus dos contrarios, media docena más se le echaría encima. Su labor consistía en acarrear la mercancía de Antlas. Enredarse en una pelea suponía abandonar la carga al arbitrio de cualquier desaprensivo de los muchos que merodeaban junto a él, divertidos por el espectáculo, y eso significaría su muerte y la de su familia.

Los esclavos se rieron visiblemente en su cara, insultándole en su idioma incomprensible, antes de continuar su trayecto tras el cortejo de su ama. Héctor les siguió con la mirada mientras recuperaba los fardos, comprobando que no se habían abierto ni dañado con la caída.

La culpa había sido suya. Absorto en los grupos sospechosos con los que se cruzaba, no había reparado en la custodiada litera. Los nobles de Constantinopla, ricos rodeados de un mar de miseria, no paraban en miramientos a la hora de recorrer las calles. Con dinero suficiente para contratar un ejército de sirvientes y guardias, se abrían paso a bastonazos entre la chusma que encontraban en su camino. Acostumbrado a los estrechos callejones por donde acarreaba sus encargos mientras trabajaba para Vitaliano, Héctor no se encontraba cómodo en las avenidas principales, por donde transitaban nobles a caballo o portados en litera. De no ser por el valor de su carga actual, que desaconsejaba callejas secundarias infestadas de maleantes, no hubiera tomado dicho camino.

Se limpió como pudo el barro que empapaba su roída capa, recogió los fardos con cuidado, para acomodarlos de nuevo a su espalda, y retomó el camino aún furioso consigo mismo y con toda la maldita clase aristocrática. Poco después llegaba a las puertas

de la suntuosa villa del *demarca*, donde uno de sus criados le esperaba fuera de la casa, junto a la puerta de entrada del servicio.

—Traigo una entrega para el *demarca* —indicó Héctor al sirviente, en cuanto éste se interpuso para que no pudiera traspasar el umbral de la puerta.

—Lo sé —repuso el criado—. Mi amo me ha pedido que recoja yo la mercancía. También tiene un mensaje, debes ir mañana al Augusteon, durante la ceremonia de Epifanía.

Héctor entregó su carga al esclavo, y éste se limitó a traspasarla a dos sirvientes que esperaban junto a la puerta. Después tendió una mano hacia el ateniense.

—Mi amo me ha dado esto para ti —afirmó, dejando caer sobre la palma abierta de Héctor un puñado de monedas—, como pago.

El esclavo desapareció rápidamente tras el umbral, cerrando la puerta tras de sí. Sin embargo, el ateniense no tenía ojos para nada que no fueran los doce *siliqua* de plata que se amontonaban en su mano, el sueldo de dos semanas.

Héctor contempló las sucias monedas, de bordes desiguales, con una mezcla de asombro y alegría. Tenía constancia de lo peculiar del encargo realizado pero, por otro lado, la generosidad del pago le había dejado anonadado, más si cabe después de que Antlas hubiera estado a punto de ordenar que lo mataran. ¿Se trataba de mera compasión o, por el contrario, era una forma de comprar su lealtad y afiliación a los verdes? En cualquier caso guardó cuidadosamente las monedas. Por primera vez desde hacía meses disponía de algo de dinero. No iba a malgastar el tiempo en preguntas sin respuesta.

Penélope se extrañó al ver entrar a su marido. Aún no había anochecido cuando Héctor regresó a casa, lo que era poco habitual desde que trabajaba en la fábrica de aceite de Basanio. Sin embargo, no pudo evitar sentirse aliviada. Había pasado el día sin salir del pequeño cuarto que llamaban hogar, tratando de olvidar la traumática experiencia vivida el día anterior. Poco a poco, había recuperado el dominio de sus nervios, dándose cuenta de la escasa comida que su esposo había tomado la noche anterior, más preocupado por consolarla que por alimentarse debidamente. Por ello, tanto para compensar a Héctor por sus desvelos como para mantener la cabeza ocupada, había decidido utilizar parte de la reserva de madera acumulada para preparar un guiso con la comida comprada.

Utilizó la mañana para moler el trigo traído del mercado, mediante un molino manual que aún conservaba, una simple piedra redondeada con la que aplastaba los granos contra una pulida superficie de piedra cóncava. Pasado el mediodía, tras hacer fuego en el pequeño hogar que se empotraba en uno de los lados de la estancia, puso sobre la lumbre una olla con agua, y añadió garbanzos, zanahorias, col, repollo, nabos y el poco aceite de almendras que aún les quedaba. Tras mantenerlo un buen rato al fuego, añadió los granos de trigo machacados, esperando pacientemente a que espesaran las gachas antes de añadir aceite de oliva y una pizca de tomillo. El intenso aroma de la comida impregnaba el ambiente cada vez que Penélope removía la mezcla burbujeante con una larga cuchara de madera.

Finalizada la laboriosa preparación, el fuego acababa de apagarse en el momento en el que llegó él, aunque eso no impidió que Héctor cerrara los ojos durante un instante y olfateara el aire como un perrillo hambriento que olisquea un tierno trozo de carne.

—Vuelves muy pronto —dijo ella—. Te tenía preparada una sorpresa. Esta mañana te has ido sin tomar nada. Ni siquiera te llevaste algo de pan o un trozo de queso para almorzar.

—Se me hace la boca agua sólo de olerlo —aseguró Héctor, abrazando a su esposa—. Y es cierto que estoy hambriento, pero creo que tan magnífica pitanza tendrá que esperar. Yo también tengo una sorpresa para ti. ¿Está despierto Platón?

Sin esperar a que Penélope contestara, se dirigió al lecho donde reposaba el pequeño, moviendo las manitas en un torpe intento de agarrar el asa de una jarra que se encontraba fuera de su alcance. Héctor lo recogió de su cuna y le besó con suavidad, arrancando una sonrisa de satisfacción en el niño, que se aferró a su padre mirando sobre su hombro con los ojos muy abiertos.

—¿Qué haces? —le regañó ella—. Debería dormir dentro de poco.

—Vamos a dar un paseo —dijo Héctor—. Quiero que veas algo y debemos llegar mientras sea de día.

—Pero… se enfriará la comida —replicó Penélope, sin comprender las intenciones de su esposo—. ¿Adónde quieres ir?

—No iremos muy lejos, y te prometo que merecerá la pena.

—No tengo ánimo para caminatas —replicó ella, bajando la vista al suelo—. ¿No podemos dejarlo para otro momento?

Héctor negó con la cabeza, se acercó a ella y la besó en la

mejilla.

—Confía en mí —pidió él, mirándola directamente a los ojos mientras sonreía.

Con un suspiro de resignación, Penélope recogió su capa, se la puso con cuidado y cubrió la cabeza con el lado más largo de la tela, preparado al efecto, de modo que ocultaba los efectos del golpe que había recibido el día anterior. Después echó un último vistazo al apetitoso guiso que aún colgaba sobre las brasas ya apagadas del fuego y siguió a su marido preguntándose qué locura se le habría ocurrido.

Héctor la condujo con paso tranquilo hasta la gran avenida, desde donde se encaminó hacia el centro de la ciudad. Caminaban uno junto a otro, con el niño, en brazos de su padre, observando con atención la actividad que se desarrollaba a su alrededor.

A pesar de sus iniciales reticencias, Penélope pronto agradeció la iniciativa de su esposo. Al poco de comenzar el paseo, el frescor de la tarde la hizo sentir más despejada, como si las ligeras briznas de aire que atravesaban la ancha avenida se llevaran consigo una parte de la pesada carga que la oprimía. Aunque había mantenido la mente ocupada cocinando, el simple hecho de abandonar el ambiente opresivo de su pequeña casa y contemplar la animación que aún se palpaba en la ciudad parecía producir un ligero efecto balsámico sobre su alma.

Caminaron en silencio, con Héctor haciéndole carantoñas al pequeño Platón, que reía complacido por aquella inesperada actividad. Cuando dejaron atrás los vestigios de la antigua muralla, derribada en muchos puntos para alargar las calles en tiempos de Teodosio, Penélope ya casi había olvidado las molestias que aún tenía en las piernas, producidas durante el tumulto del día previo.

—Al menos podrías decirme adónde vamos —apuntó, aunque ya casi hubiera dejado de importarle el destino.

—Al foro de Arcadio —respondió él, agradecido por que ella no se hubiera fijado en la tienda de Basanio al pasar frente a ella.

—Creo que no he ido nunca hasta allí —afirmó Penélope, tratando de ubicar el último de los foros, que se encontraba en el camino desde el Augusteon hasta la puerta dorada, en el otro ramal de la gran avenida, al sur del barrio donde ellos habitaban —. ¿Y por qué allí?

—Hay algo que me gustaría que vieras —respondió enigmáticamente Héctor—. Además, después del disgusto de ayer,

creo que te vendrá bien distraerte.

—No me lo recuerdes —pidió ella, apretando las aperturas de su capa, como si la simple mención de lo ocurrido se asemejara a un repentino viento helado—. Aún estoy angustiada.

—Mañana a primera hora iremos al Augusteon. Desde allí podremos ver el desfile de Epifanía que saldrá de palacio. Levantarán un mercado, con todo tipo de espectáculos ambulantes. Seguro que será divertido.

—Me encantaría ir —aseguró Penélope—, aunque, ¿qué pasa con tu trabajo?

—Todas las tiendas cierran durante la festividad —indicó Héctor, que aún no quería contar a su esposa lo acontecido con Basanio—. Los propietarios de comercios a lo largo de la avenida tienen que limpiar la calle, adornarla con flores, ramas de arrayán y mirtos, y colgar las telas que los tejedores almacenan para estas ocasiones. Después todos han de acudir junto a sus gremios a ocupar su puesto a ambos lados del cortejo. No hay tiempo para trabajar.

—Aunque eso suponga un día menos de paga, la verdad es que agradezco que puedas librar mañana. Hace tanto que no pasamos un día juntos... —Penélope se detuvo en seco, acordándose de repente del robo de las escasas monedas que tenían—. Basanio te habrá pagado lo que te debe, ¿no?

—Tengo dinero —respondió Héctor, extendiendo la mano hacia su esposa para invitarla a continuar la marcha—. No te preocupes por eso.

—¡Gracias a Dios! —exclamó ella, echando de nuevo a andar con un suspiro de alivio.

Abandonaron la avenida en lo alto de la mayor de las siete colinas que componían la ciudad, justo junto a la antigua iglesia de los Santos Apóstoles, cuya maciza estructura mostraba diversas grietas que delataban su mal estado de conservación. Desde que fuera construida por Constantino para albergar su sarcófago de mármol, se había constituido en el lugar sagrado donde reposaban todos los emperadores, e incluso sus esposas, hasta el punto de que ya no quedaba sitio alguno en su mausoleo. Sin embargo, las prisas en su edificación habían provocado problemas en los cimientos, lo que provocaba fallas en su estructura, que amenazaba con derrumbarse.

Girando hacia el sur, callejearon durante un buen rato, atravesando por un pequeño puente de piedra el río Lycos, que,

aunque prácticamente seco en verano, ahora veía su cauce rebosante de agua. Poco después, la amplia estructura rectangular rodeada de pórticos que componía el foro de Arcadio apareció ante ellos, con la columna monumental más alta de la ciudad, de cien codos de alto, erigida en su centro. En su cima, una estatua de Teodosio II con sus hijos Valentiniano y Marciano había sustituido a la del propio Arcadio, derribada por un temblor de tierra. Desde el foro, la rama meridional de la calle Mese continuaba en la calle llamada Porticus Troadenses hasta las murallas construidas por el propio Teodosio II, desembocando en la puerta Áurea, la entrada más majestuosa de Constantinopla.

—No veo el interés que tiene este foro —indicó Penélope, deteniéndose un momento a contemplar las estatuas que se distribuían en los espacios porticados laterales.

—Aún no hemos llegado al final del paseo —replicó Héctor con una sonrisa, asintiendo satisfecho al ver cómo el sol comenzaba a descender—. ¡Venga! Sólo un último esfuerzo.

Tomando a su mujer de la mano se aproximó a la base de la columna, un ancho espacio rectangular en el que se abría una diminuta puerta, cerrada por una simple cancela de metal que se movió con un desagradable chirrido cuando el ateniense la empujó, adentrándose en el interior de la columna.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella, mirando con recelo la negrura que esperaba tras la reja de entrada.

—Arriba —respondió Héctor, recogiendo una lucerna de un pequeño hueco esculpido en la pared y alargándosela a Penélope para que la encendiera.

Sin mucho convencimiento y tras varios intentos, consiguió prender el aceite del interior del recipiente con el pedernal y el eslabón que su esposo llevaba entre sus ropas, y se adentraron guiados por la titilante luz, en la interminable escalera de caracol que ascendía por el interior de la alta columna.

—¿Es que no se acaba nunca? —gruñó Penélope, tras llevar un buen trecho de escalones—. Tengo la sensación de que ya hubiéramos subido a nuestra casa dos o tres veces.

—Doscientos treinta y tres escalones —respondió Héctor, que caminaba detrás de su mujer con Platón en brazos—. Ya falta poco.

Finalmente, la escalera desembocó en un estrecho balcón, justo por debajo de la base cuadrangular que sostenía la estatua de Teodosio II y sus hijos. Dejando la lucerna en el suelo, Penélope

observó asombrada la vista que se ofrecía ante sus ojos. Frente a ella, el sol se ocultaba por el horizonte, arrancando destellos anaranjados sobre la superficie ondulada del mar de Mármara.

—¡Es… increíble! —acertó a decir Penélope, en cuanto Héctor se situó a su lado, asiendo a su hijo, más interesado por la capa de su padre que por la espectacular vista de la que disfrutaban sus progenitores.

—No sabía cómo decirte lo mucho que te quiero —dijo él, abrazándola con suavidad—. Creí que no habría mejor manera que poner la ciudad entera a tus pies.

Resistiéndose a las lágrimas que comenzaban a empañar sus ojos, Penélope besó a su marido. Platón, cansado finalmente del paseo, echó los brazos hacia su madre, quien lo recogió con una sonrisa, permitiendo que Héctor se situara tras ella y los abrazara a ambos. Absorta ante la contemplación del ocaso sobre la capital del imperio, Penélope se dejó envolver por los brazos de su amado, sin dejar de mirar el increíble espectáculo que ofrecía el sol, tiñendo con sus últimos rayos los tejados rojizos de la ciudad, derramando tonos ocre y pastel sobre iglesias, palacios, jardines, murallas y calles. Constantinopla entera parecía refulgir, como si quisiera enviar al mundo un postrer destello de gloria antes de verse envuelta por la oscuridad de la noche.

Permanecieron abrazados durante un buen rato, contemplando extasiados cómo el sol desaparecía poco a poco tragado por el horizonte.

—Hay algo que debo decirte —anunció finalmente Héctor, decidido a relatarle a su esposa cada detalle de los acontecimientos acaecidos aquel día—. Respecto al trabajo con Basanio…

—No digas nada —interrumpió ella, posando suavemente la mano sobre sus labios—. Después de Platón, éste es el regalo más maravilloso que me has dado en la vida. Sea lo que sea lo que vayas a decir, puede esperar al camino de vuelta.

Héctor asintió, con una sonrisa, abrazando en silencio a su mujer.

Sin notar siquiera la fresca brisa que anunciaba la oscuridad, Penélope dejó que su vista se deslizara por el mar, permitiendo que el suave movimiento del Mármara se llevara por un momento la angustia, la pena y los temores.

Disfrutando del calor de su amado, y con su tierno hijo en brazos, por primera vez desde que llegaron a Constantinopla,

Penélope se sintió plenamente feliz.

Constantinopla, 6 de enero de 532

Una lluvia de flores acompañaba la cabecera de la procesión.

Un nutrido grupo de *scholae*, la guardia de gala de palacio, abría el cortejo con sus trajes blancos, semiocultos tras los grandes escudos redondos. Desfilaban marcialmente, alzando un bosque de esbeltas insignias en perfecto movimiento, aclamando continuamente al emperador.

Les seguían los músicos, en abigarrada formación. Sus acordes, acompañados por el poderoso cántico de trompetas y tubas de aquellos situados a ambos lados de la procesión, marcaban el ritmo del avance, llenando con su intenso sonido el gran foro, donde se apiñaba la multitud, ansiosa por contemplar la magnificencia de la que hacía gala la protocolaria corte imperial.

En tercera posición, justo delante del propio emperador, los senadores caminaban envueltos en sus togas ceremoniales, de un blanco tan níveo que casi cegaba ante el brillante y cálido sol con el que había despertado el día. A ambos lados, esclavos eunucos transportaban guirnaldas de flores, a modo de oloroso palio que envolviera a la nobleza patricia.

En el centro del majestuoso desfile, Justiniano y Teodora avanzaban uno junto al otro envueltos en púrpura, rodeados por una dispersa guardia de *excubitores*. A su paso, la multitud les aclamaba, eufórica, repitiendo las consignas que verdes y azules, distribuidos estratégicamente en torno a la plaza, entonaban con voz potente.

El foro se inundaba de flores y telas de vivos colores, con las cuatro tonalidades de los corredores del hipódromo. El enfervorizado pueblo, haciendo gala de su adhesión hacia el representante de Dios en la tierra, vitoreaba continuamente al emperador. A ambos lados del cortejo, un muro de lanceros procuraba contener a la masa humana, en su afán por aproximarse a los integrantes del desfile.

Las grandes celebraciones religiosas albergaban un doble significado en la capital del imperio. Para el estado se convertían en una espectacular demostración del lujo, la gloria y el poder de los monarcas. Ante enviados y embajadores de los más lejanos reinos, cada uno de los cortejos protocolarios, en los que se exhibían la riqueza y prodigalidad del emperador, trataba de cegar

con un resplandor de gloria, en un intento de vencer sin luchar, de demostrar el poder del imperio cristiano sin necesidad de acudir a la espada.

Para el pueblo llano permitía un alivio de su dura vida. Lograba apartar de su pensamiento durante un día las terribles condiciones con las que tenían que luchar a diario. Se otorgaban el lujo de detenerse a contemplar el esplendor de una corte mantenida en su burbuja de riquezas gracias a su sacrificio y su sudor. En cierto modo, era la forma en que aquellas almas desheredadas disfrutaban de su esfuerzo, contemplando desde detrás de una barrera de lanzas el uso que el emperador daba a los impuestos tan duramente ganados.

En mitad del Augusteon, sobre la grada superior de las siete que conformaban el podio en el que se erguía la novísima columna de Justiniano, coronada por una estatua ecuestre del propio emperador, Héctor contemplaba el desfile. A su lado, Penélope observaba el desarrollo del cortejo ensimismada, absorta en la desbordante aparición de colores, vestimentas y joyas, mientras el pequeño Platón reía recogido en sus brazos, ignorante aún de cuanto sucedía a su alrededor, aunque alegre por la multitud de nuevas sensaciones que experimentaba.

Gracias a la petición de Antlas para que acudiera ese día al desfile, Héctor disfrutaba de tan codiciado puesto de observación, sin tener que disputar el espacio con los miles de asistentes que se concentraban en la parte baja del foro. Durante un día pudo permitirse el lujo de codearse con los miembros más importantes de los verdes, sin tener que participar en la función principal de la facción, la de orquestar las aclamaciones del pueblo al emperador, por medio de un sincronizado esfuerzo tendente a influir en la voluntad de la multitud.

En realidad, Héctor había tratado de eludir esa obligación desde el momento en que firmó su alianza con los verdes. La forma en que las facciones manipulaban a los asistentes, arrancando aplausos o vítores hacia aquellos a los que, en la mayoría de las ocasiones, odiaban, le repugnaba profundamente. Trataban a la gente como una aborregada masa de incultos, incapaces de discernir por sí mismos. Para ellos era un simple ejercicio de coordinación. Unos pocos cientos de hombres, bien distribuidos entre el gentío, arrancaban las aclamaciones a la orden de un maestro de ceremonias, arrastrando con ellos a toda la multitud, ansiosa por emular a aquellos que tiene a su lado. Al pueblo se le adiestraba para comportarse como animales

amaestrados, como esclavos sin opinión ni voluntad. Se les decía en qué creer, a quién adorar, en quién confiar y cómo vivir. Para Héctor, la libertad que el cristianismo había traído a los romanos no era sino una camuflada forma de esclavitud, refinada hasta el extremo por el propio Justiniano, que utilizaba a sus millones de súbditos como mero instrumento de sus proyectos faraónicos.

Bajo él, en uno de los lados del podio, un anciano trataba de abrirse paso entre la multitud transportando un pequeño cesto colmado de crismones, crucifijos y peces esquemáticos, burdamente tallados sobre piezas de madera. Su voz quebrada, con la que anunciaba a duras penas su mercancía, no se escuchaba en medio de la algarabía reinante. En su rostro Héctor pudo ver la desesperación que traslucía su mirada, la opresiva necesidad que delataban esos ojos huidizos en los que ya no quedaban lágrimas que verter. Se reconoció en aquella cara, en el momento en que acudía de puerta en puerta para ser rechazado por todos, o mientras se mantuvo sentado el día anterior, hambriento y desesperado, en el cuartel de la facción. Vio en aquella mirada la impotencia de contemplar cómo el mundo te da la espalda, y no puedes hacer otra cosa que llorar al ver cómo tu vida se consume sin que puedas remediarlo. Hasta que Antlas decidió darle una oportunidad, él era uno más de aquellos desdichados, despreciados por un estado que ni siquiera los consideraba dignos de ser testigos en un juicio.

Se sintió culpable. Culpable por haber tenido la fortuna de escapar momentáneamente del pozo en el que se hundían tantos y tantos otros. Culpable por ser uno de los agraciados con una posibilidad. Sin embargo, pronto encontró otros cuya responsabilidad era aún mayor, otros en los que deberían recaer las culpas.

A pocos metros de aquel mísero anciano, de los niños abandonados que correteaban entre la gente, de campesinos tullidos y enfermos que habían sido arrojados de sus tierras, de braceros sin trabajo y mendigos hambrientos que esperaban el reparto de pan que marcaría el fin de la fiesta, emperador, nobles y senadores alardeaban de su riqueza, del lujo del que se rodeaban, sin pararse siquiera a contemplar la miseria que se encontraba a su lado. ¿Cómo podía nadie ignorar el sufrimiento que crecía junto a él? ¿En qué fría piedra estaba tallado el corazón de esos aristócratas, que derrochaban a manos llenas el dinero que podía salvar a miles?

Antlas se aproximó a él, interrumpiendo su apenada

meditación. Rodeado por una nube de jóvenes faccionarios que resguardaba su integridad de cualquier ataque, se movía libremente entre los incontables espectadores.

—Espero que disfrutéis del espectáculo —comentó al llegar a la altura de la familia.

—¡Desde luego! —aseguró Héctor—, y te agradecemos esta cómoda atalaya.

—¡Naderías! —replicó el *demarca* con un deje de vanidad—. Los nuestros merecen lo mejor. Por cierto —explicó el *demarca*, recogiendo a Héctor para apartarlo unos pasos de su mujer, de modo que no pudiera escuchar sus palabras—, será necesario que te separes un rato de tu bella esposa mañana por la noche.

—¿Mañana? —repitió Héctor—. ¿Otro encargo de transporte? Puedo hacerlo hoy mismo si prefieres.

—No. Se trata de otro tipo de reparto y no sería cristiano realizarlo durante la Epifanía.

Héctor dudó un instante antes de comprender el tipo de trabajo al que se refería el *demarca*. Por un instante, su mente se negó a creer lo que la lógica le indicaba pero, pese a ello, la fría determinación que mostraban los ojos de Antlas confirmó sus sospechas.

—No pensarías que un simple porteador gana una docena de monedas de plata por una tarde de trabajo, ¿no? —añadió el *demarca*—. Pediste una oportunidad de demostrarme tu lealtad a la facción. Suplicaste un trabajo para dar de comer a tu familia. Ya tienes lo que querías, ahora debes pagar el precio.

El ateniense tragó saliva y se mantuvo en silencio, como si fuera consciente de que cualquier palabra que saliera de su boca abriría una puerta al mismo infierno.

—Supongo que no habrás olvidado nuestra última conversación —comentó el *demarca* con suspicacia, mirando de reojo a los faccionarios que le acompañaban.

Con un rápido vistazo, Héctor posó su vista sobre el puñado de hombres que rodeaban al dirigente de la facción, para luego mirar a Penélope, ajena por completo a aquella charla. Bastó contemplar el rostro de su esposa para que se decidiera a dar el paso.

—No la he olvidado —confirmó Héctor—. Puedes contar conmigo.

—Me alegra oírlo. Mañana enviaré a alguien a tu casa. Sigue sus órdenes y todo saldrá bien.

Antlas posó su mano sobre el hombro del ateniense, dejando

que su boca trasluciera una torva sonrisa de triunfo antes de girarse y abandonar las gradas, permanentemente protegido por su nutrida guardia particular. A su espalda, Héctor se mantuvo callado, observando cómo el *demarca* se perdía entre la multitud. De alguna manera, el antiguo maestro tenía la sensación de haber vendido su alma al diablo por doce monedas de plata.

En el interior del amplio templo, los dignatarios asistentes a la ceremonia se situaban lentamente en sus puestos, controlados en todo momento por los eunucos que coordinaban la procesión.

El emperador se adentró con paso solemne en Santa Sofía, mientras Teodora se encaminaba al gineceo, la galería norte donde las mujeres asistían a la ceremonia. Tras penetrar apenas unos pasos en la basílica, Justiniano se detuvo, desciñó su corona y se la entregó a un diácono, como símbolo de que subordinaba su poder al del Señor, pues no era otra cosa que su representante en la tierra. Después avanzó parsimoniosamente hasta el centro de la nave, donde se alzaba el trono desde el que seguiría el acto.

Mientras caminaba, el emperador apenas prestaba atención al coro de monjes de la iglesia, que entonaba los cánticos de la liturgia desde sus tribunas laterales. Cantaban los himnos creados por Romano, a modo de poesía rítmica, y que sustituían a la antigua música, centrada en la acústica de las vocales. El nuevo estilo, intensamente apreciado, supuso una revolución en el interior de los templos, ayudando a los fieles a sobrellevar las casi tres horas de ceremonia que podía durar la divina liturgia definida por san Juan Crisóstomo. Únicamente cuando los cantores cambiaron su repertorio, comenzando con el himno al hijo unigénito de Dios, Justiniano se permitió desviar la vista hacia el coro de religiosos. Desde hacía años, corría la voz entre el pueblo de que había sido el propio emperador, siempre interesado en teología y religión, quien había compuesto ese himno, un rumor que Justiniano prefería no desmentir.

Llegado a su trono, el emperador detuvo su ceremonioso caminar, arrellanándose en el trono en espera de que los monjes finalizaran sus cánticos. Durante esos momentos, aprovechó para observar cuanto le rodeaba. La basílica de Santa Sofía, construida por Constantino, había sufrido una profunda reforma hacía más de cien años, debido a su destrucción durante un terremoto. De estructura rectangular, constaba de cinco amplias naves, separadas por columnas de mármol blanco, a imitación de la construida en Jerusalén por el propio Constantino. Sobre la nave central, más

ancha y alta que las laterales, se acumulaba la luz que se abría paso desde los ventanales superiores. Simbolizaba el camino hasta la salvación, la guía de la luz hasta el ábside, donde se encontraba el altar, donde esperaba el Señor.

Entre las columnas que flanqueaban la zona central, docenas de estatuas se levantaban esculpidas sobre pedestales de mármol. Santos, apóstoles y doctores de la iglesia. Todos ellos se encontraban representados en las decorativas figuras, presididas, cerca del ábside, por tres imágenes de santa Helena, la madre de Constantino, en pórfido, plata y marfil. La misma augusta que dio nombre al cercano foro.

Tras la breve inspección, Justiniano posó su mirada en el patriarca Epifanio, quien presidía la liturgia rodeado por un numeroso grupo de eclesiásticos, situados en el *synthronon*, los asientos de piedra tallados en la curvatura del ábside, al otro lado del pequeño iconostasio de mármol labrado que separaba la zona destinada a los fieles de aquella en la que se desenvolvían los clérigos. Con una tímida sonrisa, el emperador observó la mueca de alivio que apareció en el rostro del patriarca cuando los últimos cánticos de los monjes se apagaron.

—Bendito es el Señor —recitó Epifanio, dando comienzo a la liturgia—, ahora y por los siglos de los siglos.

Mientras el patriarca solicitaba hacerse digno de su ministerio pastoral, los murmullos de voces que habían sustituido a los himnos del coro se fueron apagando. Cuantos se encontraban en el interior del edificio se concentraron por un momento en la evolución del celebrante. Todos excepto uno.

En mitad de la basílica, los ojos de Justiniano se deslizaban de nuevo por la estructura que se elevaba a su alrededor, recorriendo las cercanas columnas hasta el entramado de vigas de madera que conformaba la techumbre. Si alguien hubiera mirado en aquel momento la cara del emperador, habría pensado que, aunque su cuerpo se encontrara allí, su mente se hallaba en otro lugar y en otro templo.

Uno muy distinto a ese en el que se celebraba la liturgia.

Constantinopla, 7 de enero de 532

Héctor se sobresaltó al escuchar los golpes en la puerta.

Con un suspiro, el ateniense se levantó en silencio y recogió su raída capa con seriedad antes de encaminarse hacia la salida.

—¿Cuándo volverás?

Más que una pregunta era una súplica lo que surgía de los labios de Penélope. Él la miró sin saber qué decir. Había pasado el día en silencio, observando con el alma estrangulada cómo ella sollozaba continuamente, haciendo caso omiso a sus ruegos para que se mantuviera esa noche en casa, para que rompiera su lazo con la facción.

Desde que le confesó lo ocurrido a Basanio y la entrega de seda que realizó para Antlas no le había contado nada más, ni una palabra de la charla mantenida con el *demarca* el día anterior. Mantenía la inútil ficción de que únicamente debía realizar un segundo transporte. Sin embargo, ni siquiera se engañaba a sí mismo, menos aún a la persona que mejor le conocía. Había desistido de consolarla, de asegurar que todo iría bien. Nada volvería a ser igual después de esa noche, y la certeza de ese punto sin retorno le oprimía cada vez más.

Se encogió de hombros, mirando con tristeza sus bellos ojos, enrojecidos por el continuo llanto. Resultaba difícil entender el porqué de tanto dolor. Si realmente hacía lo correcto para mantener a su familia, ¿cuál era la razón de esa congoja?

Salió de la casa con rapidez, huyendo de aquella mirada que le pesaba en el alma como una losa, ansioso de envolverse en el frío y la oscuridad de la noche, como si la ausencia del sol pudiera volverlo invisible, intangible, aun a sabiendas de que nunca conseguiría huir de su propia conciencia.

—Coge esto. Guárdalo bajo la capa.

El enviado de Antlas le alargó una daga, que Héctor recogió sin mirarla, ocultándola entre su ropa.

Con un gesto el joven faccionario le indicó que le siguiera, bajando apresuradamente las inestables escaleras hasta llegar al patio, donde siete figuras embozadas esperaban junto a uno de los muros, tratando de evitar en lo posible miradas indiscretas. Sin una sola palabra se adentraron en las estrechas callejuelas. Como una tétrica reunión de espectros, caminaban sin ruido, apenas

rozados por la débil luz de la luna.

Héctor no se fijó en los rostros de sus acompañantes. Sería más fácil así. Tan sólo un grupo de desconocidos, cuyo único lazo era la sangre que se disponían a derramar. Tal vez hubiera resultado menos duro si pudiera compartir su fanatismo. Si lograra ver a los azules como algo más que contrarios en el deporte, si acertara a odiarles de la manera en la que los verdes lo hacían, no se vería a sí mismo como aquello en lo que estaba a punto de convertirse, un asesino. Sin embargo, era incapaz de entender aquella lógica. Pensaba que el solo recuerdo de su mujer, de las penurias recién olvidadas, del hambre y la frustración que dejarían definitivamente atrás bastaría para infundirle el valor necesario.

Se equivocaba.

El nudo del estómago se apretaba más a cada paso. El sudor le recorría la espalda a pesar del gélido ambiente nocturno. Simplemente se dejaba guiar por el grupo, siguiendo los pasos de sus compañeros sin dejar de notar la hoja de aquel puñal que se pegaba a su piel, tan fría que le quemaba el alma.

No era miedo. Era vergüenza, ansiedad, arrepentimiento. Se sentía culpable incluso antes de empuñar la daga. No había lugar a engaños, se encaminaban a uno de los barrios más conocidos por su abundancia de seguidores azules para matar a alguno de ellos, sin importar quién. Héctor nunca hubiera imaginado que una noche saldría de su casa embozado para arrebatar la vida de un desconocido, cuyo único delito consistía en lucir unos lazos azules sobre sus hombros.

Trató de apartar esos pensamientos. Concentrarse en la tarea podía suponer la diferencia entre la vida y la muerte. Por terrible que pudiera parecer a su atormentada conciencia, lo principal aquella noche era regresar con vida junto a su familia. El resto era secundario.

Se detuvieron. Encerrado en su pugna interna, Héctor no pudo precisar cuánto tiempo habían mantenido la marcha, ni reconocía el punto de la ciudad en el que se encontraban. A su alrededor, altos edificios de varias plantas cernían sus sombras opresoras sobre ellos, ocultando luna y estrellas, envolviéndolos en la oscuridad. Pudo escuchar la respiración de sus compañeros, rápida y seca, como si el cuerpo, en un recuerdo del bestialismo incipiente de la humanidad, supiera que debía prepararse para la caza.

Al final de la calle, en el punto donde se cruzaban varias vías,

dos hombres esperaban junto a una pequeña fuente. Hablaban en voz alta reclamando a un tercero, que permanecía en el interior de la casa más cercana, cuya puerta mostraba destellos de la tenue luz que iluminaba la vivienda.

Aun sin sus capas, la luz que se abría paso desde la entrada permitía distinguir su aspecto. Túnicas oscuras de mangas anchas, anudadas en las muñecas, tiras de lino sobre los hombros y pantalones ajustados por debajo de la rodilla. El pelo cortado en la frente y largo por la nuca, al estilo huno, junto con las barbas y mostachos poblados, no dejaba lugar a dudas, eran partisanos azules. Habían encontrado a sus víctimas.

—Esos dos.

La orden fue apenas un susurro. Todos asintieron en silencio, preparando las dagas, aunque sin extraerlas de debajo de los ropajes, evitando que un reflejo advirtiera a sus presas antes de que fuera demasiado tarde.

Se movieron lentamente, aproximándose a sus dos incautas víctimas con tranquilidad, acelerando poco a poco el ritmo hasta abalanzarse a la carrera al llegar al final de la calle.

El corazón de Héctor latía tan rápido que parecía a punto de salirse de su pecho. A pesar de su corpulencia y agilidad fue el último en alcanzar a los sorprendidos azules. Cuando llegó hasta ellos sus compañeros ya se arremolinaban en torno a las presas, descargando cuchilladas sobre los dos desvalidos contrarios, ignorando sus desgarradoras súplicas y lamentos.

Héctor se mantuvo al margen, mientras la soledad de la noche se llenaba con los gritos de dolor de aquellos infelices. Su cuerpo no respondía a las órdenes que enviaba su cabeza. Aún mantenía la daga oculta bajo la capa, incapaz de asirla para asestar un golpe sobre los dos desdichados. Observaba inmóvil cómo sus compañeros se ensañaban con ellos, tajando la piel con furia al tiempo que escupían su ira sobre sus ensangrentados rostros.

Ni siquiera logró reaccionar cuando apareció el segundo grupo.

Salieron del interior de la casa, armados con cuchillos y palos. Héctor no pudo precisar su número, pero debían de ser casi una docena. Sus compañeros, sumergidos en un diabólico frenesí de odio, los recibían a puñaladas según atravesaban el dintel, hasta que fueron demasiados y la pelea se generalizó.

Alertados por los gritos de auxilio de sus compañeros, los recién llegados habían acudido a la carrera con la primera arma que se encontraba a mano. Su número igualaba la ventaja de la

sorpresa inicial, por lo que pronto se formó un tumulto junto a la pétrea fuente, acallando con los gritos de la contienda el suave rumor del agua.

Héctor se mantenía estático, como una estatua en mitad del forcejeo. Ignorado por todos, contemplaba indeciso los golpes, los cuerpos caídos en el suelo, la sangre, los insultos y gemidos, sin atreverse a romper su inmovilidad, temiendo que cualquier simple gesto le zambullera de inmediato en aquella orgía de ira y dolor. Era consciente de que debía hacer algo, que antes o después le llegaría el turno, pero su mente se empeñaba en avisarle con insistencia de que aún se encontraba a tiempo, aún podía huir y renunciar a involucrarse en ese crimen.

Uno de sus compañeros cayó a su lado, con una brecha en la cabeza producida por la gruesa estaca que esgrimía uno de los azules. El partisano que lo había abatido, como si Héctor fuera invisible, se disponía a rematar a su oponente mientras se encontraba en el suelo, aturdido e indefenso.

Fue entonces cuando Héctor se decidió a actuar. Extrajo rápidamente la daga y la clavó con fuerza en el desprotegido estómago del partisano azul, hundiendo el filo en su cuerpo hasta notar el tibio contacto de su sangre sobre la mano. El faccionario apenas emitió ningún sonido. Dejó caer el palo que esgrimía, llevándose las manos al vientre, donde aún se encontraba el mortífero puñal. Miró a su oponente como si hubiese aparecido por ensalmo, como si antes no se hubiera dado cuenta de su presencia.

Héctor vio el rostro del hombre al que acababa de quitar la vida. Giró la cabeza hacia él, con una extraña mueca en la cara, mezcla de dolor y sorpresa. A pesar de la tenue luz que alumbraba la escena, Héctor pudo discernir cada trazo, cada pliegue de piel, la palidez que anunciaba cómo el alma abandonaba el cuerpo. Y, sobre todo, pudo ver sus ojos, como dos profundos pozos que le acusaban, que gritaban con su mudo lenguaje: «asesino».

—¡Los *vicomagistri*! ¡Se acerca la patrulla nocturna!

Sin hacer caso al frenético aviso, Héctor se mantuvo junto al cuerpo caído de su víctima, hasta que el compañero a quien había salvado se levantó del suelo y agarró su brazo, obligándole a huir.

Corrió sin descanso de calle en calle, sin dirección ni rumbo fijo, siguiendo a su compañero sin pensar. Sin embargo, ni el cansancio de la carrera, ni el frío de la noche, ni la oscuridad, pudieron hacerle olvidar esos ojos acusadores.

Constantinopla, 8 de enero de 532

—Dame el informe de lo que pasó anoche.

Sentado en su silla curul frente a una amplia mesa, cubierta por una multitud de papiros de diversa índole, el prefecto de la ciudad examinaba cada uno de los documentos con atención mientras interrogaba al oficial. Cada mañana recibía un pormenorizado relato de cualquier incidente de importancia que se hubiera producido en la ciudad a cuyo cargo se encontraba. Si bien las pugnas entre bandos del hipódromo no eran en absoluto desconocidas a las frías noches de la capital del imperio, convertidas por su habitualidad en problemas menores, su última reunión con Justiniano había hecho cambiar la situación. Ahora cada conflicto entre miembros de las facciones debería ser estudiado, hasta dar con aquel que se adecuara a los nuevos planes del emperador.

—Al parecer —comenzó el soldado con un carraspeo—, un grupo de verdes se dirigió al barrio de los panaderos para ajustar cuentas con los de la facción azul. Según hemos podido comprobar atacaron y mataron a dos de ellos junto a uno de sus centros de reunión, de donde salieron unos cuantos para incorporarse a la trifulca...

—¿Conclusión? —interrumpió el prefecto sin levantar la vista de un papiro con la lista de embarques de seda procedentes de Siria.

—Seis muertos y tres heridos graves. A estos últimos los tenemos bajo custodia, aunque es probable que alguno de ellos fallezca en breve.

—¿Les habéis interrogado?

—Pues... no. Parece una simple pelea entre grupos del hipódromo —se excusó el oficial—. Pienso que...

—No te pago para que pienses —atajó el prefecto, mirando por primera vez a su subordinado—, sino para que obedezcas.

—Les interrogaré personalmente —afirmó el oficial tragando saliva.

—Quiero los nombres de todos los verdes que iniciaron la pelea, y los de tres o cuatro de los azules. No me importa lo que pase con los heridos.

—No habrá errores —aseguró el oficial.

—Esta noche envía patrullas a capturarlos. Si han huido investiga a los vecinos, a la familia, al clérigo que les confiesa, me es indiferente. Pero no vuelvas sin ellos, por tu propio bien.

El oficial se cuadró marcialmente antes de abandonar la sala, pálido por la última mirada que le había dirigido el prefecto. Anteriormente, las peleas y los asesinatos entre facciones apenas levantaban un comentario. Era indudable que algo había cambiado en la última visita que el prefecto realizó a palacio y, para el oficial, eso suponía tener que sumergirse de lleno en aquel asunto si no quería dejarse la piel en el camino. Nunca había tenido que recurrir a la tortura con un herido pero, tal como estaba la situación, no tenía otra salida.

Mientras caminaba con paso rápido hacia las cárceles de la prefectura, tan sólo rezaba para que sus testigos no murieran antes de revelar los nombres que necesitaba.

Dormido en su cuna, el ligero movimiento en el pecho del niño era la única evidencia de actividad que mostraba. Sin embargo, Héctor se mantenía a su lado, observando su diminuta figura, acariciando con la punta de los dedos su carita sonrosada, sin que sus ligeras caricias lograran despertar al pequeño Platón.

Apenas recordaba cómo había conseguido volver a casa la noche anterior. Había corrido detrás de su compañero durante un buen rato, hasta acabar, jadeando y desorientado, en medio de un barrio por completo desconocido. Tardó un buen rato en orientarse de nuevo, hasta aparecer en el Cuerno de Oro, desde donde pudo retomar el camino.

Penélope le esperaba despierta. Pareció a punto de desmayarse cuando le vio aparecer con el brazo empapado en sangre. No dejó de llorar cuando él le aseguró que no era suya. A decir verdad, no estaba convencido de si esa confirmación no hubiera hecho otra cosa que acrecentar su llanto. Se quitó la sangre seca de las manos, restregando la piel hasta enrojecerla, en un vano intento de que su culpa desapareciera al mismo tiempo que el pegajoso rastro de su crimen. Ella lavó su capa, sollozando continuamente, preguntando qué es lo que había hecho.

Se lo contó todo. Desde su inmovilidad inicial hasta la puñalada. Era consciente de que con cada palabra, con cada frase, hundía más y más el alma de su esposa. La cargaba con su propia culpa. Pero no podía detener su habla. De su boca surgía un torrente de sentimientos que no conseguía reprimir. Necesitaba

compartir la pena que le estaba devorando por dentro antes de que le carcomiera hasta dejarlo vacío.

Casi al amanecer se habían acostado juntos, abrazados el uno al otro, tratando de refugiarse en el contacto físico, como forma de evitar los negros pensamientos que se agolpaban sobre ellos. Ninguno consiguió dormir antes de que el pequeño Platón reclamase a su madre.

El día había transcurrido en silencio, con Penélope realizando sus labores mecánicamente, sin que Héctor se hubiera atrevido a cruzar su mirada con la de su mujer. Sin embargo, su atormentada conciencia parecía haberse adormecido. A la luz de un nuevo día su mente veía las cosas de otra forma. La vida que había quitado sería, seguramente, la de un asesino, un partisano azul, de los muchos que aterrorizaban la ciudad con sus andanzas. Era su deber como padre y esposo, no tenía otra opción. Además, pese al falso cristianismo imperante, ¿qué valor tenía una vida humana? Menos que el barro.

Pese a ello, y a pesar de que en ningún momento Penélope le había echado en cara su acción, algo en su mirada le confirmaba que todo había cambiado aquella noche. Nada volvería a ser lo mismo.

Unos fuertes golpes en la puerta le trajeron de vuelta a la realidad. Héctor se levantó, pensando que sería alguno de los hombres de Antlas, aunque una mirada al desencajado rostro de su mujer le hizo dudar.

Los golpes se repitieron con insistencia. Penélope negó con la cabeza, suplicando con los ojos que se mantuviera quieto.

—¡Abran a la guardia del prefecto!

Esta vez la violencia de la llamada hizo tambalearse la puerta de madera, despertando al pequeño Platón, que comenzó a llorar, extrañado por los ruidos y los gritos. Héctor miró boquiabierto a su mujer, que le devolvía la mirada con la misma expresión de incredulidad.

La palanca que cerraba la puerta saltó hecha astillas ante el primer embate de los soldados, que entraron en tromba en la estancia y rodearon a Héctor con rapidez. Le tumbaron en el suelo, ayudados por su absoluta inmovilidad, y le anudaron las manos a la espalda.

—¿Qué es lo que pasa? —gritó Penélope—. ¿Qué van a hacer con él?

—¡Silencio, zorra! —gruñó el oficial que comandaba el grupo.

Arrastraron a Héctor fuera de la casa, sin preocuparse siquiera de levantarlo del suelo, mientras Penélope cogía en brazos al sollozante pequeño, apretándolo con fuerza contra su pecho.

—¡Héctor! —gritó desesperada.

—No te preocupes, estaré bien —acertó a responder él, al tiempo que los soldados desaparecían tras la puerta con su carga humana.

Cuando se fueron, solamente las señales físicas de la violenta entrada de los soldados delataban que lo ocurrido había sido real. El único sonido que rompía el gélido silencio era el intranquilo llanto de Platón, que se aferraba con fuerza a la ropa de su madre, como si temiera que también a él pudieran arrastrarle lejos de su lado.

—No llores —susurró ella sin poder contener las lágrimas—. Tu padre volverá, te lo prometo.

Subieron a Héctor a un carro junto con otros dos detenidos. No reconoció a ninguno, aunque uno de ellos le miraba con intensidad. Sobre sus hombros lucía las insignias de los verdes, por lo que era más que probable que se tratara de uno de sus fugaces compañeros. El tercero en el carro lucía la típica indumentaria de los faccionarios azules, así como una fuerte contusión en la cara, demasiado reciente para haberse producido el día anterior. Con toda seguridad habría intentado resistirse al arresto.

—Con éste cerramos el lote —indicó el oficial con orgullo.

El carro se puso en movimiento con un traqueteo, haciendo crujir los tablones de madera que lo conformaban. Se movieron por las calles más anchas, las que permitían el paso del transporte, alejándose del barrio de Zeugma hasta alcanzar la avenida principal, recorriéndola lentamente hasta el edificio de la prefectura.

Durante el trayecto se mantuvieron en silencio, observándose unos a otros. Para Héctor estaba claro cuál era el motivo de su arresto, aunque se preguntaba la razón que habría impulsado a los guardias a capturar a uno de los azules. En realidad no reconocía su rostro, por lo que podía estar relacionado con otro incidente ocurrido la misma noche. Sin embargo, algo en la mirada de aquel hombre parecía culparles a ellos de su situación.

Los soldados apenas intercambiaron un par de frases cáusticas sobre los detenidos, dedicándose a rememorar viejas hazañas de burdel. En cualquier caso, preguntarles no hubiera supuesto sino

una nueva sesión de golpes, por lo que resultaba mucho más prudente callar.

Por otro lado, Héctor se encontraba demasiado ocupado en maldecir su estupidez. No podía culpar a nadie más que a sí mismo de lo que ocurría. Debería haberse negado a realizar ese trabajo especial que Antlas solicitó. ¿De qué le serviría a su familia un marido en prisión? El miedo le había impulsado hacia delante, obligándole a seguir más allá del punto en el que su conciencia le gritaba que diera la vuelta. El miedo a que el *demarca* se convirtiera en un enemigo pero, sobre todo, el miedo a la pobreza, al hambre y al sufrimiento, algo que no había conocido hasta después de su llegada a Constantinopla. Decenas de miles malvivían con unas míseras monedas en esa misma ciudad, sin tener que llegar al asesinato para garantizar el pan que llegaba a sus mesas. Él no había sido capaz de soportarlo, vio una puerta ante sí y le cegó la avaricia, la tranquilidad que se le antojaba al otro lado de ese umbral, y ahora lo pagaría caro.

El carro se detuvo frente a un imponente edificio de cuatro plantas. Construido con hileras alternas de ladrillo rojo y blancos sillares de piedra, apenas disponía de unas pocas ventanas en sus dos plantas superiores. La prefectura albergaba las oficinas de Eudamón, el prefecto de la ciudad, así como las mazmorras más temidas por los romanos, tan sólo por detrás de aquellas en las que la emperatriz Teodora encerraba a sus enemigos.

Les bajaron del carro a empellones, les empujaron hasta el interior del edificio y les condujeron a los sótanos, donde se albergaban las húmedas cárceles de la prefectura.

Héctor acabó en una celda estrecha encadenado por las manos a una pared, con un banco pequeño de fría piedra como único asiento. En la oscuridad de su prisión escuchaba los gemidos de los enfermos, suplicando clemencia mientras languidecían poco a poco, encerrados en sus celdas desde hacía meses, en espera de juicio.

Se derrumbó sobre el mugriento banco, con un intenso tintineo de las oxidadas cadenas, herrumbrosas del contacto con la sangre de sus anteriores poseedores. Recordó la angustia en el rostro de Penélope cuando le sacaron a rastras de su casa y comenzó a llorar.

Constantinopla, 9 de enero de 532

La luz del atardecer ya declinaba cuando Aecio llegó a la entrada de la villa. Únicamente el nombre del propietario, grabado en destacadas letras rojizas, rompía la monótona sintonía de los blancos muros estucados que protegían la entrada.

Llamó tímidamente a la puerta, cansado tras un largo día caminando por la ciudad, moviéndose de una casa a otra para visitar a sus pacientes. El hombro del que colgaba su caja de medicinas por medio de una correa de cuero le molestaba, delatando la larga jornada de trabajo y el tiempo transcurrido en trayectos por media ciudad.

Durante mucho tiempo había tratado de ordenar las consultas, dividiendo a los pacientes según los barrios en los que habitaba cada uno. Sin embargo, lo imprevisible de una urgencia, o las hipocondríacas manías de algún acaudalado enfermo, siempre acababa trastocando sus itinerarios, obligándole a deambular por las calles de un lado a otro, con su pesada caja a cuestas. Tal vez el oficio de *iatroi* fuera respetado y anhelado por muchos estudiantes y aristócratas pero, con frecuencia, tenía la impresión de que su oficio se asemejaba más al de un simple porteador que al del erudito que todos veían en él.

Las recias puertas de madera que clausuraban la entrada principal de la vivienda se abrieron, permitiendo que Aecio penetrara en el vestíbulo de la villa, recibido por el jefe de la servidumbre.

—¡Mi señor *iatroi*! —exclamó el criado con una sonrisa—. Bienvenido. Llevábamos sin verle varias semanas.

—Mi trabajo en el hospital me ha retenido el último mes —se excusó Aecio—. ¿Cómo se encuentra tu amo?

—Ya está totalmente restablecido —indicó el sirviente, haciendo un gesto con la mano para que el médico se adentrara en el primer patio, el que hacía las funciones de distribuidor de las distintas estancias de la casa—. Ha recuperado sus paseos, e incluso me atrevería a decir que lleva unos días de excelente ánimo.

—Me alegra saberlo.

Cruzando el pequeño vestíbulo, presidido por una pequeña escultura de marfil que representaba a Hermes, el criado apartó la

cortina de tonos rojizos y bordados en oro que ocultaba el patio de la vista de cuantos utilizaban la puerta principal. Aecio parpadeó un par de veces al traspasarla, sorprendido por la luz que aún iluminaba el jardín interior de la vivienda, tras la tenue oscuridad del vestíbulo, carente de ventanas y con cuatro braseros encendidos como únicas fuentes de luz. El atrio se encontraba tal y como recordaba de su última visita. Dividido en cuatro por dos caminos en forma de cruz realizados con pequeñas piedras de colores claros, en su centro se levantaba un pequeño templete de techumbre octogonal, sustentada en ocho esbeltas columnas jónicas y con seis de sus lados cerrados por decorados paneles de mármol de dos codos de altura.

—Si tenéis la amabilidad de esperar en el pabellón iré a avisar a mi amo —recitó el sirviente, indicando con un gesto la estructura que se levantaba en mitad del patio porticado.

Aecio asintió y se acomodó en uno de los bancos de mármol que se encontraban bajo la techumbre del templete, alrededor de una mesa circular sobre la que se encontraba esculpido un tablero de *mereles*. Dejando a un lado su caja de medicinas, el médico agradeció el mullido cojín de seda granate que cubría el banco, que le aislaba del tacto frío de la piedra. Se encontraba fatigado, los pies le dolían y su hombro emitía continuas punzadas producidas por la rozadura de la correa de cuero. El tranquilo ambiente en el que se mantenía el jardín, en el que tan sólo el ligero movimiento de las ordenadas columnas de rosas, lirios, jacintos y violetas rompía la paz del lugar, resultaba anacrónico comparado con la febril agitación que se desarrollaba al otro lado de los muros.

Deleitándose con la relajada visión que le mostraba el atrio, Aecio no tardó en olvidar las caminatas, el cansancio y las prisas por acudir a la cabecera de sus pacientes. Cerrando los ojos, se entregó al suave arrullo de la brisa y al trinar de los pájaros, que se sobreponían al continuo murmullo de voces que parecía inundar la ciudad.

—Es agradable encontrarse de nuevo con alguien que sabe disfrutar de los pequeños placeres.

Aecio dio un respingo al escuchar la voz del senador. Concentrado en los sonidos del rincón de naturaleza en el que se veía inmerso, había perdido la noción del tiempo. El senador se había acercado silenciosamente, y ahora le contemplaba con una sonrisa.

—¡Valente! —se sorprendió el médico, levantándose para

intercambiar un afectuoso saludo—. Veo que te encuentras en plena forma. ¿Has encontrado a un físico que te ahorre mis penosos tratamientos?

—Ya sabes que en esta casa no entra otro *iatroi* que no seas tú —replicó el patricio, invitando a Aecio a tomar asiento con un gesto de la mano—. Tus remedios son prodigiosos.

—Eso es que la *podagra* ha desaparecido por completo.

—Sin dejar rastro —confirmó Valente, levantando uno de sus pies, calzado con una sencilla sandalia, para mostrárselo a Aecio —. La hinchazón ha desaparecido, y con ella el dolor que me torturaba cada vez que algo me rozaba los dedos. Esa medicina que me diste es una maravilla, se la he recomendado a la mitad del senado. ¿Qué es lo que lleva esa mágica poción?

—Se trata de raíces de asfódelos, una planta de flores blancas que se recoge en primavera. Crátero, el físico del rey Mitrídates de Ponto, descubrió que mezcladas con vino alivian la enfermedad en poco más de una semana. Aunque sólo es una parte de la cura. Una dieta estricta y frecuentes baños son esenciales para que el problema remita definitivamente.

—A mí me ha devuelto la vida. Me pasaba el día sentado, contemplando el jardín, con el pie recubierto de vendas sin poder apoyarlo siquiera en el suelo. Ahora acudo de nuevo al senado, aunque no sé si darte las gracias por eso. Algunas sesiones son tan aburridas que casi prefiero sufrir de *podagra*, me sirve de excusa para saltarme mis obligaciones.

Aecio sonrió al escuchar el comentario del patricio. Tras un par de años visitando semanalmente al senador, tenía perfecta constancia de que, aparte de los achaques propios de su edad, la enfermedad que aquejaba a Valente no era física, sino espiritual. La melancolía se había apropiado del alma del patricio, apagando su ánimo y su voluntad. De hecho, la mayor parte de las visitas de Aecio no versaban sobre medicina, ya que escasas veces Valente se quejaba de malestar alguno, sino que el médico se limitaba simplemente a dialogar con él. Había descubierto que, para el culto patricio, nada resultaba más vivificante que mantener una larga charla con alguien que supiera apreciar los matices de su retórica y que mostrara interés por la política, en lugar de limitarse a debatir sobre religión o carreras de cuadrigas, como la mayoría de los habitantes de Constantinopla. La melancolía era un mal que Aecio había podido ver reflejado muchas veces. Sin embargo, en ningún otro había constatado tan fehacientemente el cruel efecto que la soledad provocaba en las personas.

Sentía un aprecio especial por Valente, no sólo porque las prolongadas charlas les llevaban a un trato más cercano a la amistad que al meramente profesional, sino porque tenía la sensación de que el patricio no era sino un espejo donde se veía reflejado. Encerrado en su trabajo, al igual que el senador él tampoco gozaba en su entorno de muchos amigos. Sin esposa ni hijos, su vida se circunscribía a la práctica de la medicina y a la labor a la que entregaba todo su tiempo libre, la creación de una *Biblia iatrica*, con todo el saber médico de la época. Y aunque la pasión que sentía por su oficio continuaba embargándole, cuando miraba al senador veía en él su propio futuro.

Aecio no dudaba de que Valente había sido como él, también había sido joven, y entregado por completo a una pasión, en su caso la política. Pero ahora, el médico tenía la impresión de que el senador había perdido el empuje que proporciona la fe en aquello en lo que uno cree, limitándose a ver pasar la vida ante sus ojos. Solo, envejecido y gastado, veía a Valente deslizarse por una especie de pendiente que lo alejaba del centro de la vida pública, como si se hubiera convencido a sí mismo de que nada de lo que hiciera servía realmente.

Aecio no podía siquiera imaginar el sufrimiento que implicaba pensar que todos los años transcurridos desde tu juventud no han sido sino una continua decadencia. Aunque no se arrepentía del tiempo dedicado a su trabajo, cuando visitaba a Valente no podía dejar de pensar que ése no era el futuro que quería para sí mismo, que debía cambiar algo en su vida, para burlar al destino y librarse de la amargura de una vejez solitaria y taciturna.

Tal vez por ello, se empeñaba tanto en levantar el ánimo de su querido paciente, no sólo pensando en ejercer la caridad cristiana o su propio oficio como médico, sino porque una voz interior le aseguraba que su esfuerzo con aquel hombre le reportaría su fruto en el futuro y que, tal vez así, alguien se acordaría de él también cuando su propio rostro comenzara a mostrar el paso del tiempo.

—¿Aún no has encontrado a nadie con quien jugar? —indicó Aecio, señalando el tablero de *mereles* que se encontraba labrado sobre el mármol de la mesa.

—No. Sinceramente, aún no entiendo por qué te niegas a probar fortuna. Estoy convencido de que serías un gran contrincante.

—Los juegos no son mi fuerte. Creo que sólo quieres halagarme para que pique el anzuelo, así tendrías un rival a quien derrotar con facilidad.

—Sin sangre no hay gloria —replicó Valente—. Si el juego resulta demasiado fácil se convierte en aburrido.

—Hablando de aburrimiento. Te noto más animado que de costumbre —advirtió Aecio—. ¿Acaso hay alguna pícara esclava que anima tu alcoba?

—Afortunadamente no. A mi edad no restan más que el honor y el decoro de ser patricio. ¿Qué sería de mí si perdiera la razón entre los muslos de una jovencita?

—Eres demasiado estricto manteniendo la dignidad senatorial —aseguró Aecio—. No creo que haya existido nadie más recto en su comportamiento desde la república.

—¡Ah, la república! —exclamó Valente, dejando que sus ojos se perdieran en el infinito—. Aquéllos sí que eran buenos tiempos, y no éstos que vivimos ahora. Es una lástima que me haya tocado nacer en una época tan oscura. Lo que daría por volver al pasado, a los años en los que el senado era el centro del gobierno, cuando los patricios comandaban los ejércitos que derrotaron a Cartago.

—Creo que has leído demasiado a Tácito y poco a Salustio. Este último ya decía que sólo la avaricia y la ambición mueven el mundo. No creo que los que vivieron antes que nosotros fueran mucho mejores. ¡Ni siquiera eran cristianos!

—No me llevarás a tu terreno —aseguró Valente con una sonrisa—. Ya vuelves a dirigir la conversación para tratar de inculcarme tu apasionado cristianismo. Sabes que soy una causa perdida.

—Nadie es una causa perdida —replicó Aecio—, y es un médico quien lo dice, después de ver a muchos desahuciados por la ciencia recuperarse milagrosamente. Sin embargo, esta vez no había doble intención en mi frase. Tan sólo creo que el momento que nos ha tocado vivir no es tan malo.

—¿Eso crees? Dime cuándo una prostituta ha ocupado el trono de Roma, o cuándo la justicia ha sido más ciega que hoy en día. El imperio está gobernado por un tirano y eso no pasaba desde hace mil años.

—En realidad —comentó Aecio llevándose una mano a los labios, como si quisiera reflexionar sobre su respuesta—, si creemos lo que nos dicen sobre la mujer del emperador Claudio, tendríamos un precedente bastante claro a nuestra Teodora.

—Es posible —admitió Valente—. Pero no recuerdo una época en la que la justicia se pusiera a la venta.

—Creo que exageras.

—¡Ah, la bendita inocencia cristiana! —exclamó Valente, mirando al cielo como si pidiera paciencia—. Todos en la ciudad saben que Triboniano, el cuestor de palacio, al tiempo que inmerso en la compilación de jurisprudencia, se encarga de preparar las respuestas de aquellas peticiones que llegan hasta el emperador. Justiniano las firma sin molestarse apenas en leerlas, por lo que Triboniano se vende al mejor postor, modificando las leyes a su antojo para beneficiar al que pague el precio más alto. Sin ir más lejos, mañana van a juzgar a un grupo de faccionarios que se enzarzaron en una pelea. La mitad son azules y la otra mitad verdes. ¿Quieres apostar a que los verdes serán condenados a muerte y los azules puestos en libertad? La predilección por ellos que muestra Teodora es tan notoria que cada vez son más osados. No, mi querido Aecio, vivimos una época sin gloria, sin justicia y sin libertad. El imperio no es sino una sombra de lo que fue.

El médico se mantuvo en silencio, compungido por la visión que Valente tenía sobre la sociedad en la que se encontraba inmerso, aunque algo animado al comprobar que el patricio parecía haber recuperado el interés por la política.

—Me parece que te estoy abrumando con mis negros pensamientos —apuntó el senador con una sonrisa—. Será mejor que abandonemos este tema por otros más gratos. Podemos seguir la charla mientras me acompañas en el *deipnon*. Como viene siendo habitual mis criados han preparado cena para alimentar a toda una *dekarchia* de tropas.

—Debería marcharme ya —aseguró Aecio, contemplando asombrado cómo la tarde prácticamente se había esfumado ante sus ojos sin darse cuenta—. No quisiera llegar a mi casa demasiado tarde.

—Da un descanso a tus maltrechos ojos por una vez —solicitó Valente, ahogando un suspiro al levantarse, al tiempo que tendía la mano hacia su amigo para que le acompañara al interior de la villa—. Ya volverás mañana a rellenar pergamino tras pergamino con esa inacabable obra tuya. Hoy eres mi invitado.

Consciente de que sería inútil oponerse a la decidida invitación del senador, Aecio se resignó a seguirle hasta una sencilla estancia, decorada someramente con un bello mosaico en el suelo, que mostraba una fuente en la que bebían dos pájaros, así como con placas de mármol blanco que recubrían las paredes. Como único mobiliario, una mesa de mármol en forma de D, rodeada por un *stibadium*, un semicírculo de lechos en los que se acomodaron ambos.

Valente cedió a su invitado el extremo derecho, el lugar de honor. Apenas recién acostados, los sirvientes del patricio entraron en la sala portando una amplia bandeja de plata, labrada con numerosas imágenes de la guerra de Troya, sobre la que se acumulaban varios platos de fina cerámica repletos de apetitosas viandas.

Una ensalada de col, espárragos, zanahoria picada, nueces y frutas secas con aceite de oliva componía el primer plato, junto a un pequeño cuenco con alcaparras aderezadas con vinagre de miel. Junto a ellos, tres anchos platos de cerámica decorada contenían trozos de dorada con mermelada de limón, miel y canela, cordero asado con pimienta y pollo braseado con un suave aceite de almendra. En el centro, un plato hondo de cerámica rojiza contenía varios trozos de pan, especiado con anís e hinojo. Finalmente, un esclavo depositó ante ellos dos copas de fino vidrio verde, en las que vertió hábilmente una buena cantidad de vino tinto de Quíos, mezclado a partes iguales con agua.

Ambos degustaron con apetito los cuantiosos alimentos, manteniendo una amena conversación, alejada de los sombríos augurios políticos expresados anteriormente por el senador. Finalmente, Valente permitió que su invitado abandonara su villa, no sin antes proveerle de tres fornidos sirvientes para asegurarse de que llegaba a su casa con tranquilidad.

—Ha sido una agradable jornada —aseguró el senador, acompañando a su invitado hasta la puerta de salida.

—Volveré la semana que viene —indicó Aecio—, para que puedas continuar explicándome la decadencia del imperio.

—Parece que no acabas de creértelo. Se me ocurre algo con lo que podría convencerte. Tenía pensado acudir al juicio contra ese grupo de faccionarios que comentamos antes. ¿Por qué no me acompañas? Así podrás comprobarlo de primera mano.

—¿Por qué no? —aceptó el médico, tras un instante de duda—. Será interesante salir de la rutina por un día.

—Pasaré por tu casa para recogerte.

—En ese caso nos vemos mañana.

Tras despedirse de Valente, Aecio se encaminó hacia su casa, rodeado por el pequeño círculo de luz que derramaban las antorchas de sus acompañantes. Mientras caminaba, se alegró de haber aceptado la sorpresiva propuesta del senador. Después del día en el que ayudó a un hombre con la pierna fracturada, en el lugar donde poco tiempo antes habían sido asesinadas dos

personas, a Aecio le apetecía comprobar si realmente la justicia de Roma estaba tan ciega como comentaba Valente.

Constantinopla, 10 de enero de 532

En comparación con el desdén suscitado por la mayoría de los juicios públicos que se celebraban en la prefectura, la causa contra el grupo de faccionarios detenidos por la sangrienta pelea ocurrida dos días antes había levantado la mayor de las expectaciones. La sala donde se celebraba la audiencia se encontraba abarrotada, hasta el punto de que Valente y Aecio se habrían quedado fuera de no ser por la previsión del senador, que envió a algunos de sus esclavos con la debida antelación para que les guardaran un lugar en primera fila, justo detrás de la baja cancela de madera que separaba la zona donde se celebraba el juicio del lugar donde se concentraba el público.

La amplia estancia tenía la forma típica de una basílica. Rectangular, con dos líneas paralelas de columnas que sustentaban el techo abovedado, dividiendo el espacio en tres naves, la cabecera disponía de un ábside en donde tomaba asiento el magistrado que juzgaba el caso, junto con sus dos consejeros y asesores legales. A la derecha, justo en la esquina de la pared desde la que arrancaba la curvatura del ábside, una estrecha columna sostenía un busto de Justiniano, que recordaba que los jueces actuaban como representantes del emperador. A su lado, un funcionario preparaba los papiros y los útiles de escritura sobre un estrecho atril, desde donde recogería la sentencia o la absolución de los encausados. Muy cerca se encontraba el c*ornicularius*, el fiscal que encabezaba la oficina judicial de la prefectura, distinguible por su túnica de color pardo y el *cingulum*, el cinturón con una hebilla en forma de sol. Desde hacía años, el uso del cinturón como prenda distintiva para distinguir los diferentes puestos funcionariales se había extendido tanto que entrar a formar parte de la administración se llamaba coloquialmente: «tomar el cinturón», así como «abandonar el cinturón», al momento en que se dejaba el cargo.

En el extremo opuesto esperaban los defensores, un par de legalistas pagados por las facciones para defender a los encausados. Delante de ellos, en la esquina de la sala, el *primiscrinius* se mantenía de pie junto a una mesa, una clepsidra y una losa de mármol cuyos bordes realzados se levantaban tres dedos del suelo.

Entre la multitud, Valente reconoció a ambos demarcas,

situados en el lado de la defensa, justo detrás de la pequeña valla de madera, y separados por un nutrido grupo de faccionarios de ambos bandos que se miraban entre sí con ojos desafiantes. Un par de compañeros del senado también habían acudido a escuchar el juicio, así como un buen número de hombres de leyes y curiosos de todo tipo, en su mayoría pertenecientes a las facciones.

—¿Siempre hay tanta asistencia? —preguntó Aecio.

—No, en absoluto —negó Valente—. En realidad tan sólo acuden familiares o interesados. Raro es el juicio que levanta tantas pasiones, aunque tratándose de los integrantes del hipódromo no es de extrañar.

Aecio asintió, mirando a uno y otro lado con curiosidad, justo cuando un murmullo comenzó a elevarse desde el fondo de la sala. Conducidos por el c*ommentariensis*, el funcionario responsable de los juicios criminales, un grupo de guardias del prefecto acompañaban a los siete acusados. Con paso solemne, atravesaron la estancia por el estrecho pasillo dejado por los asistentes hasta situarse al otro lado de la cancela, donde los guardias se apostaron a ambos lados mientras los faccionarios, tres azules y cuatro verdes, eran situados en una fila frente al ábside.

—¿Te has fijado en las caras de esos cerdos? —comentó una de las personas que se encontraban al lado de Aecio.

—Sonríen como si esto no fuera con ellos —replicó un segundo, con la voz cargada de indignación.

Valente observó con detenimiento lo que alcanzaba a ver de los rostros de los acusados, constatando rápidamente la diferencia entre la cabizbaja y compungida actitud de los cuatro verdes, y la alegre indiferencia e incluso las sonrisas de complicidad que intercambiaban los tres miembros de la facción azul que se encontraban junto a ellos.

—Parecen muy seguros de salir bien parados del trance —comentó Aecio, señalando con un escueto gesto al trío de partisanos azules.

—Espero no faltar a la modestia si te respondo que ya te lo había advertido —respondió Valente—. No es el primer juicio al que asisto en el que se ven envueltos los faccionarios. Cuando un partisano azul es acusado de un crimen siempre es absuelto. Tal es la connivencia del estado con esa facción que a algunos tienen la desfachatez de traerlos desencadenados.

Torciendo el gesto, Aecio no tuvo más remedio que asentir. Aunque el senador estaba convencido de que el médico aún seguía

siendo reacio a admitir que la justicia fuera tan corrupta como para desafiar a la más elemental aplicación de la ley, el ambiente de displicencia que reinaba entre los miembros de la facción azul, tanto en los acusados como en los asistentes, resultaba demasiado alarmante para que Aecio lo pasara por alto.

—Creí que Justiniano, al proclamar hace dos años su código unificado de leyes, había pronunciado esa famosa frase que corre de boca en boca: *Iustitia est constants et perpetua voluntas Ius suum cuique tribuens*.

—«La justicia es la constante y perpetua voluntad de dar a cada uno su derecho» —repitió Valente con una sonrisa—. Es probable que lo dijera, aunque muy distinto es que tuviera pensado llevar a la práctica sus palabras. Puestos a utilizar citas, prefiero el viejo proverbio que circula entre el pueblo sobre los legalistas: «Un hombre hace cosas honestas, el otro las anota.»

—Te confieso que comienzo a estar inquieto, aunque sigo negándome a creer que un magistrado sea capaz de dar rienda suelta a la corrupción. A cualquier cristiano le repugnaría el hecho de realizar un acto tan indigno. Y no hace falta que repliques —añadió al ver cómo el senador se disponía a interrumpirle—, ya sé que piensas que soy un reo de mis creencias religiosas.

—Tan sólo has tenido la inmensa fortuna de no verte envuelto en temas judiciales —apuntó Valente—. Eso hace que aún mantengas tu fe en este corrupto sistema. Baste decir que lo normal en los casos criminales es que la acusación la realice un abogado contratado por los familiares de las víctimas, y no el propio estado a través de su fiscal.

—Supongo que la conclusión a la que quieres hacerme llegar es que todo el proceso está amañado, ¿no?

El patricio se limitó a sonreír, mientras el magistrado, sus consejeros y los litigantes se aproximaban hacia el busto del emperador y prestaban el nuevo juramento al que obligaba el último edicto de Justiniano. Con la mano sobre un ejemplar de las escrituras, que sostenía el funcionario encargado de levantar acta, uno por uno los participantes pronunciaban un juramento de fe cristiana. Desde hacía unos pocos meses, ningún pagano era aceptado como litigante, e incluso se les vetaba el ser testigos en un juicio, algo que muchos ciudadanos ya tenían prohibido, pues ninguna persona que no poseyera al menos cincuenta sólidos de oro podía testificar en un juicio.

El juicio dio comienzo cuando el *primiscrinius* dejó que el agua

comenzara a correr por la clepsidra. Después recogió con gran dignidad una de las bolas de plata que descansaban sobre la mesa junto a la que estaba situado, y la dejó caer sobre la losa de mármol que se encontraba a sus pies. Marcadas con letras romanas, cada una de las esferas hacía un ruido característico al impactar con el suelo, de forma que los asistentes tenían así conocimiento a intervalos regulares del tiempo que duraba el juicio.

En cuanto se inició el proceso, Valente no pudo evitar sonreír, ante la teatralidad con la que se llevaba a efecto el juicio. La primera intervención, a cargo del fiscal, fue un excepcional ejercicio de dialéctica, cargado de recursos retóricos con los que buscaba conseguir el favor del público. Se llamó a los testigos, en número de cinco como prescribían las leyes para casos de delitos graves. De uno en uno, efectuaron el *juramentum de calumnia*, implantado por Justiniano tres años antes. Sin él, ninguna prueba era admitida. Se impuso pensando que el juramento ante el Señor impediría que los testigos efectuaran falsas acusaciones. Se suponía que, aunque la justicia fuese falible, Dios lo sabía todo y, por tanto, se vengaría sobre aquellos que juraban en falso. Sin embargo, al senador le parecía cuando menos cómico que en un juicio público se dejara a la justicia divina el castigo por la calumnia. Únicamente si se conseguía demostrar de manera fehaciente los culpables eran deportados, algo que jamás había pasado en el tiempo en el que la ley llevaba en vigor.

Tras las declaraciones de los testigos y la exitosa declamación del fiscal, llegó el turno a los abogados de la defensa, quienes efectuaron sendos ejercicios retóricos en la misma línea que el presentado por el acusador. En medio de los numerosos comentarios de los presentes, los litigantes trataron de presentar a sus defendidos como simples víctimas de la facción opuesta, dando versiones contradictorias de lo ocurrido, en lugar de centrarse en el baño de sangre resultante de la pelea, como había hecho el c*ornicularius*, a quien parecía no importarle el motivo que inició la lucha, sino que repartió las culpas por igual.

Tras la elocuente batalla dialéctica entre acusación y defensa, el magistrado, sentado en la silla curul desde la que presidía la audiencia, comenzó a discutir en voz baja el veredicto con sus dos consejeros legales.

—Me han sorprendido los abogados de las facciones —indicó Valente, mientras el apagado murmullo con el que el público había seguido el juicio se convertía en un griterío descomunal—.

Hubiera esperado algo más elaborado, y no que se limitaran a echarse mutuamente la culpa.

—Si tienes razón y la sentencia está dada de antemano, tampoco importa lo que digan —adujo Aecio—. Tal vez los *demarcas* lo sepan y no hayan querido gastar su dinero en buenos litigantes.

—Eso no es excusa, de las cuatro escuelas de leyes del imperio la de Constantinopla es la más afamada. Después de cinco años de estudio, por poco expertos que fueran deberían haber trabajado algo más sus discursos.

—Tal vez habrían tenido más éxito de haber presentado una defensa común —sugirió el médico.

—¡Unirse las facciones! —exclamó Valente con sorpresa—. Su odio está tan arraigado que serían incapaces de remar en la misma dirección aunque su barco se estuviera hundiendo y se encontraran a veinte codos de la orilla.

Finalmente, el magistrado levantó las manos, pidiendo silencio hasta que, poco a poco, la multitud fue deteniendo sus conversaciones para escuchar la sentencia. Enderezándose sobre la silla, en actitud solemne, el juez hizo una señal al funcionario que ocupaba el atril. Éste colocó frente a él un pergamino, en el que figuraban los nombres de los acusados. Con la caña de escribir en la mano, presta para añadir junto a cada nombre la sentencia dictada, se aclaró la voz y dio las últimas instrucciones antes de la finalización del juicio.

—Que los acusados den un paso adelante cuando escuchen su nombre para oír la sentencia.

El escriba volvió los ojos al pergamino y, con voz grave, entonó el primero de los nombres:

—Héctor Argyros.

El tintineo de las cadenas acompañó a Héctor cuando dio un pequeño paso, significándose entre todos los acusados. Le resultó extraño escuchar su apellido, el que le identificaba como hijo de un platero. Al oírlo, se preguntó qué habría pensado su padre de haber estado presente en ese momento. ¿Habría reconocido a su propio hijo en ese hombre que apestaba al húmedo y hediondo olor de la prisión? Seguramente se habría acercado a preguntarle si aquél era el futuro glorioso por el que renunció a continuar con el negocio de su familia. A su mente acudieron las imágenes de la última vez que le vio. Casi podía verse a sí mismo, dejando que su

boca profiriera un torrente de desprecio. Recordó cómo el profesor culto, afamado y orgulloso renegaba de sus raíces, rompiendo para siempre el corazón de un padre que lo había dado todo por su único hijo. ¿Cómo pudo ser tan necio?

No fue sólo la fogosa juventud. Su paso por la escuela de Atenas le había convencido de que lógica, filosofía y ciencia le conferían un aura de superioridad sobre el resto de los hombres, incluido aquel que le había visto nacer, y cuya única escuela fue la vida. Había roto con su familia para dejar atrás su pasado, para huir de aquel invisible lazo que lo ataba a la clase baja, a la monotonía y la vulgaridad. Había sido tan estúpido como para mirar a su padre por encima del hombro.

Había necesitado convertirse él a su vez en padre, dos años de sufrimientos en esa maldita ciudad y verse arrojado a la cárcel para comprender que toda su elitista cultura, su dialéctica y sus teóricos códigos de ética no valían nada comparado con el coraje que demuestra un hombre que se deja la piel cada día por mantener a su familia.

Al sentir sobre él los acusadores ojos del magistrado, Héctor no podía sino sentir una humillante sensación de fracaso. Tras escuchar atentamente los testimonios de los testigos y los discursos teatrales de los abogados, no tenía duda sobre el futuro que le esperaba. El ruido de las esferas que el *primiscrinius* dejaba caer sobre el suelo de mármol aún retumbaba en sus oídos, como si anunciaran el amargo destino que se acercaba irremisiblemente hacia él.

Tal vez fue ese día, aquel en el que se negó a aprender el oficio de platero, el momento en el que, sin saberlo, cometió el primero de los errores que le habían llevado hasta esa sala de justicia. Por el camino lo había perdido todo, el orgullo, la fama, la riqueza, el trabajo y la hacienda. Lo único que le quedaba era Penélope, y el pequeño Platón. Ahora los perdería también. Y lo peor de todo es que no podía acusar a nadie que no fuera él mismo. Por un instante deseó haber sido cristiano, al menos así podría permitirse el lujo de ser lo suficientemente hipócrita como para culpar a Dios por su propia necedad.

Con las rodillas a punto de fallarle, y sin que el aire pudiera entrar en su pecho, Héctor levantó la cabeza y escuchó la sentencia.

Muerte.

Uno a uno, entre aplausos y gritos de protesta, los cuatro miembros de los verdes fueron condenados a muerte. Dos de ellos serían decapitados esa misma tarde, los otros dos, ahorcados al día siguiente, el tiempo justo para montar el cadalso.

Tratando de ignorar la sonrisa condescendiente del senador, Aecio mantenía su atención fija en el magistrado, quien esperaba pacientemente a que los ánimos se calmaran entre el público para continuar emitiendo sus sentencias, esta vez a los acusados azules. Éstos sonreían confiados, seguros de ser absueltos, tal y como Valente había predicho. Uno de ellos se giró hacia los cuatro condenados verdes, llevándose la mano al cuello y simulando que lo cortaban, en un gesto que arrancó los vítores de los seguidores de su facción que esperaban entre el público.

Un nuevo grupo de guardias hizo su aparición en la sala, formando un pasillo en el centro de la estancia, y ayudando a calmar la agitación que reinaba entre los asistentes. Finalmente, el griterío disminuyó lo suficiente como para que el escriba pudiera leer el nombre del primero de los partisanos azules, el cual dio un vigoroso paso hacia delante en espera de la sentencia del juez.

Muerte.

Un sepulcral silencio cayó sobre la sala de justicia. Durante un instante, el acusado aún mantuvo la sonrisa en los labios, como si todavía no hubiera podido asimilar que el juez acababa de sentenciarlo a la horca.

Bastó un parpadeo para que se rompiera el hechizo. En un instante la estancia se convirtió en un caos. El *demarca* de los azules comenzó a gritar, rojo de indignación, mientras sus seguidores trataban de saltar la pequeña valla de madera que los separaba de los acusados, a duras penas contenidos por los guardias. Los integrantes de ambas facciones se enzarzaron en una intensa pelea, tanto entre ellos como contra los hombres del prefecto. Los otros dos acusados pertenecientes a la facción azul fueron condenados a la pena de decapitación, antes de ser sacados de la sala junto al juez, los funcionarios y el resto de los condenados.

—Creo que es momento de irnos —dijo Aecio, tratando de hacerse escuchar en mitad del tumulto.

Aún atónito por lo que acababa de ocurrir, el senador se mantenía quieto, como una isla en mitad de un mar agitado.

—¡Valente! —chilló el médico.

—Te he escuchado la primera vez —aseguró Valente con

tranquilidad—. Ante todo, no debemos perder los nervios. No te preocupes y sígueme.

Ante el asombro de Aecio, Valente se llevó una mano a la banda de su toga *picta* y se abrió paso con serenidad entre los contendientes. Trabajosa, aunque dignamente, el senador caminó hacia la salida con el médico pegado a sus talones, sorteando a guardias, faccionarios y a uno de sus propios compañeros en el senado, quien, presa de la histeria y con el rostro desencajado, luchaba por deshacerse de su toga, enganchada en los correajes de un guardia caído.

—*¡Oh tempora! ¡Oh mores!* —declamó Valente señalando al senador presa del pánico, con la tranquilidad de quien se encuentra en una transitada avenida en lugar de en mitad de un tumulto—. Cuán bajo hemos caído cuando un senador prefiere perder la dignidad antes que la vida.

El médico se limitó a asentir, urgiéndole con la mirada a continuar su camino hasta abandonar la sala. Tal vez, de haber mantenido la calma, Aecio habría reparado en las gotas de sudor que resbalaban por el estólido rostro de Valente, así como el ligero temblor de su mano, que se aferraba a la banda de su toga con tanta fuerza que sus dedos casi la traspasaban. Sin embargo, por encima del miedo reprimido o de la fingida serenidad, Aecio tal vez habría podido detectar el verdadero sentimiento que embargaba al senador.

Inquietud.

Constantinopla, 11 de enero de 532

La radiante luminosidad del sol que brillaba en el límpido y despejado cielo no lograba caldear el gélido ambiente que acogió a los condenados cuando abandonaron la prefectura.

La pequeña procesión se puso en marcha al amanecer. Una docena de lanceros acompañaba al verdugo, rodeando las tres mulas sobre las que se exhibían los destinados al patíbulo, con la barba y la cabeza afeitadas y sentados a contramarcha, como seña de su condición de condenados. El continuo golpeteo que sus pezuñas arrancaban de los adoquines de la calle acompañaba a los sentenciados, como el siniestro son de una letanía que, a su término, indicaría el final de su vida. En cabeza de la procesión, cada cien pasos el heraldo entonaba con voz potente su advertencia: «Respetad las leyes y evitad cometer crímenes.»

A diferencia de sus cabizbajos compañeros, Héctor se mostraba erguido sobre su montura, escrutando entre la multitud que se agolpaba a ambos lados de la calle en busca del rostro de su mujer. Si hubiera tenido la oportunidad, le habría rogado que no acudiera a verle morir. Sin embargo, se descubrió a sí mismo mirando a uno y otro lado de la calle, deseando reconocer su pelo, sus ojos, su tierno rostro angelical. Ansiaba verla una última vez, era lo único que le daba fuerzas para afrontar aquella burla final con la que el destino se reía de él.

El gentío que se apiñaba a ambos lados de la calle mantenía un opresivo silencio. A diferencia de los atronadores gritos e insultos con los que la muchedumbre cubría a los condenados por delitos comunes, ahora contemplaba la tenebrosa procesión con atípica solemnidad. Héctor podía ver cómo algunas mujeres hacían el símbolo de la cruz al verlos pasar, mientras los hombres les miraban con intensidad, como si quisieran transmitirles su apoyo. El antiguo maestro, cansado de mendigar una oportunidad durante dos años de puerta en puerta, contemplaba por fin, camino del patíbulo, cómo el reconocimiento social le llegaba finalmente de forma no deseada.

Antlas se aproximó a la lenta columna, rodeado de un nutrido grupo de faccionarios.

—Estamos con vosotros —expresó solemnemente, sin llegar a traspasar la delgada barrera que formaban los lanceros—, sois

auténticos mártires de los verdes.

—Cuida de mi familia —respondió Héctor.

—Dalo por hecho.

Héctor asintió con la cabeza. Le hubiera gustado gritarle al *demarca* que no le importaba su facción, que no entendía su estúpido odio deportivo a los azules, que le hacía responsable de lo que ocurría. Sin embargo, él era el sustento de Penélope y del pequeño Platón. Con su muerte los condenaba a la miseria. Antlas era el único en el que, paradójicamente, podía confiar para que ayudara a su familia. Por eso tragó cada palabra que se agolpaba en su garganta, ocultó la rabia que sentía hacia aquellos estúpidos insensatos, capaces de destruir una y mil vidas con tal de mantener sus odios absurdos y sus fútiles carreras de cuadrigas. Los verdes querían un mártir. Constantinopla entera parecía ansiar un sacrificio con el que el pueblo llano, las decenas de miles de almas que arrastraban su mísera vida por las calles, pudiera identificarse.

Vitaliano le dijo una vez que los grandes ídolos de los romanos eran los santos ascetas y los corredores del circo. Héctor no entraba en ninguna de las dos categorías, alcanzaría la fama a través de un sacrificio inútil, un sacrificio por el que esperaba conseguir, al fin, el bienestar de su familia, así como expurgar su pena.

En una amplia plaza del barrio de Blaquernas, cerca del punto donde confluían las murallas terrestres con el Cuerno de Oro, un patíbulo de madera, alzado sobre una estructura elevada del mismo material, esperaba maliciosamente la llegada de los encausados. Cuando éstos alcanzaron la explanada abierta, ésta ya se encontraba abarrotada de gente.

Fueron apeados de sus monturas ante la expectación general. El silencio era tan intenso que cada crujido de los escalones de madera resonaba tétricamente por toda la plaza, anunciando la lenta ascensión de los condenados a sus puestos bajo las sogas.

El verdugo ató una cuerda a cada cuello con manos temblorosas, delatando su poca experiencia y el nerviosismo que le imbuía ante la inmensa expectación despertada por el acontecimiento. La tarde anterior había sufrido lo indecible hasta decapitar a los otros cuatro condenados. En uno de los casos necesitó tres golpes, lo cual parecía haber hecho mella en su confianza.

En medio de la multitud, Héctor reconoció a los *demarcas* de

ambas facciones, que conversaban con algunos de sus adeptos. Habían sido condenados por una pelea entre azules y verdes, donde él mismo había quitado la vida a un miembro de la facción contraria. Sin embargo, los odios ancestrales parecían aplazados simplemente porque la horca la compartían personas de ambas partes. A Héctor se le antojaban chiquillos, enfadados porque un tercero se había inmiscuido en sus rencillas personales.

Encontró a Penélope.

Su inconfundible rostro resaltaba entre los demás por la palidez de su piel. Con los ojos enrojecidos por el llanto, le miraba fijamente mientras varias mujeres, probablemente familiares de miembros de los verdes, la rodeaban, sosteniéndola delicadamente. Incluso la congoja que contraía su cara resultaba incapaz de atenuar su belleza. Héctor sonrió, mientras un sacerdote subía al patíbulo para impartir su bendición antes de su tránsito a la otra vida.

Cuando el verdugo se aproximó a la palanca que abriría la trampilla, la expectación llegó a su punto álgido. Los que se encontraban más lejos movían la cabeza a uno y otro lado, tratando de buscar un hueco entre el gentío desde el que contemplar el momento final.

El oficial que comandaba la escolta hizo un gesto al verdugo y éste accionó la palanca.

Con un chasquido, la trampilla se abrió de golpe bajo los tres condenados, que cayeron al vacío en medio de un grito general de expectación. Las cuerdas se tensaron y, con un crujido, el cuello del primero de los ahorcados se rompió como una rama seca.

Héctor notó un tirón en la garganta que le dejó sin aliento y, acto seguido, cayó al suelo, al igual que el miembro de los azules. Los nudos, demasiado débiles para soportar el peso, se habían deshecho.

La plaza se llenó con los gritos y comentarios de la gente. Los más alejados, deseando fervientemente satisfacer su curiosidad, empujaron a la masa hacia delante, impulsando a la multitud hasta el pie del patíbulo, donde los lanceros trataban desesperadamente de contenerla formando una barrera con sus largas lanzas.

—¡Inútil! —gritó el oficial, dirigiéndose al verdugo—. ¡Vuelve a montar la trampilla! ¡Vosotros, manteneos firmes! —añadió a sus soldados.

El verdugo, sudando profusamente, cortó la cuerda del único

condenado que había muerto en el intento de ejecución, dejando que su cuerpo cayera al suelo como un fardo. El propio oficial levantó a Héctor y a su compañero, aún jadeantes por el golpe de la soga en su garganta. Con las manos atadas a la espalda, ascendieron a trompicones al cadalso, mientras el verdugo cerraba la compuerta y aseguraba el mecanismo.

—¡Dejadlos libres! —gritó una voz entre la multitud—. ¡Ha sido una señal de Dios!

Un coro de voces aprobó la petición, alzando un griterío ensordecedor que convirtió la plaza en una colosal asamblea.

El verdugo colocó de nuevo las sogas apresuradamente en torno a los cuellos de ambas víctimas, apremiado por el oficial, que observaba de reojo el creciente enfurecimiento de la multitud.

Mareado por el impacto, Héctor apenas se sostenía en pie, mirando con los ojos entrecerrados la masa de gente en busca de su amada Penélope. La vio zarandeada por la multitud, tratando de mantenerse lo más cerca posible del patíbulo. Alzaba los brazos hacia él. Los susurros de su boca, ahogados por el ensordecedor griterío, tan sólo permitían que se imaginara lo que decía. «Te quiero, te quiero, te quiero.»

Un nuevo chasquido acompañó la segunda apertura de la letal trampilla. En esta ocasión el tirón fue más fuerte, tanto que Héctor estuvo a punto de perder el conocimiento. Ambos quedaron colgando del cuello, con el rostro congestionado y las piernas bamboleándose de un lado a otro con insistencia.

La gente prorrumpió en gritos y sollozos justo antes de que la cuerda que los mantenía en el aire se quebrara, liberando por segunda vez a los dos cautivos, que cayeron al suelo de nuevo entre toses secas.

—¡Es una señal del Señor! ¡Cristo no quiere su muerte!

El oficial miraba atónito a la enfervorizada masa, que se abalanzaba sobre sus escasos lanceros empujándolos brutalmente contra el patíbulo.

Un grupo de monjes se abrió paso entre la muchedumbre hasta los caídos, cargándolos a hombros ante la pasividad de los soldados, más preocupados por ocultarse de las iras de la gente que por sus cautivos.

—¡A la iglesia! ¡A la iglesia! —gritó la multitud, abriendo un estrecho pasillo para que los religiosos pudieran escapar de la plaza con su carga.

—¡Detenedlos! —ordenó inútilmente el oficial.

Una lluvia de piedras, guijarros y adoquines cayó sobre él, obligándole a resguardarse bajo el cadalso, seguido por el tembloroso verdugo, cuya inutilidad había causado el alboroto.

Con el cuello cubierto de marcas dejadas por la cuerda, Héctor, casi inconsciente, notaba cómo le acarreaban hasta un bote. Lo último que escuchó antes de desmayarse fue el sonido de los remos al golpear el agua.

Enarbolando una bandera de tregua, Calopodio, *demarca* de los azules, se aproximó lentamente al edificio en el que se situaba el cuartel general de los verdes.

Anacrónicamente, el cuartel de los azules, exactamente igual en tamaño y forma que el *philae* de los verdes, se encontraba justo al lado del ocupado por sus odiados contrincantes. Dado que la función principal de las facciones era la de organizar todo lo necesario para los espectáculos del hipódromo, debían concentrarse en los alrededores del circo, por lo que, para la buena marcha de las carreras y pese a su acerba enemistad, un pacto no escrito de respeto mantenía a ambos grupos en paz en sus cuarteles. Sin embargo, ninguno de los faccionarios se atrevería a poner un pie en los cuarteles contrarios sin pedir autorización. Por ello, rodeado por un puñado de sus seguidores más leales, Calopodio se mantenía a la espera de la reacción que su presencia podía suscitar en la sede de sus principales enemigos.

En el interior del edificio principal, Antlas recibió la noticia de la visita del *demarca* de la facción rival con suspicacia. Aunque no resultaba inusual que ambos líderes tuvieran trato para sus habituales tareas dentro del protocolo de la corte, la tensa situación actual entre los dos grupos enrarecía el ambiente, resaltando lo extraño de la solicitud de reunión.

—¿Le dejamos pasar? —inquirió uno de los jóvenes que formaban la escolta del *demarca*.

—Sí —afirmó Antlas tras meditarlo un instante—, no perdemos nada por escucharle. Llévale al *ornatoria*.

El guardia asintió rutinariamente, encaminándose hacia la entrada para guiar al inesperado visitante a presencia del *demarca*.

Antlas le esperó en la sala de trofeos, junto a las grandes estanterías que mostraban los numerosos premios ganados por los corredores de la facción. En aquella estancia, cuidada con orgullo y esmero por los verdes, se acumulaban palmas, coronas, estelas y placas, así como cientos de objetos personales pertenecientes a los

grandes corredores. El látigo de Porfirio, un casco de Julián, dagas, arreos, incluso esculturas de bronce y mármol de los más famosos caballos que impulsaron a sus dueños a la gloria y la fama.

Calopodio entró en la sala dirigiendo una mirada despectiva a los abarrotados estantes. En su cuartel, los azules disponían de una estancia similar, con tantos o más premios y objetos, atesorada con pasión a lo largo de los años. Antlas mantuvo la cabeza alta, indiferente al desprecio que mostraba el rostro de su rival. Sin embargo, apenas pudo evitar un chispazo de envidia cuando sus ojos se fijaron en el cinturón de seda púrpura que ceñía la túnica de Calopodio. A pesar de su odio debía reconocer que el color de la realeza conjuntaba a la perfección con el azul del atuendo del *demarca*. Aunque únicamente la familia imperial o los funcionarios de más alto rango ostentaban el derecho a lucir el color púrpura, los azules, gracias a la indiferencia de Justiniano, aplicaban los prohibitivos adornos a su indumentaria como una ilustre forma de distinguirse ante la plebe.

—Tú dirás —inició Antlas con indiferencia.

—Los monjes que recogieron a los supervivientes del ajusticiamiento los han llevado al otro lado del Cuerno de Oro, a la iglesia de San Lorenzo, y los han acogido a sagrado.

—Lo sé —confirmó el líder de los verdes—, hemos enviado algunos hombres para que les sirvan de escolta, pero el prefecto ha ordenado rodear la iglesia, y los soldados nos han impedido el paso.

—Yo he hecho otro tanto —admitió Calopodio—, con el mismo resultado.

Antlas se mantuvo a la expectativa, esperando a que su homónimo en el bando opuesto explicara finalmente los motivos de su reunión.

—Este tema nos afecta a ambos —dijo Calopodio con seriedad —, el emperador no puede ahorcar a nuestra gente a la ligera.

—Querrás decir que no puede ahorcar a azules, no pareció preocuparos la tiranía de Justiniano cuando os apoyaba.

—No quiero entrar en discusiones inútiles —interrumpió el *demarca* de los azules—. Siempre hemos tenido diferencias, y no dudo que así seguirá siendo en el futuro. Pero si queremos ser escuchados debemos unirnos.

—¿Me estás proponiendo una alianza? —preguntó Antlas con extrañeza.

—¿Tan difícil te resulta creerlo? En esa iglesia languidecen dos hombres, uno de cada facción. Nuestro interés es común. Creo que ambos coincidimos en que su supervivencia por dos veces a la muerte no puede ser sino una señal del Señor. Tenemos que solicitar su indulto al emperador y, desde luego, no hay mejor modo que hacerlo unidos.

Antlas arrugó la frente, meditando las palabras de Calopodio. Todos sus hombres creían que Héctor había sido tocado por la mano de Dios. Nunca nadie había oído hablar de un hecho semejante. Y debía reconocer la profunda lógica del discurso de su rival. Justiniano difícilmente se opondría a una petición que se alzara de las voces de ambas facciones.

—¿Qué es lo que propones? —inquirió, aún reacio a comprometerse a una alianza con los odiados azules.

—Lo primero una tregua —sugirió Calopodio con firmeza—, por mi parte ya he dado órdenes para que cese el acoso.

—Estoy de acuerdo.

—Pasado mañana se iniciarán las carreras. Después de la primera insistiremos por medio de los heraldos al emperador para que libere a ambos presos.

—¿Y si se niega?

—¿Negarse ante todo el pueblo? ¿Después de lo que todos vieron en aquella plaza? —se burló el *demarca* de los azules—. Sería una afrenta a la iglesia, a la plebe y a las facciones. No se atreverá. Pero si no estamos de acuerdo se apoyará en uno para batir al otro.

Antlas asintió con gesto pensativo. Hasta ahora Justiniano siempre se había alineado con los azules, provocando una división entre el pueblo que le otorgaba una poderosa ventaja a la hora de controlar a la plebe. Sin embargo, el razonamiento de Calopodio era innegable. Incluso el emperador necesitaba apoyos, y más ahora que, según todos los indicios, se disponía a lanzar una fuerte ofensiva en occidente.

—¿Acordamos la tregua? —preguntó el *demarca* de los azules extendiendo la mano.

—Hecho —confirmó Antlas, aferrando su diestra a la altura del antebrazo de su nuevo aliado—, pero si me traicionas te juro que veré tu cadáver colgado al extremo de una soga.

Calopodio sonrió sin dejar de mirar a su reciente colega a los ojos, sin que éste pudiera leer lo que se ocultaba tras ellos.

Constantinopla, 13 de enero de 532

Un sol radiante saludó el primer día de juegos, suavizando con sus cálidos rayos el frío y húmedo invierno que atenazaba la capital del imperio.

El buen tiempo acrecentó el ya de por sí excepcional interés que despertaban aquellas carreras. Dos días antes, tras obtener el permiso formal del emperador, sobre el Kathisma, el palco imperial del hipódromo, se había izado el *velum*, la bandera con la que se anunciaban los juegos. Los ciudadanos se habían acercado por miles a la puerta del circo, a contemplar el anuncio en el que se enumeraban los espectáculos que se integrarían en las carreras, así como el nombre de cada uno de los corredores. El programa del primer día incluía mimo, danza, malabarismo y saltimbanquis. Sin embargo, el plato fuerte lo componían los corredores, sobre todo el nuevo ídolo en ascenso, Uranio, que parecía recoger el testigo de Porfirio, el mejor conductor de cuadrigas de todos los tiempos.

El interés levantado por esos juegos consulares se había incrementado de manera sustancial por los últimos acontecimientos, en los que la mano de Dios había salvado a dos miembros de las facciones de una muerte segura. El fallido intento de ajusticiarlos causaba una inusitada expectación entre la gente, ante las posibles reacciones de verdes y azules a la llegada del emperador.

El día que se iniciaban los juegos, las más de trescientas veinte calles y avenidas de la ciudad se llenaron a primera hora de la mañana, con un goteo incesante de personas que buscaban un asiento de primera fila para los esperados espectáculos. Tras la prohibición de las pantomimas, debido a los numerosos disturbios que ocasionaban, las carreras de cuadrigas despertaban las mayores pasiones de los ciudadanos de Constantinopla. Sin importar las continuas condenas que profería la iglesia contra los juegos, ricos y pobres, monofisitas y ortodoxos, terratenientes y comerciantes, compartían el fervor por las carreras, así como el deseo de que su color alcanzara la victoria. Como un gigante de piedra, el hipódromo esperaba a sus visitantes, tumbado cerca de la basílica de Santa Sofía y del Gran Palacio como símbolo de la trinidad del imperio: pueblo, gobierno y fe. La perfecta conjunción de los cultos de la antigua Roma con el omnipresente cristianismo.

En el interior del edificio, los numerosos pasillos de acceso se transformaban en un mundo aparte donde adivinos, prostitutas, vendedores, ladrones y mendigos compartían espacio para el ejercicio de sus respectivas profesiones. El dinero corría libremente en los atestados corredores, cambiando de mano al ritmo de las innumerables apuestas que se cruzaban en cada esquina. El colorido de las telas, los gritos de los seguidores y la histeria que provocaba la victoria tenían su prólogo en la expectación de los asistentes que atravesaban los accesos al graderío, el punto en el que, por un día, podían ignorar sus míseras vidas para tratar de alcanzar la efímera gloria a través de las hazañas de sus héroes.

El monumental hipódromo de Constantinopla, construido por Septimio Severo a imagen del circo máximo de Roma, y ampliado posteriormente por Constantino, mostraba una estructura rectangular. El primero de los lados cortos era donde se levantaban las *carceres*, justo frente a las puertas de entrada a los cuarteles de las facciones. La estructura, flanqueada por dos altas torres, presentaba la forma de una puerta monumental ligeramente cóncava, para evitar que la posición de salida beneficiara a unos corredores respecto a otros. Su base se componía de doce pequeños arcos de medio punto, desde donde partían las cuadrigas que corrían en los juegos, seis a cada lado de la gran entrada triunfal que se abría en su centro, la que se utilizaba para la celebración de los desfiles.

Mientras los espectadores comenzaban a abarrotar el recinto, en el piso superior de las *carceres* se desarrollaba un conocido ritual. En ese espacio, justo encima de los puestos de salida de los carros, las facciones disponían de varias estancias, con almacenes, salas de descanso para los aurigas, miradores y una capilla. Desde el amanecer, los corredores se concentraban en la pequeña sala, consagrada a la Virgen, donde, independientemente del color que marcaba su casco, o las tiras de cuero de su peto, todos rezaban juntos en silencio, solicitando a la madre de Dios que les protegiera, y que no permitiera que su cuerpo fuera sacado en parihuelas a través de la puerta Nekra, aquella por donde se evacuaban los cadáveres de los caídos. Sin embargo, a pesar del miedo, de la tensión y de los nervios, en el corazón de cada auriga aún quedaba un hueco, un lugar para los gritos de ánimo del enfervorizado público, un espacio para un sueño, emular al auriga de bronce que enarbolaba el símbolo de la victoria, subido a un carro tirado por cuatro caballos. La estatua que destellaba en lo

alto de esa misma estructura, sobre el arco que cubría las dobles hojas de la entrada principal, era el espejo en el que se miraba hasta el último de los corredores, incluso aquel que sabía que su tiempo había pasado, o que jamás sería suficientemente bueno como para derrotar a los mejores. Todos rezaban a la Virgen por su vida, al tiempo que soñaban con alcanzar la victoria, aunque fuera por una sola vez.

Al otro lado de las grandes ventanas acristaladas en forma de arco de medio punto que iluminaban el interior de las *carceres*, los asientos libres se agotaban con rapidez. Los únicos que disponían de un lugar establecido dentro de las gradas eran los miembros de las facciones y los senadores. El resto debía apresurarse a primera hora, formando largas colas en las entradas occidentales, tratando de conseguir un lugar privilegiado; si bien los adinerados miembros de la clase terrateniente disponían de esclavos a los que enviar en busca de los preciados puestos.

El hipódromo, en sus treinta filas de gradas, acogía a sesenta mil espectadores, número que se había incrementado desde su construcción inicial, gracias a las remodelaciones llevadas a cabo por Constantino y Teodosio. Se apoyaba sobre una colina, aunque su increíble tamaño obligaba a que sus lados se levantaran por medio de varios pisos de arcadas superpuestas. El extremo opuesto a las *carceres* se remataba en un graderío semicircular donde, en ocasiones, se celebraban también las ejecuciones públicas. Sobre el piso superior, un friso continuo de columnas de mármol recorría todo el perímetro, de un lado a otro de las *carceres*. Cada uno de los intercolumnios, de ocho codos de ancho, de este piso superior, se adornaba con todo tipo de estatuas. Esfinges, un hombre luchando con un león, una Helena de gran hermosura y voluptuosas curvas realzadas por finos vestidos, un jorobado en actitud cómica, emperadores a pie y a caballo, una horrible Scyla devorando a los compañeros de Ulises o, incluso, un hombre conduciendo una mula, la estatua que ordenara esculpir el propio Augusto traída desde Actium, donde el emperador la levantó en recuerdo de haberse encontrado con un buhonero antes de la batalla que le dijo: «Me llamo Víctor, mi mula es Victoria, y voy al campamento del César.» De la parte superior de las columnas, de más de quince codos de alto, colgaban los grandes toldos de tela, enganchados por medio de fuertes anillas de hierro, que proporcionaban sombra al público.

Cuajado de estatuas y representaciones de todo tipo, el propio hipódromo era un universo en miniatura. La arena simbolizaba la

tierra. La *spina* o muro central que la dividía, y a cuyo alrededor giraban los corredores en cada vuelta, representaba el mar, el *mare nostrum* romano; el obelisco de pórfido traído desde Egipto por Teodosio, que apuntaba al cielo a mitad de camino entre las dos metas, estaba consagrado al sol. A su vez, la pista era circular, como el año, con siete vueltas por los siete días de la semana, doce *carceres* por los doce meses y cuatro colores por las cuatro estaciones. Blanco para el invierno, azul para la primavera, verde para el verano y rojo para el otoño.

Por más que alguien tratara de describir el espectáculo que se encerraba entre esos muros o la magia de su simbolismo, la sensación que aprisionaba al que se atrevía a adentrarse en el graderío resultaba sobrecogedora.

Antlas conocía bien el poder que confería ese sentimiento, esa euforia que acompañaba a las carreras. Sin embargo, a pesar de su propio fanatismo, de su emoción interior ante la expectativa de una nueva victoria de los corredores verdes, hoy su ánimo se encontraba templado.

Para él, la inmunidad que concedía el anonimato constituía un valioso recurso. En la calurosa aglomeración del hipódromo el pueblo podía expresarse libremente, confiado en la fuerza que otorga el número y en el sentimiento de unidad que provocan las agrupaciones de personas. Su papel, como *demarca* de los verdes, era dirigir la aparente espontaneidad de las manifestaciones populares. A ello se había dedicado con notable éxito en los últimos años, tan sólo ofuscado por el creciente papel que los azules, bajo la protección de Justiniano, habían desempeñado.

Hoy, por primera vez desde que tenía uso de razón, uniría su voz y la de su facción a la de los azules, solicitando del emperador la liberación de los prisioneros.

Había acordado con Calopodio realizar la petición al final de la primera carrera. Sin embargo, no compartía su entusiasmo por la posibilidad de que Justiniano cediera en su postura. A diferencia de su homólogo, Antlas conocía de primera mano la tenaz disposición del emperador. Como *demarca* de los verdes aún recordaba las continuas persecuciones a las que los azules, con la connivencia del emperador, habían sometido a sus compañeros. Una y otra vez Justiniano había hecho oídos sordos a sus súplicas, corrompiendo la justicia para dejar libres a sus protegidos.

Por ello Antlas no se fiaba de la supuesta facilidad con la que Calopodio pretendía zanjar la situación. Si el *demarca* esperaba romper la férrea voluntad del César necesitarían argumentos de

más peso que las simples peticiones.

—El hipódromo está lleno —afirmó uno de los compañeros del *demarca*, que observaba las gradas a través de la celosía de piedra cerrada con vidrios transparentes que componían las ventanas de las *carceres*—. ¿A qué espera el emperador? Los corredores ya están sorteando los puestos.

Antlas observó cómo los conductores se agrupaban junto a la caja en la que se introducían las bolas con los números de las *carceres*. El asistente de los juegos las extraía de forma aleatoria, asignándolas a cada una de las cuadrigas.

—Ya sabes que siempre trata de despertar la máxima expectación —aseguró Antlas—, seguro que, aunque este año hubiese seleccionado a un nuevo cónsul, ni siquiera le habría permitido que presidiera los juegos.

El faccionario asintió, sin mucho convencimiento. Era notoria la paulatina dificultad a la que se enfrentaba el emperador para encontrar nuevos cónsules. Los gastos asociados a los festejos que debía patrocinar por su nombramiento eran muy elevados, alrededor de veinte centenarios de oro. Habían pasado años desde que se eligiera al último cónsul, y su prodigalidad ni siquiera había podido hacer sombra al lujo con el que el propio Justiniano había celebrado su elección hacía más de una década. En aquel entonces asombró a la ciudad doblando el gasto habitual, al tiempo que sorprendía a los espectadores llevando a la arena veinte leones y cuarenta leopardos.

—Si entra más gente en el hipódromo se hundirá —comentó otro de los más cercanos.

—Eso nos beneficia —afirmó el *demarca*—, cuanta más gente coree nuestra petición más fuerza tendremos. Éste es nuestro mundo, nuestro reino; que no te preocupe ver crecer el número de tus súbditos.

Los jóvenes faccionarios que rodeaban a Antlas sonrieron ante sus palabras, codeándose unos a otros con arrogancia. Ser consciente de la capacidad de que disponían para arrastrar a las masas concedía una sensación de poder y dominio en extremo placentera para aquellos muchachos, imbuidos de un fanático sentimiento de hermandad y de diferenciación respecto al mismo vulgo del que ellos provenían.

Tras muchos años al frente de los verdes, Antlas había conseguido una experiencia contrastable en reconocer el carácter de las personas. Nada más sencillo para él que conseguir un rápido

estado de euforia entre sus seguidores. Bastaban unas pocas palabras, o una frase grandilocuente, para conseguir ese brillo especial en los ojos, esa descarga de sentimientos que convertía a sus compañeros en meros instrumentos de su voluntad, dóciles y fieles.

El *demarca* era consciente de su poder, y no dudaría un instante en usarlo para lograr sus fines, aunque para ello las calles tuvieran que teñirse con el rojo de la sangre.

—¿Estás seguro?

El prefecto de la ciudad asintió con firmeza. Acababa de confirmar al emperador la alianza entre las dos facciones del hipódromo para solicitar la liberación de los condenados. Tras autentificar la noticia gracias a uno de sus espías dentro de las facciones, el prefecto había corrido al Gran Palacio, interceptando a la pareja imperial en el amplio vestíbulo que precedía a un corredor hacia el palco imperial, justo antes de que Justiniano se dirigiera a presidir las carreras del día.

—No hay lugar a dudas —confirmó el prefecto—, al parecer planean realizar la petición al término de la primera carrera.

Tras meditar la información durante unos instantes, el emperador agradeció al prefecto su interés, despidiéndole con un gesto y rogándole que permaneciera en palacio. El prefecto abandonó la sala, dejando al emperador junto a su esposa, la cual esperó a que el funcionario desapareciera de la estancia antes de expresar su parecer.

Cubierto su atuendo por una espectacular estola bordada de gemas, tan sólo el rostro de Teodora se mostraba a la luz. Su pálida y suave piel contrastaba con el fulgor que despedían sus bellos ojos oscuros, fijos en la puerta por la que el prefecto había abandonado la sala. Sobre su cabeza, una alta tiara de oro ensalzaba su esbelta figura, remarcando la majestuosidad de su mirada entre tiras de finas perlas que descendían a ambos lados de la corona.

—Un hecho tan portentoso como el que se relata bien podría ser una señal de Dios —comentó con delicadeza, dejando que su cristalina voz arrastrara cada una de las palabras—. Tal vez deberías considerar el acceder a su solicitud. A fin de cuentas, sería el Altísimo quien lo ha dispuesto así.

—Eso podría parecer —afirmó Justiniano con tranquilidad—, pero siempre hay quien podría verlo de otro modo. Algunos son

capaces de negar lo evidente y aprovechar un magnánimo gesto para difamar mi nombre hablando de debilidad ante las facciones. Por otro lado, también debo añadir que yo mismo creo más en la torpeza de un verdugo novato que en una señal de Dios. El Señor no suele interceder por los asesinos.

—Entonces, ¿no piensas otorgarles el perdón?

—No, no se trata de negarse, bastará con no responder a su petición —explicó el emperador con una leve sonrisa—. No quiero disentir de lo que el pueblo cree que es la obra de Dios. Simplemente retrasaré la decisión hasta cuando sea mi voluntad, no la del vulgo. Una mera formalidad para demostrar al populacho quién tiene el poder y la capacidad de ejercerlo. Si perdono a esos hombres ante la petición de las facciones, el pueblo puede pensar que tiene fuerza suficiente para torcer la voluntad del emperador. Si lo hago mañana o pasado, se convertirá en la gracia otorgada por un buen gobernante a sus leales súbditos. Anunciaré el perdón mañana, antes de las carreras.

—Es un error.

—¿Por qué lo dices? —se extrañó Justiniano—, yo lo encuentro lógico.

—Negarse a responder es lo mismo que negarse a perdonarles. Más aún, las facciones lo considerarán como un insulto. Incluso podría estallar una revuelta.

—Si concedo el perdón parecerá que me dejo manipular por el pueblo —insistió Justiniano—. Esas víboras que se instalan en el senado lo utilizarán en mi contra.

—¿Y acaso importa? —inquirió Teodora—. Los senadores no tienen poder, y lo saben. Lo único que pueden hacer es patalear, como los niños. El secreto para mantener la tranquilidad es dividir al pueblo.

—*Divide et impera*.

—En efecto. Hasta ahora apoyar a los azules nos ha sido de gran ayuda. ¿Por qué habríamos de cambiar?

—No tengo intención de modificar mi política —explicó Justiniano—, únicamente intento poner las cosas en su sitio. Calopodio piensa que es él quien gobierna la ciudad. Quiero que le quede claro, de una vez por todas, que hará únicamente lo que yo le permita, nada más. Seguirá firme mientras goce de mi apoyo y protección, algo que, últimamente, parece haber olvidado. Está eliminando uno a uno a todos los líderes destacados de los verdes, y no estaba autorizado.

—Matar verdes es casi un servicio público —afirmó Teodora, endureciendo sus bellas facciones—. Estaríamos mejor sin esa escoria.

—Son demasiado populares —se excusó Justiniano—, hay que tolerarlos.

—Veo que ya tienes tomada la decisión —dijo Teodora con un suspiro—. Espero que no te equivoques.

Justiniano se encogió ligeramente de hombros, como si diera a entender que no podía hacer nada contra su propia testarudez. Usualmente aceptaba con agrado y paciencia las sutiles opiniones de su adorada esposa. Sin embargo, en lo tocante a las facciones del hipódromo, Teodora tenía grabado a fuego su odio a los verdes, demasiado evidente y hostil como para que el emperador siguiera todos sus consejos. A pesar de su inteligencia la ira la cegaba, hasta el punto de que sería capaz de arrojar a todos los miembros de la facción al mar si se le permitiera. Por otro lado, el emperador seguía decidido a mantener en secreto su pequeño pacto con el Señor, por lo que Justiniano debería lidiar en solitario con aquel incómodo asunto, sin disponer siquiera del apoyo moral de su mujer en el palco del hipódromo, vedado a las emperatrices. Las primeras damas de la corte debían consolarse observando las carreras desde las cerradas celosías de una galería, situada justo sobre el palco abierto desde el que el emperador presidía los juegos.

Tendiendo gentilmente su brazo, Justiniano invitó a Teodora a que apoyara en él su mano, e inició el lento cortejo que conducía, a través de un ancho pasillo de acceso, hasta el palco del hipódromo. Ambos avanzaron con la vista al frente mientras Justiniano trataba de contener la emoción que le embargaba. La fruta ya estaba madura, tan sólo restaba un último empujón para que cayera del árbol.

Un par de asientos en el Sphendone, el extremo curvo del hipódromo, componían la escueta recompensa a la larga espera y los muchos codazos y empellones recibidos por Drías y Arzés, en su intento de contemplar los renombrados juegos de la capital del imperio.

Atónitos por el colorido, la excitación y el ambiente festivo que se extendía por cada rincón del monumental edificio, los hérulos contemplaban el incipiente espectáculo con admiración, anonadados ante lo que, para aquellos venidos de las más lejanas

fronteras, suponía el insólito despliegue de fervor deportivo que imbuía a los ciudadanos de aquella urbe, cualquiera que fuera su raza o creencia.

—¿Cuánta gente puede haber aquí? —preguntó Drías, tratando de abarcar con la vista la inmensidad del gigantesco recinto.

—Ni idea —contestó Arzés—, más que en cualquier batalla en la que haya estado.

—Hay pocas mujeres.

—No está bien visto —explicó Arzés—. Según me dijo el *ekatontarca*, sólo las de clase más baja y las rameras pueden asistir sin que sufra su reputación.

—En ese caso vendrá la emperatriz, ¿no? Según dicen era una verdadera viciosa.

—He oído que Justiniano odia al senado porque sabe que la mitad de ellos se la ha tirado —se mofó Arzés—. Decía nuestro oficial que su mejor interpretación era la de Leda y el cisne.

—¿Qué es eso? —preguntó Drías—. He estado en muchos burdeles y no he oído hablar de tal cosa.

—Es un mito pagano griego —explicó Arzés—. No estoy seguro, pero creo que Zeus se convirtió en cisne para cortejar a la tal Leda.

—Pues debió de ser una cohabitación un tanto complicada.

—Seguro que a Zeus se le ocurriría algún truco —rio Arzés—. El caso es que la emperatriz se desnudaba en el escenario y se esparcía grano en la entrepierna para que un ganso amaestrado se lo picoteara. Levantaba auténtica expectación entre los asistentes.

—Levantaría algo más que expectación —se burló Drías dando un codazo a su compañero—. Será por eso que el emperador tarda tanto. Estará en una función privada.

—Supongo que por eso aún no salen los corredores —confirmó Arzés, estirando el cuello para contemplar a los equilibristas que actuaban en la arena, distrayendo al público hasta el inicio de la primera carrera—. No se ve nada, ¡nos han dado los peores sitios del estadio!

—Era lo que quedaba. Lo que no entiendo es por qué tardan tanto. ¿Hay que esperar al emperador? —gruñó Drías—. Tengo ganas de hacerme rico.

—No tengo ni idea —contestó Arzés—, aunque dudo que algo se pueda hacer aquí sin que salgan dos o tres procesiones y cortejos. ¿Tanto has apostado?

—Ese adivino parecía saber de qué hablaba.

—Desde luego, te ha sacado el dinero con más rapidez que una prostituta.

—A ésas las dejo para después.

—Sin el emperador no empiezan las carreras —afirmó el hombre que se encontraba en el asiento contiguo—. Da la señal de salida de los corredores arrojando una servilleta.

—¿Una servilleta? —repitió Drías extrañado.

—Sí, el *mappa*. Es una tradición que viene del emperador Nerón. Era tan fanático de las carreras que no dejaba que se corriera mientras él comía. Así que anunciaba el final de la comida arrojando la servilleta por la ventana.

—Nada mejor que ser rico para convertirse en un excéntrico —comentó Arzés—. ¿A ti también te han engañado con los sitios?

—No —respondió el hombre, ahogando una carcajada—. En realidad yo lo he hecho a propósito. La curva es donde se producen la mayoría de los accidentes durante las carreras. Si tenemos suerte y ocurre alguno comprobaréis por qué me siento aquí.

—Al menos si vienes aquí a menudo habrás podido llegar con facilidad —replicó Arzés—. A nosotros nos ha costado un buen rato. Deberían abrir puertas en este sector.

—Antes había —repuso el desconocido—, pero las cegaron tras un terremoto hace más de setenta años. Ahora las galerías sobre las que estamos contienen los archivos de la prefectura y una cisterna de agua.

—¿Por qué hay dos palcos? —preguntó Drías, señalando a ambos lados del hipódromo.

—El de la izquierda es el palco de los jueces. Está justo sobre la línea de llegada, así pueden ver perfectamente quién gana una carrera en los finales ajustados. El de la derecha es el Kathisma, el palco imperial. Delante es donde se detienen los ganadores para ser coronados.

—Parece que sigue vacío —gruñó el hérulo—. Aquí no hay manera de ver volar esa maldita servilleta —interrumpió Drías, malhumorado por la tardanza—. ¿Acaba ya Justiniano de comer o qué?

Como respuesta, un coro de tubas y trompetas anunció la entrada del emperador. Justiniano apareció en el Kathisma rodeado de guardias y miembros de su corte. Con la cabeza erguida, se movía con parsimonia, realizando el signo de la cruz

sobre los distintos lados del hipódromo, al tiempo que recibía los atronadores vítores de la multitud congregada.

—¡Dios es uno! —coreaba el hipódromo entero, convertido en un fragor de gargantas—. ¡Victoria a los romanos! ¡Nuestro Señor es victorioso por siempre! ¡Poder para aquellos que aman al Señor! ¡Victoria a Justiniano!

—¡Menudo entusiasmo! —exclamó Drías ante el fervor dirigido hacia el palco imperial.

—¿Quiénes son ésos? —preguntó Arzés a su ocasional compañero, mientras señalaba a un numeroso grupo congregado justo frente al Kathisma. Lucían túnicas de amplias mangas, anudadas estrechamente en las muñecas. Saludaban la entrada del emperador alzando el brazo derecho.

—Son los azules —respondió el hombre situado junto al hérulo—, los seguidores más acérrimos de los carros de ese color. Justo al lado están los verdes.

—¿Y los rojos y los blancos? —interrogó Arzés—. Veo sus banderas, pero dispersas entre la multitud.

—Hace tiempo que fueron absorbidos por las facciones más importantes. Siguen corriendo cuadrigas de los cuatro colores, pero sólo hay dos grupos de organizadores. Los verdes se ocupan de los corredores rojos y los azules, de los blancos. Hace unos años tenían buenos corredores, aunque ahora la mayoría de las veces son meros comparsas.

—No habrás apostado por los blancos, ¿verdad? —preguntó Arzés con tono socarrón.

—¡En absoluto! —se indignó Drías—. El adivino me ha asegurado que ganaría un tal Uranio, de los azules.

—Uranio es el mejor corredor del momento —corroboró el desconocido—. No hace falta un adivino para eso, y menos si no corre Porfirio.

—Has tirado el dinero con ese engañabobos —se mofó Arzés.

—Ya veremos —se defendió Drías, concentrándose en la arena, de la que comenzaban a retirarse los equilibristas—. Son siete vueltas, ¿no?

—Sí —afirmó nuevamente el hombre situado a su lado—. ¿Ves esas altas casamatas en las esquinas del Euripos?

—¿El Euripos?

—Perdona, así es como llamamos aquí a la *spina* central que divide la arena. En sus extremos hay dos contadores sobre esas

estructuras columnadas. El más cercano a nosotros tiene siete delfines, en honor a Neptuno, para quien los caballos son sagrados. El del otro extremo tiene siete huevos en honor a Cástor y Pólux. Con cada vuelta tumban uno, así se lleva la cuenta.

Drías entrecerró los ojos, tratando de distinguir las pequeñas figuras entre la maraña de estatuas y obeliscos que se erigían en la *spina* central.

—Pareces saberlo todo sobre este sitio.

—Cualquier habitante de esta ciudad podría haberte dicho lo mismo —replicó el desconocido con una sonrisa de orgullo—. Constantinopla es la ciudad más bella del imperio. Cada rincón tiene su propia historia, y nos encanta conocerla. ¿Sabías que existe una ley sobre las vistas en las casas? Si un vecino construye un edificio que tape tus vistas sobre un monumento puedes obligarle a que lo derribe, pero antes tienes que demostrar ante el juez que conoces la historia de esa obra de arte y lo que simboliza, para que todos puedan comprobar que sabes apreciar lo que ves. Eso hace que hasta el más pobre e iletrado ciudadano sepa hasta la última anécdota de cada rincón en el que vive. Te contaría cada una de las historias de esas estatuas, pero creo que van a dar la señal de comienzo.

Un fuerte murmullo entre la multitud acompañó al gesto del emperador, que levantó el brazo por encima de la barandilla de mármol del palco, con la mano aferrando delicadamente un trozo blanco de tela bordada. La expectación se encontraba en su punto álgido. La tensión que imbuía a los espectadores se podía cortar con un cuchillo. Todos los ojos bailaban, ora mirando la mano del emperador, ora contemplando a los *thyranoktai*, los encargados de abrir al mismo tiempo todas las puertas de las *carceres*, donde los caballos piafaban tras las portezuelas de madera, ansiosos por verse libres de su débil retención para lanzarse a todo galope sobre la arena.

Con un ligero gesto Justiniano arrojó el *mappa*, dando paso a un repentino frenesí entre la multitud, pues las barreras que marcaban la salida se abrieron de golpe, liberando las cuadrigas.

Con un rugido, el hipódromo entero se convirtió en un clamor, al ver cómo los carros saltaban hacia delante con inusitada rapidez. Los corredores, en precario equilibrio sobre los inestables carros de dos ruedas, empuñaban las riendas con habilidad, reconocidos por los colores que lucían en casco, correas y peto de cuero.

Las cuadrigas recorrieron la primera vuelta en un abrir y cerrar de ojos, levantando una nube de fino polvo dorado a su paso, mientras los ánimos se caldeaban aún más si cabe, con decenas de miles de gargantas gritando de emoción con cada giro, con cada movimiento. En la segunda ocasión en la que los corredores llegaron al giro donde se encontraban los hérulos dos cuadrigas chocaron, provocando que una de ellas volcara y arrojara al auriga al suelo, arrastrándolo por la mano con la que aferraba las riendas.

El público se levantó al ver el choque, para tratar de observar los intentos del corredor por alcanzar el cuchillo que llevaba en el cinto, para cortar las correas por las que era arrastrado. Tras recorrer casi medio estadio, llevado a rastras por los desbocados caballos, el auriga logró zafarse de la presa que mantenía su muñeca, dejándose caer a la arena.

Cuatro esclavos corrieron hacia él con una parihuela para sacarlo antes de que las cuadrigas dieran otra vuelta y lo arrollaran. Una vez liberado, el público perdió automáticamente el interés por él y volvió de nuevo su atención hacia los corredores.

Las vueltas se sucedían una tras otra, con azules y verdes en dura pugna por la cabeza, buscando tomar los giros por el interior, fustigando a los caballos con calculada firmeza para no agotar a los animales antes de llegar a la recta final. Con cada una de las vueltas alrededor de la *spina* central la multitud parecía aumentar la presión sobre sus pulmones, convirtiendo las gradas en una descomunal colmena, en la que pareciera que, en cualquier momento, se abalanzarían en tropel sobre la arena para empujar ellos mismos los carros hasta la victoria.

—¡Vamos, azul! ¡Vamos, azul!

Drías, envuelto en el frenesí de los que le rodeaban, animaba sin pausa al color por el que había apostado, apartando a manotazos a los enfervorizados asistentes que se encontraban a su lado, elevando los brazos cada vez que su cuadriga favorita pasaba frente a ellos.

En la recta final, un pequeño impulso de la cuadriga azul consiguió ponerla en cabeza justo antes de pasar frente al palco de los jueces, ganando la primera carrera de la jornada.

—¡Sí! —gritó Drías con emoción, abrazándose a Arzés—. ¡Adoro a ese auriga!

—¡Salve, Uranio! —se escuchaba gritar—. ¡Regocijaos, azules, vuestro señor ha alcanzado la victoria!

Los azules, puestos en pie, agitaban sus anchas mangas,

moviendo los brazos arriba y abajo al unísono, provocando una curiosa y animada coreografía, al tiempo que imponían su concertado grito, con el que saludaban la victoria de su cuadriga, ante la desesperación de los verdes, que se sentaron abatidos en sus bancos.

—*¡Nika! ¡Nika! ¡Nika!*

El grito con el que se celebraba la victoria se fue trasladando desde los bancos de los azules, hasta que gran parte del hipódromo coreaba esa misma palabra mientras Uranio saludaba a su público en la vuelta de honor, hasta llegar frente al palco imperial, donde el *actuarios*, el encargado de darle el premio, esperaba con la corona de laurel.

Poco a poco, el clamor que acompañaba la victoria del corredor se fue apagando, cuando los miembros de la facción azul se aquietaron en sus bancos y la gente comenzó a prepararse para la siguiente carrera. El griterío fue disminuyendo con la salida a la arena de mimos y acróbatas, transformándose en un ligero rumor, acallado por completo en todo el hipódromo cuando el heraldo de los verdes se dirigió al emperador.

Aunque, en un primer momento, su potente voz apenas lograba distinguirse entre el barullo reinante, en pocos minutos un profundo silencio se extendió por el amplio recinto, cuando los grupos más cercanos al palco imperial terminaron abruptamente sus conversaciones, logrando una calma propicia para el diálogo con el emperador.

—¡Salve, tres veces augusto! —comenzó de nuevo el heraldo de los verdes—. ¡El Señor te otorgue larga vida y la victoria sobre los enemigos del imperio! ¡El pueblo te suplica que tu magnánimo perdón alcance a aquellos a quienes el Señor ha tocado con su todopoderoso soplo, impidiéndoles morir a manos del verdugo! ¡Salve, augusto! ¡Perdón para los condenados!

El heraldo imperial, presente en el Kathisma para facilitar la comunicación con el pueblo, dirigió su mirada al emperador, esperando una contestación que transmitir. Sin embargo, Justiniano se mantuvo mudo, sin siquiera molestarse en girar la cabeza para contemplar al heraldo que le interpelaba, implorando el amparo de los acusados.

—¡Salve, tres veces augusto! ¡El Señor te otorgue larga vida y la victoria sobre los enemigos del imperio! ¡El pueblo te suplica que tu magnánimo perdón alcance a aquellos a quienes el Señor ha tocado con su todopoderoso soplo, impidiéndoles morir a

manos del verdugo! ¡Salve, augusto! ¡Perdón para los condenados!

En el hipódromo se alzó un fuerte murmullo cuando el heraldo de los azules recitó con fuerza la misma plática que, anteriormente, había entonado su semejante en el bando contrario. Nuevamente, no hubo contestación. Justiniano se mantuvo en silencio, levantándose con un nuevo *mappa* en su mano, dispuesto a dar la salida a la segunda carrera sin responder a los interlocutores de ambas facciones.

La estentórea voz de los heraldos desgarraba el tenso ambiente del hipódromo al término de cada carrera. Sin embargo, cada una de las repetitivas peticiones era contestada con el más frío silencio.

Tras la sexta carrera, desde el expectante público comenzaron a surgir voces discordantes que solicitaban a gritos el perdón de los condenados. Unas pocas gargantas, apenas audibles, que, con el transcurso de la jornada, fueron agrupándose hasta formar un tremendo clamor.

Los agentes que ambas facciones habían desperdigado por el hipódromo tras la primera negativa del emperador comenzaban a cosechar el fruto sembrado, influyendo en el público para que apoyara sus reivindicaciones. A media tarde, el inmenso recinto, abarrotado por una furiosa multitud, se había convertido en una masa homogénea de solicitantes irritados. Tras las peticiones de los heraldos, acogidas por los asistentes en un escrupuloso silencio, se sucedían verdaderas avalanchas de desgarradores gritos que solicitaban la amnistía para los dos condenados.

Pese a ello, tras veinte carreras y otras tantas peticiones, el emperador mantenía su mutismo. Su rostro se mostraba tan hermético como al comienzo de la jornada festiva. En sus facciones no se reflejaba tensión o duda, ni siquiera mostraba signo evidente de cansancio o hastío. Como si llevara una máscara ante el público, el emperador mantenía la misma indiferencia ante los heraldos como ante la abrumadora solicitud del hipódromo entero.

Calopodio se encaminó hasta el puesto de Antlas, atravesando sin miramientos los bancos intermedios, con el camino expedito por una docena de fornidos partisanos de su facción.

—¡Estoy harto! —gritó cuando se encontró con el *demarca* de los verdes—. Este necio se ha pensado que somos peleles a los que manejar a su antojo. ¿De verdad cree que puede ignorarnos eternamente? ¡Es humillante!

—No sólo nos ignora a nosotros —apuntó Antlas, extendiendo su brazo para abarcar al público—, sino a todo el pueblo. El hipódromo entero clama por la liberación de los nuestros, y aun así no hace sino despreciarnos. Esto se tiene que acabar, ¿no crees?

—Desde luego —admitió Calopodio y escupió sobre el suelo—. Veremos si mantiene su impasible silencio cuando comience a arder la ciudad.

—Deberíamos coordinar los esfuerzos —sugirió Antlas—. De esa forma podemos enviar un mensaje mucho más intenso. Además, no hay más que oír al pueblo. Está deseando que se haga algo. Podemos arrastrar a muchos de ellos con nosotros, eso nos dará más fuerza.

—Tienes razón —reconoció el *demarca* azul tras un instante de meditación—. De hecho, tal vez podamos utilizar todo esto para realizar algunos cambios.

—¿A qué te refieres?

—El prefecto de la ciudad —explicó Calopodio—. Después de su actuación no podemos consentir que siga en el puesto. Nos presentaremos en la prefectura y pediremos que salga a dar explicaciones. Si Justiniano no acepta perdonar a los presos, habrá que buscar al prefecto para que sea él quien lo haga.

—No se atreverá a salir.

—Desde luego, pero eso nos dará una excusa para asaltar la prefectura —comentó Calopodio con una sonrisa siniestra—. Será la mejor forma de hacer ver a Justiniano el precio de prescindir de nuestro apoyo.

Antlas asintió complacido. Si bien el *demarca* azul no hacía otra cosa que buscar venganza por lo que consideraba una afrenta personal hacia su propia facción, Antlas contemplaba satisfecho cómo su rabia se amoldaba perfectamente a sus planes. No sentía confianza alguna por la tregua y posterior unión de ambas facciones, por lo que su intención era otra bien distinta. Cuanto más se crispara la situación, mayor sería la brecha abierta entre los azules y el emperador. Si ésta fuera lo suficientemente profunda, evitaría que sus odiados contrarios fueran de nuevo protegidos en el futuro, lo que desataría sus manos a la hora de confrontarlos en la lucha por el control de la ciudad. Para Antlas sólo era un movimiento más en el juego por el poder en las calles y, por primera vez en mucho tiempo, sentía que estaba ganando ventaja.

—Deberíamos acordar una seña —comentó Calopodio, interrumpiendo la meditación de Antlas—. Si vamos a mezclarnos con el populacho deberíamos disponer de algo que nos distinguiera. Una consigna para aglutinar a las masas.

—Es una buena idea —reconoció el *demarca* de los verdes.

—¿Qué tal *vincas*?

—Ése es el grito de los soldados al emperador —adujo Antlas mientras negaba con la cabeza—. Somos hijos del hipódromo, y en nuestro mundo sólo hay una palabra para corear la victoria.

—*Nika* —susurró Calopodio.

—*Nika* —repitió Antlas.

Se tendieron la mano y la estrecharon con confianza.

Veintidós carreras se habían sucedido a lo largo del día antes de que todo estuviera dispuesto. Uranio finalizaba su vuelta de honor, tras ganar de nuevo mediante *diversium*, corriendo con los caballos de su adversario, con lo que demostraba que era su propia habilidad la que marcaba la diferencia con sus contrarios.

El hipódromo se silenció de nuevo, a la espera de otra petición por parte de los heraldos de ambas facciones, conteniendo el aliento cuando el heraldo verde se puso en pie en medio de su grupo. Sin embargo, de su quebrada voz no surgió la conocida súplica, sino otra proclama muy distinta.

—¡Vivan los azules y los verdes!

El grito resonó en los oídos de los sorprendidos asistentes, consiguiendo que el propio emperador enarcara una ceja, dirigiendo una mirada de asombro al fatigado orador.

—¡Vivan los azules y los verdes!

El heraldo azul repitió el grito de su homólogo, lo que levantó un murmullo creciente entre los espectadores del hipódromo.

Los miembros de ambas facciones se levantaron al unísono de sus asientos, repitiendo a pleno pulmón la misma frase que sus heraldos acababan de proclamar.

—¡Vivan los azules y los verdes!

El público, ante el creciente asombro de Justiniano, se sumó a las continuas voces de los faccionarios, primero con timidez, luego con inusitado fervor, hasta que el hipódromo entero retumbaba, envuelto en el descomunal estruendo.

—Esto se ha convertido en un insulto —comentó uno de los eunucos que acompañaban al emperador.

—Vámonos —ordenó Justiniano—. Se acabaron las carreras por hoy.

El emperador abandonó el palco por el pasillo que conducía directamente al Gran Palacio, dejando atrás a la airada multitud que, tras observar la rápida retirada del emperador, mudó su grito.

—*¡NIKA!*

Sesenta mil gargantas dejaron escapar la misma palabra, traspasando con sus voces el hipódromo, hasta que las calles adyacentes se llenaron de aquel canto a la victoria, como si los viejos edificios, mudos testigos del paso del tiempo, pudieran prever que aquel grito sacudiría los cimientos del imperio.

Los propios guardias que acompañaban al emperador temblaban ante la furia del pueblo, tal vez por eso no entendían cómo, en esa situación, Justiniano no perdiera la sonrisa.

A pesar de su confeso paganismo, Héctor no podía dejar de reconocer la espiritualidad que impregnaba el ambiente del monasterio donde los monjes le ocultaban.

Desde su llegada, dos días atrás, a la iglesia de San Lorenzo, había sido cuidado, alimentado y protegido con absoluta abnegación por el puñado de religiosos que moraban entre esos muros.

Su cuello aún lucía las terribles marcas y quemaduras de la feroz soga que trató de arrebatarle la vida. El abad ya le había advertido que su piel retendría de por vida la señal del fallido ajusticiamiento, como un recordatorio del milagro que el Señor había obrado en él. Sin embargo, a Héctor apenas le preocupaban las cicatrices, su único pensamiento, una vez que recuperó el habla, se centraba en su esposa y en su hijo.

De pie, junto al muro más alejado del ábside central de la iglesia, escuchaba en silencio el murmullo de las continuas letanías de los monjes, sumidos en su personal cántico de alabanza al Señor. Enfundados en el *sticharion*, la túnica que llevaban todos los clérigos, formaban un grupo compacto de adorantes, repitiendo una y otra vez la misma plegaria en respuesta a las oraciones del abad.

Su propio atuendo era idéntico al de los religiosos, pues cuando llegó no disponían de otros ropajes que prestarle. Su túnica se había desgarrado durante los forcejeos del día en que trataron de ahorcarle, por lo que le prestaron unas prendas del monasterio. Esa mañana, un monje había entrado en su celda portando uno de

los hatos que tenían preparados para las nuevas incorporaciones. Dos túnicas, dos capuchas y un cinturón, junto a un manto para el frío invernal. Mientras se enfundaba el prestado *sticharion*, el monje le iba explicando el significado de cada prenda. Los canales, las rayas rojas y blancas que recorrían su túnica de arriba abajo, recordaban las palabras de Dios: «de su seno correrán ríos de agua viva», y significaban la abundancia de la doctrina que la iglesia debía extender en derredor suyo. También simbolizaban el agua y la sangre que manaron de las heridas de Cristo. La capucha representaba la inocencia y protegía la razón, mientras que el cinturón simbolizaba la valentía y la castidad.

Vestido como un simple religioso, en la amplia capilla central de la basílica y rodeado de las suaves letanías de los monjes, Héctor encontró la paz interior suficiente para reflexionar acerca de los últimos acontecimientos, así como para meditar sobre el futuro que le esperaba a partir de ese momento.

Cuando recobró el conocimiento, la tarde del día de su ejecución, trató desesperadamente de levantarse del jergón donde los monjes le atendían. Las infusiones que el herbolario del monasterio había conseguido que bebiera en medio de su inconsciencia le mantenían sedado, débil, enmascarando el profundo dolor de las laceraciones de su cuello, al mismo tiempo que mermaban sus fuerzas. No fue hasta el día siguiente cuando pudo recuperar el habla, soportando profundas punzadas de dolor con cada palabra, con cada sorbo de agua que introducía en su boca.

Cuando le comunicaron que se encontraba a salvo, aunque vigilado por la guardia del prefecto, sintió una extraña mezcla de sensaciones. Alivio, ira, miedo, esperanza y desesperación. Hubiera deseado correr al otro lado del Cuerno de Oro hasta llegar a su casa. Notaba cómo las fuerzas regresaban poco a poco a sus miembros entumecidos, haciendo más duro e insufrible su estado, prisionero en una jaula de cerrada paz. Durante horas caminó de un lado a otro de su pequeña habitación, como un animal encerrado, privado de la ansiada libertad, hasta que se adentró en la iglesia y consiguió la calma necesaria para aclarar sus pensamientos.

Por el momento no disponía de muchas alternativas. El monasterio se encontraba estrechamente vigilado y, a pesar de varios intentos de los verdes, nadie podía entrar o salir sin pararse en los controles. Su única fuente de comunicación con el exterior se basaba en las exiguas salidas de los monjes del monasterio. Por

esa vía llegó al fin la ansiada confirmación de que su familia se encontraba bien, bajo la protección de Antlas, lo que alivió en gran medida su abatimiento inicial. Sin embargo, también supo por el mismo mensajero que, por el momento, resultaba imposible conseguir su liberación.

Hoy era día de juegos. Su única alternativa, tal y como le habían comunicado, se encontraba en una posible absolución por parte del emperador. Lo cual no le dejaba otra opción que sobrellevar la espera lo mejor posible.

El recogimiento del ambiente que albergaba la iglesia concedía un tenue respiro a su agitada mente. Se juraba a sí mismo que, de ser perdonado por el emperador, no volvería a caer en el mismo error, abandonaría aquella maldita ciudad y regresaría a Atenas, a buscar entre los viejos muros de sus decrépitos templos la vida que le había sido negada en Constantinopla. Mas cada reniego que surgía de su pensamiento encontraba una razón en contra. Una vez perdonado, ¿qué razón habría para huir? A fin de cuentas, si de verdad le consideraban un héroe y un mártir, ¿no debería aprovechar el sufrimiento pasado para alcanzar la fácil vida que tanto ansiaba para su familia? ¿Qué sentido tenía desperdiciar la ocasión? Los malos tragos en los que había estado a punto de dejar la vida serían, en ese caso, inútiles, estériles.

Tras una hora de intensa meditación, Héctor decidió olvidar por el momento los mil caminos que se abrían ante él, dejando que su cabeza se llenara con el suave arrullo del cántico de los monjes, tratando de borrar de su mente las voces de los verdes, a los que aún escuchaba gritando su nombre a lo lejos, coreando sus viejas consignas.

Las voces.

No estaban en su cabeza. Incluso a través de los espesos muros de la iglesia sus oídos captaban débilmente el monumental barullo que se desataba frente a la entrada del monasterio, que crecía en intensidad a cada momento.

Los religiosos comenzaron a murmurar, perdiendo el hilo de sus espirituales rezos distraídos por el clamor, que se incrementaba con rapidez, hasta que el griterío pudo escucharse con claridad al otro lado de la entrada cerrada a la iglesia.

La doble puerta de madera se abrió de golpe, dando paso a una aglomeración de jóvenes, partisanos azules a juzgar por sus ropas.

—¡Ahí está! —gritó uno de ellos, señalando a Héctor.

«Vienen a por mí», pensó él. Al fin y al cabo, no escaparía de la

muerte. La señora de la guadaña se había burlado de su destino, salvándole por dos veces de la horca para entregarle a una multitud de azules, deseosos de vengar el asesinato de sus compañeros. Tal y como le ocurrió cuando los guardias del prefecto derribaron la puerta de su casa, Héctor se entregó sin resistencia, aliviado en cierto modo por saber que su sufrimiento tendría un cercano final.

—¡Saquémosle! —chillaron los jóvenes partisanos, abalanzándose sobre él para llevarle en volandas fuera de la iglesia, donde cientos de personas esperaban ansiosas a verle aparecer, como si de un trofeo se tratara.

Los guardias que custodiaban el pequeño monasterio habían desaparecido, alarmados por la magnitud de la turba que se les echaba encima. Los pocos que no lograron escapar a la muchedumbre habían perecido, apaleados por la multitud enfurecida, que descargaba su ira en ellos, escupiéndoles su enojo y desprecio.

Zarandeado violentamente, Héctor cerró los ojos, suplicando que el fin fuera rápido. No encontraba fuerza suficiente en su interior para soportar la visión de una nueva soga, para sentir otra vez su contacto sobre la piel.

—¡Vivan los azules y los verdes! —escuchó.

—¡Vivan los héroes de las facciones!

Aún bamboleado por los empujones que le llegaban de todos lados, Héctor abrió de nuevo los ojos, extrañado por los gritos que vociferaba la multitud. Para su asombro, en medio del grupo de partisanos azules que le había sacado de la iglesia unos cuantos verdes se abrían paso a codazos, no para liberarle, ni para atacarle a su vez, sino para asir sus manos, tocar su ropa o palmear su espalda.

Como si de un famoso corredor de cuadrigas se tratara, Héctor se vio a sí mismo aclamado por la muchedumbre, desesperada por acercarse a él, tratando de tocarle, como si su simple contacto pudiera transmitir algo de la gracia que el Altísimo le había concedido.

Uno de los faccionarios verdes, robusto como un toro, alzó a Héctor sobre sus hombros, para que toda la gente congregada pudiera verlo. Un coro de gritos, vivas y salves se alzó en rededor, mientras los más cercanos extendían sus manos en un vano intento de rozar al nuevo héroe.

Así, sin que Héctor pudiera hacer otra cosa que dejarse llevar,

fue conducido en medio de aclamaciones hasta el puerto, donde una barcaza le esperaba ya para transportarle a su destino, Constantinopla.

Rodeado por una impresionante multitud, Antlas caminaba parsimoniosamente hacia la prefectura junto a Calopodio, arrastrando a su paso a una verdadera muchedumbre, enardecida por las proclamas que se lanzaban por todo el barrio cercano al hipódromo.

Si bien la avenida que conducía hacia la prefectura se encontraba atestada de vociferantes faccionarios, las calles cercanas se vaciaban de viandantes, alarmados por lo que, a todas luces, se consideraba ya como el inicio de una más de las interminables revueltas urbanas que salpicaban de cuando en cuando la capital del imperio. Para aquellos ciudadanos que no se dejaban arrastrar por el fervor popular irradiado desde los grupos del hipódromo, el hecho de que, aun de día, muchos de los que encabezaban la marcha portaran humeantes antorchas no contribuía a tranquilizar los ánimos.

Las facciones eran conocidas por su predilección por los incendios. En una ciudad atestada, donde los edificios, pese a las estrictas ordenanzas municipales, se construían cercanos unos a otros, apenas separados por pequeñas plazas y jardines públicos, el fuego constituía una manera eficaz de causar tremendos destrozos con apenas un puñado de alborotadores bien distribuidos. Debido a la creciente pobreza que acuciaba a la población, muchos no disponían siquiera del dinero necesario para alquilar una de las pequeñas viviendas de las ínsulas, conformándose con estrechas y amontonadas casuchas de madera, en las que el fuego encontraba un excelente medio en el que propagarse. Frente a eso, las brigadas contra incendios de los gremios que comandaba el prefecto de la ciudad apenas podían, con cubos y bombas de agua manuales, combatir cualquier cosa que no fuera un foco localizado o un pequeño fuego, por lo que en muchos casos se limitaban a evitar que se extendiera a otras casas. Sin embargo, ante la rápida propagación que propiciaban los faccionarios, se veían impotentes.

Por ello, al paso de la numerosa congregación las tiendas cerraban sus puertas, atesorando su preciada mercancía en los almacenes interiores, sacrificando las posibles ventas de la tarde a fin de conseguir un mínimo de seguridad para su precario medio de vida. Nobles, funcionarios y acaudalados ciudadanos corrían a sus casas, huyendo de la masa, cuya voluntad era tan voluble

como la de sus dirigentes. Bastaba una voz para que un inocente se convirtiera en el centro de la ira popular, para que la indiferencia se convirtiera en rabia y saña.

Sin embargo, Antlas tenía muy claro cuál era el objetivo primordial.

Envuelto en un halo de silencio, el interior de la prefectura, oculto tras la aparente seguridad de las cerradas puertas, contrastaba con la monumental algarabía que se desarrollaba en torno al edificio.

—¡Que salga el prefecto!

El grito resonó por encima del vocerío general, arrancando un coro de confirmaciones, así como un creciente número de seguidores que hicieron suya la propuesta.

—¡Queremos a Eudamón! ¡Que salga el prefecto!

La petición fue extendiéndose con rapidez, hasta que todas las calles cercanas ensordecían con el clamor que se elevaba desde la enfurecida masa.

Unas contraventanas de madera del tercer piso de la prefectura se abrieron, permitiendo la aparición del pálido rostro de un funcionario, que levantaba ambas manos pidiendo un poco de silencio a la multitud. Sin embargo, no fue hasta que los *demarcas* alzaron sus báculos de mando cuando se produjo el silencio.

—¡El prefecto no está aquí! —gritó el funcionario—. ¡Se encuentra en palacio!

—¡Mientes! —exclamó Antlas—. ¡Queremos que salga, que dé la cara!

—¡Es la verdad! —aseguró el funcionario con voz trémula—. ¡No está aquí!

—¡Cobarde! —chilló una voz en medio de la multitud, alentada inmediatamente por el resto de los congregados.

—¡Queremos el perdón para los condenados!

—No tengo autoridad para ello —se excusó el funcionario alzando la voz—. ¡Debéis esperar a que vuelva el prefecto!

—¡Cobardes! ¡Herejes!

Los insultos surgieron de la muchedumbre como un torrente, mezclados con piedras, cantos y fruta podrida, lanzada con fuerza contra la ventana, lo que obligó al asustado funcionario a resguardarse en el interior de la prefectura.

—¡Libertad para los condenados! —gritó Antlas.

—*¡Nika! ¡Nika!*

Coreando la consigna convenida, un grupo de faccionarios se adelantaron hacia la puerta transportando un grueso tablón de madera y lo utilizaron a modo de ariete para derribar las hojas que cerraban la entrada al edificio. Jaleados por la masa, los violentos embates se sucedieron contra las puertas hasta que, con un fuerte chasquido, el cerrojo saltó hecho pedazos, abriendo paso a la enfurecida multitud.

Ambos *demarcas* se retiraron a un lado, dejando que el torrente de enloquecidos ciudadanos, espoleados por los hábiles miembros de las facciones, se adentrara en la prefectura empuñando palos, cuchillos y antorchas. Del interior del edificio surgían gritos de terror, acallados de inmediato por las exclamaciones de los asaltantes, entregados a un saqueo incontrolable. En unos minutos, la riada humana comenzó a abandonar el edificio, transportando muebles y enseres, alardeando del botín conseguido y de la sangre derramada. Aquellos que se encontraban presos en las mazmorras de la prefectura fueron liberados.

Ni un solo funcionario había abandonado el edificio cuando negras columnas de humo comenzaron a surgir de las ventanas superiores.

Entre vítores y aclamaciones las llamas se propagaron con rapidez, engullendo el monumental edificio hasta convertirlo en una inmensa tea que iluminaba el atardecer de la ciudad. De cuando en cuando, espantosos aullidos de dolor se sobreponían al griterío general, delatando la muerte de los pocos que habían escapado a los enfurecidos asaltantes. Un par de funcionarios, tratando de escapar de la voracidad de las llamas, se arrojaron sobre la multitud desde las ventanas superiores. Sin embargo, su sino ya estaba marcado, pues el odio de la muchedumbre no perdona. Ambos fueron apaleados sin piedad una vez que llegaron al suelo, sin comprobar siquiera si aún seguían vivos tras la fuerte caída.

El fuego comenzó a propagarse libremente a los edificios anexos a la prefectura, expulsando a los vecinos de sus casas. Los llantos de aquellos que veían cómo la mordedura del fuego alcanzaba sus escasas pertenencias contrastaban con la ira de la muchedumbre. Hipnotizados por la furia del demonio que acababan de desatar, contemplaban el pavoroso y creciente incendio con una sonrisa. No fue hasta que la prefectura comenzó a desmoronarse cuando, a una señal de Antlas, se escuchó una potente voz.

—¡A palacio!

Unos pocos repitieron la consigna, hasta que el nuevo clamor se apoderó de la multitud, que comenzó a desplazarse lentamente por la avenida en dirección al Gran Palacio. Como una plaga de langostas, miles de desesperados desplazaban su odio, dejando a su paso un reguero de sangre, escombros y fuego descontrolado.

El eunuco alcanzó con rapidez las puertas de bronce de la sala del trono, despertando la curiosidad de los guardias que custodiaban el acceso. Antes de ordenar que le franquearan la entrada, Narsés atusó concienzudamente los pliegues de su inmaculada túnica, desplegando su capa para lucir adecuadamente el *tableion*, el gran cuadro bordado de color púrpura que marcaba su pertenencia a los más altos rangos de la corte.

Cuando los soldados abrieron las puertas penetró en la sala con parsimonia. Junto al emperador se arremolinaban los miembros de su consejo, varios senadores y altos oficiales del ejército. Aunque el comportamiento visto en el hipódromo se encontraba en boca de todos, aún permanecían ajenos a la tumultuosa demostración de poder que las facciones estaban desplegando en aquel momento.

En uno de los extremos de la sala, Teodora, rodeada de sus damas, escrutaba el rostro de Narsés con atención. A diferencia del resto de los asistentes, su grave semblante delataba una seriedad discorde con el ambiente relajado en el que se regocijaban los presentes. Observó a su protegido mientras se adentraba entre los grupos hasta situarse junto a Justiniano. Cuando Narsés susurró unas pocas palabras al oído del emperador, Teodora fue la única que percibió un ligero cambio en la hermética sonrisa de su marido.

Tras un instante de duda, Justiniano recuperó el gesto afable, transmitiendo a su jefe de eunucos unas breves instrucciones en voz baja, antes de regresar a la insulsa conversación que mantenía con un grupo de senadores.

Teodora despidió con un gesto a las damas de compañía que se encontraban a su lado e interceptó hábilmente a Narsés antes de que abandonara la sala.

—Alteza —saludó el eunuco con una cortés reverencia—. Estáis deslumbrante, como siempre.

—Deja los halagos para otro momento —interrumpió ella con tono calmado, manteniendo la sonrisa para evitar atraer miradas indiscretas del resto de los invitados—. Dime qué es lo que pasa.

—El emperador me ha ordenado no comunicárselo a nadie.

—El emperador es mi esposo —aseguró Teodora, afilando su mirada sobre el rostro de Narsés—. Según el sagrado sacramento del matrimonio somos una sola carne, así que puedes decírmelo a mí igual que si se lo dijeras a él. ¿No habrás olvidado a quién te debes, verdad?

—A mi señora, por supuesto —admitió el eunuco con tono zalamero.

Con un imperceptible gesto Narsés indicó a la emperatriz que le acompañara, alejándose discretamente hasta un punto donde ningún oído curioso pudiera captar la conversación.

—Ha estallado una revuelta —susurró el eunuco—. Los faccionarios han quemado la prefectura y se dirigen hacia aquí.

—¿Los verdes?

—Y los azules —confirmó Narsés.

Teodora no pudo evitar una mueca de sorpresa en su rostro, aunque recuperó la seriedad un segundo después, llevando al eunuco a un punto aún más alejado de los invitados.

—¿Estás seguro de eso?

—Completamente.

—¿Qué ha ordenado el emperador? —indagó ella.

—Que no hagamos nada. Espera que se disuelvan por sí solos esta noche.

El rostro de la emperatriz mudó, adoptando una expresión seria. En su delicada frente aparecieron pequeñas arrugas, mientras sus ojos se mantenían fijos en el resplandeciente suelo de mármol. Desde la conversación con el prefecto de la ciudad, en la que Justiniano había mostrado su deseo de ignorar la petición de las facciones, algo en su interior la había advertido de que aquélla era una mala jugada. Pese a las lógicas explicaciones de su esposo, ella no compartía su confianza en solucionar el asunto con un simple indulto concedido al día siguiente. No sólo eso, la intención de Justiniano de mantenerse al margen de la incipiente revuelta la desconcertaba. Aunque la furia del vulgo no era desconocida para los amos del imperio romano, pues del hipódromo habían surgido con frecuencia turbas desangeladas que provocaban desmanes a su paso, lo que aguijoneaba la intranquilidad de la emperatriz era la unión de ambas facciones. Nunca se había dado semejante coalición en la historia. Las consecuencias serían imprevisibles.

—¿Alteza? —susurró Narsés, enarcando una ceja ante el ensimismamiento de su señora.

—Transmite tus órdenes —finalizó Teodora—. Ya que no fuimos capaces de evitar el problema, esperemos acertar con la solución.

El eunuco realizó una corta reverencia, alejándose presto a cumplir su mandato, mientras la emperatriz le seguía con la mirada murmurando interiormente una plegaria.

A medida que se adentraba en las calles, el grupo en el que se encontraba Héctor crecía a un ritmo vertiginoso. Alimentado por un continuo goteo de estibadores, mendigos, peones, labriegos desheredados, porteadores o curiosos, el puñado de faccionarios que acompañaba al recién liberado convicto, tras su breve travesía por el Cuerno de Oro, lideraba ahora a una inmensa multitud que coreaba dócilmente las proclamas emitidas por los principales miembros de las facciones.

La ruidosa columna serpenteaba por los callejones estrechos. A su paso, las madres arrastraban a sus hijos al interior de las casas, puertas y postigos se atrancaban y las pocas tiendas de comida que abrían sus mostradores en esa zona clausuraban su entrada con premura, confiando más en las plegarias al Señor que en los débiles cierres de madera que protegían sus valiosas mercancías.

Héctor se encontraba aún atónito ante el espectáculo que le rodeaba. Basándose en los retazos de información que conseguía extraer de las escuetas respuestas de los faccionarios más cercanos, así como de las consignas que aullaban, había llegado a la conclusión de que verdes y azules se habían unido en una revuelta. Su idea se veía confirmada por la alta columna de humo que se recortaba contra la declinante claridad del cielo mientras se aproximaban al puerto. Varios edificios de la zona central se encontraban en llamas, aunque, una vez en tierra, caminando por las estrechas callejas con altos edificios a ambos lados, resultaba imposible hacerse una idea de la magnitud del incendio.

En los primeros puestos de la agitada marcha, Héctor comprobaba atónito cómo la muchedumbre degeneraba velozmente en una inmensa jauría de bestias, devorando todo a su paso. Armándose de palos, piedras y estacas, descargaban su odio a golpes sobre cuantos se cruzaban en su camino. Si bien, inicialmente, eran azuzados por las hábiles consignas de azules y verdes, en pocos minutos la turba degeneró en una indiscriminada cacería humana, atacando a cualquiera que presentara la más mínima traza de pertenecer a una clase acomodada.

Con el corazón encogido ante la duda de hasta dónde se extendía la revuelta, Héctor pugnó inútilmente por caminar contra la marea humana, tratando de escapar de aquella pesadilla en dirección al barrio de Zeugma, hacia su casa. Sin embargo, los faccionarios que le servían de escolta le mantuvieron a su lado, ignorando sus súplicas. Con férrea disciplina le condujeron calle abajo hasta el Augusteon.

La gran plaza se encontraba atestada. Tan sólo los escalones superiores del monumento central permanecían libres, ocupados por un puñado de personas, entre las que Héctor reconoció a los dos *demarcas* de las facciones. En los seis escalones iniciales que conducían a la plataforma en la que se levantaba la columna, se alineaban marcialmente filas alternas de partisanos verdes y azules. Portaban antorchas, confiriendo al centro del foro un aspecto fantasmagórico, que se asemejaba más a un espectáculo pagano que a una plaza situada en el corazón del cristiano imperio romano de oriente.

Desde la base de la columna que sostenía la estatua ecuestre de Justiniano, el heraldo de los verdes anunciaba a pleno pulmón los desmanes cometidos por el prefecto de la ciudad, enumerando cuantas costumbres depravadas era capaz de imaginar, coreado en cada ocasión por un atronador grito de «Muera» salido de las gargantas de los miles de asistentes.

Tras un penoso trayecto atravesando la concentración de personas, los faccionarios consiguieron aproximar a Héctor al centro del foro, donde se le abrió paso hasta la parte más alta de la construcción central, llevándole a presencia del *demarca* de los verdes.

—¡Héctor! —exclamó Antlas al verle llegar, hablándole al oído para hacerse entender en medio de la algarabía general—. Ha pasado tanto tiempo sin noticias tuyas que te daba por perdido. Como puedes ver, hemos estado muy ocupados durante tu ausencia.

—¿Qué ha pasado? —acertó a preguntar Héctor.

—La consecuencia lógica al testarudo comportamiento del emperador —replicó el *demarca* con una pícara sonrisa—. Solicitamos tu liberación, tanto verdes como azules, y Justiniano se negó. Hemos quemado la prefectura y, gracias al milagro que obró el Señor contigo, el pueblo nos ha seguido hasta aquí para dar una lección a ese arrogante que se sienta injustamente en el trono.

—No acabo de entenderlo —aseguró Héctor, aún aturdido por los acontecimientos.

—No importa —sentenció Antlas mientras se encogía de hombros—. Baste decir que ahora eres en extremo popular. Esos borregos creen que estás bendecido por Dios. Algo que podemos aprovechar.

—Mi mujer, mi hijo...

—No te preocupes —garantizó el *demarca*—. Están en tu casa, custodiados por mis hombres. No debes preocuparte lo más mínimo por su seguridad. Te dije que me preocuparía por tu familia y cumplo mi palabra. Ahora te necesito aquí.

Héctor observó cómo los ojos de Antlas se clavaban sobre él, desmintiendo la afabilidad de su sonrisa y la suavidad de sus palabras. Durante su estancia entre los tranquilos muros del monasterio había soñado con la libertad. Sin embargo, su deseo era en vano, jamás escaparía de las garras de la facción. Desde el momento en que su mano empuñó el frío acero para segar una vida humana su sino quedó escrito.

—¿Qué quieres que haga? —inquirió Héctor con un hondo suspiro de aceptación.

—Algo muy sencillo —aseguró Antlas—. Me he informado sobre ti, sobre tu educación y tus clases en Atenas. Para un gran orador como tú, un antiguo maestro, no será complicado aleccionar a las masas. Necesitamos enviar un mensaje al emperador, uno que no olvide fácilmente.

—Acabáis de quemar la prefectura.

—No es suficiente —recalcó el *demarca* mientras negaba con la cabeza—. Entiéndelo. El pueblo cree que estás bendecido. Te seguirán adonde quieras guiarles, atacarán a quien tú señales. Hasta ahora siempre hemos estado solos en la lucha, ésta es la primera vez que tenemos al pueblo junto a nosotros. Llevo años esperando algo así. Bien llevado, esto nos dará más poder del que hemos tenido nunca. Con la chusma de nuestro lado, si Justiniano quiere restablecer la tranquilidad tendrá que pagar. Van a cambiar muchas cosas en esta ciudad.

Héctor asintió sin decir palabra. Resultaba obvia la intención de Antlas. Utilizar a los miles de desesperados que malvivían en Constantinopla para ganar la cuota de poder que la amistad del emperador con los azules le negaba. Mientras contemplaba el sereno rostro del *demarca* apenas pudo evitar las náuseas que le invadían, al ser consciente de que él mismo se había convertido en

el principal instrumento de aquel inmenso engaño.

—Ve, hermano —añadió Antlas, asiendo los brazos de Héctor con firmeza, intentando infundirle ánimos en su tarea—. Estoy orgulloso de ti. Sé que no me defraudarás.

Con un profundo suspiro, Héctor avanzó lentamente hacia uno de los lados del gigantesco podio, mientras la voz del heraldo tronaba con fuerza, anunciando a la expectante multitud la presencia de uno de los hombres bendecidos por el Todopoderoso. Cuando se situó junto al borde del último escalón a la vista de cuantos abarrotaban el foro, aún vestido con el *sticharion*, la túnica de los clérigos, un creciente coro de exclamaciones brotó de la aglomeración. Muchos alzaron los brazos hacia él, suplicando que los bendijera, mientras otros bramaban exigiendo que mostrara las heridas de su cuello, más por su desatada fe que por obtener una prueba de su identidad.

Respondiendo a las exigencias de su exaltado público Héctor se despojó del tenso vendaje con el que los religiosos del monasterio habían protegido sus recientes laceraciones. De inmediato, a la vista de la herida se alzó un nuevo griterío, cuando cientos de incrédulos asistentes atestiguaban con sus bramidos la verdad de cuanto observaban a aquellos demasiado alejados para discernirlo con sus propios ojos. De entre la multitud comenzaron a surgir gritos dispersos que lo aclamaban como aquel que había sido tocado por la mano de Dios y le alentaban a hablar. En unos segundos, la muchedumbre entera vociferaba con insistencia, rogándole que les iluminara con sus palabras.

Desde su posición, Héctor contemplaba cómo un sepulcral silencio se iba extendiendo entre la ingente multitud, hasta el punto de que en el abarrotado foro no se escuchaba otro sonido que el tibio siseo del crepitar de las antorchas. Héctor sentía cómo miles de ojos se clavaban sobre él. Las voluntades de muchos se apiñaban a su alrededor buscando iluminación, ansiando una salida a la miseria y la desesperación que llenaban sus vidas. A pesar de toda su experiencia durante años de clases, jamás se había enfrentado a un auditorio semejante. Durante interminables instantes se mantuvo callado, deslizando su vista a uno y otro lado, deteniéndose en el expectante rostro de un anciano desdentado, de un indigente harapiento o un fornido estibador. A pesar de lo diferentes que eran sus facciones, en cada uno de ellos encontró la misma mirada, la misma petición. Anhelaban esperanza. Tras años de amarga explotación bajo el pesado e inmisericorde yugo de un tirano, capaz de exprimir a millones en

aras de sus megalómanos proyectos de expansión, aquellos míseros esclavos sin cadenas habían llegado al límite de sus fuerzas. Se aferraban a la débil esperanza de un milagro con tal de abrazar la idea de que el Señor, el último en quien podían confiar, no les había abandonado. Sin quererlo se había convertido en su icono, en su tabla de salvación, el símbolo de un sueño hasta entonces imposible, pues, si alguien puede sobrevivir por dos veces a la horca, ¿no podrían ellos alcanzar la libertad?

Y pese a ello, debía traicionarles.

—Yo...

La voz se quebró nada más comenzar la frase. De su intento no surgió más que un débil susurro que no hizo sino aumentar la tensión entre los asistentes. Sentía la fija mirada de Antlas clavada en su nuca, aprisionándole hasta asfixiarle, apremiándole para que vertiera su absurdo odio sobre esos oídos inocentes, prestos a creer en cualquier cosa. Únicamente necesitaría un discurso vacío, pura retórica envuelta en majestuosas palabras, para arrojar a las masas bajo la tutela de los *demarcas*, unas pocas frases y volvería a casa, con Penélope.

Pero su garganta se negó. Desde el fondo de su alma escuchó un grito, un alarido imposible de ignorar cuando su conciencia se rebeló, incapaz de mirar de nuevo hacia otro lado. Aunque la noche del ataque a los azules pudo silenciarla, en esta ocasión no tuvo la oportunidad. Había destruido una vida, pero si daba el paso que ahora le exigían sería responsable de ahogar las ansias de libertad de todo un pueblo, de aniquilar la esperanza que veía flotar en las miradas de aquella gente. No cubriría un error con otro.

—¡Ciudadanos!

El llamamiento brotó de su garganta con la fuerza de un huracán, sorprendiendo a cuantos le rodeaban.

—¿A qué habéis venido? —preguntó, ignorando las punzadas de dolor que, con cada palabra, emitía su reciente herida—. ¿Qué esperáis de mí? No hay nada especial en lo que veis, sólo una cicatriz dejada por una cuerda rota. No soy más que cualquiera de vosotros. Si pudierais ver mi corazón observaríais cómo gime de dolor igual que el vuestro, herido por las mismas cosas que os angustian a todos. Yo también me pregunto si trabajaré mañana, si seré capaz de soportar las lágrimas de mi hijo cuando suplique comida y no tenga un simple trozo de pan con el que saciar su llanto. Me pregunto si podré resistir un día más la injusticia y la

corrupción de un estado que vive a costa de mi sangre. Veríais la envidia, el odio y el rencor que me dominan cuando, cansado y harapiento, me cruzo con las literas y los cortejos de ricos y nobles, parásitos infames envueltos en las ganancias que obtienen comerciando con vuestras vidas. Si mirarais en mi alma encontraríais indignación, la que me produce contemplar este mar de dolor sobre el que navega un barco ceñido de oro y plata, un barco en el que sólo hay sitio para un hombre, el tirano que se hace llamar emperador. No veáis en mí a un mesías, pues me oprime el mismo puño que a cualquiera de vosotros. Sé que en vuestro interior se mezclan el miedo, la desesperación, el odio y la ira. Lo sé porque es aquello que yo mismo siento. ¿Buscáis una respuesta? No puedo ofreceros nada, pues la solución no la hallaréis en mí, ni en la plegaria de un monje, ni en el hipódromo. La respuesta a la congoja que os asfixia está en vosotros mismos.

Hipnotizados por la abrasadora pasión que desbordaban sus palabras, el foro entero se mantenía atento a la poderosa voz de Héctor, escuchando cada una de sus frases con suma expectación. Los faccionarios se fueron aproximando a él, arropándole con sus antorchas, envolviendo su figura en un espectáculo fantasmagórico de danzante fuego, hasta que cuantos allí se encontraban eran incapaces de sustraerse al influjo de su aliento.

—Hoy habéis gritado basta —continuó Héctor—. Habéis levantado la cabeza y abierto los labios para dejar escapar ese demonio que os oprime desde dentro. Pero vuestro mensaje no ha llegado adonde debiera. Es allí donde se encierra el enemigo —gritó, señalando con el brazo la entrada al palacio, que dominaba uno de los lados del foro junto al edificio del senado—. Tras esas doradas puertas de bronce se oculta el responsable de todo el dolor y el sufrimiento que llena cada una de las vidas que se arrastran por las inmundas calles de esta ciudad. Aquel que debiera cuidar de su pueblo se ha convertido en su mayor asesino, pues está aniquilando algo más preciado que la vida; la libertad, la justicia, la esperanza y el futuro de nuestros hijos. Y yo os pregunto: ¿qué vais a hacer mientras el tirano vende vuestra alma? ¿Marcharéis de nuevo a casa? ¿Dejaréis que todo esto se convierta en un simple sueño? Yo creo que las llamas de vuestro fuego no han conseguido quemar aún el verdadero centro de la podredumbre —anunció, recogiendo una antorcha de las manos de uno de los partisanos que se encontraba a su lado—. Hay un momento en la vida de todo hombre en que se enfrenta a una elección, una simple elección que marcará su destino y el de

cuantos le rodean. Hoy es ese día. ¿Vendréis conmigo?

Un atronador coro de afirmaciones inundó el foro como un torrente, hasta el punto de que el suelo temblaba, incapaz de absorber la energía despedida por miles de excitadas gargantas.

—*¡Nika!* —gritó Héctor, tan alto como sus pulmones fueron capaces.

—*¡Nika!* —contestó la multitud, con tal fuerza que los ecos de sus voces resonaron a lo largo de las calles, hasta que toda Constantinopla vibró con la consigna de la victoria.

—¿Se puede saber qué has hecho?

Con el rostro desencajado por la ira, Antlas gritaba con todas sus fuerzas, llevado más por la indignación que por el intento de hacerse escuchar en medio del barullo que los rodeaba.

El pueblo, guiado por los faccionarios, había entrado en el hipódromo y desmontado los asientos de madera que cubrían las gradas de mármol. Tras apilar la madera junto al Chalke, la estructura que conformaba el vestíbulo del Gran Palacio, habían pegado fuego a la improvisada hoguera, logrando con ello transmitir las llamas al edificio.

—Lo que me has pedido —contestó Héctor con fría calma—. ¿Acaso no era esto lo que esperabas?

—¿Te burlas de mí? Entre mis planes no figuraba quemar el palacio imperial —recalcó el furioso *demarca*—. Justiniano enviará a la guardia para sofocar la revuelta, y tomará medidas contra las facciones. ¡Lo pagaremos caro!

—Me extrañan tus palabras —replicó Héctor con tono enigmático, mutando su rostro en una calculada expresión de sorpresa—. Creí que agradecerías este gesto. Pensé que tú, mejor que nadie, comprenderías las ventajas que este hecho puede suponer para la facción.

Antlas alzó una ceja ante las últimas palabras. Durante un instante, Héctor pensó que el *demarca* se dejaría llevar por la ira. Sin embargo, Antlas pareció calmar momentáneamente su ánimo, recuperando la compostura.

—Explícate —ordenó el *demarca* tras una pausa, escrutando al ateniense con atención.

—En realidad es bastante sencillo —explicó Héctor, disimulando una sonrisa al comprender que había ganado la baza —. Habéis quemado la prefectura, pero no ha sido suficiente. Eso ha supuesto un desafío de las facciones al prefecto de la ciudad, la

más alta instancia de Constantinopla por detrás del emperador. Tras ello, al no haber respuesta es evidente que se necesitaba elevar la apuesta. Por encima del prefecto sólo se encuentran el emperador y la iglesia. El palacio era la alternativa más obvia.

—¡Pero Justiniano se vengará con las facciones!

—Sí, si hubiéramos sido sólo nosotros los que actuáramos contra él. Sin embargo, es el pueblo quien despliega su odio. Son sus manos las que empuñan las antorchas. Nosotros sólo hemos marcado el camino. Como tú mismo has dicho antes, necesitamos al pueblo para darnos fuerza. Los ciudadanos son los únicos con poder suficiente para hacer recapacitar al emperador. Las facciones en solitario únicamente suponen una molestia.

—¿Y si interviene la guardia? —dudó Antlas.

—¿No lo habría hecho ya? —comentó Héctor, encogiéndose de hombros mientras señalaba con un gesto la estructura que servía de entrada al palacio, envuelta en llamas—. La mayor parte de la guardia de Justiniano está formada por jóvenes patricios, incapaces de manejar un arma, sólo válidos para formar en los cortejos y ceremonias. Los *excubitores* son los únicos que podrían combatir realmente y, como puedes observar, no se arriesgarán a una batalla campal con miles de ciudadanos enfurecidos. Además —continuó Héctor, decidido a convencer al *demarca* con sus argumentos antes de que pudiera pararse a pensar con detenimiento—, los verdes ya eran la facción odiada por el emperador. ¿Qué va a hacer? ¿Mirar hacia otro lado mientras nos asesinan? ¿Ordenar a la justicia que ignore nuestras quejas? ¿Agobiarnos con impuestos injustos? Ya lo padecemos todo. No nos exponemos a ninguna carga que no se encuentre ya sobre nuestra espalda. Por el contrario, Calopodio y sus azules eran los hijos predilectos de Justiniano. Con su consentimiento a un ataque directo al palacio hemos conseguido romper esa alianza. El emperador no volverá a confiar en ellos, no tras esta noche. En un solo día has conseguido situarte a la misma altura que tu rival tras años de ignominioso sometimiento. Y lo has hecho con el pueblo a tu lado.

Antlas arrugó la frente, sopesando los argumentos de Héctor. A pesar de su iracunda reacción inicial no podía dejar de atender sus palabras. La sola idea de indisponer a Justiniano contra Calopodio le hizo olvidar los evidentes riesgos de tan provocadora actuación. Cualquier sacrificio sería aceptable con tal de conseguir que los azules dejaran de disfrutar de la protección de la pareja imperial. Por otro lado, Héctor tenía razón en su idea sobre el peso de la

participación del pueblo. Pese a todo, el poder de las facciones se basaba en su habilidad para utilizar al vulgo en su propio beneficio; por separado los verdes apenas eran un millar y medio de exaltados seguidores de los juegos circenses.

Asintiendo lentamente, el *demarca* se volvió hacia la multitud, cuyo clamor se elevaba por encima del crepitante rugido del fuego que envolvía el Chalke. Las puertas de bronce que clausuraban el acceso al palacio reflejaban en su superficie dorada el titilante avance de las llamas, que devoraban la estructura en la que se encontraban encastradas. Con una incipiente sonrisa, Antlas deslizó su mirada hacia la alta columna de humo, salpicada por las brasas rojizas que se desprendían del edificio. Como un oscuro mensajero, aquella gigantesca torre nebulosa se alzaba hacia el cielo, marcando el inicio de una nueva era para la ciudad, una época en la que los verdes volverían a tomar el mando de las calles.

Mientras contemplaba la ensimismada complacencia de Antlas, la mente de Héctor se agitaba con mil pensamientos. Si bien, inicialmente, su único afán se centraba en contentar al despótico *demarca* para salvaguardar su vida, la de su familia y su fuente de ingresos, a medida que su voz hipnotizaba a la multitud, Héctor podía sentir cómo él mismo caía rendido a los pies de sus propias ideas.

En el momento de comenzar su improvisado discurso se había dejado llevar por el corazón. Su lengua se había hecho eco de la ira que encendía el alma de aquella ciudad. No había sido complicado inculcar el odio en aquella muchedumbre de desheredados. Le había bastado contemplar su propio interior para transmitir su frustración a los miles de indignados ciudadanos que se aglomeraban en el foro.

Sintiendo como cada vello de su cuerpo se erizaba, Héctor contempló cómo la ira del pueblo, una vez incendiado el vestíbulo del palacio, se descargaba sobre el contiguo edificio del senado. Incluso un reducido grupo de campesinos emuló a los faccionarios, derribando las puertas de entrada al atrio de Santa Sofía, y arrastrando los bancos de madera al interior de la iglesia. En poco tiempo, el corazón de la ciudad se encontraba en llamas. Y, si bien a cualquiera aquello sólo le hubiera parecido una insurrección más, la mente de Héctor era capaz de ver más allá, de captar el simbolismo de cuanto se desarrollaba a su alrededor.

Palacio, senado e iglesia ardían a los pies del hipódromo. Rey,

oligarquía y religión eran derribados por el pueblo en apenas una noche. Mientras las llamas consumían a cuantos poderes habían tiranizado a la sociedad, el ateniense no pudo evitar soñar en un futuro de libertad como jamás había conocido el hombre desde hacía siglos.

Con la consigna de la victoria aún resonando en sus oídos, Héctor soñó con devolver a Roma a su verdadero origen, soñó con la república.

Uno de los criados avisó a Aecio de los disturbios que estaban teniendo lugar en las calles, así como del incendio de la prefectura. Durante un buen rato, el médico se mantuvo dubitativo respecto a lo que debía hacer. Por un lado, cualquier tumulto ocasionaría sin duda un buen número de heridos, como se contaba de las anteriores veces que las facciones se habían echado a la calle. Sin embargo, la idea de sumergirse en medio de una furibunda multitud armada con antorchas le resultaba cuando menos inquietante. Por su cabeza pasaron un sinfín de lógicas excusas que le permitieran permanecer encerrado en casa, pero, pese a ello, su conciencia cristiana le aguijoneaba continuamente, impidiéndole disfrutar con tranquilidad de su seguro refugio.

Paseaba de un lado a otro, como un gato enjaulado. Aunque tenía claro que su lugar se encontraba en la calle, buscando heridos o contusionados a los que aliviar mediante su ciencia, el miedo a la turba, a la violencia gratuita de la masa irracional, le mantenía dentro de la casa, sabiendo cuál era su obligación aunque demasiado temeroso de llevarla a cabo.

Caída ya la noche, sin que se hubiera decidido en un sentido u otro, uno de sus criados regresó con más noticias. Su rostro delataba un profundo temor, y sus manos aún temblaban.

—El populacho se ha concentrado en el Augusteon, mi señor —explicó el sirviente—. Uno de los faccionarios, ese al que intentaron colgar y el Señor, en su infinita misericordia, salvó, ha arengado a las masas. ¡Están quemando el palacio y el senado!

—¡Válgame el cielo! —exclamó Aecio, alarmado ante tan nefastas noticias—. ¿Acaso han derrotado a los guardias?

—Los soldados del emperador no han intervenido —aclaró el criado—. Hay tal aglomeración de gente ante las puertas del Gran Palacio que no deben de atreverse a combatirles. Pero lo peor no es eso, mi señor. Los incendiarios se están extendiendo, y están saqueando las tiendas y villas cercanas, alentados por las palabras

de ese hombre contra los ricos.

—Eso significa… —balbuceó el médico, incapaz de terminar la frase.

—Que podrían venir hacia aquí y asaltar la casa —dijo el sirviente, persignándose al tiempo que besaba un amuleto de madera que colgaba de su cuello, como si quisiera alejar así los malos augurios que pudieran cernirse sobre ellos—. Nos encontramos muy cerca del Augusteon, mi señor.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Aecio con evidente nerviosismo—. ¡Dios mío! Si están quemando los alrededores del senado… ¡El hospital está en esa zona!

—No creo que sean capaces de llegar hasta allí —replicó el criado—. Santa Sofía está justo delante del hospital de Sansón. Nadie sería tan impío como para quemar la gran iglesia, ni siquiera los faccionarios.

—Tal vez no —admitió el médico—, pero el fuego podría extenderse. ¡Tengo que ir al hospital!

—Mi señor, no os arriesguéis. Aquí estaréis más seguro.

—Debo ir —replicó Aecio, manteniéndose firme en su decisión, aunque las piernas le temblaban sólo de pensarlo—, seguro que seré necesario allí.

—Al menos no os llevéis vuestra caja de medicinas —suplicó el sirviente—. En el hospital no la necesitaréis, y así podréis marchar más ligero.

El médico asintió ante la sugerencia de su criado. La pesada caja no sería más que un estorbo, y llamaría la atención de los grupos de incontrolados con los que pudiera cruzarse. Del desorden al robo o al asesinato sólo había un paso, y cualquier desesperado le apuñalaría antes de saber si la caja contenía algo de valor o no.

—Dame una de tus capas —indicó Aecio.

—Pero, mi señor, ¡pareceréis un simple criado!

—De eso se trata, cubriré con ella mi túnica de *iatroi*. Así pasaré desapercibido.

El sirviente asintió, corrió a recoger la prenda y regresó al punto para ayudar a su amo a envolverse en la capa parda cuanto pudo, de forma que su túnica azulada se viera lo menos posible. De esa guisa, Aecio salió a la calle y se encaminó a toda prisa hacia el hospital de Sansón.

El callejón en el que se encontraba el acceso a su vivienda

permanecía vacío pero, nada más abandonarlo y adentrarse en las calles de Constantinopla, se encontró con un buen número de exaltados, que coreaban consignas contra el emperador o daban vivas a los azules y los verdes, al tiempo que enarbolaban multitud de antorchas. El núcleo de los desmanes parecía concentrarse en las cercanías del Augusteon, así como en el primer tramo de la avenida principal, bajo cuyos pórticos se desarrollaban numerosas escenas de saqueo e incendio. Afortunadamente, la mayoría de los reunidos se limitaba a animar a los faccionarios en su labor destructiva, contemplando las llamas que comenzaban a elevarse hacia el oscuro cielo nocturno. Gracias a su disfraz, el médico pudo deslizarse rápidamente entre ellos sin llamar la atención, embozado como un simple criado, hasta llegar al final de la avenida.

La visión que se mostró en ese momento ante sus ojos le dejó sin aliento. Deteniéndose y olvidando los miedos, Aecio contempló cómo una verdadera multitud se concentraba frente a las puertas del Gran Palacio, elevando las antorchas rítmicamente al grito de *«Nika»*. El Chalke se encontraba envuelto en llamas, al igual que el senado, que ardía como una tea, con las estatuas que vigilaban su frontal derribadas y ennegrecidas. Al otro lado, del techo de madera de Santa Sofía se elevaba un mar de llamas.

Parecía que Constantinopla se había convertido en una gigantesca hoguera. Con el corazón en un puño, Aecio corrió hacia el hospital, bordeando la inmensa estructura de Santa Sofía, de cuyas ventanas superiores comenzaba a salir un humo negro y espeso. Por el camino rezaba entre dientes, suplicando al Señor que el *xenon* se hubiese salvado de la catástrofe. Sin embargo, cuando llegó el espanto casi le deja sin sentido.

El edificio donde se albergaba el hospital ardía por los cuatro costados. De cada una de sus ventanas surgían llamas, o columnas de humo que se unían sobre la estructura, alzándose hacia la oscuridad, como si el demonio hubiera apoyado su negro dedo sobre el hospital, desatando en él todo el furor del infierno.

Con la angustia atenazándole la garganta se aproximó cuanto pudo a la entrada, hasta que el calor del incendio le golpeó como una bofetada. Sobre el suelo, justo delante de la puerta, descansaban los pocos que habían podido abandonar el edificio a tiempo. Varios tosían, respirando con dificultad, y alguno rezaba de rodillas, temblando como una hoja. De un vistazo, Aecio comprobó que apenas una docena de hombres había conseguido escapar del pavoroso horno en el que se había convertido el

hospital. Paralizado por el horror de cuanto veía, tardó unos instantes en recobrar la compostura y comenzar a atender a los supervivientes.

Se agachó junto a un hombre que se retorcía de dolor en el suelo, con ambas piernas abrasadas. Su túnica se había consumido, y los restos ennegrecidos de la tela se encontraban casi fundidos con la piel. A su lado, uno de los asistentes más jóvenes del hospital le contemplaba impotente, sin saber cómo actuar.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Aecio, arrodillándose frente a él, al tiempo que examinaba más de cerca al herido.

El asistente desvió sus ojos vidriosos hacia él, aunque parecía no darse cuenta realmente de su presencia. Trató de hablar, pero de su boca no salieron más que unos ininteligibles balbuceos.

—¡Contrólate! —gritó el médico—. Estos hombres necesitan ayuda, te necesitan a ti —añadió, zarandeándole de los hombros.

—Sólo soy un asistente —se excusó él, a punto de echarse a llorar—. No sé qué hacer.

—Empieza por decirme qué ha pasado —pidió Aecio, volviendo de nuevo su atención hacia el quemado, dándose cuenta de que no había nada que pudiera hacer por aquel hombre, que agonizaba bajo terribles dolores.

—Alguien dijo que se veían llamas en Santa Sofía —relató el joven aspirante a médico, conteniendo a duras penas los sollozos —. Yo salí a verlo. El techo de la iglesia había comenzado a arder, desparramando al viento una nube de pavesas. Nos quedamos mirando como tontos, viéndolas caer a nuestro alrededor como una lluvia de luciérnagas. Antes de que nos pudiéramos dar cuenta, el fuego prendió en un montón de sábanas que se acumulaban junto a la entrada. Tratamos de apagarlo, pero no fue posible. Se descontroló en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Dices que se inició en la entrada? —dijo Aecio, dándose cuenta de que aquel viejo edificio sólo tenía una puerta de acceso, y que sus ventanas estaban enrejadas—. Entonces...

—No ha salido más que un puñado —confirmó el asistente—. Él fue el último en intentarlo —añadió, señalando al hombre que se encontraba caído a su lado.

De no haber estado arrodillado en el suelo, Aecio se hubiera desplomado. Notó cómo le faltaba el aliento. Sintió frío a pesar de la intensidad de las llamas que se agitaban junto a él.

—Escuchábamos los gritos que llegaban del pabellón de mujeres —continuó el muchacho, sin poder evitar que sus ojos se

inundaran de lágrimas y su rostro se tornara en una mueca de desesperación—. Las oíamos suplicar por su vida, mientras el olor a carne quemada inundaba el ambiente, pero nos quedamos aquí, sin hacer nada.

El asistente se llevó las manos a la cara, mientras su cuerpo se convulsionaba, preso de un llanto incontrolado. A Aecio le hubiera gustado decirle que no había sido culpa suya, que en el momento en el que la entrada al edificio quedó envuelta en llamas todos los que se encontraban dentro estaban sentenciados, pero se encontraba tan anonadado que no podía hablar. Se limitó a dar la mano al herido que yacía a sus pies, tratando de reconfortarle hasta que dejó de moverse y exhaló su último aliento.

—¡Necesito un médico!

Aecio se levantó de manera mecánica, sin pensar, y se volvió hacia la voz que solicitaba su ayuda. Un hombre acababa de llegar corriendo, y miraba a uno y otro lado en busca de un *iatroi*. En cuanto vio cómo Aecio se levantaba se dirigió hacia él.

—¿Eres médico?

Aecio asintió, abriendo su capa para mostrar la túnica azul que aún llevaba debajo. Sin embargo, el recién llegado no se molestó en comprobarlo, le agarró del brazo y tiró de él en dirección a la entrada de Santa Sofía.

Dejándose llevar, Aecio, aún atónito por lo que acababa de presenciar, corrió tras el desconocido. Dieron la vuelta al gran edificio y entraron en el atrio frontal, a través de las puertas derribadas. No fue hasta que llegaron a los siete escalones de mármol que conducían a la entrada del templo cuando Aecio logró detenerse y recuperar el control de sí mismo.

—¡No te detengas! —urgió el hombre que le guiaba

—¡La iglesia está en llamas! —gritó él, señalando con la cabeza la imagen que se veía a través de las puertas principales de la basílica, abiertas de par en par.

El interior de Santa Sofía se había transformado en la antesala del infierno. Grandes hogueras rugían alrededor de casi todas las columnas que se erguían entre las naves. Incluso alguna de ellas se había derrumbado, arrastrando tras de sí estatuas, ornamentos y parte de la cubierta.

—¡Hay un herido atrapado! —chilló el desconocido, asiendo de nuevo el brazo del médico y dando un tirón—. Tienes que venir.

Las últimas palabras no fueron un ruego, sino una orden. Aecio se fijó por primera vez en aquel hombre. Llevaba una larga

paenula sobre la ropa, una especie de capa redonda con una apertura en el centro para la cabeza y una capucha, aunque el calor había conseguido que esta última cayera sobre la espalda, dejando su rostro al descubierto. La *paenula* era el atuendo tradicional de los campesinos y labriegos, aunque normalmente era más corta que la que llevaba su acompañante. Sin embargo, el aspecto de aquel hombre, con el pelo bien cortado y perfectamente rasurado, no encajaba con su atuendo. Sus ojos no expresaban miedo, desconcierto o un ruego, sino resolución. Parecía que aquel desconocido sería capaz de arrojarle a las llamas si se negaba a acompañarle, por lo que, tras un instante de duda, contuvo la respiración y se adentró en Santa Sofía.

El supuesto campesino le condujo con rapidez hacia un lado, muy cerca de la base de una de las columnas que se habían derrumbado. Dos hombres esperaban junto a un tercero, caído en el suelo y con las piernas atrapadas por uno de los tambores de piedra de la columna.

—Traigo un médico —anunció su improvisado guía cuando alcanzaron el lugar donde esperaban los demás.

—Vano esfuerzo —dijo uno de ellos, de pie junto al herido—. La columna le ha aplastado las piernas. No podemos sacarlo. Hay que dejarle aquí.

—¡No! —chilló el otro, que se encontraba sentado en el suelo, con la cabeza del hombre atrapado sobre sus rodillas y agarrándole la mano.

Agradeciendo a Dios que la altura del edificio alejara el humo de la parte más baja, Aecio se acercó al herido, despojándose de su capa debido al intenso calor. Antes de arrodillarse junto al caído se fijó en el rostro de los dos hombres que se mantenían en pie. Podía notar la tensión en sus ojos, pero, a pesar de las gruesas gotas de sudor que rodaban por su frente, ambos se mantuvieron quietos, sin insistir en la idea de abandonar al herido.

Rápidamente, Aecio examinó las pocas quemaduras que revestía el caído, reparando en que no eran importantes. Se trataba de un joven, de apenas veinte años, cuyo pálido rostro se encontraba contraído en una mueca de dolor, mientras su agitada respiración revelaba que estaba a punto de desmayarse. El médico examinó luego sus piernas, completamente chafadas bajo el terrible peso de la columna que le había caído encima. Pequeños regueros de sangre surgían alrededor del suelo, en el punto en el que la piedra atrapaba sus extremidades, sin delatar la cantidad del vital líquido que aquel joven había perdido.

—Tiene las piernas destrozadas —apuntó, tras palpar suavemente la zona que sobresalía de la roca, justo por debajo de las rodillas—. Los huesos han cortado la piel y está perdiendo sangre. Si no detenemos la hemorragia morirá.

—No podemos levantar esa piedra —aseguró el hombre que le sostenía—. Necesitaríamos más hombres y una palanca. No llegaríamos a tiempo.

El que había hablado vestía exactamente igual que sus compañeros pero, a diferencia de ellos, había sobrepasado los cuarenta. Resultaba imposible no captar la angustia que reflejaban sus ojos, sobre todo cuando miró hacia arriba al terminar la última frase. Aecio elevó la vista, siguiendo la mirada del desconocido, observando con terror cómo la techumbre se agitaba, envuelta en llamas, sobre sus cabezas, como un mar de fuego en el que estuvieran a punto de sumergirse.

—Ese techo no aguantará mucho —comentó. Sin embargo, ese hombre se mantenía aferrado al joven atrapado, y los dos que le acompañaban no parecían dispuestos a dejar que el médico se marchara sin más.

—Tiene que haber alguna forma de salvarle —urgió uno de los que permanecían de pie—. Ya ha perdido las piernas. ¿Viviría si se las cortáramos para sacarlo?

—Padre... —susurró el herido—. Déjame aquí.

—No te dejaré —negó el hombre que le sujetaba.

Con un crujido, parte de la techumbre se desplomó al otro extremo de la iglesia, cerca del ábside, arrastrando un par de columnas y parte de la estructura entre las naves.

—Hay que hacerlo ya —apremió uno de ellos.

—Necesitaría una sierra para cortar los huesos —explicó Aecio —, y no dispongo de mi instrumental. Además, en cualquier caso perderá mucha sangre, lo más probable es que no sobreviva.

El padre del caído pareció meditar durante un segundo, contemplando los ojos entrecerrados de su hijo mientras trataba de decidir lo que debía hacer, al tiempo que los crujidos de la techumbre se intensificaban y el humo comenzaba a bajar del techo, irritándoles los ojos y haciéndoles toser.

—¿Existe alguna posibilidad? —preguntó, mirando directamente a Aecio.

—Mi casa está muy cerca —respondió dubitativamente el médico, aunque sin atreverse a quitarle toda esperanza a ese hombre—. Si le llevamos allí con rapidez, es posible que pueda

hacer algo. Pero no tengo útiles para cortar las piernas.

El padre asintió lentamente, después miró a uno de los que permanecían de pie y éste extrajo una espada de entre sus ropajes, arrodillándose junto al caído.

—¡Un momento! —gritó Aecio, deteniéndole cuando ya se disponía a descargar su espada—. Primero hay que hacerle torniquetes en las piernas.

Con toda la rapidez de la que fue capaz, desató el cinturón al herido e improvisó con él un torniquete en una de sus piernas, apretándolo cuanto pudo hasta que el joven se quejó por el dolor.

—¡Dame tu cinturón! —urgió al padre del herido, tendiendo su mano para recibir lo que constituiría el segundo torniquete.

Durante un instante, el hombre pareció dudar, pero bastó un nuevo quejido de su hijo para que se desligara de su cinturón y lo tendiera a Aecio, de forma que éste lo apretara alrededor del otro muslo del joven. Después, el médico se apartó y dejó que el que se encontraba armado hiciera su trabajo.

El primer golpe cortó limpiamente la pierna izquierda del joven, que chilló de dolor, mientras su padre le abrazaba con toda la fuerza de la que era capaz. Sin embargo, necesitó dos golpes para seccionar la pierna derecha. Para cuando acabó, el joven se había desmayado. Aecio envolvió las extremidades en la capa que había dejado en el suelo, justo antes de que el padre cargara a hombros al herido y abandonaran rápidamente la iglesia, dejando atrás aquel infierno con las mejillas coloradas por el calor y el sudor recorriéndoles el cuerpo.

El médico les condujo a través de la turba, que aún se mantenía en las calles bailando alrededor de los edificios incendiados y disfrutando del vino que alguno de los faccionarios había robado de una tienda saqueada. En mitad de la improvisada fiesta que se desarrollaba a su alrededor, nadie se preocupó de detenerlos.

Llegados a la casa, tendieron al herido sobre una mesa, arrojando a un lado la capa, convertida en un trapo anegado en sangre. Ante la mirada desencajada de su padre, Aecio buscó en el cuello del herido una señal de que su corazón aún latía, pero ya era tarde.

—Lo siento —fue su escueto dictamen, volviéndose para enfrentarse al padre del recién fallecido—. Ahora se encuentra con el Señor.

El hombre prorrumpió en sollozos, aunque se mantuvo erguido,

llevándose tan sólo una mano a los ojos. Sus dos compañeros permanecieron a su lado, pero sin hacer siquiera un intento por consolarle, simplemente guardaron silencio y esperaron.

Al cabo de un rato, el padre pareció retomar el control de sus nervios, aunque mantuvo la vista fija en el pálido cadáver de su hijo.

—Debemos irnos —dijo por fin.

—No podemos llevárnoslo —aseguró uno de sus compañeros.

El padre se giró hacia él, con la mirada cargada de odio, obligando al que había hablado a bajar la vista y clavarla en el suelo. Sin embargo, tras un instante en el que Aecio pensó que lo estrangularía allí mismo, asintió con la cabeza y le dio la razón.

—Es cierto. Os estaría eternamente agradecido si prepararais su cuerpo —añadió, volviéndose hacia el médico—. Mañana volveré a por él y os pagaré por vuestros esfuerzos y el riesgo que habéis corrido.

—Será un honor —respondió Aecio, incapaz de negar nada ante el sufrimiento que delataban los ojos de aquel hombre—. Ahora mismo llamaré a mis sirvientes.

Musitando un inaudible agradecimiento, el hombre se acercó a la mesa, tocó suavemente el pálido rostro de su hijo y le cerró los ojos con mano trémula. Tras ahogar un nuevo acceso de llanto, se dio media vuelta y desapareció con sus dos compañeros.

Aecio necesitó un buen rato para calmar su agitada respiración. Temblaba como si estuviera preso de fiebres, y aún notaba el calor de la iglesia abrasándole la cara. Liberó los inútiles torniquetes de las piernas del muerto, arrojando los cinturones cubiertos de sangre al mismo rincón donde había dejado la capa. Después llamó a sus criados para que lavaran el cuerpo, tal y como le había prometido al desconocido.

—¿Qué ha pasado, mi señor? ¿Por qué habéis vuelto?

El temeroso criado de Aecio apareció acompañado de dos de las sirvientas, para que se ocuparan de adecentar el cadáver.

—El hospital está en llamas —explicó el médico con voz cansada—. He tratado de ayudar a este muchacho pero no he podido hacer nada.

—Aquí corréis peligro —aseguró el sirviente con nerviosismo —. Los faccionarios podrían asaltar la casa en cualquier momento.

—Por lo que he visto se concentran junto a los grandes edificios del foro —adujo Aecio—, y en los pórticos de la calle Mese. No creo que se internen hasta esta zona.

—Pero estamos muy cerca —insistió el criado—, y esta casa es una ratonera. Si os parece bien, montaré guardia fuera. Si esos bárbaros se aproximan tendré tiempo de avisaros para que huyáis por la parte de atrás, saltando la tapia.

—Es una buena idea —admitió el médico, pensando tanto en su seguridad como en librarse del atemorizado sirviente.

El criado abandonó la sala, dejando a su amo a solas con las dos mujeres que se ocupaban del cuerpo.

Tras desnudar al fallecido, le anudaron la cabeza con un lazo de lino, para que los demonios no pudieran entrar en el cuerpo a través de la boca abierta, ni el alma sintiera deseos de regresar. Después le lavaron con agua mezclada con vino, aplicándole finalmente aceite perfumado de rosas. Tras prepararle, vendaron las piernas del fallecido y le vistieron con una corta túnica blanca, como símbolo de la nueva pureza del cuerpo, cruzándole las manos sobre el pecho como si estuviera dormido. Antes de irse, arrojaron en el suelo unas pocas ramas de laurel, olivo y arrayán, arrancadas de los árboles que crecían en el patio de la villa, tal y como mandaba la tradición, pese a saber que los familiares no irían a velar el cadáver. Finalmente, las mujeres se marcharon con una inclinación de cabeza, dejando a Aecio a solas con el fallecido.

Sentándose en un bajo taburete de madera, el médico trató de hacerse a la idea de todo lo que había visto aquella noche. La imagen del hospital envuelto en llamas se mantenía fija en su mente, así como las crudas palabras del superviviente, que le describió los gritos de los que habían quedado atrapados. Era una muerte terrible, destinada tan sólo a los más horrendos criminales. Maldijo a las facciones por su insensatez y por su ciega soberbia, que les hacía creerse dueños de la vida de cuantos se cruzaban en su camino. La certeza de que el Señor pagaría su acerba pasión por los incendios con el fuego del infierno no aquietaba su espíritu. No lograba entender la razón por la que esos insensatos se arrogaban el derecho a asesinar a decenas de inocentes para demostrar así al emperador su ira por no concederles sus peticiones. Y lo peor de todo era que esos malnacidos eran capaces de arrastrar junto a ellos a miles de ciudadanos que, en otras circunstancias, no habrían cometido mal alguno. Como una lluvia torrencial, que arranca árboles inocentes y tranquilas piedras, incorporándolas a su corriente mortal, las facciones transformaban al honrado en ladrón, al piadoso en colérico y al pacífico en asesino.

Acercándose al cadáver, se preguntó el motivo por el que aquel joven en la flor de la vida había exhalado su último aliento,

precisamente en una iglesia, el que debía ser el lugar más seguro y sagrado de la ciudad. ¿Quién sería ese muchacho? Sus ropajes eran sin duda un disfraz. Al pensar en la capa que él mismo había llevado para llegar al hospital, Aecio supuso que se trataría seguramente de un patricio y su hijo, junto con dos sirvientes armados, que tratarían de huir y fueron sorprendidos por los faccionarios. En su pensamiento, les vio adentrarse en la iglesia en busca de la protección divina, sin saber que los asaltantes, ciegos en su ira demoníaca, serían capaces de incendiar la más sagrada de las basílicas de Constantinopla.

Aecio posó una mano sobre la pálida frente del joven, fijándose en cómo los labios habían perdido su color. Él no tenía hijos, pero pensó que a aquel muchacho le habría consolado estar en los brazos de su padre en el momento final. Contemplando el cuerpo amortajado del caído, Aecio maldijo tanto la guerra como las revueltas, porque en ellas se daba la misma terrible y antinatural circunstancia, la de que los padres vieran morir a sus hijos.

—¡Mi señor! ¡Vienen hacia aquí!

Dando un respingo, Aecio escuchó los gritos del sirviente que se había apostado como vigía fuera de la casa. Apenas un instante después entró en la sala como una exhalación.

—Debéis huir, mi señor —chilló el criado, fuera de sí por los nervios—. ¡Os matarán!

—¡Virgen santísima, protégenos! —exclamó el médico, notando cómo la sangre le desaparecía del rostro.

—¡Corred! —urgió el sirviente, asiendo una de las mangas de la túnica de su amo y dirigiéndose al patio trasero de la vivienda —. Si os encuentran en la casa os asesinarán.

—Pero... —balbuceó Aecio mientras se dejaba llevar por su criado—, mi casa, mis medicinas...

—¡Olvidaos de eso ahora! Vuestra vida es lo importante.

El sirviente condujo a su amo hasta el muro que separaba la villa de una callejuela secundaria, ayudándole a saltar por encima precipitadamente.

—¿Qué pasará con vosotros? —preguntó Aecio, mientras se descolgaba al otro lado del muro.

—No os preocupéis, mi señor —aseguró el criado—. Nosotros nada tenemos por lo que puedan interesarse, nos dejarán tranquilos. ¡Huid, no esperéis más!

Con el corazón desbocado, sudando de miedo a pesar del frío que traspasaba su túnica, Aecio se adentró por la oscura callejuela

esperando oír tras él en cualquier momento los cánticos de los faccionarios, o ver el fulgor de sus antorchas acercarse.

Sin saber siquiera adónde iría, Aecio corrió para salvar su vida.

Constantinopla, 14 de enero de 532

El resplandor de los incendios aún iluminaba el cielo de la ciudad, hendiendo la oscuridad de la noche con su pálido fulgor mientras los últimos rescoldos del desastre mordían hasta el más oculto rincón de Santa Sofía.

Pasada la medianoche, desde el idílico jardín anexo al Panteón, el edificio del Gran Palacio que albergaba la residencia de la emperatriz, un pequeño grupo se mantenía en silencio contemplando con semblante serio la decreciente claridad que titilaba por encima de los altos muros que rodeaban el recinto palaciego.

—La sagrada Santa Sofía. No puedo creer que se hayan atrevido a tanto.

La suave voz de Teodora rompió la quietud que envolvía a los reunidos, destruyendo el hechizo que parecía mantenerlos en atónita expectación.

—Gracias al cielo que el *skevophylakion* se ha salvado —comentó el patriarca Epifanio, refiriéndose al edificio del tesoro del templo, donde se almacenaban reliquias, textos sagrados y vestimentas litúrgicas—, pero el interior de Santa Sofía ha sido arrasado por las llamas. Las tallas, los mosaicos, las pinturas... todo perdido. Mis colaboradores aún están intentando localizar a una docena de religiosos. La más santa de nuestras basílicas se ha convertido en un cementerio humeante. ¡Por culpa de esos herejes!

—Esta noche el pueblo de Constantinopla ha contraído una sagrada deuda —afirmó el emperador con tono solemne—. No cejaré hasta que sea satisfecha. Santa Sofía resurgirá de sus cenizas, más gloriosa que nunca.

Justiniano mantenía el hieratismo que caracterizaba su personalidad, aunque sus ojos brillaban con inusitada fuerza esa noche, como si hubieran recogido el fulgor que se elevaba de los incendios, acunando en su interior el fuego con el que ardía su ciudad. A diferencia de los rostros apenados que le rodeaban, cada llama que mordía el corazón de la ciudad parecía insuflarle nuevos ánimos. Mientras un puñado de figuras avanzaba hacia ellos por uno de los caminos empedrados que dividían los jardines, el emperador mantenía la vista fija en el tenue resplandor, aparentemente ajeno al sufrimiento que se desplegaba a su lado.

—Majestad... —susurró Narsés, una vez que alcanzó el punto donde se encontraba la pareja imperial junto al patriarca.

—¿Por qué la guardia no ha intervenido? —Justiniano realizó la pregunta sin mover un músculo de su rostro, con los ojos aún alzados hacia el cielo. La suavidad de su voz casi convertía su interrogación en una simple idea arrojada al viento, como si esperase que Dios contestara sus dudas. El eunuco intercambió una ligera mirada con Marcelo, el jefe de la guardia de palacio, situado a su lado.

—Tal y como me solicitó Narsés —se disculpó finalmente Marcelo—, me mantuve al margen de la revuelta. Sin embargo, reforcé la guardia, y distribuí a mis hombres por todo el perímetro del palacio, para evitar que algún exaltado lograra introducirse en el recinto. Si se me hubiera ordenado, durante el ataque al vestíbulo mis tropas se habrían enfrentado a la multitud.

Con un breve parpadeo Justiniano pareció recuperarse de su ensimismamiento y volvió la cabeza hacia el jefe de su guardia. A diferencia del curtido Belisario, que, junto al prefecto de la ciudad, acompañaba a los recién llegados, Marcelo no mostraba un porte distinguido. Con su inmaculada túnica blanca ceñida por un resplandeciente cinturón de oro, ni siquiera portaba arma alguna. Era un funcionario, elevado a su rango por conveniencia política más que por su especial preparación en el campo militar. Su única ocupación durante el escaso tiempo que había ostentado el cargo consistía en coordinar las distintas unidades bajo su mando en los desfiles ceremoniales con los que se mostraba el esplendor de la corte. A pesar de su impecable aspecto, resultaba evidente que el intenso episodio de violencia le había cogido totalmente desprevenido. Moviendo el peso de su cuerpo de una a otra pierna, Marcelo parecía mostrarse cada vez más incómodo bajo la escrutadora mirada del emperador.

—¡Eso no son más que excusas! —intervino el patriarca con indignación—. No era una orden lo que faltaba, ¡sino el valor!

—No me parece una acusación justa —sentenció Justiniano sin apartar la vista del comandante de la guardia—, aunque es cierto que no puedo estar satisfecho con su actuación.

—¡Por su cobarde comportamiento Santa Sofía ha quedado a merced de una multitud de herejes! —insistió Epifanio.

—¿Quién hubiera pensado que esos facinerosos serían capaces de realizar un acto tan atroz? —apuntó Justiniano.

—No creo que la intención del vulgo fuera quemar la iglesia —

aclaró Narsés con un susurro, enarcando una ceja ante la adusta mirada que le dirigió el emperador—. Al parecer, el palacio y el senado eran el centro de su ira. Una vez que las llamas se apoderaron de estos edificios es fácil que algunas brasas prendieran en la basílica. Ya sabemos que los incendios se propagan con facilidad.

—El resultado ha sido el mismo —recalcó el patriarca.

—En cualquier caso tenemos que terminar con esto. Mañana concederé el perdón —anunció finalmente Justiniano—. Anunciaré también un mayor número de carreras, eso supone más dinero para las facciones. Con eso deberían contentarse. Así zanjaremos esta molesta revuelta.

—Majestad —intervino Narsés con tono zalamero—, es indudable que vuestro magnánimo gesto conmoverá el corazón de muchos de los ciudadanos, al tiempo que satisfará la natural corrupción de los *demarcas*. Sin embargo, nunca hasta ahora se han atrevido a un gesto tan importante como atacar el propio palacio imperial. Tal vez sería útil considerar otro tipo de escenario y tomar precauciones.

—Habla sin rodeos —ordenó el emperador.

—Tal vez los *demarcas* no queden satisfechos —aclaró el eunuco—. Y teniendo en cuenta la facilidad con la que manipulan al vulgo, tenemos que prepararnos para la eventualidad de que continúen los altercados. Hay mucho resentimiento en la plebe debido a los impuestos y a la carestía de pan.

—Estoy de acuerdo con Narsés —aseguró Belisario, que se había mantenido hasta ese momento ajeno a la discusión—. Dispongo de tres mil veteranos distribuidos por la ciudad. Deberíamos acuartelar a las tropas en el palacio.

—El emperador ya dispone de los regimientos de la guardia —interrumpió Marcelo con orgullo—, no tenemos necesidad de mercenarios bárbaros.

—Por lo que he podido comprobar —enfatizó Belisario con tono calmado, señalando con un gesto de la cabeza el resplandor de los incendios—, es ahora cuando mis tropas son más necesarias.

—¿De verdad os proponéis abrir las puertas del palacio a miles de salvajes hérulos? —chilló indignado Marcelo—. ¡Es una insensatez!

Belisario dio un paso hacia el jefe de la guardia, aproximándose hasta situar su cara a pocos centímetros del rostro de Marcelo, provocando un inconsciente titubeo en el funcionario.

—Esos salvajes son los que protegen las fronteras del imperio. Muchos han dejado su sangre en el desierto mientras otros exhibían sus armas en cortejos y ceremonias.

A pesar de su juventud, hasta el último de los presentes pudo captar la dureza que emanaba de las calmadas palabras del general. Belisario no necesitó perder los nervios o levantar la voz para que el níveo uniforme de Marcelo se turbara con un temblor casi imperceptible, delatando la facilidad con la que se había esfumado de nuevo el coraje del jefe de la guardia.

—Sólo un necio dudaría de la valía de tus tropas —intervino el emperador, temiendo por la integridad de Marcelo—. Sin embargo, no creo necesario convertir el palacio en un cuartel improvisado. No es la primera vez que esta ciudad sufre los desmanes de esos fanáticos circenses. En un par de días se habrán cansado de incendios y revueltas y volverán al redil. A fin de cuentas, dependen de nosotros. Les proporcionamos el dinero con el que sobreviven.

—No recuerdo otra ocasión en la que verdes y azules coaligaran sus fuerzas —susurró Narsés con suavidad—, aunque ambos están cortados por el mismo patrón. Seguramente tendréis razón y baste con dar con una mano y amenazar con la otra.

Justiniano asintió ligeramente con la cabeza, recuperando su estática contemplación del fulgor de los incendios. Durante un instante mantuvo sus ojos fijos en el cielo esbozando una enigmática sonrisa, antes de abandonar lentamente el jardín seguido por el patriarca, el prefecto de la ciudad y Marcelo.

Un imperceptible gesto de la emperatriz disuadió a Belisario de acompañar al pequeño grupo hacia los edificios cercanos. El joven general se mantuvo junto a Narsés, contemplando de reojo cómo Justiniano desaparecía por la puerta más próxima, flanqueado por el gimiente clérigo y sus dos augustos funcionarios.

—Preparad lo necesario para reunir a vuestras tropas al amanecer.

El rostro del general mudó en una mueca de asombro al escuchar las escuetas palabras de Teodora.

—¿Me pedís que desobedezca al emperador? —inquirió incrédulamente Belisario enarcando una ceja.

—Mi augusto esposo aún no se ha dado cuenta de la gravedad de la situación. Como habéis podido comprobar el jefe de la guardia es un inútil. Pronto tendremos necesidad de vuestras espadas.

—Muchos de los ricos patricios huyen en barco al otro lado del Cuerno de Oro —añadió Narsés—. La mayoría comprende lo que se avecina y no quiere encontrarse al arbitrio del vulgo. Es evidente que la revuelta no ha hecho más que empezar.

—No es ésa la postura que habéis defendido hace un instante —replicó Belisario con una mirada despectiva, mientras recordaba la siseante voz del eunuco alabando la pasividad de Justiniano—. Tal vez el emperador hubiera agradecido que no se le ocultara esa información.

—Mi fiel Narsés conoce de sobra los entresijos de la corte —afirmó Teodora, adelantándose a la agria contestación del eunuco, que se limitó a fulminar al general con una furibunda mirada, recogida con desprecio por Belisario—. Desgraciadamente, mi señor es demasiado afable con aquellos que se encuentran a su lado. Todos esos inútiles que revolotean a su alrededor creaban demasiada confusión. Con sus excusas y lamentos consiguen que cualquier argumento fundado se diluya. Es más útil callar y retomar la conversación más adelante.

—No parecéis guardar mucho aprecio por aquellos que sirven al estado.

—Ninguno de los que hace un momento rodeaban a mi querido esposo sirve a otro que no sea su propio interés.

—Aunque así sea —admitió el general, acariciando distraídamente su barba con expresión dubitativa—, Marcelo controla los accesos al palacio. Mis hombres no entrarán sin su consentimiento, y él no lo permitirá sin una orden directa del emperador.

Una ligera sonrisa curvó los finos labios de Teodora, permitiendo a la luna iluminar fugazmente sus dientes perfectos, como una blanca línea de bellas perlas que se ocultaban en su boca. Belisario era tal y como imaginaba. Leal hasta el punto de renunciar a su sagaz criterio militar, con tal de satisfacer las órdenes de su señor. Y, al mismo tiempo, inteligente para evitar negarse a los deseos de la emperatriz.

—Nada temáis, general —tranquilizó Teodora con un susurro, aproximando su rostro al de Belisario—. Sabré convencer a mi esposo cuando me encuentre a solas con él.

Un escalofrío recorrió el cuerpo del general al sentir la cálida respiración de Teodora sobre su rostro. En la oscuridad de la noche, los bellos ojos de la emperatriz centelleaban con fuerza, destacando a través de las miríadas de brillantes destellos con los

que los diamantes de su tiara envolvían su rostro a cada ligero movimiento. A pesar de su corta estatura, e incluso pesadamente envuelta por los densos ropajes ceremoniales, Belisario no podía dejar de admirar la elegancia de su porte. Bastaba intuir la sensual delicadeza de la piel que se ocultaba bajo ese rico manto para comprender el poder que sería capaz de ejercer sobre su esposo.

Durante un instante Teodora se mantuvo quieta, fijando su mirada en el rostro del general, con la cabeza ligeramente ladeada y la boca entreabierta, respirando suavemente a pocos centímetros de Belisario. Sonrió pícaramente y se deslizó como una sombra hacia la misma puerta por la que había desaparecido Justiniano minutos antes, rozando con su mano la túnica del general en un gesto inocente.

Belisario no pudo evitar seguirla con la mirada, hechizado por aquella ínfima muestra de la seducción que se acumulaba en ese inalcanzable objeto de deseo. Ni siquiera la profunda mirada de odio de Narsés, mientras caminaba tras su señora, consiguió alterar sus pensamientos.

—Mañana reuniré a las tropas —musitó, como si no fuera consciente de ser el único que aún permanecía en el jardín, ajeno a las frías y húmedas ráfagas de viento que agitaban la vegetación cercana, acunando con su vaivén los gritos que llegaban del exterior.

Caminaba con la vista fija en sus pies, sin alzar los ojos más que para orientarse entre la maraña de callejas pequeñas y oscuras que se entrecruzaban a su paso. Esquivaba mecánicamente los charcos, los adoquines sueltos que salpicaban las aceras empedradas y los socavones que delataban el abandono de los barrios más modestos. Por fin libre de la ciega ira que le había consumido durante las últimas horas, Héctor regresaba a su casa.

Ebrio de orgullo al contemplar la facilidad con la que había conseguido engatusar a Antlas, estaba convencido de que, por primera vez en siglos, el espíritu de la antigua Grecia había visto de nuevo la luz. Y había sido él quien lo había provocado.

Aún era incapaz de creerlo. Sus recuerdos se difuminaban en una nube de fuego y violencia, entre incontables rostros rebosantes de esperanza y miríadas de antorchas que subían hasta el cielo. Su cabeza punzaba con insistencia, acuciándole para que pusiera de nuevo en marcha la fábrica de lógica y razón con la que se había defendido de la vida a lo largo de tantos años. Pero

Héctor se negaba. Ansiaba mantener esa ficticia nube de orgullo y poder en la que se había deslizado. No quería que los negros pensamientos que pugnaban por abrirse paso en su mente arrancaran de golpe su hedonista contemplación de sí mismo.

Sin embargo, con cada paso, una vocecilla interior le avisaba de que sus sueños de libertad, de liderar al *demos* en una reencarnación del perdido espíritu del pasado, finalizarían en el momento en que se encontrara a solas con ella, con Penélope.

Había necesitado horas para librarse de Antlas. Tras pasar la consigna entre la multitud para reunirse al día siguiente en el foro, la muchedumbre, saciada su ira, se había disuelto poco a poco. Calopodio había insistido en continuar la quema, y Antlas, con una evidente sonrisa de satisfacción, había apoyado la medida, asegurando que Héctor volvería a liderar a la masa a la mañana siguiente. Cegado por su humillación, el *demarca* de los azules era incapaz de comprender el interés de su homólogo en mantener abierta la brecha con Justiniano. Su empecinamiento contra el mayor protector que había tenido su facción proporcionaba alas a los verdes, seguros de que, cuanto más profunda fuera la fisura, menor sería el apoyo que el emperador concedería a sus eternos enemigos en el futuro.

Finalmente, Héctor había convencido al eufórico *demarca* para que le concediera unas horas. No veía a su mujer desde el día en que, subido al patíbulo, contempló su rostro entre la multitud. Ahora, calmados los ánimos tras la vorágine de fuego y muerte, Héctor sólo ansiaba reencontrarse con su esposa.

Tres fornidos faccionarios montaban guardia en el patio que daba acceso a su casa. Sus hoscas miradas le convencieron de que, al menos en eso, Antlas había cumplido su palabra. Apenas emitieron un gruñido antes de acercar una pequeña lucerna a su rostro para poder reconocerle.

Tras un corto aunque concienzudo examen, las torvas miradas devinieron en joviales sonrisas y amistosas palmadas en la espalda. Tan radical fue el cambio de actitud de los jóvenes verdes que, por un momento, Héctor temió que le retuvieran exigiendo un pormenorizado relato de cuanto había acontecido en el foro. Afortunadamente, unas breves palabras y una disculpa apresurada bastaron para proseguir su camino, ascendiendo las desvencijadas escaleras que conducían hacia su familia.

Los destrozos ocasionados por la guardia el día en que le apresaron habían sido reparados. Una puerta nueva, discordante con el desconchado entorno, se levantaba ante él, aunque no

ofreció resistencia cuando empujó suavemente la hoja. Se abrió lentamente, sin un ruido, permitiendo que el escaso fulgor de la luna se adentrara en la estancia, iluminando tímidamente el interior.

Apenas habían pasado unos días desde que había abandonado aquel mismo sitio, arrastrado por las cuerdas de los soldados. Sin embargo, un inquietante sentimiento le abrumó. Se sentía ajeno. Sin poder precisar el motivo, tenía la sensación de estar mirando la casa de otro a través de un agujero realizado en la pared, como un extraño que se regocija en la felicidad que observa a través de la ventana, contemplando vidas desconocidas con la ilusión de que, algún día, pudiera sentirse parte de alguna de ellas.

—¿Héctor?

La voz llegó como un susurro. Él se mantuvo en la puerta, contemplando cómo su propia sombra se adueñaba de la habitación, intentando vislumbrar algo dentro de la oscura estancia.

—¿Eres tú?

La voz se hizo más apremiante. Una figura se deslizó fuera del invisible lecho provocando un ligero crujido entre las sombras, un fugaz aleteo de tela suave cuando Penélope se cubrió con una estola.

La vio acercarse, despacio, con los ojos abiertos de par en par, intentando discernir el rostro de aquella figura que se erguía estática junto a la puerta. Cuando le reconoció se llevó una mano a los labios, reprimiendo un grito. Dos lágrimas cruzaron sus mejillas y recorrieron su rostro mientras emitían tibios destellos con cada rayo de luna que reflejaban. Héctor alargó lentamente una mano, hasta recoger con delicadeza las húmedas perlas que se deslizaban suavemente sobre aquel rostro angelical. Ella se dejó acariciar, cerrando los ojos, como si así pudiera convencerse de que la mano que notaba sobre su piel no era producto de un sueño.

Él se aproximó, acercándose despacio hasta encontrarse apenas a un palmo de su esposa. Penélope abrió los ojos, clavando sus brillantes pupilas en el rostro de Héctor, recorriendo suavemente su cara con las manos, mientras las lágrimas continuaban brotando libremente.

Se abrazaron en silencio, apretándose el uno al otro sin necesidad de palabras, recogiendo en sus bocas el aliento tantas veces deseado, saboreando el dulce roce de sus labios.

Se amaron despacio, sintiendo la piel, recogiendo los latidos que ardían en el interior de sus cuerpos. El mundo desapareció. La noche engulló las sombras de su austero hogar deshilachando los recuerdos de la angustia reciente, transportándolos a un agradable pasado, donde la vida era fácil y el mundo se rendía a sus pies.

Se mantuvieron abrazados, acariciándose con las yemas de los dedos, recorriendo con dulzura los más íntimos recodos de la amada geografía. Eran conscientes de que una sola palabra podría romper la magia, devolverlos a la mísera realidad, y ninguno quería ser el primero en renunciar a ese pequeño milagro. Pero la insaciable sed que despierta la curiosidad no puede apagarse con unas caricias.

—¿Qué te ha pasado?

Héctor la miró, tratando inútilmente de discernir las facciones de su cara en la oscuridad. No necesitaba luz para adivinar la tensa preocupación que delataba su rostro, reconocía la honda desdicha que vibraba en esas pocas palabras, susurradas al oído en la calidez del lecho.

—Los soldados me condujeron a los calabozos de la prefectura —relató, entonando la historia de sus últimos días con tono desapasionado, tratando de evitar que los sentimientos se colaran por las rendijas abiertas de su historia—. Al día siguiente me anunciaron mi ejecución, el juicio no fue más que una farsa. Ya viste lo que pasó en el patíbulo. Cuando me recuperé del desmayo me encontraba en un monasterio, al cuidado de unos monjes.

Penélope deslizó suavemente sus dedos sobre la cicatriz de su cuello, interrumpiendo momentáneamente el monólogo de su marido. La imagen de la soga se mostró de nuevo ante sus ojos, obligándole a tomar aire con fuerza, para evitar la sensación de ahogo que parecía aprisionarle de nuevo. Ella le besó con dulzura, apaciguando su ansiedad con tiernas palabras, apretándole fuerte contra su pecho, recordándole que aquello formaba parte del pasado.

—Cuando los faccionarios me sacaron del monasterio creí que por fin había llegado mi hora —continuó, ahora con la voz quebrándose en su garganta dolorida—. Por un momento deseé que acabara todo, que se terminara el miedo, el sufrimiento.

—Cariño —susurró ella, besándole de nuevo, sin poder evitar que las lágrimas inundaran sus ojos—. No digas eso.

—Es cierto —confirmó él entre sollozos—. Quería morir. No podía soportar sentir la aspereza de la cuerda mordiéndome de

nuevo.

—Ahora estás a salvo. Estás junto a mí, junto a tu hijo, en casa.

Héctor rompió a llorar, dejando que Penélope le acunara entre sus brazos. El miedo, la rabia, la impotencia y el horror de esos días le anegaron, acosándole durante un tiempo que se le antojó interminable. Ella era su tabla de salvación, su sostén. Se agarró a su esposa como si no existiera nada más en el mundo, hasta que, poco a poco, la crisis cesó.

—Nos iremos esta misma noche —dijo ella cuando Héctor se calmó—. Cogeremos sólo lo que podamos cargar y abandonaremos esta maldita ciudad y a los locos que la habitan.

—No podemos —negó él.

—Tenemos que huir —apremió Penélope, forzando con sus manos a que sus miradas se encontraran—. No quiero perderte otra vez.

Él acarició su pelo con la mano, palpando su sedosa cabellera como si fuera la primera vez que enredara sus dedos entre los rebeldes mechones.

—Es imposible —sentenció con un profundo suspiro—. Las puertas de la ciudad están fuertemente vigiladas por orden del emperador, y mi rostro ahora es demasiado popular para pasar desapercibido.

—Podemos intentarlo por el puerto.

Héctor desechó la idea con una ligera negación de su cabeza. Recordando a los tres faccionarios que montaban guardia en su patio, comenzó a pensar si su verdadera misión no consistiría en asegurarse de que permanecían en la ciudad. Antlas jugaba bien sus dados, no permitiría que su mejor baza escapara en mitad de la noche.

—Sigo siendo un proscrito sentenciado a muerte —recalcó, sentándose en la cama para zafarse de los inquisitivos ojos de su mujer—. Mientras el emperador no me conceda el perdón seremos perseguidos.

Penélope se abrazó a su espalda, buscando en la oscuridad el calor de su cuerpo. Se sentía incapaz de abandonar esa vorágine que parecía envolverlos, arrastrándoles al abismo.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó, temerosa de la respuesta.

—En cuanto amanezca volveré al foro. Acosaremos al emperador. Espero que lo suficiente para que proclame una amnistía. Después nos iremos.

Imprimió a sus palabras toda la confianza de la que era capaz, y aunque notó sobre su piel el escalofrío que recorrió el cuerpo de Penélope fingió no haberlo sentido. Él mismo era incapaz de creerlo. No sólo dudaba que Justiniano fuera capaz de ceder, sino que apenas anhelaba que aquel futuro se convirtiera en realidad. A pesar del miedo a la muerte y el deseo de verse libre de aquella ominosa condena que pesaba sobre su vida, la esperanza que había visto en los ojos del pueblo mientras escuchaba su discurso había despertado una pasión que ya creía olvidada, una que crecía lo suficiente como para competir con su egoísta afán de sobrevivir.

Con la primera claridad del alba, unos golpes sorprendieron a los amantes dormidos en su entrelazado abrazo. La puerta pareció estremecerse, sobresaltando al pequeño Platón, que comenzó a llorar, acuciando aún más el despertar de sus padres. Durante un instante, el brutal asalto de los guardias días antes se presentó de nuevo en su mente, provocando un tenso momento de pánico. Penélope se incorporó de un salto, aún desnuda, y corrió hacia su indefenso hijo mientras Héctor buscaba a su alrededor algo con lo que poder defenderse.

—¡Héctor! —gritó una voz desde el exterior—. ¡Va a amanecer, tenemos que irnos!

Los faccionarios enviados por Antlas acuciaban al ateniense, que se llevó las manos a la cabeza con un profundo suspiro de alivio.

La tenue luz que se filtraba por cada una de las rendijas que rodeaban la puerta y la ventana de la estancia apenas rompía la densa oscuridad de la habitación, sin embargo, bastaba para que Héctor pudiera atisbar el rostro de su amada. A pesar de la penumbra, no pudo evitar fijarse en las marcadas ojeras que rodeaban los bellos ojos de Penélope. En escasos días parecía haber envejecido diez años.

Acarició de nuevo su rostro, siguiendo con las yemas de los dedos la tensa mueca que marcaban sus finos labios. Leía el miedo en sus pupilas, como si le advirtieran en silencio de lo peligroso de su posición. Sabía tan bien como él que caminaba por una cuerda floja, con la única opción de seguir adelante hasta caer o encontrar el final de ese tétrico pasaje.

—¡Héctor! —gritó de nuevo la voz, mientras los golpes arreciaban sobre la puerta.

—¡Ya voy, maldita sea! —respondió él, enfundándose su túnica

al tiempo que se calzaba las roídas sandalias.

Antes de abandonar la casa echó una estola sobre los hombros de Penélope, arropándola junto al pequeño, calmado por los cálidos brazos de su madre. Les besó a ambos y salió con rapidez.

No se sorprendió al ver a los tres faccionarios de pie junto al dintel de su puerta, sino al comprobar cómo el patio de su desvencijada casa se había convertido en improvisado centro de reunión para una pequeña multitud.

En medio de un ominoso silencio, un nutrido grupo de personas se mantenía a la espera, con la vista fija en el recién aparecido, al que recibió con un callado murmullo de admiración. Instintivamente, Héctor deslizó una mano sobre su cuello, palpando la visible cicatriz de su fallido ahorcamiento, lo que provocó un creciente rumor entre los concentrados.

—Tenemos que ir al foro —comentó uno de los faccionarios que se encontraba junto a su puerta.

—¿Quiénes son? —preguntó él, desconcertado por la densa acumulación de personas en tan estrecho patio.

—Vienen a ver al bendecido —explicó el miembro de los verdes con un encogimiento de hombros—. Han comenzado a llegar hace ya un rato.

—Debemos apresurarnos —intervino otro de los enviados de Antlas—. El *demarca* nos quería allí al amanecer. Ya vamos retrasados.

Héctor asintió con un ligero movimiento de cabeza, bajando mecánicamente los escalones sin perder de vista el mar de rostros que seguía cada uno de sus movimientos, iluminados por una docena de antorchas llameantes. Una vez que alcanzó el suelo, un estrecho pasillo se formó ante él, desde el final de las escaleras a la puerta de entrada a los humildes pisos.

Caminó lentamente entre aquellos hombres, mirando a uno y otro lado, leyendo en sus ojos admiración y respeto. Sus ropajes se mostraban tan raídos como los que él mismo vestía. Su piel, aún salpicada por las oscuras manchas de hollín que delataban su actuación del día previo, lucía las mismas arrugas que marcaban su propio rostro.

Se vio a sí mismo reflejado en aquellas caras, en esas manos encallecidas por el duro trabajo, en los enjutos rostros delatores del hambre y las continuas privaciones. Era fácil comprender que no sólo le admiraban por su inmensa suerte con un inexperto verdugo y una soga mal ajustada. Le veían como a un igual,

alguien con el que cualquiera de ellos podía identificarse. Cuando observaban la cicatriz de su cuello parecían asentir, como si interiormente una voz les acuciara, «ése podías haber sido tú».

La estrecha callejuela en la que desembocaba la entrada de su patio se encontraba tan abarrotada como el espacio que acababa de abandonar. Trabajosamente, se abrió paso entre la gente hasta alcanzar la plaza donde, días antes, el cuerpo de Vitaliano había estado expuesto sobre un carro. Una vez allí, arrancó una antorcha de manos de uno de los faccionarios que esperaban para llevarlo al foro y encabezó la marcha, seguido por una creciente multitud.

Lentamente dirigió sus pasos hasta la calle Mese y, desde allí, bajó por la ancha avenida hacia el foro, sin fijarse en los pequeños grupos que se unían a su imponente séquito. Algunos le señalaban entre murmullos, otros se persignaban a su paso o saludaban con un ligero gesto de cabeza, pero nadie permanecía indiferente. A mitad de camino los cientos de seguidores se habían convertido en miles, caminando en silencio detrás de su líder.

Con el tibio sol del amanecer elevándose en el horizonte, Héctor pudo comprobar las profundas cicatrices causadas por el fuego que él mismo había dirigido. Algunos rescoldos aún humeaban en las cercanías del Augusteon, elevando finas columnas de humo hacia el cielo. Cientos de personas ya se agrupaban en el foro, enarbolando antorchas y aullando la proclama que ya corría de boca en boca por toda la ciudad, «*Nika*».

Llegados al foro, los tres faccionarios que le habían acompañado le situaron junto a las gradas de piedra que servían de base a la columna de Justiniano, mientras ellos buscaban al *demarca* para que les indicara el próximo paso.

—Espera aquí —ordenó el miembro de los verdes—. Probablemente Antlas esté ya en el hipódromo y quiera que llevemos a la gente hacia allí, pero debemos consultar con él antes de hacer nada.

Héctor asintió, esperando pacientemente a que los faccionarios se perdieran entre la multitud antes de ascender al más alto de los escalones de piedra, recuperando el mismo puesto que había ocupado la tarde anterior.

Durante el largo camino hasta el foro había tenido tiempo suficiente para ordenar sus ideas. Las palabras del faccionario no hacían sino confirmar sus sospechas, los *demarcas* únicamente utilizarían al pueblo para conseguir más poder, más beneficios,

más dinero. Elevarían nuevas protestas ante el emperador y éste otorgaría más juegos y carreras al pueblo y, por tanto, más fondos para las facciones. Pan y circo, la vieja y exitosa fórmula que mantenía a la plebe hipnotizada, bajo control. Pero él tenía otros planes.

De pie sobre la fría piedra, con la esbelta columna de Justiniano elevándose a su espalda, esperó a que la muchedumbre que se apelotonaba en el foro se calmara, guardando el silencio suficiente para que sus palabras alcanzaran los rincones más recónditos de la plaza.

—¡Ciudadanos! —gritó, reuniendo toda la fuerza de sus pulmones—. Me alegra ver que unas horas de sueño no han enfriado vuestro ardor. Habéis acudido de nuevo al foro, incluso en mayor número que ayer. Aprecio en vuestros rostros un semblante distinto a la honda desesperación que delataban vuestros ojos. Sin embargo, no permitáis que la euforia os invada, pues nada ha cambiado.

Un murmullo de extrañeza se elevó por encima del silencio reinante, cuando las palabras de Héctor alcanzaron los últimos rincones del amplio foro. Pacientemente, esperó a que se calmaran de nuevo los ánimos, recuperando su discurso con confianza.

—Tal vez mis palabras suenen extrañas. Mirando alrededor aún se distinguen las heridas provocadas por el fuego desatado ayer por el pueblo. Parece difícil pensar que todo esto no signifique nada. Pero es cierto, nada ha cambiado. Poco importan al emperador un puñado de edificios. Basta una simple firma en un pergamino para que mañana ordene reconstruirlos. Nada le cuesta, pues utilizará vuestro dinero, vuestro sudor y vuestra sangre. Esto no ha supuesto para él más que una molestia, un contratiempo. Hoy continuarán las carreras. El hipódromo volverá a llenarse con los gritos de júbilo de los espectadores, se harán apuestas, correrán los caballos, y volveréis a ser esclavos.

Héctor detuvo su argumentación unos instantes, estudiando el efecto que sus palabras causaban en la abigarrada multitud. Aliviado, comprobó cómo todas las miradas se mantenían sobre él. El silencio resultaba tan intenso que se escuchaban los lejanos trinos de los pájaros, emplazados en lo alto de las estatuas que circundaban los pórticos laterales. A pesar del tiempo que había pasado en la academia, de las veces que había empleado su oratoria en recintos abarrotados de alumnos, notó cómo el vello de su cuerpo se erizaba de emoción. Cuando prosiguió, tuvo que hacer un esfuerzo para que su garganta no le traicionara,

delatando la excitación que se apoderaba de él.

—Mañana no será más fácil encontrar trabajo. No se acabará el hambre, ni la miseria. Deberéis volver a mendigar unas monedas a los mismos nobles, recibiendo desprecio y dolor a cambio de vuestro sacrificio. Si pensabais que bastaba incendiar un puñado de edificios para derribar la podredumbre de esta sociedad, estabais equivocados. Si pensabais que con un día que alzarais la voz conseguiríais justicia, paz e igualdad, estabais equivocados. No habrá paz mientras un tirano se siente sobre vosotros, porque será vuestro amo. No habrá justicia mientras un puñado de ricos terratenientes posea tierras, ganado y fortunas a costa de vuestro sudor, porque seguiréis siendo sus esclavos. No habrá igualdad mientras os mantengáis divididos por estúpidas querellas, pues derrocháis la vida en insulsas discusiones entre verdes y azules, permitiendo que un dictador domine vuestra existencia y la de aquellos a los que amáis. Sé que es difícil abandonar la rutina. La esclavitud es cómoda. No hay que pensar, ni hay que decidir. Basta con dejarse llevar por el día a día. Pero ayer conseguisteis romper ese círculo. ¿Tiraréis por la borda todo lo conseguido? ¿Permitiréis que se extingan el empuje y el fuego que ahora os inundan? Hubo un tiempo en que todos los hombres fueron libres, en que era el pueblo el que decidía su propio destino, el que controlaba su futuro. Nosotros descendemos de ese pueblo, hablamos su misma lengua, vivimos en su misma tierra. Os aseguro que somos capaces. ¿No querríais recuperar el mando de vuestra propia vida? ¿No haríais cualquier sacrificio para evitar que vuestros hijos vivan envueltos en la miseria? ¿No querréis arrebatar a aquellos que os humillan los frutos que legítimamente os pertenecen? Os he oído gritar «*Nika*», la victoria. No quiero que lo hagáis si al final se convierte en la simple coreografía que se dedica a un conductor de cuadrigas. Si de verdad queréis ser libres debéis empezar por sentiros hombres libres. No debéis gritar con la voz, sino con el corazón, con el alma.

Un atronador grito hizo temblar el suelo, hasta el punto de que Héctor sintió cómo las vibraciones recorrían todo su cuerpo. Las antorchas se alzaron rítmicamente, al son que marcaba el torrente de voces que surgía del foro. Por primera vez desde el inicio de la revuelta, nadie se acordó de verdes ni de azules, tan sólo una palabra resonaba desde el epicentro de aquel temblor, «*Nika*».

Tras unos minutos, en los que Héctor mantuvo el silencio contemplando con orgullo el resultado de su discurso, levantó una mano hasta conseguir que el ensordecedor coro de gargantas

enmudeciera, atento a las indicaciones de su bendecido líder.

—¡Ciudadanos! Tenéis el valor, el ansia de libertad y el fuego en vuestras manos. Ha llegado la hora en que Constantinopla entera vibre con nuestro grito de victoria, la hora de conquistar la dignidad. ¡Llegó el momento de ser libres!

Cubierto por una vulgar capa de lana, Valente contemplaba la exultante reacción de los asistentes al inspirado discurso de Héctor. Embozado en burdas telas, su fina túnica de seda quedaba fuera del alcance de cualquier mirada indiscreta. Lo cual, a la vista del odio despertado por las encendidas palabras del orador contra las clases altas de la sociedad, era de agradecer.

Bajo uno de los pórticos que bordeaban el Augusteon, mientras escuchaba cómo la muchedumbre coreaba su consigna a una señal de su líder, el senador repasó con los dedos el grabado que figuraba en el fuste de aquella columna corintia, «εN TOUTw NIKA», junto al nombre de Constantino y una cruz. «Con este símbolo vencerás», la frase que Constantino el Grande había escuchado en sueños y que le dio la victoria y el imperio frente a Majencio en la batalla del puente Milvio ahora parecía conjuntarse perfectamente con los gritos de la muchedumbre, con la coreada «*nika*» que brotaba de las gargantas del pueblo.

A su lado, Orígenes, enfundado en un atuendo semejante, atisbaba por encima de la multitud a la lejana figura de Héctor.

—A pesar de su aspecto —comentó con voz baja—, dudo mucho que ese hombre sea un simple estibador.

—Semejante oratoria resulta impensable para un mulo de carga —corroboró Valente mientras asentía con un gesto—. Es indudable que posee una amplia cultura y conoce los clásicos. Vestido con una toga, tras un día en los baños, pasaría por un senador.

—Me gustaría saber de quién se trata. Parece tener al pueblo en la palma de la mano.

—Cierto —admitió Valente.

—Pareces inquieto —inquirió Orígenes.

—Me pregunto por qué la guardia sigue al margen —explicó el senador, al tiempo que acariciaba su barbilla con gesto pensativo —. La actitud del emperador me sorprende cada vez más.

—Tal vez piense que las cosas se calmarán por sí solas.

—En ese caso ha cometido un tremendo error de cálculo —afirmó Valente, contemplando a la enfervorizada muchedumbre.

—¿No crees que estás exagerando con este tema? —preguntó Orígenes—. No se trata de la primera vez que las facciones montan una trifulca o acaban quemando unas cuantas casas. No es nada que esta ciudad no haya vivido antes, y nunca ha ido más allá de un par de días. Es cierto que nunca habían ido tan lejos como para quemar el senado o parte del Gran Palacio, pero no creo que el emperador deje que se le vaya de las manos. Recuerda que a Anastasio le bastó amenazar con dejar el trono para acallar una de esas revueltas.

—Justiniano no goza del apoyo popular que tenía él —apuntó Valente—, su única base era su incondicional seguimiento de los azules. Y los ha puesto en su contra. Además, no olvides que Anastasio también disponía del apoyo del senado y los nobles, mientras que nuestro actual dignatario ha renunciado a ello en pro de un fuerte aumento de impuestos que llene sus arcas. Y eso sin contar con que los disturbios siempre eran producto de una sola facción descontenta, nunca de ambas a la vez. No, mi querido amigo, esta situación es única.

Con grandes zancadas, Héctor descendió de su puesto junto a la columna de Justiniano, encabezando a un nutrido grupo de personas en una agitada marcha hacia la zona norte de la ciudad. El resto de la multitud comenzó a extenderse, gritando sus consignas de guerra desaforadamente y agitando sus antorchas con violencia. Formando grandes grupos se encaminaron en todas direcciones, partiendo desde el foro hacia las ruinas de la basílica de Santa Sofía y por la avenida principal de la ciudad.

—La situación aquí no invita al optimismo —susurró Orígenes —. Deberíamos desaparecer discretamente.

—Tienes razón —corroboró Valente, alarmado por las torvas miradas que algunos de los descontrolados e iracundos rebeldes les dirigían mientras enarbolaban sus antorchas—. Vamos hacia el hipódromo. Utilizaremos tu amistad con los *demarcas* de las facciones. Tengo unas cuantas cosas rondándome por la cabeza que me gustaría aclarar.

Orígenes asintió con un suspiro de alivio, provocando una sonrisa en Valente, quien no pudo evitar pensar que su compañero en el senado se estaría arrepintiendo con toda su alma de haberle hablado de su amistad con los jefes de ambas facciones.

Ambos senadores abandonaron su privilegiado puesto de observación para mezclarse entre el gentío que partía desde el foro. Tratando de mantenerse alejados de cualquiera de los grupos, se apresuraron hacia las entradas principales del hipódromo,

abarrotadas de gente de todas clases, a las que el nuevo estallido de violencia callejera les había sorprendido en su intento por asistir a la continuación de los juegos.

Un numeroso grupo de integrantes armados de ambas facciones controlaban los accesos, examinando cuidadosamente a cuantos se adentraban en el inmenso recinto. Fue necesario un generoso soborno para conseguir que los faccionarios abrieran filas y les permitieran acercarse al lugar donde departían ambos *demarcas*.

—¡Orígenes! —saludó Antlas—, cuesta reconocerte bajo ese manto de pordiosero.

—¡Saludos, Antlas! —correspondió el senador—. Lamento mi aspecto, pero no es momento de viajar envuelto en el boato y la nobleza.

—¿Quién es tu acompañante? —preguntó el *demarca*, sin poder evitar un gesto de suspicacia.

—Valente, senador del imperio —se presentó él mismo, desembozando ligeramente su atuendo para mostrar su rostro.

—Cualquier amigo de Orígenes es bienvenido —afirmó Calopodio.

—Venimos del foro —anunció el aludido—, de escuchar a ese nuevo orador. Ha movilizado a una verdadera multitud.

—¿Orador? —se sorprendió Antlas.

—Creí que sabrías de quién se trata. Lucía las cintas de los verdes sobre sus hombros. ¿No habéis escuchado los gritos de la muchedumbre?

—Hubiese sido imposible no oírlos —admitió Calopodio, mirando de reojo a su colega—. Aunque no teníamos planeada ninguna reivindicación hasta el comienzo de las carreras.

—No pienses que te he engañado —se defendió Antlas—. Ha debido de ser Héctor, actuando por su cuenta. Le dije que volviera al foro al amanecer y supongo que se le ha ocurrido continuar lo que empezamos ayer. No es mala idea —asumió el *demarca*, encogiéndose de hombros—, cuanta más presión echemos encima del emperador más fácilmente asumirá nuestras peticiones.

—¿Y cuáles son esas peticiones? —inquirió Valente, que había permanecido atento al intercambio dialéctico entre ambos *demarcas*.

—Justiniano ha concedido un sustancioso aumento en la magnitud de los juegos —explicó Calopodio—, por lo que nuestras solicitudes se centran en la deposición del prefecto de la ciudad y el indulto de los condenados.

—Tal vez podríamos aprovechar el entusiasmo de ese tal Héctor, beneficiándonos mutuamente —sugirió Valente, tras un rápido intercambio de miradas con Orígenes.

—Explícate —solicitó el *demarca* de los verdes.

—Estoy convencido de contar con vuestro acuerdo al decir que Juan de Capadocia es una figura en extremo molesta, tanto para el pueblo llano como para aquellos que, como nosotros, disponen de nutridas rentas sobre las que cebar sus recaudaciones de impuestos.

—Cierto —asintió Antlas, escuchando con atención las palabras de Valente—. No creo que exista nadie más odiado que esa maldita sabandija infecta.

—De igual modo, el cuestor Triboniano, a cargo de la recopilación de las leyes del imperio en el nuevo código, no nos favorece.

—¡Ese malnacido! —chilló Calopodio con furia—. Hace y deshace a su antojo. Cambia leyes por unas monedas, sin ni siquiera mantener el trato cuando un mejor pagador hace su aparición. No hay una sentencia firme hasta que no ha escuchado la última puja. ¡Ese maldito pagano mandaría a su madre a prisión a cambio de un puñado de *siliqua* de plata!

—Entonces no tendréis problema en unir sus ceses a vuestra solicitud —comentó Orígenes.

—¡Nada me satisfaría más! —gruñó Calopodio.

—Yo tampoco veo ningún inconveniente —se sumó Antlas—. Aunque, si accedemos a vuestra sugerencia, ¿qué podríais hacer por nosotros? ¿Contaríamos con el apoyo del senado en nuestras reivindicaciones?

—El edificio del senado ha ardido por completo —recordó Valente, encogiéndose de hombros—. En estas condiciones es imposible convocar un consejo. Aunque siempre hay un modo alternativo —añadió cuando observó un atisbo de decepción en la mirada del *demarca*.

—¿Como por ejemplo...?

—Probo —comentó el senador bajando la voz—. Es sobrino del antiguo emperador, Anastasio. Tiene un notable ascendiente sobre el senado, y su honradez está fuera de toda duda. A diferencia de su necio hermano, su prestigio sería suficiente para atraer a una gran mayoría de senadores. Podríamos convencerle para que se uniera a la causa del pueblo.

—Es una generosa oferta —admitió Antlas, mientras su

homónimo asentía con un gesto—. ¿Cuándo hablaréis con él?

—En cuanto le hagáis venir al hipódromo —respondió Valente con rapidez.

—¿No sería más fácil que acudierais vosotros a su casa? —inquirió Calopodio con extrañeza.

—El emperador no es estúpido, tiene oídos en todas partes —aseguró Orígenes—. Nada más delator de una conjura senatorial que apareciéramos de repente para mantener una reunión. Debe ser el pueblo el que, espontáneamente, solicite el apoyo del senado. Por tanto debe ser el pueblo el que acuda a casa de Probo para solicitar su intervención. Mi compañero y yo esperaremos en mi casa a que uno de vuestros hombres nos traiga la confirmación de que Probo se encuentra en el hipódromo. Entonces vendremos disfrazados y cumpliremos lo acordado.

—Es lógico, y prudente —admitió el *demarca* de los azules—. Enviaremos un grupo de partisanos para que lideren a la chusma hacia la casa de Probo. Mientras tanto, solicitaremos desde el hipódromo la destitución de Triboniano, Eudamón y Juan de Capadocia. Será un justo precio a la imprudencia y el orgullo del emperador.

—En ese caso —se despidió Orígenes, ocultando de nuevo su cabeza con un pliegue de la capa—, esperaremos vuestras noticias.

—¡Esperad! —pidió Antlas—. Os asignaré una escolta. No quiero que nadie os confunda. Si es cierto lo que contáis de Héctor, la ciudad debe de ser un caos.

Casi una docena de faccionarios acompañaron a los dos senadores fuera del hipódromo, esforzándose por abrir paso a sus protegidos entre la multitud. Durante el trayecto, ambos se mantuvieron en silencio, eludiendo cualquier conversación que pudiera ser captada por sus celosos guardianes.

Ya en la seguridad de la casa de Orígenes, ambos senadores comprobaron aliviados cómo los faccionarios permanecían custodiando el acceso a la lujosa villa, mostrando el interés de los *demarcas* en asegurar la inmunidad de sus recientes aliados. Aun así, Orígenes dio las oportunas órdenes para que los siervos a su cargo portaran armas en todo momento y permanecieran vigilantes ante cualquier contratiempo.

—Supongo que sabes que Probo ha abandonado la ciudad esta misma noche.

Reclinados sobre los cómodos lechos de su mejor sala de invitados, Orígenes esperó hasta que el último de los esclavos

eunucos hubiera desaparecido tras las cortinas de seda antes de comenzar su conversación.

—Desde luego —afirmó Valente con inocencia, paladeando con los ojos entrecerrados un sorbo del excelente vino con el que su anfitrión le obsequiaba—. ¿No pensarías que lanzaría al honrado Probo a los brazos de esa manada de lobos?

—La muchedumbre se indignará cuando no le encuentre en su casa. Lo arrasarán todo.

—Puede resarcirse de las pérdidas —aseguró Valente con despreocupación—, lo importante es que hemos conseguido que el pueblo exija la destitución de nuestros mayores enemigos.

—Los *demarcas* pueden sentirse traicionados —advirtió Orígenes.

—¿Acaso es culpa nuestra que Probo huyera? ¿Acaso lo sabíamos? —inquirió Valente, con un teatral gesto de ignorancia —. Ya encontraremos otro hueso con el que contentar a estos perros.

—Si les conocieras como yo no estarías tan tranquilo —comentó Orígenes—. A pesar de lo que has podido observar hoy, Antlas es inteligente, muy ambicioso y bastante perspicaz.

—No lo suficiente para darse cuenta de que su esclavo actúa a sus espaldas —apuntó Valente mientras se deleitaba con su bebida —. Tal vez esa ambición ciegue su entendimiento. No, no son los *demarcas* quienes me preocupan.

—¿Quién entonces?

—Ese tal Héctor.

—¿El orador? —se asombró Orígenes—. No puedo negar que tiene cualidades que no esperaría en un simple cargador de sacos, pero no acierto a comprender el porqué de tu suspicacia.

—Supongo que es fruto del desconocimiento. Tal vez no sea más que una tontería, pero tengo un presentimiento acerca de él. Deberíamos observarle con atención, puede que nos depare una sorpresa.

Orígenes asintió sin mucho convencimiento y dio un largo sorbo a su copa.

—Tengo entendido que aún mantienes un gran amigo en el interior del palacio. Tomás, el secretario imperial —dijo Valente —. ¿Crees que alguno de tus esclavos podría hacerle llegar un mensaje?

—Supongo que sí —sopesó Orígenes tras meditarlo unos

segundos—, mis hombres son de fiar y tienen sobrados recursos para eludir a los rebeldes y entrar en palacio.

—En ese caso manda que nos traigan recado de escritura —sugirió Valente, con una enigmática sonrisa esculpida en su rostro—, vamos a compensar a los *demarcas* por las inútiles molestias que se tomarán con Probo.

—No sé por qué te haría caso. No paras de meterme en líos.

Arzés rezongaba bajo el peso de sus pertrechos militares, cargados al hombro en amplios sacos.

—No has parado de gruñir desde que salimos de esa maloliente covacha que nos habían asignado —respondió Drías, que parecía sobrellevar con mejor talante la cansada caminata.

Al igual que el resto de su unidad, al amanecer habían recibido la visita de uno de los eunucos de la corte, anunciándoles la orden de su comandante en jefe, en la cual se les conminaba a acudir al palacio en pequeños grupos, sin lucir armas o escudos para pasar desapercibidos. Entrarían a través de uno de los portones laterales que jalonaban los flancos del inmenso recinto palaciego, eludiendo el derruido acceso principal.

Tras empaquetar con rapidez todas sus pertenencias, cuidándose de anudar espada y daga al cinto bajo la capa, Drías convenció a su amigo para esperar hasta la hora tercia antes de iniciar la marcha desde su alojamiento en las cercanías del puerto hasta el palacio.

—Viajaremos mejor solos que con el resto de la unidad —aseguró Drías, intentando inútilmente convencer a su amigo de la idoneidad de su marcha—. Dos hombres con unos pesados bultos pasan fácilmente por unos cargadores. En grupo se notaría demasiado que somos soldados.

—¡En grupo nos podríamos defender! —gritó colérico Arzés—. No sé a quién tratas de engañar. Lo único que querías al esperar era que se te pasara la borrachera de ayer. ¡Pues no pienso cargar contigo como en Naxos!

—No siempre se encuentra el vino tan barato en una taberna de mala muerte —se excusó Drías con una sonrisa—. Además, la culpa es de esta maldita movilización. ¿Qué otra cosa podía hacer sino aprovechar las pocas horas de juerga que nos quedaban?

—¡Serás hijo de perra!

Drías no pudo evitar una carcajada al contemplar el colérico rostro de su compañero, congestionado bajo el enorme saco en el que transportaba casco, escudo y armadura.

—Ni siquiera sé por qué coño tenemos que disimular —continuó Arzés, resoplando como un toro—. ¿De qué sirve llevar la armadura en un saco? ¿Dónde han pensado que íbamos a guardar la lanza?

—¿De verdad quieres que te lo diga?

—¡Ni se te ocurra, si no quieres que te arranque esa estúpida sonrisa de la cara!

—Tal vez se las deberíamos haber prestado al eunuco —sugirió Drías—. Seguro que cosas más largas se ha metido.

Esta vez fue el propio Arzés quien no pudo reprimir una carcajada.

—No lo dirás por experiencia, ¿no, picha corta?

—Lo mío son las mujeres —se defendió Drías—. Aunque nunca digas de este agua no beberé.

—Te creo. Serías capaz de montar a una cabra si no tuvieras otra cosa a mano.

—Desde luego. ¿No has notado que tu yegua estaba preñada?

Arzés pateó con fuerza el trasero de su amigo, quien se partía de risa, haciendo equilibrios con su carga para evitar que se cayera al suelo mientras intentaba esquivar el golpe de su compañero.

Entre chanzas e improperios, callejearon dubitativamente hasta que lograron desembocar en la avenida principal de la ciudad. Su desconocimiento de Constantinopla había supuesto un fuerte lastre, mayor aún que su abultado equipaje, por lo que habían perdido bastante tiempo moviéndose entre los callejones de los barrios residenciales. Por el contrario, el camino elegido se encontraba desierto. Apenas unos pocos se habían cruzado en su camino, siempre con prisa y sin fijar su vista en los dos hérulos. Todas las puertas de las casas se mantenían cerradas, y tan sólo el fuerte griterío proveniente del centro de la ciudad parecía romper el silencio de aquella zona.

Sin embargo, nada más alcanzar los pórticos de la calle Mese el aspecto de cuanto les rodeaba se tornó radicalmente distinto. Numerosas estatuas habían sido derribadas y se extendían por el suelo, con las extremidades rotas y los rostros desfigurados a golpes. Un puñado de edificios se encontraba en llamas y, sobre la calzada donde dos días antes transitaba una multitud, yacían desperdigados restos de grandes ánforas, yacijas, puertas y contraventanas arrancadas y carros destrozados. Las tiendas que se intercalaban en los pórticos habían sido saqueadas, y sus preciados enseres, arrancados por manos ansiosas, que destruían en su lucha

por la mejor pieza más de lo que conseguían llevarse. A ambos lados de la calle, un puñado de cadáveres salpicaban el suelo envueltos en sangre. Algunos lucían desgarrados ropajes de buena calidad que, incluso en su lamentable estado actual, delataban la buena cuna de sus desgraciados dueños.

—Con esto no contaba —dijo Drías mirando a uno y otro lado de la calle, fijándose en los grupos de saqueadores que pululaban por los alrededores—. Tenemos que cruzar al otro lado.

—Hemos ido a desembocar demasiado cerca del foro —observó Arzés con el ceño fruncido—. Deberíamos internarnos de nuevo entre las calles y subir más arriba. Allí no creo que hayan llegado los incendiarios.

—¿Desde cuándo tenemos miedo de un puñado de labriegos con palos y antorchas? —se mofó Drías.

—Desde que no llevamos casco, y un palo nos puede abrir la cabeza.

—Yo creo que basta con cruzar tranquilamente la calle, sin llamar la atención. No repararán en nosotros.

—¡Por supuesto! ¿Cómo no se me había ocurrido? Es evidente que un par de germanos paseando con grandes sacos es de lo más normal en medio de una revuelta en Constantinopla.

—¡No seas cobarde! —gruñó Drías, echando a andar con confianza hacia el otro lado de la calle.

—¿Adónde vas, estúpido? —chilló Arzés, persiguiendo a su compañero a regañadientes.

Comenzaron a cruzar la avenida, caminando despacio al tiempo que miraban a uno y otro lado con desconfianza. Sin embargo, los grupos de saqueadores se mantenían inmersos en su vandálica tarea, demasiado concentrados en asaltar la multitud de tiendas y pequeños comercios que salpicaban ambos lados de la calle como para reparar en los dos fornidos hérulos.

—¡Lo ves, infeliz! —se vanaglorió Drías—. Esto es pan comido.

—¡Mirad! —gritó una voz a poca distancia—. ¡Dos ricos que huyen con su botín!

Arzés giró el cuello para contemplar cómo un nutrido grupo de faccionarios, plantados en mitad de la avenida, enfocaba toda su atención en ellos, mientras el que parecía comandar la pandilla les señalaba con insistencia.

—Drías —susurró el mercenario.

—Hablan de ricos —respondió él sin girar la cabeza—, no se

refieren a nosotros. Ignóralos.

Casi una veintena de partisanos azules, armados con espadas, dagas y antorchas siguieron a su líder en dirección a los dos hérulos, que mantenían su cansino paso, para desesperación de Arzés.

—¡Drías! —gritó.

—¿Qué pasa, maldita sea? —gruñó el aludido, desviando por fin su mirada hacia el grupo de atacantes—. ¡Mierda! ¿No podías haber avisado antes?

—¡Lo he hecho!

—¡Calla y corre! —gritó Drías, encaminándose hacia la callejuela más próxima.

Al ver la reacción de los mercenarios, el grupo se lanzó a la carrera sobre ellos, gritando «vivan los azules y los verdes» ante la desidia de los demás merodeadores, que continuaron su gratificante saqueo ignorando la algarabía desatada a su lado.

—¡Cargados no llegaremos muy lejos! —apuntó Arzés.

—¡Vamos a los pórticos! —gritó Drías, al tiempo que se dirigía a la columnata más próxima—. En un lugar estrecho los mantendremos a raya.

Saltaron al interior del pórtico cubierto, dejando caer al suelo sus bultos con fuerte estrépito entre dos columnas que flanqueaban una imponente estatua de un grupo de senadores. Sin tiempo para nada más, recuperaron los escudos y desenvainaron las espadas, situándose espalda contra espalda, protegiendo sus pertenencias. La estatua ocupaba todo el espacio entre las columnas, protegiendo uno de sus flancos, mientras que el otro quedaba tapado por la tablazón de la puerta de un comercio aún no saqueado. Cualquier atacante debería aproximarse frente a uno de los dos amigos y, aunque el ancho de la zona porticada excedía los seis codos, invalidaba en cierta medida la aplastante superioridad numérica de sus enemigos.

Los faccionarios llegaron casi inmediatamente, aullando como posesos. Rodearon a los hérulos por ambos lados, cortándoles cualquier vía de escape. A pesar de sus risas y de las bravuconadas que surgían de sus labios, su líder no pudo evitar que un brillo de preocupación destellara en sus ojos. La firme actitud y los fuertes escudos, cubiertos de muescas, delataban que su fácil presa se había convertido, sorpresivamente, en un difícil bocado.

—¡Son soldados del emperador! —gritó uno de los partisanos —. ¡Matémosles!

Aunque la proclama fue recibida con fuertes vítores, resultaba más fácil decirlo que hacerlo. Durante unos instantes se mantuvieron las posiciones. El fervor de los asaltantes se paralizaba ante la idea de ser el primero en enfrentarse a los mercenarios. Su atenta postura, su fría determinación y el brillante filo de sus espadas calmaron los ánimos de los faccionarios.

Durante la corta tregua, Drías se concentró en sus oponentes, casi una decena. El líder del grupo, un joven espigado de poco más de veinte años, no suponía una amenaza. Su fina túnica y sus brazos delgados indicaban que su vida había transcurrido más en lujosas villas de recreo que en la palestra. Sin embargo, sus acompañantes tenían el aspecto de estar forjados de otra pasta. En los pocos días que llevaban en la ciudad había pasado por suficientes tabernas y burdeles como para escuchar las historias que contaban de los partisanos azules, fríos asesinos hábiles con el puñal. Le sorprendió que varios de ellos portaran espadas, petos de cuero, e incluso una lanza. Al parecer, mientras la chusma se dedicaba a asaltar panaderías ellos habían tomado el arsenal de Manganon.

Sin una señal de aviso la calma devino en un furioso asalto, cuando uno de los contrarios se lanzó aullando sobre Drías en un intento de sorprenderle. El hérulo esquivó fácilmente el torpe ataque, ladeándose al tiempo que descargaba una furibunda estocada en el costado del infeliz, que cayó al suelo con un grito de dolor. A pesar del nulo éxito de su embestida, su ejemplo insufló valor al resto de los integrantes del grupo, que se aproximaron a los dos mercenarios, acosándoles con sus armas.

Un par de ellos cayeron rápidamente, abatidos por los precisos golpes de los germanos, que se movían sin cesar de un lado a otro, lanzando tajos al tiempo que se protegían hábilmente con sus escudos. La vista de la sangre y de la experta defensa que improvisaron los soldados mitigó el ardor combativo de los faccionarios restantes, que, a pesar de su notoria superioridad numérica, se mantenían a una prudente distancia, amagando una cuchillada de vez en cuando.

—¿Qué tal vas? —preguntó Arzés.

—Sin problema —respondió Drías con tono burlón, mientras sonreía confiado a sus oponentes—. Estos mierdas no tienen sangre en las venas.

—Los que están en el suelo sí la tenían —apuntó Arzés, señalando con un gesto a los tres caídos, cuyas heridas sangraban profusamente.

La situación de tablas regresó de nuevo cuando los partisanos cesaron su ataque para aclarar su estrategia.

—¡Al hipódromo! —gritó una voz, proveniente de la calle—. ¡Al hipódromo!

Los faccionarios se miraron unos a otros, indecisos ante lo que deberían hacer. Si bien los tres caídos a los pies de los hérulos parecían impelerles a proseguir el combate, el grito que se extendía a lo largo de la calle les concedía una salida honrosa a su impericia combativa. Sin embargo, cuando Drías ya se felicitaba por salvar los huesos, una frase del imberbe líder de los partisanos le heló la sangre en las venas.

—Quemadlos.

Con un coro de gritos de júbilo, parte de los faccionarios reunieron toda clase de maderas, muebles y tablazones mientras el resto mantenía a los mercenarios a raya, encerrados en su propia trampa. Tras crear un par de pequeños muros de maderos a ambos lados de los hérulos, salpicaron la zona con aceite extraído de una de las tiendas cercanas y prendieron fuego en ambos extremos, riendo a carcajadas ante la tensa mirada de los cercados. Por último, antes de irse, arrojaron varias balas de paja al interior, que intensificaron las llamaradas que se alzaban en el pórtico.

—Con esto no contábamos —dijo Arzés, que sudaba profusamente—. Parece que lo único que podemos hacer es elegir entre morir quemados, asfixiados por el humo o aplastados.

—Esos cabrones nos han jodido bien —corroboró Drías, después de comprobar que las vigas que sujetaban el techo del pórtico eran de madera. Antes o después se quemarían y dejarían caer sobre ellos el techo de piedra.

Los crujidos de la madera pronto apagaron las risas de los faccionarios, que se alejaban con rapidez hacia el hipódromo, sin dejar de volverse a contemplar la pira funeraria en la que habían envuelto a sus contrincantes.

—Así acabarán todos —aseguró un joven, con las insignias de los verdes luciendo orgullosamente sobre sus hombros—. El fuego purificará esta ciudad.

—Los incendios se extienden por cuatro de los catorce barrios —informó Narsés—. Los baños de Zeuxipo se han convertido en una gigantesca hoguera, al igual que la residencia del patriarca y la basílica de Santa Irene. La revuelta no sólo no ha terminado sino que aglutina cada vez a más gente. Ahora mismo, el

hipódromo hierve con una muchedumbre que pide a voces la destitución de varios servidores del estado.

El audible griterío que surgía del hipódromo enmarcaba las pausadas palabras con las que el eunuco relataba cada una de las desgracias que se sucedían en el exterior del palacio. A pesar de su hierática máscara de indiferencia, un atisbo de intranquilidad se agitaba en el corazón de Justiniano. Su plan había funcionado a la perfección. El jefe de la *sekreta* había cumplido el cometido encomendado, aunque perdiendo a su hijo en la tarea. Santa Sofía se había convertido en una ruina, y nadie achacaba la culpa a otros que no fueran los agitadores. Sin embargo, su idea de continuar los juegos para tranquilizar a la población, al tiempo que proporcionaba mayores fondos para las ariscas facciones, se había disuelto en una mañana. Había despertado a un gigante de fuego para que le ayudara en su trabajo y, ahora, tenía la sensación de que aquel monstruo empezaba a cobrar vida propia.

—Las facciones —continuó Narsés, tras un breve intercambio de miradas con la emperatriz—, con el apoyo del pueblo, solicitan la destitución de Triboniano, Juan de Capadocia y Eudamón, además del perdón para los condenados.

—Entiendo que mantengan su petición de indulto a los dos faccionarios que se salvaron de la horca. Y hasta cierto punto es lógico que soliciten la destitución del prefecto de la ciudad. Pero me gustaría saber quién ha sugerido al pueblo que se añada a Triboniano y a Juan de Capadocia a esa lista de exigencias —comentó Justiniano, manteniendo la vista fija en el suelo, sin dirigir la frase a nadie en particular.

—¡Esos traidores avariciosos me odian! —gritó Juan de Capadocia, presente en palacio desde el comienzo de los disturbios, refugiado bajo la seguridad de la guardia en previsión del odio que despertaba en el pueblo—. Espero que, después de cuanto me he sacrificado para asegurar el bien del imperio, no me dejaréis al arbitrio de la plebe, majestad.

—Eres uno de mis más eficaces colaboradores —aseguró el emperador, sin reparar en la fría mirada de odio que Teodora clavaba sobre el funcionario—. Como prefecto de oriente has conseguido una recaudación de impuestos sin parangón, pero me temo que debo contentar al vulgo antes de que la situación se nos escape de las manos.

—Pero... ¡Majestad! —se indignó Juan—. ¡Siempre os he servido con fidelidad!

—No te preocupes —le tranquilizó Justiniano—, será una

deposición meramente temporal, cuando las aguas se calmen volverás a tu puesto.

—Disponéis de tropas —insistió el prefecto—. Los mercenarios germanos y la guardia pueden aplastar la rebelión. La chusma no es otra cosa que una plaga de langostas, sólo saben comer y fornicar. Usemos contra ellos el mismo fuego que ellos empuñan. El fuego y el acero.

—Mis hombres están al servicio del emperador —aseguró Belisario, incorporado al consejo del emperador como máxima autoridad militar—, pero, a ser posible, preferiría que la fuerza se considerara como un último recurso.

—Os creía más intrépido, general —comentó Juan de Capadocia con cierto desdén.

—La guerra siempre es un camino incierto. En la batalla somos capaces de lo mejor y de lo peor. Nunca se debe dar por segura una victoria y, aunque ésta se consiga, siempre se paga un alto precio.

—No creo que unos desarrapados resistan a soldados perfectamente armados —afirmó el prefecto.

—Esos desarrapados —puntualizó Belisario con seriedad— son súbditos del emperador. Pagan impuestos, edifican los muros que nos defienden y rezan al mismo Dios. Su pérdida nos debilita tanto como la de la milicia.

—La discusión es superflua —interrumpió Justiniano con tono calmado—. Daremos al pueblo lo que pide y se disolverá. Añadiremos un generoso donativo a las facciones y los *demarcas* plegarán velas.

—Hay algo más —apuntó el eunuco con suavidad—. Al parecer, un numeroso grupo de faccionarios ha visitado la casa del senador Probo. No sabemos las intenciones que pudieran albergar, pero, al descubrir que había huido la noche anterior, han quemado la casa con la servidumbre dentro.

—Es buena señal —concluyó el emperador—. Seguramente los *demarcas* buscaban a un senador de prestigio para que actuara de mediador en las negociaciones. Eso indica que desean un acuerdo. Narsés, envía un emisario al foro para anunciar las destituciones y el indulto de los que sobrevivieron a la ejecución. Los patricios Focas y Basílides son hombres de reconocida integridad, les asignaremos los cargos vacantes. Eso servirá para contentar a la plebe.

—Así se hará —confirmó el eunuco.

Con un ligero gesto, Justiniano dio por cerrada la sesión del consejo, abandonando el consistorio y adentrándose en el patio de los *excubitores*, anexo a los barracones de su guardia de élite. Teodora se apoyaba en su brazo, caminando con altiva majestad mientras los asistentes al consejo inclinaban la cabeza ante ellos en señal de sumisión. Nadie se atrevió a comentar la decisión tomada. En silencio, uno por uno dejaron la estancia por la puerta principal, tras la cual, casi llenando el atrio, esperaba una verdadera multitud de senadores, altos funcionarios y patricios, que se agolpaban entre los guardias para conseguir noticias sobre las medidas tomadas por el emperador.

Con sumo tacto, Narsés repartió pequeños pedazos de su valiosa información, contentando a la mayoría de los asustados nobles con seguras palabras de la reposición del orden en un breve lapso. Los reunidos se aglutinaron alrededor del cortés eunuco, ignorando casi en su totalidad al resto de los integrantes del consejo, excepto en un caso.

A prudente distancia del barullo formado en torno a Narsés, Tomás se mantenía a la espera de que apareciera otro de los miembros del consejo, alguien mucho más predispuesto que el eunuco a escuchar sus palabras. Mientras esperaba la salida del jefe de la guardia, rememoró mentalmente el escrito que Orígenes le había remitido por medio de uno de sus esclavos de confianza. Como uno de los miembros más destacados del gobierno, sólo por debajo del *magister officiorum*, Tomás tenía amplia experiencia moviéndose en medio de los entresijos de la corte, donde las conjuras entre los altos funcionarios en pos de un cargo más elevado constituían el pan de cada día. Pese a ello, lo que Orígenes dejaba traslucir en sus escuetas indicaciones parecía aludir a un objetivo más ambicioso y, por añadidura, de mayor peligro. Sin embargo, los beneficios compensaban de sobra el riesgo.

En realidad, Tomás no se encontraba descontento con su puesto. Su salario, como el de la mayoría de los funcionarios, era bajo, pero las cuantiosas propinas que recaudaba a lo largo del año constituían una considerable suma. De hecho, la extendida costumbre de los sobornos camuflados como propinas era tan habitual que Justiniano no había tenido más remedio que legalizarla, por lo que, de hecho, su futuro pecuniario estaba más que asegurado. Se encontraba en uno de los puestos más altos del escalafón, al mando de la secretaría de palacio y con acceso directo al propio emperador, lo que le convertía en uno de los grandes nombres del gobierno. Pese a ello, debía reconocer que

Orígenes había sabido poner el acento en su punto flaco, la ambición.

Para un hombre como Tomás, nada resultaba suficiente. Siempre ansiaba más dinero, más poder o un peldaño más alto en la escala funcionarial. A semejanza del corrupto Triboniano, él no sentía lealtad o enemistad por nadie, tan sólo se vendía al mejor postor. Y en aquel momento, Orígenes era quien había pujado más alto.

El comandante de la guardia abandonó finalmente el consistorio, interrumpiendo los pensamientos del secretario imperial. Al ver su rostro, Tomás no pudo evitar que una sonrisa aflorara a sus labios. No se necesitaba mucha perspicacia para darse cuenta del malestar que carcomía a Marcelo, la agria mueca de seriedad que mostraba su cara resultaba en extremo elocuente.

«Eso facilitará las cosas», se dijo a sí mismo, mientras andaba hacia su presa con tranquilidad, tratando de simular ante cualquier ojo indiscreto que su encuentro no era fruto de la casualidad.

—Saludos, Marcelo —dijo con discreción en cuanto se situó a su lado—. ¿Tendrías un instante para atender las palabras de un viejo compañero? Estoy ansioso por escuchar algún detalle sobre esta maldita revuelta.

—No es nada grave —negó Marcelo, haciendo un gesto de desdén con la mano, como si la posibilidad de que los insurrectos supusieran una amenaza ni siquiera fuera digna de consideración —. Aunque supongo que deberías hablar con el jefe de los eunucos. Él podrá darte más información.

—¿Narsés? —dudó el secretario enarcando una ceja—. Ese castrado únicamente repite las palabras de la emperatriz. Resulta más sensato preguntar a alguien que sepa formarse una opinión por sí mismo.

Marcelo esgrimió una furtiva sonrisa al escuchar las lisonjeras palabras de Tomás, aunque pronto recuperó el gesto adusto.

—En cualquier caso, yo que tú no me preocuparía —comentó el jefe de la guardia, dando por terminada la conversación y disponiéndose a dejar a Tomás.

—Es un alivio oír eso —se apresuró a confirmar el secretario imperial—. Aunque permíteme que mantenga las dudas. No todos los días se ve arder el vestíbulo del Gran Palacio sin que la guardia se atreva a intervenir.

—¡Seguíamos órdenes del emperador! —exclamó Marcelo con

enojo, levantando la voz hasta el punto de atraer algunas miradas de los que se encontraban cerca.

—¡No puedo creerlo! —se asombró falsamente Tomás, tomando por el brazo al jefe de la guardia y conduciéndole bajo uno de los pórticos que rodeaban el patio de los *excubitores*, en busca de un lugar alejado de oídos indiscretos—. ¿Justiniano os pidió que os mantuvierais al margen? Eso es casi una humillación para la guardia.

—Así es —confirmó Marcelo, bajando el tono de su discurso al ver que Tomás parecía descargar las culpas en el emperador, y no en él—. Me dijo que reforzara la guardia, pero que no hiciéramos nada. Si por mí fuera habría barrido a esa chusma, y utilizado su sangre para apagar los incendios.

—No sé qué decir —aseguró Tomás, esbozando la mueca de asombro más firme que fue capaz de fingir.

—Y eso no es lo peor —continuó Marcelo frunciendo el ceño—. Ese malnacido ni siquiera movió un dedo para defenderme cuando el patriarca me acusó de cobardía.

—¡Qué vergüenza! Dejar en la estacada a alguien con tu capacidad de liderazgo. No nos merecemos a alguien así como gobernante. Menos mal que cuantos te conocemos sabemos de tu valía.

—Te agradezco sinceramente tu apoyo pero, aunque te sorprenda, no todos piensan como tú, comenzando por ese necio de Belisario. ¡Ni siquiera ha apoyado sofocar la rebelión por la fuerza!

—Siempre he sospechado que su segundo al mando en Daras era la verdadera alma del ejército de Persia —aseguró Tomás bajando la voz—. Lo que me cuentas no hace sino confirmarlo. Toda su aureola de gran general no debe de ser más que un mito.

—Desde luego —asintió Marcelo con un gesto de asco—, el emperador va a conceder a los insurrectos todo lo que piden. Al menos nos libraremos del de Capadocia por un tiempo, ese puerco hijo de puta. ¿Has visto que salía rojo de ira? De haber sido otro en lugar del emperador quien le comunicara la noticia lo habría estrangulado.

—¡Alabado sea el Señor por librarnos de ese cerdo! —exclamó el secretario sin poder evitar una sonrisa—. Todas las desgracias siempre traen algo bueno. Pero debo confiarte que me indigna enormemente el trato que estás recibiendo. A pesar de la presión a la que te enfrentas, no sólo no se agradece y premia tu experiencia

y lealtad sino que tienes que soportar humillaciones semejantes. Si ése es el trato que dispensa Justiniano al jefe de su guardia, ¿qué nos hará a los demás, simples funcionarios?

—Sí —coincidió Marcelo, cerrando los ojos con furia—, y pensar que he servido lealmente por las migajas mientras ese puerco de Juan y Triboniano se lucraban hasta lo inimaginable...

—Me gustaría ofrecerte un consejo —titubeó Tomás—, aunque tal vez peque de ser un metomentodo.

—¡En absoluto! Tus palabras son un viento fresco para mi ánimo.

—Esos necios que ahora se ufanan en su supuesta sabiduría, piensan que todo se solucionará con unas palabras y algo de oro. Sin embargo, tengo amigos en el senado que no son de la misma opinión, tal vez esta revuelta sea más larga y sangrienta de lo que se piensa. Muchos senadores, y yo coincido con ellos, creen que tu posición recobraría toda su importancia si te convirtieras en la pieza indispensable de este juego. Tal y como debería haber sido desde un principio.

—¿Y cómo podría hacer eso? —se interesó ingenuamente Marcelo.

—Si la multitud continúa su revuelta Justiniano acabará mandando sus tropas sobre ellos —aseguró Tomás, apoyado por un asentimiento de cabeza por parte del jefe de la guardia—. En tal caso, deberías sopesar no mezclarte en la batalla.

—¿Por qué? Lo lógico sería destacarse en el aplastamiento de la chusma.

—Así podría parecer a primera vista pero, en tal caso, tú pondrías el esfuerzo y el mérito se lo llevaría Belisario —apuntó el senador, consiguiendo que Marcelo frunciera el ceño y asintiera lentamente, como si vislumbrara de lejos la verdad y se fuera acercando poco a poco al entendimiento—. En cambio, si Belisario fracasara...

—¡Sólo yo podría salvar la situación! —finalizó el comandante de la guardia con una resplandeciente sonrisa.

—O decidir quién finalmente se hará con el poder —puntualizó el secretario imperial, jugándose el todo por el todo—. Sin arriesgar nada hasta saber qué lado del barco se está hundiendo y cuál permanece a flote. Un justo pago por los desprecios de un hombre incapaz de vislumbrar la valía de cuantos le rodean.

Marcelo se quedó boquiabierto durante un instante, produciendo un intenso escalofrío en el intrigante secretario, por

cuya mente cruzó la idea de haber tensado demasiado la cuerda. Sin embargo, una torva sonrisa de complicidad apareció en el rostro del comandante de la guardia.

—Es el mejor consejo que podía escuchar.

Mientras Marcelo se alejaba con una sonrisa en los labios, el secretario imperial se felicitó interiormente por el acertado manejo de la primera parte de la misión encomendada por Orígenes. Mas su autocomplacencia apenas duró unos instantes pues, como si los hados le hubieran contemplado con su mejor cara, su segunda tarea caminaba recta hacia él.

—Saludos, Tomás —dijo Hypacio, uno de los sobrinos del antiguo emperador Anastasio que, como muchos otros senadores, había quedado atrapado en el palacio al inicio de la revuelta.

—Saludos, Hypacio —respondió el aludido.

—¿Te ha comentado algo importante? —inquirió él, señalando hacia el vacío dejado por Marcelo con un gesto de la cabeza.

—Vaguedades —aseguró el secretario, negando con la cabeza —. Lo más interesante es lo referente a tu hermano, algo que seguro sabrás mejor que yo.

—¿Mi hermano? —se sorprendió Hypacio—. ¿Qué ocurre con mi hermano?

—Pensé que ya estarías informado —mintió Tomás con rostro compungido—. Por lo que sé, el vulgo ha ido a casa de Probo con intención de coronarle emperador en lugar de Justiniano, y al no encontrarle no han podido resistir la idea de que el actual emperador mantenga el poder y han incendiado la casa.

—¡No puedo creerlo!

—No es tan raro —aseguró Tomás—, a fin de cuentas, es lógico que se fíen de un sobrino de Anastasio, un emperador querido por el pueblo. Es una idea bastante sensata cambiar al tirano que ocupa el trono por un familiar de quien tanto hizo por engrandecer el imperio.

—Pero… —balbuceó Hypacio—, yo también soy sobrino de Anastasio. ¡Esos locos pueden estar dirigiéndose ahora hacia mi casa!

—Cierto. Es una suerte que estés seguro en palacio —opinó el secretario con fingida inocencia—. Quién sabe si el pueblo te obligaría a envolverte en la púrpura.

Atónito por la noticia, Hypacio se despidió precipitadamente,

agradeciendo la información antes de abandonar el patio con el semblante pálido y el sudor recorriendo su frente. A su espalda, Tomás le contemplaba con satisfacción.

El plan estaba en marcha.

—¡Cómo no se nos ocurra algo estamos jodidos!

Drías contemplaba las impenetrables barreras de llamas que se alzaban a ambos lados del pórtico. Las balas de paja arrojadas por los faccionarios antes de retirarse ardían con fuerza, despidiendo un humo oscuro de penetrante olor acre que entraba en ojos y boca produciendo una horrorosa picazón.

—¡Vamos a derribar la estatua!

Arzés señaló el sólido grupo escultórico que cerraba el acceso hacia la calle entre las dos columnas. Sin pensarlo dos veces, enfundaron sus ahora inútiles espadas y se abalanzaron con fiereza contra el pedestal de mármol, intentando voltear la escultura. Con los músculos en tensión empujaron con todas sus fuerzas pero, pese a ello, la masa de piedra no se movió.

—No hay forma —desistió Drías, desesperado—. ¿Y si la rompemos a golpes con la espada?

—Tardaríamos demasiado —replicó Arzés, tosiendo por el humo—, nos quemaríamos como pollos antes de abrirnos paso.

Ambos se sentaron un momento a descansar del esfuerzo con la espalda apoyada en el pedestal, buscando la tibia frescura del mármol para compensar el creciente calor que les abrasaba.

—Ha sido un honor luchar a tu lado —comentó Arzés, con una mezcla de firmeza y abatimiento, con la vista perdida al frente.

—¡Vete al infierno! —contestó Drías—. No pienso dejarme la piel aquí.

—Optimista hasta el final —rio Arzés, terminando abruptamente sus carcajadas con nuevas toses.

—Ésta no es forma de morir —explicó su compañero—, asados como un vulgar cerdo. ¿Para esto sobrevivimos a lo largo de toda la campaña de Persia? No puedo admitir que en mi primer viaje a Constantinopla me pelen unos niñatos estúpidos en una revuelta.

—Si quieres te destripo yo —se burló Arzés—. Tú morirías contento pensando que te ha matado un hombre de verdad y yo me vengaría de todas las malas pasadas que me has hecho en estos años. ¡Todo serían ventajas!

—¿Y morir sin tirarme a tu mujer? —se mofó Drías—. No

tendrás esa suerte.

Ambos se rieron, aún sentados junto a la estatua, mirando fijamente la tablazón de madera que tapiaba la entrada al comercio en la pared del pórtico.

—¡Oye! —dijo Arzés—. ¿Cómo de resistentes crees que serán esas tablas?

—No tengo ni idea. Tal vez deberíamos comprobarlo antes de que se quemen —apuntó Drías, observando cómo los lados del cierre ya ardían por el roce con las llamas de las barricadas.

Tras un segundo de reflexión, los dos mercenarios se miraron entre sí, se levantaron de un salto y se lanzaron de cabeza sobre los maderos con un grito.

Con un ensordecedor crujido las tablas reventaron ante el imparable embate, astillándose en todas direcciones y abriendo el paso al comercio en medio de una nube de polvo, mientras los hérulos terminaban su furibundo avance de bruces contra el mostrador de piedra, en el que se insertaban las ánforas con la mercancía que se vendía en la tienda.

—¡Casi me abro la cabeza! —chilló Arzés, llevándose la mano al hombro para quitarse alguna de las astillas que se había clavado.

—Antes se rompería la piedra —se rio Drías, al tiempo que se palpaba un corte en la frente—. ¿Miramos a ver si hay vino? —añadió echando un vistazo a su alrededor.

—¡Lo que faltaba! Recoge tus cosas y vamos a ver si esta pocilga tiene otra salida —urgió Arzés, adentrándose con rapidez entre las llamas para recuperar el escudo y el saco con sus pertenencias, ya muy cercano a las llamas.

Drías tuvo que dejar que su compañero regresara al comercio antes de salir él, a su vez, a por sus cosas. En el momento de agacharse apresuradamente a recoger el escudo una mano ensangrentada asió su brazo, haciéndole dar un respingo.

—Ayúdame —balbuceó uno de los faccionarios caídos, al que sus compañeros habían dado por muerto. Contemplaba al hérulo con los ojos abiertos de terror, incapaz de moverse pero consciente de lo que le esperaba.

—¡Pídeles a los tuyos que te saquen! —exclamó el mercenario, escupiéndole a la cara y desasiendo su brazo de un fuerte tirón.

Se lanzó rápidamente al interior del comercio, tosiendo por el espeso humo y con los ojos enrojecidos por el escozor, buscando a su amigo mientras el partisano estiraba inútilmente su mano, en

un gesto de súplica.

—¡Creía que no venías! —exclamó Arzés entre toses.

—Como tenía tiempo me he parado a orinar.

—Debería dejarte aquí por imbécil, le haría un favor al mundo.

—¿Hay salida?

—Sólo una escalera al piso de arriba —confirmó Arzés.

—¿Pues a qué esperamos?

Subieron a trompicones por la escalera, tirando de sus pesadas armaduras con esfuerzo, casi sin resuello por el humo que anegaba sus pulmones. La estancia superior era un pequeño habitáculo sin ventanas, acondicionado como almacén para los productos que se vendían en la tienda. De nuevo, la única salida consistía en otra escalera que se adentraba en un piso superior, presumiblemente la vivienda de la familia que regentaba el establecimiento.

Ascendieron por la segunda escala con rapidez, escapando a una zona libre del asfixiante humo. En esta ocasión, la sala, escasamente amueblada con un par de lechos, una mesa con bancos a ambos lados y un gran arcón, no presentaba más salida que un estrecho ventanuco rectangular, asegurado por un postigo de madera.

—¡La ventana! —rugió Arzés, abriendo las contraventanas de madera y asomándose a la calle.

Ambos sacaron la cabeza fuera para respirar aire fresco, tosiendo con insistencia. Debajo de ellos, el techo del pórtico ejercía de barrera para el incendio, expulsando el humo a unos metros de la fachada del edificio, por donde ascendía hacia el cielo en espesas columnas.

—Podemos saltar al pórtico y escapar por encima de él hacia el palacio —sugirió Drías

—¿Aguantará nuestro peso? —dudó Arzés—. Las vigas que lo sustentan son pasto de las llamas.

—Sólo hay una manera de saberlo.

Sin más comentario, Drías sacó su cuerpo fuera de la habitación, se colgó del marco de la ventana y se dejó caer hasta el techo del pórtico, seis codos más abajo. Con un fuerte golpe, rodó por el tejado a punto de caer de nuevo a las llamas, deteniéndose en el último momento.

—¡Pásame las armas! —gritó una vez que consiguió ponerse de pie sobre el precario sostén, cuya superficie comenzó a agrietarse mientras Arzés dejaba caer sus pesados fardos.

Drías recogió el equipo y lo trasladó con rapidez por encima de la techumbre hasta el siguiente edificio, alejándolo de la parte en llamas, y regresó para ayudar a Arzés en su salto. Éste repitió la maniobra de su compañero, dejándose caer desde el marco de la ventana hasta el tejado del pórtico.

Con un estridente crujido, la techumbre cedió ante el peso del segundo mercenario, derrumbándose con estrépito sobre el piso en llamas.

—¡Arzés! —gritó Drías, saltando hacia delante para asir el brazo de su compañero justo cuando éste se hundía—. ¡Aguanta!

—¡Sácame de aquí! —chilló Arzés, que se agarraba con la otra mano al precario borde del agujero, balanceándose peligrosamente sobre el fuego.

Ignorando los espantosos crujidos del techo sobre el que se apoyaba, Drías estiró con todas sus fuerzas del brazo de su amigo, apretando los dientes por el esfuerzo mientras le arrastraba hacia el tejado del pórtico. En cuanto tuvo ocasión, Arzés encaramó rápidamente las piernas hasta quedar tumbado, jadeando, al lado de su compañero.

—Creía que estabas curtido por el desierto —se mofó Drías, señalando las quemaduras de las piernas de Arzés, que traspasaban sus pantalones y las cintas anudadas en las pantorrillas—. Parece que el bebé aún no soporta el sol.

—Tendrías que verte la cara —replicó el hérulo con una sonrisa, fijándose en los pómulos enrojecidos de su amigo mientras le palmeaba la espalda con agradecimiento.

—Salgamos de aquí antes de que se derrumbe todo el pórtico —sugirió Drías, poniéndose en pie y estirando de nuevo del brazo de Arzés, que le siguió renqueante por la techumbre hasta el lugar donde descansaban sus pertenencias—. Y a ver si miras dónde pones los pies —añadió—, te cuelas por todos los agujeros, como los viejos.

La resquebrajada estructura se desmoronó estrepitosamente a su espalda, dando la razón a Drías a la vez que azuzaba el paso de los mercenarios, dispuestos a poner tierra de por medio con ese incendio que a punto había estado de costarles la vida.

Acompañado por un nutrido grupo, Héctor atravesó con facilidad el férreo control instaurado por los faccionarios a la entrada del hipódromo. A su paso, cuantos se cruzaban con él le señalaban con el dedo, susurrando respetuosamente y acariciando

sus ropajes. A estas alturas, Héctor se había acostumbrado al título de bendecido y caminaba ajeno a la expectación que despertaba. Sin embargo, no podía evitar un sentimiento de euforia cuando comprobaba que el número de sus seguidores crecía de forma espectacular.

Ascendió las gradas con rapidez por las escaleras de piedra, abriéndose paso entre los numerosos verdes y azules que se congregaban junto a sus líderes, dándose cuenta por primera vez de que los *demarcas* departían amigablemente con dos figuras embozadas en amplias capas de vulgar lana.

—¡Héctor! —saludó Antlas, con una amplia sonrisa aunque con un brillo de suspicacia en los ojos—. El hijo pródigo vuelve a casa. Parece que le has cogido el gusto a la tea.

—Me pedisteis que regresara esta mañana y es lo que he hecho —aseguró él de manera inocente.

—Seguro que aún no conoces la noticia —comentó el *demarca* de los verdes—. ¿No ves cómo baila la gente? Justiniano ha cedido.

—¿Qué? —se sorprendió Héctor.

—Ha destituido a su cúpula de gobierno —confirmó Calopodio —, y te ha otorgado el perdón. Vuelves a ser libre.

—¡Ya era libre! —exclamó Antlas con una carcajada—, de ello pueden dar fe todos los edificios que ha hecho arder.

Héctor escuchó las palabras de Calopodio con la boca abierta por el asombro. Libre, era libre. Desde que los partisanos le sacaron de su encierro en el monasterio no había vuelto a meditar seriamente sobre ese tema. Ahora aparecía de repente ante él, con tanta fuerza que le dejó sin aliento.

—Nuestros amigos tenían mucho interés en conocerte —comentó Antlas, recabando la atención del antiguo maestro mientras señalaba con un ligero gesto a las embozadas figuras de los senadores—. Estaban muy intrigados pensando que un simple trabajador tuviera tan buena oratoria. Cuando les he contado que venías de la academia ateniense casi se caen de culo de la sorpresa. Supongo que temen que puedas arrebatarles el puesto —añadió con un guiño.

—¿Quiénes son? —preguntó Héctor, enarcando una ceja en un gesto de desconfianza.

—Senadores —contestó uno de los interpelados—. Mi nombre es Valente, y a mi lado se encuentra Orígenes, compañero en el senado.

—Lo que queda de él —apuntó Calopodio con una sonrisa burlesca—. Ese antiguo claustro de intrigas se ha calcinado.

—El corazón del senado lo forman sus integrantes —aseguró Orígenes—, no necesitamos paredes para representar al pueblo.

—El senado sólo representa sus propios intereses —replicó Héctor con dureza—, junto con los de nobles, patricios y terratenientes.

—Me pareces demasiado listo como para creerte esa patraña —replicó Valente con una sonrisa conciliadora—. Mi querido Héctor, nos acabamos de conocer. Afrontamos el peligro de ser descubiertos y tachados de conspiradores para traer la noticia de un importantísimo logro a favor de vuestra posición. ¿No merecemos al menos el beneficio de la duda?

—¿Noticia?, ¿logro? —interrumpió Antlas—. Si es algo que nos pueda ayudar no lo guardéis más en secreto. Tal vez así podamos olvidar vuestro anterior consejo de buscar a Probo.

—¿Quién iba a pensar que abandonaría cobardemente la ciudad? —alegó Orígenes—. De haberlo sabido jamás os lo habríamos comentado. Sin embargo, estoy seguro de que esto os compensará con creces. Hemos conseguido la promesa de la guardia de no intervenir en la revuelta. No acudirán a sofocar la insurrección.

—¿Es eso cierto? —se asombró Antlas.

—Puedes contar con nuestra palabra —aseguró Orígenes de modo solemne.

—Es algo destacable —valoró el *demarca* de los azules con un movimiento de cabeza—. Lástima que llegue demasiado tarde.

—¿Tarde? —se extrañó Orígenes, intercambiando una confusa mirada con su compañero.

—Hemos conseguido cuanto necesitábamos —explicó Calopodio—. Justiniano ha cedido a nuestras demandas, aumentando sustancialmente la asignación que reciben las facciones. Mañana todo volverá a la normalidad, no hay razón para continuar con esto.

En el rostro de Valente traslució un fugaz gesto de asombro. El senador abrió sus labios para replicar al *demarca* aunque, antes de que pudiera encontrar las palabras adecuadas, fue desbordado por la rápida intervención de Héctor.

—No podemos detenernos. Ya no.

—¿A qué te refieres? —preguntó Antlas.

—Sólo tienes que echar un vistazo a tu alrededor —respondió el ateniense—. Esta revuelta la han empezado las facciones, pero hemos perdido el control. Si pasearais por las calles comprobaríais que las antorchas no se encuentran en manos de nuestros hombres. El pueblo se ha dado cuenta de su poder, no podréis detenerlo.

—Siempre hemos manejado al populacho a nuestro antojo —se vanaglorió Calopodio con un gesto de desprecio—, la chusma no es capaz de pensar por sí misma. Siguen nuestras consignas como borregos.

—No esta vez —insistió Héctor—. ¿De verdad pensáis que volverán a gritar vivas al emperador tras atreverse a quemar su propio palacio? Han tornado el miedo en euforia, las cadenas en espadas. No pararán hasta derribar esta maldita tiranía.

—Bastarán un par de carreras y un reparto de pan para que esos necios loen a Justiniano hasta enronquecer —comentó Antlas —. Ese cerdo envuelto en púrpura sabe que el vulgo es como un banco de peces, no tiene memoria. Dentro de unos días volverán a picar el anzuelo, acusando a los monofisitas de sus males y malgastando su tiempo en discutir sobre teología. Además, ya hemos sacado una buena tajada, no nos conviene tensar demasiado la cuerda.

—No habrá mejor momento que éste —intervino Valente—. La cesión de Justiniano a vuestras peticiones es un claro signo de debilidad. Con la quema de la prefectura ha perdido el control de Constantinopla. Vosotros habéis asaltado los arsenales y armado al pueblo, mientras que el emperador pierde apoyos por momentos. Su única fuerza está en la guardia, y hemos conseguido que no se involucre. ¿Acaso no veis las posibilidades?

—¿Posibilidades? ¿Para qué vamos a desafiar al emperador? —inquirió Calopodio—, no vamos a sacar nada más de lo que ya tenemos.

—Siempre hay un peldaño más alto al que subir cuando uno tiene ambición —tentó Orígenes—. Nadie sabe hasta dónde pueden llegar personas de vuestra valía. Además, Héctor tiene razón. El pueblo no se conformará con volver a sus casas como si nada hubiera pasado. Han probado el poder, y su sabor no es fácil de olvidar.

—¡El pueblo! —despreció Calopodio—. ¿Desde cuándo le preocupa al senado lo que piense el pueblo?

—Desde que somos sus representantes —afirmó Valente, irguiéndose ante el *demarca* de los azules—. Para ellos nada ha

cambiado. Cuando se calmen las cosas Justiniano devolverá a Triboniano, Eudamón y Juan de Capadocia a sus antiguos cargos. Los impuestos seguirán asfixiándonos, continuarán la escasez de trabajo y los problemas para conseguir comida. El espíritu que anima esta ciudad es voluble, supongo que no querréis que fijen su ira en las facciones por tratar de detenerles cuando se encuentran tan cerca de cambiar las cosas.

—¿Tú también con ese discurso? —gruñó el *demarca* de los azules—. ¿Es que te has dejado convencer por este demagogo? —añadió señalando a Héctor—. Antlas, no te dejarás engatusar por el senado, ¿no?

Con la frente arrugada en un gesto de concentración, el *demarca* de los verdes mantuvo su silencio. Sus ojos miraban ora a los senadores, ora a Héctor. Después desvió la vista hacia la arena del hipódromo. Alrededor de la *spina* central, sobre la amplia explanada en la que días antes competían las cuadrigas, miles de ciudadanos bailaban y cantaban en grandes grupos. Improvisadas hogueras ardían en numerosos puntos, sirviendo para asar la carne fruto del saqueo de las tiendas cercanas. El vino robado a los comerciantes en los asaltos del día corría de mano en mano, acompañando el fuerte aroma de la carne especiada que se preparaba en cada rincón del recinto. Sin que intervinieran los faccionarios de uno u otro color, el pueblo coreaba las consignas de la victoria, extendiendo con sus cánticos una pegadiza alegría que parecía extenderse por toda la ciudad.

Héctor mantuvo su mirada mientras Antlas meditaba su decisión. El ateniense era consciente de que las jugosas sumas que el emperador había ofrecido por finalizar la revuelta suponían un intenso acicate para el *demarca*. Sin embargo, pese a todo lo conseguido, nadie podía asegurar que, pasados unos meses, la cabeza de Antlas no rodaría en el cadalso víctima de la fría venganza de quien continuaría sentado en el trono.

—Debemos seguir —susurró finalmente Antlas, suspirando como si se hubiera quitado un enorme peso de encima.

—¿Estás loco? —rugió Calopodio.

—Los azules podéis volver a casa si consideráis terminado vuestro papel —añadió Héctor, acariciando con fingido entusiasmo las verdes tiras de lino que llevaba sobre sus hombros.

Durante un instante, el *demarca* sostuvo la mirada de Héctor. Sin embargo, resultaba obvio que le habían dejado solo, por lo que no tenía otra opción que unirse a ellos. Un triunfo de los verdes sin

su ayuda significaría el final del predominio de los azules, algo que no podía consentir.

—No funcionará si no estamos unidos —aceptó Calopodio a regañadientes—. Los verdes no sois capaces de organizar nada a derechas.

—Sabia decisión —aseguró Orígenes—, si el pueblo siguiera a solas con la revuelta y consiguiera algo importante, las facciones quedarían descolgadas y sin poder. Es el momento de subirse al carro de los triunfadores.

—¿Qué pensáis hacer? —preguntó Antlas—, ¿seguiremos con los incendios?

—Lo más prudente sería bloquear el palacio —indicó Valente—, de esa forma romperíamos cualquier enlace de Justiniano con el exterior. Le atraparemos en su propia jaula de oro, incapaz de recabar refuerzos mientras nosotros conseguimos más apoyos.

—Hay que asegurarse antes de dar el próximo paso —intervino Héctor, visiblemente inquieto por el cariz que tomaban los acontecimientos—. Pese a vuestras intrigas el emperador puede convencer a la guardia si se ve acorralado. Precisamente el oro de su jaula puede abrirle muchas puertas.

—Estamos totalmente seguros de que eso no ocurrirá —confirmó Orígenes, ante la inquisitiva mirada de los *demarcas*—, aunque fuera capaz de romper nuestros acuerdos, la mayor parte de la guardia son meras figuras decorativas, incapaces de entrar en combate. Su función es únicamente testimonial, para participar en desfiles y cortejos. Tan sólo los *excubitores* suponen un peligro, y su número es demasiado escaso para intentar dominar la ciudad con ellos.

—¿No deberíais reunir al senado? —inquirió Antlas.

—La mayoría de los senadores permanecen en palacio —contestó Valente, encogiéndose de hombros—. Antes de tomar la iniciativa a ese respecto debemos asegurarnos de contar con un número suficiente de aliados.

Los *demarcas* asintieron, visiblemente satisfechos con la respuesta del senador.

—Yo regreso a casa —anunció Héctor, alejándose del pequeño grupo de conspiradores.

—¡Te quiero en el foro mañana a primera hora! —chilló el *demarca*, antes de que el antiguo maestro se perdiera entre la multitud.

«A veces me parece que ese maldito actúa según le viene en

gana», pensó Antlas, mientras Valente clavaba sus ojos en la espalda del ateniense.

El semblante de Justiniano apenas se alteró cuando Narsés le transmitió la noticia del rechazo de los insurrectos a su intento de soborno. El propio eunuco estuvo tentado de repetir el mensaje, dudando de si el emperador había escuchado lo que le estaba comunicando. La sangre fría con la que aquel hombre se enfrentaba al desafío de la mayor ciudad del imperio impresionaba al curtido funcionario, hasta el punto de intercambiar una ligera mirada con la emperatriz, en un inútil intento de aclarar su próximo paso.

—Sorprendente —comentó Justiniano con voz suave—, y a la vez decepcionante.

—Tal vez intenten aumentar la cantidad que se les ha ofrecido —sugirió el eunuco.

—No lo creo —negó el emperador, secundado por un ligero asentimiento de cabeza de Teodora—, la cifra era suficiente para calmar su avaricia por mucho que se encontraran sedientos de riquezas. Ansían otra cosa.

Narsés se mantuvo en silencio, expectante, sin osar interrumpir el hilo de pensamientos de su señor.

—Poder —completó la emperatriz, situándose lentamente junto a su esposo—. Ya te advertí que las cosas podrían complicarse.

—Por eso me alegro de haberte hecho caso reclamando las tropas —apuntó Justiniano, sonriendo tímidamente.

Teodora extendió su mano y acarició el rostro del emperador con suavidad, tratando de transmitirle su apoyo con ese gesto.

—Belisario es un hábil general —indicó ella—, barrerá a esa chusma de traidores y herejes, y restaurará el orden.

—Tal vez no sea capaz —dudó Narsés, sin poder evitar un gesto de desagrado al escuchar el nombre de su rival en la corte—. Sería más prudente enviar también a la guardia. A decir verdad, las razones esgrimidas por su comandante para negar su intervención me parecen burdas excusas.

—No lo creemos necesario —sentenció Justiniano, dando por zanjada la intervención del eunuco—. Comunica a Belisario que mañana al amanecer dirija a sus tropas contra los sublevados. Que aplaste la rebelión a cualquier precio. Y ahora déjanos a solas.

Narsés realizó una profunda reverencia y se deslizó casi sin ruido fuera de la sala. A pesar de las garantías que Teodora le

ofrecía respecto a su progreso dentro de la corte, la perspectiva de que Belisario se convirtiera en el hombre capaz de salvar la situación le provocaba escalofríos. De algún modo, tenía la certeza de que su camino hacia el poder se cruzaría, antes o después, con el del general, convirtiéndole en un molesto competidor en la pugna por los favores reales. Por ello, por mucho que su lealtad hacia su benefactora le impidiera realizar acto alguno para evitar el triunfo de Belisario, internamente no pudo evitar entonar una callada plegaria, rezando para que sufriera un descalabro en su ataque, un fracaso que desmitificara su habilidad militar ante los ojos del emperador. Un fallo que le convirtiera en prescindible.

Platón sonreía ante las caricias de su padre, alegre por disfrutar de su atención tras varios días sin encontrarse entre sus brazos. Héctor acunaba a su hijo con ternura, al tiempo que acariciaba sus piececillos, provocando con sus cosquillas un divertido pataleo en el pequeño.

Penélope preparaba algo de comer a su marido, acumulando en un plato grandes trozos de pan, una buena porción de queso, aceite y un puñado de frutos secos. Gracias a la generosidad de Antlas, mientras la mitad de Constantinopla pasaba hambre, ellos disponían de una repleta despensa.

Héctor relataba los acontecimientos del día al tiempo que entretenía a su hijo, demasiado excitado como para permitir que sus padres lo dejaran en su cuna. Penélope, sentada en un banco frente a la desgastada mesa sobre la que reposaban las viandas, le miraba con seriedad, con sus bellos ojos envueltos en una expresión melancólica. Resultaba extraño ver a su marido acariciando suavemente al pequeño, con una sonrisa grabada en los labios al mismo tiempo que su boca relataba escenas de incendios, saqueos y destrucción. Los dos mundos que se unían en aquella estampa difícilmente encajarían el uno con el otro. Durante unos instantes perdió el hilo de la conversación, centrándose en observar la figura de su esposo. Por primera vez en los últimos años había recuperado el tono de orgullo que le caracterizaba en los tiempos en que se dedicaba a la enseñanza. Los acontecimientos de la pasada semana habían transformado por entero sus vidas, agitando su existencia como un terremoto, descolocando cada pieza de su rutina diaria hasta volverla desconocida. Al menos, Héctor parecía haber recuperado la fuerza. Aparentemente, nada quedaba en él del asustado joven de la noche anterior. Sus demonios parecían haberse esfumado con el

mismo fuego que él había contribuido a propagar. Sin embargo, nunca hubiera pensado que su marido pudiera convertirse un día en un incendiario. Si años atrás alguien hubiera predicho que el digno maestro podía encabezar una revuelta se habría reído al escucharlo.

—... y, finalmente, fui al hipódromo —continuó Héctor, mirando a Penélope con una sonrisa, consiguiendo atraer de nuevo su atención—. Encontré a Antlas hablando con unos senadores.

—¿Senadores? —se extrañó ella—, ¿qué hacían allí?

—Intrigar para que las facciones mantengan la presión sobre Justiniano. Han estado a punto de abandonarlo todo y aceptar su acuerdo.

—¿Qué acuerdo? —preguntó Penélope, cada vez más confusa.

—Creí que ya lo sabrías. El emperador ha cedido —explicó, ante la apremiante mirada de su mujer—, nos ha amnistiado, y ha tratado de sobornar a los *demarcas* para que cesara la revuelta.

La cara de Penélope mudó en una mueca de asombro. Movió la boca tratando de articular alguna palabra, aunque en vano. Se levantó de un salto y abrazó a su marido, con tanta fuerza que Platón, en medio de ambos, chilló al sentir cómo le apretaban, obligando a sus padres a separarse.

—Somos libres —susurró ella, aún sin poder creerlo, con los ojos fijos en el sonriente rostro de su marido.

—Sí —confirmó él, besándola apasionadamente—. Ya nada volverá a separarnos. Cuando esto acabe comenzaremos una nueva vida. Tengo tantos planes en la cabeza que apenas puedo pensar.

Penélope se abrazó a él, ladeándose para no aplastar al pequeño Platón, que volvía a reír al sentir el calor de sus progenitores rodeándole.

—Ya nada nos impide salir de aquí —dijo ella, apoyando la cabeza sobre el hombro de Héctor.

—¿Irnos? —replicó él, provocando que Penélope le mirara sorprendida—, no puedo dejarlo ahora. ¿No has escuchado lo que te acabo de contar? Lo que está sucediendo en esta ciudad no ha pasado en siglos. El pueblo ha despertado, por primera vez comienzan a pensar como hombres libres.

—¿Y qué tiene eso que ver con nosotros? —replicó ella, incapaz de comprender la reacción de su esposo—, yo sólo quiero estar a tu lado. Si la gente quiere luchar que lo haga, no nos necesitan.

—Me consideran su líder —explicó Héctor—, me escuchan.

Llevan siglos de esclavitud, con las mentes oprimidas para convertirse en meros siervos de un tirano, pensando que ése era el destino que Dios había elegido para ellos. Necesitan alguien que les guíe.

—Ellos no piensan en la libertad, por lo que he oído únicamente se dedican a saquear las tiendas y asesinar a la gente. ¿Ésa es la libertad a la que quieres guiarles?

—Un esclavo no rompe las cadenas de sus amos sin sacrificios —insistió Héctor—. Justiniano no abandonará el poder, hay que arrojarlo del trono, y eso no se puede hacer sin derramar sangre.

—Sangre de inocentes —aseguró ella.

—Quien se enriquece con la miseria de sus semejantes no es inocente. El pueblo ya ha echado a volar, sólo hay que mostrarle el camino.

—Pues que lo hagan los *demarcas*, o los senadores. No tienes por qué ser tú.

—No lo entiendes. Para ellos el pueblo no es más que un burdo instrumento para conseguir sus fines. Únicamente les interesa auparse sobre sus hombros para obtener más poder y riquezas. Si les hubieras visto hoy en el hipódromo, son como buitres ansiosos por lanzarse los primeros sobre un cadáver.

—¿Y acaso tú vas a poder impedirlo? —replicó Penélope, alzando la voz con visible enfado—. Tú mismo lo dices, llevan siglos así. ¿De verdad vas a conseguir que cambien?

—¡Sí, maldita sea! —gritó Héctor—, lo he visto en sus ojos. Quieren ser libres. Sólo necesitan esperanza.

—¿Y qué hay de nosotros? ¿Qué crees que necesito yo, o tu hijo? Necesito un esposo, y un padre para Platón. ¿Qué será de tu familia si te matan por tu insensatez? ¿Has pensado que nos condenas a la miseria? Tus amigos de las facciones no se preocuparán de nosotros una vez que hayas muerto.

—No puedes pedirme que renuncie a mis creencias —replicó él, exasperado—, no es justo. Tengo un deber con la sociedad, y nunca antes he estado tan convencido de lo que tenía que hacer. Cuando daba clase creía que la educación podía servir para cambiar el mundo, para construir una vida mejor para todos, pero esta ciudad me ha abierto los ojos. Aquí está la oportunidad para ese nuevo mundo, aquí y ahora. Ésta es mi oportunidad.

—¿Tu oportunidad? ¿De qué, de morir?

—¡De salir de este agujero! —chilló él—, de abandonar de una maldita vez esta vida que llevamos. ¡Estoy harto! Harto de

dejarme la piel día tras día en un trabajo infame que no querría ni una mula, harto de ver cómo mi vida se va por la alcantarilla, harto de obedecer como un esclavo a cambio de unas migajas. Tú no sabes lo que es levantarse cada día sabiendo que lo único que te espera es dar vueltas a una rueda de molino durante horas y horas.

—¿Y sabes tú lo que es sentarse aquí a esperar? —replicó ella —. ¿Sabes acaso lo que es encerrarse en esta casa sin saber si mi marido está vivo o muerto, volviéndome loca pensando si nuestro hijo morirá de hambre porque a ti te han asesinado siguiendo un maldito sueño de grandeza? Ya no eres profesor, ya no estamos en Atenas, y tenemos que vivir con eso.

—No quiero, no lo soporto más. Puedo recuperar todo lo que perdimos, lo sé.

—Entonces, todo esto no es por ellos, no es por el pueblo. Es por ti.

—No por mí, por nosotros —apuntó Héctor—. Tal como lo dices suena egoísta, pero en realidad siento que tengo un deber para con esos desheredados.

—Tu primer deber y tu mayor obligación es cuidar de tu familia, de mí, de Platón.

El pequeño comenzó a llorar, alarmado por la fuerte discusión que mantenían sus padres. Penélope recogió a su hijo de brazos de Héctor y lo acunó con dulzura, al tiempo que le tranquilizaba con suaves palabras.

—No me hagas elegir —suplicó él, transformado su semblante en una mueca de angustia—, por favor, no.

—Sé lo mucho que te importan los principios, y mentiría si no dijera que son una de las razones por las que me enamoré de ti. Y aunque no lo creas, sé el sacrificio que has hecho por tu familia, y estoy orgullosa de ti por tu fortaleza. Pero he vivido suficiente de esta revuelta para imaginarme cómo va a acabar. No me sentaré a esperar que un faccionario entre a decirme que te han asesinado, así que, si no dejas a los verdes, me iré —aseguró ella—; si estoy condenada a ser viuda prefiero no estar aquí para recibir la noticia de tu muerte.

Su voz era deliberadamente suave, para evitar excitar aún más al pequeño, pero la dura determinación que transmitía a Héctor con sus ojos no dejaba lugar a dudas.

—Innumerables veces me has dicho que me amas —continuó ella, dulcificando su rostro en un intento de apaciguar el

enfrentamiento—, y que no hay nada más importante que el amor que sientes por tu familia. Ahora te pido que hagas honor a tu palabra, quiero que antepongas tu amor sobre todo lo demás.

Héctor respiró hondo mientras Penélope le sostenía la mirada, arrullando a Platón entre sus brazos al tiempo que esperaba una respuesta.

—Lo haré —cedió, con un suspiro que parecía provenir del fondo de su alma—. Mañana le diré a Antlas que lo dejo. Después buscaremos la manera de salir de la ciudad.

Penélope se acercó lentamente a él, acariciando su rostro con suavidad. Era consciente de lo cruel de la lucha que Héctor había mantenido, y ansiaba poder compartir su carga. Sabía que, pasado un tiempo, él apreciaría la decisión tomada. Sin embargo, no pudo evitar que su corazón se encogiera al ver la expresión de derrota que mostraba el rostro de su amado.

Constantinopla, 15 de enero de 532

La aurora aún no había roto con su rosada claridad la negrura de la noche mientras Aecio se aproximaba a su vivienda. Acompañado por los seis sirvientes que su anfitrión le había dispensado para garantizar su seguridad, el médico se adentraba en las callejuelas cercanas al Augusteon recordando la noche en la que huyó de su hogar.

A la luz de las antorchas de sus acompañantes, su mente regresó al momento en el que saltó el muro del patio interior de su villa, corriendo por aquel oscuro y estrecho callejón como alma que lleva el diablo. Recordaba el miedo que anegaba su pensamiento, el sudor frío que se deslizaba por su espalda y el fuerte palpitar de su desbocado corazón. Huyó sin saber adónde, con una única idea martilleando en su cerebro, ponerse a salvo. Cuando por fin detuvo su loca carrera estaba desorientado. Todas las calles parecían iguales, y aunque le aterraba la idea de salir a una calle principal y toparse con un grupo de alborotadores, no tenía otra opción. En cuanto se mantuvo quieto un rato el frío de la noche comenzó a penetrar hasta sus huesos, a través de la túnica de *iatroi*, la única prenda con la que contaba en su apresurada fuga. Necesitaba un lugar en el que resguardarse.

En cuanto consiguió averiguar dónde estaba se sorprendió, al comprobar que su carrera no le había alejado demasiado de su casa. Por el temblequeo que ascendía desde sus rodillas hubiera jurado que se encontraba al otro extremo de la ciudad, sin embargo, ni siquiera había sido capaz de llegar hasta el puerto.

Sin saber adónde ir, su primera opción consistía en refugiarse en una de las iglesias cercanas. Pero la imagen de Santa Sofía envuelta en llamas y el desgraciado fin del joven que había muerto sobre una mesa en su propia casa le disuadieron de dicha idea. Tras respirar profundamente varias veces para calmar su agitado ánimo, se dio cuenta de que se encontraba muy cerca de la villa de uno de sus pacientes. Con un brillo de esperanza en los ojos, Aecio se encaminó a la casa de Valente, en busca de la ansiada seguridad.

El senador se encontró francamente sorprendido al ver a su médico personal aparecer sin resuello, en mitad de la noche, y con una simple túnica como único atuendo. Bastaron unas sencillas

explicaciones por parte del *iatroi* para que Valente le ofreciera su hospitalidad, desdeñando las disculpas de Aecio por las posibles molestias ocasionadas. Fue instalado en una de las habitaciones de la planta superior, normalmente destinadas a las mujeres, aunque, en el caso del solitario Valente, vacías en espera de algún invitado.

Allí había permanecido el día anterior, saliendo únicamente al atrio para disfrutar de un rato de relajante conversación con su improvisado protector. Tras explicarle someramente sus peripecias de la noche anterior, Aecio había comprobado cómo el visible cambio en el ánimo del senador se había completado, trocando su taciturna melancolía en un evidente entusiasmo. Resultaba irónico que se hubiera necesitado una sangrienta insurrección para conseguir que Valente saliera de su apatía, y aunque al médico le alegraba observar la vitalidad que ahora derrochaba el senador, no dejaba de preguntarse si aquella repentina euforia no tendría alguna oscura razón oculta.

En cualquier caso, el patricio había puesto a su disposición a sus criados, para que le acompañaran de nuevo a su casa, con la intención de comprobar el estado de la villa tras el paso de los temidos faccionarios. Tras el retorno de Valente de su salida el día anterior junto a uno de sus compañeros del senado, habían decidido que el mejor momento para efectuar la inspección sería justo antes del amanecer, cuando los grupos de incontrolados hubieran finalizado sus desmanes nocturnos y aún no se hubiesen concentrado de nuevo con la salida del sol.

Llegados a la vivienda del médico, lo primero que sorprendió a Aecio no fue encontrar la puerta principal abierta, aunque sin daños aparentes, sino el relativo orden que observó en el interior.

Mientras se aproximaba a la villa, Aecio imaginaba un desolador panorama de muebles destrozados, cortinas arrancadas y enseres aplastados. Eso sin contar con la más que probable posibilidad de que tan sólo quedara de su antiguo hogar un montón de escombros o maderos renegridos y aún humeantes. Sin embargo, los daños eran casi inexistentes.

Parte de su ropa aún permanecía en un arcón, doblada y ordenada, los braseros de bronce mantenían su puesto en las esquinas de las estancias, los lechos donde recibía a sus invitados permanecían en su antigua posición y los caros cortinajes que aislaban algunas de las habitaciones habían sido apartados a un lado sin recibir daño alguno. Aquello resultaba demasiado sutil para un grupo de asaltantes furiosos.

Tras un rápido vistazo, Aecio comprobó que sólo faltaba el

dinero, sus ropas más lujosas y, sobre todo, la práctica totalidad de sus medicinas, incluida su caja de *iatroi* con todo su instrumental. Bastó un parpadeo para que el asombrado médico comprendiera que también faltaba la servidumbre, y otro más para que Aecio atara ambos cabos. Había sido engañado y robado por sus propios criados.

Estupefacto, comprendió que sus sirvientes habían interpretado una pantomima para hacerle creer que se encontraba en peligro, aprovechando su miedo para conseguir que huyera asustado, dejando atrás sus más valiosas pertenencias. En su cabeza resonaron las continuas advertencias de su criado, solicitando que dejara su caja de medicinas, sabedor del alto precio que alcanzarían en ciertos mercados tanto sus preparados como sus instrumentos de bronce pulido. Las piezas comenzaban a encajar. Ahora entendía por qué no había escuchado el clamor de los asaltantes, ni visto sus amenazadoras antorchas. Había sido un estúpido.

Mientras se encaminaba a la estancia que hacía las veces de estudio para acumular los libros de medicina y escribir sus propios tratados, buscaba la forma de entender las razones que habían podido llevar a sus sirvientes a convertirse en vulgares ladrones. Jamás les había tratado mal. No utilizaba el látigo como hacían muchos grandes terratenientes, ni les humillaba o avergonzaba en público. No se aprovechaba de las mujeres aunque fuera algo común entre los amos acaudalados, y ni siquiera tenía esclavos, pues todos sus antiguos criados estaban contratados por un salario. De esa forma, tras desechar todo lo demás, llegó a la convicción de que le habían robado simplemente porque era una víctima fácil, porque era demasiado cándido. A decir verdad, ni siquiera se había tomado la molestia de ocultar su dinero en algún lugar desconocido por sus criados, hasta el último de ellos sabía dónde se encontraba su *kibotion*, el pequeño cofre de madera con cerrojo en el que almacenaba el grueso de sus honorarios.

Como pequeña compensación a tan desesperante desgracia, verse asaltado por aquellos que compartían su propio techo, Aecio comprobó que su estudio se mantenía intacto. El pergamino de su *Biblia iatrica* que estaba escribiendo se encontraba aún sobre la *grammateion*, la tabla que se colocaba en el atril y sobre la que se efectuaba la escritura. Abrió el armario donde guardaba sus más preciados libros de medicina y encontró hasta el último de ellos. Dioscórides, Galeno, Hipócrates... su veintena de manuscritos permanecían en los estantes, junto a la caña de escribir y el

recipiente de tinta, gracias a la incultura de sus criados, que desdeñaron los volúmenes, ya fuera por su excesivo peso o por la dificultad de encontrar un comprador para tan especializada lectura.

Apremiado por sus acompañantes, Aecio recogió cuidadosamente su biblioteca, envolviéndola en grandes telas para que los criados de Valente pudieran trasladar los libros a la segura villa del senador. Sin embargo, cuando finalizó la tarea, recordó la noche en la que habían ocurrido los acontecimientos, así como el rostro del joven que había muerto.

Se encaminó a la estancia donde reposaba el cadáver y en cuanto abrió la puerta un fuerte olor a carne en descomposición le embotó los sentidos. El cuerpo del muchacho aún se encontraba sobre la mesa, con el rostro y las manos de un color verde azulado que delataba el inicio de la corrupción del cadáver. Los ojos del joven se habían hundido en las órbitas y la piel había tomado un aspecto ceroso, dando a su cara un aspecto casi irreconocible. Era evidente que algo había impedido a su padre regresar a por el cuerpo, dado que la habitación había permanecido cerrada desde su marcha, seguramente gracias al supersticioso respeto que imponían los muertos.

—Debemos irnos —urgió uno de sus acompañantes.

—No podemos dejarle aquí —aseguró Aecio—. Prometí a su padre que me ocuparía de él. Tenemos que enterrarle.

Los criados de Valente se miraron entre ellos. Sin embargo, ninguno dijo nada, esperando que el médico decidiera los próximos pasos.

—Hay una carretilla en el patio de atrás —prosiguió Aecio—. La usaremos para trasladar el cadáver hasta el cementerio, al otro lado de las murallas. También encontraréis palas y un pico para cavar una tumba. Tres de vosotros me acompañaréis para ocuparnos de él. Los demás llevarán los libros de vuelta a la villa de vuestro señor, y le explicarán que yo llegaré algo más tarde.

Sin una réplica, todos se pusieron manos a la obra y salieron poco después de la casa con el finado sobre la traqueteante carretilla de madera. Mientras se apresuraban en dirección a las murallas de la ciudad, comenzaron a cruzarse con grupos de personas que se dirigían en sentido contrario, hacia el Augusteon. Sin embargo, bastaba ver el cadáver que portaban para que todos se apartasen de ellos, limitándose a persignarse con rapidez, sin que nadie les molestara.

En otras condiciones, Aecio hubiera buscado a alguno de los portadores de féretros, los integrantes de los gremios que se organizaban en una cofradía a través de Santa Sofía, contratados para realizar los entierros con las rentas que proporcionaban los alquileres de novecientas cincuenta tiendas de la capital. También hubiera llamado a alguna de las *asketriai*, comunidades de mujeres ascéticas que cantaban en los servicios fúnebres. El cortejo se hubiera acompañado de plañideras, y habría trocado sus vestidos por túnicas negras, símbolo de luto para todos excepto para el emperador, en cuyo caso era el blanco el color de la desgracia. De haber sido su propio hijo habría encargado a un escultor una losa de piedra o mármol, y un panel pintado en el que figurara una escena que describiera el trabajo del fallecido. Habría adornado el exterior del féretro con guirnaldas, incluyendo en su interior sus útiles de trabajo. Pero, a fin de cuentas, no era más que un desconocido a quien el azar había situado en su camino. Con un extraño sentimiento de culpa, de no haber hecho lo suficiente por aquel joven, Aecio tuvo que consolarse pensando que, en mitad de una revuelta, resultaba inevitable dejar de lado las arraigadas tradiciones funerarias.

De nuevo, llegados a la puerta Carisia, el olor que acompañaba su macabra carga les franqueó el paso entre los suspicaces guardias que custodiaban el acceso a la ciudad. A su lado, un buen número de familias se congregaba junto a las puertas, buscando escapar de la capital hasta que los ánimos se hubieran calmado. Para ellos, la escapada no era tan fácil como para el grupo liderado por Aecio. Sin un cuerpo que enterrar, la mayoría debía atenerse a las exigencias de los guardias, deslizando un puñado de monedas en su mano antes de que éstos les permitieran proseguir su camino.

Una vez llena la necrópolis que rodeaba la cisterna de San Mocio, los cementerios de Constantinopla se aglutinaban en torno a las principales calzadas de acceso. Apenas a un par de estadios de distancia de los altos muros de la urbe, un mar de losas, cruces y panteones se extendía a ambos lados del camino; una ciudad de los muertos, reflejo de la ciudad de los vivos que se encerraba tras las fortificaciones.

Aecio guio a los sudorosos criados a través de la calzada, hasta adentrarse en el desordenado conjunto de tumbas, en busca de un espacio vacío donde cavar la que contendría el cuerpo del joven. Cuando lo encontraron, sus tres acompañantes comenzaron la penosa tarea, hiriendo con sus herramientas el duro terreno,

abriendo poco a poco una fosa, en la que depositaron el cuerpo, boca arriba y con la cabeza orientada hacia el este.

Una vez cerrada la tumba, Aecio colocó sobre ella unas cuantas piedras de las que salpicaban los lados de la calzada, para poder reconocer el lugar si su padre le preguntaba por él. La tradición imponía que los familiares acudieran a la tumba de sus allegados al tercer día de su entierro, así como al noveno y pasados cuarenta, a compartir con los fallecidos la comida tradicional de Pascua, el *kollyba*, trigo hervido con uvas pasas, pepitas de granada y harina.

Finalmente, mientras los criados de Valente comenzaban a retirarse acarreando la carretilla, se mantuvo un instante a los pies de la tumba, con el ligero sonido de la brisa como única compañía. Antes de irse, rezó una breve plegaria, sin acertar a decir si lo hacía por el alma de aquel joven desconocido o, por el contrario, por la suya propia. Mientras caminaba de vuelta a la ciudad, su cabeza iba preguntándose si sobreviviría a esa revuelta o si, en su lugar, acabaría en una fosa similar a aquella que acababa de dejar atrás.

Drías sonreía al observar el rostro compungido de su compañero, mientras éste anudaba las largas tiras de lino a lo largo de sus quemadas piernas.

La noche anterior habían recibido la esperada noticia de que saldrían a sofocar la insurrección. Ahora, al amanecer, los soldados se encontraban inmersos en el ritual previo a la batalla, en el que se colocaban mecánicamente su equipo, comenzando por los pies, tal y como se les había enseñado a través de largos años de instrucción militar.

Al igual que su compañero, Drías se había anudado las tiras de lino que le protegerían las piernas por debajo de la rodilla, aunque él había tomado la precaución de hacerlo por encima de sus largos pantalones de lana. Finalizado el laborioso proceso, ambos se ajustaron la coraza, la *lorica squamata*, una armadura formada por placas de metal que se ataban en bandas por medio de un alambre, para luego coser cada una de las bandas sobre una gruesa prenda de lino, formando una protección recia aunque flexible. Tras comprobarse mutuamente el encaje de su principal protección, se colocaron las *pteruges*, las anchas cintas de cuero que colgaban sobre los enganches que la armadura presentaba en la cadera y en los hombros, para proteger aquellas zonas desprovistas de la cobertura metálica. Tras ellas, se anudaron los correajes de cuero

para la espada, que se llevaba en el lado izquierdo, colgada del hombro derecho por una cinta cruzada oblicuamente sobre el torso. Por último, el casco, de tipo sármata, coronado por un pequeño penacho de plumas rojas, y el escudo redondo, sobre cuya superficie exterior figuraban dos círculos concéntricos de color rojo sobre fondo blanco, la insignia de la caballería hérula de Belisario.

En esta ocasión, desprovistos de sus monturas, los jinetes deberían combatir a pie, aunque ninguno de ellos mostraba la menor desconfianza en quién se alzaría con la victoria ese día. Eran veteranos de la guerra de Persia, y gozaban de la ventaja que les otorgaba su excelente preparación, su armamento y su habilidad de combate superiores y la estricta disciplina. Mientras no perdieran el orden de batalla ninguna fuerza civil, por grande que fuera su número, sería capaz de romper sus líneas.

De este modo, mientras un oscuro manto de nubes cubría el amanecer prolongando la noche durante unos instantes, tres mil mercenarios hérulos se disponían a matar y a morir por la soldada que garantizaba su lealtad.

Saludando con un gesto a cada cara conocida, Belisario transitaba con paso firme entre los soldados, comprobando el estado de ánimo de sus mejores tropas. Su rostro transmitía confianza. Disponía de la élite de su ejército, los únicos que habían derrotado al imperio sasánida al frente de las águilas romanas en cientos de años. Sin embargo, las estrechas calles de Constantinopla formaban un terreno muy diferente de las amplias llanuras de su campaña persa. Por otro lado, la tácita negativa de la guardia a participar en el combate mermaba considerablemente el número de atacantes del que disponía. Cuanto más se alejaran del palacio, mayor sería el grado de dispersión de sus tropas y, por tanto, más frágil y delgada se volvería su formación. Ahí radicaba el único miedo que rondaba la cabeza de Belisario.

Para auxiliarle en su tarea, Justiniano había situado a su lado al general Mundo, uno de sus servidores más leales. Pese a ello, Belisario tenía intención de llevar personalmente el peso de la dirección del combate, apoyado por el *ilarka*, su segundo al mando. Sin embargo, el general confiaba en evitar el derramamiento de sangre, seguro de que la multitud se dispersaría atenazada por el pánico en cuanto el primer destello de las armas mercenarias surgiera de las puertas del palacio.

A esa hora del día, todas las órdenes habían sido enviadas y los

detalles aclarados. Tras la rudimentaria revisión de sus tropas, Belisario se encaminó al Chalke, el derruido acceso principal del palacio. Construido como una estancia cuadrangular coronada por una cúpula, disponía de dos grandes puertas, la segunda de las cuales había mantenido a salvo el palacio frente al fuego que había devastado el resto de la construcción. Cuando llegó el general los guardias abrieron las pesadas hojas de bronce, mostrando el aspecto desolador que lucía la que había sido majestuosa entrada al palacio. Con un suspiro, Belisario recorrió con la mirada las paredes ennegrecidas, despojadas de los bellos mosaicos que antes las cubrían. «Espero que el emperador los sustituya por otros en los que se muestren nuestras victorias», pensó el general, mientras imaginaba cómo, a través de los escombros, sus mercenarios formarían en *cuneus*, en densas columnas, avanzando contra los insurrectos.

—¡Atentos! —gritó un oficial, lo que provocó que las unidades más próximas a la salida se agruparan en perfecto orden al paso de su general.

Belisario recogió el casco, distinguido por un alto penacho de vistosas plumas azules, de manos de un ordenanza de palacio y montó de un salto en su nervioso caballo, que piafaba con fiereza, deseando desatar su furia.

Tras rezar silenciosamente una plegaria, Belisario volvió la cabeza para contemplar el perfecto alineamiento de sus soldados, alzó su espada y dejó que su boca entonara una ronca aclamación:

—*¡Imperator!*

Respondiendo a su señal, al tiempo que la terrorífica serpiente de metal comenzaba a moverse, un impresionante clamor surgió de las decididas gargantas de sus hombres. «*Vincas, vincas, vincas*.»

Por segundo día consecutivo Héctor se levantó antes del amanecer. Tras una nueva noche de vigilia, absorto en su promesa y en las posibilidades que le ofrecía su nueva condición de libertad, pretendía dar un paseo solitario por el puerto para aclarar su mente antes de encontrarse con Antlas.

A pesar de la firmeza con la que había jurado a Penélope que se libraría de su ligadura con las facciones, la calma de la oscuridad había enfriado su ánimo, eliminando la seguridad con la que se trenzaban sus planes y argumentos para una vida lejos de Constantinopla. Seguían existiendo demasiadas incógnitas, demasiados recuerdos para dejarlo todo atrás sin un instante de

duda. Sentía aún el fuego en su interior, esa llama que se encendía con cada palabra de su discurso, con los vítores de aquellos que le aclamaban. Sin embargo, Penélope lo era todo para él. Sin ella no podría seguir viviendo. Necesitaba pensar, y no podría hacerlo con una legión de seguidores como la que esperaba el día anterior en el patio.

Abandonó el lecho con toda la lentitud de la que fue capaz, evitando despertar a su agotada esposa, y se vistió con cuidado, procurando no tropezar con ninguno de los escasos muebles en la oscuridad que engullía la pequeña estancia. Le hubiera gustado despedirse de ella, pero prefirió dejar que durmiera y se encaminó hacia la puerta, abriéndola con toda la delicadeza de la que fue capaz.

El patio no estaba vacío. Unos cuantos jóvenes sesteaban junto a una improvisada hoguera. Cubiertos con sus capas de lana, se apoyaban unos sobre otros para evitar tener que dormir en el frío suelo. A un lado aún podían verse los huesos mondados del cordero que había servido de cena al grupo, seguramente fruto del saqueo de un comercio.

Teniendo en cuenta el deplorable estado de la escalera de madera que descendía hasta el patio, Héctor no dudaba que los quejumbrosos crujidos de los escalones acabarían por despertar a la mitad de los muchachos pero, para su sorpresa, ninguno de los, a sus oídos, estridentes chasquidos de la madera producidos por sus pies consiguió espabilar a los jóvenes.

Agradeciendo a las Musas su buena fortuna, Héctor abandonó rápidamente el edificio y se internó por las cercanas callejuelas en dirección al puerto. Un día normal la zona estaría atestada de estibadores, mendigos, pescadores, patrones de barco, vendedores ambulantes y funcionarios de todas clases. Sin embargo, los barrios anexos al Cuerno de Oro mantenían una quietud sepulcral. Aunque hasta allí no habían llegado los grupos de saqueadores, las blancas casas, salpicadas de rojas hileras de ladrillo, seña de identidad del barrio de Blaquernas, encerraban en su interior a sus atemorizados inquilinos tras recios portones y contraventanas de madera.

Arrebujándose en su capa, se adentró en el puerto y se sentó en uno de los pequeños malecones desde donde descargaban los barcos de pesca. Los más atrevidos habían salido a faenar, y ahora se esmeraban con sus redes en el ancho brazo de mar, pero el número de barcos que se deslizaban sobre el agua era mucho menor de lo habitual. Héctor no dudaba que muchos de aquellos

curtidos hombres de mar, trabajadores incansables que apenas ganaban lo suficiente para subsistir, formarían parte de la ingente horda de ciudadanos que pugnaba por conseguir su libertad.

Desde su húmedo asiento sobre uno de los pilares del muelle, Héctor contemplaba con tranquilidad las luces que titilaban en el barrio de Sycae, al otro lado del Cuerno de Oro, apenas visibles frente a la incipiente claridad que se alzaba. Le habría gustado reconocer entre las recortadas formas de los edificios la figura del monasterio que le había acogido tras su milagrosa supervivencia a dos intentos de ajusticiamiento. Algún día debería volver allí, con su hijo, y contarle la historia de cómo el pueblo romano se enfrentó a su dictador alentado por aquel incidente.

Pensar en Platón pareció disipar las dudas que bailaban en su pensamiento. Sería duro renunciar a lo conseguido, dejando de lado sus ideales en el momento en el que se encontraba más cerca de verlos cumplidos. Pero ningún sacrificio sería demasiado grande con tal de alejar a su familia de la injusticia y la infamia que envolvían el imperio.

No sabía cómo se lo tomaría Antlas, pero ya no le importaba. Por primera vez en semanas sentía que su vida le pertenecía. Abandonó el muelle con una sonrisa, bordeando las oscuras aguas que bañaban la ciudad mientras se encaminaba al encuentro de los *demarcas* y al inicio de una nueva vida.

El intenso griterío apenas supuso una sorpresa para la mayoría de las personas que ya, a tan temprana hora, se aglutinaban en el foro. Acostumbrados a dos días de intensas proclamas, elevadas al cielo con portentosa potencia por miles de voces, la sincronizada enseña utilizada desde el palacio tan sólo provocó algunos gestos de incomprensión y unos cuantos cuchicheos, en los que un puñado preguntaba a su compañero más cercano si se había sustituido la palabra «*nika*», utilizada hasta el momento, por la marcial «*vincas*».

Sin embargo, en la zona central del foro, donde los *demarcas* departían la actividad a seguir durante el día con los miembros principales de las facciones, el griterío de los soldados provocó un escalofrío seguido de un intenso temor cuando Belisario cruzó la puerta acompañado por una espesa columna de lanceros cubiertos de hierro y bronce.

—¡Las tropas del emperador! —chilló Calopodio con tono histérico—. ¡Justiniano nos manda a su ejército!

—¿No habían dicho esos malditos senadores que no lo haría? —protestó, incrédulo, Antlas.

—¡Nos harán pedazos! —continuó Calopodio, con el rostro contraído en un rictus de terror.

Hipnotizados ante el espectacular desfile de los germanos, a paso ligero entrechocando sus armas, los *demarcas* contuvieron el aliento, comprobando cómo las derruidas puertas del palacio vomitaban una infinidad de apretadas columnas de lanceros. La multitud, atónita ante el despliegue militar, se mantenía igualmente inactiva, contemplando ensimismada cómo los mercenarios formaban frente a ellos, alineándose con precisión matemática.

La cabeza de la procesión armada se dividió en dos, cual bífida lengua de serpiente, cuando Belisario separó sus fuerzas para encaminarse a los puestos asignados, consiguiendo despertar la conciencia de los presentes con la maniobra. Al contrario de lo que cabría esperar, la multitud apenas retrocedió unos pasos antes de que comenzara a surgir de su seno un torrente de insultos y provocaciones dirigidos a los mercenarios. Una piedra voló por los aires, impactando en el escudo de uno de los hérulos. En unos instantes, un griterío ensordecedor llenó la plaza y una lluvia de piedras, guijarros y trozos de mampostería surgió de la masa, arrancando con sus impactos un creciente tintineo de las metálicas protecciones de los soldados.

—¡Formad en *fulcum*! —voceó Belisario desde su montura, en cuanto vio caer a un par de hombres a consecuencia del intenso bombardeo de proyectiles.

Respondiendo a la orden con maravillosa sincronización, los hérulos, sin dejar de moverse hacia sus puestos, elevaron sus escudos formando un techo acorazado que cubriera toda la columna, a semejanza del antiguo *testudo* utilizado por los legionarios. Contra tan soberbio despliegue, las piedras arrojadas por la multitud se volvieron inofensivas, aunque no por ello se detuvo el lanzamiento de cuantos objetos, adoquines e, incluso, extremidades arrancadas de las estatuas disponían los rebeldes.

Desde lo alto del podio Antlas contempló la reacción de la plebe, calmando su ánimo ante el cariz que tomaban los acontecimientos. A diferencia de su aterrorizado homónimo, el *demarca* de los verdes evaluó con cautela la sorprendente valentía demostrada por el pueblo ante las picas erizadas que esgrimían los soldados.

—¡No huyen! —gritó, tratando de hacerse oír por encima del infernal alboroto que reinaba en el foro.

—¿Qué dices? —preguntó Calopodio, con el rostro desencajado.

—¡El pueblo no huye! —repitió Antlas—. Plantan cara a los soldados.

—¡Les harán trizas! —aseguró el *demarca* de los azules—. Deberíamos aprovechar para escabullirnos mientras contienen a los mercenarios.

—La guardia del emperador no interviene —constató Antlas, fijándose con atención en los estandartes en forma de cabeza de dragón de las distintas unidades que salían por la puerta—. Los senadores tenían razón, aunque no contaban con los mercenarios de Belisario. Los han debido de reunir sin que nos diéramos cuenta.

—¿Y qué? —chilló Calopodio.

—No serán más de dos o tres mil hombres. Y se dividen en dos columnas.

—¿Qué me estás queriendo decir?

—Tan sólo las facciones podrían reunir tantos hombres armados como soldados tenemos enfrente. Si el pueblo está a nuestro lado tendríamos una ventaja de quince o veinte a uno.

—¿Estás sopesando enfrentarte a las tropas? —preguntó Calopodio—. ¿Te has vuelto loco?

—¿No ves la oportunidad que se nos presenta? —apuntó Antlas con creciente emoción—. Justiniano ha hecho su jugada más arriesgada con tropas insuficientes. Si conseguimos hacerles retroceder habremos ganado la partida. El emperador se encontrará en nuestras manos, sin capacidad de reacción. Podremos exigir cuanto queramos.

Calopodio le contempló con la misma mirada que hubiera dispensado a un loco peligroso. Sin embargo, poco a poco, su semblante cambió. Mientras se decidía, Antlas le apremiaba con la mirada. El *demarca* era consciente de que el riesgo era casi imponderable, pero si conseguían resistir el envite del emperador se harían los amos de la ciudad. Ése era el momento de echar los dados y subir la apuesta.

—¿Sabes que nos jugamos el cuello en esto? —dijo Calopodio con un suspiro de resignación.

—No hay ganancia sin riesgo —aseguró Antlas con una sonrisa —. A mayor peligro, mayores beneficios.

—Reunamos a los nuestros —aceptó finalmente Calopodio.

Aturdido por el ensordecedor estruendo que provocaba el golpeteo de las piedras sobre los escudos, Drías marchaba con su unidad hacia el puesto asignado en primera línea de la formación que se alineaba en el foro.

La columna de ocho en fondo con la que los mercenarios habían atravesado la derruida salida del palacio se apiñaba con insistencia, protegiéndose del intenso bombardeo al que eran sometidos en su camino hacia las posiciones de despliegue. Junto a ellos, despreciando los proyectiles que silbaban a su alrededor, Belisario cabalgaba sobre su caballo, observando cómo su segundo al mando ordenaba con mano experta la colocación de los hérulos antes de descargar el primer golpe.

—Esos estúpidos aguantan —constató Drías, protegido por su escudo de las incómodas pedradas.

—Sería mejor que huyeran —aseguró Arzés, alineado con su compañero—. Esto va a ser una matanza.

—Me van a pagar el mal rato del pórtico —respondió Drías con frialdad, escrutando a la multitud con cuidado en busca del faccionario enjuto que había ordenado prenderles fuego el día anterior—. Si encuentro a esos partisanos hijos de puta de ayer me voy a cebar con sus tripas.

—No me gusta combatir contra civiles —prosiguió Arzés—. No es cristiano.

—¡Tú y tu Dios! —se mofó Drías con sorna—. Pídele que te resguarde de las piedras y que mire hacia otro lado cuando comencemos la juerga.

En ese momento, un toque de las tubas marcó el inicio del combate.

—*¡Nobiscum!*

Mientras su grito de combate resonaba en el Augusteon, los germanos se pusieron en movimiento, bajando sus lanzas hasta formar un muro de metal y afiladas púas. Avanzaron despacio, manteniendo un orden estricto, sin fisuras en sus líneas.

Los rebeldes más cercanos comenzaron a desplazarse hacia atrás, persistiendo en su actitud desafiante pero sin permitir que las aguzadas lanzas se acercaran demasiado. Poco a poco, la multitud se fue concentrando en el limitado espacio del foro hasta que se hizo imposible retroceder. Las piedras seguían volando, junto con maderos, ánforas y cualquier otro objeto que se

encontrara a mano; sin embargo, los más adelantados no lograron eludir el contacto con las líneas hérulas.

Los mercenarios dieron un paso adelante, atacando fieramente con sus armas a los rebeldes más cercanos, que contemplaban la escena sin poder retroceder, con los ojos desorbitados por el terror. A pesar del impacto inicial, tras la primera acometida la vista de la sangre pareció espolear al pueblo, que renovó su impulso, utilizando palos, dagas y aperos de labranza como improvisado arsenal. Aquí y allá algunos desesperados se abalanzaban de forma suicida sobre la espesa formación de soldados, buscando aproximarse lo suficiente como para evitar las lanzas de los mercenarios y clavar su daga en el rostro de su oponente. Pocos lo lograban, y por cada soldado que caía muchos insurrectos pagaban con su vida. Pero, para sorpresa de Belisario, la multitud resistía el empuje de sus veteranos.

Desde su puesto adelantado, Drías manejaba su lanza con terrible eficacia, derribando un enemigo tras otro, hasta que, de forma imperceptible pero continua, comprobó que los torpes aunque enfurecidos civiles daban paso a nuevos contrincantes.

Los faccionarios habían acudido a la llamada de sus *demarcas*, armados con los frutos del saqueo obtenidos el día anterior. Curtidos por años de sangrientas querellas en las estrechas calles de Constantinopla y mejor organizados que la muchedumbre que, hasta el momento, había cargado con el peso de la pelea, constituían un enemigo peligroso.

El avance de los mercenarios se ralentizó, tanto por la mayor dureza del combate como por el rastro de sangre sobre el que transitaba la formación, que convertía el pulido piso de mármol del foro en un suelo resbaladizo donde, bajo el tremendo peso de sus armaduras, era fácil trastabillarse y caer. A pesar de ello, la balanza se inclinaba poco a poco del lado de las experimentadas tropas a medida que despejaban el foro y sus alrededores de contrarios, dejando a su espalda un reguero de cadáveres.

Tras su calmado paseo alrededor del Cuerno de Oro, los salvajes gritos que surgían de las cercanías del palacio habían acelerado los pasos de Héctor, hasta que la repentina visión de la matanza había trastocado por completo sus felices esperanzas. Se abrió paso con dificultad entre la multitud apelotonada, esforzándose por acercarse a los escalones de la columna de Justiniano, privilegiado puesto de observación donde se

encontraban los *demarcas*. A su lado, los hombres chillaban, maldecían o rezaban, convertidos en enajenados que sólo piensan en huir o matar. A sus pies encontró algún que otro cuerpo, pisoteado por la muchedumbre, incapaz de reparar en aquellos infelices que se desmayaban.

Cuando por fin consiguió situarse junto a los *demarcas* los encontró discutiendo.

—¡Ya te dije que era una locura! —chillaba Calopodio.

—¡Cállate, maldita sea! —respondía Antlas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Héctor, poseído por la misma urgencia que parecía atenazar al pueblo—. ¡Antlas! —gritó, tratando de conseguir una reacción por parte del *demarca*, que miraba descompuesto la carnicería del foro.

—¿Dónde has estado? —preguntó Antlas, en cuanto fijó su vista en Héctor.

—¿Qué importa eso? —ignoró Héctor, señalando la sangrienta refriega—. ¿Cómo habéis llegado a esto?

—Los soldados nos atacaron —se disculpó el *demarca*—. Pensamos que podríamos con ellos.

—¿Con los mercenarios del emperador? ¿Civiles mal armados? —se indignó Héctor—. ¡Estáis locos! Hay que detener esta matanza.

—Los senadores nos garantizaron que la guardia no intervendría —excusó Antlas.

—¡Por supuesto que no! No es necesario, las tropas bastan para destrozarnos. ¡Tienes que hacer algo!

En ese instante, unos cánticos comenzaron a elevarse desde uno de los flancos del combate. Apenas audibles entre el fragor de la batalla, poco a poco las voces se adueñaron del foro, a medida que la multitud cesaba en su empeño contra las tropas y el frente se detenía en una inesperada tregua.

Una nutrida columna de sacerdotes, con el propio patriarca al frente, se adentraba en medio de los sorprendidos combatientes extendiendo un fuerte olor a incienso. Completamente discordante con el intenso hedor a muerte que abrumaba el ambiente, su influjo parecía cautivar a los contrincantes, manteniéndoles inmóviles mientras los monjes, en formación marcial, con una quietud impropia de un campo de batalla, se interponían entre el pueblo y los soldados enarbolando cruces, iconos y bellos evangelios, reliquias salvadas del incendio que había devorado Santa Sofía.

—¡Hermanos! —gritó el patriarca Epifanio, con un portentoso tono de voz para sus más de sesenta años—. ¡Detened esta insensata matanza! ¡Todos somos hijos de Dios! ¡Recordad sus mandamientos, no matarás!

A la vista de las reliquias, la masa del pueblo que abarrotaba el foro cayó de rodillas, persignándose con fervor al tiempo que solicitaban la bendición de la iglesia. Al otro lado de la improvisada barrera los soldados se miraban impotentes unos a otros, esperando las órdenes del atónito Belisario, que no podía creer lo que le mostraban sus ojos, aunque no se atrevía a ordenar a sus hombres que continuaran el combate.

—¡Quien a hierro mata a hierro muere! —prosiguió el patriarca, acompañado por un coro de religiosos entonando el *Kyrie Eleison*—. ¡Deponed las armas!

Tan sorprendidos como los demás, Drías y Arzés se miraban el uno al otro, aprovechando la indecisión general para recuperar el aliento. Frente a ellos, un monje alto de raídas vestiduras elevaba su *omoforión* ante los ojos de los soldados, mostrando a los mercenarios la banda revestida de cruces que, al estar fabricada con lana, simbolizaba la oveja descarriada que el Señor portaba sobre sus hombros para devolverla al redil. Mientras, con la otra mano, bamboleaba con fuerza un incensario, hasta golpear con él el escudo de Drías con cada una de sus idas y venidas.

—¡Detente, pecador! —exclamó, fijando su mirada en los ojos del hérulo—. Así como las trompetas de Israel derribaron los muros de Jericó, el poder de Dios derruirá vuestro muro de hierro —entonó, continuando con su martilleo sobre el escudo del germano, utilizando el incensario a modo de sagrado ariete.

—¿Qué coño le pasa a éste? —gruñó Drías, hastiado del molesto golpeteo.

—Tranquilízate —sosegó Arzés—, es un religioso.

—¿Y acaso es tan necio de pensar que todos somos cristianos?

—No te enfurezcas. Parece que la pelea se ha acabado por hoy.

Las palabras de Arzés apenas hicieron mella en la mente de su compañero. En su cerebro no quedaba espacio más que para el rítmico golpeteo del incensario, hasta que su cadencia pareció acelerarse y el sonido aumentó hasta llenarlo todo. Apretando los dientes, la única imagen que el mercenario era capaz de enfocar era la de aquel estúpido religioso blandiendo su tela blanca cuajada de cruces, abriendo y cerrando la boca en silencioso

monólogo, pues ninguna palabra alcanzaba sus oídos, irritados por el enloquecedor golpeteo del metal contra el metal.

—... pecador, arrepiéntete.

La continua letanía del monje sacó a Drías de su ensimismamiento únicamente para que el hérulo, con un rugido de rabia, cargara con todo el peso de su escudo sobre el religioso, golpeándole con fuerza y arrojándole al suelo junto a varios de sus compañeros.

Uno de los evangelios esgrimidos como reliquias por los sacerdotes salió volando de las manos de su portador, golpeado por uno de los monjes desplazados por el furioso embate de Drías. El voluminoso manuscrito describió un amplio arco, seguido por la silenciosa y atenta mirada de la multitud, hipnotizada por el revolotear de sus hojas color púrpura mientras descendía hacia el suelo.

Con un golpe seco, el libro sagrado fue a parar al piso embarrado, manchando sus irrepetibles ilustraciones con la sangre de los caídos. Se hizo el silencio en toda la plaza, hasta que un grito rompió la calma.

—¡Sacrilegio!

A la solitaria voz se unió todo un coro de imprecaciones. Con los ojos inyectados en sangre la muchedumbre se alzó, olvidando en un instante su comportamiento cristiano. Heridos en lo más sagrado de sus creencias, la ira se extendió por el pueblo como un torrente imparable.

—¡Atentos! —ordenó Belisario, al comprobar que se había roto la inesperada tregua—. ¡Avanzad!

A pesar de sus reticencias iniciales, muchos de los soldados siguieron el ejemplo de Drías, apartando sin consideraciones a los monjes, lo que acrecentaba más, si cabe, la desatada furia del populacho.

—¡Herejes! ¡Apóstatas! —rugían miles de gargantas.

Ante el comportamiento de los mercenarios con los religiosos, la masa del pueblo se abalanzó sobre la línea hérula despreciando las lanzas y espadas que esgrimían los soldados. Aprovechando la desorganización de sus filas mientras se deshacían de la maltratada columna de clérigos, muchos de los faccionarios trabaron combate cuerpo a cuerpo con la tropa, entablando una sangrienta pugna de resultado incierto.

—¡Ves lo que has hecho! —maldijo Arzés, mientras trataba de contener el ataque furibundo de un grupo de desaforados civiles—.

¿Se puede saber qué te pasaba por la cabeza?

—¡Y yo qué sé! —respondió furioso el interpelado, descargando cerrados tajos con su espada tras perder la lanza en el pecho de un partisano—. ¡Al infierno con todo!

—¡Reorganizad filas! —ordenaba Belisario, moviéndose de un lado a otro de la formación, intentando por todos los medios que sus hombres recuperaran la iniciativa—. ¡Aguantad las posiciones, manteneos firmes!

A su espalda, el *ilarka* reclamó a la unidad que mantenía en reserva, dando órdenes a su oficial al mando para que flanqueara a la multitud, desahogando la terrible presión que soportaba el frente principal. A pesar del revés que había supuesto la incendiaria reacción de la chusma ante el ataque a los religiosos no dudaba de que, antes o después, sus tropas barrerían a esos advenedizos.

—¡Has estado magnífico! —felicitó Antlas—. Ese grito desgarrado cuando el evangelio ha tocado el suelo ha despertado la furia de la plebe. ¡Has salvado el día!

—No lo creo —negó Héctor, contemplando fijamente el combate—, en campo abierto los soldados llevan todas las de ganar. Sólo hemos conseguido un respiro, en cuanto organicen de nuevo sus filas nos barrerán.

—Entonces —dijo Calopodio, con el rostro contraído por la duda—, ¿no hay remedio?

—Existe una posibilidad —aseguró Héctor con tono enigmático.

Ambos *demarcas* se mantuvieron a la espera, contemplándole sin poder disimular su ansiedad. Héctor tenía claro que Antlas era demasiado astuto para tenerlo en su mano durante mucho tiempo pero, al menos en ese momento, saboreó su instante de gloria.

—Escuchadme bien, éste es el plan.

—¡Retroceden!

Desde lo alto de su caballo, Belisario contemplaba aliviado cómo la masa de civiles que hasta ese momento abarrotaba el foro se disolvía con rapidez. Los más alejados del combate corrían en todas direcciones, distribuyéndose por las calles cercanas en un desesperado intento de escapar de la terrible eficacia desplegada por sus tropas.

—¡Aumentad la presión sobre ellos! —ordenó su segundo con confianza—. Distribuiré a los soldados en secciones para que persigan a esos perros hasta acabar con todos.

—No deberíamos dividir la unidad —replicó Belisario—, es imposible que nuestros hombres corran detrás de civiles, las armaduras los asfixiarían antes de recorrer dos o tres estadios. Perseguir enemigos por las callejuelas es inútil y peligroso. Un grupo puede caer en una emboscada.

—¿Emboscadas? —se mofó el *ilarka*—. ¿Acaso no les vemos correr presas del pánico? Lo peligroso sería dejarles escapar, dar la oportunidad al lobo de volver a su cueva a lamerse las heridas. El emperador nos ha pedido que aplastemos la rebelión. Si les dejamos huir no habremos conseguido nada, mañana pueden volver a concentrarse en otro lugar e incendiar media ciudad. Además, somos la élite del ejército. ¿Desde cuándo las tropas expertas temen a civiles mal armados?

Belisario se mantuvo callado durante un momento, con la vista puesta en el grupo de rebeldes que huía a la carrera. Como afirmaba el *ilarka*, toda lógica indicaba que no eran rivales para la experta infantería hérula. Las órdenes del emperador eran claras, acabar con la insurrección a cualquier precio, por lo que permitirles huir sin un escarmiento resultaba un error. Sin embargo, por alguna extraña razón que no alcanzaba a comprender, sentía que algo no encajaba. De no ser porque el enemigo estaba compuesto por un heterogéneo conjunto de civiles y faccionarios hubiera jurado que aquella retirada no era sino un repliegue. Fallaba algo. Faltaba el pánico que atenaza a los derrotados.

—Está bien. Envíalos, pero mantén un quinto de los hombres formando una reserva —ordenó finalmente Belisario, incapaz de acallar su instinto.

Golpeando los costados de su caballo, su segundo al mando avanzó hacia la densa línea de soldados, que se desplazaba con lentitud a lo largo de la plaza.

—¡Formad en secciones! —gritó—. ¡Perseguid a los rebeldes hasta exterminarlos!

El *ekatontarca* que comandaba la unidad de Drías y Arzés apenas tuvo tiempo de posicionar a sus hombres en una columna de diez filas de fondo, antes de que el segundo de Belisario se presentara a su lado para señalarle su objetivo.

—¡Custodiad el flanco izquierdo de la decimoquinta! —ordenó el *ilarka*—. Si el camino se bifurca, tomad vosotros el camino secundario.

—¡Ya habéis oído, nenazas! —gritó de inmediato el oficial—. ¡Adelante, a paso ligero! No quiero que esos estirados nos dejen atrás.

Con un grito, la compañía se puso en marcha, golpeando el suelo con fuerza, al tiempo que el aire se llenaba con el estruendo de sus lanzas al batir los escudos. Como una gruesa serpiente, la unidad se lanzó hacia delante, por encima de los cuerpos de los caídos, tratando de cerrar la distancia que la separaba de las tropas que se encontraban en cabeza.

La calle se bifurcaba más adelante. Las órdenes eran claras, por lo que el *ekatontarca* condujo a su unidad por el estrecho callejón de la izquierda, perdiendo de vista a la sección que le precedía.

—¿Dónde están esos rebeldes? —murmuró entre dientes mientras se adentraban a paso ligero por la callejuela.

A ambos lados se alzaban edificios de varias plantas, cerrando cualquier salida que no fuera continuar avanzando o retroceder hacia la plaza. Todas las puertas permanecían cerradas, los postigos de las ventanas, echados, ni un alma a la vista.

Levantando una mano, el oficial detuvo la columna. Mientras escuchaba cómo los soldados recuperaban el aliento bajo el peso de sus armaduras, escrutó la calle, que terminaba en una esquina a unas decenas de codos de distancia.

—¡Ahora!

El grito llegó desde lo alto de uno de los edificios. Cuando los soldados levantaron la vista, una avalancha de piedras, cascotes y muebles cayó sobre la apretada formación desde ambas azoteas.

El silencio de la calle se tornó en un atronador griterío cuando, demasiado sorprendidos para cubrirse, los soldados recibieron sobre ellos la primera oleada de objetos. Entre aullidos de dolor y confusas órdenes la unidad comenzó a sufrir bajas. Mientras algunos levantaban sus escudos, otros abandonaban la formación, arrimándose a las paredes en un vano intento de protegerse del aguacero mortal.

—¡Cuidado!

Arzés empujó a Drías justo antes de que un inmenso bloque de mampostería se derrumbara sobre ellos, recibiendo de lleno el golpe que estaba reservado a su amigo.

—¡Arzés! —Drías levantó el escudo para proteger a su

compañero caído. Las piedras llovían con fuerza desde lo alto de los edificios, golpeando con furia al pelotón de soldados.

—¡Malditos puercos! —gritó el *ekatontarca*—. ¡Mantened la formación! ¡Ahí vuelven!

Al grito de «*Nika*», una masa de insurrectos se abalanzó desde el extremo de la calle contra las desconcertadas tropas. A pesar de las roncas órdenes del oficial, los infantes, aturdidos por la brusca transformación de cazadores en presas, no pudieron rehacer su quebrada línea de escudos.

Con inusitada violencia, el grupo de atacantes chocó con las filas deslabazadas de hérulos, en un maremagno de gritos, golpes y estocadas. La pelea cuerpo a cuerpo se generalizó en la estrecha calle al tiempo que un segundo grupo asaltaba a los mercenarios por la espalda, cortando su retirada y deshaciendo cualquier atisbo de orden que aún restara en la formación.

Drías se mantuvo junto a su compañero caído, enfrentándose a un joven armado con un simple palo. Desvió fácilmente su precipitada acometida con el escudo mientras le alcanzaba con una estocada en el muslo, cercenando una de las arterias principales.

Observó de reojo cómo su contrincante caía pesadamente al suelo echando mano a su entrepierna con un alarido. Un nuevo enemigo se encaró con Drías, tras haber hundido su daga en la nuca de uno de los soldados. Con más experiencia que el anterior, trató de acercarse, de modo que su arma, más corta, le diera ventaja frente a la espada del hérulo. Drías interpuso diestramente su escudo y lanzó un furibundo tajo a la desprotegida pierna de su rival. Notó cómo el hueso se quebraba, haciendo que su contrincante se desplomara en el suelo. Después le ensartó con firmeza, clavando con fuerza su espada en el estómago del caído, antes de que pudiera reaccionar.

En ese momento un golpe le alcanzó en el costado derecho. No fue lo bastante fuerte como para abollar siquiera la coraza, pero sí para hacerle perder el equilibrio. Drías tropezó con Arzés y cayó de espaldas hacia la pared del cercano edificio. El escudo saltó de su mano, abandonando a su dueño al capricho del destino.

Con una rodilla en el suelo y aprisionado por el peso de su armadura, Drías levantó la vista y la fijó en su agresor. Frente a él se alzaba una mujer, envuelta en una sucia capa de color marrón, deshilachada y llena de remiendos. En sus manos blandía una estaca de madera que, con la cara desencajada por un grito de

furia, elevó por encima de su cabeza para asestar un nuevo golpe.

Aún anonadado por lo que veía, Drías se protegió con el brazo izquierdo. El golpe, efectuado con más anhelo que pericia, impactó a partes iguales en la pared, el brazo y la cabeza del hérulo, el cual notó cómo el casco se hundía sobre sus ojos. La vibración del choque le aturdió un instante, al tiempo que un hilillo de cálida sangre comenzó a correr por su frente.

Comprobando la poca efectividad de su ataque, la mujer retomó el aliento, alzando de nuevo la gruesa estaca sobre su cabeza dispuesta a terminar con su presa. La espada de Drías saltó hacia delante, como impulsada por un resorte, y atravesó el pecho de la mujer. Ésta abrió la boca, sorprendida. El palo cayó de sus manos y, con ojos desencajados, miró lentamente hacia abajo, al punto en que el acero se adentraba en su cuerpo. El soldado se levantó, arrancando con fuerza la espada del cuerpo de la mujer, que, acto seguido, se derrumbó con los ojos en blanco.

Drías miró a su alrededor. El combate había degenerado en una multitudinaria pelea callejera, con ambos bandos mezclados en un sangriento intercambio de tajos, golpes y puñaladas. El *ekatontarca* había dejado de lado sus órdenes, inmerso en medio de la pugna, abrazado a dos enemigos empeñados en encontrar un hueco en la armadura donde hundir sus puñales.

Uno de los soldados se interpuso entre Drías y sus contrincantes, repartiendo mandobles a uno y otro lado, sin distinguir a amigos de enemigos, con la furia del que ha perdido la razón y tan sólo se guía por el instinto primordial de los hombres de segar la vida de sus semejantes.

Drías se apartó, aplastándose contra la pared. En ese momento comprendió que la pelea estaba perdida. Rota la formación y mezclados los contrincantes, los soldados, con sus armas largas y el peso de sus armaduras, estaban en desventaja frente a las dagas cortas de sus enemigos. El número abrumador de contrarios minimizaba sus pérdidas, mientras ellos se encontraban aislados. Les habían llevado a una ratonera, y el gato hambriento comenzaba a cazar a los ratones.

Miró a ambos lados y descubrió una puerta de madera a su derecha. Desechando la idea de recuperar su escudo, se abalanzó sobre la entrada golpeándola con fuerza. La tablazón resistió con un crujido el primer embate, pero cedió al segundo, permitiendo que Drías entrara en la pequeña sala espada en mano. Frente a él se alzaba un hombre que, pese al palo que esgrimía en las manos, indicaba por su expresión de terror una escasa predisposición a la

violencia. Pero no había necesidad de correr riesgos. Una precisa estocada atravesó al dueño de la vivienda, sin darle tiempo siquiera para entender lo que ocurría.

Un grito hizo girar la cabeza al hérulo. La que debía de ser esposa del herido se encontraba a su izquierda, incrédula ante la escena que acababa de presenciar.

Con un brusco movimiento, la espada cruzó el aire, alcanzando a la mujer en el cuello. El grito se tornó en un gorjeo mientras la vida de la infeliz se escapaba por su garganta. La casa estaba segura.

Drías regresó a la calle, donde los insurrectos habían acorralado al enloquecido soldado y lo apedreaban a distancia, fuera del alcance de sus inútiles estocadas. Aprovechando la confusión, agarró a Arzés por las muñecas y le arrastró al interior de la casa, cerrando la puerta a su espalda.

Tomó aliento por unos instantes examinando el interior de la estancia, tratando de buscar el mejor objeto para asegurar la puerta, dado que el travesaño de madera se había partido en dos ante los contundentes embates del hérulo. Dos estrechos bancos de madera a ambos lados de una mesa componían el único mobiliario de la sala, a excepción de los estantes de las paredes, cubiertos de tinajas y cuencos de cerámica.

—La mesa servirá —afirmó con decisión.

Levantó el mueble con facilidad, apoyó uno de sus lados contra el interior de la puerta y aseguró el otro extremo en una oquedad que presentaba el suelo, de tierra apisonada. Un golpe hizo estremecer el cierre improvisado. El tablero de la mesa emitió un corto crujido de protesta, anunciando que su resistencia sería perecedera, aunque la puerta se mantuvo firme en el dintel.

Al fondo de la sala una abertura baja comunicaba con un pasillo, que realizaba las funciones de distribuidor con otras dos habitaciones, presumiblemente dormitorios. Sin embargo, Drías concentró su atención en una puerta estrecha que se abría en uno de los lados del corredor. Desbloqueó el travesaño y atisbó a través de una rendija. Su precario refugio comunicaba con un patio interior, desde el que se tenía acceso a todas las viviendas del edificio.

—¡Vacío! —exclamó casi sin poder dar crédito.

Regresó corriendo al lado de Arzés.

—¡Aquí dentro hay uno!

El grito provenía de detrás de la puerta, la cual, casi

inmediatamente, volvió a estremecerse con un fuerte impacto.

—Tenemos que salir de aquí —susurró el hérulo, asiendo a su compañero caído para echarlo sobre sus hombros.

A pesar de su baja estatura, la corpulencia de Arzés suponía un peso considerable, agravado por el de su armadura. Sin tiempo para arrancar la ceñida coraza del cuerpo de su amigo, Drías cargó con él apretando los dientes. Antes de llegar al umbral del patio sus rodillas ya emitían dolorosas punzadas con cada paso. Sin embargo, por su cabeza no pasaba siquiera la idea de abandonarle allí. Se salvarían o caerían juntos. Así penetró en el patio, apremiado por los desalentadores crujidos que emitía la mesa que atrancaba la puerta.

Desde lo alto de una azotea, Héctor contemplaba cómo el grupo de soldados era masacrado sin piedad por la multitud enfurecida. Un poco más abajo, algunas columnas de humo delataban el comienzo del incendiario trabajo de los miembros de las facciones.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó uno de los que se encontraba a su lado, al comprobar que aquella zona se encontraba libre de tropas.

—Lleva a tu grupo al otro lado del foro. Asegúrate de que allí se les da a los mercenarios el mismo trato.

—Ahora mismo. ¡Vivan los azules y los verdes!

—¡Manteneos a distancia! —gritó Héctor al joven, que ya se había puesto en marcha con los suyos—, si entráis en el cuerpo a cuerpo con los soldados os destrozarán.

El combate iba bien, mejor incluso de lo que había esperado. Las calles se llenaban de insurrectos, las tropas del emperador se encontraban desperdigadas, luchando contra una improvisada maraña de enemigos que surgían de cada esquina, de cada casa, de cada recodo del camino. Pese a ello, Héctor estaba convencido de que los soldados no saldrían excesivamente quebrantados de la pugna. Belisario era un buen general, más pronto que tarde se daría cuenta de su error y replegaría a sus tropas. La verdadera victoria del día no estribaba en la aniquilación del ejército de Justiniano. El triunfo era haber conseguido que el pueblo se involucrara masivamente en la revuelta, así como la demostración de que podían vencer, que era posible derrotar al emperador.

Antlas ascendió al plano tejado del edificio por la escalera interior del patio, acercándose adonde se encontraba el ateniense.

—Veo que por aquí lo tienes todo controlado. Estamos haciendo un buen trabajo.

—¿Qué tal van las cosas por la calle Mese? —preguntó Héctor.

—No tan bien como aquí. Hay muchos muertos, aunque pocos de la facción. Los incendios nos favorecen porque el humo provoca confusión entre los soldados, desorganizándolos. Calopodio se encarga de la zona.

—Cada vez tenemos más apoyos.

—Creo que esto se nos va de las manos —afirmó el *demarca* mientras se secaba el sudor de la frente—. No debimos escuchar a esos malditos senadores. La plebe está empezando a actuar por su cuenta, salen a la calle gritando nuestras consignas, atacan a los soldados y despojan sus cadáveres. Sólo nos faltaría que se hicieran con armas.

—Necesitamos que la población se involucre —aseguró Héctor —, solos nunca conseguiremos nada.

—¿No? ¡Fíjate! La ciudad está patas arriba. Ya no necesitamos a esos piojosos, deberíamos detenernos ahora. Justiniano debe de estar temblando en su palacio. Podremos pedirle cuanto se nos antoje. El emperador no volverá a ignorarnos, por fin hemos dejado claro que somos la base del poder en Constantinopla. Con este golpe hemos desbancado a esos jodidos azules de su pedestal.

—¿Desbancado a los azules? —repitió Héctor incrédulo—. ¿Acaso pensáis que esto es un simple juego, una algarada realizada por un puñado de insatisfechos, airados porque no ganó su cuadriga favorita y no consiguieron el reconocimiento que deseaban?

—Siempre ha sido así, ¿esperabas otra cosa?

—¡Sí, maldita sea! Es el momento de cambiarlo todo, de acabar con esta tiranía y liberarnos para siempre.

—No digas necedades, ¿de verdad crees que podemos cambiar al emperador sin apoyos?

—No hablo de cambiar al emperador —explicó Héctor—, no quiero sustituir a un tirano por otro. ¿Qué ganaríamos con ello? ¿Beneficiar a los verdes en lugar de a los azules? ¿Y qué pasa con el pueblo?

—¡A la mierda el pueblo! —gritó Antlas—. ¿Se puede saber qué te pasa? Espero que tengas bien claro a quién te debes.

—Lo tengo claro —afirmó Héctor mirando fijamente al *demarca* —, lo único que lamento es haber tardado tanto tiempo en darme cuenta.

Las miradas de ambos se enfrentaron, manteniendo su silenciosa pugna durante un momento.

—Me vuelvo con los míos —finalizó Antlas, terminando con la invisible confrontación—. Tú haz lo quieras, ya no perteneces a la facción.

Héctor deshizo los nudos que ataban las tiras de lino verde a sus hombros, arrojándolas contra el *demarca* mientras éste abandonaba el tejado del edificio.

Tres niños contemplaban a Drías con asombro. Estaban sentados sobre un banco de piedra anexo a uno de los muros, por lo que el hérulo no había reparado en su presencia mientras ojeaba desde el interior de la casa. Les miró en silencio, respirando pesadamente bajo el peso de su carga, con el rostro contraído por el dolor de sus músculos y la ira del combate, que ardía con tal fuerza en su interior que parecía a punto de abrasarle la garganta en su afán por desatarse. Los pequeños, el mayor de los cuales no contaba seguramente seis años, se levantaron lívidos, contemplando la terrorífica estampa de aquel gigante cubierto de acero, con el rostro ensangrentado y un cuerpo sobre los hombros.

—Mocosos...

Los niños echaron a correr llamando a gritos a su madre, chillando como si el propio Satanás estuviera a punto de arrancarlos del mundo para hervirlos en una inmensa olla en el infierno.

Maldiciendo su suerte, Drías se giró para comprobar las posibilidades. El patio disponía de un gran portón de madera, clausurado por un madero robusto que probablemente se abría a la misma calle en la que habían sido atacados, por lo que no suponía una alternativa. Volver al interior de la casa le proporcionaría un lugar estrecho, desde donde los asaltantes no podrían atacar en masa. Pero, al fin y al cabo, no era sino una ratonera donde alargar su agonía. Varias puertas y ventanas se abrían al patio aunque, todas ellas, menos aquella por la que habían desaparecido los niños, se encontraban cerradas a cal y canto, seguramente con sus atemorizados habitantes acurrucados en el interior de sus casas, rezando al Señor para que la muerte pasara de largo. Una escalera de madera conducía a los pisos superiores, comunicados entre sí por una balconada de aspecto endeble.

Drías se aproximó a la escalera, apretando los dientes cuando comenzó a subir, con los músculos de sus piernas a punto de

reventar por la tensión. Los peldaños crujían amenazadoramente a cada paso. El hérulo, asfixiado bajo el peso del cuerpo de su compañero, ascendía lentamente la escalera, con la vista fija en el primer piso, rezando para que aquella maldita mesa que defendía la puerta soportara unos instantes más los embates.

Hacia el final de la penosa subida uno de los escalones se partió bajo el peso. Drías cayó hacia delante, haciendo rodar el cuerpo de Arzés por el pasillo de la balconada. Caído sobre los escalones, tratando de recuperar el aliento, los golpes sobre la puerta que cerraba el patio le recordaron su precaria situación.

—¡Arriba, maldito idiota! —se gritó a sí mismo.

Se puso de pie con un quejido y ascendió los últimos escalones hasta llegar al primer piso. Abrió de un golpe la primera puerta que encontró y arrastró a su compañero al interior, cerrando tras de sí.

La estancia era casi idéntica a aquella en la que se encerró en la planta baja, aunque, en este caso, el piso carecía de otras habitaciones. El hérulo apoyó un banco contra la puerta, y se apostó en la ventana, mirando el patio a través de los huecos de la tablazón que la cerraba.

Desde su posición observó cómo algunos insurrectos penetraban en la explanada desde la puerta por donde había salido él mismo con Arzés sobre sus hombros. Los recién llegados, mirando en derredor, abrieron la puerta principal del patio, franqueando la entrada a una verdadera muchedumbre.

—*¡Nika! ¡Nika!*

El griterío resultaba ensordecedor. Los rebeldes alzaban sobre ellos los despojos de la batalla, escudos, espadas, lanzas y, sobre todo, la cabeza del *ekatontarca*, empalada sobre una pica. Un pequeño grupo, armado con las corazas de los hérulos caídos, comenzó a subir la escalera, señalando algunas manchas de sangre.

—Venid a por nosotros —masculló Drías, aferrando con fuerza el pomo de su espada.

—¡Hay que ir al otro lado del foro!

El grito del recién llegado se escuchó en todo el patio, electrizando a la multitud, que se abalanzó a la carrera sobre la salida siguiendo al joven hacia la calle. El pequeño grupo que perseguía a los últimos soldados del pelotón, ya a mitad de ascenso por la escalera, se mantuvo un momento quieto, mirándose unos a otros. Finalmente, deshicieron el camino y

salieron del patio en dirección al foro.

Desde su puesto de observación en la ventana, Drías contempló, incrédulo, cómo se vaciaba el patio. Poco a poco el griterío se fue diluyendo, a medida que los rebeldes se alejaban, calle abajo, hasta que el silencio pareció engullirlo todo.

Guardó su espada, acercándose a Arzés.

—Se han ido. ¿Cómo estás?

No recibió respuesta. Su compañero se mantenía inmóvil sobre el suelo.

—¿Aún sigues inconsciente?

Drías se arrodilló al lado de su amigo. Fue entonces cuando se dio cuenta de la sangre que le llenaba la cara por debajo del casco, el mismo yelmo hundido en el punto donde golpeó la piedra.

—¿Arzés?

Su mano estaba fría. Trató de encontrar el pulso, pero el corazón que alentaba en el pecho del veterano soldado había dejado de latir. Drías se puso de pie, con la boca abierta, contemplando el cuerpo caído como si fuera el de un extraño.

—¡Maldito estúpido! —gritó—. ¿Por qué tuviste que hacerlo?

»¡Levanta! —exclamó, al tiempo que pateaba el cadáver—. ¿Dónde está tu Dios ahora? ¿Por qué no te ayuda? ¡Levanta!

Drías se dejó caer al suelo al lado de su amigo. Se quitó el casco y lo arrojó con furia a un lado.

Se tapó la cara con las manos y comenzó a llorar.

—Nos hemos visto forzados a replegarnos, majestad.

Cubierto de restos de polvo, sangre y suciedad, Belisario confirmaba con su escueto mensaje lo que corría de boca en boca por todo el palacio. Los mercenarios habían sido derrotados por los rebeldes.

Justiniano apenas dejó escapar un leve suspiro. Su boca se torcía en una afable sonrisa, como si las noticias que le acababan de transmitir le resultaran tan insulsas como cualquier informe burocrático sobre las *artabas* de grano desembarcadas a diario en el puerto. Mantenía las manos cruzadas a la espalda, dando la impresión de que, en cualquier momento, comenzaría a andar en dirección a sus aposentos sin importarle el revés sufrido. Tan sólo aquellos que más le conocían lograban percibir en su comportamiento los pequeños detalles que delataban su turbación.

—Resulta indignante que las tropas hayan sido derrotadas por

esa masa de pordioseros —comentó el jefe de la guardia con tono abiertamente despectivo.

—¿Cómo ha podido pasar? —preguntó el emperador con voz suave, sin atender a las palabras de Marcelo.

—Inicialmente se desarrolló como esperaba —relató Belisario, clavando una evidente mirada de odio sobre el comandante de la guardia—, los rebeldes resistieron durante un tiempo, pero luego cedieron terreno. Cuando nos internamos en la ciudad tras ellos las tornas cambiaron. Formaban barricadas en las calles, arrojaban muebles, piedras y toda clase de objetos desde las azoteas y emboscaban unidades aisladas aplastándolas con su superioridad numérica. No éramos capaces de concentrar nuestras tropas. En esas condiciones, continuar con el combate no tenía sentido.

—¿Ha habido muchas bajas? —inquirió Justiniano.

—Afortunadamente hemos salido mejor parados de lo que temía.

—Tal vez el resultado habría sido diferente si la guardia hubiera intervenido —apuntó el *ilarka*, quien se había mantenido en silencio al lado del general.

—La función de mis fuerzas es proteger el palacio —replicó el jefe de la guardia—. Ni uno solo de los rebeldes ha conseguido traspasar el recinto. La seguridad del emperador es mucho más importante que las vidas de un puñado de mercenarios.

Belisario sujetó el brazo de su segundo, cuando éste dio un paso en dirección a Marcelo.

—La intervención de la guardia no hubiera cambiado el resultado de la contienda —aseguró Belisario, escupiendo las palabras para confirmar el desprecio que sentía por el comandante de la guardia—. La mayoría son jóvenes patricios envueltos en bellos uniformes, inútiles en un combate. Bastante hacen con no huir de su propia sombra.

—¿Corre peligro el palacio? —preguntó Narsés.

—No —replicó Belisario, interrumpiendo la respuesta del comandante de la guardia—. En campo abierto los civiles no son rival para mis hombres.

—Deberíamos volver a intentarlo —sugirió el eunuco—, seguramente los insurrectos habrán sufrido fuertes bajas.

—Así es —confirmó Belisario—, pero el hecho de poder resistir el asalto les proporciona moral. Además, mientras mantengan esa táctica de atrincherarse en los barrios más recónditos el resultado sería el mismo. Necesitaríamos más tropas, de lo contrario esto se

convertirá en una lucha casa por casa. En ese tipo de pelea su número les concede ventaja y, aunque consiguiéramos más hombres para derrotarlos, destruiríamos la ciudad en el proceso.

—No podemos perder la esperanza —dijo el emperador—. Eres uno de mis mejores generales, estoy convencido de que encontrarás la manera de sofocar esta rebelión.

—Me halaga la confianza que se ha depositado en mí, pero hemos llegado a un punto de equilibrio. Sugiero reorganizar las unidades y permitirles un descanso, mañana tantearemos de nuevo sus posiciones.

—Es un prudente consejo —afirmó Justiniano, con la mirada perdida entre las teselas de uno de los mosaicos que alfombraban el suelo de la estancia—. Podéis retiraros, Narsés se encargará de informar a los senadores antes de que el rumor se propague por todo el palacio.

La audiencia se disolvió con rapidez, dejando atrás a Teodora como única compañía del emperador. Sin una palabra, cada uno de los reunidos abandonó la estancia, encaminándose en diferentes direcciones sin intercambiar otra cosa que no fueran miradas de odio o resentimiento.

—Creo que no he concedido a este tema la atención que necesitaba —comentó Justiniano una vez que se encontró a solas con Teodora—. A decir verdad, esperaba que todo se desarrollara de otra forma.

—No es culpa tuya —susurró ella con suavidad, acercándose hasta su esposo y rodeándole con los brazos—. Es el consejo que te asiste el que no ha actuado lealmente. Cada uno de sus integrantes se ha preocupado únicamente de mantener a salvo su cargo, olvidando para qué son pagados. Deberíamos hacer algunos cambios.

—En este momento lo último que necesitamos es azuzar las disensiones internas —negó él—. Aunque no es buena señal que nuestros principales valedores comiencen a discutir entre ellos, cualquier modificación no traería sino inestabilidad.

—Me preocupa Marcelo —aseguró abiertamente la emperatriz —, su falta de compromiso resulta exasperante. Me pregunto si no estará confabulado con los rebeldes.

—Lo dudo —aseguró Justiniano—. Su fortuna depende de nosotros, le hemos creado y podemos derribarlo con la misma facilidad.

—Controla la guardia —apuntó ella, acariciando la mejilla de

su esposo con ternura—. Ha sustituido a todos los oficiales de prestigio por hombres de su confianza. Si cambia sus lealtades…

—¿Por qué habría de hacerlo? —preguntó el emperador, cerrando los ojos para disfrutar de las caricias de su amada—, sería estúpido si decidiera traicionarnos para apoyar a las facciones. Ya has oído a Belisario, nuestras tropas no han sido seriamente afectadas, lo de esta mañana sólo ha sido un contratiempo. ¿Qué podría sacar Marcelo alineándose con los rebeldes?

—Supongo que nada —admitió Teodora con preocupación, alejándose de Justiniano y caminando lentamente en torno a la sala—. Tal vez me encuentro más afectada de lo que debiera, pero no puedo evitar pensar que hay algo que se nos escapa.

—¿Por qué lo dices?

—¿Desde cuándo el populacho es capaz de actuar con semejante coordinación ante nuestro mejor general? —inquirió ella, desviando su vista hacia las puertas de bronce que cerraban la estancia, decoradas con bajorrelieves que mostraban escenas del antiguo testamento.

—Las facciones siempre han sabido manipular al vulgo —aseguró Justiniano con una leve sonrisa—, ves conjuras en todas partes.

—Las facciones nunca se habían unido anteriormente, ni habían osado enfrentarse a las tropas.

—Resulta sorprendente —concluyó el emperador encogiéndose de hombros—, pero no ha sido más que una escaramuza. Antes o después se cansarán de este juego. Controlamos no sólo al ejército, también los suministros y el dinero. El grano de los almacenes del puerto no durará eternamente, y el suministro para el invierno sigue bajo nuestro control en los silos de Ténedos. En cuanto los saqueos provoquen escasez abandonarán las teas para suplicar un mendrugo de pan. No tenemos que hacer otra cosa que esperar. Este alboroto únicamente supone un pequeño tropiezo, una simple piedra en el camino hacia Roma. Debemos otorgarle la importancia que merece, pero no magnificarlo. Sé que Dios nos va a proporcionar un brillante futuro. Nada debemos temer de esta rebelión.

—Te veo muy seguro de las intenciones de nuestro Señor —apuntó ella.

—Así es —fue la escueta respuesta de Justiniano.

—Puedes compartirlo todo conmigo —aseguró Teodora—. Lo

sabes, ¿verdad?

—No hay nada que no sepas —afirmó el emperador—. Simplemente sé que puedo confiar en el Todopoderoso, al igual que tú puedes confiar en mí.

Teodora asintió lentamente con la cabeza, sin que la tímida sonrisa que mostraba su rostro dejara traslucir la seria preocupación que encerraban sus ojos. Pero, a pesar del reciente fracaso de Belisario, la mayor de sus inquietudes no era la revuelta que se desarrollaba al otro lado de los muros de palacio, sino que se centraba en su amado esposo. La afable sonrisa de Justiniano podía engañar a toda la corte, al pueblo y a cuantos le rodeaban, a cualquiera menos a ella. A Teodora le bastaba mirarle a los ojos para saber que el emperador le ocultaba algo y, aunque jamás lo reconocería, eso la aterraba, más que cualquier revuelta, guerra o plaga.

A pesar de los incontables cuerpos que habían calentado su lecho, de su matrimonio de conveniencia con un noble y de la abrumadora experiencia relacionándose con el sexo opuesto que le confería su paso por los teatros, Teodora nunca había entregado su corazón a nadie, tan sólo Justiniano había logrado atravesar esa inmutable máscara de hielo con la que envolvía su alma, encendiendo en su pecho una arrebatadora llama de amor. Y aunque nunca antes se había sentido tan plena o tan feliz, la dicha llegó acompañada de otro sentimiento al que había renunciado desde el momento en el que el hipódromo entero se burló de ella cuando era una niña, la debilidad. Había puesto todo su ser en manos de su amado y, aunque toda la corte murmuraba sobre la forma en la que Teodora controlaba al emperador, ella misma era consciente de que, ante su marido, era como un pequeño bote al arbitrio de la tormenta.

Hasta ese momento, no le había importado saberse presa de aquel a quien amaba, pues se sabía correspondida. No había secretos entre ellos, no había desconfianza ni infidelidad, ninguno callaba nada. Hasta ahora.

Descubrir que Justiniano guardaba algo oculto había destapado un sentimiento devastador en Teodora. Se sentía desvalida. Su cabeza no dejaba de buscar razones que explicaran el porqué de ese secreto que leía en el rostro de su esposo. Y, por muy diferente que fuera el comienzo de sus elucubraciones, sus pensamientos siempre acababan en un mismo punto. Justiniano se planteaba abandonarla debido a su esterilidad.

A cada instante, se obligaba a sí misma a buscar la lógica de

cuanto veía, afirmando internamente que el extraño cambio en la actitud del emperador hacia las facciones formaba parte de ese secreto, que todo se reducía a una simple intriga política, a uno de sus muchos planes para renovar el imperio, para construir una nueva Roma. Pese a ello, su cabeza se negaba a continuar el hilo de cualquier pensamiento lógico, buscando una y otra vez extrañas formas de retorcer la realidad para que surgiera de nuevo ese gran miedo, como si de un grotesco árbol se tratara, creciendo desde el suelo sin importar las veces que uno tratara de talarlo.

¿Habrá encontrado a otra mujer? Por mucho que le repugnara la imagen de su esposo yaciendo con otra, sabía que era capaz de soportar una infidelidad si llegara a producirse. Nadie mejor que ella sabía que se puede separar el sexo del amor. Sin embargo, la sola idea de que Justiniano pudiera amar a otra mujer bastaba para que sus ojos, esos bellos ojos que prometieron no volver a derramar lágrimas, se humedecieran.

Lo único que podía hacer era luchar, luchar por su esposo, por el único amor que nunca había conocido y sin el cual no podía concebir la vida.

—Ven a mis aposentos esta noche —susurró al oído de Justiniano, acercando su rostro al de su marido mientras le anegaba con la fuerza de su atrayente mirada—. El día ha sido tenso. Nos vendrá bien relajarnos.

Justiniano asintió, esbozando una pícara sonrisa mientras Teodora abandonaba la estancia, seguida su silueta por la cautivada mirada de su esposo.

Tumbado sobre una mesa baja y envuelto en una gruesa manta, el cuerpo de Arzés reposaba en silencio en el centro de la pequeña estancia, contemplado por la llorosa mirada de Drías, que observaba su obra con triste orgullo.

Estaba convencido de que su amigo hubiera aprobado el funeral que se disponía a realizar. Seguramente Arzés preferiría un entierro cristiano pero, teniendo en cuenta las circunstancias, aquella improvisada pira funeraria construida con los escasos muebles que encontró en la casa, una manta y algo de aceite, constituía un digno sustituto, una pequeña emulación de los ritos funerarios del pueblo hérulo.

De pie, frente al cuerpo exánime del que había sido su infatigable compañero durante años, Drías no pudo evitar que una fuerte sensación de vacío se adueñara de él. Había asistido a

incontables funerales por soldados caídos, algunos de ellos viejos conocidos de su propia unidad. Sin embargo, jamás habría imaginado que algún día Arzés le abandonaría. A pesar del peligro, de las heridas y de la dureza de las campañas, ellos siempre se mantenían a salvo, hasta que Drías llegó a convencerse de que disponían de un don, un talento especial que les mantenía al margen de la negra mano del Hades. La muerte le había despertado dolorosamente de su sueño.

Trató de rebuscar en su interior, intentando recordar alguna plegaria que pudiera satisfacer la religiosidad de su amigo. Finalmente desistió. Se encontraba demasiado alterado y confuso para encontrar algo que llevaba enterrado demasiado tiempo en su memoria. En su lugar rememoró los días pasados en su compañía, las risas, los combates hombro con hombro, confiando en la presencia del otro para mantener el valor frente a las lanzas enemigas, las esperanzas, sueños e ilusiones que les empujaban en aquella infernal vida. El interés de su amigo en poseer tierras propias donde asentar a su familia, atesorando el dinero de pagas y botín tan duramente ganado, causaba una profunda tristeza en el hérulo. Arzés nunca volvería a ver a su mujer, no contemplaría las espigas de trigo creciendo en sus propios campos, ni a sus hijos correteando en los sembrados.

Las lágrimas corrieron de nuevo por el rostro de Drías, siguiendo los blancos surcos dejados por sus predecesoras sobre el hollín y el polvo que se extendía por su cara. Las dejó resbalar por sus mejillas, esperando unos instantes antes de secarse con la manga de su sucia túnica y ponerse el casco.

Con un suspiro, prendió los cuatro extremos de la mesa, como marcaba la tradición, antes de arrojar sobre el cuerpo de Arzés la lucerna que mantenía en la mano, observando su titilante llama mientras caía. La pequeña lámpara se detuvo sobre la manta que hacía las veces de sudario y se mantuvo un instante en precario equilibrio, como una luciérnaga en mitad de la noche, hasta que volcó, transmitiendo su llama a la tela impregnada de aceite. Poco a poco, el fuego fue envolviendo al mercenario, aprisionando sus restos con su cálido abrazo, hasta que el centro de la estancia se transformó en una impresionante hoguera que ascendía con fuerza hasta lamer los gruesos tablones que conformaban la techumbre.

Drías mantuvo su estática postura, dejando que el intenso calor que desprendía el incendio se filtrara por las aberturas de su casco, mientras pensaba en la amarga jugada del destino. El día anterior Arzés había escapado milagrosamente de las llamas tan sólo para

que su cuerpo fuera, más tarde, el propagador de un nuevo incendio. En poco tiempo todo el edificio sería pasto del fuego, pero a Drías no le importaba lo más mínimo. Sería una pequeña ofrenda que Constantinopla pagaría por el alma del más noble de sus defensores.

Un chasquido le sacó de su ensimismamiento, el quejumbroso anuncio de que el techo no resistiría durante mucho tiempo el acoso de las llamas. Drías se cuadró delante de su compañero, extrajo su espada de la funda y saludó marcialmente.

—Adiós, hermano.

Abrió la puerta y abandonó la casa.

Contraviniendo sus costumbres, Teodora había abandonado el lecho poco después de que su esposo dejara la habitación. Caído ya el oscuro manto de la noche, sentía demasiada inquietud para dejarse llevar por el sueño, como hubiera sido habitual.

Se vistió sin llamar a sus damas, dejando que la fina túnica de seda resbalara por su piel como una caricia. Se calzó los zapatos cubiertos de esmeraldas y perlas y se arropó en una capa púrpura, bordada con dos grandes círculos rosados y verdes que mostraban un pájaro junto a un olivo. Sin detenerse para recoger sus joyas, dobló uno de los largos pliegues de su capa sobre su pelo, recogido en un alto trenzado, y abandonó su dormitorio, desechando la compañía de doncellas o guardias eunucos.

Dejó atrás sus estancias privadas y atravesó el Chrysotriklinos sin fijarse en sus mosaicos religiosos o las tallas de sus puertas de plata, caminando por la galería de los cuarenta mártires y el atrio del palacio Sigma hasta los jardines de Dafne, donde se levantaba la iglesia de San Esteban, una estructura circular con un ábside, erigida por la emperatriz Pulqueria un siglo antes para guardar el brazo derecho del santo.

Necesitaba rezar, y aquél era el templo más importante de los que se alzaban en el interior del Gran Palacio. Buscaba sosegar sus inquietudes en la soledad de la oración, pero nada más adentrarse en la gran sala rodeada de blancas columnas de mármol descubrió una figura femenina que se mantenía delante del altar, con la cabeza agachada en señal de sumisión y las manos cruzadas sobre el pecho.

—No esperaba verte aquí —comentó sorprendida Teodora, al reconocer a la orante.

Antonina se dio la vuelta, girándose para contemplar cómo los

ojos de la emperatriz reflejaban la luz de los braseros de bronce que flanqueaban la entrada.

—Yo podría decir lo mismo de ti —replicó ella—. A esta hora sueles estar en tus aposentos.

La mujer de Belisario se había refugiado en el palacio, tanto para encontrarse cerca de su esposo como para evitar que la multitud se vengara del general atacándola a ella. Disfrutaba de la hospitalidad de Teodora, quien la había instalado entre los monjes monofisitas que ocultaba en el palacio de Hormisdas, en la zona más alejada del Gran Palacio.

—Supongo que ambas sentimos preocupación —indicó la emperatriz, acercándose hasta el lugar donde se encontraba su amiga—, y la misma inquietud turba nuestro sueño.

—Temo por mi esposo —afirmó Antonina, asiendo la mano de Teodora en busca de consuelo—. Supongo que ya debería haberme acostumbrado después de tantos años de campaña, tantas batallas y largas esperas, pero cada día sigo pensando si será la última vez que le veré con vida.

—Es un gran general —indicó la emperatriz, apretando la mano de su amiga para imprimir confianza a sus palabras—, estoy segura que saldrá con bien de esta prueba, y de cualquiera que tenga en el futuro.

Antonina sonrió, volviendo a posar sus ojos sobre el altar. Sobre el ara, donde antes reposaban los restos de san Esteban, ahora situados en un relicario de mármol en la parte final del ábside, descansaba una gran caja de plata rematada con láminas de oro. Dentro de este gran cofre se guardaba la verdadera cruz, descubierta por Helena, la madre del emperador Constantino, y traída a Constantinopla por orden de Justiniano. En el tiempo en el que se exhibió en Jerusalén, se mostraba a los peregrinos para que pudieran besarla, hasta que uno de ellos la mordió para arrancar un pequeño trozo de tan sagrada reliquia. Por ello se encerró en el hermoso cofre que ahora la contenía.

Mientras Antonina fijaba su vista en el resplandeciente cofre, Teodora contempló el rostro de su amiga, libre de los profusos maquillajes con los que ornaba su cara. La preocupación que delataban los ojos de Antonina había remarcado las ligeras arrugas que bordeaban sus ojos. La palidez de sus labios, normalmente pintados de rojo, resaltaba en su rostro, acariciado por la tenue luz que surgía de los braseros con los que se iluminaba la iglesia. Muchos se extrañarían al pensar que la suerte de Belisario pudiera

afectar a su infiel esposa, pero Teodora podía leer en el corazón de Antonina, de hecho, ella la conocía mejor que nadie. A pesar de sus devaneos sexuales, Antonina amaba profundamente a su marido. Su unión con Belisario, varios años más joven que su esposa, no sólo se basaba en la conveniencia, sino en la pasión. La amplia colección de amantes que acumulaba Antonina únicamente era un reflejo de su miedo, del temor a envejecer. Necesitaba jóvenes a su lado para convencerse a sí misma de que aún era deseable, de que aún podía despertar pasión en un hombre. No todas las mujeres saben aceptar el paso del tiempo, no todas aceptan que la belleza es efímera.

Tal vez Teodora comprendía a su amiga mejor que nadie, pues ella misma sentía la inquietante sensación de que la arena del reloj se escapaba de entre sus dedos.

—Nunca hubiera pensado que una chusma de desarrapados pudiera derrotar a mi esposo —continuó Antonina.

—Yo tampoco —coincidió Teodora—. Aunque valoro mucho la opinión de mi marido, tengo la impresión de que detrás de esta derrota hay algo más que un puñado de faccionarios orquestando al populacho.

—¿Y quién sino las facciones pueden manejar al vulgo? —preguntó Antonina—. No hay en Constantinopla otros con poder suficiente para gobernar la voluntad de la plebe.

—Aún no sé quién se esconde tras los *demarcas*, pero pienso averiguarlo.

—¿Y cómo piensas hacerlo? El prefecto de la ciudad y sus funcionarios eran los ojos y oídos del emperador en las calles —indicó la mujer de Belisario—. Perdida la prefectura, nos hemos quedado ciegos.

—Cuando un camino se cierra, sólo hay que buscar otro sendero —aseguró Teodora con una sonrisa—. Dentro del palacio han quedado encerrados un buen número de senadores, patricios y nobles, además de los altos funcionarios. Estoy segura de que los traidores se ocultan entre ellos, por lo que no tenemos que salir del Gran Palacio para descubrir la verdad.

—Necesitarás a alguien de absoluta confianza.

—Sí —admitió la emperatriz con un suspiro de resignación—, y sólo se me ocurre un nombre, Narsés.

—¿Tu jefe de eunucos?

—Nada acontece entre estos muros sin que llegue hasta él.

—Espero que te equivoques —comentó Antonina con un

escalofrío—. A mí ese castrado me produce escalofríos.

—Es cierto que no se lleva bien con tu esposo —admitió Teodora—, pero me es leal. Descubrirá a la cabeza de esta serpiente, y así podremos aplastarla.

Antonina asintió sin mucho convencimiento, soltando la mano de la emperatriz para recuperar su pose anterior, y musitó en voz baja una plegaria. Teodora la imitó, entrelazando sus manos, ansiosa de encontrar en la oración la respuesta a la angustia que la consumía, y suplicando al Señor que no le arrebatara aquello que tanto amaba.

Inmersos en el desaforado entusiasmo que desbordaba la arena del hipódromo, los *demarcas* paseaban entre los nutridos grupos de ciudadanos que celebraban estrepitosamente la victoria.

Enormes hogueras arrojaban pequeñas ascuas incandescentes sobre la multitud, que se arracimaba en torno al fuego sujeta a un frenético baile, coreando las consignas que les habían unido ese día como compás de su desenfrenada danza. El número de personas que abarrotaba cada uno de los rincones del recinto resultaba abrumador, tanto que los grupos de faccionarios y partisanos de ambos colores se diluían en el conjunto hasta resultar casi imposibles de identificar. Tan sólo un puñado de leales se mantenían aún junto a los *demarcas*, formando una sólida guardia en torno a sus líderes.

Tras ímprobos esfuerzos, el pequeño grupo se abrió finalmente paso hasta el lugar convenido para el encuentro con los senadores, que esperaban fundidos entre los asistentes, convenientemente disfrazados con sus burdas capas.

—Llegáis tarde —comentó Orígenes con tono áspero.

—No ha sido fácil atravesar esa chusma —se excusó Calopodio, dando una orden a sus hombres para que formaran un círculo a su alrededor, que proporcionó un poco de espacio para charlar fuera del alcance de oídos indiscretos—. Hay tanta gente bailando en el hipódromo que dudo que vuelva a servir para que corran los caballos.

—No podemos negar al pueblo su diversión —apuntó Valente con una sonrisa—, es tiempo de celebración. La victoria de hoy ha sido histórica, ahora sólo queda...

Un inmenso clamor acalló el comentario del senador. Como si la algarabía reinante hasta el momento fuera simplemente el murmullo del mar que precede a la verdadera tempestad, un

atronador coro de salves fundió las miles de gargantas que se acumulaban en el vasto recinto, brindando una acogida pletórica a Héctor, que acababa de hacer su aparición por una de las puertas de acceso a la arena. El anuncio de su llegada corrió como una llama, consiguiendo que todos los ojos giraran en esa dirección, mientras de cada boca brotaba un ensordecedor grito de victoria.

Desde la distancia, enfurecido por los vítores, Antlas contemplaba con los ojos inyectados en sangre cómo el odiado traidor era elevado sobre los hombros de varios jóvenes y trasladado hasta donde se encontraban ellos, rodeado de la apasionada adoración de cuantos se situaban lo bastante cerca como para extender sus brazos hacia él. Abrumado por las fervorosas muestras de admiración, Héctor trataba de asir cuantas manos encontraba a su alcance, fijándose en los rostros esperanzados de cuantos le bendecían. Como un idolatrado conductor de cuadrigas, disfrutaba de su vuelta triunfal sobre la arena del hipódromo, envuelto en un remolino de cánticos, salves y vivas.

—Impresionante recibimiento —comentó Orígenes en cuanto el ateniense llegó hasta ellos—. ¿Qué se siente al saborear la gloria sólo accesible a los héroes?

—Aún estoy aturdido —respondió Héctor—, no acabo de acostumbrarme a semejantes muestras de afecto. No creo ser merecedor de tales halagos.

—Tus encendidos discursos han despertado al pueblo —aseguró Valente, mirando con curiosidad los hombros del ateniense, en los que destacaba la ausencia de las verdes tiras de lino que antes lucía—, es lógico que reconozcan en ti a uno de sus líderes. ¿No crees, Antlas?

El *demarca* de los verdes soltó un extraño bufido, torciendo su rostro en una mueca, mezcla de incredulidad y furor, y asintió lentamente con la cabeza.

—¿Cuál será el próximo paso? —preguntó Calopodio.

—Después de lo que ha pasado hoy, Justiniano no puede continuar en el trono.

Las palabras de Orígenes hicieron que todos los presentes le miraran con sorpresa. Incluso el *demarca* de los verdes pareció olvidar su silenciosa pugna con Héctor, parpadeando con rapidez como si no acabara de creer lo que había escuchado.

—¿Quieres decir...? —titubeó el *demarca* de los azules.

—¿Qué esperabais? —confirmó el senador—. Tras el

derramamiento de sangre el pueblo no aceptará que ese tirano se mantenga en el trono, ni a vosotros, que habéis apoyado abiertamente la rebelión con vuestros hombres, os conviene que Justiniano recupere el control de la ciudad.

—¡Apoyamos la revuelta por vuestra culpa, fiados del engaño de que la guardia no intervendría! —rugió Calopodio—. No teníamos intención de llegar tan lejos.

—Habla por ti —aseguró Antlas—. Los verdes veríamos con agrado que ese cerdo y la zorra de su mujer desaparecieran. Sin embargo, decirlo resulta fácil. Necesitaremos algo más que un puñado de soldados muertos para conseguir que abdique. ¿No estaréis dejando volar la imaginación?

—Las cosas caerán por su propio peso —anunció Valente—. Me extraña que no hayáis sido capaces de intuirlo después de todo lo que ha ocurrido estos días. Por lógica, es el siguiente eslabón en esta cadena.

—¿Y a quién sugiere el senado para reemplazar al emperador? —inquirió susceptiblemente Calopodio.

—Pero ¿qué es esto? —rugió Héctor, asombrado de cuanto escuchaba—. ¿Os creéis acaso los dueños del destino? Habláis de tronos y puestos como si se tratara de meros trueques de ropa en un mercado. ¿Quién os habéis creído que sois para jugar así con el futuro de todo un pueblo? ¡Malditos intrigantes! Está claro que no os importa nada que no sea vuestra cuota de poder y riquezas. Venderíais a vuestra madre si ello os reportara algún beneficio. Sois iguales que él —añadió enfurecido, señalando el palco imperial en referencia al ausente emperador—, usando a la gente como marionetas para conseguir vuestros avaros fines. No continuaré participando en esta sátira en la que queréis convertir las ilusiones del pueblo. ¡Idos al infierno!

Completamente enojado, Héctor dio la espalda a *demarcas* y senadores y abandonó las gradas con decisión, aún vitoreado por cuantos se cruzaban en su camino, ignorantes de todo lo discurrido en el encuentro.

—Si se desliga de nosotros podría suponer un serio contratiempo —sopesó Orígenes con un ligero movimiento de cabeza, contemplando cómo el ateniense, en su camino hacia la salida del hipódromo, era acosado por decenas de fanáticos seguidores—. Su popularidad es impresionante.

—No tanta en realidad —despreció Antlas—. Era uno de los puntales de los verdes, pero sin nosotros no es nada, un simple

orador al que podemos reemplazar en cuanto nos lo propongamos.

—Recibe más vítores que tú —afirmó Calopodio con tono burlón.

—El vulgo es caprichoso —replicó el *demarca* de los verdes—, mañana concederá su favor a cualquier otro. Sin embargo, los verdes siempre hemos estado ahí, en sus corazones. Y eso no lo cambiará ningún maldito mulo de carga.

—Si estás tan seguro a mí me basta con tu palabra —cedió Valente, interrumpiendo con una mirada fugaz la respuesta de Orígenes.

—Me alegra oírlo —aseguró Antlas con orgullo—. Ahora, disculpadme. Empezaré a borrar a ese desdichado de la memoria del populacho.

Con un educado movimiento de cabeza, el *demarca* de los verdes se despidió del resto de los asistentes a la breve reunión y se adentró de nuevo entre la multitud rodeado estrechamente por sus hombres, fingiendo contagiarse de la alegría que desbordaba a cuantos se encontraban en el inmenso recinto.

—¿Tú no tratas de recabar popularidad? —preguntó Valente, dirigiendo la mirada hacia Calopodio mientras señalaba con un gesto la figura de Antlas, que se perdía entre la nutrida congregación de civiles.

—Que los verdes se queden con la chusma si eso es lo que quieren —replicó Calopodio con desdén, tras lo cual escupió al suelo en la dirección en la que había desaparecido Antlas—, yo tengo bien claro dónde se encuentra el verdadero centro del poder. Y también dónde se hallan los amigos y aliados que merece la pena conservar —añadió, volviendo la cabeza hacia los senadores.

—Mi querido Calopodio —comentó Valente con una sonrisa—, creo que nos vamos a llevar muy bien.

A un par de calles de distancia, mientras el incendio devoraba ya varias plantas del edificio en el que se había ocultado hasta entonces, Drías se enfundaba una amplia capa de lana manchada de sangre.

Después de dejar atrás el cuerpo de Arzés, se había adentrado en la oscuridad de las estrechas callejuelas con una sola idea en su mente, la venganza. Había avanzado apenas unos pasos, cuando una pareja se deslizó inocentemente a su lado tras un recodo. Sin fijarse siquiera en sus rostros Drías los acuchilló con su espada, desatando todo el odio que acumulaba en una sangrienta sucesión

de golpes y estocadas. En pocos segundos el hombre yacía sobre la mujer, tratando inútilmente de protegerla con su cuerpo, con la boca abierta y los ojos vacíos de cualquier atisbo de vida.

El hérulo continuó su macabro trayecto, derribando a cuantos infortunados viandantes se cruzaban en su camino, ajusticiándolos sin que apenas tuvieran tiempo de entender lo que ocurría antes de que el alma escapara de sus cuerpos. No hubiera podido decir cuánto tiempo transcurrió hasta que alcanzó la avenida principal de la ciudad. El brazo con el que blandía el arma le pesaba, y un ligero temblor, fruto del esfuerzo, atenazaba sus dedos, crispados sobre la empuñadura. No era capaz de contabilizar las víctimas que su cólera había causado, ni tampoco le importaba. Tan sólo el agotamiento que amenazaba con derribarle había sido capaz de frenar su desesperada sed de sangre.

Tras el último ataque, recuperando parte del control sobre sí mismo, Drías comprobó cómo la luna arrancaba destellos plateados de su coraza, delatando su presencia cada vez que el humo de los incendios clareaba lo suficiente para que la tenue luz del astro alcanzara la ciudad. Por ello, despojó a uno de los caídos de su capa y se tapó con ella lo mejor que supo en un intento de disfrazar su armadura de soldado.

Cuando se adentraba en la arteria principal de la ciudad, un nutrido grupo de partisanos desfiló calle abajo junto a él, mirándole con curiosidad. Resultaba irónico que en el corazón del imperio un hombre envuelto en una capa rota y ensangrentada no suscitara otra cosa que indiferencia o una leve sonrisa. Los faccionarios continuaron su marcha, coreando su consigna con fuerza mientras agitaban antorchas y espadas como si quisieran amenazar a la luna, objeto casi tan inalcanzable como el propio emperador. El rostro del germano se contrajo en una iracunda mueca al escuchar el grito de «*Nika*», el mismo con el que habían saludado la muerte de Arzés, pero su exhausto cuerpo se negó a obedecer las órdenes suicidas de su cerebro. Tuvo que conformarse con verlos pasar, arrogantes, orgullosos y pagados de sí mismos.

Mientras las voces de los faccionarios se perdían poco a poco en la lejanía, Drías trató de orientarse, y se dio cuenta de que su errático camino le había conducido hasta el mismo punto en el que había luchado el día anterior junto a Arzés. Frente a él, una imponente estatua de mármol presidía los derruidos pórticos delanteros de una casa ennegrecida. El desvencijado edificio, a punto de derrumbarse, ofrecía el aspecto de unas ruinas antiguas, más propias de una ciudad abandonada que del centro de

Constantinopla. Sin poder evitarlo, Drías se preguntó si realmente había pasado poco más de un día desde el momento en que aquellos partisanos intentaran quemarles vivos. La sensación de que llevaba semanas combatiendo en una sucia guerra urbana resultaba tan vívida que le costaba recordar los sucesos de unas horas antes.

Se adentró con paso vacilante entre los restos del pórtico y se dejó caer entre ellos, pegado al pedestal de la estatua, como habían hecho ambos mercenarios cuando se encontraban rodeados de llamas. Si bien entonces el gélido roce del mármol aliviaba la densa opresión del fuego, ahora Drías sentía cómo su espalda aullaba de dolor al sentir el frío de la piedra, propagándose poco a poco a través de tela, armadura, túnica y piel, hasta llegar a su alma, donde pareció aferrar su corazón hasta dejarlo sin aliento.

Dejó caer la espada con esfuerzo, contemplando los dedos enrojecidos por la presión con la que sostenían la empuñadura. Se agarró las rodillas, incapaz de soportar por más tiempo el roce de la estatua, y enterró el rostro entre los brazos, apretando su frente contra las guarniciones del casco, intentando que el dolor borrara de su mente los pensamientos que le perseguían. La venganza había resultado inútil. Pasada la locura, los muertos no suponían un bálsamo para su tormento, ni tampoco habían conseguido hacerle olvidar que ahora se encontraba solo, desamparado. Era consciente de su dependencia hacia su amigo, de cómo se dejaba arrastrar, sin tomar decisiones, viviendo a la sombra de un hermano mayor que velaba por él, pero nunca hubiera pensado que su ausencia dejaría tal vacío que, por primera vez, no supiera qué hacer.

Habría sido fácil abandonarse al frío de la noche, dejarse consumir hasta que la negrura lo invadiera todo. Sin embargo, su instinto era demasiado fuerte para permitirle una salida cómoda. Se obligó a levantarse, recuperó a duras penas la espada y la introdujo en su funda. No podría abrirse camino por la fuerza. Su única opción consistía en aprovechar su disfraz y las sombras de la noche para deslizarse entre los insurrectos, aproximándose al palacio con la esperanza de encontrar alguna portezuela sin vigilancia por la que acceder al recinto palaciego.

Abandonó renqueando el interior del derruido pórtico, caminando con lentitud, agobiado por el dolor de sus cansadas articulaciones, que le recordaban por primera vez su existencia tras tantas horas de incesante vigilia. Se deslizó por las calles cercanas a la avenida, eludiendo en lo posible a los grupos de

alborotadores que aún pululaban por los barrios cercanos al hipódromo, en cuya cercanía, la muchedumbre que se arremolinaba junto a sus imponentes arcadas constituyó un entorno perfecto en el que diluirse sin provocar miradas indiscretas.

Como un fantasma atravesó la multitud, sin fijarse en ningún rostro en particular, ajeno al alborozo y la algarabía que reinaban a su alrededor, moviéndose entre los grupos de civiles, ignorando sus cánticos y bailes, sin percibir siquiera el intenso olor dulzón de las especias que se derramaban sobre jugosas piezas de carne, asadas en hogueras improvisadas. Para su sorpresa nadie le detuvo, nadie reparó en su presencia, a nadie le extrañó aquel enigmático encapuchado indiferente a la música y la fiesta.

En cuanto dejó atrás la omnipresente figura del hipódromo el panorama cambió de manera radical. La quietud presidía la zona anexa al recinto palaciego, cuyos muros parecían formar una barrera con otro mundo, ajeno al clamor que se extendía desde la arena del hipódromo. Tras sus líneas blancas y rojas de piedra y ladrillo no se atisbaba movimiento alguno. Ninguna luz delataba la presencia de vida en las oscuras siluetas de los palacios, ni el viento parecía agitar las fantasmagóricas copas de los árboles. El contraste con la abigarrada reunión de rebeldes sobrecogía al germano, que se preguntaba si no se encontraba frente a un cementerio, poblado tan sólo por sombras y susurros. Por un momento, Drías dudó si el emperador no habría huido, abandonando el palacio junto a toda su corte. Únicamente la certeza de que, en tal caso, los edificios habrían sido saqueados por la multitud hizo que desechara la idea.

Sigilosamente, se acercó hasta la misma puerta por donde había conseguido entrar con Arzés la noche anterior, sólo que, esta vez, su único compañero era el odio.

Constantinopla, 16 de enero de 532

—Resulta difícil creer que sigamos en la misma ciudad.

Sentado sobre un pequeño murete de piedra anexo a uno de los puertos del Cuerno de Oro, Héctor contemplaba el suave vaivén de las pocas embarcaciones de pesca que se atrevían a faenar sobre la ondulante superficie del agua. A su lado, Penélope apoyaba la cabeza en su hombro, mientras contemplaba cómo Platón estiraba la manga de la túnica de su padre, tratando infructuosamente de llevársela a la boca. Su bella esposa alternaba la vista entre los divertidos movimientos de su hijo y la superficie turquesa del brazo de mar, deleitándose con los brillantes reflejos que destellaban con cada uno de sus movimientos sosegados.

La noche anterior bastó que Héctor entrara en la casa señalando el vacío de sus hombros, libre de las verdes tiras de lino, para que ella le abrazara con fuerza, desgranando entre sollozos el miedo y la angustia que la habían atenazado durante horas, mientras los vecinos desmenuzaban inconexas noticias de la batalla que se desataba en las cercanías del palacio. Con suaves palabras, Héctor trocó el temor de su esposa en esperanza, la duda en tranquilidad y el amor en pasión. Aquella mañana se levantaron tarde, aprovechando la oportuna tregua que el hambre de Platón les concedió durante unas horas. Se acariciaron, rieron, hablaron y amaron. Los clamores del hipódromo no alcanzaban a penetrar en la intimidad de su hogar. El humo de los incendios, los gritos y la cólera desatada del pueblo desaparecieron de su mente, permitiéndoles apartarse del mundo, centrando la existencia en su pequeña pero fundamental porción de la vida.

Horas después del amanecer, cuando los extrañados seguidores de Héctor que se apiñaban en los alrededores de su casa se dispersaron, atraídos por nuevas llamadas al combate y al saqueo procedentes de los barrios más cercanos al palacio, el ateniense acomodó a Platón en sus brazos y se decidió a dar un largo paseo con su esposa.

Se encaminaron al puerto, a la zona más septentrional del Cuerno de Oro, donde las lejanas espirales de humo que ascendían hacia el cielo eran las únicas marcas que delataban el drama que se desarrollaba en la ciudad. A su paso, calles y plazas permanecían desiertas, envueltas en un enigmático silencio.

Aunque el aspecto del barrio próximo al puerto no se asemejaba al de la avenida principal, no había necesidad de encontrarse con maltrechas tiendas, estatuas derribadas o edificios en ruinas para comprender que algo había cambiado en Constantinopla. Incluso los miembros de las *philoponiai*, las asociaciones de misericordia que recorrían frecuentemente las calles para ayudar a los necesitados, se mantenían celosamente enclaustrados en sus casas. Tan sólo en el propio puerto, de cara a la inmutable vista del mar y las boscosas colinas que circundaban la ciudad, alguien podía evadirse de la realidad.

Tratando de olvidar la angustia de los últimos días, Héctor explicó a su esposa las anécdotas que recordaba de su trabajo con Vitaliano, enumerando las veces que acudió con el carpintero a los almacenes de madera que se concentraban al pie del puerto, en el barrio de Zeugma, relatando cómicos accidentes que había presenciado, como el de un hombre que serró la viga de madera en la que estaba sentado, sin darse cuenta de que se encontraba en el lado que caería al suelo. Después, señalando los seis estadios de largo que ocupaba el malecón, relató a su mujer los nombres de las tres grandes gradas que componían el tramo final del puerto, para facilitar la descarga de mercancías. Cada uno de los escalones se encontraba dedicado, el primero a Timasio, el constructor del puerto, el segundo al concilio de Chalcedón, y el tercero a Sycae, la barriada de Constantinopla que se levantaba al otro lado del Cuerno de Oro. Sin embargo, pese a los intentos de su marido, Penélope no podía apartar los ojos de la cercana puerta del Pasaje, desde la que partía la línea regular de barcas que realizaba los trasbordos hasta Sycae.

—¿Cuándo crees que podremos irnos? —preguntó ella.

Héctor besó el pelo de su esposa antes de responder, apretándola contra sí mientras enterraba el rostro entre sus cabellos. No le había contado los detalles de cómo había abandonado la facción, ni tampoco la conversación entre *demarcas* y senadores en la que proponían derribar al emperador. Héctor estaba convencido de que ella no necesitaba saberlo, le bastaría con saber que su pesadilla había finalizado.

—No lo sé —respondió finalmente con un suspiro, manteniendo el abrazo sobre ella—. Espero que dentro de dos o tres días.

—¿Volveremos a Atenas? Allí tenemos familia. Encontraremos trabajo con mayor facilidad que en otro lugar.

—Sería lo más sensato —admitió Héctor, que descubrió que no

había pensado en ningún momento adónde irían al salir de Constantinopla.

—Deberíamos planificar el viaje —continuó ella, dejándose acariciar con los ojos cerrados mientras atraía a Platón hacia sí y lo apretaba contra su pecho con cariño—. Necesitaremos comida y el dinero que aún tenemos.

—¿Dinero? —replicó Héctor con extrañeza, haciendo que Penélope se separara de él y le mirara a los ojos—. No sabía que nos quedara algo.

—Mientras estabas en prisión un enviado de Antlas me entregó una bolsa con algunas monedas —explicó ella.

—Creí que no querías saber nada más de los verdes —comentó Héctor con una falsa mirada de reproche.

—Un puñado de *follis* es lo mínimo que merecemos después del infierno que nos han hecho pasar —adujo Penélope, frunciendo el ceño en ademán autoritario—. Nos lo hemos ganado. Lo necesitamos para comenzar de nuevo, así que no quiero oír una palabra más o comerás pan duro las próximas tres semanas.

—Me rindo —cedió él con una sonrisa, levantando las manos como si le apuntaran con una lanza.

—Tonto —susurró Penélope, acercando sus labios para besarle.

Héctor se despojó de su capa y la utilizó a modo de manto para cubrirles a los tres, acercándose más si cabe a su esposa para evitar que el frío de la brisa les obligara a abandonar su asiento. Con Penélope a su lado, sintiendo su calor y la dulce suavidad de sus manos acariciando su cara, no alcanzaba a comprender por qué le había costado tanto tomar la decisión correcta. Dentro de esa gastada capa de lana se encontraba todo su mundo, hasta la última razón por la cual la vida tenía sentido. No podía hacer otra cosa que agradecer al destino que le hubiera librado de la estúpida carga de su pertenencia a la facción.

—Conmovedor.

Héctor volvió la cabeza, sorprendido ante la voz que acababa de escuchar. Cuatro hombres se encontraban a su espalda, al otro lado del pequeño muro en el que se sentaba junto a Penélope.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, mirando a su vez a los recién llegados.

Héctor se levantó para encarar al grupo. En todos ellos descubrió las tiras de lino verdes que marcaban su pertenencia a la facción. Por un momento pensó que formarían parte de sus seguidores, que trataban de encontrar al bendecido por el Señor

para que les condujera de nuevo en la revuelta. Sin embargo, la extraña sonrisa que apreciaba en sus rostros hizo resonar una advertencia en su mente. Sus ojos mostraban una determinación discordante con el aspecto afable de sus caras. A pesar del frío no portaban capas, tan sólo unas cortas estolas de color verde oscuro. Aquella estampa despertaba algo en su memoria, algo que no acababa de encajar mientras se fijaba en que alguno de ellos ocultaba las manos tras los pliegues de sus ropajes.

Le bastó un instante para encajar las piezas. Aquella mirada era la misma que exhibían sus compañeros la noche que embarcaron a Héctor en su cacería de azules. Antlas había enviado a sus hombres para matarle.

—¿Qué ocurre? —repitió Penélope, que asía con fuerza a Platón mientras miraba a su marido con un incipiente temor pintado en el rostro.

—No nos habían dicho lo hermosa que era tu mujer —comentó el que parecía ser el jefe del grupo.

Todo el cuerpo de Héctor se tensó al escuchar esas palabras. Las voces internas que trataban de hacerle creer que todo era un error se disiparon de inmediato. El estómago le dio un vuelco, y tuvo que esforzarse para evitar una arcada. Obligándose a mantener la cabeza fría, miró rápidamente alrededor. Se encontraban de espaldas al mar, rodeados por un muro demasiado bajo para servirles de protección, pero demasiado alto para que pudieran sortearlo con facilidad. Si estuviera solo podría intentar escapar corriendo, pero jamás lo lograría con su familia. Estaba encerrado en una ratonera, y lo peor de todo era que su mujer y su hijo formarían parte de la comida de los gatos.

Sin decir nada alargó el brazo y atrajo a Penélope hacia sí, situándola a su espalda mientras mantenía la mirada fija en los cuatro faccionarios. Éstos, sin abandonar sus sonrisas burlonas y con total calma, extrajeron de entre sus ropas aguzados cuchillos, avanzando en semicírculo hacia sus presas.

—Primero acabaremos contigo —explicó el que encabezaba la banda—. Después nos divertiremos con tu mujer. Si es complaciente tal vez respetemos a tu hijo —se mofó—. Por cierto, traidor, Antlas te envía saludos.

Si la intención del asesino era intranquilizar a Héctor con sus palabras acertó de pleno. El ateniense tuvo que hacer un ímprobo esfuerzo para controlar el temblor que se apoderó de sus manos. Mientras Penélope se alejaba unos pasos hacia el mar, con la cara

contraída en una mueca de terror, Héctor miró desesperadamente al suelo en busca de algo que le pudiera servir como arma.

A su lado no encontró más que algunos aparejos de pesca, tablazones y maderos para reparar los botes, junto a anchas ánforas llenas de brea para calafatear el casco de los barcos. Aunque buscaba un martillo o una cuchilla, no pudo recoger otra cosa que un largo palo.

El primero de los hombres se encaramó ágilmente al murete de piedra, aunque Héctor le obligó a echarse atrás aprovechando la longitud de su estaca, manteniéndose al otro lado de la escasa protección mientras agitaba su arma frente a sus enemigos.

Tras un segundo intento frustrado de sobrepasar el bajo muro, el jefe de la banda atajó las chanzas y burlas de sus compinches azuzándoles con un gesto para que se alejaran en ambas direcciones y saltaran el muro fuera del alcance de los inútiles golpes de Héctor. A pesar de lo ridículo del intento del ateniense, el cabecilla no parecía dispuesto a consentir que aquel asunto le llevara más tiempo del estrictamente necesario.

Mientras dos hombres mantenían fijo a Héctor en su posición, amagando sobrepasar la débil protección, otros dos se deslizaban a ambos lados, sorteando el bajo obstáculo de piedra y amenazando con sus afiladas dagas los flancos del ateniense. Perdida la ventaja de su precaria protección, Héctor reculó en dirección a Penélope, mirando con rapidez a uno y otro lado, con el palo en alto dispuesto a realizar un desesperado intento de resistencia junto a su familia.

De repente, un grito ahogado resonó frente a Héctor, lo que desvió su atención de los hombres que se situaban a sus flancos. Para su sorpresa y la de los que le atacaban, un grupo más numeroso había asaltado a sus agresores por la espalda y había matado de improviso a uno de ellos.

Antes de que los tres verdes restantes reaccionaran, otro fue abatido a cuchilladas, obligando a los dos supervivientes, los que habían conseguido saltar el muro, a huir como alma que lleva el diablo, perseguidos por varios de los recién llegados.

El ateniense, sin comprender muy bien qué acababa de pasar, se mantuvo a la expectativa, comprobando con asombro que el nuevo grupo llegado tan oportunamente estaba compuesto por partisanos azules, inconfundibles por sus peinados de estilo huno, sus barbas y mostachos y las amplias mangas anudadas en las muñecas. Cada vez más confuso, Héctor permaneció en silencio,

protegiendo a la atemorizada Penélope, que se aferraba a su hijo mientras sollozaba un par de pasos por detrás de su esposo.

—Parece que hemos llegado a tiempo —comentó con satisfacción uno de los partisanos, que pateó el cuerpo de uno de los verdes, caído en el suelo fuera de la vista de Héctor—. Estos perros pensaban hacerse un traje con tu piel y ofrecérselo a ese cerdo de Antlas.

—¿Quiénes sois? —acertó a preguntar Héctor.

—Tu nueva guardia —respondió el joven que dirigía a los azules—. Uno de tus amigos ha pedido a nuestro *demarca* que te proporcionemos protección.

—¿Quién?

—Si quieres saberlo no tienes más que acompañarnos.

Héctor se volvió hacia Penélope, extrañado, observando cómo su mujer negaba con la cabeza.

—No puedo dejar a mi mujer. No después de esto.

—No creo que los verdes vuelvan a intentarlo por ahora, pero puede venir con nosotros si lo prefieres —sugirió el partisano encogiéndose de hombros.

Sintiéndose ridículo con el inútil palo aún en la mano, Héctor dejó caer la estaca. A pesar de la intensa prevención de su mujer, si aquellos hombres les quisieran muertos no tendrían por qué engañarles. En aquel lugar apartado nadie escucharía sus gritos, ni quien pudiera pasar por allí se preocuparía de ayudar. Sólo serían unos cadáveres más, un apunte en una lista que acabaría en la prefectura. No tenía sentido que les mintieran.

Asintió con la cabeza mientras trataba de tranquilizar a Penélope.

—Vamos con vosotros.

El grupo de partisanos que les había salvado de sus asaltantes les condujo a través del entramado de callejuelas cercano al puerto hacia la parte alta de la ciudad, hacia la antigua acrópolis. En esa zona, el furor de la multitud se descargaba sobre las posesiones de nobles y ricos patricios. Impunes ante la ausencia de las fuerzas del prefecto, la anteriormente sometida plebe de Constantinopla desataba su ira contra las clases más pudientes, explotando el odio que el propio Héctor había arraigado en sus corazones.

Algunas casas mostraban la fatalidad que la trágica decisión de permanecer en sus viviendas había acarreado a algunos patricios o comerciantes, cuyos cuerpos desfigurados se balanceaban al extremo de una soga, colgados por el cuello desde las azoteas de

sus moradas, ennegrecidas por el fuego que las había devorado. Sus esposas e hijas habían sido humilladas, pasando de mano en mano durante horas, forzadas a los pies del cadáver de sus padres o esposos. Héctor aún pudo atisbar a una de aquellas pobres desgraciadas, gimiendo mientras trataba de ocultar su maltratado cuerpo con los jirones en los que la lujuria de la chusma había desgarrado su túnica.

Molestados únicamente por los innumerables incendios, extendidos por un fuerte viento del norte que propagaba las llamas de edificio en edificio, su larga caminata finalizó a las puertas de una lujosa villa, mantenida a salvo de las iras del pueblo merced a la protección de un grupo de faccionarios azules pertrechados con espadas y corazas, arrebatadas a los mercenarios caídos en los combates.

El jefe de su grupo se adelantó hasta la puerta y la golpeó con fuerza con el pomo de su daga. Poco después, una de las hojas de la puerta se abrió con un ligero crujido, dejando entrever el rostro de un asustado eunuco.

—Traigo al protegido de tu amo —anunció el partisano azul, haciendo gestos a Héctor para que se aproximara a la puerta.

El ateniense se adelantó junto a Penélope, apartando la capa que cubría su cabeza para que el eunuco pudiera confirmar su identidad. El esclavo le observó frunciendo el ceño, hasta que se fijó en la marcada cicatriz de su cuello. Asintió con la cabeza y abrió la puerta del todo.

—Sólo él —anunció, interponiendo su cuerpo en la entrada cuando el partisano se disponía a acompañar a Héctor al interior de la villa.

—No pienso dejar fuera a mi mujer —aseguró el ateniense con firmeza.

El eunuco resopló, mirando a un lado y a otro de la calle, como si temiera que, de un momento a otro, un grupo de incendiarios rabiosos se abalanzara sobre él y forzara la entrada a la vivienda de su amo.

—¡Está bien! —admitió malhumorado, al tiempo que cedía el paso.

Una vez que hubieron atravesado el dintel cerró la puerta con un golpe seco, ahogando las groseras burlas que los partisanos azules proferían sobre su ausencia de sexo.

—Ella esperará en el patio —graznó el sirviente, señalando con el brazo una cortina frente a la entrada.

—Espérame ahí —pidió Héctor, besando a su esposa para tranquilizarla—. No pasará nada.

El eunuco volvió a resoplar, impaciente ante las muestras de amor de la pareja.

—Por aquí —urgió el sirviente, asiendo el brazo del ateniense para apremiarle a que se diera prisa.

Guiado por el áspero eunuco, Héctor atravesó varias salas, introduciéndose en el interior de la vivienda en dirección a la zona privada. A cada paso, se maravillaba de la deslumbrante opulencia que lucía cada rincón de la villa. Los suelos de las estancias alternaban los detallados mosaicos centrales de diminutas teselas con los más preciados mármoles que los rodeaban, formando grandes cuadros salpicados de vetas oscuras. Para alguien acostumbrado a transitar por el riquísimo recinto de la academia ateniense, la fina manufactura del mobiliario y el número y calidad de los adornos que salpicaban las salas no pasaban desapercibidos. En su breve trayecto, Héctor contempló varios dípticos tallados en marfil, braseros de oro, bustos de bronce y mármol con efigies de senadores, grandes fuentes y cuencos de electro en los que se amontonaba toda clase de frutas y finas tallas de mármol que flanqueaban cada entrada de las habitaciones. Incluso en el tiempo en que Héctor ofrecía sus servicios como tutor a los ciudadanos de renombre a su llegada a Constantinopla, no recordaba haber visto nada semejante a la ostentosa riqueza que ahora aparecía ante sus ojos.

Tras el corto periplo, Héctor fue finalmente introducido en una pequeña estancia, con tan sólo un par de ornados divanes para recostarse y una oscura mesa baja de madera tallada sobre la que reposaban dos finas copas de plata. El eunuco desapareció como por ensalmo, dejándole a solas con la única persona que se encontraba en la estancia, cómodamente acostada sobre uno de los lechos.

—Creo que mis enviados te han sacado de un buen apuro —comentó Valente con una sonrisa.

Héctor se mantuvo junto a la entrada, con la boca abierta por el asombro al encontrarse con uno de los senadores que había conocido a través de Antlas. Su aspecto actual distaba mucho del embozado individuo que departía secretamente con los *demarcas* cubierto por una tosca capa de lana. Con su actual atuendo, una túnica blanca de seda con primorosos bordados en hilo de oro, se acercaba mucho más a la idea de un senador que cualquiera se podía forjar. Sin embargo, a pesar del cambio de indumentaria,

Héctor pudo reconocer la enigmática mirada que se vislumbraba en sus ojos, escrutándole con atención, mientras su sonrisa parecía indicar que disfrutaba con la sorpresa que había inducido en el ateniense.

—¿Sorprendido? —preguntó Valente con visible satisfacción—. Tal vez esperabas ver a otra persona.

—No tenía muy claro a quién debía agradecer la protección —explicó finalmente Héctor—, pero, si he de ser franco, no esperaba encontrar a un senador al que apenas he visto un par de veces.

—En cualquier caso ha sido una afortunada intervención, ¿no es así? —aseguró Valente guiñándole un ojo—. Acomódate, por favor —indicó con un suave gesto de la mano—. Este vino es excelente, seguro que alguien de tu categoría sabrá apreciarlo.

Tras un instante de duda Héctor se recostó en el lecho vacío, aproximándose al senador con cautela. Tomó la copa ante los gestos de insistencia de su anfitrión y bebió un sorbo.

—Es cierto, es un vino excepcional.

—Probablemente hace mucho que no paladeas algo parecido. Me gustaría que algún día me contaras cómo una persona con distinción, cultura y dinero acaba de porteador en Constantinopla, pero creo que ambos preferimos hablar sin rodeos, por lo que, si no tienes inconveniente, dejaremos la amigable charla para otro momento.

—Me parece perfecto —contestó Héctor—. A decir verdad, tengo muchas preguntas rondando por la cabeza.

—Déjame adivinar... la primera es: ¿por qué yo me preocupo por tu seguridad y la de tu familia en contra de los planes de Antlas, mi supuesto aliado?

—En efecto.

—No resulta tan extraño si lo piensas con detenimiento —explicó Valente acercándose al ateniense y bajando la voz, como si pensara confiarle algún secreto—. En realidad, tras la última reunión que mantuvimos con los *demarcas* en el hipódromo, quedó claro que Antlas atesora un evidente rencor hacia ti.

—No pensé que fuera suficiente como para ordenar mi muerte —aseguró Héctor, que reprimió un escalofrío al recordar el asalto que acababa de sufrir poco antes.

—No le has dejado otra opción —indicó el senador, provocando la sorpresa del ateniense—. En esta última semana te has labrado una estimable reputación entre el pueblo. Te veneran como a un icono sagrado gracias a la inutilidad del verdugo que

trató de ejecutarte. Tu acertada oratoria ha convertido a miles de vulgares ciudadanos en tus acérrimos seguidores. Durante un tiempo conseguiste engañar a Antlas, haciéndole creer que actuabas como su marioneta, pero al cortar el hilo de la ficción has despertado a una bestia.

—Estás muy seguro de que actuaba por mi cuenta —apuntó Héctor con suspicacia—, tal vez sólo he sido un simple esbirro.

—A mí me bastó con escuchar tu último discurso al pueblo y atar un par de cabos para alcanzar mis propias conclusiones. Quien habla con semejante convicción no puede ser más que un idealista, y alguien así no se deja manipular por un cerdo como Antlas.

—En cualquier caso, le bastaba con ignorarme.

—¿Ignorarte? —rio Valente—. No, querido amigo. Vivo eres una amenaza. Tienes al pueblo en la palma de la mano. Le has quitado toda su popularidad, incluso entre los verdes alcanzas un extraordinario nivel de prestigio. En cambio, muerto resultarías un poderoso acicate, un nuevo mártir con el que abanderar al pueblo en su camino hacia el poder. Antlas ni siquiera se ha planteado que no trates de aprovecharte de tu situación por un sencillo motivo, él sería incapaz de dejar pasar una oportunidad así si estuviera en tu lugar, de modo que no entiende que tú no trates de derribarle. Simplemente se ha adelantado al que creía que sería tu próximo paso.

—¡Maldito cretino! —rugió Héctor con indignación—. ¿Acaso piensa que todos somos de su calaña?

—Desde luego —afirmó Valente con tranquilidad—. En realidad, la mayor parte lo son.

—Eso explica por qué él quiere matarme —comentó Héctor con un poco más de calma—, pero aún no me has aclarado el porqué de tu ayuda, ni cómo has conseguido que los azules cumplan tus órdenes.

—Simplemente me resultas más útil vivo. En cuanto a los azules, Calopodio ha puesto a unos cuantos de sus hombres a mi lado. Le interesas porque está convencido de que tú puedes dividir a los seguidores de Antlas en dos grupos antagónicos. Una lucha de poder en el corazón de los verdes le dejaría a él como dirigente de la facción más fuerte en la ciudad. Yo sólo le he hecho ver nuestros intereses comunes en este punto, así como lo oportuno que puede ser para él tener el apoyo del senado por encima de su rival.

—Pero tú tienes tus propios motivos —sopesó Héctor—, y parece que no estás dispuesto a desvelarlos. Seguramente Calopodio es otro juguete en tus manos, como pretendes que sea yo.

—Aprendes rápido —comentó Valente—. Eso facilitará nuestra labor.

—Yo no quiero saber nada más de vuestras intrigas —atajó Héctor con decisión—. Sólo quiero volver junto a mi familia y olvidarlo todo.

—Es un noble pensamiento, pero ¿no crees que sería más útil para ambos que colaboráramos?

—¿Colaborar? —dudó Héctor negando con la cabeza—. Tú no quieres un aliado, sino un esbirro. Te agradezco que me salvaras la vida, pero aunque no sepa los motivos que te impulsaron a ayudarme tengo claro que tu única intención es aprovecharte de mí, igual que Antlas.

—Es cierto —admitió Valente encogiéndose de hombros—. No voy a negar lo evidente. No soy un filántropo, ni un santo. Pero, a diferencia de Antlas, yo te ofrezco un trato en el que ambos podemos ganar. Nos utilizaremos mutuamente.

—No me interesa entrar de nuevo en vuestro juego —negó Héctor con tozudez—. Ya he comprobado hasta dónde sois capaces de llegar.

—Me temo, querido amigo, que no tienes elección. Antlas no se va a conformar con su fallo. Lo volverá a intentar, y ya sabes que no ha centrado su ira sólo en ti.

Un nuevo escalofrío recorrió la espalda de Héctor ante la velada amenaza hacia su familia que suponían las palabras del senador. La imagen de los asesinos enviados por el *demarca* observando a Penélope con los ojos encendidos de lujuria volvió a su mente, provocando un repentino sudor frío en su piel. Pese a lo mucho que odiaba reconocerlo, Valente tenía razón. Antlas no cejaría hasta acabar con él. Había sido un estúpido al pensar que podría desligarse sin más de la facción.

—Lo que me estás diciendo —comentó Héctor, tratando de ocultar su turbación— es que si quiero mantener con vida a mi familia he de obedecer tus órdenes.

—En absoluto —negó Valente—. No quiero que pienses que trato de utilizar a tu esposa e hijo para manejarte a mi antojo. Me gustaría que comprendieras que tenemos intereses comunes más allá de la riqueza o la supervivencia. Estamos más cerca el uno del

otro de lo que te imaginas.

—No estoy tan seguro, ni siquiera tengo clara cuál es tu intención.

—A estas alturas ya deberías haberlo deducido. Ésa es una duda de principiante —eludió Valente con una sonrisa.

—Ya sé que pretendéis derribar a Justiniano —aseguró Héctor —. Preguntaba por la verdadera intención. A primera vista pensaría que intentas sentarte en el trono, pero algo me dice que prefieres el poder en la sombra, ser el que escribe el guión tras el escenario mientras los actores dan la cara frente al público.

—Eso está mejor —afirmó Valente—. En efecto, no pretendo ser yo quien ocupe el lugar de Justiniano. Ya hemos pensado en alguien más... ¿cómo lo diría?

—Manejable —concluyó Héctor.

—Exactamente.

—Sin embargo, eso sólo os proporcionará unos años de tregua —continuó el ateniense—. Antes o después un nuevo emperador tomará las riendas del poder y anulará lo poco que consiga el senado.

—Cierto. Ahí es donde se cruzan nuestros caminos.

Héctor se mantuvo en silencio, tomó un largo trago de su copa y dejó que fuera el senador quien le explicara lo que ya empezaba a entrever.

—Queremos que el próximo emperador sea un simple peldaño hacia la república —afirmó Valente.

—Hacia la oligarquía de los senadores, querrás decir, o, mejor aún, la dictadura de uno de ellos, tú.

Valente mantuvo la vista fija en su invitado, con una indefinida expresión marcada en su cara. Durante un instante Héctor temió haber llegado demasiado lejos, pero luego vio la sonrisa regresar al rostro de su anfitrión, y recuperó la confianza.

—Me encantan los idealistas —aseguró Valente mientras apuraba su copa—. Resulta fascinante descubrir al lobo que se oculta tras esa piel de cordero.

—¿Acaso lo niegas?

—En parte. No soy tan perverso como tú imaginas, pero no voy a perder el tiempo en diatribas morales. Tan sólo deberías tener en cuenta que ésa es la mejor opción.

—Siempre hay otra alternativa. El pueblo.

—¿El pueblo? —repitió Valente—. Sabes tan bien como yo que

son incapaces de gobernarse solos. La revuelta les ha concedido poder, pero a día de hoy la democracia es un mero sueño. El camino hacia ella pasa necesariamente por el senado.

—*Senatus PopulusQue Romanus* —citó Héctor—. «Senado y pueblo de Roma.» ¿Es ésa tu propuesta?

—Así era en los mejores tiempos, y así debería ser de nuevo —aseguró Valente con un ligero tono de pasión en su voz—. La libertad necesita una tutela antes de poder disfrutarse.

—Tal vez el pueblo no esté capacitado para gobernarse solo —dudó Héctor—, pero al menos merece una oportunidad. El senado no es más que un nido de víboras y patricios que engordan con las rentas que roban a los ciudadanos. Su única intención es derribar a Justiniano porque hace peligrar su riqueza mediante los impuestos.

—Estás en lo cierto —admitió Valente—. La mayoría de los senadores no son más que ancianos decrépitos o inútiles terratenientes. Bajo su mando el gobierno sería casi tan caótico como bajo la égida de un niño. Por eso es necesario que alguien con una visión más amplia maneje las riendas, y por eso necesitamos una marioneta en el trono.

—Y tú eres quien manejará las riendas que nos conducirán a la república —concluyó Héctor, tras lo cual recibió un tácito asentimiento por parte del senador—. ¿Y he de fiarme de tu palabra?

—No —negó Valente, haciendo que Héctor enarcara una ceja con asombro—. No creo en la fe ciega. Por eso insisto en que no deseo que seas mi esclavo, sino mi aliado. Elegirás colaborar porque es la opción más lógica. Si la revuelta es aplastada Justiniano se vengará en el pueblo, el senado y las facciones. Su dictadura se convertirá en una despiadada tiranía. Por otro lado, el triunfo de las facciones tampoco beneficiaría al pueblo. Los *demarcas* sólo piensan en ellos mismos, no tienen intención de cambiar nada, cada uno de ellos trata de situar en el trono a un emperador afín a sus propios intereses, alguien que les proporcione más dinero, poder y prestigio. El senado, como tú bien dices, únicamente intenta sacudirse a un gobernante avaro que ha metido mano en sus haciendas y les arrebata los pocos privilegios que aún conservaban. Pero son reliquias del pasado, incapaces de gobernar. Y en cuanto al pueblo, ya ves lo fácil que

resulta dominarlos. Una masa de desheredados en busca de un culpable para su miseria. Si venciera la chusma, ¿qué sería del imperio sin control? Constantinopla se envolvería en el caos, obligando al ejército a marchar contra la ciudad para restablecer el orden. Al final, un general acabaría sentándose en el trono tras una sangrienta represión. Como puedes ver, la mía es la mejor de las opciones, la única que te concede una esperanza, tanto para ti como para el propio pueblo. La única que garantiza la posibilidad de un paso ordenado a ese gobierno de los ciudadanos que tanto anhelas.

—Pareces haber pensado en todo —vaciló Héctor, abrumado por el ordenado discurso del senador.

—Azar, destino o voluntad de Dios, siempre hay factores que no podemos controlar. Para el resto, me gusta tener todo bien atado.

—¿Y cuál sería mi función en ese complejo plan?

—Eres un líder nato —aseguró Valente—. Has conseguido que el pueblo despierte de su letargo. Sin embargo, también has provocado en ellos un odio irracional hacia acaudalados y patricios. Necesito que varíes ligeramente tu discurso. No me opongo a que destruyan algunas propiedades de ricos terratenientes. Es una buena forma de engañarles, dejando que sueñen con la posibilidad de alterar el orden de la sociedad. Pero el senado debe recuperar su prestigio. Deben volver a vernos como un contrapeso a la figura del emperador. Por último, cuando elevemos al trono a la persona adecuada el pueblo deberá apoyar la elección del senado a su ascenso.

—Aprobar la elección de un nuevo emperador es la última prerrogativa del senado —adujo Héctor con extrañeza—. ¿Te quejas de la pérdida de funciones y pretendes compartir vuestro mayor privilegio con el pueblo?

—Tal vez eso te convenza de mis intenciones.

—¿Eso es todo? —preguntó Héctor con escepticismo.

—Por ahora sí —confirmó Valente—. Mientras te rodees de seguidores Antlas no se atreverá a tocarte. No será el primero en provocar una guerra entre las propias facciones.

—¿Y mi familia?

—Respondo personalmente de su seguridad —entonó el senador con solemnidad—. Pueden quedarse en mi casa. Como puedes ver estarán a salvo de cualquier contratiempo.

—Preferiría que volvieran al barrio de Zeugma —apuntó

Héctor, sin poder disimular la suspicacia que le asaltaba ante la idea de que Penélope permaneciera en la villa del senador.

—Antlas no sabe que ella se encuentra aquí, y jamás asaltaría mi casa. Sin embargo, aunque pusiera algunos hombres junto a tu puerta siempre existe la posibilidad de que el *demarca* envíe una partida más numerosa que supere a los guardianes. No te ocultaré que es mucho más arriesgado, por no decir suicida, pero es tu elección.

Héctor contempló el sereno rostro de Valente mientras trataba de adivinar sus pensamientos. A esas alturas de la conversación no sabía si podría fiarse del astuto senador pero, muy a su pesar, debía reconocer que realizaba sus jugadas con extrema habilidad. Era cierto que su mujer permanecería a salvo de Antlas en la villa de Valente, como también que así el senador podría usar a su familia como rehén en caso de necesidad. Ladinamente, dejaba en sus manos la libertad de elegir, alargándole unos dados trucados para hacer su tirada. En cualquiera de ambos casos estaba atrapado, por lo que la única opción sensata era escoger la alternativa más segura para su familia.

—Supongo que tengo tu palabra de que aquí se encontrarán a salvo —cedió finalmente el ateniense con un suspiro.

—Por supuesto —confirmó Valente—. ¿Aliados?

Héctor contempló la mano extendida de Valente con la misma sensación que le asaltó cuando recogió las monedas de plata de casa de Antlas como pago a su trabajo especial. En aquella ocasión purgó su error con un intento de ejecución que a punto estuvo de costarle la vida. Ahora se preguntaba cuánto le costaría la segunda venta de su alma.

—Aliados —cedió finalmente Héctor.

Alargó su mano y asió con fuerza el antebrazo de Valente.

Tras media mañana frente al atril, Aecio apenas había logrado escribir una hoja de su *Biblia iatrica*. Con la caña en la mano, y los dedos ennegrecidos por la pegajosa tinta, el médico apenas había podido concentrarse lo suficiente como para añadir unos pocos párrafos a su obra.

No se podía decir que no dispusiera de tranquilidad. A decir verdad, las estancias que Valente le había asignado, en la planta superior de su opulenta villa, se encontraban bastante resguardadas del alboroto que reinaba en la calle. El amplio ventanal, cuya cancela de madera se encontraba plagada de

vidrios cuadrados de medio codo de lado, permitía que la iluminación de la sala fuera excelente, al tiempo que ahogaba la mayor parte del ruido que anegaba la calle. Los muebles eran sobrios, de oscura madera labrada, con los pies de cama, armario y las dos sillas que lo flanqueaban en forma de garras de león. También disponía de un gran arcón, medio vacío, dado que apenas había recogido ropa de su saqueado hogar. Sin embargo, pese a la deferencia excepcional de su anfitrión y lo cómodo de su hospitalidad, Aecio era incapaz de evadir su mente.

En cualquier otra circunstancia no hubiera dispuesto de mejor oportunidad para avanzar en su ansiada obra literaria, dedicando los días a investigar a los clásicos y recopilar su saber en sus proyectados dieciséis discursos. Mas la realidad era bien distinta. A cada momento, su pensamiento se desviaba de las rectas líneas caligrafiadas para girar en torno al mismo tema: no debería estar allí.

Era un *archiatroi*, uno de los antiguos médicos públicos de la ciudad y, pese a ello, mientras muchos se desangraban en las calles, o veían cómo sus heridas eran tratadas por oportunistas y matasanos, él se mantenía encerrado en su plácido retiro, ausente del mundo justo en el instante en el que éste más necesitaba su ciencia. Trataba de consolarse pensando que había perdido instrumental y medicinas y que sin sus herramientas de trabajo, y sin el dinero necesario para reponerlas, poco podría hacer por sus pacientes. Sin embargo, su conciencia le punzaba continuamente, preguntándole si su cobarde comportamiento era digno de un cristiano.

Hastiado tanto de su tarea como de su lucha interior, dejó la caña sobre el atril, abandonó la estancia y descendió por las escaleras de mármol hasta el piso inferior, desde donde salió al patio a tomar un poco el aire y estirar las piernas. Nada más entrar en el cuidado jardín, reparó en una figura femenina, sentada en uno de los bancos de mármol bajo el templete central. Sobre su regazo dormitaba un niño de corta edad, y aunque ella lo miraba con ternura, su bello rostro mostraba las marcas de la preocupación, indelebles en sus ojos verdes. Cubría su túnica con una capa gastada, a pesar de la cual su aspecto no se asemejaba al de una sirvienta. Algo en su postura, en la forma de sentarse, delataba unos modales discordantes con la pobre vestimenta que envolvía su grácil figura.

—Buenos días —saludó el médico, aproximándose con curiosidad a la desconocida.

Ella se levantó con rapidez, asiendo con fuerza a su hijo, como si temiera que se lo arrebataran, posando una mirada de evidente intranquilidad en Aecio.

—Lo siento —se disculpó él—. No era mi intención asustaros.

—Lamento mi reacción —respondió la desconocida—. ¿Sois el dueño de esta casa?

—No —negó Aecio con una sonrisa, pensando en el aspecto que debía de tener, envuelto en una simple túnica y con las manos llenas de tinta—. Sólo soy un invitado del senador.

—¿Senador? —preguntó ella, frunciendo el ceño con extrañeza.

—Valente Aureliano Merodio.

Ella asintió en silencio, desviando su mirada hacia el niño que sostenía en brazos.

—Parecéis confusa —advirtió Aecio, acercándose con lentitud —. Espero no haberos importunado.

—Estoy esperando a mi marido —aclaró la mujer, al tiempo que se sentaba de nuevo en el banco—. No nos han dicho la razón por la que nos han traído aquí, pero supongo que el senador quería hablar con él.

—¿Me permitís que os acompañe? —solicitó Aecio, señalando el otro banco, esperando a sentarse hasta que ella asintió con un leve movimiento de cabeza—. Es un niño muy guapo —añadió señalando al pequeño—. ¿Cómo se llama?

—Platón —respondió ella, sonriendo por primera vez, mientras acariciaba el rostro de su hijo.

—Nombre de filósofo, seguro que será un sabio.

—Yo sólo espero que la tradición sea cierta y tenga una larga vida.

Aecio sonrió, consciente de la antigua costumbre para elegir el nombre de un niño. Se encendían varias velas con distintos nombres, y aquella que durara más señalaba el nombre que se le ponía, pues se creía que eso le garantizaba la vida más larga.

—¿Sois un *iatroi*? —preguntó ella, tras fijarse en la vestimenta de Aecio.

—Sí —admitió el médico, recordando la túnica azul que lucía.

—Una noble profesión.

—Os agradezco vuestras palabras, aunque no todos piensan así. Muchos nos desprecian por no dejar las enfermedades al arbitrio del Señor. Piensan que deberíamos abstenernos de usar la medicina para llegar a una vida pura, pues hay que alcanzar la

curación por medio de la fe en Dios.

—Es absurdo. Dedicáis vuestro tiempo a sanar, no veo manera mejor de ganarse la vida. Debe de suponer una gran satisfacción, tanto personal como para vuestra familia.

—Sí, lo es —admitió Aecio, olvidando por un instante sus anteriores problemas de conciencia—. Provengo de Amida, una pequeña ciudad en el curso alto del Tigris. Allí mi padre se encargaba de recordar a todos sus vecinos que su hijo era todo un médico.

—Debe de ser un orgullo para cualquier padre.

—Para el mío lo era —afirmó el médico—. Gastó una fortuna en proporcionarme una buena educación. Espero que supiera lo mucho que se lo he agradecido. Tan sólo se lo dije en una carta, y ahora que ya ha muerto pienso que quedé como un ingrato.

—El amor de los hijos es algo que se da por hecho —dijo ella, mirando de nuevo a su retoño—. Sin embargo, que nos lo recuerden alguna vez, aunque sólo sea una, hace que todo valga la pena.

—Gracias. En realidad no sé por qué hablo de estas cosas, apenas nos conocemos. Suelo ser más tímido.

—Vivimos en tiempos extraños —aseguró ella, perdiendo su vista en el cielo.

—Debe de ser eso —admitió Aecio—. La maldita insurrección que consume esta ciudad y convierte a los hombres en salvajes. Ruego a Dios cada mañana para que acabe toda esta locura. Gracias al Señor que apenas me he visto envuelto.

—Yo me encuentro en su centro.

Contemplando la triste expresión de su rostro, Aecio se preguntó qué terribles horrores habrían visto esos bellos ojos para que su brillo se viera apagado por la melancolía, para que las finas facciones de su cara se mostraran pálidas y ajadas, y para que apenas una vez hubiera visto sonreír a aquella joven. Sin embargo, mientras dudaba si sería correcto preguntar por sus desventuras a una mujer casada de la que no sabía ni el nombre, uno de los sirvientes de Valente se presentó en el patio, requiriéndola para que le acompañara.

Ella se levantó, despidiéndose con una simple inclinación de cabeza, y se retiró tras el criado del senador con su hijo en brazos mientras Aecio la seguía con la mirada, sin que el médico se diese aún cuenta de que ese fugaz encuentro había liberado de su cabeza cualquier recuerdo de sus inquietudes pasadas.

A solas en mitad del vacío barracón, Drías contemplaba la pared, siguiendo las evoluciones de una araña que había capturado una presa junto a uno de los braseros que iluminaban débilmente la estancia.

La noche anterior había tenido considerables dificultades para conseguir que los guardias le permitieran el paso al Gran Palacio. Toda su unidad había sido aniquilada, por lo que ya nadie podía dar fe de que fuera quien decía, tan sólo la oportuna intervención del *ilarka* le salvó de una pelea con los ofuscados guardias. Sin unidad en la que encuadrarse, el segundo de Belisario había decidido mantener a Drías a su lado para comandar la sección de reserva, impresionado por su afán de venganza.

Cualquier otro habría celebrado el inesperado y veloz ascenso con una buena borrachera, e incluso el propio Drías, una semana antes, tras la noticia habría acabado en el mejor burdel de la ciudad dilapidando su soldada. Sin embargo, lo único que llenaba el corazón del hérulo cuando se inició esa jornada eran la impaciencia y la rabia. Habría renunciado a mil ascensos a cambio de su antiguo puesto de soldado, si con ello hubiera sido capaz de entrar en combate desde el primer momento y hundir su acero en el cuerpo de aquellos malditos rebeldes mientras recordaba a Arzés.

Por ello, cuando aquella mañana los hérulos habían intentado por segunda vez dominar la revuelta, Drías se había pasado el tiempo anhelando entrar en combate, inquieto al mando de sus nuevos compañeros mientras el resto del contingente se enzarzaba en la batalla. Sin embargo, poco después de comenzada la lucha ni siquiera a Drías le pasaba desapercibido que las cosas no marchaban tal y como esperaba su general. Los faccionarios comandaban a los civiles de manera eficaz, aplicando las mismas tácticas que tan bien les habían servido el día anterior. Sin oponer resistencia alguna al avance inicial de los bien equipados mercenarios, les hostigaban desde las azoteas de los edificios, levantaban barricadas en los callejones y emboscaban a las unidades más pequeñas y aisladas, avasallándolas con su superioridad numérica.

Sin un enemigo claro sobre el que descargar su ira, los mercenarios se veían obligados a penetrar en los edificios y desalojar de ellos a los rebeldes, convirtiendo la lucha en un caos de sangre y fuego.

En medio de la confusión, Belisario comprobó horrorizado cómo los faccionarios habían convertido el enorme edificio de los

baños de Zeuxipo en un verdadero baluarte. El saqueo e incendio que devoró el complejo dos días antes había destrozado el interior, causando pérdidas irreparables en sus lujosas estancias. Pese a ello, los gruesos muros habían resultado indemnes, lo que proporcionaba un valioso fortín para los insurrectos. El ejército de Belisario no podía permitirse el lujo de combatir manteniendo semejante amenaza justo a su espalda, junto a las puertas del palacio imperial. Desde esa posición, los rebeldes podían hacer una salida que cortara la retirada de los mercenarios hacia el palacio. En esas condiciones, el *ilarka* ordenó al impaciente Drías que tomara las termas con la unidad de reserva.

No fue hasta ese momento cuando el hérulo pudo dar rienda suelta al odio que acumulaba en su interior. Lanzándose a la cabeza de sus hombres a lo más encarnizado de la lucha, Drías había mostrado un valor suicida, descargando su furia sobre cuantos rebeldes se cruzaron en su camino. Sin embargo, la posición que ocupaban las facciones en los baños era demasiado fuerte, por lo que, para desesperación del recién ascendido germano, Belisario ordenó la retirada.

Ahora, sentado en el catre, mantenía la mente en blanco, tratando de evitar los dolorosos recuerdos que le asaltaban cada vez que no encontraba una actividad que realizar. Tras la retirada de esa mañana había pasado varias horas revisando el estado de sus hombres, llevando a los heridos al improvisado hospital de palacio, reponiendo el material dañado y asegurándose que todos ellos recibían una abundante ración de pan, queso y pescado. Mientras el *ilarka* se felicitaba por su buena elección al situarle como su oficial de enlace, Drías tan sólo buscaba una ocupación con la que llenar el día.

Llegado el ocaso se había recluido en su antiguo barracón, donde aún se encontraban los pertrechos de sus viejos compañeros, ordenados a los pies de los catres en espera de unos dueños que ya nunca volverían. Intentaba convencerse a sí mismo de que su presencia allí se debía al interés por evitar que las pertenencias de su antigua unidad fueran saqueadas por ávidos funcionarios. Sin embargo, en el fondo admitía que no estaba dispuesto a pertenecer a otra sección que no fuera la suya, que no quería a otro compañero que no fuera Arzés.

Cuando reunió el valor suficiente para abrir la gastada bolsa de su amigo, pasó el tiempo revisando cada una de sus cosas con visible nostalgia. Una ajada túnica de color pardo, un tosco colgante formado por una tira de cuero y una cruz de madera,

unas pequeñas figurillas de terracota que simbolizaban a una mujer y dos hijos pequeños, una lucerna vacía y algunos adornos arrebatados como botín a enemigos caídos. Escondida en el interior de un pellejo de cabra, encontró la bolsa con el dinero destinado a la compra de terreno. Durante un rato Drías lo mantuvo en su mano, sonriendo mientras recordaba el rostro de su amigo, ilusionado al pensar que algún día sería un hombre libre, con sus propias tierras en las que instalar a su familia. Tras un instante de duda abrió el pellejo, introdujo las figuras de terracota y la cruz junto al dinero, lo volvió a cerrar y lo guardó entre sus propias cosas. Si conseguía salir con vida de esa endemoniada ciudad llevaría el dinero a la viuda de Arzés, compraría las malditas tierras e instalaría en ellas a la familia de su compañero.

Tras esta decisión Drías comprobó con asombro que sentía un cierto alivio. De algún modo, aquella idea resultaba más gratificante que la ciega venganza que había buscado hasta el momento. No tenía intención de detener su espada mientras le quedara un hálito de vida y un rebelde a quien degollar pero, al menos, esa misión otorgaba un cierto sentido a su futuro, una razón por la que tratar de sobrevivir a esa odiosa y estúpida lucha que le había arrebatado su mundo.

—Pensé que estarías con tus hombres.

La voz del *ilarka* resonó en la sala, produciendo un extraño eco en la estancia vacía.

—Y lo estoy —respondió Drías, girando levemente la cabeza para mirar a su comandante—. Estoy con mis compañeros.

El oficial avanzó hacia él con tranquilidad, renqueando por el dolor que le producía una herida en la pierna. Se detuvo al lado del hérulo, se sentó pesadamente sobre el catre con un quejido ahogado, y apoyó su espalda sobre la pared, al igual que Drías.

—Nunca estamos preparados para perderlos a todos —afirmó el segundo de Belisario, abrumado por la soledad de aquel fantasmagórico lugar.

El mercenario se mantuvo en silencio, con la mirada perdida en el brasero que tenía frente a él, sin tratar siquiera de encontrar a la laboriosa araña que antes se deslizaba en las cercanías de la llama ondulante.

—Un funcionario me ha dicho que el general me espera cerca del palacio de Hormisdas —comunicó el *ilarka* tras un corto silencio—. Supongo que querrá escuchar de primera mano los avatares de esta mañana. Mientras me dirigía hacia allí he pensado

que sería buena idea que me acompañaras. Nos contarás a ambos tu ataque sobre los baños de Zeuxipo.

—No conseguimos gran cosa —admitió Drías.

—Los faccionarios han saqueado los arsenales y se han hecho con un buen equipo —aseguró el oficial—. Por lo que me contaste han convertido el recinto en una fortaleza, lo que les da una notoria ventaja. Necesitaríamos más hombres para despejar ese lugar. Yo creo que es algo prioritario, desde ese punto dominan el palacio, pero quiero que me apoyes con tu relato cuando hablemos con Belisario.

Drías asintió con desgana y permaneció sentado hasta que el oficial se levantó, emitiendo un sonoro exabrupto cuando apoyó de nuevo el peso sobre su pierna lastimada.

Avanzaron despacio, al ritmo de la cojera del *ilarka*, dejando atrás la zona de palacio en la que las abigarradas edificaciones cobijaban a la legión de funcionarios que servía al emperador, para descender por una escalera ancha de ladrillo a la amplia terraza que bordeaba la línea de la costa. Ya en las cercanías del extenso campo de entrenamiento que ocupaba la terraza más cercana al Mármara, se adentraron en un amplio jardín circular, situado frente al palacio de Hormisdas, junto a una larga zona de tierra apisonada, preparada para las carreras privadas de caballos que divertían al emperador.

El inmenso vergel en el que se desarrollaría la reunión se encontraba rodeado por una valla baja de madera, y se componía de tres círculos concéntricos. El externo lo formaba una línea de cipreses, los árboles consagrados a Hades, separados del segundo círculo por un parterre de rosales. En segundo lugar se situaba un óvalo de robles, tras los cuales se levantaba un nuevo círculo de plantas, violetas en este caso. Finalmente, el círculo interior, que rodeaba la explanada central, se componía de una gran variedad de árboles frutales. Manzanos, olivos, arrayanes, cerezos, granados y perales se alineaban uno junto a otro, mientras cada uno de los cuatro caminos empedrados que conducían hasta el centro del jardín se encontraba flanqueado por una higuera y un laurel, los antiguos árboles sagrados de Apolo y Artemisa, que ahora los cristianos llamaban árboles sagrados del sol.

Tras atravesar los perfectos círculos vegetales se detuvieron en el centro del jardín, junto a una fuente circular imponente, sobre la que pavos reales bellamente esculpidos en mármol de varios colores alzaban sus colas hacia el cielo estrellado. De la fuente surgían cuatro caños, que derramaban su agua sobre cuatro

canales, en representación de los cuatro ríos del jardín del Paraíso, Tigris, Éufrates, Nilo y Phison.

Al otro extremo del jardín se levantaba la oscura silueta del palacio de Hormisdas, edificado inicialmente para el príncipe persa que le dio nombre, aunque reformado por Justiniano para su propio uso en tiempos del emperador Justino. Construido en ladrillo y piedra, su fachada aterrazada mostraba tres puertas de ocho codos de alto, con dinteles y marcos profusamente tallados. Sobre las entradas, siete arcos de ladrillo formaban una logia en la que se abrían otros tantos balcones, algunos de los cuales aún mostraban titilantes luces, que delataban la presencia de sus moradores actuales, monjes monofisitas protegidos por la emperatriz.

La visión de las luces hizo que Drías se diera cuenta del frío de la noche. Había abandonado la calidez de su estancia tan sólo vestido con una túnica, por lo que resoplaba mientras se frotaba los brazos tratando de combatir el gélido ambiente. En medio de la oscuridad, al hérulo le hubiera gustado ascender hasta el último de los tres pisos del faro, a calentarse con el fuego que allí ardía.

—¡Vaya sitio para reunirnos! —exclamó el hérulo.

—Las paredes de palacio tienen oídos —explicó el *ilarka*—. Supongo que el general ha buscado un lugar lo más aislado posible para evitar a los espías.

A su alrededor, el viento agitaba las copas de los árboles, provocando un tenue aullido mientras se deslizaba entre las ramas. Un poco más abajo, la luz del faro de la ciudad brillaba con fuerza en lo alto de su elevada estructura, marcando a los mercantes el camino hacia los seguros puertos de Constantinopla.

Poco después una figura se acercó hacia ellos con decisión, aproximándose por uno de los senderos empedrados que conducían hasta la fuente junto a la que se encontraban los ateridos mercenarios.

—¡Menuda noche! —saludó Belisario—. Espero que sea urgente.

—¿Urgente? —se sorprendió el *ilarka*.

—¿No tenías una información que no podía esperar? —preguntó Belisario con extrañeza.

—No —negó el oficial—. Me dijeron que querías verme.

—¿Quién? —indagó Belisario.

—Uno de los sirvientes de palacio.

Durante un instante todos guardaron silencio, mirándose unos

a otros como si no acabaran de creerse lo que estaba pasando. Finalmente, Belisario fue el primero que se atrevió a confirmar las acuciantes sospechas.

—Es una trampa.

Sin decir una palabra comenzaron a andar de regreso a la zona de barracones mirando a un lado y a otro, escrutando en la oscuridad mientras temían una emboscada. Apenas dados unos pasos, unas figuras amenazantes se deslizaron desde detrás de los árboles, aproximándose a ellos desde varias direcciones.

—¡Hijos de perra! —bramó el *ilarka*, al observar el brillo de las espadas en manos de sus desconocidos asaltantes.

Desarmados, los tres militares formaron un pequeño círculo enfrentándose a sus atacantes con las manos desnudas, tratando desesperadamente de defender sus vidas.

Drías contó a tres hombres acercándose hacia él. A pesar de sus espadas, se aproximaban con cautela, como si trataran de medir la capacidad combativa del hérulo antes de abalanzarse sobre él. Pese a ello, poco a poco el círculo se fue cerrando, a medida que los cautos asesinos se cernían sobre sus víctimas.

Olvidando el frío que antes entumecía sus músculos, Drías se concentraba en los movimientos de sus enemigos, preguntándose de dónde provendría el primer ataque. Su mente de soldado mantenía la calma, tratando de idear una forma de sobrevivir a la prueba. Necesitaba arrebatar el arma a uno de sus contrarios para tener una mínima opción de repeler el ataque. Cuando sus tres oponentes se encontraron lo suficientemente cerca decidió jugarse el todo por el todo, confiando en que cometieran un error.

Adelantándose, amagó lanzarse sobre uno de ellos. El asaltante reculó un par de pasos de manera cauta, evitando situarse al alcance del mercenario. Sin embargo, otro de los contrarios trató de aprovechar el fingido ataque del hérulo para abalanzarse sobre él con la intención de ensartarle.

Ése era el error que buscaba Drías. Revolviéndose con rapidez esquivó la cuchillada y bloqueó el brazo de su contrario al tiempo que le propinaba un furibundo cabezazo para aturdirle y arrebatarle la espada.

Sus compañeros, aunque desconcertados por la salvaje agresividad de su presa, se lanzaron con rapidez en ayuda del aturdido atacante, tratando de eliminar al hérulo antes de que pudiera empuñar el arma con eficacia. Sin embargo, Drías empujó al contrario a quien acababa de arrebatar la espada para

interpornerle en el avance de sus compañeros, lo que le dio el tiempo suficiente para recuperar la iniciativa.

Con dos hábiles estocadas eliminó a uno de sus contrarios, derribándole al suelo con el estómago abierto por un enorme tajo. El tercero de sus oponentes, viéndose a solas frente al gigantesco y enfurecido mercenario, arrojó su arma sobre Drías mientras escapaba a la carrera, perdiéndose en la oscuridad.

El hérulo remató con rapidez al primer contrario, mientras aún se encontraba aturdido por el furibundo cabezazo. Libre de sus enemigos y con las espaldas seguras, Drías se volvió en busca de un nuevo contrincante.

El *ilarka* yacía en el suelo, mientras cuatro sombras se abalanzaban sobre él ensañándose con su cuerpo. A unos metros, Belisario, aún desarmado, había conseguido apresar a uno de sus atacantes y lo utilizaba como escudo frente a otros dos asesinos, en un desesperado intento de retrasar su muerte.

Demasiado tarde para hacer nada por su oficial, Drías recogió del suelo la espada que el tercero de sus oponentes le había arrojado, corrió hacia donde se encontraba Belisario y sorprendió a sus acosadores por la espalda.

Cercenó la cabeza del primero cuando se disponía a acuchillar a Belisario. Después alargó al general la segunda espada, con la que éste despachó al segundo de sus oponentes tras una brillante finta. Finalmente, se encararon con los últimos asaltantes que aún se mantenían frente a ellos, tras abandonar a su espalda el cuerpo ensangrentado del *ilarka*.

Los asesinos miraron desconcertados a su alrededor, contemplando con aprensión los cuerpos caídos de sus compañeros. Por sus dudas a la hora de retomar la pelea, parecía evidente que no esperaban una defensa semejante por parte de las supuestas víctimas. Quienquiera que fuese su jefe, había enviado a diez hombres a matar a dos soldados desarmados e incautos. Por el contrario, su confiada ventaja inicial se había reducido a un nivel demasiado peligroso. Tras un instante de tenso silencio, las sombras se miraron entre sí, vacilaron y comenzaron a retroceder lentamente, hasta perderse en la oscuridad de la noche.

Respirando con agitación, sin poder creerse aún que siguieran vivos, Belisario y Drías se mantuvieron en guardia durante un buen rato, antes de comenzar a alejarse de aquel lugar, abandonando en su fuga el cuerpo inerte de su desafortunado compañero.

Constantinopla, 17 de enero de 532

Hypacio se movía de un lado a otro como un gato enjaulado, poniendo a prueba la paciencia de Tomás, que contemplaba su nerviosismo con irritación. Siguiendo las indicaciones que Orígenes le había hecho llegar durante la noche, el secretario imperial había abordado delicadamente a Hypacio en los jardines del palacio Dafne, lugar en el que patricios y senadores, presentes en el Gran Palacio, se reunían a diario para compartir las últimas noticias sobre el desarrollo de la revuelta.

La agitación de Hypacio atraía las miradas de cuantos atravesaban el lujoso atrio porticado, lo que incrementaba la inquietud de Tomás, que no deseaba convertirse en el foco de atención de los integrantes del senado.

—Tranquilízate —instó el secretario imperial, tratando de mantener él mismo la calma, al tiempo que se movía hasta situarse bajo uno de los pórticos para evadirse todo lo posible de miradas indiscretas.

—¡Es fácil decirlo! —se exasperó Hypacio, que daba cortos pasos a uno y otro lado sobre el suelo cuajado de mosaicos—. ¿Estás seguro de lo que dices?

—Desde luego —aseguró Tomás—. Tengo buenos contactos en el exterior que me lo garantizan. De hecho, las tropas de Belisario, tras dos días de derrotas, no han efectuado hoy ninguna salida, ¿no es eso prueba suficiente?

—No pensaba que la situación fuera tan grave. Justiniano parecía tan seguro en el trono...

—La revuelta se le ha ido de las manos —continuó Tomás, acercándose a Hypacio para susurrarle sus palabras sin peligro de que alguien captara su conversación—. Ahora que han derrotado a los mercenarios, las facciones están planificando un asalto al palacio. El reinado de ese traidor llega a su fin.

—¿Y qué pasará con nosotros? —preguntó Hypacio con el rostro desencajado de terror—. ¡Esos salvajes nos pasarán a todos a cuchillo!

—Es posible —aceptó el secretario imperial—, pero tenemos una baza que podemos jugar para evitar esa desgracia.

—¿Cuál? —apremió Hypacio.

—Eres sobrino del emperador Anastasio, uno de los más

amados por el pueblo. Tu prestigio te avala ante la plebe. Si tú encabezaras al senado estamos convencidos de que el vulgo te escucharía. No sólo evitaríamos la masacre, también controlaríamos la insurrección.

—¿Yo? —se alarmó Hypacio, abriendo los ojos como platos—, ¿quieres que me enfrente a la chusma? ¿Te has vuelto loco?

—No seas tan desconfiado —atajó Tomás, tratando de contener el tono de su voz—. Has comandado ejércitos, manejarás a esa escoria con facilidad, y tendrás al senado apoyándote. Además, durante estos días hemos mantenido conversaciones con los *demarcas* del hipódromo. Te tienen en alta estima. Con un pequeño empuje por tu parte serían proclives a aceptar tus consejos.

Hypacio escuchó las palabras del secretario imperial con atención, suspirando con fuerza mientras se apoyaba en una de las columnas de pórfido que sustentaban el pórtico, como si él mismo necesitara de un soporte para evitar derrumbarse sobre el suelo. Gruesas gotas de sudor resbalaban por su frente, mientras sus manos denotaban un ligero temblor.

Ciertamente, Tomás había tratado de provocar la ansiedad de Hypacio con sus falsas confidencias. El estricto control de la información que mantenía Narsés respecto a los asaltos de las tropas y la posición del gobierno daba mucho margen de acción a las invenciones del secretario. Cualquier rumor se daba por cierto. Tomás había exagerado los números y las bajas, exponiendo con habilidad la situación, de forma que Hypacio se convenciera de que Justiniano caminaba sobre una cuerda floja, con los rebeldes a punto de asaltar el propio palacio. Sin embargo, al observar el estado de nervios en el que se encontraba la pieza fundamental de sus planes temió haber tensado en exceso la soga.

—Eres un líder —halagó Tomás, al tiempo que posaba solemnemente una mano sobre el hombro del alterado Hypacio—. Tengo fe plena en tus cualidades.

La fingida convicción del secretario pareció tranquilizar a Hypacio, que respiró hondo y se irguió, recobrando la compostura.

—Supongo que eso será mejor que sentarse en un rincón a esperar la muerte —decidió al fin.

—Ése es el espíritu que yo recordaba en ti.

—Además —meditó Hypacio—, si consigo terminar con la revuelta Justiniano se verá obligado a aceptarme de nuevo en su círculo más íntimo. Recuperaría mi antiguo puesto, desbancando a ese inútil de Belisario.

—¿Tu antiguo puesto? —se asombró Tomás, incapaz de evitar que su rostro demudara en una mueca de sorpresa. Orígenes le había asegurado que el sobrino de Anastasio era la mejor opción para sustituir a Justiniano en el trono, que sería manejable a la vez que aceptado por el pueblo. Sin embargo, tras la corta conversación, Tomás se planteaba seriamente si aquel idiota sería capaz de sentarse en el trono sin tropezar con los escalones. Esperaba con fervor que Orígenes hubiera elegido al hombre correcto—. Sinceramente —continuó, tras recuperarse de su instante de duda—, creemos que tienes valía suficiente para aspirar a algo mejor.

—¿Algo mejor? —repitió Hypacio.

—He hablado de controlar la revuelta, no de sofocarla. El pueblo no permitirá que Justiniano permanezca en el trono después de lo que ha pasado.

—Entonces... —balbuceó Hypacio—, ¿piensas que la plebe derribará a Justiniano y me ascenderá a mí al trono?

—¿Tanto te asombra? Los días de ese execrable tirano han finalizado. Su primo, Germano, está demasiado lejos para sustituirle, tardaría semanas en llegar a Constantinopla con sus hombres. Si continúa el caos, la ciudad se convertirá en una pira. La capital se verá reducida a cenizas, y los persas aprovecharán el desorden para asaltar nuestras fronteras. Tú eres el único que tiene la ascendencia correcta, el apoyo y la capacidad para tomar las riendas del imperio romano. Dios no te ha traído hasta aquí por nada, es tu destino.

Con la boca abierta, Hypacio escuchó el discurso de Tomás. A pesar de las zalamerías y halagos que vertía sobre los oídos del sobrino de Anastasio, el secretario se veía impotente para obligarle a asumir el riesgo que conllevaba sumarse a la conjura.

—Tengo que pensármelo —finalizó Hypacio, y se despidió apresuradamente de Tomás para abandonar los jardines, casi tropezándose con el jefe de la guardia de palacio.

—Parece bastante inquieto —constató Marcelo, acercándose a Tomás—, supongo que debido a vuestra conversación.

—No ha salido tal y como yo esperaba —admitió contrariado el secretario imperial—. Pero he sembrado la semilla. Espero que no sea tan cobarde como para echarlo todo a perder.

—¿Piensas que es capaz de delatarte? —preguntó Marcelo.

—No —tranquilizó Tomás, negando con la cabeza—, a estas alturas Justiniano no le creería y él lo sabe. Tal vez no lo acepte,

pero está metido hasta el cuello. Lo que me preocupa es otra cosa. Necesitamos que salga de palacio, para que el pueblo pueda subirlo al trono. Pero me temo que, en su estado de nervios, se niegue en rotundo a abandonar la seguridad de estos muros.

—Tal vez deberíamos darle un pequeño empujón.

—¿En qué estás pensando?

—No sería difícil propagar algunos rumores —explicó el comandante de la guardia—. Nada definido, basta con que el nombre de Hypacio salga a relucir en ciertas conversaciones. Cuando llegue a oídos del emperador será éste quien le expulse.

—O tal vez decida cortarle la cabeza. No podemos correr ese riesgo —negó Tomás.

—¿Sólo por unos rumores? No lo creo, y si ocurriera tampoco nos vendría mal, se convertiría en un mártir.

—Necesitamos un sustituto para el emperador, no un símbolo.

—Hypacio tiene otro hermano además de Probo, Pompeyo. Si el primero muere el segundo saldría corriendo del palacio. Asunto resuelto.

Tomás frunció el ceño, sopesando la propuesta de Marcelo. Le hubiera gustado planteársela a Orígenes, pero el senador había dejado muy claro en su última nota que el tiempo era vital. Los *demarcas* comenzaban a titubear, pensando que la plebe no mantendría su hostilidad hacia Justiniano durante más de una semana, el tiempo que tardaran los mercados en desabastecerse de grano. Por ello, aunque no le atraía la idea de tomar una decisión tan importante por su cuenta, no pudo más que asentir ante la opción expuesta por el comandante de la guardia. Existía un riesgo importante en su plan, pero disponían de una alternativa si las cosas salían mal.

—¿Qué pasa si le detienen y le someten a tortura? —inquirió Tomás, repentinamente asustado—. Puede decir mi nombre.

—Eso no sería problema —desdeñó Marcelo—. En caso de que Justiniano mandara prenderlo, ¿quién crees que se encargaría de hacerlo? —añadió, guiñando un ojo con complicidad—. Te aseguro que moriría sin decir nada.

—En ese caso adelante —accedió el secretario imperial—. En breve comprobaremos si Justiniano se traga el anzuelo.

—Seguro que sí —añadió Marcelo—, y te garantizo que voy a disfrutar sacándole del agua para ver cómo se asfixia.

Tomás asintió, contemplando la siniestra sonrisa que esgrimía el comandante de la guardia, al tiempo que en su cabeza

comenzaba a resonar el dulce tintineo del oro que se derramaría sobre él en cuanto Justiniano hubiera muerto.

Vencido por el aburrimiento, Drías tallaba con su daga una tosca figura en un pequeño trozo de madera. Apostado frente a la entrada de los aposentos de Belisario junto a media docena de soldados, extraía con monótona parsimonia pequeñas tiras del blando material, dando poco a poco forma a su diminuta obra. Mantenía la mente despejada a pesar de la noche en blanco, manejando el cuchillo con mano hábil. Sin embargo, el hastío de la inactividad le carcomía con mayor fiereza que el cansancio.

Un chasquido precedió a la apertura de la puerta, un instante antes de que el rostro de Belisario apareciera tras las hojas de bronce de sus estancias, en el pabellón del palacio imperial que se había convertido en el cuartel general de los mercenarios. El ruido pareció animar a los soldados que montaban guardia, provocando una pequeña cacofonía de golpes y tintineos, a medida que aprestaban los escudos y cuadraban las lanzas.

—Pasa —ordenó a Drías—, tenemos que hablar.

El hérulo contempló por un momento la figurilla inacabada que blandía entre sus manos. La depositó con cuidado sobre la cabeza de uno de los bustos de mármol que franqueaban las puertas, enfundó el cuchillo y acompañó a Belisario al interior de sus aposentos.

El general cerró cuidadosamente la puerta y caminó, seguido por Drías, hasta el otro extremo de la sala, alejándose de los oídos del resto de los guardias. La austera estancia, antesala del dormitorio de Belisario, se encontraba en penumbra, apenas iluminada por dos pequeños ventanales que se abrían a ambos lados, por debajo de la cúpula que formaba la techumbre. Junto a las paredes, largos bancos semicirculares, forrados de seda de un intenso color ocre, formaban el único mobiliario junto con una imponente escultura central, cuya base parecía fundirse con el blanco suelo de mármol.

—Tengo una misión para ti.

Tras su afortunada actuación durante el ataque de la noche anterior, el general había confiado a Drías su protección, asignándole una unidad entera de tropas para que actuara como su guardia personal. Ya antes de terminar la noche su primer cometido fue guiar a un nutrido grupo de mercenarios de vuelta al lugar de los hechos, en un intento por encontrar alguna pista que

pudiera desvelar la identidad de los culpables. Sin embargo, pese a la rapidez con la que el hérulo había conducido a los soldados hasta las cercanías del faro, no encontraron más que manchas oscuras de sangre. Todos los cuerpos, incluido el del *ilarka*, habían desaparecido, por lo que no tardó mucho en convencerse de que las víctimas del combate habían sido arrojadas al mar desde los muros que cerraban el conjunto palaciego. En ese punto, las fuertes corrientes y bajíos harían desaparecer cualquier rastro.

—¿De qué se trata? —preguntó Drías.

—No hemos encontrado rastro alguno de los atacantes —comentó Belisario con un suspiro—, así que tengo que conformarme con la deducción lógica para averiguar quién dio la orden de matarme. Y hay una buena cantidad de opciones abiertas.

—Tal vez el emperador tenga los medios para descubrir al culpable —sopesó el hérulo.

—Él no —negó Belisario—. Para este tipo de cosas hay alguien mejor. Es en eso en lo que necesito tu ayuda, para entregar un mensaje en mano. Mi segundo se fiaba de ti. Sólo eso sería garantía suficiente, pero tras lo de anoche estoy seguro de que si hay alguien al margen en todo esto eres tú.

—Agradezco la confianza, pero prefiero ser asignado a una unidad —solicitó Drías con determinación—. No soy lo bastante listo para estas intrigas cortesanas. Prefiero combatir cara a cara y llevarme por delante a cuantos pueda de esos rebeldes hijos de perra.

—Me gusta tu sinceridad —aseguró Belisario con una sonrisa—, y te prometo que a mi lado tendrás sobradas oportunidades de utilizar la espada, pero ahora necesito que me hagas este favor.

Asintiendo sin mucho convencimiento, Drías recibió un pequeño pergamino de manos del general.

—Llévaselo a la emperatriz —ordenó.

Drías resopló con fuerza, acto seguido se cuadró ante el general y se giró para abandonar la sala con marcialidad. Sin embargo, apenas traspasado el umbral exterior del edificio, arrugó la frente, preguntándose cómo lograría acercarse a la emperatriz. En cualquier otra circunstancia habría entregado el mensaje al primer esclavo que hubiera encontrado pero, dada la perentoria urgencia de Belisario, esa opción debía ser descartada.

Cuando alcanzó el patio situado frente a la entrada principal del Panteón, la residencia de Teodora, su mirada se distrajo hacia

uno de los dos jardines laterales que bordeaban la construcción de ladrillo. En él, dos esbeltas mujeres charlaban animadamente, dejando atrás a una tercera que se mantenía sentada en uno de los bancos de mármol que salpicaban esa zona de recreo. Incluso desde esa distancia, Drías pudo apreciar la voluptuosidad que aquella tercera joven atesoraba bajo su colorida estola de seda.

—¡Serás idiota! —se dijo a sí mismo—. Olvida a las mujeres por un momento y céntrate en entregar la maldita nota.

Con un suspiro, desvió los ojos de la chica, probablemente una dama de compañía de la emperatriz, y se centró de nuevo en la entrada principal. Sin embargo, apenas dio unos pocos pasos hacia el grupo de guardias que custodiaba la entrada antes de que su mirada se desviara de nuevo hacia el jardín, y hacia la silueta de aquella joven.

—No pensarás irte ahora, ¿verdad?

Rebuscando en la enmarañada sábana de seda, Drías trataba de encontrar su túnica, incapaz de recordar dónde la había arrojado cuando entró en la habitación de la chica. «Esta perra es insaciable», pensó, mientras la muchacha se acercaba a él caminando a cuatro patas sobre la cama, imitando el ronroneo de una gata.

—¿Dónde he dejado mi ropa? —refunfuñó el hérulo, harto de remover inútilmente las sábanas.

—La tengo yo —anunció la chica, agitándola junto a sus pechos desnudos.

—Todas las griegas sois iguales —aseguró Drías con un suspiro de resignación—, mucho recato al principio y luego no tenéis fondo. Dame eso.

Drías alargó la mano sin llegar a alcanzar la prenda, debido al ágil movimiento de la joven, que elevó la túnica sobre su cabeza mientras negaba con una mano.

—No, no —canturreó—, tienes que pagar portazgo, bárbaro, si quieres recuperar tu túnica.

El hérulo se acercó a ella, abrazándola con fuerza para besarla apasionadamente. Sin embargo, en cuanto la muchacha cerró los ojos y se abandonó al placer, Drías le arrebató la prenda y se separó con rapidez, levantándose del lecho.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, simulando enfadarse—. ¿No quieres jugar más?

—En absoluto —negó él, mientras se enfundaba la túnica—,

me encantaría quedarme y repetir por tercera vez. Pero tengo que entregar un mensaje.

—¿Un mensaje? ¿Para otra amante? —preguntó la chica, mientras esbozaba una sonrisa pícara—. Si te descubre la guardia dentro de palacio vamos a tener serios problemas. Es evidente que no pasarías por un eunuco.

—Me temo que no —respondió él, echándose al suelo para buscar sus botas—. Pero no debes ponerte celosa, es para la emperatriz. Aunque tengo entendido que no es una santa.

—Es una mala pécora —explicó la joven con tono burlón, susurrando como si estuviera haciendo importantes confidencias —. Tan estirada… ¡pero si es una perezosa! Siempre se levanta tarde. Luego se mete en las termas durante media mañana. Le cepillamos el pelo, le aplicamos ungüentos, perfume, masajes y vestidos de seda púrpura. No sale de allí hasta casi mediodía.

—Un duro trabajo —rio Drías—. ¿Dónde puedo encontrarla?

—A alguien como tú no le dejarán acercarse.

—Lo intentaré de todos modos.

—Si es lo que quieres —dijo ella, encogiéndose de hombros—, habla con Narsés, es el jefe de la guardia de eunucos. Si alguien te puede permitir acceder a Teodora es él.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—Sal a la izquierda hasta llegar al pasillo central. En la cúpula del Señor siempre hay un eunuco de guardia. Pídele que te lleven hasta él. Pero, por el amor de Dios, ¡no le digas que he sido yo la que te he metido en el palacio!

—Tranquila —finalizó Drías—, y mantén el fuego encendido, estaré de vuelta antes de que se te enfríe el ánimo.

Abandonó con rapidez la estancia, cerrando la puerta tras de sí. Dos bellas mujeres pasaron a su lado en el pasillo, riéndose en voz baja al verle, confirmando las sospechas del hérulo de que su presencia allí no resultaría tan extraña como pudiera pensar en un principio.

Miró a la izquierda, en la dirección que le había indicado la joven, observando las voluptuosas siluetas de las damas de Teodora mientras se alejaban. Después se encaminó hacia la zona central del palacio. En su mano llevaba el pequeño pergamino que Belisario le había confiado, recogido de entre sus cosas mientras recuperaba su calzado en la habitación de la joven.

Tras varios giros y un par de rápidas decisiones ante distintos pasillos, alcanzó una amplia estancia octogonal, cuyo techo se

cubría con una cúpula baja cubierta por un espléndido mosaico en el que Dios, sentado sobre un orbe y flanqueado por la Virgen y san Pedro, bendecía a los cristianos, representados por una pequeña multitud de adorantes que se detallaba bajo su colorido trono. En la sala desembocaban cuatro galerías, dos de ellas notoriamente más anchas, que delataban el eje principal del palacio. Apoyado contra una pared, un eunuco armado con una espada trataba de mantener los ojos abiertos mientras bostezaba de aburrimiento.

—Traigo un mensaje para la emperatriz —anunció Drías, lo que sobresaltó al somnoliento guardia.

—¿Quién eres? —preguntó el eunuco, delatando su condición con su voz aflautada—, ¿y cómo has llegado hasta aquí?

—Traigo un mensaje del general Belisario para la emperatriz —repitió el hérulo con parsimonia—. ¿Vas a hacerme perder toda la mañana preguntando lo mismo o me vas a conducir hasta ella?

—Iremos a ver al jefe de la guardia —anunció el eunuco tras un momento de duda—. Él decidirá.

Drías se dejó conducir por el sorprendido vigilante hacia el interior del edificio, a presencia de Narsés, quien recibió al hérulo arrugando la frente, en un gesto que delataba su extrañeza.

—Este bárbaro ha entrado en el palacio para entregar un mensaje a la emperatriz, mi señor —se apresuró a indicar el vigilante.

—¿Un mensaje? —preguntó Narsés—, ¿de quién?

—Del general Belisario —respondió Drías con orgullo.

—Ese nombre aquí no impone a nadie —replicó Narsés con una mueca de desprecio—. En cualquier caso, dámelo a mí.

—Mis órdenes son trasmitirlo únicamente a la propia emperatriz —negó Drías con altivez, sosteniendo tercamente la mirada sobre el eunuco.

—Es evidente que los mercenarios germanos no destacáis por vuestra inteligencia —comentó Narsés, casi divertido por la orgullosa tozudez de Drías—, sin embargo, hasta un estúpido como tú comprenderá que ni en sueños lograría ver a la señora. Tienes dos opciones, si es cierto que dispones de un mensaje puedes dármelo y esperar a lo que yo decida o, por el contrario, puedo ordenar que te saquen de aquí a patadas.

A pesar de ser consciente de que no tenía otra opción que obedecer al eunuco, Drías se mantuvo altivamente en silencio. Sin embargo, finalmente, extendió su mano y mostró el arrugado

pergamino, oculto en el interior de su puño.

Narsés asió la nota con dos dedos, sin poder evitar que sus labios se curvaran en un rictus de repugnancia cuando recogió el manoseado pergamino. Lo desplegó con cuidado infinito, esmerándose en tocarlo únicamente lo imprescindible y, durante unos instantes que a Drías le parecieron interminables, leyó la misiva con detenimiento, sin alterar el serio semblante de concentración que ofrecía su cara.

—Lo que dice esta nota es muy preocupante —afirmó finalmente Narsés—. También dice que te encontrabas presente anoche cuando sucedieron los hechos, y que puedes proporcionar detalles.

—Así es —confirmó él—. Aunque reservo los detalles para la emperatriz.

—No tientes al destino —previno Narsés, levantando una mano en gesto amenazador—, basta una palabra mía para que acabes en el cadalso. Y ahora empieza a hablar, quiero saber hasta el último detalle.

Drías asintió en silencio, cediendo a la autoridad del eunuco, tragándose su orgullo pese a las ganas que acumulaba de retorcer el pescuezo a ese maldito castrado.

—¿Estás completamente seguro?

Enfundada en una túnica deslumbrante recubierta de pedrería y bordada en oro, la emperatriz escuchaba incrédula el sorprendente relato de Narsés. Sobre su cabeza, la descomunal tiara con la que exhibía su rango mostraba en las tiras de perlas que colgaban de su base el ligero temblor que sacudía el cuerpo de su portadora.

—El relato del mensajero no ofrecía el menor resquicio —confirmó el eunuco—, y ese bárbaro era demasiado estúpido para inventarse una historia semejante. En este breve tiempo aún no he podido comprobar todos los detalles, pero esto permite encajar algunas piezas. Belisario se ha rodeado de una fuerte guardia de la que antes prescindía, y anoche envió a un grupo armado a los alrededores del faro, lo que parece confirmar el intento de asesinato. Son demasiadas casualidades para pasarlas por alto.

—Pero, de ser cierto, eso nos pone en una situación en extremo inquietante —comentó Teodora.

—Hay traidores dentro de palacio —finalizó Narsés, expresando en voz alta lo que ambos pensaban.

—No sólo traidores —corrigió la emperatriz—, eso es algo que siempre he dado por hecho. Hay que ser muy ingenuo para no ver que el palacio es un nido de víboras. Lo que de verdad me asusta es que tengan la osadía y la capacidad para llevar a cabo una acción semejante ante nuestros ojos. De haber tenido éxito nos habríamos quedado indefensos. Incluso es probable que sus tropas se amotinaran, o trataran de vengar su asesinato asaltando el palacio.

—No creo que se hubiesen atrevido a tanto, majestad.

—Es preferible no comprobarlo. Gracias a Dios ese mercenario del que me has hablado le salvó la vida —agradeció Teodora—. Ahora la cuestión es averiguar quién está detrás de todo esto. Deberíamos comenzar vigilando a cuantos desearían ver muerto a Belisario.

—Teniendo en cuenta la posición del general la lista podría ser muy larga. Senadores, patricios, generales depuestos, funcionarios corruptos... —enumeró Narsés con parsimonia—. No podemos olvidar al prefecto Eudamón o a Marcelo, el jefe de la guardia. Hay tanta gente refugiada en el palacio que nos llevaría una eternidad encontrar a todos los que tienen algo contra Belisario. Si tenemos en cuenta los medios, el jefe de la guardia es el principal sospechoso, ya que Eudamón apenas tiene seguidores fuera de la prefectura.

—Podría haber contado con otros cómplices —arguyó Teodora, ladeando un poco la cabeza mientras arrugaba la frente.

—Es una posibilidad a contemplar, majestad —apuntó Narsés.

—En ese caso, si son varios los implicados estaríamos hablando de una conjura. Por muchos odios o envidias que despierte Belisario me extrañaría que se produjera una alianza en su contra en estos momentos —sopesó la emperatriz, jugueteando nerviosamente con uno de los anillos que portaba en su mano—. Tal vez, si queremos descubrir al culpable tenemos que pensar de otro modo, tenemos que deducir qué beneficios podría conseguir alguien con su muerte.

—La mayor revuelta que ha vivido esta ciudad, la derrota de los mercenarios y un intento de asesinato sobre el general que comanda las tropas son demasiadas casualidades para no estar relacionadas —adujo el eunuco—. Pero haría falta una mente brillante para coordinar semejante trama.

—Así es —afirmó la emperatriz con abatimiento—. Tiene que haber una mano manejando los hilos. Pero ¿quién? *Demarcas*,

senadores... ¿No han oído tus espías rumores sobre Hypacio?

—¿El sobrino de Anastasio? Sí, aunque nada concreto y, desde luego, nada relacionado con algo de esta envergadura.

—Lleva tiempo rondando cerca de mi esposo, y tiene razones para estar resentido con Belisario. Nunca le hubiera creído capaz de llevar a cabo algo así, pero en la situación en la que nos encontramos no podemos pasar nada por alto.

—Si eso es cierto, e Hypacio dirige esta conjura, lo que busca no es la cabeza de Belisario, sino derribaros del trono.

—Belisario es sólo nuestro escudo —dijo Teodora, deteniendo en seco la agitación que mostraban sus manos, como si acabara de mirar por una ventana y hubiera descubierto el secreto que antes se encontraba oculto—, querían quitarle de en medio para llegar hasta nosotros.

Durante un instante, la emperatriz se mantuvo en silencio, conteniendo el aliento ante el razonamiento que les había llevado a darse cuenta de su precaria posición. Finalmente, se giró con rapidez, incapaz de contener por más tiempo la ansiedad que la envolvía.

—Tengo que avisar a Justiniano.

Dejando que Teodora abandonara primero la estancia, Narsés caminó tras la emperatriz en un gesto de humildad. Mientras se encaminaba hacia el encuentro con Justiniano, el rostro del eunuco mostraba una infinita preocupación. Para cualquiera que posara sus ojos en la cara del grácil sirviente, sería sencillo suponer que la inquietud de su señora causaba mella en tan leal consejero. Ni uno solo sería capaz de adivinar que Narsés únicamente mostraba una falsa máscara. En su interior, el eunuco sonreía, aliviado al comprobar cómo había sido capaz de conducir hábilmente a Teodora para que las sospechas recayeran en Hypacio.

De cuantos sucesos habían acaecido en el palacio en los últimos días, Narsés no recordaba otro más oportuno que los repentinos rumores que acababan de surgir sobre el sobrino del antiguo emperador. El castrado llevaba demasiado tiempo inmerso en el ambiente de la corte como para dejarse engañar por tan burdos cotilleos, pero, en esta ocasión, le venían como anillo al dedo.

La razón por la que Narsés había ordenado a sus más leales guardias que mataran a Belisario parecía muy sencilla. El general era un obstáculo en su carrera hacia la cumbre. El eunuco aún no entendía el porqué del interés de Teodora en ese jovenzuelo. Para

el viejo castrado, su valía como militar estaba sobredimensionada, de hecho, le resultaba incomprensible que aún le mantuvieran en el mando tras ser humillado por la chusma que formaban los rebeldes. Muerto Belisario, Narsés se habría alzado al mando de los mercenarios y hubiera sofocado la revuelta. Pero todo había fallado, sus guardias eunucos habían fracasado ante tres hombres desarmados. Gracias a Dios fue lo suficientemente rápido como para eliminar todas las pruebas antes de que un nutrido grupo de hérulos se presentara en los jardines. Hubiera bastado un cuerpo para que, al desnudarlo, todos los dedos le hubiesen apuntado a él.

Sí, Narsés detestaba a ese general advenedizo y, a pesar de su fracaso, daría lo que fuera por tener otra oportunidad de arrancarle la vida. Mientras tanto, mantendría ardiendo ese odio en su interior, esa furia por aquel que podría convertirse en su mayor adversario en el camino a la cumbre. Sobre todo, por que ese odio impedía que Narsés aceptara la verdad sobre sus sentimientos, que se permitiera el lujo de pensar sobre el verdadero motivo de su intento de asesinato. Pues, por mucho que temiera verse desplazado en la corte, el verdadero miedo de Narsés estribaba en verse desplazado del corazón de Teodora.

A los eunucos se les consideraba los sirvientes perfectos, pues se creía que su falta de sexualidad les permitía volcar la inteligencia en las tareas encomendadas. Para la mayoría eran seres pasivos, que se entregaban a los juegos sexuales de los hombres para satisfacer una lascivia que la mayoría no sentía, pero todos daban por hecho que eran simples juguetes sexuales, que no tenían sentimientos verdaderos, que no sabían amar. Era cierto que él jamás compartiría lecho con una mujer, pero no lo era menos que, precisamente por ello, era capaz de ver más allá de un simple cuerpo, era capaz de sentir el alma que latía bajo la piel. Y ningún alma brillaba más intensamente que la de Teodora.

Durante toda su vida, Narsés había tenido que convivir con el desprecio de la gente. Los nobles envidiaban su acceso a la carrera funcionarial y puestos de gobierno, y los clérigos su facilidad para mantener el celibato. A los eunucos se les humillaba llamándolos «barbilampiños», «insanos» o «estériles», pero sobre todo «afeminados», pues se afirmaba que las mujeres no podían controlar sus emociones. Se les suponía un apetito desmesurado por la comida, la bebida y el oro. Se decía que se enfadaban con facilidad y que lloraban incesantemente, porque habían perdido la capacidad de los hombres para controlar sus emociones. Cualquier cosa era creída, cualquier necedad era aceptada, con tal de que

esos malditos «completos» pudieran quedar por encima.

Estaba harto, cansado de las miradas despectivas, de los comentarios peyorativos y de los falsos tópicos. Odiaba a los hombres, les odiaba por sus repugnantes miradas de lujuria y su fanfarronería. Y entre todos ellos odiaba a Belisario, precisamente porque él era distinto, porque era íntegro, porque era compasivo. Y eso era lo que le convertía en el más peligroso enemigo.

Presos de su pasión física, ningún hombre podría entender el sentimiento que le ataba a Teodora, pero era tan fuerte que el eunuco no soportaba correr el riesgo de verse desplazado del corazón de la emperatriz. Si para evitarlo debía matar a Belisario ya encontraría la manera de volver a intentarlo.

Mientras tanto, aunque no sabía quién estaba poniéndole la zancadilla a Hypacio, Narsés aprovecharía la ocasión para cargarle la culpa de su propio fracaso.

Caída la noche, Héctor se adentraba en la villa de Valente, traspasando el oscuro vestíbulo mientras se encaminaba a las habitaciones que el senador les había cedido a él y a su familia.

Durante los dos últimos días, siguiendo los consejos de su forzado anfitrión, había organizado eficazmente a sus crecientes seguidores. Aprovechando las horas de tregua que los mercenarios de palacio habían concedido a la ciudad, Héctor acudía a uno y otro lado, encuadrando a los más jóvenes en unidades, a cuyo mando situaba a un miembro experimentado de las facciones. En pocas horas, se encontró a sí mismo convertido en improvisado general, distribuyendo a sus numerosos partidarios por los distintos barrios de la ciudad, armados de teas, cuchillos y palos. Para su sorpresa, bastaba un puñado de incondicionales para manejar a su antojo aquella plaga de langostas en la que se había convertido la población de Constantinopla.

A pesar de que la ira contra ricos, nobles, funcionarios y comerciantes aún incendiaba las mentes de los ciudadanos, Héctor no necesitó más que unos pocos discursos para que el senado tornara su imagen de reunión de corruptos y déspotas terratenientes en la de sacrosanto guardián de la libertad del imperio.

Sin embargo, aunque sus palabras conservaban toda la fuerza de su contagiosa pasión, atrayendo a cada momento más y más adeptos, Héctor ya no era capaz de recordar aquel fuego que ardía en su interior en el momento en que de su boca surgió el primero

de sus discursos. En su lugar sólo quedaban cenizas, el frío resto que le recordaba cómo había traicionado su sueño de libertad.

Penélope le esperaba despierta, tumbada sobre uno de los lechos con Platón acurrucado sobre ella. Cuando vio a Héctor se llevó un dedo a los labios, indicando a su marido que eludiera cualquier ruido capaz de despertar al pequeño. El ateniense entró de puntillas, cerró con cuidado la puerta tras de sí y se aproximó al lecho contiguo al que ocupaba su adorada esposa.

—Se ha dormido hace poco —susurró Penélope, recibiendo con una sonrisa el afectuoso saludo de Héctor—. Extraña la casa, aquí todo es nuevo para él.

—Espero que no nos quedemos lo suficiente como para que se acostumbre —comentó él, dejando caer los hombros en señal de agotamiento—. Pensé que ya estarías durmiendo.

—Me resulta imposible conciliar el sueño mientras estás en la calle —confesó ella con un hilo de voz—. Hasta aquí llegan a veces los gritos de las víctimas, los cánticos de todos esos hombres ebrios de odio y venganza. Te imagino en medio de ese caos y me echo a temblar.

—No tienes nada que temer —la sosegó Héctor, acariciando suavemente la mejilla de su amada—. Ahora tengo muchos seguidores. Me rodean tantos hombres que ni el ejército de Justiniano lograría acercarse.

—Lo dices para tranquilizarme, pero no soy tonta. Basta un traidor con una daga.

—Eso no pasará —aseguró él, tratando de imprimir confianza a su voz—. No te vas a librar de mí tan fácilmente.

—¿Crees que aquí estamos a salvo? —preguntó Penélope, señalando con un gesto las paredes de su lujosa estancia—. Me siento como un gato enjaulado en una celda de oro.

—No acaba de gustarme el senador —confesó Héctor son un suspiro de resignación—, pero nos salvó la vida, y éste es el sitio más seguro en el que puedo manteneros. Mientras sirva a sus propósitos os tratará bien.

—¿Y después? —inquirió ella.

—Después ya tendrá todo el poder que quiera —afirmó él—. No le importará que nos marchemos a Atenas o adonde queramos. No podemos causarle ningún problema y aún seré demasiado famoso entre el pueblo para que le compense intentar algo contra nosotros.

—Dios te oiga.

—Dios hace mucho que dejó Constantinopla —replicó Héctor en tono hosco.

—¿Por qué dices eso? —replicó ella—. Siempre has respetado las creencias de los demás.

—Eso fue antes de ver en qué se puede convertir la gente —respondió él—. Los romanos alardean de su fe, de su ortodoxo cristianismo. Pero lo que he contemplado en estos días no casa con la palabra de Jesús. Nunca he creído en más dios que la razón, y si de verdad existiera un ser omnipotente allá arriba, no podría ser tan cruel como para observar el caos atroz que envuelve esta ciudad sin hacer absolutamente nada.

—Los caminos del Señor son inescrutables.

—Eso es lo que dicen los sacerdotes incultos para excusar su ignorancia.

Un quejido de Platón ahogó la réplica de Penélope, tornando sus palabras por un suave arrullo que tranquilizara al inocente pequeño.

—Lo siento —se excusó Héctor, que acarició con dulzura el delicado rostro de su hijo—. No he debido decir eso.

—Estás agotado —alegó Penélope—. Te exiges más de lo que puedes dar.

—Tienes razón —coincidió él, recostándose en el lecho—, unas horas de sueño me vendrán bien.

La habitación quedó en calma, mientras Héctor cerraba los ojos y trataba de conciliar el sueño, escuchando la queda respiración de su esposa al tiempo que se preguntaba cuándo acabaría esa infernal pesadilla.

Perdida la insondable y sempiterna sonrisa de su rostro, Justiniano escuchaba atónito el relato del intento de asesinato de Belisario de labios de Teodora, así como sus sospechas sobre la implicación de Hypacio.

Con los ojos abiertos como platos, y la boca ligeramente entreabierta, el emperador parecía incapaz de recuperarse de la sorpresa. Mientras su esposa desgranaba poco a poco los hechos relatados por el general en su nota, las pesquisas de Narsés y los rumores sobre el sobrino de Anastasio, Justiniano no paraba de darle vueltas en su cabeza a una idea: ¿qué había salido mal? ¿Acaso había malinterpretado la señal del Señor?

Sin prestar apenas atención a las palabras de la emperatriz, Justiniano repasaba una y otra vez los acontecimientos. Todo

había salido tal y como había planeado. La insurrección de las facciones, el comienzo de los incendios, la quema de Santa Sofía por sus hombres. Lo que parecía una revuelta era tan sólo la controlada marioneta con la que jugaba el emperador. Sin embargo, aunque le sorprendió que los *demarcas* solicitaran algunas cesiones más de lo que él había considerado inicialmente, nunca pensó que las cosas se desmandarían hasta ese punto. Ya en el momento de enviar a Belisario contra la chusma, la insistencia de los rebeldes le resultaba extraña, pero, ahora, tras dos fracasos sucesivos de sus mejores tropas y con lo que parecía una conspiración en toda regla acechando dentro de los muros de su propio palacio, Justiniano tenía la sensación de que se deslizaba por una pendiente, acelerando su caída hasta el precipicio que parecía esperar al final. Sin embargo, seguía sin poder creerlo. Él sólo era el instrumento de Dios, su representante. Todas sus acciones tenían única y exclusivamente el fin de complacer el secreto pacto forjado aquella noche, en la que el fuego bajó del cielo para anunciarle los deseos del Todopoderoso. Por eso no conseguía entenderlo. Junto a él, Teodora se erguía en silencio, observando cómo el rostro de su esposo demudaba en una extraña mueca de incomprensión.

—Mi señor —llamó Teodora, susurrando suavemente las palabras al oído de su esposo, tratando de despertar a Justiniano de su letargo.

La voz de la emperatriz actuó como un bálsamo sobre Justiniano. Como si despertara de repente de un sueño, el color volvió a sus mejillas, su rostro recuperó la expresión de seguridad y sus ojos dejaron de mirar hacia el infinito.

—Belisario debió acudir a mí —afirmó finalmente el emperador.

—El general sabe que ya tienes demasiadas preocupaciones sobre los hombros. Por eso me eligió a mí para enviar su mensaje. La cuestión que deberíamos plantearnos es: ¿qué debemos hacer ahora?

—Trae a Hypacio a mi presencia —ordenó a Narsés, quien se había mantenido a unos pasos de la pareja imperial, en espera de ser requerido.

—Deberíamos tomar medidas, mi señor —afirmó Teodora, mientras el eunuco abandonaba el consistorio para ir en busca del sobrino de Anastasio—, el palacio ya no es un lugar seguro.

—La guardia mantiene sus posiciones —indicó Justiniano con

extrañeza—. No corremos peligro.

—No sabemos quién forma parte de esta conjura —prosiguió la emperatriz con su melodiosa voz—. Senadores, patricios, funcionarios… incluso la guardia podría estar implicada. Tan sólo los mercenarios están fuera de toda duda.

—Antes de tomar cualquier decisión interrogaré a Hypacio —aseguró Justiniano.

Poco más tarde, los guardias que custodiaban la sala abrieron las puertas para facilitar la entrada de Narsés, que regresaba a la sala con Hypacio a su lado y una pequeña escolta de eunucos. El senador acudía a la improvisada cita como un gato que entra en una lobera, sudando por cada poro de su piel, retorciendo las manos con exacerbado nerviosismo y con los ojos bailando a uno y otro lado.

Se detuvo ante el emperador, dudando si aproximarse a efectuar el saludo ritual por el que los senadores le besaban el pecho. Aunque el rostro de Justiniano mantenía su perpetua máscara de afabilidad, algo pareció contenerle, manteniéndole a prudente distancia, cargando el peso de su cuerpo alternativamente en uno y otro pie, como un niño que tuviera que ir a orinar sin atreverse a pedir permiso a su tutor.

—Tenemos un testigo que te acusa de traición.

Las palabras de Justiniano pillaron por sorpresa a Hypacio. El nervioso bailoteo paró, convirtiendo al asustado senador en una perfecta estatua. Su rostro palideció de inmediato, como si toda la sangre de su cuerpo se apartara de repente de su cabeza, transformando su cara en una silueta apergaminada de cera. Trató de responder, pero, aunque sus labios se movían, ninguna palabra surgía de su garganta.

—Es mentira —balbuceó finalmente, cuando consiguió que sus cuerdas vocales lograran moverse.

—Tenemos pruebas —alegó el emperador.

—Yo no he hecho nada —se defendió Hypacio con agitación—. Jamás me atrevería a traicionaros. ¡Lo juro!

—Has sido visto en compañía de varios altos funcionarios, y en sospechosas reuniones con el resto de los senadores —adujo Justiniano con voz seca—. Ésta es la última oportunidad que tienes de decir la verdad. ¡Habla!

Tragando saliva, por la cabeza de Hypacio pasó su última conversación con el secretario imperial, sus palabras sobre encabezar la revuelta y colocarle en el senado. ¿Habría escuchado

esa charla alguno de los espías del emperador? Intentando controlar su miedo, Hypacio abrió la boca para confesarlo todo, para describir sus tratos con Tomás y las ideas que éste vertía en sus oídos. Sin embargo, justo cuando el primer susurro estaba a punto de salir de sus labios, volvió a guardar silencio. Algo no encajaba. Si Justiniano realmente tuviera pruebas de su traición no habría oportunidad alguna, sería arrestado y sometido a tortura para extraerle los nombres de sus colaboradores. Si el emperador tuviera constancia de sus tratos con Tomás, también habría arrestado al secretario imperial. Pese a ello, a su alrededor ni siquiera se acumulaban los guardias, únicamente un puñado de criados eunucos. No, aquello era una simple trampa. Sin duda, Justiniano sospechaba de él y buscaba que se incriminara a sí mismo con una confesión. Si delataba a Tomás sería lo mismo que ponerse una soga al cuello.

—Es cierto que he hablado con muchos —confesó Hypacio temblando como una hoja—. Pero no sobre traición. Tan sólo estamos preocupados por el devenir de los acontecimientos. Si cualquiera me hubiera mencionado siquiera la idea de actuar contra mi emperador habría acudido sin dudarlo a vuestra puerta a delatar a los traidores.

Ante las palabras de Hypacio, Justiniano no pudo evitar que las dudas se acumularan en su interior. Mediante las falsas acusaciones, había buscado que el sobrino de Anastasio se derrumbara, pero, al no conseguirlo, comenzaba a creer en su inocencia. Aquel inepto no podía ser el cerebro de una conjura destinada a derribarle del trono. Sin embargo, la casualidad era demasiado grande para pasarla por alto. Hypacio se había vuelto un huésped demasiado incómodo.

—Esta noche abandonarás el palacio —anunció finalmente Justiniano—. No te quiero cerca.

—¡No, majestad! —chilló Hypacio, arrojándose a los pies del emperador como si acabara de condenarle a muerte—. ¡No podéis expulsarme!

—La guardia buscará un punto en el que el cerco de los rebeldes sea fácilmente burlado —comentó Justiniano, aunque suavizando su voz, como si dudara de la decisión que acababa de tomar—. No correrás ningún peligro.

—¡Si salgo ahí fuera el populacho podría obligarme a acaudillarles! —gimió Hypacio, asiendo con fuerza la túnica del emperador—, ¡me arrojáis a las fieras!

—¡Acaudillarles! —rugió repentinamente Justiniano, como si las palabras del senador hubieran despejado de golpe todas sus dudas, confirmando las sospechas que casi había desechado—. ¡Necio! ¿Acaso piensas que podrías ocupar el solio imperial? ¡Saca a este puerco inmundo de mi vista, Narsés!

Los sirvientes agarraron del brazo al senador, estirando con fuerza hasta conseguir que se desasiera del atuendo de Justiniano.

—Y quiero que, con él, expulses hasta el último senador que se oculte en palacio —añadió Justiniano.

Los eunucos abandonaron la sala capitaneados por Narsés, arrastrando a Hypacio, el cual no dejaba de lloriquear mientras suplicaba a gritos al emperador que le dejara quedarse en palacio. Tan sólo el chasquido metálico de las puertas de la estancia al cerrarse consiguió enmudecer su desgarrada voz.

—Has tomado una sabia decisión —apoyó Teodora, posando una mano sobre el hombro de su esposo—, no podías permitir que esos traidores se mantuvieran pululando por palacio.

—Es posible que ese desgraciado tenga razón —apuntó Justiniano con abatimiento—, tal vez les estoy arrojando a los brazos de los rebeldes.

—Quien nos es leal permanecerá junto a nosotros aunque no se encuentre entre estos muros —aseguró la emperatriz—. Sin embargo, aquí dentro un traidor es peor que mil serpientes.

—Y ahora, ¿qué haremos? —preguntó Justiniano, mirando directamente a Teodora—. Aunque las bajas que han sufrido hasta el momento nuestras fuerzas no son desastrosas, un tercer fracaso desharía la cohesión del ejército. El próximo choque será decisivo y, para ser sincero, si los rebeldes continúan con sus tácticas no creo que Belisario sea capaz de superarlos por la fuerza.

—Podríamos enviar un mensaje a Germano, en Tracia —sopesó Teodora—, dispone de bastantes tropas bajo su mando.

—Tardarían semanas en acudir —desechó el emperador mientras negaba con la cabeza—. Para entonces la ciudad sería un montón de ruinas. Hagamos lo que hagamos, no podemos contar con otras fuerzas que las que ahora mismo se encuentran en palacio. Tal vez podríamos conseguir algo si la guardia combatiera junto a los mercenarios.

—Me temo, querido —intervino Teodora—, que Marcelo se negará a que sus hombres tomen partido. Ese cerdo se va a mantener a la expectativa hasta estar seguro de a qué lado merece la pena apoyar.

—No puedo creerlo —negó tozudamente Justiniano—. Le hemos dado todo. Su puesto, su prestigio… fortuna y tierras nos los debe a nosotros. Me niego a aceptar que nos abandone sin una razón. A lo mejor su postura es correcta, tal vez cometeríamos un error al arriesgarnos a enviar a todas las fuerzas desprotegiendo el palacio. Además, sus hombres custodian nuestras puertas, si quisiera dar un golpe podría hacerlo.

—No podría, no mientras Belisario permanezca a nuestro lado —aseguró Teodora—, pero no podemos mantener una lucha en dos frentes.

—Si todo eso es cierto —sopesó el emperador—. Si se cumplieran todos los malos presagios, estaríamos atrapados.

Justiniano emitió un hondo suspiro, cruzando las manos a la espalda y comenzando a caminar de un lado a otro de la habitación, con la vista fija en el suelo, el rostro serio y el ceño fruncido. Por primera vez desde que se sentaba en el trono la situación se le escapaba de las manos. Su calculador estado de ánimo, sólo excitado en la íntima compañía de su apasionada esposa, parecía abandonarle, dejándole en brazos del abatimiento y la desesperación. A pesar de sus intentos, no lograba concentrarse, se veía incapaz de descubrir una solución a ese estúpido problema que había ido creciendo como una bola de nieve hasta convertirse en un inmenso alud que amenazaba con tragarse su imperio.

Teodora contemplaba la macilenta figura del emperador, que deambulaba en silencio de un lado a otro, como alma en pena que purga sus pecados. Ella podía entender su estado de ánimo, a sus ojos, su augusto esposo únicamente había cometido un error, el de mantener la confianza en la historia, que les relataba cómo todas y cada una de las insurrecciones que habían encabezado las facciones del hipódromo habían sido sofocadas antes o después. Por eso ahora, fracasados los medios habituales, el soborno y la fuerza, Justiniano se culpaba a sí mismo por no haber atajado a tiempo esa revuelta, por no haber cortado la cabeza de la serpiente antes de que se convirtiera en un monstruo capaz de engullirles a todos.

A estas alturas, Teodora tenía claro que necesitaban recurrir a otra solución, algo en lo que no hubieran pensado hasta el momento.

—Un indulto —dijo ella de repente, incapaz de retener el fugaz

pensamiento que acababa de aparecer en su cabeza.

—¿Cómo? —preguntó Justiniano, deteniendo su lento devaneo.

—Un indulto —repitió la emperatriz—. Tras los desmanes de estos días, los *demarcas* pensarán que querremos vengarnos de ellos, que su única salida es apoyar la revuelta confiando en derribarnos del trono para así salvar su vida. Si creen que jamás perdonaremos lo que han hecho, les estamos empujando a saltar al vacío. Sin embargo, si el emperador ofrece un indulto general les estaremos abriendo una salida digna, una puerta por la que poder escapar sin riesgos.

—Me extrañaría que aceptaran —dudó Justiniano—. Ahora mismo controlan la ciudad.

—Te equivocas —discutió Teodora—, la revuelta se les ha ido de las manos. En el hipódromo pueden manejar a la gente a su antojo, pero resulta imposible gobernar al vulgo en toda la ciudad. Tras deponer a Juan de Capadocia, Eudamón y Triboniano, los *demarcas* estaban dispuestos a aceptar nuestra generosa oferta —añadió la emperatriz, recordando las negociaciones secretas llevadas a cabo por sus espías al día siguiente de comenzar la insurrección—. Pese a ello, poco después se echaron atrás, incluso enfrentándose a las tropas, ¿por qué?

—Alguien les ofreció más —respondió el emperador.

—Así es —confirmó Teodora—, y en el momento en que aceptaron esa nueva oferta se convirtieron en marionetas de los verdaderos líderes de esta revuelta.

—Sean quienes sean —apuntó el emperador—. ¿De verdad crees que los *demarcas* se arrepienten de su trato y estarían dispuestos a reinstaurar la calma?

—Estoy convencida —afirmó rotundamente la emperatriz.

—Tú misma has dicho que no pueden controlar toda la ciudad —dudó Justiniano.

—Cada mañana se concentran en el hipódromo —indicó Teodora—. Aún controlamos el acceso directo al palco a través del palacio. Si efectúas el ofrecimiento en el hipódromo, los *demarcas* pueden controlar la reacción de la chusma y zanjar la revuelta.

—Es una jugada arriesgada, pero no perdemos nada por intentarlo —aceptó Justiniano—. Mañana me presentaré en el Kathisma y hablaré al pueblo. Anastasio disolvió así un altercado similar. ¿Por qué no voy yo a ser capaz de igualarle?

Con la imagen de sí mismo erguido en el palco imperial, apaciguando a la multitud con su mera presencia, Justiniano

recuperó de nuevo la calma, convencido de que su sueño de renovación del imperio romano no terminaría enterrado por el populacho bajo la arena del hipódromo.

Sin poder conciliar el sueño, Penélope escuchaba en silencio la fuerte respiración de Héctor. A pesar de la comodidad de su lecho y del cálido abrazo de las mantas de lana que la cubrían, su agitada mente se empeñaba en mantener el estado de vigilia por segundo día consecutivo, sin otorgar tregua alguna a su cansancio.

La primera noche pasada entre los muros de la villa de Valente estuvo poblada de pesadillas. Cada vez que cerraba los ojos su mente la inundaba con imágenes de aquellos cuatro faccionarios acercándose hacia ellos, con la siniestra sonrisa de Antlas reflejada en el filo de sus dagas.

Durante el día había recorrido hasta el último rincón del recinto con Platón en brazos, aparentemente libre de vigilancia. Tan sólo las estancias interiores de la zona privada de Valente le estaban vedadas. Sin nada que hacer excepto ocuparse del risueño querubín, sumaba a la tristeza de su encierro dorado la rabia y la impotencia que le producía la indigna utilización que el senador hacía de ellos. Pese a los esfuerzos de Héctor por convencerla acerca de las supuestas buenas intenciones de Valente respecto al pueblo, no tardó mucho en sonsacar a su esposo que la verdadera razón por la que había renunciado a sus planes de huida eran las veladas amenazas que el senador realizaba contra ella y Platón.

Al recordar la agria disputa en la que obligó a Héctor a elegir entre su familia y sus ideales, una inmensa frustración se apoderaba de ella, atenazando su conciencia hasta privarla del merecido descanso. Se sentía culpable. Pese a descargar en Valente todo su odio, no podía evitar la congoja que le producía saberse responsable de que Héctor tuviera que plegarse a la voluntad de ese lobo con piel de cordero. Tras obligar a su esposo a renegar de sus ideales, a dar la espalda a aquel pueblo que le había convertido en su guía, ahora Héctor renunciaba a su dignidad, consintiendo en ser la marioneta de un tirano con tal de salvaguardar su seguridad y la de su hijo. De no ser por Platón, esa misma noche escaparían de aquella jaula de oro.

Una creciente actividad, cuyos ecos resonaban a través de las delgadas paredes, atrajo la atención de Penélope. Incorporándose en el lecho, afinó el oído, tratando de discernir los sonidos que se oían en el patio desde el que se accedía a su habitación. Aunque se oían los pasos acelerados de varios de los criados de la casa, así

como voces no habituales en medio de la noche, si se tratara de un ataque éste conllevaría pánico, gritos y llamadas a las armas, ausentes en cuanto Penélope conseguía captar. Por un momento estuvo tentada de recostarse nuevamente, sin embargo, la repentina activación del personal picaba su curiosidad y, una vez despierta, pensó que no perdía nada comprobando a qué se debía esa agitación.

Tras levantarse con cuidado, se acercó al pequeño lecho en el que dormitaba Platón, le acarició con dulzura y comprobó la profundidad de su sueño. Después, con un último vistazo a la figura de su esposo, se enfundó una larga estola y abrió la puerta con cuidado de no provocar ruido alguno. Nada más salir al pasillo se cruzó con un sirviente, que caminaba bostezando al tiempo que se ajustaba el cinturón que remataba su atuendo.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó.

—Un amigo del señor ha llegado inesperadamente —explicó el esclavo sin detenerse—, tenemos que ir a atenderle.

Encogiéndose de hombros, Penélope dio media vuelta y se dispuso a entrar de nuevo en su dormitorio. Sin embargo, antes de empujar la puerta se detuvo. A esas horas resultaba imposible que se tratara de una visita de cortesía, por lo que no quedaba otra opción que el invitado fuera alguien implicado en los oscuros planes de Valente, probablemente uno de los *demarcas*.

Apoyando la mano sobre la puerta con suavidad, Penélope se debatió durante un instante entre regresar a la seguridad de su habitación o atender la punzante llamada de su instinto, que la azuzaba a dar rienda suelta a su curiosidad. Con un suspiro, Penélope echó a andar por el pasillo, en dirección a las habitaciones privadas de su anfitrión.

Acostumbrada en Atenas a las lujosas casas de campo de la nobleza griega, y sin otra cosa que hacer que deambular por el recinto, le habían bastado un par de días para desenvolverse por la villa con total seguridad, por lo que no tuvo problema alguno en eludir a los escasos criados que deambulaban por los pasillos, hasta alcanzar la antesala de aquella estancia en la que Valente había recibido a Héctor el día que impidió su asesinato. Suponiendo, acertadamente, que el senador utilizaría dicha habitación con asiduidad para agasajar a los invitados, esperó con paciencia oculta en uno de los pasillos laterales de acceso, escudriñando la oscuridad.

Poco después, un par de esclavos que portaban lucernas,

provenientes del pasillo de acceso principal, atravesaron la antesala frente a ella, acompañando a un hombre de porte distinguido, a juzgar por sus caros ropajes, un senador con toda probabilidad.

—¡Orígenes! —dijo una voz, en la que Penélope reconoció a Valente, cuando el pequeño grupo entró en la habitación que vigilaba la joven—. ¿Qué ha ocurrido? No es normal verte acudir a mi casa a hora tan intempestiva.

—Lamento la molestia, Valente —respondió el visitante—, pero traigo noticias que no pueden esperar al amanecer.

Los criados desfilaron de vuelta por el pasillo, ahogando con el eco de sus pasos la conversación que se desarrollaba en la sala contigua, para desesperación de Penélope, que no conseguía discernir palabra alguna. Intrigada por el encuentro, decidió arriesgarse, y se deslizó pegada a la pared hasta la entrada de la antesala, donde permaneció en la sombra a escasa distancia de los dos senadores, que dialogaban al otro lado del muro que separaba ambas estancias. Sabía que se encontraba en un lugar expuesto pero, si quería escuchar lo que se dijera en aquella sala, no tenía otra opción. Respiró profundamente para tranquilizar su corazón, que latía tan intensamente que temió que alguien pudiera escucharlo, y afinó el oído.

—Así que Justiniano ha expulsado a nuestra marioneta de palacio. En efecto es una gran noticia

—No sólo a él —puntualizó Orígenes—, ha arrojado a la calle a todos los senadores, patricios y altos dignatarios que se encontraban en el recinto. Al parecer, el emperador ahora ve conjuras por todas partes.

—Gracias a Dios, eso indica que no tiene idea alguna de lo que en realidad ocurre —comentó Valente—. ¿Y cuál ha sido la reacción del jefe de la guardia?

—Fue él quien me avisó de la salida de Hypacio a través de Tomás —aclaró Orígenes.

—Eso nos permite suponer que seguirá actuando como hasta ahora —planteó Valente, mientras Penélope apuntaba en su memoria cada uno de los nombres que escuchaba—. Tenemos suerte.

—Todo se desarrolla como planeamos —aseguró Orígenes—. Y ahora Justiniano nos ha puesto en bandeja a su sucesor en el trono.

Una luz atrajo la atención de Penélope, delatando la inminente

llegada de alguien que, forzosamente, debía atravesar la sala en la que ella se encontraba. De un salto, la joven se alejó de su puesto de escucha y se adentró con rapidez en el pasillo donde había estado escondida anteriormente. Sin embargo, su precipitada huida no fue todo lo silenciosa que hubiera deseado.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió Valente.

—Yo no he oído nada —aseguró Orígenes.

Valente salió de la estancia y se adentró en la antesala. Oculta en la penumbra del corredor lateral, Penélope se pegó a la pared con fuerza, deseando poder mimetizarse con el muro mientras observaba cómo el senador, de pie en mitad de la estancia, miraba hacia los dos pasillos que salían de ella, escudriñando la oscuridad en su dirección. Completamente inmóvil, excepto por su corazón, que latía desbocado, Penélope se mantenía en tensión, a la espera de que, en cualquier instante, Valente la señalara con el dedo y avisara a sus criados.

Sin embargo, se volvió encarando el otro pasillo, hacia la titilante luz de las lucernas que iluminaban el paso de los esclavos, que regresaban a la sala con varias copas, un ánfora de vino y una gran fuente bien provista de fruta.

—¡Menudo escándalo armáis! —se quejó Valente, mientras los cabizbajos esclavos pasaban a su lado y entraban en la estancia a dejar las viandas—. Dejadnos a solas —ordenó cuando los criados pasaron de nuevo a su lado, de regreso de su entrega.

Con un último vistazo al oscuro pasillo donde se ocultaba Penélope, Valente regresó junto a su compañero, lo que alivió la tensión de la joven, que tuvo que realizar un verdadero esfuerzo para abrir la boca, dolorida por la tensión con la que sus músculos habían cerrado su mandíbula.

—¿Cuál es el siguiente paso? —escuchó que preguntaba Orígenes.

—Es fácil, escucha... —respondió Valente bajando la voz, impidiendo que Penélope captara el resto de la frase.

Nuevamente, la duda surgía frente a ella. Por segunda vez tuvo que decidir entre dar gracias al destino por librarla de ser descubierta y volver a su habitación o, por el contrario, retomar su labor de espionaje en busca de más información. Había tentado la suerte demasiado, pero la conversación que acababa de escuchar, aunque interesante, apenas concedía unos pocos retazos de la conjura en la que ella misma, sin quererlo, se veía envuelta. Poco podía hacer con lo que tenía; si no conseguía averiguar algo que

sirviera a Héctor para romper sus ataduras con el senador, el riesgo corrido habría sido en vano.

Con un suspiro, calmando el temblor y la flojera que atenazaban sus piernas, Penélope se deslizó por segunda vez hacia la antesala.

—¿De verdad crees que podremos persuadir a los *demarcas*? —fue la primera frase que logró escuchar con nitidez.

—No veo por qué no —respondió Valente—, a fin de cuentas, ya casi les tenemos convencidos de que apoyen a un nuevo emperador.

—Pero éste es el paso definitivo, en cuanto alcen a Hypacio al trono no habrá vuelta atrás.

—Esperar no nos servirá de nada. Por ahora el pueblo se implica en la revuelta, pero eso puede cambiar en cualquier momento. Tenemos que aprovechar el fuego mientras aún arde.

—¿Y si los *demarcas* sospechan algo? —inquirió Orígenes.

—Antlas es listo, pero le ciega la ambición. Por ahora podemos manejarle, cuando se quiera dar cuenta será demasiado tarde —aseguró Valente—. Por el contrario, Calopodio es un patán. Ese imbécil nunca imaginaría lo que planeamos. ¡Hasta me ha concedido una guardia!

—Pareces muy seguro de poder eliminarles —aseguró Orígenes, atrayendo la atención de Penélope, ante lo que parecía un plan para asesinar a los *demarcas*.

—Tengo una jugada secreta escondida que me servirá para ese fin —comentó enigmáticamente el senador, consiguiendo que un escalofrío recorriera la espalda de la joven mientras trataba de dilucidar si Héctor sería esa baza de la que hablaba su anfitrión—. Cuando Hypacio se siente en el trono ya no les necesitaremos. Encárgate de conseguir que acudan por separado al Augusteon esa misma noche. Habrá alguien esperando para librarnos de ellos.

—¿Cómo voy a hacer eso? —preguntó Orígenes.

—A Antlas bastará con convencerle de que Héctor se encontrará allí —explicó Valente, provocando que a Penélope se le cortara la respiración—, acudirá a matarlo sin tomar precauciones. A Calopodio le diremos lo mismo, sólo que él irá para librarse del propio Antlas.

—Uno matará al otro —comprendió Orígenes.

—Y nosotros al que quede en pie. Usaremos la cercanía al palacio para achacar la muerte a las tropas de Justiniano, y el pueblo se soliviantará por el asesinato. Un solo día servirá para

hacer desaparecer al tirano y a cuantos pueden manipular al pueblo.

Para Penélope era suficiente. Con toda la prudencia que fue capaz de reunir, abandonó la antesala, hundiéndose en la segura oscuridad del corredor. Pasado el peligro, se apresuró a regresar a su dormitorio, dando vueltas en su cabeza a los retazos de conversación que acababa de escuchar. Esperaba que Héctor pudiera encontrar utilidad a aquella retahíla de nombres implicados en la deposición de Justiniano. Sin embargo, no pudo evitar una ligera sonrisa al pensar que se había encontrado con un pequeño e inesperado regalo.

Tal vez, sólo tal vez, la fortuna estaba encajando las piezas para que pudiera burlar al destino.

Constantinopla, 18 de enero de 532

—¿Hypacio?, ¿ésa es vuestra propuesta para sustituir a Justiniano en el trono? Me cuesta creer que el senado le acepte. Cuando hablabas de un estúpido nunca pensé que lo dijeras en sentido literal.

Antlas movía la cabeza a uno y otro lado, dubitativo ante el nombre que Orígenes acababa de desvelar. Cualquiera que disfrutara de algún tipo de relación con la corte tenía constancia de la inutilidad manifiesta que caracterizaba al sobrino del antiguo emperador. Aunque esperaba de los senadores una persona manejable y de carácter débil, que pudiera ser tratada como una marioneta, no habría apostado ni una moneda por Hypacio.

—Ten en cuenta —explicó Orígenes— que él mismo es miembro del senado y, sobre todo, es sobrino de Anastasio, uno de los emperadores más queridos por el pueblo.

—Eso no es decir mucho —intervino Calopodio—, únicamente le recuerdan con vehemencia porque le sucedió un analfabeto y ahora los gobierna un tirano. A decir verdad, Anastasio sólo destaca en que no se distinguió en nada, ni en lo bueno ni en lo malo, fue un maldito mediocre.

—Eso no importa —indicó el senador—, por la razón que sea, Hypacio aún goza de elevado prestigio entre el vulgo. Para ellos forma parte de la familia imperial, por lo que le aceptarían sin cuestionarlo. Y no podéis negar que es fácilmente influenciable.

—Tal vez —dudó Antlas—, pero tras sus estrepitosos fracasos en oriente no creo que la milicia le tenga en buena estima. Además, si Germano acudiera con sus tropas ese cobarde saldría corriendo.

—Se puede comprar al ejército —replicó Orígenes con confianza—, y Germano es demasiado honorable para alzarse con el poder por la fuerza. Pudo hacerlo contra Justiniano y, sin embargo, acató su liderazgo. No se arriesgaría a provocar una guerra civil, se amoldará a lo que dicte el senado.

—Entiendo tus razones —aseguró Calopodio—, pero no las comparto. Por mi parte prefiero dejar las cosas como están y buscar otro candidato mejor. No estamos sorteando un puesto en las *carceres* del hipódromo, hablamos del solio imperial.

—Éste es el sexto día desde el inicio de la revuelta —recordó el

senador—, ¿por cuánto tiempo más esperáis retener al pueblo? Si no les damos algo a lo que aferrarse su ánimo se enfriará. Caminan sobre su estómago. El día que sus familias comiencen a pasar hambre las calles se vaciarán y Justiniano habrá ganado. Vosotros mismos asegurabais hace poco que el populacho no resistiría a nuestro lado más de una semana.

—Y tú replicabas que el tiempo corría a nuestro favor —apuntó Antlas.

—Así era hace un par de días —puntualizó Orígenes con rapidez—. Esperábamos un cambio y ya se ha producido. Ahora debemos actuar.

Los *demarcas* se mantuvieron en silencio mirándose el uno al otro, sopesando las palabras del senador. Ninguno de los dos parecía convencido por sus argumentos, aunque debían admitir que encontrar una alternativa no sería tarea fácil. Muy a su pesar, Antlas debía reconocer el argumento de Orígenes, si no daban un golpe de timón a la revuelta el pueblo se cansaría en breve del caos que envolvía la ciudad. Había bastado con un solo día sin combates para que muchos regresaran a sus casas. Encontrar un candidato válido para el trono en un par de días era tarea imposible.

—En el punto en que nos encontramos —anunció Antlas con un suspiro de resignación—, creo que no hay otra alternativa. Los verdes apoyaremos a Hypacio.

Un coro de trompetas ahogó la réplica de Calopodio, atrayendo la atención de los *demarcas* y del público en general.

—¿Qué ocurre? —preguntó Orígenes.

—Anuncian la llegada del emperador al palco —explicó Antlas, que observó con asombro a los miembros de la guardia que ocupaban posiciones en el Kathisma, al que accedían por el pasillo interior que se comunicaba directamente con el palacio—. ¡No puedo creerlo!

Poco a poco, la muchedumbre que llenaba el hipódromo calló, y el atronador griterío se convirtió en un escueto murmullo, que fue diluyéndose por momentos hasta desaparecer, envolviendo el descomunal circo en un absoluto silencio.

Expectante, Antlas contemplaba boquiabierto el lujoso palco, hasta que sus asombrados ojos captaron el movimiento sutil de un hombre envuelto en sedas púrpura que salía de las sombras hasta mostrar su rostro al público.

—¡Válgame el cielo! —murmuró el *demarca*, incrédulo—. ¡Es

Justiniano!

Héctor apenas había necesitado unos minutos para decidir cuál sería la utilidad que daría a la información peligrosamente ganada por su inquieta esposa. Penélope, una vez que regresó de su periplo nocturno, se encontraba demasiado excitada para esperar a que el amanecer despertara a su marido. Sacudió violentamente a Héctor hasta conseguir despejarle, antes de relatar aceleradamente su épico relato de espionaje. El asombrado ateniense necesitó que su mujer repitiera de nuevo toda la historia, atónito ante la transformación de su esposa, quien parecía haber dejado de lado su prudencia habitual. Una vez asimilada la lista de nombres con la que Penélope salpicaba su relato, Héctor se hizo una idea bastante clara de cuáles eran las intenciones de Valente. Si bien eso le permitía trazar sus propios planes, tranquilizar a la asustada Penélope, después de la enumeración de asesinatos que había escuchado de labios del senador, le costó un buen rato, lo que, unido a las innumerables dudas sobre el futuro que llenaban su cabeza, provocó una nueva noche en blanco para el ateniense. A pesar de ello, vislumbrar una pequeña oportunidad de escape para ese atolladero en el que se veía inmerso compensaba el cansancio provocado por la falta de sueño.

Se levantó al alba, incapaz de continuar tumbado sobre el lecho mientras la ansiedad le consumía. Abandonó sigilosamente la estancia, evitando cualquier ruido que pudiera despertar a su mujer, que había caído finalmente rendida por el cansancio y los nervios acumulados. Desayunó frugalmente en el comedor de los criados, con la intención de salir de la villa cuanto antes, para eludir cruzarse con su anfitrión.

Apresurándose hacia la salida, Héctor ya casi había cruzado el último patio cuando escuchó la voz del senador.

—¡Vaya, qué madrugador!

Durante un instante, el ateniense se sintió tentado de continuar su camino, como si no hubiera escuchado el comentario de Valente, pero la sensatez se impuso. Bastaba recordar que su familia permanecería en la villa mientras él estaba fuera.

—Prometí a mi gente que me reuniría con ellos —excusó Héctor, volviéndose con una sonrisa hacia el senador.

A pesar de lo temprano de la hora, el impecable aspecto de Valente no empujaba a pensar en alguien que acabara de abandonar el lecho. Se aproximaba con parsimonia, evitando

cruzarse en el camino de los esclavos que acarreaban agua para regar el jardín, provocando en Héctor el repentino pensamiento de que su encuentro no había sido simple casualidad.

—Tus seguidores te esperan, ¿no? —comentó Valente.

—Así es —confirmó Héctor, tratando de ocultar su nerviosismo. Cualquier retraso daría al traste con su idea. Si el senador le retenía en la villa, ya fuera porque sospechara algo o para encomendarle alguna tarea, sus planes se diluirían. Pero mientras mantuviera a su familia como moneda de cambio no podía contrariarle, por lo que se mantuvo expectante, forzando una tensa sonrisa en su rostro.

—Necesito que lleves a tu gente al foro de Constantino —anunció el senador—, y que los mantengas allí hasta que te envíe nuevas instrucciones. Basta de saqueos por hoy.

—Dalo por hecho —aseguró Héctor reprimiendo un suspiro de alivio, al tiempo que se volvía hacia la puerta para abandonar el patio.

—Pareces tener prisa. ¿No te interesa saber el porqué de mi petición? —preguntó Valente, interrumpiendo la fuga del ateniense.

—¿Me lo dirías si te lo pregunto? —inquirió él.

—La verdad es que no —admitió el senador.

—En ese caso prefiero ahorrar mi tiempo y el tuyo. Cuanto antes terminemos con esto, antes podré marcharme con mi familia.

—Me alegra que seas tan entusiasta en cumplir tu parte —aseguró Valente con una sonrisa—, aunque me apena que sigas pensando en mí como en un vulgar secuestrador que te extorsiona con lo que más amas.

Héctor estuvo tentado de replicar al senador, pero prefirió asentir en silencio y despedirse de su forzado anfitrión.

Abandonó la villa sintiendo los penetrantes ojos de Valente clavados en su nuca. A pesar de las pocas veces que habían hablado, no podía librarse de la sensación de que el senador imaginaba lo que estaba tramando. Sabía que era imposible pero, aun así, miró varias veces por encima de su hombro mientras se dirigía al encuentro con sus hombres.

Avivó el paso hasta el Augusteon, donde una verdadera muchedumbre se concentraba desde temprana hora a la espera de la llegada de su líder. Nada más ver a Héctor, un clamoroso coro de salves inundó el foro, mientras la gente corría a recibirle,

zarandeándole con insistencia hasta que sus más fieles, organizados en una milicia por el propio ateniense, le rodearon para protegerle del excesivo entusiasmo popular.

—¡Has llegado muy pronto! —exclamó con satisfacción uno de sus seguidores más fervorosos, un maestro albañil que aún no había cumplido treinta años al que Héctor había asignado el mando de uno de los grupos organizados los días anteriores.

—Quería hablar contigo, Miguel —comentó Héctor, hablándole al oído para que nadie pudiera escuchar sus palabras—. Te considero uno de mis colaboradores más leales y necesito que hagas algo por mí.

—Lo que sea —afirmó el aludido con un brillo de orgullo en los ojos—. Daría mi vida por el bendecido del Señor.

El corazón de Héctor se encogió al escuchar la contestación de aquel hombre. Podía leer en su rostro la ferviente admiración que le profesaba. Para Miguel, lo mismo que para los miles de ciudadanos que se concentraban en torno suyo, él era un icono viviente, una prueba palpable de un milagro ofrecido al pueblo por Dios. Creían en él hasta el punto de entregar sus vidas, confiando en que les conduciría a un futuro mejor, a uno sin tiranos en el que pudieran ver a sus hijos creciendo en libertad. Y, sin embargo, estaba manipulando a ese inocente. La idea de que el fin fuera la salvación de su familia no conseguía expulsar de su alma el amargo dolor que le producía saberse un traidor.

—¿Has oído hablar de un tal Hypacio, un senador que se encontraba en palacio hasta anoche?

—¿El sobrino del emperador Anastasio? —corroboró Miguel—, sí, desde luego.

—¿Sabes dónde vive?

—No, pero puedo averiguarlo si es necesario —se ofreció Miguel.

—Hazlo —pidió Héctor—. Y cuando sepas dónde está su casa, llévate a un grupo armado y apresálo.

—¿Le damos una lección? —preguntó Miguel con una sonrisa pícara.

—No —negó Héctor con rapidez—, no debe sufrir ningún daño. Debes traerlo al foro, a ser posible sin que nadie más le vea.

—¿Y si no quiere colaborar?

—Oblígale, pero sin causarle daño. Si es necesario podéis atarle, o llevarle en volandas, pero le quiero de una pieza, es de vital importancia para nosotros.

—Dalo por hecho —respondió Miguel con confianza.

Rápidamente, el albañil reunió a un numeroso grupo, al que dividió en parejas para que averiguaran discretamente el paradero de Hypacio, mientras Héctor suplicaba a todos los dioses de la antigüedad que se diera prisa.

Su plan era muy sencillo. Si Valente había elegido a Hypacio para elevarlo al trono en lugar de Justiniano, era evidente que cumpliría con una serie de requisitos estrictos. Si caía en manos de Héctor, dispondría de un poderoso argumento para obligar a Valente a intercambiarlo por su familia. Encontrar un nuevo candidato se antojaría imposible en un tiempo razonable, por lo que estaba convencido de que el senador cedería a sus pretensiones. Sin embargo, por lo que había deducido del último retazo de conversación captado en la correría nocturna de Penélope, pensaban convencer a los *demarcas* para que el ascenso de Hypacio al trono se efectuara ese mismo día. Su destino se jugaba en unas pocas horas y, hasta el momento, partía con desventaja.

—Si existe Zeus —murmuró Héctor—, espero que dote de alas a Miguel.

Envuelto en el *loros*, la vestimenta imperial reservada para las ceremonias más importantes, y con el *stemma*, la diadema de oro que emulaba la antigua banda de seda anudada en la nuca propia de los emperadores romanos, Justiniano se adelantó hasta el balcón del Kathisma con un voluminoso evangelio de tapas de oro resplandeciente en sus manos.

El hipódromo entero quedó en silencio ante la deslumbrante aparición. Todos los ojos se volvieron hacia el palco, como hipnotizados por el flamear de la tela y el brillo dorado de la Biblia. Algunos se santiguaron al verlo aparecer e incluso un puñado se pusieron de rodillas, mudos de asombro por la aparición del mismo soberano sobre el que coreaban chanzas poco antes.

Durante un instante, el tiempo pareció detenerse, mientras Justiniano alzaba su mano y realizaba lentamente el símbolo de la cruz sobre cada lado del recinto, como si se dispusiera a ordenar la salida de una nueva carrera de cuadrigas. Después, rompiendo el aire con su atronadora voz, el heraldo habló a su lado, llevando sus palabras hasta el último rincón del hipódromo.

—Su majestad imperial, tres veces augusto, victorioso

emperador de los romanos, jura solemnemente sobre las sagradas escrituras que concederá la amnistía a cuantos hayan participado en esta absurda revuelta. Se otorgará el perdón y el indulto a todo ciudadano de Constantinopla, si se restablece la paz y cesan los disturbios. ¡Ésa es la palabra de vuestro emperador!

Tras repetir por segunda vez su proclama el heraldo calló, dejando que el eco de su potente voz se apagara poco a poco, permitiendo que el silencio envolviera de nuevo a los presentes. Sin saber qué decir, mirándose unos a otros como si fueran niños traviesos que recibían una reprimenda de sus padres, cuantos se encontraban en el hipódromo se mantuvieron quietos, expectantes, incapaces de decidir qué hacer.

—¡El indulto! —exclamó Antlas con la cara desencajada por el asombro.

—Si el pueblo acepta estamos perdidos —comentó Orígenes—, Justiniano perdonará a la chusma, ¡pero no a nosotros!

Girándose hacia Calopodio, Antlas observó cómo el *demarca* de los azules mantenía la vista fija en el palco, cegado por el esplendor y el boato de la realeza. Bastaba observar su rostro para darse cuenta del pensamiento que llenaba la mente de Calopodio, amnistía. La mano tendida de Justiniano ofrecía una salida digna a los azules. Bastaría aceptar su palabra para que Calopodio escapara de esa espiral de conspiraciones y retomara el control de las calles, apoyado por el emperador. Y eso era algo que Antlas no podía permitir.

Sin tiempo para pensar, el *demarca* de los verdes tomó finalmente partido, decidiendo apostar el resto a una sola cuadriga, con la esperanza ciega de no haber elegido el corredor equivocado. Asió de la túnica a su heraldo, que permanecía junto a él a la espera de una contestación y le susurró unas palabras al oído. El heraldo de los verdes le miró con los ojos como platos, mientras Antlas confirmaba su orden con un firme asentimiento de su cabeza. Tragando saliva, el heraldo aclaró su garganta, volvió la mirada al palco y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Mientes!

La voz del heraldo de los verdes resonó por todo el hipódromo, rompiendo el hipnótico lazo que parecía haberse forjado entre el emperador y el pueblo. Una segunda garganta imitó al portavoz de la facción, arrastrando a una tercera, y una cuarta. En unos segundos, un coro de insultos se elevó hacia el palco imperial, abrumando a Justiniano con un imparable clamor de odio e ira.

—¡Cerdo! ¡Asesino!

Los más próximos al Kathisma comenzaron a arrojar toda clase de objetos hacia el palco, al tiempo que arreciaban los gritos e insultos. Justiniano, con el semblante lívido, abandonó el balcón con rapidez, seguido por una lluvia de piedras.

—Ya no hay vuelta atrás —confirmó Antlas.

—Has actuado correctamente —aseguró Orígenes.

—¿Qué quieres que hagamos ahora? —preguntó Antlas.

—Envía una partida a la casa de Hypacio —indicó el senador —, que vayan acompañados por la chusma, necesitamos que el pueblo se involucre. Que lo lleven al foro de Constantino, donde nosotros le esperaremos con los senadores que habrán de garantizar su ascensión legal al trono.

Antlas asintió, haciendo señas a uno de sus oficiales para que se aproximara, con el fin de transmitirle las órdenes del senador. A su lado, Calopodio mantenía aún la vista fija en el palco, como si dudara de si lo que se había desvanecido expulsado por la multitud era el emperador o su propio futuro.

Miguel abandonó la villa de Hypacio con una sonrisa en los labios. Había llegado con su grupo justo a tiempo de descubrir al senador cuando se encontraba a punto de dejar la ciudad. Bastó ver a los criados transportando arcones a un gran carro en el patio principal para que el albañil se convenciera de que el patricio aún no había huido, pese a los juramentos de la mujer del senador, por lo que distribuyó a sus hombres por la casa hasta que dieron con Hypacio, escondido detrás de una cortina.

Se marchó de la villa sin hacer caso de las súplicas de la mujer de Hypacio, que lloraba amargamente, gritando que conducían a su marido a la muerte. En su cabeza, Miguel ya imaginaba la escena en la que Héctor le recibiría con una sonrisa, anunciando a todos que él era su hombre de mayor confianza, la mano derecha del elegido. Sin embargo, apenas recorrido un estadio desde la casa de Hypacio, el grupo de Miguel se encontró con una verdadera multitud, que ascendía por la desolada calle voceando el nombre del sobrino de Anastasio.

Un faccionario de los verdes comandaba a la muchedumbre de recién llegados, animándola con sus gritos al tiempo que los conducía, indudablemente, a la misma villa de la que Miguel acababa de salir con su rehén. Antes de que pudiera reaccionar, uno de los que encabezaba la marcha de la multitud reparó en la

figura del senador, que se dejaba llevar mansamente, como un cordero el día del sacrificio.

—¡Ahí está! —gritó señalando a Hypacio, quien se sobresaltó al descubrir a la nueva masa de personas que avanzaba hacia ellos.

Un coro de vivas, salves y exclamaciones siguió al descubrimiento del senador, al tiempo que cientos de personas rodeaban al grupo de Miguel, sobrepasado ampliamente en número por los recién llegados.

—¿Cómo habéis llegado antes que nosotros? —inquirió intrigado el faccionario que comandaba a la multitud.

—No sabía que vendría alguien más —respondió Miguel, extrañado por la aparición de un nuevo grupo con el mismo cometido—. Tengo orden de llevarlo al Augusteon.

—Te equivocas de foro —aseguró el miembro de los verdes mientras se rascaba la barbilla mostrando incomprensión—, hay que llevarlo al de Constantino.

—¿Al de Constantino? —se sorprendió Miguel, mirando a sus hombres como si esperara que alguno de ellos le confirmara que tenía razón—. Yo diría que no —añadió, mientras una sombra de duda bailaba en su cabeza al intentar recordar las palabras de Héctor. «¿Seguro que dijo Augusteon?», pensó.

—Me han dado las órdenes hace poco —recalcó el faccionario, al tiempo que señalaba a la vociferante masa que se agitaba a su alrededor, proclamando a voces muerte para Justiniano—, el tiempo de reunir a la gente y ponerme en camino. Te garantizo que me han dicho que lleve al senador al foro de Constantino.

La segura posición del miembro de los verdes convenció a Miguel, haciéndole ceder a la propuesta del faccionario con un movimiento de cabeza.

—¡Al foro de Constantino! —gritó finalmente Miguel, arrancando un coro de vivas de los reunidos—. *¡Nika!*

Aún sin comprender lo que ocurría, Hypacio se dejó subir a hombros de un fornido partisano y, envuelto por las aclamaciones de cuantos se arremolinaban a su alrededor, presenció impotente su forzoso traslado a través de la asolada Constantinopla.

Desde un pedestal improvisado, construido a toda prisa con una precaria estructura de madera, Héctor contemplaba a la multitud que abarrotaba el ovalado foro de Constantino. Cientos de personas se arremolinaban en torno a la columna de pórfido de ochenta codos de alto que se elevaba en su centro, murmurando

plegarias y oraciones. Coronada por una estatua de Apolo a la que habían puesto la cabeza de Constantino, recibía el nombre de: «El clavo de Cristo», pues la tradición decía que, en el momento de la fundación de la ciudad, el emperador había enterrado bajo ella numerosas reliquias sagradas.

Los clavos que hirieron al Señor, las doce cestas en las que se recogieron los restos de comida en el milagro de los panes y los peces, el hacha con la que Noé construyó el arca, e incluso el Palladium, la capa sagrada de Atenea, traída desde Roma por Constantino y que se suponía salvada de la quema de Troya por el propio Eneas. Se consideraba que protegía a la ciudad, y que fue su partida de Roma la que permitió que fuera saqueada por visigodos, vándalos y ostrogodos.

Mientras observaba cómo el pueblo se mantenía aferrado a sus leyendas y tradiciones, un clamor atrajo su atención. Atónito, sus ojos le mostraron la llegada de Hypacio junto a un numeroso grupo de senadores. Aunque en todo momento había sopesado la posibilidad de que Miguel no llegara a tiempo para cumplir su delicada misión, lo último que podía imaginar cuando el albañil le comunicó mediante un mensajero que había averiguado el paradero de Hypacio y se encaminaba en su busca era que vería llegar al grupo de Miguel con el senador a hombros para entregárselo en bandeja de plata a los *demarcas*.

—¡Allí viene! —exclamó Orígenes, rodeado de varios de sus colegas en el senado.

—Llega lívido —se mofó Calopodio—, seguro que se ha meado encima.

—Cualquiera diría que le conducen al patíbulo en lugar de al trono imperial —añadió Antlas, lo que provocó las risas de algunos de los senadores más cercanos.

El foro se encontraba tan abarrotado que el grupo que custodiaba al futuro emperador tardó una eternidad en abrirse paso hasta el estrado para depositar su nerviosa carga sobre el suelo de madera a la vista de las miles de personas que se concentraban en el foro, que prorrumpieron en clamorosos vítores en cuanto Hypacio puso pie en el elevado pedestal.

—¡Salve al emperador Hypacio! ¡Tres veces augusto! *¡Nika, nika!*

El aire vibraba por la atronadora bienvenida. Los brazos se alzaban con fuerza y las gargantas dejaban escapar su grito de victoria mientras uno de los senadores, a falta de corona, se

quitaba el collar de oro que lucía al pecho y lo colocaba en la cabeza del atemorizado Hypacio, que, mientras le elevaban sobre un escudo, no acababa de creerse que aquel circo no acabara con su ejecución.

—¡Larga vida a Hypacio! —clamaron los senadores, contestados por el público que inundaba el foro.

Mirando incrédulo a uno y otro lado, palpando el collar de oro que hacía las veces de corona sobre su cabeza, Hypacio contemplaba con estupor a aquellos que coreaban su nombre. Finalmente, tras reconocer a muchos de sus compañeros en el senado, el color pareció regresar a sus mejillas y un atisbo de sonrisa asomó a su rostro, cuando se decidió a elevar tímidamente una mano en señal de saludo y fue aclamado estruendosamente por la multitud.

—¡Salve Hypacio! ¡Salve Hypacio!

—Por fin parece salir de su letargo —agradeció Orígenes, aproximándose al resto de los reunidos en un rápido cónclave a espaldas del ensimismado nuevo emperador—. Es momento de decidir nuestro próximo paso.

—Hay que pasar a la acción —aseguró Antlas, mirando de reojo a Héctor—, con Hypacio en el trono debemos derrocar a Justiniano por la fuerza. Ahora el pueblo entero está a nuestro lado.

—No debemos apresurarnos —puntualizó el senador—. La proclamación de Hypacio no nos proporciona más apoyos, tan sólo legitimidad. Pero la situación sigue siendo la misma. Las tropas de Belisario se mantienen acuarteladas en palacio, y un nuevo emperador no cambiará sus lealtades.

—¡No acabo de entender vuestras intrigas, maldita sea! —se indignó Antlas—. En el hipódromo no parabas de pedir que nos involucráramos, y ahora tratas de refrenar nuestro ánimo cuando tenemos todo a favor. Tengo la sensación de que nos utilizáis como simples marionetas.

—No seas tan suspicaz —apaciguó Orígenes—, con esto hemos conseguido incrementar el fervor del pueblo. Mantendremos elevada su moral y eso evitará que vuelvan a casa abatidos por no haber conseguido nada. Para ellos su revolución ha triunfado.

—¿Triunfado? —repitió Héctor con desdén—. No son tan estúpidos como vosotros creéis. Me gustaría ver cómo explicáis al pueblo que, a pesar de tener un nuevo emperador, mañana tiene que seguir incendiando la ciudad y combatiendo al ejército. Esta

noche celebrarán lo que creen ha sido el último paso para librarse de un tirano. Después volverán a sus casas pensando que ya no hay nada más que hacer.

—Ése será precisamente tu papel —apuntó el senador—, mantener la llama de la lucha en sus corazones. Esos necios te siguen como corderillos.

—¿A él? —se mofó Antlas—. ¿Desde cuándo el pueblo se mueve al son de un simple porteador? Son las facciones las que manejan a la chusma. Así ha sido desde que existe el imperio romano y ningún bastardo con ínfulas de patricio podrá cambiarlo.

—¡No es momento de querellas entre nosotros! —gritó Orígenes, que sujetó al furibundo Héctor cuando se disponía a lanzarse contra el *demarca*—, estamos demasiado cerca de la victoria para cometer semejante disparate. Nada serviría mejor a los intereses de Justiniano que nos dividiéramos.

—Tienes razón —admitió Antlas, manteniendo los ojos clavados en el rostro de Héctor—, pero cuando esto termine ajustaremos cuentas.

—¿Qué es lo que ocurre?

Hypacio había vuelto su mirada hacia el pequeño grupo que conversaba a sus espaldas, y observaba la furiosa reacción de Héctor a las palabras de Antlas.

—Nada importante —respondió el senador—, los ánimos se han caldeado mientras decidíamos los próximos pasos.

—¿No soy el emperador? —dijo Hypacio—. Hay que desalojar a Justiniano del Gran Palacio.

—No seré yo el que abogue por no hacer nada —aconsejó Orígenes—. Debemos mantener la presión, pero utilizando la cabeza, no el corazón. Hay palacios de sobra en la ciudad para instalar una corte. Lanzándonos a la lucha nos jugaremos el todo por el todo en una sola acción, nos pondríamos en el filo de la navaja. Es mejor esperar, dejar que el enemigo se desgaste unos días más encerrado en una ratonera sin capacidad de acción, antes que arriesgar lo conseguido de forma temeraria.

—No podemos detenernos ahora —contradijo Antlas—. Tenemos un nuevo emperador, si nos mantenemos quietos el vulgo pensará que es un inútil o un incapaz, y perderá en poco tiempo la ilusión que ahora abruma a las masas. ¡Hay que combatir! Con toda la ciudad a nuestro lado, ¿qué podemos perder?

—Vidas —intervino Héctor—, las de cientos de personas. ¿Queréis lanzar contra los mercenarios de Belisario civiles mal

armados? ¿No han bastado dos días de carnicería? Orígenes tiene razón, mantengamos la calma y confiemos en que Justiniano se desespere y abandone la ciudad, u ofrezcámosle una salida pactada.

—¡Sólo puede haber un emperador! —se indignó Hypacio—, ¿quién eres tú?

—Alguien que habla con sensatez aunque su tono no sea el más adecuado —respondió Orígenes.

—¿Y a quién le importa que muera la chusma? —despreció Antlas—. Aunque perdiéramos a diez por cada soldado de Justiniano nos sobra y nos basta para tomar el poder.

—¡Sois unos canallas! —gritó Héctor, con el rostro encendido por la furia—, me niego a someter al pueblo a vuestros turbios manejos. No enviaré a miles a la muerte para que vosotros os beneficiéis.

—¿Y quién te necesita? —volvió a la carga Antlas, con una amplia sonrisa—, vuelve a tu mugrienta casa con tu asquerosa familia.

En esta ocasión, hizo falta la ayuda de Calopodio para que Orígenes lograra contener a Héctor.

—¡Por Dios! —gritó el senador—, no podemos dar semejante espectáculo ante el pueblo. ¡Detened ahora mismo esta estúpida pelea!

—¡Ya basta! —corroboró Calopodio—. Ya que no nos ponemos de acuerdo, que sea el nuevo emperador quien decida lo que debemos hacer.

Todas las miradas se concentraron en Hypacio. El recién aclamado emperador se mantuvo callado unos instantes, después levantó lentamente una mano, esperando a que el pueblo que abarrotaba el foro fuera calmándose, acallando sus voces, tomándose el tiempo necesario para conseguir algo de silencio para hacerse escuchar.

—¡Hoy celebraremos en el hipódromo la caída del tirano! —gritó Hypacio—. ¡Mañana expulsaremos a Justiniano para siempre de Constantinopla!

Un rugido de voces se elevó desde la multitud, aclamando la decisión del nuevo emperador.

—¡Al hipódromo! *¡Nika, nika!*

Tratando de calmar la ira que le anegaba, Héctor no tuvo otra opción que unirse al grupo de conspiradores, mientras la multitud se deslizaba como una riada hacia el hipódromo rodeando el

improvisado cortejo imperial. De entre ellos, el ateniense reparó en Calopodio. El *demarca* de los azules apenas había intervenido en la conversación, sin dejar oír su voz en la disputa. «Tal vez aún duda que el plan salga bien», pensó Héctor.

Deteniendo su mirada en Calopodio, Héctor comenzó a forjar en su mente una estrategia alternativa, vislumbrando una nueva oportunidad para escapar de esa maldita telaraña que parecía envolverle más con cada movimiento.

A pesar de su habitual dominio de sí mismo, a Valente le costaba mantener la tranquilidad. En apenas una semana, había visto cómo su mundo de monotonía e insulsos discursos era sacudido hasta desmembrarse, convirtiéndose en una espiral de intensos acontecimientos. Se encontraba a punto de ejecutar el último paso en su sorpresivo asalto al poder. Si alguien, tan sólo diez días atrás, le hubiera hablado de la posibilidad de una situación semejante, se habría reído en su cara. Y, a pesar de ello, ahí se encontraba él, a punto de acabar con seis siglos de emperadores al frente de Roma, a un paso de abrir las puertas a una renovada república.

Como medio para disfrazar la brusca transformación de su ánimo, había pasado buena parte de la mañana revisando varias de las estancias de la villa seguido de uno de sus sirvientes, quien apuntaba en su tablilla las indicaciones precisas que Valente dictaba sobre reformas, reparaciones o cambios en el mobiliario. Al senador, tan exhaustiva búsqueda de imperfecciones en su hogar le había servido para desfogar la desaforada vitalidad que le desbordaba, al tiempo que le permitía concentrar su mente en tareas menos exigentes que la de idear conjuras que socavaran el orden establecido.

Sin embargo, lo último que deseaba era que la servidumbre se hiciera eco de su agitación, por lo que, a mediodía, decidió detener su inquisitiva revista y dirigirse al atrio a descansar antes del almuerzo. Allí se encontró con Aecio, sentado en uno de los bancos del templete que se alzaba en mitad del cuidado jardín.

—Te creía inmerso en la escritura —saludó el senador, acercándose al médico.

—No esta vez —respondió Aecio, que transformó su rostro, dominado por una mirada ausente, en una amplia sonrisa—. A decir verdad llevo un rato esperándote.

—Deberías haber enviado un criado a buscarme —comentó

Valente, sentándose frente al *iatroi*—. He pasado casi toda la mañana revisando la villa. Es algo que hay que hacer de vez en cuando para que los criados no se acomoden.

—Lo sé, por eso he preferido no molestarte. Tampoco era nada urgente, y se está bien aquí, al aire libre.

—Últimamente pasas bastante tiempo aquí, o mirando por la ventana —indicó Valente—. ¿Buscas inspiración?

—No, en absoluto —replicó Aecio, repentinamente azorado—. ¿Qué podría buscar en este jardín salvo tranquilidad?

Valente dejó escapar una ligera sonrisa, al comprobar cómo el rostro del médico se enrojecía. Sin embargo, no tardó en reprimirla, no fuera a incomodar aún más a su huésped.

—¿Y qué es lo que querías de mí? —preguntó el senador.

Por toda respuesta, Aecio dejó sobre la mesa una cajita de marfil tallado que, hasta ese momento, mantenía oculta sobre el banco en el que se sentaba.

—¿Ésa no es mi caja de *mereles*? —inquirió Valente elevando una ceja.

—Sí —confirmó Aecio con una sonrisa—, y no sabes lo que me ha costado convencer a tu eunuco para que la dejara a mi cuidado.

—Creía que no tenías intención de jugar.

—Y así era. Pero he recapacitado. En realidad, como médico me resulta bastante molesto que muchos de mis pacientes rechacen las medicinas que les prescribo sin siquiera probarlas, así que pensé: «¿no estoy haciendo yo lo mismo con este juego?»

—Me alegra que hayas cambiado de idea —dijo el senador, cuyo rostro se iluminó con una inmensa sonrisa mientras recogía la pequeña caja de manos de Aecio y la abría para mostrar su contenido, dieciocho pequeños tacos cilíndricos, la mitad de oro y la otra mitad de plata—. Las reglas son muy sencillas —añadió, señalando el tablero que se encontraba grabado sobre la mesa—. Como puedes ver, la superficie de juego la componen tres cuadros anidados, cuyos puntos medios de cada lado se encuentran unidos por líneas rectas. Cada jugador coloca alternativamente una ficha, tanto en las esquinas de uno de los cuadros como en la intersección de sus lados con las líneas que los unen, hasta colocar las nueve. Una vez que todas las fichas están colocadas se mueven de una en una por turno, sólo a espacios adyacentes. Si consigues colocar tres en una raya puedes quitarle una ficha a tu contrario o eliminar una propia. Pierde el juego quien se queda sólo con dos fichas o no puede realizar más movimientos.

—Parece fácil —apuntó Aecio—. Comenzaré yo, y espero que no te tomes a mal que, además de abusar de tu generosa hospitalidad imponiéndote mi presencia, te vapulee en tu juego favorito a la primera ocasión.

—Necesitarías algo más que suerte para eso —se rio Valente—, casi un milagro.

—En cualquier caso, no deberías preocuparte. Supongo que esta revuelta acabará pronto y podrás librarte de mí.

—¿Tan penosa es la estancia en mi villa? —dijo el senador, frunciendo fingidamente el ceño.

—¡En absoluto! —exclamó Aecio—. Jamás me habían tratado tan bien. De hecho, si no me modero con las exquisiteces que preparan tus criados para comer no voy a poder pasar por la puerta. Pero echo de menos mis visitas a los pacientes, aunque no sé cómo voy a hacerlas ahora que he perdido mi instrumental.

—Eso no será un impedimento —aseguró Valente—. Lo principal son tus excelsos conocimientos, y eso ningún ladrón te lo podrá arrebatar. De las cosas materiales deja que me ocupe yo. Te daré quinientos sólidos de oro cuando te vayas para que puedas volver a instalarte, comprar instrumental médico, ingredientes para tus medicinas y algunos esclavos para tu casa.

—¡Quinientos sólidos! —replicó Aecio—. Te agradezco la generosidad, pero no puedo aceptarlo.

—Soy yo quien no acepta una negativa por respuesta. Eres el mejor *iatroi* de Constantinopla, no voy a permitir que la ciudad pierda a una de sus mentes más privilegiadas. Y, por otro lado, si lo prefieres puedes considerarlo un simple adelanto en pago por tus servicios.

—Últimamente no los necesitas —alegó el médico—. Estás más sano que un jovenzuelo, y con esa cantidad pagarías la atención de un año de toda una familia de enfermos mercaderes.

—Te aseguro que necesitaré de tu ciencia si eres capaz de derrotarme al *mereles* —adujo Valente, mientras movía una de las piezas sobre el tablero, arrancando una carcajada de Aecio—. Por otro lado, hacía tiempo que no gozaba de buenas conversaciones, y ahora que vas a convertirte en mi contrincante en este juego creo que no podría prescindir de tus servicios. Así que ya está todo dicho.

—Parece que no tengo elección.

—Desde luego que no.

—¿Tienes alguna idea de cómo van las cosas ahí fuera? —

preguntó Aecio, observando cómo desaparecían poco a poco sus fichas del tablero de juego.

—Mañana se habrá acabado todo.

—¡Gracias a Dios! A veces he temido que esta locura arrasara toda la ciudad. ¿Estás seguro?

—He sacado provecho de mis furtivos paseos. Los senadores no empuñamos espadas, así que nos valemos de la información.

—Menos mal que Justiniano ha sido capaz de reimponer la cordura.

—Tal vez no sea él quien lo haga —replicó Valente, concentrado en el juego.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Aecio.

—Que esta revuelta puede que traiga algunos cambios.

—Todas las insurrecciones provocan movimiento en la corte. No hay más que ver las destituciones de Triboniano y el capadocio, aunque no creo que vaya más lejos que eso. Pero no me distraigas con la política —negó el médico, agitando la cabeza—, no te dejaré confundirme con esos trucos. Y menos después del resultado que arroja mi iniciación en el juego.

Valente sonrió al retirar la séptima ficha de su contrincante, ganando la partida. Sin embargo, mientras el contrariado médico comenzaba a repartir de nuevo las piezas, solicitando la revancha, el senador se mantenía pensativo. Fue en ese preciso instante en el que se dio cuenta de lo mucho que Aecio significaba para él, lo agradable que le resultaba su compañía, lo tranquilizadora que era su presencia. Tan absorto estaba que había cometido el error de adelantarle un pequeño atisbo del futuro que podía esperarle al imperio. Gracias a Dios, Aecio parecía no haberse dado cuenta de ello, y había pasado por alto sus frases, pero había cometido un descuido y eso no debería volver a pasar. Mientras colocaba de nuevo las piezas sobre el tablero, Valente se decía a sí mismo que debía enterrar el anhelo que afloraba en su interior. Casi una década atrás se había hecho a sí mismo un juramento y, por mucho que le atrajese la idea de cruzar de nuevo ese secreto umbral, estaba dispuesto a mantener su palabra. Cualquier otra actuación no habría sido digna de su cargo y de su honor.

Disfrutaría de la compañía de Aecio y de su inesperada amistad tanto como pudiera. Pero sólo sería eso, sólo un amigo.

Narsés fue el último en llegar a la sala del consejo.

En el interior del magnífico salón, donde hacía apenas unos

pocos días se había celebrado la ostentosa entrega de los dípticos consulares el día de la Epifanía del Señor, cuatro personas más esperaban en tenso silencio: Justiniano, Teodora, Belisario y Juan de Capadocia. La visión de tan escueto cortejo, plagado de rostros pálidos y semblantes serios, impresionó al eunuco. Una semana atrás decenas de nobles, patricios y aristócratas se peleaban por un puesto cercano al emperador, ahora sólo un puñado de fieles acompañaba a Justiniano en su caída. Desde el momento en que entró en la estancia, le asaltó la sensación de que la espectral reunión emanaba un inconfundible olor a derrota.

—Ya estamos todos —anunció el emperador—. Es momento de que expongáis vuestra opinión sin tapujos.

El otrora afable rostro de Justiniano se había transformado. Profundas ojeras resaltaban sobre la pálida tez de su cara. Su sempiterna sonrisa había desaparecido, convertida en una mueca de cansancio y desesperación. Sus ojos, normalmente vivaces e inquietos, transmitían una intensa sensación de abatimiento. Tenía todo el aspecto de un hombre a punto de derrumbarse.

Recién llegado, Narsés se mantuvo en silencio contemplando al resto de los asistentes, comprobando que ninguno de ellos quería ser el primero en tomar la palabra. La callada quietud consiguió que a sus oídos llegaran los atronadores gritos que despedían los miles de personas que abarrotaban el hipódromo. Amortiguadas por la distancia y las compactas paredes de pórfido y mármol de la sala, las proclamas de victoria que saludaban a Hypacio se mezclaban con terribles injurias y amenazas hacia los emperadores.

—Majestad —comenzó finalmente Juan de Capadocia, el depuesto prefecto de oriente, que permanecía aún en palacio bajo la protección personal de Justiniano—, creo que es el momento de pensar en abandonar la ciudad.

El emperador volvió sus ojos hacia Juan, a quien contempló durante unos segundos como si necesitara tiempo para asimilar sus palabras. Luego dirigió su mirada hacia Belisario, interrogándole tácitamente sobre su opinión.

Belisario se mantuvo callado durante un instante, sin replicar a las palabras de Juan de Capadocia. Después, con un suspiro, se limitó a asentir con la cabeza. Acto seguido, Justiniano dirigió su mirada hacia el recién llegado Narsés, quien, al igual que Belisario, se tomó un largo tiempo de reflexión antes de hablar.

—Coincido con la opinión expresada —aceptó finalmente el

eunuco—. Proclamar a Hypacio ha sido una jugada maestra. Han conseguido unir al pueblo, a las facciones y al senado. Disponen de una ventaja numérica aplastante y de la moral necesaria para afrontar una larga disputa. Nosotros nos encontramos aislados y sin ningún apoyo.

—¿No protegerían las tropas el palacio en caso de asalto? —preguntó Justiniano, mirando directamente a los ojos a Belisario.

—Sí, majestad —respondió el general—, pero mientras ellos pueden recuperarse de sus pérdidas, nosotros no. Si atacan el palacio da igual las veces que les rechacemos, a ellos les basta una victoria. Sólo es cuestión de tiempo.

—Continuar aquí sólo es enfrentarse a una lenta agonía —añadió Juan de Capadocia—. Defendiéndonos únicamente estaremos prolongando el sufrimiento.

—Odio admitirlo —continuó Belisario—, pero tiene razón. Y si atacamos utilizarán de nuevo sus tácticas, desgastándonos en una batalla casa por casa. A campo abierto tendríamos alguna posibilidad, pero en medio de callejuelas y barricadas su número es insuperable.

—Parece que no hay otra salida —cedió Justiniano, bajando la cabeza como si reconociera la derrota.

—Podemos dirigirnos a Heraclea Póntica —indicó Narsés—. Allí estaréis seguro, y desde la costa del mar Negro nos encontraremos en posición de regresar si las perspectivas mejoran.

—Tu lealtad es encomiable, Narsés —aseguró el emperador, tratando de esgrimir una sonrisa—, pero todos sabemos que si me voy jamás recuperaré el trono.

—Ahora sólo debemos pensar en vuestra seguridad, majestad —afirmó Belisario.

—Me pregunto cómo hemos podido llegar a esto —comentó Justiniano con un hilo de voz—, cómo pudimos ignorar que se nos iba de las manos. No acabo de entender la manera en que esta absurda rebelión nos ha llevado a la ruina.

—No debéis torturaros, majestad —dijo Narsés con voz suave—, ha sido la voluntad de Dios.

—La voluntad de Dios —repitió Justiniano, y dejó escapar una siniestra carcajada que hizo que los presentes se miraran unos a otros.

A pesar de lo que pensaban sus consejeros, la risa del emperador no se podía atribuir a los nervios del momento, sino a la burla que el destino jugaba a Justiniano, y que él, únicamente

él, era capaz de comprender. Mientras asentía lentamente con la cabeza, admitiendo con ese gesto la derrota y la impotencia en las que se encontraba, el emperador era por fin consciente de que se enfrentaba al fin de un reinado y de todo cuanto implicaba. Los sueños por renovar el antiguo imperio romano abandonarían Constantinopla en el mismo barco que él, alejados por el viento para no regresar nunca más. Sí, resultaba gracioso. Había provocado una revuelta para derribar una vieja iglesia, de forma que su reconstrucción supusiera el símbolo de su nueva Roma y el sello con el que el Señor le concedería un heredero. Sin embargo, lo único que había conseguido era aserrar el tronco del mismo árbol sobre el que se erguía. ¿Por qué no reírse? A fin de cuentas, el capricho del destino le colocaba en la peor de las encrucijadas, pues su salvación supondría renunciar al sueño de renovar Roma, ¿y acaso renunciar a sus sueños no era lo mismo que morir? Dios le había convertido en el actor principal de una trágica comedia en la que veía desaparecer su futuro cuando casi podía rozarlo con los dedos.

Con un nudo en la garganta, Teodora permanecía callada, observando desconsolada cómo su amado esposo se hundía en la desesperación, contemplando al emperador en el momento en que su vida era arrojada por la borda, perdiéndose en el abismo. Algo en su interior se desgarró. Aquel hombre había pasado por alto su pasado disoluto, entregándole su amor y la corona imperial. Recordó el día de sus esponsales, cuando Justiniano la llevó de la mano hasta el Kathisma para recibir los vítores de decenas de miles de personas, en el mismo hipódromo en el que, siendo niña, había salido a la arena para ser humillada junto a su madre. No, no podía permitirlo. Había encontrado la felicidad tras años de sufrimiento, había hallado la dignidad y el amor después de una vida de vicios y degradación. No dejaría que todo acabara así, que el hombre capaz de convertirse en un nuevo Augusto fuera expulsado por unos sucios mendigos, que aquellos malditos faccionarios volvieran a reírse de ella, arrojándola al mar con su familia. Un fuego que no había notado antes comenzó a arder en su alma, con tal pasión que resultaba imposible contenerlo, con tal fuerza que parecía capaz de consumirla. No, no aceptaría en silencio la derrota.

—Caballeros —la voz de Teodora surgió con suavidad, sorprendiendo a los presentes con su intervención—. La ocasión es demasiado seria para atenerse a la regla que impide a una mujer

hablar en un consejo de hombres. Los que estamos sujetos al peligro más extremo deberíamos pensar en la mejor forma de actuar, no en anticuadas normas de protocolo. No creo que huir sea la opción adecuada para afrontar esta crisis, incluso aunque garantice nuestra seguridad. Todo hombre ha de aceptar que alguna vez ha de morir, pero quien ha reinado no puede tolerar el exilio. Quiera Dios que no sea nunca despojada de esta túnica púrpura, que no llegue a ver el día en que los que se encuentren a mi alrededor no me llamen emperatriz. —Teodora se volvió hacia Justiniano, que la contemplaba en silencio, escuchando absorto sus palabras como el resto de los asistentes. La emperatriz clavó sus bellos ojos en su esposo, tratando de transmitirle la incontenible fuerza que la inundaba, iluminando con su resplandeciente mirada el rostro de Justiniano—. Mi señor, si quieres salvarte puedes hacerlo. Ahí está el mar, y también los barcos. Pero reflexiona por un momento si, una vez huido a un lugar seguro, no preferirías la muerte a la salvación, porque yo creo firmemente en el viejo proverbio: «la púrpura es la mejor de las mortajas».

Atónitos ante la cautivadora voz de la emperatriz, nadie se atrevió a decir una palabra. Como niños avergonzados a quien la maestra reprende por olvidar sus obligaciones, bajaban la vista, incapaces de sostener la mirada ante la fortaleza de aquella mujer indomable, que acababa de mostrarles la verdadera dignidad que emanaba de la realeza. Como una marea que barre la costa con su espuma blanca, las acertadas palabras de Teodora se llevaron la desesperación que inundaba sus corazones, dejando en su lugar una nueva ilusión.

—Combatiremos.

Justiniano dejó escapar de sus labios el sentimiento que afloraba en todos ellos. Belisario se cuadró marcialmente ante él con renovado ímpetu, e incluso el depuesto Juan de Capadocia se mantuvo erguido, contagiado por el arrebatador impulso de esperanza.

—Reúne a las tropas —ordenó Justiniano—, cuando estén preparadas nos encontraremos de nuevo para concretar la estrategia a seguir.

El general se puso inmediatamente en camino, acompañado por el propio emperador, al que seguía Juan de Capadocia, como un cordero incapaz de separarse de su protector.

—Sublime —dijo el eunuco en cuanto se quedó a solas con la emperatriz—. No tengo palabras para vos, majestad. Yo mismo no

veía otra salida hasta que habéis intervenido.

—El ánimo no cambia las cosas, Narsés —admitió Teodora—. Nuestra situación sigue siendo desesperada, pero no podía permitir que saliera huyendo. Prefiero morir a ver cómo se derrumba poco a poco en el exilio. Sé que Justiniano no resistiría la vida lejos del trono, ni yo tampoco.

—Una guerra es una sucesión de batallas —aseguró Narsés—, acabáis de ganar la primera. Es un buen comienzo.

—Lo único que cuenta es ganar la última, y necesitaremos algo más que palabras. Tenemos muchas cosas en contra.

—Alguna de ellas en el propio palacio —indicó el eunuco recuperando el gesto serio—. Estoy convencido de que Marcelo fue el instigador del ataque a Belisario —mintió Narsés—. He ido descartando una por una todas las hipótesis, y la guardia es la única opción lógica que queda. Es la única explicación a la tibieza que ha mostrado durante toda la revuelta, y a su negativa a apoyar a Belisario con sus hombres.

—Debemos eliminarle —dijo Teodora, endureciendo las facciones de su bello rostro.

—Sería muy arriesgado. No da un paso sin rodearse de guardias y, por otro lado, su muerte podría empujar a sus hombres a tomar finalmente partido. Mientras se mantenga inactivo no deberíamos provocar la confrontación.

—El tiempo juega en nuestra contra, Narsés. Si le dejamos las manos libres será él quien elija cuándo y dónde golpear. Sin embargo, tienes razón. No podemos arriesgarnos a provocar una lucha en el interior del palacio, los rebeldes aprovecharían la ocasión para atacar.

—Ahora mismo no se me ocurre otra opción que vigilarle —insistió el eunuco.

—Hablaremos con Belisario al respecto —indicó Teodora—. Sé que no es de tu agrado, pero es un gran general. Tal vez pueda arrojar algo de luz.

—Permitidme disentir, mi señora. Creo que deberíamos probar con medios más convencionales —sugirió Narsés—, seguimos disponiendo de oro, y todo hombre tiene su precio.

—Marcelo espera conseguir algo más que oro —rechazó la emperatriz—, si tratamos de sobornarle lo tomará como una prueba de nuestra debilidad y podría acelerar sus planes. Sin embargo —añadió Teodora entrecerrando los ojos—, eso me ha dado una idea.

—¿Majestad? —apremió el eunuco.

—Hay muchas piezas en la coalición a la que nos enfrentamos, y una cadena es tan fuerte como el más débil de sus eslabones.

—Con todos los rebeldes en el hipódromo, el palacio apenas está vigilado —sopesó Narsés con gesto pensativo—. Podría distribuir a mis eunucos por la calle bien provistos de monedas. Con habilidad y un poco de suerte conseguirían avivar las antiguas rencillas entre verdes y azules, pero eso apenas sería una distracción.

—Siempre es mejor que nada —aseguró la emperatriz—, y en la situación a la que nos enfrentamos no sirve de nada escatimar el dinero. Gasta cuanto necesites, pero divídelos. Confío en ti.

—Sabré hacerme digno de vuestra confianza, majestad.

Los ensordecedores cánticos de victoria que llenaban el hipódromo se mezclaban con vítores clamorosos hacia el nuevo emperador, cómodamente sentado en el Kathisma.

Sobre las gradas del inmenso circo, en la arena, incluso en la *spina* central a cuyo alrededor galopaban las cuadrigas, el pueblo bailaba y reía, coreando la misma palabra por la que comenzaba a conocerse su revuelta, *Nika.* Un numeroso grupo, armado de cuerdas y lazos, se congregaba junto a las estatuas de Justiniano y Teodora que se levantaban en el muro central de la arena, cercanas a la estatua de Julián, auriga de los rojos, del Hércules moldeado por Lisipo y de la columna de tres serpientes enroscadas, antigua ofrenda de Delfos por la victoria de Grecia sobre los persas en Platea mil años antes.

—¡Mueran el tirano y su furcia!

Jaleados por la muchedumbre, derribaron las estatuas de bronce con rapidez, pateándolas una vez en el suelo hasta arrancar sus cabezas, que pasearon entre la multitud con gran alborozo de los asistentes.

Aislado de los respetables patricios que se congregaban en torno al nuevo emperador, Héctor se mantenía a un lado, observando el ceremonial desfile de senadores y aristócratas que bailaban de un grupo a otro, repartiéndose alegremente cargos y prebendas a espaldas de la marioneta que habían sentado en el trono.

Ajeno al bullicioso ajetreo que se desarrollaba en el hipódromo, Héctor dirigía disimuladamente su interés a la figura de Calopodio. Desde el primer momento, el *demarca* de los azules

se había mantenido a cierta distancia del resto de los conjurados, celoso de la primacía que Antlas parecía haber conseguido con Hypacio. Vencido Justiniano, la alianza de verdes y azules perdía su sentido. Al día siguiente la guerra entre las facciones comenzaría de nuevo, y Calopodio veía a su contrincante partir con demasiada ventaja.

La fría mirada que el *demarca* de los azules vertía sobre Antlas terminó de convencer a Héctor. Jugaría su última baza.

—Parece que todo va a terminar pronto —dijo el ateniense, aproximándose a Calopodio de la forma más casual que pudo simular.

—Eso parece —respondió el *demarca*, sin prestar mucho interés a la conversación.

—Hasta ahora no había tenido la oportunidad de hablar contigo a solas —insistió Héctor, tratando de atraer la atención de Calopodio—, no te había dado las gracias por salvar mi vida y la de mi familia.

—¿Tu vida? —se extrañó el dirigente de los azules.

—Los partisanos que dejaste al servicio de Valente —recordó Héctor, provocando un rápido asentimiento del *demarca*— llegaron justo a tiempo de sacarnos de encima a un grupo de asesinos enviados por Antlas.

—Tu antiguo amo es un hombre rencoroso —aseguró Calopodio, dirigiendo de nuevo su mirada hacia el lugar donde el *demarca* de los verdes conversaba con Hypacio.

—Me siento en deuda contigo —afirmó el ateniense con solemnidad—, y me siento obligado a corresponderte de igual forma.

—¿Haciendo qué? —despreció el *demarca*, sin volver siquiera los ojos hacia Héctor.

—Salvando tu vida.

Su última frase consiguió que Calopodio por fin le prestara atención. Con un parpadeo, como si no se fiara de sus oídos, el *demarca* volvió la cabeza sorprendido, contemplando el rostro serio de Héctor como si le viera por primera vez.

—¿Mi vida? —inquirió intrigado—. ¿A qué te refieres?

—Desde el ataque contra mi familia me oculto en casa de Valente —aclaró Héctor, tratando de imprimir a sus confidencias un cierto tono dramático—. Una noche escuché una conversación que no debería haber oído entre el senador y Orígenes.

Calopodio buscó rápidamente al citado entre las caras que abarrotaban el palco, hasta encontrar a Orígenes en mitad de un nutrido grupo de senadores, actuando como cabeza de la facción senatorial.

—¿Qué es lo que oíste? —preguntó el *demarca*, comido por la curiosidad.

—Hablaban del día de hoy —prosiguió Héctor, bajando el tono de voz para obligar a Calopodio a acercarse a él, atrayéndole a su terreno—, conversaban sobre cómo os utilizarían para que empujarais al pueblo a buscar a Hypacio y sentarle en el trono. Contaron multitud de detalles que después, con el transcurrir del día, he visto cómo se cumplían uno por uno. Después Orígenes comentó alarmado si eso no os haría a las facciones demasiado fuertes.

—¿Y? —apremió Calopodio.

—Valente le explicó cómo os matarían a ambos.

El *demarca* de los azules arrugó la frente, contemplando a Héctor con suspicacia.

—¿No esperarás que te crea?

—Puedo probar lo que digo —garantizó Héctor—, basta con que te acerques a hablar con Orígenes de forma privada. Te adulará un poco, y después te hará una valiosa confidencia. Te indicará un lugar donde podrás encontrar a Antlas esta misma noche para matarlo, aprovechando la concentración de los verdes en el hipódromo para librarte de él y echar la culpa a Justiniano.

Calopodio mantuvo unos segundos la vista fija en el ateniense, como si buscara en su rostro algo que le indicara si era merecedor de confianza. Después suspiró, dispuesto a probar la teoría de Héctor.

—Voy a hablar con él —anunció finalmente el *demarca*—, pero si me has engañado...

—Te he confiado el lugar donde se oculta mi familia —insistió el ateniense—. Si te he mentido siéntete libre de hacérmelo pagar.

Convencido por la elevada apuesta de Héctor, Calopodio se encaminó hacia el senador, manejándole con habilidad para quedarse a solas con él en uno de los lados del Kathisma.

Héctor contenía la respiración mientras los veía conversar, consciente de lo arriesgado de su apuesta. Si, por cualquier motivo, Orígenes sospechaba algo o esperaba a otro momento para hacer efectivos sus planes, Calopodio apenas necesitaría esforzarse para hacerle pagar su osadía. Se lo estaba jugando todo.

Tras angustiosos instantes, en los que Héctor tuvo que esforzarse por contener el creciente temblor que sentía en sus rodillas, el *demarca* regresó con semblante serio de su corta reunión con el senador.

—¿Dónde debería ser ese encuentro que antes asegurabas? —espetó Calopodio a bocajarro.

—En el Augusteon —respondió Héctor, implorando que Valente no hubiera cambiado el lugar a última hora.

Los ojos del *demarca*, fríos como dos témpanos de hielo, se clavaron en él, mostrando una creciente furia que hizo palidecer al ateniense. Finalmente, de la crispada boca de Calopodio surgió en un iracundo murmullo una escueta frase:

—Ese senador hijo de puta.

A punto de gritar de alegría, Héctor controló su agitado ánimo para mantener la compostura delante de Calopodio. Esta vez no dejaría escapar su oportunidad.

Apenas finalizada su charla con Héctor, un agitado faccionario informó a Calopodio de que alguien importante le esperaba en el cuartel general de los azules.

La primera idea que le vino al *demarca* a la cabeza era que Valente había cambiado sus planes para asesinarle en sus propias dependencias. Fue Héctor quien le convenció de que el astuto senador no apresuraría sus intenciones. Lo más probable era que mantuviera su idea de utilizarle para acabar primero con Antlas, por lo que resultaba insensato pensar que se tratara de un sibilino intento de eliminarle. A pesar de ello, acudió al encuentro fuertemente escoltado por medio centenar de partisanos armados hasta los dientes. Sin embargo, nada de cuanto había imaginado pudo evitar la sorpresa que mudó su rostro en el momento en que se encontró cara a cara con el desconocido.

—¡Narsés!

—Saludos, Calopodio —dijo el eunuco al tiempo que descubría su rostro, medio oculto tras la tela de una oscura capa que enmascaraba su figura.

—Estoy perplejo —reconoció el *demarca*—, jamás hubiera pensado que te atreverías a venir hasta aquí.

—Necesitaba encontrarme contigo y, en las circunstancias actuales, es poco probable que hubieses aceptado una invitación a palacio.

—Has cometido un tremendo error —aseguró Calopodio

mientras negaba con la cabeza—, me has concedido libremente una estupenda baza política. Entregarte al emperador atado de pies y manos me reportará un reconocimiento especial.

—¿Al emperador? —inquirió Narsés de manera inocente—, ¿te refieres a Hypacio?

—Por supuesto.

—¿Y piensas que ese usurpador te tendrá en estima sólo porque me entregues?

—No pierdo nada por intentarlo.

—Perderás una oferta como nunca has escuchado —puntualizó el eunuco con cierta indiferencia—, a la par que tu vida.

—No sabía que fuera tan popular —se mofó el *demarca*—, últimamente todo el mundo se preocupa por mi seguridad.

—No sé quién más se ha puesto en contacto contigo, yo hablo en nombre de la emperatriz.

—Me cuesta creer que la altiva Teodora pierda un segundo siquiera pensando en mí.

—¿Por qué no? ¿Acaso has olvidado que ella siempre os ha favorecido? —indicó Narsés levantando un dedo acusador—. Los azules no habríais gobernado la ciudad durante años de no ser por el apoyo que los emperadores, los legítimos gobernantes, os han concedido. Y en lugar de aprovechar la oportunidad la desperdicias aliándote con tu enemigo más acérrimo. Lo vas a perder todo, Calopodio.

—Eso está todavía por ver —replicó el *demarca*.

—Hypacio es sobrino del emperador Anastasio —recordó el eunuco—, y éste, pese a su pregonada independencia, bebía los vientos por la facción verde. ¿A quién crees que favorecerá ese necio al que habéis sentado en el trono? A Anastasio Dios lo castigó por sus pecados matándolo con un rayo, pero no creo que tengáis tanta suerte si Hypacio empuña las riendas del poder.

Calopodio frunció el ceño recordando la adulación que Antlas prodigaba al recién nombrado emperador, correspondida por aquél con visible alegría. Narsés tenía razón, por mucho que le costara reconocerlo era inevitable ceder ante su lógica. Sin Justiniano en el trono era más que probable que el gobierno de los azules sobre las calles de Constantinopla finalizara con rapidez.

—Supongo que no queríamos llegar a esto —se excusó el *demarca*—. Una cosa llevó a la otra.

—Lo sabemos —afirmó comprensivamente el eunuco—, por

eso la emperatriz me ha enviado a verte. Quiere que sepas que, a pesar de tu traición e indigno comportamiento, está dispuesta a darte otra oportunidad.

—¿Otra oportunidad? —repitió Calopodio, enarcando intrigado una ceja.

—Esos estúpidos —comentó Narsés, señalando con un gesto en la dirección en la que se encontraba el hipódromo— piensan que el emperador está acabado, que pueden cambiar al ocupante del trono apoyándose en la chusma. Son unos necios. Te encuentras en el bando equivocado, Calopodio. Sólo tienes que rectificar…

—Y volverme contra la ciudad entera —interrumpió el *demarca* con un bufido—, ¡estás loco! Sería firmar mi sentencia de muerte. No estoy tan ciego, Narsés. Estáis desesperados, dando palos de ciego en busca de un milagro que os salve, que te hayas atrevido a venir hasta aquí a solas lo demuestra. Pero no me arrastraréis al abismo con vosotros, prefiero arriesgarme a pelear por la supremacía con el nuevo emperador. Aún tengo bazas que jugar de las que ni siquiera tienes idea.

—No sería necesaria una postura de confrontación evidente —puntualizó el eunuco—, bastaría con que el grueso de tus seguidores se desmarcara silenciosamente. Saca a la mayor parte de tus hombres del hipódromo y deja unos pocos para aparentar que mantienes tu apoyo a Hypacio. En la euforia de vuestro supuesto triunfo nadie reparará en el número de azules. Únicamente te pedimos que te mantengas al margen.

Calopodio chasqueó la lengua, molesto ante la idea de seguirle el juego al castrado. Su presencia allí no hacía más que recordarle que los azules eran los perdedores de la jornada, independientemente de quién se llevara el triunfo a sus vitrinas en esa sangrienta carrera. Si vencía Hypacio apoyaría a los verdes, arruinando años de primacía de su facción, eso sin contar con que Valente, el verdadero artífice del infernal circo, le quería muerto. Por otro lado, si Justiniano conseguía sofocar la insurrección, subiría al cadalso acompañando a Antlas. Su futuro era demasiado negro para saborear la alegría que desbordaba el hipódromo.

—Te pido algo bien sencillo —insistió Narsés—. Puedes elegir el grado de compromiso sin arriesgar un ápice.

—O puedo entregarte a Hypacio y contemplar tus gritos mientras te torturan hasta la muerte —respondió el *demarca* con el semblante serio.

—Cierto —corroboró el eunuco con mirada desafiante.

Calopodio sostuvo la mirada a Narsés, aún indeciso sobre la opción que debía tomar. Ni siquiera sabía si podía confiar en el astuto funcionario. Podría estar vendiéndose a los perdedores a cambio de una vaga promesa que tal vez no pensaban cumplir. Sin embargo, la oferta era tentadora. Con un mínimo compromiso tenía la opción de ganar el perdón de Justiniano, en caso de que, milagrosamente, consiguiera un imposible. Por el contrario, como Narsés se había encargado de recalcar, nadie se fijaría si todos los azules se encontraban presentes en el hipódromo en el momento del triunfo. Su experiencia con las masas le garantizaba una vistosa ocupación con apenas cien o doscientos seguidores. Incluso podía aceptar la oferta del protegido de Teodora y luego traicionarle en caso de que las circunstancias resultaran favorables a Hypacio. Un plato demasiado tentador para rechazarlo.

—Aceptaré tus peticiones —confirmó finalmente Calopodio—. Creo que las ventajas que me ofreces superan a la satisfacción moral de verte desnudo sobre una parrilla.

—Es una sabia elección —sentenció Narsés con una sonrisa.

—Acompañadle de vuelta a palacio —ordenó el *demarca*, llamando a varios de sus fieles para que escoltaran al eunuco—, no quiero que algún exaltado entregue a Hypacio la presa que yo he dejado escapar. Y que vengan los *gramistai*, tenemos que coordinar la salida de nuestra gente del hipódromo.

Narsés ocultó de nuevo su cara bajo los pliegues de su capa y se despidió de Calopodio con un movimiento de cabeza antes de abandonar la estancia siguiendo a los partisanos azules. El *demarca* permaneció en la sala, reunido únicamente con el más fiel de sus oficiales, el mismo que había puesto al servicio de Valente junto a su grupo de faccionarios.

—¿Siguen tus hombres custodiando la casa del senador?

—Sí.

—Quiero que le lleves un mensaje a Héctor —informó Calopodio—. Se lo entregarás en mano personalmente y después volverás aquí. Vamos a dar una sorpresa a ese maldito patricio.

El partisano partió de inmediato a cumplir las órdenes, dejando a Calopodio a solas en la pequeña estancia. Tras aceptar la oferta de Narsés, el *demarca* lo había visto todo claro. Lo último que debía hacer era seguir el ninguneado papel que le ofrecían ambos contendientes. Actuaría por su cuenta, aprovechando que la atención de la ciudad se mantenía fija en la zona del hipódromo y el Gran Palacio.

Todos esos ignorantes le habían tratado como a un estúpido, incluido el propio eunuco. No pasaría mucho tiempo antes de que les hiciera pagar su error con sangre.

Sin alterar apenas su semblante, Justiniano escuchaba en silencio el relato del frustrado intento de Belisario de acabar con la rebelión con un golpe de mano. Dado que el palco imperial del hipódromo se conectaba con el propio palacio por medio de un pasillo, el general había tratado de acceder a él desde el interior, buscando capturar a Hypacio y descabezar así la revuelta. Sin embargo, su sorpresa fue mayúscula cuando un nutrido contingente de *excubitores* cerró el paso a sus hombres. Belisario había necesitado toda la paciencia que aún conservaba en su interior para evitar que sus hérulos se lanzaran sobre los guardias. Finalmente, la última opción de sofocar la revuelta con un solo golpe se había esfumado.

Justiniano escuchó toda la explicación sin interrumpir a Belisario. Ante el relato de su general, mantener la ilusión de lealtad de la guardia resultaba inútil, Marcelo había cambiado de bando, la única duda que restaba era saber hasta qué punto se encontraba implicado.

—¿Crees que se limitará a no hacer nada y obstaculizarnos o se alzará contra nosotros?

Las palabras del emperador simplemente expresaron en voz alta la pregunta que todos se formulaban internamente.

—Sus hombres no son rivales para nuestros mercenarios —negó Belisario con rotundidad—, tan sólo los *excubitores* son tropas profesionales, y apenas son unos cientos. Les superamos ampliamente en número y lo saben. Marcelo no es estúpido, mantendrá la ficción mientras no tenga segura la victoria. No puedo creer que arriesgue su vida de forma temeraria, para él es más sencillo esperar sentado a que los acontecimientos se resuelvan solos.

—Traidor.

Fue únicamente un susurro, pero en esa simple palabra Justiniano descargó toda la ira y la impotencia que se acumulaban en su corazón. Aunque el emperador había recuperado la serenidad tras la oportuna arenga de Teodora, sus ojos entrecerrados mostraban una mirada fría, como si pudiera contemplar el rostro de Marcelo flotando entre la niebla junto a él.

—Podríamos expulsarlos del palacio —sugirió Justiniano.

—Sería regalar tropas a Hypacio —desechó Belisario.

—En ese caso no queda otra opción que adelantarse a sus planes —aseguró el emperador mientras se encogía de hombros.

—Nos causarían muchas bajas —sopesó Belisario, elevando la vista hacia los mosaicos dorados que decoraban la cúpula de la estancia en la que se encontraban, como si buscara inspiración en las escenas de ángeles y santos que danzaban frente a sus ojos—, eso sin contar con la posibilidad de que los insurrectos aprovechasen la confusión del combate para asaltar el palacio sin oposición. Incluso en el mejor de los casos no ganaríamos nada —replicó Belisario—, debilitaríamos nuestras fuerzas sin enfrentarnos siquiera a los verdaderos enemigos. Mientras se mantengan al margen soy de la opinión de no dar el primer paso, salvo que me ordenéis otra cosa.

—¿Y qué alternativa nos queda?

—Los barcos siguen en el puerto —indicó Belisario—, aún podemos huir.

—¿Es eso lo que me recomienda mi mejor general?

—Es la única opción sensata —aseguró Belisario con un profundo suspiro—. Antes de comprobar con mis propios ojos la traición de los guardias meditaba un plan para sofocar la revuelta. Era arriesgado, pero al menos nos concedía una oportunidad. Ahora está todo perdido.

—¿Cuál era ese plan? —inquirió Justiniano con curiosidad.

—El hipódromo se encuentra atestado de rebeldes —explicó Belisario—, la euforia los habrá vuelto descuidados. Si la fortuna está de nuestro lado podríamos salir a través de las ruinas del Chalke en dos columnas, y converger por ambos lados del circo, atacando cada uno desde un extremo —añadió, juntando una mano contra la otra con fuerza, a semejanza de dos martillos que se encuentran—. Con mucha suerte atraparíamos a miles de ellos en un espacio reducido, donde su número no tendría ventaja.

—Para hacer eso tendrías que rodear las termas, y entrar por el extremo opuesto del hipódromo. Si te descubren antes de llegar y os cercan, no podréis volver. En el patio del palacio Dafne hay una puerta que comunica directamente con la arena, ¿no deberías entrar por ahí?

—Atacando desde un solo punto, incluso si consiguiéramos la victoria no seríamos capaces de someter a los rebeldes, pues tendrían la espalda libre para huir y combatir más adelante. Por el contrario, si nos derrotan, como ya han hecho por dos veces —

indicó Belisario—, no habrá manera de detenerles al retirarnos, y penetrarán en el corazón del palacio. Mi plan es arriesgado, pero contaba con que la guardia os protegería conduciéndoos hasta el puerto en caso de que fracasáramos. Ahora esa opción se ha esfumado. Si la victoria cae del lado de los rebeldes Marcelo no se arriesgará a indisponerse con ellos, os entregaría a Hypacio.

Justiniano asintió lentamente a la explicación estratégica de su general. Para sofocar la revuelta necesitaban una victoria sin paliativos, y mientras los insurrectos dispusieran de una vía de escape evitarían enfrentarse a los disciplinados hérulos, utilizando sus correosas tácticas urbanas. Todo parecía volverse en su contra. A cada paso el cerco se estrechaba más y más sobre él, dejándole el mar como única salida.

Había dejado de preguntarse la razón por la que el Señor le había vuelto la espalda, sencillamente, no era digno de Dios. El Todopoderoso le había puesto a prueba y él había fallado, tropezando con la primera piedra que encontró en el camino.

Con un suspiro, miró al rostro del expectante Belisario, preguntándose cómo sería la vida que le esperaba al otro lado del mar. Por un momento, deseó no haber sido cristiano, para que el suicidio no estuviera penado como el peor de los crímenes, y poder terminar allí mismo todo ese sufrimiento. Se imaginó a sí mismo en el suelo, cubierto de sangre, con una espada clavada en el pecho. La idea le atraía con intensidad, como si su conciencia hubiera tomado forma y le susurrara al oído que ésa era la única salida digna a su fracaso. Sólo tenía que acercarse a Belisario y pedir su espada, sería fácil, y rápido.

—Majestad...

La voz del general pareció sacarle de su ensimismamiento, disipando en un instante cualquier idea de suicidio. Negando con la cabeza, Justiniano se preguntó a sí mismo cómo había podido ser tan necio, cómo había sido capaz siquiera de contemplar la idea de cometer un pecado semejante. Durante un momento había perdido su fe en Dios, había vuelto la espalda a su religión y a su honor, dejándose llevar por la salida fácil, dejando que los cantos de sirena del demonio arrebolaran su mente, adueñándose de su pensamiento. No, no dejaría que nada ni nadie le separara de su fe. Aquello sólo era una prueba. El Señor le estaba tentando, dificultando su camino para comprobar si aquel al que había elegido para representarle era digno del inmenso don que solicitaba en sus plegarias. Dios había agigantado esa revuelta, lo había hecho para comprobar el alcance de su fe, y él había estado

a punto de derrumbarse. Pero no, ahora sabía cuál era el camino, ahora sabía que el Señor nunca le dejaría.

Su sueño seguía ahí, sólo debía tener fe.

—No huiré como un ladrón en la noche. Lucharemos. Si hay una opción, por remota que sea, debemos intentarlo —aclaró Justiniano—. Teodora tenía razón, alejado de la púrpura la vida carece de sentido. No abandonaré mi trono a un usurpador. Dios estará a nuestro lado y nos dará la victoria.

—¿Estáis seguro, majestad? —preguntó Belisario con cautela—. Una vez que salgamos os encontraréis a merced de la guardia. No habrá vuelta atrás, ni segundas oportunidades.

—Ésa es mi decisión —aseguró Justiniano.

El general asintió en silencio, justo antes de cuadrarse ante el emperador, saludando con firmeza. Cuando abandonó la sala, Belisario pensó que, si había de morir, al menos lo haría por un verdadero emperador.

Sentado en uno de los bancos de mármol que salpicaban los jardines del pabellón Dafne, Drías finalizaba la talla de madera que había iniciado el día anterior. Se concentraba en los movimientos de su cuchillo tratando de calmar su agitación, ignorando el exacerbado griterío que surgía del hipódromo, cuyos altos muros se erguían ante él. A su espalda, un centenar de mercenarios le observaban con admiración, preguntándose en voz baja cómo podía su oficial sentarse tan tranquilo frente a ese iracundo gigante de piedra que parecía a punto de cobrar vida para engullirlos.

El hérulo sopló las pequeñas virutas que se acumulaban sobre la superficie de su pequeña obra, deslizando los dedos por encima para eliminar los últimos restos de material, al tiempo que comprobaba con una mueca de disgusto la escasa calidad del acabado.

—Voy a necesitar un par de días más —murmuró, entregándose de nuevo a la tarea.

Un violento golpe consiguió que elevara la mirada, desatendiendo por un momento la talla para contemplar las grandes puertas de bronce que se alzaban al otro extremo del patio, clausurando la entrada directa que comunicaba el Gran Palacio con la arena del hipódromo.

—¡Sal de ahí, cerdo!

El grito se escuchó con toda claridad desde el interior del patio,

haciendo que la tropa de Drías se agitara de manera involuntaria, delatando su nerviosismo con el tintineo de los aceros y el crujir de las juntas de sus armaduras.

Drías suspiró con fuerza tratando de retomar su minuciosa tarea, consciente de que transmitía su propia calma a sus hombres. Ningún grupo de exaltados, por grande que fuera su número, sería capaz de amenazar la solidez de las broncíneas hojas que se alzaban bajo la estructura resplandeciente del Kathisma. Probablemente los faccionarios ni siquiera tenían intención de asaltar esa entrada, tan sólo se desgañitaban, coreando obscenidades contra el emperador. Con sus inútiles golpes mostraban el desprecio que sentían por el que ya no consideraban su emperador, así como la exaltación de su ánimo.

Un nuevo impacto arrancó un grave sonido metálico de las grandes hojas, desviando la atención de Drías lo suficiente como para provocar una muesca en su delicada obra.

—¡Jodidos labriegos! —exclamó el hérulo, repasando con el índice el diminuto hueco dejado por el cuchillo, comprobando la profundidad del corte—. ¡Así no hay quien trabaje!

Depositó la talla a medio terminar sobre el banco de mármol, guardó el cuchillo y dejó caer la barbilla sobre sus manos, contemplando fijamente la estatua de Dafne que se erguía sobre la fuente central del patio y daba nombre al pabellón, así como la cuidada vegetación que le rodeaba. El suave frescor que emanaba de la hierba, rodeada por setos alineados de rosales, componía una visión idílica de ese lugar, como si se tratara de un pedazo de los Campos Elíseos, arrancados del reino de Hades para acoger a las almas de los justos. Era el único lugar de la mitología griega que Drías conocía. En su mente, aquel paraíso cruzado por el río Leteo, cuyas aguas hacen olvidar a quienes las beben los males de la vida, se encontraría colmado de ninfas desnudas correteando entre bosques de arrayanes cubiertos de bayas. Sin embargo, su vergel particular se encontraba vacío, con los pequeños árboles frutales convertidos en las columnas alineadas del pórtico que rodeaba el patio.

Esperaba a Belisario. Poco antes habían intentado asaltar el palco imperial, pero los malditos guardias les habían impedido el acceso. El general se fue a avisar a Justiniano de la flagrante traición que se forjaba en el interior del Gran Palacio, aunque antes ordenó a Drías formar con rapidez a los mercenarios, emplazándole en aquel patio, asegurando que se reuniría con él tras recibir las últimas órdenes de Justiniano.

Sonrió al pensar lo que diría Arzés si le viera al frente de una unidad. Si estuviera a su lado Drías le invitaría a abrir esa maldita puerta de bronce para divertirse un rato aporreando rebeldes. Su compañero le habría tratado de loco, pero habría luchado junto a él sin importarle cuántos enemigos tuviera enfrente. Así era Arzés, áspero, listo como el hambre, leal y sólido como la roca. El mejor hombre que había conocido.

Un profuso entrechocar de armaduras le hizo volver la cabeza. Sus hombres se cuadraban marcialmente ante la aparición de Belisario, que surgía de uno de los pasillos laterales que desembocaban en el patio, caminando a grandes zancadas hasta el centro del jardín acompañado de Mundo, el general que Justiniano había puesto a su lado durante la revuelta para auxiliarle en su tarea.

—Entrarás por la puerta Nekra —indicó Belisario, mostrándole a Mundo las posiciones de las distintas fuerzas por medio de toscos movimientos de sus manos—. Por ahí es por donde sacan a los aurigas muertos en las carreras, así que tendrás acceso directo a la arena por el lado norte.

—Si encuentro resistencia podrían bloquearme la entrada antes de darme tiempo a desplegar la columna —alegó Mundo con preocupación.

—Yo iniciaré el combate —aclaró Belisario—. Asaltaré el lado sur por las entradas laterales del palco. Eso atraerá la atención de cuantos se encuentren en el recinto. Espera a que tu lado se vacíe. Tendrás unos instantes para formar a los tuyos antes de que se den cuenta de la maniobra.

—¿Aguantarás tú solo el peso del combate? —inquirió Mundo, enarcando una ceja con escepticismo.

—Sólo el tiempo suficiente para facilitarte las cosas —apuntó Belisario—. Calcula bien el momento, si tardas demasiado nos barrerán, y si entras antes de tiempo te bloquearán en el pasillo de acceso.

—Si tú cumples tu parte yo haré otro tanto —afirmó Mundo.

—Que el Señor te guíe —dijo Belisario.

—Me guiará mi espada —replicó Mundo con una sonrisa, palmeando el hombro de su compañero antes de partir a grandes zancadas, abriéndose paso por en medio de la apiñada formación de hérulos.

—¿Has reunido a todos tus hombres? —preguntó Belisario al fijarse en la unidad de Drías.

—Hasta el último —confirmó éste—. Están deseando combatir, y yo también.

—No te preocupes. Esta noche vas a saciarte —anunció el general.

Drías asintió esperanzado, confiando en la finalización de su tediosa espera. Sin embargo, antes de poder interrogar a Belisario sobre el plan a seguir, varias figuras atrajeron su atención. Desde el otro lado del patio, tres mujeres se adelantaban con paso sereno, acercándose parsimoniosamente hasta el punto donde se encontraban. Teodora, envuelta en su mejor clámide y tocada con un espectacular manto púrpura bordado con hilo de oro y plata, se encaminaba directa hacia ellos, flanqueada por dos bellas damas de compañía, apenas visibles bajo sus holgadas túnicas anaranjadas.

—Majestad —se sorprendió Belisario, cuadrándose aparatosamente al tiempo que saludaba con una inclinación de cabeza—, deberíais permanecer en vuestros aposentos, aquí no estáis segura.

—No hace falta ser tan condescendiente —aseguró la emperatriz—, no tengo intención de aguardar encerrada en el palacio ajena a cuanto sucede. Quiero saber cuál es la decisión de mi esposo.

—El emperador nos ha ordenado realizar un último intento —anunció Belisario, tratando de imprimir a su voz toda la confianza que fue capaz de reunir—. Me disponía a formar a las tropas para el ataque.

Teodora se aproximó al general, clavando su inquisitiva mirada en el rostro de Belisario, examinando los sentimientos que delataban los ojos del militar mientras las tiras de perlas de su corona arrancaban finos destellos con cada movimiento.

—Es difícil triunfar en la batalla cuando el ánimo flaquea —comentó finalmente la emperatriz con un suspiro—. No veo en mi mejor general la voluntad de antaño.

—Tengo fe en la victoria —replicó Belisario con firmeza—, pero, desgraciadamente, aunque la fe mueve montañas, puede que no baste para salvar la situación.

—Me gustaría que compartierais esos pensamientos con alguien que no entiende de estrategia militar.

—La guardia no es todo lo leal que debiera —aclaró Belisario con un suspiro de resignación—. Una vez que salga con mis hombres estaréis a su merced. Necesitamos sorprender a los

rebeldes, actuar con rapidez para tomar posiciones ventajosas, contenerles mientras rodeamos el hipódromo y derrotarles de manera decisiva. Todo ello mientras confiamos en que la guardia no tome ninguna iniciativa contraria a nuestros intereses ni a ningún otro grupo de enemigos se le ocurra atacar el palacio mientras se encuentra desguarnecido. Basamos nuestras esperanzas en demasiadas hipótesis para pasar por alto lo desesperado de nuestra situación.

—Y aun así estáis dispuesto a dar la vida por nosotros —apuntó Teodora con suavidad.

—Juré lealtad a mi emperador —indicó Belisario con un punto de orgullo en la voz—, y mantendré mi palabra.

—Semejante fidelidad será merecedora de recompensa —auguró la emperatriz—. Partid, y regresad con la victoria.

—Dios os guarde, majestad.

—En Él confío —añadió Teodora—, aunque seguro que el Altísimo agradecerá que le echéis una mano en esa tarea.

Belisario asintió con una sonrisa, acercándose a Drías, quien se había separado prudencialmente mientras se desarrollaba la conversación.

—Permanecerás aquí con tu unidad para proteger a los emperadores —ordenó al hérulo.

—¿Cómo? —replicó Drías, incrédulo por lo que acababa de escuchar—. ¡No pienso quedarme a hacer de niñera! Mi puesto está en la batalla.

—¡No es momento de discusiones! —se enfureció Belisario—. No puedo confiar en nadie más. Si fracasamos tendrás que abrirte camino combatiendo hasta el puerto y poner a Justiniano y a Teodora a salvo en un barco.

—¡Maldición! —gritó Drías, dándose la vuelta, tentado de arrojar violentamente al suelo su casco—. ¡No puedo creérmelo! ¡Malditos sean todos los dioses!

—Cálmate, por el amor de Dios —pidió Belisario, sujetando el brazo del mercenario con firmeza.

El hérulo apretó los dientes, conteniendo la furia que le consumía. Por mucho que protestara sabía que no tenía alternativa. De no ser por el aprecio que su general le profesaba tras salvar su vida la noche de la emboscada ni siquiera le habría tolerado aquel acceso de ira. Sin embargo, la paciencia de Belisario tenía un límite y la prudencia incitaba al mercenario a no traspasar la línea.

—Me quedaré —cedió Drías al fin, bajando la vista al suelo con visible decepción.

—Mantén agrupados a tus hombres en torno a este pabellón —ordenó el general, que aún ejercía presión sobre el antebrazo del hérulo, recalcando con ello la firmeza de sus intenciones—, y por el amor de Dios, no hagas ninguna locura.

El mercenario acató las órdenes en silencio, asintiendo con la cabeza. Belisario permaneció todavía unos segundos junto a él, como si estuviera dilucidando sobre la conveniencia de dejar allí al enfurecido Drías. En cualquier caso, se enfrentaban a una situación demasiado complicada como para disponer de otras opciones. Alzando una ceja en un escueto gesto de aprobación se despidió del hérulo y abandonó el patio con rapidez tras saludar cortésmente a Teodora, que mantenía la vista fija en Drías con una mezcla de asombro y curiosidad en la mirada.

Teodora se aproximó al germano con cautela, observando cómo éste aprisionaba su casco entre las manos como si pugnara por aplastar la cabeza de un enemigo. Las damas de compañía que la escoltaban se mantenían prudentemente detrás de su señora, temerosas de acercarse al furibundo mercenario, que mantenía la vista fija en su yelmo mientras murmuraba toda clase de insultos indescifrables en su lengua germana.

—Es evidente que no te complace el puesto que te han asignado —comentó Teodora, contemplando al hérulo con detenimiento, observándole con altivez y curiosidad.

—No es que no aprecie el honor —replicó Drías, conteniendo sensatamente su enfado al tiempo que se cuadraba ante Teodora —, pero soy un guerrero, no un celador.

—Comprendo tu estado de ánimo —murmuró la emperatriz—, pero no debes desesperar, siempre habrá una manera de aprovechar ese fuego que te consume.

—Me encantaría que fuese así —aseguró el hérulo—, daría un brazo por entrar en acción.

—¿De cuántos soldados dispone tu unidad? —preguntó Teodora con tono casual.

—Un centenar.

—La guardia os supera en proporción de cinco a uno —anunció la emperatriz con un rápido cálculo—, contando tan sólo a los *excubitores*. Si Belisario es derrotado tu pequeño grupo no será capaz de mantenernos a salvo.

—El general vencerá —afirmó Drías con rotundidad—, a pesar

de su número esos piojosos no dejan de ser labriegos. Y, en cualquier caso, no esperaré sentado a que me rodeen esos traidores. Si se produjera un desastre nos abriríamos paso hasta el puerto.

—Es posible, aunque salvar la vida no creo que sea la máxima aspiración de ninguno de los dos, ¿no es cierto?

Entrecerrando los ojos, Drías miró fijamente a la emperatriz. La rapidez con la que aquella mujer había sabido leer en su interior le causó un escalofrío. ¿Tan evidente era su desprecio por la vida? ¿Tan sencillo resultaba adivinar que el hiriente fuego del odio le quemaba por dentro con tal furia que la muerte no supondría otra cosa que un alivio? No concebía que Teodora pudiera albergar un sentimiento parecido al que le devoraba.

—Cuando es un gobernante quien muere, pierde algo más que la vida.

—Es cierto —admitió Teodora, sosteniendo la fría mirada del hérulo al tiempo que alzaba el rostro, sin dejarse intimidar por la elevada estatura del soldado—, con él desaparecen el poder, los lujos, la riqueza y la gloria.

—Eso es algo que no saborea nadie de mi clase —afirmó Drías con dureza.

—¿Piensas que por ello os resulta más fácil aceptar la muerte? ¡Pobre ignorante! ¿Crees que nací reina? Soy hija del hipódromo. Vengo de un mundo mucho más oscuro que el tuyo, de una vida en la que ni siquiera tienes la opción de descargar a tajos la impotencia y la humillación que te inflaman el pecho. Sobreviví sola. Nunca tuve un hermano de sangre que me acompañara, ni un escudo que se pusiera a mi lado. Crecí luchando. Tal vez usé armas distintas a las que utiliza un hombre, pero eso sólo hace que la pugna sea aún más difícil, mi corazón es igual que el tuyo. Escapé de la miseria siendo una niña y desde entonces juré que nunca volvería a verme desahuciada. Créeme, soldado, cuando te digo que temo más perder el trono que la vida.

Drías bajó la cabeza, incapaz de soportar el fulgor de aquellos ojos que mostraban una tenacidad imposible de adivinar en un cuerpo aparentemente tan frágil. Tras dos duras campañas, años de combates y varias grandes batallas nunca pensó que se sentiría abrumado por la fortaleza que exhibía una mujer.

—Supongo que ahora estamos en manos del destino —acertó a decir el hérulo, encogiéndose de hombros como si no tuviera otra opción que aceptar el devenir de los hechos.

—Cada uno se forja su destino —replicó Teodora.

El mercenario volvió a levantar la vista, sorprendido al descubrir una ligera sonrisa en el atractivo rostro de la emperatriz.

—Podemos esperar a que llegue el futuro —continuó ella con voz suave—, como el pescador que asocia su vida a la marea. O podemos levantarnos en busca de nuestra propia fortuna.

—¿Y cuál es la alternativa a esperar que Belisario consiga derrotar a los rebeldes? —preguntó Drías, intrigado por saber cuál era la acción que encerraba la enigmática metáfora.

—Si Marcelo muere antes de dar sus órdenes la guardia dejará de ser un peligro. No tomarán partido sin un jefe que les guíe —explicó Teodora con simplicidad.

—Al general no le gustaría que diera el primer paso —sopesó Drías, recordando las estrictas órdenes recibidas de Belisario—. Tenía razón al pensar que es demasiado arriesgado. Podríamos despertar a la bestia.

—En ese caso nos llevará la marea. De todas formas, Belisario ya no está aquí para decidir, ¿no crees?

No fueron las palabras las que convencieron a Drías para saltarse el mandato de su general y poner en marcha su loco plan. Fue la firme resolución que leyó en los ojos de Teodora lo que le impulsó a arrojarse al vacío.

—¡Mi señor *iatroi*!

Dejando a un lado la caña de escribir, Aecio se dirigió a la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó, en cuanto abrió.

—Precisamos de vuestra ciencia —explicó el sirviente—. Se trata del hijo de una invitada a la que el senador se comprometió a cuidar mientras su esposo se encuentra ausente.

—Llévame hasta él —urgió el médico.

Guiado por el sirviente, Aecio se adentró en uno de los patios de la villa, en la zona donde se concentraba la servidumbre. Acercándose a una de las puertas que se abrían directamente al atrio, el llanto de un niño llegó a los oídos del médico, creciendo en intensidad a medida que se aproximaban a la estancia. Una vez junto a la puerta, el sirviente llamó con determinación antes de empujar la hoja.

—He traído al *iatroi* —comunicó a quien esperaba dentro, haciéndose a un lado para dejar paso al médico.

Al entrar en la modesta estancia, amueblada únicamente por un amplio lecho con un arcón a sus pies, junto a un gran brasero de bronce que iluminaba la sala, Aecio se encontró con una mujer, que acunaba a su pequeño hijo en brazos, tratando de tranquilizarle mientras el niño lloraba con fuerza. Se trataba de la misma mujer a la que había encontrado en el patio.

—Gracias por venir —dijo ella—. Mi hijo lleva llorando demasiado tiempo. No sabía qué hacer, y recordé que erais médico.

Aecio recogió al niño de brazos de su madre, le depositó con cuidado sobre el lecho y le despojó de la tela en la que estaba envuelto.

—¿Qué tiempo tiene? —preguntó el médico, mientras examinaba sus extremidades.

—Lo desciñté hace tres meses —respondió ella, refiriéndose a la costumbre de envolver en cintas apretadas a los recién nacidos durante los dos primeros meses de vida—. Ha comenzado a llorar hace unas horas, y no ha parado desde entonces. Tan sólo se ha calmado un rato mientras le daba el pecho, pero poco después ha continuado llorando.

—Se calmó al tomar el pecho —repitió Aecio.

El médico recogió al niño y lo aproximó al brasero, colocándolo de forma que pudiera observar el interior de su boca a la luz del fuego.

—Tiene irritada la garganta —confirmó Aecio tras el examen —. Debe de dolerle, y eso es lo que provoca su llanto. A su vez, llorar irrita aún más su garganta, por eso no para. No es grave. Normalmente recomiendo beber zumo de cebada, o aplicar un emplasto de comino asado mezclado con agua. Pero, en el caso de un niño tan pequeño, lo mejor será darle a beber agua con miel. Que la succione poco a poco a través de un paño. Eso le calmará la irritación.

—Lamento haberos molestado por tan poca cosa —exclamó la madre con alivio—. No sé cómo no me he dado cuenta. Tengo tantas preocupaciones en la cabeza que únicamente he sabido ponerme nerviosa.

—No ha sido ninguna molestia —aseguró Aecio—. Estoy encantado de ayudar. Con la insurrección que estamos viviendo todos tenemos la mente en otra cosa, pero aquí estamos a salvo.

—Mi esposo está ahí fuera —explicó ella, mientras envolvía al niño nuevamente en su ropaje—. Y no puedo quitarme de la

cabeza la idea de que no voy a verlo más.

—Seguro que está bien —la tranquilizó el médico—. Volverá pronto. Rece por él, eso la calmará.

—Sólo espero que Dios me escuche.

—Lo hará, estoy seguro.

—Gracias por todo —dijo ella.

Con una sonrisa, Aecio se despidió de la mujer, y dio instrucciones al sirviente que le había guiado hasta allí para que le entregara el aguamiel a la madre. No fue hasta que regresaba a su habitación cuando se dio cuenta de que, en esta ocasión, tampoco le había preguntado su nombre.

Desde lo alto de la *spina* que dividía la arena, un nutrido grupo de partisanos verdes orquestaba los continuos cánticos de la muchedumbre, intercalando los desaforados gritos de «*Nika*» con empalagosos halagos dirigidos al nuevo emperador. Poco antes, un esclavo había conseguido escapar de palacio con la asombrosa noticia de que Justiniano había huido de la ciudad. Ahora, el imperio tenía un nuevo gobernante, Hypacio, uno al que la multitud alababa mientras se entregaba a la bebida y la danza sobre la arena.

Subido en precario equilibrio sobre la escultura de bronce de un hipopótamo que luchaba con un cocodrilo, uno de los oficiales de la facción dirigía con mano experta las aclamaciones, ajeno al mitológico significado de su metálica montura. En cada pedestal que se erguía sobre el muro de mármol, las estatuas de los famosos aurigas que habían encandilado al público de Constantinopla se veían convertidas en improvisados asideros de exaltados, que empuñaban gigantescas banderolas de color oliva que ondeaban al viento. Las broncíneas efigies de Julián, Faustino, Porfirio y Constantino, con la palma en una mano y la corona o el látigo en la otra, desaparecían bajo los cuerpos de los faccionarios, que únicamente respetaban dos de las cinco estatuas de Porfirio, las que los propios verdes habían erigido.

Desde el palco, Antlas se regodeaba en su victoria, embelesado con las muestras de afección que el pueblo prodigaba a los verdes. Sin embargo, en el culmen de su éxito una sombra impedía que su dicha fuera completa, Héctor. El simple recuerdo de su nombre consiguió que Antlas endureciera las facciones del rostro. Ese traidor había logrado lo que años de lucha con los azules no habían podido, dividir a los verdes. Miles de personas le seguían,

aclamando a su nuevo ídolo, el bendecido por Dios. El pueril atractivo religioso que despedía ese farsante embaucaba incluso a muchos de los miembros de su facción.

Como si hubiese sido capaz de leer su mente, Orígenes había aprovechado una breve ausencia del nuevo emperador para aproximarse hasta Antlas y ofrecerle la posibilidad de acudir a una cita con Héctor, una en la que el ateniense encontraría la muerte. Si bien aceptó inicialmente el sorpresivo regalo, ahora el *demarca* meditaba ese compromiso con más tranquilidad.

Entendía las razones que impulsaban al senado a deshacerse de Héctor. Los patricios no consentirían que un pagano con ideas tan revolucionarias mantuviera semejante influencia entre el populacho. Además, su muerte se consideraría el justo castigo a la devastadora violencia descargada contra la aristocracia, llevada a cabo por la chusma en borreguil seguimiento de las consignas del ateniense.

Sin embargo, Antlas no sería una pieza más en manos de los senadores. Los patricios le ofrecían la oportunidad de matar a Héctor como un favor, pero le estarían cargando a él con la responsabilidad de su asesinato a ojos del pueblo. Si quería derrotar a Calopodio, le acuciaba conseguir que el vulgo creyera que la muerte de su bendecido había sido orquestada por los azules. Esa jugada maestra no sólo le libraría del sucio traidor a quien tanto odiaba, sino que le conseguiría el apoyo de toda la ciudad.

Con este plan en mente, acudir a la cita orquestada por Orígenes se tornaba inútil. Se desharía de Héctor, pero lo haría a su manera.

—¿Me habíais mandado llamar?

Una voz gutural le sacó de su ensimismamiento. Antlas se levantó con un sobresalto, observando al hombre que se había situado a su lado, tan silencioso como un ave rapaz que se aproxima a su presa. Envuelto en una tosca capa de color pardo, el recién llegado mantenía el semblante serio, con sus oscuros ojos clavados en el rostro del *demarca*. Su delgada figura ocultaba unos músculos de acero, templados en innumerables contiendas callejeras con miembros de la facción contraria. Sin embargo, Tasio no lucía las insignias de los verdes en los hombros de su túnica, pues el único color que seguía era el del oro.

—Sí, Tasio —confirmó el *demarca*, en cuanto reconoció al recién llegado—. Tengo un encargo para ti, pero será mejor que

nos alejemos un poco.

Tasio asintió levemente, y siguió a Antlas fuera del palco, cruzando los densos grupos de patricios que se concentraban en el Kathisma hasta una de las dos puertas laterales de bronce que lo comunicaban con las gradas de las facciones.

—¿Sabes quién es aquel al que llaman el bendecido?

Tasio asintió sin despegar los labios, fruncidos en una tensa mueca.

—Quiero que te ocupes de él.

—Saldrá caro —indicó el asesino.

—Te daré treinta sólidos de oro —ofreció Antlas.

Tasio enarcó una ceja al escuchar la desorbitada cantidad, aceptando el encargo con un simple gesto de cabeza.

—Tiene dos condiciones —advirtió el *demarca*, recabando la atención del recién contratado—. Ha de hacerse hoy, como muy tarde por la noche. La euforia llenará las calles de gente y en medio del fervor de sus seguidores podrás acercarte lo suficiente para cumplir el encargo y huir después, ocultándote en el gentío.

—¿Y la segunda? —preguntó Tasio.

—Disfrázate con ropas típicas de un partisano azul —pidió Antlas—, y mátale de una sola puñalada, como ellos se precian de hacer.

Asintiendo de nuevo, Tasio marchó a cumplir su cometido sin necesidad de intercambiar más palabras, seguido por la mirada del *demarca*, el cual sonreía de placer mientras paladeaba el triunfo que ya casi podía tocar con las yemas de los dedos.

Apostado bajo los soportales derruidos del final de la calle Mese, Miguel se distraía arrojando pequeñas piedrecillas al interior de una tinaja rota, producto del saqueo a una de las tiendas que antes salpicaban la amplia avenida.

Una vez cumplido su encargo, llevar a Hypacio sano y salvo al foro de Constantino, el fanático seguidor de Héctor había sido recibido por su idolatrado líder con sorprendente frialdad. Sin alcanzar a comprender qué es lo que había hecho mal para ser tratado con desdén por el bendecido, Miguel lo había achacado a su brusquedad con el senador, sobre todo al observar cómo era coronado como nuevo emperador de los romanos. Tras ser escogido por Héctor para comandar una misión importantísima, el único sentimiento que albergaba el albañil era el de la derrota.

Había decepcionado a la persona a la que más admiraba. Ese pensamiento martilleaba en su cabeza una y otra vez, mientras repasaba con minuciosidad los detalles de su cometido en la villa de Hypacio, preguntándose en qué momento había fallado tan estrepitosamente.

Angustiado y deprimido, lo último que le apetecía era unirse a la fiesta que se desarrollaba en la arena. Tras escoltar con su grupo al bendecido hasta la residencia de Valente, envió de vuelta a sus hombres al foro de Constantino, con el resto de los seguidores del ateniense, mientras él vagabundeaba en torno al gran circo, absorto en sus pensamientos.

Se había detenido al final de la gran avenida de la ciudad, donde contempló la derruida estructura del Chalke al otro lado del foro, recordando la noche en la que ardió, extendiendo el fuego de la justicia a cuantos edificios se encontraban cerca. Fue en esa noche mágica cuando descubrió al hombre, al bendecido por el Señor, el momento en el que juró seguirle adonde quiera que fuese. Mientras la noche comenzaba a caer, desdibujando con su manto oscuro las siluetas de los monumentales edificios, Miguel rememoraba aquel instante, el comienzo de la que sería la mejor semana de su vida.

Como muchos de los *oikodomos*, los miembros del gremio de albañiles, Miguel se había sumado a la llamada de las facciones al comenzar la revuelta. Algunos lo hacían por su afiliación a verdes o azules, otros para protestar por los altos impuestos o la mala calidad del pan, pero él simplemente se dejó llevar. Cuando el *protomaistor*, el jefe del gremio de albañiles, hizo el llamamiento a sus integrantes para sumarse a la revuelta, Miguel se unió a sus compañeros sin una idea clara de por qué se echaba a la calle. En realidad, no fue hasta que escuchó las palabras de Héctor cuando todo comenzó a tener sentido. Fueron los ardientes ideales que el ateniense proclamó en el foro los que despertaron el fuego en el corazón de Miguel. Al hilo de sus palabras, la verdad apareció ante sus ojos, tan nítida que no alcanzaba a comprender cómo había podido pasarla por alto hasta el momento. Desde ese instante, ya no hubo dudas, Héctor era el bendecido, la muestra de que el Señor aún se acordaba de su pueblo, el hombre que Dios había elegido para guiarlos hacia la libertad. Y, precisamente cuando el propio Héctor le concedió su confianza, él le había fallado.

Absorto en su memoria, tardó tiempo en percatarse del apagado ruido metálico que llegaba a sus oídos. Levantó la cabeza, extrañado, y se frotó los ojos en un intento de discernir si lo que

estaba viendo era real o un producto de su imaginación. En silencio, formando apretadas filas, las tropas de Justiniano se deslizaban por la derribada puerta del Gran Palacio, caminando despacio para minimizar el ruido de sus pasos. Aprovechando el solitario comienzo de la noche, los mercenarios del emperador realizaban un último intento de sofocar la rebelión.

Miguel se puso en pie de un salto, mirando a uno y otro lado, incapaz de creer que nadie más se hubiera dado cuenta de la marcha de los soldados. Pero en las cercanías de la plaza únicamente se veía la silueta de unos pocos viandantes, rebeldes ebrios procedentes del hipódromo, bamboleándose mientras caminaban de un lado a otro en busca de más vino, o sombras furtivas que aprovechaban el comienzo de la noche para cruzar la ciudad al amparo de su negro manto. Nadie parecía reparar en la creciente columna armada que vomitaba las entrañas del palacio.

—¡Tengo que avisar a Héctor!

Con el corazón palpitando desaforadamente, Miguel partió a la carrera hacia la villa de Valente, anhelando que la noticia fuera suficiente para que Héctor pudiera perdonar sus fallos anteriores y le premiara de nuevo con su confianza.

—¿Estás seguro?

Héctor asintió con la cabeza, mostrando toda la firmeza que era capaz de expresar. Cuando regresó a la villa de Valente, siguiendo las instrucciones transmitidas por Calopodio, se había dirigido en primer lugar a la estancia donde se encontraba su familia. Encontró a Penélope tan nerviosa que apenas pudo convencerla para permanecer en el pequeño dormitorio. Incapaz de soportar la tensión producida por las continuas ausencias de su marido, Penélope se ofuscó en la idea de acompañarle adondequiera que fuese, intentando convencerle para huir aprovechando la noche.

Sin embargo, a pesar de la aparente cordialidad y cortesía con la que el senador trataba a su familia, Héctor intuía que su mujer se encontraba estrechamente vigilada por los criados de Valente. Cualquier intento de abandonar la villa sin la autorización del influyente patricio hubiera desatado una más que previsible reacción por parte de los hombres que custodiaban el recinto. Por mucho que le doliera admitirlo, hasta que su plan funcionara con Calopodio debía evitar cualquier confrontación con el senador, y eso implicaba mantener a Penélope quieta en sus aposentos.

Tras una avalancha de argumentos, el ateniense había conseguido quebrar la firme voluntad de su adorada esposa, convenciéndola para esperar donde se encontraba, más por el convencimiento de que los acontecimientos se habían precipitado y el final se hallaba próximo que por las razones de seguridad esgrimidas por Héctor.

—Me quedaré —aceptó finalmente ella, resignándose con un profundo suspiro—, pero ésta será la última noche. Mañana me llevaré a Platón lejos de esta cárcel.

—Te prometo que no saldrás sola —aseguró Héctor, mirando fijamente los bellos ojos de su mujer—, estaré a tu lado, y nunca más nos separaremos.

—Si no te amase tanto te odiaría con toda mi alma —dijo Penélope, abrazándole con fuerza—. Ten cuidado.

—Volveré antes de que despiertes.

—Eres tonto si piensas que podré dormir esta noche.

Héctor sonrió y la besó con dulzura. Dirigió una última mirada a su hijo, dormido plácidamente sobre uno de los lechos, y abandonó la estancia dispuesto a poner en práctica la parte final de su arriesgado plan.

Mientras se encaminaba a los aposentos de Valente repasaba de forma minuciosa los entresijos de su improvisada obra. Tras embaucar a Calopodio indisponiéndole contra el senador, esperaba que el *demarca* se presentara en la villa esa misma noche, y aún no tenía claro cómo debía manejar la situación para garantizar la libertad de su familia. Pese a su nerviosismo, no le quedaba otra opción que improvisar.

Unos criados con los que se cruzó le informaron de que el senador se encontraba en el patio principal, supervisando la reparación de una de las columnatas laterales, cuyo exquisito suelo alfombrado de mosaicos había perdido algunas teselas, debido al continuo trasiego de personas y a un mantenimiento negligente. Cuando alcanzó el patio, Héctor descubrió a su anfitrión entre sirvientes encorvados, que iluminaban el suelo con lucernas para que su señor marcara las zonas que debían ser levantadas, mientras uno de sus eunucos caminaba tras él tomando nota mentalmente de cuanto ordenaba su amo.

—Espero no interrumpir nada importante —comentó el ateniense, forzando una sonrisa

—¡Héctor! ¿Qué haces aquí? —preguntó el senador con extrañeza—, deberías estar en el hipódromo con tu gente,

aclamando al nuevo emperador.

—¿Te refieres a Hypacio, tu marioneta? Ya hay suficientes voces regalándole el oído. Quería ver a mi esposa y hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—Mi futuro —respondió Héctor—. Ya tienes lo que quieres, yo quiero dejarlo.

—Qué rápido olvidas el bienestar del pueblo —comentó Valente con sorna—. Al parecer la beneficencia se ha vuelto demasiado ardua. ¿Ya no quieres contemplar cómo toma forma tu ansiada república?

Unos sonoros golpes en el portón de entrada ahogaron la réplica de Héctor.

—Ve a ver quién es —ordenó Valente al eunuco que se encontraba a su lado.

El criado corrió hacia el vestíbulo de entrada, para regresar poco después acompañado por Calopodio y casi una veintena de partisanos armados, que se adentraron en el patio ante la mirada expectante de los sirvientes de la casa.

—¡Calopodio! —exclamó el senador al ver al *demarca*—, no te esperaba.

—Lo sé —respondió el aludido con una enigmática sonrisa—. He pensado que deberíamos hablar. Supongo que no te importará que mis hombres esperen dentro de la casa, en lugar de apostados ante tu puerta.

—En absoluto —concedió Valente, encogiéndose de hombros ante los hechos consumados—, ordenaré que les traigan vino y algo de comer. Mientras tanto, nosotros podemos hablar en una de las salas interiores, estaremos más cómodos.

El senador abrió la marcha hacia los aposentos, seguido por Calopodio y Héctor, a quien el *demarca* había hecho una escueta señal con la cabeza.

—¡Mi señor! —interrumpió el eunuco que antes acompañaba a Valente, acercándose a la carrera a los tres hombres cuando ya se encontraban en el interior de la casa—. Esos hombres mal encarados son muchos —añadió mirando de reojo la puerta que conducía hacia el patio, donde se encontraba la nutrida escolta del *demarca*—, ¿estáis seguro de que debo servirles el vino?

—Por supuesto —confirmó Valente con irritación—, ¿acaso quieres que te lo repita? Pero ten cuidado con qué bebida les llevas. Asegúrate de que todos beban, pero no más de lo suficiente. Y luego lleva tres copas a mis aposentos.

—Parece que el viejo dicho de que todos los ricos son tacaños es cierto —se burló Calopodio—. ¿Pensáis darles a los míos vuestro vino más barato y en pequeñas dosis?

—Pierde cuidado —respondió Valente—, para mis invitados especiales tengo un excelente néctar de Quíos. Y aunque no esperes que la calidad del caldo que servirán a tus hombres sea similar te aseguro que quedarán bien servidos.

El eunuco asintió con la cabeza, frotándose las manos con evidente nerviosismo antes de retirarse a toda prisa ladrando órdenes a los sirvientes más cercanos para que le ayudaran a acarrear las viandas.

—Cualquiera diría que lo va a pagar él —se mofó Calopodio, observando corretear al angustiado criado antes de continuar tras el senador.

En esta ocasión, Valente se adentró en la zona más privada de su lujosa villa, guiando a sus dos invitados a través de estancias riquísimamente decoradas con coloridos mosaicos de cacerías o escenas del hipódromo, portentosas esculturas de pórfido, bronce y marfil y espectaculares braseros primorosamente tallados con detallada estética mitológica. Su adusto mayordomo principal esperaba en el vestíbulo de acceso a la zona privada, como un perro que guarda la casa de su amo. El senador le susurró algo en voz baja antes de adentrarse en sus estancias, seguido por Héctor y Calopodio.

Los tres se adentraron en una pequeña estancia interior, iluminada tenuemente por cuatro grandes braseros de bronce situados en las esquinas. Al contrario que la zona por la que habían accedido, la sala sorprendía por la austeridad de su decoración, pues sus paredes desnudas apenas mostraban un suave enlucido que ocultara el ladrillo, mientras que el suelo cambiaba los omnipresentes mosaicos por un sencillo piso de baldosas cuadrangulares. Tan sólo resaltaba la alta cúpula, donde un centenar de estrellas pintadas parecían refulgir, titilando por efecto de la luz de los braseros. En lugar de los habituales lechos, tres bancos corridos de madera tallada, cubiertos por discretas telas de lino, rodeaban una mesa baja y redonda.

—¡Vaya! —exclamó el *demarca* al entrar en la sala—. ¿Se te acabó el dinero al llegar a esta parte? Será por eso que te muestras tan rácano con el vino.

—La austeridad es una virtud poco apreciada en el mundo en el que me desenvuelvo —explicó Valente—, el lujo y el boato

impresionan a mis colegas, pero aquí no suele entrar nadie, por lo que los añadidos dejan de ser necesarios. Por favor, tomad asiento.

—He de reconocer que no dejas de sorprenderme —aseguró Calopodio, acomodándose en uno de los bancos.

—Si la vida fuera totalmente predecible sería demasiado aburrida —afirmó el senador—, ¿no crees, Héctor?

El ateniense asintió en silencio, confundido por la actitud de Valente. A pesar de la inesperada presencia de Calopodio, su amenazante cortejo instalado en el patio y la ostensible petulancia de la que hacía gala el *demarca*, el senador mantenía la calma, sonriente y sereno como un amigo bonachón que recibe a sus íntimos.

El mayordomo del senador entró en la sala, portando una bandeja con tres copas doradas, que pasó a colocar sobre la mesa, enfrente de cada uno de los reunidos.

—Los caballeros del patio ya se encuentran atendidos —confirmó escuetamente el mayordomo—. Ahora mismo traeré una fuente con fruta para vuestros invitados, mi señor.

—Tenías razón —apuntó Calopodio, tras paladear el vino de su copa—, es magnífico. Sería una lástima desperdiciarlo con simples subalternos.

—Celebro que apruebes mi elección —agradeció el senador, mientras su sirviente abandonaba la estancia, cerrando la puerta tras de sí—, y ahora que nos encontramos a solas, rogaría que nos comentaras cuál es la razón de tu visita. Me tienes en ascuas.

—He venido a apresarte —afirmó el *demarca*, y dio otro trago a su copa, como si no se dirigiera a nadie en particular.

—¿A apresarme? —repitió Valente, perdiendo por un momento su sonrisa.

—Vas a convertirte en un valioso rehén —explicó el *demarca* con tranquilidad, tras lo cual apuró su copa y la dejó ruidosamente sobre la mesa—. He tenido algo de tiempo para pensar después de que Héctor me revelara tus intenciones para deshacerte de mí —indicó, provocando que el senador clavara una mirada de asombro en el ateniense—, y aunque inicialmente tenía planeado matarte, he pensado retrasar ese momento, por si pudieras resultar más útil vivo.

—¡Vaya! —exclamó Valente, asombrando a Héctor por la calma con la que recibía la noticia—, parece que te he subestimado.

—Desde luego —aseguró el *demarca* con una siniestra sonrisa

—. ¿Acaso pensabas que me quedaría quieto como un burdo imbécil? Y, por cierto, me alegra comprobar que mantienes la calma —añadió, apartando su capa para dejar ver el puño de una espada corta—, no quisiera estropear la mercancía.

—¿Y qué planeas hacer ahora? —preguntó Valente, al tiempo que ponía ambas manos sobre la mesa, como si diera a entender que no pretendía realizar ningún movimiento brusco.

—Te llevaré a un lugar seguro, donde esperaremos el resultado de esta contienda. Si gana Hypacio serás degollado, y luego Héctor se aliará conmigo contra ese necio de Antlas, con él a mi lado superaré a los verdes y controlaré las calles.

—Pareces dudar de la victoria de la rebelión —se extrañó Valente.

—He tenido una sorprendente charla con Narsés —indicó Calopodio—. Creo que planean un último asalto, aprovechando que todos esos necios verdes se han concentrado en el hipódromo. Me pidió que sacara a mi gente.

—¿Y lo has hecho? —preguntó Valente.

—Así es —confirmó el *demarca* con torva satisfacción—. Tanto mis azules como los seguidores de Héctor esperan en el foro de Constantino. Aunque he dejado hombres suficientes para que simulen mi apoyo a Hypacio. Pero si Justiniano consigue mantener el trono te entregaré a Narsés. Salvo Antlas y los que nos encontramos en esta sala nadie conoce al verdadero cerebro de toda esta conjura —indicó, señalando a Valente—. El emperador me cubrirá de oro cuando le presente al culpable de sus males, y me aseguraré su perdón.

—Degollados por tus sicarios o ejecutados por el emperador —sopesó Valente—, cualquiera diría que nuestro futuro no es prometedor —añadió mirando a Héctor.

—¿Por qué le incluyes en tu destino? —inquirió Calopodio, al ver cómo el senador se dirigía también a Héctor.

—Mi huésped deseaba dejar todo esto y volver con su familia cuando nos has interrumpido —explicó Valente—. Pero si quieres que te ayude contra Antlas tendrá que permanecer en primera línea, ¿no?

—Cierto —admitió el *demarca*.

—Eso no formaba parte del trato —advirtió Héctor—. Yo no quiero saber nada más de vosotros.

—¡Ay, mi querido Héctor! —exclamó el senador—. Creo que has saltado para evitar una roca y has caído en un precipicio. Si no

me equivoco, Calopodio, a diferencia de mí, sí que utilizará a tu familia para que sigas sus órdenes. Para él eres una baza demasiado importante para dejarla ir sin más.

—Eres muy listo —rio Calopodio—, casi me va a dar pena deshacerme de ti.

—¡Cerdo! —gritó Héctor.

—No te sulfures —dijo el senador, poniendo una mano sobre el hombro del ateniense para evitar que se abalanzara sobre Calopodio—. Es mejor mantener la calma y aceptar que los acontecimientos sigan su curso.

—Me sorprende que te lo tomes con tanta filosofía —aseguró el *demarca* con sorna—, ¿te corroe la conciencia por tu intento de asesinarme?

—No es un intento —corrigió Valente recuperando la sonrisa —. Ya estás muerto, sólo que aún no lo sabes.

—Parece que la sorpresa te ha trastornado —rio Calopodio—. Tengo a veinte hombres en el patio, ¿esperas que tus castrados nos superen?

—No hará falta.

La puerta se abrió, dejando paso al mayordomo del senador, que regresaba con una gran fuente de plata cuajada de frutas. Alarmado, el *demarca* se levantó de un salto, desenvainando su espada y reculando hacia la pared.

—¡Cretino! —chilló Calopodio al sirviente—. ¿Cómo se te ocurre entrar así? Podría haberte matado.

El mayordomo ignoró al *demarca*, se aproximó a la mesa y depositó tranquilamente la bandeja frente al anonadado Héctor, que se mantenía en silencio, siguiendo con asombro los fríos movimientos del criado. Tras cumplir su cometido, el mayordomo se retiró, indiferente a la espada que enarbolaba el *demarca*, que siguió con el brazo cada uno de los movimientos del criado hasta que abandonó la estancia y cerró la puerta a su espalda.

—¡Increíble! —rio Calopodio, sudando profusamente—. Está mejor amaestrado que un perro.

—Lucas es mi mejor adquisición —aseguró Valente—, aún me asombra su eficacia. No le hubiera encargado servir esta mesa a ningún otro.

—Pues he estado a punto de ensartarle —dijo el *demarca*, apoyándose en la pared y bajando el brazo de la espada—, supongo que me ha sobresaltado su entrada después de todas esas tonterías que has dicho sobre que ya estoy muerto.

—Es que es así —insistió Valente—, ¿no notas el cansancio?

Calopodio trató de esgrimir una sonrisa antes de que notara una punzada en el estómago. A pesar de su agitada respiración el aire parecía no llegar a sus pulmones. Incrédulo, contempló su copa vacía sobre la mesa, dándose cuenta de que nadie más había bebido.

—¡Traidor!

La voz del *demarca* apenas fue un siseo que surgía de su boca. Trató de levantar la espada, pero sus músculos estaban tan agarrotados que no obedecían. Pensó en sus hombres, apostados en el patio, y se deslizó trastabillándose pegado a la pared, observado en sepulcral silencio por el resto de los asistentes. La vista se le nublaba, y un creciente dolor le atravesó el estómago, provocándole un repentino espasmo.

—No te preocupes —comentó Valente con suavidad—, será bastante rápido.

Con un último esfuerzo Calopodio se arrojó contra las puertas de bronce, abriéndolas estruendosamente con el impacto de su propio cuerpo, antes de caer al suelo bajo el dintel con las manos crispadas sobre su estómago. Al otro lado de las puertas, en la antesala de la pequeña estancia, cuatro fornidos criados del senador esperaban pacientemente, contemplando en silencio el agónico final del *demarca*.

Héctor se había puesto en pie, tan atónito por lo que contemplaba que apenas daba crédito a sus ojos. Ni siquiera cuando el *demarca* comenzó a expulsar blanquecina espuma por la boca, preso de agitadas convulsiones, era capaz de reaccionar. Miró su propia copa, intacta sobre la mesa, preguntándose si tenía reservado el mismo destino que Calopodio.

—La tuya no está envenenada —aseguró Valente, como si pudiera leer la mente del ateniense.

—¿Qué pasa con los partisanos? —preguntó el ateniense—, cuando se enteren quemarán la casa.

—A estas horas han corrido la misma suerte que su cabecilla —respondió calmadamente el senador—. Que Calopodio insistiera en instalarlos en el patio ha facilitado las cosas.

—¿Cómo...? —balbuceó Héctor.

—¿Cómo he sabido que vendría a por mí? —finalizó Valente con una sonrisa—. Se me ocurrió en el momento que descubrí que alguien espiaba mi conversación con Orígenes, alguien que no podía ser otro que tú.

—¿Lo sabías? —dijo el ateniense, aliviado al saber que Valente ignoraba que había sido Penélope quien les había oído esa noche.

—Lo deduje —corrigió el senador—. A partir de ahí fue sencillo suponer lo que harías con la información. Antlas te quiere muerto, así que Calopodio era tu única alternativa, y ese patán era bastante previsible. Aunque he de reconocer que me ha sorprendido cuando ha confesado su reunión con Narsés.

—¡Me has utilizado! —se indignó Héctor, provocando que los sirvientes del senador se adelantaran hasta la puerta.

—Esto no es un juego —respondió Valente, tornando su afable rostro en un pétreo y frío semblante—. El trono del imperio está a nuestro alcance, algo demasiado valioso para dejar nada al azar. Ahora que sabes de lo que soy capaz, espero que tengas claro a quién te debes.

Héctor bajó la cabeza ante las duras palabras del senador. No sólo le había engañado, también le había arrebatado su última esperanza.

—Mi señor —interrumpió el mayordomo, abriéndose paso entre los guardias de Valente—, ha llegado un joven que insiste en ver a Héctor. Está sin aliento, pero asegura que las tropas de Justiniano han abandonado el palacio.

—Magnífico —indicó el senador—. Se dirigirán al hipódromo. Allí se encuentra Orígenes, envíale un esclavo con un mensaje, adviértele que los mercenarios de Belisario se dirigen hacia allí y que deben resistir cuanto puedan. Nosotros nos ocuparemos del resto.

—En el hipódromo los soldados del emperador llevarán ventaja —recordó Héctor.

—Eso no importa —aseguró Valente—, mientras Belisario se enfanga en el circo atacaremos el Gran Palacio.

—¿Cómo?

—Tú te ocuparás de ello, con la multitud que, gracias a Calopodio, espera en el foro de Constantino.

—Lo tenías todo calculado, ¿verdad? —dijo Héctor, contemplando con odio al senador—, hasta el último detalle.

—He esperado años —confesó Valente, levantando la cara con orgullo—, años de aburridas reuniones en el senado, años de monotonía, contemplando cómo ese dictador ninguneaba al senado y exprimía al pueblo, rezando para que el Señor me permitiera ver el día en que ese tirano cometía un error. Ese día ha llegado, es hoy, y te aseguro que no dejaré pasar esta oportunidad.

—Incluso sin las tropas la guardia podría rechazar el asalto al palacio —apuntó Héctor.

—La guardia está de nuestro lado —anunció Valente—. Marcelo abrirá las puertas cuando te vea llegar. Según explicaba él mismo en una nota que envió a Orígenes, se encargaría de apresar al emperador. Al parecer, la proclamación de Hypacio ha desvanecido cualquier duda que aún tuviera, pero no hay razón para dejar de lado la cautela. Dos o tres mil ciudadanos armados serán un buen acicate para que el jefe de la guardia mantenga su palabra y, en caso de que no lo haga, cumplir el objetivo de esta revuelta.

Héctor sintió deseos de estrangular al senador. Respirando como un toro a punto de embestir, tan sólo la presencia de los cuatro colosales esclavos en la puerta de la estancia le contuvo. Bajó la cabeza y trató de tranquilizarse. Le habían vencido. Todos sus planes, todas sus intenciones y esperanzas se habían venido abajo en un instante. Ya no había nada que decidir, su futuro, el de su familia y el de todo el pueblo de Constantinopla descansaban en manos de Valente.

—Dame un caballo —cedió Héctor—. Asaltaré ese maldito palacio.

Atontados por el vino trasegado durante la celebración, los pocos faccionarios apostados a la entrada del hipódromo fueron presa fácil para las avanzadillas de Belisario. Antes de que sus aturdidas mentes comprendieran lo que ocurría, habían sido degollados por un grupo de silenciosos mercenarios, despojados momentáneamente de sus armaduras para poder aproximarse a sus presas con todo el sigilo posible.

Agitando una antorcha, el oficial que comandaba el grupo de cabeza señaló el éxito de su misión, provocando que la espesa columna de soldados que encabezaba Belisario se pusiera nuevamente en marcha, acercándose con cautela a la entrada suroeste del hipódromo, a la izquierda del palco imperial. Tras rodear todo el inmenso edificio con los nervios a flor de piel, la suerte parecía sonreír a los germanos, nadie había dado aún la voz de alarma.

En un rápido conciliábulo junto a las escaleras de acceso, Belisario dio las últimas órdenes a sus oficiales. Nada más cruzar la puerta se dividirían en dos columnas en los pasillos interiores, para extenderse por las galerías de acceso a ambos lados del

Kathisma. Cuando Belisario diera la última orden avanzarían todos al tiempo, ascendiendo las escaleras por secciones, tratando de sincronizar su entrada en las gradas. Surgirían en la zona más alta y descenderían en orden cerrado barriendo todo a su paso.

—Mantened la línea a cualquier precio —finalizó el general, consciente de sus pocos hombres, apenas los suficientes para una formación de cuatro en fondo a lo largo de los cerca de quinientos codos de lado del recinto—, si logran traspasar nuestro frente estaremos perdidos.

Los oficiales asintieron con firmeza, golpeándose unos a otros en la armadura con los puños, animándose para la batalla. En cuanto regresaron a sus puestos Belisario ordenó el avance, adentrándose a la cabeza de sus hombres en el tenebroso cuerpo de aquel gigante de piedra y mármol. Mientras comandaba su columna a través de las mal iluminadas galerías abovedadas el general rezaba internamente una plegaria, rogando al Señor para que Mundo apareciera en el momento adecuado.

Sin contratiempos, los mercenarios se desplegaron por secciones frente a las escaleras asignadas. En los rostros de aquellos hombres se leía la determinación con la que afrontaban la lucha que estaba a punto de comenzar, conscientes de que en apenas una hora se dilucidaría su destino. La diferencia entre la gloria y la muerte se encontraba en los aceros que empuñaban. Tensos, con los ojos fijos en la negrura a la que conducían los escalones de piedra, trataban de contener su agitada respiración mientras esperaban la señal de su comandante.

Mirando a uno y otro lado hasta convencerse de que todos sus hombres se encontraban en posición, Belisario se puso a la cabeza de una de sus unidades, justo a la derecha del palco imperial. Levantó su espada y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Adelante!

Una atronadora contestación brotó de las gargantas de los hérulos:

—¡*Nobiscum*!

Con el eco de su grito de guerra resonando aún en el aire, la última esperanza de Justiniano comenzó a ascender por los fríos escalones de piedra, dispuesta a emular a los antiguos gladiadores empapando de sangre la arena del circo.

Aferrado a las riendas, con el cuerpo echado hacia delante, Héctor mantenía la vista fija en el final de la calle, azuzando a su

montura para que mantuviera el desaforado galope a despecho de la oscuridad que envolvía el camino.

Con la rítmica respiración del caballo acompañando el poderoso movimiento de los músculos que le impulsaban, el ateniense utilizaba el poco tiempo que le otorgaba el trayecto hasta el foro de Constantino para tratar de despejar sus ideas. El cortante frío de la noche le helaba el rostro, mientras Héctor agitaba en su cabeza cada tesela del complejo mosaico que formaba la maldita conjura en la que estaba inmerso. Necesitaba encontrar una fisura, una grieta en el perfecto entramado de Valente, una salida con la que engañar al senador y librarse de esa pesadilla. Sin embargo, no lograba encontrar nada.

Miró hacia atrás, y observó cómo Miguel impulsaba su caballo, intentando mantener el frenético ritmo marcado por la montura de Héctor. El ateniense había tratado de convencerle para que se mantuviera junto a la villa, pensando en la forma de utilizarle para liberar a su familia si tuviera ocasión, pero el tozudo albañil se había mostrado tenaz en su resolución por acompañarle en el asalto al palacio, y cualquier insistencia habría despertado los recelos de Valente. Pese a ello, en cierta medida Héctor agradecía tener al impulsivo seguidor a su lado. De algún modo, sabía que se enfrentaba al desenlace final de aquella orgía de sangre y fuego, y le aterraba la idea de tener que afrontar ese último acto de la tragedia a solas. Necesitaba un compañero, y dado que jamás arriesgaría la vida de Penélope en semejante pugna, Miguel se convertía en el mejor candidato disponible.

Nada más comenzar la galopada Héctor sopesó arengar a sus seguidores y encabezarlos no hacia el palacio, sino hacia la villa del senador. Sin embargo, cualquier presión acabaría sin duda en desastre. Con Justiniano aún en liza, sin nada que perder, Valente sería capaz de ajusticiar a Penélope y Platón antes que entregarlos. Pero todo cambiaría si conseguía tomar el palacio. Con el nuevo emperador firmemente asentado en el trono Valente se convertiría en el verdadero amo del imperio. Si después de asaltar el palacio se presentaba en la villa a la cabeza de sus hombres, el senador no tendría otra opción que entregarle a su familia, a cambio de salvar la vida. Con el poder que tanto había anhelado al alcance de su mano, Valente no se arriesgaría a perderlo todo matando a sus valiosos rehenes. Una vez que Justiniano hubiera muerto, Héctor y su popularidad ya no serían necesarios, ¿por qué no dejar que huyeran?

Esa pregunta es la que martilleaba en la mente del ateniense

cuando su caballo se adentró en el foro, a punto de arrollar a la multitud que abarrotaba el amplio espacio porticado.

Mientras se abría paso entre la asombrada muchedumbre recogió una antorcha de manos de uno de los partisanos azules que se mezclaban entre los suyos, ignorantes aún del destino de su líder. Cabalgó con lentitud hasta el centro del foro, atrayendo las miradas de cuantos se encontraban alrededor y provocando el silencio al alzar la antorcha. Durante unos instantes trató de buscar hermosas palabras con las que arengar al pueblo, pero desistió con un suspiro. No más falsos discursos, no más promesas de libertad que no pensaba cumplir. Se disponía a empujar a miles de ciudadanos a cometer un regicidio, a derribar a un tirano a sabiendas de que otro similar ocuparía el trono al día siguiente. No, no renunciaría a los últimos restos de dignidad que aún albergaba su corazón. Dejaría que el fuego desatara al fuego.

—¡Muera Justiniano! ¡A palacio!

El grito de Héctor resonó en el foro, reverberando en cada una de sus columnas, alcanzando hasta el último rincón. La contestación del pueblo reunido allí ensordeció a cuantos la escucharon.

—*¡Nika!*

Tres mil antorchas se elevaron hacia el cielo, dispuestas a abrasar los restos del antiguo imperio en pos de una libertad que ya nadie les ofrecía.

Convertido en un caótico maremagno, la histeria había hecho presa en el Kathisma, transformando las amigables sonrisas y la cómoda sensación de euforia en un gigantesco torbellino de terror y angustia.

Surgidos de la nada, los mercenarios habían aparecido como por ensalmo por las escaleras superiores, derribando a los pocos que se encontraban en esa zona. Mientras se desplazaban rápida y ordenadamente de un sector a otro, formando una amplia línea de escudos y espadas, la multitud seguía sumida en los festejos, ajena a la amenaza que se forjaba en torno suyo. Los pocos que desde la arena acertaban a elevar la vista y descubrían a los soldados, saludaban fogosamente a los hérulos en la creencia de que se trataba de miembros de las facciones, preparando algún tipo de cortejo ceremonial para glorificar al nuevo emperador. Tan sólo cuando los mercenarios comenzaron a descender las gradas, acuchillando a cuantos incautos se cruzaban en su camino, la

muchedumbre vio la luz. Justiniano había soltado a sus perros.

Los primeros caídos extendieron por el hipódromo algo más que su sangre. Un súbito pánico apresó a la exaltada muchedumbre. Ante la muralla de ira y metal que se desplazaba hacia ellos, los más cercanos a la tropa de mercenarios huyeron en desbandada, empujando gradas abajo a cuantos se interponían en su camino, derribando a aquellos que aún no habían descubierto la mortal máquina que se acercaba. Entre gritos de terror, los desesperados ciudadanos descendían hacia la arena buscando la salvación.

Durante unos instantes, el gigantesco circo parecía destinado a ser engullido por el caos. Sin embargo, cuando el incrédulo Belisario ya saboreaba la victoria, sus filas comenzaron a combarse, pues las tropas cercanas al palco imperial toparon con la tenaz resistencia de la guardia de verdes que Antlas había formado para el nuevo emperador.

En el reducido palco, atestado de patricios, senadores y otras personalidades, apenas quedaba sitio para unos pocos guardias. El resto de los más de doscientos faccionarios, armados con despojos arrebatados a los mercenarios caídos durante los días previos, se encontraban distribuidos a ambos lados del Kathisma y, para consternación de Belisario, se habían repuesto de la sorpresa inicial. Cubiertos con las mismas armaduras que portaban los mercenarios y combatiendo en buen orden, la recién constituida guardia detuvo el avance de los hérulos en el punto central de la línea, combando la perfecta formación de los germanos.

Ante la aplastante superioridad numérica de los rebeldes, Belisario era consciente de que precisaba conservar la organización entre sus tropas. Sin orden serían arrollados. Anclada su línea en el centro, no tuvo más remedio que ordenar al resto de la formación que detuviera la marcha. A un paso de la victoria, los disciplinados mercenarios se detuvieron, a la espera de que la sección central doblegara la resistencia de los faccionarios. Contemplando impotentes la escena de pánico que se desarrollaba a escasa distancia, los soldados mantenían la posición.

—¡Se han detenido! —se asombró Orígenes, abandonando sus fútiles intentos de calmar a cuantos se encontraban en el palco y aproximándose a Hypacio.

—¡Es un milagro! —exclamó Hypacio—. ¡Aprovechemos la ocasión para huir!

Orígenes miró a uno y otro lado, comprobando cómo las gradas se vaciaban de rebeldes asustados, dejando tras de sí los altos escalones salpicados de cuerpos inertes, pisoteados durante la repentina estampida. La arena se encontraba abarrotada de gente, tan apiñada que apenas quedaba espacio para moverse. Resultaría imposible huir por ahí.

—¿Escapar? —replicó el senador, señalando la densa muchedumbre que se concentraba en la arena—. ¿Por dónde? No seremos capaces de alcanzar el otro lado del hipódromo. El palco está bien guardado y sus puertas son sólidas. No creo que puedan expugnarlo.

Hypacio contempló la abigarrada multitud en la arena, buscando nerviosamente un hueco entre el enjambre de personas que se agitaba en la zona más baja del circo. Con el rostro lívido volvió la mirada hacia los expectantes hérulos, que continuaban detenidos, a la espera de órdenes por parte de su general. Asintiendo lentamente con la cabeza aceptó la opción que le ofrecía el senador.

—Sí. Aquí estaremos a salvo.

Apoyándose en la barandilla de mármol labrado del palco, Orígenes deslizó la mirada por todo el recinto, iluminado por la clara luz de la luna más que por la miríada de braseros y antorchas que se repartían a lo largo de toda su longitud. A diferencia de la aterradora desbandada vivida poco antes, el senador se sorprendió al descubrir a pequeños grupos que parecían encaminarse de nuevo hacia las gradas. Entrecerrando los ojos en un intento de discernir las figuras que se difuminaban en la oscuridad, Orígenes observó a ambos lados del palco la misma reacción. Animado por la falta de actividad de los mercenarios, el pueblo de Constantinopla recuperaba el valor.

Los alaridos de angustia poco a poco se fueron apagando, cediendo su puesto a nuevas voces que coreaban una consigna. Si al principio el ruido de la masa ahogaba el creciente sonido, una a una miles de voces se unían a la primera, hasta que el aire del hipódromo vibró de nuevo con una sola alma, con un renovado grito de victoria:

—*¡Nika!*

Con un rugido de rabia, recuperado el odio que inflamaba su corazón, la revuelta cobró nueva vida cuando miles de hombres se lanzaron a la carrera gradas arriba, dispuestos a barrer a la asombrada fila de hérulos.

Sin poder evitar que el vello de su nuca se erizara, Orígenes casi pudo escuchar la callada súplica que se escapó de la boca de Belisario:

—Dios todopoderoso, apiádate de nosotros…

Oculto tras las sombras de uno de los pórticos del atrio que se elevaba frente al cuartel de los *excubitores*, Drías observaba las idas y venidas de los numerosos grupos de guardias que abandonaban el recinto tras recoger sus armas. Podía sentir a su espalda la respiración impaciente de sus hombres, deseosos de entrar en acción. Sin embargo, la creciente actividad que se desarrollaba en torno al edificio en el que se encontraba su presa había enfriado los ánimos del hérulo. La mitad de sus hombres se mantenía de guardia en el patio anexo al pabellón de Justiniano, protegiendo a los emperadores frente a cualquier ataque inesperado, por lo que únicamente contaba con medio centenar de soldados para efectuar el golpe de mano improvisado contra el comandante de la guardia. Y si bien, inicialmente, el simple plan que había forjado preveía un asalto directo contra el cuartel general de aquel traidor, la multitud de *excubitores* que acudían a por su equipo había disuadido a Drías para modificar sus intenciones.

A pesar de la impotencia que sentía al ver cómo Marcelo desplegaba las piezas, preparando su golpe, la opción más sensata que se presentaba ante el hérulo consistía en esperar pacientemente, ocultos frente a la entrada principal. Mientras tanto, uno de sus hombres llevaba la cuenta de las tropas que entraban y salían del edificio.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó Drías en un susurro.

—Han salido cuarenta más de los que han entrado —contestó el mercenario, sin apartar los ojos del edificio.

Drías echó cuentas ayudándose de las manos, aunque no llegó a ninguna conclusión. Sin nada que indicara cuántos soldados había dentro del recinto en el momento en el que ellos llegaron, resultaba imposible estimar el número de enemigos al que se enfrentarían en un asalto. Contando con la sorpresa y la capacidad combativa de los suyos, Drías confiaba en una victoria ante un número semejante de rivales, sin embargo, la clave estaba en la rapidez, si la pelea se enquistaba decenas de guardias acudirían a defender a su líder, aniquilando sin remisión al grupo del hérulo.

Suspirando de impaciencia, Drías observó cómo un nuevo nutrido grupo de lanceros atravesaba la puerta del edificio,

marchando a paso ligero en columna de a cuatro en dirección a los establos.

—¡Esos hijos de puta van a por sus caballos! —exclamó el soldado que se encontraba junto a Drías.

—No vamos a darles tiempo a utilizarlos —aseguró el hérulo, que trató de animar a sus hombres al tiempo que recordaba los estragos que la caballería pesada podía causar en una formación.

Una vez con los guardias fuera de vista la paciencia de Drías llegó a su fin. Fuera cual fuese el número de contrarios a los que se enfrentaran, tenía que actuar ya. Si permitía que Marcelo dispusiera a todos sus hombres en posición su muerte ya no detendría el golpe. Debía matarle antes de que enviara las órdenes a los destacamentos.

—Pasa la consigna —susurró al oído del soldado—, atacaremos a mi señal.

El mercenario asintió con la cabeza y se volvió para transmitir las órdenes a su compañero más cercano, el cual hizo otro tanto, corriendo la voz a lo largo de la tensa columna de germanos. Callados roces metálicos delataron la preparación del medio centenar de guerreros, cuyas manos ya aferraban espadas y escudos.

Encajándose el yelmo con un golpe sordo de su mano, Drías desenvainó su espada y se dispuso a ordenar el avance, con un último vistazo al patio que les separaba de su objetivo.

—Señor —susurró el soldado más cercano—, sale otro grupo.

—¡Mierda! —exclamó calladamente el hérulo, defraudado por la nueva espera.

Una decena de *excubitores* marchaba en formación, precediendo a dos figuras desarmadas que conversaban animadamente. Tras ellos, otros tantos lanceros cerraban el pequeño cortejo, adentrándose en el patio antes de tomar el mismo camino que la numerosa compañía que había partido minutos antes.

En la oscuridad de la noche resultaba imposible discernir los rostros de las dos personas a las que protegían los guardias, pero ya no había tiempo para más rodeos.

—Éste va a por ti, Arzés —susurró Drías, justo antes de gritar con toda la fuerza de sus pulmones—. *¡Nobiscum!*

Los hérulos saltaron de sus escondrijos y cruzaron el patio a la carrera. Sin formación que mantener, cada uno confiaría en su propia pericia con las armas. Mientras observaba de reojo cómo los sorprendidos lanceros comenzaban a reaccionar ante la masa

de mercenarios que se les venía encima, Drías fijó su vista en los dos civiles que se encontraban entre ellos, pidiéndole al espíritu de su compañero caído que uno de ellos fuera Marcelo.

Héctor abandonó el foro de Constantino en cabeza de una verdadera multitud y se encaminó hacia el palacio armado tan sólo con una antorcha. A su lado, Miguel había organizado a su grupo, rodeando al bendecido de un denso cordón de hombres provistos de lanzas, espadas, escudos y algún que otro yelmo.

Como una lengua de fuego que se deslizaba entre los edificios ennegrecidos, el pueblo de Constantinopla se agrupaba hasta formar un solo cuerpo, un largo látigo de teas, lanzas y palos revestido de un irrefrenable deseo de libertad. Desde su aventajada posición, mientras dirigía los cánticos que coreaban sus innumerables seguidores, Héctor observaba con orgullo la heterogénea formación que se aglutinaba a sus espaldas. Faccionarios de ambos bandos se mantenían hombro con hombro, compartiendo consignas con humildes campesinos o porteadores. El mendigo y el trabajador se diferenciaban únicamente por el desgaste de sus capas, pues sus rostros reflejaban los mismos sueños y esperanzas, la misma ilusión por un futuro que antes daban por perdido.

Con un último vistazo a su alrededor, Héctor contempló con emoción cómo los hombres pugnaban por acercarse a la cabecera de la columna, aprovechando cualquier hueco para adelantar un par de posiciones, aproximándose a su idolatrado líder al tiempo que solicitaban los lugares más expuestos. A su izquierda, un partisano azul con la túnica medio rota y manchada de sangre se introducía entre las apretadas filas del grupo de Miguel, decidido a colocarse en los primeros puestos.

Agitando su antorcha con fuerza, Héctor renovó sus cánticos. Nadie podría detener semejante derroche de ardor, compromiso y valentía. El pueblo entero se había unido contra el tirano proclamando a gritos su fin.

Con inusitado esfuerzo, Tasio logró atravesar el primer cordón de guardias que circundaba a Héctor. Tras soportar agrias miradas de reproche y varios comentarios despectivos, el enviado de Antlas sopesó con más calma la mejor forma de aproximarse a su presa. Aunque nadie parecía dar importancia a la sangre que empapaba el pecho de su túnica, fruto de la puñalada recibida por el

partisano a quien había arrebatado las ropas, el propio Héctor le había mirado directamente, atraído por sus denodados esfuerzos por situarse a su lado. Calmando su ánimo, Tasio recordó que no sólo debía acercarse lo suficiente para atravesarle el corazón, tenía que pensar en cómo podría huir después del golpe. Y mientras sus seguidores más fieles se encontraran tan próximos, sería un suicidio atacarle.

Manteniendo sus fríos ojos clavados en la nuca de Héctor, Tasio decidió esperar, seguro de que bastaría avistar el Gran Palacio para que la turba se descontrolara, ofreciéndole en bandeja el esperado momento en el que convertiría la sangre de su víctima en un torrente de monedas.

—¡Resistid! ¡Arriba esos escudos!

Corriendo a uno y otro lado de la línea, Belisario enronquecía animando a sus hombres mientras soportaban el terrible empuje de los rebeldes.

Sorprendidos por el inesperado vuelco de la situación, los mercenarios habían resistido el embate de los faccionarios únicamente por el desorganizado asalto inicial de los insurrectos y la ventaja que les otorgaba su elevada posición. Pese a ello, a medida que miles de enloquecidos ciudadanos se arrojaban sobre la formación, los hérulos retrocedían poco a poco, entregando el terreno ganado en su ataque inicial y con el peligro de verse arrinconados contra la columnata superior del hipódromo, desde donde bastaba un simple empujón para despeñar a los soldados hacia la calle.

Una vez que los rebeldes alcanzaron el cuerpo a cuerpo, las tropas de Belisario carecían del espacio imprescindible para manejar las espadas con eficacia, por lo que se limitaban a empujar a la masa de enemigos con sus escudos, tratando de mantener sus posiciones a la espera de la intervención de Mundo, reclamado con urgencia por Belisario.

Mientras tanto, un eufórico Orígenes acababa de recibir el mensaje de Valente que le anunciaba tardíamente el ataque de Belisario. Sin embargo, eran las noticias de la misión de Héctor las que habían transformado el rostro del senador. Valente le solicitaba que resistieran a los hérulos el tiempo suficiente para que Héctor atacara el palacio sin oposición.

—Tengo grandes noticias —anunció Orígenes, acercándose hasta donde se encontraba Hypacio, rodeado férreamente por seis

guardias, y esgrimiendo ante sus ojos el papiro recibido de Valente.

El nuevo emperador, con un ligero gesto, ordenó a la guardia que le protegía que abriera filas, permitiendo que el senador se acercara a su lado.

—Héctor se dirige en estos momentos hacia el palacio —explicó Orígenes con visible euforia—. Nos pide que resistamos a los mercenarios de Belisario para que no puedan acudir a defender a Justiniano.

—Para eso está la guardia —replicó Hypacio.

—Su comandante, Marcelo, está de nuestro lado. Cuando Héctor alcance las puertas del Chalke le abrirá paso. Dentro de una hora todo habrá acabado.

—¿Y si Belisario ha dejado una parte de sus hombres en palacio? —cuestionó Hypacio.

—No podrán resistir a la guardia y al pueblo —aseguró el senador con una sonrisa—. Además, estoy convencido de que Belisario no se arriesgaría a atacarnos con una fracción de sus fuerzas. No he podido contar las tropas que luchan ahí arriba, pero seguro que ha utilizado a todos los bárbaros que ha conseguido reunir. Por otro lado...

Orígenes dejó de hablar, intrigado por el semblante de Hypacio. El nuevo emperador parecía ignorarle, con la vista fija en algún punto por encima del hombro del senador. Extrañado, Orígenes observó cómo del rostro de Hypacio desaparecía rápidamente la sangre, dejando en su cara la misma expresión que uno podría esperar de un cadáver.

—Majestad...

Indignado por el patético e inexplicable comportamiento de Hypacio, Orígenes enrolló de nuevo el pequeño papiro y se dio la vuelta, deduciendo que sería más provechoso informar de los acontecimientos al desbordado Antlas, que se mantenía junto a una de las puertas laterales del palco vociferando órdenes a dos jóvenes emisarios de su facción. Solicitó a uno de los guardias que le abriera paso palmeando su espalda. Sin embargo, el soldado mantuvo su hierática postura, provocando un nuevo gesto de incomprensión en Orígenes. A punto de insistir, el senador escuchó los gritos por primera vez. Subido al escalón de mármol sobre el que descansaba el trono, Orígenes escrutó el otro lado del hipódromo, mirando por encima de las cabezas de los guardias que le rodeaban.

Con un escalofrío, sus ojos repararon en una larga fila de destellos que se distribuía por la arena. Para su asombro, una segunda formación de mercenarios atacaba a los rebeldes por la espalda. Sin poder controlar el temblor que ascendía desde sus piernas, Orígenes escuchó el desafiante grito de guerra de los hérulos de Mundo cuando cargaron contra la despavorida multitud.

Maldiciendo por primera vez en su vida el peso de sus armas, Drías flanqueó la improvisada línea de lanceros que formaron los *excubitores*, dejando a sus hombres el trabajo sucio.

A pesar de la sorpresa provocada por el súbito ataque, los guardias habían formado una aguzada línea de defensa en torno a las dos figuras desarmadas que se encontraban en su centro, protegiéndolas durante el tiempo suficiente para que se recuperaran del asombro y echaran a correr hacia la entrada del edificio. En esas condiciones, enfangarse en una lucha con los lanceros resultaba inútil. Su único objetivo era Marcelo, por lo que ordenó a parte de sus hombres que combatiera a los guardias al tiempo que él seguía a los fugitivos con el resto de su unidad.

Acompañado por el sonoro repiqueteo del metal de las armaduras de sus soldados, Drías ascendió a saltos los escalones que conducían al vestíbulo del edificio por el que acababan de desaparecer los huidos, consciente de que el griterío del combate y las peticiones de auxilio atraerían a un enjambre de guardias. Si quería tener alguna posibilidad tendría que actuar deprisa, y con suerte.

Llegado al amplio vestíbulo Drías se detuvo un instante a recuperar el aliento, lo que permitió que sus hombres le alcanzaran, hasta acumularse en la estancia. Los tres corredores en penumbra que se abrían desde la sala provocaron angustiosas dudas en el hérulo.

—¿Por dónde seguimos? —urgió uno de los soldados.

—¡Silencio! —ordenó Drías.

Ninguno de los pasillos ofrecía señal a la vista que pudiera indicar por dónde habían huido sus presas, por lo que su única opción estribaba en esperar a que volvieran a reclamar ayuda. Apartándose unos pasos de sus hombres, para evitar distraerse con su agitada respiración, Drías se quitó el casco, concentrándose a la espera de una señal.

Nada. Ni pasos, ni carreras. Únicamente el tintineo metálico

que delataba el nerviosismo de sus soldados. Parecían llevar allí una eternidad, extrañamente quietos, en contraste con la desaforada y sangrienta actividad que se desarrollaba en el patio anexo. Drías dio un paso más, sudando por la tensión, preguntándose si no habría pasado algo por alto. En su mente, un reloj de arena dejaba caer inexorablemente el preciado tiempo que le quedaba para cumplir su misión.

—¡A mí la guardia!

El grito llegó a sus oídos nítidamente.

—¡Por el pasillo central! —ordenó, colocándose de nuevo el casco y avanzando a la carrera.

Con terrible estruendo, la turba de mercenarios se adentró en el edificio sin encontrar oposición, cruzando salas y galerías hasta llegar a una estancia de recepción, en la que media docena de *excubitores* guardaban con disciplinado celo unas puertas de bronce cerradas. Sin necesidad de nuevas órdenes, los hérulos siguieron a Drías en su furioso ataque.

A pesar de la violencia del choque, los guardias mantuvieron en jaque a los germanos durante un tiempo que a Drías se le antojó interminable, aprovechando hábilmente la estrechez de la estancia para contrarrestar la evidente superioridad numérica de los mercenarios. Cada golpe desviado, cada acometida que fallaba el blanco, arrebataba unos pocos granos más al cono de arena que marcaba el tiempo que le quedaba a Drías. Pero la desesperación del hérulo no conseguía sino invalidar sus ataques, facilitando la acérrima defensa de los guardias. Necesitaba terminar la pelea.

—¡Aplastadlos con los escudos! —gritó.

Al comprender la maniobra que indicaba su oficial, los soldados que se encontraban en primera fila se abalanzaron sobre los *excubitores*. Los mercenarios que esperaban detenidos por la estrechez de la estancia formaron rápidamente filas detrás de sus compañeros, apoyando el escudo contra la espalda del hombre que tenían delante y presionando con fuerza. Como una enorme prensa de hierro, los hérulos aprisionaron a sus contrarios contra la pared, impidiéndoles moverse.

Aplastado entre el escudo de su contrincante y la presión ejercida a su espalda por tres de sus hombres, Drías miraba directamente a los ojos de su rival, tan cercano que sentía el cálido aliento de su respiración agitada en el rostro. Sin espacio para usar la espada, el hérulo dejó caer el arma al suelo, empuñando un puñal corto. Mientras pugnaba por liberar la diestra de la

angustiosa prensa humana, Drías observaba cómo el guardia trataba de hacer lo mismo, agitándose tras su escudo. En una frenética carrera de cortos movimientos, ambos hombres se miraban a los ojos, sabiendo que el primero que liberara la daga daría muerte al otro.

Con la boca abierta en busca de un aire que apenas entraba en sus presionados pulmones, Drías sacudió el hombro, tratando de ladearse para hacer un hueco a su brazo, mientras mantenía la vista fija en su rival, que acababa de liberar el brazo hasta el codo esgrimiendo una grotesca mueca, mezcla de esfuerzo y satisfacción.

Comprendiendo que había perdido la carrera Drías cambió desesperadamente de táctica. Bajó la cabeza e incrustó su casco en el rostro de su rival. Se encontraba demasiado próximo para que el golpe fuera eficaz, pero el desconcierto le daría una oportunidad. En lugar de proseguir con sus inútiles esfuerzos para sacar un brazo por encima del escudo, bajó completamente la mano, buscando la parte baja del escudo de su rival hasta clavar su daga en la desprotegida pierna del contrario, hundiendo la afilada hoja en el muslo del guardia para cortar la arteria que recorría la pierna.

Con un alarido de angustia, el guardia trató de contorsionar su cuerpo sin conseguirlo, al tiempo que descargaba una furiosa cuchillada sobre el hombro de Drías, buscando su cuello. El filo del soldado, obstaculizado por la cabeza del hérulo, rebotó en la parte alta de la armadura, alcanzando de refilón la carne del mercenario. Apretando los dientes por el dolor, Drías mantuvo su postura y retorció la daga sobre la pierna de su contrincante, notando a través de los escudos en contacto cómo temblaba por el dolor.

Una nueva cuchillada alcanzó a Drías en los músculos que unían espalda y cuello, provocando en el mercenario un espasmo involuntario de dolor. Sin embargo, la herida no era profunda. El golpe apenas llevaba fuerza, claro indicio de que su rival se estaba desangrando con rapidez. Con los ojos cerrados, Drías contuvo la respiración, soportando el dolor, en espera de un nuevo ataque que no llegaba.

Separó su casco del rostro del guardia y contempló la pálida tez de su cara, la boca abierta y los ojos inexpresivos que le contemplaban desde el negro abismo de la muerte. Giró la cabeza a uno y otro lado, sintiendo cómo la sangre corría en un hilillo por su espalda con cada movimiento.

—¡Separaos!

Su grito fue apenas un susurro, pero suficiente para que los mercenarios aflojaran la presión, permitiendo a sus compañeros recuperar el aliento.

Como fardos rellenos de grano, los *excubitores* se derrumbaron en el suelo, acompañados por dos de los mercenarios. Boqueando en busca de aire, Drías contempló las pesadas hojas de bronce sin tener ni idea de cómo forzarlas. Mientras tanto, en su cabeza, el reloj se quedaba sin arena.

—¡Si derriban la puerta nos harán pedazos!

Marcelo trató de mirar al descompuesto Tomás con desprecio, aunque su rostro no pudo ocultar el profundo temor que le atenazaba. Tras escapar de milagro de la sorpresiva emboscada de los mercenarios, ambos se habían refugiado a la carrera en la sala más protegida del edificio. Guiado por el comandante de la guardia, Tomás se había dejado llevar ciegamente hasta una amplia estancia semicircular, en la que una mesa en forma de D rodeada de sillas curules delataba el empleo que se daba a la sala como oficina de juntas de los oficiales de la guardia.

Los insistentes golpes sobre la única entrada, una puerta de bronce de doble hoja, indicaban que la resistencia de la media docena de guardias que la custodiaban había llegado a su fin. Desde el interior, sin posibilidad de huir por las inalcanzables ventanas que se abrían en lo alto de la habitación, Marcelo y Tomás se mantenían frente a la puerta, temblando con cada impacto del improvisado ariete de los hérulos.

—No pasarán —aseguró Marcelo, tratando de dar ánimos al secretario imperial, a quien le faltaba poco para echarse a llorar como un niño—, el cierre es de bronce. No tendrán tiempo de forzarlo antes de que mis guardias regresen y los masacren.

—Lo dices para consolarme —gimió Tomás—, nos van a matar.

—¡No digas tonterías!

Los rítmicos golpes parecieron acelerarse unos segundos, para luego detenerse por completo.

—¿Qué pasa ahora? —balbuceó Tomás.

—¡Cállate! —urgió el comandante de la guardia, aproximándose a la puerta para tratar de escuchar lo que se decía al otro lado.

Las voces de los hérulos llegaban apagadas por el espeso metal que se interponía entre su oído y los bárbaros, pero en el silencio

que siguió al final de los embates Marcelo era capaz de discernir su espeso latín.

—¿Estás seguro? —preguntaba una voz al otro lado de la puerta.

—Nos arrollan —respondió un segundo germano—. Han roto nuestras líneas y se dirigen hacia aquí a liberar a sus jefes. Estarán aquí en cualquier momento.

—¡Maldición! —gritó el que parecía el oficial al mando de los germanos.

—Tenemos que huir —urgió un tercero.

Durante unos instantes se mantuvo el silencio. Marcelo, con los latidos de su corazón resonando con fuerza en su cabeza, se aproximó a las puertas, conteniendo la respiración mientras suplicaba al Señor que la fortuna les sonriera.

—Dividíos en dos grupos y salid por los flancos —cedió finalmente el oficial hérulo—. Escapad por las ventanas. Tendremos más posibilidades si vamos cada uno por nuestro lado. Reuníos junto al pabellón de los emperadores, tenemos que llevarlos al puerto.

Un intenso sonido metálico siguió a las palabras del germano, acompañado por el decreciente jaleo provocado por los hérulos al abandonar su posición junto a la puerta, hasta que toda la habitación quedó en completo silencio.

—¿Qué pasa? —repitió Tomás con voz temblorosa.

—¡Se van! —exclamó Marcelo, casi sin poder creerlo.

—Yo no salgo de aquí hasta que lleguen los guardias —afirmó Tomás, negando con la cabeza mientras miraba la puerta como si fuera la entrada al infierno.

—Será lo más prudente —admitió Marcelo.

Durante los siguientes angustiosos instantes, ambos se mantuvieron callados, con los nervios a flor de piel, musitando plegarias en espera de ser liberados. De repente, tras la puerta llegaron los ecos de un creciente ruido de pasos y el entrechocar de armaduras. Voces de soldados se escucharon tras las robustas hojas de bronce hasta que una imperiosa llamada resonó en la puerta.

—¡Mi señor! —chilló una voz en perfecto griego—. ¿Estáis bien? ¡Abrid a la guardia!

—¡Gracias al cielo! —suspiró Marcelo, que se abalanzó sobre la puerta y descorrió el pesado cierre de bronce que mantenía las

hojas cerradas—. ¡Daos prisa! Esos cerdos han huido por las...

Nada más comenzar a abrirse las puertas un brutal empujón lanzó al sorprendido Marcelo al suelo, tras estampar una de las pesadas hojas en su rostro. Ante la absorta mirada de incomprensión de Tomás, un hérulo con el cuello cubierto de sangre reseca penetró en la habitación con la boca torcida en una siniestra sonrisa. Tras él, media docena de mercenarios sostenían a un tembloroso funcionario griego, a quien amenazaban con una espada bajo la barbilla.

—Pero ¿qué...?

Las palabras de Marcelo murieron en su garganta cuando el hérulo le cercenó la cabeza de un solo golpe, salpicando la túnica del aterrado Tomás con su sangre.

—¡No me mates, no me mates! —chilló el secretario imperial, arrojándose al suelo entre incontrolados temblores—. ¡Haré lo que tú quieras!

Indiferente a las súplicas, Drías alzó la espada, aunque una voz le detuvo antes de que pudiera descargar el golpe.

—¡Señor! —gritó un mercenario que acababa de llegar a la carrera—. ¡Daos prisa, no aguantamos más!

Drías se volvió, contemplando el desgarbado aspecto del mensajero, sin escudo y con la armadura rota en las costillas, donde se formaba una oscura mancha de sangre. Tras simular su retirada de la puerta, el hérulo había enviado a todos sus hombres a contener a los *excubitores* en la entrada del edificio, mientras él regresaba a la puerta de bronce con un puñado de soldados y un funcionario recién capturado en el interior del cuartel. Su plan había funcionado, pero se encontraban copados en aquel pabellón y, por lo que acababan de anunciarle, a punto de ser pasados a cuchillo por los enfurecidos guardias.

Volvió la vista al suelo, a la sollozante figura de Tomás, que continuaba gimiendo mientras un fuerte olor a orines se extendía por la habitación. Le agarró por el cuello y le obligó a levantarse.

—¿Quién eres?

—Soy... soy el secretario imperial —balbuceó Tomás, castañeteando los dientes ante la furibunda mirada del germano—. Tengo poder en palacio. Si respetáis mi vida os haré ricos.

Drías clavó sus ojos en el tembloroso rostro del secretario, arrugando la nariz ante el nauseabundo olor que comenzaba a despedir el funcionario, fruto del nulo control que ejercía Tomás sobre sus esfínteres.

—Vamos a comprobarlo ahora mismo —dijo el hérulo.

Arrastrando al cobarde funcionario, Drías se encaminó con rapidez a la entrada tras recoger del suelo la cabeza de Marcelo. Por el camino resumió en pocas frases lo que esperaba del secretario, mientras éste asentía con la cabeza, sin que el hérulo pudiera discernir si lo hacía para mantenerse vivo durante algunos instantes más o si realmente comprendía lo que debía hacer, pero no había tiempo para detenerse a averiguarlo.

Ya antes de alcanzar el vestíbulo, un buen número de sus hombres yacían en el pasillo, gravemente heridos. A sus oídos llegaba el ruido del combate que se desarrollaba a unos pocos pasos, mezclado con los estertores de los moribundos. Empujando a Tomás delante de él se adentró en el vestíbulo, donde los guardias habían forzado el paso, arrollando a los exhaustos mercenarios, y comenzaban a invadir el recinto.

—¡Alto la lucha! —gritó Drías con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡Quietos!

Los combatientes ignoraron las voces del mercenario y continuaron con el intercambio de golpes. Al observar la inutilidad de sus gritos, Drías ordenó a los seis soldados que le acompañaban que se interpusieran con los escudos, al tiempo que controlaba con esfuerzo a los pocos que aún continuaban en pie.

—¡Quietos, maldita sea!

Esta vez los contendientes se separaron, manteniéndose en tensión con las espadas en alto.

—¿Quién es vuestro oficial al mando? —preguntó Drías, buscando entre el grupo de *excubitores* alguno que destacara entre el resto.

Los guardias intercambiaron desconfiadas miradas ante las palabras del mercenario, hasta que, finalmente, uno de los contrarios se destacó aproximándose hasta el frente, resguardando con prudencia su cuerpo con los escudos de sus hombres.

—Tenemos que hablar —aseguró Drías.

—¿Queréis entregaros? —preguntó el oficial de la guardia.

—¿Qué rango tienes? —interrumpió el hérulo.

—Soy el *comes excubitorum* —anunció el oficial, identificándose como el comandante al mando de toda la unidad de la guardia, uno de los que seguían a Marcelo en la cadena de mando—. ¿Vais a rendir las armas? —insistió con impaciencia.

—Antes tenemos que hablar —negó Drías—. Bastará un momento —añadió al observar la dura mirada del oficial ante su

petición—, mientras tanto podemos retirar a los heridos. Si no te convencen mis palabras proseguiremos la lucha.

Tras unos instantes de duda el oficial asintió con la cabeza, ordenó a sus guardias que retiraran sus escudos y se adelantó un paso para encontrarse con el hérulo a mitad de camino de ambos grupos.

—¿A quién rindes lealtad? —inquirió Drías antes de que el comandante de los *excubitores* pudiera abrir la boca.

—No creo que eso sea de tu interés —replicó el oficial de la guardia con desprecio.

—No soy de los que se andan con rodeos —aseguró Drías con firmeza—. Los dos sabemos en qué bando nos encontramos. Lo que te pregunto es si no prefieres recuperar la estima de Justiniano en lugar de despeñarte por el abismo como el estúpido de tu comandante.

—El emperador está acabado —adujo el oficial, escupiendo al suelo para reforzar sus palabras.

—Justiniano aún conserva la cabeza sobre los hombros, a diferencia de Marcelo.

A un gesto de Drías, uno de sus mercenarios mostró la decapitada testa del antiguo comandante de la guardia, provocando que los ojos del oficial se abrieran de par en par por la sorpresa.

—¿Le habéis matado?

—Por orden del emperador —recalcó el hérulo—. Ha descubierto vuestros planes y los ha contrarrestado. ¿No escuchas el combate que se desarrolla en el hipódromo? ¿No te has fijado en que esos rebeldes ya no corean sus inútiles consignas? Mientras hablamos Belisario está descuartizando a esos estúpidos —mintió Drías, quien no tenía forma de saber cómo se desarrollaba la lucha en el cercano circo—. Sofocaremos la revuelta esta misma noche.

—No te creo —negó el oficial, aunque el mercenario pudo observar cómo la firmeza había desaparecido de su mirada—. Si fuera cierto, ¿para qué querríais negociar nada?

—No voy a tomarte por un tonto. Hasta que mi general regrese la guardia puede hacerse con el control del palacio. Después seríais ejecutados, pero es un riesgo que el emperador prefiere no correr. Justiniano olvidará vuestras acciones culpando de todo a Marcelo —afirmó Drías con total seriedad, hablando con toda la convicción que fue capaz de reunir—, y será generoso si le correspondéis con lealtad. Por el contrario, si decidís oponeros a él

y continuar con vuestros planes suicidas acabaréis muertos. Empezando por todos los hombres que perderás aquí antes de que logréis abatirnos.

—¿Esperas que crea en la palabra de un simple bárbaro? —se burló el oficial.

—No. Por eso he traído a alguien que podrá apoyar cuanto he dicho.

Con una nueva señal del hérulo, el secretario imperial fue conducido a presencia del comandante de los *excubitores*.

—¡Tomás! —se sorprendió el oficial—. ¿Qué haces tú con estos mercenarios? ¿Acaso es cierto lo que dice este hombre?

El secretario imperial miró de reojo a Drías, observando con los ojos muy abiertos la feroz advertencia que expresaba el hérulo con su rostro. Tras unos instantes de vacilación asintió, moviendo lentamente la cabeza.

—Todo lo que ha dicho es verdad. Justiniano os perdonará y os cubrirá de oro si lucháis a su lado.

El comandante de los *excubitores* enarcó una ceja, escrutando con atención el lívido semblante del secretario imperial. Bajó la vista hasta sus piernas desnudas, por donde se deslizaba un visible reguero de heces líquidas. Después volvió a mirar al hérulo y mantuvo los ojos clavados en el germano hasta que, finalmente, emitió un suspiro, anunciando que había tomado una decisión.

—¿Qué quieres que haga?

Realizando un ímprobo esfuerzo para evitar que el comandante de los *excubitores* advirtiera el descomunal alivio que estaba a punto de desbordarle, Drías meditó su próximo paso. Sin noticias de Belisario, el hérulo no podía hacer otra cosa que especular sobre el resultado de la lucha en el hipódromo. En cualquier caso, el combate se prolongaba, y eso sólo podía significar que los mercenarios no habían logrado imponerse a la multitud. Necesitarían ayuda.

—Tengo una idea —anunció—. Dame un destacamento de tus hombres. Siempre me he preguntado cómo será la vista desde un palco imperial.

Desde el cercano hipódromo llegaba el sonido inconfundible de la lucha.

Tal y como Valente le había dicho, los mercenarios del emperador habían abandonado el palacio para adentrarse en el inmenso recinto, atacando lo que suponían era el núcleo de la

revuelta en un último intento de sofocarla. Ahora, mientras la muchedumbre encabezada por Héctor desembocaba en la explanada formada por el hipódromo, el foro y las termas de Zeuxipo, el ateniense se preguntaba si la segunda parte del plan del senador también se desarrollaría con la misma facilidad.

Cercanos a las ennegrecidas puertas del Gran Palacio, visibles entre el Augusteon y las termas, la multitud que seguía al ateniense comenzaba a excitarse, redoblando las consignas y los exacerbados insultos que emitían contra el emperador. Envuelto por los gritos de «*nika*» Héctor observaba a duras penas las cerradas puertas de bronce con suspicacia, sopesando qué es lo que debería hacer en caso de que la guardia no abriera paso a su gigantesco grupo armado. Sin embargo, como respuesta a sus pensamientos, las aún lejanas hojas comenzaron a abrirse, devolviendo la confianza al ateniense.

—¡El palacio es nuestro! —gritó con su potente voz—. ¡A palacio! ¡Muera Justiniano!

Cientos de gargantas secundaron sus proclamas, alzando las teas de manera rítmica. Pese a ello, la sonrisa se esfumó del rostro de Héctor cuando vio a los primeros jinetes cruzar el Chalke iluminados por la claridad de la luna.

La columna de soldados atravesó en un abrir y cerrar de ojos la distancia que les separaba de la amplia explanada, formando disciplinadas filas con sus monturas en el lado opuesto al que ocupaba la cabecera del grupo de Héctor. Los débiles rayos de luz que emitía el astro arrancaban pálidos destellos de las broncíneas armaduras de sus caballos, lo que permitía que, incluso a esa distancia, Héctor pudiera distinguir las siluetas difuminadas de los *excubitores*.

Mientras la multitud se extendía por el amplio espacio en el que terminaba la avenida junto al *Milion*, el arco triunfal de cuatro puertas desde el que se medían las distancias en Constantinopla, doscientos jinetes encararon con despectivo orgullo a los miles de ciudadanos que anegaban la explanada. Tras ellos, un centenar de infantes armados con arcos corrían a situarse en dos filas, dispuestos a cubrir con sus mortíferas saetas la evidente carga que se avecinaba.

—¿No prometió ese senador que la guardia estaría de nuestro lado?

La voz de Miguel obligó a Héctor a aceptar lo evidente. Sus sueños de un final rápido e indoloro se esfumaron en un instante.

Justiniano pensaba vender cara su vida.

En el interior del hipódromo la situación se había vuelto desesperada. Atacados por dos flancos, la resistencia de los rebeldes se diluía con rapidez, convirtiéndose en un descontrolado pánico, a medida que la segunda columna de hérulos empujaba a los insurrectos, acuchillando sin miramientos tanto a civiles como a faccionarios. En medio del desatado torbellino de histeria que había provocado la aparición de Mundo, los rebeldes comenzaron a arrojar sus armas. Algunos se agazapaban en los graderíos, o se delizaban debajo de los muertos, pensando así engañar a los mercenarios. Sobre la arena del hipódromo comenzaba a desarrollarse una verdadera matanza.

Pese a ello, la confianza que Orígenes mantenía en la promesa de Valente lograba mantener su ánimo, convencido de la proximidad de la victoria que llegaría de la mano de Héctor.

—Los mercenarios están extenuados —repetía el senador—, sólo hemos de aguantar un poco más y Justiniano no será más que un recuerdo.

Varios de los senadores que antes ocupaban el Kathisma habían desaparecido, aprovechando el empuje inicial de los faccionarios para escapar del palco, aunque la mayoría permanecían junto a su nuevo emperador, moviéndose asustados de un lado a otro sin saber qué hacer.

Acercándose al fondo del palco, donde se apretujaban los asistentes más inquietos, Orígenes se deslizaba entre los pequeños grupos repartiendo palabras de aliento y garantizando la victoria. Multiplicando su presencia con la intención de reclamar más adelante su recompensa por su cometido junto a Hypacio cuando su trono aún se encontraba en el aire, Orígenes se afanaba por insuflar un poco de ánimo en sus atemorizados compañeros.

—¿Estás seguro de que el vulgo logrará tomar el palacio a tiempo? —preguntó un obeso terrateniente con suspicacia.

—No tengo ni la menor duda —respondió Orígenes con la mejor de sus sonrisas—. Y en cuanto eso ocurra se deshará esa turba de germanos. La guardia se encuentra de nuestro lado. De un momento a otro espero que se abran estas puertas y entre un heraldo anunciando que el Gran Palacio nos pertenece —añadió, señalando las delicadas tallas de marfil esculpidas sobre las puertas de bronce que clausuraban el acceso al palacio, imaginando secretamente el perfil de su propio rostro cincelado en

uno de aquellos cuadrantes, junto al de los césares.

El patricio asintió, aunque las miradas que intercambiaba con el resto de los integrantes de su grupo no parecían apoyar el convencimiento que buscaba Orígenes. En ese momento, un chasquido, seguido de un prolongado chirrido metálico, advirtió de la inminente apertura de las puertas de bronce desde el lado de palacio.

—¡Ahí lo tenéis! —apuntó Orígenes con entusiasmo—. El palacio ya es nuestro. La guardia viene a proteger al nuevo emperador. ¡Estamos salvados!

—¡Larga vida a Hypacio! —gritó uno de los patricios más cercanos, secundado por cuantos le rodeaban.

Situándose en cabeza del grupo de patricios que se arremolinaba junto a las puertas con curiosidad, Orígenes se atusó la toga, dispuesto a ser el primero en recibir al comandante de la guardia.

—El emperador querrá que le llevemos vivo a ese traidor —anunció uno de los dos oficiales que acompañaban a Drías—. Haz lo que quieras con el resto.

El hérulo asintió de mala gana, notando al hacerlo el escozor que surgía de la herida de su cuello. A la cabeza de la mitad de sus hombres que no había participado en el ataque al cuartel de los *excubitores*, y reforzado por medio centenar de guardias guiados por dos oficiales pertenecientes a la propia familia de Justiniano, el hérulo apretaba la mandíbula en espera de que se abrieran las hojas que clausuraban el acceso al Kathisma.

Si bien hubiera bastado una docena de hombres para capturar al traidor que el populacho había proclamado como su nuevo dirigente, las intenciones del germano iban más allá de un simple secuestro. En connivencia con el comandante de los *excubitores*, una vez que Hypacio se encontrara en poder de los guardias, los hérulos se extenderían desde el palco, al tiempo que una sección a caballo de la guardia abriría la puerta que se encontraba bajo el Kathisma y atacaría a los rebeldes que se hallaban en la arena. A pesar de contar con unos pocos cientos de soldados, la esperanza del ataque se centraba en causar el pánico entre los rebeldes, permitiendo que las tropas de Belisario recuperaran la iniciativa.

—¡Abrid!

La seca orden del oficial resonó en la galería que conducía al palco, provocando un corto entrechocar de aceros mientras los

soldados aprestaban las armas. En el puesto de cabeza, Drías tensó los músculos detrás de su escudo, crispando la mano sobre la empuñadura de la espada, dispuesto a llevarse por delante a tajos a quienquiera que se encontrara tras esa puerta.

Las hojas se abrieron hacia dentro con rapidez, liberando la furia de los hérulos, que se abalanzaron sobre el grupo de figuras más próximo a la salida.

El primero en el que Drías clavó su espada era un hombre alto, vestido con una toga blanca inmaculada y con una extraña sonrisa en la cara. Mientras lo atravesaba, al hérulo le dio la impresión de que aquel infeliz se encontraba esperando que un cortejo de eunucos cargados de comida y flores hubiera atravesado la puerta, y no que fuera la muerte lo que aguardaba al otro lado de las hojas de bronce.

Drías extrajo el arma con rapidez del cuerpo de su primera víctima y se abalanzó acto seguido contra el grupo de sorprendidos patricios que esperaba tras Orígenes. Antes de que pudieran reaccionar, varios de ellos yacían en el suelo con el pecho abierto por las espadas de los soldados que surgían sin pausa de la estrecha galería.

Situado junto a la barandilla de mármol del palco, Antlas tardó unos instantes en atender a los aterrorizados gritos de los aristócratas que se agolpaban en la parte interior del Kathisma. Concentrado en seguir las evoluciones de sus grupos de faccionarios, cuando se giró en busca de la razón de ese sorprendente alboroto apenas tuvo tiempo de entender lo que ocurría antes de que varios de los verdes asignados a Hypacio como guardia de honor le cayeran encima, derribados por el brutal empuje de un fornido mercenario, que se arrojó sobre el círculo de guardias que rodeaba al nuevo emperador con el impulso de un toro. Atónito ante la escena que contemplaban sus ojos, el *demarca* se encontraba paralizado, observando la matanza de patricios y senadores que se desarrollaba a su alrededor.

Anegando el palco, mercenarios y *excubitores* se acercaron al asombrado Hypacio y degollaron al puñado de guardias que le rodeaban antes de que pudieran recuperarse del furibundo ataque del hérulo que encabezaba la columna. Apoyado de espaldas a la decorada barandilla de mármol del palco imperial, durante los breves instantes que precedieron al momento en el que la espada de Drías le atravesara el pecho, Antlas aún tuvo tiempo de contemplar cómo Hypacio lloriqueaba a los pies de los oficiales de

la guardia que lo apresaban, justo antes de que aquel a quien había considerado el nuevo emperador fuera arrastrado como un perro al interior del palacio.

Durante unos minutos Héctor temió que nuevas formaciones de tropa salieran del palacio para unirse a los jinetes que se alineaban frente a ellos. Sin embargo, las puertas abiertas del Chalke mantuvieron su quietud, confirmando que tan sólo unas pocas unidades de la guardia tratarían de contener el asalto de sus seguidores.

Pese al aspecto feroz de los soldados, la aplastante superioridad numérica de los rebeldes les otorgaría la victoria en caso de confrontación pues, a diferencia de los disciplinados hérulos de Belisario, la caballería no podría mantener un frente único y se vería desbordada por los asaltantes. Únicamente sería necesario resistir la primera carga. Después de eso los jinetes se verían rodeados por la muchedumbre y serían desmontados y eliminados uno por uno. Una carga y el palacio sería suyo.

Antes de que el ateniense diera orden alguna, unos pocos exaltados ya se adelantaban, profiriendo grotescos insultos contra los guardias e instigando al resto de la nutrida columna a que les acompañaran en el avance, arrastrando poco a poco a una numerosa multitud. A su lado se formó un remolino de personas que se movían de un lado a otro, cuando aquellos que disponían de armadura, lanzas o, simplemente más valor, se adelantaban para recoger el testigo de los muchos que veían su ánimo flaquear ante la muralla de metal que se erguía al otro lado de la plaza.

Zarandeado por unos y otros, Héctor comprendió que la moral del pueblo sería la que marcase el resultado de la lucha. Él era el bendecido, aquel a quien todos seguían. Suya era la tarea de conducir a esos hombres. Agitando la antorcha por encima de su cabeza, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Adelante, ciudadanos! ¡Hoy ganaremos la libertad! *¡Nika!*

Un coro de aclamaciones surgió a su lado, transmitiéndose a lo largo de toda la columna hasta convertirse en un atronador griterío. Con la emoción a flor de piel, Héctor comprobó cómo muchos de los que antes reculaban se unían de nuevo al avance, recuperando la confianza en sus posibilidades al verse arropados por tan ingente masa de personas. Como un gigante que se despereza tras un prolongado letargo, la columna comenzó a avanzar desafiante.

«Éste es buen momento.»

Aprovechando el movimiento de los rebeldes en torno a su líder, Tasio extrajo su afilado puñal de debajo de la túnica, aproximándose a la cabeza de la formación con los ojos fijos en la espalda de Héctor.

Avanzó abriéndose paso poco a poco, empujando a los excitados seguidores de su presa hasta colocarse justo detrás del ateniense.

«Treinta sólidos de oro», pensó, en el momento en que lanzó hacia delante su daga buscando el corazón de su víctima.

Tumbado en el suelo, asido a una de las piernas de Justiniano, Hypacio lloriqueaba suplicando perdón.

—Me has decepcionado. Nunca pensé que traicionarías mi confianza.

Las palabras del emperador provocaron un profundo sollozo en el senador, que besuqueaba los enjoyados zapatos de Justiniano mientras repetía una y otra vez la misma letanía.

—¡Ellos me obligaron! ¡Yo no quise hacerlo!

—Me resulta difícil creer que se pueda obligar a alguien a convertirse en emperador en contra de su voluntad. Más bien pienso que te dejaste llevar por la corriente, sin siquiera dar una brazada en la dirección contraria.

—¡Pero yo reuní a los rebeldes en el hipódromo adrede! —gimió Hypacio, alzando levemente la cabeza—, sabía que vuestras tropas los derrotarían.

—¿Esperas que ahora crea esa patraña? —cuestionó Justiniano endureciendo su voz.

—¡Piedad, gran señor! —suplicó Hypacio, aferrándose con fuerza a la pierna de Justiniano—. Os juro por lo más sagrado que me obligaron, mi esposa podrá atestiguar cómo me arrancaron de mi casa. ¡Perdonadme!

Contemplando la acongojada figura del senador echada a sus pies, el emperador emitió un profundo suspiro. Las lágrimas de Hypacio y sus continuas disculpas comenzaban a hacer mella en él. El primer día de la revuelta el vulgo había asaltado la casa de Probo, el hermano de Hypacio. Si bien en ese momento Justiniano pensó que le buscarían para actuar de mediador, ahora cabía la posibilidad de que trataran de elevarlo al trono, viendo frustrado su empeño por la acertada previsión de Probo. Tal vez Hypacio fuera una simple marioneta como él decía. Justiniano recordaba

incluso las súplicas del senador cuando le anunciaron que sería expulsado del palacio. Quizá lo más justo sería indultarle.

Alzó la vista dispuesto a comunicarle a Narsés que llevara a Hypacio a una celda cuando sus ojos se encontraron con los de su esposa. Sin necesidad de hablar, Teodora realizó un escueto gesto, negando con la cabeza.

Como siempre, la emperatriz tenía razón. La lucha aún se mantenía en el hipódromo, y Narsés le acababa de anunciar que una muchedumbre se acercaba por el foro con intenciones de asaltar el palacio. Tanto su trono como su cabeza aún pendían de un hilo. Bastaba una derrota para que las tornas cambiaran, y fuera él quien se encontrase a los pies de Hypacio. No podía permitirse el lujo de ser clemente.

—Ejecutadlo —ordenó a los guardias—. Mañana su cuerpo será arrojado al mar.

Con un desgarrador grito de angustia, Hypacio se aferró a la pierna de Justiniano, suplicando a voces clemencia mientras los guardias le golpeaban en las costillas para obligarle a soltar al emperador.

Incluso cuando le arrastraron fuera de la sala, sus alaridos aún seguían sonando dentro de la cabeza de Justiniano. Únicamente cuando Teodora se situó a su lado y tomó su mano, el emperador se convenció de que había actuado correctamente.

—¡Héctor, cuidado!

El grito de Miguel avisó al ateniense un instante antes de que el cuchillo se clavara en su espalda. Contrayéndose por el dolor, Héctor sintió cómo la hoja se deslizaba entre las costillas, desgarrando la carne a su paso.

Su agresor arrojó el arma al suelo, y se abrió paso a empellones entre el gentío, perseguido por varios de los faccionarios que se encontraban más cerca. Héctor se llevó una mano a la espalda, palpando el lugar en el que había sido alcanzado, notando cómo la túnica se quedaba pegada a su piel. Cuando llevó de nuevo la mano frente a sus ojos la temblorosa palma estaba cubierta de sangre.

—¿Cómo estás?

—No lo sé. Creo que…

Un repentino acceso de tos interrumpió la respuesta de Héctor. El ateniense sintió en su boca el sabor de la sangre, lo que delataba que la hoja había atravesado uno de sus pulmones.

—Tenemos que llevarte a un médico —comentó Miguel, asustado ante la creciente mancha oscura que se extendía por la túnica del ateniense.

Héctor sintió que la sangre empapaba sus ropas. Con cada respiración, un profundo dolor recorría su costado izquierdo, provocando que el aire que entraba en sus pulmones pareciera estar acompañado de fuego. Miró a Miguel, sin que hiciera falta leer la intensa preocupación de su rostro para comprender la gravedad de su herida. La gente comenzó a detenerse a su alrededor interrumpiendo el avance de la multitud. Los más cercanos le señalaban con preocupación, murmurando en voz baja mientras se persignaban y en sus ojos comenzaba a dibujarse la sombra del miedo. El bendecido, su icono, su líder, estaba herido.

Como un nuevo cuchillo que penetrara en su alma, la comprensión alcanzó a Héctor con la rapidez de un relámpago. El pueblo no avanzaría contra los soldados sin él. Era su faro, le necesitaban. Y a juzgar por los desgarradores gritos que surgían del hipódromo, ese asalto contra el palacio se había convertido en la última esperanza de libertad. Y si la rebelión era derrotada, entonces Penélope...

Pensar en su esposa obró el efecto de aclarar su turbada mente. Tratando de controlar el ritmo de su agitada respiración, Héctor recuperó la calma. Huir condenaba a su familia. A un paso de la victoria, Valente jamás le perdonaría el fracaso. Antes de que Justiniano le enviara al cadalso el senador se cobraría su venganza sobre Penélope y Platón. Debía quedarse y encabezar la marcha contra el palacio. Una vez que los jinetes fueran derrotados ya no sería necesario, y permitiría que Miguel le llevara a un médico. La victoria liberaría al pueblo de su esclavitud, a su familia de la muerte y a su alma de la carga de ese estúpido homicidio con el que se lanzó al abismo. ¿Cómo renunciar a esa posibilidad para tratar de salvar su vida? ¿De qué serviría vivir sin familia y sin dignidad?

—Miguel, hazme un favor —pidió Héctor—. Yo no puedo alzar la voz para que el pueblo me escuche. Hazlo tú por mí. Grita bien fuerte para que todos te oigan.

—¿Qué quieres que diga? —preguntó Miguel.

—Basta con una sola palabra. Tu corazón te dirá cuál.

Miguel se quedó atónito, contemplando cómo Héctor elevaba la tea por encima de su cabeza y comenzaba a andar resueltamente contra los soldados de Justiniano, arrastrando a la

masa tras de sí. Una lágrima recorrió la mejilla del albañil cuando gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—*¡Nika!*

Héctor avanzaba con la vista fija en los jinetes, cuyas monturas caracoleaban nerviosas en espera de la orden que desataría su salvaje carga. El dolor de su costado había desaparecido, mantenido a raya por la descarga de adrenalina que inundaba sus venas. Sin embargo, el ateniense no se engañaba acerca de su estado, a cada instante notaba cómo la antorcha que agitaba sobre su cabeza parecía incrementar su peso, delatando cómo sus fuerzas se escapaban por la herida, como un río que va perdiendo caudal en el desierto hasta desaparecer tragado por la arena.

Pero ya no importaba. Su decidida actuación había arrastrado al gentío que inundaba la plaza, animado por las continuas proclamas que Miguel entonaba con voz potente. Se encaminaban henchidos de confianza contra la última delgada barrera que protegía a Justiniano, bastaba una última carga para que la revuelta triunfara.

Un corto toque de música pareció sonar en la lejanía, acompañado por el coordinado sonido metálico de doscientas espadas que abandonaban sus fundas. Desde su puesto en cabeza de la muchedumbre, Héctor vio al oficial que comandaba las menguadas tropas de la guardia levantar su espada mientras los arqueros que se encontraban tras la caballería tensaban sus arcos.

—¡Miguel! —quiso gritar, pero de su garganta únicamente surgió un susurro, casi inaudible.

Miró a ambos lados, tratando de encontrar a su ayudante, suplicando que se hallara lo suficientemente cerca como para poder tirar de su túnica para avisarle, pero no consiguió identificar su rostro. El albañil ya no se encontraba a su lado.

Apenas le separaban sesenta o setenta pasos de las filas de guardias cuando vio cómo los infantes soltaban las cuerdas de sus arcos, enviando su mortífera carga por encima de las cabezas de los jinetes.

Miró al cielo, incapaz de distinguir las siluetas de las mortales flechas en medio de la oscuridad, ni de escuchar el agónico silbido que presagiaba la sangre que se derramaría en cuanto alcanzaran su objetivo. De repente, un buen número de hombres cayó al suelo entre gritos de dolor. Muchos de los que les rodeaban siguieron caminando, pero unos pocos detuvieron su marcha, atenazados

por el miedo.

—No podemos detenernos —murmuró Héctor, al contemplar cómo la primera andanada de saetas hacía vacilar sus filas.

Apenas centró su vista de nuevo en los soldados, vislumbró a los arqueros preparando un nuevo ataque. Héctor apretó los dientes, agitó su tea y se lanzó a la carrera sobre los jinetes, arrastrando a la multitud tras de sí.

El frenético aullido de sus seguidores le impidió escuchar el grito de guerra de los guardias, cuando las monturas se lanzaron al galope sobre ellos mientras una segunda andanada de flechas surcaba el cielo por encima de sus cabezas. Ahogando las crecientes punzadas de dolor que se extendían por su pecho, Héctor mantuvo la vista fija en los soldados que se encontraban frente a él, observando cómo la distancia se acortaba con cada latido.

«Resiste un poco más», se dijo a sí mismo, consciente de ser el único que alentaba el corazón de esa multitud. Entre las filas de los jinetes ya alcanzaba a ver las puertas del palacio, que le invitaban a entrar en el ansiado recinto, rozando la fruta prohibida.

Faltaban tan sólo veinte pasos cuando la flecha le atravesó el cuello.

Héctor se derrumbó sobre el suelo, cayendo en el piso empedrado como un muñeco desmadejado. Tumbado boca arriba, trató de levantarse, pero su cuerpo no respondía a las órdenes. El dolor se había esfumado, convertido en un suave cosquilleo que ascendía desde su nuca, cerca del punto donde la flecha había seccionado los nervios de la columna vertebral. Abrió la boca buscando aire, sin saber que sus pulmones ya no se movían.

Inmóvil, escuchaba el desgarrador golpeteo que los cascos de los caballos arrancaban del empedrado, en el instante previo al estruendo del choque entre las armaduras de las bestias y los cuerpos desnudos del pueblo. Al brutal encontronazo le siguieron los gritos de pánico, angustia y dolor de aquellos que eran cercenados como el trigo por la hoz. Observó pasar a los caballos a su lado, repartiendo estocadas a cuantos se cruzaban en su camino. Vio a un hombre caer sobre él, con la garganta convertida en una siniestra boca roja por la que se le escapaba la vida. No sintió el golpe, ni notó la presión de su cuerpo sobre el suyo. Finalmente, escuchó cómo los gritos se alejaban, a medida que sus seguidores huían aterrados, acosados por los *excubitores*.

Aún movía la boca, tratando inútilmente de impulsar algo de aire en el interior de sus pulmones, mientras escuchaba los últimos retazos de la matanza que realizaban los jinetes. Alejado el combate de donde él yacía, lo único que podía contemplar era el cielo, salpicado de brillantes estrellas.

Una figura se interpuso en su mirada. El rojo penacho de plumas en el que terminaba su casco le identificaba como uno de los soldados de la guardia. En lugar del arco compuesto, colocado en una funda de cuero anudada a la cintura, empuñaba una espada corta. Era uno de los arqueros que se mantenían tras los jinetes, y que ahora recorría las filas de caídos, rematando a los heridos que encontraba entre los civiles.

Héctor le contempló mientras intensificaba los esfuerzos por respirar, esperando la estocada final. Sin embargo, el arquero se agachó lentamente, y realizó la señal de la cruz sobre el congestionado rostro del ateniense. Después volvió a levantarse, manteniéndose a su lado en silencio, como si se sintiera incapaz de arrebatarle esos últimos instantes de vida.

Héctor volvió de nuevo su vista al cielo. Pensó en Penélope, consiguiendo que sus ojos se inundaran de lágrimas. Trató de hablar, pero apenas pudo mover los labios. Mientras las estrellas perdían poco a poco su brillo, Héctor mantuvo los ojos sobre la oscura bóveda que le cubría, expresando sin palabras un último deseo: «Dios, si de verdad existes, te suplico que cuides de mi familia.»

UN TEMPLO, UN SÍMBOLO, UN SUEÑO

Constantinopla, 19 de enero de 532

El amanecer despertó cegado por oscuros nubarrones que hurtaban a la ciudad la vista del sol. En el campo, los campesinos miraban al cielo con preocupación, deseando que el Señor les agraciara con el agua que regaría sus sembrados, al mismo tiempo que temían la tormenta y el granizo. En las tranquilas colinas que rodeaban la ciudad cualquiera podía oler la densa humedad que impregnaba el aire. Por el contrario, el interior de la urbe emanaba un tétrico olor, el vapor hediondo de la muerte, emitido por miles de cadáveres que se extendían en las calles. Constantinopla se había convertido en un gigantesco cementerio centrado en el hipódromo, en cuyo interior yacían treinta mil cuerpos, desparramados en torno a la arena.

Sentado sobre el bajo muro que separaba las gradas de la pista, Drías contemplaba el horror de la masacre a la que él mismo había contribuido. Con los ojos enrojecidos por la vigilia, deslizaba la vista entre la maraña de cadáveres desmembrados que se amontonaban a su alrededor.

Sobre la arena donde días atrás rodaban las cuadrigas, acompañadas de clamorosas ovaciones y cánticos de victoria, se extendía una siniestra alfombra de cuerpos, sangre y vísceras, en cantidad suficiente para anegar la dorada superficie de la pista. Los únicos gritos cuyo eco reverberaba en el recinto eran los de las mujeres que caminaban entre los caídos, al reconocer entre los rostros desfigurados el semblante del hijo, el marido o el hermano que no había regresado a casa esa noche. Nada quedaba de las coloridas banderas de las facciones más que jirones ensangrentados que ondeaban tímidamente al viento, desplazadas por las negras siluetas de quienes ya se sabían viudas, que erraban como fantasmas en el purgatorio, en busca del cuerpo de un familiar o un amigo, aferrándose al nimio consuelo de concederle cristiana sepultura.

Ajeno a los desgarradores gritos de angustia que se elevaban a su alrededor, el hérulo se mantenía en silencio. Jamás en su vida se había sentido tan cansado como en aquel momento. Había desgarrado piel y hueso hasta el punto de que no era capaz de sentir el brazo con el que manejaba la espada, tras perder el sentido y la razón para reemplazarlos por una sangrienta locura, de la que tan sólo recordaba fugaces destellos de rostros

angustiados. Como la mayoría de sus compañeros, se había derrumbado exhausto antes del alba, con los dedos crispados sobre la empuñadura del arma, temblando de forma descontrolada por el terrible esfuerzo al que se había sometido. Sin embargo, a diferencia del resto de los mercenarios, desoyó la orden de regresar a palacio y permaneció donde ahora se encontraba intentando poner en claro sus pensamientos.

Recordaba las ansias de combatir que le abrasaban antes de la refriega, la desbordante ira que ardía en su pecho. Durante todo ese tiempo dio por sentado que la venganza contra esos desgraciados calmaría esa sensación que le comía por dentro, pero no funcionó. Se sentía vacío.

A despecho de la brutal matanza se sabía débil y desamparado, como un huérfano perdido que se acurruca atemorizado en el solitario pórtico de una iglesia. Había necesitado una noche entera de furia descontrolada para admitir que Arzés no volvería, que se encontraba solo. Aún respiraba, aún sentía, pero su alma yacía enterrada en esa ciudad, tan muerta como los cadáveres malolientes de miles de ciudadanos.

Ahora que la lucha había cesado, tras la proclama de Justiniano que anunciaba el final de la violencia, ya no quedaban batallas en las que esconderse. A Drías no le restaba otra opción que contemplar las ruinas de su propia vida, reflejadas en aquella arena empapada de sangre. De haber tenido fuerzas se habría echado a llorar, pero no le quedaba aliento para dar salida a sus sentimientos.

Su vista se posó sobre la *spina* central, donde contempló las erguidas estatuas que glorificaban a célebres aurigas, con su superficie broncínea repleta de manchas oscuras. La visión de tan majestuosas efigies, con sus rostros atemporales mirando serenamente hacia el vacío, marcaba un contraste grotesco con las pilas de cadáveres que se acumulaban a sus pies, con los lívidos semblantes desencajados de cuantos habían perdido la vida en torno a las tallas, obeliscos, columnas y grabados. Aquellos rostros, retorcidos en aterradoras muecas, parecían contemplarle desde el profundo vacío de la muerte, clavando en él sus negras miradas.

Desvió la vista y se fijó en una mujer que caminaba errática entre los caídos, mirando apenas a uno y otro lado, como si buscara a algún ser querido sin ser capaz de soportar el encontrarlo. Se movía lentamente, ajena a las salpicaduras que levantaban sus pies en el denso barro de la pista, provocando que la sangre del piso manchara la parte más baja de su túnica.

Apretaba a un niño contra su pecho, cubriendo su cara con una mano, como si quisiera evitar que el lactante contemplara el horror que les rodeaba, aunque fuera demasiado pequeño para comprender siquiera lo que veía.

Vagó hasta detenerse a unos pasos del hérulo, contemplándole en silencio, con la mirada perdida sobre el rostro del mercenario. El mercenario se fijó en sus ojos y le asaltó la idea de estar mirándose en un espejo. En aquella mirada Drías descubrió el mismo vacío que le carcomía a él, la misma sensación de impotencia, de pérdida y de temor que atenazaba su propia alma. A ella tampoco la esperaría nadie, ninguna mano se tendería a ofrecerle ayuda.

Por primera vez en su vida, Drías miró a una mujer sin detenerse en su cuerpo, y por primera vez sintió lástima por alguien. Durante los años que le restaban quiso creer que la estampa de aquella joven desamparada había conmovido su ánimo, pero en el fondo de su corazón siempre supo que era por sí mismo por quien se compadecía.

—¿Buscas a tu esposo?

Ella asintió lentamente con la cabeza, sin despegar sus labios. Drías dejó escapar un profundo suspiro antes de ponerse en pie. Recogió su casco y comenzó a caminar pesadamente entre los cadáveres amontonados, seguido por Penélope.

Una profunda sensación de pérdida fue el primer sentimiento que experimentó Aecio al regresar a su antiguo hogar. Pese a la alegría inicial, al constatar que su villa había logrado salvarse de los asoladores incendios, el alma pareció encogerse en su pecho al comprobar la devastación que reinaba en el interior de su casa.

Muebles descuartizados, cortinas arrancadas, mármoles cuarteados y esculturas destrozadas era lo único que se ofrecía ante sus ojos. Su antiguo estudio, del que previsoramente había recuperado sus más preciados libros, mostraba un aspecto lamentable, con los armarios derribados y abiertos a hachazos, y los pocos volúmenes que había dejado atrás hechos trizas y esparcidos por el suelo. Como si un enloquecido vendaval se hubiera desatado en la estancia, hasta el último rincón parecía haberse encontrado sujeto a una fuerza devastadora. Tal era el caos que reinaba en la casa que resultaba imposible discernir si los asaltantes habían robado algo o, simplemente, se habían dejado llevar por la ira, destrozándolo todo.

Aecio intentó consolarse, diciéndose a sí mismo que conservaba lo más preciado, la vida, y que, al fin y al cabo, aquella casa no encerraba más que bienes materiales, susceptibles de ser reparados o sustituidos. Sin embargo, la lógica no conseguía evitar los sentimientos de derrota y amargura que le inundaban.

Salió al patio trasero de la casa y se aproximó a lo que había sido su pequeño jardín, una zona rectangular vallada en la que cultivaba las plantas medicinales más utilizadas. Dividida en catorce secciones rectangulares, alineadas en dos columnas de siete, se había esmerado personalmente durante los últimos años en obtener una más que aceptable cantidad de eléboro, ajenjo, hisopo, alholva, camedrio o asfódelos. Pero prácticamente nada quedaba que recordara la ordenada belleza que florecía en ese lugar. La baja valla de madera había sido derribada, y los alineados parterres, destrozados. Muchas de las plantas habían sido arrancadas o pisoteadas, y la tierra se encontraba tan revuelta que Aecio hubiera jurado que aquello no era producto de hombres sino de bestias.

Con el corazón acongojado, contempló durante un buen rato los restos de lo que había sido uno de sus sitios favoritos, el lugar en el que se encontraba siempre que salía de su estudio. La pérdida de aquellas plantas le dolía mucho más que el robo de oro o de joyas que pudieran haberse llevado sus desleales criados. Al fin y al cabo, podía entender que un sirviente pobre ambicionara los bienes de su señor, pero no existía finalidad alguna en destrozar un jardín, aquello era pura maldad.

Finalmente, con un hondo suspiro, sacudió la cabeza como si quisiera alejar de sí mismo la tristeza. Aquél era un lugar tan bueno como cualquier otro para comenzar de nuevo. Dejó a un lado su capa y se adentró entre los parterres, buscando con la mirada alguna planta que aún pudiera salvarse. Comenzó retirando los restos de la valla y las plantas arrancadas, arrojándolas en un montón en el centro del patio, junto al pozo del que se extraía el agua de la casa. Después recuperó una azada de entre los enseres que se encontraban desperdigados por el suelo y se esmeró en rehacer las antiguas secciones, devolviendo la tierra a su sitio original.

Durante buena parte de la mañana Aecio permaneció en el jardín, rescatando algún que otro tallo, regando las abandonadas plantas y reparando los abrumadores destrozos. Era consciente de que se enfrentaba a una labor titánica, y que necesitaría la ayuda de media docena de sirvientes antes de que la villa se considerase

habitable de nuevo. Pese a ello, descargar su energía sobre ese lugar en concreto parecía servir de bálsamo contra su tristeza, como si el dolor de su espalda o las ampollas en las manos constituyeran un modo de expiar su pena por haber huido de su casa a la primera señal de peligro.

Mientras se entregaba al cuidado de lo poco que había logrado sobrevivir al bárbaro asalto, Aecio distraía la mente calculando las semillas que precisaría para sustituir las plantas dañadas, así como el buen uso que daría a las afortunadas que había conseguido rescatar. En primavera recogería las flores blancas de los asfódelos y las guardaría en cajitas de madera de tilo seco. Para las raíces, con las que prepararía su remedio contra la *podagra*, así como otro bebedizo mucho más solicitado que potenciaba el apetito sexual, necesitaría sus cuencos de decocción. Ése era el mejor método para extraer los elementos sanadores de la parte más ruda de la planta, ya fueran las raíces, los tallos o las hojas más gruesas. Bastaba echar un *ounkiai* de la planta seca en la veinteava parte de un modio de agua y ponerlo a hervir medio tiempo de su clepsidra, más el doble a fuego lento, para colar después el jugo resultante mientras la mezcla aún estuviera caliente. Para aquellas más ramosas, como el ajenjo, el hisopo o el camedrio, esperaría a recolectarlas cuando estuvieran llenas de semillas, casi secas y a punto de desprenderse. Con un poco de suerte, dispondría de tiempo suficiente para rehacer su huerto antes de que llegara el verano.

—Espero no molestar.

El médico dio un respingo al escuchar la voz. Concentrado en su tarea, no había reparado en el recién llegado. Sin embargo, nada más verle identificó su rostro, era el padre de aquel muchacho que había muerto en su casa pocos días antes.

—En absoluto —negó Aecio, secándose el sudor que recorría su frente—, sabía que volveríais antes o después.

—Veo que no os habéis librado del saqueo —apuntó el visitante, señalando a su alrededor con un escueto gesto de cabeza —. Me alegra comprobar que, al menos, seguís de una pieza.

—He perdido el oro, pero conservo la vida. Supongo que he sido afortunado —admitió el médico—. ¿Venís por vuestro hijo?

—Así es. Esperaba que pudierais indicarme el lugar donde reposa su cuerpo.

—Está enterrado al otro lado de las murallas, en el cementerio que bordea el camino. No sabría explicaros el lugar concreto, pero

os guiaré hasta allí —se ofreció el médico, dejando a un lado la azada y recogiendo su capa.

A pesar de la curiosidad que despertaba ese hombre en Aecio, respetó el silencio que mantuvieron durante todo el camino. Mientras cruzaban la ciudad, observando de primera mano las terribles cicatrices que la revuelta había causado, el médico no pudo evitar que le invadiera una extraña sensación de irrealidad. Caminaba al lado de un desconocido, cuyo nombre ni siquiera sabía, y aunque se habían encontrado por primera vez hacía apenas cuatro o cinco días, tenía la impresión de que había transcurrido toda una vida, como si hubiese realizado algún largo viaje por mar y regresase años después a una ciudad que ya no reconocía. A pesar de que transitaban por la calle Mese, la misma por la que había caminado infinidad de veces desde su llegada a Constantinopla, el aspecto desolador que ofrecían sus ennegrecidos pórticos, las estatuas derribadas y las tiendas saqueadas parecía trasladar a Aecio a otro lugar, a un mundo de pesadilla en el que tan sólo reinaba la muerte.

Contemplando la devastación que le rodeaba, a su mente acudieron las imágenes de los espeluznantes sucesos de la pasada noche. Al recordar el angustioso miedo que se adueñó de él al ver cómo los partisanos azules se adentraban en el patio de la villa de Valente, se preguntó qué habría pasado si el senador no hubiese actuado con tan temeraria resolución. Tal vez lo único que quedaría de él sería una mancha oscura sobre el suelo, como las muchas que los tenderos supervivientes se esforzaban en limpiar a lo largo de la calle. El senador no le había contado cómo pudo prever el sorpresivo cambio de los faccionarios, que pasaron de defensores a asaltantes en un abrir y cerrar de ojos, pero cualquiera que fuera la musa que deslizó en su cabeza tan acertada precaución merecía una ofrenda de plata en una iglesia por su ayuda.

Tras la agitada noche, la noticia del sangriento final de la revuelta llegó a la villa del senador acompañando al amanecer. Para Aecio, la calma que siguió a aquella semana de ira fue recibida con una plegaria de agradecimiento al Señor. En su opinión, para cualquiera que pudiera considerarse dentro de la clase privilegiada, el restablecimiento del orden marcaba el término de unos días en los que el terror parecía haberse adueñado de Constantinopla. Tal vez por ello al médico le sorprendió la aparente tristeza con la que su anfitrión recibió la noticia de la masacre de las facciones en el hipódromo, más aún al

compararla con su inusitada agitación tras librarse de los faccionarios esa misma noche. Daba la impresión de que la vitalidad del senador se alimentaba de la agitación que reinaba en la ciudad, por lo que, renovada la calma, el patricio había retornado a su melancólica pasividad. En cualquier caso, Aecio pensó que aquél era el momento de regresar a su casa, y comprobar si aún permanecía en pie o, por el contrario, su hogar se había consumido hasta convertirse en cenizas.

Llegados a las murallas, la visión que se presentó ante sus ojos sobrecogería al más curtido cirujano. Decenas de carros atestados de cadáveres saturaban los accesos, dejando a su paso oscuros regueros de sangre. Una vaharada de penetrante olor a mortandad les alcanzó de lleno, inundando sus sentidos, como si la ciudad al completo se hubiera convertido en una necrópolis gigantesca. Un mar de llantos se alzaba a su alrededor, moviéndose al son de las túnicas negras de las viudas y huérfanas, sofocando con sus sollozos cualquier otro sonido que no fuera el chirriar de las ruedas o los quejidos de las bestias que tiraban de los carros.

Sobreponiéndose a la macabra escena, Aecio se abrió paso entre plañideras y enterradores, abandonando el atestado camino principal para caminar por el terreno sin empedrar junto a la calzada. Aún afectado por el tétrico ambiente, tardó un buen rato en orientarse de nuevo, trazando erráticos círculos alrededor de varias tumbas, hasta dar con el montón de piedras que marcaba el lugar.

—Aquí es —indicó finalmente.

El desconocido, que había seguido dócilmente al médico en su deambular, asintió levemente con la cabeza y se adelantó hasta el pie de la sepultura para arrodillarse en el suelo. Cruzó las manos sobre el pecho y comenzó a musitar una plegaria, mientras Aecio se persignaba en silencio, interiorizando a su vez una oración por el alma del fallecido. El médico se mantuvo de pie sin saber qué hacer, esperando pacientemente a que aquel hombre se despidiera de su hijo, lanzando furtivas miradas a la interminable columna de carros que iban y venían con los cuerpos de los fallecidos.

Finalmente, el desconocido se levantó. Con los ojos enrojecidos, soportando a duras penas las lágrimas que pugnaban por inundar su mirada, echó un vistazo alrededor, buscando hitos con los que fijar la situación de la tumba donde reposaba su hijo.

—Os estoy muy agradecido por lo que habéis hecho —aseguró, al tiempo que extraía de entre sus ropas una abultada bolsa que tendió hacia el médico.

—Sois muy generoso, pero no puedo aceptarlo —respondió Aecio, mientras negaba con la cabeza.

El desconocido pareció sorprenderse. Parpadeó un par de veces con rapidez, como si la humedad que cubría sus ojos engañara su vista, y mantuvo el brazo extendido, con su carga de oro aún ofreciéndose sobre su mano.

—Ya conocéis mi oficio —indicó Aecio con un suspiro—. Soy médico, y tanto mi profesión como mi fe me impelen a hacer cuanto esté en mi mano para aliviar el sufrimiento de la gente. Durante estos últimos días la ciudad entera parece haberse sumido en el dolor y, pese a ello, debo confesar que mi comportamiento no ha sido el que debería. Creo que lo que hice por vuestro hijo es la única acción de la que puedo sentirme orgulloso como *iatroi* y como cristiano, es la perla que resplandece entre el barro. Si aceptara vuestro generoso pago perdería esa joya y no me quedaría nada. Os ruego que me permitáis conservar ese asidero donde amarrar mi alma, porque tengo la sensación de que es lo único que ahora mantiene a flote mi fe.

Con un profundo suspiro, el desconocido retiró la bolsa de monedas, al tiempo que una lágrima desbordaba su pétreo rostro y resbalaba, solitaria, por su mejilla.

—Sois un buen hombre y un gran cristiano —comentó—. Jamás olvidaré esta deuda, ni lo que habéis hecho por mí y por mi hijo.

Extendió de nuevo su mano, aunque esta vez se encontraba abierta, ya que la bolsa había desaparecido bajo su capa. El médico asió su antebrazo y ambos apretaron con fuerza, como si quisieran transmitirse ánimos el uno al otro con ese simple gesto. Después, con un leve movimiento de cabeza, se despidieron, y Aecio regresó caminando lentamente hacia la muralla.

Mientras se alejaba, una placentera sensación de orgullo comenzó a adueñarse de su ánimo. Por primera vez en varios días, Aecio se sintió bien consigo mismo. Tanto que ni siquiera fue capaz de pensar si llegaría el día en el que, de aquella deuda que le debía un desconocido, pendería su vida.

Deslizando suavemente la esponja sobre la piel, la dama de Teodora retiraba los últimos restos del aceite con mirra y yema de huevo que impregnaba el cuerpo de la emperatriz, antes de masajearla con aceite de rosas mezclado con vino.

Tras una tensa noche en la que se jugaba el trono y la vida,

Teodora había dedicado gran parte de la mañana a un reparador sueño, levantándose del lecho únicamente para introducirse en sus termas privadas. Para asombro de cuantos la rodeaban, mientras la guardia del emperador borraba sus dudas pasadas con una búsqueda meticulosa de los responsables de la revuelta, apresando a dieciséis senadores para que fueran ejecutados en el propio Gran Palacio, Teodora mantuvo su rutina diaria, como si nada hubiera pasado, como si ella siempre hubiera tenido claro que la insurrección estaba condenada al fracaso. Rodeada por la muda admiración de sus damas y eunucos, la emperatriz se entregó a un masaje relajante con aceite de rosas, un larguísimo baño y, por último, al cuidado de su piel, dejando que sus acompañantes extendieran cuidadosamente sobre su cuerpo la espesa mezcla recomendada por los médicos de palacio para esa época del año.

A diferencia de los recargados maquillajes de las patricias, Teodora tan sólo permitió que sus damas remarcaran con una fina línea negra sus perfiladas cejas, desechando enrojecer sus labios, colorear sus párpados o empolvar sus mejillas como hacían las damas de la corte. Tenía constancia de que era precisamente su belleza natural lo que despertaba la envidia de las mujeres y las lascivas miradas en los hombres.

Finalmente, una de sus damas la ayudó con delicadeza a ceñirse una finísima túnica de seda casi transparente que resaltaba la atractiva femineidad de la emperatriz, mientras otra joven recogía su pelo en un elaborado conjunto de trenzas alrededor de su nuca. Por las ventanas acristaladas de su estancia más privada, un torrente de luz acariciaba la pálida piel de Teodora, logrando que la emperatriz no sintiera el fresco ambiente propio de enero.

Sobre una mesa, dos pequeños cuencos de alabastro contenían un aceite oloroso de ámbar gris, el cual inundaba la estancia con un embriagador aroma dulzón, avivado por la actividad de las criadas, que aventaban las nuevas sábanas de seda con las que cubrían el lecho de la emperatriz, preparándolo para recibir la inminente visita de Justiniano.

—Estáis espléndida, majestad —alabó una de las damas, sosteniendo un espejo ante el rostro de la emperatriz.

Teodora se observó detenidamente, asintiendo ante las palabras de su acompañante. Nada delataba en su cara el oculto temor que había encerrado en su interior mientras esperaba noticias sobre los combates. Mientras su corazón palpitaba con fuerza, la emperatriz había mantenido una hierática mueca de indiferencia durante aquella angustiosa prueba. Sí, Teodora se

sentía satisfecha del reflejo que le devolvía aquel pulido bronce, al menos hasta que algo llamó su atención.

—¿Qué es eso? —preguntó, entrecerrando los ojos en un intento de discernir la imagen con mayor claridad.

—¿A qué os referís, majestad?

—Aquí, en el pelo —aclaró ella, señalando con el dedo sobre el espejo, como si aquel minúsculo problema se debiera a un defecto del objeto, en lugar de encontrarse en ella misma.

—Tan sólo es una cana, majestad —aclaró la dama, tras efectuar una rápida inspección del pelo de la emperatriz.

Teodora se giró hacia la acompañante que había hablado y la observó con incredulidad. Durante un instante se mantuvo en silencio, hasta que volvió a girar la cabeza en dirección al espejo.

—Arráncala —ordenó secamente.

Tras un instante de indecisión, la joven deslizó sus dedos sobre la cabeza de la emperatriz, separando el pelo delicadamente para no estropear el peinado, hasta asir la discordante hebra blanca y tirar de ella con fuerza. Teodora revisó de nuevo su imagen, deteniéndose durante un buen rato en su cabello, revisándolo profusamente hasta convencerse de que no encontraba más imperfecciones en él.

—Retiraos —ordenó, alzando la mano con autoridad.

Las damas efectuaron una rápida inclinación de cabeza antes de abandonar la estancia, cerrando la puerta tras de sí. Una vez a solas, Teodora se aproximó a la mesa sobre la que descansaba el espejo y lo recogió entre sus manos como si se tratara de un objeto de extrema delicadeza, como si la imagen que atesoraba su superficie pulida pudiera romperse con una simple brisa. Buscó su rostro en el frío bronce, recordando en aquel momento que durante la última semana no había pensado ni un solo instante en su particular obsesión. Atrapada por la espiral de fuego que había consumido media ciudad su mente olvidó por completo el objeto de sus mayores anhelos, la maternidad.

Dejó el espejo sobre la mesa y caminó lentamente hasta sentarse sobre el mullido lecho. El instinto de la vida regresó con tal fuerza que tuvo que controlarse para evitar que la inundase el llanto. Respirando profundamente, trató de calmar su ánimo, mientras se preguntaba qué dirían aquellos que ya la proclamaban como la salvadora del imperio, la que se mantuvo firme cuando hasta los más valientes generales sólo hablaban de huir, si la vieran en semejante estado, al borde de las lágrimas porque era

incapaz de concebir un hijo.

Una sarcástica voz interior le preguntó si no sería mejor que se involucrase más en las tareas de gobierno, dado que parecía tener mejores aptitudes para la política que para la que se suponía debía ser su obligación, proporcionar un heredero al trono. Tal vez así lograría evadirse de esa continua congoja que la atenazaba con cada fracaso.

Unos pasos resonaron al otro lado de las puertas, delatando que sus damas dejaban el camino libre a su esposo, que acudía puntualmente a su cita. Teodora se puso en pie, cerró un momento los ojos y suspiró con fuerza, atrayendo de nuevo a su rostro la seductora expresión que desarmaría a Justiniano. Sin embargo, mientras la puerta comenzaba a moverse, la emperatriz no pudo evitar llevarse una mano al vientre al tiempo que se preguntaba cuánto tiempo le quedaba, antes de que su juventud se marchitara y la esperanza se desvaneciera con ella.

Tomándose un respiro, Miguel se paró al borde de la fosa, contemplando con ojos enrojecidos los cientos de cadáveres que se apiñaban en el fondo de aquel gigantesco surco abierto en la tierra, como si fuera el comienzo de un macabro campo de labranza cuya cosecha fuera la muerte.

Incapaces de esperar a que los familiares reclamaran los miles de cuerpos que se apiñaban en el corazón de la ciudad, las autoridades habían convocado masivamente a los gremios para que trasladaran a los muertos en carretas al otro lado de las murallas y los enterraran en fosas comunes. Dado que los miembros que normalmente se dedicaban a esa tarea habían sufrido numerosas bajas entre sus filas en la sangrienta represión del hipódromo, el resto de los integrantes de los gremios había acudido a reemplazar a sus compañeros caídos, y trabajaban duramente para librar cuanto antes Constantinopla del manto de cadáveres con el que había amanecido.

Uno de los primeros en llegar había sido Miguel. Apenas despuntada el alba se encontraba en el Augusteon, buscando a Héctor entre los cuerpos, seguro de su muerte aunque, pese a ello, rezando para no encontrarle. Sin embargo, no hubo milagro para el albañil. Apenas comenzado su periplo entre los muertos descubrió el rostro del bendecido. El extremo de una flecha sobresalía de su garganta, dirigida hacia el cielo como la postrera mirada del ateniense.

Sucumbiendo a la vergüenza por su cobarde huida, la visión del cadáver de Héctor bañó en lágrimas el rostro del albañil. Mientras recuperaba el cuerpo del que había sido su admirado guía, se preguntaba cómo había sido capaz de dejarle, de abandonarle justo en el momento en el que más le necesitaba. Recordó la visión de la guardia, formada frente a ellos como un muro mortal de hierro y bronce, con los caballos piafando nerviosos, delatando su deseo de abalanzarse sobre la desafiante muchedumbre de civiles. Recordó cómo las flechas comenzaron a caer, alcanzando a dos de los hombres que se encontraban a su lado. Miguel vio cómo se derrumbaban entre estertores, apenas ahogados por el griterío de la multitud. Vio el brillo de las armas, de la muerte que esperaba a cien pasos de distancia, y su espíritu se rompió. Arrojó a un lado su antorcha y echó a correr, seguido por muchos de los que se encontraban más cerca.

Tras algunos esfuerzos, Miguel logró subir su macabra carga a un pequeño carro, del cual, como improvisada penitencia, tiró en solitario hasta la necrópolis, más allá de las murallas. Lo único que pudo hacer para compensar su traición fue enterrar a Héctor fuera de la zona común, en una estrecha tumba recién excavada por algunos de los miembros de su gremio, a los que bastó descubrir la identidad de su carga para que le cedieran la sepultura. Con ayuda de sus compañeros tardó muy poco en enterrarle, menos tiempo de lo que llevó encontrar un par de maderos con los que improvisar una cruz, un modesto símbolo del lugar donde yacía aquel que había sido bendecido por Dios, elegido para guiar a su pueblo hasta que Miguel, su particular Judas, lo traicionó cobardemente.

Durante el resto del día se había incorporado a la faena como un miembro más de su gremio, buscando sin éxito en el agotamiento un bálsamo para su mente atormentada. Pese a ello, de pie junto a una maraña de brazos, piernas y torsos cubiertos de sangre, Miguel era incapaz de olvidar la angustia de la huida. Los gritos de los que caían resonaban aún en su cabeza, mezclados con el retumbante sonido de los cascos de los caballos, así como la plegaria que continuamente musitaban sus labios, con un callado «a mí no, Señor, a mí no». Recordaba con vergüenza las continuas súplicas a Dios mientras corría a oscuras, viendo cómo los jinetes repartían tajos a uno y otro lado, rezando únicamente para no ser él quien muriera el siguiente, rezando para que la muerte escogiera a otro, a cualquiera menos a él. No dejó de correr ni siquiera cuando logró alcanzar las callejuelas cercanas, perdiéndose en el laberíntico montón de escombros que antes

conformaba el barrio más cercano al foro.

Ahora, con el cuerpo del bendecido enfriándose bajo tierra, mientras contemplaba la interminable hilera de cadáveres que vomitaban las puertas de la ciudad, Miguel no dejaba de acusarse a sí mismo del desastre, imaginando cómo habrían sido las cosas de haberse mantenido en su puesto, de haber cumplido su palabra y luchado hasta el final.

Se sentía como un traidor, como un hereje que hubiera renunciado a sabiendas a la verdadera fe, como un hijo que entrega a su padre a la justicia a cambio de un puñado de monedas. Y ahora, agotado física y mentalmente, comprendió que ningún trabajo ni penalidad sería suficiente para borrar la culpa que ardía en su corazón, para limpiar su pecado. En su mente se abrió paso la idea de ahorcarse, tal y como había hecho Judas. Sin embargo, la iglesia consideraba el suicidio como el peor de los pecados, por lo que sólo restaba una alternativa. Dado que su cobardía y avaricia le habían impedido arriesgar su vida, dedicaría cuantos años tuviera por delante a una sola tarea, ésa sería su ofrenda y su penitencia.

Héctor tenía un hijo, un pequeño que ni siquiera había cumplido un año. Sin embargo, llevaba en sus venas la sangre del bendecido. Él sería quien culminase el sueño de su padre, él sería quien guiase al pueblo a la libertad. De ahora en adelante, la única misión que daría sentido a la vida de Miguel sería la de cuidar de ese niño, asegurándose de que nada se interpusiera entre tan joven promesa y su futuro como líder de los desamparados.

Junto a la fosa en la que enterraría a los que intentaron asirse a un mundo más justo, Miguel juró solemnemente por Dios, la Virgen y todos los santos que daría su sangre por conseguir que el hijo del bendecido cumpliera con los sueños de cuantos se veían oprimidos por la tiranía de Justiniano. Dios le daba una segunda oportunidad y, esta vez, nadie le impediría cumplir con su destino.

Constantinopla, 2 de febrero de 532

Sentado junto a la mesa, Drías guardaba silencio mientras finalizaba el caballo que tallaba de una pieza de madera. Concentrado en su tarea, repasó la superficie de la figura, comprobando que no se hubiera dejado ninguna arista cortante ni rebabas que pudieran desprenderse. Una vez satisfecho con el acabado, se acercó hasta el lecho donde reposaba Platón y le enseñó su obra.

—Es para ti —dijo el hérulo—, para que te haga compañía.

El niño extendió rápidamente sus manitas, asió el juguete con ansia y lo agitó con fuerza antes de llevárselo a la boca con una sonrisa de satisfacción.

—En la caballería preferimos montarlos a comérnoslos —indicó el mercenario enarcando una ceja—, pero supongo que siempre es una opción a considerar.

Platón volvió a agitar el équido frente a Drías mientras emitía un gorjeo, como si quisiera responder al soldado, explicándole las razones que le llevaban a chupetear el juguete en lugar de utilizarlo como un niño mayor.

El germano se sentó junto al lecho y acarició al pequeño en la tripa hasta conseguir que Platón se retorciera y pataleara por las cosquillas. Cuando levantó la vista, la descubrió mirándole, con una extraña expresión de melancolía dibujada en su rostro. Sin embargo, el cruce de miradas duró apenas un instante, en cuanto ella se vio descubierta bajó la vista y se concentró de nuevo en los grandes trozos de mero que estaba limpiando, reanudando los enérgicos raspados de cuchillo con los que arrancaba las escamas de la dura piel del pez.

Drías se había trasladado a casa de Penélope el mismo día que la encontró caminando entre los cadáveres de los caídos, con la mirada ausente y su hijo en brazos. Durante toda la mañana, empleada en la inútil búsqueda de su marido muerto, apenas logró que de sus labios surgieran unas pocas frases.

En los siguientes días, la joven se había mantenido en una especie de trance, realizando con maniática insistencia todas y cada una de las tareas del hogar, aunque la mirada vacía que mostraban sus bellos ojos delataba que su mente y su cuerpo se hallaban en lugares diferentes. Hacía la comida, limpiaba la casa,

fregaba cuencos, tazas y vasijas, remendaba la ropa de un hombre que nunca volvería a por ella y, sobre todo, cuidaba de Platón.

Respecto al germano, Penélope le atendía como si fuera un invitado. Sin embargo, el hérulo tenía la sensación de que ella apenas reparaba en su presencia. No recordaba que le hubiera mirado a los ojos antes de ese momento, y pocas veces hablaban. Inicialmente, él había achacado su silencio al desconocimiento del latín, pero pronto se dio cuenta de que no eran sino el dolor y la desesperación los que sellaban sus labios, pues Penélope hablaba la lengua del hérulo con soltura. Sencillamente, era una persona que había visto cómo su vida se deshacía en una semana, igual que el propio Drías.

—Parece que le gusta —opinó el mercenario, señalando con la cabeza a Platón, que volvía a chupetear sonoramente el caballo de madera.

—Es su primer juguete —indicó ella, esbozando una leve sonrisa al ver cómo su hijo disfrutaba con el regalo.

—Aún es demasiado pequeño —observó el hérulo—. Cuando sea mayor querrá uno de verdad.

Penélope asintió mecánicamente, retornando a su tarea, arrancando la piel del mero con renovadas energías, como si quisiera volcar su ira en aquel trozo de pescado.

—Mi pueblo vive junto a los caballos casi desde que podemos andar —continuó Drías—. Dicen que nos gustan tanto los animales de cuatro patas que algunos, a falta de mujeres, utilizan a los asnos para consolar sus penas.

Penélope frunció el ceño, demostrando al soldado que su procaz comentario no resultaba tan apropiado como él había supuesto. Aunque Drías buscaba con insistencia un tema de conversación, un comentario o una frase con la que sacar a esa joven casi desconocida de su mutismo, lo único que parecía rondar por su cabeza eran anécdotas de campamento o toscos diálogos de burdel.

—¿De dónde procedes?

Inmerso en la persecución de algún tema adecuado para el momento, la pregunta de Penélope sorprendió a Drías. Había dejado de lado el trozo de pescado y el cuchillo, y le contemplaba con lo que se antojaba un atisbo de interés.

—Soy un hérulo —aclaró Drías—. Mi gente procede del norte del río Istro. Los longobardos nos obligaron a cruzar la frontera en tiempos de Anastasio y desde entonces hemos sido aliados de los

romanos. Los emperadores se han preocupado de darnos tierras y religión, pero supongo que la mayoría somos demasiado pendencieros para aceptar cualquiera de ambos regalos o abandonar nuestras costumbres.

—¿No tienes familia?

—No —negó el hérulo, enfatizando su soledad con un gesto de cabeza—. Mis padres se fueron hace ya muchos años, poco antes de que me enrolara.

—¿Se fueron? —repitió Penélope, extrañada—. Supongo que te refieres a que murieron.

—Se puede decir así, aunque no es como un romano lo imagina. Para nosotros la muerte es algo que se elige. Cuando un hérulo llega a viejo o queda inválido sus familiares construyen una pira. Se sube a ella y un compañero le da una muerte digna, con la espada. Luego se incendia la pira por los cuatro extremos y se entierran los huesos. Mi padre era un guerrero, hasta que sus manos comenzaron a temblar. Llegó el día en que no era capaz de tender el arco o sujetar una lanza, y ese día decidió que debía irse.

—¿Y tú le diste muerte?

—Sólo construí la pira —replicó Drías—. La espada ha de manejarla alguien que no pertenezca al mismo linaje. No podemos derramar la sangre de nuestra propia familia.

—¿Y tu madre?

—Las viudas virtuosas se ahorcan junto a la tumba del marido. Cualquier otra cosa no sería sino una ofensa y una vergüenza.

Una sombra cruzó el pálido rostro de Penélope al escuchar las palabras del hérulo y desvió la vista hacia el suelo.

—Ninguna mujer se suicidaría abandonando a un niño tan pequeño —añadió Drías, arrepentido por su falta de tacto con la conversación.

Ella esbozó un amago de sonrisa, aunque apenas duró un parpadeo. Mientras su rostro recuperaba la expresión de tristeza de los últimos días, desvió la vista hacia el lecho donde reposaba Platón. En ese momento, Drías se sorprendió al observar un sutil cambio en aquellos ojos enrojecidos. Por un instante, el hérulo tuvo la sensación de que Penélope dirigía a su hijo una fría mirada de culpa, como si le hiciera responsable de su carga, como si aquel pequeño fuera la razón por la que se viera atada a una vida vacía, y quisiera odiarlo por ello. Sin embargo, con la misma rapidez con la que había llegado, aquel pensamiento desapareció de los ojos de Penélope, dejando tan sólo la mirada de desesperación de una

madre que se aferraba a lo único que aún amaba.

Unos golpes resonaron en la puerta, rompiendo el tenso silencio que se había apoderado de la habitación. Ahogando un grito, Penélope se llevó una mano al pecho y dirigió al hérulo una mirada de profunda inquietud.

—Será alguno de mis hombres —la tranquilizó Drías, poniéndose en pie y dirigiéndose a la entrada—. No te preocupes.

Sin embargo, al abrir la puerta el mercenario se encontró con un desconocido, un hombre de rostro redondeado, bien afeitado y con el pelo corto, al estilo imperante en la ciudad, imitando al de las antiguas estatuas de Trajano. Vestía una impecable túnica de lana de color beis hasta los tobillos, rematada en su borde inferior, en el cuello y en la empuñadura de las estrechas mangas por una hilera de cuadros bordados en hilo marrón. Sobre ella, una capa de color terroso prendía de una fíbula de plata sobre su hombro derecho. De haber llevado cinturón de funcionario, en lugar de uno normal de cuero, Drías le habría tomado por un enviado de palacio.

—¿Qué es lo que quieres? —ladró el germano.

El desconocido abrió los ojos de par en par, sorprendido por la aparición del gigantesco hérulo. Después miró a un lado y a otro, como si quisiera cerciorarse de que se encontraba en el sitio correcto, antes de centrarse en Drías y responder con un titubeo.

—Busco a la familia de Héctor —indicó, en un dubitativo latín.

—¿Para qué? —inquirió el mercenario de forma brusca.

—Debo pagar una deuda —replicó el interpelado, tras buscar las palabras.

Drías arrugó la frente, observando al recién llegado con detenimiento, como si quisiera adivinar si resultaba sensato dejarle pasar o debía arrojarlo de cabeza al patio. Aunque la segunda opción era la que le resultaba más atrayente, asintió con un gesto de cabeza y se hizo a un lado, permitiendo que el visitante penetrara en la casa, mirando con recelo el adusto gesto que mostraba el rostro del hérulo.

—Buenos días —dijo el desconocido, nada más ver a Penélope, que le observaba con precaución—. ¿Te acuerdas de mí?

—Sí —respondió ella—. Te he visto con mi esposo.

—Me llamo Miguel. Yo acompañaba a Héctor cuando tratamos de asaltar el palacio. Estaba a su lado cuando murió.

Al escuchar las palabras del albañil Penélope cerró los ojos y respiró hondo, sujetándose con una mano a la mesa para evitar

derrumbarse sobre el suelo. A pesar de que la lógica le gritaba que su esposo había muerto, su corazón aún se aferraba a la posibilidad de un milagro, a la idea de que un día alguien entrara por la puerta para comunicarle que se encontraba en prisión, o que había sido herido y trasladado a un monasterio. Pero hasta la más absurda de las esperanzas acababa de hacerse añicos, dejando tan sólo vacío y dolor.

—Antes de morir me pidió que cuidara de vosotros —continuó Miguel, lanzando una furtiva mirada al lecho donde se encontraba Platón, que agitaba su juguete, ajeno a la noticia de la muerte de su padre.

—Vete.

La orden surgió de los labios de Penélope sin que aún hubiera abierto los ojos, como un susurro cargado de odio y de ira.

—Pero… —balbuceó Miguel, confuso ante la reacción de la mujer—. He venido para ofrecerme…

—¡Vete! —gritó ella, con tanta fuerza que el albañil dio un paso atrás, y Platón, asustado, comenzó a llorar—. ¡Vosotros matasteis a Héctor! Vosotros, con vuestros absurdos odios del hipódromo, con las malditas ideas de libertad. ¡Te odio! ¡No quiero volver a verte jamás!

—Yo…

Antes de que Miguel pudiera replicar, Drías le agarró por la capa, lo arrastró afuera y lo lanzó de un empujón escaleras abajo.

—¡Si vuelves a aparecer por aquí te arrancaré las tripas, desgraciado! —gritó el hérulo, mientras el albañil se levantaba entre quejidos y muecas de dolor alejándose renqueante seguido por las burlas de los vecinos, asomados desde sus casas para divertirse con el inesperado espectáculo.

Cuando regresó al interior de la vivienda se encontró a Penélope sentada en el suelo, sollozando junto al lecho de Platón, con la cabeza oculta entre las manos y el cuerpo encogido. Drías se colocó a su lado, la rodeó con un brazo y la atrajo hacia él, manteniéndose en silencio mientras ella lloraba, buscando simplemente mostrar su apoyo con su fuerte abrazo.

—Lo he perdido todo —dijo Penélope, con la voz quebrada por el dolor.

—Tienes a tu hijo —respondió el hérulo, apretándola aún más contra sí—, y tienes el tiempo a tu favor.

Con suavidad, aunque con firmeza, apartó las manos de su rostro y la obligó a mirarle a los ojos.

—Sé que ahora es difícil de creer —aseguró, imprimiendo a sus palabras toda la confianza de la que fue capaz—, pero el tiempo mitigará el dolor. Yo he perdido a muchos compañeros en la guerra, y sé mejor que nadie que hay cosas que nunca se olvidan, pero acaban siendo como una herida de flecha, por profunda que sea acaba curando, aunque siempre quede una cicatriz que nos lo recuerde.

Durante un instante ella le sostuvo la mirada, contemplando con los ojos enrojecidos por el llanto el rostro del hérulo, fijándose en sus facciones como si fuera la primera vez que le veía. Después se acurrucó sobre él, abrazándose con fuerza a aquel hombre a quien apenas conocía, como si fuera el único asidero que encontrara en medio de un mar embravecido.

Durante un buen rato, Penélope se mantuvo pegada al cuerpo de Drías, deseando que el hérulo tuviera razón, y suplicando a Dios que llegara el día en el que su alma dejara de gritar de dolor.

Enfurecido por la espera, Juan de Capadocia resoplaba con fuerza, como si se tratara de un toro encerrado a punto de embestir. Al igual que la mayoría de los que se encontraban en el gran patio de los *excubitores*, esperaba que el emperador le concediera audiencia.

A su lado, el *cancellarius* guardaba silencio, con la cabeza baja y las manos entrelazadas, denotando su nerviosismo. Era el ayudante personal del prefecto, la persona que regulaba el acceso al alto funcionario y el responsable de darle los papeles que necesitaban su firma. Por ello, había sido el encargado de comunicarle a su patrón que Justiniano se había negado a restituirle su antiguo puesto de prefecto de oriente. Incapaz de creer lo que le contaban, Juan de Capadocia había arrastrado a su ayudante hasta palacio, esperando ser recibido por el emperador para aclarar ese malentendido. Sin embargo, los guardias que antes agachaban la cabeza ante el paso del prefecto de oriente, le habían impedido el paso, ordenándole que esperara en el patio junto al resto de los ciudadanos que solicitaban audiencia.

Durante un momento, el capadocio estuvo tentado de lanzarse sobre los *excubitores*, pero, afortunadamente, logró dominar su genio y permaneció en el patio. Pese a ello, su furia crecía poco a poco, a medida que el tiempo pasaba y el emperador no hacía acto de presencia.

—Es humillante —dijo el antiguo prefecto, mascullando entre

dientes con el rostro abotargado por la ira—. Ese arrogante malnacido me trata como a un cualquiera. Después de lo que he hecho por él…

—Mi señor, calmaos —suplicó el *cancellarius*.

—¿Cómo voy a calmarme, imbécil? —bramó Juan de Capadocia, provocando que el ayudante se encogiera involuntariamente por el miedo—. Ni siquiera debería estar aquí esperando, como si fuera uno más de esta chusma de pedigüeños.

Un grupo cercano, compuesto de senadores y patricios, se apartó un poco, mirando de reojo al malhumorado funcionario, al tiempo que hablaban entre ellos en voz baja.

—¿Qué es lo que cuchicheáis, comadrejas? —ladró el antiguo prefecto—. Alejaos más, así al menos no tendré que soportar vuestra estúpida arrogancia.

Ignorando los insultos, los senadores se desplazaron altivamente hasta otro lugar del patio.

—¿No crees que ya has llamado la atención lo suficiente?

Juan de Capadocia se volvió con rapidez, presto a enfrentarse con quien fuera lo suficientemente insolente y atrevido como para emplear ese tono con él.

—¡Narsés! —exclamó, sorprendido al encontrarse con el eunuco—. Debo admitir que me admira que un insano como tú tenga valor para hablarme así. No me extraña que tus padres te aplastaran los huevos al nacer, yo habría hecho lo mismo si mi mujer hubiera parido a un afeminado como tú.

—Teniendo en cuenta tu delicadeza me sorprendería cualquier otra forma de actuar —replicó el eunuco, atusándose con indiferencia la túnica de blanca seda en la que lucía el *tableion* púrpura de los principales funcionarios, así como un nuevo cinturón de oro.

—Parece que te van bien las cosas —dijo Juan de Capadocia, observando de reojo las señas de prestigio que lucía el eunuco—. ¿Has estado empleando lo poco que te queda entre las piernas para jugar a ser alguien?

—Se me ha recompensado por mi leal actuación en la pasada revuelta —comentó Narsés con tranquilidad, sin dejar que los continuos insultos alteraran lo más mínimo la burlesca expresión que tenía en su rostro—. Supongo que estás esperando para ser recibido.

—Tengo algo importante que hablar con el emperador —replicó el capadocio, endureciendo la mirada.

—Me temo que pierdes el tiempo. Mi señor se encuentra atareado con asuntos más importantes que tus quejas. El patricio Focas ocupa ahora tu puesto, y parece que sus primeras medidas han dejado tan satisfecho a Justiniano que no ha considerado necesario tu regreso al gobierno.

—¡Maldito castrado del demonio! ¡Exijo ver al emperador! —gritó Juan de Capadocia fuera de sí—. No me marcharé de aquí hasta que me restituya en mi cargo.

—Eres libre de acampar aquí si quieres —replicó Narsés con sorna mientras se encogía de hombros—, pero debo advertirte que los *excubitores* hacen ejercicios militares por la tarde. Sería una lástima que te utilizaran de blanco para sus lanzas.

Apretando los puños, el antiguo prefecto trató de contener la cólera que le inflamaba el pecho. De no ser por la multitud de guardias que deambulaba por el recinto habría destrozado al eunuco con sus propias manos, pero, pese a la ira que se acumulaba en su interior, no era tan necio como para caer en la trampa de Narsés.

—Esto no quedará así —dijo finalmente Juan, cargando tanto su mirada de odio que hizo desaparecer la sonrisa de burla que, hasta entonces, figuraba en el rostro del eunuco—. Antes o después volveré a mi antiguo puesto, y entonces ajustaré cuentas contigo.

—Ya sabes dónde encontrarme —finalizó Narsés.

Juan de Capadocia dio media vuelta y abandonó a grandes zancadas el patio, empujando sin consideración a cuantos se cruzaban en su camino, seguido por el asustado *cancellarius* y por la torva mirada de Narsés, quien, una vez a solas, se preguntó de cuánto tiempo dispondría antes de tener que hacer frente a esa amenaza.

Dejándose guiar por uno de los porteros de palacio, Antemio caminaba entre las docenas de esclavos que retiraban los pocos escombros que aún quedaban del antiguo Chalke.

Acababa de llegar a Constantinopla, llamado con toda urgencia por el emperador desde Tralles, junto al Egeo, su ciudad natal, donde se encontraba visitando a su padre, renombrado médico, y a uno de sus cuatro hermanos, el joven Alejandro. Precisamente, aquel viaje le había librado de la furibunda revuelta acaecida, a la que todos daban ya el nombre de «*Nika*», por el grito de guerra que utilizaban los insurrectos.

Tras el lento e incómodo viaje en barco, producto de las tormentas típicas de invierno, hubiera deseado descansar unos días en su casa de la capital. Sin embargo, apenas instalado en su mansión, uno de los porteros de palacio le había arrancado de su hogar casi sin tiempo para vestirse decentemente.

A sus casi sesenta años, Antemio estaba considerado como el mejor *meckanikos* del imperio, el ingeniero y matemático más aventajado conocido. En su bagaje literario figuraban numerosos escritos de carácter técnico, que versaban sobre varias materias, desde geometría de secciones cónicas hasta tratados de óptica y obtención de vapor. Ya desde su juventud, mientras se encontraba en Alejandría bajo la tutela de Ammonio, tenía claro que estaba destinado a convertirse en uno de los más grandes eruditos de su tiempo. De baja estatura, lucía barba y pelo largo, al estilo de los filósofos. Su rostro, marcado por las arrugas, se encontraba perennemente fruncido, como si se encontrara siempre ensimismado en complicadas elucubraciones, lo que contribuía a acrecentar su notoria fama de hombre arisco y huraño.

Una vez pasada la entrada principal, el portero se adentró en un ancho pasillo porticado, con suelo de brillante mármol verde, que transitaba pegado al muro de separación con las termas de Zeuxipo. Antemio le siguió sin hacer preguntas, aunque le extrañó el camino tomado. Aquélla era la segunda vez que se encontraba en palacio y, por tanto, sabía que las audiencias se celebraban normalmente en el consistorio, al que se accedía desde el patio de la guardia. Sin embargo, el portero le condujo a través del largo pasillo hasta el Delphax, también llamado Tribunalion, un gran patio situado entre el palacio Dafne y los propios baños de Zeuxipo, donde normalmente se concentraban los guardias o las facciones para aclamar al emperador en algunas ceremonias.

El portero le guio al interior del gran patio, atravesando sin detenerse un nutrido cordón de lanceros que protegía el acceso al Tribunalion. Mientras caminaba tras su guía, Antemio deslizó su vista alrededor, observando con interés la fina arquitectura que se alzaba en torno a él. El gran patio rectangular, enlosado con mármol de tonos grisáceos, cerraba tres de sus lados con pórticos, sostenidos por una doble hilera de columnas corintias. En el cuarto lado, el que correspondía al extremo occidental, se alzaba un edificio alargado de rojiza techumbre de teja a dos aguas, rematado en dos pequeñas torres cuadrangulares que se erguían en sus extremos. En su centro, una resplandeciente escalera de pórfido comunicaba el suelo del patio con la alta entrada principal

del edificio, que albergaba una tribuna del mismo material bajo un pórtico que asemejaba un pequeño templo clásico, con un friso triangular en el que un resplandeciente Cristo Pantocrátor bendecía a una multitud de pequeños adorantes. La afinada mente de Antemio fue capaz de admirar con un pequeño vistazo la clásica composición de las medidas, el efectismo que provocaría la puesta en escena del gobernante cuando saliera a la tribuna, bajo la imagen del Señor, mientras recibía las aclamaciones de su pueblo. El arquitecto que diseñó el espacio sabía exactamente lo que se esperaba de él, y había conseguido su propósito con una simplicidad digna de admiración.

Una vez que llegaron al pie de la escalera de pórfido, el portero se paró, indicándole con un gesto que subiera. El *silentiario* le esperaba en lo alto de los escalones, junto a la tribuna, observando en silencio cómo el ingeniero ascendía lentamente.

—El emperador os espera —anunció el *silentiario*, cuando Antemio llegó hasta él.

—Déjame un instante para que recobre el aliento —pidió el ingeniero, calmando su respiración, agitada tras la larga caminata por la ciudad y el último tramo de escaleras—. Ya no soy un jovenzuelo.

El funcionario asintió, esperando pacientemente durante un rato antes de conducir al invitado al interior del pabellón. Antemio aprovechó el respiro para estirar sus ropajes, asegurándose de que su aspecto fuera lo más digno posible. Años atrás, mientras realizaba las obras defensivas que convirtieron la ciudadela de Daras en inexpugnable, había adoptado un modo de vestir ecléctico, por lo que combinaba una túnica corta con los pantalones típicos de los persas. Sobre ambas prendas vestía una capa de tonos marrones cuajada de bordados geométricos y vegetales en su borde inferior, y prendida sobre el hombro derecho con un broche de oro en el que se engastaban media docena de finas perlas. Remataba su atuendo un gorro frigio de color rojizo, con el que cubría la falta de pelo en la coronilla.

El *silentiario* se adentró en el vestíbulo, una gran estancia cuadrangular revestida enteramente de losas de mármol de los más diversos tonos, excepto en el suelo, donde un descomunal mosaico mostraba una de las cacerías que antes se celebraban en el hipódromo. Después se aproximó a una de las puertas, abriendo las hojas de bronce decoradas con cruces griegas, para que Antemio pudiera pasar a una nueva sala. En ella, situado junto a una estatua en bronce de Hércules sobre el león de Nemea,

Justiniano departía animadamente con un pequeño grupo de personas.

—Antemio de Tralles, majestad —anunció el *silentiario*, que se retiró acto seguido y cerró la puerta de la sala.

El ingeniero se aproximó y se echó torpemente al suelo para realizar la *proskinesis* ante el emperador, quien dejó que Antemio besara la parte inferior de su clámide púrpura antes de saludarle con afabilidad.

—Espero que hayas tenido un buen viaje —comentó Justiniano —. Agradezco la rapidez con la que has acudido a mi llamada.

—Me tenéis siempre a vuestra disposición, majestad —aseguró Antemio, ahogando un quejido mientras se levantaba del suelo.

—Espero que recordéis a vuestro antiguo compañero en las obras de Daras —indicó el emperador, señalando a una de las personas que se encontraban a su lado, un hombre de unos cincuenta años, vestido con una sencilla túnica blanca anudada con un simple cinturón de cuero.

—¡Isidoro de Mileto! —exclamó Antemio con alegría—. No esperaba verte en la capital.

—Saludos, Antemio —dijo Isidoro, asiendo el antebrazo al recién llegado—. Veo que no has abandonado tu peculiar manera de vestir. Hace tanto que no sé de ti que ya pensaba que reposarías bajo tierra.

—Dame tiempo, todo llegará —replicó Antemio con sorna—, aunque aún te quedan unos años de espera antes de ser el mejor *meckanikos* del imperio.

Isidoro sonrió, dejando al descubierto su maltrecha dentadura. Como su colega, gozaba de reconocida fama como matemático y profesor de geometría y mecánica. Sus comentarios a los escritos de Arquímedes y Euclides habían sido alabados por los eruditos, y se le consideraba el mayor experto en construcción de cúpulas del momento. Sin embargo, a diferencia del teórico Antemio, focalizaba su interés en la realización práctica de sus ideas, en llevar al terreno real las complicadas elucubraciones de la geometría.

—¿Vamos a trabajar juntos de nuevo? —preguntó Antemio.

—Así es —confirmó Justiniano, antes de que Isidoro tuviera tiempo de responder—. Mis administradores en la frontera persa quedaron muy satisfechos con las obras defensivas llevadas a cabo en Daras. Además, estoy convencido de que no hay mejor equipo de sabios en mi imperio para lograr la tarea que tengo en mente.

—¿Qué necesitáis de nosotros, majestad? —inquirió Isidoro.

—Creo que será más fácil si lo veis con vuestros propios ojos —dijo el emperador, encaminándose hacia la salida de la estancia—. Seguidme.

Intercambiando una mirada de extrañeza, ambos ingenieros caminaron tras Justiniano, seguidos por la otra persona presente en el encuentro, un funcionario de alto rango que, hasta el momento, permanecía en silencio.

Justiniano los guio hasta la tribuna que coronaba la escalera principal del Tribunalion. Allí, el emperador se situó junto a la barandilla de pórfido, con la vista perdida en el otro extremo del patio.

—¿Qué veis cuando miráis por encima de los pórticos? —preguntó enigmáticamente Justiniano.

Ambos ingenieros se miraron nuevamente entre sí, interrogándose con la mirada para decidir quién debía responder al emperador.

—El ábside de las termas —indicó finalmente Antemio, entrecerrando los ojos como si quisiera agudizar su vista—. Sobre ese elemento, lo que queda de las cúpulas y la techumbre de los baños —continuó, al ver cómo Justiniano mantenía aún su mirada sobre el horizonte, como si no se encontrara satisfecho con la respuesta—. Tras la estructura de las termas sólo se ve vuestra efigie ecuestre —terminó Antemio, fijándose en la estatua a caballo del propio Justiniano, erigida en lo alto de la columna que se elevaba en el Augusteon, sustituyendo a una anterior de Teodosio derribada por un terremoto. De tamaño triple al de un hombre normal, en ella el emperador había sido representado vestido de militar, con la llamada armadura de Aquiles, botas militares sin grebas, coraza y casco. En la mano izquierda portaba un orbe coronado por una cruz, en representación de su dominio sobre la tierra y el mar, concedido por Dios; la otra la alzaba hacia oriente, indicando a los persas que se detuvieran, que no consentiría que amenazaran el imperio.

—¿Nada más? —preguntó nuevamente el emperador.

—Las copas de algunos árboles a ambos lados —prosiguió Antemio—, y el cielo.

—Exacto —corroboró Justiniano con una sonrisa—. No hay nada más, tan sólo las ruinas quemadas de la mayor iglesia de Constantinopla. Eso es lo que quiero que remediéis, ese vacío.

—¿Una iglesia? —repitió Antemio, asombrado—. ¿Nos habéis

llamado para construir una simple iglesia?

Justiniano enarcó una ceja, sorprendido por el tono del ingeniero, aunque sin borrar de su rostro la afable sonrisa que mantenía desde que llegaron a palacio.

—Lo que mi colega quiere decir con tan poco tacto —explicó Isidoro— es que tal vez encontréis arquitectos mejor cualificados que nosotros para construir una basílica, majestad.

—En absoluto —negó el emperador—. Un arquitecto construiría un edificio como cualquier otro, variando el número de naves o aumentando el tamaño. Dios no quiere eso y yo tampoco. Necesito una obra única e inigualable, un templo que se convierta en un nuevo faro de la fe, en un símbolo de la cristiandad del imperio, en la antorcha que iluminará una nueva Roma, una que dejará atrás el paganismo y la idolatría y volverá a conquistar el mundo. Quiero una iglesia grandiosa, pero no sólo por su tamaño. Busco algo que el propio Señor pueda admirar cuando nos vea desde su trono celestial, algo que simbolice la propia grandeza del Omnipotente. ¿Satisface ese reto a la mente de los más afamados *meckanikos* del imperio?

Antemio frunció aún más el ceño, torciendo el labio al tiempo que volvía a mirar el espacio vacío situado tras la estatua ecuestre de Justiniano, sopesando seriamente el alcance de las palabras del emperador.

—Algo único... —susurró entre dientes.

—Único y original —corrigió Justiniano—. Cuando esté acabada quiero que el mundo entero se maraville ante semejante construcción, y que ni persas, ni godos, ni pueblo alguno sobre la tierra sea capaz de igualarla.

—Como habéis dicho, majestad, es todo un reto —afirmó Isidoro—. Espero que nos encontremos a la altura de las circunstancias.

—Seguro que lo conseguiréis —dijo el emperador—, por eso os elegí. Además, para acrecentar vuestro interés, os pagaré diez mil sólidos de oro al año.

—Acabáis de disipar cualquier duda, majestad —apuntó Isidoro con rapidez, mientras el propio Antemio se quedaba boquiabierto al escuchar la cantidad—. Comenzaremos en cuanto estiméis oportuno —añadió, mirando a su compañero, quien asintió con un gesto de cabeza.

—Hoy mismo.

—Pero... majestad, acabo de llegar de Tralles —protestó

Antemio—. El viaje ha sido agotador, y me gustaría disfrutar de unos días de descanso. No veo la necesidad de tanta prisa, a fin de cuentas, tardaremos muchos años en construir un monumento con la suntuosidad que pedís.

—Tenéis exactamente cinco años para construirlo —replicó Justiniano—, seis como máximo.

—¡Eso es imposible! —rugió Antemio, horrorizado—. Se necesitaría como mínimo el doble de tiempo. En cinco años tal vez podría construirse una basílica de cinco naves, pero…

—No admito excusas en ese punto —aseguró el emperador secamente, levantando una mano para cortar al ingeniero—. Tengo mis razones para pedir tal urgencia, aunque no pienso revelarlas. Sé que pido mucho, pero Dios no se merece menos. Si lográis que se consagre antes de cinco años doblaré vuestros salarios. Por el contrario, si fracasáis y se tarda más de seis consideraos afortunados si no recibís ni una sola moneda.

—Son condiciones muy duras —apuntó Isidoro, quien mostraba por primera vez un atisbo de preocupación en su rostro.

—No tanto como pudieran ser —añadió Justiniano, mirando con frialdad a ambos ingenieros durante un instante.

—Necesitaremos contratar más obreros de lo normal —adujo Antemio—, transportar los materiales…

—Contáis con fondos ilimitados. Éste es Flavio Estrategio, el *magister officiorum* —indicó el emperador, señalando al funcionario que se había mantenido en silencio al lado del grupo—. Tiene orden de proveeros lo que sea necesario. Cualquier cosa que preciséis, pedídsela directamente a él.

Antemio asintió, dejando escapar un suspiro de resignación.

—En cuanto tengáis un boceto venid a presentármelo —pidió el emperador, recuperando la sonrisa—, estoy ansioso por contemplar el fruto de vuestro ingenio.

Sin más dilación, Justiniano dio media vuelta y se adentró en el edificio, dejando a su espalda a los dos ingenieros, que se miraron entre ellos como si acabara de caerles encima un muro de piedras.

—¿Seremos capaces? —inquirió Isidoro, una vez que se quedaron a solas en la tribuna.

—No lo sé —admitió Antemio con un suspiro—, pero debo admitir que comienzo a ver una parte positiva en esta inexplicable urgencia.

—¡Ya me dirás cuál! —protestó Isidoro.

—Tengo casi sesenta años —explicó Antemio, bajando la voz como si hubiera perdido repentinamente parte de sus fuerzas—. Tal vez así logre ver terminada mi última y más grandiosa obra. Y, por otro lado, si muero antes de acabar, serás tú quien se lleve las iras del emperador si fracasamos.

—¡Menudas esperanzas que me das! ¿Y qué consuelo me queda a mí?

—Que durante unos años podrás ocupar mi puesto —respondió Antemio, guiñando un ojo de forma pícara, antes de abandonar la tribuna para comenzar el lento descenso de la escalera de pórfido.

Isidoro le contempló mientras se marchaba, preguntándose si aquel día habría firmado su acceso a la riqueza o si, por el contrario, se había anudado una soga al cuello.

Mientras caminaba de regreso a su villa, Aecio repasaba en su cabeza la lista de productos que acababa de adquirir, preguntándose si tendría suficiente para comenzar a elaborar los preparados que consideraba más esenciales para retomar su labor médica.

La nueva caja de medicinas que se bamboleaba en su cadera, y su contenido de hierbas y extractos, era lo único de provecho que había conseguido en todo el día. Poco antes se había despedido del *xenodochos*, el antiguo administrador del destruido hospital de Sansón, tras pasar la mañana en palacio esperando inútilmente a que el emperador les recibiera.

Un par de días atrás, el administrador del hospital había acudido a casa de Aecio. Tras relatarle el espeluznante espectáculo que encontró al día siguiente del incendio en el hospital, cuando se adentró en los restos del edificio con un grupo de monjes, el administrador había confirmado a Aecio lo que éste ya imaginaba. El desastre había consumido todo el edificio, el equipamiento, los registros de los pacientes y, lo más terrible de todo, a la mitad del personal de servicio, incluida la *iatraina* y sus ayudantes, que asistían el pabellón de mujeres. A pesar de sus escasos treinta años, la magnitud de la catástrofe convertía a Aecio en el más experimentado de los *iatroi* adscritos al *xenon* que aún permanecían con vida.

Cuando el administrador le comentó la posibilidad de acudir ante Justiniano, para solicitarle los fondos necesarios para reconstruir el hospital, Aecio le ofreció su apoyo incondicional. Por un momento, incluso pensó involucrar a Valente en el

proyecto, tanto para aprovechar sus contactos en la corte como para intentar sacarle del profundo estado de abatimiento en el que el senador había caído tras el final de la revuelta. Sin embargo, le daba vergüenza continuar abusando de su amistad con el patricio, sobre todo tras su generoso préstamo, concedido para que pusiera en orden su saqueada villa, adquiriera algunos esclavos para el servicio y comprara nuevo instrumental médico.

Poco después del amanecer acudió a palacio junto al administrador, para solicitar audiencia ante Justiniano. Sin embargo, el desánimo cundió entre ellos cuando descubrieron que el patio de los *excubitores* se encontraba tomado por una multitud de patricios, comerciantes, clérigos y funcionarios en busca de un encuentro con el emperador.

Durante toda la mañana, esperaron pacientemente en medio del gentío, haciendo cábalas sobre la mejor manera de abordar el asunto ante el emperador. Pero la jornada transcurría sin cambios, desesperando a cuantos se encontraban en la antesala del consistorio, al ver que ni uno solo de los allí reunidos accedía al edificio en el que Justiniano celebraba sus audiencias. A la hora sexta, en la que se conmemoraba la crucifixión de Cristo, el *curopalates* apareció en el patio agitando sonoramente las llaves de las puertas de palacio, señal que anunciaba el final de las audiencias y el abandono del recinto por parte de los visitantes. Se retiraron con paso cansado, al igual que el resto de los reunidos en palacio, con la sensación de volver de una amarga derrota.

Al abandonar el recinto, una vez que se despidió del administrador, permaneció en las inmediaciones del Augusteon, deslizándose entre los puestos de los perfumistas, tanto para recrearse en los mil aromas que se combinaban en el ambiente como para buscar algunos de los elementos necesarios para elaborar sus medicinas.

En uno de los tenderetes adquirió una caja de madera tallada, muy parecida en tamaño y capacidad a su antigua caja de medicinas, y la aprovechó para recabar a buen precio de los mercaderes eléboro, olíbano, semilla de albarraz, clematítides, aceite de rosas, azafrán, goma arábiga, regaliz, aceite de arrayán y belladona. Al menos, las compras realizadas le permitían regresar a casa sin la sensación de haber arrojado un día entero al barro.

Llegado a su villa, se dirigió directamente a la sala donde almacenaba hierbas y medicinas, en anaqueles situados en las paredes, la misma sala en cuya mesa había tratado de salvar la vida a aquel muchacho desconocido que trajo de Santa Sofía. Por

el camino se cruzó con varios de sus nuevos criados, esclavos comprados gracias al dinero prestado por Valente, quien insistió en que recurriera a ese tipo de mano de obra en lugar de buscar a siervos libres, como sus antiguos criados, dado que eran más proclives a engañar a su patrón, como el propio Aecio descubrió amargamente durante la revuelta.

Una vez en la sala depositó con cuidado la caja de medicinas sobre la mesa y comenzó a extraer uno a uno los ingredientes comprados. Los daños en la villa habían sido reparados en casi toda la casa, aunque aún faltaba comprar algunos muebles que sustituyeran a los que resultaron destrozados durante el saqueo. Los útiles estantes en los que acumulaba su extensa colección de medicamentos habían sido repuestos poco antes, aunque resultaba mucho más costoso conseguir los recipientes de plata, vidrio o cuerno en los que almacenar los distintos fármacos líquidos. En su defecto, Aecio había comprado una barata colección de barro cocido, tras asegurarse de que no fuera poroso, y en ella comenzó a depositar el resultado de la decocción de hierbas o los electuarios recién hechos, mezclas de polvos con jarabe, miel o azúcar, lo que les confería mejor sabor que a las medicinas normales. Únicamente adquirió unos pocos vasos de cobre para los colirios oftálmicos y los medicamentos con base de vinagre, pez líquida o resina de cedro, así como dos vasos de estaño para guardar grasas, tal como prescribía Dioscórides en sus obras.

Recogió cada uno de los ingredientes de su caja con cuidado, depositando esencias y aceites a un lado y hierbas al otro. Excepto el eléboro, las demás hierbas podían almacenarse sólo tres años, por lo que las cantidades que acumulaba solían ser pequeñas. Sin embargo, de su amplio almacén de productos no había podido salvar prácticamente nada, lo que relegaba la caducidad de lo comprado a un tema secundario.

Antes de terminar la exhaustiva catalogación de los productos, la vista del médico se fijó en un gran bulto oscuro que destacaba en uno de los rincones de la sala. Extrañado, se aproximó con cautela y observó sorprendido que se trataba de las prendas del muerto, oscurecidas por la sangre seca y aún en el lugar donde él las había arrojado cuando prepararon el cadáver.

No le sorprendía que los saqueadores hubieran ignorado una túnica desgarrada y cubierta de sangre, pero el hecho de que sus esclavos la hubieran dejado allí tras arreglar la habitación le hizo soltar un bufido de rabia.

—¿Quién ha limpiado esta habitación? —preguntó con

indignación, tras avisar al eunuco que actuaba como jefe de la servidumbre.

—Varios de los criados, amo —respondió el interpelado, con un fuerte acento paflagonio—. Uno colocó los muebles, otro limpió las manchas con orín, otro barrió…

—¿Y qué hace ese montón de trapos sucios en un rincón? —dijo Aecio, interrumpiendo la enumeración del eunuco y señalando la ensangrentada túnica del muerto.

—Sobre eso no teníamos orden concreta —anunció el jefe de la servidumbre—, y nos pedisteis que no tocáramos vuestras pertenencias personales.

—¡Pertenencias personales! ¡Pero si es un trapo lleno de sangre!

—¿Debo llamar a la lavandera, amo?

—¡No! —gritó Aecio, perdiendo la paciencia—. Lo que quería es que lo tiraran a la basura.

—Por supuesto, amo, ahora mismo se lo encargaré a uno de los criados.

—Déjalo, lo haré yo mismo —replicó el médico con enfado—. Creo que es la única forma de que se hagan las cosas en esta villa.

El eunuco enarcó una ceja y se retiró arrastrando los pies, exasperando aún más a Aecio, quien se acordaba de los cuarenta sólidos de oro pagados por él, doble tarifa de lo que costaba un esclavo adulto normal. El vendedor que le estafó con el precio no paraba de recordarle las supuestas virtudes de los eunucos mientras regateaban, su increíble lealtad y su dedicación al trabajo. Sin embargo, Aecio tenía la impresión de que había adquirido al único eunuco tonto del mercado. Lo había preferido respecto a otro traído de Libia porque, al ser paflagonio, conocía el griego. La ley prohibía castrar a los niños dentro del imperio pero, en las provincias más alejadas de Constantinopla, muchos de los desesperados padres que perdían sus tierras y se ahogaban en impuestos utilizaban a sus hijos como moneda de cambio para salir de la pobreza. Los eunucos, al ser muy apreciados en la corte como funcionarios, por no poder convertir sus puestos en hereditarios, ascendían con rapidez en el escalafón, algo de lo que se aprovechaba la familia que lo había convertido en un ser asexuado. Por ello, por la avariciosa idea de sacrificar el sexo de un hijo con la esperanza de hacer fortuna, a muchos pequeños los metían en un baño muy caliente hasta que los testículos se relajaban, para luego machacarlos con los dedos. Como médico,

Aecio pensaba que la técnica más segura consistía en hacer una pequeña incisión y quitar los testículos del saco escrotal, realizada a partir de los siete años, pero, en cualquier caso, la tasa de mortalidad era muy elevada.

Renegando contra su falta de experiencia con los esclavos, Aecio se acercó al rincón y recogió las sucias telas y los cinturones que habían servido como torniquetes.

—¡Jesús!

Una pequeña rata salió disparada de entre las ropas en cuanto levantó del suelo el hato, dando un buen susto a Aecio, quien soltó los ropajes con asco.

Al caer de nuevo al suelo, uno de los cinturones arrancó un sonido metálico del enlosado, sorprendiendo al médico. Asombrado, rebuscó con cuidado entre las telas, extrayendo de entre ellas los antiguos torniquetes. Uno de ellos era un simple cinturón de cuero, de buena factura aunque sin características especiales, sin embargo, el otro estaba recubierto de placas de metal y su hebilla conformaba un complicado anagrama.

Extrañado, Aecio raspó con la uña parte de la sangre coagulada que lo cubría, liberando una brillante y dorada superficie.

—¡Oro! —exclamó asombrado.

Sin creerse lo que veían sus ojos, Aecio corrió hacia el patio, donde los esclavos extraían agua del pozo central para regar el pequeño huerto. Allí se hizo con un cuenco y lavó cuidadosamente el cinto, hasta que relució en sus manos libre de la oscura costra que ocultaba su belleza.

Examinándolo con detenimiento, comprobó que se trataba de un cinturón de primorosa factura y que, al parecer, pertenecía a un funcionario de alto rango. El que se encontrara recubierto de placas de oro y el misterioso anagrama que formaba su hebilla lo confirmaban. ¿Habría robado el padre del muchacho ese cinturón o se trataba realmente de un alto miembro de la corte? Ambas opciones tenían sentido. En medio de una revuelta era bastante lógico que un grupo de hombres asaltara a un funcionario y le robara sus pertenencias. Por otro lado, Aecio recordaba al grupo, y cómo todos parecían obedecer sin rechistar las órdenes de aquel hombre. Además, sus ropajes resultaban demasiado buenos para ser simples campesinos, únicamente las *paenulas* con las que se cubrían parecían de basta factura. Recordando su propia idea de cubrirse con la capa de uno de sus sirvientes para transitar por las calles sin llamar la atención, Aecio pensó que ésa sería sin duda la

utilidad de aquellas *paenulas* aunque, a la vista de ese cinturón, le surgía una nueva pregunta: ¿qué hacía un grupo de altos funcionarios disfrazados de campesinos en medio de una Santa Sofía en llamas?

¿Esconderse de las facciones? ¿Esperar a que los sublevados se alejaran del palacio para acceder a él? ¿Trataban de huir y se vieron sorprendidos por el incendio? Algo no acababa de encajar en aquella extraña historia, pero el número de respuestas lógicas resultaba tan elevado que decidió dejarlo de lado.

Tras pensarlo con detenimiento, Aecio decidió que su única opción honrada consistía en guardar en lugar seguro aquel cinturón por si su desconocido dueño regresaba alguna vez a por él.

Reclinada en el lecho, Teodora deslizaba su mirada por los numerosos platos que los esclavos acababan de servir frente a ella, buscando entre las apetitosas viandas aquella que le resultara más atrayente.

Como era costumbre en palacio, se presentaba a la emperatriz una miríada de platos entre los que ella escogía. Para la cena de esa noche, Teodora había elegido un plato de ostras y langosta asada, cortada en trozos y envuelta en hojas de malva, acompañada de piñones, pepitas de amapola y salsa de pescado. Los criados habían depositado también frente a ella un plato de *spumeum*, un cremoso suflé de pollo y clara de huevo sobre el que se derramaba vino con miel, acompañado de pequeños trozos de venera y de una cuchara para tomarlo. Cerraban la lista de viandas una fuente con muslos de ganso asados y especiados con azafrán de Cilicia y un gran cuenco de arroz cocido con leche, azúcar y miel. Repartidos por la mesa, varios cuencos contenían las salsas que acompañaban los platos para que los comensales se sirvieran la cantidad que quisieran, sobre todo de *liquamen*, la omnipresente salsa de entrañas de pescado maceradas en salmuera.

A su lado, Justiniano se conformaba con una simple ensalada, aderezada con uvas pasas y piñones con miel, tal y como recomendaban los médicos de palacio para mejorar el semen del emperador. Teodora había insistido en añadir también un puñado de afrodisíacas nueces, aprovechando que la ensalada carecía de lechuga, tan apreciada por Justiniano a pesar de sus conocidas propiedades adormecedoras de la libido, por lo que debía ser evitada por aquellos que buscaban ser padres.

Despreciando las copas de vino tinto de Chipre y blanco de Thera que se exhibían frente a él, Justiniano centraba su vista en los equilibristas que deleitaban su cena. Acompañado de suave música de lira, un hombre de poderosa musculatura sostenía un largo madero sobre su cabeza. En sus extremos, dos muchachos delgados danzaban con total sincronización, realizando movimientos coordinados con precario equilibrio.

—Me comentan mis eunucos que esta mañana no has recibido a nadie en audiencia —comentó Teodora.

—Tenía otros asuntos más importantes en mente —respondió Justiniano, repartiendo su atención entre los equilibristas y su esposa.

—¿La visita de Antemio de Tralles e Isidoro de Mileto? —apuntó ella, arrancando una mirada de extrañeza del emperador—. El palacio es demasiado pequeño para ocultar nada.

—Tampoco es nada que deba ocultarse —admitió Justiniano—. Pensaba contártelo, aunque quería esperar a que me dieran un boceto de su obra. Les he mandado llamar para que dirijan la reconstrucción de Santa Sofía.

—¿Tan pronto? —se sorprendió la emperatriz—. Se quemó hace apenas un par de semanas.

—Es la principal iglesia de la ciudad, y se lo prometí al patriarca. Tengo intención de construir una basílica inigualable, por eso he traído a los mejores sabios del imperio.

—Parece que el proyecto va a ser costoso —comentó Teodora, con lo que consiguió que Justiniano frunciera el ceño—. No me malinterpretes, sé que cualquier gasto es poco cuando se trata de la casa del Señor, pero en estos días he tenido algunas ideas rondándome la cabeza, y me gustaría disponer de la posibilidad de hacer algún dispendio fuera de la asignación habitual.

—¿En qué habías pensado? —se interesó él, limpiándose los dedos en una servilleta de seda.

—Quiero ayudar a las mujeres más desfavorecidas. Como sabes, mi infancia no fue fácil —explicó ella—. Tal vez mi vida habría tomado otro rumbo si hubiese dispuesto de alguien a mi lado. Si Dios nos ha concedido la gracia de gobernar el imperio creo que es nuestro deber eliminar en lo posible algunas de las terribles situaciones por las que pasan muchas jóvenes.

—Ya disponemos de muchas obras de caridad —apuntó él—, sin contar con la labor que realiza la iglesia. Aunque si quieres hacer algo en concreto no tienes más que pedirlo.

—La iglesia da de comer a los pobres, y alimenta su espíritu con oraciones, pero no se preocupa de las muchachas que son arrojadas a la prostitución. Los clérigos las tachan de pécoras, como si se entregaran a la lascivia por su propia voluntad, como si no fuera el hambre o la desesperación lo que obligara a los campesinos más pobres a vender a sus hijas por unas monedas.

—¿Y qué podemos hacer? —inquirió Justiniano—. Ya he promulgado leyes para impedir la venta de mujeres libres, pero los rufianes las eluden firmando con las jóvenes contratos legales.

—¿Legales? Venden su libertad a cambio de comida y un techo. ¡Es indigno!

Justiniano se encogió de hombros, evitando responder a su esposa, aunque daba a entender que no tenía intención de reformar su propio código de leyes, recién compilado por Triboniano hacía apenas un año.

—Tú eres el emperador. Puedes cambiar la ley. Podrías emitir un edicto para que la actividad de los rufianes que dirigen la prostitución forzada se convierta en ilegal. Si te preocupa la legalidad de sus contratos bastaría con obligarles a aceptar la recompra de las mujeres. Les ofreceríamos cinco sólidos de oro por cada joven.

—¿Y qué haríamos con esas chicas? —inquirió él.

—Tenía intención de construir un convento, al otro lado del Bósforo. Una casa de acogida para las arrepentidas, donde pudieran comenzar una nueva vida y reencontrarse con Dios. El convento de la *metanoia*, el arrepentimiento.

—Parece que has pensado en todo. Si es lo que quieres no seré yo quien te lo niegue. Hablaré con Flavio Estrategio para que provea los fondos. En cuanto el convento esté terminado lo dotaremos con tierras y prepararé el edicto.

—Ser un esposo tan comprensivo tiene sus compensaciones —dijo Teodora, tendiéndose en el lecho junto a Justiniano y susurrándole al oído—. ¿Adivinas cuáles son?

Constantinopla, 3 de febrero de 532

Tras media mañana de inútiles discusiones, Miguel comprobaba desesperado cómo la reunión del gremio de albañiles seguía los mismos derroteros que todas las anteriores.

Desde que el *protomaistor* muriera durante la revuelta de la *Nika*, el gremio se había congregado todas las semanas, tratando de conseguir el consenso necesario para nombrar a uno de sus miembros como nuevo maestre. Sin embargo, el antiguo jefe del gremio no había sido el único en caer bajo las espadas de los mercenarios en el hipódromo, casi un tercio de los miembros habían perecido durante la insurrección, junto con sus propios aprendices, lo que provocó un verdadero terremoto en las antiguas alianzas clientelares por las que se regían las elecciones.

La norma estipulaba que cada gremio escogiera a su *protomaistor*, pues, aunque el prefecto de la ciudad era quien concedía el cargo, raramente designaba a un miembro que no fuera el elegido por los integrantes de la congregación. Las votaciones se hacían a mano alzada y, teóricamente, estaban abiertas a cualquiera de los miembros que dispusiera del rango de maestro. La realidad, sin embargo, dictaba que el cargo se movía siempre dentro de un ámbito muy estrecho, el de unas pocas familias que aglutinaban la mayor parte de los votos.

Pero el fuego que arrasó la ciudad durante la tercera semana de enero había trastocado por completo la vida del gremio. Con la desaparición de tantos miembros, las antiguas alianzas no servían de nada, los candidatos de mayor experiencia y prestigio habían muerto, y un buen número de albañiles habían decidido huir de la ciudad, en previsión de una posible represalia por parte del emperador contra los involucrados en la insurrección.

Si, normalmente, las elecciones se centraban en la pugna entre dos candidatos, ahora la congregación veía cómo dos docenas de expertos albañiles se desgañitaban en las reuniones tratando de recabar apoyos suficientes.

El propio Miguel se había propuesto ante la asamblea. Su destacado papel junto al bendecido durante la revuelta le había granjeado numerosos apoyos, aunque, al mismo tiempo, también le restaba votos, los de aquellos que pensaban en su nombramiento como en un desafío del gremio hacia el prefecto.

Haciendo balance, asumía que no era el primero de la lista, pero se encontraba bien colocado, sólo necesitaba un pequeño empujón, algo que volcara a los indecisos a apoyarle.

Al igual que en las semanas previas, la reunión pronto se convirtió en una tumultuosa pugna dialéctica, en la que, sin nadie con la autoridad moral suficiente para imponer el orden, unos y otros acababan gritando hasta enronquecer. Ni siquiera el grito de unión del colegio, «*omnes collegiate*», lograba apaciguar los ánimos. Pese a ello, Miguel se había mantenido en silencio. Sus conocidos daban por hecho que el albañil se encontraba tan hastiado de aquella inútil discusión que rehusaba participar, sin embargo la realidad era muy distinta. La mente de Miguel se encontraba lejos de las elecciones y del gremio de albañiles, sus pensamientos formaban una espiral alrededor de Penélope y del hijo de Héctor, así como alrededor de su fracasado intento de introducirse en sus vidas, algo que los dolorosos moratones que cubrían su cuerpo, fruto de la furia de ese bárbaro rubio, insistían en recordarle.

Hasta que ese maldito hérulo le arrojó escaleras abajo, Miguel no se había planteado siquiera la posibilidad de que Penélope rechazara su presencia. Había acudido a esa covacha inmunda en la que se alojaba con sus mejores ropajes, convencido de que ella aceptaría su protección con agradecimiento, pensando que, no mucho tiempo después, aquella bella mujer se arrojaría en sus brazos y le entregaría el cuidado de su hijo.

Había sido un necio.

El simple recuerdo de su humillación le produjo asco, sentía tanta vergüenza al rememorar lo ocurrido que a veces tenía la sensación de que su rostro enrojecía de manera descontrolada, revelando al mundo entero su fracaso. No acertaba a comprender cómo había estado tan ciego, aquella mujer apenas había llorado a su marido unos días antes de entregar su cuerpo a uno de los mercenarios que colaboró aplastando la revuelta. La placentera imagen que Miguel había forjado de sí mismo junto a Penélope ahora le resultaba repugnante. Era necesario sustraer a ese pobre niño de la nefasta influencia de esa furcia.

Sin embargo, el albañil no tenía ni idea de cómo hacer tal cosa, lo único que tenía claro era que jamás lograría superar físicamente a ese germano del demonio, y que ni siquiera pensaba intentarlo.

Hastiado de la interminable discusión gremial, Miguel abandonó la sala en busca de un poco de aire, tratando de aclarar sus ideas. Aunque la inesperada muerte del anterior *protomaistor* abría una puerta para su propia ambición, el albañil no podía

dejar de añorar la antigua camaradería gremial. La corporación de trabajadores funcionaba también como una hermandad religiosa y una sociedad de ayuda mutua, incluso celebraban un banquete anual y una misa por los difuntos. Sin embargo, ahora parecían haberse convertido en una turba de senadores pugnando por ocupar el lugar de honor en un banquete.

Una vez en la calle respiró hondo y se sentó en el ancho borde de una fuente que se levantaba junto a la pared del edificio del gremio, frente a un pequeño jardín que aprovechaba la plaza formada por la confluencia de varias calles. En su cabeza bullían excesivos problemas, demasiadas cosas en las que pensar a la vez, pero el rumor del agua que caía desde la broncínea boca de una cabeza de león comenzó a tranquilizarle.

Ensimismado en sus pensamientos, no se percató de la presencia de los dos hombres hasta que se encontraron casi a su lado, pese a ello, reconoció a Antemio de Tralles nada más ver su extraño atuendo. Como buen albañil, Miguel había tratado con numerosos maestros de obra, a los cuales oyó hablar con profusión sobre aquel viejo cascarrabias, pagado de sí mismo, y cuyos conocimientos matemáticos le habían hecho famoso. Incluso le había visto un par de veces, acudiendo a algunas de las grandes obras de Constantinopla, señalando con el dedo a uno y otro lado para criticar lo que, para él, suponían flagrantes defectos en la construcción. No conocía a su acompañante, pero Antemio parecía tratarle como a un igual, lo que, dado el carácter huraño del matemático, instaba a suponer que se trataría asimismo de un erudito. Ambos parecían perdidos, como si buscaran un lugar en concreto en medio del dédalo de callejuelas.

—¿Puedo serles de ayuda? —se ofreció Miguel, cuando los dos hombres se acercaron hacia el parque junto al que él se sentaba.

—Buscamos el gremio de *oikodomos* —comentó Antemio, con notorio mal humor—, pero esos malditos albañiles parecen haber elegido el lugar más recóndito de la ciudad para esconderse.

—Os encontráis frente a su sede —indicó Miguel, señalando la portezuela por la que se accedía al interior del edificio, y por la que surgía un torrente de voces discordantes.

—¿Se están emborrachando ahí dentro? —preguntó Antemio, al escuchar los gritos que surgían del interior del edificio.

—Tan sólo tratamos de elegir un nuevo *protomaistor*, el anterior murió durante la revuelta.

—A juzgar por el vocerío cualquiera diría que la insurrección

sigue en marcha.

—Demasiados candidatos para un solo puesto, y supongo que ninguno tenemos el prestigio necesario para el cargo.

—¿Eres albañil? —inquirió Antemio.

—Maestro albañil —corrigió él—. Me llamo Miguel, para serviros.

—En fin —prosiguió Antemio, dejando escapar un despreciativo suspiro de resignación—, dado que aún no disponéis de un jefe para el gremio tal vez tú puedas ayudarnos.

—Yo soy Isidoro de Mileto —se presentó el acompañante de Antemio—. El emperador nos ha realizado un importante encargo, y necesitamos comenzar con los preparativos para una obra.

—Espero que no se trate de algo de grandes proporciones —comentó Miguel.

—¿Por qué? —preguntó Antemio, mostrando un súbito interés—. ¿Hay algún problema que debamos saber?

—Hemos perdido a casi un tercio de nuestros artesanos durante la revuelta —explicó el albañil—. Con los daños que ha sufrido la ciudad se necesitarán más manos de las que podamos proveer. Si esa obra tan importante es de grandes dimensiones va a resultar difícil conseguir personal cualificado.

Miguel observó con curiosidad la mirada que compartieron ambos hombres. Ninguno de los dos dijo palabra alguna, pero bastó su gesto para que el albañil comprendiera que su comentario había dado en el clavo. Aún no sabía qué tipo de construcción les había encargado el emperador pero, dado que se trataba de dos reconocidos eruditos y que su encargo provenía directamente de Justiniano, algo le decía en su interior que tal vez aquélla fuera la oportunidad que buscaba para marcar una diferencia con el resto de los candidatos al puesto de *protomaistor*.

—Si me comentáis las características de la obra que os ha sido encomendada podría buscar a los mejores de entre el gremio —apuntó Miguel—. Tengo buenos contactos, y seguro que conseguiría convencer a un buen puñado de albañiles para participar en un proyecto dirigido por personas de vuestro prestigio.

—Necesitaremos bastante más que un puñado —comentó Isidoro, mientras Antemio se rascaba la cabeza, cuidándose mucho de levantar el gorro frigio sólo lo suficiente para introducir un par de dedos—. Vamos a reconstruir Santa Sofía.

—¡La iglesia de la divina sabiduría! —exclamó Miguel,

santiguándose al momento de terminar la frase—. ¿Tan pronto?

—El emperador ha insistido mucho en la premura del proyecto —aseguró Isidoro—. Por eso necesitamos comenzar cuanto antes con los preparativos, y aunque aún no tenemos una cifra exacta de los operarios que podríamos necesitar el simple hecho de que el gremio de albañiles carezca de un jefe nos supone un problema.

—No tenemos tiempo para perderlo en explicaciones —interrumpió Antemio, dirigiéndose a Isidoro e ignorando por completo a Miguel—. Deberíamos seguir con lo hablado antes y visitar algunas de las iglesias de la ciudad.

—Yo he participado en la construcción de la última gran basílica de Constantinopla, la de Hagios Polyeuktos, patrocinada por Anicia Juliana —comentó Miguel, justo cuando ambos eruditos ya se daban la vuelta—. Fue precisamente en esos años en los que accedí al puesto de maestro. Podría acompañaros a visitarla y explicar cómo fue edificada.

—Siendo candidato al gremio, ¿no preferirías volver a la asamblea? —inquirió Isidoro, escrutando al albañil con la mirada.

—¿Encerrarme en medio de ese griterío cuando podría participar en la reconstrucción de la más importante iglesia de la ciudad? Será un placer para mí posponer las elecciones gremiales si puedo ser de ayuda en tan magna obra.

—No necesitamos la ayuda de un simple albañil —sentenció Antemio.

—He oído que esa iglesia es una de las más modernas de la ciudad —apuntó Isidoro, reteniendo a su colega, quien ya daba la espalda a Miguel—. Muchos hablan de ella en la ciudad. Sería interesante verla con un guía que nos ahorrara el trabajo de descifrar su fábrica. Recuerda que no es precisamente tiempo lo que nos sobra.

—¡Está bien! —cedió Antemio, resoplando de impaciencia—, pero vayámonos de una vez.

Miguel echó a andar delante de los dos ingenieros, acelerando el paso como si se encontrara deseoso de cumplir con las prisas de Antemio, aunque, secretamente, su verdadera intención era agotar al anciano, haciéndole pagar su despreciativo trato. Mientras caminaba, el albañil trataba de calcular los beneficios que para su posición podría reportar convertirse en uno de los jefes de obra en la reconstrucción de Santa Sofía, sin embargo, no dejaba de pensar que el trabajo junto al malhumorado Antemio podría convertirse en una tortura.

Poco después, casi encerrada en mitad de un laberinto de callejuelas plagadas de altos edificios de viviendas, la gran basílica de Hagios Polyeuktos apareció ante ellos. Ambos ingenieros se detuvieron frente a ella, justo al pie de las grandes escaleras que ascendían los diez codos de cimientos que elevaban la iglesia del nivel de la calle. Aprisionada por la falta de espacio a su alrededor, nada hacía sugerir que semejante basílica se irguiera en ese punto.

—Se construyó en cuatro años —anunció Miguel, mientras les conducía al interior de la iglesia—. Fue un encargo personal de Anicia Juliana, que vivía en el palacio que se encuentra pegado a la fachada sur. Buscaba proporcionarse un lugar para su descanso eterno, por lo que, inicialmente, compró los terrenos con la idea de excavar una cripta sobre la que erigir una pequeña capilla rodeada de jardines. Pero Justiniano subió al trono y comenzó a presionarla para que le cediera gran parte de su fortuna, así que varió completamente el proyecto, edificando la mayor iglesia de la ciudad.

—Eso explica la poca distancia hasta el resto de las construcciones de la zona —apuntó Isidoro—. Aunque me extraña que el emperador se conformara con una negativa a su petición de impuestos.

—Y no lo hizo —aclaró Miguel con una sonrisa—. Cuentan que Anicia le dijo al emperador que estaba dispuesta a darle el dinero que necesitara, aunque fue aplazando el pago con la excusa de reunir el oro. Sin embargo, cuando lo tuvo en sus manos lo que hizo fue cubrir el interior del techo de la iglesia con él —explicó, señalando la techumbre.

Elevando la vista, ambos ingenieros se quedaron boquiabiertos ante la magnificencia que se desplegaba ante sus ojos. La totalidad del artesonado de madera que cubría la basílica se encontraba forrada por completo de reluciente pan de oro, acumulado en algunos puntos en forma de estrellas de siete puntas. Con las lámparas encendidas, aquella obra de arte refulgía con fuerza, como si el sol hubiera bajado de su carro celeste para instalarse en el interior de la iglesia.

—¡Asombroso! —indicó Isidoro—. No he visto nada igual en mi vida.

—El uso de la luminosidad y los reflejos está bien conseguido —indicó Antemio, aunque su rostro desdecía sus menospreciativas palabras, pues sus ojos bailaban de un extremo a otro del artesonado.

—Yo estaba en uno de los andamios cuando llegó Justiniano a reclamar el dinero prometido —continuó Miguel—. Jamás olvidaré la cara que puso cuando Anicia Juliana le señaló el techo de la iglesia y le dijo: «Ahí tienes tu oro. Lo guarda el Señor, pero puedes coger cuanto necesites.» Obviamente el emperador no pensaba cometer el sacrilegio de arrancar oro de una iglesia, así que se fue con el rabo entre las piernas.

—Eso podría ser una explicación al encargo —comentó Isidoro.

—Es posible —admitió Antemio, ante la extrañeza del albañil, que no entendía las palabras que intercambiaban los eruditos—. Tal vez la humillación le impulsa a construir una iglesia sin parangón que supere ésta.

—En cualquier caso —continuó Miguel—, cuando la patrona murió el emperador se adueñó de su palacio y del resto de su fortuna.

—Debió de tratarse de una dama acaudalada para permitirse un derroche semejante —aseguró Isidoro.

—Era hija del emperador Olibrio —explicó el albañil—, el mismo que da nombre a este barrio, Olybriou. También heredó la fortuna de su marido, el general Aerobindo, cuando intentó hacerse con el poder en tiempos de Anastasio y murió en el intento. En ese poema se relata su ilustre linaje y las obras que patrocinó —añadió Miguel, señalando unas frases esculpidas en altorrelieve a lo largo de un entablamento que recorría todos los muros del espacio central, justo por encima de los arcos que separaban las tres naves—. Son setenta y seis líneas, que comienzan en la esquina sureste.

—Así que pensaba haber superado al templo de Salomón con su iglesia —indicó Isidoro, leyendo una parte de los epigramas—. ¿Y dices que se construyó en cuatro años?

—Sí.

—El material es ladrillo —indicó Antemio, quien observaba cada detalle con atención, fijándose sobre todo en la estructura—. Únicamente las columnas son de mármol. La planta es cuadrada y la altura es modesta, lo que, a pesar de su tamaño, facilita la rapidez.

—Son sólo muros y cimientos —corroboró Isidoro—. El arquitecto no se rompió la cabeza. Ni siquiera recurrió a bóvedas de cañón o pequeñas cúpulas de ladrillo.

—Pero… ¡se trata de una obra de arte! —exclamó Miguel, confuso ante las palabras de los ingenieros—. No conozco a nadie

que entre en esta iglesia y no se asombre ante lo que ve.

El albañil terminó su frase con un gesto de su brazo, como si quisiera abarcar la totalidad del espacio. La profusa decoración mezclaba motivos griegos y persas, esculpiendo de manera ecléctica en los capiteles árboles frutales del Mediterráneo con exóticas palmeras datileras y granados. El entablamento por el que corría el epigrama se adornaba con nichos en los que se esculpían una treintena de pavos reales de tamaño natural con las colas extendidas y pintados de colores. Cada pájaro llevaba un collar esculpido en relieve, tenía los ojos de vidrio verde incrustado y sostenía en el pico una cadena en cuyo extremo se balanceaba una lámpara de aceite.

Sobre el entablamento que bordeaba la nave central, grandes racimos de uvas se detallaban sobre un azulado fondo de lapislázuli, que contrastaba con el brillo dorado de las letras. Finalmente, en el ábside, un mosaico con representaciones figuradas refulgía sobre un fondo dorado, destacando contra los diseños abstractos de los mosaicos del suelo, en los que predominaban los tonos azul y verde. Remataba la magnificencia del interior un altar cubierto por un manto de seda, rodeado por un palio que se sustentaba en columnas adornadas con amatistas, turquesas y lapislázuli.

—No negaré que la decoración es espectacular —admitió Antemio—, pero fuera de los acertados simbolismos la estructura del edificio es bastante vulgar.

—¿Simbolismos? —repitió Miguel, confuso.

—El pavo real se asociaba con Hera en la antigüedad —explicó el ingeniero, adoptando aire de suficiencia—. Cuando Hera descubrió el amorío de Zeus con Io la transformó en vaquilla, y puso un perro guardián de muchos ojos a custodiarla. Ares mató a la bestia y, según la leyenda, al hacerlo sus ojos se quedaron impresos en las colas de los pavos reales, por lo que simbolizan la transformación y la salvación. De hecho, para muchos cristianos no representan la belleza de la creación, sino la resurrección, pues esta ave pierde sus plumas cada primavera para que le vuelvan a salir. También eran uno de los símbolos de la realeza en Roma, indicando a quien entra en la iglesia que Anicia pertenecía a una familia de emperadores.

—Por otro lado —prosiguió Isidoro—, las viñas se asociaban con Dionisio y con ritos báquicos, aunque en el cristianismo adoptan otro significado, el vino de la eucaristía o la renovación de la vida en Cristo. Por eso se esculpen los racimos de uvas sobre

las aves, para reforzar el significado de los pavos reales. Creo recordar que fue Basilio el Grande quien decía que las almas humanas eran las vides de Cristo, que Él cuidaba con esmero.

—En definitiva —finalizó Antemio encogiéndose de hombros —, nada de esto nos sirve.

—Yo no diría tanto —negó Isidoro—. La idea de un cielo iluminado dentro de la propia iglesia es bastante original. Creo que tendríamos que considerarla seriamente.

—Por mucho oro que tenga en sus cámaras, Justiniano no nos permitiría copiar la decoración de una iglesia construida para humillarle —rebatió Antemio—. Hay que pensar otra cosa.

—Tal vez tengas razón —admitió Isidoro, rascándose la barbilla—. En cualquier caso, gracias por acompañarnos hasta la iglesia —añadió, dirigiéndose a Miguel.

—Estoy a vuestra disposición para cuanto necesitéis —se ofreció el albañil.

—Tenemos que comenzar con las obras —comentó Antemio—. Si de verdad quieres colaborar en algo ven mañana al amanecer a Santa Sofía. Nos explicarás cómo vas a conseguir los peones suficientes para comenzar a retirar los escombros de la iglesia quemada este mismo mes. Si lo consigues tal vez puedas sernos útil.

—Allí estaré.

Antemio apenas le dirigió una mirada antes de retirarse, seguido por Isidoro. Mientras contemplaba cómo ambos ingenieros abandonaban el templo, Miguel se alegró de encontrarse en una iglesia, pues así podría agradecer al Señor que acabara de señalarle el camino para convertirse en *protomaistor*.

El astrólogo esperaba de pie, junto a la cornisa de la terraza que ocupaba el tejado de la casa que había alquilado. Envuelto en la oscuridad de la noche, su rostro enjuto se mantenía semioculto por la capucha de su vestimenta, una amplia túnica verde oliva de manufactura persa, cubierta de doradas flores bordadas.

El aspecto oriental que le confería su atuendo era uno más de los calculados detalles que el astrólogo utilizaba para cautivar a sus clientes. Durante el día utilizaba túnicas de seda de muchos pliegues, con lo que variaba su color en función de la luz. Sin embargo, cuando recibía a sus clientes una vez anochecido, nada mejor para crear un ambiente de misterio, ocultismo y poder mágico que la estética oriental.

Desde que fuera entrenado por su padre en tan arcana ciencia, había aprendido los secretos más recónditos que se ocultaban en Alejandría, había adquirido una habilidad sin par en el uso del astrolabio para realizar horóscopos y predicciones, e incluso la intuición necesaria para la interpretación de las estrellas. Pese a ello, la mayor de las verdades del negocio en el que se veía inmerso se la había enseñado la experiencia. Con los años descubrió que todo su oficio se basaba en una simple premisa, la credulidad de quienes utilizaban sus servicios.

Toda una vida dedicada a la astrología le había demostrado que, fuera cual fuera el futuro que le revelaran las estrellas, era la fe de sus clientes la que lograba amoldar su destino a cuanto surgía de la boca del vidente, llegando hasta el extremo de culparse a sí mismos aquellas veces que las predicciones fallaban de forma clamorosa. Por ello, el astrólogo había aprendido a cultivar su imagen, utilizando pequeños trucos que facilitaban la creación de ese lazo de confianza con aquellos que vertían oro en sus ávidas manos.

Nunca permanecía demasiado tiempo en la misma ciudad. Tras tres o cuatro años ejerciendo su oficio vendía todas sus posesiones, se desvanecía y cruzaba el mar para instalarse en una urbe distinta. Eso impedía que algún cliente insatisfecho tuviera tiempo de ver frustradas sus expectativas de futuro y decidiera pagarlo con él. En cuanto llegaba a una nueva ciudad el proceso se repetía. En primer lugar, alquilaba una villa suntuosa, y la decoraba de manera exótica, cubriéndola con mármoles de vetas de varios colores, asociados a la magia en el imaginario popular. Tras instalarse adecuadamente, contrataba a un buen puñado de jovenzuelos, con la simple misión de distribuirse por foros y mercados para hablar con desparpajo de sus infalibles dotes adivinatorias, extendiendo la noticia de que un famosísimo astrólogo acababa de llegar a la ciudad. Tras ello, sólo necesitaba esperar unos días para que el rumor fuera corriendo de boca en boca. De los labios de los criados que acudían al mercado al oído de sus adinerados amos sólo restaba un suspiro, tras el cual su lujosa residencia comenzaba a llenarse con un goteo constante de mercaderes preocupados por sus negocios, damas en busca de esposo para sus hijas o patricios ansiosos por escuchar la brillantez de las carreras políticas que el futuro les deparaba.

Sin embargo, a diferencia de muchos de sus colegas, el astrólogo no era un simple estafador. Dios usaba las estrellas y su movimiento para mostrar sus designios, y él utilizaba con

minucioso detalle la ciencia que su padre le había transmitido para interpretar ese divino legado. Pero los hombres son imperfectos y pueden equivocarse, por ello no se culpaba en aquellas ocasiones en las que fallaba su predicción. Su trabajo no siempre era sencillo. Apenas en un puñado de ocasiones las estrellas mostraban con claridad el secreto que atesoraban en su brillo. La mayoría de las lecturas eran arduas y estaban sujetas a diversas interpretaciones y, a veces, simplemente, el astrólogo era incapaz de extraer nada del baile de los astros. Únicamente en esa situación utilizaba su sentido común y su extraordinaria perspicacia para elucubrar un futuro plausible y, a decir verdad, en esos casos acertaba tantas veces como en la mayoría de sus lecturas astrales.

—Ya ha llegado, mi señor.

El esclavo interrumpió la meditación del astrólogo, anunciando a su próxima visita.

—Hazle pasar.

El esclavo asintió, marchándose con rapidez a satisfacer la orden de su amo, mientras el astrólogo se preguntaba cuánto tiempo tendría para extraer la dorada savia que fluía de las calles de la capital del imperio.

Los tiempos habían cambiado, la época en la que el propio Constantino consultó a un astrólogo para averiguar el momento en el que debía fundar su nueva capital había pasado. Ese emperador esperó catorce años antes de celebrar la fundación de Constantinopla únicamente por la fe que tenía en las palabras del adivino más famoso de su tiempo. Sin embargo, la cristiandad que él mismo había implantado traía la semilla del desprecio contra aquellos que se ganaban la vida adivinando el futuro de los demás. El propio Justiniano era extraordinariamente hostil a la astrología, y tener al emperador en contra no resultaba nada fácil.

El esclavo guio al cliente hasta la terraza, donde le mostró a su amo con un gesto, y se retiró a continuación. Dos esbeltos braseros de bronce cubiertos de mitológicas criaturas esculpidas arrojaban su luz a ambos lados de la puerta que daba a la terraza. Estaban allí situados por una razón, para permitir que el astrólogo viera a sus clientes cuando se acercaban. Bastaba esa fugaz mirada para que el vidente contemplara los más ínfimos detalles de su vestimenta, lo que le permitía hacerse una idea, casi siempre correcta, de su procedencia y sus inquietudes.

Mientras el cliente se aproximaba hacia él, el astrólogo se fijó

en los valiosos anillos que lucía en los dedos, el fino calzado que cubría sus pies, el ceñido cinturón de cuero que asomaba por la abertura de su capa y en la perfecta tintada de su disfraz. Esos pocos datos, junto con las indicaciones de su esclavo sobre el nutrido séquito armado que acompañaba a su primer invitado eran suficientes para que el astrólogo intuyera la clase de problemas que podrían impulsar a aquel hombre a contratar sus servicios.

—El poder es una carga pesada, pero resulta difícil negarse a su seducción.

La frase surgió de los labios del astrólogo como un susurro, en un tono de misterio que siempre surtía efecto. El cliente se detuvo a su lado, dejando traslucir en su rostro un ligero gesto de que se encontraba impresionado.

—Necesito de tu sabiduría. Quiero conocer cuál será mi futuro.

—¿Habéis tenido algún sueño que necesite interpretación? —preguntó el astrólogo.

—No. ¿Es necesario?

—En absoluto, aunque son una gran fuente de información. Los sueños verdaderos vienen de la inspiración divina, pero se necesita mucha experiencia para distinguirlos de los falsos, los inducidos por el demonio. A falta de sueños hay otros modos de descubrir lo que nos depara el destino. Yo soy capaz de leer las estrellas.

—¿Y qué dicen de mí?

—Invisibles Mercurio y el sol, son precedidos por Venus, que reluce sobre Persia —entonó el astrólogo, levantando su vista al cielo—. Saturno es apenas discernible en su altura, mientras Marte, como fiel hijo de Ares, se prepara para cortar con su rojo fuego la barrera que le separa de Sagitario.

Entrecerrando los ojos para simular concentración, el astrólogo dirigió una mirada fugaz al rostro de su cliente, en el que detectó un atisbo de impaciencia. A diferencia de las matronas y patricias, a las que su descripción de los planetas siempre impresionaba, a su cliente no parecía agradarle aquella jerga incomprensible. Un escalofrío recorrió la espalda del vidente, como ocurría cada vez que se enfrentaba al escepticismo en las caras de sus clientes. A pesar de su experiencia y de los años transcurridos en el negocio, era incapaz de olvidar lo que arriesgaba al ejercer su ciencia. Todos los astrólogos y magos tenían siempre en mente el ejemplo de Juan Istmeo, el alquimista procedente de Antioquía, llegado a Constantinopla tres décadas atrás y a quien el emperador Anastasio condenó al destierro por embaucar a muchos plateros

prometiéndoles trasformar su plata en oro. Para evitar que una mañana los soldados llamaran a su puerta necesitaba devolver la confianza a su cliente.

—De los siete planetas —explicó el astrólogo—, Marte corresponde al hierro y al fuego. Sagitario es símbolo del agua, por lo que su colisión indica que el futuro te depara una lucha, una pugna de grandes proporciones.

—Continúa —apremió el cliente, cuya mirada volvía a delatar interés—. ¿Qué más te dicen las estrellas?

Devolviendo su mirada hacia el cielo, el astrólogo escrutó la oscura bóveda con atención. Era indudable que su cliente era un patricio o un alto cargo en la corte, y que buscaba averiguar hasta dónde llegaría su carrera, por lo que, mientras contemplaba las estrellas, el astrólogo comenzó a preparar el manido discurso que utilizaba en casos parecidos: «Veo un futuro próspero, que llegará en pocos años. Sin embargo, hay un obstáculo en tu camino que te costará superar, y que requerirá de todo tu esfuerzo y de un gran sacrificio. Si te sobrepones a esa adversidad el oro correrá hacia tus manos como un río, y tendrás más poder del que nunca imaginaste.»

La experiencia le indicaba que siempre era preferible incluir una advertencia junto al exitoso futuro esperado, pues eso provoca mayor confianza en quien escucha la predicción que si sólo se dan buenas noticias. La experiencia corroboraba casi siempre lo que su padre le decía, que la mayoría de cuantos acudieran a él únicamente buscaban un poco de esperanza.

—Veo…

Algo detuvo la voz del astrólogo cuando se disponía a relatar su discurso. Ante sus ojos, el caótico orden de las estrellas comenzó a tomar forma, un entramado de brillantes figuras apareció ante él, tan claro como el agua de una fuente. Aquélla fue una de esas pocas veces en las que las estrellas le revelaron sus secretos. No supo descifrar el significado de cuanto veía, así que, rezando para que aquel galimatías tuviera sentido para su cliente, reveló en un susurro cuanto había visto en los astros.

—Está escrito en las estrellas que te envolverás en el ropaje de Augusto.

El astrólogo miró a su cliente a los ojos, observando cómo aquel hombre abría la boca para decir algo sin que surgiera palabra alguna de su garganta, con el rostro trocado en una mueca de asombro. Durante un buen rato ambos se contemplaron, sin

romper el silencio, hasta que el cliente rebuscó entre sus ropas y extrajo una gruesa bolsa, que depositó en manos del astrólogo antes de marcharse.

Una vez en la calle, Juan de Capadocia se deshizo de la capa, que dejó en manos de uno de los hombres armados que le acompañaban. Había visitado a muchos adivinos a lo largo de su vida, pero la mayoría no eran sino charlatanes y embaucadores. Ninguno de ellos le había impresionado tanto como aquel astrólogo. Sus palabras aún resonaban en su cabeza: «te envolverás en el ropaje de Augusto». Él sólo conocía a un Augusto, el emperador por excelencia de los romanos, y su ropaje era la púrpura. Tras el desprecio recibido de Justiniano el día anterior, Juan de Capadocia comprendió que su destino era sustituirle en el trono, haciéndole pagar su humillación.

Sería emperador, estaba escrito en las estrellas.

Constantinopla, 7 de marzo de 532

—Un modio de habas secas y una de esas ánforas pequeñas de aceite de oliva.

El vendedor recogió con rapidez lo que Drías le había pedido, volcando el cuenco de habas sobre la tela que le extendía Penélope.

—¿Queréis algo más? —preguntó al hérulo, tras alargarle el ánfora de aceite.

—Sal —pidió el germano, en su vacilante griego recién aprendido.

—¿No deberíais conformaros con la que tenéis antes de pedir que os traigan más? —repuso el vendedor, señalando a Penélope con un gesto de cabeza.

Drías frunció los labios, intentando entender la confusa frase del tendero, mientras a su lado Penélope se reía de la ocurrencia del vendedor.

—La palabra griega para «sal» es *alâs* —explicó ella en latín, tras ahogar una carcajada—, y lo que tú has pronunciado es *allâs*, que significa: «otras mujeres». Al parecer el tendero piensa que soy tu mujer y que no tienes bastante conmigo.

—Nunca entenderé a los griegos. Soy incapaz de hablar esta maldita lengua —repuso el mercenario mientras negaba con la cabeza.

Aclarado el malentendido, el vendedor les entregó un buen puñado de sal encerrado en una bolsita formada por un trozo de lino atado con una cuerda.

—También queremos leche —continuó Drías, cuidando su pronunciación tanto como pudo, pensando que, en cualquier momento, el vendedor le traería un efebo en lugar de lo que había pedido.

—¿Leche? Eso es alimento de bárbaros —repuso el tendero, enrojeciendo de repente ante la fría mirada que el germano clavó en su rostro—. Aunque he oído que muchos dietarios la recomiendan —añadió—, pero debe ser recién ordeñada para que ayude a los buenos humores. También he oído que se debe tomar sola y por la mañana, esperando después a digerirla antes de comer otra cosa. En cualquier caso no vendo leche. Tendréis que alejaros un poco; pasado el Tetrapylon hay un vendedor de quesos

que tiene sus propias cabras, tal vez tenga leche fresca.

Agradeciendo las indicaciones, Penélope pagó al vendedor, ante el gesto hosco de Drías, que hubiera preferido incrustarle la nariz en el mostrador de piedra de su tienda y hacerle tragar el modio de habas secas y el aceite; sin sacarlo de su ánfora, por supuesto.

Se alejaron de la tienda, adentrándose en la calle Mese en la dirección que les había indicado el mercader, acercándose al Tetrapylon, el arco de cuatro puertas que se alzaba a la entrada del foro Amastrianum.

—¿Conmemora alguna victoria? —preguntó el hérulo, a medida que se acercaban a la monumental entrada del foro, extrañado de ver la predilección que Constantinopla tenía por los arcos triunfales de cuatro puertas, en lugar de los clásicos arcos que describían aquellos que habían estado en Roma.

—En realidad se construyó para marcar la entrada a la zona comercial —respondió ella—, por eso tiene el aviso sobre una de sus caras.

—¿El aviso?

—Esa escena esculpida —indicó Penélope, señalando el frontón que presidía el lado principal del arco, en el que se había esculpido el símbolo del modio y dos manos cortadas—. Lo ordenó añadir el emperador Valente, como símbolo del castigo a un mercader que ignoró su ley sobre el trigo.

—Espero que ese mercader no fuera romano —comentó Drías.

—¿Por qué?

—Si fuera bárbaro, aunque no tuviera manos se podría haber alimentado bebiendo leche de la teta de una cabra. Siendo romano, y dado que la leche es sólo para los bárbaros, seguro que lo pasaría mal echando en la comida vuestra maloliente salsa de pescado con los pies.

Penélope se rio ante la ocurrencia de Drías, apoyando una mano en su brazo mientras sonreía. Él fijó su mirada en aquel escueto contacto físico, con suficiente intensidad como para que Penélope se sonrojara y retirara su mano, adelantándose unos pasos mientras enfocaba su azorado rostro en Platón, a quien llevaba junto al pecho, acunado por medio de una ancha franja de tela anudada alrededor del cuello, en cuyos pliegues descansaba el pequeño.

Drías la siguió despacio, recorriendo su silueta con la mirada. Durante las últimas semanas, Penélope había ido desligándose

poco a poco de su angustioso pasado. A medida que el tiempo distanciaba los recuerdos, la melancolía parecía abandonar a la joven. Aunque aún la sorprendía en ocasiones con la vista perdida y el rostro apenado, la transformación sufrida en su compañía resultaba evidente.

Había conseguido escuchar la risa de la joven por primera vez gracias a su nefasta capacidad para el griego, cuando le pidió que le enseñara algunas palabras para poder defenderse con los mercaderes. La necesidad de hablar durante las cortas clases de idioma pareció romper el pacto de silencio que mantenía la joven, cuya suave voz brotaba con mayor frecuencia de su boca. El color había regresado a sus mejillas, y su cuerpo delgado mostraba una evidente mejoría tras ganar un poco de peso, con lo que su figura comenzaba a despertar interés en el germano. Acostumbrado a las voluptuosas curvas de las prostitutas, Drías no acababa de comprender el afán de los romanos por la falta de carnes como símbolo de belleza. Le repelía sobre todo la extrema delgadez en los hombres, asimilada por los habitantes de Constantinopla como muestra de ascetismo y vida recta, aunque para él resultaba una patética forma de atraer a las mujeres.

Por otro lado, para sorpresa del mercenario, disfrutaba de la compañía del pequeño Platón. Pasaba las horas muertas tallando figuras de madera, tan sólo para contemplar la ilusión que mostraba el niño con cada nuevo juguete. A veces se sorprendía a sí mismo imaginando a aquel lactante ya crecido, con seis o siete años, y a él a su lado enseñándole a montar a caballo, a tender el arco y a combatir con la espada.

Ahora comprendía la razón por la que Arzés no dejaba de hablar de su familia, de las tierras que pensaba comprar y de los hijos que le esperaban. Siempre se había burlado de él, de su afán por convertirse en un campesino, ignorando el porqué de su intención de dejar la milicia cuando parecía que habían nacido para ser soldados. Drías se dio cuenta de que aquellas pocas semanas junto a Penélope habían supuesto el único momento en años en el que el hérulo podía sentirse dentro de un hogar que no fuera el ejército.

En realidad, para el germano, lo único que le impedía considerarlos una familia era que aún no había yacido con Penélope. A decir verdad, no sabía por qué ella mantenía ese distanciamiento físico. En su opinión, había transcurrido tiempo suficiente para llorar a su anterior marido y, aunque inicialmente Drías no sentía una fuerte atracción por la joven, poco a poco

notaba cómo el deseo surgía en su interior. Salvo en campaña, Drías nunca pasaba más de unos pocos días sin la compañía de una mujer, por lo que, durante esas últimas semanas, el mercenario había buscado consuelo ocasional en los brazos de las solícitas rameras de Constantinopla, quejosas por la pérdida de miles de clientes en una sola noche. Sin embargo, mientras caminaba tras Penélope por las atestadas calles del mercado, el hérulo tenía claro que no pensaba esperar para siempre.

Pasada la hora tercera, aquella en la que se conmemoraba el descenso del Espíritu Santo en Pentecostés, Antemio aún se mantenía dando vueltas en torno a aquel extenso trozo de papiro.

A propuesta del emperador, el ingeniero utilizaba como centro de la dirección de las obras el *skevophylakion*, el edificio de planta redonda donde se almacenaba el tesoro de la iglesia, el único que se había salvado del incendio. Los valiosos objetos litúrgicos habían sido relegados al piso superior, dejando vacía la planta baja, amueblada únicamente con una simple mesa rectangular con bancos de madera alrededor. Sobre ella, un *skariphos*, un amplio papiro para el plano del edificio, se extendía sobre su centro, rodeado del material necesario para la escritura: cálamos, cuerdas y pequeños cuencos de tinta negra. Pese a ello, la superficie del papiro se mantenía inmaculada, sin una sola línea que indicara cuál sería la planta de la futura basílica de Santa Sofía.

Con las manos a la espalda, el ceño fruncido y los ojos clavados en el suelo, Antemio giraba una y otra vez alrededor de la mesa, siguiendo con los pies uno de los círculos concéntricos de dibujos geométricos que decoraban el piso de la estancia. Mantenía la vista fija en sus pies, ignorando deliberadamente el papiro que aguardaba en la mesa, pues su visión le recordaba la apremiante urgencia con la que Justiniano les exigía los planos de su ansiada obra.

Llevaba varias semanas discutiendo con Isidoro sobre el encargo recibido. Las ojeras que marcaban su rostro se convertían en visibles delatoras de las horas robadas al sueño por ambos eruditos, de sus elucubraciones a la luz de una lámpara de aceite y de las ideas que se sucedían, una tras otra, sin que ninguna lograra convencerles. Crear la iglesia más majestuosa e inimitable del imperio no era trabajo fácil, ni siquiera para los mejores ingenieros del momento. Los trazados que proponía Isidoro resultaban técnicamente perfectos, pero de poco valor artístico, mientras que los ideados por Antemio se alejaban demasiado de

las necesidades de un lugar de culto o, simplemente, eran imposibles de construir. Les sobraban conocimientos técnicos, cálculos y geometría y les faltaba inspiración.

Harto de su ineficaz esfuerzo, Antemio detuvo su paseo y se asomó brevemente al dintel de la puerta, para que el aire fresco de la mañana despejara su abotargada mente.

A su alrededor, dos mil peones se movían sobre los escasos restos de la antigua basílica de Santa Sofía. Como un ejército de hormigas, aquella ingente mano de obra retiraba los escombros a una velocidad impensable. Miguel había cumplido con su cometido con celeridad, acumulando trabajadores en poco más de dos semanas, con lo que el día 23 de febrero comenzaron las obras. Sin embargo, aunque el patriarca Epifanio bendijo el atestado solar en una ceremonia improvisada, se trataba de un simple engaño para satisfacer las prisas del emperador. Lo único que habían hecho hasta el momento era recabar materiales y limpiar los restos de la antigua construcción. Pero el tiempo se agotaba, en un par de semanas desaparecería el último cascote y la obra se pararía, pues ni siquiera habían sido capaces de definir el tamaño que tendría la futura iglesia.

Con una mueca de disgusto, Antemio observó cómo los grupos de obreros eliminaban los escombros, colocando los más grandes en carros tirados por bueyes o trineos, de los que tiraba un hombre mientras otro empujaba. Los trozos más pequeños se acumulaban en cestas de mimbre o sacos que se transportaban a mano sobre la espalda de un peón. Contemplando el continuo ir y venir de los trabajadores, Antemio pensó, por primera vez en su vida, que los operarios trabajaban demasiado rápido.

Con un suspiro, el ingeniero regresó al interior del tesoro, donde se sentó en uno de los bancos de espaldas a la mesa y al desalentador papiro. Con la cabeza apoyada en las manos fijó la vista en la pared, buscando nuevamente la inspiración que diera forma a su proyecto. Frente a él, en precario equilibrio contra el muro de ladrillos, Isidoro había dejado su *orgiya*, el bastón con el que realizaba las mediciones más precisas. Más alto que un hombre y fabricado en bronce, su superficie estaba dividida por medio de muescas en nueve partes exactamente iguales, las *spithamai*, cada una de las cuales se dividía a su vez en doce *daktyloi*, más o menos del ancho de un dedo. Como un codo eran a su vez veinticuatro *daktyloi*, el bastón medía exactamente cuatro codos y medio.

Para Antemio, aquel instrumento de medida tenía todo el

sentido. Su superficie resplandeciente se regía por los estrictos códigos de la matemática. Cada medida encajaba a la perfección en la siguiente, dividiéndose unas a otras en total sincronía.

—¿Estás planeando robármelo?

Con la vista fija en el *orgiya*, la llegada de Isidoro pilló desprevenido a Antemio.

—En absoluto —repuso el ingeniero—. Me bastan una cuerda y mis conocimientos para lograr cualquier medida, tan sólo me preguntaba por qué la construcción no puede ser tan sencilla como las matemáticas.

—La culpa es del cristianismo y su inacabable simbología —replicó Isidoro, que se acercó para echar un vistazo al papiro, dejando escapar un suspiro de decepción al comprobar que seguía incólume—. Os habéis adueñado de la antigua basílica romana adaptándola a la liturgia hasta convertirla casi en un dogma, y ahora no hay manera de salirse de tan estrecha disposición.

Pese a lo molesto que le resultaba a Antemio el paganismo de Isidoro, debía reconocer que, en ese caso, su compañero tenía razón. Desde tiempos de Constantino, las tres naves longitudinales de las basílicas romanas se habían adaptado al culto litúrgico. La central se utilizaba para las evoluciones de los religiosos durante la ceremonia, la nave lateral derecha se reservaba a los hombres y la izquierda, a las mujeres. En el ábside donde los romanos sentaban a sus jueces, los clérigos situaban la cátedra, el asiento del obispo. Para la iglesia el edificio era perfecto, pues su larga nave terminada en un ábside, normalmente recubierto por mosaicos en los que se representaba a Cristo, simbolizaba el camino que el creyente ha de seguir para llegar a Dios.

—No entiendo el afán que tenéis los cristianos por negar lo evidente —prosiguió Isidoro—. Os pasáis el día hablando de un Dios perfecto y luego le dedicáis una simple basílica.

—No hay formas perfectas —replicó Antemio—, ni siquiera en geometría.

—La esfera —apuntó Isidoro—. No me negarás que la esfera es perfecta, ¿no?

—Supongo que ahora volverás a aburrirme con tu idolatrado Panteón de Roma —ironizó Antemio—. Pues antes de hacerlo prueba a celebrar una liturgia en su interior.

—Sobre todo cuando llueve —indicó Isidoro, en referencia al óculo que el Panteón tiene en su cúpula—. Dejaré las lecciones sobre bóvedas para otro momento, tan sólo quería comprobar si

habías avanzado, pero visto lo impoluto del papiro que hay sobre la mesa creo que te volveré a dejar a solas.

Nada más salir Isidoro de la estancia, Antemio recuperó su anterior postura, tratando de centrarse nuevamente en el problema. Sin embargo, la breve conversación con su compañero le había desconcentrado por completo.

—Me cuesta admitirlo, pero ese pagano tiene razón —dijo Antemio, hablando para sí mismo—, nada hay más perfecto que una esfera. Sería la representación perfecta del Señor.

En su cabeza, el ingeniero comenzó a dibujar mentalmente una esfera, preguntándose cómo podría encajar tal pieza geométrica dentro de la estructura rectangular de una basílica. La idea de un edificio circular no era nueva, de eso podía dar fe el propio tesoro en el que se encontraba él. Los *martyria*, templos consagrados a las reliquias de un santo o mártir, solían tener planta circular, para facilitar el trasiego de peregrinos alrededor del lugar donde se guardaban los restos. Prueba de ello era el de la basílica de la Natividad en Belén o el de San Pedro de Roma. Incluso se habían realizado aproximaciones con plantas octogonales, tanto en la Domus Aurea de Nerón como en el octógono dorado de Antioquía, formado por un edificio de ocho lados precedido por un nártex y cubierto de una cúpula dorada. Sin embargo, ninguno de ellos servía para una liturgia, sino que tenían otros fines más específicos.

Tras coger el cálamo y mojar su punta en el cuenco de tinta, Antemio dibujó en un lado del papiro un pequeño círculo sirviéndose de la cuerda, anudando un extremo a la punta de la caña y sujetando el otro en el centro de su círculo con un dedo. A un lado del perfecto redondel dibujó un rectángulo a mano alzada y dividió su interior en tres partes, cada una de las cuales correspondía a las naves de una basílica. Nada más terminar, el ingeniero negó con la cabeza. No había forma humana de encajar ambas imágenes.

—Tal vez deberíamos actuar al revés —se dijo a sí mismo, centrando su vista en el círculo.

El único espacio rectangular en el que podía inscribirse un círculo era en un cuadrado perfecto, por lo que Antemio dibujó cuatro lados que encerraban la esfera.

Se rascó la cabeza mientras contemplaba la nueva figura con atención, sintiendo un extraño cosquilleo en el cuello mientras la observaba. La idea resultaba atrayente, un círculo inscrito en un

cuadrado, dos figuras perfectas sobreponiéndose una a la otra. Sin embargo, el proyecto era irrealizable. No disponía de la experiencia de Isidoro con las cúpulas, pero todo matemático sabía que el casquete esférico, una vez construido sobre los muros que representaba el cuadrado, empujaría hacia el exterior en todas direcciones, provocando un hundimiento si las fuerzas no eran contrarrestadas.

Para evitar que su figura perfecta se derrumbara como un saco debería situar elementos de descarga en los cuatro lados del cuadrado que sostenía la cúpula, por tanto, Antemio comenzó dibujando dos pequeños rectángulos, uno a cada lado de la figura, que simulaban las arquerías en las que reposarían los empujes de la cúpula a este y oeste. Levantó la mano del papel y entonces lo vio.

Ahí estaban las tres naves, su basílica, junto a la esfera que representaba la perfección del Señor.

—¡Virgen santísima! —exclamó—. Tengo que hablar con Isidoro.

Dejando caer al suelo el cálamo, Antemio abandonó corriendo la estancia y cruzó la obra a toda prisa, como si temiera que su inspiración se evaporara con la misma facilidad con la que había llegado.

—¡Viejo engreído!

Miguel observó cómo Antemio se deslizaba corriendo a su lado sin responder siquiera a su saludo. Apenas llevaba unas semanas trabajando en las obras de Santa Sofía y ya estaba harto de los continuos desprecios del ingeniero. Por el contrario, Isidoro de Mileto resultaba mucho más cercano y, pese a que su erudición era similar a la de su compañero, trataba a todo el mundo con tacto y educación, independientemente de la posición que ocupara en la escala social.

No es que Miguel no tuviera claro de dónde venía, ni cuál era su puesto, al contrario. Tenía muy claro que, desde que se fundó, Roma había sido un imperio dividido en clases, grupos que ocupaban un puesto en la pirámide que estratificaba la sociedad. En la cumbre, obviamente, se encontraba el emperador, detrás de él religiosos y funcionarios, tras ellos los jueces, seguidos de los *vindices*, los recaudadores de impuestos. Eruditos, médicos, profesores y académicos venían después, sólo un escalón por encima de los artesanos y comerciantes. Por último, justo por

debajo de peones y trabajadores sin cualificar, en la parte más baja de la sociedad, se encontraba la gente del teatro, prostitutas y cuantos se ganaban la vida con las actuaciones del hipódromo.

Sin embargo, los niveles eran permeables, cualquiera podía pasar de uno a otro con tal de que le sonriera la fortuna o dispusiera del dinero necesario para ello. Justiniano mismo era hijo de un campesino, y su tío Justino, su predecesor en el trono, era un jornalero analfabeto que llegó a Constantinopla con lo puesto. Por ello, a Miguel le enfurecía sobremanera que Antemio no hubiera variado un ápice su despreciativo trato, pese a su reciente nombramiento como *protomaistor* del gremio de albañiles. Aunque era esperable, pues únicamente Isidoro se prestó a darle su apoyo. Gracias al cielo, el tremendo prestigio del ingeniero de Mileto fue suficiente para que sus compañeros de gremio le nombraran su jefe.

—Maestro. Dos personas os esperan en el límite de la obra —le advirtió un peón, señalando en dirección al foro, a un puñado de pasos de distancia—. Uno de ellos parece un senador.

Miguel observó las figuras que señalaba el trabajador, sin reconocer ninguno de los rostros. Sin embargo, un patricio siempre era alguien con influencia suficiente como para no desdeñarlo, así que se dirigió hacia allí sacudiéndose el polvo que se acumulaba en su túnica.

—Buenos días —saludó jovialmente—. Soy el *protomaistor* del gremio de *oikodomos*. Me han dicho que querían hablar conmigo.

—En efecto —respondió el patricio—. Yo soy el senador Valente Aureliano Merodio y mi acompañante es Aecio de Amida, *archiatroi* del antiguo hospital de Sansón. Hemos sabido de vuestro reciente nombramiento y, a la par que felicitaros, quisiéramos realizar una petición.

—Por supuesto. Me gustaría poder ofrecerles un asiento y un poco de vino pero, como pueden observar, no disponemos de comodidades en la obra.

—No hará falta —agradeció el senador—. No es un tema que lleve mucho tiempo.

—¿Qué puede hacer un simple albañil por tan ilustres personas?

—Como sabéis, el antiguo *xenon* que se alzaba junto a Santa Sofía ardió en el mismo incendio que asoló la iglesia —explicó Valente—. Tenemos intención de volver a edificarlo, pero necesitamos de albañiles que dirijan la obra y de un arquitecto que

diseñe el complejo.

—¡Nada menos! —exclamó Miguel, dejando escapar un suspiro —. Me temo que va a ser tarea imposible. Los daños provocados en la ciudad han sido enormes, y todo el mundo quiere comenzar a edificar al mismo tiempo. El emperador ya ha anunciado su intención de reconstruir el antiguo Chalke, mejorando la entrada al palacio, así como Santa Irene, los baños de Zeuxipo y un convento al otro lado del Bósforo, eso sin contar con que esta obra de Santa Sofía tiene prioridad absoluta, ¡y aún no sabemos a cuántos maestros necesitará! No sólo no quedan en el gremio albañiles cualificados sin trabajo, sino que tendremos que traer a la ciudad trabajadores de otras regiones. Me encantaría poder ayudar, sobre todo tratándose de un hospital, pero tengo las manos atadas.

—Disponemos de los fondos necesarios para comenzar la construcción —replicó el patricio, que mantenía la calma mientras su compañero dejaba ver en su rostro una mueca de abatimiento ante la negativa de Miguel—. Los peones y transportistas necesarios para el grueso de la obra podemos traerlos de pueblos cercanos. Únicamente necesitamos un maestro de obras y un puñado de expertos. ¿No hay forma de arreglar algún trato?

—Sería el primero en colaborar en la construcción de un hospital —adujo el albañil—. Todos sabemos lo necesario que es, y el servicio que hacía a los más desfavorecidos, pero todos mis hombres tienen ya trabajo.

—Si sirve de algo, yo me ofrezco a cuidar de los enfermos de la obra de forma altruista —indicó Aecio.

—¿Sin cobrar? —inquirió Miguel, sorprendido por la oferta del médico.

—Eso es lo que ha dicho mi compañero —intervino Valente, que cogió por el brazo a Aecio cuando éste se disponía a añadir algo más—. Como sabéis, los *iatroi* que prestan su servicio en el *xenon* de Sansón aplican su ciencia en el hospital la mitad del año, sin cobrar una moneda a sus pacientes. Mi querido compañero os ofrece el privilegio de contar con su sabiduría durante esos periodos. Seguro que un *protomaistor* recién elegido está ansioso por hacer notar su valía, y qué mejor forma de hacerlo que dando a quienes trabajen en Santa Sofía la posibilidad de contar con los mejores cuidados médicos de la ciudad. El propio Justiniano seguro que alabaría una iniciativa semejante, algo que contribuirá a que su iglesia se edifique con mayor rapidez.

—He de reconocer que es un gesto muy generoso —afirmó Miguel, rascándose la barbilla pensativamente—. ¿Qué otra cosa puedo hacer sino corresponder a tanta generosidad? Solicitaré voluntarios entre mis compañeros, y dirigiremos las obras del hospital en los ratos que tengamos libres. Yo mismo entregaré parte de mi tiempo, y trataré de convencer al maestro Isidoro de Mileto para que realice los planos del complejo.

—Os estaré eternamente agradecido —aseguró Aecio, asiendo afectuosamente el antebrazo del albañil—. Podéis contar conmigo cuando me necesitéis.

—Nos ayudaremos mutuamente —repuso Miguel, visiblemente satisfecho del trato conseguido—. Ahora debo dejaros.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó Aecio, una vez que se hubieron alejado unos pasos—. ¿Cuándo crees que podremos comenzar las obras? Tengo que contárselo al administrador, ¡no se lo va a poder creer!

—Tranquilízate —pidió Valente—. Pareces un chiquillo al que le han regalado una espada de madera.

—No puedo. Después de que Justiniano ni siquiera se dignara recibirnos ya había perdido toda esperanza de reconstruir el hospital.

—Tenías que haber acudido antes a mí —comentó el patricio.

—Me daba vergüenza —aseguró Aecio—. Después de todo lo que has hecho por mí, del dinero que me has prestado y de tu apoyo para poder recuperar mi vida, lo último que pensaba era volver a tu villa para seguir llorando. Tengo complejo de pedigüeño.

—No digas tonterías —le regañó el senador—. Eres mi amigo, uno de los pocos que me quedan tras la purga que ha hecho Justiniano, ya sabes que puedes contar conmigo para cuanto necesites.

—Me alegro de que tú no te mezclaras en esa revuelta —apuntó el médico—. Tengo entendido que el emperador ha ejecutado a una veintena de senadores, y ha desterrado a más del doble.

—Muchos ni siquiera estuvieron envueltos en la insurrección —indicó Valente—. Justiniano sólo ha aprovechado la circunstancia para saquear las haciendas de los patricios. Necesita dinero para todos sus magnos proyectos, y es así como pretende conseguirlo, confiscándoselo a los patricios que le resultan

molestos.

El senador guardó silencio tras su crítica de la actuación del emperador, caminando junto al médico con el gesto serio. Aecio había decidido finalmente pedir ayuda al patricio, al ver cómo todos sus intentos de acceder a la corte se desvanecían uno tras otro. Su intención se limitaba a utilizar los contactos de Valente dentro del palacio, pero, tras confesarle su fracaso respecto a las gestiones realizadas para reconstruir el *xenon*, el patricio se había comprometido a financiar el comienzo de las obras, sin que la negativa de Aecio a coger el dinero hiciera mella en su predisposición.

Sin embargo, pese a las palabras de Valente, Aecio no lograba quitarse de encima la impresión de que se estaba aprovechando de su amistad. Por ello, se consoló pensando que, al menos, había logrado que Valente abandonara su villa y retomara sus paseos diarios, pese a que continuaba inmerso en un profundo estado de melancolía.

—¿Por qué me has interrumpido antes? —preguntó el médico, refiriéndose a cómo el senador le había agarrado del brazo mientras hablaban con Miguel.

—Era la única forma de evitar que tu inagotable caridad cristiana te perdiera —repuso Valente—. Al parecer, estabas dispuesto a servir como médico de la obra durante todo el año, sin respetar siquiera tu tiempo para ejercer tu ciencia de forma privada.

—No me importaba el sacrificio si, con ello, lograba que se edificase el hospital.

—Ya ves que no ha sido necesario y, por otro lado, no puedes olvidarte de tus viejos pacientes.

—En realidad no lo has hecho por mí, ¿no? —inquirió Aecio—. Creo que no querías que pasara todo mi tiempo en la obra para poder seguir martirizándome con ese maldito juego de mesa.

—Lo confieso —admitió Valente con una sonrisa—. Además, si trabajas gratis no habrá forma de que me devuelvas el préstamo que te hice para comprar medicinas y escalpelos. Acabaré arruinado y pidiendo por la calle.

—Es un consuelo saber que dispongo de amigos tan desinteresados —ironizó el médico—. En fin, supongo que lo mínimo que puedo hacer por quien tanto se preocupa por mis finanzas es invitarle a comer.

—Te lo agradezco, pero hoy no me encuentro demasiado bien

—repuso el senador—. Me conformaré con dar un paseo hasta mi casa.

—Soy tu médico, ¿recuerdas? Deberías hacerme caso. Además, hay una cosa que me gustaría enseñarte —añadió Aecio, recordando el cinturón de oro que había descubierto semanas atrás.

—Mejor otro día —repitió Valente—. De verdad que aprecio mucho tu interés, pero no tengo ánimo para una comida.

—Está bien —dijo Aecio, dándose por vencido—. Pero te tomo la palabra.

—Hazlo, y ya sabes lo que vale la palabra de un senador.

—Normalmente nada, tu caso es la excepción que confirma la regla.

Sonriendo, Valente se despidió y se perdió entre el gentío que llenaba las calles con paso lento y digno, aunque con los hombros ligeramente caídos. Aecio le siguió con la mirada, preguntándose cómo lograría sacarle de su estado de abatimiento.

Constantinopla, 29 de marzo de 532

Con los ojos abiertos como platos, Justiniano giraba la maqueta de arcilla de la basílica a uno y otro lado, repasando cada detalle del modelo con inusitado interés.

—Asombroso —sentenció finalmente, deslizando la mano con suavidad sobre la superficie curvada de la cúpula central.

—Calculamos que tendrá setenta codos de diámetro, y más de cien de altura —aclaró Isidoro con un carraspeo—. No hay nada igual en ninguna parte del mundo.

—¿Y cómo se sostendrá? Ni siquiera se eleva sobre muros, sino sobre cuatro arcos.

—Los arcos consiguen que el peso se descargue sobre estos cuatro pilares —explicó Antemio, señalando cuatro gruesas columnas en las esquinas de la maqueta—. Las naves a ambos lados, que están destinadas a los asistentes a la liturgia, soportan los empujes laterales mediante arcos torales, mientras que para la entrada y el ábside usamos bóvedas de horno, asociándolas para que los esfuerzos se contrarresten entre sí.

—¿Y no hacen falta contrafuertes?

—Sí —prosiguió Antemio, indicándolos con el dedo para que Justiniano pudiera verlos—. Las bóvedas de horno compensan más esfuerzos de los que deberían, mientras que los arcos torales no son capaces de soportar el peso, por lo que hemos de añadir contrafuertes en las zonas norte y sur. Los instalaremos en el interior del edificio para proporcionar más espacio a la planta, así desde fuera la pared exterior se verá lisa, perfecta. Hemos diseñado los contrafuertes como muros de carga interiores que se elevan por encima de la terraza que cubre los espacios laterales para estribar la cúpula. Cada uno de ellos es doble, compuesto por dos machones solidarios y de distinto espesor. El más grueso apoya directamente el arco toral, pues este arco es el más delicado, debido al empuje de la bóveda. El otro machón está adosado a la pechina e impide su desplome.

—He de confesar que me pierdo en los detalles técnicos —admitió Justiniano—, pero el aspecto de esta maqueta es grandioso.

—¿Os parece bien el proyecto, entonces? —preguntó Isidoro.

—Es justo lo que quería —aseguró el emperador—. Ni en el

mejor de los sueños podría concebir nada tan maravilloso. Una esfera que recubre la totalidad de la iglesia, la obra perfecta para el Todopoderoso. La planta es central bajo la cúpula y, al mismo tiempo, forma una cruz con los cuatro añadidos en cada lado. Veo que he sabido elegir a los artistas adecuados.

—Aún no hemos pensado nada para el interior —afirmó Antemio—, pero suponemos que se podría decorar con mosaicos.

—Prefiero algo más sobrio —indicó Justiniano—. No es necesario que os recuerde los problemas que hay actualmente en el seno de la iglesia entre las distintas tendencias. Los monofisitas no aceptan las imágenes figurativas en la decoración, e incluso algunas voces dentro de los ortodoxos se plantean si no favorecen la idolatría.

—Los monofisitas son herejes, majestad —aseguró Antemio, tratando de contener su indignación.

—Como emperador no puedo permitirme juicios tan tajantes —replicó Justiniano—. Utilizaremos losas de mármol de distintos colores, tanto para el suelo como para las paredes, y utilizaremos los mosaicos sólo en las partes más destacadas.

—Eso agilizará las obras —apuntó Isidoro, cortando la respuesta del ofuscado Antemio—, y nos permitirá terminar la basílica en el plazo acordado.

El ingeniero de Tralles frunció el ceño, cediendo finalmente a la proposición del emperador. Cuantos habitaban en Constantinopla conocían la filiación de Teodora a las tesis monofisitas, y la protección que la emperatriz brindaba a dicho colectivo, por lo que, teniendo en cuenta su influencia sobre el emperador, a Antemio no le extrañaba que Justiniano se decantase por decoraciones poco conflictivas. En cualquier caso, Isidoro tenía razón. En un día, un artesano podía cubrir de teselas una superficie de unos tres por tres codos, con lo que, para cubrir toda la iglesia con mosaicos se necesitaría a más de un centenar de expertos mosaiquistas trabajando durante un año. Si se utilizaban losas de mármol en las paredes se podría reducir el número de artesanos a casi la cuarta parte, sin contar con que el suelo, la última de las decoraciones que se añadía, se podría finalizar en cuestión de semanas, en lugar de meses, como correspondía a un mosaico.

—¿Cómo van los trabajos? —preguntó Justiniano, con los ojos aún fijos en la maqueta de su ansiada iglesia.

—Hemos terminado de quitar los escombros de la antigua

basílica, y excavado los cimientos hasta llegar a la roca —aseguró Isidoro—. Sin embargo, nos hemos topado con algunos problemas. El afloramiento rocoso de la Acrópolis sólo cubre la zona donde estará el altar y parte del ala sur de la nueva iglesia. El resto tendremos que completarlo con cimientos de mortero, incluso con arquerías en la zona del atrio. Además, al excavar los antiguos cimientos de la construcción previa hemos topado con grandes bolsas de agua. Eso podría retrasar la cimentación.

—Estoy convencido de que conseguiréis lo imposible —comentó Justiniano—. El *magister officiorum* ya me ha comentado que estáis contratando más personal.

—Para lograr los plazos que nos habéis marcado calculamos necesitar casi diez mil trabajadores —puntualizó Antemio.

—Gozáis de prioridad sobre cualquier otro proyecto —recalcó el emperador—. No dudéis en recurrir a mí si es necesario.

—Por supuesto, majestad —replicaron ambos ingenieros al unísono, realizando una profunda reverencia antes de abandonar la estancia.

Justiniano permaneció en la sala, revisando cada detalle de la maqueta que le habían llevado los *meckanikos*, comparando el modelo a escala con los planos sobre papiro que Antemio había copiado para él. La pequeña iglesia de arcilla estaba realizada en dos mitades exactamente iguales, de forma que se pudiera abrir el modelo para ver su interior. Como un niño con un juguete nuevo, Justiniano se entretuvo en recorrer cada hueco con la mirada, imaginando en su cabeza columnas de verde ántico, capiteles corintios grabados con elaborados motivos vegetales, taraceas de pórfido, mármoles traslúcidos en las ventanas y un mosaico de oro recubriendo el interior de la cúpula.

El altar estaría cuajado de piedras preciosas, y construiría un iconostasio de plata pura, recubierto por una cortina de la más fina seda, bordada con hilo de oro. Sobre el ara, levantaría un ciborio de plata y oro, con columnas de jaspe o pórfido rojo, y en su cima colocaría un orbe de oro de cincuenta talentos de peso.

Con mano trémula, Justiniano cerró las dos mitades del modelo de arcilla e imaginó al Señor con la vista puesta en su ofrenda, sonriendo satisfecho antes de conceder al emperador su ansiado heredero. Aquella obra colmaba todos sus sueños. No sólo se convertiría en su regalo al Altísimo, sino que se consagraría como el símbolo de su nuevo imperio, de la nueva Roma con la que

gobernaría el mundo. Una vez finalizada, el propio templo de Salomón quedaría relegado a un segundo término, y sería él, Justiniano, a quien recordarían los libros de historia y las generaciones futuras.

—Te he estado esperando para almorzar.

La sensual voz de Teodora le sacó de su ensimismamiento, devolviendo al emperador a la realidad.

—Lo he olvidado por completo —se excusó Justiniano, sonriendo mientras agachaba la cabeza, como un niño cogido en una falta.

—Ya sabes que no me gusta que me hagan esperar —continuó ella, acercándose hasta donde se encontraba su esposo—. ¿Es eso lo que te ha mantenido ocupado?

—Es un modelo a escala de la nueva Santa Sofía. ¿No es impresionante?

Teodora ladeó la cabeza, contemplando la reproducción sin mucho interés.

—Es bonita, pero me decepciona pensar que prefieres jugar con casas de arcilla antes que con tu esposa.

—No digas esas cosas —dijo él, acariciando suavemente la mejilla de Teodora—. Hago esto por nosotros, siempre te llevo en mi pensamiento.

—¿Por nosotros? —se extrañó ella—. ¿Acaso me vas a regalar una iglesia? Preferiría que me concedieras más fondos para completar las obras de mi palacio de verano al otro lado del Bósforo.

—No me refería a eso —replicó Justiniano, algo azorado—. En cualquier caso, si necesitas más oro no tienes más que pedirlo. ¿Vas a seguir edificando alrededor de tu palacio de Hierón? Ya tienes baños, foros, una iglesia y un mercado.

—Pensaba mejorarlo con una calle columnada. Ya sabes que no soporto el verano de Constantinopla, el hedor de la plebe me asfixia, y los cortesanos que me acompañan se quejan de que el mercado no dispone de pórticos para pasear a la sombra.

—Como desees.

El emperador se mantuvo en silencio, mientras Teodora jugueteaba con una gran pulsera de oro que llevaba en su muñeca. Formada por dos serpientes entrelazadas, en el hueco que dejaban entre sí cada vez que se cruzaban se engastaba una brillante esmeralda.

—He pensado viajar esta primavera a las fuentes de la Pythia —comentó la emperatriz—. Dicen que quien se baña en sus aguas concibe en el plazo de un año.

—Como quieras —comentó él, volviendo la mirada a la maqueta de Santa Sofía.

—¿Como quieras? ¿Eso es todo? —dijo Teodora, súbitamente enfadada—. Supongo que tienes en mente asuntos más importantes que concebir un heredero.

—No sé qué más debería decir —respondió Justiniano con extrañeza.

—Tal vez bastaría con un: «Es una buena idea, amor mío. Te acompañaré a las fuentes.»

—Ahora no puedo abandonar la ciudad —negó el emperador —. Pero no te preocupes, no será necesario.

—¿Y por qué no habría de serlo?

—Dios nos concederá un hijo, lo sé.

—Tal vez el Señor agradecería que pusiéramos algo de nuestra parte en el empeño, ¿no crees? —replicó la enfurecida emperatriz.

—Y lo hacemos.

—Querrás decir que lo hago yo —contestó Teodora con furia —. Tú no haces nada. Ayer ni siquiera te molestaste en visitar mi lecho. Parece que mientras yo me desvivo por darte un heredero tú te dedicas a levantar iglesias y tratar con albañiles.

—No te alteres —suplicó Justiniano—. Ya sabes lo que significas para mí. Eres la primera de mis prioridades.

—Pues me gustaría que me lo demostraras más a menudo, en lugar de tener que imaginármelo y darlo por hecho.

—Yo...

Dejando a su esposo con la palabra en la boca, Teodora le dio la espalda y se alejó con paso rápido.

Mientras abandonaba la estancia, cruzándose con sirvientes extrañados que se apartaban a su paso, un mar de sensaciones bullía dentro de la emperatriz, un coro de rabia, incomprensión y miedo, totalmente oculto bajo la digna seriedad que mostraba su rostro. Su amado esposo, que hasta el momento se había mostrado totalmente prendado por ella, cautivado por su compañía hasta el extremo de que en la corte se hablaba de ella como si lo tuviera hechizado, se comportaba de manera ausente desde hacía días.

Estaba enojada, pero el verdadero sentimiento que reconocía

en su interior era el miedo. Temía estar perdiendo al hombre al que amaba. Hasta poco antes, nada en la mente de Justiniano había ocupado más tiempo que el deseo de concebir un heredero. Sin embargo, desde la revuelta de la *Nika*, el emperador parecía haber volcado todo su empeño en las labores de reconstrucción, y en ese maldito proyecto de Santa Sofía.

Por otro lado, las crípticas palabras de Justiniano carecían de sentido. ¿A qué se había referido al decir que levantaba esa iglesia por ellos? En cuanto ella había mostrado su extrañeza, su esposo había cambiado rápidamente de tema. ¿Qué estaba ocultándole? La misma sensación de secretismo que Teodora sentía durante el desarrollo de la insurrección apareció de nuevo, sólo que, en este caso, no existía una conjura del senado o una rebelión popular a la que achacar las acciones del emperador. Justiniano guardaba un secreto, y Teodora no podía soportar la idea de que su esposo no confiara en ella lo suficiente como para no revelárselo.

—Que venga Narsés —ordenó, nada más entrar en el Panteón, su pabellón privado.

Sí, el eunuco era una persona de recursos y alguien en el que se podía confiar. Si existía alguien en la corte capaz de descubrir lo que ocultaba el emperador, ése era Narsés.

Drías abandonó la *phouskaria* dando un portazo. Aquellos malditos romanos y sus trucados *kyboi* le habían sangrado hasta la última moneda que llevaba encima. Con razón Arzés le prevenía sobre el juego de los dados, sabía que su compañero no tenía suerte en los negocios de azar.

El hérulo aún llevaba en una mano el último de los vasos de cerámica con hidromiel, por lo que lo apuró antes de arrojarlo con fuerza contra una pared para que se hiciera añicos; incluso, por un instante, pensó en utilizar la tea que ardía en su mano para quemar ese local de mala muerte. Estaba furioso. Tenía la sensación de que todo en aquella maldita noche le había salido mal.

Había acudido a una taberna junto a varios de sus compañeros bucelarios en busca de un poco de diversión. Sin embargo, nada más solicitar la cena, ruidosamente sentados en bancos en torno a una mesa alargada, comenzaron los problemas. Un ofendido griterío surgió de las gargantas de los germanos en cuanto el dueño del establecimiento se negó a servirles carne alegando que se encontraban en cuaresma. De nada sirvieron a los mercenarios

las violentas amenazas y los insultos con los que acosaron al temeroso tabernero. Finalmente, tuvieron que conformarse con un pastoso guiso de trigo y verduras junto al omnipresente queso. Y no fue por las continuas explicaciones del propietario sobre el comienzo del periodo de ayuno previo a la Pascua, iniciado el domingo de *tes apokreos*, sino por la falta de carne en la despensa del tabernero.

La segunda protesta llegó poco después, por el intenso sabor a resina del vino servido. Normalmente se usaba resina de pino para impermeabilizar los grandes recipientes de cerámica en los que maduraba el vino, así como las ánforas en las que se almacenaba. Además se decía que la resina ayudaba a estabilizar el vino y prevenía su corrupción. Sin embargo, tal vez debido al mal rato pasado durante la discusión por la carne, el tabernero parecía querer librarse de lo más rancio de su bodega, lo que alteró al grupo de hérulos, ya de por sí calientes tras el incidente anterior. Tan sólo el cambio de la bebida por hidromiel evitó que los mercenarios destrozaran el abarrotado local y ahogaran al tabernero en una tinaja de su propio caldo.

Tras un buen rato compartiendo con sus compañeros relatos de las batallas en las que habían participado, Drías comenzó a aburrirse. Conocía a cuantos se sentaban en la mesa a su lado, pero, pese a las vociferantes reseñas sobre heridas o enemigos abatidos, todos le trataban con un evidente respeto. Al fin y al cabo, era su jefe, promovido por el propio Belisario al mando de su guardia personal. Incluso en medio de las risas y el desbordante ruido que inundaba el local, Drías se sentía desplazado.

Pocos tragos después, el hérulo volvió sus ojos a una partida de dados que se jugaba en una mesa cercana. Dudando si debería olvidarse del juego y aprovechar las apretadas carnes de la jovencita que le ofrecía uno de los rufianes que se movía por el local, decidió finalmente tentar a la suerte con los *kyboi*, pensando que siempre podría finalizar la noche perdido entre las piernas de una prostituta. Sin embargo, pronto se hizo evidente lo erróneo de su decisión. Aquellos malditos cubos recubiertos de números romanos parecían empeñados en dejarle sin blanca. Apenas ganó un par de manos, hasta que el último *follis* desapareció de su bolsa.

Sin dinero, Drías se levantó enfurecido de la mesa, jurando en su lengua germana que regresaría con su espada a degollar hasta el último de los romanos si tenía la más mínima sospecha de que los dados estuvieran trucados. Después, jaleado por los compañeros que aún mantenían un resto de sobriedad, abandonó

la taberna maldiciéndose por no haber elegido a la mujer en lugar de perder el tiempo en el juego.

Mientras caminaba de vuelta a casa, tratando de orientarse en el oscuro laberinto de callejuelas que conducía al barrio de Zeugma desde las cercanías del puerto, continuas maldiciones surgían de su boca con cada persona que se cruzaba. Drías comenzaba a odiar esa ciudad y a toda la maldita y clasista raza de los romanos. Habían derrotado a los persas, habían sofocado con sus armas una revuelta y, por los preparativos que se daban en el arsenal militar de Manganon, se preparaban para lanzarse hacia occidente a recuperar para el imperio las viejas tierras perdidas por los romanos. Sin embargo, les seguían tratando como a bárbaros, perros a los que más valdría tener atados salvo cuando un extraño se acercaba a la propiedad. Por mucho que se esforzara, Drías se daba cuenta de que la ciudadanía la proporcionaban la religión cristiana y la lengua griega, cualquier otra no era más que una molestia, soportada por no existir alternativas. Los romanos despreciaban a su pueblo, su cultura y sus tradiciones, valiéndose de su inagotable oro para conseguir que se jugaran la vida por ellos, reservando la preciada sangre romana y derramando la de los bárbaros del norte, a los que a nadie le importaba si vivían o morían. Cada vez que pensaba en Arzés dando su vida por aquella chusma desagradecida, se le revolvían las tripas.

El aire fresco de la noche no consiguió enfriar el ánimo de Drías, que entró en la casa con la antorcha aún encendida, arrojándola estrepitosamente al hogar para que prendiera los maderos preparados para el día siguiente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Penélope, a quien la ruidosa entrada del hérulo acababa de despertar con un sobresalto.

—Nada —respondió secamente el mercenario, moviéndose de un lado a otro de la estancia como un gato encerrado.

—¿Qué es lo que ha pasado? —insistió ella, levantándose del lecho y acercándose al germano.

—¡Nada! —gritó Drías—. ¿Es que las mujeres sois incapaces de guardar silencio?

—Sólo quiero ayudar.

—¿Ayudar? —se mofó el hérulo—. ¡Claro! Los civilizados romanos sólo quieren ayudarnos, a nosotros, a los bárbaros. Ayudarnos con vuestra religión y con vuestras limosnas, como si fuéramos mendigos a los que echar una moneda con la que calmar

la conciencia.

—¿Por qué hablas así? ¿Qué ha pasado?

—Estoy harto —continuó el germano—. Harto de pasear por las calles y que me miren por encima del hombro, esos malditos estirados envueltos en sus túnicas de seda. Y harto de ti, y de tu continuo aire de superioridad, de tu digno comportamiento y de cómo te compadeces del pobre bárbaro ignorante que no sabe hablar griego.

—Eso no es cierto, Drías. Yo siento por ti...

—¿Qué sientes? —gritó él—. Yo te lo diré, sientes miedo. Estás aquí únicamente porque soy la mano que te alimenta, que te protege y que da de comer a tu maldito hijo. Y no recibo nada a cambio porque me desprecias.

Por un momento, Penélope se quedó callada, contemplando las desaforadas facciones del hérulo mientras los vapores del vino desataban su lengua, dejando salir los más oscuros pensamientos que albergaba el mercenario.

—No es verdad —negó ella finalmente.

—Sí lo es. Tú también me desprecias, como todos los demás habitantes de esta maldita ciudad.

—Estás borracho, no sabes lo que dices.

—Lo veo en tus ojos —insistió él—. Finges simpatía por mí, pero en realidad me odias. Te comportas como si yo no existiera. Ni siquiera me miras. ¿Tanto asco te doy?

—Por supuesto que no —negó ella.

Drías se fijó en la fina túnica que cubría a Penélope, en la pronunciada curva con la que sus senos se delataban bajo la tela, en el ondulado pelo que caía sobre sus hombros. Se acercó a ella, asiéndola por la cintura y besándola con fuerza.

—¡No! —dijo ella, en cuanto sintió el amargo aliento del germano sobre su boca. Trató de apartarse, pero los brazos del hérulo la aprisionaban.

—¿Qué ocurre? —se indignó él—. ¿Acaso no soy suficiente para ti? ¿No te basta con un maldito bárbaro? Ya estoy harto de que te mantengas apartada, de no poder tocarte. ¡Eres mi mujer!

Drías volvió a besarla, mientras ella se resistía, tratando de empujarle hacia atrás, aunque sus esfuerzos resultaban inútiles. Era como tratar de desplazar una columna de piedra.

Mientras la sujetaba con una mano, Drías barrió con el otro brazo la superficie de la mesa, arrojando al suelo cuencos y tazas,

que cayeron con estrépito y despertaron a Platón. Ignorando el llanto del pequeño, el hérulo tendió a Penélope sobre la mesa y comenzó a levantar su túnica mientras la sujetaba del pelo.

—¡No, déjame! —gritó, golpeándole inútilmente con los puños —. ¡Drías, no!

El germano le separó las piernas y la atrajo hacia sí bruscamente. Cuando se abrió paso dentro de ella, Penélope dejó escapar un grito, mientras Drías presionaba una y otra vez contra su vientre.

Poco después, notó cómo el hérulo se agitaba con más fuerza y sintió su caliente semilla desbordándose en su interior. Jadeando, Drías se retiró y se dejó caer al suelo con la espalda apoyada contra la pared.

—Tu hijo está llorando, mujer —dijo el hérulo, como si acabara de percatarse de las audibles quejas de Platón.

Encogiéndose sobre la mesa, Penélope comenzó a llorar.

Constantinopla, 30 de marzo de 532

Drías se despertó con la espalda dolorida. Se había quedado dormido en el suelo, apoyado contra la pared y con la cabeza sobre una gran ánfora de agua. En cuanto abrió los ojos sintió la boca pastosa, y sed suficiente como para beberse un río.

Se incorporó un poco y recogió agua del recipiente que tenía a su lado haciendo cuenco con las manos, bebió con ansia y se echó un poco en la cara antes de incorporarse con un quejido.

Penélope estaba sentada al lado de la mesa, junto a los restos destrozados de algunos cuencos que aún permanecían en el suelo, como mudos testigos de la violencia que se había cernido sobre la casa la noche previa.

Nada más verla, Drías recordó todo lo ocurrido. Cada detalle martilleó su cabeza como un vendaval, desde las amenazas al tabernero hasta su mala suerte con los dados, los muchos tragos de hidromiel y, sobre todo, su tormentosa iniciación con Penélope. Durante unos instantes se miraron el uno al otro, manteniéndose en silencio, como si ninguno fuera capaz de romper el cortante muro que parecía haberse alzado entre ellos.

—Yo... —balbuceó finalmente el hérulo.

—Me hubiera entregado a ti —interrumpió ella, mientras de sus ojos comenzaban a surgir las lágrimas, que rodaron por sus mejillas hasta resbalar sobre la mesa, sin que Penélope hiciera gesto alguno para detener su camino—. Sólo necesitaba tiempo, sólo eso. Hubiera podido sentir algo por ti, hubiera podido yacer contigo, pero no así. No así.

Cuando la última palabra salió de sus labios Penélope se derrumbó. Ocultó el rostro entre las manos y, envuelta en sollozos, dejó escapar toda la amargura que le desbordaba el corazón.

—Lo siento —se excusó Drías, azorado y sin saber qué decir—. Estaba borracho, no sabía lo que hacía.

Ella pareció recobrar el control sobre sí misma, calmando su llanto y secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Lo sé —aseguró, recuperando la firmeza en su voz—. De no ser así no te hubieras despertado esta noche —añadió, mirando el cuchillo que se encontraba sobre la mesa, al alcance de su mano.

El mercenario fijó su vista en la afilada cuchilla, imaginándose a Penélope de pie junto a él, observándole con el arma en la mano

mientras el hérulo dormitaba abrazado por Baco. No resultaba una imagen muy tranquilizadora.

—No volverá a ocurrir —dijo el hérulo.

Ella se mantuvo en silencio, con la vista aún clavada en el reluciente filo del cuchillo, como si se preguntara si había elegido la opción correcta dejándole vivir. No era la primera mujer a la que forzaba Drías. Sin embargo, en esta ocasión no se trataba de una prostituta poco dispuesta a ganarse su paga, ni de una persa a la que los soldados habían sorprendido durante el saqueo de una ciudad tomada al asalto, se trataba de la mujer con la que convivía, de la persona con la que trataba de imaginar un futuro. Por mucho que no fuera la primera vez, nunca antes había tenido que enfrentarse a la mirada acusadora del día después, al dolor y la angustia que reflejaba un rostro a la mañana siguiente, y menos un rostro que había comenzado a amar.

Drías se dio cuenta de que jamás una disculpa había salido de su boca con anterioridad, aunque ahora hubiera sido capaz de decirlo una y otra vez. Y, pese a ello, tenía la absoluta certeza de que no serviría de nada. Sin saber qué hacer, el hérulo se mantuvo quieto durante un tiempo, antes de atreverse a preguntar:

—¿Qué haremos ahora?

Penélope había dejado de llorar, y mantenía la vista perdida sobre una pared, con los ojos aún enrojecidos y el pelo enmarañado. Ante la pregunta de Drías pareció recuperar la consciencia, como si fuera ella la que acababa de despertar. Se giró y clavó en el germano una gélida mirada, contestando como si el hérulo se hubiera convertido en un extraño.

—Seré tu mujer cuando lo necesites. Cuidas de nosotros y pagas mi comida y la de mi hijo, así que supongo que te lo debo.

—Yo no quiero eso —dijo Drías—. No eres una esclava.

—No, no lo soy —aseguró Penélope, respirando con fuerza, como si hubiera transformado su dolor en un torrente de ira que casi no pudiera controlar—. Y si vuelves a hacer algo parecido te mataré.

Drías asintió con un gesto, sin poder evitar que una voz en su interior le susurrase al oído que todos sus sueños de futuro se acababan de hacer pedazos.

Miguel salió de la sede del gremio con la sensación de que los problemas se acumulaban sobre él, como si se encontrara en una tumba y le fueran echando encima paladas de tierra.

A la vista de los planos diseñados por Antemio e Isidoro, habían llegado a la conclusión de que harían falta millares de trabajadores para lograr que la iglesia estuviera terminada en la fecha que el emperador quería. Miguel no entendía la razón por la que esa basílica se debía levantar en la mitad de tiempo de lo que llevaría normalmente. Las órdenes del emperador no se discutían, pero tenía la sensación de que el peso de tan inusitado capricho recaía sobre sus hombros. Como *protomaistor* del gremio debía hacerse cargo no sólo de proveer los trabajadores cualificados para la obra, sino también de proporcionarles a ellos los ayudantes y peones que precisaban para su labor. En total, para elevar los cuatro gigantescos pilares que sustentarían el cuerpo central de la iglesia se estimaba necesaria la participación de cien equipos de trabajo compuestos de cien hombres cada uno. Pese a ser la mayor urbe del imperio, en la Constantinopla devastada por la sangrienta revuelta del hipódromo, contratar a diez mil trabajadores para una sola obra resultaba una tarea titánica.

Por otro lado, la descomunal cúpula que Isidoro había proyectado para cubrir el cuerpo central de la iglesia no contaba con precedentes. Nadie en la ciudad sabía cómo construir algo semejante, por lo que Miguel se veía obligado a buscar trabajadores isaurios, los únicos con la experiencia suficiente para acometer la obra con los diez años de garantía que marcaba la ley al gremio de albañiles.

Por último, y para rematar su apretada jornada de trabajo, se había comprometido personalmente a colaborar en la construcción del hospital de Sansón. Lo que en un principio sería una simple obra de caridad se estaba convirtiendo en una pesadilla más, dado que el espectacular diseño realizado por Isidoro de Mileto había complicado la construcción del complejo, absorbiendo más y más tiempo al desbordado jefe del gremio.

Agobiado por las interminables jornadas de trabajo, Miguel casi había olvidado su compromiso con el hijo de Héctor. A decir verdad, se arrepentía de haber realizado ese precipitado juramento junto a la tumba del bendecido. De manera egoísta, hubiera deseado no haber comprometido su futuro de forma tan inocente, e incluso, en ocasiones, se sorprendía meditando la forma de librarse de aquel lazo sin condenarse al fuego eterno.

Sin embargo, el recuerdo de su compromiso volvía siempre a su mente, unido al humillante trato que ese maldito hérulo le había dispensado durante su breve visita a Penélope. Su orgullo herido se había convertido en el jinete que espoleaba su

conciencia cada vez que se planteaba seriamente olvidar su juramento.

—¿Tienes un momento?

Caminando a su lado, Miguel no se dio cuenta de la presencia de Gregorio hasta que éste le dirigió la palabra. Mirándole de soslayo, soltó un bufido y negó con la cabeza. Gregorio era uno de los aprendices más conocidos del gremio, aunque no precisamente por su diligencia con el trabajo. Se trataba de un joven de poco más de veinte años, alto y muy bien parecido, con el pelo moreno y ensortijado, de forma similar al cabello exhibido por las estatuas del emperador Cómodo. Siempre bien afeitado, hasta el último de los integrantes del gremio envidiaba su aspecto físico, así como su particular don para encandilar a las mujeres. De hecho, fue precisamente su tormentosa relación con la hija del anterior *protomaistor* lo que le granjeó los odios del resto de sus compañeros.

Todos en el gremio hablaban con envidia de las conquistas de Gregorio, al menos mientras se trataba de mujeres desconocidas, casadas o no. Pero seducir a la hija de catorce años de su propio maestro era un pecado tan grave que ninguno quiso convertirlo en su aprendiz, una vez que el anterior jefe del gremio lo expulsó de su lado. La ira del despechado padre fue tan intensa que ni siquiera se planteó autorizar la boda de ambos posteriormente, como hacían muchos otros, quienes tapaban así la vergüenza de la pérdida de virginidad de sus hijas. La joven fue forzada a entrar en un convento, y Gregorio perdió toda posibilidad de encontrar un nuevo maestro.

Para Miguel, el encuentro con el joven aprendiz tenía una clara finalidad: muerto el antiguo *protomaistor*, Gregorio buscaba la aprobación de su sucesor para ser readmitido entre ellos.

—Será sólo un momento —insistió el joven.

—No pierdas el tiempo —negó nuevamente Miguel—. Ya sé lo que pretendes, y no vas a conseguir nada.

—Necesito un trabajo.

—¿Se te ha acabado ya el dinero de tus amantes?

—No te burles de mí, Miguel —pidió Gregorio—. Sé que soy débil y que tengo facilidad para caer bajo el influjo de las mujeres. Pero ya sabes lo mucho que ellas disfrutan provocando en nosotros la tentación sexual. No me podrás negar algo que se dice a diario en cualquier iglesia.

—Sí, pero tú te dejas tentar más de la cuenta —adujo Miguel

con sorna.

—Ya he pagado mi culpa y aprendido la lección —prosiguió Gregorio—. Tienes que darme una oportunidad. Estaba a punto de cumplir los años necesarios para ser maestro, pero ahora nadie quiere tomarme como aprendiz.

—¿Y te extraña? Sedujiste a la hija del *protomaistor*, eso es algo que nadie pasa por alto.

—Lo sé, pero ya no tiene arreglo. Sólo tú puedes conseguir que alguien me acepte.

—¿Y por qué habría de hacerlo?

—Por caridad cristiana —suplicó Gregorio—, porque puedo ser un buen *oikodomos*.

—Eso es discutible —sentenció Miguel—, al menos por lo que decía de ti tu anterior maestro. Y la última vez que me presté a la caridad cristiana cargó sobre mis espaldas mucho trabajo no deseado —añadió, recordando su compromiso con el médico respecto al hospital de Sansón.

—Si es necesario me abrazaré a tus rodillas y me desharé en llanto —insistió Gregorio—. Haré la penitencia que tú quieras, pero necesito que me vuelvas a aceptar en el gremio.

—Creo que tendrás que buscar otra cosa que se te dé bien —negó finalmente Miguel, moviendo enérgicamente la cabeza.

—Yo sólo sé de construcción. Es lo único que sé hacer, lo único en lo que destaco aparte de con las mujeres.

—Deberías dedicarte a las mujeres entonces —se burló Miguel—. Seguro que te va mejor que con nosotros. Además, dado que puedes seducir a cualquier mujer que te propongas, casada o no, te auguro...

El *protomaistor* se detuvo de repente, dejando que las palabras murieran en su boca mientras una idea comenzaba a formarse en su mente. Miró a los ojos al desesperado Gregorio, cuyo compungido rostro resultaba tan adorable para el sexo opuesto, y entonces lo vio claro.

—Te aceptaré como mi propio aprendiz hasta que puedas realizar el examen de maestro.

—Yo... —balbuceó Gregorio, que se arrojó a los pies de Miguel en cuanto se recuperó de la sorpresa—. ¡Te estaré eternamente agradecido! Seré un buen ayudante, te lo juro.

—Levanta, y no me avergüences —urgió Miguel, al ver cómo la gente les miraba con extrañeza—. Esto tiene un precio.

—Apenas tengo nada —se excusó Gregorio—, pero haré lo que pueda.

—No me refiero a dinero, gracias a mi puesto y al salario de Santa Sofía tengo cuanto necesito. El Señor se ha ocupado bondadosamente de mí en ese aspecto, pero hay algo a lo que no puedo acceder, y creo que Dios te ha puesto en mi camino por una razón.

—Me tienes en ascuas, ¿qué necesitas de mí?

—Nada complicado. Quiero que conquistes el corazón de una dama y que te cases con ella.

Gregorio abrió la boca como un pez, atónito ante la petición del *protomaistor*.

—¡Casarme! —exclamó finalmente—. No podría. No es que no quiera cumplir tus deseos, pero... no estoy hecho para el matrimonio.

—¿Quieres que te readmita en el gremio? —inquirió Miguel, mirándole directamente a los ojos.

—Sí —contestó Gregorio, tras un momento de duda.

—En ese caso tenemos un trato.

Extendió su mano, manteniéndola en el aire hasta que el dubitativo Gregorio asió su antebrazo y lo sacudió con firmeza. Con ese sencillo gesto, las dudas de Miguel se disolvieron en el aire. Ahora estaba seguro de que su misión era justa, pues en el momento de flaqueza Dios le había enviado el remedio.

El hijo del bendecido sería suyo y, con él, la llama de la libertad renacería de nuevo en Constantinopla.

Acompañado por un pequeño séquito de cortesanos, Narsés se adentró en medio de la ajetreada obra de Santa Sofía.

Caminaba con cuidado, procurando no mancharse de barro los inmaculados zapatos de cuero y seda blanca, recubiertos con finas perlas. Varios eunucos se movían a su alrededor, abriéndole hueco entre la riada de carreteros, porteadores, peones y aguadores que se deslizaban a uno y otro lado de la obra.

La noche anterior, la emperatriz le había mandado llamar para encomendarle una delicada misión. Como siempre, Narsés se había puesto a disposición de su amada señora, aunque, en esta ocasión, los términos del trabajo a realizar eran sumamente vagos. Teodora quería que su sirviente más fiel investigara con discreción la obra de Santa Sofía. Según la emperatriz, había algo que no encajaba en

aquel vasto proyecto, aunque, cuando el eunuco le solicitó una pista en la que centrar sus indagaciones, Teodora fue incapaz de darle detalle alguno. «Sólo es una sensación», respondió la emperatriz, una sensación lo bastante poderosa como para que uno de los más altos funcionarios de la corte se viera inmerso en mitad de aquel gentío.

Poco después del amanecer había abordado a Flavio Estrategio, el *magister officiorum*, buscando sonsacarle algún dato que le ayudara en tan difícil encargo. Pero el funcionario, pese al hábil interrogatorio del eunuco, apenas sabía nada sobre las intenciones de Justiniano. Únicamente se limitaba a satisfacer las demandas de los ingenieros a cargo de la obra, entregándoles cuanto dinero necesitaran sin límite alguno. Narsés, consciente de los desmesurados gastos en los que incurría el emperador, se sorprendió ante esa ausencia de mesura en los costes de aquella obra. Resultaba innegable que Santa Sofía era la principal iglesia de la ciudad, que su reconstrucción debía ser prioritaria y que el coste de un edificio de tal magnitud sería elevado, pero de ahí a entregar a dos eruditos las llaves del tesoro había un salto demasiado grande. Las primeras estimaciones del *magister officiorum* respecto al coste de las obras arrojaban una cifra monstruosa e inimaginable. Si en verdad tenía planeado gastarse más de veinte millones de sólidos de oro en aquella basílica, el emperador debía de haberse vuelto loco.

Tal vez fuera ésa la razón de la inquietud de Teodora. La insana fijación de su esposo por aquel proyecto y su desmesurado gasto en la nueva Santa Sofía podrían ser un indicio de que la mente del emperador se había visto afectada por las tensiones sufridas durante la revuelta. Sin embargo, tras dedicar un par de pensamientos a esa idea, al propio Narsés se le antojaba ridícula. Justiniano no había dado señal alguna en su comportamiento que apoyara una cosa semejante y, en cualquier caso, era notorio el gusto del emperador por los grandes proyectos. En este caso, sólo variaba la magnitud de la obra, pero eso no era base suficiente para considerar con frialdad que Justiniano se hubiera vuelto loco.

Sin más datos en los que basarse, a Narsés no le quedaba más opción que dirigirse a los ingenieros que comandaban aquel ejército de obreros, con la esperanza de que pudieran arrojar algo de luz sobre tan oscuro encargo. Seguido por sus eunucos de más confianza, Narsés se encaminó hacia el edificio del tesoro, la construcción circular que actuaba como estudio y almacén de la gigantesca obra. Tanto Antemio como Isidoro se encontraban en el

interior de la estructura, enfrascados en una discusión técnica sobre el tamaño del atrio que precedería a la iglesia, así como el tiempo que se emplearía en levantar las arcadas que actuarían de cimientos de dicho patio.

—Espero no interrumpir nada importante —dijo el eunuco, atrayendo la sorprendida atención de ambos ingenieros—. Soy Narsés, jefe de eunucos de palacio y *praepositus sacri cubiculi* del emperador.

—¿En qué podemos ayudaros? —se ofreció Isidoro.

—La emperatriz ha visto la maqueta con la que mostrasteis al emperador el futuro aspecto de esta gran iglesia —comentó Narsés —. Y aunque quedó maravillada por la forma en que pensáis reconstruir la antigua basílica, tiene algunas dudas que quisiera aclarar. Apenas os robaré una pequeña porción de vuestro preciado tiempo.

—Lo que la emperatriz necesite no tiene más que pedirlo —se apresuró a decir Isidoro, mientras Antemio soltaba un bufido de impaciencia, repiqueteando con los dedos sobre la mesa, junto a los planos de la obra.

—Vos sois Antemio de Tralles, ¿no? —inquirió el eunuco, refiriéndose al impaciente ingeniero—. Creo haberos visto en otra ocasión.

—Tenéis buena memoria —admitió Antemio—. Acudí hace un par de años a palacio.

—¡Ahora lo recuerdo! —exclamó Narsés—. Tuvisteis un juicio con el emperador.

—¿Un juicio? —preguntó Isidoro alarmado.

—No fue nada —desdeñó Antemio—. Tenía problemas con uno de mis vecinos, el orador Zenón. Estaba empeñado en demostrar que un almacén subterráneo que se extendía bajo ambas casas era de su propiedad. Allí guardaba yo mis ingenios desde que llegué a la ciudad, pero él seguía protestando, así que decidí darle una lección. Primero dirigí la luz del sol a su ventana mediante espejos, pero no sirvió más que para enfurecerle, así que monté grandes calderos bajo el suelo de su casa, llenándolos de agua y cubriéndolos con cuero. Encendí fuego debajo y dirigí el vapor hacia el piso de ese estúpido por medio de unas grandes trompetas de bronce hasta que la presión sacudió su casa como en un terremoto, al tiempo que tronaba como si gritaran mil demonios. Tenías que haberle visto cuando salió medio desnudo y gritando como un poseso —se burló Antemio.

—Así que te denunció a Justiniano —supuso Isidoro.

—En efecto. Pero el emperador se rio de él, diciendo que no era quién para oponerse a los poderes combinados de Zeus, señor del trueno y el relámpago, y Poseidón, el hacedor de terremotos.

—Por el diseño que habéis realizado para la iglesia veo que no habéis perdido una pizca de ingenio desde entonces —alabó Narsés.

—Eso espero —dijo Antemio.

—Me alegra saber que tanta sabiduría no se ha perdido en mitad de la revuelta que ha asolado esta ciudad —continuó el eunuco.

—No me encontraba aquí —replicó Antemio—. Estaba en Tralles, de donde regresé cuando me llamó el emperador, aunque de haber sabido que se trataría de algo tan urgente me hubiera quedado allí un par de semanas más.

—¿A qué os referís?

—Antemio aún está enfadado porque el emperador nos ordenara comenzar el trabajo el primer día de su llegada a Constantinopla —intervino Isidoro con sorna—. Desde entonces no hace más que quejarse de sus achaques.

—No acabo de entender estas malditas prisas por construir una iglesia —recalcó Antemio—. Al menos nos podrían dar una explicación de por qué hay que levantarla en tan sólo cinco años —añadió, mirando a Narsés como si esperara una respuesta a sus conjeturas.

—Lo único que puedo decir es que, cuando el emperador no revela sus motivos, tiene una buena razón para ello —indicó crípticamente el eunuco, mientras anotaba mentalmente el dato que acababa de ofrecerle el ingeniero.

—Todos los funcionarios sois iguales —sentenció Antemio—. Evasivas, es lo único que sale de vuestra boca. En fin, ¿qué quiere la emperatriz?

Narsés realizó la serie de preguntas de poca trascendencia que tenía preparadas para la ocasión. Mientras los ingenieros respondían, detallando las obras de canalización de las aguas que habían tenido que improvisar para drenar los acuíferos descubiertos bajo los cimientos de la antigua basílica, el eunuco comenzaba a entender el punto de vista de la emperatriz. Como decía Teodora, algo no encajaba. ¿Qué impulsaba al emperador a acelerar las obras? ¿Por qué ocultaba las razones de tan extraño apresuramiento a los propios constructores? En ese momento, una

idea entró como un relámpago en la mente del eunuco, provocando tal extrañeza que no pudo retenerla.

—¿Habéis dicho antes que os encontrabais en Tralles durante la revuelta? —preguntó, interrumpiendo la detallada explicación de Antemio sobre los cuatro grandes cimientos de mortero que soportarían el peso de las cuatro columnas principales de la iglesia.

—Así es —respondió el ingeniero—. Me enteré de lo acontecido al llegar aquí.

—¿Recordáis cuándo llegasteis a Constantinopla?

—A finales de enero —respondió el ingeniero—. ¿Por qué?

—A su majestad imperial le ha impresionado sobre todo la rapidez con la que han comenzado las obras. Teniendo en cuenta los viajes de por medio desde Mileto y Tralles se convierte en toda una hazaña.

—Únicamente respondimos a la llamada del emperador —indicó Isidoro.

—Aun así es algo muy a tener en cuenta —finalizó Narsés—. No quiero seguir imponiéndoos mi presencia. Ya os he mantenido fuera de vuestras ocupaciones más tiempo del que esperaba. Os agradezco la información. Transmitiré vuestras respuestas a la emperatriz puntualmente.

Despidiéndose con cortesía, Narsés abandonó rápidamente el *skevophylakion*, dejando a los dos ingenieros a solas con sus planos.

—Ese castrado se trae algo entre manos —indicó Antemio, en cuanto el eunuco desapareció de su vista.

—Eres demasiado suspicaz —replicó Isidoro—. La corte es como un gigantesco pulpo, la mano derecha no sabe lo que hace la izquierda, así que es normal que venga a informarse a la fuente.

—En cualquier caso, espero que no vuelva con frecuencia. No me gustan las interrupciones —sentenció Antemio, dando por cerrado el tema y desviando su atención a los planos que descansaban sobre la mesa—. ¿En qué punto estábamos?

—En la diferencia de cargas —recordó Isidoro—. Te decía que los cuatro pilares de la cúpula estarán sometidos a una terrible presión. Pese a estar construidos con sillares de piedra en lugar de ladrillos, como el resto de la iglesia, la carga en las distintas secciones no será igual. Si unimos elementos tan dispares se producirán grietas en la intersección de los muros con los pilares que amenazarían con provocar un fallo estructural.

—¿Y qué es lo que propones?

—Evitar cualquier ligadura entre ambos elementos —afirmó Isidoro categóricamente—. Los muros se apoyarán sobre los pilares mediante bóvedas para absorber el empuje lateral.

—Pero, pese a no estar ligados unos a otros, si el terreno en el que se apoyan los cuatro soportes de la cúpula se comprime bajo la carga de la bóveda más que el resto de las cimentaciones —inquirió Antemio—, ¿no provocará eso una deformación de las bóvedas construidas entre los pilares centrales y los muros exteriores?

—Es posible —admitió Isidoro—. En tal caso podríamos estabilizar la base de las bóvedas por medio de arcos. Estrecharíamos las naves laterales, pero solucionaríamos el problema.

—Me da en la nariz que tu maldita bóveda central nos va a crear muchos problemas —apuntó Antemio.

—No seas tan quejica. A fin de cuentas la idea fue tuya.

—Y tuya la culpa por no quitármela de la cabeza —replicó Antemio—. En fin, ya está hecho el daño, así que tratemos de cumplir con lo acordado. ¿Dónde se ha metido Miguel?

—Estará de camino.

—No me gusta ese albañil. Su fingida humildad me resulta despreciable.

—¿Acaso hay alguien que te caiga bien? —se burló Isidoro.

—A ti logro soportarte, ¿no?

—Y aún no dejo de sorprenderme por ello.

—Es igual —finalizó Antemio—, iré yo mismo a comprobar si han llegado los ladrillos para las arquerías de los cimientos del atrio.

Mientras Antemio se encaminaba hacia uno de los extremos de la obra, Narsés abandonaba el complejo entramado de materiales, obreros y porteadores seguido a duras penas por su séquito. En esta ocasión, había dejado a un lado su escrupuloso caminar, sin preocuparse lo más mínimo de las manchas de barro que salpicaban sus preciados zapatos y el borde inferior de su túnica. Sus pensamientos se centraban en un simple cálculo. Se necesitaba casi un mes para que un mensajero pudiera ir a Tralles y regresar con el ingeniero, pero Santa Sofía ardió el 13 de enero. Si a finales de ese mismo mes Antemio ya se encontraba en la ciudad eso deja

poco más de quince días para el viaje de ida y vuelta. No cabía error posible, Antemio e Isidoro fueron llamados a la ciudad antes de que Santa Sofía se quemara.

Mientras se apresuraba a regresar al Gran Palacio, profusas gotas de sudor aparecieron en la frente de Narsés, en respuesta a la increíble consecuencia que se derivaba de su descubrimiento.

«Justiniano sabía que Santa Sofía iba a ser destruida.»

Constantinopla, 20 de abril de 532

Como uno más de sus hombres, Drías practicaba los ejercicios básicos de caballería. La apertura de la temporada de navegación se había iniciado con la llegada de sus monturas, embarcadas desde los puertos de Asia Menor por medio de grandes navíos mercantes. Tras varios meses sin montar a caballo, los hérulos habían perdido algo de práctica, por lo que Drías se esmeró en recuperar la forma lo antes posible. Todo el mundo anunciaba que la flota para la próxima expedición guerrera no estaría lista hasta el año siguiente, pero el mercenario no quería que sus hombres se relajaran en exceso.

Preparado para montar sobre su caballo, Drías mantenía la mano izquierda sobre la silla de estilo huno, mientras aferraba la lanza con la derecha. El procedimiento para subir a un caballo completamente equipado era el ejercicio más básico que se enseñaba a un soldado de caballería. El peso de la armadura implicaba que fuera imposible subir de un salto a la grupa de la bestia. Se utilizaba la lanza a modo de pértiga, apoyando el extremo final en el suelo para poder darse impulso con ella mientras se mantenía un apoyo sobre el terreno.

Una vez sobre la montura, organizó a su unidad en una columna doble y comenzaron a trotar alrededor de los dos grandes cuadros de madera que utilizarían como blanco para sus flechas, realizando simulacros de ataques con arco al galope y de asaltos con la lanza y la espada, para finalizar con una serie de maniobras para recordar las estrategias más utilizadas en los combates, el ataque en columna, la retirada cubriéndose con el arco, el asalto frontal y el flanqueo de formaciones enemigas.

Acomodados tras varios meses de inactividad, los germanos obedecieron a regañadientes durante la intensa sesión de ejercicios, disuadidos de efectuar mayores protestas por el ceñudo rostro de Drías, quien conducía al grupo dando ejemplo de su propia pericia militar.

A decir verdad, unos meses atrás el propio Drías habría sido el primero en protestar ante un entrenamiento tan exigente. Habían cambiado tantas cosas en tan poco tiempo que, en ocasiones, el hérulo tenía que concentrarse para no olvidar que era él quien estaba al mando. Sin embargo, el mercenario tenía otras cosas en

la cabeza de las que quería librarse por medio del extenuante ejercicio físico.

—¡Formad en doble línea! —gritó el hérulo, levantando su brazo para marcar el punto en el que debían organizarse sus hombres—. Haremos un simulacro de asalto y fuga. Dos flechas por jinete.

Un coro de murmullos surgió del grupo, mientras los mercenarios dirigían sus agotadas monturas al punto marcado por Drías.

—No protestéis tanto, será el último ejercicio —confirmó, con lo que arrancó audibles suspiros de alivio entre sus hombres.

—*¡Nobiscum!*

Entonando su grito de guerra los germanos se lanzaron hacia delante en una formación de cuatro filas de fondo, el máximo que aconsejaba la experiencia militar, y acribillaron los blancos con sus saetas. Cuando llegaron a su altura el grupo se dividió en dos, rodeando los grandes maderos por ambos lados mientras las flechas impactaban una tras otra en el objetivo, que vibraba con los impactos de los dardos. Finalmente, tras rodear los blancos por la espalda en direcciones opuestas, ambas columnas se volvieron a unir en su frente para terminar la maniobra.

Los soldados desmontaron, quejándose amargamente de su dolorida entrepierna mientras se alejaban del campo de entrenamiento para devolver sus monturas a las cuadras imperiales. Aún reciente la insurrección, el emperador había dado permiso a los hérulos para ejercitarse dentro del recinto del Gran Palacio, en el extenso campo rectangular cercano al puerto de Bucoleón, donde normalmente se hacían correr las cuadrigas en las carreras privadas organizadas en la corte. Sin embargo, Drías no acompañó a sus hombres. Tras desmontar, se quedó junto a su agotado potro, acariciando el palpitante cuello del animal, que resoplaba jadeante por el esfuerzo. Le quitó el bocado, algo que el caballo agradeció visiblemente. En combate, la vida de un jinete dependía de que su montura obedeciera las órdenes sin vacilación, por ello, los bocados que usaban los mercenarios estaban diseñados para que, al menor tirón de las riendas, una placa presionara el paladar del animal, produciéndole un intensísimo dolor que le obligaba a obedecer.

En cierto modo, Drías sintió envidia de su caballo. No necesitaba pensar, ni enfrentarse a problemas que no fueran obedecer las órdenes de su jinete y sobrevivir a la batalla. Por el

contrario, pese al cansancio de su cuerpo, el hérulo era incapaz de evitar los sentimientos que le corroían.

Habían pasado tres semanas desde la noche en la que llegó borracho a casa, tres semanas desde el momento en que tiró al fango lo que le había costado meses conseguir, desde el instante en el que rompió en pedazos el sueño de tener una familia. Desde entonces, había tratado de reparar su error, de comportarse como lo haría un romano. Sin embargo, Penélope seguía encerrada en su silencio, observándole con la misma frialdad con la que acarició el cuchillo la mañana siguiente.

Finalmente, el hérulo se había dado por vencido. Aquello no funcionaría nunca. Había perdido la oportunidad, y lo único que podía hacer era marcharse.

Tomada la decisión, dejó montura y equipo en las cuadras, y atravesó la ciudad a paso lento hasta el barrio de Zeugma. Encontró a Penélope jugando con Platón, tirando de uno de los extremos del caballo de madera tallado por Drías, mientras el pequeño reía tratando de asirlo de nuevo.

—Tenemos que hablar.

Penélope dejó al niño y se levantó, contemplándole con la misma mirada de indefinida tristeza que veía en sus ojos desde aquella fatídica noche en la que llegó borracho a casa.

—Me voy.

—¿Irte? —repuso ella, mostrando sorpresa—. Pero...

—Lo he pensado mucho —dijo él, levantando una mano para que Penélope le dejara continuar—. En realidad creo que tomé la decisión hace días, pero me ha costado mucho admitirlo.

—¿Me vas a dejar?

—Si alguna vez hubo algo entre nosotros se ha roto —aseguró Drías, dejando escapar un suspiro de resignación—. Pensé que el tiempo podría curarlo, pero sé que era sólo una ilusión. Estaba viviendo el sueño de Arzés. Ahora entiendo por qué él quería dejar de ser soldado, pero yo no soy como él. Tenía razón, soy un bárbaro, no encajaría contigo. Acabaría haciéndote daño de nuevo y no te mereces eso. Lo mejor es dejarlo aquí.

Ella miró al suelo, en silencio, aunque su rostro delataba la confusión que se arremolinaba en su interior.

—Me heriste —dijo Penélope finalmente, dejando escapar una lágrima de sus bellos ojos.

—Lo sé —admitió Drías—, y sabes que lo siento. He tenido una oportunidad de conseguir algo bueno y lo he estropeado, pero creo

que era algo que tenía que pasar. Esto me ha demostrado que no valgo para comportarme como un romano.

—Puedo cambiar —dijo ella—. Sólo necesito tiempo.

—No es culpa tuya. Es sólo mía, me he engañado a mí mismo. Soy un soldado, no sirvo para otra cosa. Antes o después acabaría marchándome detrás de un ejército. Es mejor que me vaya ahora.

—¿Y qué será de Platón y de mí?

—Aún me queda parte del dinero que gané en las carreras. Es tuyo, será suficiente para un par de años.

Penélope le miró directamente a la cara, con los ojos inundados en lágrimas. Drías la abrazó, y por primera vez en mucho tiempo sintió que ella le devolvía el abrazo de forma sincera. Al contacto con su cuerpo, la vieja sensación de calidez y de paz que ansiaba le asaltó de nuevo, y durante un instante el hérulo estuvo tentado de echarse atrás, pero sólo fue un pensamiento fugaz. La decisión ya estaba tomada.

—¿Cuándo te irás? —preguntó ella, aún enterrada entre los brazos del germano.

—Dentro de unos días. Lo que tarde en pedir el permiso del general y preparar el viaje. Quiero ir al norte, al lugar en el que se encuentra la familia de Arzés. Me juré a mí mismo que utilizaría su dinero para comprarles tierras a su mujer y sus hijos y ya lo he retrasado demasiadas veces.

—Supongo que no volverás, ¿no?

—Me quedaré allí hasta la próxima primavera —respondió Drías, separándose para contemplar el rostro de Penélope—. Cuando regrese ya estará preparada la próxima campaña y embarcaré con mis hombres.

El niño comenzó a agitarse, emitiendo ruidos que delataban su enfado por verse excluido de las atenciones de su madre. Penélope lo recogió y lo envolvió en los pliegues de su túnica.

—Platón te echará de menos —dijo ella.

—Yo también a él —aseguró el hérulo, dejando que el pequeño le asiera un dedo con sus manitas—. Y a su madre.

Penélope se acercó lentamente hacia él y le besó en los labios. Fue apenas un roce, pero suficiente para que Drías pudiera comprender que, al fin, ella le había perdonado. Lamentablemente, el hérulo también sabía que nunca podría quedarse para disfrutar de aquel amargo perdón.

Teodora deslizaba su mano sobre las flores de los arrayanes que rodeaban el camino, una estrecha senda empedrada con un larguísimo mosaico en el que se detallaban los doce trabajos de Hércules.

La primavera parecía haberse adelantado en el Gran Palacio, pues las blancas flores de cinco pétalos y estambres amarillos habían surgido como por ensalmo en cada rincón del jardín que se levantaba a espaldas de la residencia de la emperatriz. El intenso aroma de los mirtos inundaba todo el espacio, anulando el delicado perfume de jazmín que la emperatriz utilizaba esa mañana.

Pese a la belleza del lugar, Teodora no se encontraba de buen humor. El mensaje de Narsés en el que le pedía acudir en solitario a la fuente central de su jardín privado había interrumpido su rutina diaria. Normalmente, la emperatriz se levantaba tarde, tomaba un largo baño y dejaba que sus damas le cepillaran el pelo antes de volver a la cama para desayunar. Salvo casos de la máxima urgencia no solía atender asuntos antes de la hora sexta, por lo que esperaba que el eunuco tuviera una buena razón para convocarla de esa manera.

El largo camino entre los arrayanes terminaba en una gran fuente circular de jaspe verde, en cuyo cuerpo central estaban esculpidos varios peces de cuya boca surgían chorros de agua por medio de caños de bronce. Narsés ya se encontraba junto a la escultura, moviéndose de un lado a otro como si no pudiera mantenerse quieto.

—Majestad —saludó el eunuco, acompañando sus palabras con una profunda reverencia.

—Espero que sea importante —replicó Teodora.

—Jamás me atrevería a turbaros con nimiedades, mi señora.

—¿De qué querías hablarme?

Narsés respiró hondo, recreándose durante un instante en el perfecto rostro de la emperatriz antes de bajar la vista hasta su esbelto cuello, adornado con un primoroso collar de oro compuesto por grandes zafiros engarzados en óvalos y anudados unos a otros en fila por medio de una elaborada filigrana.

—Me encomendasteis indagar sobre las obras de Santa Sofía, majestad.

—¿Has descubierto algo? —preguntó ella, acercándose al eunuco mientras observaba por encima de su hombro, para comprobar que nadie se encontrara cerca de ellos.

Narsés se aproximó un poco más, como si quisiera asegurarse de que sus palabras sólo llegaran al oído de la emperatriz, aunque su verdadero motivo era únicamente aspirar el delicado aroma que exhalaba su piel.

—Se supone que el emperador hizo llamar a los mejores sabios del imperio para reconstruir la iglesia —explicó el eunuco, tratando de aclarar su mente, distraída por la cercanía de Teodora —. Isidoro de Mileto llegó a Constantinopla a finales de enero, mientras que Antemio de Tralles arribó en un mercante fletado al efecto el día dos de febrero.

—¿Estás seguro? Yo no soy capaz de recordar la fecha con tanta precisión.

—La nave no traía carga pero, afortunadamente, se internó en el puerto de Prosphorion, en el que se reciben las mercancías de importación. No tuvo que pagar impuestos, pero sí pagaron las *sportulae*, las tasas que cobran los funcionarios por hacer cada gestión, por lo que el viaje quedó consignado.

—¿Y qué utilidad tiene saber el día en que llegaron a Constantinopla?

—Majestad —comenzó Narsés, tragando saliva—, en esa época del año, con los vientos adversos, se necesita cerca de un mes para que un mensajero vaya hasta Tralles, recoja a una persona y regrese a Constantinopla. Santa Sofía se quemó el día trece de enero. Aunque el emperador hubiese dado la orden al día siguiente, es materialmente imposible que esos dos sabios llegaran a la ciudad cuando lo hicieron.

—Tal vez la brisa fuera favorable —indicó la emperatriz—. No sería la primera vez que se envía un mensaje en un tiempo sorprendentemente corto.

—Es una posibilidad que he contemplado —repuso el eunuco —. Por eso me he tomado mi tiempo para comprobarlo. He estado casi tres semanas encerrado en los archivos del *regendarius*.

—¿No es el responsable de las infraestructuras y de emitir las órdenes de detención? —se sorprendió Teodora—. Es uno de los nueve altos funcionarios del lado judicial de la prefectura, ¿qué tiene que ver con esto?

—También se encarga de la operación del servicio de correo —explicó Narsés—, y guarda una copia en sus archivos de toda la correspondencia que parte de la cancillería imperial. La copia de la nota en la que se solicita la presencia de Antemio de Tralles confirmó mis sospechas, fue emitida el día dos de enero, en tinta

púrpura, como corresponde a las notificaciones imperiales.

—El día dos —repitió la emperatriz—. Pero... ¡Eso fue antes de que se iniciara la revuelta! No es posible.

—No es un hecho aislado, mi señora —continuó el eunuco—. He enviado a un agente de mi entera confianza a las canteras de mármol de Mármara, y me ha confirmado que el emperador ordenó preparar la acumulación de bloques a primeros de enero. Ni los consejeros de vuestro augusto esposo ni el propio *magister officiorum* tienen constancia de que se estuviera preparando la construcción de otro edificio.

—Tiene que haber alguna explicación.

—He hablado con Focas, el patricio que sustituyó a Juan de Capadocia al frente de la prefectura de oriente. Me ha confirmado que, a primeros de enero, el emperador solicitó al capadocio un aumento de la recaudación para hacer frente a un nuevo proyecto de coste desmesurado. Focas ha encontrado anotaciones que hablan de más de veinte millones de sólidos de oro. Esa cifra es superior a nada que se haya diseñado antes. Son demasiadas pruebas para considerar que se trata de una coincidencia.

—¿Sabes lo que estás diciendo? —preguntó la emperatriz, clavando su mirada en el rostro del eunuco.

—En efecto, majestad —aseguró Narsés—. No sé cómo, mi señora, pero de alguna manera el emperador sabía que Santa Sofía iba a ser destruida en el plazo de un mes. Y, dado que nuestro señor no cree en adivinos ni astrólogos, sólo hay una posibilidad.

—Que fuera él quien ordenara provocar el incendio —sentenció Teodora, sin poder creer lo que sus labios afirmaban.

Narsés se mantuvo en silencio, observando el lívido rostro de su ama mientras la emperatriz asimilaba lo que acababa de decir. Durante unos instantes sintió remordimientos, por ser él quien hubiera arrojado esa pesada carga sobre la emperatriz. Pero pronto desapareció ese sentimiento, Teodora era la mujer más fuerte que el eunuco hubiera conocido jamás, se encontraba perfectamente capacitada para asumir cualquier mala jugada del destino.

—Es imposible —negó finalmente la emperatriz, moviendo la cabeza a uno y otro lado, mientras las finas tiras de perlas que colgaban de su tiara imperial tintineaban con cada movimiento—. Justiniano es un fervoroso creyente, no sería capaz de cometer semejante sacrilegio. Las facciones quemaron la iglesia.

—Majestad, recordad que yo dirigí los interrogatorios de los

acusados tras la revuelta. No pudimos detener a los líderes, pero aquellos a los que la tortura soltó la lengua admitieron toda serie de nefandos crímenes, excepto haber quemado Santa Sofía. Perjuraban que las facciones nunca se hubieran atrevido a tanto, hasta el punto que pensé que se trató de un incendio fortuito, producido por las pavesas llevadas por el viento desde las arcadas del senado. En su momento no le di importancia, pero ahora...

—¡No es posible! —gritó Teodora, mirando fijamente al eunuco, con tal determinación que Narsés retrocedió un paso.

—Mi señora —susurró él—. Yo sólo soy vuestro fiel servidor. No podéis imaginaros lo despreciable que me siento por haber sido portador de tan dolorosas noticias.

Respirando agitadamente, la emperatriz trató de calmarse. Sus bellos ojos fueron perdiendo la ira furibunda que los inundaba, retornando poco a poco a la mirada de indiferencia que Teodora mantenía habitualmente. Mediante su férrea voluntad, la emperatriz dominó el nerviosismo que la atenazaba, hablando de nuevo en tono pausado.

—Mi buen Narsés. Eres el más leal de los sirvientes. Ya sabes cuánto aprecio tu fidelidad, y cómo premio a aquellos que me son cercanos.

—Jamás lo he dudado, mi señora.

—¿Alguien más lo sabe?

—No, majestad —negó el eunuco—. Los dos ingenieros están demasiado atareados con sus cálculos técnicos para darse cuenta de nada. Además, la mayoría de las investigaciones las he llevado personalmente.

—¿Qué hay de ese mensajero al que enviaste a las canteras de mármol?

—Únicamente le comenté lo justo para que cumpliera el trabajo.

—Que desaparezca —ordenó Teodora—, y destruye esas copias de los archivos.

—Como deseéis, majestad.

—Tengo que meditar sobre este asunto —aseguró la emperatriz, dejando que su vista se perdiera sobre los floridos arrayanes—. Tal vez exista otra alternativa que no hayamos contemplado.

—Es posible, mi señora.

—Mientras tanto, nadie debe saber palabra alguna de este

tema.

—Por supuesto. Si corriera el rumor de que vuestro esposo ha quemado Santa Sofía el pueblo se alzaría en armas, junto al patriarca Epifanio, el senado y el propio ejército.

—No sobreviviríamos a otra rebelión. Nadie debe saberlo —recalcó ella.

—Nadie lo sabrá.

Teodora asintió un par de veces con la cabeza, con la vista fija aún en los arrayanes que rodeaban el patio. Después se fue, caminando con la cabeza erguida, exudando dignidad imperial con cada paso.

A su espalda, Narsés la contemplaba embelesado. Sí, la fuerte Teodora era perfectamente capaz de asumir cualquier carga que el destino pusiera sobre ella. Cualquiera, incluso la corona imperial, si la fortuna quitara de en medio a Justiniano.

La fortuna, o un eunuco ambicioso y enamorado que conociera un gran secreto.

Constantinopla, 11 de mayo de 532

La avenida central se encontraba atestada de gente. Borradas ya la mayor parte de las negras cicatrices que la revuelta de la *Nika* había provocado en la calle Mese, los pórticos lucían espléndidas colgaduras de seda con los cuatro colores de las facciones. Los capiteles de las columnas se adornaban con coronas hechas con flores de arrayán, hiedra y laurel. Sobre la calzada, la muchedumbre pisaba una alfombra de pétalos blancos, mientras entonaba cánticos de gloria al Señor y a san Constantino, el constructor de la ciudad, el hombre que había fundado Constantinopla doscientos dos años atrás, un 11 de mayo.

Como cada año en esa misma fecha, el pueblo de la capital se echaba a la calle en una especie de peregrinaje hasta el foro oval de Constantino, donde se acumulaba para rezar frente al esbelto pilar que sustentaba su estatua, el mismo que cubría la infinidad de reliquias enterradas para garantizar la protección de Dios sobre la ciudad. En el resto de los foros, el emperador había ordenado asar miles de corderos, cuyo delicioso aroma impregnaba hasta el último rincón de Constantinopla, ocultando por unas horas el hediondo olor de la basura en descomposición que se acumulaba en las zonas más pobres de la ciudad, sobre todo ahora que el calor de la primavera comenzaba a arrojar su manto sobre la capital del imperio.

Los *vernaculus*, los heraldos públicos de los barrios, habían transitado desde primera hora de la mañana por la ciudad, anunciando con su poderosa voz el comienzo de un nuevo año constantinopolitano, el inicio de una jornada de fiesta y el regalo del emperador a sus súbditos.

En los dos siglos que habían transcurrido desde su fundación, Constantinopla había crecido a un ritmo inimaginable. En tan sólo cien años, los detallados registros encargados por el emperador Teodosio II ya arrojaban un saldo de trescientas veintidós calles con más de cuatro mil edificios, junto a cuatro puertos y diecisiete muelles. El gigantesco acueducto de Valente había resuelto los terribles problemas de abastecimiento de agua, consiguiendo que la población se multiplicara hasta alcanzar el cerca de medio millón de habitantes que contaba la ciudad en el momento en el que Justiniano subió al trono. Viendo el ingente tamaño de la nueva capital del imperio, nadie diría que sólo la casualidad

impidió que Constantino edificara su ciudad sobre las ruinas de la antigua Troya, tal y como había planeado en un principio.

En dirección contraria a la de la ingente multitud, Penélope caminaba por debajo de los soportales, sorteando a los innumerables curiosos que se arracimaban en los huecos dejados por las estatuas recién restauradas. Con Platón en brazos, ignoraba deliberadamente la feliz estampa de la población, adentrándose en una de las callejuelas laterales en dirección a su casa.

Cinco días antes, Drías había partido al norte, al agreste territorio en el que vivía la familia de su fallecido amigo Arzés. El único requisito que Belisario había puesto a su partida era la promesa del hérulo de regresar antes de que partiera la expedición, prevista para el equinoccio de primavera del año siguiente. Tras las últimas semanas de silencios entre ellos, tras el rencor acumulado por la noche en la que regresó borracho, Penélope pensaba que se sentiría feliz de ver partir al germano. Sin embargo, se sorprendió descubriendo la tristeza que la marcha de Drías provocaba en ella.

Pese a todo le quería. Había necesitado perderle para admitir que el hérulo había supuesto el único asidero al que agarrarse cuando todo su mundo se había desmoronado. El día de su partida salió a despedirle junto con Platón hasta las murallas. Recordaba haberle besado repentinamente en los labios, y haberle susurrado al oído que le echaría de menos. Recordó haberse quedado junto a las puertas de la ciudad hasta que su caballo desapareció de la vista, perdido en el horizonte, en medio del mar de tumbas que se alzaban a ambos lados del camino.

Su partida la había dejado a solas con el pequeño Platón, y también a solas con sus propios pensamientos. Drías era el último lazo que la unía a esa ciudad, de la que sólo tenía recuerdos de dolor y sufrimiento. Pese a ello, aún no había decidido cuál debía ser su siguiente paso. El mercenario le había dejado una bolsa de sólidos de oro, pero el dinero no duraría eternamente. Era una viuda sin trabajo y sin nadie a quien pedir ayuda. En Atenas aún podría encontrar a algunos familiares y, tal vez, comenzar de nuevo, mas no encontraba en su interior la fuerza necesaria para iniciar una nueva vida.

Se adentró en las callejuelas cercanas a su casa, sorteando los charcos dejados en el suelo por las últimas lluvias primaverales, levantándose con una mano el extremo de la túnica para procurar salvarla de las inevitables manchas.

—¿No quieres ver la procesión?

Concentrada en mirar por dónde pisaba, la voz del desconocido la sorprendió. Cuando levantó la vista, se encontró de frente con un hombre de aspecto hosco, delgado, sin apenas pelo y con el enjuto rostro contraído en una extraña sonrisa. Estaba de pie en mitad de la estrecha callejuela y, aunque no cubría todo el espacio, el barro impedía que Penélope se moviera con rapidez, por lo que decidió darse la vuelta y volver por donde había venido.

Cuando se giró, Penélope se dio cuenta de que otro hombre se acercaba hacia ella desde el otro extremo de la calle. Con un escalofrío, Penélope aferró con fuerza a Platón, encarando de nuevo al primer hombre y tratando de avanzar por el hueco que quedaba entre él y la pared del edificio más próximo.

—¿Tienes prisa? —dijo el desconocido, moviéndose para cerrar cualquier posibilidad de huida.

—¿Qué tenemos aquí? —rio el segundo hombre, mientras se aproximaba más—. Si no le gustan las procesiones será porque se trata de una pagana, o una sucia judía.

—¿Es eso cierto? —bramó el hombre que se encontraba a su lado—. ¿No crees en nuestro Señor?

—Tal vez lleve un amuleto pagano bajo la ropa —indicó el compañero, acercándose aún con parsimonia—. Deberíamos comprobarlo.

—Sí —confirmó el primero—. Vamos a echar un vistazo.

Hasta ese momento, Penélope se había mantenido a la espera, negándose a creer lo que le estaba ocurriendo. Sin embargo, las frases intercambiadas entre los dos hombres no dejaban lugar a dudas, por lo que, cuando el asaltante más cercano alargó confiadamente el brazo hacia ella, tomó impulso y le propinó una patada en la entrepierna con todas sus fuerzas.

Sorprendido por la reacción de lo que se suponía una presa fácil, el desconocido recibió el impacto de lleno, doblándose de dolor con un aullido, y cayó encogido al suelo. Antes de que el segundo hombre pudiera reaccionar, Penélope saltó por encima del caído y echó a correr. Desde el primer momento, sabía que, cargada con Platón, sería incapaz de escapar. Una vez que se recuperara de la sorpresa, el segundo asaltante la atraparía en unas pocas zancadas. Penélope únicamente confiaba en salir del estrecho callejón, con la esperanza de dar con algunos viandantes y solicitar auxilio.

Trastabillándose en el irregular firme, logró abandonar la

callejuela y salir a una pequeña plaza. Con el corazón latiendo desaforadamente en su pecho, miró a ambos lados en busca de ayuda, pero el lugar se encontraba vacío. Hasta el último de los habitantes de Constantinopla parecía haber abandonado su casa para concentrarse en el recorrido de la procesión.

Se dispuso a gritar pidiendo socorro cuando una mano le tapó la boca. Acto seguido, un brazo la rodeó, tanto a ella como al pequeño.

—Si das un solo grito os rajo a ti y a tu maldito bastardo —susurró una voz junto a su oído.

Como ella misma había temido, el segundo asaltante había llegado hasta ella con rapidez. Con brusquedad, obligó a Penélope a girarse, apoyándola de espaldas contra una pared, frente al hombre que aún mantenía una de sus manos sobre su boca.

Respirando agitadamente, Penélope abrazó a su pequeño, mientras veía cómo aquel hombre extraía un puñal de entre sus ropas y se lo ponía en el cuello.

—Un grito y estás muerta —dijo el asaltante, retirando su mano de la boca de ella y llevándose un dedo a los labios—. ¿Cómo estás? —preguntó, dirigiéndose a su compañero, que se adentraba tambaleándose en la plazuela, sujetándose la entrepierna con ambas manos.

Sin responder a la pregunta, el segundo hombre se dirigió a la fuente, se alzó la túnica y se echó agua en los genitales, mientras se quejaba audiblemente.

—Le has hecho mucho daño a mi amigo —dijo el hombre del cuchillo—. Vas a tener que compensarle.

Penélope trató de calmar sus nervios, pero su corazón parecía incapaz de controlar su desbocado latir. Deseó con todas sus fuerzas que Drías no se hubiera marchado. El hérulo podría haber acabado con esos dos indeseables en un abrir y cerrar de ojos, pero el germano se encontraba a cientos de estadios de distancia. Estaba sola.

—¡Deja a esa mujer!

La orden sorprendió a Penélope, que giró la cabeza en busca de la oportuna ayuda. A pocos pasos de donde se encontraban, un joven había surgido del callejón en el que Penélope había derribado al primero de sus asaltantes. Estaba desarmado, pero se erguía confiado frente a su agresor.

—¿No me has oído, sucio hereje? ¡Déjala inmediatamente! —repitió el recién llegado.

El asaltante liberó a la joven y se volvió contra el intruso, amenazándole con el cuchillo.

—¡Te voy a rajar, por entrometido!

El joven se abalanzó contra el hombre de la daga, mientras éste le lanzaba una cuchillada, que le alcanzó en un brazo. Con un agudo chillido, el joven se echó hacia atrás, agarrándose el corte con la otra mano, al tiempo que miraba al hombre de la daga con expresión de sorpresa.

—¡Déjalo! —gritó el acompañante del que portaba el arma, mostrando aún las molestias del golpe propinado por Penélope—. ¡Vayámonos antes de que venga más gente!

Respondiendo al consejo de su compañero, el asaltante del cuchillo echó a correr, seguido por el segundo hombre, que renqueaba con una mano aún aferrada a su entrepierna.

—¡Mierda! —dijo el joven, contemplando anonadado la sangre que fluía de su herida—. ¡Me han cortado!

—Déjame ver —pidió Penélope, acercándose hacia él y mirando su brazo—. No parece muy profundo, pero habría que vendarlo. Yo vivo cerca de aquí. Ven a mi casa y te curaré.

El joven asintió con la cabeza, echando a andar junto a Penélope en dirección a su casa.

—No sé cómo agradecértelo —dijo ella—. Estaba desesperada.

—Cualquiera hubiera hecho lo mismo —respondió él—. No podía dejar que una mujer tan bella sufriera tan horrible destino a manos de esos desalmados.

—Gracias a Dios que has pasado por aquí. Cuando he visto la plaza vacía me creía perdida.

—Una afortunada casualidad. ¿Es tu hijo? —preguntó el joven, señalando al pequeño, que se mantenía despierto, aunque tranquilo, en los brazos de su madre.

—Sí, se llama Platón.

—Es una verdadera preciosidad. Parece un regalo de Dios.

—Gracias —dijo ella, ruborizándose—. Aún no sé tu nombre.

—Gregorio —indicó el joven.

—Gregorio —repitió ella—. Yo soy Penélope.

—¿Qué tal ha ido?

Desbordante de expectación, Miguel urgió a los dos hombres a que le comentaran los resultados de la misión para la que les había contratado.

—Esa zorra casi me revienta los huevos de una patada —gruñó uno de los asaltantes de Penélope.

—No le habréis hecho daño, ¿no? —inquirió Miguel.

—No. Pero me han dado ganas.

—Ese inútil que elegiste para que fingiera salvarla casi lo estropea todo —añadió el segundo de los falsos asaltantes—. Se abalanzó sobre mí de forma tan torpe que tuve que hacer un esfuerzo para acuchillarle sólo en un brazo. De haber querido matarle le habría destripado sin ninguna dificultad.

—¿Entonces? —preguntó Miguel, solicitando un veredicto más conciso del resultado de la misión.

—Yo creo que la mujer se lo ha tragado —sentenció uno de los hombres, mientras el otro asentía con la cabeza.

Con un suspiro de alivio, el albañil extrajo de entre sus ropas una bolsa repleta de monedas y se la entregó a uno de los hombres.

—Ya sabéis —añadió—. Ni una palabra a nadie.

—Si cumples el trato y nos proporcionas un trabajo no habrá problemas —aseguró el asaltante de rostro enjuto, tras inspeccionar el contenido de la bolsa con avidez.

—Venid mañana a verme a las obras de Santa Sofía. Os contratarán como peones.

—Allí estaremos —dijeron ambos hombres, antes de perderse entre la multitud que se dirigía al foro de Constantino.

Miguel aún tenía dudas. Al parecer Gregorio no había sabido interpretar debidamente su papel de héroe, aunque el resultado final era lo que contaba.

Había conocido a Penélope en una circunstancia por la que ella quedaba en deuda. Ahora sólo restaba esperar a que el natural encanto de Gregorio con las mujeres hiciera el resto.

Valente caminaba al lado de Aecio, siguiendo al esclavo que les guiaba hasta la terraza que coronaba la azotea de la villa del médico.

—Veo que has aprovechado bien el tiempo —comentó el senador, una vez que llegaron a lo alto del edificio—. Nadie diría que esta villa ha sufrido el saqueo de los faccionarios.

Aecio agradeció el cumplido con una sonrisa; sin embargo, era consciente de que las palabras del senador eran un simple halago vacío. En los ojos de Valente aún podía detectar la omnipresente

melancolía que le acompañaba desde hacía meses. Estaba seguro de que el patricio apenas se había fijado en los nuevos cortinajes, los muebles de madera de cedro recién llegados de Siria o los mosaicos con los que había decorado los suelos de su vivienda, con detalladas representaciones de plantas y animales extraídas de los trabajos de Dioscórides. Alabando el aspecto de su vivienda, Valente sólo trataba de ser educado.

A decir verdad, el médico no estaba en absoluto satisfecho del modo en el que su villa había sido restaurada. Durante los últimos meses, Aecio había estado tan inmerso en su trabajo que apenas había tenido tiempo de supervisar las obras y la compra de nuevos muebles y enseres, lo que dejaba la gran mayoría de las tareas en manos de sus sirvientes. Las continuas visitas a sus pacientes, sumadas a la supervisión de la construcción del nuevo hospital y a su compromiso con el jefe del gremio de *oikodomos* para proporcionar cuidados médicos a los trabajadores de Santa Sofía, llenaban hasta el último instante de su tiempo.

A Aecio le apasionaba su trabajo, por lo que las cada vez más largas jornadas junto a los enfermos no le resultaban una carga. Sin embargo, tenía la sensación de que no había dedicado el tiempo suficiente a su amistad con Valente. El senador llevaba semanas encerrado en su finca, haciendo caso omiso de las recomendaciones del médico para que saliera a pasear y acudiera a las termas en busca de tonificantes baños. Desde que, tras la revuelta de la *Nika*, Justiniano tomara las riendas del senado, Valente había dejado de acudir a los plenos. El emperador había integrado a los patricios bajo su autoridad sentándoles en el *consistorium*, su consejo privado, y modificando sus funciones para que formaran parte activa en las apelaciones legales a la corte imperial. Eso suponía ligar a los senadores a fútiles e interminables papeleos burocráticos bajo una estricta supervisión del emperador, lo que impedía cualquier tipo de conjura secreta entre los patricios, al tiempo que eliminaba sus escasas atribuciones.

Aecio era consciente de que la vida pública había dejado de interesar a su amigo y, con ella, también desaparecía su interés por el día a día. Tan sólo su férrea dignidad republicana le obligaba a mantener esa hueca apariencia de normalidad que mostraba su aspecto exterior. De no ser por ello, el médico no dudaba que Valente se habría abandonado a sí mismo hacía tiempo.

Se sentaron bajo el cálido sol primaveral alrededor de una

pequeña mesa circular, en cómodas sillas curules del mejor cuero, mientras uno de los sirvientes de Aecio les servía unas copas de *konditon*, un vino especiado con pimienta, nardo, clavo y canela.

—Has preparado un lugar magnífico para tomar el aperitivo —indicó Valente.

—Ahora que llega el buen tiempo he decidido aprovechar esta terraza —confirmó Aecio—. Echaba de menos el sol.

—Trabajas demasiado.

—Tú, en cambio, pareces decidido a holgazanear. Me ha costado un triunfo conseguir que aceptaras venir a mi casa.

—Y si no fuera por mi exquisita educación te habría soltado a los perros —bromeó el senador—. Nunca he visto a nadie más insistente.

—Te conviene salir y pasear. No es buena idea encerrarse como un eremita.

—¿Habla el médico o el amigo?

—Ambos.

—Os agradezco a los dos la preocupación —se rio Valente—, pero estoy bien. Simplemente me estoy tomando un periodo de reflexión.

—¿Por qué no te incorporas a alguna de las tareas del senado? Eso ocuparía tu mente.

—Justiniano ya tiene suficientes marionetas bailando a su alrededor. Prefiero mantenerme al margen. Uno tiene que saber cuándo ha pasado su tiempo, como Séneca, o Petronio.

Aecio dio un respingo cuando de labios de su amigo surgieron los nombres de dos conocidos miembros de la corte de Nerón que acabaron suicidándose. Aunque era consciente del abatimiento que se cebaba con el senador, jamás hubiera imaginado que tales ideas pudieran pasar por su mente.

—En fin —dijo Valente—, no es que no aprecie este excelente *konditon* que nos ha servido tu criado, pero ¿cuál era la razón de tanta insistencia en que te visitara?

—El caso es que mis pacientes privados se han multiplicado, así que he pensado reintegrarte parte de la deuda que tengo contigo.

—Si de verdad me has hecho venir para darme dinero me habría quedado en casa —aseguró Valente—. Ya sabes que, afortunadamente, no lo necesito. Y para mí ha sido un placer ayudarte. Creo que es lo único de utilidad que he hecho desde la

revuelta.

—Ya lo sé —admitió Aecio—, pero después de la fortuna que has donado para la reconstrucción del hospital sentía que debía hacerlo.

—Como quieras —se rindió el senador, y tomó un sorbo de su copa de vino.

Valente se mantuvo un instante en silencio, contemplando la vista de los tejados que se divisaba desde la terraza de Aecio, dejando vagar sus ojos por el mar de rojizas techumbres que ascendían hacia la Acrópolis.

El médico se revolvió inquieto sobre su asiento. Nunca antes había visto a Valente tan absorto en sus pensamientos. Al hablar del dinero le daba la impresión de que a su amigo apenas le importaban ya las cosas materiales, como si se estuviera deshaciendo de su fortuna, repartiendo su dinero antes de tomar alguna decisión fatal. Necesitaba quitarle a su amigo esa idea de la cabeza. Tenía que encontrar algo que lograra despertar el interés de Valente, y tenía que hallarlo rápido.

—Creo que debería comprarme un tablero de *mereles* —afirmó Aecio con decisión—. Así podríamos jugar cuando vengas a visitarme. Tengo que practicar si quiero ganarte alguna vez.

—Antes verás volar un atún que ganarme una partida —se burló el senador.

—¿No estarás entrenándote con alguien que no conozco?

—En absoluto —negó Valente, recuperando de nuevo la melancólica mirada que tanto temía Aecio—. Salvo tú no hay nadie que se acuerde de un viejo senador.

—¿Qué hay de esa mujer que vi en tu villa? ¿Qué fue de ella?

—¿Mujer? —se extrañó el patricio—. ¿A quién te refieres?

—No sé su nombre —admitió el médico, sintiéndose repentinamente azorado—. Pelo largo y ondulado, delgada y de bellos ojos tristes. Tenía un hijo de corta edad. Aunque sus ropajes eran vulgares parecía culta, y hablaba como una verdadera dama.

—¡Ah, sí! —recordó Valente, esbozando una tibia sonrisa que hizo enrojecer a su amigo—. Ya recuerdo. Su esposo murió el último día de la revuelta. Se fue a la mañana siguiente y no he vuelto a saber de ella. Pareció dejarte una fuerte impresión.

—¡En absoluto! —se defendió Aecio—. Únicamente me ha venido a la mente.

—Tal vez pueda averiguar qué ha sido de ella —se ofreció el

senador—. Si te interesa, claro.

—¿Por qué habría de interesarme? —respondió Aecio—. Es decir, no es que no me preocupe por ella… Bueno, preocuparme no me preocupa. Quiero decir… era sólo curiosidad.

—En tal caso, avísame cuando tu curiosidad vaya a más —indicó Valente con sorna—, y veré qué puedo hacer.

Aecio dio un par de tragos de su copa, buscando más ocultar su enrojecido rostro que disfrutar del especiado vino. No entendía la razón por la que se encontraba tan turbado. No había vuelto a recordar a esa joven desde hacía meses y, sin embargo, el simple hecho de traerla de nuevo a su mente había despertado en él una inquietante sensación en el estómago. Por un momento se sintió tentado de pedirle a Valente que averiguara su paradero, pero la vergüenza fue más poderosa que su extraño interés en aquella hermosa desconocida.

—¿Qué tal se desarrolla la construcción del nuevo hospital? —preguntó el patricio.

—¡De maravilla! —exclamó Aecio, eufórico por poder liberarse de tan espinoso asunto—. El diseño que ha realizado Isidoro de Mileto es magnífico. El nuevo *xenon* de Sansón va a convertirse en el mejor hospital del imperio. Es todo un complejo. El edificio principal tiene forma de cruz griega, con cuatro alas separadas para cada una de las cuatro secciones, heridas y fracturas, enfermedades de ojos e intestinos, enfermedades generales y la sección de mujeres. En cada sección hay espacio para diez o doce camas, que se distribuyen alrededor de un gran hogar que caliente la sala en invierno. Incluso ha diseñado una techumbre en bóveda de cañón con una cúpula central sobre cuatro columnas que rodea el hogar. La cúpula está elevada sobre un tambor circular en el que se abren ventanas laterales por las que escapará el humo producido por el fuego. ¡Es algo magnífico!

—¿Un fuego por cada sección? —se extrañó el senador—. ¿No es un poco peligroso tantos hogares teniendo en cuenta lo que pasó con el anterior edificio?

—En absoluto. Es una gran ventaja. Todo el recinto estará caliente, y no como en el anterior hospital, que mientras unos enfermos se asaban otros tiritaban de frío. Se puede aprovechar el fuego para hacer la comida de los enfermos de cada sección, con lo que se ahorra tiempo. Por otro lado, salvo los registros de los pacientes, que se conservarán en el centro de la cruz, Isidoro ha distribuido cada elemento en un edificio separado, formando un

gran complejo rodeado de jardines. Ha diseñado construcciones aparte para la cirugía, un almacén, una lavandería, baños, biblioteca, dos capillas, un edificio para los administradores y dos letrinas. Incluso si uno de ellos fuera pasto de las llamas el resto no se vería afectado. Además, el incendio que destruyó el antiguo hospital comenzó en Santa Sofía, no dentro del recinto.

—Parece abrumador —dijo Valente, parpadeando ante la cantidad de datos que salían de los labios de su amigo—. Nunca imaginé que un hospital pudiera necesitar semejante despliegue. Al menos es de agradecer el empeño que ha puesto el maestro Isidoro, aunque es lo menos que podía poner de su parte tras tu compromiso personal.

—Es cierto —admitió el médico—. Jamás pensé que una obra pudiera dar tanto trabajo a un *iatroi*. ¡Esos hombres no paran de contusionarse! Parece que disfrutan dejándose caer encima piedras, herramientas y maderos. En dos meses he visto más dedos aplastados y huesos rotos que en toda mi vida, ¡y aún no han empezado a subirse a los andamios!

—La nueva Santa Sofía es un proyecto tan gigantesco que han tenido que contratar trabajadores de todas partes —aseguró Valente—. Mis criados dicen que toda la ciudad habla de la nueva iglesia, al parecer va a ser algo inimitable.

—Eso he oído. ¡Por cierto! —exclamó Aecio—, ahora que hablamos de Santa Sofía, acabo de recordar que tengo algo que quería mostrarte. Espérame un momento, voy a bajar a mi estudio.

El médico se apresuró a bajar de la azotea, se adentró en sus estancias privadas y rebuscó entre los arcones hasta dar con el cinturón de oro del desconocido a cuyo hijo ayudó cuando la iglesia se encontraba en llamas. Lo había guardado envuelto en un grueso trozo de lana, tras haberlo limpiado concienzudamente, por lo que se encontraba en perfectas condiciones.

—Aquí tienes —dijo Aecio, entregando el paquete envuelto al senador, una vez que subió de nuevo a la azotea—. Espero que tú sepas decirme algo.

Valente retiró el paño de lana, dejando que el brillante metal reluciera bajo la luz del sol. Lo miró con atención, revisando con el ceño fruncido el anagrama que mostraba la hebilla. Durante unos instantes, el patricio pareció concentrado en extraer de su memoria la imagen de dónde había visto antes aquella insignia, hasta que, abriendo la boca con sorpresa, pareció reconocer el complejo símbolo.

—¿Dónde lo has encontrado?

—En Santa Sofía —explicó Aecio—. ¿Recuerdas aquella historia que te conté la noche en la que me refugié en tu casa?

—Vagamente —afirmó el senador—. ¿Te refieres al joven que recogiste entre las llamas y luego murió en tu casa?

—Así es. Lo enterré durante la revuelta con ayuda de tus criados. El padre vino a buscar el cuerpo tras el fin de la insurrección, pero ese cinto quedó oculto entre los ropajes ensangrentados, tirado en un rincón. Ni siquiera los saqueadores se fijaron en él.

—Y no sabes quién es el dueño —supuso Valente, dando vueltas al cinturón en sus manos.

—No. Pero un cinturón de oro es símbolo de los altos funcionarios de la corte, y sé que tú tienes acceso al palacio. Pensé que, tal vez, podrías ayudarme a devolvérselo a su propietario.

—Creo recordar que me contaste que iban disfrazados de campesinos.

—Así es —confirmó el médico—. Pero los ropajes que ocultaban bajo la *paenula* eran demasiado lujosos para tratarse de simples labriegos. Desde que encontré el cinturón he pensado que se trataba de un alto funcionario y su séquito tratando de entrar o salir del Gran Palacio, y que fueron sorprendidos por la turba. ¿Puedes identificarlo?

—Me resulta muy familiar, pero no —negó Valente, con la vista aún fija en la hebilla—. Aunque me gustaría ayudarte con este asunto. ¿Me permites que me quede el *cingulum*? Pasaré por palacio a realizar algunas indagaciones.

—Por supuesto. No hay problema —concedió Aecio, visiblemente satisfecho al comprobar el interés que el patricio parecía tomarse en el tema—. ¿Quieres más vino?

—Te lo agradecería —respondió el senador—, así como que me relataras de nuevo tus andanzas de esa noche, con todo lujo de detalles. Eso me ayudará a ubicar esta magnífica pieza.

Tras reclamar una nueva ánfora de *konditon* a uno de los sirvientes, Aecio se dispuso a abrumar a su invitado con el relato de aquella horrible noche. Por fin había conseguido atraer la atención de su amigo y, tras varias semanas de decadente melancolía, la esperanza anidó de nuevo en el corazón del *iatroi*, al atisbar en los ojos de Valente un breve destello de interés.

De hecho, de no conocer bien a su amigo, el médico habría pensado que aquel rostro sereno se esforzaba por ocultar sus


verdaderos sentimientos.

Constantinopla, 21 de mayo de 532

Contraviniendo sus costumbres, Justiniano se mantenía aún tumbado sobre el lecho. Si bien habitualmente se levantaba antes del alba, sujeto al perenne insomnio que le mantenía en vela durante la mayoría de las noches, ese día había dormido profundamente, y prefería alargar su estancia entre las sábanas de seda y el mullido lecho de plumas.

El sol ya brillaba con fuerza sobre el palacio Sigma, la parte más privada del recinto palaciego, llegando hasta el emperador a través de los vidrios transparentes que cubrían las tres ventanas en arco de medio punto que se abrían en la pared frontal de su dormitorio. El *curopalates*, como cada día, ya debería haber abierto en la hora prima las puertas del palacio y, probablemente, el *primicerius*, su mayordomo personal, estaría a punto de llamar a la puerta de sus aposentos privados, extrañado de que, por una vez, su amo se ajustara al protocolo.

Según los estrictos cánones de la corte, una hora después de la apertura del palacio, el *primicerius* debía acudir al dormitorio real acompañado de los eunucos que ayudarían a vestirse al emperador, antes de que éste se acercara a la capilla personal anexa a rezar una plegaria a Cristo por el nuevo día. Después le abriría paso hasta el salón del trono, donde, mientras desayunaba una ligera ensalada, recibiría al *praepositus sacri cubiculi*. Este cargo, actualmente ostentado por el fiel Narsés, era el encargado de decidir quién debería tener acceso al emperador, por lo que su primera labor durante las mañanas consistía en informar a Justiniano sobre las audiencias programadas. Tras esta cortesía, el emperador concedería su permiso y los llamados serían introducidos a presencia imperial, al tiempo que el *magister officiorum* acudiría con los nuevos decretos para que Justiniano los rubricara con tinta púrpura.

Ése era el orden natural de la vida en el palacio, el mismo que Justiniano se negaba a cumplir una y otra vez, adelantando asuntos o retrasando audiencias a medida que nuevas prioridades ocupaban su mente. Sin embargo, esa mañana el emperador se encontraba extrañamente en paz. Sentía una placidez jamás experimentada en los últimos años de reinado. Para él, era la primera ocasión en que se sentía al frente de una nave que se deslizaba en un mar totalmente calmado.

Los planes para la expedición de Belisario al norte de África marchaban mejor de lo previsto. Los astilleros habían logrado la hazaña de construir medio centenar de galeras de guerra en unos pocos meses, acumulando la mitad de la flota que protegería los transportes militares mucho antes de lo que se pensaba. Los enviados de Corroes para sellar formalmente la paz perpetua con Persia llegarían a la ciudad en septiembre, lo que pondría fin a años de guerras en oriente y liberaría los necesarios recursos militares que permitirían reconquistar todo el imperio. Tras sofocar la revuelta, el pueblo parecía haber vuelto a sosegarse. La cosecha de este año en Egipto se antojaba excelente, y todo hacía pensar que, como cada año, los suministros para Constantinopla se acumularían en Antinoe el 9 de agosto, para partir hacia Alejandría y embarcarse el 10 de diciembre en la gran flota de cargueros que los transportaría a Ténedos, el lugar en el que se almacenaba el suministro de la capital. Y, por último, las obras de Santa Sofía se realizaban a buen ritmo. Pese a las continuas quejas del malhumorado Antemio sobre las imprevistas canalizaciones de aguas subterráneas junto a los cimientos, o la escasez de obreros cualificados, su sueño se iba haciendo realidad siguiendo el calendario previsto.

Todo indicaba que el Señor sonreía a su principal siervo.

Las puertas de su cámara se abrieron con suavidad, al tiempo que alguien se deslizaba en la estancia. Con un mohín, Justiniano se arrebujó entre las sábanas, tratando de alargar por un instante ese momento de tranquilidad, antes de que el *primicerius* se plantara ante él y solicitara su permiso para vestirle.

—Espero que hayas dormido bien.

Justiniano abrió los ojos y parpadeó varias veces, tratando de enfocar la figura que se recortaba frente a la claridad de los ventanales, intentando discernir si la voz que había escuchado era realmente la de su esposa o se trataba de un simple sueño.

—¿Sorprendido? —dijo Teodora, esbozando una pícara sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Justiniano.

—Tenemos que hablar —aseguró ella, sentándose sobre el lecho, junto a su atónito esposo—. Llevo muchos días dándole vueltas en la cabeza a la mejor forma de comentar esto, hasta que me he decidido.

—Pero... —balbuceó el emperador, señalando la puerta con la cabeza—, los eunucos, el *primicerius*...

—Narsés está junto a la entrada —aseguró la emperatriz—.

Tiene órdenes estrictas de alejar a sirvientes y guardias. Será el único que pueda escuchar algo, y ya sabe lo mismo que yo.

—No entiendo nada —negó Justiniano, restregándose los ojos como si aún dudara de estar despierto—. ¿No podemos hablar dentro de un rato, cuando me despeje?

—Parto hoy mismo a las fuentes de la Pythia —indicó Teodora—, y a mi regreso me dirigiré a Hierón. Necesito hablarlo ahora.

—Bien —cedió el emperador con un suspiro—. ¿Qué es lo que ocurre?

—Sé que el incendio de Santa Sofía no fue fortuito.

Justiniano abrió la boca para replicar, pero sus palabras se quedaron atrapadas en su garganta, sin llegar a salir. Durante un instante, el atónito emperador se mantuvo en silencio, observando incrédulo la firme mirada de su esposa.

—¿Cómo lo has averiguado?

Un ligero temblor envolvió a Teodora, apenas perceptible por el débil movimiento de las finas gasas de tela que colgaban del pelo trenzado de la emperatriz. Fue suficiente para que Justiniano se diera cuenta de que había cometido un error. En realidad, ella no estaba realmente segura de su acusación, habían sido sus palabras las que habían confirmado los temores que albergaba el corazón de la emperatriz.

Teodora se levantó muy despacio, con la vista perdida en el suelo, atusando los pliegues de su túnica como si hubiera recibido tal impacto que aún se encontrara mareada y buscara una excusa para centrar sus pensamientos. Respiró con fuerza durante unos instantes y luego se dio la vuelta.

—Debo irme —dijo mientras caminaba hacia la salida, lentamente, como si temiera derrumbarse en cualquier momento.

—¿No quieres saber la razón? —preguntó Justiniano.

—¿La razón? —replicó ella, deteniéndose aunque sin darse la vuelta—. ¿Qué razón puede haber? Has quemado una iglesia, tú, que eres el representante de Dios en la tierra. ¿Acaso hay algo que justifique ese sacrilegio?

—Hice un pacto con el Señor.

Teodora se giró, mirando con extrañeza a su esposo, contemplándole como si se tratara de un desconocido.

—No tengo que contarte todo aquello por lo que he luchado desde que llegué al trono —continuó él—. Eres mucho más que una esposa, eres mi compañera, mi confidente, sabes lo mismo que

yo. Sabes lo cerca que estamos de conseguir renovar este imperio en decadencia, de construir una nueva Roma cuyo esplendor ilumine el mundo. Y sabes también que ese sueño morirá con nosotros si no tenemos un heredero, un hijo varón que recoja nuestro legado y pueda asentar ese nuevo imperio mientras aún es frágil.

—¿Qué tiene que ver eso con quemar la iglesia más sagrada de Constantinopla?

—Me he torturado durante los últimos años. Pasando las noches en vela, preguntándome cómo era posible que nuestro amor no fructificara, que la pasión que siento por ti no lograra que mi semilla creciera en tu interior. Cada noche vagaba por palacio, preguntándole al Señor en qué le había fallado, hasta que un día me lo dijo.

—No me tomes por una necia —replicó ella con enojo—. ¿Pretendes que me crea que Dios te ordenó quemar su más preciado templo?

—Le pedí una señal y Él la envió —insistió Justiniano—. Su mano dejó caer una estrella desde el cielo, por encima de Santa Sofía. Casi pude escuchar cómo me susurraba al oído. Debía realizar una ofrenda, una cuyo esplendor cegara a los hombres durante mil años, que inundara sus almas de luz, y demostrara al mundo que la nueva Roma será un imperio cristiano, bendecido por el Señor.

—Y para ello provocaste una revuelta.

—No yo, el Señor —corrigió Justiniano—. Yo sólo soy su representante.

—Eso sólo es una excusa —dijo Teodora—. Todos somos responsables de nuestros actos.

—¿Y acaso no lo fueron las facciones cuando se alzaron contra nosotros? ¿Acaso el pueblo no tiene responsabilidad? No fui yo quien puso las antorchas en sus manos, ni el que señaló con el dedo a quién debían matar. Si no hubiese sido un plan de Dios, habría bastado con que verdes y azules se mantuvieran dentro de la ley para que la insurrección no hubiera estallado. ¿Acaso fui yo quien pidió al senado que apoyara a ese necio de Hypacio y lo aupara al trono? Y respóndeme a una última cuestión, ¿acaso no fuiste tú quien me indicó que no le perdonara la vida?

—No es justo que me acuses de eso —aseguró Teodora—. Hice lo que debía para conservar el imperio en tus manos.

—Lo sé —confirmó Justiniano, levantándose y acercándose a

su esposa—, y yo he hecho lo que debía para que ese imperio, que tú has puesto en mis manos, se convierta en la nueva Roma que ansía el Señor. Mi dulce Teodora, ¿aún no lo entiendes? Piénsalo, si Dios desaprobara alguno de mis actos, ¿por qué aún sigo ostentando el cargo de emperador? ¿Por qué aún luce la corona sobre mi cabeza? Un río no fluye en una dirección si Dios no lo quiere, pues basta un soplo de su boca para que las montañas se derrumben y los hombres perezcan. El Todopoderoso me ha indicado el camino. Yo confío ciegamente en el Señor, ahora sólo espero que, si de verdad me amas, confíes tú en mí.

Dos lágrimas cayeron por las mejillas de Teodora, cuando la emperatriz fue incapaz de reprimir el llanto por más tiempo. Justiniano la abrazó con fuerza, mientras ella se agitaba entre sollozos.

—Tenía tanto miedo —dijo Teodora, mientras se entregaba a los brazos de su esposo—. Pensaba que habías enloquecido, o que habías traicionado al Señor.

—Jamás haría tal cosa —aseguró Justiniano—. Nunca podría volverme contra Dios, no después de que me haya concedido todo cuanto poseo, riquezas, un reino, un destino y, por encima de todo, la más valiosa de las compañeras. Si de verdad he perdido la razón, ruego al Señor que no cure mi locura, porque soy el insano más feliz sobre la faz de la tierra.

Ella se separó, sonriendo mientras acariciaba el rostro de Justiniano con ambas manos.

—Debo de estar horrible —dijo Teodora, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—No digas tonterías. Jamás has estado tan bella —aseguró Justiniano, besándola con fuerza.

—¿Me permitirás que me disculpe por haber dudado de ti? —preguntó ella, deslizando su mano por el pecho del emperador, aún desnudo después de abandonar el lecho.

—Pero… —dudó Justiniano—, ¿qué pasa con tu partida? Tienes un séquito de tres mil personas esperando para acompañarte a las fuentes de la Pythia.

—Que esperen —dijo Teodora, empujando a su esposo hasta la cama y arrojándole sobre el lecho—. Tengo pendiente una audiencia contigo, y al emperador no se le hace esperar —añadió, despojándose de su túnica.

Al otro lado de la puerta, Narsés se alejó unos pasos, tratando

de ocultar el enojo que le producían los audibles jadeos que surgían del dormitorio. Ya había escuchado cuanto necesitaba.

Con una sonrisa, recordó una de las frases que acababa de pronunciar Justiniano: «¿Por qué aún sigo ostentando el cargo de emperador?» Ese necio tenía razón al preguntárselo, sobre todo porque acababa de ofrecer al eunuco lo único que precisaba para poner en marcha su plan.

Dado el acceso que su puesto le concedía al emperador, asesinar a Justiniano no resultaría complicado para Narsés, únicamente necesitaba esperar el momento propicio. El verdadero problema consistía en conseguir un chivo expiatorio en el que recayeran las sospechas, de forma que Teodora jamás pudiera imaginar que él, su fiel Narsés, fuera el verdadero responsable de la muerte de su esposo.

Encontrar a la persona correcta para que se convirtiera en su coartada era cuestión de ir descartando nombres. Los requisitos eran pocos, pero tan exhaustivos que los candidatos quedarían reducidos a uno solo. Muchos poseían la posición y las riquezas suficientes como para tratar de auparse al trono, y la mayoría de ellos disponía de un buen motivo para odiar a Justiniano. Pero muy pocos osarían arriesgarlo todo en una conjura y, por encima de todo, de entre ellos, sólo uno era públicamente conocido como enemigo jurado del propio Narsés, lo que aseguraría que jamás se relacionara al eunuco con la muerte del emperador.

El único que cumplía todos los puntos era Juan de Capadocia. Sin embargo, desde que comenzó a concebir su plan, Narsés no había encontrado la forma de motivar al antiguo prefecto para que diera el paso, no había dispuesto de un cebo para hacerle picar el anzuelo.

Hasta ahora.

Repasando mentalmente la lista de alimentos que debía comprar, Penélope descendió las escaleras con cuidado, precavida ante una posible rotura de los peldaños de madera. Después del susto pasado en la calle diez días antes, lo último que quería era despeñarse escaleras abajo con su hijo en brazos, tal y como le había pasado a una madre que vivía justo encima de ella. Absorta en comprobar cada escalón, no descubrió a Gregorio hasta que llegó hasta el suelo del patio.

—Buenos días —saludó el joven aprendiz.

—¡Gregorio! —se sorprendió Penélope—. Me alegro de verte,

¿qué te trae por aquí?

—He oído que éste es un buen barrio para los héroes torpes —explicó él, encogiéndose de hombros.

—Eso dicen —corroboró ella con una sonrisa—. ¿Aún te molesta la herida?

—Ya está casi curada —dijo Gregorio, moviendo el brazo en el que había recibido la cuchillada para demostrar sus palabras—. Además, no hay mal que por bien no venga. Mi maestro me ha dado dos semanas libres para que me recupere. Y, dado que no puedo acarrear ladrillos, he pensado que podría pasar el día en tareas más atractivas.

—¿Como salvar damas en apuros?

—Había pensado en algo menos peligroso —rectificó él—. Por ahora no me apetece recibir más tajos, ¡no sabes lo que escuecen!

—Me lo imagino —aseguró ella riendo.

—¡Hola, Platón! —saludó Gregorio, al comprobar que el niño le miraba con curiosidad—. ¿Puedo llevarle yo un rato?

—No te molestes —dijo ella—. Pesa bastante, no quiero que te resientas de tu herida.

—No te preocupes —insistió el aprendiz, echando las manos al pequeño mientras le hacía carantoñas.

Con un suspiro, Penélope dejó a Platón en los brazos de Gregorio, quien lo recogió con el brazo sano y comenzó a hacerle cosquillas con la otra mano.

—¿Tienes hijos? —preguntó ella, sorprendida por el interés que el aprendiz mostraba por el pequeño.

—No. Desgraciadamente, el matrimonio que mi madre preparó para mí no salió bien —comentó Gregorio.

—Lo siento —aseguró Penélope.

—Son cosas que pasan. Además, tal vez fuera para bien.

—¿Por qué lo dices?

—Sé que puede parecer un poco precipitado pero, aunque nos conocemos desde hace diez días y sólo hemos pasado una tarde juntos, quería preguntarte si me das tu permiso para venir a verte.

—¿Cómo? —se asombró ella.

—No te estoy pidiendo un compromiso formal —aclaró Gregorio—, únicamente me gustaría tener la oportunidad de conocerte. Te seré sincero, desde que nos encontramos no he podido dejar de pensar en ti, pero, al mismo tiempo, me digo a mí mismo que apenas sé nada sobre cómo eres o sobre tu vida.

—Te agradezco tu ofrecimiento, y me siento halagada —aseguró Penélope—. Pero no hace mucho que he perdido a alguien muy querido, y no creo que esté preparada para comenzar de nuevo.

—Lo entiendo, y seré paciente —afirmó el aprendiz—. Simplemente podemos vernos de vez en cuando para pasear o ir a la iglesia. Si después de un tiempo piensas que nos hemos equivocado prometo desaparecer sin que necesites decírmelo dos veces. Tienes absoluta libertad para hacerme salir de tu vida. Sólo te pido una oportunidad para conocernos.

—No sé qué decir…

—No hace falta que te decidas ahora —indicó Gregorio con seriedad—. ¿Adónde ibas?

—Al mercado.

—En tal caso, podemos ir juntos, sólo para hablar —aseguró él—. Dejemos que el río siga su curso, ya veremos adónde nos conduce la corriente.

—Sólo para hablar —insistió Penélope.

—Lo prometo.

Penélope le miró a los ojos, buscando algo en ellos que le indicara lo que debía hacer. Sin embargo, excepto por el considerable atractivo que irradiaba Gregorio, nada pudo extraer de su expresión que la convenciera para aceptar o rechazar su ofrecimiento. La lógica la impulsaba a ceder. Se trataba de un miembro de un gremio, joven y apuesto, a quien pocas mujeres en su posición rechazarían. Y el hecho de que arriesgara su vida por una desconocida decía mucho de él como persona. Por otro lado, aún estaba tratando de recomponer su vida tras la marcha de Drías. Lo último que le apetecía era iniciar una nueva relación con alguien a quien apenas conocía.

Platón se agitó en brazos de Gregorio, y éste le hizo cosquillas en la tripa, consiguiendo tranquilizarle de nuevo. Eso fue lo que, finalmente, decidió a Penélope. Su hijo necesitaba un padre que pudiera cuidar de él.

—Está bien —dijo ella, viéndose respondida por una sonrisa de Gregorio—. Espero que no te aburran las compras.

Constantinopla, 3 de febrero de 533

Juan de Capadocia se echó hacia atrás hasta que sintió cómo su espalda crujía. Aún no se había acostumbrado a la silla curul sobre la que estaba sentado, frente a una gran mesa rectangular en la que se amontonaban toda clase de papiros y pergaminos.

Apenas habían pasado tres meses desde que el emperador le reintegrara a su antiguo puesto como prefecto de oriente. Su predecesor, el patricio Focas, había fallecido repentinamente tras sentirse indispuesto después de una comida. De hecho, algunas voces se habían hecho eco del rumor que circulaba por el Gran Palacio, según el cual, el recto y honrado patricio había sido envenenado. De no ser porque Juan de Capadocia se encontraba fuera de Constantinopla, revisando una de sus grandes fincas de cría de caballos, todos le habrían acusado de ser el instigador de la muerte de Focas. Aun así, su ausencia de la capital no constituía ninguna prueba para el pueblo, que, en un emotivo ceremonial público, lloró la muerte de un hombre justo; casi tanto como la vuelta del capadocio a su antiguo puesto.

El vulgo era caprichoso, y recogía cualquier comentario, por infundado que fuera, que le permitiera alimentar su odio contra el que consideraban principal culpable de los impuestos que soportaban. No es que a Juan de Capadocia le importara realmente lo que la gente pensaba de él, pero resultaba irónico que le difamaran por medio de un crimen que no había cometido.

De hecho, tenía mucho que agradecer a su predecesor. En los escasos diez meses que se mantuvo al frente de la prefectura, Focas había incrementado los ingresos del tesoro, perseguido a los funcionarios corruptos y esbozado una profunda reforma del funcionariado. Pese a que gran parte del aumento en la recaudación se debía a la honradez del patricio, lo que ahora le dificultaba quedarse con parte del suculento bocado, los éxitos de Focas impresionaron a Juan.

Entre las ideas del fallecido patricio para reformar la burocracia del gobierno, como la de eliminar la caduca forma de medir el tiempo en los juicios o suprimir los treinta y siete sólidos que debía pagar un litigante para iniciar acciones legales mediante la emisión de un mandato judicial, Juan introdujo varias propias, como la de prohibir la compra de puestos que se hacía a los que

dejaban un cargo público o a la viuda de los funcionarios que fallecían. De esta forma, Focas le serviría como escudo a la hora de imponer las medidas más impopulares.

Incluso el cambio del estrecho atril que antes presidía las estancias del prefecto por una ancha mesa rectangular resultaba del agrado de Juan de Capadocia. Lo único a lo que parecía incapaz de acostumbrarse era a esa incómoda silla.

Unos golpes resonaron en su puerta, justo antes de que su ayudante asomara la cabeza implorando con los ojos permiso para pasar. Juan emitió un sordo gruñido por toda contestación, y el *cancellarius* entró en la sala acompañado de una bella mujer.

—Esta dama insiste en veros a solas —indicó el ayudante, señalando a la joven, cuyo rostro tapaba un velo que tan sólo dejaba ver sus ojos—. Aunque no ha querido darme su nombre ni comentar el asunto que la trae aquí —añadió el *cancellarius* con resentimiento.

Juan de Capadocia recorrió con la mirada el voluptuoso cuerpo de la joven, apenas disimulado por la amplia túnica con la que se cubría, imaginando qué tipo de asunto podría atraer a una dama así a sus estancias. No sería la primera vez que una mujer le entregaba su cuerpo a cambio de condonar una deuda que asfixiaba su casa, por lo que asintió a la petición con una sonrisa.

—Déjanos —ordenó al ayudante—, y cuida que nadie nos moleste durante un rato.

El *cancellarius* asintió con evidente fastidio, saliendo de la sala y cerrando la puerta tras él.

—¿Qué puedo hacer por tan bella dama? —inquirió Juan, levantándose de la silla y desplazando su gigantesco cuerpo hasta la recién llegada, tratando de impresionarla con su fortaleza física —, y, ante todo, ¿cómo debo llamaros?

—Soy una de las damas de la emperatriz —se identificó la mujer, dejando caer su velo y mostrando su rostro—. Por lo que lo mejor será que mantenga mi nombre en secreto.

El prefecto detuvo su avance en cuanto escuchó las palabras de la joven. Su animadversión por Teodora era algo conocido por todos, al igual que el profundo odio que la emperatriz sentía por el capadocio. Que una de sus damas acudiera a verle resultaba totalmente inesperado.

—¿Venís de parte de la emperatriz? —interrogó Juan, sopesando si llamar al *cancellarius* y ordenarle echar a la calle a esa joven.

—En absoluto. De hecho, una vez que salga de aquí negaré haber pisado vuestras dependencias. Si la señora tuviera conocimiento de lo que os voy a revelar acabaría pudriéndome en una de las celdas del Gran Palacio, alimentada por un sordomudo y sin volver a vislumbrar la luz del sol.

—No acabo de entender lo que decís —indicó el prefecto, desorientado por los comentarios de la joven.

—Me explicaré —indicó ella, tomando aire como si quisiera reunir el valor necesario para afrontar su relato—. Hace meses acudí junto a mi señora a un encuentro con su esposo, el emperador, una vez vuelta su majestad de su estancia en Hierón. Se nos obligó a salir de la estancia, y la guardia de eunucos tomó posiciones junto a la puerta para evitar que nadie escuchara lo que allí se hablaba. Mientras mis compañeras esperaban en los pasillos, yo salí a los jardines anexos al pabellón, buscando un poco de aire. Era una tarde calurosa y el denso aire del palacio me agobiaba, así que me senté a la sombra del propio edificio, junto a una ventana baja. Casualmente, aquella ventana daba a las dependencias privadas de su majestad, y pude escuchar su conversación.

—Continúa —pidió Juan de Capadocia, cada vez más intrigado por el relato de la joven.

—Pensé que se trataría sólo de uno de sus encuentros amorosos, pero, para mi sorpresa, comenzaron a hablar de Santa Sofía.

—¿Y qué tiene eso de secreto? —preguntó el prefecto.

—Eso mismo me pregunté yo. Confieso que me picó la curiosidad, y apliqué el oído para atender a sus palabras. Al principio no acababa de entenderles, pero luego la conversación comenzó a tomar forma. La emperatriz estaba asustada. Hablaron de un horrible secreto que debía ser guardado a toda costa. Un secreto que podría arrojarlos del trono.

—¡Bueno! —urgió el capadocio—. ¡No me tengas en ascuas! ¡Dime qué era!

—Todo tiene un precio —comentó ella, desafiando con la mirada al prefecto.

—¿Acaso piensas que soy un estúpido? —replicó indignado Juan de Capadocia—. ¿De verdad piensas que te daré un simple óbolo sin saber siquiera de qué has venido a hablar?

—Lo que yo pido son sólo migajas —indicó la tozuda joven—, y, en cualquier caso, si no os satisface el secreto que voy a revelar siempre podéis arrebatarme de nuevo cuanto pida.

Frunciendo el ceño, Juan observó con detenimiento a la muchacha. En cualquier otra circunstancia hubiera ordenado que la apalearan y la arrojaran a la calle, pero, a fin de cuentas, no perdía nada por prometerle una recompensa y, tras escucharla, despedirla sin darle ni una moneda.

—Está bien —cedió el capadocio—. ¿Cuál es tu precio?

—Diez mil sólidos de oro.

—¡Diez mil! —gruñó el prefecto—. ¿Te burlas de mí?

—Como he dicho antes —insistió la joven—, si la información no los vale, podéis quedaros con todo.

—De acuerdo —admitió el prefecto, suspirando de impaciencia —. Tendrás tu dinero. Pero reza para que lo que tienes que decir valga la pena, si no es así tal vez decida cobrarme los intereses contigo. Y ahora, dime de una maldita vez de qué se trata.

—Fue el emperador quien provocó la revuelta de la *Nika* —reveló la joven—. Lo hizo para tener una excusa, alguien a quien culpar de su propio sacrilegio.

—¿A qué sacrilegio te refieres?

—Santa Sofía, la iglesia de la divina sabiduría, ardió por orden del emperador —susurró ella, persignándose al tiempo que confesaba el crimen.

—¿El emperador? ¿Quemar una iglesia? —se mofó Juan de Capadocia, soltando una risotada—. ¿De verdad esperas que me trague esa patraña?

—Os juro que es la verdad —insistió la mujer—. Mi señora aseguraba que otros podrían descubrirlo interrogando a los constructores de la nueva basílica. Al parecer, las órdenes por las que se les llamaba a Constantinopla se emitieron antes de que estallara la revuelta, así como otras destinadas a acumular materiales en las canteras de mármol de Mármara. Esas órdenes fueron firmadas por Justiniano, de su propio puño y letra. Su majestad insistía en que debían desaparecer de los archivos imperiales, pues pensaba que si el pueblo descubriera la verdad se alzaría contra el emperador; incluso el propio patriarca Epifanio clamaría contra ellos. Como prefecto tenéis acceso a los archivos y podéis comprobar cuanto digo. Con esas órdenes tendríais en vuestras manos un arma muy poderosa, capaz incluso de derribar a Justiniano del trono.

—No puedo creerlo —negó Juan de Capadocia—, y, de ser cierto, ¿por qué vienes a contármelo a mí?

—Os mostraré por qué —dijo la joven.

Dándose la vuelta, dejó que su túnica se deslizara de sus hombros, mostrando su espalda al prefecto. Decenas de profundas cicatrices cruzaban la blanca piel de la joven, cubriendo su espalda con un mar de largas líneas dentadas.

—Esto es lo que esa maldita bruja me hizo —aseguró la mujer, cubriéndose de nuevo y girándose para mirar al asombrado prefecto—. Éste es el pago que me dio por derramar un ánfora de vino sobre sus asquerosos vestidos. Ésta es la razón por la que he llamado a vuestra puerta y no a otra, a la puerta de quien Justiniano destituyó injustamente. Por eso creo que sois el único que puede comprender el odio que anida en mi corazón.

Asintiendo con la cabeza, el prefecto no pudo sino admitir que él también hubiera mandado azotar a uno de sus sirvientes si fuera tan torpe como para arrojar un ánfora de vino sobre su ropa. Lo que realmente impresionó a Juan de Capadocia fue el hecho de que un criado pudiera traicionar por ello a su amo. Mientras contemplaba a la joven, tomó nota mentalmente de que, en lugar de castigar de manera ejemplar a un sirviente libre, lo mejor era matarlo. Así se evitaría que uno de los criados de su casa pudiera acudir a uno de sus enemigos a vender sus secretos, como ahora hacía la dama de Teodora.

—Tus motivos para odiar a la emperatriz me parecen evidentes —admitió el prefecto—. Pero eso no me garantiza que lo que me has contado sea verdad. A fin de cuentas, ¿por qué querría el emperador quemar una iglesia?

—También puedo responder a esa pregunta —confirmó ella—. El emperador cree que Dios le ha hablado, que le prometió concederle un hijo a cambio de que él construyera la más majestuosa iglesia que el mundo haya conocido. Una especie de ofrenda a cambio de un descendiente varón.

—Todos sabemos las ansias de Justiniano por tener un hijo —desdeñó Juan de Capadocia—. Eso no dice mucho sobre tu secreto. Además, yo era prefecto hasta esa maldita revuelta, si el emperador hubiera planeado realmente construir una iglesia tan impresionante, es indudable que yo...

El prefecto detuvo su argumentación. En su mente apareció la mañana en la que Justiniano le reclamó, solicitándole una suma increíble para un nuevo proyecto que no quiso desvelar, un proyecto planificado antes de la revuelta. Las cuentas y el costo de las obras de Santa Sofía eran responsabilidad del *magister officiorum*, pero tan inmenso proyecto era tema común de los corros de funcionarios, y se estimaba que el coste total superaría

los veinte millones de sólidos.

La misma cifra que el emperador le pidió que reuniera.

—¿Os encontráis bien? —preguntó la joven, sorprendida ante el silencio del prefecto.

—Creo que os debo diez mil sólidos —indicó Juan de Capadocia—. Me gustaría que nuestra relación continuara en el futuro. Me sería de gran ayuda disponer de una amiga dentro del círculo más estrecho de la emperatriz.

—Lo siento —negó la joven—. Pero nunca volveré a servir a esa furcia envuelta en joyas. En cuanto recoja mis cosas huiré al otro extremo del imperio y desapareceré para siempre. Sólo espero que reciba su merecido.

—Lo hará —afirmó el prefecto—. Te lo garantizo. Mi ayudante te pagará la suma acordada.

Cubriéndose de nuevo el rostro, la joven abandonó la estancia, no sin antes enviar una profunda mirada al prefecto. Sin embargo, aunque hubiera bastado mucho menos para encender la lujuria de Juan de Capadocia, el prefecto ni siquiera se inmutó mientras la muchacha se marchaba. Toda su atención se concentraba en una simple frase que parecía inundar su cabeza: «Te envolverás en el ropaje de Augusto.»

—¿Y bien?

—Todo ha salido como esperabais.

Emitiendo un suspiro de alivio, Narsés sonrió a la joven.

—Supongo que habrá sido duro —comentó el eunuco—. Toma, bebe un poco de vino, eso calmará tus nervios —añadió, alargando una copa a la muchacha.

—Gracias —dijo ella, recogiendo la copa que le ofrecía Narsés —. Cuando he entrado en esa sala he estado a punto de vomitar. ¡Si hubierais visto la mirada de lujuria que me ha dirigido! ¡Es un cerdo!

—Lo entiendo —aseguró el eunuco, acercándose a la joven y poniéndole una mano en el hombro para mostrarle su apoyo—. Pero has prestado a la emperatriz un servicio impagable.

—Eso espero —indicó ella—. La verdad es que no acabo de entender quién podría creer esas terribles infamias de la señora, aunque dudo que ese asqueroso capadocio tenga algo en la cabeza que no sean mujeres desnudas.

—El prefecto es más inteligente de lo que parece —afirmó

Narsés, mientras la joven tomaba un largo trago de vino—, y puede representar un peligro para la emperatriz.

—¿Y en qué le beneficia a la señora que engañemos al prefecto?

—Permíteme que no conteste a esa pregunta, querida. Sólo confía en mí.

—Lo hago ciegamente —aseguró la joven—. Todas sabemos que no hay nadie más fiel con nuestra señora que su jefe de eunucos. La emperatriz os tiene en tan alta estima que muchas sentimos celos.

—Eres un encanto —dijo el eunuco—. Si he de ser sincero hasta haces que me resulte difícil recompensarte por tus servicios.

—No necesito recompensa alguna —afirmó ella—. Todo lo he hecho por la señora.

Narsés asintió, contemplando a la joven. Aún mantuvo la mano sobre su hombro cuando ella comenzó a sentir el dolor en el estómago.

—Yo… —balbuceó la joven, mirando al eunuco con incomprensión.

—Tranquila —dijo el eunuco con suavidad, abrazando a la muchacha mientras se derrumbaba sobre el suelo entre convulsiones—. No te preocupes, querida, acabará pronto. Te esperan los ángeles en el cielo.

Mientras la mujer exhalaba su último aliento, Narsés se persignó, rezando una corta oración por el alma de la joven. Aquella muchacha había cumplido con su parte a la perfección. El eunuco había necesitado varios meses para dar con la persona adecuada, y nadie mejor que ella. Su anterior marido la había azotado sin piedad hasta despellejarle la espalda, al averiguar que le había sido infiel. Al enterarse, Teodora encerró al furibundo esposo en una de sus temidas celdas, donde nunca más volvería a ver la luz del sol, al tiempo que se ganaba el eterno agradecimiento de su dama. Para Narsés, las recientes cicatrices de la joven le proporcionaban la credibilidad necesaria para que Juan de Capadocia admitiera su relato. Sin embargo, lamentablemente, también eran un faro cuya luz el prefecto podría rastrear con facilidad, lo que suponía un eslabón débil en la cadena. No le quedaba otra opción que hacerla desaparecer.

Mientras cerraba los ojos de la fallecida, al igual que cuando ordenó envenenar a Focas, el anterior prefecto de oriente, Narsés se preguntó si había hecho lo correcto. La respuesta de su

conciencia fue que sí, que mientras actuara por amor no podría equivocarse.

Y si había alguien en aquel palacio que amase a Teodora, ése era Narsés.

Antemio bajó del carro quejándose por el continuo traqueteo sufrido durante el trayecto. Con cara de pocos amigos, rechazó la mano que le ofrecía el carretero y bajó torpemente por sus propios medios, con el ceño fruncido y soltando pestes del transporte.

Pasado casi un año desde el comienzo de las obras en Santa Sofía, las primeras fases de la construcción de la basílica habían acabado. Sin embargo, ninguno de los ingenieros se sentía satisfecho con el tiempo invertido en lo realizado hasta el momento. La aparición de las aguas subterráneas y su necesaria canalización por medio de complejas obras dirigidas por el propio Antemio habían sido una molesta sorpresa, pero nadie podía haber previsto que la antigua basílica de Teodosio se asentara sobre un terreno tan proclive a hundirse. Sin embargo, el lento endurecimiento de los cuatro grandes bloques de mortero que cimentarían los pilares principales del edificio era algo que los ingenieros deberían haber previsto. Cada una de las cimentaciones se componía de un gigantesco bloque de mortero de treinta y cinco por dieciocho codos, con casi catorce codos de espesor. En cantidades tan grandes, el mortero tardaba semanas en fraguar. El mes escaso previsto para que los cimientos se endurecieran se había convertido en más del doble, antes de que se pudiera proceder a la nivelación final del terreno por medio de una nueva capa de mortero duro de alta calidad. Eso añadía un nuevo retraso, uno más que se sumaba a la falta de obreros especializados, las absurdas peticiones del patriarca y la escasez de materiales.

Precisamente, este último punto era el que había obligado a Antemio a realizar tan incómodo viaje hasta los hornos de ladrillo situados a cien estadios de distancia de la ciudad. Una de las condiciones de Justiniano consistía en que todos los materiales con los que debía construirse su preciado templo fueran de la máxima calidad. Cuando Antemio insinuó que los muros se levantaran por medio de dos caras de ladrillo que cubrieran un cuerpo central de cascotes, como se solía realizar habitualmente en las construcciones corrientes, el emperador se negó rotundamente a aceptar lo que denominó «una burda estafa al Altísimo».

Junto a la mayor necesidad de ladrillos impuesta por las

exigencias del emperador, las columnas monolíticas de la basílica se habían convertido en una de las piezas clave de la construcción. Debido a su altura y a la calidad de los materiales con las que se pensaban realizar eran muy complicadas de obtener, pues ninguna cantera del imperio podría entregarlas todas, por lo que los ingenieros debían recurrir a un aglutinado de mármoles de diversa índole, traídos de todos los rincones de oriente. A tal tarea se había dedicado Isidoro de Mileto, recabando información de cuantas canteras pudo, así como realizando cortos viajes a una u otra. Finalmente, las canteras de Atrax, en Tesalia, se comprometieron a tallar en su mármol verde ántico las grandes columnas centrales que dividirían las tres naves de la iglesia. Del Proconeso saldrían las columnas de los pasillos superiores y las ocho columnas cuadradas que flanqueaban el ábside central, así como el mármol de los marcos de las puertas o las celosías de las ventanas. Las exedras que rodeaban dicho ábside serían elevadas sobre columnas de pórfido rojo traído de Egipto, de las canteras situadas a doscientos cincuenta estadios de Tebas, y transportadas por barco desde el Nilo.

Semejante distribución de los materiales, sin contar con los que, más adelante, serían dedicados a la decoración de la iglesia, suponía un peligro añadido a la construcción. Bastaba con que uno de los barcos que llegaría de Egipto se hundiera, una de las columnas que se desplazarían desde Tesalia se agrietara por el camino, o una de ellas se rompiera al colocarla, para que toda la obra se retrasara durante meses.

Abrumado Isidoro con la obtención de los preciados mármoles, Antemio se había visto obligado a centrar su atención en la distribución de ladrillos, algo de lo que debería haberse ocupado el *protomaistor* del gremio de albañiles, de no ser por su burda excusa de asistir a una boda para tratar de demorar lo que, para el rígido Antemio, debía ser una prioridad absoluta.

—Bienvenido, maestro Antemio.

Un hombre de mediana edad, vestido con una sucia túnica corta y con las manos enrojecidas por el polvo de los ladrillos, dio la bienvenida al ingeniero, tras lo cual le solicitó que le acompañara a ver al jefe de los hornos.

Antemio siguió a su guía entre los profundos surcos que los carros que transportaban los ladrillos habían dejado a ambos lados del camino. A su derecha, no muy lejos, la cantera de donde se extraía la arcilla que formaba la base de los ladrillos se mostraba casi vacía de operarios, como un hormiguero del que hubieran

huido todas las hormigas. Un poco más adelante, junto al pequeño río del que se extraía el agua mediante una rueda, un grupo de trabajadores la mezclaba con arcilla por medio de azadas o con los pies, en hoyos poco profundos, en los que reposaría la mezcla un mínimo de un día, y hasta una semana para el caso de los ladrillos de mayor calidad.

—¡Maestro Antemio! —saludó el jefe de los hornos, un hombre de fuerte complexión con la cara y el pelo tiznados de humo—. Vuestra presencia nos honra.

—Basta ya de halagos y efusividades —comentó secamente el ingeniero—. No es que tenga deseos de volver a subir a ese maldito carromato que me ha traído hasta aquí, desencajándome los huesos por el camino, pero me gustaría estar de vuelta en Constantinopla esta misma noche.

—Directo al grano, ¿eh? —se burló el hombre, limpiándose la cara con un mugriento trozo de lino, que debió de ser blanco tiempo atrás—. ¿En qué puedo ayudaros?

—Nuestro jefe de obras realizó el año pasado las gestiones necesarias para que nos proveyerais de ladrillos —comenzó Antemio.

—Así es —confirmó el jefe de los hornos—. Un tipo bastante agradable. Todo está previsto.

—Necesitaremos más material del que estaba previsto.

—¿Más? ¿Cuánto más?

—La mitad de lo que ya os solicitamos.

—¡Eso es imposible! —rugió el jefe de los hornos—. Miguel solicitó cuatro millones de ladrillos, el cuádruple de lo que se necesitaría para construir una iglesia de tamaño medio. A eso hay que añadir casi un millón más, teniendo en cuenta los ladrillos que se rompen y los que se cuecen mal. Si queréis otra mitad —añadió el hombre, haciendo cálculos con los dedos—, ¡implicaría otros dos millones y medio de ladrillos! ¡Imposible!

—No me gusta la palabra «imposible» —aseguró Antemio sin inmutarse—. Contratad más personal. No habrá problema de dinero.

—No siempre es cuestión de más personal —indicó el jefe de los hornos, señalando una zona en la que varios hombres daban forma a la mezcla, alineando rápidamente los ladrillos tiernos sobre largas mesas de piedra pulida cubiertas de arena—. Para preparar los ladrillos se utilizan moldes de madera, con lo que dos hombres trabajando en equipo pueden preparar unos cuatro mil en

un día. Mientras uno trae la arcilla en una cesta el otro va dando forma a los ladrillos con el molde.

—Bien —interrumpió Antemio—. No veo el problema.

—Esperad, ése es sólo el primer paso. Los ladrillos tiernos se dejan secar y luego se cuecen —prosiguió el hombre, señalando la ladera de una colina cercana, en la que se elevaban grandes estructuras redondas de ocho codos de diámetro rematadas por una chimenea cónica—. Cada horno tiene dos pisos, en el de abajo arde el fuego, alimentado por leña o carbón, y en el de arriba se apilan los ladrillos en diez niveles. Entre ambos pisos se abre una serie de hendiduras para dejar pasar el calor y el humo. Para que el calor se distribuya de forma homogénea entre los ladrillos hay que colocar las piezas de una manera muy determinada, lo que hace que el proceso de llenado del horno sea complicado y, aunque la cocción sólo dura unas doce horas, después hay que dejar enfriar el horno durante una semana. Eso implica que cada hornada de unos cinco mil ladrillos tarda una semana en cocerse.

—No entiendo adónde va a parar tanto cálculo —insistió Antemio.

—Sólo podemos cocer los ladrillos durante la temporada de verano. Como se puede ver, ahora apenas tenemos trabajadores. Únicamente la gran demanda nos hace tratar de aprovechar estas semanas secas del invierno para poner en funcionamiento un par de hornos. Pero cada uno de ellos no se puede usar más que unas diez o doce veces al año, lo que supone que no fabrique más de cincuenta o sesenta mil ladrillos al año.

—Ya basta de elucubraciones —ordenó Antemio.

—Para cumplir el compromiso que me pidió vuestro jefe de obra tendré que utilizar en exclusiva veinticinco hornos durante cuatro años. En la ladera sólo hay espacio para treinta hornos. Aunque os entregara toda mi producción durante los próximos cinco años no podría satisfacer lo que me pedís.

—Pues construid hornos en esa explanada —indicó Antemio, señalando un gran espacio vacío a un lado de la ladera en la que se elevaban las estructuras circulares.

—Los hornos se construyen en pendiente para facilitar el llenado y mejorar el aislamiento. Los ladrillos no se cocerían igual si el horno se encontrara en medio de una explanada, azotado por el viento, y si no se cuecen bien serían demasiado frágiles y se romperían al cargarlos con peso.

—¡Pues construidlos enterrados en el suelo! —gritó Antemio,

exasperado por las pegas del jefe de los hornos.

—¡Tardaríamos una eternidad en llenarlos! —se defendió el hombre, alzando la voz tanto como el ingeniero—. Además, el fuego se debe mantener ardiendo en la base durante doce horas. Se necesita que la base sea accesible para poder alimentar las llamas durante ese tiempo. Si lo enterramos en el suelo, ¿cómo podríamos hacerlo?

—Excavad una galería junto a cada horno —sugirió el ingeniero, hablando despacio como si se dirigiera a un niño—. O, mejor aún, dejad un lado abierto al aire, mediante una rampa que descienda desde el suelo hasta la base del horno.

—Mis hombres son *ostrakarioi* —dijo indignado el jefe de los hornos—. Fabrican ladrillos, no imitan a los topos.

—¿Si os envío a los trabajadores necesarios para excavar la explanada construiríais los hornos? —inquirió Antemio, después de realizar un par de profundas respiraciones para controlar la ira que le subía por la garganta.

—En ese caso… ¿por qué no?

—Bien. Mañana mismo enviaré al *protomaistor* del gremio de albañiles con una cuadrilla de peones.

—¿Mañana? —repitió el jefe de los hornos—. No creo que sea posible comenzar tan rápido. Estamos centrados en aprovechar estos días sin lluvias y…

—Mañana vendrán los peones o los guardias del emperador —interrumpió secamente Antemio, dirigiendo una mirada glacial al jefe de los hornos—. Podéis elegir.

—Mañana es buen día para comenzar.

Antemio se dio la vuelta sin despedirse siquiera y se encaminó hacia el carromato que le había llevado hasta allí, quejándose interiormente por el traqueteo que debería soportar hasta llegar a la capital.

—Maldito albañil del demonio —susurró el ingeniero, acordándose de Miguel mientras subía al temido transporte—. Espero que estés disfrutando de esa asquerosa boda.

La celebración estaba en su punto álgido.

Apenas cabía un alma en el amplio patio que el gremio de albañiles había puesto a disposición de los novios. El pabellón central, sustentado por cuatro altos postes de madera cubiertos de coronas de hiedra, se encontraba casi anegado por la multitud de

personas que habían acudido a celebrar la unión. Bajo su improvisado techo de seda blanca, los novios recibían las felicitaciones de amigos, conocidos y familiares, los cuales brindaban con el abundante vino mezclado con agua que los sirvientes escanciaban desde grandes ánforas situadas junto a uno de los muros. La resplandeciente novia vestía una *scutlata* de seda, una fina túnica interior sin mangas, recubierta por una magnífica estola de inmaculado lino blanco. En el borde inferior de su túnica destacaban anchos bordados de color plata, que formaban complicados motivos vegetales de hojas de acanto. Remataba el complejo trenzado de su cabello con una corona de flores blancas. En su rostro, lavado con harina de judías y palidecido por medio de finos polvos blancos, resaltaba el rojo de sus labios y mejillas, así como las cejas perfectamente perfiladas, depiladas hasta formar una fina línea.

En uno de los extremos del patio, media docena de corderos giraban sobre otros tantos fuegos, inundando el ambiente del aroma de la carne a la brasa, así como de la miel, el tomillo, la pimienta y el clavo con el que se especiaban los manjares. Cerca de tan suculento plato, sobre unas largas mesas de madera cubiertas con mantelería de lino blanco, un buen número de fuentes redondas de cerámica rojiza contenían trozos de queso de todo tipo, desde *prosphatos*, queso fresco en salmuera, hasta los de más sabor, curados mediante sal tostada aplicada con hojas de higuera, e incluyendo una variedad servida con miel templada. Todos ellos se alternaban con fuentes ovaladas cubiertas de granadas y peras, rodeadas a su vez de cuencos con pistachos y almendras.

En medio de la desbordante alegría, ninguno de los presentes podría siquiera intuir que alguno de los allí congregados pudiera sentir un atisbo de soledad, ni mucho menos imaginar que ése era el sentimiento principal que abrumaba a la novia.

Y, sin embargo, así era como se sentía Penélope, mientras sonreía educadamente a la miríada de invitados que desfilaban delante de ella para expresarle su más efusiva enhorabuena. Había sido necesaria esa boda para que se diera cuenta de la soledad en la que vivía desde que salió de Atenas.

Héctor. Su recuerdo llenó su cabeza, inundándola de imágenes del tiempo pasado juntos. El ateniense había sido toda su vida, el centro sobre el que giraba su mundo. En medio de la celebración de su segunda boda, Penélope no pudo evitar pensar en sí misma como una traidora. Tenía la sensación de haber renunciado a él, a

pesar de que el amor que había sentido por Héctor jamás podría entregarlo a otro hombre. Se sentía culpable, culpable por no poder retener el recuerdo de su amado esposo, que parecía difuminarse poco a poco a medida que pasaban los meses, culpable por entregarse a otro hombre que no fuera su amado profesor, por tener a otro al que llamar esposo. Sentía que le había sustituido.

Y, en realidad, así era.

Tras la marcha de Drías, Penélope se encontraba sola en una ciudad que parecía empeñada en hacerla sufrir. A pesar de las penurias, mientras Héctor vivía ella siempre se sintió protegida. De alguna manera, por muy mal que fueran las cosas, existía en su interior una fe ciega en que su esposo lograría sacarles del pozo en el que parecían haber caído, que el Señor les concedería una segunda oportunidad. Incluso, tras su muerte, la presencia del hérulo a su lado la había sostenido, permitiéndole superar algo que ni en sus más horribles pesadillas hubiera imaginado. Sin embargo, el día que Drías partió hacia el norte Constantinopla entera pareció derrumbarse sobre ella. No fue hasta aquel momento en el que se vio completamente sola, convertida en una viuda a cargo de un hijo que aún tardaría muchos años en valerse por sí mismo.

Pese al dinero que el mercenario le entregó antes de su partida, Penélope se sabía condenada a la beneficencia. A pesar de la inmensidad de la capital del imperio, sus esperanzas de encontrar un trabajo que le permitiera ganarse la vida resultaban nulas. Educada con refinamiento desde que nació, tenía doce años, la mínima edad legal, cuando sus padres negociaron su matrimonio con el hijo de un rico platero. Tres años después se celebró su boda con Héctor, con lo que la joven Penélope pasó de la tutela de su padre a la de su esposo. Desde ese día, como correspondía a una esposa en una posición acomodada, se ocupó de la casa.

Como cualquier joven, desde que cumplió los siete años, el momento en el que se abandona la niñez, su educación consistió en prepararse para llevar un hogar. Aprendió a bordar, a cocinar, a lavar la ropa, a encender fuego y preparar la mesa, a dirigir al servicio, a cuidar de los futuros hijos y a manejar el dinero de la familia para evitar derroches. Únicamente el interés de su padre por su educación y su desahogo económico le había permitido contratar a un tutor para su querida hija. Gracias a ello, a los seis años comenzó la primera etapa educativa, la elemental, en la que aprendió a leer y a escribir. A los nueve años, tras impresionar a

su padre recitando de memoria medio centenar de las fábulas de Esopo, un gramático sustituyó a su tutor. Con él, Penélope aprendió a valorar la literatura clásica griega. Homero y Hesíodo desfilaron ante ella, según el férreo compás que la *tékhne*, el arte de la gramática de Dionisio Tracio, marcaba desde hacía más de cinco siglos.

Como mujer a la que se había proporcionado una educación tan extensa, Penélope siempre se había sentido una privilegiada. Sin embargo, perdida la antigua posición social de la que disfrutaba, la esmerada educación que su padre había pagado a lo largo de casi una década valía menos que el barro.

Sin trabajo, abocada a la mendicidad, cualquier otra mujer en su situación hubiera ingresado en un convento, donde se aseguraría comida y techo, así como un puesto en el cielo. Pero bastó comprender que, para ello, debería abandonar a Platón en un hospicio, para que Penélope descartara esa opción. Sin embargo las alternativas no resultaban prometedoras.

La mayoría de las mujeres que ganaban un salario lo hacían como cocineras, lavanderas, hilanderas o simples sirvientas, trabajando jornadas interminables en casas privadas o grandes instalaciones fabriles. Maltratadas por amos intransigentes o sufriendo los latigazos de los capataces que vigilaban el trabajo de aquellas que cosían vestidos por sueldos de miseria, las más agraciadas preferían sumergirse en el mundo de la prostitución, renunciando al resto de dignidad que pudiera quedarles a cambio de mayores beneficios.

Desalentada ante el desesperante futuro que se presentaba ante ella, de vivir aún sus padres Penélope no habría dudado un momento en regresar a Atenas. Pero pocos familiares quedaban en su ciudad natal, y menos aún aquellos que pudieran proporcionar ayuda a una joven viuda y a su hijo recién nacido.

Fue entonces cuando Gregorio apareció en su vida.

Como caído del cielo, salvándola de una terrible situación, aquel hombre había entrado en su mundo como un torbellino. Alegre, despreocupado, gentil, generoso, romántico y caballeroso, desde su primer encuentro el albañil se había rendido a sus pies. Durante semanas, no existió hombre más galante ni atento, nadie más interesado en sus problemas ni más cariñoso con Platón.

Finalmente, el día en el que Gregorio apareció en su casa con un precioso vestido blanco de seda, y le pidió que lo aceptara como sus *arra sponsalicia*, el regalo prenupcial que garantizaba el

compromiso mutuo, Penélope respondió con un tembloroso asentimiento de cabeza. Sin embargo, sabía que no era por amor por lo que le aceptaba, sino por egoísmo.

Se sentía atraída por Gregorio, y resultaría inútil negar que su abnegación había ganado su cariño, pero no le amaba. No, no era amor lo que sentía por él, no era pasión lo que guardaba en su pecho, ni en su interior ardía el mismo fuego que Héctor supo despertar. En el fondo de su corazón, Penélope sabía que le había concedido su mano porque era el único asidero al que aferrarse para evitar la miseria. Era el miedo al hambre lo que la empujaba al altar, no el amor de los cánticos, ni la pasión de los poetas, sólo el miedo. En un mundo donde los matrimonios se concertaban en función del beneficio económico y las conexiones familiares, que un joven se interesara por una viuda con un hijo pequeño se convertía en un pequeño milagro que Penélope no podía dejar pasar.

Pero todas las lógicas razones del mundo no bastaban para acallar su conciencia, ni el sentimiento de traición que le asaltaba cuando el recuerdo de Héctor aparecía en su mente.

—Creo que ha llegado el momento de retirarnos.

Con una sonrisa, Gregorio recordó a Penélope que debían cumplir con la tradición de las bodas, según la cual, los novios se retiraban a consumar su matrimonio mientras sus invitados continuaban la fiesta.

Ella asintió, dejando que su esposo asiera su mano y la dirigiera suavemente hacia la salida del patio, entre las chanzas y desinhibidos cantos que algunos de los presentes les ofertaban con el alegre humor que proporcionaba el exceso de vino. Mientras caminaban entre la concurrida cortina de asistentes, Penélope buscó con la mirada a su hijo.

El pequeño Platón, con casi un año y medio de edad, se había convertido en un niño de ondulado pelo cobrizo y ojos verdes grandes y expresivos. Sonreía y echaba los bracitos a cuantos le decían una palabra amable y, con su lengua de trapo, repetía todas y cada una de las palabras que escuchaba, adaptándolas al incomprensible lenguaje de los niños. Visajero y simpático, el pequeño se había convertido en el centro de atención de la mayoría de las mujeres que asistían a la ceremonia. Penélope lo encontró en brazos de la adusta madre de Gregorio, desarmada por la alegría del niño, a quien atiborraba de dulces de miel y pistacho mientras le hacía toda clase de carantoñas, defendiéndose al mismo tiempo de cuantas jóvenes querían arrebatárselo para

jugar con él.

Su suegra, precisamente, era quien se había encargado de acompañarla en las termas, junto a las hermanas de Gregorio, mientras efectuaba el baño prenupcial de purificación. Y, aunque se mantuvo en silencio durante la mayor parte del tiempo, en contraste con la inacabable verborrea de las dos hermanas, Penélope no pudo dejar de observar en aquellos ojos mezquinos el rencor y el resentimiento que albergaba esa madre, en contra de aquella a quien no consideraba digna de su hijo.

Mientras se encontraban en el baño, antes de que la madre trenzara su pelo en una alta corona alrededor de la nuca, y de que las dos hermanas ungieran su cuerpo con aceite de rosas, una muchacha de apenas trece o catorce años apareció junto a su madre en las termas. Mostrando en su espalda las marcas aún tiernas de los latigazos recibidos, la jovencita se adentró en el agua mirando de reojo a la futura novia. Su madre, ante la comprensiva mirada de las asistentes de más edad, vituperaba a la muchacha con furia, recriminándole su mal comportamiento y su rebeldía, finalizando su moralizante sermón señalando furtivamente a Penélope y diciendo: «Si no cambias tu actitud, acabarás casándote a la misma edad que ésa, a menos que tu padre se harte de ti y decida enclaustrarte en un convento.» La joven agachó la cabeza, sumisa a los dictados de su madre, mientras la suegra de Penélope esbozaba una torva sonrisa, confirmando que se encontraba de acuerdo con la recién llegada, afirmando en silencio que esa novia de segunda mano no tenía categoría suficiente para entrar en su familia.

Penélope miró a la cohibida muchacha, sonriéndole dulcemente, en un intento de transmitirle un poco de ánimo en medio de ese ambiente hostil. Pese a la libertad y el cariño con los que ella se había criado, era plenamente consciente de que la virginidad de las doncellas era un bien preciado que las familias defendían a cualquier precio. Las hijas de familias acomodadas eran mantenidas en casa, y vigiladas estrechamente cada vez que salían a los baños o a la iglesia. Cualquier seña de rebeldía era castigada con rapidez, ya fuera fustigándola, como si se tratara de una trabajadora textil que hace mal su trabajo, ya fuera atándola a la cama, como a un niño arisco, hasta el punto de que sus llantos podían ser escuchados por aquellos que caminaban por la calle bajo su ventana.

—Le está bien empleado. Algo habrá hecho —gruñó la madre de Gregorio al ver las marcas en la espalda de la joven—. Hay que

educar a las hijas. Si se les permite cualquier cosa se convierten en unas rameras.

Penélope prefirió ignorar el comentario, incapaz de comprender cómo nadie pudiera golpear a su propia hija con un látigo. Si Héctor hubiera vivido para educar a Platón, por muy mal que se portara su hijo estaba convencida de que él nunca habría pasado de unos simples azotes o una noche sin cenar.

En cualquier caso, resultaba evidente que la madre de Gregorio era contraria a su enlace. Únicamente el cariño con el que había acogido a Platón evitaba que Penélope odiara a aquella mujer, y conseguía que tratara de recabar paciencia para ganarse su respeto. Era indudable que su suegra hubiera preferido a una joven virgen para su admirado hijo, una joven cuya familia hubiera aportado una cuantiosa dote, en lugar de una viuda cuyo único patrimonio era una bolsa de monedas entregada por un mercenario. Ni siquiera el hecho de que ya hubiera intentado casarle años antes, en un fallido enlace con una conocida familia de su localidad natal, desalentaba las ansias de su suegra por conseguir un buen partido para su hijo.

De haber tenido algo más de confianza con su familia política, Penélope les habría interrogado sobre la razón por la que Gregorio había roto su anterior compromiso. Los *arra sponsalicia* no eran únicamente el regalo que la familia del novio presentaba a la novia, también constituían un contrato formal reconocible ante la ley, por el que ambos asumían un compromiso mutuo. Si la novia, por la razón que fuera, incumplía el contrato y se negaba a casarse, debía devolver el regalo, más una suma equivalente en dinero al valor de los *arra*. Por el contrario, si era el novio quien faltaba a su palabra, perdía el regalo, que quedaba en manos de la novia como pago a su agravio. Dado el valor de este regalo prenupcial, resultaba extraño que alguien renunciara a él sin una buena razón.

Llegados al dormitorio nupcial, Gregorio se acercó al arcón que descansaba a los pies del lecho y lo abrió para extraer de su interior un objeto largo y delgado, envuelto delicadamente en un paño de lino.

—Para ti —indicó él, depositándolo en manos de Penélope.

Ella lo recogió con cuidado, y extrajo de entre la tela el cinturón matrimonial, un reluciente *cingulum* realizado con monedas de oro unidas en forma de cadena. En cada uno de los dorados discos se había grabado una escena esquemática relacionada con la ceremonia del matrimonio, ya fuera el

intercambio de anillos, el acompañamiento de los familiares a casa del novio entonando los *epithalámia*, los cantos nupciales típicos de esa celebración, o la bendición divina, otorgada por Cristo y María virgen mientras los novios efectuaban la *dextrarum iunctio*, juntando ambos sus manos diestras.

—¡Virgen santísima! —exclamó Penélope—. ¡Es maravilloso! ¡Te habrá costado una fortuna!

—Todo es poco para ti, querida.

—No has debido hacerlo —dijo ella.

—Considéralo tu *donatio propter nupcias* —indicó Gregorio, refiriéndose a la donación que el marido realizaba a la mujer en el matrimonio, y que igualaba la dote que, normalmente, aportaba la familia de ella.

—Yo no he aportado dote —admitió Penélope con resignación.

—¿Qué mejor dote que ese ángel del Señor que tienes por hijo? —aseguró él—. Lo primero que pienso hacer es formalizar los papeles de la adopción para convertirme legalmente en su padre. Quiero hacer de él un buen albañil. ¿Quién sabe? Tal vez llegue algún día a ser *protomaistor*.

—Eres demasiado bueno para mí —afirmó Penélope—. Sólo espero saber hacerte feliz.

—Lo harás —dijo Gregorio, comenzando a levantar la blanca túnica de Penélope—. Seguro que lo harás.

—¿Vais a acaparar a ese querubín todo el día?

—¿Un hombre tratando de arrebatarme a mi pequeño? —se defendió la madre de Gregorio, estrechando aún más a Platón contra su pecho—. ¡Lo que me faltaba por ver en esta boda! Espero que no os hayáis propasado con el vino.

—En absoluto. Soy un viejo conocido de la familia, y tengo un cariño especial por este pequeñuelo.

—¿Os conozco? —preguntó ella con suspicacia.

—Soy Miguel, *protomaistor* del gremio de *oikodomos*. El maestro de vuestro hijo.

—¡Claro, ahora os recuerdo! —exclamó la madre de Gregorio, tornando su fruncido ceño en una amplia sonrisa—. Mi hijo habla maravillas cuando os menciona.

—Es un muchacho muy trabajador. Si sigue así creo que pronto podré darle el título de maestro.

—¡Sería algo magnífico!

—¿Me permitís que os arrebate al pequeño durante un rato?

—Bueno —cedió la madre de Gregorio, aún recelosa de soltar al niño—. Pero no os vayáis muy lejos. Me cuesta tenerle alejado de todas esas lagartas que sólo quieren malcriarlo.

—Por supuesto —aseguró Miguel—. Os aseguro que os lo devolveré sano y salvo. Es más, me alegra saber que Gregorio tiene una madre capaz de indicarle cómo educar a un hijo. Este niño es muy especial.

—Me siento halagada. ¡Pero recordad vuestra promesa!

—Desde luego —afirmó Miguel, mirando al niño con intensidad—. Hay promesas que no se pueden olvidar. ¿No crees, Platón?

Constantinopla, 10 de febrero de 533

Aecio contemplaba embelesado los muros del que sería el edificio central del nuevo hospital. Sobre ellos, sobre los andamios que salpicaban toda la pared, los obreros se disponían a comenzar la techumbre de la construcción, por medio de cuatro bóvedas de cañón que cubrirían los cuatro lados de la cruz, hasta confluir en mitad de la sala central.

—En pocos meses estará terminado —comentó el obispo Menas, el clérigo que había sustituido al anterior *xenodochos*, al frente de la administración del nuevo hospital—. Parece un sueño hecho realidad.

—Nunca pensé que irían tan deprisa —admitió Aecio—. Creí que las obras de Santa Sofía nos restarían operarios.

—Gracias a tu acuerdo con el *protomaistor* del gremio de albañiles la construcción ha sido ejemplar, ¡y con un diseño realizado por Isidoro de Mileto!

—No te olvides de que todo comenzó gracias a la generosa donación del senador Valente.

—Donación que nos concedió gracias a tu amistad —recalcó Menas—, y que ha supuesto que el emperador, tras ahorrarse el coste de la reconstrucción, nos haya otorgado tierras e ingresos de los impuestos para financiar su funcionamiento.

—¿Es eso cierto? —se alegró Aecio.

—En efecto —confirmó el administrador—, y, dado que nada de esto hubiera sido posible sin tu ayuda, creo que, en justicia, nadie merece el cargo de *protarchoi* más que tú. Eres el mejor físico de la ciudad, nadie como tú para dirigir el equipo médico.

—*¡Protarchoi!* —se sorprendió el médico—. Sería todo un honor para mí, pero no puedo aceptarlo.

—Sé que los ocho sólidos de oro anuales y los cuarenta y cinco modios de trigo que componen el sueldo de un médico no son mucho —admitió Menas—, pero…

—No se trata de dinero —interrumpió Aecio—. Gracias al Señor y a la generosidad de un amigo me he recuperado rápidamente de las pérdidas que me supuso el saqueo de mi casa. Ni tampoco desearía otro honor que el de dirigir el mejor *xenon* de la ciudad, pero ese puesto requiere revisar los diagnósticos y el tratamiento de los enfermos, recibir las quejas y supervisar la

rutina diaria del hospital. ¡Sin contar con ejercer como médico en una de las áreas! Mi compromiso con la obra de Santa Sofía me absorbe tanto que temo no poder dedicar a ese puesto el tiempo que debería necesitar.

—Si ése es el problema, como administrador te autorizo a tomar cuantos ayudantes consideres oportunos —insistió Menas—. Sinceramente, sólo alguien con tu prestigio sería capaz de ponerse a la cabeza del hospital. Después del incendio, necesitamos encontrar casi una treintena de personas para reemplazar al personal que pereció en aquel desastre, sin contar con todo el equipo médico del área de mujeres.

—Llevo tiempo dándole vueltas a ese problema —admitió Aecio—. Desgraciadamente, en la ciudad no hay una sola *iatraina* disponible. El hospital de Irene de Perama tal vez podría proporcionarnos una o dos asistentes, pero ni mujeres médicos ni ayudantes expertos.

—¿Ves como eres el más indicado para el cargo? —apuntó Menas—. Sin saberte aún en el puesto ya has comenzado a hacer gestiones. Pese a mi condición de religioso confieso mi egoísmo al nombrarte, yo me veo incapaz de sacar esto adelante sin tu ayuda. Si es necesario suplicaré, pero ¡me resultaría muy molesto!

—Supongo que no sé negarme —cedió Aecio, suspirando profundamente—. Veré cómo puedo compaginarlo, aunque, a este paso, me veo acudiendo a los partos disfrazado con una peluca.

—Esperemos no caer en tamaña iniquidad —se rio Menas—. Según la jerarquía habitual te verías a cargo de la sección de enfermedades de los ojos, pero si prefieres cualquier otra no tienes más que decirlo.

—Me parece bien mantener las tradiciones. ¿Qué equipo vamos a necesitar?

—En la parte médica lo dejo a tu entero criterio.

—Si me das libertad para ello —comentó Aecio, rascándose la barbilla pensativamente—, para cada una de las secciones yo dispondría de dos físicos, en meses alternos. También dos ayudantes expertos y dos auxiliares médicos para los turnos y un par de sirvientes.

—Eso son treinta y dos en total —calculó Menas—. ¿Vamos a poder encontrar a tantos?

—Creo que sí, excepto en el área destinada a mujeres, allí tendremos que improvisar.

—Como prefieras —dijo el administrador—. Yo me ocuparé de

buscar al personal auxiliar que aún nos falta.

Aecio se despidió del administrador y se encaminó hacia las obras de Santa Sofía mientras se preguntaba de dónde sacaría el tiempo para dedicarse a esas nuevas funciones y, sobre todo, dónde encontraría al personal necesario para poner en marcha el hospital.

—Dios proveerá —se dijo a sí mismo, confiando en que el Señor pusiera la solución en su camino.

A poca distancia, Miguel cruzaba las obras de Santa Sofía con rapidez, saltando por encima de las cuerdas que, sobre el suelo y con los extremos fijados mediante anillas de hierro, indicaban la posición en la que se levantarían muros y contrafuertes.

Terminada la cimentación, el edificio comenzaba a elevarse sobre el suelo con rapidez. Cubriendo el recinto, cien equipos de cien hombres se coordinaban para levantar las fachadas norte y sur de la iglesia al mismo tiempo, compitiendo entre sí por la doble paga de premio que el emperador concedería al grupo que completara primero su lado del templo.

A cada uno de los equipos Miguel le había asignado una porción concreta del edificio. Cada patrón de una centuria de trabajadores se preocupaba de coordinar los esfuerzos de sus hombres con los avances de los grupos que tenía a ambos lados, de forma que todo el conjunto progresara a la vez. Asimismo, distribuía a los *ergates*, los peones u obreros no especializados a su cargo, según las tareas a realizar. Para los muros, cada grupo tenía asignados doce codos de pared, que construía por medio de dos grupos de cinco albañiles o aprendices que colocaban ladrillos desde los andamios situados a ambos lados de la pared. Otros treinta hombres acarreaban los ladrillos y la cal con cestas que cargaban sobre su espalda, desde la cercana explanada donde se acumulaban los materiales. Diez más se ocupaban de manejar las poleas y grúas con las que elevarían los materiales hasta los andamios, mientras que otra veintena se ocupaba de preparar el mortero. Finalmente el resto de los operarios se dedicaba a reponer continuamente los materiales que eran utilizados, recogiendo cargamentos llegados al Cuerno de Oro o, las más de las veces, descargando y distribuyendo la materia prima traída por las hileras interminables de carros que llegaban de noche a la capital. También se dedicaban a preparar los tablones y troncos para los andamios, los maderos alargados que se utilizaban como tirantes y estabilizadores del muro mientras fraguaba el mortero,

preparar las cimbras para los arcos y reemplazar a cualquiera de los compañeros de otros puestos.

Como un hormiguero, la acumulación de hombres que iban y venían en todas direcciones parecería caótica para cualquiera que echara un vistazo a las obras. Sin embargo, para el ojo experto, hasta el último peón tenía una labor clara. Como una descomunal danza, cada paso tenía un porqué y cada figurante, una tarea, sin la cual, la obra perdería la perfecta coordinación que necesitaba para cumplir con los estrictos plazos impuestos por el emperador.

Junto a los cuatro pilares maestros que soportarían el peso de la cúpula, los trabajadores también estaban levantando los cuatro pilares secundarios sobre los que se apoyarían las semicúpulas este y oeste y las cuatro conchas de las exedras, las dos que flanqueaban la zona del presbiterio y el futuro ábside y las dos más cercanas a las que serían las puertas de entrada, en la pared oeste. Adosadas a los pilares maestros, hasta formar una gran columna homogénea, se alzaban las columnas de piedra que sustentarían las paredes bajo los arcos norte y sur. Dichos pilares se extendían hacia el exterior formando poderosos contrafuertes, que soportarían los empujes laterales que habrían de sufrir las columnas de sillería.

—¿Dónde está Gregorio? —preguntó Miguel a uno de los miembros de su grupo, acercándose al primer pilar de la cara sur.

—Arriba —respondió el hombre, señalando un andamio situado a unos quince codos de distancia del suelo.

Miguel subió hasta donde le habían indicado, trepando por las inseguras escaleras de mano que conectaban los distintos andamios que se adosaban al grueso pilar. Normalmente, los andamios se colocaban sobre los muros, a medida que éstos iban creciendo en altura. Para sostenerlos, se dejaban agujeros en la pared, por los que se introducía un grueso madero que sobresalía por ambos lados del muro. Entre dos de dichos maderos, entibados a la misma altura, se colocaban anchos tablones de madera para formar el andamio, la superficie sobre la que trabajaban los peones. Las distintas plataformas se conectaban entre sí por medio de escaleras de mano o cuerdas de cáñamo.

Sin embargo, el grosor de los pilares era excesivo para dejar un hueco de un lado a otro por donde introducir una viga de madera. Por ello, los andamios de esa zona se sustentaban sobre tres medias vigas introducidas solamente tres palmos en el interior de la fábrica.

Miguel ascendió ágilmente hasta el andamio más alto, en donde una nutrida línea de obreros colocaba los sillares de piedra guiados por el *schoinion*, una gruesa cuerda de cáñamo de diez *orgiyai* de longitud, que se doblaba por la mitad para marcar el lado largo de aquel inmenso pilar maestro del edificio, cuya anchura era de más de diez codos. Cuando identificó a Gregorio dentro de la fila de trabajadores se acercó hasta él, esquivando a aquellos que manejaban las poleas de una grúa con la que elevaban hasta ese nivel los pesados sillares de piedra.

—Tenemos que hablar —comentó Miguel, que tocó en el hombro a Gregorio y le hizo un gesto para que saliera de la fila.

Gregorio asintió, secándose el sudor de la cara y acompañando a su maestro a otro andamio, menos concurrido.

—¿Qué ocurre?

—¿Has estado diciendo por ahí que te vamos a aceptar como maestro? —preguntó Miguel.

—Eso fue lo convenido, ¿no? —confirmó Gregorio con indiferencia—. Ya tengo los documentos que confirman la adopción del niño. Y, por cierto, me vendrá bien el sueldo de albañil, he tenido que entregar un sólido al *exceptor* de la secretaría en concepto de tasas. No entiendo por qué esos auxiliares están tan ansiosos por entrar en el escalafón oficial, sólo con las *sportulae* ya ganan una pequeña fortuna.

—Como ayudante ganas el doble que un peón.

—Y la mitad que un albañil —replicó Gregorio—. El más bajo de los *oikodomos* tiene un sólido a la semana de salario. Cortejar a la madre de Platón me ha salido muy caro. Además, le dijiste a mi madre que me harías maestro.

—¡Sólo quise halagarla, maldita sea! —exclamó Miguel—. No puedo hacerte maestro tan pronto, no pasarías las pruebas de acceso.

—Tú eres el *protomaistor*, puedes elegir a los más adecuados para que me examinen, e influirles para que no sean demasiado exigentes.

—Aun así es demasiado pronto. Te falta mucho por aprender.

—Ése es tu problema —desdeñó Gregorio—. Yo he cumplido mi parte del trato.

Miguel calló una réplica, respirando con fuerza para tratar de calmarse ante la tozudez de Gregorio. Cuando le eligió para seducir a Penélope y hacerse con el control de Platón a través de él, no imaginó que su marioneta se rebelaría con tanta rapidez.

Aunque había conseguido que el gremio aceptara la vuelta de Gregorio, incluso mostrando su admiración por la forma en la que el *protomaistor* trataba de encauzarle de nuevo en el buen camino, Miguel estaba seguro de que tratar de nombrarle maestro con tanta rapidez causaría un gran revuelo entre los albañiles más experimentados, celosos de sus duros exámenes y de la excelencia de los conocimientos de aquellos que accedían al grado de maestro. Para sorpresa del propio Miguel, cuando se aplicaba en el trabajo Gregorio era un aprendiz excelente. Era listo y muy habilidoso. Su problema se centraba en su incapacidad para soportar largas jornadas de duro trabajo. Y aunque su predisposición a la tarea había mejorado considerablemente en los últimos meses, aún le faltaba mucha experiencia para poder afrontar la exigente prueba de acceso.

—Ya pensaré cómo lo podemos hacer —cedió finalmente Miguel, confiando en retrasar la cuestión.

Dándose por satisfecho, Gregorio se encogió de hombros y se volvió para regresar a su puesto en la obra.

—Ya hablaremos —dijo mientras subía por la escalera de mano que comunicaba los dos andamios.

Miguel se giró para marcharse cuando un fuerte chasquido le hizo darse de nuevo la vuelta. La escalera sobre la que se encontraba Gregorio se partió mientras subía, con lo que el aprendiz se desplomó hacia el suelo y chocó contra el piso de cemento con brusquedad.

—¡Gregorio! —gritó el *protomaistor*, al ver cómo impactaba contra el suelo el cuerpo de su aprendiz.

Miguel bajó del andamio con rapidez, hasta alcanzar al caído, a cuyo alrededor ya se había formado un corro con los trabajadores que le habían visto deslizarse desde una altura de casi dos plantas.

—¡Dejadme sitio! —gritó Miguel, abriéndose paso entre los curiosos—. No, maldita sea, no.

Con el corazón en un puño, el *protomaistor* alcanzó a Gregorio. El aprendiz había caído de espaldas, aunque, a pesar del tremendo golpe, se encontraba consciente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Gregorio, mirando al grupo de personas que se arremolinaba a su alrededor.

—¡Gracias a Dios que estás vivo! —exclamó Miguel—. La escalera de mano por la que subías se ha partido. Cuando te he visto caer pensaba que te habías roto el cuello.

—No —contestó Gregorio, aunque su voz no mostraba mucho

convencimiento—. Durante un momento me he quedado sin respiración, pero creo que estoy bien.

—¿Puedes levantarte?

Ayudado por varios de los presentes, Gregorio se puso en pie con torpeza, mirando a uno y otro lado ligeramente desorientado.

—Me arde la espalda —aseguró, llevándose las manos a las costillas.

—Llamaremos al médico —dijo Miguel.

—No hace falta —afirmó el aprendiz dando unos pasos inseguros—, creo que no tengo nada roto.

—Te va a salir un buen cardenal —dijo uno de los presentes, dándole una palmada en un hombro antes de regresar a su puesto.

—Ya puedes acercarte a una iglesia y hacer una buena ofrenda —indicó otro—. Hoy has vuelto a nacer.

—Ya la haré yo por ti —comentó Miguel—. Tú vete a casa y métete en la cama.

—Ésa es una buena manera de acabar la jornada —apuntó Gregorio, esbozando una sonrisa pícara.

—Me refiero a solas, aunque no te has debido de hacer nada, ¡sigues igual de incorregible! Descansa esta tarde y mañana veremos qué tal vas.

Con una mueca de dolor, Gregorio asintió con la cabeza y se alejó renqueando, mientras los presentes regresaban a sus quehaceres. Todos cuantos se dedicaban a la construcción sabían lo peligroso que resultaba trabajar sobre los andamios, pero, pese a los frecuentes accidentes, tenían la seguridad de que eso a ellos no les pasaría, que siempre sería el andamio de al lado el que se desplomaría. El gremio pagaba el entierro y concedía un socorro a la viuda, y después todos regresaban de nuevo a la faena.

Sin embargo, Miguel no pudo evitar un suspiro de alivio, pensando en lo cerca que sus planes habían estado de desvanecerse.

Mientras caminaba, una extraña sensación de haber vivido ya ese momento asaltó a Valente.

Se dirigía al palacio de Antíoco, la residencia de Juan de Capadocia, lujosamente reconstruida después del profuso saqueo a la que fue sometida durante la revuelta. Realizaba el mismo camino que recorrió unos días antes de que estallara la insurrección en el hipódromo y, de haberse tratado de un

visitante, se habría reído si alguien le hubiera hablado de los terribles daños provocados por la *Nika*.

A su alrededor se levantaban de nuevo los pórticos, sin que ni uno solo mostrara siquiera la más mínima señal del incendio que había arrasado esa parte de la ciudad. Únicamente para el ojo experto serían apreciables las muescas dejadas sobre los fustes por los golpes o las caídas de la techumbre. Las antiguas estatuas habían sido devueltas a sus pedestales, y sustituidas aquellas que resultaron destrozadas. Limpiadas las tiendas y repletas de nueva mercancía, atendían de nuevo a la miríada de habitantes que se deslizaban por la avenida principal, tan atestada de transeúntes como recordaba el senador. Apenas un año después de que Constantinopla perdiera casi a uno de cada diez habitantes, las pintadas en las que el pueblo expresaba su descontento habían desaparecido, los trajes de luto habían dejado paso a las túnicas habituales y el acre olor de los incendios se había esfumado, olvidado en medio del aroma a pan recién hecho, los perfumes que llegaban del Augusteon y el penetrante olor de las especias que salpicaban la comida de las tabernas.

Llegado a la villa del prefecto, Valente se fijó en la inmensa estructura del hipódromo, cuyos espectáculos habían sido suspendidos por cinco años, y que ahora únicamente acogía a los nostálgicos, que se acercaban a depositar coronas de flores a los pies de las estatuas de aquellos aurigas a los que aún consideraban sus ídolos. Las estatuas de Justiniano y Teodora, derribadas por la turba durante la revuelta, habían sido erigidas de nuevo, cerca del obelisco egipcio instalado por Teodosio, junto al águila con la serpiente a sus pies que tanto admiraban los ciudadanos de la ciudad, pues la consideraban un regalo de un mago llamado Apolunio Tyaneo como talismán contra las serpientes, gracias a los símbolos místicos grabados bajo sus alas. Al recordarlo, el senador no pudo sino esbozar una sonrisa ante la superstición de la plebe, pues ya pocos sabían que, en realidad, se trataba de un reloj de sol, que marcaba las doce horas del día por medio de un agujero que disponía en cada ala, y que dirigía la luz a las doce muescas que yacían bajo el águila.

El mármol blanco que anteriormente cubría la fachada frontal del palacio había sido sustituido por un vistoso entramado de pálido mármol veteado en tonos verdosos que realzaba la larga fachada, resaltando su magnificencia contra el tono grisáceo del hipódromo. Las puertas de bronce también habían modificado su apariencia, trocados los rostros de leones por cabezas de águila, de

cuyos picos pendían argollas algo menos robustas que las antiguas.

El eunuco que le acompañaba llamó a la puerta y repitió la misma presentación que ya realizara en su primera visita, aunque, en esta ocasión, los criados de Juan de Capadocia no le hicieron esperar en la gran antesala circular en la que había sido recibido la otra vez. En su lugar, le condujeron hacia el ala sur del palacio, guiándole a través de un gigantesco patio semicircular porticado hasta una gran sala hexagonal, con un ábside en cada uno de sus lados.

—Esperad aquí, por favor —indicó el sirviente del prefecto—. Mi amo llegará enseguida.

El esclavo dejó a Valente a solas, desapareciendo por la misma puerta por la que habían entrado, la única que se dibujaba en los muros cubiertos de mosaicos de la estancia. La sala, cada uno de cuyos lados medía veinte codos, formaba un lujoso conjunto de cenadores, con una mesa rodeada de lechos en cada ábside que se abría en los lados. En el centro, una enorme piscina de mármol de Tracia se encontraba recubierta por un escenario de madera, desde el que, presumiblemente, los músicos, equilibristas o bailarinas amenizarían las continuas veladas nocturnas del capadocio.

—¡Senador! —dijo el prefecto, saludando con alegría a su invitado al entrar en la sala—. Me alegra que hayáis respondido tan rápidamente a mi llamada.

—Saludos, prefecto —respondió Valente—. No podía hacer otra cosa tras recibir vuestra nota.

—Acompañadme —indicó Juan de Capadocia, caminando hacia uno de los ábsides superiores de la sala.

Valente siguió a su anfitrión, pensando que se acomodarían sobre los lechos dispuestos en torno a una mesa semicircular. Sin embargo, el prefecto se adentró en el espacio vacío que rodeaba los lechos hasta llegar a una parte de la pared donde abrió una puerta hábilmente camuflada con un mosaico.

El pasillo oculto daba a una pequeña sala circular, antesala de una estancia en forma de cruz griega, iluminada por un óculo abierto en el techo. El interior de la sala era mucho más sobrio que el resto del palacio, con cuatro simples sillas de respaldo en forma de lira alrededor de una mesa circular de madera, sobre la cual, dos copas de fino bronce grabado flanqueaban una jarra de vino.

—Tomad asiento —invitó Juan de Capadocia, cerrando cuidadosamente la puerta tras de sí.

—Confieso que estoy intrigado por los motivos que me han

traído aquí —admitió el patricio mientras se sentaba—, y más aún al descubrir esta parte oculta y austera de vuestro palacio.

—Mi querido Valente, ¿me permites que te llame así? —pidió el prefecto—. Creo que ya sabrás que no soy muy amigo de los formulismos.

—Por supuesto.

—La última vez que hablamos fue hace cerca de un año y, en aquella ocasión, me pareciste alguien con los pies sobre la tierra —aseguró el capadocio, escanciando un generoso chorro de vino en ambas copas y vaciando de un trago la suya, antes de volver a llenarla—. Tengo buen ojo para las personas y, desde que soy prefecto, no han sido muchos los que han tenido valor para hacerme frente, cosa que tú hiciste en esa ocasión.

—Si te refieres a ese acuerdo tácito...

—En efecto —interrumpió Juan—. Mantuviste tu parte del trato, y sin pedir nada a cambio, algo que, aunque he de admitir que nunca he entendido, me inclina a considerarte un hombre de palabra, algo difícil de encontrar en esta ciudad.

El senador dio un pequeño sorbo de su bebida y se mantuvo en silencio, esperando que Juan de Capadocia diera el primer paso. Aún no sabía qué tipo de negocio había hecho que el prefecto le llamara a su villa, pero estaba convencido de que no se encontraba allí, bebiendo vino mano a mano con él en una estancia semioculta de su palacio, únicamente para que le agradeciera un favor del cual el patricio casi ni se acordaba.

—Después de la revuelta Justiniano realizó una purga bastante dura en el senado —apuntó el capadocio.

—Cierto —admitió Valente, confundido por el giro de la conversación—. Más de una docena de senadores pagaron su apoyo al depuesto Hypacio con la vida, y medio centenar perdieron tierras y fortuna, cuando el emperador les arrebató sus haciendas basándose en supuestas pruebas de su implicación en la conjura.

—Hiciste bien en mantenerte al margen de aquellos locos. Eso te ha convertido en el líder indiscutido del senado. Más aún, he estado recabando algunos rumores entre los patricios. Tus muchas ausencias de los plenos, junto al silencio que mantienes sobre los temas banales que ahora se traen entre manos los senadores, te han convertido en un verdadero icono. La mayoría piensa que tu reclusión es una callada forma de protesta, un modo de mostrar tu resistencia contra el trato que Justiniano está dando al senado.

—Nada más lejos de la realidad —indicó Valente—. Según mi médico se trata de un simple acceso de melancolía. He de confesar que la política actual no me seduce en absoluto, por lo que he decidido alejarme de la vida pública.

—Buen intento —rio el prefecto—, tal vez funcione con esos necios del senado, pero no puedes engañar a un zorro como yo. Tu prestigio entre los aristócratas es mayor cada día y, lo que es mejor, Justiniano te tiene en muy alta estima. Aunque eso es fácil, no causas problemas y eres probablemente el único que no habla mal de él ni de las nuevas tasas que os aplica.

—El emperador necesita dinero para su iglesia —dijo el senador—. Nadie mejor que tú sabe que recaudará los impuestos tanto si nos gusta como si no. ¿De qué sirve contrariarle?

—Es una forma de verlo —admitió el prefecto—, pero está llenando nuevamente el vaso del resentimiento.

—¿Insinúas que puede haber otra revuelta? Después de la masacre de la *Nika* el pueblo se lo pensará dos veces antes de levantar la voz.

—Esa revuelta falló por varios motivos —continuó el prefecto —. Nunca dispuso de una fuerza militar fiable, y careció en todo momento de un líder con el valor y la inteligencia suficientes para enfrentarse a Justiniano.

—Comprendo —dijo el senador, al ver claro por fin el motivo por el que el prefecto le había hecho llamar—. Crees que si otro hubiese ocupado el lugar de Hypacio el resultado habría sido distinto.

—Estoy seguro de ello.

—¿Has pensado ya quién puede ser ese otro? —inquirió el patricio.

—No te burles de mí, Valente, creo que sabes muy bien de qué te estoy hablando.

—Corres un riesgo al contarme tus planes.

—¿Riesgo? No me hagas reír —desdeñó el prefecto—. Esa furcia de Teodora me odia. Si ella no ha sido capaz de engatusar a Justiniano para evitar que me nombrara de nuevo prefecto, ¿crees que tu palabra valdría algo en el Gran Palacio?

—Supongo que no —admitió Valente.

—Además, si fueras un acérrimo defensor de Justiniano no te habrías apartado de la vida pública. Estarías junto a las demás sanguijuelas, revoloteando en la corte en busca de prebendas y exenciones. En mi opinión, tú odias a ese campesino bastardo

tanto como yo, sólo que eres demasiado listo para mezclarte en una estúpida revuelta condenada al fracaso.

—Es tu opinión —apuntó el senador—. En cualquier caso, ¿por qué crees que tú triunfarías donde fracasó Hypacio? El pueblo te odia. Por mucho que aborrezcan a Justiniano le preferirán mil veces antes que a ti. Te ven como el responsable de los asfixiantes impuestos que cargan a sus espaldas.

—¡La chusma no sirve para nada! Aclamarán al vencedor con tal de que les proporcione pan y espectáculos en el circo. El vulgo sólo sirve para pagar los impuestos. Ésa es una lección que debemos aprender de la *Nika*.

—Te olvidas de que, durante una semana, tuvieron al emperador a su merced.

—De no ser por el miedo de Justiniano la revuelta no habría durado ni unas horas. El gobierno se sujeta sobre tres pilares —explicó el prefecto—. Ejército y religión son los que dominan al pueblo, ya sea mediante la palabra o mediante la espada. El tercero es el senado, que es quien legitima a un nuevo emperador. Coincidirás conmigo que quien disponga del apoyo de las armas, del patriarca y del senado se convertirá en emperador, ¿no? La corte sólo es un nido de funcionarios a los que les importa muy poco quién ostente el mando, siempre y cuando les mantengan sus salarios.

—En efecto, y supongo que para dominar al senado me necesitas a mí, pero mientras no dispongas de los otros dos apoyos estarás cojo, como un mueble al que le falten patas.

—Los soldados se compran —afirmó escuetamente Juan—, y no es precisamente dinero lo que me falta.

—¿Y en cuanto a la iglesia?

—Respecto a eso también tengo una solución —afirmó el prefecto—. Aunque me vas a permitir que mantenga esa parte en secreto, al menos hasta que tenga el convencimiento de que estamos en el mismo barco. Pero te garantizo que el patriarca pedirá la cabeza de Justiniano en cuanto tenga constancia de lo que he descubierto.

—¿Acaso el emperador se ha convertido en un hereje? Lamento recordarte que no eres conocido precisamente por tu ortodoxia cristiana, todo lo contrario que Justiniano.

—Al menos yo soy consecuente con mis ideas —aseguró Juan—. No creo en ese Dios que todo lo ve, ni voy a la iglesia los domingos, pero aun así sé que hay límites que no se pueden

traspasar. En cualquier caso, necesito saber si estás de mi lado.

Valente guardó silencio durante unos instantes, meditando con cuidado su respuesta. Sin embargo, no tenía muchas opciones. Tal y como había advertido Juan de Capadocia, denunciarle ante Justiniano sería un gesto totalmente inútil y, por otro lado, pese a lo poco que sabía de los planes del prefecto, mantenerse al margen resultaría totalmente utópico. Aunque la idea de tener al capadocio como emperador le provocaba náuseas, Valente no disponía de más alternativas que aceptar su oferta, al menos hasta que descubriera una forma de desligarse de él sin perder la cabeza en el proceso.

—Cuenta conmigo —aceptó finalmente.

—¡Perfecto! —exclamó Juan con una amplia sonrisa—. Me has quitado un peso de encima. Me hubiera disgustado mucho tener que ordenar que te mataran.

—Me hubiera disgustado tener que morir —dijo Valente, poniendo una nota de sarcasmo a la velada amenaza con la que el capadocio había finalizado su frase.

De nuevo, renació dentro del estómago del senador aquel cosquilleo que anunciaba el fin de su melancolía. Sin embargo, a diferencia de su implicación en la revuelta de la *Nika*, esta vez era otro quien empuñaba el látigo de la cuadriga. Lo último que imaginaba Valente cuando acudió a la villa de Juan de Capadocia es que acabaría convirtiéndose en un simple caballo, sujeto por un bocado a las riendas del prefecto.

Mientras se despedía de su anfitrión, el senador pensó que necesitaría de algo más que suerte para eludir la tormenta que se cernía sobre su destino.

Constantinopla, 14 de febrero de 533

Los golpes resonaron en la puerta con fuerza, sacando a Aecio de su plácido sueño.

—¡Mi señor! —llamó uno de los criados—. ¡Despertad!

El médico parpadeó un par de veces, y se frotó los ojos antes de darse cuenta de que todavía era de noche. Se levantó con torpeza y se enfundó una túnica antes de abrir la puerta.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó al criado que aporreaba su puerta.

—Ha venido un hombre que insiste en veros, mi señor —informó el sirviente—. Le hemos rogado que se fuera, pero no ha habido manera de convencerle.

—¿Qué hora es?

—Aún no ha amanecido.

—¿Ha dicho qué es lo que quería o quién era?

—Afirma ser el *protomaistor* del gremio de albañiles —comentó el sirviente—, aunque no ha comentado cuál es la razón que lo trae aquí a horas tan intempestivas. Únicamente insiste en que debe veros con urgencia.

—¿Dónde está?

—En el patio. No le hemos dejado entrar en la casa por si era peligroso. ¿Le echamos los perros?

—No —negó Aecio—. Iré a verle.

Tras calzarse unas sandalias, el médico salió dando traspiés hasta el patio, donde se encontraba con Miguel, que paseaba de un lado a otro como si se tratara de un gato enjaulado.

—¡Aecio, gracias a Dios! —exclamó el *protomaistor* en cuanto vio al médico—. No sabía a quién acudir. ¡Tienes que ayudarme!

—Cálmate, Miguel, y dime qué es lo que ocurre.

—Se trata de Gregorio, mi aprendiz —explicó Miguel—. Está afectado por una rara enfermedad. Necesito de tu ciencia. ¡Te pagaré cuanto quieras, pero tienes que salvarlo!

—¿Pagarme? —desdeñó Aecio—. Después de lo que has hecho por mí y de tu implicación con el hospital, ¿qué clase de cristiano sería yo si te cobrara en un apuro? Dame tiempo para que recoja mi caja de medicinas y guíame.

Portando una antorcha, Miguel guio al médico entre las calles

hasta la vivienda de su aprendiz, mientras Aecio trataba de mantenerse a la par del vivo paso del *protomaistor*.

—Llevaba unos días sin venir a trabajar —indicó Miguel, mientras caminaban—. Hoy, al terminar la jornada, me he acercado a su casa a preguntar por su estado, y su esposa me ha comentado que esta mañana no podía mover las piernas, y que se encuentra postrado en la cama con fuertes dolores. He acudido al *patriarcheion*, confiando encontrar en la sede del patriarca al administrador del hospital y, en efecto, él ha sido quien me ha encaminado hasta tu casa. ¡Ya hemos llegado!

Casi sin resuello, Aecio subió por las escaleras que comunicaban el patio interior con los distintos pisos del inmueble, hasta la vivienda en la que se encontraba su paciente.

Miguel golpeó la puerta con insistencia, hasta que una mujer vino a abrir, portando una lucerna encendida.

—Traigo al *iatroi* —indicó Miguel, señalando a Aecio.

Tras un instante de duda, la mujer se hizo a un lado dejando que el *protomaistor* accediera a la vivienda. Aecio entró tras él, saludando cortésmente a la joven.

—Lamento irrumpir así en vuestra casa —dijo el médico—. Indicadme dónde se encuentra el paciente y...

Las palabras de Aecio desaparecieron de su boca cuando, a la débil luz de la lucerna, contempló el rostro de la mujer. Era la dama a la que había conocido en la villa de Valente, la misma cuyo nombre nunca había sabido, la misma a la que no había logrado expulsar de sus pensamientos desde hacía cerca de un año.

—¡Mi señor *iatroi*! —exclamó Penélope—. ¡Apenas puedo creerlo! Parece que siempre os encuentro cerca cuando tengo un apuro.

—¿Os conocéis? —preguntó Miguel, con extrañeza.

—Nos vimos un par de veces en casa de un amigo —explicó el médico, sin dejar de mirar el rostro de la joven—. ¡Qué coincidencia!

—El paciente... —urgió Miguel.

—Cierto —admitió Aecio, como si acabara de recordar la razón que le había llevado allí—. ¿Dónde está?

—En el dormitorio —indicó el *protomaistor*—. Su esposa os indicará el camino.

Tras un rápido parpadeo, la mirada de Aecio se deslizó desde Miguel hacia Penélope, quien bajó la cabeza durante un instante,

como si se avergonzara de su condición de casada.

—Os conduciré hasta el enfermo —comentó ella—. Gracias por traer al médico, Miguel —añadió con tono gélido, dando un paso a un lado y señalando la puerta al *protomaistor*.

—Si no te importa, querría esperar y escuchar la opinión del *iatroi* —pidió Miguel.

—No será necesario, pero gracias por tu interés —respondió Penélope, reiterando su invitación gestual para que el *protomaistor* abandonara la casa.

Tras dudar un momento, Miguel salió finalmente de la estancia, cerrando de golpe la puerta tras él.

—Espero no importunar —indicó el sorprendido Aecio.

—En absoluto —aseguró Penélope, tras dejar escapar un suspiro—. Pese a que el *protomaistor* es el maestro de mi esposo he de reconocer que nuestra relación no es cordial. Me recuerda hechos pasados que quisiera mantener en el olvido. Pero no quiero aburriros con historias. Seguidme.

Penélope guio al médico hasta el dormitorio, donde Gregorio yacía boca arriba sobre el lecho, cubierto por una manta de lana. Se encontraba despierto, y su rostro se contraía en una mueca de dolor. Cuando entraron en la sala, miró a los recién llegados con intensidad, pero aunque su boca se movía temblorosamente, de sus labios no surgía ningún sonido.

Aecio se sentó a su lado, buscando el pulso del paciente en una de sus muñecas.

—Su pulso es firme —indicó—. Ya que él no puede hablar, ¿podéis decirme cómo ha evolucionado su afección?

—Hace tres días, cuando se despertó por la mañana, no se sentía mal —explicó ella, sentándose al otro lado de la cama—, pero su voz sonaba débil. Pensé que habría cogido algo de frío en la garganta, y le pedí que no saliera. Sin embargo, la afonía iba a más día tras día, hasta que, esta mañana, dejó de hablar por completo. Al mismo tiempo se le paralizaron las piernas.

—¿De repente?

—Ayer por la noche ya se quejaba, pero hablaba tan bajo que apenas pude entender si lo que sentía era dolor o un cosquilleo.

—¿Ha tenido algún tipo de problema respiratorio? —preguntó Aecio, mientras retiraba la manta que cubría a Gregorio y comenzaba a palpar sus piernas con atención.

—No, ninguno.

—¿Podéis entendernos? —preguntó Aecio al paciente—. Si es así afirmad con la cabeza.

Con un fuerte movimiento de cabeza, Gregorio asintió a la pregunta del médico.

—¿Notáis algo cuando os toco las piernas?

El albañil negó con la cabeza, mientras su rostro se contraía en una mueca de dolor.

—Es extraño —indicó Aecio.

—¿El qué? —inquirió Penélope.

—Por sus gestos es evidente que está dolorido, pero no siente nada cuando le exploro las piernas.

Gregorio agitó la cabeza, tratando de hablar, aunque de su boca no salieran sonidos de ningún tipo.

—¿Sabéis qué trata de decirnos? —preguntó el médico.

—No —negó Penélope—, aunque el dolor del que se ha quejado durante estos días no era en las piernas, sino en la espalda.

—¿Cómo?

—Se cayó de un andamio hace cuatro días, pero se levantó enseguida. Vino a casa por su propio pie, y parecía estar bien. Tan sólo le ha salido un moratón.

—Vamos a darle la vuelta —dijo el médico—, quiero ver ese golpe.

Entre los dos, con la colaboración del enfermo, que aún mantenía el control de sus brazos, voltearon a Gregorio sobre la cama y le retiraron la túnica corta que vestía. Al desnudarle, un gigantesco moratón quedó al descubierto en la parte alta de la espalda del albañil.

—Por lo que decís, el golpe se produjo el día antes de que comenzara la afonía, ¿no? —inquirió Aecio mientras examinaba delicadamente la espalda de Gregorio.

—En efecto —confirmó Penélope—. ¿Creéis que ésa puede ser la causa de sus males? ¿Cómo puede un hombre quedarse sin piernas por un golpe en la espalda?

—A través de la médula espinal —explicó Aecio, señalando la parte media de la espalda del paciente—, se distribuyen todos los nervios que parten de la cabeza. Es evidente que, en este caso, el golpe ha inflamado esa parte. Podría estar estrangulando los nervios e impidiendo que cumplan su función. Al paralizarse la médula situada después de la tráquea, el tórax se mueve todavía

gracias al diafragma y los músculos superiores, cuyos nervios proceden de la zona de la médula que se encuentra en el cuello, pero la lesión afecta a los nervios de los músculos intercostales y a cuantos rigen la parte inferior del cuerpo.

—¿Podéis curarle? —preguntó ella.

—Si mi diagnóstico es correcto deberíamos tratar su espalda, no sus piernas —apuntó Aecio—. En cuanto se vaya la inflamación debería recuperar tanto el control de sus piernas como el habla. Al igual que fue perdiendo las facultades según se inflamaba su médula, debería recuperarlas al desaparecer la hinchazón.

—Dios os escuche —suspiró Penélope—, al menos me dais esperanzas. Lo que decís tiene sentido.

—¿Sabéis algo de medicina? —preguntó Aecio.

—No, nada en absoluto. De hecho, no he comprendido la mitad de cuanto habéis explicado. Pero creo que es muy razonable pensar que si la inflamación le ha provocado los males cuando se vaya se recuperará.

—¡En efecto! —exclamó el médico—. Vaya, disculpad mi entusiasmo, pero me resulta alentador encontrar a alguien que aplique la lógica, en lugar de aferrarse únicamente a rezos y amuletos. Cuyo efecto sanador no desdeño —se apresuró a añadir Aecio—, no me entendáis mal.

—Gracias por vuestras palabras. ¿Hay algo que pueda hacer?

—Desde luego. Para tratar la inflamación lo mejor será darle fomentos con *oxirrodón*, aceite de rosas mezclado con vinagre —indicó el *iatroi*, abriendo su caja de medicinas y rebuscando en ella hasta dar con una pequeña ampolla de cerámica, que destapó para verter un poco del aceite sobre la parte central de la espalda del enfermo—. Hay que hacerlo con mucha delicadeza, de lo contrario, podríamos empeorar los síntomas en lugar de mejorarlos. Dadme vuestra mano.

Aecio tomó la mano de Penélope entre las suyas, la llevó suavemente hasta la espalda de Gregorio y acompañó su movimiento circular mientras extendía el aceite sobre la parte inflamada. Después, ambos detuvieron su movimiento, manteniendo una mano sobre la otra durante un instante, hasta que sus miradas se encontraron y Aecio retiró su mano mientras sentía cómo todo su rostro enrojecía.

—También es conveniente que tome tallos de espárrago cocidos con vino blanco —añadió, rebuscando de nuevo entre su caja de medicinas—. ¡Vaya! No llevo otra ampolla de *oxirrodón*.

Quedaos con ésta, ya volveré mañana a entregaros otra —añadió, levantándose con rapidez.

—No sé cómo agradeceros todo lo que habéis hecho por mí —dijo Penélope, levantándose a su vez.

—Cualquier *iatroi* hubiera asistido a vuestro esposo.

—Pero no ha venido cualquier otro —aseguró ella.

Aecio tragó saliva, sintiendo al mismo tiempo una necesidad urgente de huir de aquella habitación y de buscar cualquier excusa para quedarse más tiempo.

—Os acompañaré a la puerta —dijo ella, recogió la lucerna y guió al médico hasta la entrada—. Gracias de nuevo —añadió, abriendo la puerta.

Aecio sonrió torpemente antes de salir, aunque, justo cuando la mujer comenzaba a cerrar la puerta, volvió a entrar.

—Un momento —dijo, interrumpiendo el tránsito de la hoja—. Me he dado cuenta de que aún no sé vuestro nombre.

—Penélope.

—Yo soy Aecio de Amida —comentó él—. Y no dudéis en llamarme ante la menor dificultad. Estaré encantado de volver a veros… De volver a ver a vuestro esposo, quiero decir.

Con una sonrisa, Penélope cerró finalmente la puerta, dejando a Aecio a solas en la oscuridad. Sin embargo, el médico fue incapaz de moverse durante un buen rato, permaneciendo junto a la puerta hasta que, con un fuerte suspiro, comenzó a bajar las escaleras para regresar a su casa, a solicitar a uno de sus sirvientes que le pellizcara, para asegurarse de que todo aquello era real.

Más de un centenar de personas se encontraban invitadas a la comida de palacio, con la que el emperador quería celebrar la buena marcha de las obras de la nueva Santa Sofía, iniciadas un año antes.

La celebración tenía lugar en el principal salón de reuniones del palacio, el Akkubita, el edificio que todos conocían como el triclinio de los diecinueve lechos. Se trataba de una larga construcción rectangular, cuyos lados mayores se componían de una sucesión de nueve ábsides en cada lado. En la cabecera, un último ábside completaba el conjunto, destacando como puesto de honor desde el que Justiniano presidía la comida.

En cada ábside, un *stibadium*, un conjunto de siete lechos que formaban un semicírculo alrededor de una mesa en forma de D, alojaba a los invitados según su rango. Los hombres se sentaban a la derecha del emperador, mientras que las mujeres lo hacían a su

izquierda, enfrente de los comensales masculinos. La cercanía con la cabecera, donde se sentaba Justiniano, se establecía según un estricto protocolo, controlado por los eunucos de la corte. Las mesas en las que se depositaban las viandas también variaban de material en función de su cercanía a la cabecera de la estancia, desde las fabricadas en oro macizo, anexas a la del emperador, hasta las de madera, en los últimos puestos, pasando por el marfil y la plata. Pese a ello, independientemente de la categoría, platos, fuentes y cubiertos eran de oro en todas las mesas, y cada lecho se recubría con la más fina seda púrpura.

A la celebración acudían numerosos altos funcionarios, miembros destacados del senado, el patriarca e invitados diversos, como los dos ingenieros que dirigían las obras. Al tratarse de una celebración puntual, se había prescindido de los pobres, a los que se les invitaba en las ceremonias formales para demostrar la piedad y caridad del emperador para con su pueblo.

Luciendo el *stemma*, la diadema imperial adornada con perlas y gemas, rematada con una cruz montada sobre un gigantesco rubí, Justiniano mantenía una sonrisa complacida, mientras degustaba los platos ceremoniales que se servían según el estricto protocolo de la corte. Traídos sobre cuatro carritos de oro, al emperador se le servían los platos principales sobre cuatro platos de oro con incrustaciones de perlas y rubíes. Se decía que el primero de ellos había pertenecido a Salomón, el hijo del rey David. El segundo, de igual factura, al propio David, mientras que el tercero y el cuarto procedían del gran Alejandro y de Constantino. Únicamente el emperador podía comer de ellos, por lo que eran retirados una vez acabada la comida y guardados celosamente hasta la siguiente celebración.

Uno tras otro, los exquisitos manjares con los que Justiniano agasajaba a sus invitados eran depositados en cada una de las mesas, traídos por sirvientes vestidos de seda que empujaban carros de oro. Como entrante, los criados sirvieron enormes fuentes con trozos de queso de todo tipo, salpicados con nueces, pistachos y frutas secas. Antes de que los presentes pudieran dar cuenta de ello, una nueva fuente fue colocada sobre sus mesas, en la que se acumulaban ostras, vieiras, mejillones, langostas y cangrejos, junto con infinidad de pequeños cuencos con salsas, desde salsas de mostaza, miel y vinagre, hasta el preciado *liquamen*. Como tercer plato, *stromataioi*, la pesca más apreciada durante el mes de febrero, aderezada con mostaza y pimienta. Por último, jugoso cordero asado, carne de machos castrados de un

año de edad, especiados con clavo, azafrán, nuez moscada y macis traídos desde las lejanas tierras al este del imperio persa. Para beber, pese a que la mayoría de los dietarios lo desaconsejaban en esa época del año, esclavos eunucos recorrían las mesas portando ánforas con doce vinos aromáticos distintos, mezclados con agua traída desde las dulces fuentes del norte, para evitar que el ligero sabor salado del agua de Constantinopla modificara el aroma de los preciados caldos.

Recostada sobre el brazo izquierdo, Teodora apenas probaba bocado de uno u otro plato, mientras mantenía la vista casi fija en uno de los ábsides más cercanos al emperador, ignorando los mordaces comentarios de Antonina, recostada a su lado.

—¿Has visto a la esposa del *commentariensis*? —indicó Antonina, refiriéndose a la mujer del funcionario de la prefectura encargado de los juicios criminales—. ¿De verdad piensa que bastan unos polvos blancos para esconder su tez de campesina?

—No me he dado cuenta —respondió la emperatriz, volviendo su mirada hacia la mujer.

—Te noto distraída —apuntó la mujer de Belisario con preocupación—. Apenas comes, no te fijas en las invitadas... ¿Hay algo que te preocupe?

—Nada en particular —repuso Teodora, quitándole importancia con un gesto de la mano y girando su cabeza de nuevo hacia el otro extremo de la sala—. Tengo otras cosas en la cabeza.

—Ya sabes que puedes contarme lo que quieras —afirmó Antonina, aproximándose a Teodora y bajando el tono de voz—. ¿Estás mirando a Juan de Capadocia?

—No consigo quitarme a ese cerdo de la cabeza.

—¿Por qué? —preguntó Antonina con curiosidad.

—Hoy he tenido una discusión con mi esposo —explicó Teodora.

—Todas discutimos con nuestros maridos —aseguró la mujer de Belisario—. No es diferente siendo emperatriz, de hecho, debe de ser más complicado todavía. ¡Y eso que tú no tienes aventuras que mantener en secreto! —añadió, con una pícara sonrisa.

—He tratado de conseguir que revocara el edicto de hace dos años por el que prohibía que las mujeres actuaran como árbitros —explicó Teodora, refiriéndose a los casos que no llegaban a juicio, en los que las partes podían acordar que un tercero dictase la sentencia, aunque no fuera un juez ni tuviera conocimientos de

leyes—. Pero no ha querido escucharme. Tampoco he conseguido que reconsidere su idea de cerrar las escuelas de leyes de Alejandría y Cesarea a final de año.

—¿Y qué tiene que ver eso con el capadocio? —inquirió Antonina.

—Ese puerco ha sido el que ha convencido a mi esposo de que no hiciera caso a mis propuestas —confesó Teodora con abatimiento.

—No puedo creerlo. ¿Qué le importan a él las escuelas de leyes o el arbitraje de las mujeres?

—Ése es el problema —apuntó la emperatriz—. Podría entender que incidiera en cerrar las escuelas dado que ambas entran dentro de su prefectura, y supone un ahorro de dinero al estado, pero no hay nada que justifique su negativa a levantar la prohibición en cuanto al arbitraje. De hecho, ya sabes que en esos casos se firman las *diálisis*, juramentos entre las partes con numerosas cláusulas exhaustivas que evitan que se reclame por segunda vez, lo que supone un ahorro de costes judiciales. Siendo su preocupación máxima dotar de dinero al tesoro, cualquier edicto que facilite la consecución de arbitrajes debería contar con su apoyo.

—Supongo que es más tonto de lo que pensábamos, ¿no?

—En absoluto —negó Teodora—. Eso es lo que en realidad me preocupa. Me está echando un pulso. Está probando la influencia que puede tener sobre mi esposo por encima de mí.

—¡Eso es absurdo! —exclamó Antonina—. Justiniano te adora. No pondría a nadie por delante de ti, y menos a ese maldito hereje bastardo.

—¿Tú crees? —cuestionó Teodora—. Cuando Focas murió hice cuanto estuvo en mi mano para evitar que mi esposo lo devolviera a él al cargo de prefecto de oriente. Le expliqué cómo le odia el pueblo, le conté todo sobre sus bacanales y su paganismo, y aun así le instauró de nuevo como prefecto.

—Pese a ello, ¿de qué le valdría enfrentarse a ti por un asunto tan nimio?

—No lo sé —negó la emperatriz—, y eso es lo que asusta. Sé que me odia, pero tiene que haber un motivo más importante para esto. Llevo toda la tarde dándole vueltas a este asunto en mi cabeza y no consigo encontrar una razón.

—¿No puedes hacer que uno de tus espías entre en su casa? —inquirió Antonina.

—No —negó tajantemente la emperatriz—. Ya lo he intentado. Narsés ha buscado la forma de introducirse en su círculo más cercano, pero no ha sido posible.

—No me fío de tu eunuco —susurró Antonina—. Te mira de un modo extraño. Si tuviera aún sus partes pudendas pensaría que te devora con los ojos.

—¡No digas tonterías! —desdeñó Teodora—. Narsés es el más fiel de mis consejeros. Jamás me ocultaría nada. Te estás dejando influir por tu esposo.

—No negaré que Belisario no habla nada bien de ese imberbe, pero tiene motivos. Creo que ansía que mi esposo fracase en África.

—Estás exagerando. Aunque, ya que hablas de ello, te echaré de menos cuando le acompañes. ¿No hay manera de convencerte para que te quedes en la ciudad?

—¿Y perderme un viaje en barco rodeada por miles de hombres en la flor de la vida? No. Además, pese a toda su ciencia militar, Belisario se sentiría perdido si no me tiene a su lado. Cuando acaben las batallas necesitará el calor de una mujer junto a él.

—En cualquier caso, espero que seas prudente. No quiero perderte.

—No lo harás —aseguró Antonina, acercándose para besar la mejilla de la emperatriz—. Esto dará un poco de qué hablar a la corte, ¿no crees?

Teodora rio la ocurrencia de su amiga, observando cómo la mitad de las damas que asistían a la comida ya se habían hecho eco del beso entre ambas y lo comentaban sin pudor en las conversaciones que se cruzaban en los lechos.

El murmullo de voces cesó de pronto, trocado por un coro de exclamaciones de asombro cuando media docena de fornidos esclavos entraron en la habitación tirando de un gran carro de oro, sobre cuya superficie figuraba una gran maqueta de la nueva Santa Sofía. Algunos de los presentes se pusieron de pie, tratando de observar con más detenimiento los detalles de la construcción a escala, mientras otros muchos comentaban con entusiasmo el aspecto de la gran cúpula que coronaba el edificio. Poco a poco, un coro de salves comenzó a surgir de entre los asistentes, cuando muchos de ellos se unieron a las loas cantadas por unos músicos, en las que glorificaban al emperador como si hubiera sido él quien hubiera obtenido la inspiración para realizar aquel nuevo edificio.

Desde uno de los ábsides más alejados de la cabecera, los ingenieros responsables de aquel diseño se mantenían en silencio, observando cómo el conjunto del palacio atribuía el mérito de su trabajo al propio emperador.

—¡Malditos aduladores! —exclamó Antemio con furia—. Les falta decir que ha sido él quien ha vertido el mortero de los cimientos.

—Deberías acostumbrarte —le calmó Isidoro—. Ya sabes que el mérito siempre se lo lleva el que financia la obra. ¿Acaso alguien se acuerda de quién edificó el arco de Tito en Roma, o el artista que grabó la columna de Trajano? Si esperas que la historia guarde tu nombre por esta iglesia lamento desilusionarte.

—Me bastaría que, al menos, ese necio dejara de introducir modificaciones en nuestro trabajo —replicó Antemio, indignado—. Bastante hacemos ya para acelerar las obras y poder concluir la iglesia en cinco años.

—Únicamente ha pedido un acceso privado a la iglesia —excusó Isidoro.

—¡Para el que hemos tenido que modificar la fachada sur! —bramó Antemio, llamando la atención de algunos invitados, cuando acompañó su exclamación con un brusco acceso de tos.

—Baja el tono —suplicó Isidoro—. Tampoco ha sido para tanto. El paso porticado que conduce desde el Chalke hasta el pozo sagrado, y que permite llegar a la iglesia sin atravesar el Augusteon, no nos afecta para nada.

—Pero hemos tenido que abrir una puerta nueva en la zona de los catecúmenos —indicó Antemio—, y modificar los muros de carga para abrir un acceso especial en el primer piso a través de las ventanas de la galería sur, hasta el Metatorion —añadió, refiriéndose a una sala que se alzaría en la galería sur, destinada a la recepción del emperador—. Estoy harto de sus exigencias. ¡Se comporta como un niño caprichoso que trata con sus esclavos!

—Ése es el privilegio del gobernante —sentenció Isidoro—. Dejarás de ver el lado negativo cuando el oro caiga sobre nosotros como una lluvia.

—Por mí puede coger todo su oro y ahogarse en él.

—Cuando llegue el momento, si no lo quieres puedes dármelo a mí —pidió Isidoro con una sonrisa—. Yo daré buena cuenta de tu salario.

Ahorrándose la réplica, Antemio dio un sorbo al vino especiado que había en su copa, cuyo sabor delataba que había sido

macerado con violetas durante treinta días, tras lo que se le había añadido un tercio de miel hervida. El caldo refrescó su irritada garganta, lacerada debido a esa maldita tos de la que no acababa de librarse.

De no ser por su amistad con Isidoro, la única que tenía interés en mantener, Antemio hacía ya meses que habría abandonado el proyecto. Su estado de salud había empeorado con el comienzo del invierno, aunque no eran los continuos dolores en las articulaciones lo que más le molestaba, sino la necesidad de perder su valioso tiempo en pequeños detalles, en explicaciones de obra o burocracia sobre los materiales, y, sobre todo, en atender las volubles peticiones del emperador sobre su nuevo templo. Lo que, inicialmente, había supuesto un gran reto, se había convertido poco a poco en un trabajo rutinario, sujeto a mil y un inconvenientes, que ni siquiera reportaba ya la satisfacción de constituirse en un reto para su mente.

Observando las extravagantes muestras de adulación que los invitados profesaban al emperador al paso de la maqueta que ellos mismos habían construido, Antemio sintió un profundo asco por aquel mundo cerrado sobre sí mismo, en el que la inteligencia servía menos que la habilidad de regalar el oído, y en el que los conocimientos no podían competir con el dinero.

«Platón estaba en lo cierto», pensó, mientras imaginaba lo mucho que podría cambiar el mundo si los filósofos gobernaran el imperio, tal y como preconizaba el pensador griego. Finalmente, el ingeniero abandonó el lecho, huyendo de la celebración mientras Isidoro le excusaba argumentando unos posibles dolores de vientre. Cuantos se encontraban cerca del ingeniero dieron por buenas las explicaciones de Isidoro y volvieron su atención hacia la descomunal maqueta, adonde se dirigían las miradas de todos los asistentes, de todos menos de uno.

Al contrario que el resto de los presentes, Juan de Capadocia mantuvo la vista clavada en la espalda de Antemio de Tralles mientras el ingeniero abandonaba la sala.

Constantinopla, 22 de febrero de 533

Apenas golpeó la puerta, una voz de mujer surgió del interior de la vivienda, acompañada del llanto de un niño. Sin embargo, el rostro que apareció ante él cuando la puerta se entreabrió le era totalmente desconocido.

La mujer, baja y de aspecto rechoncho, tenía el pelo oscuro y enmarañado. En su cintura portaba a un pequeño de unos dos años, con el rostro cubierto de mocos y los ojos enrojecidos por el llanto.

—¿Qué queréis? —preguntó ella con desconfianza.

—Busco a una mujer y a su hijo. Se llama Penélope.

—No la conozco —aseguró la mujer, tratando de cerrar la puerta de nuevo.

Él puso la mano sobre la hoja de madera, impidiendo que se cerrara.

—Vivía aquí la primavera pasada.

—No sé de quién habláis —insistió ella, dejando entrever el miedo en sus ojos—. Me trasladé aquí con mi marido hace unas semanas.

Durante un instante él mantuvo la mano sobre la madera, antes de asentir ligeramente y darse la vuelta, permitiendo que la mujer cerrara rápidamente el postigo.

Una fina lluvia comenzó a caer sobre Drías, que se arrebujó en el *sagum*, su capa militar, antes de asir las riendas de su montura y abandonar el patio del edificio en el que había convivido con Penélope.

Se adentró en las calles con la vista fija en el suelo, mientras la lluvia comenzaba a resbalar por su cara, empapando su barba rubia. Cuando dejó Constantinopla se juró a sí mismo que no volvería a buscarla, que olvidaría aquellos ojos tristes que un día le contemplaron con cariño, que aquel pequeño que agitaba sus tallas de madera con sus manitas desaparecería de su mente.

Pero no lo había logrado. Incumpliendo sus propias palabras regresó antes de la primavera, una vez que se hubo asegurado de que la familia de Arzés se asentaba en su nueva propiedad. Burlando la nieve en los pasos de la montañosa Grecia, el mercenario había impulsado su montura hacia la capital del

imperio siguiendo una corazonada, soñando con algo que sabía imposible.

Él mismo le había pedido a Penélope que no le esperara, que él no regresaría de nuevo a su lado. Pese a ello, no pudo evitar que la decepción se adueñara de él cuando una desconocida abrió la puerta de la que había sido su casa. Por un momento sintió alivio, pues, a pesar de la bravura que le consagraba como soldado, tenía miedo de lo que pudiera pasar si volvía a encontrarse con ella. Aunque la cabeza le decía una y otra vez que nunca recuperaría la confianza con la que convivieron durante un tiempo, el corazón parecía seguir su propio camino, insuflando locos anhelos en su pecho, obligándole a regresar a ese maloliente edificio de apartamentos.

Hacía ya más de un año, Arzés le acusaba de pensar con la entrepierna, y tenía razón. Seguía sin hacer caso a su cabeza. De hecho, se maravillaba de haber tenido la lucidez suficiente para marcharse del lado de Penélope, para liberarla de la presencia de un bárbaro. Al menos, por una vez, su querido compañero de armas se hubiera sentido orgulloso de él. Dos veces, pues estaba seguro de que, desde el cielo, Arzés le agradecía lo que acababa de hacer por su familia.

Con un suspiro, el hérulo alcanzó la avenida principal de la ciudad, abarrotada a pesar de la lluvia que arreciaba sobre la calle. Se encaminó hacia la villa de Belisario, a informar a su general de su regreso, y a solicitar su antiguo puesto al frente de su guardia. Al menos, tenía el consuelo de que una dama le esperaba en el futuro, una que siempre le sería fiel, una en la que podía perderse cuando la soledad le asfixiara con su manto.

La guerra.

—¿Vas a salir con este tiempo?

—Sólo un rato, apenas lo necesario para tomar un vaso de *phouska*.

Penélope frunció el ceño, mientras Gregorio dejaba a Platón en el suelo, después de haberle llevado sobre sus hombros por toda la casa.

—¡Más! —pidió el pequeño, estirando los bracitos hacia el albañil.

—Papá se tiene que ir —negó Gregorio con una sonrisa, mientras Platón comenzaba a hacer pucheros.

—Desde que te has recuperado no has vuelto a trabajar —dijo

Penélope, al tiempo que recogía a su hijo del suelo—. Pero parece que ya estás suficientemente bien como para pasar el día en la taberna.

—No me sermonees —protestó Gregorio, enfundándose una pesada capa de color terroso con la que protegerse de la lluvia—. Además, con este diluvio apenas se puede trabajar, el mortero no fragua bien con tanta agua.

—Miguel viene casi todos los días a preguntar por ti. Es tu maestro, pero si sigues con esa actitud se hartará de ti y te despedirá. ¿Qué haremos entonces?

—¿Ya vuelves con esa monserga? —se enfadó Gregorio—. Ya te he dicho que sólo voy a dar una vuelta. Después de lo cerca que he estado de encontrarme cara a cara con el Señor quiero aprovechar el tiempo y divertirme un poco.

—Lo siento —se disculpó ella—. Sé que lo has pasado mal pero, gracias a Dios, te has recuperado completamente en pocos días. Únicamente estoy preocupada. Cuando te encontrabas postrado en el lecho no dejaba de preguntarme qué sería de mí y de Platón si te pasara algo, o si te quedaras sin trabajo.

—Deberías dejar de preocuparte tanto —aseguró el albañil con más calma—. Tengo un acuerdo especial con Miguel, te aseguro que no perderé el trabajo.

—¿Un acuerdo?

—Cosas de albañiles —se defendió Gregorio con rapidez—. No lo entenderías. Mañana volveré a la obra.

Besándola apresuradamente en la mejilla, Gregorio abandonó la casa y se adentró en la fuerte lluvia cubierto por su capa.

—¡Ballito! —gritó Platón, señalando la puerta por donde se había marchado el albañil.

—Tu caballito se ha marchado a emborracharse —susurró ella, arrepintiéndose casi de inmediato. Sonrió a su pequeño y le besó con fuerza, mientras él reía y se asía a sus cabellos.

Adentrándose en la sala principal, se acercó a una de las repisas en las que se acumulaban vasos y cuencos de cerámica, junto con un par de pequeñas ánforas de fondo ancho y media docena de grandes fuentes ovaladas de color rojizo. Movió uno de los recipientes de cerámica y, con habilidad, extrajo un pequeño ladrillo suelto del fondo de la pared, dejando a la vista un agujero. Con cuidado, metió la mano en el hueco y recogió un objeto envuelto en un saquito de lana, que volteó sobre la propia repisa.

Con un sordo tintineo, un anillo de oro cayó sobre la superficie

de madera. De forma octogonal, en siete de sus caras se habían grabado imágenes abreviadas de la vida de Jesucristo. En el octavo lado, el superior, ancho y en forma circular, relucía la imagen grabada de Cristo y la Virgen bendiciendo a un novio a la izquierda y a una novia a la derecha, con la palabra «concordia» escrita debajo. Alrededor del borde lateral de dicha cara el hábil artesano había grabado en letras griegas: «Señor, ayuda a tus fieles siervos.»

Le había costado la tercera parte de las monedas de oro que Drías le había dejado antes de su partida. Se sentía culpable por no haber aportado dote alguna a su matrimonio, por lo que lo había encargado en secreto al artesano que le hizo el mejor precio. Tenía intención de sorprender a Gregorio con él, dejando que Platón se lo entregara durante una cena. Sin embargo, desde que había ocurrido el accidente que casi le cuesta la vida a su marido, no había encontrado el momento adecuado para dárselo.

Habían bastado apenas un par de días para que su esposo comenzara a recuperar la movilidad de las piernas y el habla, y pocos más para que desaparecieran por completo los angustiosos síntomas. Pese a ello, la recuperación de la salud parecía haber despertado en Gregorio una extraña ansia por disfrutar de cuanto la vida pudiera ofrecerle. Como si hubiera pasado un año tendido en el lecho, y tuviera ahora que recuperar el tiempo perdido, su esposo se había arrojado a una incomprensible carrera por recorrer cuantas tabernas abrían sus puertas en la ciudad.

Cada vez que ella le mencionaba su vuelta al trabajo él reaccionaba con furia, finalizando la discusión con un evasivo «mañana», un mañana que nunca acababa de llegar. Cuando se amaban, tenía la impresión de que él únicamente buscaba satisfacer sus ansias tan rápido como fuera posible, eludiendo el cariño y las caricias que le prodigó el día de su boda, como si, una vez saboreado el fruto prohibido, hacer el amor se hubiera convertido en un acto tedioso, sujeto únicamente a la necesidad de aliviar sus pasiones físicas.

Noche tras noche, durante los últimos días, Penélope había esperado que su esposo regresara de buen humor, para entregarle aquel anillo que ahora reposaba frente a ella. Noche tras noche, le veía entrar tambaleándose, apestando a hidromiel, o furioso por haber perdido el dinero apostando a los dados o, incluso, apestando al perfume barato que usaban las rameras.

—Mío —dijo Platón, señalando la brillante joya con su dedito.

—¿Lo quieres? —Sonrió ella, dejando que lo sostuviera—.

Espero que algún día lo pongas en el dedo de tu esposa.

Arrojando el anillo con fuerza, el niño esbozó una pícara sonrisa cuando la joya arrancó un fuerte tintineo al chocar contra la mesa.

—¡Pequeño diablillo! —exclamó su madre, mientras Platón encogía la cabeza entre los hombros, dejando ver sus dientecillos en una traviesa sonrisa—. Como sigas portándote tan mal vendrá Gillo y te comerá —añadió, mencionando al temido diablo que se comía a los recién nacidos, mientras comenzaba a hacer cosquillas en los pies desnudos del pequeño, que se contorsionó de risa en brazos de su madre.

Unos golpes en la puerta sorprendieron a Penélope, que se apresuró a recoger el anillo del suelo y a guardarlo de nuevo en su escondrijo secreto.

—¡Un momento! —gritó, mientras colocaba de nuevo el ladrillo suelto y depositaba un ánfora frente a él.

Finalizada la ocultación de su tesoro, se acercó hasta la puerta.

—Buenos días —saludó Aecio, completamente empapado bajo el dintel de la entrada.

—¡Dios mío! —exclamó Penélope—. ¡Estáis calado hasta los huesos! Entrad, rápido, y encenderé un fuego.

—No os preocupéis —se apresuró a decir el médico, adentrándose con un suspiro en la casa y depositando su caja de medicinas sobre el suelo—. Ahorrad la leña, sólo estaré unos instantes, el tiempo necesario para comprobar cómo está vuestro marido.

—Mi esposo está completamente restablecido. De hecho, ha salido.

—Mal hecho —afirmó el médico—. Con este tiempo podría enfriarse, y no es conveniente que su espalda se resienta.

—He tratado de retenerlo —aseguró Penélope, recogiendo la empapada capa del *iatroi* y depositándola sobre uno de los taburetes que rodeaban la mesa—. Pero ya sabe cómo son los pacientes.

—Inquietos, gruñones y desagradecidos —apuntó Aecio—, y eso me lleva a la segunda razón que me ha traído hasta aquí.

—¿Otra razón? ¿Tiene algún problema mi esposo? —inquirió ella con temor.

—¡No, en absoluto! —aseguró el médico, enfatizando su negativa con las manos—. Dentro de unos días incluso los

cardenales habrán desaparecido. No se trata de eso.

—¿De qué entonces?

—He visto cómo habéis aplicado la cura a vuestro esposo —explicó Aecio—. Y creo que tenéis un don especial para tratar con pacientes.

—Me siento halagada. No he hecho nada fuera de lo común.

—Creedme, soy físico y puedo asegurar que he visto a pocos mostrar tal dedicación. En cualquier caso… —continuó el médico, tirando del cuello de su túnica azul—, ¡qué calor tengo!

—¡Estáis sudando! ¡Os encontráis bien!

—Sí, sí. Será a causa de la carrera. Para tratar de evitar la lluvia.

Mirando hacia el suelo, Aecio comenzó a retorcerse las manos, mientras Penélope le observaba con curiosidad.

—La verdad… —comenzó de nuevo el médico—, es que me gustaría contrataros como ayudante.

Abriendo los ojos de par en par, Penélope se mantuvo en silencio durante unos instantes, tratando de asimilar la asombrosa petición de Aecio.

—No sé si sabréis —continuó el médico— que el hospital de Sansón ardió cuando se produjo el incendio de Santa Sofía. Yo trabajaba en ese *xenon*, y ahora he sido nombrado director del nuevo, cuya construcción esperamos que finalice en pocos meses. Desgraciadamente, en el siniestro falleció la *iatraina* que se encontraba a cargo de la sección de mujeres, junto a todo su equipo de ayudantes. Por eso ahora necesitamos reemplazarlas con urgencia.

—Pero… —acertó a decir finalmente—. Yo no sé nada de medicina.

—No hay en toda Constantinopla más que un puñado de mujeres con los conocimientos necesarios —explicó el médico—, por lo que me veo obligado a emplear ayudantes sin ningún tipo de experiencia. He llegado a un acuerdo con otros tres médicos adscritos al hospital para que cada uno de nosotros elija una aprendiz, para enseñarle los rudimentos del oficio durante los meses que aún faltan hasta la finalización de las obras del *xenon*.

—Unos meses —repitió Penélope, aún anonadada por el ofrecimiento.

—Obviamente, no se aprende medicina en tan corto espacio de tiempo —explicó Aecio—, tan sólo sería un comienzo, para poder

contar al menos con un puñado de asistentes cuando el hospital comience a funcionar. Luego, dentro del propio *xenon*, continuaríamos la instrucción con más tranquilidad.

—No sé qué decir.

—Por descontado, os pagaré por vuestro trabajo —apuntó Aecio—. Un médico asistente del hospital cobra cinco sólidos de oro al año, más veinticuatro modios de trigo. Como aprendiz se supone que no se cobra un sueldo pero, dado que me interesaría que me auxiliarais también en mi práctica privada, estaría dispuesto a entregaros una suma equivalente durante estos primeros meses.

—Pero…

—¿No os gustaría aprender medicina? —inquirió Aecio con un leve desánimo.

—¿Gustarme? ¡Estaría encantada! —aseguró Penélope—. Pero tiene que haber cientos de mujeres mucho mejor preparadas que yo. No sé si sería capaz de aprender todo lo necesario. ¿Por qué habéis pensado en mí?

—Os he visto cuidar a vuestro esposo, y preocuparos por vuestro propio hijo.

—Eso es ternura de madre y esposa, algo innato en una mujer.

—Bastan unas pocas conversaciones para comprobar que atesoráis una esmerada educación, y quien ha estudiado durante su juventud es capaz de continuar aprendiendo durante la edad adulta.

—Sí que es cierto que mis padres me proporcionaron un tutor, pero…

—¿Habláis y leéis griego y latín?

—Sí, mas eso no significa que…

—¿Terminasteis la gramática?

—Sí.

—Para mí conoceros es razón suficiente —aseguró Aecio—, pero si queréis pruebas de vuestra capacidad, acaban de salir de vuestra boca.

—Os agradezco vuestros ánimos, pero ¿quién cuidaría de mi hijo durante mi ausencia?

—¿No tenéis algún familiar que se pueda hacer cargo de él durante las horas que estéis fuera?

—Estoy segura de que la madre de mi esposo estaría encantada de cuidar de Platón —apuntó ella—, pero no quisiera tener que

pedírselo. Sería como invitarla a instalarse en mi casa y hacerse la dueña.

—A decir verdad, la mitad de las criadas de mi casa se pasan el día sin hacer nada —indicó el médico—. Se ocuparán de él hasta que dispongáis de servicio propio.

—Sois muy generoso, pero, aun así, tendría que pedir la aprobación de mi esposo.

—Por supuesto, pero me extrañaría que ningún hombre os negara nada —dijo el médico, bajando inmediatamente la cabeza en cuanto acabó la frase—. Si él accede, ¿cuento con una nueva ayudante?

—Sí —afirmó ella con emoción—. Aunque no acabo de creérmelo. Ni siquiera sé qué es lo primero que tengo que hacer, mi señor *iatroi*.

—Tal vez, debas comenzar por llamarme Aecio.

Constantinopla, 19 de junio de 533

Como cada año, durante el comienzo del verano enormes bancos de atunes regresan a sus lugares de desove, concentrándose en inmensos grupos que asemejan la sombra de gigantes marinos. Muchos de ellos, atrapados por las corrientes, entran por miles en el Cuerno de Oro, donde se arraciman en tal número que los pescadores apenas tienen problemas para llenar sus barcos con los grandes peces, realizando una de las mayores capturas del año.

Sin embargo, esa mañana, los centenares de velas que se desplegaban en el brazo de mar apenas despertaban la curiosidad de los habitantes de Constantinopla pues, al otro lado de la ciudad, subidos a murallas, tejados o a la arcada superior del hipódromo, miles de ojos se mantenían fijos sobre el mar de Mármara, contemplando el inmenso despliegue de navíos que se mostraba ante sus ojos, admirados por la demostración de poderío que el imperio realizaba, rezando una plegaria por el futuro del ejército que recuperaría África para Roma.

En perfecta formación, quinientos barcos de transporte manejados por treinta mil marineros contenían en su interior cinco mil jinetes con sus correspondientes monturas, y el doble de soldados de infantería. Desde las pequeñas naves que cargaban hasta tres mil *medimnos* de suministros, hasta los gigantescos transportes de caballos, capaces de contener casi veinte veces más carga, un bosque de mástiles y velas se alzaba a lo largo de todo el flanco sur de la ciudad, rodeado por noventa y dos *dromones*, las galeras de guerra que resguardarían la integridad de la flota contra la poderosa armada de los vándalos.

En el puerto del Gran Palacio, una nutrida representación de la corte, encabezada por el emperador y sus más altos dignatarios, se mantenía respetuosamente en silencio, mientras el patriarca Epifanio, auxiliado por dos diáconos, bendecía la gran flota, rogando al Señor que cuidara de aquel ejército, que partía a recuperar África para el imperio y para Dios. Tras la plegaria, el propio Epifanio acompañó al joven recién bautizado que la tradición requería acompañara a la flota, y que había sido adoptado por el propio Belisario, el general al mando de la expedición.

Una vez finalizada la bendición ceremonial y rezadas las

últimas plegarias, la potente voz de Belisario rugió sobre el puente de mando de la nao principal, las anclas fueron retiradas y desplegadas las velas. Con un pequeño brinco, el gran buque comenzó a apartarse del puerto y cabeceó hacia la flota, aproximándose al puesto de cabeza que le correspondía.

Como guía de la escuadra, tanto la nave de Belisario como otros dos barcos principales habían visto pintado de rojo el tercio superior de sus velas, de cuyo mástil superior colgaban media docena de grandes faroles, para que, tanto de día como de noche, la flota entera pudiera identificar a sus guías, evitando que alguno de los barcos se extraviara.

Desde la costa, la corte en pleno sacudía las manos, despidiendo a la armada con rezos y lágrimas. De pie, junto a la barandilla de mármol que cerraba la terraza principal del puerto, Teodora contemplaba emocionada cómo Antonina agitaba un pañuelo desde la cubierta del barco de Belisario, haciéndose más y más pequeña a medida que se alejaba de la costa. Impasible, el serio rostro de la emperatriz no dejaba traslucir los miedos que albergaba su corazón. Mientras veía partir a su mejor amiga, no podía sino preguntarse si la volvería a ver. Hubiera deseado prohibirle partir, detener su insensato deseo de unirse a aquella expedición guerrera, que conducía a quince mil hombres a conquistar un reino defendido por ochenta mil, que basaba sus posibilidades de triunfo en la experiencia militar de un general que acababa de cumplir treinta años.

A su lado, Justiniano se mostraba extasiado. En su rostro ni siquiera se observaba una sombra de duda, ni un atisbo de inquietud. Contemplaba aquella inmensa escuadra con los ojos de un niño, que únicamente mostraba impaciencia, anhelo por ver cómo los barcos volaban sobre el agua, nerviosismo por comprobar cómo su sueño de recuperar la gloria de Roma comenzaba a hacerse realidad.

Viendo su expresión, Teodora no pudo sino envidiar a su esposo. Le hubiera gustado disfrutar de aquella seguridad, de aquella fe inquebrantable en que Dios les concedería la victoria, sin importar la lejanía de su objetivo, ni las tempestades del mar embravecido, ni la aplastante superioridad numérica de sus rivales. Los ojos de Justiniano eran el reflejo de la fe, de la creencia en que nada se opondría a su ansiado sueño. Sin embargo, ella no podía desechar sus temores. Pese a su absoluta fe en el Señor era incapaz de controlar ese ligero temblor que atenazaba sus manos, mientras la orgullosa flota desplegaba sus

velas y las tubas del ejército retumbaban orgullosas en la lejanía, anunciando la marcha.

—¿Nos retiramos?

La pregunta de Justiniano apenas fue un susurro, pero al girarse para ver su rostro, Teodora detectó en sus ojos la pasión y el deseo que acababan de despertar en su esposo. Lejos de sentir temor alguno, el emperador se encontraba tan excitado que necesitaba desfogar su energía en el lecho de su mujer.

—Voy enseguida —aceptó ella—. Déjame un instante para rezar una plegaria.

—Belisario volverá triunfante —aseguró él con una sonrisa henchida de confianza—, y Antonina regresará a su lado.

Teodora sonrió, tentada de acariciar el rostro de su esposo, de no haber sido por el rígido protocolo que imponían las apariciones públicas.

—Sólo será un momento.

Asintiendo, Justiniano se retiró complacido, acompañado por los miembros de su consejo, los más altos funcionarios de la corte y muchos de los sirvientes de palacio, que se habían acercado a las terrazas cercanas para curiosear la marcha de la flota. Teodora aún mantuvo un rato la vista fija sobre los barcos. Pese a las damas de compañía que la rodeaban, a los cientos de eunucos que esperaban en su pabellón y a los miles de criados y funcionarios que trabajaban en el Gran Palacio, por primera vez, la emperatriz sintió aquello de lo que advertían los filósofos: la soledad del gobernante.

Apoyado en la amura del barco de Belisario, Drías contemplaba la silueta de la ciudad, que se recortaba contra la claridad del cielo. Frente a él, surgía la misma imagen que sus recuerdos habían grabado, cuando llegó a Constantinopla procedente de Persia, hacía ya año y medio.

Ante sus ojos se alzaban los mismos muros, los mismos abigarrados edificios de viviendas, tejados de iglesias y esbeltas columnas coronadas por una efigie. Desde la distancia, el hipódromo donde había combatido contra las facciones se alzaba con la majestuosidad de un gigante de piedra, coronado por una columnata ovalada de altas columnas, en cuyos vanos se alternaban estatuas y esculturas. Las verdes copas de los árboles que salpicaban los jardines del Gran Palacio ocultaban la mayor parte de los pabellones, aunque no le impidieron reconocer el

edificio en el que se había acuartelado su unidad durante los disturbios de la *Nika*.

Se marchaba de Constantinopla por segunda vez, de la ciudad que le había arrebatado media vida. Y, pese a ello, no era rencor lo que albergaba su corazón mientras contemplaba aquellas siete colinas cubiertas de casas. Sentía una extraña nostalgia, la del hombre que cree haber encontrado un segundo hogar, únicamente para verse obligado a huir de él.

Finalmente, el hérulo pensó que lo más acertado sería olvidar aquella ciudad. Habían pasado demasiadas cosas desde que se bajó del transporte que lo trajo de Persia. Tal vez se tratara de una señal. Tal vez, al alejarle de Constantinopla, el dios de los cristianos, sus familiares fallecidos, o quienquiera que fuese, le estuvieran indicando que debía dejar atrás su pasado, que debía relegar al olvido aquella ciudad que se perdía poco a poco de vista, junto con los recuerdos de lo que había vivido en ella.

Con un suspiro, Drías volvió la vista hacia la proa del barco, dejando que la brisa acariciara su rostro. Fijó sus ojos en el horizonte, en la fina línea en la que cielo y mar se unían, fundiéndose en un solo ente. En ese instante decidió que volvería a ser el antiguo mercenario, el soldado orgulloso y pendenciero que sólo pensaba en batallas y botines, regresaría a lo único que había sabido hacer desde que tenía uso de razón.

Tal vez así lograría olvidar.

—Espero que no vuelvan.

Valente se sorprendió al escuchar la lapidaria frase de Juan de Capadocia, mientras abandonaban el Gran Palacio tras contemplar la partida de la flota.

—¿Por qué dices eso? —preguntó el senador—. ¿Acaso no quieres que África vuelva a pertenecer al imperio?

—Para nuestros intereses resultaría mucho más útil que Belisario y su ejército perecieran a manos de los vándalos —sentenció el prefecto—. Nos libraríamos del mayor obstáculo que nos separa del trono.

—El emperador no cuenta sólo con quince mil hombres —recordó Valente—, sino que dispone de cerca de diez veces esa cifra.

—La mayoría son simples *limitanei* —despreció Juan de Capadocia—, granjeros apegados a sus tierras que huyen en cuanto ven aparecer a los bárbaros en el horizonte. No hay más

que ver lo que pasó hace unos meses con Chilbudio, el general de los ejércitos de Tracia. Los eslavos deshicieron su ejército a la primera embestida, y tuvo que ser Germano, el primo del emperador, quien acudiera a restablecer la situación.

Valente asintió, sin querer replicar al prefecto. Entendía la lógica de su pensamiento, pero, aun así, se negaba a poner sus esperanzas en un desastre de las armas romanas. Su honor le impedía desear que un ejército enviado a reconquistar tierra romana fracasara. De hecho, de no haber estado penado con la muerte que un cristiano sacrificara a los antiguos dioses, él mismo habría inmolado un cordero solicitando la victoria para Belisario.

—¿Qué hay del apoyo del patriarca? —preguntó el senador, buscando cambiar el tema de su conversación—. Aún no me has explicado en qué consiste esa información que lo pondrá en contra de Justiniano.

—No es algo que me apetezca divulgar —comentó el prefecto, echando una mirada a uno y otro lado—. No iba a contarte nada hasta estar seguro de tu compromiso.

—Cuando alguien se involucra en un proyecto como éste sería insensato hacerlo a medias —aseguró Valente—. Si se triunfa en el empeño nadie recompensaría un apoyo tan tibio, mientras que, si se fracasa, el emperador no se detendrá a evaluar el grado de implicación de los conjurados, sino que subirán a la horca por igual.

—¡Los senadores y su manida retórica! —rio Juan—. No conseguirás hacerme hablar con tus juegos de lógica, aunque, en cualquier caso, es probable que todo se vaya al traste.

—No te entiendo.

—No podemos acudir al patriarca con una simple historia y un par de coincidencias —afirmó el prefecto bajando la voz—. Necesitamos pruebas. Pero los documentos escritos de puño y letra de Justiniano que le incriminaban en un terrible crimen contra la iglesia han desaparecido, destruidos por ese incompleto de Narsés.

—¿No tienes testigos en los que apoyarte?

—No. La persona que me puso sobre la pista ha desaparecido.

—El patriarca Epifanio es un buen amigo de Justiniano —recordó el senador—. Si no le convences de algún modo apoyará al emperador.

—¿Crees que no lo sé? —se enfadó el prefecto—. No es tan necesario. En cuanto sea emperador le depondré e instauraré a otro que me sea leal.

—Sin el apoyo de la iglesia no durarás ni un año como emperador —sentenció Valente—. Incluso aunque tomaras el poder por la fuerza…

—¡Ya basta de consejos! —interrumpió Juan—. No estás aquí para convertirte en mi padre.

—Te recuerdo que hasta el último patricio te odia —declaró el senador, tratando de mantener la calma pese a los exabruptos del prefecto—. No conseguiré los apoyos necesarios en el senado sin tener a la iglesia de nuestro lado o, al menos, su neutralidad.

—Ése es tu problema, no el mío —repuso Juan con indiferencia —. No me aburras con tus temores de vieja.

Valente se detuvo, y dejó que el prefecto diera unos pasos antes de detenerse a su vez, girándose hacia el senador.

—¿Qué pasa ahora? —bramó.

—Tal vez debamos romper el nexo que nos une —comentó Valente, con el rostro convertido en una máscara de inflexible firmeza.

—Es demasiado tarde para abandonar el barco —se burló el prefecto.

—Siempre puedo saltar al agua.

—Y ahogarte —amenazó el capadocio.

—Sí, pero no antes de haber conseguido que te estrelles contra las rocas.

Irguiéndose en toda su altura, el gigantesco prefecto frunció el ceño, avanzando amenazadoramente unos pasos hacia el senador. Pese a ello, Valente permaneció quieto, manteniendo en sus ojos una mirada desafiante.

Encarado con el patricio, Juan de Capadocia clavó su mirada en el rostro de Valente, respirando con fuerza, como un toro a punto de embestir a su presa. Durante unos instantes reinó el silencio, hasta que una torva sonrisa apareció en la cara del prefecto.

—Los tienes bien puestos para ser un maldito pavo real envuelto en una toga —afirmó Juan—. ¿Qué es lo que quieres?

—Dos cosas muy simples —indicó Valente—. La primera, que refrenes tu insolencia conmigo. No soporto la mala educación.

—¿Y la segunda?

—Que continuemos buscando una solución para que el patriarca Epifanio pase a nuestro lado.

—Sea —respondió Juan de Capadocia, y dio la espalda al

senador y continuó su camino.

Sin alterar la seriedad de su rostro, Valente comenzó a andar de nuevo, poniéndose a la misma altura que el prefecto.

—Ya que tanto interés tienes en conseguir el apoyo del patriarca, ocúpate tú de ello —indicó Juan.

—¿Qué es lo que habías descubierto?

—Una de las damas de Teodora vino a verme hace unos meses —explicó el prefecto—. Al parecer, la ramera le había despellejado la espalda y quería vengarse. Me contó que había escuchado al emperador confesar la destrucción de Santa Sofía.

—¿Su destrucción? —preguntó el senador con extrañeza.

—Según me dijo —continuó Juan—, antes de la revuelta Justiniano ya tenía todo preparado para construir la nueva basílica. Envió órdenes a los ingenieros encargados de diseñarla y a las canteras para que comenzaran a acumular mármoles.

—¿Es fiable esa fuente? —inquirió el senador.

—No he vuelto a verla, aunque ya me advirtió que pensaba huir de Teodora. En cualquier caso, yo mismo fui convocado por Justiniano a primeros de enero del año pasado. En esa reunión, me pidió que comenzara a recaudar dinero para un nuevo proyecto.

—De ahí las tasas a los senadores por aquella fecha —recordó Valente—, y el cambio en el número de *follis* por cada sólido de oro.

—Exacto —confirmó el prefecto—. Aún no sabía la cifra con exactitud, pero calculó unos veinte millones de sólidos de oro, a recaudar en cinco años. La misma cantidad y tiempo que se estima costará la construcción de la nueva iglesia. No existe proyecto alguno que se acerque a semejante suma. Por eso, la única conclusión que podemos extraer es que Justiniano ordenó quemar la antigua iglesia.

—Eso explicaría su extraño comportamiento antes de la revuelta —afirmó Valente, recordando los hechos previos al estallido de la insurrección—. Ordenó a Eudamón, el entonces prefecto de la ciudad, mano dura con ambas facciones, pese a que siempre había apoyado a los azules, y despreció sus peticiones en el hipódromo.

—Y en la revuelta resultante los faccionarios quemaron la iglesia —finalizó Juan de Capadocia—, seguramente por orden del propio emperador.

—Pero ¿qué motivo tendría el emperador para hacer algo así? Si quería edificar una iglesia grandiosa podía haberlo hecho en

cualquier otro sitio.

—Según me contó esa dama —explicó el prefecto—, Justiniano asegura haber hecho un pacto con Dios, por el que el Señor le concederá un heredero a condición de que él le ofrende una nueva Santa Sofía, convirtiéndola en la iglesia más grandiosa del imperio.

—La profunda fe del emperador es algo conocido, así como sus deseos de tener descendencia, pero, aun así, ¿realmente sería capaz de jugarse el trono por la creencia en un pacto con Dios? ¿Acaso nuestro emperador ha comenzado a oír voces?

—Despreciar los misterios de lo que no conocemos es de locos —afirmó el capadocio con absoluta seriedad—. Nunca podemos saber de dónde nos llegará la inspiración para un gran logro.

Ante la credulidad del prefecto Valente calló una réplica. Pese a su falta de fe cristiana, el interés del capadocio por el ocultismo era un rumor que corría como el fuego entre el pueblo, confirmado por los numerosos testigos que lo habían visto acudir por las noches a consultar su futuro a astrólogos y adivinos. En realidad, aunque la idea de que el propio Jesucristo pudiera comerciar con sus favores, como si se tratara de un vulgar mercader que cambia un monumento por un milagro, le parecía absurda, bastaba que alguien creyera firmemente en ella para que pudiera acometer cualquier proyecto con total fanatismo. A fin de cuentas, si la fe del estilita Daniel le había llevado a pasar cincuenta años subido en una columna, sin bajar de ella hasta su muerte, ¿por qué no habría de creer Justiniano en una señal del Señor? En el éxtasis del cristianismo, cualquier cosa parecía posible.

—Los documentos que han desaparecido… —inquirió Valente, dando por buenos los motivos comentados por el capadocio.

—Eran los duplicados de las órdenes de Justiniano llamando a Antemio de Tralles e Isidoro de Mileto, así como las enviadas a las canteras de mármol de Mármara.

—No eran pruebas concluyentes —apreció el senador—. Justiniano siempre podría alegar ante el patriarca que tenía pensado levantar un nuevo palacio, o algún que otro templo fuera de la ciudad. La única prueba realmente válida sería una que involucrara directamente al emperador con el incendio de Santa Sofía.

—Ambos demarcas perecieron durante la *Nika* —dijo el prefecto—. Eran los únicos que podían atestiguar que el emperador les pagó para quemar la iglesia. Sin ellos será

imposible que logremos relacionar a Justiniano con el incendio.

—No necesariamente —sugirió finalmente el senador.

—¿Sabes algo que yo no sepa? —inquirió el prefecto.

—Das por hecho que fueron las facciones las que provocaron el fuego en Santa Sofía.

—¿Quién si no?

—Si tan importante era para Justiniano que Santa Sofía fuera destruida, no dejaría ese trabajo en manos de cualquiera, mucho menos en las facciones a las que acababa de humillar, despreciando públicamente sus peticiones en el hipódromo.

—Las facciones, el pueblo, los soldados… ¿acaso importa? —dijo Juan de Capadocia—. No seremos capaces de relacionar a Justiniano con quien empuñó la antorcha.

—Salvo si quien lo hubiera hecho dejara una prueba que le delatara —apuntó Valente—, y que, por casualidad, esa prueba cayera en nuestras manos.

—Pensaba que no creías en milagros.

—Y no lo hacía —aseguró crípticamente el senador—, pero el destino a veces nos depara sorpresas. Sorpresas que vienen unidas al futuro por un cinturón de oro.

Pasado mediodía, las obras de Santa Sofía comenzaban a recobrar la actividad, a medida que los miles de hombres que trabajaban en el atestado recinto iban finalizando sus almuerzos. La mayoría llevaban la comida consigo a diario desde sus casas, envuelta en un trapo de lino o lana, en el que transportaban un par de rebanadas de pan, queso y una buena cantidad de ensalada. En algunas ocasiones se añadía al menú algo de pescado asado, frutos secos o un puñado de las cerezas que abundaban en junio, pero únicamente los albañiles, los maestros carpinteros o los herreros se permitían el lujo de comer a diario en alguna de las tabernas cercanas.

Pese a ello, las tiendas más próximas al Augusteon gozaban de una prosperidad inaudita, que compensaba sobradamente las pérdidas que habían tenido que soportar debido a los incendios y saqueos de la *Nika*. Aunque las obras de reparación del senado, la reconstrucción del hospital de Sansón y del vestíbulo imperial se encontraban a punto de finalizar, su conjunción con la inmensa acumulación de trabajadores de Santa Sofía convertía esa zona de la ciudad en el punto más deseado para vendedores ambulantes de todo tipo.

Poco antes del mediodía, la zona se convertía en un hervidero de mercaderes, que acudían a los alrededores transportando ánforas de leche, miel y vino, sacos de pan, recipientes de sopa caliente de pescado, cestas con toda clase de frutas y tablas de madera rebosantes de densos bollos hechos con miel, huevos, aceite y harina. Justo frente a las obras de la nueva basílica, un fabricante de salchichas de cerdo mostraba su género colgado en ristras sobre el mostrador. Mientras los obreros trabajaban, él sacaba fuera las ánforas en las que preparaba el relleno, poniendo capas de sal y carne alternas hasta llenar el recipiente y cubrirlo finalmente con una última lámina de sal. Tras doce días sacaba la carne, la cepillaba y la dejaba secar un par de días más, tras los cuales rellenaba las salchichas con ella y las untaba generosamente en aceite. Realizar todo el proceso a la vista de su clientela era el mejor reclamo, por lo que bastaron pocos meses para que el tendero comenzara a amasar una pequeña fortuna.

Precisamente en esa tienda era donde Miguel y Gregorio habían adquirido la ristra de salchichas de la que daban cuenta, antes de regresar a su puesto en las obras. Durante los últimos meses, la atención de Miguel había estado centrada en las dos estructuras que se levantaban anexas a la fachada sur de la iglesia, flanqueando ambos lados de la que sería la entrada utilizada por el emperador cuando se desplazara directamente desde el palacio a la iglesia, por el pasadizo porticado que le conduciría al interior del templo desde el vestíbulo imperial. Pegado al sur del futuro atrio de la basílica se alzaba el Horologion, llamado así por el reloj de sol que coronaba la puerta por la que se accedía desde esta construcción al recinto del pozo sagrado. El edificio, longitudinal y paralelo al pórtico sur del templo, había sido afectado por el incendio, aunque los daños habían sido lo suficientemente pequeños como para poder rescatar la mayor parte de la estructura. Su interior se dividía en dos aposentos, destinados a recepciones y reuniones eclesiásticas. Frente a él, los obreros daban los últimos retoques a la cúpula central que cubriría el baptisterio, consagrado a Juan el Bautista. De planta octogonal con nártex y ábside, su cúpula se veía rodeada por conchas, o cuartos de cúpula, en las cuatro esquinas, y disponía de un pórtico abierto en su lado norte por el que se accedería al interior de la futura Santa Sofía. Era allí donde Miguel había encuadrado a Gregorio, buscándole acomodo tras la enésima vez que faltaba al trabajo.

—¿Se puede saber por qué siempre tomas las salchichas con

mostaza? —preguntó Miguel, al ver cómo su aprendiz mojaba la carne en un pequeño cuenco con salsa.

—Me gusta el sabor —respondió Gregorio, encogiéndose de hombros—. Además, así dejo contenta a mi mujer. Siempre que me ve cuenta la misma historia, que la mostaza compensa el aumento de pneuma que provoca el cerdo.

—¿Pneuma? ¿Qué demonios es eso?

—Al parecer, existen cuatro humores en el cuerpo, sangre, pneuma, bilis amarilla y bilis negra. Si no están balanceados aparecen enfermedades y, por lo visto, cada comida mejora o empeora uno de ellos. Pero no me preguntes nada más, ¡no soy un dietario!

—Parece que Penélope se toma en serio lo de ser ayudante del médico.

—Sí, y resulta bastante molesto. La mitad de los días que vuelvo a casa no tengo la comida preparada porque ha llegado tarde. ¡Y no sólo tengo que esperar para comer! Además tengo que soportar sus explicaciones sobre si ha estudiado esto o lo otro.

—¿Y el pequeño? —inquirió Miguel.

—Sigue llevándoselo a la villa del *iatroi* —respondió Gregorio —. Allí lo deja con los criados del médico hasta que termina lo que sea que están haciendo.

—Ésa no es forma de educarle.

—Lo sé. Pero te recuerdo que fuiste tú quien me convenció para que la dejara aceptar ese trabajo.

—¿Qué podía hacer? —se defendió Miguel—. Aecio me pidió que influyera para que se lo permitieras, y ya sabes que fue él quien te salvó la vida. Ambos le debemos un gran favor. Además, pensé que sería bueno alejar a la madre del chiquillo.

—Yo no le debo favores a nadie —repuso Gregorio—. No creo que esos masajes sirvieran para nada. Mi madre dice que me curé porque Dios así lo quiso y yo la creo. En cuanto se enteró de mi enfermedad llevó a la iglesia una ofrenda, una patena de plata de casi una libra romana de peso. Eso fue lo que me ayudó y no las extrañas artes de ese tipo.

—¡Para cuando tu madre se enteró tú ya estabas curado! —criticó Miguel—. Te recuerdo que ni siquiera vive en la ciudad.

—Dios ya sabía que ella rezaría por mí y realizaría esa ofrenda.

—No seas necio.

—¿Quién es el necio? En cualquier iglesia, por pequeña que

sea, puedes encontrar decenas de ofrendas de todo tipo, cálices, patenas, cruces, lancetas… ¿Has leído alguna vez las inscripciones que hay en ellas? Todo el mundo pide por una curación, por el alma de algún familiar, eso cuando no lo regalan en cumplimiento de una promesa, al serles concedido algún deseo pedido al Señor. ¿Acaso son todos unos necios? ¿Acaso no era Athenaeo el que decía que si no fuera por los médicos no habría nadie más estúpido que los profesores?

—Sí —admitió Miguel—, y también se dice: «que caigas en manos de físicos», como si fuera una maldición. Pero cuando se pierde la salud todos acuden corriendo a un médico.

—¡Tonterías! —sentenció Gregorio.

Renunciando a continuar la discusión, Miguel se mantuvo en silencio, concentrándose en terminar su almuerzo. Sin embargo, de cuanto Gregorio había dicho, una frase en especial le había resultado preocupante: «Yo no le debo favores a nadie.» Cuando concluyó con él su trato, las súplicas del aprendiz eran tan patéticas que Miguel pensó que sería alguien a quien pudiera manejar a su antojo, alguien controlable, con el que poder contar para que supervisara a Platón. Sin embargo, Gregorio no sólo parecía haber olvidado a quién le debía su puesto, sino que, a medida que pasaba el tiempo, se había vuelto más y más insolente. Sus anhelos por reintegrarse en el gremio de albañiles habían dejado paso a una acusada falta de interés en el trabajo. A las numerosas jornadas en las que ni siquiera hacía acto de presencia en la obra, se unían sus continuas exigencias de dinero y las frecuentes visitas a tabernas y casas de lenocinio. Aún conservaba su habilidad como albañil, aunque, pese a ella, ningún maestro le hubiera mantenido como aprendiz más de un par de semanas.

Miguel procuraba disculparle ante el resto de los integrantes del gremio, asegurando que su infinita paciencia con Gregorio se debía a su caridad cristiana, y al convencimiento de que podría devolverlo al camino recto. Sin embargo, la mayoría de los albañiles que inicialmente alababan su entrega ya habían comenzado a murmurar a sus espaldas.

—¿Qué hay de mi paso a maestro? —preguntó Gregorio.

—Pensé que ya habías olvidado esa locura —comentó Miguel, alarmado por la nueva petición.

—En absoluto. Simplemente tenía otras cosas en las que emplear mi tiempo. Lamentablemente, esas cosas son caras, y me vendría bien el sueldo de maestro albañil.

—¡Estás loco! —se indignó Miguel—. Hace meses hubiera sido difícil, pero, después de cómo te has comportado últimamente, es ridículo. Si convocase un examen se reirían de mí. De hecho, no sé por qué te mantengo como aprendiz.

—Yo sí lo sé —afirmó Gregorio con una sonrisa.

—No te pases de listo —amenazó Miguel—. Te recuerdo que soy el *protomaistor*, una palabra mía y no volverás a encontrar un trabajo en esta ciudad. Acabarás mendigando mendrugos de pan para tener algo que llevarte a la boca.

—¡Qué triste final para mí y para mi familia! ¿No crees? —se burló Gregorio—. Supongo que tendría que largarme de esta ciudad, y jamás volverías a ver a Platón.

—No puedes hacer eso.

—Claro que puedo. Es mi hijo y, aunque quiero mucho a ese pequeñuelo, si es necesario lo pondré detrás de un arado en el rincón más alejado del imperio.

Cerrando los puños, Miguel tuvo que contenerse para no aplastar de un puñetazo el rostro de su aprendiz. Hubiera deseado arrancar a golpes aquella burlesca sonrisa de su cara, pero, tras un instante de duda, logró refrenar su ira.

—¡Maestro Miguel! —llamó uno de los peones—. ¡El maestro Antemio quiere veros!

—¡Ahora mismo voy! —gritó el *protomaistor*, aliviado por la distracción que se le ofrecía tan oportunamente.

»Pensaré en lo que me has dicho —comentó finalmente Miguel, con tono glacial, antes de encaminarse hacia el edificio del tesoro.

—Hazlo, maestro —dijo Gregorio, cargando la última palabra con todo el tono de burla del que fue capaz.

Antemio le esperaba en la planta baja del edificio, encorvado sobre la mesa en la que se desplegaba el *skariphos*, el papiro que contenía el plano principal de la basílica.

—¿Queríais verme?

—Sí —confirmó el ingeniero con brusquedad—. Hay que modificar el muro del ábside.

—¿En qué sentido? —preguntó Miguel.

—En lugar de un solo ventanal tenemos que abrir tres —indicó Antemio con evidente mal humor—. Ya he terminado las modificaciones en los planos.

Miguel se acercó hasta la mesa y comprobó la situación en la que se tenían que abrir los dos nuevos ventanales.

—Tendremos que echar abajo parte del muro —advirtió.

—¡Ya lo sé! —gruñó Antemio—. Pero es imposición del emperador. Quiere tres, por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. ¡La Santísima Trinidad! —bramó el ingeniero haciendo aspavientos—. Por lo visto Justiniano no tiene bastante trabajo dirigiendo el imperio, ahora quiere jugar a ser arquitecto teólogo.

El tono de Antemio resultó bastante ofensivo para el *protomaistor*. Pese a sus extraordinarios conocimientos técnicos, Miguel aún no acababa de entender cómo el emperador le había escogido para realizar el diseño del que sería el mayor templo cristiano del mundo. En opinión del albañil, el maestro Isidoro se encontraba igualmente cualificado y, aunque no era creyente, jamás le había escuchado una blasfemia como la que acababa de escuchar de labios de Antemio.

—¿Cómo van las obras? —inquirió el ingeniero—. Tenemos que acabar la primera planta del edificio en dos meses.

—Va a ser complicado —respondió Miguel.

Antemio dio un sonoro puñetazo sobre la mesa, haciendo saltar de su sitio la caña de escribir y el recipiente de la tinta. La obra se había dividido en cuatro niveles de construcción: la planta baja, compuesta por el piso principal y las dos naves; el segundo piso, correspondiente a ambas galerías, el gineceo y piso superior del nártex; el tercero, con las dos grandes semicúpulas este y oeste y la que cerraba el ábside, junto con los grandes arcos entre los pilares principales; y, por último, la cúpula central, que configuraba el cuarto y último nivel de la iglesia.

Para finalizar las obras en el plazo de cinco años marcado por Justiniano, el avance de los trabajos debía seguir un riguroso planteamiento temporal. Según lo calculado por los ingenieros, los cimientos y la acumulación inicial de materiales deberían haberse completado en seis meses, y cada uno de los cuatro niveles en un año, dejando los seis meses finales para la decoración de las cúpulas, la colocación del suelo y el recubrimiento exterior de mármol. Incluso los mosaicos y adornos de las galerías laterales se realizarían al tiempo que se construía la cúpula central. Isidoro insistía en que la construcción de la cúpula central no necesitaría un año, sino que podría realizarse casi en la mitad de tiempo, lo que proporcionaba algo de margen para afrontar los inevitables contratiempos. Sin embargo, si desde el comienzo comenzaban a acumularse retrasos el reto se antojaría imposible.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Antemio.

—Sin contar con que empezamos tarde debido a los problemas en la cimentación, hay varios contratiempos nuevos —explicó Miguel—. Las columnas de granito rojo que se van a colocar en la zona este no son todas de la misma altura. Entre la más alta y la más baja hay cerca de un codo de diferencia. Eso ha obligado a rehacer las basas de mármol blanco para conseguir que la altura final sea la misma. Por otro lado, al ser de mármol, existe el riesgo de que aparezcan fisuras por las vetas blandas en cuanto reciban el peso.

—Eso puede prevenirse con un zunchado —indicó el ingeniero —. Abrazando el pie y la cabeza del fuste por medio de anillos de hierro que rodeen la columna.

—Ya lo tenemos previsto —comentó Miguel con un punto de orgullo—, y los herreros ya trabajan en las anillas de hierro.

—Me extraña que un simple albañil tome semejante precaución —dijo Antemio despreciativamente—. Supongo que habrá sido Isidoro quien os ha indicado lo que debéis hacer.

—A decir verdad —replicó Miguel—, el maestro Isidoro nos habló de las aplicaciones del zunchado para otro tema, para evitar el desbordamiento del plomo, no para evitar las fisuras.

—¿El plomo?

—Esta ciudad es proclive a los terremotos —explicó el *protomaistor*, con evidente satisfacción al comprobar que había descubierto algo que el ingeniero desconocía—. Los fustes de las columnas no deben apoyarse directamente sobre la basa, pues cualquier temblor del terreno los desequilibra. Para conseguir que la distribución del peso sea uniforme entre los dos elementos se utiliza un elemento menos duro que la piedra, el plomo. Antes de colocar el fuste sobre la basa se arroja plomo fundido sobre ésta, para crear un lecho de este material, una lámina entre ambos elementos que otorgue cierta flexibilidad a la unión en caso de un temblor. Normalmente no da problemas, pero, dado el peso de las grandes columnas monolíticas que se emplean en la basílica, la presión es tan fuerte que aplastarían la lámina de plomo y el metal se desbordaría por los lados, algo que ya pasó en la columna del emperador Marciano. Con el zunchado, el anillo de hierro se coloca justo sobre la intersección de la basa y el fuste, confina la lámina e impide que el plomo se desborde.

—Es bastante obvio —despreció Antemio—. Pero ¿qué tiene eso que ver con los retrasos?

—Varios trabajadores se han quedado ciegos al verter el plomo

—indicó Miguel, persignándose al comenzar la frase—. Inexplicablemente, el metal saltaba al tocar la piedra. Muchos culpan de ello al demonio, diciendo que es su forma de impedir la construcción de la iglesia. Así que ahora no encuentro a nadie que se atreva a verter las láminas.

—¡Qué estupidez! —bramó el ingeniero—. Aunque no sé por qué me sorprendo. Esta ciudad está sumida en la superstición.

—Cuatro hombres se quedaron ciegos el mismo día —replicó Miguel con indignación—. ¿Acaso es casualidad?

—¿Había llovido?

—¿Cómo?

—Te pregunto si ese día había llovido —repitió Antemio, como si se dirigiera a un niño.

—Pues… no lo recuerdo. Creo que sí.

—Ahí está tu demonio.

—No lo entiendo —dijo Miguel, confundido.

—Esos hombres vertieron el plomo fundido sobre una basa que contenía agua de lluvia. Al tocar el agua ésta se vaporiza instantáneamente por el calor y expulsa el plomo hacia arriba, quemando la cara del que lo vierte. Bastará con que sequen bien la piedra antes de echar el plomo y el diablo desaparecerá.

—Se lo diré —admitió el *protomaistor* sin mucho convencimiento—. Aun así, vamos retrasados. Los ladrillos que nos han llegado no son todos del mismo tamaño y…

—No quiero más excusas —interrumpió Antemio bruscamente —. Sólo resultados.

Un fuerte acceso de tos del ingeniero dio por finalizada la discusión. Con un suspiro de resignación, Miguel abandonó la estancia para dirigirse al ábside, a dar las instrucciones oportunas para que se abrieran los dos huecos adicionales. Nada más salir del edificio del tesoro escupió de rabia en el suelo, dirigiendo una hosca mirada sobre su hombro al tiempo que susurraba toda clase de insultos dirigidos contra el arisco ingeniero.

—Un aprendiz amotinado y un viejo gruñón como jefe —masculló Miguel, mientras sentía hervir la sangre en sus venas—. Dos sanguijuelas chupándome la sangre, ¡por si no tuviera bastante con uno de ellos!

Alejándose a grandes zancadas, Miguel maldijo el día en el que se le ocurrió presentarse al puesto de *protomaistor*, lo mismo que el día en el que Gregorio se cruzó en su camino.

Y, sobre todo, maldijo a la mujer a quien culpaba de cuantos males debía soportar.

—¡Empuja! ¡Ya casi está!

Sentada sobre la silla de parto, la mujer trataba de mantener la respiración, en lugar de contenerla. Su madre, de pie a su lado, untaba con aceite de oliva los labios de la joven, mientras una de sus hermanas colocaba paños bañados en aceite templado sobre su abdomen. Una sirvienta fornida completaba el trío de mujeres que se necesitaban para asistir y dar ánimos a la embarazada, tal y como recomendaba la experiencia. Frente a ella, sentada a los pies de la silla para que el niño saliera de arriba abajo, Penélope observaba cómo la cabeza del bebé aparecía entre las piernas de la joven. Sonriendo a la futura madre, trataba de darle ánimos al tiempo que acallaba su propio nerviosismo.

La embarazada era hija de uno de los pacientes de Aecio, por lo que al médico no le sorprendió la urgente llamada de la familia cuando la partera que debía acudir no se presentó. Acompañado de Penélope, Aecio recogió cuanto consideró necesario y lo introdujo en su caja de medicinas antes de acudir a la majestuosa villa donde tendría lugar el nacimiento del niño, junto a dos fornidos criados que transportaban la silla especial utilizada en estos casos.

Excitada al pensar que, tras semanas estudiando los complejos tratados de ginecología de Soranus, por fin asistiría a un parto, Penélope nunca imaginó que sería ella la que dirigiría el nacimiento. Cuando Aecio le entregó la pesada caja de madera con una sonrisa y señaló la habitación en la que esperaba la dolorida joven, Penélope sintió cómo las piernas le flaqueaban.

—No puedo hacerlo sola —susurró ella, mientras veía pasar a su lado a las criadas.

—Claro que puedes —aseguró Aecio con una sonrisa.

—Ni siquiera sé por dónde empezar.

—¿Qué se necesita para un parto?

—Hay que preparar aceite de oliva, agua templada, esponjas de mar suaves, piezas de lana, vendajes, una almohada, una silla de partera y una sustancia de olor intenso, como un terrón de tierra, una manzana, un limón o un membrillo —recitó ella de memoria.

—¿Y para qué sirve cada cosa? —preguntó el médico.

—El aceite es para lubricar, el agua para limpiar las partes de la embarazada, las vendas para encintar al recién nacido, la

almohada para poner al niño y la sustancia olorosa para reanimar a la parturienta.

—¿Lo ves? Te lo sabes mejor que yo —afirmó Aecio.

—Tengo un miedo terrible. Nunca he estado sola.

—Lo harás bien, y yo estaré aquí fuera si pasa algo.

Con un suspiro, entró en la sala caminando despacio, intentando retrasar lo inevitable. La caja de medicinas pesaba más y más con cada paso, como si se tratara de un ancla en el que se hubieran enganchado sus peores miedos.

La joven se encontraba tumbada en la cama. Se trataba de una muchacha de poco más de quince años; la palidez de su rostro y el enrojecimiento de sus ojos delataban la angustia por la que estaba pasando. Al mirarla, Penélope se quedó paralizada. La idea de que aquella joven y su futuro hijo se encontraran en sus manos la aterrorizaba, al igual que el pensamiento de que algo pudiera ir mal, de que su falta de experiencia o un olvido por su parte provocara algún terrible contratiempo. Durante un instante, la respiración pareció faltarle, como si apenas un poco de aire lograra entrar en sus pulmones, y el pensamiento de que necesitaba huir de esa habitación comenzó a llenar su mente.

En ese momento, la joven clavó su mirada en ella. Penélope vio cómo aquellos ojos la contemplaban, suplicándole silenciosamente ayuda, implorando una mano amiga que la acompañara en esa terrible experiencia. Recordó el día en el que Platón llegó al mundo. Recordó el miedo que ella misma sintió al verse sola, acompañada únicamente por dos vecinas a las que apenas conocía, mientras Héctor se movía de un lado a otro de la habitación, comido por los nervios y sin saber qué hacer. En aquel instante, Penélope hubiera deseado tener a alguien a su lado que la mirara a los ojos y la calmara, alguien que le dijera, con una sonrisa, que todo iba a salir bien.

Respirando con fuerza, dejó en el suelo la caja de medicinas, se acercó al lecho, cogió la mano de aquella joven y, con toda la confianza que pudo imprimir a su rostro, le susurró:

—Todo saldrá bien.

Una ligera sonrisa en el rostro de aquella joven bastó para que Penélope recuperara la confianza.

—¿Te sientes con fuerzas?

La joven apretó los dientes y asintió con la cabeza.

—Es una chica muy valiente —aseguró la orgullosa madre.

—La sentaremos en la silla —dijo Penélope—. La cama sólo es

recomendable cuando la joven está débil y necesita un sitio que le inspire mayor confianza.

La silla para los partos disponía de un agujero en forma de media luna en el asiento, que Penélope tuvo que adaptar al pequeño cuerpo de la joven poniendo algunos trapos en los bordes. Una vez en la posición correcta, Penélope se sentó frente a la embarazada y se untó las manos con aceite de oliva templado. Con toda la delicadeza de la que fue capaz, comprobó que el orificio del útero se encontraba abierto, y comenzó a dilatarlo poco a poco con el dedo índice de la mano izquierda, hasta que la placenta apareció ante ella con el tamaño de un huevo. Aún no se había abierto, así que tuvo que rasgarla para dejar salir el feto.

No supo calcular cuánto tiempo había transcurrido hasta que la cabeza del bebé apareció ante ella, pero, pese a que se le empezaban a dormir las piernas, la emoción que sentía lograba que olvidara cualquier incomodidad.

Comenzó a tirar suavemente del pequeño en cuanto salió la cabeza entera, para extraer los hombros y el resto del cuerpo, acompasando sus movimientos con los de la mujer, pues era necesario tirar cuando el útero se relajara, en caso contrario, si se tira del feto cuando el útero se contrae, podía provocar inflamación o una hemorragia.

—¡Ya sale! —anunció con alegría, cuando un último impulso de la madre logró expulsar al pequeño—. ¡Rápido, el almohadón!

La sirvienta corrió a colocar el almohadón sobre el suelo frente a Penélope, retirando la honda fuente de cerámica en la que se recogían la sangre y los fluidos del parto. Depositando al recién nacido sobre el almohadón de lino, retiró con la mano la capa mucosa de la nariz, la boca y los oídos, y lavó suavemente los ojos con aceite de oliva.

—¡Es un niño! —exclamó la madre de la joven con visible alegría—. ¡El primogénito!

Como si hubiera escuchado a su abuela, el recién nacido rompió a llorar con fuerza.

—Su llanto suena sano —prosiguió la abuela, evocando la tradición que anunciaba un mal presagio cuando los niños pasaban un tiempo sin llorar o lo hacían débilmente.

—Es precioso —comentó Penélope, mientras comprobaba que todas las extremidades estaban bien pellizcándolas con dos dedos —. Tengo que cortar el cordón, dadme los hilos y el cuchillo.

—¡Un cuchillo! —se alarmó la reciente abuela—. Cortar el

cordón con un metal es un mal augurio para la vida del niño. ¡Utilizad un trozo de cerámica afilado!

—Como queráis —admitió Penélope, renunciando a discutir con la señora de la casa la poca credibilidad que los médicos concedían a esa arraigada tradición—. Traédmelo, junto con dos fuertes cordones. Que sean de lana, pues el lino corta y causa malestar en el pequeño —añadió.

La sirvienta recogió lo necesario de la mesa en la que mantenían el agua caliente, el aceite y el resto de los útiles y se lo entregó a Penélope. Dado que la placenta aún no se había desprendido, para evitar hemorragias tuvo que anudar ambos extremos de la sección donde pensaba cortar, a cuatro anchos de dedo del pequeño. Tras el corte, extrajo la sangre que quedaba en el trozo de cordón, lo lavó delicadamente con un trozo de lana empapado en aceite y entregó al niño a la sirvienta, para que se ocupara de abrirle el agujero del ano con el meñique, de forma que el pequeño expulsara el *menonium*, su primera deposición. Posteriormente, procedió a lavarlo en agua templada con sal y a envolverlo en vendas de lino blanco.

Agotada, pero sonriente, la joven madre recibió a su hijo en brazos, sin poder evitar que las lágrimas corrieran por sus mejillas.

—Mi pequeño —susurró, acariciando la carita del recién nacido—. ¿Has visto, madre?

—Es el vivo retrato de tu abuelo —indicó con orgullo la madre de la joven.

—Quiero darle el pecho, madre —pidió la joven.

—¡No seas niña! Para eso están las amas de cría. Ya he avisado a una, mientras tanto podemos darle miel cocida con leche de cabra. Reserva lozano el pecho para tu marido. Además, no sabes la cantidad de problemas que produce dar de mamar a un niño.

—¿Es eso cierto? —preguntó la joven.

Aprovechando el momento de abstracción de la muchacha, Penélope había procedido a extraer la placenta con la mano izquierda, mientras empujaba suavemente sobre el abdomen con la derecha. Concentrada en revisarla para comprobar que ningún trozo hubiera quedado dentro del útero, la pregunta de la joven la pilló totalmente por sorpresa.

—En ocasiones se puede producir la *spargesis* —explicó—. Las mamas duelen y se ponen tensas e inflamadas. Pero se trata con facilidad, mediante suaves masajes con esponjas empapadas en vinagre, y con vendajes apretados en los que se unta un ungüento

de higos tiernos triturados con pan y vinagre rebajado.

—A una de las sirvientas se le produjeron bolsas purulentas —añadió la madre de la muchacha—. Hubo que llamar al médico para que las drenara. Lo mejor es que dejes hacer su trabajo al ama de cría y dejes que se te vaya la leche.

—Para secar la leche hay que aplicar tierra de pirita —indicó Penélope—, y comprimir el pecho con una faja cada vez más apretada. Sin embargo, yo he sido madre, y creo que no hay mayor satisfacción en este mundo que sentir el calor de tu propio hijo mientras le alimentas. Es casi como si regalaras una parte de ti a aquello que más amas en el mundo.

—¿Has oído, madre? —dijo la joven, apretando al pequeño junto a su pecho y sonriéndole, como si su mente ya hubiera borrado de la memoria los dolores del parto.

—¡Pamplinas! —masculló la señora, dirigiendo una altanera mirada de aversión hacia Penélope, quien, indiferente al malestar de la reciente abuela, comprobaba aliviada que no aparecía la terrible hemorragia que causaba tantas muertes en las madres jóvenes.

—Debes respetar la *locheia* —indicó Penélope, recordando a la joven madre la semana que pasaban en la cama las mujeres tras el parto—. Si tienes cualquier problema no dudes en avisar al *iatroi*.

Abandonó la estancia, cruzándose con el joven padre, que entraba como una exhalación en la sala para conocer a su primer vástago. Aecio la esperaba con las manos cruzadas sobre la espalda, con una sonrisa de confianza en los labios que demostraba la fe que tenía en las habilidades de su aprendiz.

—Todo ha ido bien —comentó ella con un suspiro, devolviendo la pesada caja de medicinas a su maestro—, aunque al entrar he estado a punto de desmayarme.

—Cada vez será más fácil —aseguró Aecio.

—Hubiera preferido que estuvieras a mi lado.

—Hay que aprender a volar del nido. Volvamos a mi villa —dijo él—. Tenemos que celebrar tu primera experiencia.

Penélope asintió, aunque cambió de idea nada más salir al exterior y comprobar el punto en el que se encontraba el sol.

—¡Pero si es tardísimo! —se alarmó—. Tengo que recoger a Platón y regresar a casa. Si no estamos cuando llegue Gregorio se pondrá de mal humor.

—¿Tu esposo ha vuelto a trabajar? —preguntó Aecio, mientras caminaban en dirección a su villa.

—Por ahora sí —afirmó dubitativamente Penélope—. Aunque, de vez en cuando, pasa la noche en alguna taberna. La verdad es que no sé cómo Miguel aún no le ha expulsado.

—En ocasiones, cuando alguien se encuentra cara a cara con la muerte, su comportamiento cambia completamente —aseguró el médico—. Los malvados rectifican su vida, asustados por la llegada del juicio final, y se convierten en hombres ejemplares. Por el contrario, algunos que llevaban una vida recta se tuercen, como si la cercanía de la muerte les obligara a extraer de la vida todos los placeres, y se dan a la bebida y la fornicación.

Penélope se mantuvo en silencio ante las palabras de Aecio, quien enrojeció al darse cuenta de cómo había terminado su frase.

—Lo siento —se disculpó, azorado—. No quería decir eso.

—No es culpa tuya —admitió Penélope—. Hace tiempo que intuyo sus infidelidades. La verdad es que apenas se parece al hombre con el que me casé.

—No deberías desanimarte así. Estoy seguro de que recuperará sus virtudes.

Penélope asintió, sin atreverse a confesar a Aecio que su matrimonio había sido una farsa, una simple huida de la miseria, que se casó con Gregorio únicamente para escapar del hambre. Cuando lo hizo no esperaba que se repitiera la historia de amor que el destino le ofreció con Héctor. Incluso en el mejor de sus sueños, no anhelaba más que respeto mutuo y un creciente cariño. Sin embargo, la armonía apenas había durado unos días, el tiempo que tardó Gregorio en tener aquel estúpido accidente que a punto estuvo de costarle la vida. Ese momento marcó una frontera, como si la dulzura y la refinada cortesía que su marido había mostrado antes de casarse con ella no hubieran sido más que una elaborada mentira, como si se tratara de una cuadriga en las carreras, a la que una vez conseguido el premio, los apostantes olvidan por completo, enfocando su interés en otras yeguas más jóvenes y prometedoras.

Tenía la sensación de que, pese a vivir bajo el mismo techo, se habían convertido en dos desconocidos. Apenas hablaban, al tiempo que las visitas conyugales a su lecho se distanciaban más y más en el tiempo. Lo único que no había cambiado en Gregorio era su interés por Platón, al que dedicaba todo el tiempo que a ella le robaba. Eso, y la libertad que su marido le había concedido para sus estudios con Aecio, era el único peso que ella podía poner en su lado de la balanza. Por el contrario, debía reconocer que las

atenciones que Gregorio prodigaba a Platón despertaban un cierto desasosiego en su interior. Daba la impresión de que ella no era más que una madre, un camino por el que obtener la paternidad que su esposo parecía ansiar. Ella aún se encontraba en edad de tener hijos, y le bastaba observar las miradas de los hombres en la calle para darse cuenta de que aún despertaba deseo en ellos. Sin embargo, Gregorio parecía haber perdido el interés. En esos momentos, ansiaba con todas sus fuerzas que Héctor no hubiera muerto. Cuando recordaba la intensidad con la que sus ojos la miraban, la pasión con la que la abrazaba y el calor de su cuerpo al unirse, la frialdad de Gregorio resultaba aún más patente. Héctor amaba a Platón, pero también a ella, y su pasión como esposo y amante no decayó ni siquiera en los días en que se enfrentaban a un futuro incierto en Constantinopla.

Mas bastó una simple sonrisa de su hijo para que se desvanecieran todos los negros pensamientos que la abrumaban. Con Platón en sus brazos, el único futuro que se presentaba ante ella era uno en el que resplandecía la esperanza.

Constantinopla, 28 de julio de 533

Aecio retiró una de las fichas de Valente con una sonrisa. Normalmente, pese al creciente interés que mostraba el médico por el juego, el patricio le desarmaba con facilidad en los primeros compases del juego. Sin embargo, ésta era la primera vez desde que comenzaron a jugar al *mereles* que Aecio se mantenía a la par que el senador a mitad de la partida.

—Voy mejorando —comentó Aecio, complacido con los resultados de su juego.

—Es normal, tienes un buen maestro —justificó Valente, dando un trago a su copa de vino—. La verdad es que has hecho grandes progresos, y eso que hace tiempo que no jugamos.

—Estoy demasiado ocupado —se disculpó el médico—. Necesitaría que los días fueran más largos. El hospital está a punto de abrir sus puertas, las obras de Santa Sofía causan estragos entre los trabajadores, los pacientes privados tienen más achaques que nunca...

—Y tienes una nueva ayudante —apuntó el senador con una sonrisa.

—¡Es magnífica! —alabó Aecio—. Siempre está ávida de conocimientos. Encontrarla ha sido un verdadero milagro, no dudo que ha sido el Señor quien la ha puesto en mi camino. Ya desesperaba de encontrar una mujer que pudiera actuar como *iatraina*, pero Penélope será una excelente profesional. Supera a cualquiera de los alumnos que he tenido, nunca he visto a nadie que mostrara tanto interés por aprender.

—Teniendo en cuenta que el mejor piropo que se puede decir de una mujer consiste en atribuirle las características de un hombre, debe de tratarse de alguien excepcional para que la sitúes por delante de todos tus alumnos.

—¿Estás poniendo en tela de juicio mi criterio como profesor? —inquirió Aecio con suspicacia.

—En absoluto —negó Valente—, sólo tu imparcialidad.

—No sé por qué dices tal cosa.

—Tal vez porque te brillan los ojos cada vez que hablas de ella —aseguró el patricio con una sonrisa.

—¿A mí? —dijo el médico, ruborizándose como un adolescente

—. ¿Qué insinúas? ¡Es una mujer casada!

—Vamos, mi querido amigo. No eres la primera persona del mundo que se enamora. Todos cometemos ese error alguna vez.

—¡Yo no estoy enamorado! —protestó Aecio.

—Sí lo estás —insistió el patricio ahogando una carcajada—. Y que lo niegues con tanta vehemencia no hace sino confirmarlo. Y aunque creo que el amor es sólo una especie de locura temporal, supongo que debería alegrarme por ti.

—Tiene un marido —comentó Aecio con seriedad.

—Eso no tiene por qué ser un impedimento.

—Está casada ante los ojos de Dios —insistió el médico con abatimiento—. Para mí es imposible pensar en ella de otra forma que no sea como una alumna. Además, me siento como un viejo encerrado en un cuerpo de treinta años. ¿Qué mujer bella y sensata querría a alguien como yo? No sé de otra cosa que no sean enfermedades y ungüentos. No, el amor no es para mí.

—¡No digas tonterías! —exclamó Valente—. Eres la mejor persona que conozco. Eres leal, generoso, amable y atento. ¡Si ni siquiera usas el látigo con tus esclavos! De hecho, creo que eres el único verdadero cristiano que he encontrado en esta ciudad de hipócritas.

—Vaya, Valente, me has dejado sin habla —comentó Aecio, poniendo una mano sobre el hombro de su amigo.

—Bueno, bueno —dijo el senador—. Sólo es un poco de retórica para animarte, ¡no vayas a creértelo todo!

—No te preocupes —aseguró el médico—. Aunque me sorprende tu repentino interés por el amor.

—No siempre he sido un viejo senador dedicado a la política —indicó Valente—. También sé lo que es amar a alguien cercano del que te separa un abismo insalvable, alguien que ni siquiera imagina lo que sientes, sino que te trata simplemente con cercanía. Pero es algo con lo que tienes que aprender a vivir.

—Lo siento —acertó a decir Aecio, anonadado por las palabras del patricio—. No lo sabía. La verdad, eres tan condenadamente honorable que cuesta creer que pierdas la cabeza por una mujer.

Una extraña sonrisa afloró a los labios del senador, al escuchar la réplica del médico.

—Un verdadero senador oculta sus sentimientos. Al menos, así debería ser. Durante la antigua República —explicó Valente—, un senador apenas se diferenciaba de los ciudadanos corrientes por su

aspecto. No era su vestimenta la que le destacaba de los demás, sino su comportamiento. La *dignitas*, la dignidad, y la estricta conducta que regían su vida eran lo que identificaba a un patricio. Mostrar sentimientos normales, como amor, miedo o ira resultaba impropio de un senador. El autocontrol sobre su emotividad era la seña de identidad de la aristocracia, lo que la separaba del vulgo. Un senador dominaba sus emociones, en lugar de dejar que ellas lo dominaran a él. Es nuestro raciocinio lo que nos separa de los animales. Si nos abandonamos a los sentimientos no seremos mejores que un perro.

—Pero ¿no era demasiado dura esa vida?

—¿Acaso no lo es la vida cristiana? —replicó el senador—. La verdadera, claro, no la que lleva la inmensa mayoría de la población.

—Al menos tiene como recompensa el cielo, el paraíso. ¿Qué recompensa tenían los antiguos senadores? Ellos eran paganos.

—El reconocimiento. Aunque supongo que muchos habrían renunciado al sacrificio de haber sabido lo corta que resulta la inmortalidad.

—No te entiendo —admitió Aecio.

—¿Has visto la estatua que corona la columna de mármol de la Acrópolis?

—Por supuesto —confirmó el médico—. Se ve desde la terraza de mi casa.

—¿Sabes a quién representa?

—A Pompeyo —respondió Aecio sin mucho convencimiento—, para celebrar su victoria sobre Mitrídates en el Ponto.

—Eso es lo que la mayoría cree. Sin embargo, el hombre que figura sobre ese pedestal es Veneriano, inmortalizado en conmemoración de su victoria sobre los godos. Tal vez cuantos pasan a su lado se habrían dado cuenta de haberse molestado en leer la inscripción que hay en su base, la que proclama: «La fortuna ha vuelto a la ciudad desde que los godos han sido derrotados.» Veneriano sirvió a Roma, y esa estatua era el pago de la ciudadanía a ese servicio. Pero se le ha pagado con moneda falsa. ¿De qué sirve una estatua si nadie recuerda a quién representa? Se supone que deberíamos recordar a aquellos que dieron su vida por el imperio, a aquellos que convirtieron su existencia en un ejemplo para los demás, pero la ciudad se cubre de estatuas que la gente apenas mira al pasar, de inscripciones que se borran con el tiempo sin que nadie se moleste en leerlas.

Constantinopla se pierde en absurdas discusiones sobre teología o eventos deportivos, a veces durante una mañana entera, pero los que ahora se llaman a sí mismos romanos no disponen de un instante para detenerse ante un pedestal, y recordar a quién se hizo digno de ser representado en bronce o mármol. Durante mis paseos me gusta mirar las estatuas, y me intereso por averiguar quién es quién en este desfile de antiguas glorias olvidadas. Es mi manera de decirles: «Aún no os habéis perdido en el polvo, aún sois recordados.»

—A decir verdad, nunca lo había visto así —admitió Aecio.

—El trabajo te devora, mi querido amigo —advirtió filosóficamente el senador—. Estás tan ocupado que pasas frente a la vida sin vivirla, caminas por la calle sin mirar a tu alrededor, siempre corriendo con tu caja de medicinas al hombro. Piensas tanto en el mañana que me da la sensación de que te olvidas del presente.

—Supongo que tienes razón, como siempre.

—En el Augusteon hay una estatua de Aelia Flavio Flaccila, la esposa de Teodoro el Grande, al lado de las musas —comentó el patricio—. También una de Constantino con sus tres hijos augustos a sus pies, y del propio Teodosio con sus vástagos. Todas ellas conocidas por cuantos pasean por el foro. Sin embargo, junto a ellas se alzaba un mármol de un hombre con aspecto cansado. ¿Sabías que representaba a Demóstenes? —inquirió Valente, respondido por una negativa del médico—. No, ni tú ni casi nadie. En cualquier caso ya no importa. No hace mucho su efigie fue trasladada a las termas de Zeuxipo, justo a tiempo para ser destruida por la turba durante la revuelta. ¡Pobre Demóstenes! ¿De qué le valió su retórica? ¿De qué su dignidad o sus filípicas? Acabó derrotado, hundido tras la derrota de Atenas en Queronea, y con él murió la democracia. A veces me siento como él, luchando solo contra todos, o como Casandra, a la que se le concedió el don de predecir el futuro, y la maldición de que nadie creyera en sus certeras profecías. Veo cómo mi querida Roma se va desmoronando sin remedio a mi alrededor y, pese a saber el final de esta tragedia, estoy condenado a permanecer en mi asiento del teatro, sin poder cambiar siquiera una palabra de la obra.

Durante el monólogo del senador, Aecio se mantuvo callado, comprendiendo las razones que imbuían a su amigo a caer en sus frecuentes ataques de melancolía. Como médico, culpaba en buena medida a la dieta, a la falta de ejercicio o a un escaso número de baños, pero, tras los comentarios del patricio, el profundo

desasosiego que inundaba el alma del senador salió a la luz. Vivía sumergido en otro tiempo, con la mente perdida en una república que hacía siglos que no existía, abocado a transitar por una época que no entendía, incapaz de aceptar que Roma ya no era la que Tito Livio describía en sus libros. Aecio había acudido a la villa del senador a liberar su mente, con la egoísta idea de olvidar durante un rato a aquella mujer que ocupaba sus pensamientos. Sin embargo, se había encontrado con la sorpresiva confesión de su mejor amigo, así como con un acertado análisis de su propia vida. El patricio, con su claro razonamiento, había sabido leer en el corazón del médico mucho mejor que él mismo.

Valente también guardó silencio. Había dicho más de lo que quería. Había dejado que sus sentimientos afloraran, relajando su estricto sentido del decoro. Deseaba que su sinceridad se debiera únicamente al sentimiento de culpa que le inundaba, a los remordimientos que pesaban en su conciencia por el paso que estaba a punto de dar. Pero, por mucho que su alma se rebelara contra lo que tenía pensado, Valente sabía que era una razón más oculta la que hacía aflorar sus sentimientos. Era el miedo, el temor a perder a un amigo, al único que podía considerar como tal, el pánico a que regresara esa asfixiante soledad en la que se encontraba sumido antes de la aparición de Aecio. Sabía que los verdaderos sentimientos que el médico despertaba en él jamás saldrían a la luz, que debería mantenerlos ocultos durante el resto de su vida. Pero eso era algo que podría soportar. Estaba convencido de ello, pues llevaba toda la vida escondiéndose detrás de esa máscara de dignidad y orgullo senatorial. Lo que jamás podría superar era la pérdida de la persona que daba luz a su oscura vida de sacrificio. El placer de su compañía era ya lo único que le quedaba por lo que merecía la pena vivir. Afortunadamente, la inocencia de su amigo le impedía ver más allá de lo obvio. En realidad, Valente no alcanzaba a comprender cómo alguien tan inteligente como Aecio resultaba ser tan ciego ante los sentimientos.

Durante un instante, por su cabeza pasó renunciar a sus planes, olvidar aquella maldita idea que había surgido en su mente cuando Juan de Capadocia le habló del crimen de Justiniano, de la quema de Santa Sofía. Valente apenas necesitó un momento para reconocer la hebilla de ese cinturón que le había mostrado Aecio, el símbolo del jefe de la *sekreta*. De ahí a atar cabos respecto a la culpabilidad del emperador en la destrucción de la más preciada iglesia de la ciudad sólo bastó un paso. Ésa era la prueba que

necesitaban para que el patriarca condenara a Justiniano, la prueba que volvería al pueblo contra aquel que tuvo la osadía de provocar una revuelta con el único fin de ocultar su crimen, la quema del símbolo del cristianismo. Era el primer paso para derrocar la tiranía y restaurar la república.

Pero faltaba una pieza en aquel complejo mosaico. Un simple cinturón no sirve de nada si no va acompañado de un testimonio. Cualquier maestro orfebre sería capaz de copiar una pieza como ésa. Necesitaban que la propia mano ejecutora confesara su crimen, que el jefe de los agentes más íntimos de Justiniano admitiera haber incendiado Santa Sofía por orden del emperador.

Y para ello, Valente necesitaba involucrar a Aecio.

El médico había enterrado al hijo del funcionario, con lo que éste había contraído una deuda moral con Aecio. El senador esperaba que dicha deuda fuera lo bastante fuerte como para obligar al jefe de la *sekreta* a ofrecerse como testigo ante el patriarca. Sin embargo, era una jugada arriesgada. En primer lugar, existía una alta probabilidad de que el dolido padre se negara a la propuesta y, en su lugar, mandara prender a Aecio. Por otro lado, visto el exacerbado cristianismo del médico, Valente no podía descartar que Aecio rechazara involucrarse en un plan que implicara cobrar una deuda de forma tan poco escrupulosa. En cualquiera de ambos casos, el senador se arriesgaba a perder a su amigo.

Valente se había subido en una cuadriga, y ahora necesitaba decidir si se arrojaba al suelo en marcha, sabiendo que sería arrollado por el resto de los corredores, o si restallaba el látigo sobre el lomo de su tiro de caballos. Ante sí tenía una balanza, en un platillo estaba la república, en el otro, la amistad. ¿Era tan cruel el destino para obligarle a elegir?

—Por cierto —comentó Aecio—, ¿has averiguado algo sobre el cinturón que te entregué?

El senador parpadeó un par de veces, preguntándose qué tipo de señal le enviaban los dioses al hacer que fuera el propio médico quien sacara ese tema en concreto. Mantuvo el silencio durante un instante más, luego suspiró y rezó a los antepasados para que aprobaran su decisión.

—Sí —respondió finalmente el patricio—. Ya sé a quién pertenece y, respecto a ello, tendría que pedirte un favor.

—Claro, dalo por hecho.

—¿No deberías escuchar primero lo que voy a pedir?

—Siendo tú quien lo pide, no, no hace falta.

Valente suspiró de nuevo. Miró el confiado rostro de Aecio y se sintió como un sátiro a punto de desflorar a una niña, a la que ni siquiera se le pasara por la cabeza la razón por la que la estaban desnudando.

—Quiero que hables con la persona a quien pertenece el cinturón —pidió el senador.

—¿Ya sabes de quién se trata?

—El jefe de la *sekreta*, los espías del emperador.

—¿Cómo? —se asombró el médico—. ¿Estás seguro?

—Nadie más en la corte lleva una hebilla como ésa —afirmó Valente—, y ningún otro cargo perdió a su único hijo durante la revuelta.

—¡Parece increíble! Supongo que el emperador les envió a espiar a las facciones y por eso iban disfrazados.

—No, mi querido Aecio. Estaban allí por una razón bien distinta —aclaró el patricio bajando la voz—. Fueron ellos los que quemaron Santa Sofía.

—¡Virgen santísima! —exclamó el médico—. ¿Es que se volvieron locos?

—Sólo cumplían órdenes.

—¿De quién?

—La *sekreta* sólo acepta una autoridad, la de Justiniano.

—¿Me estás diciendo que el emperador ordenó quemar Santa Sofía? —se alarmó Aecio—. Pero… ¡eso es absurdo! Tiene que haber otra explicación.

—No, no la hay —negó Valente—. Tengo un contacto al más alto nivel dentro del palacio que lo ha confirmado todo. Al parecer, Justiniano cree haber hecho un pacto con Dios, por el que el Señor le concederá el heredero que tanto ansía a cambio de que él le ofrezca la más majestuosa iglesia del imperio.

—Me dejas de piedra —acertó a decir el médico—. No puedo creerlo.

—Lamento desengañarte, pero vives gobernado por un tirano capaz de fomentar una revuelta para achacar su crimen a las facciones y, después, sofocarla a sangre y fuego, sólo para poder completar el sueño que su locura le susurró al oído.

—¿Cómo lo sabes?

—A través de un confidente en la corte —confesó Valente—. Su testimonio ha sido el que ha arrojado luz sobre hechos que antes

no podíamos explicar. ¿Recuerdas el juicio de los faccionarios? Aquel día no entendí la razón por la que Justiniano cambió su postura, provocando que, por primera vez, las facciones se unieran contra el emperador. No podía imaginar qué había llevado a Justiniano a renegar de los azules, a los que siempre había tratado como privilegiados. Pero ahora todas las piezas encajan. Necesitaba esa revuelta para encubrir su crimen.

—Estuvo a punto de perder el trono.

—Simplemente cometió un error de cálculo —indicó el patricio —. Pensaba resolverla con dinero y más carreras, la fórmula habitual que se ha usado siempre para apaciguar a las facciones. No contaba con que algunos trataríamos de aprovechar ese fallo.

—¿Trataríamos? —inquirió Aecio—. ¿Quieres decir que tú fuiste uno de los conspiradores?

—Sí. Mi papel durante la *Nika* fue más activo de lo que imaginas.

—¡Dios de mi vida! ¿Por qué? Ya tienes cuanto un hombre puede desear. ¿Qué esperabas conseguir?

—La república —respondió el senador con un susurro, como si pronunciara una palabra sagrada—. Sólo coincido en una cosa con Justiniano, ambos tenemos un sueño. El suyo es un gigantesco monumento de piedra a su ego, el mío es el fin de la tiranía. Quiero devolver el gobierno de Roma al senado, a las manos de las que nunca debió salir.

—Valente, Valente... —dijo el médico, pasándose una mano por su canoso pelo—. Yo nada sé de política, pero hasta un simple *iatroi* puede decirte que la república murió hace siglos.

—No sabes de lo que hablas —respondió el patricio, como si se tratara de un profesor que se enfrenta a un niño en una clase—. Durante aquella revuelta estuvimos tan cerca que casi pudimos tocarlo con las manos. Veo que tu alumna no te lo ha contado todo sobre su anterior marido.

—¿Penélope? —inquirió Aecio—. ¿Qué tiene que ver ella en todo esto?

—Héctor, su primer esposo —explicó el senador—, era ese al que llamaban «el bendecido», el que se libró por dos veces de la muerte en la horca. Colaboró conmigo durante la revuelta para tratar de instaurar la república, era uno de los principales líderes del pueblo. Por eso ella y su hijo estaban en mi villa, yo los protegía.

Aecio dejó caer la cabeza entre las manos, y comenzó a respirar

con fuerza, como si los descubrimientos le hubieran abrumado de tal manera que fuera incapaz de absorberlos.

—¿No te lo había contado?

—No —admitió el médico—. Tan sólo sabía su nombre. Me dijo que murió durante la revuelta. Parecía que recordar le resultaba tan doloroso que no quise insistir. ¿Por qué me cuentas ahora todo esto?

—Porque necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? ¿Quieres que me valga de la deuda que el jefe de la *sekreta* tiene conmigo para que influya en él de algún modo?

—Algo así —admitió Valente—. Necesito que le convenzas para que confiese su delito al patriarca.

—¿Para qué? —inquirió Aecio, aunque levantó una mano antes de que el senador le pudiera contestar—. No, en realidad no quiero saberlo. No soy hombre que pueda entender el mundo de la política y sus complejos asuntos. Te debo mucho —prosiguió el médico, mirando fijamente a los ojos a su amigo—, y te conozco lo suficiente para saber que eres un hombre de honor. Lo que me has contado es bastante confuso, y más explicaciones únicamente lograrían enredar más mis ideas. Te sigo contestando lo mismo que al principio, sólo tienes que decirme lo que quieres y yo lo haré. Para mí, tu palabra es la mayor de las garantías para saber que hago lo correcto.

Asintiendo con solemnidad, el patricio esbozó una sonrisa de agradecimiento hacia su amigo. Sin embargo, pese a la alegría que le proporcionaba comprobar la fortaleza de su amistad con Aecio, la inapelable confianza que destilaban aquellos ojos en los que se contemplaba atraía otro sentimiento a su interior.

Por primera vez en toda su vida, Valente sintió asco de sí mismo.

El sol de la tarde ya declinaba, oculto tras los altos edificios de viviendas que la rodeaban. Renegando de su tardanza, Penélope se apresuró por las estrechas callejas, caminando de regreso a su casa después de un largo día de estudio en la villa de Aecio.

Llevaba a Platón en brazos, dado que el pequeño, de apenas dos años de edad, era incapaz de caminar la distancia que separaba la casa del médico, cerca del Augusteon, de su propia vivienda, situada en el barrio de Olybriou. Como casi siempre, el tiempo se le había echado encima. La tarde había pasado en un suspiro, atendiendo a las explicaciones sobre las distintas

enfermedades del ojo y sus tratamientos, enunciados detalladamente por Aecio mientras se apoyaba en los exactos diagramas de las distintas capas en las que se dividían los ojos. La medicina era un campo de estudio tan amplio que, tras meses de estudio, apenas había comenzado a profundizar en la mayoría de las materias.

—No me tires del pelo —protestó pacientemente, cuando Platón comenzó a enredar las manitas en el cabello de su madre, dando fuertes tirones al intentar liberar los dedos.

—Mamá guapa —dijo el niño, llevándose un mechón a la boca.

—Guapa pero no comestible —dijo ella, retirando el pelo de los labios del pequeño.

Un poco más arriba, la calle se ensanchaba, formando una pequeña plaza donde se elevaban varios árboles alrededor de una fuente, tras la que se protegía un hombre de roída túnica contra las pedradas propinadas por un grupo de mozalbetes.

—¡Loco! ¡Loco! —coreaban los muchachos, arrojando con fuerza los guijarros a la figura que se acurrucaba junto a la fuente.

—¿Qué hacéis? —les espetó Penélope, al llegar a la pequeña plaza—. ¡Bárbaros! ¡Dejadle en paz!

Los jovenzuelos detuvieron su ataque entre risas y corrieron calle arriba para probar su puntería contra un perro callejero que encontraron por el camino, persiguiendo al chucho con saña hasta desaparecer tras una esquina.

—¿Estás bien? —preguntó Penélope, acercándose hasta el hombre, que aún permanecía junto a la fuente, tapándose la cara con las manos, como si no se fiara de que la lluvia de pedradas hubiera terminado realmente.

Dejando a Platón en el suelo, Penélope se agachó junto a la figura, que volvió poco a poco la cara hacia ella, aún tembloroso. Se trataba de un joven de casi veinte años, al que bastaba dar un vistazo para comprender que la naturaleza le había negado la inteligencia normal que poseía cualquier otro. Tenía el rostro sucio, y mostraba un corte sobre una de las cejas que sangraba profusamente.

—¡Pupa! —exclamó Platón, señalando el rostro del muchacho mientras le miraba con los ojos muy abiertos.

—Duele —recalcó el joven con voz insegura.

Con un suspiro, Penélope mojó el extremo de su manga en el agua de la fuente y limpió cuidadosamente con ella la herida del joven, mientras éste hacía pucheros como si se tratara de un niño

pequeño. Una vez limpia, apretó el corte con fuerza para que dejara de sangrar, levantando un quedo lamento de su paciente.

—¿Vives por aquí cerca? —preguntó ella.

El joven asintió con un gesto, indicando una calle con la mano antes de llevársela a la frente.

—No te toques —dijo Penélope, sujetándole el brazo—. Si lo haces volverás a sangrar. Vete a casa y descansa hasta mañana.

Ayudado por Penélope, el joven se levantó y echó a andar en la dirección que había señalado antes.

—Adiós —dijo antes de irse, con el lenguaje vacilante que delataba su disminuida capacidad.

Platón agitó con fuerza la manita para despedirle, mientras su madre le asía nuevamente en brazos.

—Sucio —exclamó el niño, señalando la manga manchada de la túnica de su madre, con los ojos abiertos por el asombro, como si pensara en la regañina que le caería a él si su propia túnica mostrara una mancha de semejante tamaño.

—Ya la lavaré en casa —dijo ella, aunque su respuesta no pareció convencer al niño, que continuó diciendo «sucio» durante un buen rato.

Reanudando su camino, Penélope no pudo evitar sentir compasión por aquel joven. Para la mayoría de la población, la pobreza en la que vivían les impedía hacerse cargo de los cuidados que necesitaba un hijo tan especial, de forma que muchos de ellos se quedaban en la calle, convertidos en pobres de solemnidad, insultados y despreciados. Aquellos que nacían dentro de una familia rica tenían la fortuna de ser mantenidos en casa, aunque muchos pasaban gran parte del día atados para evitar que molestasen. Aunque unos pocos eran acogidos en monasterios, Penélope se dio cuenta de que, a diferencia de enfermos, ancianos o moribundos, en todo el imperio no existía una institución dedicada a hacerse cargo de aquellas personas a las que el Señor había diferenciado del resto.

Sumida en sus pensamientos, Penélope llegó a su casa y abrió la puerta para encontrarse de frente con su esposo.

—¿Dónde estabas? —rugió, bajando inmediatamente el tono de su voz al comprobar cómo se compungía el rostro de Platón—. Casi ha anochecido.

—He salido un poco tarde —se excusó ella—, y he tenido que atender a un muchacho por el camino.

—¡Sucio! —gritó Platón, señalando triunfalmente la túnica de

su madre con una sonrisa.

—¿Eso es sangre? —preguntó Gregorio con sorpresa.

—No es mía —dijo ella, dejando en el suelo al niño—. He encontrado a un joven al que estaban apedreando unos pillos, y no tenía otra cosa con la que limpiarle un corte. Lo lavaré ahora mismo con *nitron* y arcilla.

—Deja la colada para luego. Empiezo a hartarme de llegar a casa y no tener más que pan duro para comer —se quejó Gregorio —. Me paso el día subido a un andamio dejándome la piel y cuando regreso no disfruto ni de una comida decente.

—Procuraré llegar antes —aseguró ella.

—Siempre dices lo mismo.

—Falta poco para que se termine el hospital —alegó Penélope —, y tengo que ponerme al día con multitud de cosas. Pero te prometo que llegaré a tiempo de cumplir con mis obligaciones. Tal vez así tú cumplas con las tuyas.

—¿A qué te refieres?

—Creo que ya sabes cuál es tu obligación como esposo, aparte de frecuentar tabernas y burdeles —comentó ella con tono irónico.

—¿Desde cuándo tengo que darte explicaciones? Tal vez mostraría más interés en ti si me trataras con más respeto.

—¿Respeto? ¿Acaso sabes lo que es eso?

—¡Mujer! —gritó Gregorio—. No te consiento que me hables en ese tono.

Unos golpes en la puerta ahogaron la réplica de Penélope. Por un instante, a su mente acudió la imagen de lo ocurrido hacía dos años y medio, cuando los guardias del prefecto entraron en su casa para llevarse a rastras a Héctor. Gregorio la miró extrañado, sin entender la razón por la que el rostro de su enfadada esposa se había tornado pálido como la cera. Frunciendo el ceño, movió los labios para preguntar el motivo de tan repentino cambio, pero una nueva llamada le hizo desistir, obligándole a abrir la puerta.

—Hola —saludó Miguel, dando un paso dentro de la vivienda —, creo que llego en buen momento.

—Yo no estaría tan seguro —respondió Gregorio, mirando de reojo a su esposa, cuyo rostro no sólo había recuperado el color, sino que se retorcía en una mueca de desprecio al ver al *protomaistor*—, pero siempre eres bienvenido en esta casa —añadió el albañil, deteniéndose en cada palabra para recalcar a su mujer su potestad de admitir a Miguel, a sabiendas del odio que

Penélope le profesaba.

—Gracias, Gregorio. No me quedaré mucho, lo justo para echar un vistazo a mi muchachote y traerle un regalo —aseguró Miguel, agachándose junto al pequeño—. ¡Va a cumplir dos años!

Platón echó los brazos al *protomaistor*, quien lo recogió del suelo y lo alzó rápidamente en el aire; lo arrojó hacia el techo un par de veces y lo recogió en sus brazos mientras el pequeño reía a carcajadas. Al ver la familiaridad con la que Miguel trataba al pequeño, Penélope tuvo que refrenarse para arrancárselo de los brazos. Mientras contemplaba cómo el albañil subía y bajaba a su hijo, se preguntaba qué clase de hombre tendría la desfachatez de hacer regalos al niño a quien él mismo había contribuido a dejar huérfano.

—¿Sabes lo que te he traído? —preguntó Miguel al niño, que movía las piernas incitándole a que continuara lanzándolo por el aire.

—¿Qué es? —preguntó Gregorio.

—Pasa —dijo el *protomaistor*, haciéndose a un lado para dejar libre el hueco de la puerta.

Una muchacha avanzó lentamente hasta situarse justo bajo el dintel. Vestía una raída túnica de tintada defectuosa de color oliva, que le cubría hasta poco más abajo de las rodillas, sobre la que portaba una corta *paenula* marrón. La blanca piel de sus tobillos contrastaba con la suciedad que cubría sus pies descalzos y, aunque llevaba puesta la capucha, que ocultaba prácticamente toda su cara, dos grandes mechones de pelo de color azabache sobresalían a ambos lados del cuello, cayendo enmarañadamente hacia el pecho.

—¿Qué es esto? —preguntó atónita Penélope.

—Una esclava —respondió Miguel con orgullo—. Un niño no puede estar todo el día de aquí para allá, cuidado por desconocidos, así que he pensado que no habría mejor regalo para el pequeño que una esclava que pudiera cuidarle mientras su madre está ausente.

—¿Cómo? —exclamó Penélope, que no acababa de creerse que el maestro albañil tuviera la osadía de decirle cómo educar a su hijo en su propia casa.

—¡Es una idea magnífica! —alabó Gregorio, cuya vista se deslizaba sin pudor por el delgado cuerpo de la joven—. Tal vez ahora consiga tener comida caliente sobre la mesa cuando vuelva a casa.

Temblando de indignación, Penélope tuvo que morderse el labio para conseguir controlar la furia que la invadía, al comprobar cómo su esposo se coaligaba con Miguel para humillarla en su propia casa. Tenía tantas ganas de desahogarse que hubiera podido insultarles a ambos hasta enronquecer y, aunque sabía que montar una escena no hubiera servido de nada, estuvo tentada de hacerlo. Mas sabía que las disputas y los gritos hacían sufrir a Platón, cuya casi perenne alegría se transformaba en terribles llantos de temor en cuanto sus padres se enzarzaban en una discusión. Aquélla fue la única razón por la que Penélope apretó los dientes, retorció las manos y se tragó toda la amarga bilis que subía por su garganta en aquel momento.

—Quítate la capucha —ordenó Miguel a la joven.

Lentamente, la esclava obedeció al *protomaistor*, deslizando la capucha de su *paenula* hacia atrás y mostrando su pálida cara a los reunidos.

De unos dieciséis o diecisiete años, el fino rostro ovalado de la joven parecía cincelado en mármol, como si se tratara de una Venus recién surgida de las aguas. El largo pelo enmarañado enmarcaba sus facciones, dándole el aspecto de una ménade recién salida del frenético baile de una ceremonia dionisíaca. Sus finos labios se cerraban en una silenciosa mueca de rojiza seriedad, apenas visible bajo el fulgor azulado de sus ojos, tan intensos que parecían salidos del fondo del mar. Su mirada era tan fría como el lapislázuli, y tan directa que resultaba demasiado desafiante para una mera esclava. Incluso la enfurecida Penélope no pudo dejar de asombrarse ante la salvaje belleza que emanaba aquella muchacha.

—¿De dónde ha salido? —acertó a preguntar Gregorio, atónito ante la arrebatadora hermosura de la joven.

—Del mercado de esclavos del foro de Teodosio —respondió Miguel—. Es una salvaje germana, de las tierras cercanas a las fuentes del Istro.

—¿Entiende nuestro idioma?

—Sí —afirmó el *protomaistor* sin mucho convencimiento—, aunque no me pidas que lo jure. No la he oído pronunciar una palabra desde que la he comprado. El vendedor me ha jurado que es dócil y, hasta el momento, parece en lo cierto. Espero que os proporcione un buen servicio.

—Seguro que lo hará —apostilló Gregorio, recorriendo descaradamente con la vista el delgado cuerpo de la muchacha,

deteniéndose en la curva que marcaban sus senos—. Pasa, mi esposa te dirá lo que debes hacer —añadió, dirigiéndose a la esclava.

La muchacha entró caminando lentamente en la habitación, deteniéndose delante de Penélope y bajando la vista tras mirar al rostro de su nueva ama con fijeza durante un instante.

—¿Podemos hablar fuera un momento? —solicitó Miguel.

—Claro —concedió Gregorio.

—¿Cómo se llama? —inquirió Penélope, deteniendo al *protomaistor* cuando se disponía a abandonar la casa.

—¿Su nombre? —se extrañó él—. Pues, la verdad, no tengo ni idea. Yo la llamo Antousa.

—Es un nombre apropiado —sentenció Gregorio, aprobando la elección, basada en la palabra griega *antos*, que significaba «flor».

Ambos hombres salieron al exterior de la vivienda, buscando algo de privacidad en su conversación mientras caía la noche sobre la ciudad.

—Espero que te guste el regalo —indicó Miguel con voz baja—. Supongo que ya imaginarás que no es sólo para el niño.

—¡Eso espero! —exclamó eufórico Gregorio—. Mucho ha de crecer Platón antes de darse cuenta de la joya que tiene por niñera. ¿Es ama de cría?

—No. Tiene los pezones más erectos que he visto en mi vida.

—Te habrá costado una fortuna.

—¡No me lo recuerdes! —gruñó el *protomaistor*—. Cincuenta sólidos he pagado por ella, casi el triple de lo normal. Por ese precio podría haberme comprado un escriba.

—Las habilidades de un rascador de pergaminos no se pueden comparar con lo que tiene pinta de hacer esa gata —rio Gregorio —. Pero supongo que este regalo tendrá alguna condición, ¿no?

—En efecto —confirmó Miguel—. ¿No esperarías que gastara el sueldo de un año de un albañil sólo para proporcionarle al niño un juguete?

—¿Y bien?

—Seamos claros. Tengo una deuda contigo por lo que estás haciendo con Platón. Has cumplido tu parte y debo reconocerlo —comenzó Miguel—. Sin embargo, también tú has de admitir que tu pretensión de convertirte en maestro no es razonable en este momento. Faltas tanto al trabajo que la mayoría de los miembros del gremio se asombra de que no te haya expulsado, y eso me deja

en muy mal lugar.

—No intento desprestigiarte —aclaró Gregorio—, pero cuando uno ha visto la muerte tan cercana como yo no puede evitar sentirse atraído por los placeres de la vida. Aún tengo pesadillas soñando con los días en los que estaba tirado en la cama, sin poder hablar ni mover las piernas.

—Lo sé, así que se me ha ocurrido una solución que puede satisfacernos a ambos.

—Soy todo oídos.

—Es bastante sencillo —aseguró Miguel—. Durante un año te olvidarás de tabernas y juegos de dados. Serás el primero en el trabajo y te esforzarás honradamente por convertirte en un buen albañil. A cambio te quedas con la esclava, para que no tengas que salir de casa buscando satisfacción, y te conseguiré un aumento de dos *siliqua* de plata por semana.

—¿Y después de ese año podré ser maestro? —inquirió Gregorio.

—Sí —aseguró el *protomaistor*—. No te falta talento, y lo sabes, tan sólo necesitas constancia. Después de un año podré presentarte ante el gremio. Me darán la razón al preocuparme por ti y darte una oportunidad tras otra. Yo saldré reforzado como el paciente e incansable maestro que conduce al pródigo de vuelta al redil, y tú tendrás la benevolencia del tribunal que te examine, dándome la oportunidad de poder influir en su decisión llegado el caso. Todos ganamos.

—Un año es mucho tiempo —dudó Gregorio, moviendo la cabeza a uno y otro lado—. Además, hay que sumar lo que tarden en examinarme.

—Bastarán unos meses, te lo garantizo. Pero tiene que ser un compromiso firme —advirtió Miguel—. No es cuestión de aparecer un par de meses y luego regresar a la dejadez. Esta vez deberás jurarlo ante el Señor.

Torciendo la boca mientras pensaba, Gregorio cruzó los brazos y miró fijamente a Miguel, manteniéndose en silencio durante un buen rato.

—Lo haré —aceptó finalmente el aprendiz, tendiendo la mano a su maestro—. Debo admitir que has tenido más paciencia conmigo que nadie que haya conocido anteriormente. Creo que es un trato justo.

—Me alegra escuchar eso —aseguró Miguel, asiendo firmemente el antebrazo de Gregorio—. No te arrepentirás.

—Un día tendrás que revelarme la razón de tantos desvelos por el crío —indicó Gregorio.

—Tal vez.

—Espero que no tengas previsto nada malo, le he cogido mucho cariño al chiquillo —apuntó Gregorio—. Ese niño tiene algo especial para ganarse el corazón de los que le rodean.

—Dios te oiga —dijo Miguel, deseando con todas sus fuerzas que Gregorio estuviera en lo cierto y que, algún día, Platón ocupara el lugar de su padre como líder del pueblo—. Dios te oiga.

Constantinopla, 25 de agosto de 533

Teodora caminaba en silencio, deslizándose por el corredor elevado que atravesaba el Gran Palacio de extremo a extremo y permitía a gobernantes e invitados acudir desde las puertas de entrada hasta algunas de las zonas de recepción y salones sin tener que atravesar la parte privada del complejo. La emperatriz lo utilizaba ahora para aproximarse desde el puerto del Bucoleón, donde se encontraba amarrada la galera en la que había cruzado el Bósforo desde su palacio de verano en Hierón.

Vestida con un fino *chitoniskos*, una ajustada túnica interior con mangas, se cubría con una estola de seda púrpura casi transparente, en cuyo borde inferior, una banda de hilo de oro encerraba un exquisito bordado con la procesión de los tres reyes magos a Belén. Mantenida sobre sus hombros por medio de un broche de oro y amatistas, el fino velo de la estola se movía hacia atrás con cada paso de su portadora, flotando en el aire como si el viento se hubiera materializado al paso de la emperatriz.

Su pelo estaba trenzado sobre la cabeza, en un alto moño del que sobresalían agujas de plata y una fina redecilla de oro cuajada de pequeñas esmeraldas. Pendientes de oro y perlas colgaban a cada lado de su cabeza, justo por encima del refulgente collar de zafiros que se desplegaba alrededor del cuello. Rematando su espectacular figura, sus pies se calzaban con finos zapatos de piel de gacela, bordados con tiras de pequeñas perlas formando figuras circulares.

Se dirigía a la iglesia de San Miguel Arcángel, una de las primeras que se construyeron en el interior de los muros del Gran Palacio. A su lado, Narsés la acompañaba junto a un pequeño contingente de la guardia de eunucos.

Tras atravesar la llamada galería del Señor, la emperatriz descendió hasta la terraza sobre la que se levantaba la iglesia por medio de una rampa en espiral que se abría en el lado sur de la galería, saliendo a un pequeño patio con el suelo cubierto de mosaicos de caza, justo frente a uno de los edificios de recepción de invitados. A la derecha, la planta en forma de cruz de la pequeña iglesia dedicada al arcángel Miguel se elevaba sobre sus macizos muros de ladrillo rojizo.

Mientras Narsés distribuía a sus eunucos alrededor del patio, y

obligaba al puñado de funcionarios que rezaban en la iglesia a abandonar el recinto, Teodora se adentró en la estrecha estructura, recorriendo el pasillo de entrada hasta el altar bajo una bóveda de cañón adornada con refulgentes estrellas de plata.

Tras el ara, sobre una hornacina realizada en el muro del ábside, un largo relicario de marfil guardaba el bastón de Moisés, una de las muchas maravillas que salpicaban las iglesias del Gran Palacio. Sobre él, un Cristo de aspecto serio, flanqueado por dos esbeltos ángeles alados, se sentaba sobre la Jerusalén celeste.

Mientras esperaba a su esposo, Teodora susurró una plegaria, bajando la cabeza ante la ceñuda mirada del Cristo Pantocrátor que coronaba el santuario. Después abrió la pesada tapa del relicario de marfil, dejando al descubierto el interior, donde un largo paño de seda púrpura envolvía el resquebrajado báculo de madera nudosa. La emperatriz levantó parte de la cobertura de seda y rozó el bastón con la punta de los dedos, temblando ante la idea de que sus manos acariciaran la misma madera sobre la que se apoyaba el patriarca.

En el exterior, junto a sus guardias, Narsés se lamentaba de que su puesto en palacio le hubiera impedido marchar junto a su señora durante el verano, por lo que aún no había tenido oportunidad de hablar con ella fuera del estricto protocolo de los actos oficiales. Embarcada Antonina con Belisario, la emperatriz había quedado sola junto a sus damas. La mujer del general era la única con la que Teodora se permitía mantener un trato más íntimo, lo que convertía su partida en una desgracia, condenándola a la soledad. Narsés hubiera deseado aprovechar esa ausencia para ocupar el lugar de Antonina, pero sus obligaciones en el Gran Palacio no le habían permitido aproximarse a su señora.

El sonido de los guardias al presentar armas precedió a la entrada del emperador en la iglesia. Justiniano acudía al encuentro de su amada esposa con una cálida sonrisa en su rostro, vestido con una simple túnica de seda blanca y una ligera capa púrpura anudada con un broche de oro en el hombro derecho.

—¡Teodora! —saludó el emperador—. Me parece que ha pasado una eternidad desde la última vez que nos vimos. Estás radiante.

—Tú, en cambio, tienes ojeras —le reprendió ella con una sonrisa—. Deberías cuidarte más. ¿Has vuelto a las noches de insomnio?

—Ya sabes lo que pesa la carga del gobierno —se excusó Justiniano, acercándose hasta su esposa y besando cariñosamente su mano.

—Si vinieras a verme alguna vez yo sabría aliviar esa carga —aseguró Teodora con un susurro, abrazando a su esposo—, pero últimamente no hay sitio en tu cabeza para otra cosa que los asuntos de estado.

—¡Hay tantas cosas por hacer! —se excusó él, haciendo un gesto con la mano como si quisiera abarcar todo cuanto se encontraba a su alrededor—. Incluso hemos estado a punto de tener una hambruna. Los vientos no han soplado del sur, con lo que los barcos encargados de transportar hasta la ciudad el grano almacenado en los silos de Ténedos no han podido remontar la corriente adversa del Helesponto hasta hace poco. Hasta ayer mismo no he podido visitar los graneros junto al prefecto, para asegurar solemnemente según la tradición que el pueblo tendría trigo. Gracias al Señor que los vientos finalmente cambiaron. Además está Santa Sofía —continuó Justiniano—, los ingenieros se pasan el día preguntándome cómo hacer esto o lo otro, consumiendo mi tiempo, pero ¡tendrías que verla! Donde antes no había más que escombros ahora se alzan muros y pilares, y cerca de allí…

—Ya basta de trabajo —pidió Teodora con voz melosa, rodeando con los brazos el cuello de su esposo—. No he navegado hasta aquí para oír hablar de muros y contrafuertes.

—Tal vez deberíamos irnos de la iglesia —dijo el emperador, abrazando a su mujer.

—Es una buena idea —susurró ella, apretándose contra él y besándole largamente en los labios—. Me siento muy sola en Hierón.

—No me hagas sentir culpable —suplicó Justiniano, poniendo ojos de cordero degollado—. Ya sabes que ningún verano abandono Constantinopla.

—No me importaba cuando tenía a mi lado a Antonina. A veces me cuesta soportar su cháchara, pero he de reconocer que su descaro es un buen antídoto contra el tedio y el aburrimiento.

—¿Sabes algo de ella?

—Sí, hace poco me llegó una carta suya, pero prefiero no hablar de eso ahora —apuntó Teodora.

—¿Por qué? —preguntó el emperador.

—Ya tendremos tiempo de comentarlo después —aseguró ella,

volviendo a besar a Justiniano.

—¿Acaso decía algo importante en esa carta? —insistió él, deshaciéndose trabajosamente del abrazo de su mujer.

—Críticas, infidelidades… —enumeró la emperatriz, arrugando la frente en un gesto de impaciencia—, y las últimas noticias sobre la incompetencia del prefecto de oriente.

—¿Qué tiene que ver Juan de Capadocia con Antonina?

—Me ha contado que, poco antes de tomar tierra en Methone, las provisiones se echaron a perder. El *bucellatum* para el viaje no estaba bien cocido y se desmenuzó, convirtiéndose en una apestosa harina, corrompida en poco tiempo. ¡Han muerto quinientos hombres!

—Lo sé —afirmó Justiniano—. Belisario me lo comentó en un mensaje, pero ya ha reemplazado las provisiones antes de partir hacia Cartago. No deberías preocuparte, hay casi cincuenta mil soldados y marinos en la flota, no son pérdidas apreciables.

—¿Y no piensas hacer nada? —se indignó Teodora—. ¿Qué habría pasado de enfermar la mitad de los soldados de Belisario, o de morir sus caballos? Ni siquiera ha sido un trágico error, sino que el prefecto se ahorró el dinero destinado a la leña necesaria para cocer el pan, utilizando los hornos de las termas de Aquiles en lugar de las panaderías.

—Juan de Capadocia llena el tesoro de monedas —justificó Justiniano—. Es cierto que a veces su celo es excesivo, pero…

—¿Su celo? ¡Ja! —exclamó ella, dejando escapar una fuerte risa de burla—. Ese cerdo sólo mira por su propio interés. Por cada moneda que cae en nuestras arcas él se embolsa otra.

—Es el mejor ministro que he tenido nunca —defendió el emperador—. De su habilidad recaudando impuestos ha salido el dinero que paga toda la expedición, la reconstrucción de la ciudad o, incluso, el convento de la Metanoia, el que construyes para alojar a las prostitutas redimidas. Sin el oro que él nos proporciona todo eso no sería posible.

—Tal como hablas parece que le debemos la corona —ironizó la emperatriz—. ¿Debo arrojarme a sus pies realizando la *proskinesis* la próxima vez que le vea?

—No saques las cosas de quicio.

—¿Por qué le defiendes tanto? —reprendió Teodora—. ¿Acaso te ha hechizado? Sólo es un funcionario, aunque en realidad eso no es cierto, no es un simple sirviente, es uno que se está haciendo con tanto poder que podría suponer un peligro para nosotros.

—Juan me es completamente leal —aseguró Justiniano con seriedad—. Sabe que cuanto tiene me lo debe a mí.

—Si fuera leal a su emperador me trataría con respeto.

—Tú siempre le has odiado —puntualizó él, levantando un dedo acusador—. Por eso tratas de convencerme para que prescinda de él. Pues lamento desilusionarte, pero le necesito, es el mejor en su trabajo y espero que continúe en su puesto mucho tiempo más.

—Si ésa es tu última palabra creo que no hace falta que continuemos esta conversación —indicó Teodora en tono gélido—. Me vuelvo a Hierón. Allí, al menos, me tratan como lo que soy, la emperatriz.

—¿Te vas? —se sorprendió Justiniano—. ¿Por qué? No te entiendo, creía que pasaríamos el día juntos.

—Pásalo con Juan de Capadocia, ya que pareces necesitarle a él más que a mí.

—Pero… ¡Teodora!

Ignorando a su esposo, la emperatriz abandonó la iglesia rápidamente, echando a andar de vuelta hacia el puerto. Narsés y los guardias la siguieron al momento, desplegándose a su alrededor a una señal del eunuco, quien se situó un paso por detrás de su señora, guardando silencio.

—¡Maldito tonto! —masculló Teodora, mientras se adentraba de nuevo en el pasadizo cubierto que la conduciría hasta su galera.

Aún mantenía en su rostro un rictus de ira, aunque, en su interior, se maldecía a sí misma. Había acudido al Gran Palacio para estar con su esposo, para liberarse de la soledad y la monotonía que la abrumaban en su solitario retiro veraniego. Sin embargo, se había dejado arrastrar a una estúpida discusión sobre ese maldito puerco capadocio. Hubiera bastado con realizar cualquier fútil comentario de la carta de Antonina para que ahora se hubiese encontrado en el lecho junto a su amado, en lugar de caminando en dirección al puerto, con los nervios a flor de piel y el estómago alterado por la disputa. Su corazón le pedía que se diera la vuelta, que regresara y tratara de dejar de lado los asuntos de gobierno, pero su orgullo le impedía detenerse. Para bien o para mal, no podía luchar contra su testarudez. Por mucho que le doliera, subiría a ese barco y abandonaría Constantinopla de nuevo, probablemente hasta el final del verano.

—¡Maldito tonto! —repitió, aunque, en esta ocasión, apenas fue un susurro, dirigido más hacia sí misma que hacia el

emperador.

Narsés esperó hasta llegar al puerto para romper su silencio.

—Majestad —dijo el eunuco, dulcificando su voz cuanto pudo —. Me siento apenado por vuestra rápida marcha.

—Las cosas no han salido como había previsto. Debo volver.

—El Gran Palacio es una cárcel gris sin vuestra presencia —insistió aduladoramente Narsés—. ¿Me concederéis audiencia algún día en Hierón? Las obligaciones me asfixian, mi señora, añoro vuestra conversación.

—Siempre eres bien recibido, mi buen Narsés —aseguró ella—. Ven a verme pronto, y cuéntame lo que acontece en palacio.

—Acudiré esta misma semana, majestad —aseguró el eunuco —, y descuidad, podéis confiar en mí. Ni vuestras damas más atrevidas serán capaces de igualar mi lengua cuando os comente las últimas novedades de la corte.

Teodora esbozó una tibia sonrisa antes de ascender por la pasarela hasta la galera, mientras el capitán ladraba órdenes a los remeros para que se prepararan para bogar. Narsés se mantuvo en los escalones del puerto, observando cómo el navío se deslizaba desde el amarradero gracias a la acción sincronizada de sus remos. A medida que el barco se alejaba, el eunuco dejó que una sonrisa aflorara a sus labios.

Muchos desechaban a los de su clase, les llamaban «incompletos», y se burlaban de ellos, acusándoles de no mirar a los ojos al hablar, caminar con los miembros sueltos, hablar demasiado, reírse de manera impropia o llorar con facilidad. Funcionarios, clérigos y soldados les despreciaban. Sin embargo, Narsés veía su condición de otra forma. Para él, la falta de órganos sexuales le permitía acumular las virtudes de ambos sexos sin necesidad de sucumbir a sus vicios. Enfebrecidos por la lujuria, aquellos que se llamaban a sí mismos «completos», eran rehenes de sus cuerpos. Por el contrario, él era casi perfecto. Únicamente existía un vicio que no podía reprimir, uno que afectaba por igual a hombres y mujeres, a pobres y a ricos.

La envidia.

—Sé mi ayuda y mi defensa, sostén mi vida en paz, y otorga a los que aquí trabajarán un lugar entre los santos, cuyas oraciones te son gratas desde el inicio de los tiempos.

La potente voz de Menas, el obispo que actuaba como administrador del hospital, resonaba frente al flamante edificio,

mientras todo el personal médico y auxiliar se mantenía en estricto silencio a su alrededor, susurrando plegarias mientras el clérigo terminaba su larga oratoria bendiciendo el reconstruido *xenon*.

Junto a él, un diácono sostenía el incensario, un gran cuenco de bronce labrado que colgaba de tres finas cadenas, unidas en una pieza del mismo metal por la que el clérigo lo sujetaba. En su superficie, grabado en elaboradas letras griegas, el texto: «Señor, que recibiste el incienso del profeta Zacarías, recibe ahora éste», recordaba al padre de Juan el Bautista cuando, según Lucas, quemó incienso ante el altar del templo y se le apareció un ángel para anunciarle que su plegaria había sido escuchada.

Desde uno de los lados, Aecio mantenía las manos en actitud de oración, mientras resonaba la alocución final de Menas, que el religioso dirigía hacia el edificio sosteniendo en alto el *rabdos*, el bastón de obispo. Dado que a los religiosos se les consideraba médicos del alma, nada resultaba más poético que aquella bendición, en la que el báculo de los obispos, considerado en oriente un símbolo de su tarea de curar las enfermedades espirituales de su rebaño y de apoyar a los enfermos, se utilizaba para sellar la plegaria final con la que se abriría el nuevo *xenon*.

Justo frente al médico, al otro lado del semicírculo formado por el personal que integraría el nuevo hospital, Penélope levantaba la cabeza hacia el cielo, siguiendo las manos de cuantos las rodeaban, que señalaban a las alturas mientras murmuraban complacidos.

—Las cigüeñas —comentó quedamente una de las auxiliares a su lado—. Es un buen presagio.

Como cada año, a finales de agosto o principios de septiembre, decenas de miles de cigüeñas sobrevolaban Constantinopla en su largo peregrinaje a las ignotas tierras del sur. Como un alado ejército de ángeles, las aves formaban una inmensa nube blanca y gris, que se deslizaba sobre el cielo con la majestuosidad de un cortejo nupcial. Nadie sabía qué extraña planificación las coordinaba para unirse en semejante número al mismo tiempo, pero, al contemplar tan bello espectáculo, ninguno de los presentes pudo evitar el pensamiento de que la mano del Señor se encontraba detrás de aquella milagrosa peregrinación.

Poco antes habían regresado en procesión de la liturgia en la iglesia de San Mocio, situada al sudoeste de la ciudad, entre las murallas de Teodosio y Constantino. La intención del administrador era hacer coincidir la inauguración del hospital con

la festividad de Sansón, el 27 de junio, fecha en la que, todos los años, el personal del *xenon* peregrinaba hasta la iglesia para dar las gracias a su patrón por guiarles en el camino del cuidado de los enfermos. Sin embargo, los continuos retrasos en la construcción habían impedido esa posibilidad.

Pero eso no había sido óbice para que el futuro personal de la institución visitara las reliquias de su patrón, trasladadas a la iglesia de San Mocio más de un siglo atrás. Mártir de Bitinia en tiempos de Diocleciano, de Mocio se decía que era pariente de Sansón, aunque el verdadero motivo para que los restos del protector del *xenon* reposaran en una iglesia tan alejada de su amado hospital era otro bien distinto. Mocio era arriano, y cuando Teodosio el Grande ofreció a los arrianos de Constantinopla adherirse al credo de Nicea y éstos se negaron, les obligó a dejar las iglesias de la ciudad, permitiéndoles reunirse en otra fuera de las murallas. Así, los arrianos se llevaron con ellos sus reliquias, entre las que figuraba el cuerpo del propio Sansón, y las enterraron en San Mocio.

Afortunadamente, las pugnas entre arrianos y ortodoxos habían quedado atrás, aunque fueron sustituidas por la oposición frontal que la cúpula de la iglesia presentaba ahora a los monofisitas, muy numerosos en Siria y Egipto. En cualquier caso, la mente de Penélope se alejaba de los conflictos religiosos y de las discusiones de teología. Todo su pensamiento se volcaba ahora en aquel espléndido complejo de ladrillo, cubierto de una impoluta capa de estuco blanco.

Poco antes de comenzar la procesión en la que se bendeciría la apertura del hospital, Aecio había reunido a los cerca de cincuenta hombres y mujeres que formarían el equipo de la institución, repitiendo una por una las normas por las que se regirían en aquellos muros. Mientras los experimentados *iatroi* resoplaban de impaciencia con cada frase, urgiendo a su nuevo director a que terminara su monótono discurso, Penélope le observaba con toda atención, incapaz de contener los nervios que la atenazaban al pensar en toda la sabiduría que la esperaba dentro de esas paredes. Incluso la prohibición de abandonar Constantinopla para ejercer su profesión durante su mes libre, que pesaba sobre médicos y asistentes, le resultaba un pequeño precio a pagar a cambio del privilegio que suponía para ella pertenecer a ese selecto grupo. En cualquier caso, ¿adónde iría ella? Toda su vida se encontraba en esa ciudad, su hijo, su esposo y su nuevo y maravilloso trabajo.

A su lado, algunos de los nuevos asistentes médicos se quejaban de la pronta inauguración. Al igual que los funcionarios, desde el primero de mayo hasta el 14 de septiembre, la jornada se alargaba para aprovechar la luz del sol, lo que obligaba a los médicos a acudir al hospital después de comer. Muchos de los jóvenes que se incorporaban al *xenon* hubieran preferido comenzar unas semanas después, cuando el declinar de la claridad del día acortaba el trabajo de cuantos no se encontraban de guardia. Sin embargo, terminada la ceremonia, cuando por fin se adentraron en el recinto, lo único que se escuchaba en las distintas secciones eran palabras de asombro y de alabanza. Para muchos de los que allí trabajarían aquélla era la primera visita que efectuaban al recinto. Resultaba fácil reconocerlos, por la atónita expresión que marcaba sus caras al contemplar las espléndidas pinturas que cubrían techo y paredes, decoradas con escenas religiosas de curación, o con figuras de santos relacionados con la medicina, como Cosme y Damián.

Penélope ocupó su lugar como asistente en la sección de mujeres, junto a otras tres compañeras y la única auxiliar médico experta que Aecio había podido encontrar, y que estaría a cargo de la sección supervisada por uno de los *iatroi*. Completando el equipo, dos sirvientas se encargarían de realizar las labores de limpieza y cuidado que no requerían conocimientos médicos. Sin pacientes a los que atender, las jóvenes se miraban unas a otras, sonriendo nerviosamente o hablando de banalidades. Dado que el hospital acababa de abrir sus puertas, Aecio había enviado a los médicos a recorrer la ciudad, recogiendo a cuantos enfermos encontraran por las calles para ofrecerles tratamiento.

Impaciente por comenzar su trabajo, Penélope se internó en el resto del complejo y curioseó en las secciones dedicadas a los pacientes masculinos, aprovechando la ausencia de enfermos. Los auxiliares la saludaron al pasar, mostrando las mismas evidencias de nerviosismo que había contemplado en las compañeras de su sección. Mientras caminaba, el *meizoteros* pasó a su lado como una exhalación. El ayudante del administrador se encontraba a cargo del almacén, ocupándose de que siempre hubiera la cantidad necesaria de medicinas, comida, mantas o instrumental quirúrgico. Al parecer, las prisas habían logrado que el meticuloso funcionario olvidara el verano, y colocara sobre cada cama las dos mantas de pelo de cabra que se utilizaban para el invierno, y que ahora recogía torpemente para guardarlas en el edificio anexo que hacía las veces de almacén.

Encontró a Aecio en la estancia central del edificio, revisando los estantes donde se acumularían los pergaminos con un breve registro de los pacientes, de forma que se pudiera valorar el efecto de los tratamientos. El médico paseaba alrededor de la sala, golpeando con impaciencia la madera en cada vuelta.

—Parece que todo está demasiado tranquilo —dijo ella con una sonrisa.

—¡Vaya! —exclamó Aecio con sorpresa—, no te había visto. Sí, un hospital sin pacientes es como un hipódromo antes de que comiencen a correr las cuadrigas, pero sin músicos que alivien la expectación.

—Estoy tan nerviosa como el día de mi boda —afirmó Penélope, moviendo los brazos como si no supiera qué hacer con ellos.

Aecio esbozó una tímida sonrisa ante el comentario, mientras su rostro enrojecía involuntariamente.

—¿Estás bien? —preguntó Penélope, a quien le sorprendía que un médico con tanta experiencia pudiera estar nervioso por la inauguración del hospital.

—Sí —se apresuró a responder él—. Entre trabajo y enseñanza llevo tantos días sin tener un rato libre que esta inactividad me asfixia.

—Aecio...

—¿Sí?

—No he tenido ocasión antes de agradecerte lo que has hecho por mí.

—No hay nada que agradecer —negó rápidamente el médico, tras un carraspeo nervioso producido al atragantarse con su propia saliva—. Tú ganas conocimientos y yo, una ayudante necesaria.

—No insistas en tu modestia —pidió ella con una sonrisa—. Ahora tengo compañeras con las que compararme. Es fácil comprobar lo mucho que te has volcado en mi educación y lo bien que me has tratado. Formar parte de este hospital es como un sueño para mí —continuó Penélope—. Tú lo has hecho posible de forma desinteresada, y sólo quería que supieras lo mucho que esta oportunidad que me has concedido significa para mí. Te aseguro que no voy a defraudarte.

—Yo... —balbuceó él.

—¡Traemos varios heridos!

Un grupo de trabajadores de la cercana Santa Sofía entró a

toda prisa en el hospital, transportando a hombros a varios compañeros afectados por diversas heridas.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió Aecio, volcando su atención en los recién llegados.

—Lo de siempre, mi señor *iatroi* —comentó uno de los que traían a los heridos—. Un andamio que se ha desplomado.

—Llevadlos a todos a esa sección —indicó el médico, señalando la parte del hospital dedicada a heridas y traumatismos —, y colocad a cada uno de los caídos en un lecho.

Los trabajadores se apresuraron a cumplir las instrucciones de Aecio, adentrándose en el espacio rectangular y dejando a sus compañeros en las camas, mientras el lugar se llenaba con los quejidos de los heridos. El médico les dejó entrar primero, llamando a sus ayudantes y adentrándose a auxiliar a los pacientes, no sin antes dirigir una última mirada a Penélope.

—Suerte —susurró ella, saludando con la mano a Aecio, quien sonrió y se encogió de hombros antes de desaparecer en el interior de la sección.

Volviendo a su puesto, Penélope encontró a sus compañeras excitadas ante la llegada de sus primeros pacientes. Acribillada a preguntas sobre el estado de los recién llegados, no fue hasta que un segundo grupo de trabajadores apareció en el hospital con otros dos heridos más graves cuando pudo deshacerse del acoso del resto de los asistentes.

Dirigiéndose hacia uno de los grandes ventanales terminados en arco de medio punto que se abrían en la pared, Penélope contempló el brillante cielo a través del entramado de pequeños cristales cuadrados, observando las siluetas de las últimas cigüeñas que sobrevolaban la ciudad. Se preguntó si aquellas aves sentirían algo parecido a lo que ella misma notaba en su interior, si esas gráciles cigüeñas también pensarían con nerviosismo sobre la vida que les esperaba al final de su viaje, si anhelaban alcanzar su destino, al igual que ella ansiaba la llegada del futuro, y del apasionante mundo de conocimientos en el que estaba a punto de adentrarse.

—¡Una paciente!

Uno de los médicos se adentró en la sección de mujeres, llevando en brazos a una anciana, sobre la que se abalanzaron todas sus compañeras como cuervos al ver una joya destellante.

Penélope suspiró, elevando una última mirada al cielo antes de comenzar su trabajo. Las cigüeñas se marchaban y, con ellas,

parecía que se desvanecía también el sufrimiento que había colmado su vida durante tanto tiempo.

Por fin volvía a ser feliz.

Constantinopla, 24 de junio de 534

Acompañado únicamente por un fornido criado, Juan de Capadocia avanzaba entre los numerosos trabajadores que se concentraban en torno a las obras de Santa Sofía.

Mientras se dirigía hacia el *skevophylakion*, el edificio circular donde se ubicaba la dirección de los trabajos, el prefecto no pudo sino reconocer el esfuerzo realizado por los ingenieros para completar su titánica tarea. En apenas dos años y medio, la planta principal de la basílica había sido completada, a falta de la cobertura exterior de mármol que se aplicaría una vez finalizados los muros. Una miríada de peones, albañiles, porteadores y carpinteros se encaramaba a los andamios que ascendían por los muros del gineceo, construyendo las galerías superiores desde las que las mujeres atenderían a la liturgia. Por todas partes circulaban hombres cargados con sacos repletos de ladrillos o grandes cajas de madera cuadrangulares en las que transportaban el mortero, recién amasado en las grandes fosas creadas al efecto en los alrededores de lo que sería el atrio. Para evitar que el mortero fraguara antes de acarrearlo desde otro lugar, se realizaba la mezcla en la propia obra. El elemento primario del mortero, la cal, se fabricaba fuera de los muros de la ciudad, aprovechando su estabilidad hasta que se uniera al resto de componentes. Para conseguir cal, se quemaba el mármol en un gran agujero durante tres días, apagándolo posteriormente con la cantidad justa de agua para que se convirtiera en polvo, mezclándola con aceite de linaza y hebras de algodón hasta darle la consistencia y maleabilidad necesarias. Una vez obtenida la cal, se preparaba el mortero en la obra, extendiendo el polvo sobre una capa de teja triturada de dos dedos de ancho, en la proporción de siete asbestos de cal por cada tres de teja. Tras amasarlo, se transportaba en cajas y se extendía entre las capas de ladrillo mediante una llana triangular de metal.

Maldiciendo mientras sorteaba todo tipo de obstáculos, Juan de Capadocia llegó hasta la puerta del *skevophylakion* y se adentró en la gran sala circular en cuanto comprobó que Antemio de Tralles era el único que se encontraba dentro.

—Saludos, Antemio —exclamó Juan, librándose de la capucha con la que camuflaba su rostro.

—Si buscas trabajo ve a hablar con el *protomaistor* del gremio

de albañiles —apuntó el ingeniero con evidente mal humor.

—Afortunadamente ya tengo un oficio bastante más saludable que el de esos desarrapados —replicó el capadocio con sorna, abriendo su capa para que Antemio pudiera percatarse de los caros ropajes que ocultaba tras su burda cobertura—. Soy Juan de Capadocia, el prefecto de oriente.

—¿Tan mal os paga el emperador que no podéis permitiros una capa decente? —apuntó irónicamente el ingeniero—. En cualquier caso, si venís a revisar las cuentas llegáis tarde. Hace apenas dos días que el *magister officiorum* se ocupó del asunto.

—No he venido a rebuscar entre vuestros papeles, sino a ofrecer algo que nos hará beneficiarnos mutuamente, algo que es preferible hablar en privado —indicó el capadocio, comprobando que su criado se había colocado junto a la puerta para impedir el paso de cualquier curioso.

—Hablad.

—Según tengo entendido, el emperador no es santo de vuestra devoción. Por lo que ha llegado a mis oídos, estáis bastante disgustado con sus caprichosos cambios de parecer en el diseño de Santa Sofía.

—A nadie le gusta que otra persona meta las narices en su trabajo —confirmó Antemio—. Ni que le hagan perder el tiempo con preguntas inútiles —añadió, mirando directamente a Juan a los ojos.

—Iré directo al grano —dijo el prefecto—. El emperador tiene sus motivos para acelerar las obras. No tengo intención de revelaros cuáles son, únicamente os diré que yo tengo los míos para tratar de retrasarlas.

—¿Retrasar las obras? —se sorprendió Antemio.

—Sí. Quiero que hagáis lo posible por ralentizar el ritmo de trabajo —explicó Juan—. Vuestra colaboración, obviamente, será premiada. Más allá de la satisfacción personal que os pueda producir contrariar a Justiniano, yo estoy dispuesto a ser extremadamente generoso.

—No sé si lo he entendido bien —puntualizó el ingeniero—. ¿Me estáis pidiendo que sabotee mi propia obra?

—Así es —confirmó el prefecto—. Poned vuestras condiciones. No importa lo alta que sea la cifra, os aseguro que podré satisfacerla. Puedo convertiros en uno de los hombres más ricos y poderosos del imperio.

—¿Por quién me habéis tomado? —bramó Antemio con

indignación—. No puedo creer que me hagáis un ofrecimiento tan estúpido. El tamaño de vuestro cerebro debe ser inversamente proporcional al de vuestro gigantesco cuerpo.

—¿Acaso no odiáis a Justiniano? —inquirió el prefecto, visiblemente sorprendido por la reacción del ingeniero—. Os doy la oportunidad de vengaros de él al tiempo que labráis vuestra fortuna.

—No hay suficiente oro en el mundo para convencerme de que me convierta en un ingeniero incapaz —rugió Antemio—. ¡Me pedís que arruine mi propia creación! ¿Acaso mataríais a vuestro propio hijo? ¡Fuera de aquí!

—¡Os arrepentiréis de esto! —amenazó el prefecto.

—¡Largo! —gritó Antemio, arrojando furiosamente contra el capadocio la caña con la que corregía los planos.

Cubriéndose de nuevo con la capucha, Juan de Capadocia abandonó el *skevophylakion* sintiendo cómo la sangre hervía en sus venas. Seguido por el sorprendido criado, atravesó la obra a grandes zancadas, empujando a cuantos se cruzaban en su camino hasta llegar a su villa, frente al hipódromo.

Iracundo, se encerró en sus habitaciones privadas, moviéndose de un lado a otro y golpeando los muebles para descargar su furia.

—¿Qué se ha creído ese desgraciado? —chilló, mientras hacía volar una silla, hasta estrellarla con estruendo al otro lado de la habitación.

Tratando de calmarse, Juan comenzó a repasar los pasos que le habían llevado a realizar tan precipitada propuesta. Para Justiniano, la apresurada construcción de Santa Sofía se basaba en la presunción de que, una vez finalizada, Dios premiaría su ofrenda con un heredero. Pese a la escasa credibilidad que Valente concedía a ese supuesto pacto entre el Señor y Justiniano, Juan no estaba tan seguro de que no fuera real. Por ello, vistas las continuas dificultades a las que se enfrentaba mientras conseguía los apoyos para conquistar el poder, resultaba fundamental que las obras de Santa Sofía no se terminaran en el plazo previsto. Un heredero varón supondría un obstáculo impresionante para sus planes, pues muchos de los que ahora le brindaban su auxilio lo hacían con la convicción de que Justiniano moriría sin sucesor, y querían posicionarse en la previsible lucha que provocaría el vacío de poder. Un hijo proporcionaría a Justiniano una estirpe, justo lo que Juan de Capadocia más temía en ese momento.

Tras observar la discusión que Antemio mantuvo con varios

comensales en una de las cenas ofrecidas por el emperador, en la que el ingeniero abandonó precipitadamente la sala, Juan ordenó a sus espías que siguieran al máximo responsable de las obras de Santa Sofía. Hasta el último de ellos le había hablado del mal carácter de Antemio, de sus trifulcas con el propio Justiniano, cada vez que el emperador ordenaba algún cambio en los planos del templo, y del poco apego que el ingeniero sentía hacia el resto de los trabajadores. A sus ojos, Antemio era el candidato perfecto para ser comprado. ¿Qué otra ambición podría tener un hombre a su edad que no fuera dinero y poder? Nadie mejor situado que él para convertir las obras de la iglesia en un cenagal durante años, el tiempo necesario para que completara su preparación y efectuara su golpe de estado.

Sin embargo, había cometido un error. No sólo había juzgado mal a Antemio, con su conversación, se había puesto a sí mismo en una posición peligrosa. ¿Qué ocurriría si el ingeniero acudía a Justiniano a relatarle los hechos? Pese a la privilegiada relación que le unía al emperador, era algo que no podía permitir.

Abandonando sus estancias privadas, el prefecto se encaminó al patio principal de su enorme villa, donde encontró al jefe de su guardia, revisando la instrucción de un grupo de nuevos reclutas.

—Tengo trabajo para ti —comentó al soldado, un antiguo combatiente tracio, indicándole que se apartara un poco de los reclutas.

—¿Qué necesitáis?

—Habla con mi ayudante y que te proporcione un veneno —explicó el prefecto—. Después busca la manera de verterlo en la comida del ingeniero a cargo de las obras de Santa Sofía, Antemio de Tralles.

—Como queráis —dijo el aludido, sin que las facciones de su rostro se alteraran lo más mínimo—. ¿Cuándo debo hacerlo?

—Mañana, durante la comida —comentó el prefecto—. Es domingo y las obras estarán vacías, lo que facilita la labor. Además —añadió con una siniestra sonrisa—, acudirá a la liturgia a primera hora, así morirá limpio de pecados. A fin de cuentas, no somos herejes, ¿no?

El soldado asintió con seriedad, mientras Juan de Capadocia comenzó a sonreír. No lo había pensado hasta ese mismo momento, pero, a fin de cuentas, la muerte de Antemio también tendría un fuerte impacto en las obras.

Al final, ese maldito viejo gruñón acabaría sirviendo a sus

planes.

Penélope cogió aire, mientras repasaba de nuevo el instrumental que necesitaría para la operación. A su lado, sobre la mesa, la ayudante había colocado en una fila sobre el paño de cuero un escalpelo de bronce, pinzas, un pequeño gancho, una aguja enhebrada con un pelo de caballo, paños de lino, vendas del mismo material, dos esponjas, un cuenco con clara de huevo, otro con agua salada y dos ampollas de cerámica con un colirio de olíbano mezclado con vino. Todo se encontraba en orden, cada instrumento recién limpiado por la ayudante, que avivaba ahora el fuego de la chimenea en previsión de tener que poner al rojo los hierros de cauterizar.

Una gota de sudor se deslizó por la frente de Penélope sin que ésta tuviera claro si se debía al calor que inundaba la sala o a sus nervios. Normalmente, los estudiantes de medicina tardaban años en operar a los pacientes, pero, debido a la escasez de personal femenino cualificado, las cuatro aprendices con las que contaba el hospital tenían que agilizar su formación. Cada una de ellas se había especializado en distintos ámbitos, y la oftalmología era uno de los campos en los que Penélope se había sumergido.

Durante los últimos meses, había dedicado cada rato disponible que le permitía su trabajo en el hospital para extraer hasta la última gota de erudición de los libros de medicina que encontraba a su alcance. De la mano de Aecio, había aprendido a diferenciar las cuatro túnicas del ojo, retina, úvea, córnea y conjuntiva, descubriendo los cambios entre las enseñanzas de Galeno y lo descubierto por médicos posteriores. Había aprendido de memoria los pasos para tratar las sesenta y una enfermedades de los ojos, tal y como el propio Aecio había consignado en el séptimo libro de su *Biblia iatrica*. Sin embargo, hubiera deseado comenzar sus labores en el pabellón de cirugía con un simple tracoma, cuya operación se limitaba a un raspado del interior del párpado utilizando un escalpelo, la parte más dura de la sepia u hojas de higuera. Pero, pese a las recomendaciones de Hipócrates y Galeno, Aecio prefería seguir a Celso, desaconsejando el raspado hasta las últimas etapas, sustituyéndolo por baños frecuentes, lavado de los párpados con agua caliente y el uso de varios colirios como el *caesarianum*, denominado así por Hierax, el primero que lo utilizó con éxito.

—¿Preparada?

La voz de Aecio la cogió por sorpresa, provocando que

Penélope diera un respingo.

—Lo siento —dijo el médico—, no quería asustarte.

—Son los nervios —dijo ella, acercándose a uno de los lados de la estancia para lavarse de nuevo las manos en una palangana de agua y secarse después en un paño limpio de lino.

—Todo irá bien —aseguró Aecio con una sonrisa.

Una de las sirvientas entró en la estancia guiando a una mujer, cuyo rostro era el puro reflejo del miedo. Caminaba lentamente, como si quisiera retrasar todo el tiempo posible la llegada de ese momento. En su mano aferraba un amuleto, un sello circular con la palabra «*hygieia*», «salud», escrita alrededor de un pentagrama que encerraba la letra *theta*, el símbolo de *thanatos*. Desde que se encontraba en el hospital, Penélope había visto aquel amuleto varias veces. Simbolizaba que la salud y el pentagrama encierran a la muerte, como protección para el portador. Se decía que el pentagrama era un poderoso signo mágico de la antigüedad, procedente del sello legendario de Salomón, con el que el rey podía controlar a los demonios. Pese al profundo cristianismo de los romanos, pocos eran los que no confiaban de una u otra manera en el poder protector de los amuletos.

—Ya está aquí la paciente —indicó Aecio—. Comencemos.

Penélope se aproximó a ella y examinó su rostro. El ojo derecho se encontraba afectado por *pterygion*. Presentaba un anormal crecimiento triangular de la conjuntiva en el lado cercano a la nariz, hasta el punto que la piel había invadido la córnea y amenazaba con cubrir la pupila. Al igual que el tracoma, solía darse con más frecuencia en los hombres, por lo que Penélope nunca hubiera esperado tener que estrenar su habilidad con el escalpelo de esa manera. Pese a ello, no había opción a cambio alguno, pues, según Celso, ese tipo de afecciones debía operarse en primavera y el equinoccio ya había pasado.

Dado que se trataba del ojo derecho, Penélope se colocó en una silla alta frente a los grandes ventanales, que proporcionaban una excelente iluminación, mientras la mujer se sentaba de espaldas a ella en un taburete bajo a sus pies, recostando la cabeza sobre las rodillas de la propia Penélope, con la cara vuelta hacia el techo.

Penélope se tomó unos instantes antes de comenzar la operación. Finalmente, con un suspiro, hizo un gesto de cabeza a la ayudante y ésta sujetó con suavidad los párpados de la paciente. Penélope recogió el pequeño gancho que reposaba junto a ella sobre la mesa. El primer acto de la operación consistía en

insertarlo con delicadeza bajo la piel, para separarla del ojo sin tocar el globo ocular.

—Lo mejor será que mantengas la vista fija en un punto situado a tu derecha —sugirió Penélope a la paciente—, así no verás cómo nos acercamos al ojo.

En cuanto la mujer centró su mirada en el extremo contrario a donde se encontraba la piel a retirar, Penélope aprovechó para separar el pequeño triángulo de tejido del ojo. Más tranquila, recogió la aguja sin soltar el gancho, traspasando en dos puntos el tejido a retirar, de modo que el pelo de caballo atravesara la piel. Después retiró el gancho y lo dejó sobre la mesa.

Ahora llegaba la parte más difícil de la operación, escoger el punto exacto en el que debía cortar el tejido. Dos eran los peligros existentes. Si se dejaban restos del *pterygion* era probable que se ulcerara, con el consiguiente riesgo para la vista. Por el contrario, si el corte era excesivo se producía un agujero en el *canthus*, el tejido propio del ojo, por donde fluiría continuamente *rhyas*, el flujo espeso que formaba las legañas.

Para dilucidar el origen exacto de la piel sobrante se estiraba hacia arriba de los dos extremos del pelo de caballo. Una ligera curvatura delataba el punto de unión de la piel con el *pterygion*. Sin embargo, si la tensión sobre el hilo era excesiva los extremos de la piel se volvían blancos y planos en su totalidad, por lo que resultaba imposible descubrir el punto en el que se debía cortar.

Tirando con suavidad y soltando de forma repetida, Penélope buscó el punto exacto en el que realizar el corte. Tras varios intentos, creía haber descubierto la zona, pero, aun así, las dudas se acumulaban en su interior. Volvió la cabeza y miró a Aecio, que la observaba con seriedad y atención. Abrió la boca para solicitar que el médico verificara sus conclusiones, pero, como si le hubiera leído la mente, Aecio se limitó a sonreír y a asentir con la cabeza. Debía fiarse de sí misma.

Penélope recogió el escalpelo, rezando una corta y silenciosa plegaria al esquemático santo que tenía grabado en el mango. Se aseguró una vez más del punto en el que hacer la incisión y, finalmente, cortó con dos hábiles movimientos el triángulo de piel sobrante, que colgó inofensivo del pelo de caballo.

—Enhorabuena —dijo Aecio con una desbordante sonrisa.

—¿Ya está? —preguntó la mujer, parpadeando con fuerza en cuanto la ayudante la soltó.

—Un momento —indicó Penélope—, tengo que aplicar el

colirio.

Terminó la operación lavando el ojo de la mujer con agua salada, aplicando el colirio de olíbano para cicatrizar y colocando encima un paño de lino empapado en clara de huevo. Por último, vendó el ojo cuidadosamente.

—Mañana aplicaremos el colirio de Severo —explicó a la mujer, mientras se ponía en pie frotándose el cuello—, y a partir del cuarto día el de Teodoro.

La paciente sonrió aliviada, dejándose conducir de vuelta a la sección de mujeres por la ayudante.

—¡Has estado fantástica! —aprobó Aecio—. Yo no lo hubiera hecho mejor.

—¡Aún estoy temblando! —dijo ella con una sonrisa, frotándose las manos nerviosamente—. Creo que he pasado más miedo que la paciente.

—Nadie lo diría, ha sido impresionante. Los nervios desaparecerán a medida que hagas más operaciones. ¡Vas a ser una *iatraina* excepcional!

—No me alabes tanto, Aecio, ¡o acabaré creyéndomelo!

—Y harías bien. Creo que esto hay que celebrarlo.

—¡Estoy tan contenta!

—¿Ya estás más tranquila? —preguntó él, tomando las manos de Penélope entre las suyas.

Ella asintió, dejando escapar un hondo suspiro de alivio. Se sentía tan orgullosa de haber superado aquella prueba que ni siquiera notó el ligero temblor que le transmitían las manos del médico.

Mirándola a los ojos, Aecio se preguntaba qué estaba haciendo. Había asido sus manos en un impulso, sin pensarlo, pero aquello era totalmente inadecuado. Debía soltarla y, pese a ello, no podía luchar contra el hechizo que parecía provocar el suave contacto de su piel. Veía cómo Penélope le miraba fijamente, con la boca ligeramente entreabierta y los ojos resplandeciendo. Sin saber qué extraña fuerza le impulsaba, Aecio se aproximó lentamente hacia ella, asido aún a sus manos, y la besó, suavemente, apenas rozando trémulamente sus labios.

—¡*Archiatroi* Aecio!

Una voz llamó al médico desde fuera, un instante antes de que un ayudante entrara a toda prisa en la sala, lo que provocó que Aecio soltara a Penélope y saltara como si le hubieran pinchado

con una aguja.

—¡Sí! ¿Qué pasa? —respondió el médico, totalmente confuso.

—Me mandan a avisaros con urgencia —dijo el ayudante—. Han llegado varios heridos a la vez y se os necesita en el pabellón de traumatismos.

—¿Otra vez la obra? —preguntó él.

—No, son pescadores atacados por Porfirio —explicó el ayudante, refiriéndose a la temible ballena que, desde hacía años, atacaba cada cierto tiempo pequeñas embarcaciones en el Bósforo —. Uno de ellos tiene las dos piernas rotas, y astillas clavadas por todo el cuerpo. Al parecer atacó su bote y lo destrozó por completo.

Aecio asintió y salió a toda prisa del pabellón de cirugía tras el ayudante, urgido por la vida de los nuevos pacientes y, sobre todo, por la vergüenza que le invadía al pensar en lo que acababa de hacer.

En precario equilibrio sobre el andamio, los dos religiosos murmuraban su inaudible letanía, al son del balanceo que marcaba el incensario, manejado con primoroso cuidado por uno de los diáconos del templo.

Desde el suelo del piso superior del nártex, Miguel resoplaba impaciente, observando cómo los clérigos evolucionaban junto al muro a medio construir, insertando ceremonialmente las reliquias en el mortero aún fresco. Dada la santidad de la que se quería dotar a la nueva Santa Sofía, el emperador, con el beneplácito del patriarca, había ordenado que se introdujeran varias reliquias de santos en huecos de la construcción dejados al efecto en determinados lugares de la obra.

El punto en el que ahora trabajaba la cuadrilla de Gregorio se encontraba en el piso superior del nártex, elevado sobre las nueve bóvedas de crucería que cubrían el piso inferior. El albañil trabajaba justo encima de las que comenzaban a llamarse Puertas Imperiales, las tres puertas principales de las nueve que daban a la nave central. En ese punto, la planta superior se abriría en una logia de tres grandes arcos de más de quince codos de altura en el lado interior de la iglesia, desde donde la emperatriz dispondría de un asiento privilegiado para seguir la liturgia. Un lugar tan próximo al futuro emplazamiento de la emperatriz se convertía así en el punto idóneo al que destinar parte de las reliquias que se fundirían con el templo.

—Al menos nos sirve de descanso —comentó uno de los peones con tono de burla.

—¡Silencio! —pidió Miguel—. Un poco de respeto.

—Esto es absurdo —corroboró el albañil al mando del grupo—. ¿No se pasan la vida los ingenieros diciéndonos que tenemos que echar el resto para acabar la iglesia a tiempo? Si vamos a tener a los monjes cantando sobre los andamios va a ser imposible.

—Estamos realizando un templo para el Señor —alegó Miguel —. ¿Qué mejor sitio para incluir los sagrados huesos de los santos?

—¿Sagrados? —se burló el jefe del grupo—. Se están enterrando tal número de dedos y falanges en las paredes que si se reunieran todos transformarían a un eremita en un pulpo o a un santo en una hidra.

—¡No blasfemes! —rugió Miguel con indignación, mientras el resto del grupo ahogaba las risas ante el comentario de su patrón.

—A mí me basta con que ninguno de esos monjes se líe con la túnica al bajar del andamio —apuntó Gregorio—. Sólo faltaba que uno de ellos se rompiera la crisma para pasarnos el día cruzados de brazos.

—Quién te ha visto y quién te ve —comentó uno de sus compañeros—. ¡Qué ganas de trabajar! Desde hace unos meses no haces más que doblar la espalda sobre los ladrillos.

—Nos echaba de menos —intervino Miguel, intercambiando una mirada con Gregorio.

—Pues ten cuidado —advirtió otro de sus compañeros—, si te salen callos en las manos vas a raspar cuando acaricies a tu esclava.

—Sois unos envidiosos —desdeñó Gregorio—. Ya os gustaría a vosotros poneros en mi lugar.

—No te creas —desmintió uno de los peones—. A mí se me llevarían los demonios si mi mujer se pasara el día con otro.

—¿Qué es lo que dices? —se indignó Gregorio.

—Ya lo sabes —confirmó otro de los presentes—. Tu esposa va todo el día de aquí para allá con el médico, eso no es normal.

—¡Es su trabajo, maldita sea! —bramó Gregorio, en tono tan elevado que el diácono le chistó desde lo alto del andamio.

—Aecio ha cuidado a muchos de los que trabajan en estas obras —intervino Miguel—, y salvó la vida de Gregorio.

—¿Y se lo agradece prestándole a su mujer? —se burló un compañero, levantando las risas del resto de los congregados.

Gregorio se abalanzó sobre el que había realizado el comentario, pero fue detenido por el resto de los compañeros presentes.

—¡Soltadme! —gritó el aprendiz, clavando una mirada furibunda en el peón que había hablado.

—Cálmate —dijo uno de los que le sujetaban—. No es para tanto.

—¿Acaso no has escuchado lo que ese cerdo ha dicho?

—¿Y qué esperabas? —se reafirmó el aludido—. Todos pensamos lo mismo. Una mujer decente se queda en su casa, y no se dedica a corretear por ahí al lado de un hombre que no es su esposo. ¿O es que ya no te acuerdas de la fama que tú mismo tienes? Parece que te molesta que te paguen con la misma moneda.

Gregorio redobló sus esfuerzos por zafarse del abrazo de los compañeros que le sujetaban, aunque en vano.

—¡Por el amor de Dios! —gritó uno de los religiosos desde lo alto del andamio—. ¿Acaso sois herejes? Parecéis mujeres cotilleando en un gineceo. ¡Permaneced en silencio!

—Tranquilízate, Gregorio —ordenó Miguel, mirando fijamente a los ojos a su aprendiz—. No lo eches todo a perder.

Gregorio detuvo sus intentos, reprimiendo su ira hasta que sus compañeros le soltaron.

—Vete a casa —dijo el patrón del grupo.

Manteniéndose un instante erguido, Gregorio miró a su alrededor, comprobando cómo le observaban sus compañeros. Aquel bocazas tenía razón, todos pensaban lo mismo, lo veía en sus ojos y en la burlona sonrisa que se dibujaba en sus caras.

Se alisó la túnica y se dio la vuelta, no sin antes señalar amenazadoramente con la mano al hombre que le había humillado en público. Sin embargo, poco después de abandonar la obra, no era la insolencia de ese peón lo que abrumaba sus pensamientos, sino la imagen de Penélope desnuda yaciendo con Aecio.

Una imagen que no pensaba tolerar.

Constantinopla, 25 de junio de 534

El domingo por la mañana, la ciudad entera se llenaba con el sordo repiqueteo de los *sematron*, los paneles sonoros que se suspendían de los pórticos de las iglesias, y con los que los diáconos llamaban a los fieles a la liturgia golpeándolos con un mazo de madera.

En respuesta a la llamada, las calles se convertían en torrentes de personas, a medida que los habitantes de la capital del imperio dejaban sus casas para acudir a llenar los templos de la ciudad de las mil iglesias. Aquellos que tenían intención de comulgar se aproximaban con la vista fija en el suelo, evitando cualquier contacto visual que les indujera al pecado, después de haber confesado sus pecados el día de antes y haber recibido la absolución. El resto acudía entre risas y conversaciones diversas que, para eterno fastidio de los religiosos, continuaban dentro de los lugares de culto, donde la sagrada liturgia debía convivir con los rumores y chismes que se susurraban de boca en boca. Para desesperación del patriarca, incluso en la antigua Santa Sofía, antes de su destrucción, algunos buhoneros desvergonzados habían sido tan irreverentes como para introducir sus mercancías en el interior de la basílica, aprovechando la aglomeración para vender crismones, amuletos, colgantes en forma de pez, cruces o simples golosinas.

Tras los muros del Gran Palacio, el cortejo de los emperadores comenzaba a tomar posiciones, preparándose para acudir ceremoniosamente a una de las iglesias que se erigían en el interior del recinto, buscando impresionar a los reyes de Iberia mediante el lujo y el boato de la corte imperial.

En el vestíbulo del Panteón, Teodora esperaba pacientemente a que el *praeposito* llegara con la orden de comenzar la procesión, sincronizando su llegada con la de Justiniano, quien acudiría a la iglesia acompañado de su ilustre huésped, Zamanarzos, el rey de Iberia. Envuelta en una fina túnica de seda blanca, el ostentoso manto púrpura bordado en oro y pedrería que cubría su indumentaria por completo provocaba que el calor de junio se tornara insoportable. A pesar de los cuatro grandes abanicos de plumas de pavo real que manejaban otros tantos esclavos eunucos, pequeñas gotas de sudor perlaban la frente de Teodora, justo bajo la pesada tiara que ceñía sobre su cabeza.

—Este calor es asfixiante —se quejó la emperatriz, mientras una de sus damas se acercaba a refrescar su rostro con un paño de lino empapado en agua fresca de rosas, poniendo sumo cuidado en no alterar el maquillaje de los ojos y los labios de Teodora.

—Los reyes de Iberia permanecerán casi todo el verano en Constantinopla —anunció Narsés, de pie junto a su ama, aunque el calor parecía no afectar al esbelto eunuco—. Lamento que eso os impida viajar a vuestra residencia de verano en Hierón.

—Al menos nos proporcionan una excusa para celebrar festejos. Hacía tiempo que el Gran Palacio no tenía tanta animación.

—El emperador es muy generoso con sus invitados.

—Mi esposo está eufórico por la victoria de Belisario sobre los vándalos —corrigió Teodora—. Y he de añadir que yo también. Siempre he tenido fe en él, pero he de reconocer que Belisario me ha sorprendido con su aplastante campaña. Cada vez me convenzo más de que es el hombre que necesita el imperio para llevar a cabo los planes del emperador, para devolvernos lo que nos pertenece por derecho, para devolvernos Roma y toda la parte occidental del imperio.

—El mérito es del Señor —apuntó el eunuco—. Es evidente que Belisario ha tenido a Dios de su lado.

—¿Es la envidia la que habla por ti, Narsés? Sin desdeñar la imprescindible intervención divina a nuestro favor, se necesita ser un líder excepcional para derrotar a los ochenta mil soldados del ejército vándalo con menos de cinco mil jinetes.

—Un líder al que habría que vigilar, mi señora —insistió Narsés—. Todos en palacio se han hecho eco de los rumores que llegan desde África, los que advierten que Belisario quiere proclamarse rey y gobernar de manera independiente.

—¡Tonterías! —desdeñó Teodora—. Esa carta enviada por barco y firmada por algunos de sus oficiales en la que le acusan de traidor no es más que una patraña, una farsa urdida por un puñado de envidiosos y conspiradores.

—Sin embargo, el emperador ha exigido explicaciones al general.

—Mi esposo únicamente le ha ofrecido a Belisario la opción de elegir entre mantenerse al frente de la nueva provincia o regresar a Constantinopla con el botín conseguido —aclaró ella—. Si no se fiara de él le habría ordenado volver inmediatamente.

—Si vuestro augusto esposo se fiara de su general no habría

enviado al eunuco Salomón a reemplazarle en el cargo —apostilló Narsés con una sonrisa.

—Basta de acusaciones infundadas —ordenó la emperatriz—. Lo que realmente importa es que hemos triunfado en la campaña, y África está de nuevo dentro del imperio.

—Como siempre, tenéis razón, majestad —cedió el eunuco—. No hay más que observar la alegría que desborda el emperador desde que, en primavera, recibió la noticia de la victoria.

—Mi esposo lleva muchos años planeando renovar el imperio —explicó Teodora—, es normal que se sienta realizado al contemplar cómo todo lo que ha ansiado durante tanto tiempo está mucho más cerca. Lo único que lamento es que, cuanto más próximo se encuentra su objetivo, el tiempo que dedica a las labores de gobierno aumenta. Hay ocasiones en las que ansío estos cortejos ceremoniales, así tengo la garantía de que lograré ver a mi esposo.

Asintiendo con un gesto, Narsés evitó replicar al comentario de la emperatriz. Durante el último año, el eunuco había aprovechado por fin la partida de Antonina, convirtiéndose en el confidente de su ama. Por ello, había sido testigo de excepción en el lento pero progresivo cambio que su relación con el emperador había sufrido. Desgraciadamente para él, debía aceptar a regañadientes que Justiniano y Teodora seguían ciegamente enamorados el uno del otro. Sin embargo, su convivencia había cambiado de manera perceptible, aunque la emperatriz ni siquiera fuera consciente de ello.

Cuando el emperador depositó todas sus esperanzas para concebir un heredero en la construcción de Santa Sofía, es probable que nunca imaginara el efecto que esa creencia podía ejercer en su matrimonio. La fe ciega en Dios volvió innecesarias las frecuentes visitas conyugales. Su inextinguible pasión había dejado paso poco a poco a una complicidad intelectual, que arrinconaba lenta, pero inexorablemente, lo físico a un segundo plano. Fruto de ello, la insistente presión para conseguir descendencia había desaparecido, relegada al cumplimiento de un misterioso pacto con el Señor que se realizaría años más tarde, con la finalización de una magna basílica ofrecida al Altísimo. La propia Teodora, libre de la urgencia de concebir un hijo varón, comenzaba a olvidar sus ansias de maternidad, ocupando su tiempo en suavizar las eternas pugnas religiosas que desgarraban el imperio, así como en auxiliar a su esposo en la divulgación de nuevas leyes.

La anterior obsesión por conseguir un heredero se deslizaba del pensamiento de ambos como el agua que fluye de la clepsidra, al mismo tiempo que se diluían las ardientes pasiones que, hasta el momento, habían dominado aquella relación. Ése era el momento que Narsés estaba esperando, el instante en el que Teodora pudiera dominar su arrebatadora sexualidad, el momento en el que fuera posible que un castrado tuviera su oportunidad.

Había llegado la hora de poner en marcha su plan.

—Majestad…

—Dime, Narsés.

—No es nada —desdeñó el eunuco con un gesto de la mano, como si hubiera pensado mejor lo que tenía que decir—. Mejor será que os lo comunique después de la ceremonia, no quiero importunaros ahora.

—Este momento es tan bueno como cualquier otro —apremió Teodora.

—He recibido noticias de mis fuentes de información —explicó el eunuco—. Desde hace poco tiempo han comenzado a circular terribles rumores por la ciudad. No he querido deciros nada hasta que mis espías pudieran confirmar la fuente, y lo han hecho esta misma noche.

—¿Qué tipo de rumores?

—Son demasiado malignos para que mi boca ensucie vuestros oídos con tales injurias —advirtió Narsés—, no me obliguéis a la vergüenza de revelarlos.

—Quiero saberlo —ordenó Teodora—, nada temas y dímelo.

Fingiendo resignación con un profundo suspiro, el eunuco agachó la cabeza y se aproximó a su ama, bajando la voz para que sus susurros sólo fueran captados por la emperatriz.

—Se dice entre el pueblo que el convento de la Metanoia, donde su majestad aloja generosamente a las prostitutas liberadas de su odioso trabajo, es en realidad una cárcel terrible, odiada por las que allí se encuentran, hasta el punto que se arrojan al vacío desde las ventanas antes que permanecer en reclusión.

—¡Eso es absurdo! —exclamó la emperatriz, haciendo que los esclavos que la abanicaban detuvieran durante un instante el movimiento de las plumas de pavo real—. ¿Quién divulga semejante patraña? —inquirió, bajando la voz.

—Juan de Capadocia, majestad, el prefecto de oriente.

El bello rostro de Teodora endureció sus facciones,

entrecerrando los ojos al tiempo que su mandíbula se tensaba.

—Pero eso no es todo, mi señora —continuó Narsés, mientras la emperatriz despedía a la dama que refrescaba su frente con un imperioso gesto de la mano—. Ese desvergonzado y falso hereje propaga las más pavorosas calumnias sobre mi ama.

—Habla —ordenó impávida Teodora.

Aproximando su boca al oído de la emperatriz, el eunuco susurró su veneno, poniendo en boca del prefecto palabras como: «furcia», «hereje», «insaciable», «tirana», «bruja» o «lasciva». A medida que Narsés derramaba insultos verídicos o inventados sobre Teodora, el rostro de la emperatriz permanecía impertérrito, estólido, como una máscara de cera incapaz de reflejar emoción alguna. Sin embargo, el perspicaz eunuco era capaz de sentir las tenues señales que revelaban la creciente furia que invadía a Teodora.

—... y, finalmente —terminó Narsés—, ese puerco se jacta de ser el hombre más poderoso del imperio. Pero lo que más me asusta es que, en una de sus muchas orgías, uno de sus invitados le replicó que, mientras viviera Justiniano, él siempre estaría a la sombra del emperador, y, al parecer, Juan contestó: «Cuando un árbol da demasiada sombra, la solución es talarlo.»

Con la vista fija frente a ella, Teodora respiraba profundamente, admirando a Narsés por el excepcional control que ejercía de su propia cólera, eludiendo perder los nervios delante de la servidumbre, comportándose como haría una verdadera reina. Tras unos pocos instantes, los labios de la emperatriz se movieron, dejando escapar un escueto susurro.

—¿Crees que se propone tomar el poder?

—Ya ha dado los primeros pasos, majestad —explicó el eunuco —. Ha reclutado a miles de hombres, y ha triplicado su numerosa guardia personal. Además, de varias diócesis me han llegado informes que indican que, durante su último viaje por oriente, el prefecto ha condonado impuestos a varios personajes influyentes a cambio de su apoyo.

—Entonces no hay más que añadir.

—¿Majestad?

—Ha de morir —ordenó la emperatriz, sin que su rostro delatara ningún cambio en sus emociones—, antes de que él mate a mi esposo.

—No será fácil —adujo el eunuco—, y menos si no contamos con la ayuda de vuestro augusto esposo.

—Él sigue ciego respecto a ese bastardo —aseguró Teodora—. Confío en ti, Narsés, sólo cuento con tu sabiduría.

—Pensaré en algo, majestad —dijo el eunuco, realizando una corta inclinación de cabeza—. Cuando me deis la orden estaré preparado para actuar.

El *praeposito* cruzó las puertas en ese momento, señalando con un gesto el comienzo de la procesión, y urgiendo al cortejo de la emperatriz a que se pusiera en marcha. Teodora irguió la cabeza y, sin siquiera girarse, comenzó a caminar hacia su puesto en el desfile.

Narsés se mantuvo quieto, siguiendo con la mirada la grácil silueta de la emperatriz, imaginándose a su ama ciñendo en su cabeza el *stemma* del emperador. Apenas restaba un simple obstáculo, tan sencillo de eliminar que el eunuco ya casi podía escuchar los futuros vítores de la multitud: «Salve, Teodora, tres veces augusta, emperatriz de Roma.»

De regreso de la liturgia, Penélope caminaba en silencio junto a su esposo. Durante la ceremonia, su mente se había mantenido alejada de las evoluciones que los religiosos realizaban en la nave central de la iglesia. Mientras se cantaban los himnos su pensamiento se deslizaba hasta una de las salas del hospital, aquella en la que Aecio la había besado.

Centrada en su iniciación en la cirugía, Penélope jamás hubiera imaginado que esa jornada finalizaría con tan fugaz muestra de afecto. Pese a ello, debía reconocer que tampoco la había sorprendido. Sabía que Aecio se estaba enamorando de ella. Bastaba observar sus miradas fugaces, seguidas de un fútil intento de ocultar su sonrojado rostro por parte del médico, cuando éste se daba cuenta de que ella le había sorprendido mirándola. Pese al carácter paciente y amable del médico, el desmesurado interés que mostraba por su aprendiz, junto a los inesperados regalos de valiosas copias de los códices médicos la habían puesto sobre aviso. Sin embargo, siempre había pensado que la timidez del médico y su profundo cristianismo suponían una barrera infranqueable que Aecio jamás traspasaría. Sencillamente, dio por sentado que el médico reprimiría sus sentimientos ante el hecho de que ella era una mujer casada.

En cierta medida, se sentía culpable. Desde poco después de comenzar su formación junto a Aecio, Penélope era consciente de la atracción que ejercía sobre el médico. Lo correcto para una buena cristiana habría sido romper la relación y abandonar sus estudios, evitando así jugar con los sentimientos y las esperanzas

de Aecio. Sin embargo, sus ansias de convertirse en *iatraina* habían sido más fuertes que su sentido del decoro o su deber como cristiana. Trataba de disculparse recordando el continuo temor que la atenazaba desde que había sido testigo de cómo la guardia arrancaba a Héctor de su casa. Desde entonces, el miedo a verse condenada a la miseria la había marcado, hasta el punto que fue ésa la razón principal por la que aceptó casarse con Gregorio, la seguridad que le concedía tener a un hombre a su lado que le proporcionara una estabilidad a ella y a su hijo. En ese momento, la oferta de Aecio llegó como un inesperado don de Dios que llega del cielo. Tenía a su alcance aprender una profesión, disponer de un salario que garantizaría su supervivencia y sumergirse en un mundo que la fascinaba, y que la atraía con mayor ímpetu a medida que se adentraba en las innumerables facetas de la medicina. Era un tesoro demasiado brillante para pasarlo por alto.

Había sucumbido al egoísmo. No lo hizo por maldad, ni por capricho, únicamente por necesidad. Pero ese pensamiento no lograba aliviar los remordimientos que la corroían al pensar en el médico, en el callado amor que le profesaba y en cómo ella, pese a que nunca quiso alentarlo, lo había consentido conscientemente.

Aecio era el hombre de mejor corazón que había conocido en aquella ciudad, lo último que deseaba era hacerle daño. ¿Por qué no comprendió lo que podía pasar en cuanto él asió sus manos? ¿Por qué no se apartó delicadamente cuando él se aproximó para besarla? En lugar de evitarle se quedó quieta, estática como una figura de sal mientras sentía el cálido roce de sus labios. Sin embargo, todas estas preguntas eran tan sólo una simple distracción, una cortina levantada en su mente con la tarea de evitar que la verdadera cuestión asomara a su pensamiento, para eludir el hecho de que una miríada de sensaciones contrapuestas la habían atravesado al sentir aquel beso.

No amaba a Aecio, aquello sería imposible. Héctor había sido el único hombre de su vida, el único que había llegado hasta su alma. Por otro lado, pese a que su relación con Gregorio prácticamente había desaparecido con la llegada de Antousa, seguía casada con él. Era su esposa bajo los ojos del Señor, bajo la mirada de aquel Dios irónico que se empeñaba en agitar su vida de nuevo en cuanto creía que, por fin, había hallado la paz. No, no le amaba, no podía, ya no.

Pero, en tal caso, ¿por qué no podía borrar de su cabeza la imagen de aquel beso? A cada paso, su tímida sonrisa aparecía ante ella. Su adorable azoramiento y su inocencia eran tan

distintos a la fortaleza de carácter y a la confianza que atesoraba Héctor que apenas se asemejaban y, pese a ello, Penélope se descubría a sí misma buscando parecidos entre ambos, recogiendo lo mejor de aquellos dos hombres como si jugara a montar y desmontar muñecas de barro.

—Tenemos que hablar.

Inmersa en sus pensamientos, Penélope necesitó que Gregorio repitiera su frase antes de comprender lo que decía su esposo. Cuando levantó la vista, después de haberle seguido como si fuera un corderillo, se dio cuenta de que no se encontraban cerca de su casa, sino que habían paseado por la ciudad hasta alcanzar el foro de Constantino y se habían detenido en el lado oeste, junto a la estatua de Atenea realizada por Fidias, bajo la columnata de dos pisos que encerraba sus formas ovales.

—¿Qué ocurre? —preguntó Penélope.

—Tienes que dejar el hospital.

—No te entiendo —dijo ella.

—Una esposa decente debe permanecer en casa —explicó Gregorio—. No puedo consentir que pases el día en compañía de ese médico. Eso se acabó.

La sorpresa fue tan intensa que Penélope permaneció durante un buen rato con la boca abierta y los ojos como platos, contemplando estupefacta la firme expresión de Gregorio mientras le pedía que renunciara a la que había sido su vida durante el último año y medio.

—No puedes hablar en serio —acertó a decir finalmente.

—No he hablado más en serio en mi vida —confirmó Gregorio.

—¿Por qué? —inquirió ella, sin poder creer aún lo que escuchaba, preguntándose si Gregorio había averiguado lo ocurrido el día anterior con Aecio.

—Ya has faltado demasiado tiempo a tus obligaciones —alegó el albañil.

—Antousa se ocupa de todas mis obligaciones en casa —replicó ella, enfatizando las palabras para dejar claro a qué tipo de obligaciones se refería en realidad.

—Pasas tanto tiempo en compañía de Aecio que estás levantando rumores —indicó Gregorio, visiblemente incómodo al tener que revelar sus verdaderos motivos—. Me pones en ridículo, y no voy a consentirlo más. Se acabó.

—¿Cómo? —exclamó incrédula Penélope, sintiendo cómo la

indignación la abrumaba—. ¿Me estás pidiendo que renuncie a la medicina por unos chismorreos?

—Todos en la obra hablan del tema.

—No, esto no puede estar pasando —negó ella, llevándose las manos a la cabeza—. No puedo creer que quieras encerrarme en casa para evitar las burlas de algún idiota que trabaje contigo.

—¡No tengo por qué justificarme! —gritó Gregorio—. Soy tu esposo y tienes que obedecerme. Dejarás el hospital y no se hable más.

—No pienso hacerlo —dijo ella—. He trabajado muy duro durante todos estos meses para tirar ahora mi vida por la borda.

—¡Eres una mujer! —chilló el albañil—. ¡Tu vida es tu familia!

—¡No voy a hacerlo! —negó nuevamente Penélope.

—¡No te atrevas a gritarme! —dijo Gregorio, asiéndola con fuerza por un brazo y atrayéndola hacia sí—. ¡Harás lo que yo diga! Si vuelves a ver a ese médico del demonio para otra cosa que no sea decirle que lo has dejado sabrás lo que es bueno. ¿Me has comprendido, mujer?

La presión que la mano de Gregorio ejercía sobre su brazo se incrementó hasta provocarle una punzada de dolor. Aun así, Penélope sostuvo la mirada de su marido durante un instante, apretando los dientes para soportar la presión que sentía en su antebrazo antes de asentir con un gesto. El albañil la soltó y se alejó orgullosamente hacia su casa mientras los curiosos la miraban a ella de reojo con expresión desaprobadora. Ya a solas, Penélope se levantó la manga de la túnica y comprobó cómo los dedos de su esposo habían quedado dolorosamente marcados sobre su piel.

Huyendo de las miradas de la gente, atravesó la plaza hasta llegar a la fuente monumental que se alzaba sobre su lado sur, se sentó en su borde de mármol y se cubrió el pelo con el velo de lino que llevaba al efecto, caído sobre los hombros durante su acalorada discusión con Gregorio.

Permaneció allí hasta el mediodía, dejando que el rumor de los chorros de agua ahogara su llanto.

Constantinopla, 26 de junio de 534

—¿Qué es lo que ocurre, mi buen Isidoro? ¿A qué viene tanta urgencia?

Isidoro de Mileto se frotó las manos después de realizar la *proskinesis* ante el emperador, tratando de disimular su nerviosismo. Antes de entrar en palacio, tras solicitar una reunión urgente con Justiniano, estaba convencido de que debía ser él quien le diera la noticia, pero, ya en presencia del emperador, deseó con todas sus fuerzas haber enviado a otro por delante.

—Majestad… —balbuceó inseguro el ingeniero.

—Sí, habla —apremió Justiniano—. No tengo mucho tiempo. Ya sabrás que Zamanarzos, el rey de Iberia, llegó la semana pasada a la ciudad, tengo que acudir a la comida que celebramos en su honor.

—Antemio ha muerto, majestad —espetó finalmente Isidoro.

—¿Qué? —exclamó el emperador, abriendo los ojos como platos—. ¿Cuándo?

—No lo sabemos, majestad —aseguró el ingeniero—. Esta mañana no ha acudido a la obra. Los peones que envié a buscarle regresaron diciendo que lo encontraron muerto en su casa, tumbado sobre el lecho. Debió de morir mientras dormía.

—Pero… si ni siquiera estaba enfermo —se asombró Justiniano —. ¿Qué le ha ocurrido?

—No lo sé, majestad —se disculpó Isidoro, bajando la cabeza ante la inquisitiva mirada del emperador—. Tenía cerca de sesenta años, una edad avanzada.

Durante unos momentos, se extendió un incómodo silencio en la sala. Con los ojos fijos en el suelo de mármol, Isidoro se mantuvo a la expectativa, evitando mirar el rostro de Justiniano, quien se llevaba una mano a la frente, como si la corona que cubría su cabeza le impidiera aclarar sus ideas.

—Fue un gran hombre y un sabio —sentenció finalmente el emperador—. Celebraremos un funeral cristiano acorde con su talla como erudito y hombre de Dios.

—Es un gesto magnánimo que os honra, majestad —alabó Isidoro.

—¿En qué estado se encuentran las obras?

—Como podéis imaginar —explicó el ingeniero—, esta desgracia nos va a causar innumerables problemas. Debéis tener en cuenta que…

—Me hago cargo que no tenéis la culpa de la situación —interrumpió Justiniano—, únicamente explicadme cómo avanza la construcción.

—A estas alturas deberíamos estar terminando la techumbre de las galerías superiores en ambos laterales y comenzando la construcción de las medias cúpulas este y oeste y los dos grandes arcos laterales. Sin embargo vamos bastante retrasados.

—¿Qué ha causado los retrasos?

—Para la construcción de los muros se usa mortero, intercalado con las hiladas de ladrillo —indicó Isidoro—. Mientras fragua, se utilizan vigas longitudinales de roble unidas entre sí cada cuatro codos de altura, para reforzar la fábrica. Pero si se retiran cuando el mortero aún no ha asentado del todo corre el riesgo de deformarse, con lo que existe la posibilidad de que la estructura se derrumbe. Debido a las prisas, se retiraron los tirantes temporales de madera demasiado pronto. El peso comenzó a deformar los paramentos de los muros y tuvimos que recurrir a tirantes de hierro laboriosamente anclados, situados en las arcadas de las columnas que dividen las naves y en las naves laterales. Conseguimos salvar las cúpulas, pero hemos perdido un tiempo precioso, eso sin contar con que las cúpulas del gineceo son esféricas, en contraposición a las bóvedas de arista que cubren el primer piso.

—¿Qué importa eso?

—Las bóvedas esféricas son mucho más elaboradas y llevan, por tanto, más tiempo. Una bóveda esférica es una de arista que ha alcanzado su máxima flecha, con lo que corresponde al mínimo empuje. Eso la convierte en la solución óptima. De hecho, la hubiéramos aplicado en el primer piso, pero el nivel inferior debía tener las bóvedas lo más planas posibles, pues subir la clave implicaría elevar la altura de todo el edificio. Por el contrario, las bóvedas del segundo piso no tienen nada encima, por lo que pueden ser más altas sin afectar al conjunto.

—Ya es suficiente —ordenó el emperador—. Ahora estáis al frente de las obras. Sólo quiero que me garanticéis que mi iglesia estará terminada en el tiempo acordado.

—No puedo hacerlo, majestad —admitió Isidoro, comenzando a sudar bajo la presión que los ojos del emperador ejercían sobre

él.

—Cinco años —recordó Justiniano, endureciendo sus facciones —, seis a lo sumo. Ése fue el compromiso.

—Soy consciente de ello, majestad. Pero, disculpadme, ¿no sería mejor alargarnos unos pocos años en el plazo antes que arriesgar la estabilidad del edificio? La ciudad cuenta con infinidad de iglesias, y el patriarca utiliza los Santos Apóstoles como sede mientras acaba la construcción.

—No lo entendéis —comentó el emperador, negando con la cabeza—. Santa Sofía se va a convertir en el símbolo de mi renacida Roma, en el monumento que definirá la grandeza de este nuevo imperio cristiano, un imperio que está naciendo ya, que se desarrolla a mi alrededor. Esta iglesia será el espejo en el que Dios contemplará mi reinado, el icono bajo el que gobernarán mis sucesores. Al igual que el templo de Salomón se convirtió en la piedra angular del judaísmo, Santa Sofía está destinada a ser la base de una nueva era. ¿Acaso no veis lo importante que es su terminación?

—Lo sé, majestad, pero con los problemas que surgen a cada paso y, ahora, con la muerte de Antemio...

—Cinco años —repitió secamente el emperador, interrumpiendo las excusas de Isidoro—. Seis a lo sumo, no lo olvidéis.

—Haré lo que esté en mi mano, majestad —cedió el ingeniero.

—Estoy convencido —advirtió Justiniano—, porque os va la vida en ello.

Moviéndose continuamente entre los pacientes, Aecio disimulaba su nerviosismo mediante un obsesivo seguimiento de los enfermos presentes en el hospital. Como cada mañana, los *iatroi* recorrían sus secciones, deteniéndose junto a los lechos para comprobar el progreso de los pacientes y los resultados del tratamiento. Por lo general, la visita se limitaba a una breve charla y unas pocas comprobaciones de pulso y fiebre, acompañada de una revisión de la orina o las heces en algunos casos. Sin embargo, Aecio no sólo se había empeñado en un examen exhaustivo de cada uno de sus internos, sino que, una vez finalizada la ronda matinal en la sección de enfermedades oftalmológicas, aprovechó la presencia del *meizoteros*, el ayudante del administrador, para indagar en los aspectos logísticos del hospital.

Ansioso por encontrar un oído atento sobre el que verter sus

quejas, el ayudante de administración explicó al médico jefe todos los entresijos de su arduo trabajo, expresando su asombro por los cinco sólidos de oro gastados en vino al año por cada paciente, unidos a otros tantos para frutas, legumbres y verduras o las doce monedas de plata anuales que costaban la sal y el aceite de cada enfermo. Todo ello para garantizar que cada interno recibiera los dos platos de ensalada con aceite de oliva y vino que complementaban diariamente la ración de pan, consistente en la mitad de un modio por semana. Incluso sin carne ni pescado, excluidos de la dieta del hospital, el *meizoteros* se echaba las manos a la cabeza al comprobar que la alimentación de cada paciente le costaba al *xenon* doce sólidos de oro al año, más del triple de lo habitual en las familias trabajadoras de Constantinopla.

Mas el seguimiento de los pacientes o la detallada explicación del *meizoteros* fueron insuficientes para desterrar de su pensamiento lo ocurrido dos días antes. Sus nervios aún bailaban sobre su estómago, aumentando a medida que transcurría la mañana sin que Penélope acudiera al hospital.

Penélope. El más simple pensamiento relacionado con ella provocaba en el médico la necesidad de salir corriendo, de huir de la vergüenza que le provocaba el recuerdo de su sorprendente actuación. Deseaba con todas sus fuerzas que se tratara de un simple sueño, producto de una *frenitis* oculta o un acceso de fiebre aguda, pero era un pensamiento absurdo que no lograba enmascarar la fría realidad.

La había besado.

Esa misma tarde acudió compungido a la iglesia más próxima a confesarse y, pese a que el religioso había calificado sorpresivamente su falta como leve, como una simple debilidad de la carne, aún mantenía la sensación de que había realizado un acto nefando, buscando comprometer la inocencia de una mujer casada ante los ojos de Dios. Se había comportado como un crío, como un adolescente enamorado incapaz de refrenar sus impulsos. Aunque su falta era aún mayor, en nada comparable a esa mezcla de curiosidad y picardía que caracteriza a los muchachos recién salidos de la pubertad. Había abusado de la confianza de su alumna y ayudante. Si por él fuera, se condenaría a seguir la divina liturgia desde el exonártex de la iglesia, el lugar destinado a los penitentes. Y es que él era el único que conocía hasta qué punto su alma había pecado.

La deseaba. Ésa era su verdadera culpa. Pese a todas las

advertencias que su conciencia cristiana arrojaba sobre su mente, lo único que le llevaba a arrepentirse y a temer las consecuencias de ese acto no era la certeza de condenarse al fuego eterno, sino algo más mundano, la posibilidad de que aquella precipitada muestra de afecto arrojara a Penélope fuera de su vida. La sola idea de que ella se sintiera ultrajada por su comportamiento le hacía marearse. El sol ya se encontraba en el brillante mediodía y ella aún no había acudido al hospital. ¿Era esa tardanza una muestra del desprecio que Penélope sentía ahora hacia él? ¿Qué pasaría si decidiera no volver a verle, sin darle siquiera la oportunidad de pedir perdón por su atrevimiento?

Aecio jamás se había planteado la idea de que Penélope le rechazara por una simple razón, él nunca pensó en hacer algo semejante. Era una mujer casada, cualquier relación entre ellos era impensable. Sin embargo, ese simple beso lo había cambiado todo. Ante sus ojos aparecía la terrorífica posibilidad de haber destrozado la confianza y la amistad que los unía. De hecho, para Aecio, su actuación casi obligaba a Penélope a huir de su lado, como haría cualquier mujer casada que tuviera un mínimo de decoro. Su idealizada Penélope atesoraba el mayor elenco de virtudes que el médico hubiera descubierto jamás en ninguna mujer, ¿cómo no esperar que actuara según su recta conciencia? Su loca e insensata pasión había arruinado el sueño en el que vivía desde hacía meses.

La tensión que provocaban sus miedos atenazó su estómago, provocando un espasmo. Respirando profundamente, Aecio abandonó el edificio principal del *xenon*, temeroso de no poder controlar las arcadas que ascendían por su garganta, y de acabar vomitando junto a los enfermos. Esquivando el plomizo sol del mediodía, caminó hasta el pequeño patio que actuaba de vestíbulo para la antigua residencia de Sansón y tomó asiento en un desgastado banco de piedra, bajo uno de los pocos árboles que se habían librado del pavoroso incendio. Allí, junto a los muros de la sencilla vivienda en la que habitaba el fundador del hospital, Aecio meditó sobre la idea de abandonar Constantinopla. Viajar de nuevo a Alejandría se le antojó una opción atrayente, disfrazando aquella cobarde huida con la oportunidad de convertirse en profesor de la más prestigiosa escuela de medicina del imperio.

—Aecio.

El médico levantó la vista al escuchar su nombre, entrecerrando los ojos para discernir contra la luminosidad del sol el rostro de la persona que se encontraba frente a él. Su corazón


dio un vuelco al reconocer a Penélope y se puso de pie de un salto, como si la piedra del banco se hubiera convertido en acero al rojo.

—Penélope —exclamó él, incrédulo.

—Tengo que hablar contigo —pidió ella, señalando el banco con un gesto de la cabeza.

Aecio asintió tragando saliva y se sentó junto a ella al tiempo que agarraba su asiento con ambas manos, como si temiera desmayarse en cualquier momento.

—No volveré a trabajar en el hospital —dijo Penélope.

—Pero… yo… —balbuceó Aecio.

—Te debo mucho —añadió ella—. Lo mínimo que podía hacer era venir a decírtelo en persona.

—¡Es culpa mía! —explotó el médico—. ¡Lo siento! Déjame que me disculpe.

—Aecio…

—No, no puedes dejarlo todo sólo porque yo sea un estúpido loco —insistió él, sin poder evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas—. Por favor, por favor. No podría soportarlo.

El médico se echó a llorar, ocultando la cara entre las manos como un chiquillo.

—No es culpa tuya —aseguró ella suavemente, acercándose a Aecio y apoyando una mano en su hombro—. No es culpa tuya.

—Sí lo es —insistió él, entre sollozos—. Soy un estúpido y un necio —continuó, controlando su llanto, mientras se limpiaba la cara con la manga de la túnica—. No sé qué se me pasó por la cabeza.

—La culpa es mía, Aecio —dijo Penélope, poniendo una mano en su rostro y obligando al médico a mirarla a los ojos—. He sido una egoísta. No he sabido corresponder a tu paciencia y cariño. Has sido la única cara amiga que he tenido en esta ciudad, y eso es algo que jamás olvidaré. Es mi esposo quien me obliga a dejar mi puesto en el hospital, no tú.

—¿Por qué? —pregunto el médico—. ¿Acaso le has contado…?

—No —negó ella, respondiendo a la pregunta inacabada de Aecio—. Eso fue sólo un sueño, nunca ocurrió. Sencillamente, Gregorio piensa que es un desprestigio para él que su mujer pase el día fuera de casa. No sé qué le da más miedo, si los rumores o pensar que ha perdido su autoridad.

—Pero ¡no puede obligarte a dejarlo todo! ¡No es justo!

—Es mi esposo, sí puede —afirmó Penélope, desviando la vista.

—¿Volveré a verte? —preguntó Aecio, bajando la voz, temiendo la respuesta que ya intuía.

—No.

Permanecieron un instante sentados el uno junto al otro, sin mirarse, con la vista fija en el suelo como si aceptaran la derrota que les imponía el destino. Finalmente, ella se aproximó y le besó en la mejilla, susurrando unas palabras antes de levantarse y alejarse del patio.

—Adiós, Aecio.

El médico se levantó a su vez, y la siguió unos pasos. Apenas a unos codos, una joven morena de penetrantes ojos azules esperaba a Penélope, mostrando una actitud sumisa que desmentía su profunda mirada. Penélope no se paró cuando llegó al lado de la esclava, sino que continuó su marcha sin mirar atrás, dejando que fuera la joven la que se pusiera a su altura, tras dirigir un último vistazo al desconsolado médico.

Aecio siguió con la mirada la figura de Penélope, sintiendo cómo el sol detenía su curso a medida que la única mujer a la que había amado se perdía de vista.

Constantinopla, 5 de julio de 534

Las puertas se abrieron a una señal del *silentiario*, dejando libre el paso al eunuco, que mantenía la vista fija sobre el suelo en previsión de un tropiezo que le hiciera derramar el desayuno del emperador, que portaba sobre una gran bandeja de plata.

El esclavo atravesó lentamente la estancia, acercándose hacia el trono sin pisar la larga alfombra de seda púrpura que cubría parte del suelo, preparada para ser hollada por las más importantes visitas que serían recibidas en audiencia esa mañana. Una vez junto al trono se mantuvo quieto, con la pesada bandeja aún en brazos, esperando el permiso para aproximarse al emperador mientras éste departía con dos de sus dignatarios.

—Majestad —comentó Narsés al ver al esclavo, interrumpiendo a Justiniano la lectura de un papiro—. Vuestro desayuno ha llegado.

—Bien —comentó el emperador, haciendo un gesto a Narsés para que éste diera su aprobación al esclavo, permitiéndole acercarse a colocar la bandeja sobre las rodillas de Justiniano—. Todo parece correcto —indicó Justiniano, volviendo de nuevo su vista al papiro—. ¿Ha aprobado el cuestor los cambios?

—En efecto —aseguró Flavio Estrategio, el *magister officiorum* —. Está convencido de que con esta nueva *novela*, las tareas del *defensor civitatis* se fijarán definitivamente. Dado que el *defensor* supone la más alta autoridad judicial para casos que impliquen menos de trescientos sólidos, el cuestor asegura que, con esta ley, se evitará la práctica ilegal de muchos litigantes y abogados, que incrementan fraudulentamente el valor de los casos por encima de esa cantidad para pasar así a la jurisdicción del gobernador provincial.

—Eso espero —comentó Justiniano—. Los gobernadores tienen tantos casos sobre sus mesas que tardan meses, e incluso años, en dar un veredicto.

—Hay demasiadas posibilidades para recurrir, majestad —explicó el *magister officiorum*—. A medida que las apelaciones van escalando los distintos niveles judiciales los casos se eternizan, incumpliendo la norma que estipula que hay que dictar sentencia antes de dos años. Además, los costes suben, muchas veces hasta superar el valor de aquello por lo que se inicia el litigio. En

cualquier caso, mediante esta instrucción también se otorga fuerza legal al *defensor civitatis* para ejercer aquellas tareas que ya tenía designadas, como registrar testamentos, donaciones y otros documentos dentro de la localidad en la que está destinado, ayudar a recaudar impuestos o supervisar a las personas con mal comportamiento.

—Tal vez tengamos que reforzar el número de *iudices pedanei* —apuntó Justiniano, en referencia a los jueces itinerantes que daban servicio a las localidades más pequeñas.

—También tenemos problemas en la propia capital, majestad —recordó el *magister officiorum*.

—Para eso he pensado en crear un nuevo cargo de juez en Constantinopla, el pretor de la plebe, y encargarle de juzgar pequeñas reclamaciones y mantener el orden público.

—Es una buena idea, majestad —alabó el *magister officiorum*—. Si comenzamos a hacer los preparativos podría estar en funcionamiento el año que viene.

—Encárgate de ello —pidió Justiniano, que removió la ensalada que le había servido el esclavo y probó un bocado—. ¡Vaya! —exclamó con sorpresa mientras masticaba—. Está muy amarga.

—El cocinero ha empleado una nueva mezcla de condimentos, mi señor —se apresuró a explicar el esclavo, alargando una servilleta blanca de lino al emperador.

—No me gusta —sentenció el emperador, tragando lo que tenía en la boca al tiempo que hacía un gesto al sirviente para que retirara la bandeja—. Llévatelo, ya comeré más adelante.

—Majestad —intervino Narsés—, soportáis una carga demasiado importante sobre vuestros hombros, no os privéis de alimento o acabaréis por desfallecer.

—Gracias por tu preocupación, mi buen Narsés —dijo Justiniano con una afable sonrisa—, pero es preferible retrasar la comida que engullir algo con un sabor tan desagradable.

—Tal vez alguno de los ingredientes está en mal estado —indicó el *magister officiorum*—. ¿Queréis que os traigamos otra cosa?

—No —negó el emperador, reiterando imperativamente el gesto al esclavo para que recogiera la bandeja—. Será mejor que continuemos, hay demasiadas audiencias esta mañana.

Con una apresurada reverencia, el esclavo recogió el desayuno de las rodillas del emperador y se encaminó a toda prisa hacia la

puerta, seguido durante un instante por la mirada de Narsés.

Penélope permanecía en silencio, observando cómo Antousa depositaba en la mesa el cuenco con los trozos de pan preparados para el desayuno, así como un plato con *athotyro*, el queso blanco elaborado a partir del suero de la leche, una fuente de fruta y los cuencos con vino mezclado con agua en los que mojar el pan. Terminada su faena, mientras sus amos tomaban la primera comida del día ella se acercó a Platón y le sacó medio adormilado de su lecho.

—Quiero dormir —se quejó el pequeño.

Mientras tomaba su frugal desayuno, Penélope observaba las evoluciones de Antousa, que levantaba con delicadeza al niño, retirándole la túnica para poder lavarle con una esponja. Resultaba extraño comprobar cómo aquella muchacha callada y distante trataba a su hijo con autoridad pero con absoluta delicadeza. Sin embargo, no fue su primoroso detalle en el lavado del pequeño lo que llamó la atención de Penélope, sino las marcas que delataban la falta de sueño en el hierático rostro de la esclava. Para Penélope, las ojeras de la joven, junto con la ausencia de su marido del dormitorio durante unas horas, delataban los favores sexuales que su esposo había reclamado de Antousa durante la noche anterior.

No era algo que debiera sorprenderla, las estrictas leyes contra el adulterio que se detallaban en el código de Justiniano no penaban las relaciones de un amo con su concubina esclava, todo lo contrario de las mujeres, a las que les estaba prohibido relacionarse íntimamente con un esclavo, pues eso podría poner en peligro la garantía de la paternidad de los hijos y causar problemas legales con las herencias. El uso de esclavas como juguetes sexuales era algo común dentro de aquellos con capacidad económica suficiente como para comprar siervos para sus casas. Pese a ello, Penélope no podía evitar sentir una punzada de asco ante tales prácticas.

Observando a Antousa, Penélope no habría sabido identificar qué sentimiento predominaba en su interior. Desde el momento en que llegó, aquella esclava había entrado poco a poco en su vida hasta adueñarse de todo cuanto antes componía su mundo. Se ocupaba de todas las tareas del hogar, dado que hacía la comida, limpiaba la casa, remendaba la ropa, preparaba el fuego y lavaba los utensilios de cocina, incluso había comenzado a acudir al mercado en su lugar. Durante el tiempo en el que Penélope había trabajado al lado de Aecio, la llegada de una esclava que la

descargaba de las monótonas obligaciones caseras supuso una liberación, mas, ahora que se encontraba recluida por mandato de su marido, Penélope casi echaba de menos aquellas ocupaciones. Ya el primer día de su obligado encierro, había descubierto que la única tarea que podía hacer era bordar, junto con leer una y otra vez los preciados manuscritos médicos regalados por Aecio.

Añadido a esto, la vuelta al hogar había enfrentado a Penélope con otra realidad. Su preciado hijo había pasado tanto tiempo al cuidado de la esclava que ahora prefería su compañía a la de su propia madre. No es que Platón no la quisiera, ni que no se dejara acariciar o la rechazara, pero los pequeños detalles delataban su predilección por la esclava. La primera vez que Penélope vio a su hijo caerse y llorar, se le rompió el corazón cuando el niño llamó a «ousa» para que lo consolara. Con una palabra salida de su inocente vocecilla de trapo, Platón había conseguido que su madre se planteara toda su vida. Penélope no sólo sentía celos del afecto que unía a su hijo con aquella joven esclava, sino que no podía dejar de preguntarse si había hecho bien dedicando su tiempo a la medicina. Adoraba su antiguo trabajo, y aún ardía en su pecho con fuerza la rabia que sintió cuando Gregorio le prohibió ejercer en el hospital. Sin embargo, a la vista de lo mucho que se había distanciado de su propio hijo, en su cabeza resonaban las dudas. ¿No habría sido ella quien provocara ese alejamiento? ¿Había abandonado realmente sus obligaciones como madre? Debía reconocer que Antousa se ocupaba del pequeño con total abnegación, pero no podía soportar la idea de compartir el amor de su hijo con otra mujer, y menos que, de las dos, no fuera ella la primera en su corazón. Por último, a la lista de agravios debía añadir el hecho de que aquella joven le había robado también lo poco que le quedaba de su esposo.

En realidad, eso era algo que no debería importarle. Tras tantos meses de ignorancia y desdén, Penélope había dado por perdido al Gregorio que la había llevado al altar, al joven simpático y galante que se deshacía en atenciones hacia ella. A decir verdad, la prohibición de continuar su trabajo junto a Aecio únicamente había certificado la fractura irreparable de su matrimonio. La había obligado a quitarse la venda de los ojos, y a aceptar finalmente que su unión con Gregorio nació muerta. Sin embargo, a diferencia de su matrimonio, ella seguía sintiéndose viva, seguía notando cómo ardía la pasión bajo su piel, tan fuerte que parecía que se abrasaba en su propio fuego. Pese a la barrera de odio que se había levantado entre ellos, el albañil seguía siendo un hombre

extraordinariamente atractivo, y Penélope no podía sustraerse a los anhelos que palpitaban en su cuerpo.

Pero, desde la llegada de Antousa, Gregorio no la tocaba. Aquel hombre no sólo había destruido su oportunidad de convertirse en *iatraina*, también la había anulado como mujer, como madre y como amante. Parecía empeñado en arrebatarle hasta el último resto de su dignidad, hasta la más tosca y despreciable oportunidad de sentirse realizada.

De cualquier manera, a pesar de cuantas acciones la impulsaban a detestar a su esclava, aquella joven de mirada fría y escrutadora, en el corazón de Penélope crecía un fuerte sentimiento de compasión. Para bien o para mal ella había elegido casarse con Gregorio, era ella quien había tomado la decisión y debía asumir las consecuencias de su error. Por el contrario, la joven esclava jamás tendría el derecho de elegir. Estaba encadenada a un trabajo del que sólo la libraría la muerte, entregada a un amo tanto si le gustaba como si no. En caso de quedarse embarazada, pese a que la nueva legislación de Justiniano dictaba que su hijo debería nacer libre, el padre aún mantenía el derecho a abandonarlo en la calle a su antojo, pasando a ser esclavo de quien lo quisiera recoger, por lo que ni siquiera tendría el consuelo de cuidar de sus propios hijos.

Por todo ello, resultaba ridículo sentir celos o envidia de una esclava, pero en el corazón no siempre manda la lógica. Tal vez ésa fue la lección que su querido Héctor nunca llegó a aprender, tal vez por ello los sentimientos de Penélope hacia Antousa eran tan confusos y contrapuestos.

—Me voy —anunció Gregorio, levantándose de la mesa mientras apuraba el contenido de su plato.

—Hoy saldré al mercado —comentó Penélope—. A Platón se le está quedando pequeña la túnica que lleva.

El comentario de su esposa no tuvo efecto alguno en el albañil, que se limitó a recoger su almuerzo y a abandonar la vivienda despidiéndose del pequeño con un gesto de la mano, ignorando a las dos mujeres que se encontraban en la habitación.

—¡Adiós, papá! —gritó Platón con alegría, moviendo su manita para despedir a Gregorio.

Una punzada de dolor atravesó el corazón de Penélope, al escuchar cómo su hijo llamaba padre a otro que no fuera Héctor. Pese a las veces que ella le había hablado de su verdadero padre, Platón era demasiado pequeño aún para entender a quién se

refería. Sabía que jamás sería capaz de recordar a un padre que murió antes de que cumpliera un año, pero eso no mitigaba el dolor que sentía ella al ver cómo Platón sonreía a Gregorio.

Se levantó de la mesa y se acercó a besar a su hijo.

—¿Te gustaría que mamá te enseñara a hacer figuritas de barro? —preguntó Penélope.

—¡Sí! —afirmó el pequeño con alegría—. ¿Cuándo?

—En cuanto vuelva del mercado. Te traeré el dulce más grande que encuentre.

—¿Lo prometes?

—Te lo prometo.

Una gran sonrisa iluminó el rostro del niño, logrando que Penélope se agachara de nuevo a besarlo y abrazarlo con fuerza.

—Mamá te quiere mucho, lo sabes, ¿no?

—Sí —respondió Platón, sellando su respuesta con un húmedo beso en la mejilla de su madre.

Con un último abrazo, Penélope se despidió de su hijo antes de ir a comprar, jurándose a sí misma que recuperaría su lugar en el corazón de aquel pequeño.

—Deberías descansar.

Justiniano volvió la cabeza para sonreír a Teodora, y se encogió de hombros mientras se acomodaba entre los almohadones sobre los que se apoyaba para incorporarse en el lecho.

—Ya has oído a los médicos —apuntó el emperador—. Sólo es un simple trastorno del estómago y los intestinos.

Teodora asintió con seriedad, sin poder evitar que sus ojos mantuvieran una intensa mirada de preocupación. Poco después de desayunar, el emperador había comenzado a sentirse mal. Notaba la boca seca, dificultad para tragar y náuseas, por lo que trasladó la audiencia que mantenía con sus altos cargos a sus estancias privadas, donde continuó atendiendo asuntos de estado mientras los médicos del Gran Palacio le examinaban. Tras escuchar los comentarios del emperador sobre el mal sabor de la ensalada que probó en el desayuno, llegaron a la conclusión de que alguno de los ingredientes se encontraba en mal estado, y que eso era lo que provocaba las molestias, de modo que buscaron aliviarlas con una pequeña dosis de hierbabuena mezclada con vino. Tras tomar el remedio con dificultad, Justiniano había

continuado atendiendo a sus ministros, pese a que Teodora, avisada por Narsés al mismo tiempo que los médicos, le impelía a dejar de lado el trabajo hasta que se encontrara mejor.

—Su majestad tiene razón —apuntó Narsés, apoyando la petición de Teodora—. Deberíamos dejar la burocracia hasta que os encontréis totalmente recuperado.

—Antes firmaré algunos de los edictos —cedió Justiniano, haciendo un gesto con la mano a uno de los eunucos para que le entregara la tabla sobre la que firmar, la caña y un cuenco de tinta púrpura.

Una vez colocado sobre su lecho todo lo necesario para la firma de las nuevas leyes, el *magister officiorum* entregó al emperador el primero de los papiros que precisarían su firma. Tomándolo con cuidado, Justiniano entrecerró los ojos, tratando de leer la precisa caligrafía con la que estaba escrito.

—Me molesta la luz —se quejó Justiniano, parpadeando con insistencia ante la claridad que penetraba por las ventanas—. No consigo leer nada.

—¡Llevaos todo esto! —urgió Teodora, señalando los útiles de escritura—. Y traed colgaduras para envolver el lecho del emperador y mitigar la luz de la habitación.

Con una palmada, Narsés llamó a varios eunucos para que cumplieran las órdenes de la emperatriz, organizando un pequeño revuelo en torno a la sala. Mientras tanto, Teodora cambió los almohadones de sitio, intentando conseguir que el emperador se recostara en el lecho.

—¿Estás mejor así? —preguntó ella con preocupación, una vez que Justiniano se encontró más tumbado sobre la cama.

—Me cuesta un poco respirar —indicó el emperador.

—Debe de ser a causa del calor —comentó Teodora con una sonrisa—. Traeremos a unos esclavos para que te abaniquen. Trata de dormir, yo volveré en un momento.

Tras besar la frente de su esposo, Teodora se puso lentamente en pie y se alejó hacia la puerta, haciendo un imperceptible gesto con la cabeza para que Narsés y Flavio Estrategio se aproximaran a ella.

—Deberíamos llamar de nuevo a los médicos —sugirió el *magister officiorum*.

—Así lo haremos —aseguró Teodora con un susurro—. Mientras tanto, haceos cargo de las tareas de gobierno, mi esposo necesita descansar.

—Por supuesto —respondió Flavio Estrategio—. ¿Qué debo decir sobre el estado del emperador?

—Lo que han diagnosticado los médicos, un simple trastorno del estómago.

—Como deseéis —aprobó el *magister officiorum*, y se retiró tras efectuar una rápida inclinación de cabeza.

—Avisaré a los médicos —se ofreció Narsés.

—No —negó la emperatriz—. No confío en los médicos de palacio.

—¿Majestad?

—Esto no puede ser una coincidencia, Narsés —explicó Teodora.

—¿Estáis sugiriendo que el emperador ha sido envenenado? —inquirió el eunuco.

—Desgraciadamente, eso es lo que creo —afirmó ella, mientras entrelazaba sus manos para ocultar su nerviosismo—. ¡Ese maldito bastardo! No puedo creer que se haya atrevido a tanto.

—¿Os referís a Juan de Capadocia?

—¿Quién si no? Todo encaja con lo que me comentaste el otro día. Ambiciona el trono, y con su fortuna no tendría problemas en comprar voluntades entre estos muros. Pero jamás pensé que actuaría tan rápido.

—Ordenaré la búsqueda del esclavo que sirvió la comida a vuestro augusto esposo —aseguró Narsés con determinación—, y os juro que le extraeré cualquier información, aunque tenga que despellejarle personalmente.

—¿Quién es el mejor médico de la ciudad? —preguntó Teodora, echando un vistazo a la figura de su esposo, discernible a través de los velos que rodeaban su lecho.

—Aecio de Amida —respondió el eunuco—. Es el director del hospital de Sansón, junto a las obras de Santa Sofía.

—Encárgate de que acuda de inmediato —apremió la emperatriz—, y ordena a tus guardias que rodeen discretamente el pabellón.

—Así se hará, majestad, aunque será difícil mantener la situación en secreto durante mucho tiempo —añadió Narsés, dirigiendo una breve mirada a los esclavos que se mantenían junto al emperador, abanicándole en su lecho.

—Eso ahora no me preocupa.

Narsés asintió en silencio, y abandonó la estancia para dar las

órdenes oportunas. A esas alturas, las huellas que le relacionaban con el envenenador habían sido borradas, incluso del esclavo que portó la bandeja no se hallaría más que su cadáver. La propia emperatriz ya daba por hecho el envenenamiento del emperador, así como la culpabilidad de Juan de Capadocia. Únicamente una duda punzaba su pensamiento. Aquel necio a quien había encargado la tarea había sido incapaz de encubrir el mal sabor de la cicuta en la ensalada del emperador, con lo que logró que Justiniano la rechazara tras haber tomado un único bocado. Pese a los crecientes síntomas que mostraba el emperador, Narsés se preguntaba si sería suficiente para garantizar su muerte.

En cuanto Justiniano hubiera fallecido, él convencería a Teodora para ordenar a la guardia que diera muerte a Juan de Capadocia, eliminando el último obstáculo que se interponía entre ella y el trono. Pese a ello, Narsés distaba de encontrarse eufórico. Incluso a un solo paso de completar sus más ansiados planes, el eunuco no podía evitar que una idea le amargara la victoria.

La certeza de que nunca podría revelar a Teodora lo que había hecho por ella.

La explanada donde se alzaba antiguamente el mercado junto a Santa Sofía había sido invadida por una montaña de materiales de construcción. Columnas, pirámides de ladrillos, grandes bloques de mármol y montones de tablas y maderos se distribuían por el lugar, mientras centenares de hombres iban y venían por entre los senderos libres que quedaban entre los distintos materiales, como ordenadas columnas de hormigas que acarrean su alimento al hormiguero. En compensación, el cercano foro del Augusteon había sido ocupado por tenderetes de todo tipo, que competían con los escribas, perfumistas y libreros que se asentaban en ese lugar desde hacía tiempo.

Penélope se adentró entre los puestos, recorriendo varios de ropa de segunda mano para encontrar la prenda que más se ajustaba tanto a su presupuesto como a la talla de su hijo. Finalmente, se decidió por una túnica de color verde oscuro, con bordados en forma de círculo en el faldellín y dos cortos *clavi* sobre los hombros, a la que el vendedor añadió una cinta del mismo color para que hiciera de cinturón.

A diferencia de otras prendas más exóticas, la túnica resultaba una opción barata, debido a su fácil fabricación. De una sola pieza, se recortaba una especie de cruz, con el lado correspondiente a los brazos más estrecho que el que formaría el cuerpo del vestido. Se

doblaba por la mitad y se cosían los bordes, abriendo una abertura en medio para la cabeza. Aquel simple diseño permitía aprovechar al máximo los trozos de tela, al tiempo que admitía la posibilidad de que los bordados centrales cruzaran los hombros, y fueran, por tanto, continuos desde el pecho a la espalda.

De regreso a su casa, Penélope se acordó de su promesa a Platón y decidió acercarse hacia las obras de la nueva basílica, en busca de uno de los muchos vendedores ambulantes de dulces que se concentraban en las cercanías de la gigantesca construcción. De entre el escaso surtido de bollos que ofrecía uno de aquellos hombres sobre su tabla, Penélope escogió un bizcocho de harina, miel y aceite, ante cuyo aspecto se hubiera rendido el muchacho más glotón. Lo envolvió delicadamente en un trozo de lino que había llevado en previsión de la compra y se dispuso a regresar.

Fue en ese momento cuando le vio. El hombre pasó tan cerca que casi habría podido tocarlo de haber estirado el brazo. Bastó una mirada fugaz para que Penélope reconociera sus facciones, el aspecto hosco y el rostro enjuto, sin apenas pelo sobre su cabeza. Aquél era uno de los dos hombres que la habían agredido hacía más de un año, el día en el que conoció a Gregorio.

Se quedó petrificada, mientras el delgado agresor pasaba a su lado sin fijarse en ella. Le siguió con la mirada, con el corazón latiendo tan rápidamente que parecía a punto de estallar, como si fuera una simple vasija de cerámica que cayera al suelo y se rompiera en pedazos.

En una ciudad en la que vivían cientos de miles de personas, en un barrio alejado de aquel en el que la agredieron, aquel fugaz encuentro no podía ser una coincidencia. Bastó comprobar que aquel hombre se dirigía con confianza hacia las obras de la basílica para que una idea relampagueara dentro de la mente de Penélope. Ese hombre buscaba vengarse de su esposo, por haber intervenido contra él y su compinche el día que la salvó.

Venciendo su miedo comenzó a seguirle, buscando su delgada silueta entre la multitud de peones que se concentraban en la obra. Ignorando las miradas de lujuria y los comentarios soeces que despertaba su presencia entre los trabajadores, Penélope se mantuvo a una prudente distancia de su agresor, con los ojos fijos en su espalda. De repente, su corazón dio un vuelco al comprobar que aquel hombre se acercaba a un muro en construcción, bajo cuyos precarios andamios se había congregado un buen número de trabajadores. En medio de ellos, sobre una gran basa de mármol convertida en improvisada tarima, Miguel se dirigía a los reunidos.

Ahogando un grito, Penélope reconoció como uno de los integrantes de aquel grupo a Gregorio, que escuchaba las explicaciones de Miguel sin percatarse de lo cerca que se encontraba ese hombre.

De repente, Penélope descubrió que había perdido a su agresor. Concentrada en Gregorio y Miguel, había desviado su vista durante unos momentos de la espalda del hombre al que seguía, lo suficiente para que se hubiera esfumado entre la multitud de peones que se acumulaban en esa zona.

Sin una idea clara de lo que debía hacer, fijó su vista en el grupo, buscando de nuevo a Gregorio, dispuesta a acercarse para prevenirle del peligro. Fue entonces cuando volvió a encontrar a su agresor. Se acercaba a su esposo por la espalda, tan cerca que se encontraba a un solo paso de distancia. Aterrada, contempló cómo aquel hombre extendía una mano hacia Gregorio.

—¡No! —gritó.

Sin embargo, ahogada por el ruido de la obra, su advertencia apenas levantó las miradas curiosas de los hombres que se encontraban más cerca.

Imposibilitada para hacer nada, Penélope observó cómo su agresor ponía una mano en el hombro de su esposo, cómo éste se giraba hacia aquel hombre y, sin poder creerlo, vio cómo Gregorio sonreía a su agresor y le palmeaba la espalda con afecto, abriéndole un hueco para que se incorporara al grupo.

Anonadada, Penélope se frotó los ojos, incapaz de admitir lo que estaba viendo. Obviamente, resultaba imposible que ninguno de ambos se acordara del otro ni de las circunstancias de su primer encuentro. Durante un instante, se negó a creer aquello que su cabeza comenzaba a susurrar en voz baja en su interior. Pero recordó la agresión, la extraña lentitud con la que actuaban sus asaltantes, como si esperaran que pasara algo; recordó el rostro de sorpresa de Gregorio cuando uno de ellos le cortó, y la inexplicable huida de los dos hombres cuando era evidente que podían haber ganado la pelea sin dificultad. Y las piezas encajaron en un parpadeo.

Todo había sido una farsa.

Sobrecogida, Penélope se dio la vuelta y abandonó las obras con la vista fija en el suelo, mientras los pensamientos se arremolinaban en su cabeza. No cabía duda posible, Gregorio había amañado una falsa pelea, pero ¿por qué? La única razón que se le ocurría en aquel momento es que, con esa pantomima,

lograra aparecer como un héroe ante ella, y eso sólo valdría para ayudar a seducirla. Sin embargo, esa idea carecía de sentido. Su esposo hacía meses que no compartía sus favores, por lo que no sería el deseo lo que le hubiera llevado a inventarse semejante trama. La opción más lógica, el dinero, estaba asimismo descartada. Penélope era una pobre viuda sin trabajo ni medios, el propio Gregorio había tenido que luchar contra los deseos de su familia para casarse con ella. Lo único que Penélope tenía era a Platón.

Se detuvo, como un poste clavado al suelo en mitad de la multitud que iba y venía por la avenida principal de la ciudad. Por un momento, creyó que se quedaba sin respiración, que el aire no lograba entrar en sus pulmones. Un hombre la empujó al pasar, dirigiéndole una hosca mirada, pero ella ni siquiera se inmutó. En su cabeza sólo había espacio para una cosa, su hijo. Ahora comprendía por qué lo primero que hizo Gregorio tras casarse fue legalizar la adopción de Platón, y porqué después las abnegadas atenciones de su esposo hacia ella pasaron a la historia.

Tal vez la semilla de Gregorio no fuera válida para concebir un hijo. Según había leído en los detallados manuales de Aecio, la semilla del hombre se transformaba en el embrión cuando era retenida por el útero, uniéndose a la semilla propia de la mujer. Según Galeno y Aristóteles, el esperma se formaba por el calor del cuerpo, y dado que el calor se producía en el corazón y se acumulaba en los testículos, el esperma actuaba como reserva de calor. Durante el acto sexual la sangre y el calor bajan del cerebro a los órganos genitales y, por tanto, la cabeza queda fría, lo que provoca que el pelo se caiga. Debido a ello, la calvicie se tenía como un inequívoco símbolo de virilidad. El frondoso cabello de Gregorio era extraordinariamente fuerte, por lo que, si Aristóteles y Galeno estaban en lo cierto, podía ser una señal de que el calor de Gregorio no era el adecuado y, por tanto, su semilla podría ser defectuosa. Como prueba, ni Antousa ni ella misma habían quedado embarazadas en ningún momento. Tal vez el albañil sabía de este problema y, por ello, había buscado otra forma de hacerse con la preciada descendencia que ansiaban todas las familias.

Penélope se preguntó qué clase de monstruo sería capaz de planear una farsa con el único fin de poder adoptar al hijo de otra mujer. Sin embargo, eso ya no importaba dado que el truco había dado resultado, ella se había casado con Gregorio y, ahora, él era legalmente el padre de Platón.

Un nuevo empujón pareció sacarla de su ensimismamiento,

obligándola a retomar sus pasos. Mientras se encaminaba lentamente hacia su casa, la indignación iba poco a poco inflamando su pecho. Con cada paso, la furia que sentía hacia su esposo se acrecentaba, hasta convertirse en una ira que apenas podía controlar. Podía aceptar vivir en un matrimonio vacío, con un esposo ausente y una esclava que la suplantase en todas las tareas del hogar. Por mucho que le doliera, podía soportar el separarse de su pasión por la medicina, así como de la libertad que había gozado durante los meses en los que se mantuvo al lado de Aecio.

Pero jamás consentiría que le arrebataran a su hijo.

Gregorio había cruzado una línea en la que no cabía dar un paso atrás. Trataba de arrebatarle lo único a lo que ella era incapaz de renunciar. Ante eso, no existía más que una sola opción posible:

—Tengo que dejarle.

Apenas le sorprendió la facilidad con la que aquel pensamiento surgió de sus labios como un susurro. Su matrimonio estaba muerto, enterrado en la misma fosa en la que había sepultado el cariño que una vez sintió por el albañil.

Dentro de la ley, la mujer disponía de varios derechos. Heredaba con las mismas preferencias que los hombres y disfrutaba de la posibilidad de divorciarse en ciertos casos, uno de los cuales era la impotencia del marido, y recuperar su dote y los regalos recibidos el día de su boda. Pero el papeleo burocrático que se necesitaba realizar era muy lento. Se precisaban un sinfín de testimonios, testificaciones bajo juramento ante clérigos y funcionarios y, como cada ocasión en la que se trataba con el estado, una fuerte suma de dinero. Por ello, aquellas mujeres que deseaban huir de su esposo siempre elegían la vía más rápida y sencilla, ingresar en un convento. Legalmente, el esposo disponía de seis meses para hacerla cambiar de idea y que regresara con él por su propia voluntad, sin que nadie pudiera impedirle el acceso a su mujer. Sin embargo, no podía maltratarla ni coaccionarla, pues todas las visitas se hacían en presencia de una monja. Sin embargo, ninguna de estas opciones resultaba válida para Penélope, pues, aunque era la madre quien se encargaba de la educación inicial de los hijos, en caso de separación éstos siempre quedaban bajo la tutela del esposo. Pese a los avances que las nuevas leyes de Justiniano habían tratado de introducir para salvaguardar a la esposa de los abusos de un marido injusto, la mujer seguía encontrándose como un miembro de segunda fila en

la sociedad, sujeta al padre o al esposo. La única opción para su libertad consistía en convertirse en viuda o en monja. La iglesia les proporcionaba una libertad que no tenían. Les permitía viajar como peregrinas, desligarse de los hombres, salir de casa, recibir una buena educación y mantenerse por sí mismas. Pero, en su caso, divorciarse o ingresar en un convento tan sólo serviría para dejar a Platón en manos de Gregorio. Por tanto, sólo le quedaba una alternativa: huir.

Cuando Drías se marchó, Penélope ya se había planteado la posibilidad de abandonar Constantinopla y regresar a Atenas. La llegada de Gregorio y las dudas que generaba una vuelta tras varios años sin contacto con su familia la frenaron en aquel momento, pero ahora se le antojaba la única salida que el destino le ofrecía.

Ya cerca de su casa, aceleró el paso, desviándose en dirección al Cuerno de Oro, caminando con ligereza hasta llegar al puerto, en el que se alineaban centenares de embarcaciones de todos los tamaños. En plena efervescencia, los malecones se encontraban abarrotados de marinos, estibadores, mercaderes, pescadores y funcionarios. El escalón superior de los tres que componían el puerto se veía completamente cubierto con la pesca del día, a medida que los pequeños botes se desembarazaban de su carga. Los comerciantes discutían junto a los barcos de mercancías, mientras los marineros desembarcaban grandes ánforas de pescado en salazón, maderas de sándalo, especias, hierro, sal, mármoles, telas, frutas exóticas, arroz, esclavos, vino o aceite, entre un sinfín de productos diferentes, que pagaban invariablemente las elevadas tasas impuestas por el gobierno.

En mitad del gentío, Penélope se sintió perdida. Necesitaba buscar un barco que se dirigiera a Atenas, y que aceptara transportarles a ella y a su hijo sin hacer demasiadas preguntas. Sin embargo, no tenía idea de dónde comenzar a buscar, de cuál de esos cientos de mástiles sería el que recogería el viento que la llevara de vuelta a su tierra natal.

Comenzó a caminar junto al borde del malecón, tratando de captar las conversaciones de los capitanes de los barcos mercantes, en busca de alguna indicación de su destino, o de alguna voz con acento ateniense. El griterío en torno suyo era casi ensordecedor, a medida que los mercaderes y los patrones de los barcos elevaban el tono en sus fuertes discusiones por el precio.

Tras un buen trecho sin obtener resultados, Penélope comenzó a inquietarse. Había recorrido la mitad del puerto sin haber

escuchado nada coherente. Su táctica no daba resultado, así que probó a preguntar a alguno de los pescadores que descargaban su mercancía. Pero, tras dos o tres miradas hoscas, se vio obligada a abandonar también las preguntas directas, antes de que alguno de aquellos hombres la tomara por lo que no era. Desesperada, se alejó unos pasos del puerto, mirando a uno y otro lado sin saber qué hacer.

—¿Necesitáis ayuda?

Una anciana se situó a su lado, observándola inquisitivamente con sus ojos grises. Por su aspecto resultaba evidente que era una mendiga. Vestía una andrajosa túnica negra hasta los tobillos, que dejaba ver sus sucios pies descalzos. Desdentada, su largo pelo blanquecino caía lacio sobre su cara, en aceitosos mechones que ocultaban sus orejas. Se encorvaba ligeramente sobre un nudoso bastón de madera, aunque a Penélope le dio la impresión de que se trataba únicamente de una artimaña para aparentar mayor fragilidad y conmover así a cuantos se cruzaran con ella.

—Nadie conoce este puerto como yo —aseguró la anciana—. Por un par de *follis* encontraré a quien estéis buscando.

—No busco a una persona —replicó Penélope—, sino un barco. Necesito viajar a Atenas para visitar a un familiar. Si me ayudáis a encontrar un barco en el que conseguir un pasaje os daré el dinero.

—¿Atenas? Eso es fácil. Seguidme.

Un pequeño grupo de niños andrajosos se aproximaron a ellas con la intención de pedir unas monedas, pero fueron espantados por la anciana, que blandió con furia su bastón de madera contra los mozalbetes.

Guiada por la estrafalaria anciana, Penélope se dejó llevar de nuevo a través de los malecones, hasta que la mujer se detuvo junto a uno de los mercantes.

—Este barco suele venir de Atenas —indicó la anciana, extendiendo su mano para cobrar la recompensa prometida.

—Me aseguraré primero —afirmó Penélope, arrancando una breve mueca de contrariedad en la anciana.

De entre los hombres que se movían dentro y fuera del barco, acarreando grandes sacos, Penélope se acercó a uno que parecía supervisar la operación, indicando a cada marino dónde debía depositar su carga.

—¿Sois el patrón del barco? —preguntó ella.

—Sí —respondió el hombre, que miró a Penélope con

desconfianza.

—Me han dicho que partís hacia Atenas, y quería preguntaros si admitiríais pasajeros.

—Me habéis confundido con mi hermano —indicó el hombre con una sonrisa—. Yo voy a Cesarea, a recoger un cargamento de armaduras para los guardias de un alto personaje de la administración. Es mi hermano quien realiza los viajes entre Atenas y Constantinopla. Somos gemelos, al igual que nuestros barcos, por eso muchas veces nos confunden.

—¿Está vuestro hermano atracado en otra parte del puerto?

—No —negó el patrón—. Y no creo que venga hasta dentro de unos días, ayer vimos unas cuantas bandadas de pájaros dirigiéndose del mar hacia tierra.

—¿Pájaros?

—Para un marino —explicó el patrón—, que las bandadas huyan del mar es un claro indicio de que se aproxima una tormenta. Y tal como está el ambiente mañana la tendremos encima —añadió.

Penélope miró al cielo frunciendo el ceño. Apenas unas pocas nubes salpicaban el soleado ambiente de la mañana, incapaces de tapar el sol por un tiempo para aliviar el pegajoso calor que se respiraba en el puerto.

—¿Lleva vuestro hermano pasajeros? Necesito llegar a Atenas cuanto antes.

—¿Una mujer? —preguntó el patrón con extrañeza.

—Y mi hijo —se apresuró a corroborar Penélope—. Mi esposo nos espera allí.

—Si fuera un hombre no habría problema, pero una mujer... Como podéis ver los barcos no son muy grandes —afirmó el patrón, señalando la cubierta de su navío, un carguero de bordas altas, con proa y popa muy curvadas hacia arriba y una tosca virgen tallada en la proa y pintada de rojo—. La tripulación se guarece bajo cubierta, con la carga, pero no hay separación para una mujer.

—¿Y bajo la lona? —insistió ella, señalando una ancha loneta que se elevaba sobre una precaria estructura de madera en la parte central del barco, creando un espacio techado de un lado a otro de la cubierta, junto al mástil que sujetaba la vela cuadrada que impulsaba el navío—. Colocando algunas telas a modo de paredes dispondría de intimidad.

—Es el único espacio sobre cubierta en el que da la sombra —

explicó el patrón—. Lo usamos para comer y protegernos del sol en los momentos en los que no hay nada que hacer en la nao. Pero no es un elemento fijo, en caso de tempestad se recoge, o lo arrastraría el viento. En fin —dijo el patrón, al ver la silenciosa súplica que reflejaba el rostro de Penélope—, siempre se puede poner una cortina de separación en la bodega, pero os advierto que el olor no es nada agradable, hay ratas y el lenguaje de los marinos es bastante tosco.

—Podré soportarlo —aseguró ella.

—En esta época del año el viaje suele durar unas cuatro semanas —explicó el patrón—. Tenéis que llevar vuestra propia comida, aunque no para más de diez días. El barco hará escala para aprovisionarse y podréis comprar el resto en los puertos que toque el navío. Serán tres sólidos por el viaje.

—De acuerdo —aceptó Penélope, a pesar de que era consciente del abusivo precio que le pedía el patrón.

—Os daré una nota para mi hermano —indicó el marino, y llamó a uno de sus tripulantes para que le trajera una tabla de madera con una caña, tinta y un pequeño trozo de pergamino.

Con trazo tembloroso, el patrón escribió en un defectuoso griego instrucciones para que su hermano aceptara a Penélope en su barco, así como el precio acordado por el viaje.

—Entregádselo cuando amarre —dijo el patrón, alargando a Penélope el pergamino—. Hacedlo el día que llegue a la ciudad —advirtió—, no sea que acepte antes a otros viajeros y os quedéis sin sitio.

—¿Y cómo sabré el día en el que llegará a la ciudad? —inquirió ella.

—Eso sólo lo sabe el Señor —aseguró el marino, besando un extraño amuleto en forma de concha que llevaba al cuello—. Durante los próximos días tendréis que venir al puerto con frecuencia y buscar un barco igual que el mío.

—Gracias —dijo ella, preguntándose cómo podría ausentarse durante todos los días de su casa sin levantar sospechas.

Penélope se despidió del marino, y apenas pudo dar dos pasos antes de que la anciana se plantara ante ella con la mano extendida, esgrimiendo la mejor de las sonrisas bajo sus ojos ávidos de limosna. Con un suspiro, Penélope asintió con la cabeza, echando mano a su bolsa, aunque, justo antes de buscar las monedas de cobre exigidas por la anciana como pago a sus servicios, una idea relampagueó en su mente.

—¿Venís con frecuencia al puerto? —preguntó Penélope.

—A diario —aseguró la anciana, moviendo la mano con insistencia.

—¿Queréis ganar dos *siliqua* de plata?

Los ojos de la anciana brillaron con la simple mención de las monedas, hasta el punto que su desdentada boca se quedó abierta durante un buen rato, antes de que, susurrando, preguntara a Penélope:

—¿A quién hay que matar?

—A nadie —rio Penélope—. Basta con que paséis a diario por el puerto. Cuando veáis un barco igual que éste con un patrón que pase por el hermano gemelo del hombre con el que acabo de hablar venid corriendo a avisarme, y os daré el dinero. Y os daré ahora mismo diez *follis* —añadió, al detectar un atisbo de incredulidad en la anciana—, el quíntuplo de lo prometido, para que veáis que no os engaño.

—Dadme esas diez monedas y enseñadme dónde está vuestra casa —pidió la anciana—, y os juro que nadie en la ciudad sabrá de la llegada de ese barco antes que la generosa dama que el Señor puso en mi camino.

Penélope depositó los diez *follis* prometidos en las manos de la anciana, quien los contó con avidez antes de hacerlos desaparecer bajo uno de los muchos pliegues de su desgastada túnica. Después condujo a la pedigüeña hasta su casa, observando cómo la anciana se fijaba en cada cruce y en cada calle para recordar el camino.

—Allí es —indicó finalmente, señalando la puerta de su vivienda—. Sólo una cosa más. No podéis hablar con otra persona de la casa que no sea yo, si otro os abre la puerta fingid que pedís limosna. Hacedlo con voz alta, para que yo lo oiga desde dentro, y saldré.

—¡Una limosna para esta pobre anciana! —gritó la mujer, demostrando sus dotes teatrales—. Por dos *siliqua* me abriría paso a bastonazos si es necesario.

La anciana regresó renqueando hacia el puerto, aprovechando para extender la mano delante de cuantos se cruzaban en su camino, por si la suerte le deparara mayores ingresos ese día. Tras verla desaparecer en una esquina, Penélope necesitó un momento antes de entrar en su casa, para tranquilizar la emoción que sentía. En su cabeza bullían miles de preparativos por realizar. Recordó el ladrillo suelto en la pared, y el hueco en el que ocultaba el dinero que aún le quedaba de su dote, lo que aún conservaba de lo

entregado por Drías junto con aquel valioso anillo que jamás entregó a su marido. Sería suficiente para el pasaje, la comida y proporcionarle unos meses de tranquilidad mientras se asentaba en la ciudad. También se llevaría el cinturón de oro que Gregorio le había regalado el día de la boda, incluso se preguntó si sería suficiente para comprar algo de tierra, olivares de los muchos que circundaban el áspero terreno que rodeaba Atenas. Echando a volar su imaginación, Penélope calculó que podría reunir más de veinte sólidos de oro. Los precios de las tierras no eran fijos, ni se basaban en motivos puramente económicos, sino que relaciones sociales y motivos personales fijaban gran parte del valor de una tierra. Sin embargo, Penélope recordaba las conversaciones que su padre tenía con algunos propietarios y, por tanto, tenía la certeza de que sus ahorros le permitirían comprar, como mínimo, dos docenas de olivos; el doble si conseguía que su familia utilizara su influencia.

Con eso sería capaz de mantener a su hijo.

Pero, para ello, sería necesario comprar los víveres y preparar el viaje sin que su esposo sospechara nada. Durante un instante estuvo tentada de acercarse a casa de Aecio y comentarle sus planes, pero desechó la idea. Sería mejor mantenerlo totalmente en secreto.

Pese a los instantes pasados frente a la puerta, cuando entró en su casa apenas podía contener la emoción que la llenaba. Sentía deseos de saltar, de correr, de anunciar a los cuatro vientos que en unos días sería libre. Sin embargo, se limitó a acercarse a su hijo y entregarle el dulce comprado junto a las obras de Santa Sofía, el mismo que, por una casualidad del destino, había destapado la farsa con la que su esposo la había conquistado tiempo atrás.

Platón recibió a su madre con una sonrisa, que se hizo aún mayor al posar sus manitas en el jugoso dulce.

—¿Está rico? —preguntó Penélope, conteniendo las lágrimas de felicidad que pugnaban por salir de sus ojos.

—Rico —confirmó el niño, con la boca llena del delicioso pastel—. Luego barro —añadió, recordando la promesa de su madre antes de salir.

—Sí, hijo. Luego jugaremos a hacer figuritas de barro.

—Pero mucho tiempo —insistió el pequeño, mientras se chupaba los dedos, recogiendo hasta la última migaja del dulce.

—No te preocupes —respondió Penélope—. Tenemos toda la vida por delante para estar juntos.

Cargado con su caja de medicinas, Aecio siguió a su guía a través de las lujosas estancias del palacio imperial, hasta alcanzar la más privada de sus salas, el cubículo del emperador. Había llegado a la carrera, espoleado por la urgencia con la que los eunucos venidos de palacio le habían apremiado, aunque sin saber a quién debería atender en la corte.

Convencido desde el primer momento de que su paciente sería uno de los altos funcionarios del consejo imperial, Aecio se quedó pasmado cuando el propio *praepositus sacri cubiculi* le introdujo en el dormitorio de Justiniano, en cuyo interior esperaba la emperatriz, vestida con una simple túnica de color oscuro ceñida por un cinturón de oro.

—¡Majestad! —se sorprendió el médico, tratando torpemente de arrojarse al suelo para realizar la *proskinesis*.

—Os agradezco que hayáis acudido con rapidez —aseguró Teodora con seriedad.

—¿Quién es el paciente, majestad? —preguntó Aecio, al tiempo que se levantaba.

—El emperador —confirmó ella, señalando con un gesto la figura acostada que se vislumbraba entre un cerrado cortinaje de velos transparentes.

Abriendo los ojos con asombro, Aecio contempló al hombre del lecho, parpadeando como si aún no acabara de creer la identidad del enfermo.

—¿Qué le ocurre? —preguntó el médico con un balbuceo.

—Creemos que ha sido envenenado —respondió Teodora—, aunque es algo que debéis confirmar.

—¿Puedo acercarme? —preguntó tímidamente, mientras se aferraba a su caja de medicinas como si buscara recibir de ella el valor que parecía fallarle.

Teodora asintió con un gesto y se encaminó hacia el lecho, seguida por Aecio. Al llegar junto al emperador, Teodora retiró una de las cortinas, permitiendo el paso del médico hasta el lecho del enfermo.

—Majestad —susurró Aecio, arrodillándose junto a Justiniano mientras dejaba su caja en el suelo—, ¿cómo os encontráis?

—Siento frío, y me cuesta respirar —respondió Justiniano con voz débil, pese a que su rostro parecía reflejar una fuerte presencia de ánimo—. También siento el cuerpo agarrotado.

—¿Desde cuándo estáis así? —inquirió Aecio, mientras tomaba el pulso del emperador.

—Comenzó después de desayunar —apuntó Narsés—. Se quejaba de sequedad en la boca, dificultad al tragar y náuseas, así que interrumpimos la audiencia. Poco después se sentía afectado por la luz y leía con dificultad.

—Tiene las pupilas dilatadas —explicó Aecio, tras un breve examen de los ojos del emperador—, y su pulso es débil, aunque su corazón lata con rapidez. ¿Ha evacuado desde la comida?

—No —respondió Teodora—. Aunque ha tomado algo de hierbabuena mezclada con vino.

—¿Vino? —se sorprendió Aecio.

—Los médicos de palacio pensaban que se trataba de una afección del estómago —aclaró Narsés.

—No lo creo —aseguró Aecio, secándose el sudor que comenzaba a correr por su frente—. Debe vomitar los alimentos que aún permanezcan en su estómago, antes de que le causen más daño —apremió, abriendo su caja de medicinas y rebuscando hasta encontrar una ampolla con esencia de retama.

Un esclavo trajo un vaso con agua tibia, en la que Aecio vertió el contenido del medicamento, removiéndolo concienzudamente hasta mezclarlo, antes de dárselo a beber al emperador poco a poco, debido a las dificultades del paciente para ingerir la infusión. Poco después, las náuseas del enfermo se intensificaron, hasta que vomitó abundantemente sobre una fuente honda que sostenía un esclavo junto a su cama.

—Necesito una fuente con agua fresca —pidió Aecio, impidiendo que el esclavo se llevara los vómitos del emperador—, paños limpios, una copa de agua y una cuchara.

Ante la sorprendida mirada de Teodora y Narsés, tras extraer una sonda de su caja de medicinas, Aecio revisó con el alargado instrumento el contenido de la fuente en la que había vomitado Justiniano, lavándose posteriormente las manos en la fuente de agua reclamada a los eunucos del emperador.

Tras regresar junto al lecho, Aecio extrajo una cajita de bronce de entre sus medicinas.

—¿Qué es eso? —preguntó extrañada la emperatriz.

—Son pastillas formadas en lugares santos —explicó el médico, mostrando el contenido de la caja a la emperatriz, pequeñas pastillas del tamaño de media uña, en las que se grababa esquemáticamente la entrada de Cristo en burro en Jerusalén—. Me las envían desde Alejandría y Siria. Las claras son de arcilla cercana a la columna de San Simeón estilita, mientras que las

negras son de carbón vegetal extraído de madera del monte de los olivos. Con ellas se forma una pasta para aplicar sobre las heridas de la piel o, como en este caso, se machacan y se toman disueltas en agua.

—¿Curarán al emperador? —preguntó Narsés con escepticismo.

—Eso espero —respondió Aecio—. Además del efecto sanador que les proporciona su cercanía a los santos lugares, Hipócrates y Plinio ya propugnaban el carbón vegetal como medicamento. Una de sus utilidades consistía en aliviar la dificultad respiratoria para quienes manipulan pieles, pellejos y lanas, a los que, en ocasiones, afecta el carbunco. Espero que también alivie los problemas respiratorios del emperador. Además, se deberían traer braseros en los que quemar el incienso *kyphi*, para ayudar a liberar los pulmones.

Aecio machacó concienzudamente dos pastillas de carbón vegetal y añadió agua hasta formar un líquido negruzco que administró lentamente al emperador, utilizando la cuchara. Tras beber con esfuerzo el medicamento, Justiniano se recostó en el lecho, agotado aunque consciente de cuanto ocurría a su alrededor.

Acercándose hasta la puerta, Aecio explicó a uno de los eunucos del emperador el tipo de incienso en concreto que necesitaba para los braseros, así como la cantidad justa que debían poner en cada uno de ellos. Aprovechando la lejanía respecto al lecho de Justiniano, Teodora se acercó al médico, y le interrogó en voz baja, en cuanto el sirviente cerró la puerta.

—¿Ha sido realmente envenenado?

—Entre sus vómitos he encontrado pequeños trozos de cicuta —indicó Aecio—. Y los síntomas concuerdan con las descripciones que hacen los libros sobre el envenenamiento con esa planta.

Ante la confirmación de sus sospechas, Teodora cerró los ojos durante un instante, haciendo pensar a Aecio que se encontraba a punto de desmayarse. Sin embargo, la emperatriz miró de nuevo al médico, mostrando una firmeza que Aecio no pudo sino admirar.

—¿Sanará? —preguntó ella, recordando que la temida cicuta fue el veneno que provocó la muerte de Sócrates.

—Depende de la cantidad que haya tomado y de su propia fortaleza. Lo único que podemos hacer aparte de lo realizado es tratar de compensar la frialdad de la planta.

—No entiendo a qué os referís.

—Todas las drogas actúan según los principios básicos de calor,

frío, humedad y sequedad —explicó el médico—. Cada elemento extraído de la naturaleza se califica en función de cuatro niveles. Por ejemplo, en el primer nivel de frío está el aceite de rosas, mientras que en el cuarto encontraríamos la mandrágora, la belladona y la cicuta. A mayor nivel, mayor impacto tendría el elemento. Dado que la cicuta provoca frío, podríamos intentar compensarla aplicando cataplasmas de juncia a las extremidades del emperador. La raíz de esa planta es calorífica, y podría ayudar a su cuerpo a luchar contra la cicuta. En caso de no disponer de ella se puede utilizar aceite de gálbano.

—Ordenaré que las preparen inmediatamente —aseguró Teodora—. ¿Algo más?

—Me temo que no, ahora está en manos del Señor.

—Los sirvientes os prepararán un lecho en la sala anexa —indicó la emperatriz, señalando la puerta con un gesto—. Os agradezco vuestros esfuerzos.

Con una ligera inclinación de cabeza, Aecio abandonó la sala, preguntándose si él sobreviviría en caso de que no lo hiciera el emperador.

Constantinopla, 14 de julio de 534

La puerta se abrió, haciendo que Penélope clavara la aguja en el lugar erróneo, realizando un agujero más en el bordado que estaba haciendo.

—He olvidado el almuerzo —dijo Gregorio, mientras entraba en la casa y recogía de la mesa el envoltorio de tela que encerraba su comida.

—Ten cuidado en el andamio —pidió Penélope.

El albañil la miró durante un instante, antes de salir de nuevo sin decir nada, cerrando la puerta tras de sí. Era evidente que la amabilidad de su esposa durante los últimos días extrañaba a Gregorio, pero Penélope estaba dispuesta a evitar a cualquier precio todo tipo de discusión con su marido. No podía permitirse el lujo de que algún contratiempo alterara sus planes.

Desde su visita al puerto, la lentitud con la que transcurría el tiempo crispaba los nervios de Penélope. Se mantenía en casa, bordando una tela de manera interminable, sin conseguir avanzar en la faena, al igual que su homónima en la *Odisea*. Cada golpe en la puerta provocaba un vuelco en su corazón, cada murmullo que llegaba desde la calle la hacía salir de casa, a comprobar si era la pedigüeña la que exclamaba la frase convenida.

La misma tarde en que se comprometió con el patrón en el puerto, había enviado a Antousa a realizar un recado, mientras ella revisaba el hueco secreto donde ocultaba su pequeño tesoro. Todo el dinero seguía allí, oculto a su marido, junto con el anillo de oro. Introdujo en el agujero el pergamino que le había dado el patrón, doblado para ocupar el mínimo espacio, y volvió a cerrarlo. Durante el resto del día se centró en los aspectos más visibles de la preparación del viaje. El hatillo con las pertenencias podría hacerlo en el último momento, pues apenas necesitaba unas pocas prendas. Respecto a los víveres para los diez primeros días de travesía, tras un buen rato meditándolo, decidió que lo más prudente sería adquirirlos en una tienda de alimentos de camino al puerto, donde, salvo en domingo, podría comprar *bucellatum*, el denso pan cocido dos veces que componía la dieta base de los viajeros y soldados. Junto al *bucellatum* incluiría algo de queso, carne o pescado en salazón y un poco de aceite.

Hasta el momento Gregorio permanecía totalmente ajeno a sus

planes. Acudía al trabajo a diario y, como venía siendo usual, mantenía sus visitas nocturnas al lecho de la esclava. Sin embargo, era precisamente Antousa quien provocaba mayores recelos en Penélope. Aunque procuraba decirse a sí misma que se trataba únicamente de su imaginación, mientras bordaba, Penélope sentía los escrutadores ojos de la silenciosa esclava fijos en ella, como si se tratara de una leona que vigila al cazador que pretende arrebatarle su camada, como si alguna mística intuición germana le hubiera concedido poder para averiguar las intenciones de su ama, y ahora vigilara temiendo que Penélope escapara arrebatándole a Platón.

En realidad, la joven mantenía su mutismo, y continuaba ejerciendo las labores del hogar con la misma eficacia que días atrás. Mostraba el mismo respeto por su ama que siempre, y realizaba cada encargo que recibía sin tardanza. Pese a ello, Penélope no podía evitar que las manos le temblaran cada vez que Antousa abrazaba al pequeño Platón, cerrando los ojos como si supiera que, en cualquier momento, lo perdería para siempre.

Unos golpes en la puerta quebraron nuevamente los pensamientos de Penélope, sobresaltándola una vez más, y obligándola a emitir un suspiro de agotamiento.

—¿Puedes abrir la puerta? —pidió a la esclava—. No sé qué se habrá olvidado ahora.

Antousa se levantó, y abrió la puerta en silencio. Un instante después una voz conocida entonó un fuerte lamento, ante cuyas palabras Penélope se puso en pie como si hubiera sido sacudida por la mordedura de una serpiente.

—¡Una limosna para esta pobre anciana!

—¡Yo me encargo! —gritó Penélope, corriendo hacia la puerta.

La esclava dirigió a su ama una fría mirada, antes de darse la vuelta y regresar al lado de Platón. Bajo el dintel, la anciana del puerto tendía su mano en actitud de limosna, con sus codiciosos ojos brillando ante la esperanza de recoger la recompensa prometida.

—Una limosna, por caridad —repitió, dejando que una sonrisa se dibujara en su boca.

—Creo que algo podré daros, buena mujer —aseguró Penélope —. Antousa, trae algo de fruta.

Obediente, la esclava desapareció de la estancia, para cumplir con la orden de su ama.

—El barco está en el puerto —confirmó la anciana bajando la

voz—. Saldrá esta misma mañana, en cuanto termine de cargar las mercancías que llevará a Atenas.

—¡Esta misma mañana! —exclamó Penélope, controlándose para no gritar—. ¿Por qué no me habéis avisado antes?

—He estado esperando a que se fuera vuestro esposo —indicó la anciana.

—Esperadme abajo —pidió Penélope en un susurro—. Me acompañaréis hasta el puerto. Escondeos para que no os vea la esclava.

Antousa volvió con unas pocas piezas de fruta, que alargó a la anciana, quien las recogió con fingido agradecimiento antes de marcharse.

—¿Sabes dónde venden el pan condimentado con almáciga? —preguntó Penélope.

Antousa asintió.

—Quiero que vayas allí y compres dos hogazas grandes —ordenó Penélope, enviando a la esclava casi al otro extremo de la ciudad—. Y aprovecha a la vuelta para acercarte a la fuente y recoger más agua.

La esclava asintió de nuevo, tomó las monedas de cobre que Penélope le daba y recogió un ánfora vacía para acarrear el agua. Antes de salir se detuvo a besar a Platón, acariciando el pelo del pequeño mientras éste sonreía. Después se paró un instante antes de cruzar el dintel y miró fijamente a Penélope, cuyo estómago se contraía con fuerza a punto de obligarla a vomitar. Finalmente, sin que una palabra saliera de su boca, Antousa abandonó la casa.

Cerrando la puerta, Penélope emitió un suspiro de alivio, al tiempo que apoyaba la espalda contra la hoja de madera. Sabía exactamente lo que debía hacer, lo había ensayado una y otra vez en su cabeza, mas no pudo evitar que sus manos comenzaran a temblar y que sus rodillas amenazaran con fallarle.

Se sentó un momento sobre un taburete, con los codos sobre la mesa y la cabeza apoyada entre las manos. Respiró con fuerza varias veces antes de alzar de nuevo el rostro. Platón la miraba con curiosidad, rascándose la nariz con ambas manos.

—Vamos a hacer un viaje por el mar —anunció ella.

—¿En un barco? —preguntó el niño con ilusión.

—Sí, en uno muy grande y muy bonito.

—Quiero mis juguetes —exigió el pequeño.

—Cariño. Sólo puedes llevar uno —dijo Penélope, acercándose

a su hijo y acariciando su carita.

Una compungida mueca apareció en el rostro del pequeño, que comenzó a hacer pucheros.

—Tendrás más juguetes cuando acabemos el viaje —prometió ella—. Ahora ve a coger el que quieras mientras mamá hace unas cosas.

El niño salió corriendo, mientras Penélope abría rápidamente el hueco secreto y recogía todo el dinero, apartando las dos monedas de plata con las que pagaría a la anciana y el dinero necesario para el pasaje y la comida. Rápidamente, puso en un hatillo las prendas más valiosas y el cinturón de oro regalado por Gregorio, lo anudó con fuerza y se lo echó al hombro.

—¡Platón! —urgió.

El niño regresó agitando en su manita un juguete. Era un viejo caballo de madera, con las patas mordisqueadas y al que le faltaba la cola.

—¡Éste! —dijo el niño, mostrándole la talla a su madre con orgullo.

—Muy bonito —aseguró Penélope, sin poder evitar que una lágrima recorriera su mejilla, al reconocer la figurita que Drías había tallado para el pequeño—. Muy bonito —repitió, agachándose para abrazar con fuerza a su hijo.

—Necesitaré perfume amaracino.

Rebuscando entre las distintas ampollas, el mercader comprobó cada una hasta dar con la correcta y se la mostró a su cliente con una sonrisa.

—Aquí tenéis, el mejor de Constantinopla —comentó el vendedor—. ¿Es para alguna bella dama?

—No. El perfume amaracino es útil para combatir los abscesos purulentos, fístulas e hidroceles después de las intervenciones quirúrgicas —explicó Aecio ante la sorpresa del mercader—. También rompe las escaras y las llagas ferinas, aunque ha de estar bien fabricado.

—¿Acaso ponéis en duda mi habilidad? —comentó el vendedor con aire ofendido—. Llevo años fabricándolo, me atrevería a decir que no hay nadie en el gremio de perfumistas que pueda superarme en su elaboración. He de admitir que el que hacen en Cícico es insuperable, pero en esta ciudad no encontraréis otro mejor. Lo preparo por medio del aceite onfacino y del de bellota, espesados con xilobálsamo, añadiendo junco oloroso, cálamo

aromático, amáraco, amomo, nardo, casia, carpobálsamo y mirra. Además añado un toque de cinamomo para conseguir esa fragancia tan especial. Y, por supuesto, tenéis la garantía de que la vasija en la que se conserva ha sido untada con miel y vino para conservar todo el aroma.

—Bien, bien —cedió Aecio—. También necesitaré aceite de beleño para las otalgias y aceite de mirto para las quemaduras.

—Tenéis suerte, mi señor *iatroi*, dispongo que cuanto precisáis, algo que no es habitual en otros puestos.

—No os preocupéis. Si quedo satisfecho con la calidad de vuestros productos os garantizo que volveré aquí la semana que viene —aseguró el médico.

—Me alegra saber que he ganado un nuevo cliente —se vanaglorió el perfumista—. Volved cuanto queráis.

Finalizadas sus compras entre los tenderetes situados en el Augusteon, Aecio se encaminó hacia el reconstruido Chalke, la entrada monumental del Gran Palacio. La estructura, incendiada y derruida durante la insurrección de la *Nika*, había sido remozada completamente, aprovechando la reconstrucción para añadir una profusa colección de estatuas, tanto nuevas como recogidas de otras partes del imperio, que rivalizaba en elegancia con la superficie de mármol blanco, recorrida por finas vetas de color azul.

A cada lado de las puertas de bronce, dos estatuas de filósofos traídas de Atenas tendían sus manos la una hacia la otra. Sobre la estatua situada en el lado izquierdo se habían instalado cuatro de las ocho cabezas de gorgona trasladadas desde el templo de Artemisa en Éfeso. Las otras cuatro, que deberían haberse colocado simétricamente en el lado derecho, habían sido enviadas al foro Tauro, y su lugar fue ocupado por un relumbrante mármol en el que se había esculpido al victorioso general Belisario, envuelto en su armadura. Estatuas de Justino, Zenón, Ariadna y todos los gobernantes de la casa de Teodosio salpicaban la fachada, encuadrando un gran tímpano central semicircular en el que se había tallado un busto de Cristo en majestad. Rematando toda la estructura, dos caballos de bronce traídos del templo de Diana en Éfeso se recortaban contra el cielo. Fabricados por el sabio Apolonio, corría el rumor de que estaban imbuidos de propiedades mágicas, pues bastaba con un «*sta*», la voz de alto que empleaban los jinetes, para que las monturas evitaran relinchar o azuzarse entre ellas mientras permanecían frente a la entrada, bajo el influjo de los deslumbrantes caballos de bronce.

Adentrándose en el Gran Palacio, uno de los porteros le condujo a través del patio de los *excubitores* hasta la sala de audiencias principal, donde el *silentiario* le hizo esperar junto a las puertas hasta que finalizó la audiencia que el emperador mantenía con sus principales ministros.

Cuando Aecio entró finalmente en la sala, el emperador le esperaba sentado en su trono, rodeado por velos de fina seda púrpura. Junto a las escaleras de pórfido que conducían al trono imperial, cuatro grandes braseros de bronce emitían un dulce aroma a incienso, que el médico pudo reconocer como aquel que él mismo había aconsejado el día en el que trató las dolencias del emperador.

—Majestad —saludó el médico, arrojándose al suelo para realizar la *proskinesis*.

—Acércate, Aecio —pidió Justiniano, haciendo un gesto con la mano para indicar al médico que se situara a su lado.

—Me alegra ver que habéis vuelto a vuestra rutina —indicó Aecio, ascendiendo lentamente los tres escalones de pórfido hasta situarse junto al emperador—, aunque, como médico, preferiría que guardarais el reposo unos días más.

—Como gobernante es algo que no me puedo permitir —replicó Justiniano, encogiéndose de hombros como si fuera algo que no estuviera en su mano.

Aecio dejó a un lado su caja de medicinas y realizó un breve examen del emperador, comprobando que su pulso era fuerte y estable y su respiración normal. Mientras reconocía al emperador, el médico recordó el miedo que le había mantenido despierto durante toda la noche, diez días atrás, mientras velaba al emperador, rezando continuas plegarias para que el Señor impidiera su muerte. A la mañana siguiente, llamado de nuevo a presencia del enfermo, no pudo evitar suspirar de alivio al comprobar que el estado de Justiniano había mejorado, y que sus síntomas remitían poco a poco.

—Estáis totalmente restablecido —aseguró el médico.

—Así es —confirmó el emperador—, y es algo que debo agradecerte. La emperatriz me ha contado tus sospechas, de no ser por tu rápida actuación ahora estaría en presencia de Dios.

—No son sospechas, majestad —negó el médico—. Tomasteis cicuta. Expulsasteis algunos pequeños trozos tras tomar el vomitivo. Gracias al Señor no fue suficiente para provocaros la muerte. El mérito es de Dios y de vuestra fuerte naturaleza, yo

apenas hice nada que no hubiera hecho cualquier médico.

—¿Es posible que alguien se confunda accidentalmente? —inquirió Justiniano.

—Las hojas de cicuta son muy parecidas al perejil —comentó Aecio—. Sin embargo, el mal olor que desprende es bastante característico. Dudo que un cocinero cometa un error tan grave.

—En cualquier caso, estoy en deuda contigo. ¿Qué recompensa quieres por tus servicios?

—Majestad, sois muy generoso —alabó Aecio—, pero me basta con veros restablecido.

—Creo que os merecéis un cargo en la corte —apuntó Justiniano, ignorando la modestia del médico—. Os nombraré *comes obsequii*.

—Yo…

—Está decidido —sentenció Justiniano, haciendo un gesto para que uno de los eunucos que permanecía dentro de la sala avisara al *magister officiorum* y preparara lo necesario para que Aecio tomara posesión del cargo.

Poco después, dos esclavos entraron en la estancia portando un atril con una Biblia y un papiro. Tras ellos caminaba el *magister officiorum*, quien tomaría el juramento al nuevo cargo en presencia del emperador. En sus manos descansaba un resplandeciente cinturón de oro, el símbolo de los altos funcionarios.

—Debéis leer el papiro —indicó el *magister officiorum*—. En él figura el juramento que debéis prestar al emperador.

Carraspeando, Aecio echó un rápido vistazo al papiro, leyendo con facilidad el latín en el que estaba redactado, después elevó la vista tímidamente hacia el emperador, interrogándole con la mirada, y comenzó a entonar el juramento legal de admisión al cargo en cuanto Justiniano le hizo un gesto con la cabeza.

—«Juro por Dios todopoderoso, por su único hijo Jesucristo, por el Espíritu Santo, por la sagrada y gloriosa madre de Dios, María siempre virgen, por los cuatro evangelistas y por los sagrados arcángeles Miguel y Gabriel, prestar leal servicio a los más píos y sagrados soberanos, Justiniano y Teodora, esposa de su majestad imperial.»

Finalizado el juramento, Flavio Estrategio se acercó al médico y le ciñó el cinturón de oro, ajustándoselo a la cintura.

—Podéis retiraros —indicó Justiniano, ante el desconcierto del médico—. Os haremos llamar cuando os necesitemos.

Aeció realizó una apresurada reverencia, recogió su caja de medicinas y abandonó la estancia, cruzándose con un grupo de patricios que constituía la siguiente audiencia imperial. Mientras salía, volvió a su cabeza la conversación con Valente, aquella en la que le puso al corriente de los horribles actos cometidos por Justiniano, la misma en la que le pedía su colaboración para derrocarle.

Resultaba irónico que acabara de salvar la vida del mismo gobernante a quien se había propuesto destronar. Sin embargo, en ningún momento se le pasó por la cabeza errar su diagnóstico o perjudicar a propósito a su paciente. Ahora, nuevas dudas comenzaban a abrirse paso en su mente, acuciándole con el dilema ético de ostentar un cargo en el mismo gobierno que Valente tenía intención de derribar. Aún no había llegado el momento de hablar con el jefe de la *sekreta* y ya Aecio se arrepentía de verse envuelto en aquella intriga palaciega de la que no quería saber nada.

Sólo tenía clara una cosa, ya fuera su juramento al emperador o su promesa a Valente, antes o después debería romper su palabra.

Sofocada por el intenso calor de la mañana y agobiada por el peso de su equipaje, el rostro de Penélope se encontraba bañado por el sudor. Junto a la comida comprada de camino al puerto también cargaba con su hijo, quien apenas había recorrido unas pocas calles antes de echar los brazos a su madre para que lo aupara.

La anciana la guiaba entre el gentío que abarrotaba el muelle, ahuyentando a harapientos mozalbetes y pedigüeños con su bastón. Pese a su avanzada edad, se movía entre los estibadores y marinos con rapidez, volviéndose de vez en cuando hacia Penélope para urgirla a avanzar.

Llegaron al lugar en el que se hallaba amarrado el barco cuando Penélope se encontraba a punto de desfallecer de agotamiento. Tal y como había dicho el patrón de la nave con la que cerró el trato de su transporte, tanto el buque como su capitán eran una réplica exacta del anterior.

—Mis dos *siliqua* —exigió la anciana, que se situó delante de Penélope y extendió su mano.

Penélope dejó a Platón en el suelo y entregó lo acordado a la anciana, cuyos dedos se cerraron en torno a las dos monedas de plata como garfios. La mujer se despidió con un movimiento de cabeza y desapareció entre el gentío, dejando escapar una corta

risa de satisfacción. Tras el pago, Penélope extrajo de entre sus ropas el pergamino escrito y firmado por el patrón con el que había cerrado el trato y se acercó a su hermano gemelo.

—Convine con vuestro hermano que viajaría en vuestro barco hasta Atenas —indicó, alargando el trozo de pergamino al sorprendido marino.

Con un gruñido, el patrón recogió la nota y la escudriñó con cuidado, mientras su fruncido ceño delataba sus dificultades con la lectura.

—¿Es nuestro barco? —preguntó Platón, señalando la nave con asombro.

—Espera —pidió ella, comenzando a temer por la reacción del marino.

—¡Es muy grande! —exclamó el pequeño, haciendo caso omiso de los intentos de su madre por que se mantuviera en silencio.

El capitán del barco aún permaneció un tiempo callado, antes de maldecir audiblemente con furia.

—¡Maldito entrometido! —rugió, arrugando la nota y arrojándola al suelo—. ¡Sigue pensando que soy su criado!

—Llegué a un acuerdo con vuestro hermano —insistió Penélope, temblando ante la idea de quedarse en tierra.

—Yo no soy mi hermano —respondió fríamente el marino—, y no tengo intención de alojar a una mujer en mi barco, por mucho que él haya jurado lo contrario. ¡Buscad a otro que os lleve! —añadió, girándose para continuar dirigiendo la carga de su embarcación.

—¡Esperad! —pidió ella, posando su mano en el brazo del marino—. Estoy segura de que vuestro hermano no tenía intención de menospreciaros al comprometerse conmigo, sino de aprovechar el viaje para incrementar los beneficios.

—¡Qué sabréis de eso! —gritó el patrón—. ¿Acaso conocéis a mi hermano?

—No —reconoció Penélope—, a ninguno de ambos, pero basta ver vuestro enfado para comprender que no es fácil competir con un hermano exactamente igual y que, sin embargo, actúa como si fuera mayor o más listo.

—Ese necio no tiene ninguna autoridad sobre mí —apuntó el marino, ratificando la idea que Penélope se había hecho sobre su relación.

—Si permitís que nos embarquemos —ofreció ella—, puedo

pagaros cuatro sólidos de oro en lugar de tres. De esa forma mantendréis la promesa de vuestro hermano, demostrando que le respetáis, pero —añadió, cortando las palabras del marino, que se disponía a rebatirla—, al haber ganado más de lo que él negoció, le demostraréis que sois mejor comerciante, y que le habéis superado en beneficios.

El patrón entrecerró los ojos, observando a Penélope con detenimiento, mientras ella casi podía escuchar cómo se encadenaban los pensamientos en la cabeza del marino.

—Está bien —aceptó finalmente el capitán, tras realizar una corta revisión visual del cuerpo de Penélope—. Serán cuatro monedas de oro.

Penélope entregó el dinero acordado y cogió en sus brazos a Platón, apretándolo contra sí, como si el hecho de ser madre constituyera un escudo contra la posible lujuria del capitán, y subió a bordo por el ancho tablón que los marinos utilizaban para introducir la carga en las entrañas del navío.

—¡Tú! —gritó el patrón, señalando a uno de los tripulantes—. Acompaña a la dama y a su hijo bajo cubierta, y encárgate de poner una cortina junto a la proa para que pueda tener un poco de intimidad.

Guiada por el marino, Penélope se adentró en el oscuro interior del barco mientras el patrón la seguía con la vista. Después, el capitán observó concienzudamente uno a uno los cuatro sólidos de oro para asegurarse de su autenticidad, antes de meterlos en su bolsa y sonreír torvamente.

—Gracias, hermanito —susurró—. Va a ser una travesía placentera.

—Te lo repito, no he sido yo.

Sin que las excusas le convencieran, Valente escuchaba cómo Juan de Capadocia negaba su implicación en el intento de envenenar al emperador. Apenas unos días después de que Justiniano cayera enfermo, el Gran Palacio hervía con los rumores sobre la gravedad de su estado y la mano que se encontraba detrás de aquel malogrado regicidio. Ese mismo día se descubrió el cadáver del eunuco que había servido el desayuno al emperador. Sin embargo, silenciar al único que podría haber identificado al instigador del asesinato no hizo sino acrecentar las sospechas de los funcionarios, y de entre todos los posibles cabecillas de aquella conjura ningún nombre corría de boca en boca más que el de Juan

de Capadocia.

Indignado por la falta de cabeza demostrada por el prefecto con tan burdo intento de librarse de Justiniano, Valente había acudido a su villa a exigir explicaciones, sin acabar de creer al capadocio mientras éste juraba y perjuraba que no tenía nada que ver con el asunto.

—Me está ocurriendo lo mismo que cuando me acusaron de envenenar a Focas —recordó el prefecto, refiriéndose a la precipitada muerte de su predecesor en el cargo—. Me acusan de los pecados de otro.

—¿Y te extraña? —comentó el senador—. ¿No fuiste tú quien se deshizo de Antemio de Tralles?

—Era la única forma de corregir un error —se defendió el prefecto—, y nadie puede relacionarme con ello. De no habértelo contado tú tampoco lo sabrías.

—¿No entiendes que no hace falta que digas nada? Son demasiadas casualidades. Además, después de propagar toda esa serie de bulos sobre la emperatriz, tú mismo te has subido a la balanza. Ya te advertí que no era buena idea presionar a Teodora.

—Odio a esa mala pécora —afirmó taxativamente el capadocio —. Tal vez me precipité, pero nadie podía haber supuesto que tratarían de envenenar a Justiniano. ¿Quién habrá sido tan osado?

—Puede tratarse de cualquiera, desde un espía de los persas hasta un patricio o un terrateniente que busque vengar una antigua afrenta del emperador. De todas formas no importa, todos te acusarán a ti.

—Justiniano no lo hace —aseguró Juan de Capadocia—. Mientras él mantenga su confianza en mí todo irá bien.

—Si seguimos cometiendo errores antes o después Justiniano se volverá contra ti.

—¿Y qué propones?

—Deberíamos retrasar los planes —sugirió Valente.

—¿Detenernos ahora? No.

—No tenemos otra opción —insistió el senador—. Ahora mismo todos los ojos de palacio se fijan en ti. Cualquier movimiento sería como ponerse una soga al cuello. Tenemos que arriar velas, y confiar en que el tiempo haga olvidar todo esto.

—Estoy harto de servir a ese necio —aseguró Juan de Capadocia—. No soporto el servilismo que me impone, ni la mirada de esa sucia perra que tiene por esposa.

Valente se mantuvo en silencio, dejando que el prefecto desahogara su rabia. Seguro de que, antes o después, llegaría a la misma conclusión que él.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó finalmente Juan, tras emitir un fuerte suspiro de resignación.

—Un año, al menos. Después de eso volveremos a hablar.

—¿Ya ha contactado tu fuente con el patriarca?

—No, ese asunto está parado —explicó Valente—. Será mejor no hacer ningún movimiento ahora. ¿De qué nos serviría informar a Epifanio si luego debemos pedirle que no haga nada durante un año? No tiene sentido.

—Está bien —aceptó el capadocio—. Un año.

Valente asintió con un gesto, aliviado tanto porque el prefecto hubiera entrado en razón, como por disponer de algo más de tiempo para planear cómo conseguir la vuelta de su anhelada república.

Subido en uno de los andamios que coronaban los muros del gineceo, Gregorio se encargaba de colocar la primera hilada de ladrillos de la cúpula que cubriría esa parte del segundo piso de la basílica.

Dada la rapidez con la que Isidoro les urgía, los planes para la construcción de las bóvedas de ladrillo que cubrirían las galerías se habían diseñado para que se pudiera realizar la obra sin el uso de cimbras. Estas estructuras de madera, que soportaban el peso de los ladrillos hasta que el arco estuviera finalizado, se utilizaban únicamente para realizar los arcos en los que comenzaba y terminaba la bóveda de cañón. El resto de la cubierta se realizaba sin que fuera necesario contar con las engorrosas estructuras de madera, que se combaban fácilmente con el peso de los ladrillos, y que paralizaban las obras hasta que los maestros carpinteros hubieran terminado de colocarlas.

Para construir las bóvedas de cañón sin necesidad de cimbras, se realizaba la bóveda por medio de una sucesión de pequeños arcos formados por una sola fila de ladrillos. Inicialmente, los ladrillos del primer arco se pegaban al muro de cabecera por medio del mortero, permitiendo que se completara la semicircunferencia. Una vez terminada de colocar, la hilera de ladrillos formaba un arco de medio punto que tenía estabilidad propia, sin contar con la ligazón que le proporcionaba el mortero.

En cuanto este primer arco fraguaba y se asentaba, se pegaba

otro a su lado, ligándolo a él con mortero, y así sucesivamente hasta completar toda la bóveda de cañón. Para evitar que los ladrillos se deslizaran hacia abajo mientras fraguaba el mortero, se los colocaba con una pequeña inclinación. Eso implicaba que la superficie del intradós ya no quedaría lisa sino dentada, lo que ayudaba indirectamente a la colocación de mosaicos en las cúpulas, pues el retranqueo consiguiente de los ladrillos mejoraba la sujeción de las teselas.

Para la inclinación de las distintas hiladas de ladrillos se utilizaba un cuarto de ángulo recto. Existía la posibilidad de aumentar la sujeción si los arcos se realizaban de manera troncocónica, pero eso incrementaba su complejidad, por lo que Isidoro los había descartado.

Dada la inexistencia de cimbras, se necesitaba una guía para colocar los ladrillos correctamente. Esa labor la realizaba un cordel tenso paralelo a los muros que sustentaban la bóveda de cañón, situado justo entre ambos, a la altura de la base de la bóveda. Sobre esa cuerda se deslizaban dos varas ligeras, anudadas para que formaran el ángulo correcto. Las varas tenían el tamaño justo para que su intersección indicara el punto en el que debía colocarse el ladrillo, así como la inclinación que tendría que tener. Además, al estar sustentadas sobre el cordel, podían girar a su alrededor para guiar todo el arco, y desplazarse en toda su longitud para ir formando cada uno de los arcos de la bóveda.

Mientras Gregorio y sus compañeros comenzaban por uno de los lados, otra sección de trabajadores iniciaba la bóveda en el otro extremo de la galería. Cuando ambos grupos se unieran en el centro, el último hueco sería cerrado colocando una hilada final de ladrillos en forma de espina de pez.

Ni siquiera había llegado el momento del primer descanso, cuando un aprendiz subió al andamio junto a Gregorio y le tocó en el hombro.

—Hay alguien ahí abajo que pregunta por ti —dijo el recién llegado, cuando Gregorio se volvió hacia él, interrogándole con la mirada.

—¿Quién es?

—Una mujer. No ha dicho qué quería, pero ha insistido en que es muy urgente. Hemos tratado de echarla de la obra, pero no quiere moverse hasta verte —añadió el aprendiz.

—¿Dónde está? —preguntó Gregorio, intrigado.

—En la primera planta, junto a las columnas de mármol.

El aprendiz sustituyó a Gregorio mientras éste descendía por las escaleras de mano hasta el suelo del gineceo y bajaba hasta la planta baja del ala norte por medio de la rampa situada al oeste de la galería. Cuando se acercó hasta la primera de las cuatro grandes columnas de mármol, que separaban el cuerpo central de la iglesia de la nave norte, Gregorio se topó con una anciana andrajosa, a cuyo lado se mantenía uno de los peones.

—¿Quién eres? —preguntó confuso el albañil—, ¿y qué es lo que quieres de mí?

—Tu vida está a punto de cruzar el mar —respondió crípticamente la anciana—. Pon algo de plata en mi mano y te diré cómo evitarlo.

—¿De qué estás hablando, vieja loca? —se indignó Gregorio—. ¿Has venido a pedirme limosna? ¡Échala de aquí! —ordenó al peón.

—Como quieras —dijo la anciana, dándose la vuelta como si fuera a seguir al peón—. Pero esta noche, cuando vuelvas a casa, descubrirás que tu mujer y tu hijo han desaparecido.

—¿Cómo? —gritó Gregorio, asiendo a la anciana por el brazo y obligándola a darse la vuelta—. ¿A qué te refieres?

—Tu mujer ha salido de casa esta mañana con tu hijo en brazos —afirmó la pedigüeña—. Va a huir de tu lado, pero yo puedo decirte dónde encontrarlos.

—¡Maldita perra! —chilló Gregorio, empujando bruscamente a la anciana hasta derribarla al suelo—. ¡Dime ahora mismo dónde están si no quieres que te mate!

—Si me matáis nunca lo sabréis —replicó la anciana con la frialdad de la que ha sido maltratada en muchas ocasiones.

Aún en el suelo, la anciana extendió su mano hacia Gregorio, mostrando una desdentada sonrisa de burla. Asiendo su andrajosa túnica, el albañil cerró el puño dispuesto a golpear a la anciana, aunque la desafiante sonrisa de la pedigüeña le contuvo. Resultaba evidente que aquella pordiosera no temía los golpes, ni los gestos intimidatorios del albañil. El hambre y la miseria causaban mayor miedo que cualquier amenaza que Gregorio pudiera proferir, por lo que, tras un instante de duda, echó mano a su bolsa y tiró al suelo junto a la anciana un buen puñado de monedas.

—Tu mujer y tu hijo han subido a un barco para irse a Atenas —dijo la anciana, mientras se arrojaba ávidamente sobre las monedas, andando a gatas sobre el suelo de la futura iglesia para recogerlas—. Se encuentra amarrado a cien codos al norte de la

estatua del buey. Lo reconocerás por la talla de la virgen que adorna la proa, está pintada de rojo.

Gregorio abandonó corriendo las obras, encaminándose al puerto mientras juraba degollar a aquella vieja si le había mentido, o, en el caso de que la pedigüeña le hubiera dicho la verdad, a Penélope.

Mientras descendía cuidadosamente la estrecha escalera, Narsés agradeció el frescor que se respiraba en el sótano, en contraposición al sofocante calor que se abatía sobre el pabellón en el que tenía sus dependencias.

Avisado por una de las damas de la emperatriz, acudía a verla al *frigidarium*, la piscina de agua fría que se encontraba bajo tierra, en la zona este del Gran Palacio, junto a la cisterna en la que se almacenaba el agua de la que se abastecía la residencia imperial. Al igual que en su palacio de Hierón, Teodora había ordenado construir una pequeña estancia subterránea, apenas iluminada por unos estrechos ventanucos que se abrían en la pequeña cúpula que coronaba la sala. En su centro, una piscina llenaba casi toda la sala, dejando únicamente un pequeño espacio alrededor para poder caminar en torno al agua.

En el interior de la sala, dos damas permanecían junto a su señora, cuchicheando mientras la emperatriz se mantenía bajo el agua, sentada en uno de los escalones que daban acceso a la piscina en el lado contrario a la entrada.

—¿Me habéis mandado llamar, majestad? —dijo el eunuco, situándose frente a la emperatriz.

—Sí, Narsés —confirmó ella—. Hace días que no tengo noticias de ti, y hay un asunto pendiente del que quiero ser informada.

El eunuco guardó silencio, desviando la mirada hacia las dos damas de la emperatriz, que le contemplaban con curiosidad.

—Puedes hablar sin temor —aseguró Teodora.

—Si os referís a Juan de Capadocia, majestad, me temo que debo informaros de que no puedo hacer nada.

—¿Cómo?

—Desde el incidente con el emperador el prefecto ha triplicado su guardia —explicó el eunuco—. Además, ha expulsado de su villa a todos los sirvientes que llevaban menos de un año a su servicio, incluidos mis dos espías. Se ha vuelto tan temeroso que, de noche, repasa personalmente las cerraduras de sus estancias, y obliga a sus guardias previamente a revisar cada rincón en busca

de asesinos ocultos. Mientras no cometa un error, matarle es imposible.

—Me decepcionas, Narsés —comentó Teodora—. Hasta ahora nunca habías fallado.

—No sé cómo disculparme por mi tardanza, majestad.

—¿Te das cuenta de que ese cerdo ha estado a punto de asesinar a mi esposo?

—Lo sé, mi señora, y os suplico que perdonéis mi error.

—Ya se nos ocurrirá algo —dijo ella, quitando importancia al asunto con un gesto de la mano—. Al menos Justiniano ha multiplicado sus precauciones.

—Nadie podrá atentar de nuevo contra el emperador —aseguró Narsés—. Os lo garantizo. Sin embargo, es una lástima que vuestro augusto esposo se niegue a creer en la culpabilidad del prefecto.

—A decir verdad, no hemos aportado ninguna prueba sólida —admitió Teodora—. Muerto el eunuco que sirvió la comida no hay formar de tirar del hilo para salir del laberinto. Ese puerco lo tenía todo bien pensado.

—Antes o después el prefecto cometerá un error.

—Eso espero —comentó la emperatriz, levantándose para salir del agua, lo que provocó un pequeño revuelo entre sus damas, mientras preparaban la toalla de lino para secarla y los aceites con los que ungirían su cuerpo.

La visión del cuerpo desnudo de Teodora provocó un estremecimiento en el eunuco, hasta el punto que se vio obligado a desviar la vista hacia el suelo.

—¿Te turba contemplar el cuerpo de una mujer? —inquirió Teodora al observar la reacción de Narsés.

—¿Quién no se sentiría cohibido ante vuestra deslumbrante belleza, majestad? —replicó el eunuco—. Sólo busco vuestra comodidad, mi señora.

—Eres un eunuco, Narsés —comentó ella—. ¿Por qué habría de incomodarme tu mirada?

Forzándose a elevar la vista, el eunuco clavó sus ojos en el rostro de Teodora, manteniendo su mirada fija en la cara de la emperatriz, tratando de evitar que sus gestos delataran la turbación que le inundaba. Durante un instante, ella permaneció quieta, sosteniendo la mirada del eunuco, con el agua acariciando sus muslos justo por debajo de su sexo.

—¿Lo ves? —dijo finalmente Teodora—. No hay por qué

desviar la mirada.

—Ya sabéis que los castrados jóvenes carecen de apetitos sexuales —indicó Narsés, mientras la emperatriz salía de la piscina y se dejaba envolver en la gran toalla que le tendía su dama.

—Eso dicen —concedió ella—. Aunque también se cree que a los eunucos que se les castra antes de los catorce años no les salen las muelas del juicio, pero no es cierto.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Narsés, mientras se preguntaba si ese pequeño incidente había revelado a Teodora el secreto que atesoraba. Había fracasado en su intento de eliminar al emperador, al tiempo que Juan de Capadocia se convertía en un verdadero contrincante que escapaba a su control. Había perdido su oportunidad y, con ella, su sueño. Sin embargo, sólo había una cosa que no podría soportar, que Teodora descubriera el amor que él sentía.

Y, sobre todo, que le rechazara por ello.

Un fuerte olor a podredumbre inundaba el interior del barco. En la penumbra de la bodega, Penélope arrullaba a Platón, que comenzaba a marearse con el suave bamboleo del casco. Tras instalar una espesa cortina de lana para separar el lugar en el que viajaría ella del resto de la bodega, el marinero le había confirmado que zarparían después de finalizar la carga de mercaderías.

Durante un buen rato, Penélope había acompañado al pequeño a ver cómo los marinos acumulaban sacos, ánforas y grandes tinajas en el reducido espacio bajo la cubierta, asegurándolos con fuertes cuerdas de cáñamo para impedir que se movieran durante la travesía. Sin embargo, las miradas que los tripulantes le dirigían, junto al incipiente mareo del niño, la convencieron para recluirse en su estrecho compartimento, a la espera de que el navío zarpara.

Mientras escuchaba las imprecaciones que los tripulantes se dirigían unos a otros, Penélope deshizo el hatillo con las prendas que había recogido de su casa, recogió el cinturón de oro y lo guardó en la misma bolsa en la que llevaba el dinero. Ocultar su pequeño tesoro en el barco se antojaba imposible, pues cualquiera de esos marinos conocería hasta el último recoveco de la embarcación mejor que ella, así que decidió que lo más prudente sería llevar siempre encima la totalidad del dinero. En cuanto al resto, utilizó la áspera manta que el marino les había

proporcionado para construir un cómodo lecho en el que instalar a Platón, que se aferraba a su caballo de juguete como si fuera el único trozo de madera que no parecía moverse de un lado a otro.

—¿Cómo estás? —preguntó Penélope, mientras acariciaba el rostro del pequeño.

—No sé —respondió Platón, confundido respecto a la extraña sensación que notaba en el estómago.

—El barco zarpará dentro de poco. Si quieres podemos salir a cubierta y ver cómo dejamos el puerto.

—Quiero ir a casa —dijo el niño, a quien la aventura parecía comenzar a disgustarle, en vista de los efectos secundarios que implicaba la singladura.

—Vamos a una nueva casa, cariño.

Unos pasos que se acercaban atrajeron la atención de Penélope, que recogió instintivamente a Platón entre sus brazos.

—¡Señora! —llamó uno de los tripulantes desde el otro lado de la cortina—. El patrón quiere que subáis a cubierta.

Descorriendo la cortina, Penélope dejó su pequeña estancia junto a Platón, siguiendo al marino hacia la escalera de madera que permitía el acceso a la bodega.

—¿Han terminado de cargar? —preguntó mientras caminaba.

—Sí —confirmó el tripulante—. Estamos a punto de zarpar.

El sol la deslumbró cuando dejó la bodega por las húmedas e inseguras escaleras. El patrón la esperaba junto a una de las bordas, repiqueteando con sus dedos sobre la madera y con una mueca de contrariedad en el rostro.

—¿Ocurre algo? —preguntó Penélope al llegar hasta él.

Por toda contestación, el capitán del barco señaló hacia el cercano malecón, donde varios marinos rodeaban a un hombre, que se movía entre ellos como un gato enjaulado.

—¿Conocéis a ese hombre? —preguntó el patrón con evidente malestar.

Penélope centró su mirada en la figura que se revolvía entre los marinos, como si buscara un hueco entre el muro de tripulantes para subir al barco. Tapado por los cuerpos de los hombres de mar, tardó unos instantes en vislumbrar su rostro, aunque, nada más reconocerlo, su corazón estuvo a punto de dejar de latir.

—¡Papá! —llamó alborozado Platón, saludando a Gregorio.

Al escuchar al pequeño, el albañil se asomó entre dos de los hombres que le impedían el paso, dirigiendo la vista a la cubierta

y descubriéndoles junto al patrón del barco. Con el rostro enrojecido de furia, la señaló con la mano a través de la muralla de marinos.

—¡Perra! —gritó Gregorio.

Dos marinos asieron al albañil cuando hizo un nuevo intento por abalanzarse hacia la pasarela que conducía al barco. Pese a la distancia, Penélope dio un paso hacia atrás.

—No hace falta que contestéis, ya veo que lo que dice ese hombre es cierto —comentó el patrón—. Ha llegado aquí hace un momento, gritando como un loco y acusándonos de secuestrar a su familia.

—Nadie nos ha secuestrado —afirmó Penélope—. Me voy por mi propia voluntad. Mi esposo…

—Sobran las excusas —interrumpió el patrón con seriedad—. No me importa si bajáis del barco o si decidís quedaros. Pero no me llevaré al niño.

—¿Cómo? ¡He pagado el pasaje! —replicó ella.

—Un hijo está bajo la tutela de su padre —insistió el patrón—. Vuestro esposo amenaza con denunciarme al encargado del puerto, y mientras éste no me dé permiso no podré zarpar. No voy a perder el tiempo por esto.

—A los funcionarios se les puede sobornar —indicó Penélope.

—¿Al encargado? No me hagáis reír. Aedo es sirio —aseguró el marino—. Vendería a su madre si fuera necesario, pero lo haría por un precio desorbitado. No nos dejará partir a menos que paguemos un impuesto o nos avengamos a llevarle gratis una carga de mercancías a Dios sabe dónde. ¿Tenéis acaso cien o doscientos sólidos de oro?

—Por supuesto que no, pero…

—En ese caso ni me molestaré en hacer la prueba.

—Por Dios —susurró Penélope, mirando de reojo a Gregorio—. Os lo suplico.

—No —negó fríamente el patrón—. Si no le entregáis el niño a su padre yo mismo se lo arrojaré por la borda. En cuanto a la madre… —añadió, endureciendo sus facciones aún más—, casi prefiero que se quede también en tierra. Ya tengo bastantes problemas.

Penélope miró fijamente al marino, buscando en su rostro un indicio de compasión o una sombra de duda. Pero nada había en aquel hombre que no fuera la fría determinación de echarlos del

barco. Sintió cómo se le nublaba la vista y tuvo que apoyarse en la amura para evitar caerse al suelo. Ni siquiera en ese instante el marino hizo un gesto, mantuvo sus ojos fijos sobre ella, expulsándola de su barco con la mirada.

—¡Tú! —gritó el patrón, señalando a uno de los tripulantes—. Baja a la bodega y recoge las pertenencias de esta mujer.

El marino se apresuró a empaquetar de nuevo el hatillo de Penélope, aunque ella había olvidado por completo viandas y ropas. En su mente sólo había sitio para una cosa, su pensamiento se centraba únicamente en la rabiosa mirada de odio que Gregorio le dirigía desde el malecón, y en la terrible mueca de triunfo que se dibujaba en su boca.

Sintió una mano que la asía del brazo, y que la presionaba para que se moviera. Durante un instante se dejó llevar, caminando como una autómata hasta la pasarela. En el malecón, los marinos se hicieron a un lado, dejando un pasillo al final del cual esperaba Gregorio, con los brazos en jarras, expectante.

El tripulante que se encontraba a su lado volvió a presionarla para que cruzara la pasarela, pero esta vez Penélope se negó. Respiró con fuerza y miró fijamente al marino, reuniendo todo el valor que pudo encontrar en su interior. El hombre le soltó el brazo, tendiéndole su hatillo y señalando el malecón con un gesto de cabeza. Ella recogió sus cosas con tranquilidad y se dispuso a bajar del barco, deteniéndose cuando ya había puesto un pie en la pasarela.

—¡Patrón! —llamó—. Me debéis el dinero del viaje.

—¿Qué dinero? —inquirió él con una sonrisa burlona—. Aún no me habíais pagado.

—Ese que os pedirá el encargado del puerto si mi marido denuncia la pérdida de su oro además de la de su hijo —replicó Penélope, mirando fijamente al capitán.

Tras un instante de duda, el patrón maldijo audiblemente, echó mano a su bolsa y recogió cuatro monedas de oro, acercándose hasta donde se encontraba Penélope.

—¡Aquí tenéis! —dijo, entregándole el dinero—. Y ahora largo de mi barco.

Tras contar lentamente las monedas, Penélope las guardó en su bolsa con aire despreocupado, y descendió por la pasarela ante las miradas de los tripulantes, con Platón aún en brazos y el hatillo colgado de la espalda.

Cuando se encontró frente a Gregorio se mantuvo erguida,

observando cómo él cerraba los puños y apretaba los dientes, sosteniéndole la mirada a sabiendas de que sería la última vez que podría sentirse libre.

—Hemos ido en barco —comentó inocentemente Platón, demasiado pequeño para darse cuenta de lo que ocurría—. Pero no me gusta.

Gregorio desvió la vista, mirando al niño mientras resoplaba como un toro.

—Yo no he hecho nada —dijo Platón compungido.

—Vamos a casa —ordenó secamente Gregorio, apartándose a un lado para que su mujer caminara delante de él.

Con la cabeza alta, Penélope comenzó a andar, desdeñando los comentarios de los curiosos que se habían concentrado a su alrededor. Mantuvo el paso vivo durante todo el trayecto, sintiendo los acusadores ojos de Gregorio fijos en su espalda. De algún modo, se acordó del camino que su amado Héctor había realizado a lomos de un mulo de camino al patíbulo. Recordó su firmeza, la dignidad con la que afrontaba el injusto destino que le esperaba. Tal vez Héctor nunca creyera en el cielo, pero ella sabía que ahora la estaría mirando desde el paraíso, y aunque, a cada paso, el miedo se iba apoderando de su cuerpo, continuó caminando firmemente.

Nada más cruzar el dintel de la puerta su mirada se cruzó con la de Antousa. Durante el camino de regreso a su casa, Penélope no había dejado de pensar que había sido la esclava la que había denunciado su desaparición a Gregorio. Sin embargo, le bastó contemplar la expresión de estupor con la que Antousa les recibió para darse cuenta de que, pese a que conocía de algún modo sus planes, la esclava no había revelado nada a su marido.

—¡Llévatelo! —ordenó Gregorio a la esclava, recogiendo a Platón de los brazos de su madre y entregándoselo a Antousa.

La esclava recogió al pequeño, y se adentró en la vivienda llevando al niño en brazos, medio adormecido por el mareo del barco y el paseo posterior. Penélope le siguió con la vista, hasta que su mejilla pareció explotar y se vio arrojada al suelo.

—¡Sucia hija de perra!

El golpe la había cogido tan de improviso que Penélope apenas fue consciente de él hasta que se encontró sobre las frías baldosas que cubrían el suelo. Sintió un calor ardiente en la cara, y el agrio sabor de la sangre le inundó la boca. Trató de levantarse, pero, nada más alzar el rostro, el puño de Gregorio se abatió sobre ella,

impactando de lleno en su cara.

A punto de perder la consciencia escuchó un tintineo, un poco antes de que la voz de su esposo llegara a sus oídos. Sin embargo, los sonidos parecían llegar de muy lejos, como si llegaran desde otra habitación.

—¡Oro! —gritó el albañil, cuando la bolsa de Penélope cayó al suelo con el segundo golpe, extendiendo sobre el enlosado el dinero que guardaba en sus entrañas—. ¡Me has estado robando!

Penélope trataba de recuperar el aliento, mientras escuchaba cómo Gregorio la maldecía, al tiempo que se agachaba a recuperar las monedas, que rodaban en todas direcciones. Libre durante unos instantes de la furia de su marido gracias a la avaricia del albañil, trató de ponerse en pie, aunque apenas consiguió incorporarse un poco antes de que la cabeza comenzara a emitir dolorosas punzadas que la obligaron a apoyar la espalda contra la pared. Miró a ambos lados, tratando de enfocar su borrosa mirada, buscando algo a lo que poder asirse, pero no había nada lo suficientemente cerca como para servirla de sostén. Cogió aire y se apoyó en la pared para levantarse, aunque, apenas había comenzado, Gregorio se abalanzó de nuevo sobre ella, agarrándola del cuello y empujándola de nuevo contra el muro, con tal fuerza que le cortó la respiración.

—¿Qué es esto? —gritó él, poniendo ante sus ojos el anillo de oro que ella le había comprado después de la boda, el mismo que nunca llegó a entregarle—. ¡Querías casarte con otro, furcia! ¿Para quién era este anillo? —insistió, apretándole el cuello con tanta fuerza que Penélope pensó que la estrangularía allí mismo.

—Era para ti —susurró ella con un hilo de voz.

—¡Mientes! —chilló él—. Pero yo te enseñaré a respetarme. De no ser por esa vieja me habrías arrebatado a mi hijo. El Señor me la ha enviado, y Él mismo ya indica el castigo de aquellos que pecan, ojo por ojo.

Penélope le miró, incapaz de hablar mientras la mano de Gregorio aumentaba la presión sobre su cuello. Trató de quitarse de encima esa garra que le impedía respirar, pero sus esfuerzos resultaban inútiles ante los fuertes brazos del albañil.

—Tú has querido arrebatármelo —prosiguió el albañil, cuya voz llegaba cada vez más débil a los oídos de Penélope—, así que yo te lo arrebataré a ti.

La vista se le nublaba, los sonidos se convertían en ecos lejanos pero, aun así, las últimas palabras de Gregorio se grabaron en su

mente antes de que la oscuridad la envolviera.

«No volverás a ver a tu hijo.»

Constantinopla, 9 de agosto de 534

La noticia corría de boca en boca por toda la ciudad, provocando que una inmensa multitud se fuera aglutinando en los márgenes del Cuerno de Oro, en las murallas, la acrópolis y en el propio puerto. El victorioso general Belisario regresaba de África.

En contraste con su desapercibida llegada del frente persa casi tres años antes, una muchedumbre enfervorizada comenzó a aglutinarse en las cercanías del puerto militar, en cuanto los primeros pescadores regresaron al malecón con la noticia de que la flota del general se aproximaba a Constantinopla.

Asomado a uno de los vanos porticados del balcón que colgaba sobre el puerto, en el palacio de Bucoleón, Justiniano no lograba escuchar los gritos de la multitud que recorría la ciudad. Pese a ello, contemplando las rojas velas de la nave de Belisario, el emperador era capaz de comprender la excitación que parecía haber anegado hasta al último habitante de la capital, pues él mismo sentía su pecho inflamado por el orgullo de la victoria.

Belisario había anunciado que arribaría a la ciudad en la flota que transportaba desde África el inmenso botín capturado a los vándalos, junto a un buen número de cautivos y al propio rey Gelimer. Desde las campañas de Trajano, más de tres siglos atrás, el imperio romano no había conocido una victoria semejante. Las armas de Roma por fin habían logrado derrotar a los bárbaros, deteniendo así la continua caída en la que parecía sumido su imperio. Todos cuantos se encontraban en Constantinopla tenían la sensación de estar viviendo un momento único, aunque, de entre todos ellos, sólo uno era capaz de comprender por qué, sólo Justiniano.

Aquella flota que se aproximaba al albur del viento confirmaba sus más fervientes anhelos, comenzando a convertir en realidad el sueño que le obsesionaba desde su llegada al trono. Lo que hasta ese momento era sólo un ideal, simple humo que podía deshacerse con la llegada de una repentina ráfaga de aire, se había convertido en la sólida base sobre la que cimentar aquello a lo que había dedicado su vida, renovar el imperio.

La visión de las naves provocó un segundo efecto, pues despejó las dudas que los rumores llegados desde África habían imbuido en el pensamiento del emperador. Durante semanas, Justiniano se

había dejado influenciar por aquellos que acusaban a Belisario de planear una traición, advirtiendo al emperador sobre la idea del general de reclamar el trono de los vándalos para sí mismo. Sin embargo, el hombre en el que había depositado su confianza se había hecho acreedor de la misma. Nada había que temer. De hecho, una nueva idea apareció en la mente del emperador. Roma llevaba siglos esperando una victoria como ésa. La paciencia y el tesón del pueblo que había dominado el mundo merecían una recompensa, un golpe de moral que les devolviera la fe en la gloria, la fe en su destino. Ordenaría la celebración de un triunfo militar para el general victorioso, algo que el imperio no recordaba desde hacía siglos. El pueblo necesitaba a un héroe en el que creer, un espejo en el que mirarse, y nadie mejor que Belisario.

Sí, aquella flota no sólo anunciaba una victoria, era el heraldo que traía la noticia del nacimiento de su nueva Roma.

Un fuerte chasquido delató la llave, mientras giraba dentro de la cerradura para liberar el cerrojo. Un instante después, la puerta se abrió, dejando paso a la figura de Gregorio, apenas iluminada por un candil que portaba en su mano. Arrugando la nariz ante el cargado ambiente de la sala, el albañil avanzó hasta la tosca mesa de madera, dejó sobre ella el ánfora de base ancha con agua y retiró la del día anterior. Tras él caminaba Antousa, portando una bandeja con un cuenco de ensalada y un pequeño pan redondo.

Mientras el albañil abandonaba la habitación sin detenerse siquiera a mirarla, Penélope observó cómo la esclava depositaba a su vez su carga sobre la mesa, recogiendo el cuenco del día previo, aún intacto. En la penumbra, Penélope observó los fríos ojos de la esclava. Aún mantenía la altiva mirada que descubrió en los ojos de Antousa el primer día que la vio, la misma frialdad que hacía imposible discernir si, tras ese rostro hierático, existía algún tipo de sentimiento.

Tras cargar su bandeja, Antousa se acercó hasta ella y recogió del suelo la palangana en la que Penélope hacía sus necesidades para vaciarla en el patio. Como cada noche, ella asió su brazo, deteniendo a la esclava para susurrar la misma pregunta.

—¿Cómo está Platón?

Antousa la miró, clavando en su antigua ama una mirada indefinida, antes de responder con el duro acento que imprimía a su voz su origen norteño.

—Crece fuerte y sano.

Al escucharlo, Penélope la soltó, tratando de sonreír. Sin embargo, de sus resecos labios apenas surgió una mueca de desesperación. La esclava terminó rápidamente sus tareas y se perdió tras la puerta, de la que surgió otro chasquido cuando Gregorio giró nuevamente la llave.

Después de su intento de huida, el albañil había iniciado los trámites burocráticos para solicitar el divorcio, al tiempo que encerraba a Penélope en uno de los pisos del mismo edificio en el que vivían, que alquiló para que le sirviera de improvisada cárcel durante los meses que tardara en separarse legalmente de ella. Indiferente ante el sufrimiento de su esposa, Gregorio cumplía su amenaza, impidiéndole cualquier contacto con su pequeño.

Durante los primeros días de su encierro, aún desorientada por lo ocurrido, Penélope mantenía la esperanza de que aquella tortura fuera temporal, que, pese a las continuas negativas de Gregorio a hablar con ella, acabaría entrando en razón y le permitiría ver a su hijo. Sin embargo, poco a poco la cruda realidad se abrió paso en su mente, hasta que tuvo que aceptar que lo había perdido todo.

Sin familia ni amigos cercanos, su esposo podría mantenerla aislada indefinidamente y, una vez logrado el divorcio, arrojarla a la calle. El propio Aecio ni siquiera sabría de su situación, pues ella misma había acudido a verle poco antes para decirle que renunciaba a su puesto en el hospital.

Estaba sola y, aunque el instinto de conservación la impulsaba a diario a tomar algo de alimento, hacía días que su cabeza trataba de imponer a su alma la lógica de la única libertad que aún le quedaba.

La de no vivir para ver cómo le arrebataban a su propio hijo.

Constantinopla, 10 de agosto de 534

—¡Antonina, por fin has vuelto!

Ante el asombro de sus damas de compañía, Teodora se fundió en un abrazo con su amiga en cuanto entró por la puerta.

—Mi querida Teodora —saludó la mujer del general—, ya te aseguraba que no tenías nada que temer.

—No me harás creer que todo ha sido un simple paseo. Deja que te vea —pidió la emperatriz, separándose un paso de su amiga aunque manteniendo las manos aún entrelazadas con las suyas—. ¡Estás espléndida!

—No me adules, por favor —dijo Antonina—. Fíjate qué piel traigo. ¡Parezco una nubia!

—El sol de África. Pero no es nada que no pueda arreglar un poco de maquillaje. Ven, recuéstate a mi lado. Tienes que contármelo todo.

Teodora condujo a su amiga de la mano hasta los lechos del *triclinium*, donde ambas se recostaron una junto a la otra, bajo los suaves abanicos de plumas de pavo real que manejaban dos fornidos esclavos.

—¡Dios mío! —exclamó Antonina, cerrando los ojos para saborear el fresco vino aromático que le acababa de servir una de las damas—. No sabes cuánto he echado de menos esto.

—Aún no comprendo cómo quisiste emprender ese viaje —aseguró Teodora, recogiendo una uva de la fuente de frutas que dos esclavos dejaron sobre la mesa frente a ellas—. Recuerdo cuando estuve en África con Hecébalo, no veía el día de salir de allí.

Asintiendo con un gesto, Antonina esbozó una sonrisa, sorprendida de que Teodora hablara tan abiertamente de su pasado. Hecébalo había sido uno de los amantes de la emperatriz, cuando aún era la actriz más deseada del momento. Convertida en su concubina oficial, se desplazó con él hasta África, cuando a Hecébalo se le concedió el cargo de gobernador de una de las provincias romanas al oeste de Egipto. Sin embargo, su tormentosa relación acabó en apenas unos meses, cuando él la expulsó de su lado y Teodora se vio obligada a prostituirse para pagarse el viaje de vuelta hasta Alejandría. Pese a ello, fue allí donde conoció a Severo de Antioquía, el gran líder monofisita, y a Timoteo, quien

se convertiría en su padre espiritual. Fue en Egipto donde Teodora se transformó por completo, redescubriendo la fe. Fue en ese punto donde decidió abandonar la escena y la vida que llevaba hasta entonces, regresando a Constantinopla convertida en una simple hilandera. Hasta que conoció a Justiniano, y su vida volvió a cambiar.

—Una vez que mi esposo derrotó a los vándalos pudimos instalarnos cómodamente —recordó Antonina—, pero nada me hará olvidar el horrible viaje en barco, la vida en los campamentos o el sofocante calor. Desde que llegamos me he pasado el tiempo en las termas, tratando de arrancarme del cuerpo el fétido olor de las bodegas.

—¿Cómo son los vándalos?

—Altos, de ojos claros… resultan arrebatadores con su larga cabellera pajiza, que contrasta con su piel aceitunada, curtida por el sol. He seleccionado personalmente a cien esclavos para que Belisario te los ofrezca.

—No habrás cometido alguna tontería, ¿no? —preguntó Teodora—. Te gustan demasiado los hombres.

—La verdad es que tengo algo que confesarte —admitió Antonina, bajando la voz—. ¿Recuerdas a Teodosio, el tracio que mi esposo bautizó la víspera de partir hacia África, y que adoptó legalmente?

—¿No habrás sido capaz…? —inquirió Teodora, sin poder terminar la frase por el asombro.

—No he podido resistirme. ¡Es tan deliciosamente inocente!

—¡Es el hijo de tu esposo! —replicó la emperatriz—. Si llegara a descubrirte…

—Lo hizo —apuntó Antonina con una pícara sonrisa—. Nos encontró en uno de los subterráneos, pero conseguí convencerle de que aquello no era lo que parecía. Pese a todo, mi pobre Belisario también es inocente. Supongo que por eso le amo.

—Juegas con fuego, Antonina —reprochó Teodora—. Deberías terminar con ese tal Teodosio.

—Lo he pensado varias veces —admitió la mujer de Belisario —. Pero es superior a mis fuerzas, me ha cautivado por completo. Casi preferiría morir a separarme de él. Pero no te preocupes, seré cauta.

—Eso espero.

—¿Qué ha pasado en palacio durante mi ausencia? —preguntó Antonina con emoción, acercándose a Teodora mientras la

interrogaba con los ojos—. Tienes que contarme los últimos cotilleos de la corte.

—No hay mucho que contar.

—¡No seas aburrida! ¿Es cierto lo que me ha contado una de mis damas sobre la mujer del *cura epistolarum* de Póntica? —inquirió Antonina, refiriéndose a la esposa de uno de los altos funcionarios judiciales de la prefectura, encargado de la burocracia asociada con informes oficiales y correspondencia con los gobernadores provinciales en materias de finanzas e impuestos—. Me ha comentado que convenció a su amante para asesinar a su marido, pero que les detuvieron y enviaron a prisión.

—Sí, es cierto —confirmó Teodora con un suspiro—. La corte siempre ha sido un hervidero de conjuras. Lástima que no todas tengan una resolución tan rápida y expeditiva.

—¿A qué te refieres?

—¡Ay, Antonina! —se lamentó la emperatriz—. ¿Os llegó la noticia de la enfermedad de mi esposo?

—Sí, y debo decirte que tanto Belisario como yo rezamos mucho pidiendo su recuperación. El emperador ya está totalmente restablecido, ¿no?

—Así es, gracias a Dios. Pero lo que no sabes es que fue envenenado.

—¡Virgen santísima! —exclamó Antonina, asombrada—. ¡No puedo creerlo! ¿Estás segura?

—El médico que le salvó fue quien confirmó el uso de cicuta.

—Espero que la cabeza del responsable haya rodado.

—Eso es lo que me desespera —aseguró Teodora—. Estoy convencida de que fue Juan de Capadocia quien dio la orden. Ansía el trono desde hace tiempo, pero mi esposo permanece ciego. Confía plenamente en él, y nada de lo que digo logra hacer que cambie de idea. Ni siquiera he conseguido que lo deponga como prefecto.

—No tienes más que devolverle el favor —apuntó Antonina.

—¿Crees que no lo he intentado? —replicó la emperatriz—. Ordené a Narsés que lo matara, pero tardamos demasiado. Ha multiplicado sus precauciones y se ha rodeado de guardias leales. Necesitaría un ejército para acabar con él. No, mientras mantenga el favor de mi esposo es intocable.

—¡Narsés, Narsés! —se burló Antonina—. Confías excesivamente en ese castrado. Como todo hombre sólo piensa en

actuar de frente, como un bruto. Veo que realmente necesitabas que volviera.

—¿Acaso tú puedes hacer algo?

—Mi querida Teodora, soy la mujer del más afamado general del imperio. Algo de estrategia militar he debido de aprender, ¿no?

—¿Y qué es lo que se te ocurre? —inquirió Teodora con curiosidad.

—Lo que siempre dice mi esposo —respondió Antonina con una sonrisa—. Si el frente es demasiado fuerte, ataca por los flancos.

—No te entiendo.

—Juan de Capadocia está demasiado protegido —explicó la mujer de Belisario—. Si no podemos aproximarnos a él directamente, hagámoslo por otro camino. ¿Sabías que ese puerco tiene una hija?

—¿El prefecto? Seguro que ha llenado media ciudad con sus bastardos.

—No, me refiero a una hija legítima, fruto de su único matrimonio. Su madre murió durante el parto. Al parecer ese maldito insensible tiene un poco de humanidad, porque dicen que la adora.

—No tenía ni idea —admitió la emperatriz—, aunque me cuesta creer que ese malnacido sea capaz de querer a alguien.

—Pues así es. Se llama Eufemia y, al contrario que su padre, es una muchacha discreta y educada.

—Me estás dejando de piedra. ¿Cómo sabes tú eso? Si hubiera sabido que los cotilleos que tanto te divierten servían de ayuda...

—Nunca desdeñes el poder de la curiosidad femenina —apuntó Antonina con una sonrisa—, ni tampoco el poder de su influencia sobre un alma cándida e inocente.

—¿Pretendes llegar al capadocio a través de su hija?

—En efecto.

—Pero eres la esposa de uno de los enemigos de su padre, ¿cómo vas a lograrlo?

—Déjalo en mis manos —dijo Antonina con una sonrisa—. Te prometo que lo haré, aunque me lleve años conseguirlo. Puedes estar segura de que Juan de Capadocia ya es historia.

Finalizando su ronda diaria, Aecio examinaba con atención los

progresos del último de sus pacientes, un monje al que había sido necesario extirparle los genitales. Aquejado de gangrena en los testículos, el religioso había encomendado su curación a Dios por medio de rezos y oraciones, acudiendo al *xenon* únicamente cuando la ulceración se había extendido hasta el límite de impedirle orinar. La única solución que le restaba a Aecio consistió en realizar la amputación completa del órgano reproductor, permitiendo la salida de la orina por medio de un tubo de plomo.

—Parece que la herida ha sanado completamente —comentó el médico, tras retirar los vendajes y aplicar un ungüento cicatrizante —, aunque es una lástima que hayáis tardado tanto en acudir a un médico.

—Es obligación de los ascetas sufrir las enfermedades en silencio —explicó el monje—. Así logramos que el plano espiritual se imponga al físico. Si nos centramos en nuestros cuerpos jamás lograremos la unión con el plano divino. Hay que renunciar a lo terrenal. Cualquier religioso os dirá lo mismo que yo.

—Yo no estoy tan seguro —discrepó Aecio—. El propio Basilio de Cesarea era médico. Y Orígenes, uno de los padres de la iglesia, defendía también la medicina. Él decía que como Dios conoce las debilidades del hombre y su cuerpo, y sabe que sufre de enfermedades, nos proveyó con remedios naturales para aliviar el dolor y el sufrimiento, así como con el conocimiento para usarlos. En vuestro caso es algo cierto pues, de haber acudido al hospital con más tiempo, tal vez habríamos podido salvaros de la castración.

—Mi vida está dedicada al Señor —replicó el religioso con obstinación—. No necesito esa parte de mi cuerpo. Sólo lamento que, al perderla, no pueda demostrar a Dios que soy capaz de resistir la tentación de la carne.

—Creía que la iglesia desaprobaba la castración —apuntó el médico.

—Sólo rechaza a los que se automutilan buscando la santidad, pues constituye una ofensa a Dios atacar tu propio cuerpo y no saber resistir las debilidades humanas. Aquellos que somos castrados por otros no entramos en esa categoría, incluso podemos alcanzar el grado de obispo.

—En cualquier caso, podéis regresar a vuestro monasterio con tranquilidad —finalizó el médico, con un suspiro de resignación—. Si no aparecen complicaciones hay casos documentados de personas que han vivido casi veinte años tras una operación semejante.

—Eso está en manos de Dios —entonó el religioso—, aunque agradezco vuestros desvelos.

—Mi señor *iatroi* —llamó uno de sus ayudantes—, en la entrada hay una persona que insiste en veros.

Aecio se despidió del religioso y abandonó el pabellón, aliviado de no tener que continuar la discusión con el tozudo monje. Pese a su profundo cristianismo, no lograba entender la necesidad de mortificarse que sentían los ascetas, quienes, en un paroxismo de exaltación religiosa, llegaban a los más rigurosos extremos de desdén hacia sus propios cuerpos.

Saliendo al patio porticado que conformaba el vestíbulo del complejo, Aecio apenas pudo disimular su sorpresa al descubrir a la esclava de Penélope frente a él, contemplándole con seriedad mientras apoyaba sobre su cadera una ancha cesta de mimbre cargada con lo que parecían las compras realizadas en el mercado.

—Me han dicho que me buscabas —comentó Aecio con curiosidad—. ¿Traes algún mensaje de tu ama?

—Mi amo ha encerrado a la señora. Morirá si no haces nada por ella.

—¿Cómo? —acertó a decir el médico, abriendo la boca con asombro—. ¿Qué estás diciendo?

—Tengo que irme antes de que el señor sospeche por mi tardanza —replicó la esclava—. Él no debe saber que he venido.

—¡Espera! —exclamó Aecio, deteniendo a Antousa cuando ya se daba la vuelta para irse—. ¿Qué ha pasado?

—Ella intentó huir y él la descubrió. Ya no come. Se dejará morir si no lo impides. Ahora debo irme.

—Pero... —balbuceó el médico—. ¡Tienes que decirme algo más!

—Debo irme —repitió Antousa, alejándose rápidamente.

Anonadado, Aecio se llevó una mano a la cabeza, tratando de aclarar sus pensamientos después de la sorprendente revelación de la esclava. Llevaba semanas sin ver a Penélope. Después del día en el que acudió al hospital para decirle que dejaba su puesto como ayudante, Aecio no había vuelto a saber de ella. Desde entonces, el médico se había culpado a sí mismo por lo ocurrido, convencido de que Penélope había inventado la prohibición de su esposo para evitar la vergüenza de confesarle sus verdaderas causas para abandonar la práctica médica. Habían sido él y su estúpido beso los que habían provocado aquella repentina deserción.

Desde entonces apenas podía pensar en otra cosa que no fuera

en ella. Caminaba por el hospital como un autómata, forzándose a concentrarse cuando intervenía a un paciente o recetaba un medicamento, consciente de que su mente se hallaba alejada de su cuerpo y, al mismo tiempo, incapaz de olvidar a aquella mujer que le había arrebatado el corazón. Pero, por mucho que le doliera, Aecio sabía que la única opción era olvidarla, ésa sería su penitencia.

No obstante, la llegada de la esclava había desbaratado cualquier lógica que el médico hubiera construido en su mente. Pese al fuerte acento con el que se expresaba, sus palabras no dejaban lugar a dudas, Penélope estaba en peligro. Sin embargo, había sido tan escueta en su información que lo único que había conseguido era generar más dudas en la turbada mente del médico.

«Intentó huir», recordó Aecio, temblando ante las posibilidades que su pensamiento concedía a esas pocas palabras. ¿Acaso había tratado de dejar a su esposo? La idea de que su propio comportamiento hubiera desatado la ira de Gregorio le revolvió el estómago, pues eso le convertía en el responsable del sufrimiento de Penélope. Y eso era algo que Aecio jamás podría perdonarse.

Incapaz de soportar los desvaríos de su propia imaginación, el médico se encaminó hacia las obras de Santa Sofía, rezando al Altísimo para que Miguel pudiera informarle con más detalle de lo acontecido.

Un siniestro crujido advirtió a los trabajadores un instante antes de que el andamio se desplomara, arrastrando a una docena de hombres en una caída de treinta codos hasta impactar con fuerza sobre el suelo de mortero.

Con un nudo en la garganta, Miguel corrió junto a muchos de sus compañeros, alcanzando rápidamente el amasijo de cuerpos, sangre y madera que se amontonaban al pie de uno de los pilares principales.

—¡Hay que sacarlos de debajo de los maderos! —gritó el *protomaistor*, mientras los peones que habían acudido comenzaban a retirar trozos del andamio—. ¡Con cuidado!

Entre gemidos de dolor, los trabajadores rescataron de entre los escombros a cuatro compañeros que aún seguían con vida y los transportaron rápidamente en brazos hacia el cercano hospital. Junto a ellos, sobre el suelo, otros ocho habían perdido la vida en el accidente.

A la vista de los cuerpos, Miguel rezó una corta plegaria, poco antes de que uno de los diáconos de la iglesia acudiera desde la cercana sede del patriarca a dar la última bendición a los caídos. A su alrededor, peones, transportistas, albañiles y carpinteros se agruparon en silencio, acompañando la oración entonada por el religioso con sus propias plegarias, persignándose o, simplemente, curioseando.

—¿Qué ocurre aquí?

—¡Maestro Isidoro! —se sorprendió Miguel, al comprobar que era el ingeniero quien inquiría a voz en grito por lo sucedido—. Se ha desplomado otro andamio.

—Ya lo veo —replicó Isidoro, persignándose ante los cadáveres —. El diácono se ocupará de los muertos. ¡El resto volved al trabajo!

—Pero… ¡maestro!

—¿Qué ocurre, Miguel? —contestó el ingeniero—. ¿Acaso pretendes parar las obras cada vez que ocurra un accidente?

—¡Han muerto ocho de mis hombres! —se indignó el *protomaistor*—. Ocho más que sumar a la larga lista de accidentes que se suceden desde hace meses.

Un murmullo de aprobación surgió de los trabajadores que aún se agrupaban junto a los cuerpos. Aunque todo hombre que se dedicara a la construcción era consciente de los riesgos inherentes a su oficio, el vertiginoso ritmo de trabajo impuesto por Isidoro de Mileto al asumir el mando de las obras había triplicado el número de accidentes, provocando un continuo goteo de muertos y heridos entre los trabajadores.

—Siempre ha habido accidentes —replicó Isidoro.

—No tantos como ahora. Vamos tan rápido que los andamios se colocan mal —insistió Miguel—, grúas y poleas se sobrecargan de peso y los hombres reducen sus descansos. Deberíamos construir más despacio.

—¡No hay tiempo! —negó el ingeniero, alterado por la discusión—. Aquí no se obliga a nadie a trabajar —continuó, dirigiéndose a cuantos les rodeaban—. Si queréis un trabajo sin riesgos podéis descargar barcos en el puerto por unas monedas. Se os paga bien, así que tenéis dos opciones, ¡volver al trabajo o largaros ahora mismo!

Durante un instante nadie se movió del sitio. Con los ojos fijos en el ingeniero, los trabajadores se mantuvieron quietos, desafiando con la mirada a Isidoro, hasta que uno de ellos dio la

espalda a la escena y se encaminó de vuelta a su puesto, arrastrando poco a poco al resto. Murmurando palabras de desprecio, escupiendo sobre el suelo o con hoscas miradas, hasta el último de los presentes regresó a su labor, dejando al indignado Miguel a solas con el ingeniero.

—¿Acaso no os importa que mueran tantos hombres? —preguntó el *protomaistor*, conteniendo la furia que le invadía.

—Esto es lo que importa —replicó Isidoro, señalando con la mano los cercanos pilares de la iglesia—. Tenemos poco más de tres años para terminarla y no lo haremos si paramos una hora todos los días a rezar.

—Tampoco si nos quedamos sin obreros.

—Siempre podemos contratar más.

—¿Qué os ha pasado, maestro? —preguntó Miguel, sin poder entender la razón del drástico cambio de comportamiento de Isidoro—. Antes os importaban las personas, ahora sólo parecéis tener ojos para esta maldita obra. Os echáis las manos a la cabeza cuando se resquebraja una columna de mármol, pero apenas os importa ver un cadáver en el suelo.

—Los materiales cuestan dinero, los muertos no valen nada.

—Espero que todo el oro que os ha ofrecido el emperador sea suficiente para lavar vuestra conciencia —dijo Miguel, escupiendo las palabras con dureza.

—El emperador consigue que tenga claras mis prioridades —explicó el ingeniero, acercándose hasta situar su cara a unos dedos del rostro de Miguel—. Y tal vez deberías replantearte las tuyas. Porque si vuelves a hablarme así en público será lo último que hagas como *protomaistor*. ¿Lo he dejado claro?

—Cristalino.

—Bien. En ese caso vuelve a tu trabajo.

Isidoro se dio la vuelta y se alejó con rapidez, seguido por la mirada de odio del *protomaistor*.

—¡Miguel!

Girándose al escuchar su nombre, el albañil se sorprendió al descubrir a Aecio, que se acercaba a la carrera hacia él.

—Aecio, ¿qué hacéis aquí? —preguntó—. ¿Os habéis enterado de lo ocurrido?

—Me he cruzado con los heridos —aseguró el médico, deteniéndose junto a Miguel a recuperar el resuello tras la carrera, y persignándose ante la visión de los cadáveres, que comenzaban a

ser retirados por los religiosos venidos desde la sede del patriarca —. Les he indicado a qué sección deben ir para que los traten de inmediato. Ahora volveré a ocuparme personalmente de ellos, pero antes necesitaba hablar contigo.

—¿Quieres un poco de agua? —preguntó el *protomaistor*, llamando con un gesto a uno de los aguadores al contemplar el jadeante respirar del médico.

—Sí, me vendrá bien.

El aguador acercó a Aecio uno de los cuencos de cerámica que llevaba colgado de su cinturón, por medio de un asa agujereada que encajaba en uno de los ganchos de hierro que tachonaban el correaje de cuero. Después escanció una buena cantidad de agua en el recipiente desde el ánfora que portaba al hombro, dejando que Aecio bebiera ávidamente antes de recuperar su cuenco y acudir a otro punto de las obras.

—¿Qué ocurre? —preguntó Miguel, una vez que el médico hubo recuperado el resuello.

—¿Es cierto que Penélope está encerrada?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Eso no importa —eludió el médico—. Sólo dime si es cierto.

—Gregorio la ha recluido —confirmó el *protomaistor*—. Trató de fugarse junto al niño. Se encontraba a bordo de un barco cuando Gregorio la localizó. De haber tardado un poco más se habría ido de la ciudad.

—¿Y por qué intentó huir? —inquirió Aecio.

—No lo sé —respondió Miguel.

—Algo habrá pasado —insistió el médico—. Penélope no haría nada semejante sin una buena razón.

—Tal vez tuviera un amante esperándola.

—¡Por Dios, Miguel! —recriminó Aecio—. No digas tonterías. Tú la conoces, sabes que eso es absurdo.

—Yo sólo sé lo que me ha dicho Gregorio —se defendió Miguel —, y está tan enfadado que va a divorciarse.

—¿Y qué es lo que va a alegar? La ley sólo lo permite en casos puntuales, como tentativas de asesinato, lepra o infidelidades conyugales.

—Tú deberías saberlo —apuntó Miguel.

—¿Acaso crees que yo...? —comentó atónito Aecio, sin poder terminar la frase debido al asombro—. ¡Eso es absurdo! Tengo que verla, así podremos aclarar todo este embrollo. Tú puedes

interceder por ella ante Gregorio.

—Si apareces en casa de Gregorio te matará —aseguró Miguel —. Penélope es su mujer, deberías olvidarte de ella.

—¡No tiene derecho a recluirla!

—¡No me importa lo que haga, maldita sea! —gritó Miguel, fuera de sí—. Bastantes problemas tengo con las obras como para inmiscuirme en la familia de mi aprendiz. Penélope tiene lo que se merece y, por mi parte, no quiero saber nada del tema.

—Miguel, te lo suplico…

—Te tengo en alta estima, Aecio —afirmó el *protomaistor*, tratando de calmarse—, pero esto no me concierne, ni tampoco a ti.

La dura mirada del albañil disuadió a Aecio de seguir insistiendo. Tras asentir, con un cansado gesto de cabeza, el médico se dio la vuelta y regresó caminando lentamente hasta el hospital. Con cada paso, sentía que sus piernas parecían volverse de plomo, al tiempo que una presión le oprimía el pecho, como si uno de los muros de aquella obra se le hubiera caído encima, impidiéndole respirar. Por lo que Miguel había insinuado, Gregorio pensaba que su esposa había cometido adulterio, lo que, pese a que no fuera cierto, le cargaba a él con el peso de la culpa.

Tenía que hacer algo y, sin embargo, en ese momento su mente sólo era capaz de culparle por haber destrozado la vida de la persona a la que más amaba.

Constantinopla, 18 de agosto de 534

Flanqueada por dos torres de cien codos de alto, la puerta dorada se atribuía por méritos propios el título de entrada monumental de la ciudad. En realidad, se trataba de un antiguo arco triunfal de tres vanos, levantado por Teodosio el Grande para conmemorar sus victorias. Sin embargo, cuando su sucesor, el segundo Teodosio, edificó las tres nuevas líneas de murallas que convirtieron en inexpugnable la capital del imperio, el arquitecto que diseñó las obras decidió integrar aquel arco dentro del cinturón de murallas, convirtiéndolo en la puerta más espléndida del imperio.

Cubierta de mármol, sobre el vano del arco central, de sesenta codos de altura, una esbelta victoria alada de bronce elevaba una corona de laurel hacia el cielo. Bajo ella, la entrada principal se encontraba flanqueada por columnas de mármol corintio de vetas verdes y completada por una inmensa cruz en lo alto. Todo el frontal se decoraba con paneles tallados, en los que se representaban los trabajos de Hércules, el mito de Prometeo o Pegaso, el caballo alado. Una pareja de enormes elefantes de bronce coronaban las otras dos puertas, en recuerdo de los elefantes utilizados por el propio Teodosio en su desfile triunfal.

Como entrada a Constantinopla desde la vía Egnatia, cualquier desfile triunfal, como el que se anunciaba en la puerta de todas las grandes iglesias de la ciudad desde hacía una semana, debería atravesar la ciudad desde allí, bajando por toda la calle Mese hasta el Augusteon, el punto en el que latía el corazón del imperio. Sin embargo, el cortejo que seguiría a Belisario en la celebración de su triunfo no cruzaría aquella puerta, pues, por primera vez en la historia, el general a quien se ofrecía aquel inmenso privilegio no encabezaría la marcha subido en el carro de la victoria, sino que partiría de su propia casa.

A pie, el general que había devuelto África al imperio encabezó una larga procesión, recibiendo los honores que ningún otro había soñado desde hacía siglos. Tras él, en apretada formación, caminaba su guardia, que rodeaba al prisionero Gelimer, rey de los vándalos. Tras la abigarrada columna marchaban los esclavos, en número de cientos, haciendo tintinear sus cadenas con cada paso, tan abrumados por el espectáculo que, en vez de marchar cabizbajos y oprimidos como cabría esperar, elevaban su mirada a

uno y otro lado, sin perder detalle del irreprimible fervor popular. Justo después, custodiados por dos filas de lanceros, grandes carros transportaban el inmenso botín conseguido en la campaña. Tronos de oro, arcones cubiertos de joyas, cálices cuajados de piedras preciosas, candeleros del más preciado metal, estatuas y patenas resplandecían bajo la luz del sol, arrancando gritos de admiración de la multitud. Sin embargo, ni el oro, ni las joyas, ni los miles de talentos de plata que cargaban los carros atrajeron la atención de los habitantes de Constantinopla tanto como el tesoro de los judíos.

Sobresaliendo entre una montaña de monedas, un inmenso candelabro de oro de siete brazos se erguía sobre uno de los carros. Fabricado en oro puro y con un peso de dos talentos, la mitad de lo que pesa un hombre fornido, se trataba del mismo objeto que el emperador Tito recogió del templo de Salomón en la toma de Jerusalén. El número de sus brazos representaba el número de planetas y, mientras permaneció en el templo de Salomón, tres de sus velas se encendían durante el día, añadiendo las restantes al atardecer, para que alumbrara durante toda la noche. Llevado a Roma, y mostrado al pueblo en el desfile triunfal que se representaba en el arco erigido por el propio Tito junto al foro, fue tomado como botín por los vándalos tras el saqueo de la capital. Ahora, era devuelto al imperio gracias a las armas romanas.

Hacinado a ambos lados de la calle Mese, o subido a los renovados pórticos, hasta el último de los habitantes de la ciudad se asombraba ante el increíble espectáculo. Arrojando miles de flores al paso de Belisario, coreaban a voz en grito loas al general que les había dado la victoria.

Mientras la procesión se encaminaba con lentitud hacia el hipódromo, donde aguardaba el emperador, atravesó el corazón de la ciudad, deteniéndose en puntos señalados, donde se aglutinaba la multitud. Primero en el foro de Arcadio, después en el cruce entre la calle Mese y la principal avenida que unía sus dos ramas, junto a una columna presidida por una gran cruz y una estatua de pórfido que mostraba la tetrarquía de Diocleciano, representada por cuatro emperadores abrazados. Desde ese punto, la larga columna continuó hasta el foro Tauro, o foro de Teodosio, en el que se adentraron a través del arco triunfal que se elevaba en su lado occidental, erigido en recuerdo de su victoria frente a los godos, y sobre el que se elevaba una estatua de Honorio mirando hacia el oeste y otra de Arcadio orientada al este. Tras salir del

foro, la procesión recorrió los cinco estadios de la calle porticada de los panaderos, pasando por debajo del arco de Artopolia hasta el foro oval de Constantino, última etapa antes de enfilar el último tramo de calle hasta el hipódromo.

Un ensordecedor cántico recibió a Belisario en cuanto el general se adentró en el recinto. Como si de un triunfante auriga se tratara, decenas de miles de voces se unían para alabar a su héroe:

«Gloria a Dios que nos ha devuelto victorioso a nuestro señor. Gloria a Dios que te ha exaltado. Gloria a ti, sagrada trinidad, porque nos has permitido ver la victoria de nuestro señor. Bienvenido conquistador, señor valeroso. *Nika, nika, nika*.»

Lentamente, la procesión caminó sobre la arena, flanqueando la espina central hasta rodearla, recorriendo la pista hasta que su cabecera se situó justo frente al palco imperial, en el que se encontraba el emperador. En ese momento, Gelimer, el depuesto rey de los bárbaros, fue llevado frente a Justiniano y despojado de la capa púrpura que aún lucía sobre sus hombros, mientras de sus labios surgía un susurro: «Vanidad de vanidades, todo es vanidad.» Frente a la multitud, el heraldo le ordenó postrarse en el suelo y jurar obediencia al emperador Justiniano.

Desde el palco, sentado en su trono, Justiniano contempló cómo el pueblo coreaba salves a su emperador mientras el rey de los vándalos se postraba en el suelo frente a él, un instante antes de que el propio Belisario le imitara, rindiendo pleitesía a su emperador.

La mano de Teodora se deslizó suavemente sobre la suya, entrelazando sus dedos, permitiendo que el emperador sintiera el ligero temblor de emoción que agitaba a su esposa. Él mismo apenas lograba contener el orgullo que le inflamaba el pecho. El pueblo romano, el mismo que pocos años antes había tratado de derribarle del trono, se volcaba ahora con su emperador mientras un rey se postraba a sus pies. No podía existir prueba más clara de que él era el elegido de Dios.

Roma gobernaría de nuevo el mundo, y sería él quien lo lograría.

Con los codos sobre la mesa y la cabeza apoyada en las manos, Valente escuchaba con atención el relato de Aecio, sin interrumpir la atropellada explicación del médico mientras trataba de colocar todos los datos ordenadamente en su cabeza.

Tras regresar del desfile triunfal, el senador había descubierto a su amigo esperándole en el atrio de su villa, caminando nerviosamente de un lado a otro, incapaz de calmarse lo suficiente como para permanecer sentado mientras esperaba al patricio. Apenas intercambiado un saludo, Aecio había comenzado a explicarle a Valente lo acontecido desde el momento en el que habló con la esclava de Penélope.

—Y eso es todo lo que sé —finalizó el médico con un suspiro—. No tengo ni idea de qué puedo hacer, Valente, pero no puedo seguir así. Hoy no he dormido en toda la noche, y no soy capaz de engullir nada. Creo que voy a volverme loco.

—Trataremos de resolver el problema antes de llegar a eso —aseguró el patricio—. Pensaremos juntos una solución.

—¿Crees que hay alguna solución?

—Siempre la hay —afirmó Valente con confianza—, sólo que a veces no es fácil de descubrir.

—He pensado en la posibilidad de acudir al emperador —confesó Aecio—. A fin de cuentas, le salvé la vida.

—Y él te ha recompensado nombrándote *comes obsequii* —replicó el senador negando con la cabeza—. No, te garantizo que Justiniano no se siente en deuda contigo. Es cierto que se muestra cercano con quienes le rodean, y no dudo que te recibirá en pocos días y te escuchará con atención, pero acabará despidiéndote sin comprometerse a nada. Su interés por los demás es sólo ficticio, lo único que ocupa su mente son sus sueños de grandeza.

—¿Y Teodora? He oído que muestra gran empatía con las mujeres que son maltratadas por sus esposos.

—Es cierto —admitió Valente—, y sí que se muestra capaz de actuar con dureza en casos como éste. Pero, al contrario que Justiniano, la emperatriz es prácticamente inaccesible. Tardarás meses en conseguir una audiencia.

—No puedo esperar tanto —negó el médico con preocupación—. Por lo que dijo su esclava no creo que Penélope pudiera soportarlo, ni yo tampoco. Estar a ciegas me está matando. A cada instante me la imagino enferma, hambrienta o acosada a golpes.

—Eso no ayudará a mejorar tu ánimo.

—Lo único que podría hacerlo es tener la certeza de que ella está bien. Si tuviera valor me presentaría en su casa y tiraría a su marido escaleras abajo, pero soy un cobarde.

—¡Ni se te ocurra pensar eso! —exclamó Valente con indignación—. Eres médico, tu oficio es cuidar de los sufrimientos

de la gente, no provocarlos. Es normal que sientas aversión por la violencia, pero eso no te convierte en un cobarde.

—Gracias por tu apoyo, Valente, pero no lograrás convencerme —insistió Aecio—. Me conozco demasiado bien para ignorar que es el temor el que domina mi vida. Todo me asusta, incluso cuando camino por la ciudad siento el impulso continuo de mirar por encima del hombro.

—Constantinopla es un lugar peligroso —indicó el patricio—. No veo cómo la simple precaución te puede convertir en un cobarde.

—No me entiendes, no es sólo eso. Vivo continuamente asustado. Tengo miedo del dolor y de las heridas, tengo miedo de amar y no ser correspondido, de no ver nunca más a Penélope. ¡Por Dios, incluso tengo miedo de mis propios esclavos! Pero la mayor prueba es que me hice médico por temor, porque tenía miedo a las enfermedades. Quería saber lo suficiente como para poder combatirlas, pensando que así me sentiría un poco más seguro, pero no es verdad, sigo temiéndolas, incluso más aún al contemplar cómo destruyen los cuerpos de otros. Lo único bueno es que descubrí la pasión por la medicina.

—¡Ya basta de tonterías! —exclamó Valente con autoridad—. No consiento que te martirices de ese modo. Dices que tienes miedo de pasear por la calle, pero cada día recorres la ciudad con tu caja de medicinas a cuestas. Tienes miedo de amar, pero te arriesgaste a besar a Penélope y ahora luchas por ella. Te aterran las enfermedades pero las combates día a día. Eres valiente, Aecio, más que cualquiera tan loco como para no sentir miedo, pues tú te sobrepones a tu temor y consigues dominarlo.

—Pero...

—No hay pero que valga —interrumpió el patricio—. Olvídate de esa tontería y centrémonos en lo que nos ocupa.

—Supongo que tienes razón.

—Por supuesto que la tengo. Los senadores siempre tenemos razón, incluso cuando decimos tonterías.

—¿Y qué podemos hacer?

—¿Estás seguro de que Miguel está decidido a no intervenir?

—Completamente —afirmó Aecio apesadumbrado—. Me lo dejó muy claro cuando hablé con él.

—Entiendo.

Concentrándose en el tema, Valente permaneció en silencio durante unos momentos, tratando de encontrar un modo de

acceder a Penélope. Sin embargo, cualquier alternativa legal no sólo necesitaba tiempo, también implicaba que el hijo se separaría de su madre para permanecer con Gregorio.

—¿Se te ocurre algo? —apremió el médico.

—Sí —afirmó el patricio, elevando las cejas al recordar algo—. Creo que me comentaste hace tiempo que Penélope vivió durante unos meses con un germano.

—Un tal Drías —confirmó Aecio—. ¿Por qué?

—Me dijiste que era un hérulo de la guardia de Belisario, y que Penélope parecía recordarle con cariño.

—Nunca habló demasiado sobre él —corrigió Aecio—. Aunque supongo que es cierto.

—Belisario acaba de regresar de África —indicó Valente—. Lo más razonable sería suponer que le acompaña su guardia. Si ese hombre aún está vivo y siente cariño por Penélope podría ayudarte.

—¿Si aún siente cariño? —inquirió Aecio con suspicacia—. ¿A qué te refieres?

—No me malinterpretes, pero, hablando claro, legalmente es un caso perdido. Salvo que Teodora interviniera directamente no podemos hacer nada dentro de la ley. La única alternativa es coaccionar a Gregorio y obligarle a liberar a Penélope. Tú no eres un hombre de acción, pero ésa es precisamente la clase de cosas que un bárbaro realiza a diario sin pensárselo dos veces.

—Y piensas que estaría dispuesto a ayudarme si aún siente algo por ella —apuntó el médico.

—No tiene por qué ser amor —indicó Valente—, bastaría con que tuviera un buen recuerdo de ella o, mejor aún, del niño. Dicen que las sociedades bárbaras tienen un gran aprecio por los hijos varones. Si ese hérulo pensó en algún momento en el pequeño como en un hijo suyo no creo que le haga gracia que un aprendiz de albañil le martirice alejándole de su madre.

—No me gusta la idea —comentó Aecio, reticente a conocer a un hombre que había convivido con Penélope—, pero tampoco veo alternativas.

—Si quieres puedo acompañarte a hablar con él.

—Gracias, Valente, pero ya has hecho demasiado. Debo ir solo.

—Como quieras, ya sabes que mi puerta siempre está abierta para lo que necesites.

—Lo sé, Valente, y te lo agradezco.

—Anímate —pidió el senador—. Ya verás como todo acaba arreglándose.

—Dios te escuche, porque no sé si podría soportar perderla.

Constantinopla, 20 de agosto de 534

Los cánticos finales del Triagio resonaban en la iglesia, dirigidos por las moduladas voces de los clérigos del coro, colocados a un lado del altar bajo la galería donde se situaba el gineceo.

La Chalkoprateia, la iglesia dedicada a la virgen del mercado del cobre, se situaba al sudeste de las obras de Santa Sofía, erigida sobre una antigua sinagoga por Teodosio el Grande, tras expulsar a los judíos que allí vivían dedicados a vender vasos de cobre. Habitualmente, el día más señalado del templo era el 8 de septiembre, natividad de la virgen María, cuando la iglesia recibía la visita del propio emperador, para cuya entrada se habilitaba la puerta principal de las tres que se abrían en el nártex, dejando la derecha para la entrada de los ciudadanos. Pese a ello, la iglesia vivía otra gran liturgia semanas antes, cuando se mostraba a los fieles el cinturón de la Virgen, entregado a la iglesia por la emperatriz Pulqueria hacía casi un siglo.

Era ésa precisamente la liturgia que Eufemia, hija de Juan de Capadocia, seguía con piadosa emoción, contemplando el deambular de los clérigos a través de las celosías de mármol que cubrían los intercolumnios del gineceo. Con apenas dieciséis años, su pálido rostro se encontraba dominado por la profundidad de sus ojos pardos. De su padre había heredado la altura, y de su madre, la belleza, lo que, unido a la inmensa dote que el prefecto podría proporcionar en su matrimonio, la convertía en la soltera más codiciada de la ciudad. Sin embargo, pese a la miríada de pretendientes que la aristocracia de Constantinopla planteaba a su padre, Juan de Capadocia aún no había elegido a ninguno, provocando la circulación de un sinfín de malévolos rumores entre sus más acérrimos enemigos.

Unos pasos por detrás de ella, Antonina mantenía fija su mirada en el velo de seda bordado que cubría el oscuro pelo de la joven. Esperando a que terminaran los cánticos y comenzaran las lecturas, la mujer de Belisario dudaba sobre la forma más adecuada de aproximarse a la muchacha. Su presencia en la iglesia evitaba que esclavos o guardias la acompañaran, permitiéndole aproximarse hasta ella sin molestas interferencias. Pese a ello, una fornida matrona se mantenía perennemente junto a la joven, aunque ése era un obstáculo que Antonina había sabido tratar a

tiempo.

Para la mujer del general no había sido difícil conseguir que un agraciado jovenzuelo rondara a la acompañante de Eufemia, cortejándola lo suficiente como para que ella aceptara sin dudar un delicioso pastel de su furtivo admirador justo antes de entrar en la iglesia. Tras ese logro, Antonina únicamente precisaba paciencia, la necesaria para esperar a que la esencia de mandrágora que contenía la comida iniciara su efecto como vomitivo y purgante.

Pasada la mitad de la liturgia, Antonina comprobó cómo la matrona comenzaba a moverse, inquieta. Poco después, la vio susurrar unas palabras al oído de su ama y abandonar el gineceo con el rostro pálido y sudoroso, llevándose una mano al vientre.

Con una sonrisa, Antonina esperó unos momentos antes de aproximarse lentamente hasta donde se encontraba Eufemia, que mantenía la vista fija en el cinturón de la Virgen, exhibido dentro de su estuche de plata por los clérigos oficiantes de la ceremonia.

—¿No es maravilloso? —susurró Antonina, manteniendo fija la vista en la sagrada reliquia.

—Sí —afirmó la muchacha—. Es como un pequeño trozo de cielo que la Señora nos ha legado para reafirmar nuestra fe.

—Cada día rezo a nuestra Señora para que me dé fuerzas —dijo Antonina—. Ella es la única capaz de librarme de mí misma.

—¿A qué os referís? —preguntó la joven con curiosidad.

—El pecado me rodea, y aunque lucho por resistir la tentación soy débil.

—¿No sois Antonina, la esposa del general Belisario? —comentó Eufemia, arrugando la frente como si tratara de recordar su rostro.

—Lo soy —admitió ella.

Una mueca de sorpresa se deslizó en la cara de Eufemia, antes de que la muchacha bajara la cabeza con timidez, fijando los ojos en el suelo.

—Disculpadme —dijo la joven, ruborizándose—, pero creo que no deberíamos hablar.

—Tienes razón —admitió Antonina, dejando escapar un profundo suspiro de pena—. Soy yo quien debe disculparse, no he debido dirigirme a ti. Eres una joven tierna e inocente, mientras que yo soy una mujer contra la que el vulgo clama por su vida licenciosa. No sería justo que tu impecable reputación pudiera asociarse a la mía de algún modo.

—Yo… —dudó la joven—. No quería decir eso.

—No te preocupes, pensaba que aquí, al menos, en una de las iglesias más sagradas de la ciudad, podría buscar la forma de limpiar mis pecados y encontrar de nuevo el camino recto. Pero veo que me he equivocado. Supongo que no hay perdón para mí.

—Todos los cristianos merecen el perdón —aseguró Eufemia—, si lo desean de verdad con el alma.

—Mi querida niña, yo lo ansío tanto que a veces siento que se me desgarra el corazón. Cuando pienso en que podría morir sin lavar esta mancha con la que cargo me desprecio a mí misma.

—Sólo tenéis que abrazar la fe.

—Lo intento, pero soy débil —repitió Antonina—. Me gustaría ser como tú. Hay tanta fuerza en tus ojos… No tengo más que mirar en tu rostro para ver que eres capaz de cualquier cosa.

—No soy mejor que cualquier otra —negó Eufemia, azorada por los halagos.

—Si al menos el Señor me hubiera concedido una hija de tu edad, tendría una razón para enmendarme. Tendría a alguien que me obligara a ser responsable y a dar ejemplo de honestidad. Pero sueño con un imposible. No quiero entretenerte más, lamento haberte importunado.

—¡Esperad! —exclamó Eufemia, cogiendo el brazo de Antonina para detener su marcha—. No os vayáis todavía. He sido injusta, y no quiero que penséis que os juzgo en modo alguno. Daba por hecho que me odiaríais por ser hija de quien soy.

—¿Odiarte? ¡Querida! ¿Quién sería capaz de odiar a una rosa? La pugna que tu padre y mi esposo mantienen es lo normal en quienes ostentan un alto cargo en el gobierno, pues los hombres siempre están celosos de su trabajo y temerosos de que otro más hábil se lo arrebate. Son agresivos por naturaleza, pero sólo es una fachada, un modo de ocultar que son frágiles y se encuentran perdidos si no gozan del cariño de una mujer —añadió Antonina bajando la voz como si contara un gran secreto—. Todo hombre ha de ser un héroe para sus mujeres, ya sean esposas o hijas. Ya lo descubrirás cuando te cases. Pero nosotras somos mujeres, estamos por encima de esas burdas demostraciones de virilidad.

—Nadie me había dicho nada parecido —confesó Eufemia con una sonrisa—. Mi matrona nunca me deja que hable con otras mujeres.

—¡Mi pobre Eufemia! —exclamó Antonina fingiendo sorpresa —. Eso sólo demuestra que tu padre te quiere muchísimo. Trata de

protegerte.

—Ya no soy una niña —se quejó la joven.

—Claro que no, eres toda una mujer.

Un tirón en la túnica avisó a Antonina de que la matrona que custodiaba a Eufemia regresaba por fin.

—Ahora debo irme —se despidió la mujer de Belisario—. Me ha encantado hablar contigo.

—A mí también —admitió la joven, mordiéndose un labio con vergüenza—. ¿Podríamos vernos en otra ocasión?

—Claro, querida. Estoy deseando que nos conozcamos mejor.

El guardia contempló la túnica azul del médico con una mirada hosca y una mueca de desprecio marcada a fuego en su cara. Aecio se mantuvo en silencio, cambiando el peso de su cuerpo de uno a otro pie con nerviosismo mientras esperaba a que el vigilante se decidiera, rezando para que, finalmente, avisara a su superior.

—Espera aquí —ordenó el guardia, adentrándose en el interior del patio porticado en el que se ejercitaban los hérulos de Belisario.

Pese al triunfo momentáneo Aecio no las tenía todas consigo. La sola idea de encontrarse con Drías había conseguido que vomitara el frugal desayuno tomado antes de salir de su casa. De todos los pensamientos que pasaron por su mente mientras esperaba junto a la entrada, no era la posibilidad de que le negara su ayuda la que más le asustaba, sino la idea de que su presencia allí resucitara algún sentimiento dormido en ese bárbaro, uno que le condujera a los brazos de Penélope.

Antes de que su cabeza continuara elucubrando todo tipo de destinos negativos para el futuro, el guardia regresó acompañado de otro germano, de pelo largo y poblada barba rubia. Alto y fuerte, sus ojos reflejaron una mezcla de determinación y curiosidad al encontrarse frente a Aecio.

—¿Eres Drías? —preguntó dubitativamente el médico.

—¿Qué es lo que quieres? —replicó el aludido, dando a entender que no pensaba malgastar su tiempo.

—He venido a hablarte de Penélope.

El hérulo parpadeó rápidamente un par de veces, delatando la sorpresa que le había producido escuchar el nombre de la mujer en labios de Aecio. Abrió la boca para decir algo, aunque calló antes de comenzar a hablar.

—Sentémonos en esa taberna —dijo finalmente Drías, señalando un establecimiento situado a medio centenar de pasos de donde se encontraban.

Aecio asintió, siguiendo al mercenario hasta la taberna. Se sentaron en dos taburetes alrededor de una mesa baja, junto a dos copas de vino barato, una de las cuales apuró Drías, antes de clavar su mirada en el médico, interrogándole silenciosamente.

—No sé por dónde empezar —confesó Aecio, sudando profusamente bajo la fija mirada del hérulo.

—Podrías hacerlo diciéndome quién eres y para qué quieres hablar conmigo.

—Me llamo Aecio, y soy médico en el hospital de Sansón. Penélope era mi alumna en el hospital, la conocí cuando traté a su esposo de una caída.

Deteniendo su relato, el médico miró de reojo a Drías, tratando de adivinar qué sentimientos había despertado en el hérulo la noticia de que Penélope se había casado, pero no fue capaz de descubrir nada en el hierático rostro del mercenario, únicamente sus ojos parecían emitir un ligero brillo de interés.

—Hace unas semanas me dijo que su esposo la obligaba a abandonar la medicina —continuó el médico—. No he vuelto a verla desde entonces, pero, unos días atrás, su esclava me confesó que Gregorio, su marido, pretende divorciarse de ella y, mientras tanto, la mantiene encerrada y en estado de postración. Su esclava me ha dicho que apenas come y puede que caiga enferma y...

—¿Para qué me cuentas todo esto? —interrumpió el germano.

—Me contó que vivisteis juntos durante algún tiempo —explicó Aecio—. No hablaba mucho de ti, pero parecía estimarte. Pensé que podrías ayudarme a hacer algo por ella.

—Hace mucho tiempo de eso —afirmó el hérulo, cogiendo la copa de vino de Aecio, aún intacta, y bebiéndosela de un trago—. Es agua pasada. Lamento los problemas que pueda tener con su esposo, pero no es cosa mía. Además, si se divorcia dejará de estar ligada a ese tipo. Asunto resuelto.

—Perderá al niño —dijo Aecio, cuando Drías se disponía a levantarse de la mesa.

—¿Platón? —preguntó el mercenario, volviendo a sentarse en el taburete—. ¿Cómo va a perderlo? Es su hijo.

—Gregorio lo adoptó. Legalmente prevalece su derecho sobre el de la madre. Supongo que por eso ella ya no come, sabe que va a perder lo único que tiene, a su hijo.

Drías se mantuvo un rato en silencio, tamborileando con los dedos sobre la mesa mientras examinaba a Aecio fijamente.

—¿Cuál es tu parte en todo esto? —preguntó el hérulo.

—Es mi alumna —respondió el médico, notando cómo enrojecía su rostro bajo la atenta mirada del mercenario—. Y una amiga muy querida.

El tamborileo de los dedos del hérulo sobre la mesa se detuvo abruptamente, creando un incómodo silencio, durante el cual Aecio permaneció con la cabeza baja, mientras jugueteaba con la copa de vino que el mercenario había vaciado.

—¿Y qué pretendes que haga yo? —preguntó Drías, rompiendo finalmente el tenso ambiente entre ambos.

—A ti no te sería difícil coaccionar a Gregorio —afirmó el médico—. Podrías amenazarle, para que libere a Penélope.

—Las amenazas duran lo que se tarda en regresar a casa, y sentirse de nuevo a salvo —afirmó el germano—. Y, aunque funcionara, yo volveré a partir con Belisario en la próxima campaña. ¿Qué le impediría a ese tipo volver a encerrarla si quiere?

—Al menos ganaríamos tiempo para pensar algo —respondió Aecio, dándose cuenta de que no había pensado en esa posibilidad.

—Tiempo. ¿Para ella o para ti? —cuestionó el hérulo.

Bajando de nuevo la mirada, Aecio evitó contestar, consciente de que el mercenario había averiguado la razón de su interés por Penélope.

—¿Por qué no lo haces tú?

—Soy médico —alegó Aecio, como si su título fuera un escudo en el que refugiarse—. Mírame, ¿a quién voy a asustar? Soy incapaz de hacer daño a una mosca.

—Podrías contratar a alguien. No tienes aspecto de pobre.

—Te pagaré si quieres.

—¡Por quién me has tomado! —gritó Drías, asiendo a Aecio por la túnica y atrayéndole violentamente hacia sí por encima de la mesa—. ¡No soy un maldito sicario!

—¡Lo siento, lo siento! —se apresuró a disculparse el médico, ante las miradas curiosas del resto de los clientes de la taberna—. Estoy nervioso y te he malinterpretado. Discúlpame, por favor.

Mirándole directamente a los ojos, el hérulo mantuvo un instante su presión sobre el médico, antes de soltar su túnica y dejar que volviera a sentarse sobre su taburete.

—No sé qué hacer —confesó Aecio, reteniendo las lágrimas—. Tú eres su última esperanza. No sé lo que habrás sentido por ella, ni lo que sientes ahora, pero estoy seguro de que no te resulta tan indiferente como me quieres hacer creer. Te suplico que la ayudes, a ella y a Platón.

—Los médicos siempre creéis saberlo todo.

Con un profundo suspiro, Drías levantó su copa, indicando con un gesto al tabernero que la llenara de nuevo.

—No sé si tengo una deuda con Penélope —afirmó Drías—. Pero es cierto que no se merece que la traten como a una esclava, y mucho menos perder al pequeño.

—¿Me ayudarás? —preguntó Aecio.

—Sí, pero no te saldrá gratis. Tienes que pagar un precio.

—Pero… antes has dicho…

—No me refiero a dinero —desechó el germano con un gesto de desdén—. Los romanos pensáis que vuestro oro puede comprarlo todo. No, cristiano. Pagarás, pero con tu conciencia.

—No te entiendo —admitió Aecio, asustado por la mirada del hérulo.

—Las amenazas no valen para nada —aseguró Drías—, así que mataré a ese tipo. Es la única forma de conseguir que ella mantenga el niño a su lado pase lo que pase. Pero sólo lo haré si tú me lo pides y me acompañas. No empuñarás la espada, pero la sangre te salpicará igual.

—Pero… —balbuceó Aecio—, yo no…

—Basta de lamentos —ordenó el hérulo—. Estoy harto de vosotros y de vuestro aire de superioridad, de ver cómo Roma nos contrata para hacer el trabajo sucio por unas monedas. Llámalo una pequeña satisfacción, pero, esta vez, Roma tendrá que bajar a la arena si quiere ver un combate de gladiadores. Piénsatelo. Cuando te decidas ya sabes dónde encontrarme.

Apurando su tercera copa, Drías se levantó, indicando al tabernero que sería Aecio el que pagaría lo debido. Después se alejó y regresó al patio en el que se entrenaban sus hombres, dejando atrás a un hombre abrasado por una lucha interna, una lucha entre su conciencia y su amor.

Constantinopla, 23 de agosto de 534

Caminando deprisa, Gregorio dejó atrás la concurrida Mese y se adentró por las callejuelas cercanas a su barrio. Bajo el cálido sol veraniego, las estrechas calles sin empedrar que se abrían entre las casas de madera y los altos edificios de viviendas se mantenían secas, permitiendo un rápido tránsito que contrastaba con el lúgubre barrizal en el que se convertían tras las lluvias de otoño.

Tras doblar varias esquinas, el aprendiz se adentró en un estrecho callejón, en cuyo extremo aparecieron dos hombres, que transitaban en sentido contrario. Uno de ellos era alto y fuerte, con aspecto de pertenecer a una de las tribus germanas. Sin embargo, fue el otro quien atrajo su atención, al reconocerlo en cuanto vislumbró su rostro.

—¡Aecio! —se asombró—. ¿Qué haces aquí? —añadió el aprendiz, aproximándose al médico con determinación.

Antes de que Aecio pudiera responder, Drías extrajo la espada de debajo de su capa y lanzó de inmediato un tajo a la garganta de Gregorio. El aprendiz, completamente sorprendido por el ataque, no hizo sino abrir los ojos, atónito, mientras la hoja del hérulo le cortaba el cuello.

—¡Dios mío! —exclamó el médico, mientras su rostro se tornaba tan lívido como el del propio Gregorio, quien apenas tuvo tiempo de echarse las manos a la garganta antes de caer muerto al suelo.

Con total indiferencia, Drías limpió el filo de su espada en la túnica del caído aprendiz, mirando a ambos lados de la calle para asegurarse de que no había incómodos testigos.

—¿Estás bien? —preguntó el germano, al darse la vuelta y contemplar el pálido rostro de Aecio.

—¿Qué hemos hecho? —balbuceó el médico, con los ojos fijos en el cuerpo exánime del aprendiz.

—Debemos irnos —indicó el hérulo, asiendo a Aecio por el brazo y obligándole a caminar por el callejón, alejándose del cuerpo—. Ya tendrás tiempo de lamentarte.

Sin que nadie se fijara en ellos, abandonaron la zona con rapidez, deteniéndose al llegar a la calle Mese. Allí el mercenario condujo al aún atónito Aecio hasta una taberna, donde se sentaron alrededor de una mesa, al igual que el día en el que se encontraron

por primera vez.

—Te vendrá bien un poco de vino —aseguró el germano.

—No lo creo —afirmó el médico—. Si tuviera algo en el estómago lo vomitaría.

—Deberías alegrarte. ¿Acaso no era esto lo que querías?

—Yo no quería matar a nadie —negó Aecio—. ¡Virgen santísima! ¿Qué hemos hecho?

—Será mejor que no pienses más en ello —recomendó el hérulo.

—No creo que pueda quitarme de la cabeza la expresión de su cara.

Drías ocultó con la copa de vino la sonrisa que afloraba a sus labios. Ya no amaba a Penélope, de hecho, dudaba seriamente de si alguna vez la había amado. Sin embargo, pese a los más de dos años transcurridos desde que se separaran, el hérulo aún sentía una extraña comezón en su interior cuando pensaba que, con la muerte de Gregorio, la había entregado en las manos de Aecio. Por mucho que le costara admitirlo, sentía celos del médico, como si en el fondo siguiera pensando en Penélope como su mujer, y en Platón como su hijo. Por eso, pese a que no era en absoluto necesario, había obligado a Aecio a participar en la muerte de Gregorio. Era su venganza contra el hombre que certificaba el final de un sueño imposible, el ladrón que se disponía a robarle el recuerdo de la única familia que había sentido como propia.

Apurando su copa, Drías decidió que no tenía sentido alargar ese momento. Había saldado su última deuda con aquella maldita ciudad, a la que esperaba no volver de nuevo en el futuro.

—Creo que aquí acaba nuestro acuerdo —indicó el mercenario, levantándose mientras arrojaba unos *nummus* de cobre sobre la mesa.

—¿Ya te vas? —se sorprendió Aecio—. Pensé que querrías ver a Penélope.

Durante un instante el germano se mantuvo junto a la mesa, sopesando si debía aceptar el ofrecimiento del médico. Sin embargo, negó con la cabeza. Había tardado demasiado tiempo en olvidar a esa mujer y a su hijo. Ahora que por fin habían salido de su vida resultaba inútil tentar al destino con un último y fugaz encuentro.

—No —respondió finalmente Drías—. No creo que sea buena idea. Nuestros caminos se dividen aquí. Tan sólo deséale suerte de mi parte, a ella y a Platón.

—Gracias por todo —dijo Aecio, levantándose y tendiendo su mano, aún trémula por lo vivido—. Si alguna vez me necesitas ya sabes dónde encontrarme.

El hérulo contempló la mano de Aecio durante un instante, antes de asir su antebrazo con fuerza a modo de despedida. Después se alejó calle arriba, mezclándose entre la gente, murmurando contra aquel hombre que se quedaría con la corona de laurel pese a no haber conducido las riendas de la cuadriga. Pero, sobre todo, murmurando contra sí mismo, por no poder evitar la envidia que le despertaba ese maldito médico.

Como cada mañana, el despertar alcanzó a Penélope poco a poco, arrancándola del agitado mundo de pesadillas que componía sus sueños. Debilitada por la escasa comida ingerida durante los últimos días, tardó un buen rato en incorporarse, presa aún de la dejadez que pugnaba por atarla al lecho, susurrándole al oído su narcótico veneno, preguntándole la razón por la que necesitaba moverse y romper así la agradable rutina de la postración. Tan sólo la sequedad de su boca y el punzante dolor que su estómago vacío le provocaba la obligaron a sentarse sobre el lecho, esforzándose por abrir los ojos.

En la penumbra que inundaba la estancia, Penélope se levantó con un quejido, caminó lentamente hasta la mesa donde descansaban la bandeja de comida y el ánfora de agua, tendiendo una mano ante ella para evitar que su incompleto estado de vigilia la llevara a chocar con los escasos muebles de la estancia. Apenas caminados unos pasos, su mano rozó una de las paredes en lugar de encontrarse con la mesa. Expulsando los últimos retazos de sueño que nublaban su entendimiento, Penélope se frotó los ojos antes de contemplar el lugar vacío en el que debería encontrarse la mesa.

Desorientada, se giró a contemplar el resto de la habitación, apenas iluminado por la luz que se deslizaba por los huecos que una cortina dejaba en la entrada. No fue hasta que sus ojos se pararon en el lecho cuando se dio cuenta de que ya no se encontraba en su lúgubre celda, sino en el dormitorio de su propia vivienda.

Apoyándose en la pared, las imágenes de lo acontecido la noche anterior comenzaron a aparecer fugazmente ante sus ojos. A diferencia de lo ocurrido desde que comenzó su encierro, Gregorio no acudió para entregarle su ración diaria de agua y comida. Antousa había llegado sola, después del anochecer, informándola

secamente de la muerte de su esposo. Incrédula, Penélope apenas recordaba haber seguido a su esclava de vuelta hasta su casa, abandonando por primera vez en semanas la estrecha habitación en la que había estado presa.

Interrumpiendo sus pensamientos, el fuerte sonido que produce una cerámica al romperse llegó hasta sus oídos. Con un sobresalto, Penélope se acercó hasta la entrada del dormitorio, dudando un instante antes de retirar la cortina, como si temiera que aquello fuera simplemente un sueño, una ilusión que se desvanecería en cuanto tratara de escapar de ese cuarto. Con mano trémula, tocó la áspera lana de la tela al tiempo que avanzaba, conteniendo la respiración. De esa manera, parpadeando para proteger su vista de la intensa luz de la mañana, salió del dormitorio.

Lo primero en lo que repararon sus ojos cuando entró en la sala principal de la casa fue en Platón, sentado sobre la mesa que descansaba en mitad de la estancia. Con el rostro compungido en una mueca de culpabilidad, contemplaba las frutas que se extendían por el suelo, desperdigadas por todo el piso junto al destrozado cuenco de cerámica que el niño había derribado mientras se encaramaba por los muebles.

—Yo no he sido, mamá —dijo el pequeño inocentemente.

Penélope se adelantó a su hijo y le abrazó con fuerza, estrujándole contra su pecho mientras sus ojos se inundaban de lágrimas.

—Gracias, Dios mío —susurró, separándose para contemplar un instante el sorprendido rostro del pequeño, antes de volver a abrazarle.

—¿Dónde has estado, mamá?

—No importa —respondió ella, sollozando, separándose para acariciar el rostro de su hijo—. Mamá ha vuelto, y no volverá a irse nunca más. Nunca.

—¿Por qué lloras? —preguntó el pequeño—. ¿Estás triste?

—No. Estoy muy feliz —dijo ella, sonriendo.

—Yo no he sido —repitió el pequeño, señalando el cuenco roto en el suelo, pensando que era eso lo que entristecía a su madre.

—No te preocupes —comentó Penélope, besando a su hijo hasta que Platón comenzó a quejarse por el exceso de cariño—. ¿Dónde está Antousa?

—No sé —respondió el niño, que desvió su atención hacia otro de los cuencos que descansaban sobre la mesa, recogió un grueso trozo de pan y se lo llevó a la boca.

Decidiendo imitar a su retoño, Penélope se sentó en un taburete y recogió algunas piezas de fruta del suelo antes de forzarse a tomar un buen desayuno, obligando a su encogido estómago a admitir la comida.

Poco después de terminar, justo cuando acababa de recoger los últimos restos de cerámica del suelo, unos golpes resonaron en la puerta. Aún insegura tras su reciente liberación, Penélope dudó un momento antes de abrir la puerta, dejando escapar un suspiro de sorpresa al ver a la persona que esperaba al otro lado del umbral.

—¡Miguel!

—Hola, Penélope —saludó el albañil con seriedad, acompañando sus palabras con un ligero gesto de cabeza—. Supongo que resulta absurdo preguntarte si ya lo sabes.

—Antousa me lo dijo anoche —admitió ella—. No sé más.

Apartándose del dintel, el *protomaistor* hizo un gesto a Penélope para que saliera de casa, indicándole que mirara a la calle, al carro situado frente a la entrada de la casa. Con desconfianza, Penélope se adelantó un paso, lo suficiente para contemplar el cuerpo inerte de Gregorio, tendido boca arriba, con la garganta abierta como si se tratara de una segunda boca. Antousa se encontraba junto a la carreta, flanqueada por dos guardias del prefecto.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella, adelantándose hasta situarse junto al cuerpo de su esposo.

—Le asesinaron mientras regresaba del trabajo.

—¿Quién?

—Esa esclava del demonio —afirmó Miguel, señalando a Antousa, quien mantenía una inescrutable expresión en su rostro —. Afortunadamente los guardias la atraparon.

—Trataba de huir a través de una de las puertas de la muralla, mezclada con los carros de un mercader —indicó uno de los soldados.

—Además llevaba esto —añadió Miguel, extrayendo de entre sus ropas un pequeño saco de cuero, en el que Antousa ocultaba el anillo de oro que Penélope había comprado para Gregorio, junto al cinturón que el aprendiz le regaló el día de la boda—. La recompensa a su sucio trabajo de asesina.

—Ella no ha sido —aseguró Penélope.

—¿Qué es lo que dices? —se sorprendió Miguel, agitando el saco delante de Penélope—. ¿Acaso no ves las pruebas?

—Yo le di esos objetos —afirmó ella.

—¿Cómo? —preguntó Miguel con asombro—. ¿Esperas que me lo crea?

—Ayer por la noche me comunicó que mi esposo había muerto —explicó Penélope—. Tengo un hijo que alimentar que se ha quedado sin padre que le traiga un sueldo a casa. La envié a averiguar lo que podría darnos un orfebre si le vendíamos las joyas.

—¿Y por qué trató de cruzar la muralla? —inquirió uno de los guardias.

—Le ordené ir después al cementerio —respondió Penélope—. A elegir el lugar en el que reposaría mi esposo.

—No es tarea de una esclava —indicó el guardia.

—Llevo varios días enferma —dijo Penélope—. No estoy en condiciones de recorrer andando la ciudad y, obviamente, enterrar a mi esposo es prioritario.

Tras escrutar descaradamente el aspecto demacrado de la joven viuda, ambos guardias se miraron asintiendo con la cabeza.

—En ese caso nos vamos —indicaron, liberando a la esclava.

—¡No puedo creerlo! —gritó Miguel—. Ella mató a Gregorio.

—No es lo que dice su propia viuda —afirmó uno de los guardias encogiéndose de hombros—. Además, ya me parecía raro que una muchacha fuera capaz de degollar a un hombre fuerte.

—Pero...

—No hay más que hablar —interrumpió el soldado—. Buscaremos al verdadero culpable. ¿Qué hacemos con el cuerpo?

—El gremio se ocupará del entierro —aseguró Miguel, reprimiendo su enfado con los soldados.

Los guardias asintieron con un gesto, se dieron la vuelta y se alejaron, dejando a solas al albañil con las dos mujeres.

—Vosotras lo planeasteis todo, ¿verdad? —acusó Miguel, frunciendo el ceño.

—No seas necio —replicó Penélope—. Sabes perfectamente que mi esposo me ha tenido encerrada.

—Por eso usaste a tu esclava para matarlo. Pero no te saldrás con la tuya —amenazó Miguel, acercándose hasta situar su cara junto a la de Penélope—. Da igual lo que tarde, Dios te alcanzará allá donde te encuentres, y pagarás por tu impiedad.

—Lárgate —dijo ella, sosteniendo la mirada de Miguel—. No quiero volver a verte.

Escupiendo en el suelo, Miguel asió las riendas del burro que tiraba del carro y se alejó calle abajo, mirando de vez en cuando hacia atrás y señalando con el dedo a las dos mujeres.

Una vez que se perdió de vista, Penélope se tambaleó, a punto de derrumbarse sobre el suelo de no ser por Antousa, que la sostuvo, ayudándola a regresar al interior de la casa y sentándola sobre uno de los taburetes junto a la mesa.

—¡Ousa! —exclamó Platón en cuanto vio entrar a la esclava, sonriendo antes de volver a concentrarse en el trozo de pan que se llevaba a la boca.

Antousa cerró la puerta tras de sí, recogió a Platón, bajándole de la mesa para dejarle en el suelo, le dio un cariñoso azote para que se fuera a jugar a otra habitación y esperó a que el pequeño desapareciera antes de volverse hacia su ama.

—¿Le has matado tú? —preguntó Penélope, escrutando los profundos ojos de la esclava.

Antousa negó con la cabeza, manteniendo su habitual silencio.

—Entonces, ¿por qué huías?

—Para ser libre.

Penélope contempló a la esclava con asombro. Pese al orgullo de su mirada, Antousa nunca había mostrado ni el más pequeño indicio de rebeldía. Como la mayoría de los esclavos, parecía resignada a su suerte. Dando por válida su fingida lealtad, Penélope siempre había creído que la esclava quería a Platón y que respetaba a sus amos. Sin embargo, todo era falso. Sólo ahora, después de su propio encierro, podía Penélope leer en los ojos de Antousa, descubriendo el desprecio que la esclava sentía por ellos, el odio que atesoraba contra Roma y el imperio que había forjado sobre el dolor de su pueblo. Pacientemente, aquella muchacha había esperado su oportunidad, alargando la mano en cuanto pudo, para asir la libertad cuando pasó por su lado. De hecho, Penélope ni siquiera era capaz de descartar que fuera ella la responsable de la muerte de Gregorio, no por salvarla a ella, como pensó en un primer momento, sino para facilitar su huida.

—Lamento que te hayan convertido en esclava —comentó Penélope con un suspiro—. Pero no me odies por eso. No fui yo quien te arrancó de tu familia.

Antousa se mantuvo en silencio, conservando la seria expresión que mantenía hasta entonces, como si aquella disculpa de su ama no fuera para ella más que una simple excusa con la que justificar su esclavitud.

—Pero sí que está en mi mano cambiar tu situación —apuntó Penélope, logrando un cambio casi imperceptible en el hierático rostro de la esclava.

—¿Cómo?

—Ahora te necesito más que nunca, Antousa —admitió Penélope—. Necesito reorganizar mi vida, y no puedo hacerlo sola. Quiero que te quedes a mi lado, pero sé que no es justo que te mantenga atada a unas cadenas que odias.

Deteniéndose para tomar aliento, Penélope trató de encontrar en el rostro de su esclava alguna sensación que le indicara cuáles eran sus pensamientos, pero Antousa los mantenía ocultos bajo una hermética máscara de indiferencia.

—Te concederé la libertad —prometió Penélope—. Será legal, así podrás viajar libremente sin temor a que te capturen o te vuelvan a vender como esclava. Eres valiente, pero no podrás cruzar el imperio hasta el Istro sin que te detengan. A cambio quiero que permanezcas conmigo un tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—No quiero mentirte, aún no lo sé —admitió Penélope—. Pero entiendo que no puedes esperar eternamente —añadió, al intuir un gesto de decepción en la esclava—. Tres años como máximo. Si puedo liberarte antes te prometo que lo haré.

Antousa se mantuvo en silencio durante unos instantes, meditando la propuesta de su ama hasta que, finalmente, asintió con un gesto.

—¿Tengo tu palabra? —insistió Penélope.

—Sí —respondió lacónicamente la esclava.

—Bien —dijo Penélope, dejando escapar un suspiro de alivio—. Deja esto donde lo encontraste, por favor —añadió, tendiendo a la esclava el saquito con el cinturón de oro y el anillo.

Antousa recogió los objetos y se encaminó hacia el dormitorio. Sin embargo, antes de salir de la habitación se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Por qué has mentido a los guardias?

Penélope la miró sorprendida. Que ella recordara, era la primera vez que la esclava iniciaba una conversación.

—Supongo que he seguido un impulso, no creo que lo hicieras tú. En realidad, me basta con que Miguel afirme que tú eres la culpable para que yo crea lo contrario.

—Me ayudaste, pero no lo hiciste por mí —sentenció Antousa

—. No somos distintas.

La esclava se dio la vuelta y desapareció en el interior del dormitorio, dejando atrás a la asombrada Penélope. Pese a su aparente frialdad, Antousa había sabido interpretar a la perfección los sentimientos de su ama. Había comprendido la decepción de Penélope al descubrir que, pese a ayudarla al morir Gregorio, lo que en realidad ansiaba era su libertad. Sin embargo, había demostrado a su ama que ella misma había actuado de manera parecida.

Penélope debía reconocer que su ayuda a Antousa con los guardias había partido, en realidad, de un simple deseo de humillar a Miguel. Más que auxiliar a su esclava, Penélope se había dejado llevar por el odio que el albañil despertaba en ella. Incluso al prometerle la libertad no actuaba guiada por cristianismo o un estricto sentido de la justicia o la caridad. Era el egoísmo de saber que la necesitaba pero que no sería capaz de impedirle la huida lo que la había obligado a firmar aquel pacto de libertad aplazada.

En el fondo, aquella joven y orgullosa esclava tenía razón, no eran distintas.

Constantinopla, 1 de septiembre de 534

De pie ante la puerta de Penélope, un ligero temblor recorría la espalda de Aecio. Había necesitado varios días para reunir el valor suficiente para encontrarse con su antigua alumna y, pese a ello, contemplaba la puerta cerrada con ansiedad, diciéndose a sí mismo que aún estaba a tiempo de salir corriendo.

Tras la muerte de Gregorio, el médico había acudido hasta el lugar en el que vivía el albañil, anunciando asépticamente a su esclava el fallecimiento de su amo. Asombrándose de su propia sangre fría, comunicó el asesinato que él mismo había cometido sin dar detalles, con una simple frase: «Le han encontrado muerto en la calle.»

Pero toda la serenidad con la que había intentado asumir su actuación desapareció esa misma noche, cuando los remordimientos y el miedo le mantuvieron en un doloroso estado de vigilia. Cada vez que cerraba los ojos, la imagen de Gregorio aparecía ante él, mostrando su infinita sorpresa mientras la espada de Drías le segaba la vida. Un par de veces se levantó a rezar, aunque, apenas comenzada una plegaria, abandonaba la tarea, preguntándose qué derecho tenía a pedir perdón al Señor, qué legitimidad le restaba para pedir compasión cuando él no la había tenido con Gregorio.

Poco después, otro temor comenzó a formarse en su mente, superponiéndose al sentimiento de culpa y suciedad que le provocaba su pecado. Si bien su primer pensamiento fue el de encontrarse con Penélope, ahora comenzaba a temer ese encuentro, planteándose cómo reaccionaría ella al conocer la verdad. Era cierto que Gregorio la había encerrado, y que planeaba arrebatarle a su hijo, pero ¿sería eso justificación suficiente para que ella aprobara un acto tan sacrílego como un asesinato? En su mente se abría paso con fuerza la idea de que Penélope le rechazaría, que perdería ante sus ojos la vitola de hombre bueno y justo, convirtiéndose en un simple bárbaro con las manos manchadas de sangre.

Durante un tiempo se dejó seducir por la idea de ocultar la verdad. Sin testigos, nadie le relacionaría con el asesinato de Gregorio, nadie acusaría al recto Aecio con un brutal asalto a cuchillo. Drías partiría a la guerra con Belisario y, por lo que había

comentado, no pensaba regresar a la ciudad. Sólo necesitaba mantener el silencio.

Sin embargo, se sabía demasiado débil para mantener un secreto semejante. Antes o después confesaría su crimen, y a la reacción de Penélope habría que sumar la incomprensión por la tardanza en haber admitido su implicación. No, no podía callar, y si debía hablar mejor cuanto antes.

Respiró hondo, se persignó y llamó a la puerta, tan débilmente que tuvo que repetir su llamada para asegurarse de que le oían. Un instante después, Penélope abrió la puerta, sorprendiéndose al ver al médico bajo el dintel.

—¡Aecio! —exclamó.

—Hola, Penélope. Yo...

Antes de que el médico pudiera continuar, Penélope se adelantó hacia él y le abrazó con fuerza.

—Te he echado de menos —dijo ella, separándose del azorado médico—. No sabes lo que me alegra verte, pero ¡estás temblando! ¿Te encuentras bien?

—Estoy algo nervioso —confesó Aecio, enrojeciendo—. ¿Puedo pasar? Querría hablar contigo.

—Claro —dijo Penélope, haciéndose a un lado e invitando al médico a adentrarse en la vivienda.

—Espero que Platón se encuentre bien —comentó Aecio, mientras se acercaba hasta la mesa.

—Aún está triste. Le he pedido a Antousa que lo lleve a pasear. Por mucho que odiara a Gregorio debo reconocer que siempre se ocupó de él, fue un buen padrastro.

—Se le pasará —aseguró el médico—. Los niños lo superan todo.

—Aecio, quiero volver al hospital —pidió ella.

—¿Volver? —repitió el médico, sorprendido—. Antes tengo algo que decirte.

—¿Ya no me quieres como alumna? —preguntó Penélope.

—¡Claro que sí! Estaría encantado de que regresaras al hospital. Necesitas un trabajo ahora que... Gregorio ya no está.

—¿Qué ocurre, entonces?

—Penélope —comenzó Aecio, tragando saliva y retorciendo sus manos mientras reunía el coraje necesario para confesar—, fui yo el que mató a Gregorio.

—¿Qué? —dijo ella, abriendo la boca con asombro.

—Soy un despreciable asesino —aseguró él, mientras las lágrimas comenzaron a aflorar a sus ojos—. He venido a suplicarte que me perdones.

Sollozando, Aecio ocultó el rostro entre las manos y se dejó caer sobre uno de los taburetes que rodeaban la mesa situada en el centro de la estancia.

Penélope se acercó hasta el médico y se arrodilló frente a él, retirando suavemente las manos de su cara y contemplando su rostro, enrojecido por el llanto.

—¿Lo hiciste por mí? —preguntó ella en un susurro.

Con un nudo en la garganta, Aecio no pudo sino asentir con la cabeza, un instante antes de que ella le besara en los labios. Separándose un instante, le miró nuevamente a los ojos, observando cómo el rostro del médico demudaba de la tristeza al asombro, antes de dejar que su boca sonriera por primera vez desde hacía tiempo.

Volvieron a besarse, mientras sus manos comenzaban a retirar la ropa que les cubría, dejándose caer al suelo envueltos en un apasionado abrazo. Se amaron deprisa, con la necesidad de quien se encuentra sediento de deseo y vislumbra un oasis en el desierto de la soledad. Se amaron hasta caer exhaustos, sobre la misma tela que había sido incapaz de contener la pasión que desbordaba sus cuerpos.

—He muerto y he ido al cielo —dijo él, acariciando el cabello de Penélope, mientras ella apoyaba la cabeza sobre su pecho—. Tenía tanto miedo…

—¿Miedo de mí? —preguntó ella.

—Después de ver cómo te marchabas del hospital tras haberte besado mi mundo se hizo pedazos —confesó el médico—. Te amo, Penélope. He tardado mucho en darme cuenta, pero ahora no soportaría verme alejado de tu vida. Por eso temía verte, porque no podría soportar que me rechazaras por haberme convertido en un asesino, por convertirme en alguien indigno de ti.

—Aecio —dijo ella, levantado la cabeza y mirándole a los ojos —, me has salvado la vida y me has devuelto a mi hijo. Y lo has hecho sacrificando tu conciencia. No podría encontrar a nadie más digno en toda la ciudad.

—Hay algo más —añadió él tras un titubeo—. No lo hice solo, no habría tenido el valor suficiente. Drías me acompañó.

—¿Drías? —se sorprendió Penélope—. ¿Ha vuelto?

—Regresó con Belisario.

—¿Te dijo algo?

—Sólo que te deseaba suerte, a ti y a Platón.

Ella apoyó de nuevo su cabeza sobre el pecho de Aecio, sintiendo a través de la piel el rápido palpitar de su corazón.

—¿Quieres que te hable de él? —se ofreció Penélope.

—No —negó Aecio—. Prefiero no remover los viejos recuerdos.

—Me ayudó cuando perdí a Héctor —dijo ella—, pero no llegué a amarle.

—¿Me amas a mí?

Mirándole de nuevo a los ojos, Penélope dudó un instante antes de contestar, provocando que el pulso de Aecio se acelerara.

—A medida que te conocía fui dándome cuenta de que te estabas enamorando de mí. Decidí ignorarlo y hacer como que no pasaba. Pensé que era por puro egoísmo, para no estropear la única oportunidad que la vida me ha ofrecido desde que llegué a esta ciudad, pero no es cierto. No se trata sólo de la medicina, o de un simple trabajo. Sabía que yo también me estaba enamorando de ti, y tenía miedo.

—¿Miedo, tú? —se sorprendió él.

—Sí. Tenía miedo de llegar a quererte tanto como quise a Héctor, de traicionar la memoria de mi esposo. Incluso traté de matar ese sentimiento cuando comenzó a aflorar. Pero fue en vano, ahora sé que es absurdo negarlo. Sí, te amo, Aecio, y doy gracias al Señor por haberme concedido una nueva oportunidad.

Él la atrajo hacia sí, besándola con fuerza en los labios.

—Sólo prométeme una cosa —pidió ella.

—Lo que quieras.

—Que siempre serás sincero.

—Te lo prometo.

Acurrucándose contra el cuerpo de Aecio, Penélope cerró los ojos, tratando de retener ese momento, el instante en el que, por fin, era libre.

Constantinopla, 9 de enero de 537

Como una inmensa barca blanca, el descomunal bloque de hielo se deslizaba sobre las aguas con lentitud, conducido a través del Bósforo por una de las numerosas corrientes que salpicaban las aguas. Casi tan alto como las murallas de la ciudad, asemejaba una montaña de hielo, un azulado trozo de cielo que hubiera caído sobre el mar.

En lo alto de Santa Sofía, Miguel se unió al coro de exclamaciones que emitían los trabajadores que le rodeaban, señalando el fenómeno que se deslizaba junto a la ciudad, calificándolo de sorprendente prodigio. Sin embargo, para la mayoría de los habitantes de Constantinopla, el continuo goteo de grandes bloques de hielo que descendían desde el mar Negro no era sino una más de las extrañas manifestaciones que el Señor les deparaba en los últimos meses.

Desde la primavera, un extraño velo parecía haberse deslizado sobre el sol, apagando su brillo hasta convertirlo en un tibio reflejo de su antigua majestad. Aquel invierno se había convertido en el más frío que nadie pudiera recordar. La nieve, tan escasa que sólo los más ancianos recordaban haberla visto caer sobre Constantinopla, se había convertido en omnipresente, cubriendo durante semanas con su manto blanco los tejados rojizos de la capital del imperio. Casi a diario, los guardias descubrían el cuerpo congelado de uno de los numerosos mendigos que usualmente deambulaban entre los pórticos de la avenida principal. El trigo, la base de la alimentación del pueblo, crecía débil en los campos, mientras la fruta y la vid se arruinaban debido a las continuas heladas, anunciando un temido periodo de hambrunas. De hecho, desde diciembre, el sol apenas lucía cuatro o cinco horas al día, y nunca con la intensidad de antaño, sino como si estuviera enmascarado por una extraña niebla. El intenso frío que atenazaba la ciudad obligaba a los trabajadores a añadir pantalones y gruesas capas a sus habituales túnicas, y a envolver sus pies descalzos en paños de lana. Mientras tanto, debido al prohibitivo encarecimiento de la leña, sus esposas pasaban el día envueltas en mantas, preguntándose por qué Dios castigaba a su pueblo con tales desgracias.

Una gélida ráfaga de aire sacudió a los trabajadores, ahuyentándoles de la azotea y devolviéndoles al trabajo, como

forma de entrar en calor. Por su parte, Miguel, aprovechando el lugar donde se encontraba, se aproximó hasta el borde superior de la cúpula central para comprobar el avance de los isaurios contratados para realizar la última de las fases de la obra.

Para asentar la cúpula sobre los cuatro grandes pilares centrales, se habían construido otros tantos arcos entre ellos. El elemento que convertía este cuadrilátero en un círculo sobre el que asentar la cúpula era la pechina. Se trataba de un triángulo esférico, realizado a partir de la intersección en una esfera de tres arcos en planos diferentes. Se había construido una en cada esquina del cuadrilátero central, usando ladrillos de cuatro dedos de espesor. Aunque el método utilizado para fabricarlas era el mismo que el usado para las bóvedas, se habían realizado de manera independiente, para asegurar su estabilidad antes de comenzar la cúpula central. Su ejecución fue encargada al mismo grupo de trabajadores isaurios que construiría la cúpula, pues, aunque se habían utilizado pechinas en los ábsides, se habían asentado sobre octógonos, no sobre un cuadrilátero, y cuantos menos lados tiene el polígono de base, más vuelo han de tener las pechinas, con lo que su ejecución resultaba más delicada.

Para aumentar la estabilidad de su preciada obra, Isidoro de Mileto no había diseñado la cúpula totalmente esférica, sino elíptica, con dos centros separados entre sí dos codos y medio. Por ello, para comenzar su fabricación, lo primero que habían hecho los isaurios tras finalizar las pechinas fue erigir dos grandes mástiles de madera, que se erguían desde el suelo hasta la base de la futura cúpula, uno debajo de cada centro de la elipse. En la punta de los maderos habían amarrado dos cuerdas, una que coincidía con la curvatura interior de la cúpula, el intradós, y otra con la curvatura exterior. De esa manera disponían de una guía para colocar los ladrillos y comprobar el espesor que debían tener las distintas hileras. Al igual que en el caso de las bóvedas de cañón, la construcción de la cúpula se realizaría sin cimbras, por medio de lechos cónicos colocados en forma de coronas sucesivas. Los ladrillos de cada hilada se colocaban sobre una capa de mortero que los unía a los de la hilada precedente. Una vez terminada, cada fila se comportaba como un tronco de cono con el vértice apuntando hacia abajo, lo que impedía que se desplomara o se deformara, sirviendo de apoyo para la siguiente.

Como medida adicional para reforzar la fábrica, Isidoro había planeado dos acciones. Por un lado, el ingeniero había dividido el intradós de la cúpula en cuarenta husos, por medio de otras tantas

nervaduras meridianas salientes, que convergían en la clave y proporcionaban solidez a la fábrica sin apenas aumentar el peso. Su construcción se realizaría al mismo tiempo que los paños de relleno, contribuyendo a volver menos deformable la delgada cáscara de la cúpula, situada a ciento veinte codos del suelo. Además de esta medida, la base de la bóveda se embebería dentro de un muro perimetral de fábrica, que la ceñiría hasta la altura de los riñones, empalmando con el trasdós mediante una contracurva. El muro resultante estaría perforado por cuarenta ventanas, de forma que quedaría reducido a una serie de contrafuertes discontinuos, lo que permitiría la iluminación del interior de la iglesia.

Con un suspiro, Miguel comprobó el pequeño avance de los isaurios, a los que las pocas horas de iluminación de ese gélido invierno les impedían trabajar tanto como se esperaba. De nuevo, se veía en la desagradable posición de tener que informar al maestro Isidoro de nuevos retrasos.

Según la concepción inicial de las obras, la basílica debería haberse terminado meses atrás y, a estas alturas, únicamente debería procederse a los últimos retoques en la decoración, y a colocar los deslumbrantes objetos religiosos que se utilizarían durante la liturgia en el templo. Pese a ello, podrían considerarse afortunados si lograban inaugurar la iglesia antes de un año.

—¡Maestro Miguel!

La llamada de uno de sus peones atrajo su atención hacia los andamios exteriores, en los que se finalizaba la colocación de las placas de mármol que revestirían el muro exterior de la iglesia.

—¿Qué ocurre?

—El arco sur está desprendiendo arena —informó el trabajador —. El maestro Isidoro le espera allí.

—Dile que voy enseguida.

Pese a su mensaje, Miguel se mantuvo quieto. A diferencia de la admiración que inicialmente profesaba al ingeniero de Mileto, el *protomaistor* había acumulado un profundo odio contra Isidoro a lo largo de los últimos años. Desde que tomó el mando de las obras, el frenético ritmo de trabajo que el ingeniero había impuesto había provocado cientos de muertos y heridos entre los trabajadores del templo. Obsesionado con cumplir un plazo imposible, había forzado a los constructores hasta la extenuación, despreciando los riesgos que éstos asumían en su trabajo.

Isidoro había cambiado. Había perdido su amabilidad y la

tranquila confianza que atesoraba cuando llegó a Constantinopla. Como si el espíritu de Antemio se hubiera apoderado de él, desde que se situó al frente de la construcción su carácter se había agriado poco a poco, su conversación había abandonado cualquier tema que no fueran las continuas quejas por los retrasos, y su interés por la vida de cuantos le rodeaban se había convertido en desprecio.

A decir verdad, el propio Miguel había cambiado a su vez. La obra con la que inauguró ilusionado su puesto de *protomaistor* le había ido carcomiendo, desgastando, hasta el punto de que los problemas que antes le angustiaban ahora desfilaban ante sus ojos con la mayor de las indiferencias. Había perdido la ilusión, de hecho, no veía el día en el que se terminara ese maldito templo.

Sin embargo, debía admitir que su cambio de ánimo no se ceñía únicamente a las vicisitudes que rodeaban la construcción de Santa Sofía. El recuerdo de su compromiso respecto a Platón aparecía de forma recurrente en su pensamiento, regresando para angustiarle pese a los más de dos años transcurridos desde la muerte de Gregorio.

Había realizado un juramento, una promesa que, a medida que transcurrían los años, iba perdiendo poco a poco el sentido, hasta convertirse en una burda carga que apenas entendía por qué debía soportar. De no ser por el sagrado compromiso que había asumido frente a la tumba de Héctor, hacía mucho tiempo que habría desistido de pensar siquiera en ese niño. Tal vez era ya hora de librarse de aquel peso.

Tras haber esperado un buen rato, Miguel descendió por los andamios de la fachada exterior de la basílica, rodeando el templo para entrar por las puertas del atrio. Mientras lo atravesaba, comprobó con satisfacción que, al menos, el patio porticado que precedía al nártex de la iglesia se había terminado por completo, con su resplandeciente mármol blanco de Caria con vetas rojas cubierto por la nieve. En medio de vítores de triunfo, un grupo de trabajadores contemplaba el chorro de agua que surgía del caño central de bronce de la fuente del atrio. Tallada en jaspe de la cumbre del Yasos, y situada sobre un estanque de mármol, la fuente mostraba a su alrededor, rodeados por mosaicos de animales, los rostros de doce leones de mármol del Proconeso, de cuyas bocas acababa de comenzar a brotar el agua. Destinada a permitir las abluciones de los fieles que acudieran a la liturgia, sobre su cuerpo central destacaba en letras griegas una sentencia: «Lava las iniquidades, no sólo la cara.»

Adentrándose en el interior del templo, Miguel se aproximó al arco sur, uno de los dos grandes arcos torales que separaban la nave central de las laterales. Bajo él, junto a uno de los pilares, Isidoro de Mileto examinaba el suelo con expresión de desconcierto.

—Están cayendo trozos de mármol —dijo Isidoro, en cuanto Miguel llegó a su lado, mostrándole un pedacito del material que había recogido del suelo.

—Es lo mismo que pasa en el arco norte —indicó Miguel—. El calado de los tímpanos se está desmenuzando.

—No lo entiendo —dijo Isidoro—. ¿No se usaron ladrillos de más de dos codos en su construcción?

—Así es, pero parece que no ha sido suficiente para evitar que el peso esté aplastando las columnillas de decoración de mármol contra la viga que corona las columnas.

Con un suspiro, Isidoro contempló el tímpano del arco norte. Al igual que las ventanas, se había cubierto el inmenso espacio por medio de un entramado de barras cruzadas de mármol que, en el caso del gigantesco tímpano, se intercalaba con columnillas del mismo material. Pese a que debería haberse esperado a que la cúpula estuviera finalizada antes de colocarse, Isidoro había insistido en su realización, buscando recuperar así parte del tiempo perdido en los continuos retrasos de la obra. Ahora, parecía que el ingeniero había cometido un error, precipitando la instalación del frágil mármol cuando el arco de mortero y ladrillo aún no se había comprimido debido al peso que debería soportar.

—Reventará —apuntó finalmente Isidoro con resignación—. A medida que se construya la cúpula irá cargando los arcos, y el mármol acabará desintegrándose bajo el peso. ¡Maldito estúpido! —gritó, pateando el suelo con fuerza—. No sé cómo he sido tan necio. En fin, encárgate de solicitar material para construirlos de nuevo. Al menos, cuando se derrumben no tendremos que esperar por el mármol.

—Los canteros ya trabajan a destajo —apuntó Miguel—. Van tan rápido que tienen que hacer marcas en las losas de mármol del revestimiento para saber cuántas hace cada uno. No pueden asumir más pedidos.

—Pues tendrán que hacerlo —respondió hoscamente Isidoro—. Presiónales, diles que no cobrarán nada si no entregan todos los pedidos.

—Lo intentaré.

—¿Está ya terminada la ornamentación de las galerías?

—Las losas del suelo, ventanas, dinteles y jambas de las puertas ya han sido colocadas en ambos gineceos —certificó Miguel—. Los sopladores de la calle Dikymbalos, cerca de la iglesia de la Virgen del cobre, nos han proporcionado el vidrio para las ventanas, en los colores adecuados para los dibujos que realizó el emperador. Excepto en la cúpula, ya los hemos insertado en las celosías de mármol.

—¿Y los mosaicos que recubren las cúpulas de ambas galerías?

—Se terminarán en unas semanas.

—Bien, encárgate de que comiencen a pulir las losas de mármol de las galerías —ordenó Isidoro, refiriéndose al pulido final que se realizaba sobre las losas decorativas para incrementar su brillo. Para ello, se extendía sobre el mármol una capa de cera amalgamada con aceite, que luego se derretía mediante el calor aplicado por un brasero de carbón, cuidando que la cera se derritiera de manera igual en todas partes. Finalmente, se frotaba y pulía la losa con un trapo limpio de lino.

—En ese caso, sólo resta colocar el recubrimiento de techo y paredes en la planta principal, para lo que ya tenemos almacenadas las losas que vamos a necesitar.

—¿Qué tipos de mármoles se han preparado? —inquirió el ingeniero.

—De la cantera de Carysto, al pie del monte Ocha, hemos conseguido mármol de Eubea, blanco verdoso con vetas de color gris purpurado. De Frigia hemos traído lo necesario para las placas de las paredes, con losas de color rojo, rosado, amarillo, blanco y violeta. Además contamos con mármol de Hierápolis y pórfido verde de Laconia, de las minas del monte Taygeto. Todas las losas son de gran tamaño, de forma que luego podamos cortarlas con sierras sin dientes y arena.

—Hoy debo acudir a palacio —indicó Isidoro, tras escuchar atentamente la lista de mármoles que decorarían la iglesia una vez acabada—. Voy a comprometerme con el emperador a terminar las obras en menos de un año.

—Los isaurios avanzan muy despacio —advirtió Miguel—, y hasta que se termine la cúpula no podremos fijar una fecha para inaugurar la iglesia.

—¡Que trabajen más horas! —gritó Isidoro.

—No pueden —replicó Miguel, manteniendo la calma—. El sol no sale más que unas pocas horas al día. A veces da la sensación

de que trabajamos bajo la luz de la luna, en lugar de durante el día. No pueden colocar los ladrillos a tientas.

—Subiremos lámparas de aceite a los andamios, pero hay que acabar en un año.

Consciente de la inutilidad de seguir discutiendo con Isidoro, Miguel cedió con un gesto de cabeza.

—Un año —confirmó el *protomaistor*, mientras se preguntaba si realmente aquella obra finalizaría en doce meses o Santa Sofía, a semejanza de una moderna torre de Babel, acabaría devorando a cuantos la construían.

Con el ceño fruncido mostrando su concentración, Aecio se rascaba la barbilla mientras pensaba en una nueva pregunta. Frente a él, sentada en una silla con respaldo en forma de lira, Penélope daba buena cuenta de un cuenco de aceitunas jóvenes, curadas con sal y aderezadas con vinagre de miel.

—¿Cómo se trata un aneurisma en el codo? —preguntó finalmente el médico.

—Las inflamaciones de las venas pueden provocar la acumulación de sangre y una posible ruptura —respondió ella—. Se ha de buscar la vena que la provoca, bajando desde la axila al codo. Una vez localizada se hace una incisión en la parte interior del brazo, unos cuatro dedos de ancho por debajo de la axila, donde se puede sacar la vena con facilidad. Se extrae la vena con un gancho y se atan los dos extremos cortando en el medio. Se llena la herida con incienso para estimular una buena supuración y se venda. Después se abre el propio aneurisma, sin temer que sangre, y se quita el coágulo, se extrae de nuevo la vena con el gancho, en ese punto se ata y se cierra la herida con incienso.

—Bien, bien —comentó Aecio—, ¿y cuáles son las cualidades medicinales del aspálato?

—Tiene virtud calorífica con astricción, por lo que, cocido con vino y enjuagado, mejora las aftas. En lavativas es útil para las impurezas y úlceras de los genitales, y mezclado en el pesario provoca la expulsión del feto. Su decocción restriñe el vientre y disuelve las flatulencias.

El médico mostró su conformidad con la respuesta por medio de un gesto, mientras se concentraba de nuevo en la búsqueda de otra pregunta.

—Estoy preparada —aseguró ella con una sonrisa—. ¿Cuándo te darás cuenta?

—El examen será dentro de un mes —indicó Aecio—. Tenemos que aprovechar el tiempo que queda.

—Te pones nervioso sin necesidad. Voy a aprobar.

—Claro que estoy nervioso. ¡Es el examen para obtener la túnica azul! No entiendo cómo puedes estar comiendo aceitunas tan tranquila.

—Se me han antojado —respondió ella, encogiéndose de hombros—. ¿No será que te sientes cohibido por tener delante a una futura *iatraina*?

—¡Jovencita! —exclamó Aecio—, aún tienes que leer muchos libros para cohibirme.

—¿Así que el gran Aecio está celoso de su propia alumna? —se burló Penélope—. No te preocupes, cuando me den tu puesto te mantendré en el hospital, alguien tiene que ocuparse de las letrinas.

—¡Menudo futuro me reservas!

—Es lo que te mereces, por ser tan duro conmigo.

—Sólo quiero que estés a punto para el examen —se defendió el médico.

—No me refiero a eso, Aecio. Llevamos más de dos años juntos, y empiezo a hartarme de tener que volver a mi casa cada noche.

—Ya sabes que me encantaría tenerte aquí —afirmó Aecio—, pero no puedo consentir que vivamos públicamente en pecado, no te expondré de ese modo a lo que diga la gente.

—Todos los que nos conocen saben lo nuestro —aseguró Penélope con enfado—. ¿Qué es lo que tenemos que esconder? Además, dado que no quieres casarte conmigo...

—No es que no quiera —interrumpió él—. Nada me haría más feliz, pero la iglesia prohíbe casarse por tercera vez.

—También prohíbe matar a tus semejantes.

—Eso ha sido cruel —dijo el médico, bajando la cabeza ante la cruda referencia de Penélope a la muerte de Gregorio.

—Lo siento —se disculpó Penélope, acercándose hasta Aecio y abrazándole—. Lo he dicho sin pensar. Últimamente estoy muy alterada. Perdóname.

—No puedo enfadarme contigo, ya lo sabes —repuso él, aunque sus ojos aún mostraban un atisbo de reproche en su mirada.

—Quiero estar contigo, Aecio —aseguró Penélope, besando al médico—. Me da igual lo que piense la gente. Yo también soy

cristiana y respeto la palabra de la iglesia, pero he vivido demasiado para ignorar que la felicidad que hoy nos envuelve puede cambiar en un suspiro. Te amo, y no quiero pasarme el resto de mi vida esperando a que el destino nos permita estar juntos.

—Yo también quiero formar una familia. Es algo en lo que no había pensado seriamente hasta que te conocí. Siempre estuve absorbido por el mundo de la medicina, pero ahora nada me haría más feliz que teneros a mi lado, a ti y a Platón.

—Siempre podemos dejar la ciudad —sugirió ella—. Podemos ir a Antioquía o Alejandría. Allí nadie nos conoce, a nadie le preocupará saber las veces que he contraído matrimonio.

—Nuestra casa está aquí.

—Nuestro hogar estará donde estemos nosotros —afirmó ella, besándole suavemente—. Yo procedo de Atenas, y tú de Amida. Para ninguno de los dos sería nada nuevo marcharse a otra ciudad.

—No sé... —dudó él.

—No hace falta decidirlo ahora —aseguró Penélope—. Únicamente prométeme que lo pensarás.

—Está bien —cedió Aecio—. Lo meditaré con calma. Aunque, por supuesto, primero tienes que aprobar ese examen.

Ella sonrió, asintiendo con un gesto antes de besarle de nuevo.

Realizado con miles de diminutas teselas, sobre un fondo de color níveo, el mosaico mostraba un enorme jardín, dominado por una fuente de la que surgían cuatro ríos. Alrededor de la estructura central, diseminadas en torno a rosales, lirios, nardos, violetas y jacintos, innumerables aves aparecían representadas con absoluta fidelidad, resaltando los dos pavos reales que flanqueaban la fuente principal.

Tras casi media hora paseando sobre el elaborado mosaico, Valente se había fijado hasta en sus más mínimos detalles, como forma de aliviar la espera que le imponía Juan de Capadocia tras haberle convocado esa mañana. Aunque, pese al tiempo que el prefecto le hacía esperar antes de recibirle, el patricio no tenía prisa por encontrarse con él.

Después del misterioso intento de envenenar al emperador, había conseguido mantener al capadocio alejado de sus planes de ocupar el trono durante más de dos años. Sin embargo, la paciencia del prefecto se agotaba poco a poco, por lo que Valente no dudaba que la llamada de Juan de Capadocia no tenía más que

un objetivo, convencerle para tomar de una vez el poder. Pero, a medida que se aproximaba el inevitable momento en el que el prefecto volvería a mover sus piezas sobre el tablero, Valente comenzaba a temer los resultados de aquella confrontación. En su pensamiento nunca estuvo la idea de sustituir a un tirano por otro aún peor, pues, por mucho que detestara a Justiniano, el patricio no dudaba que el gobierno, en manos de Juan de Capadocia, sería infinitamente más dictatorial y arbitrario. Cuando se involucró en la conjura que le propuso el prefecto sus metas eran claras, en primer lugar sobrevivir, pues resultaba obvio que una negativa hubiera supuesto su sentencia de muerte; su segundo y último objetivo era la república.

Desde el primer momento, su intención se centraba en apoyar a Juan de Capadocia para derribar a Justiniano del trono, y romper después su compromiso con el prefecto para instaurar de nuevo el poder del senado. Sin embargo, a diferencia del fallecido Hypacio, Juan no se dejaría utilizar como una simple marioneta. Una vez en el poder sólo la fuerza sería capaz de derribarle.

Y si el senado carecía de algo, era de fuerza.

Escarmentados por las duras condenas que siguieron a la revuelta de la *Nika*, ningún senador se arriesgaría a oponerse a un emperador mientras aún conservara el trono. Fuera a Justiniano o a Juan de Capadocia, el senado apoyaría a quien tuviera la fortuna de su lado. No, para derrotar al prefecto Valente no podría contar con sus compañeros del senado. Su única baza para devolver la vida a la república se encontraba en el pueblo, en los mismos ciudadanos que habían estado a punto de derrocar a Justiniano durante la *Nika*. Sin embargo, Valente carecía de la pieza imprescindible para movilizar al pueblo. Necesitaba una persona con el carisma suficiente para arrastrar a las masas y dirigirlas hacia la libertad, un héroe al que había buscado durante los dos últimos años sin encontrarlo. Necesitaba un nuevo Héctor.

—Mi amo os recibirá ahora.

Ensimismado en sus pensamientos, Valente no se dio cuenta de la presencia del eunuco hasta que éste le pidió que le siguiera, haciendo una corta reverencia antes de guiar al patricio al interior de las estancias privadas del prefecto. Juan de Capadocia esperaba en uno de los pequeños ábsides que rodeaban uno de los salones en los que celebraba sus conocidas fiestas. El lugar, pese a aparecer impoluto a ojos del senador, aún olía a incienso y vino, así como al caro perfume utilizado por las damas frecuentadas por el capadocio.

—Saludos, Juan —dijo Valente, en cuanto vio al prefecto, recostado en uno de los lechos, junto a una mesa tallada en marfil.

Emitiendo un sordo gruñido por saludo, Juan de Capadocia dejó claro que aún se encontraba bajo los efectos de una monumental resaca. Su macilento rostro y el enrojecimiento de sus ojos delataban las pocas horas de descanso transcurridas desde el final de la fiesta, aunque su mirada desmentía cualquier pensamiento de que el malestar minara su firmeza de carácter.

—¿Qué querías decirme? —preguntó el senador, recostándose cerca del prefecto.

—En primavera tomaremos el poder.

—Pero...

—No más peros —atajó el prefecto—. Llevo dos años escuchando tus excusas. Todo está preparado, sólo falta que muevas a tu enigmático contacto para que hable con el patriarca sobre la implicación de Justiniano en la quema de Santa Sofía.

—¿Hay alguna razón para tantas prisas? —inquirió Valente.

—Las obras de la iglesia terminarán pronto, tal vez antes de final de año.

—No puedo creer que sigas pensando que Justiniano concebirá un heredero cuando finalice Santa Sofía —se asombró el senador.

—No pienso arriesgarme —aseguró Juan de Capadocia—. Si ese perro preña a su furcia todo se habrá acabado. No, no voy a permitirlo. En cuanto se abra de nuevo la temporada de navegación mis hombres comenzarán a acudir a la capital. En mayo tendremos la superioridad necesaria sobre la guardia para tomar el palacio, con tu ayuda o sin ella.

—Está bien —cedió el senador con un suspiro de resignación—. Veo que estás decidido. Cumpliré con mi parte.

—Eso espero —afirmó Juan—. En este negocio no hay segundas oportunidades.

Valente asintió con desgana, aceptando internamente las palabras del prefecto. A decir verdad, parecía que el destino estaba empeñado en negarle esa segunda oportunidad que tanto ansiaba. Con amargura, Valente comenzó a sopesar si Aecio no había tenido razón al decir que la república estaba muerta, y que su vuelta tan sólo era un sueño imposible. Había cometido un terrible error. Cegado por su afán de devolver a Roma su antiguo sistema de gobierno, había prestado su apoyo a un tirano, uno mucho peor que el que ocupaba el trono.

Sin embargo, de cuantos pecados oprimían su conciencia,

ninguno pesaba más que el hecho de haber implicado a Aecio en aquella locura.

Observándose el uno al otro, los dos luchadores mantenían las posiciones, en espera de una oportunidad que les permitiera derribar al contrario y terminar la pelea. Tras deslizarse en círculo durante unos instantes, midiéndose mutuamente, ambos hombres entrechocaron en un cerrado abrazo, apretando los dientes mientras trataban de asir el resbaladizo cuerpo del contrario. Con un rápido movimiento, uno de los luchadores se zafó de la presa de su contrincante y le volteó por encima de su hombro, arrojándole con fuerza contra el duro suelo, cubierto por un extenso mosaico de caza.

—¡Muy bien! —chilló Antonina con entusiasmo, arrojando acto seguido un puñado de monedas para que las recogiera el vencedor.

—No entiendo cómo te gusta la lucha —apuntó Teodora con visible aburrimiento—. Yo prefiero la música, contemplar una danza o la actuación de un buen pantomimo.

—¿De verdad no encuentras ningún atractivo en ver a dos hombres musculosos y medio desnudos peleando a una orden tuya? —replicó Antonina con una sonrisa pícara—. Creo que últimamente te centras demasiado en las tareas de gobierno. Deberías divertirte más.

—Me resulta difícil entretenerme con banalidades mientras los monofisitas vuelven a ser perseguidos por todo el imperio —afirmó Teodora.

—Has hecho todo lo posible por cambiar las cosas —recordó la mujer de Belisario.

Torciendo el gesto, la emperatriz recordó los numerosos acontecimientos que habían seguido a la sorpresiva muerte del patriarca Epifanio, casi dos años atrás. En apoyo al monofisismo, la escisión del cristianismo que ella misma profesaba, Teodora había convencido a su esposo para nombrar como nuevo patriarca a Anthimo, un ortodoxo que, ocultamente, profesaba el monofisismo. Con su nombramiento, tres de las cinco sedes metropolitanas de la iglesia, Alejandría, Antioquía y la propia Constantinopla, estaban dominadas por miembros de esa opción religiosa. La sede de Jerusalén, pese a encontrarse gobernada por un ortodoxo, mantenía una población mayoritariamente adepta al monofisismo, lo que imponía a su patriarca una estricta moderación en sus actuaciones. Únicamente el Papa, el patriarca

de la sede de Roma, se mantenía ligado a la ortodoxia.

Durante unos meses, la emperatriz logró que el monofisismo dominara la cúpula de la iglesia. Incluso la insurrección que tuvo lugar en Alejandría tras la muerte de su patriarca fue superada con facilidad. Pese a la oposición del propio Justiniano, temeroso de que una intervención armada pusiera en peligro el vital suministro de grano proveniente del Nilo, Narsés, enviado por la emperatriz con un ejército para restablecer en el patriarcado al elegido de Teodora, sofocó la rebelión a sangre y fuego.

Sin embargo, había bastado la llegada a Constantinopla del papa Agapeto para trastocar todos sus planes. El inflexible patriarca de Roma había pedido desde el primer momento la vuelta de la iglesia a la ortodoxia, desdeñando el soborno que la propia Teodora le ofreció e, incluso, ignorando las amenazas del emperador, quien llegó a gritarle: «Haz lo que te digo o te mandaré al exilio.»

Pese a la superioridad teórica de la que gozaba el emperador, quien tenía en su mano deponer al Papa o sustituirle por otro, la posibilidad de que sus ansiados planes de reconquistar Italia se vieran frenados por la oposición del Papa pesó más que el orgullo. Justiniano cedió ante las peticiones de Agapeto, y sustituyó al patriarca de Constantinopla por el ortodoxo Menas, el antiguo administrador del hospital de Sansón. El nuevo patriarca realizó una terrible purga entre los partidarios del monofisismo, a los que sólo la ayuda de Teodora les salvó del cruel destino que esperaba a los herejes.

Mas la situación se volvió aún más compleja cuando el propio Papa murió unos meses antes, permitiendo que Teodora utilizara de nuevo su influencia sobre su esposo para imponer la nominación de Vigilio, antiguo nuncio del Papa en Constantinopla, un hombre corrupto que prometió a su emperatriz apoyar a los monofisitas cuando ocupara el solio de Roma.

Pero, para desgracia de Teodora y de su nueva marioneta, los habitantes de Roma, en unión con el rey godo Teodato, habían elegido por su cuenta a un nuevo Papa, Silverio, que se negó a abandonar su puesto cuando se lo exigió el enviado de la emperatriz. Como modo de congraciarse con Justiniano, Silverio había entregado las llaves de Roma a Belisario, quien había entrado con su ejército en la ciudad el pasado 9 de diciembre, sin tener que derramar sangre para devolver al imperio la ciudad que le había dado nombre.

—Aún no he hecho cuanto estaba en mi mano —afirmó

Teodora—. No consentiré que sean los godos quienes impongan a un falso Papa. Es el emperador quien elige a los patriarcas, no podemos consentir que se burlen de nosotros.

—Silverio nos ha entregado Roma —recordó Antonina—. De hecho, estoy deseando encontrarme allí con mi esposo.

—¿Piensas partir otra vez? —se sorprendió la emperatriz—. Te creía escarmentada de viajes después de África.

—Añoro a Belisario. Me asfixia cuando le tengo a mi lado, pero no soporto estar tanto tiempo alejada de él. A veces no puedo dormir, pensando que ha encontrado a otra a la que amar. Pensarás que estoy loca.

—No, te entiendo perfectamente.

—Lo dices para consolarme —replicó Antonina—. Tu esposo es incapaz de mirar a otra. Si hay una mujer en la ciudad que no sepa lo que son los celos ésa eres tú.

Teodora sonrió, como si se sintiera halagada por el cumplido. Sin embargo, las palabras de su amiga distaban mucho de la realidad. Teodora era muy consciente de lo que eran los celos, de lo que se sentía cuando en tu corazón se instalaba el temor a verte abandonada, a ser dejada de lado.

Casi año y medio antes, Amalasunta, la hija de Teodorico, que actuaba como regente del reino de Italia, había escrito una carta a Justiniano, solicitando que el emperador la acogiera en Constantinopla. Incapaz de dominar a la nobleza de su reino, aquella mujer, educada en la cultura clásica romana y de una belleza sin par, había vuelto sus ojos hacia Justiniano.

Apenas recibida la noticia en palacio, la corte se trasformó en un hervidero de rumores, en los que se aseguraba que el emperador se divorciaría de Teodora, tanto por su esterilidad como por las ventajas que conllevaba su unión con la heredera del reino de Italia. Acostumbrada a moverse en un mundo en el que la injuria y la calumnia dominaban sobre la sinceridad, Teodora siempre se había mantenido indiferente a cuantos cuchicheos intercambiaban senadores y funcionarios. Hasta ese instante, tal y como afirmaba Antonina, la emperatriz jamás había sentido celos de otra mujer y, sin embargo, una profunda inquietud comenzó a tomar forma dentro del corazón de Teodora.

En realidad, la emperatriz nunca supo cuál fue la yesca que hizo prender la hoguera de la envidia en su interior. Quizá fue la coincidencia de tales rumores con una de aquellas temporadas de distanciamiento que aparecen en cualquier matrimonio. Tal vez se

trató de un excesivo temor a los innumerables cálculos políticos a los que la situación daba pie. O, tal vez, se trataba de la simple reacción que experimenta una mujer cuando piensa que alguien puede arrebatarle lo que considera suyo. De hecho, no fue consciente de la fuerza de ese sentimiento que albergaba hasta que ordenó que asesinaran a Amalasunta antes de que pudiera partir hacia Constantinopla.

Aquélla fue la primera vez que había actuado guiada por la debilidad, dejando que los sentimientos nublaran su mente. Era consciente de que había sido el temor el que la empujó a emitir esa orden, pero ése era un secreto que jamás revelaría a nadie.

—Te echaré de menos —afirmó Teodora, tras unos instantes de silencio.

—Yo a ti también.

—Seguro que Belisario estará deseando verte.

—Eso espero, aunque más le alegraría ver llegar refuerzos para su ejército —aseguró Antonina.

Pese a que el tono de su amiga no dejaba traslucir ninguna intención, Teodora sabía que se trataba de un reproche. Desde que desembarcó en Italia con su ejército, Belisario se había quejado una y otra vez a Justiniano de los escasos recursos con los que contaba, en contraposición a los descomunales ejércitos godos. Sin embargo, el emperador se negaba a enviar refuerzos, pese a la tranquilidad que se respiraba en el resto de las fronteras. En la corte, eran muchas las voces que acusaban a Justiniano de sentirse celoso de los éxitos de su mejor general, y de comenzar a dar crédito a cuantos acusaban a Belisario de buscar un trono para sí en las tierras de Italia. A decir verdad, pese a que jamás lo confesaría a nadie, Teodora sospechaba que aquellos rumores eran ciertos.

—¿Cuándo piensas marcharte? —preguntó la emperatriz, tratando de cambiar de tema—. Recuerda que aún tenemos algo pendiente.

—¿Te refieres a Juan de Capadocia?

—Sí. Supongo que aún mantienes la amistad con su hija, ¿no?

—Eufemia come de mi mano —se vanaglorió Antonina—, pero pensaba que lo habías olvidado. Hace mucho que el prefecto no da que hablar.

—Y eso es lo que me preocupa —aseguró la emperatriz—. No sé qué está tramando, pero no pienso esperar a verlo. La última vez que dudé antes de actuar casi le cuesta la vida a mi esposo —

añadió, recordando la vez en la que Justiniano fue envenenado.

—En ese caso, puedo hablar con ella cuando quieras.

—Esta misma semana.

—No hay problema.

Con una sonrisa, Teodora hizo un gesto a uno de sus eunucos para que terminara la exhibición de lucha. Mientras los fornidos combatientes se retiraban, la emperatriz se preguntó qué luchador acabaría tendido en el suelo en su pugna con Juan de Capadocia.

Lo único que Teodora tenía seguro era que, de no ser ella quien se mantuviera en pie tras la lucha, su contrario no tendría piedad.

Constantinopla, 11 de enero de 537

El grotesco chillido de los cerdos destacaba sobre el ruido general que inundaba el foro, delatando la presencia de los mercaderes de puercos, que acudían hasta las cercanías de la columna de Teodosio para vender los animales a los carniceros del gremio que se asentaban bajo uno de los largos pórticos.

A la sombra de la esbelta columna de cincuenta codos de alto, decorada con relieves de las victorias de Teodosio sobre los godos a semejanza de la columna de Trajano en Roma, un grupo de carniceros examinaba los nerviosos animales. Obedeciendo las estrictas leyes municipales, que condenaban con el látigo y la expulsión del gremio a los transgresores, cuantos poseían un cerdo para vender acudían al foro de Teodosio para realizar la transacción en el mismo punto en el que la corte recibía a los embajadores extranjeros que acudían a la capital del imperio.

Afortunadamente para el propio Teodosio, el antiguo emperador ya no vivía para contemplar cómo el hedor de los excrementos inundaba el foro que construyó con tanto empeño. De hecho, incluso su propia estatua ecuestre en plata, que antaño coronaba la columna, había caído víctima de uno de los frecuentes temblores de tierra que sacudían la capital del imperio. Aún vacía, dado que la estatua de Anastasio que sustituyó a la caída efigie fue derribada durante una revuelta, la columna se erguía solitaria en mitad del foro, empequeñecida por la inmensa mole del capitolio, edificado por Teodosio II para acoger la más prestigiosa escuela de la ciudad, a imitación del existente en Roma.

Abriéndose paso entre la multitud, Aecio caminaba sin prisas, cargado con su caja de medicinas. A su lado, Valente se esforzaba por mantenerse a su altura, eludiendo bestias de carga, porteadores, damas en litera y aristócratas a caballo, así como los numerosos excrementos que salpicaban el grisáceo suelo de mármol del foro.

—Deberíamos dar un rodeo por una calle menos transitada —apuntó el patricio, agradeciendo haber tenido la precaución de sustituir sus habituales sandalias por zapatos de piel cerrados.

—Fuiste tú el que comentó que las callejuelas sin empedrar eran lodazales intransitables —replicó el médico.

—No pensé que la alternativa al barro sería caminar sobre un

mar de desechos de puerco.

—¿Siempre eres tan quejica cuando sales a pasear? —se burló Aecio.

Encogiéndose de hombros, Valente eludió responder a su amigo, consciente de que el médico tenía razón sobre su estado de ánimo. Pese a la insistencia del senador en acompañar esa mañana a Aecio durante uno de sus trayectos mientras visitaba a sus pacientes privados, resultaba evidente que el patricio no se encontraba a gusto. Sin embargo, la razón del malestar del senador no tenía nada que ver con el gélido ambiente de la mañana, o la incomodidad de caminar esquivando suciedad y resbaladizas placas de hielo. Lo que realmente agriaba el carácter del patricio era el recuerdo de un cinturón de oro, y la certeza de que debía usarlo para implicar a su mejor amigo en una conjura en la que ya no creía.

—Vayamos un poco más deprisa —pidió el médico—. Hoy sólo tengo que ver a este paciente, y he prometido a Penélope que la acompañaría a visitar uno de los puestos de perfumes del Augusteon.

—¿Qué tal se encuentra Penélope?

—Últimamente está un poco alterada —reconoció Aecio con un suspiro.

—¿Por alguna razón en especial?

—Sigue insistiendo en vivir juntos —explicó el médico—. Hace un par de días volvimos a discutir en cuanto salió el tema.

—En eso tengo que darle la razón a ella —apuntó el senador—. No acabo de entender por qué sigues negándote.

—¡Sería un escándalo! —aseguró Aecio—. Imagínate lo que dirían en el hospital. Recuerda que ella no puede casarse por tercera vez.

—Conoces al patriarca Menas desde que era administrador del *xenon*. De hecho, fue él quien te puso al frente de los médicos del hospital, y estoy seguro de que jamás se ha arrepentido de esa decisión. No tengo duda de que te concedería permiso para casarte con Penélope en cuanto se lo pidieras.

—No me parece digno abusar de mi amistad personal con Menas para pedirle favores —comentó Aecio.

Valente desvió la vista ante el comentario del médico. Aunque era evidente que se trataba de una casualidad, las palabras de Aecio no sólo ponían más difícil la tarea del senador, sino que despertaban en el patricio un sentimiento de incomodidad que

apenas podía reprimir.

Durante unos instantes, el senador permaneció en silencio, mientras ambos abandonaban la avenida principal para adentrarse en una de las partes más nuevas de la ciudad, una larga calle empedrada de diez codos de ancho, en la que se alineaban un buen número de grandes villas y edificios bajos de viviendas. Libre de la multitud que se hacinaba en la vía principal, apenas unos pocos viandantes transitaban por la calle, seguidos por los ojos curiosos de las matronas que se ocultaban tras las celosías de los pisos superiores.

La mayoría de las villas mostraba el mismo aspecto. De dos o tres pisos, el más bajo carecía de ventanas, presentando un frontal liso cubierto de estuco blanco. Por el contrario, ventanas rectangulares o terminadas en arcos de medio punto se abrían en los pisos superiores, algunas con rejas cuya parte de abajo se abombaba hacia el exterior imitando la forma del pecho de una paloma. En el interior, las habitaciones se articulaban alrededor de uno o más patios rectangulares, construidos en torno a una cisterna o pozo, y lo suficientemente grandes como para permitir que se ejercitaran los caballos. Siguiendo la última normativa municipal implantada por Justiniano, los escasos balcones que se proyectaban desde las fachadas se elevaban como mínimo a quince codos del suelo, separándose al menos siete codos de aquellos situados al otro lado de la calle.

—Ella sugiere que nos vayamos a otra ciudad —comentó Aecio, rompiendo el silencio.

—¿A Alejandría? —inquirió Valente, contemplando las columnas de humo que surgían de las villas, delatando el funcionamiento de los hipocaustos que calentaban las casas de los más adinerados en aquel duro invierno.

—Alejandría, Antioquía... ¿Acaso importa?

—Nada te impide marcharte, pero algo me dice que no lo harás. Tu corazón está en ese hospital.

—Por ella lo haría —aseguró Aecio—, haría cualquier cosa con tal de verla feliz. Siempre podría dar clases de medicina.

—Y lo harías gustoso durante unos años, los suficientes para que el amor se convirtiera en rutina y comenzaran a aparecer las dudas y los remordimientos.

—No tienes muy buen concepto del matrimonio.

—Tengo muchos años —apuntó Valente—, y he vivido lo suficiente para darme cuenta de que el amor apasionado no dura

eternamente.

—¿Qué harías en mi lugar?

—Mi querido Aecio, yo no puedo decidir por ti, pero huir de una ciudad no es la solución. Tal vez lo sería si fueras un humilde zapatero, o un peón. Pero eres Aecio de Amida, probablemente el más renombrado médico del imperio. Adonde vayas te seguirán los rumores, sobre tus excelentes artes curativas y sobre los tres matrimonios de tu mujer.

—¿Y qué alternativa me queda? —protestó el médico—, ¿recluirme en una cueva o subirme a un pilar como un estilita?

—Habla con Menas —sugirió el patricio—. Los amigos están para esos momentos en los que necesitamos de su apoyo. Siempre que tu petición sea justa no hay nada de lo que avergonzarse. Y, mientras tanto, llévala a vivir a tu casa.

—Pero…

—¿Piensas acaso que hay algo sucio en tu relación con Penélope? —inquirió Valente, interrumpiendo la réplica de su amigo.

—¡Por supuesto que no!

—Entonces, ¿qué hay de malo en que estéis juntos? La Biblia dice que Dios es amor, no se negará a que dos de sus fieles siervos formen un hogar y eduquen a sus hijos en la verdadera fe.

—Pensaba que no te gustaban las discusiones teológicas.

—Y no me gustan, no al menos como al resto de las personas que habitan esta ciudad. En Constantinopla todos se creen más sabios que el patriarca, y pasan los ratos muertos disertando sobre las naturalezas de Cristo o si el Hijo se subordina al Padre. Pero se trata de discusiones huecas, con el egoísta fin de demostrar su superioridad sobre aquel con el que hablan. Tal vez por eso un pagano puede ser capaz de ver las cosas más claras, porque al no estar preso del fanatismo ni del apasionamiento no necesita demostrar nada, actúa guiado por su corazón y su lógica.

—Tal vez ahora también tengas razón —admitió Aecio—. La verdad es que siempre me has dado buenos consejos.

—No siempre. ¿Recuerdas aquel cinturón de oro?

—Sí.

—Ha llegado el momento —dijo Valente, dejando escapar un fuerte suspiro.

Aecio detuvo su caminar, manteniendo la vista fija en el senador mientras éste daba un par de pasos más antes de

detenerse a su vez, girándose hacia él.

—Hace mucho tiempo de eso —indicó el médico—. Pensé que había quedado en nada.

—Yo también lo pensé durante un tiempo —admitió el patricio —, pero las cosas han cambiado.

—¿Cuándo?

—Cuanto antes.

—Mi título de *comes obsequii* me da acceso al Gran Palacio — dijo Aecio—. Buscaré al jefe de la *sekreta* y hablaré con él.

—Te lo agradezco.

—Ahora debo irme —comentó el médico, sacudiendo su caja de medicinas mientras señalaba con la cabeza una de las villas de la calle.

—Espero verte pronto —se despidió el senador, y dio media vuelta para desandar el camino.

—¡Valente! —llamó Aecio, deteniendo al patricio antes de que se alejara—. ¿Qué ocurrirá si ese hombre se niega a ayudarnos, si su fidelidad hacia Justiniano pesa más en su conciencia que cualquier deuda que tenga conmigo?

—Estoy seguro de que sabrás convencerle —dijo Valente—. No puede ser de otro modo. A fin de cuentas, nuestra causa es justa, ¿no?

El médico asintió, observando la sonrisa que le dedicó su amigo antes de marcharse definitivamente. Después, tras unos instantes de duda, miró al cielo y se encaminó a la villa de su paciente.

Un ominoso crujido acompañó el movimiento de la pesada puerta de madera, haciendo que Miguel sintiera un escalofrío ante el mal agüero que aquel ruido presagiaba.

Acompañado de una gélida ráfaga de viento, el *protomaistor* se adentró en la iglesia, dejando que el portón se cerrara con un golpe seco que hizo vibrar las cadenillas de plata de las que colgaba media docena de incensarios, donados al templo por alguno de sus fieles, en agradecimiento por una curación o en respuesta a una plegaria correspondida. Como si la corriente de aire lo hubiera despertado, un profundo olor a incienso se extendió por la iglesia hasta alcanzar a Miguel, quien cerró los ojos tratando de llenarse de aquel olor que siempre había asociado con la tranquilidad y la paz que despedían los lugares sagrados. De

hecho, aquello era lo único que había ido a buscar a esa iglesia, la misma a la que había acudido cada domingo durante los últimos doce años, tranquilidad para su alma apesadumbrada.

Tras sacudirse del pelo los copos que la repentina nevada había dejado sobre su cabeza, se adentró en la nave principal, mirando a uno y otro lado, en busca del anciano sacerdote que oficiaba en aquel templo. Lo encontró al lado del altar, junto a la *prothesis*, la pequeña mesa en la que, antes de la liturgia, se realizaba la preparación del pan y del vino. El anciano, vestido con una modesta aunque limpia *paenula* hasta los pies, se afanaba en frotar con un trapo de lino la patena y la lanceta que descansaban sobre el mantel que cubría la *prothesis*.

—Buenos días —saludó Miguel, alzando la voz para que el duro oído del religioso pudiera captar sus palabras.

—Buenos días nos dé el Señor —replicó el clérigo, dejando a un lado su meticulosa limpieza y acercándose hacia su visitante—. ¿Qué puedo hacer por ti, Miguel?

—Tengo que resolver una duda espiritual.

—Entonces has venido al sitio adecuado —afirmó el anciano con una sonrisa—. Dime, ¿de qué se trata?

—Es acerca de un conocido mío —alegó el *protomaistor*—, un compañero del gremio muy cercano a mí, y que se encuentra en una encrucijada.

—¿Qué es? —apremió el sacerdote—. No me tengas en ascuas.

—Hace varios años, esa persona realizó un juramento —explicó Miguel—, poniendo por testigos al Señor, a su divina madre y a todos los santos. Sin embargo, a medida que pasa el tiempo, la posibilidad de que cumpla con su juramento es cada vez más remota.

—¿Y?

—Esa persona se preguntaba si hay alguna manera de librarse de la carga de ese juramento, sin que sobre él cayera la condena de los perjuros.

—Por muy buenas que sean nuestras intenciones no somos más que simples hombres —indicó el religioso con solemnidad—. A veces las circunstancias se mueven en contra de aquello que nosotros perseguimos. El Señor no pedirá cuentas de un juramento fallido siempre que se haya hecho lo posible y lo imposible para cumplirlo. ¿Sabes si tu amigo no tiene modo alguno de realizar aquello que juró?

—Siempre hay una forma —admitió Miguel—, pero no sabría

decir si merece el precio a pagar.

—¿En qué consistía ese juramento? —inquirió extrañado el religioso.

—Básicamente, debía cuidar del hijo de un compañero muerto.

—¿Cómo? —se indignó el sacerdote, elevando sus cejas canosas hasta convertir su cara en el rostro de la ira divina—. Pensaba que se trataría de realizar una ofrenda o algo semejante, pero ¡dejar de lado a un niño! ¿A qué clase de apóstata has entregado tu amistad? A un hombre que se hace cargo de los hijos de un fallecido y se plantea siquiera abandonarlos después no le espera otra cosa que el infierno. ¡Y bien merecido lo tendría!

—Pero...

—No hay excusas para tal comportamiento —atajó el religioso con dureza—. Si tienes el más mínimo aprecio por ese hombre oblígale a cumplir su juramento a cualquier precio. Hazlo por el bien de su alma.

—Así lo haré —cedió Miguel, bajando la vista ante la furibunda mirada del clérigo.

Recalcando su mensaje con un fuerte asentimiento de cabeza, el clérigo regresó a su quehacer, dando la espalda al *protomaistor*.

Elevando la vista hacia el mosaico que cubría la concha del ábside principal, fijando sus ojos en el rostro del Cristo pantocrátor que le contemplaba desde lo alto de la iglesia, Miguel suspiró con fuerza, persignándose lentamente antes de susurrar su aceptación.

—Lo haré —dijo en voz baja—, aunque me cueste la vida. O aunque tenga que arrebatársela a quien se interponga en mi camino.

Dos grandes calderos de bronce llenos de aceite ardiendo trataban de compensar la escasa luz que se filtraba por las aberturas de la base de la cúpula, aumentando al mismo tiempo la temperatura del *caldarium*.

—Me encantan las termas —confesó Eufemia, dejando únicamente la cabeza fuera de la piscina de agua caliente que se alzaba en el centro de la sala—. Es el único lugar en el que consigo arrancarme el frío de los huesos.

—Este maldito invierno parece que no va a acabar nunca —apoyó Antonina, desde la cercana mesa en la que se encontraba tumbada, recibiendo un masaje con aceite de rosas por parte de un acalorado eunuco.

—Mi padre dice que es Dios quien nos envía una señal —aseguró Eufemia—. Cree que el sol brilla tan poco porque el Señor está enfadado.

—Es muy probable. Nadie recuerda un año como éste. Hay días que el resplandor del sol es tan pequeño que apenas supera al de la luna llena.

—Las cosechas son tan malas que mi padre apenas puede recaudar los impuestos. El año que viene el pueblo pasará hambre —continuó la hija del prefecto, dando un sorbo a la copa de vino mezclado con agua que le tendía otro eunuco—. ¿Qué tipo de vino es éste? Es delicioso.

—Vino de tomillo. Se le da el sabor echando cien manojos de tomillo atados en un lienzo dentro de un ánfora de mosto. Es muy bueno contra los fríos invernales. De todas formas, no deberías preocuparte por la comida de la plebe, seguramente la cosecha de Egipto será buena y los barcos arribarán en primavera a la ciudad cargados de grano.

—Me extrañaría que Justiniano se preocupara de eso —apuntó Eufemia—. Los emperadores sólo tienen tiempo para sí mismos.

Apenas terminó la frase, la hija de Juan de Capadocia torció la boca en un gesto de arrepentimiento, mirando a Antonina con los ojos muy abiertos.

—Lo siento, Antonina —se disculpó Eufemia—. No quería decir eso, sé que eres amiga de Teodora.

—No te preocupes, querida niña —dijo la mujer de Belisario—. Es probable que tengas razón. Teodora ha cambiado mucho a lo largo de estos años. Desde que volví de África no es la misma.

—¿No? —se asombró Eufemia, sacando medio cuerpo del agua para acercarse a Antonina, y preguntando con curiosidad—: ¿Qué es lo que ha cambiado?

Antes de responder, la mujer de Belisario hizo un gesto, despidiendo a los eunucos y esperando a que la sala se vaciara antes de hablar de nuevo.

—El día que a mi marido le concedieron el triunfo —confesó Antonina, bajando la voz y obligando a Eufemia a aproximarse más aún—. Justiniano comprobó el amor que los romanos profesan a su mejor general, y se puso celoso. Ahora trata de destruirle, igual que está destruyendo todo el imperio.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Eufemia con los ojos abiertos como platos—. Eso es horrible.

—Mi esposo le entregó África —continuó Antonina—, y el

emperador le hizo llamar porque unos cerdos le acusaban de traición. Ahora, Belisario ha logrado recuperar Roma, con tan pocas tropas que ni siquiera puede vigilar sus muros. Y, a pesar de ello, Justiniano se niega a enviarle refuerzos. En cambio, a ese maldito Narsés le concedió un ejército para sofocar la insurrección de Alejandría cuando Teodora se empeñó en cambiar al patriarca. Rigen el imperio como si fuera su juguete, actuando según sus caprichos en vez de buscar que Roma recupere su grandeza.

—Es normal que te sientas traicionada —aseguró Eufemia—. Aunque no acabo de entenderos. Como tú bien dices, Belisario es amado por el pueblo, y tiene al ejército de su lado. Soportáis una continua humillación cuando tenéis todos los medios a vuestro alcance para terminarla.

—Nada nos gustaría más —aseguró Antonina—, pero mi esposo no puede hacer nada desde Italia si no dispone de un fuerte apoyo en Constantinopla, sólo así podríamos acabar con esta tiranía. Pero ¿acaso conoces a alguien con el coraje suficiente para enfrentarse a Justiniano? Rezo cada día al Señor por que ponga un héroe así en nuestro camino, pero ya he desesperado de encontrarlo.

—Mi padre podría hacerlo —apuntó Eufemia—. Es valiente, y tiene muchos soldados a su cargo. Si Belisario y él se aliaran nadie podría derrotarlos.

—¡Querida, es una idea magnífica! —exclamó Antonina, ocultando una sonrisa de satisfacción—, pero muchas veces hemos agraviado al prefecto. No creo que nos perdonara nuestras pasadas diferencias.

—Yo le convenceré, por el bien del imperio. Estoy segura de que lo hará.

—Mi pequeña Eufemia. Me pregunto cómo puede haber tanta fuerza en un cuerpo tan joven. Eres como una hija para mí.

—Y tú como una segunda madre —afirmó la hija del prefecto con emoción, tendiendo una mano para entrelazar los dedos con Antonina—. Todo saldrá bien, ¿verdad?

—Por supuesto, querida —confirmó Antonina, esgrimiendo la mejor de sus sonrisas—. Te lo prometo.

—¡Mira, mamá, he cazado un ratón!

Con una sonrisa triunfal en el rostro, Platón exhibió su trofeo frente a los ojos de Penélope, sosteniendo por la cola un pequeño roedor, cuyo cuerpo delataba las evidentes señales de un reciente

apaleamiento.

—¡Qué asco! —dijo ella, mientras se desprendía de la espesa capa de lana con la que se abrigaba en el trayecto desde el hospital—. ¿De dónde has sacado eso?

—Lo he cazado en el patio. Demetrio ha estado a punto de quitármelo, pero he sido más rápido. Por eso me lo he quedado yo.

—Tira eso ahora mismo. Un niño no juega con esas cosas —reprendió Penélope—. Sólo faltaba que te mordiera una rata.

—¡Ya casi tengo seis años! —replicó el niño, frunciendo el ceño como si no entendiera que a un chico tan mayor se le prohibiera una práctica tan divertida como la caza de ratones.

—Échalo fuera —repitió su madre, señalando la puerta con gesto autoritario.

Compungido por tener que deshacerse de su primer trofeo de caza, el niño se acercó hasta la puerta y la abrió lo justo para arrojar el fallecido roedor hacia el manto de nieve que cubría el suelo, después contempló un buen rato cómo el oscuro cuerpo del ratón destacaba sobre el blanco suelo.

—¿Por qué le has permitido hacer eso? —preguntó Penélope a Antousa, que se encontraba junto al fuego, removiendo lentamente la sopa de garbanzos, nabos y apio aderezada con aceite de almendras que contenía una olla. A los ingredientes habituales, la esclava había añadido trozos de pollo y dos pequeñas cebollas, arruinando la utilidad de la sopa para aliviar los problemas renales y urinarios, aunque intensificando su sabor—. Sabes que no me gustan esos juegos.

—Los hombres cazan —respondió la esclava.

—¡Maldita sea, Antousa! No sé las veces que te lo he explicado —la reprendió Penélope—. ¿Cuándo piensas hacerme caso?

Una fría mirada fue la única respuesta que Penélope recibió de la esclava, quien se mantuvo hierática junto a la lumbre, sin dejar de remover el contenido de la olla.

Una oleada de indignación recorrió el interior de Penélope, obligándola a hacer un esfuerzo para no ponerse a gritar. Enfurecida, se preguntaba si ella sería la única mujer de la ciudad a la que su esclava no obedecía, cuyo hijo le regalaba ratas muertas y cuyo amante se negaba a convivir con ella.

En realidad, tenía la impresión de que aquello no debería alterarla tanto. Sin embargo, desde hacía unas semanas parecía que tenía los nervios a flor de piel, y la continua insubordinación de su esclava no hacía sino agravar su enfado. Las numerosas

conversaciones con Antousa no parecían servir de nada. Desde la muerte de Gregorio, la esclava se había vuelto más y más independiente, hasta el punto de ignorar aquellas órdenes de Penélope con las que no estaba de acuerdo. Aunque cuidaba de Platón y realizaba las tareas del hogar con la misma eficacia de antaño, aprovechaba hasta el último resquicio para mostrar su rebeldía, como su obsesión por no preparar la comida que le pedía su ama, sino otra cualquiera. El simple mutismo de Antousa, que Penélope tanto apreciaba antiguamente, ahora la sacaba de sus casillas, y le hacía envidiar a aquellas matronas capaces de imponer disciplina a sus esclavas. De hecho, no mentiría al admitir que una de las razones que la acuciaban a convivir con Aecio era que, en tal caso, podría prescindir finalmente de la esclava, liberándola para que volviera al norte con su pueblo.

A punto de estallar, una punzada en su estómago le recordó que debía comer antes de acabar desfallecida. El olor de la sopa que preparaba Antousa parecía inundar toda la habitación, hasta el punto que Penélope dudó de haber olido nada tan intenso antes de ese momento. La ira cedió ante el hambre, obligándola a desechar la reprimenda que preparaba contra su esclava ante la perspectiva de que retrasara el momento de sentarse a la mesa.

—¿Ha pasado algo más que deba saber aparte de la defunción de la rata? —preguntó finalmente.

—Una mujer vino preguntando por la *iatraina* —respondió Antousa.

—¿Qué quería? ¿Dijo algo? —preguntó Penélope, exasperada por la extrema parquedad de la esclava.

Unos golpes en la puerta dieron respuesta a las preguntas, liberando a Antousa de la necesidad de replicar a su ama.

—¡Yo abro! —gritó Platón, abalanzándose sobre la entrada como si pensara que era su perdido ratón quien llamaba, dispuesto a ser cazado una vez más.

Bajo el dintel, diluida contra el oscuro atardecer invernal, una joven muchacha se arrebujaba en una amplia capa de color rojizo.

—Hola —saludó el niño.

—Hola —respondió la muchacha con evidente extrañeza—. ¿Puedo ver a la *iatraina*?

—Platón, vete al dormitorio —ordenó Penélope, acercándose hasta la puerta.

—Lamento molestar a estas horas —se disculpó la joven—, pero quisiera realizaros una consulta. Os pagaré la tarifa que

cobréis.

—Si me indicáis dónde se encuentra vuestra vivienda con gusto acudiré mañana a veros —aseguró Penélope.

—No me resulta posible tratar este tema en casa —afirmó la joven, visiblemente azorada, manteniendo la vista baja mientras retorcía con las manos los pliegues de su capa para tratar de controlar su nerviosismo—. Por favor.

—Pasad —dijo Penélope.

Adentrándose en la casa, la muchacha se adelantó hasta la mesa, caminando sin hacer apenas ruido.

—¿Cuál es vuestro problema? —preguntó Penélope.

Sonrojándose, la muchacha desvió la mirada hacia la esclava durante un instante, permaneciendo callada ante la *iatraina*.

—No te preocupes por Antousa —apuntó Penélope—. Si hay algo que la caracteriza es el silencio.

—Llevo un hijo en mi vientre.

Penélope se llevó una mano al pelo, apartando un mechón de su cara mientras suspiraba con fuerza. Bastaban el secretismo y la urgencia de aquella joven para delatar sus intenciones.

—¿Estás casada?

La muchacha asintió con la cabeza, haciendo evidentes esfuerzos por contener las lágrimas.

—Pero él no es el padre, ¿no?

—Sólo fue una vez —gimió la joven—. Mi esposo lleva fuera dos meses, visitando nuestras tierras. Si se entera me matará. ¡Ayudadme, por favor!

—Lo que quieres hacer está condenado por la iglesia —recordó Penélope, aludiendo a la condición de pecado mortal que se aplicaba al aborto.

—No puedo tenerlo —aseguró la muchacha, cediendo ante el llanto.

—Puede que después te arrepientas —afirmó Penélope, mirando de reojo a Platón, que observaba la escena asomado desde el cuarto que servía de dormitorio—. Un niño es una bendición de Dios.

—No puedo —repitió la joven.

Penélope se lo pensó durante un momento antes de dar su respuesta. En el tiempo que llevaba como ayudante de Aecio había practicado varios abortos, aunque siempre por motivos médicos. En ocasiones, los niños morían durante el alumbramiento, o

surgían problemas que hacían necesario utilizar el *cranioklastes*, los fórceps con los que se aplastaba la cabeza del feto para facilitar la salida de los distintos fragmentos. Sin embargo, siempre tuvo una causa médica a la que aferrarse, una razón lógica que tranquilizara su conciencia. Pero aquello era distinto, y no se veía con fuerzas de poder enfrentarse a sus creencias, pese a la compasión que despertaba aquella joven en su interior.

—Yo no realizo ese tipo de intervenciones —dijo finalmente—. Aunque es posible que la semilla no esté del todo arraigada —añadió, al ver el rostro de decepción de la muchacha.

—¿Y qué puedo hacer para comprobarlo?

—Tomar baños de agua muy caliente —apuntó Penélope—, hacer mucho ejercicio o poner un gran peso en el abdomen. Cortar la respiración de manera prolongada, levantar grandes pesos, toser o estornudar también prueban la fuerza de la semilla.

—¿Y si la semilla está arraigada? —inquirió la joven, mientras sus labios temblaban al realizar la pregunta.

—Si de verdad quieres seguir adelante ven de nuevo a verme. Te indicaré quién puede ayudarte.

—Gracias —susurró la joven, secándose las lágrimas con la manga de su túnica, y extrayendo una pequeña bolsa de cuero de entre sus ropas.

—No me debes nada —dijo Penélope, rechazando la bolsa que la joven le tendía—. Ahora es mejor que te marches.

La muchacha se despidió con una débil sonrisa y abandonó la casa con rapidez. Apenas se cerró la puerta, Penélope se dejó caer sobre uno de los taburetes que rodeaban la mesa, preguntándose si hacía lo correcto con esa joven. Lo que le pedía era un pecado contra la iglesia, aunque resultaba irónico criticar a aquella muchacha cuando ella misma mantenía una relación con Aecio sin estar casados. Tal vez resultaba más fácil ver los errores de los demás, antes que aceptar los propios.

Como médico, no era la primera vez que Penélope se enfrentaba a un problema en el que la fe y la ciencia parecían chocar. Los libros de ginecología describían numerosas formas con las que se podía evitar un embarazo. Sin embargo, todas ellas eran desechadas por la iglesia, que consideraba su uso como una actitud cercana a la prostitución. Tomar ruda, colgarse del cuello el útero de un gato o realizar un lavado vaginal con vinagre y salmuera después del acto eran métodos habituales entre las mujeres que comerciaban con su cuerpo. Aunque las mejores

formas consistían en el uso del ciego de un macho cabrío por parte del hombre o, para la mujer, introducirse en la vagina un tapón de lana empapado en vino en el que se ha macerado corteza de pino, puesto dos horas antes de tener relaciones. ¿Debería haberle explicado esas técnicas a la joven, o eso supondría animarla a cometer un nuevo adulterio? Penélope se veía incapaz de responderse a sí misma, de resolver el dilema moral que se le presentaba.

—Mamá, tengo hambre.

La llamada de Platón finalizó las cavilaciones de Penélope, reforzada por una nueva punzada de su propio estómago.

—Sí, cariño. Vamos a cenar.

Dejando de lado enfados y luchas morales, Penélope se limitó a sonreír a su hijo, agradeciendo al Señor que ella nunca se hubiese visto en el mismo trance que aquella joven que acababa de dejar su casa, y que Dios la hubiera premiado con aquel regalo que, con cada día que pasaba, se parecía más a su amado Héctor.

Constantinopla, 13 de enero de 537

—Es una trampa.

—¡Maldita sea, Valente! —exclamó Juan de Capadocia, exasperado por la prevención del senador—. Es la mejor oportunidad que se nos ha presentado hasta ahora.

—Antonina es la mejor amiga de Teodora —replicó el patricio —. ¿De verdad crees que va a traicionarla?

—La ambición es capaz de corroer la más profunda amistad.

—Es posible —admitió Valente—, pero, en este caso, carece de sentido. Belisario se encuentra en Roma, y pronto será asediado por los godos. Lo último en lo que puede estar pensando es en lo que ocurre en Constantinopla. De hecho, cualquier esperanza de recibir refuerzos se iría al traste si la capital se viera envuelta en una lucha. Gane quien gane, necesitará las tropas para mantener la paz en la ciudad.

—Todos conocen la envidia que Justiniano atesora hacia Belisario —insistió Juan de Capadocia—. Le teme. Antes o después se deshará de él. Si ese general es tan inteligente como dicen lo único que puede pretender es adelantarse.

—¿Crees que el hombre que ha tomado África e Italia se convertirá en traidor por miedo a perder su puesto de general? —se burló Valente—. En África disponía de un ejército, un país pacificado y la mayor flota del imperio. Sin embargo, en lugar de ceñir la corona de rey se subió a un barco y arribó a la capital para defenderse de aquellas burdas acusaciones de traición. No, eso no lo hace alguien para, dos años después, conspirar para derribar a Justiniano. Algo no encaja en todo esto.

—No soy un necio, no voy a revelar todos nuestros planes sin pensar —afirmó el prefecto—. Antes de actuar contra Justiniano pediré garantías.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Ayer traté de concertar una reunión con Antonina para hablar de los detalles —comentó el capadocio—. Sin embargo, me comentó que sería demasiado atrevido vernos ahora, que resultaba preferible esperar unos días para no despertar sospechas. Nos encontraremos en las afueras, aprovechando que ella abandona la ciudad para acudir al encuentro de su esposo. ¿No crees que, de tratarse de una trampa, hubiera sido mejor para ella reunirnos en

la ciudad, cerca del alcance de Teodora?

—Es posible, pero, aun así, deberías ser más prudente.

—Ya conoces el dicho: mientras el tímido reflexiona, el valiente va, triunfa y vuelve.

—Tal vez traten de alejarte de tus guardias para acabar contigo —insistió el patricio.

—Llevaré a los hombres necesarios para garantizar nuestra seguridad.

—¿Nuestra?

—Tú vendrás conmigo. Demostrarás a Antonina que el senado está de nuestro lado, al tiempo que podrás comprobar de primera mano si se trata de algún tipo de truco.

—Prefiero mantenerme al margen.

—No —negó Juan de Capadocia—. Ha llegado el momento de dar el paso. Esta vez bajarás a la arena conmigo.

—Está bien —cedió el patricio—. Es demasiado tarde para echarse atrás, tan sólo espero que no te equivoques.

Por toda respuesta, Juan de Capadocia se limitó a sonreír. Para él todo estaba claro, la alianza con Belisario era un regalo que venía directamente del cielo, un obsequio que le conduciría hasta el trono.

A fin de cuentas, estaba escrito en las estrellas.

El hombre entró en la amplia sala de cirugía con el rostro contraído en una mueca de aversión. Pese al calor que proporcionaba el fuego que ardía en el hogar de la estancia, la visión de los hierros de cauterizar hizo que un escalofrío recorriera la espalda del paciente.

Aquejado de terribles dolores en un costado, el hombre había acudido al hospital de Sansón cuando el intermitente sangrado que aparecía en su orina se había intensificado. Aecio le había aconsejado tomar betónica diluida en vino aguado mezclado con leche, así como artemisia hervida. Sin embargo, el tratamiento no había dado resultado. La piedra que se había formado en su interior era lo suficientemente grande como para no poder ser expulsada con la orina, por lo que no quedaba otra opción que extraerla mediante cirugía.

Tras tumbarle sobre la mesa, acostándole sobre el tablero boca arriba, con las piernas abiertas y flexionadas, Aecio fijó toda su atención en explorar al paciente, palpando la piedra que contenía

su vejiga tras introducir los dedos índice y medio de la mano izquierda por el ano. Una vez localizada, utilizó la mano derecha para apoyarla sobre el hipogastrio, ejerciendo una suave presión para empujar el cálculo contra el cuello de la vejiga y sostenerlo allí.

—Hay que hacerlo con cuidado —anunció a su nuevo ayudante, un muchacho de nervios templados y el mismo afán por aprender que exhibía Penélope cuando comenzó al lado de Aecio —. Si se aprieta demasiado se corre el riesgo de rasgar la vejiga, lo que resulta muy peligroso.

—¿Comienzo ya? —preguntó impaciente el joven, cuya mano ya sostenía el brillante escalpelo de bronce.

—Sí, tienes que hacer una pequeña incisión en forma de media luna en la piel correspondiente al cuello de la vejiga, procurando que los extremos de la herida se inclinen algo hacia el muslo.

Con habilidad, el aprendiz realizó un perfecto y minúsculo corte sobre la piel, tan delicadamente que el paciente apenas emitió un gruñido de dolor.

—Perfecto —alabó Aecio—. Ahora, en la parte más estrecha y más baja de la incisión, realiza otra trasversal que llegue a abrir el orificio de la vejiga. Lo más pequeña posible, pero que permita la salida del cálculo.

Con absoluta concentración, el joven siguió las instrucciones del *iatroi*, cortando la víscera con rapidez, y limpiando posteriormente la sangre con un trapo de lino, una vez que el pequeño reguero de orina terminó de manar de la incisión.

Finalizado el corte, Aecio presionó delicadamente, aunque el tamaño de la piedra era excesivo para sacarla con los dedos, por lo que ordenó a su ayudante que la extrajera usando un gancho curvo, suave y liso por el extremo superior que tocaba los tejidos y áspero por el lado de la piedra, para agarrarla con firmeza.

Una vez terminada la operación, cauterizaron la herida, provocando que el paciente emitiera un terrible aullido de dolor. Después aplicaron un ungüento de clematítide para evitar la infección y acelerar la cicatrización de la zona.

Dejando el vendaje de la herida en manos de su hábil aprendiz, Aecio abandonó la sala, tras lavarse concienzudamente las manos en el agua que contenía una honda fuente de cerámica.

Una vez libre de la concentración que exigían sus tratamientos, la mente del médico volvió a abrumarle con la misma idea que martilleaba su cabeza desde su último encuentro con Valente.

Aunque había tomado la decisión de acudir al Gran Palacio esa misma mañana, a cumplir con la palabra dada a su amigo, no era ésa la única razón que provocaba la ansiedad que ahora se agolpaba en su interior, atenazando su estómago. Al miedo que despertaba en él su futuro encuentro con el jefe de la *sekreta* se unía la angustia de saber que, previamente, tendría que confesárselo todo a Penélope.

Durante los años transcurridos desde que Valente le hizo partícipe de su conjura, Aecio nunca había pensado seriamente en desvelar a Penélope su oculto pacto. De sobra conocía el rencor que ella atesoraba contra el patricio, por lo que decidió mantenerla al margen, al menos mientras su participación no fuera más que una vaga promesa.

Pero había llegado el momento de tomar parte activa en aquel extraño plan, el momento de jugarse la vida, tratando de convencer a un desconocido para que traicionara a su emperador a cambio de una deuda moral contraída cinco años atrás. Durante los últimos días, el temor había llevado a Aecio a meditar seriamente la posibilidad de engañar a Valente, de eludir su compromiso, limitándose a relatarle al senador un encuentro ficticio en el que el jefe de la *sekreta* se habría negado a convertirse en testigo ante el patriarca de la quema de Santa Sofía. Sin embargo, pese a lo atrayente de aquella salida, el médico se negaba a humillarse realizando semejante acto de cobardía. De hecho, estaba convencido de que ni siquiera sería capaz de mentir al patricio de manera convincente. No, debía afrontar su compromiso.

Del mismo modo, había sopesado mantener a Penélope ajena a todo. Pero aquello no sería justo, no después de cuanto habían compartido. Aunque eso no libraba a Aecio de sentir cómo su estómago se revolvía a medida que se aproximaba a la sección de mujeres.

Encontró a Penélope sentada en una de las camas, examinando los ojos de una paciente que se recuperaba de una operación de tracoma. A su lado, una asistente sostenía una lucerna, tratando de sustituir con su llama la luz que el sol de aquel extraño invierno era incapaz de proporcionar.

—¡Aecio! —saludó ella, en cuanto advirtió su presencia—. ¿Qué haces aquí?

—Tengo que hablar contigo.

—En un instante estoy contigo —aseguró ella, volviendo de

nuevo su atención a la paciente—. Yo también tengo algo que contar.

—Te espero en el atrio.

Aecio se alejó rápidamente, adentrándose en el patio porticado. Poco después, Penélope se acercó hasta él, frotándose los brazos en respuesta al gélido ambiente.

—¿No podemos hablar dentro? —preguntó ella—. Me estoy congelando.

—Tengo que acudir a palacio.

—¿Hay alguien enfermo?

—No se trata de una visita médica —aseguró el médico—. ¿Recuerdas cuando te conté lo que pasó en Santa Sofía el día que ardió durante la revuelta?

—Sí. Lo del muchacho herido al que tuviste que enterrar.

—No te lo conté todo.

Penélope le miró con extrañeza, interrogándole con los ojos, apremiándole a continuar mientras su aliento formaba pequeñas nubes que se disipaban a medida que salían de su boca.

Con un suspiro, Aecio cogió fuerzas y comenzó a hablar. Le contó todo, desde su descubrimiento del cinturón de oro hasta su conversación con Valente. Dejó que las palabras surgieran de su boca como una riada, inundando a Penélope, avasallándola, como si cada una de sus frases no fuera sino una lluvia de golpes que arrojaba sobre su cuerpo. Cuando terminó su relato, ella ya no se frotaba los brazos, había dejado caer poco a poco las manos hasta que colgaron a cada lado de su cuerpo, inertes, como si, de pronto, se hubiera convertido en una desmadejada muñeca de arcilla.

—Penélope… —llamó él, suavemente, como si estuviera durmiendo y temiera despertarla.

—No. —La negativa surgió de sus labios como un susurro.

—Penélope, yo…

—No —repitió ella, esta vez más fuerte—. No puede ser. Otra vez no.

—¿Otra vez?

—Ese maldito senador se llevó a Héctor. Le condujo a la muerte, él y sus malditos planes, junto con todos esos estúpidos enfermos del hipódromo. Y ahora te quiere a ti. Te utilizará hasta que acabes muerto, y yo volveré a estar sola.

—Él no haría eso, Valente es mi amigo.

—¡Ese puerco no tiene amigos! —chilló Penélope—. Lo único

que quiere es utilizarte. ¿Acaso estás ciego? ¿Desde cuándo nos importa a nosotros el imperio? Olvídate de todo —pidió, juntando las manos en actitud de súplica—, por favor, no lo hagas, no te pongas al lado de ese conspirador.

—No pasará nada, te lo prometo.

—Eso mismo dijo Héctor, y jamás volví a verle.

—Sé lo que sufriste entonces —afirmó Aecio—, pero te prometo que no va a pasarme nada.

—No puedo creerlo —aseguró ella—. Precisamente ahora. Precisamente hoy.

—¿Qué ocurre? ¿Qué era lo querías contarme? —preguntó Aecio con suavidad, tendiendo sus brazos hacia ella.

Penélope levantó su mano con brusquedad, deteniendo el abrazo de Aecio antes de que llegara a tocarla.

—No —dijo ella mientras negaba con la cabeza—. Déjame.

Él se detuvo, dejando caer los brazos mientras Penélope comenzaba a alejarse paso a paso, caminando hacia atrás mientras seguía negando con la cabeza, hasta que, finalmente, se dio media vuelta y se adentró corriendo en el hospital.

En el atrio, Aecio sintió cómo el frío se acentuaba a su alrededor, penetrando hasta los huesos. Durante un buen rato se mantuvo en silencio, inmóvil, hasta que, lentamente, abandonó el patio y se encaminó hacia el Gran Palacio. Bajo sus pies, la nieve crujía con cada pisada, aunque, para el médico, lo que resonaba en sus oídos era el sordo llanto de la única mujer a la que había amado.

Las voces, el intenso ruido de los martillos y el entrechocar de los ladrillos se iban apagando a medida que el cortejo se adentraba en el corazón de las obras.

Precedidos únicamente por un pequeño grupo de guardias, Justiniano y Teodora acudían a visitar Santa Sofía, caminando lentamente sobre una larga alfombra que los eunucos desplegaban ante ellos, para cubrir el barrizal en el que la nieve y el tránsito de pies habían convertido la zona anexa a la iglesia, aún por empedrar.

A medida que los emperadores se aproximaban al cuerpo central de la construcción, peones, albañiles y transportistas dejaban de lado su quehacer y se aproximaban a las dos espléndidas figuras, formando un pasillo que les conducía directamente a la entrada de la iglesia. Durante un buen rato, el

silencio imperó entre aquellos rostros, curtidos por la intemperie, hasta que una voz, perdida entre la multitud, comenzó a corear salves al emperador, señalando el camino al resto, para que convirtieran la gélida acogida en un paseo triunfal.

Isidoro de Mileto les esperaba junto a la entrada del atrio, al pie de los escalones, que, a diferencia del suelo del atrio, aún carecían de la superficie de mármol que debería cubrirlos. Se frotaba continuamente las manos, sin que nadie tuviera claro si lo hacía para eludir el intenso frío de la mañana o si, simplemente, desahogaba así su nerviosismo. En cuanto la pareja imperial alcanzó su posición, se echó rápidamente al suelo, realizando la *proskinesis* ritual, antes de levantarse de nuevo para guiar a sus señores hacia el interior.

—Nos sentimos honrados con vuestra presencia —dijo Isidoro, situándose un paso por detrás del emperador.

—Quería que la emperatriz contemplara por sí misma los avances de la obra.

—Estoy convencido de que vuestra augusta esposa no quedará defraudada.

Al fondo del atrio, comunicando con el interior del inacabado templo, nueve aberturas señalaban los puntos donde se alzarían las puertas, con las hojas de bronce que las cerrarían descansando sobre el muro, sin que aún hubieran sido insertadas en sus goznes. La comitiva se encaminó hacia la abertura central, de doble hoja y mayor altura que el resto.

—¿Por qué no están puestas las hojas? —preguntó la emperatriz, al contemplar las grandes puertas de bronce apoyadas contra el muro.

—Antes hay que colocar los dinteles de mármol, majestad —explicó el ingeniero—, y mientras sigamos introduciendo materiales al interior no queremos correr el riesgo de que se rompan durante la obra. Pero las puertas ya están preparadas para colocarlas —añadió, señalando las grandes hojas de bronce labrado, cuya superficie estaba dividida en cuatro cuadrantes en los que se insertaban cuatro inmensas cruces. Las dos de abajo se apoyaban sobre rocas esculpidas en el bronce, de las que brotaban cuatro ríos, que simbolizaban que Cristo era la roca en la que se basa la iglesia, de la cual manan cuatro fuentes, los cuatro evangelistas, cuya palabra se distribuye por toda la tierra. La decoración de las otras ocho puertas de bronce era distinta. En ellas, divididas en dos o tres paneles, los motivos variaban desde

cruces surgiendo de cálices rodeados por follaje de acanto, hasta simples anillos decorativos.

—La madera de las hojas centrales es la del arca de Noé —apuntó Justiniano con visible emoción.

Teodora asintió en silencio, observando sin detenerse el bronce labrado, hasta adentrarse en el cuerpo central de la iglesia.

Apenas atravesado el nártex, la sobrecogedora inmensidad del interior hizo que Teodora se detuviera junto a la entrada. Incluso con sus muros recubiertos de andamios, y coronada por el gigantesco agujero que se perfilaba en el lugar en el que estaría la cúpula central, el interior del templo desbordaba cualquier cosa que la emperatriz se hubiera imaginado.

—¡Es enorme! —susurró Teodora.

—La mayor del imperio —recalcó el emperador—. Ya te dije que no había nada igual. Ninguna iglesia podrá compararse con ésta.

—Obviamente su aspecto será infinitamente más espléndido cuando esté acabada —advirtió Isidoro—. Las paredes se recubrirán con losas de mármol de diversos colores y la cúpula estará terminada, y recubierta por un mosaico de cruces realizado con teselas en las que se introduce una lámina de oro. El resto de la techumbre se adornará con mosaicos realizados con motivos florales, cruces y crismones. Además, sólo en el santuario se piensa utilizar más de cuarenta mil libras romanas de plata pura.

—Estoy deseando verla terminada —admitió Teodora—. Apenas puedo imaginarme tanta belleza.

—Tal vez pueda mostraros una pincelada, majestad —comentó Isidoro con una sonrisa—. El ambón que se ha de situar bajo la cúpula ya está terminado —añadió el ingeniero, refiriéndose al púlpito que se elevaba en mitad de la nave central de las basílicas, y desde el que los oficiantes realizaban sus alocuciones, leían los evangelios o mostraban las reliquias—. Lo tenemos resguardado bajo una de las galerías laterales.

—Conducidnos ante él —ordenó Justiniano con impaciencia.

Con un gesto, Isidoro de Mileto se encaminó hacia el lado septentrional de la construcción, adentrándose en la nave lateral a través del hueco dejado entre las inmensas columnas de mármol que sustentaban la taracea que cubría el gran arco toral. Ensimismados por cuanto les rodeaba, ni Justiniano ni Teodora repararon en la mirada de angustia que el ingeniero dirigía hacia la decoración del arco mientras pasaban entre las columnas, ni en

el fino polvo de mármol que se acumulaba en el suelo.

—Aquí está —anunció Isidoro, dando unas palmadas para que los trabajadores más cercanos aproximaran lámparas y candiles.

La sonrisa de Justiniano se tornó en una mueca de admiración cuando la luz de las lámparas comenzó a arrancar brillantes destellos de la estructura que tenía ante sus ojos.

El ambón constaba de una plataforma circular elevada, que se sustentaba sobre cuatro columnas de plata, y a la que se accedía por dos escaleras, situadas a ambos extremos, y de las que una lo conectaría con la solea, el plano elevado donde se situaba el santuario. Las barandillas de la plataforma se cerraban por medio de paneles de plata, en los que se habían labrado epigramas de los nombres de los emperadores. Todo el conjunto estaba rodeado por ocho columnas cuajadas de jaspes, ónices y piedras preciosas, dispuestas circularmente y protegidas por un pretil de placas de plata. Rematando la estructura, un arquitrabe unía las ocho columnas exteriores, sustentando sobre él otros tantos candelabros, cubiertos de velas y realizados en plata.

—¡Es magnífico! —exclamó el emperador, recogiendo ávidamente cada destello que emitía el conjunto.

—Una vez finalizada la cúpula lo colocaremos bajo ella —explicó Isidoro con orgullo.

—¿Cuándo estará terminada?

—En diciembre, majestad, tal y como me comprometí —apuntó el ingeniero.

—La inauguraremos en Navidad —anunció el emperador.

—Como deseéis, majestad. ¿Os apetece visitar la sala del Metatorion?

—Por supuesto.

—Yo prefiero quedarme aquí un rato más —indicó Teodora, cautivada por el reluciente ambón.

Asintiendo con un gesto, Justiniano siguió a Isidoro de Mileto hacia la sala que le estaba reservada dentro de la iglesia, dejando a Teodora junto al lujoso púlpito.

—Espero que semejante dispendio tenga su recompensa final.

—Has estado muy callado hasta ahora, Narsés —respondió la emperatriz, sin volverse a contemplar al eunuco, que no se había acercado a ella hasta asegurarse de que Justiniano se encontraba al otro lado de la iglesia—. ¿A qué recompensa te refieres?

—El heredero, majestad —recordó el eunuco—. ¿No era ésa la

razón por la que se quemó la antigua iglesia?

—El heredero —repitió Teodora ensimismada—. Hace ya mucho tiempo que perdí la esperanza de concebir un nuevo hijo. Sé que el Señor es capaz de obrar cualquier milagro, pero no creo que esta basílica, por magnífica que sea, vaya a proporcionarnos lo que Dios nos ha negado durante tantos años.

—No debéis perder la fe.

—Ya es demasiado tarde, Narsés —admitió la emperatriz—. De hecho, ni siquiera creo que mi esposo se acuerde ya de la razón que le llevó a iniciar esta obra. Le ha cegado el brillo del mármol y del oro.

—No deberíais hacer caso a tan negativos pensamientos, mi señora.

Teodora se mantuvo en silencio, recorriendo nuevamente con la mirada las relucientes superficies de plata que encerraban el ambón. Tal y como le había dicho a Narsés, hacía ya mucho tiempo que se había dado por vencida, que había desterrado de su interior el deseo de ser madre. Pese a ello, no podía apartar la vista de aquel divino púlpito, que parecía atesorar en sus esbeltas columnas la sagrada luz del Señor. A pesar de la lógica y contra toda razón, una nueva punzada recorrió sus entrañas, mientras una vocecilla interior recordaba una vieja pregunta: ¿y si fuera cierto? ¿Acaso no era Dios todopoderoso?

—Vayámonos —ordenó la emperatriz, dando media vuelta y alejándose del ambón con rapidez.

Sin decir nada, Narsés siguió a su señora.

—¿Puedo ayudaros en algo, majestad? —se ofreció el eunuco, acelerando el paso hasta situarse al lado de la emperatriz.

—Antonina pronto fijará una reunión con Juan de Capadocia —anunció Teodora, sin aflojar el paso—. Será de noche, en el suburbio de Rufinianas, en las afueras de la ciudad. Tú acudirás junto a ella con la guardia. Antonina te ayudará a esconderte lo suficientemente cerca como para que puedas escuchar su conversación con el prefecto. En cuanto admita que quiere ocupar el poder intervendrás.

—¿Debo apresar al prefecto, majestad?

—No, debes matarlo. No me arriesgaré a que el afecto que mi esposo le profesa le salve de la muerte.

—Se hará como ordenáis, mi señora.

Nada más salir de la iglesia, Teodora sintió que recuperaba de nuevo el control de sí misma. Los viejos miedos desaparecieron en

cuanto el frío aire de la mañana acarició su piel. A fin de cuentas, durante los últimos años había logrado enterrar sus anhelos bajo un manto de dedicación a los asuntos de gobierno, una simple basílica en construcción no debería ser capaz de alterarla.

No a ella, no a la emperatriz de Roma.

De camino hacia su ineludible cita, Aecio se adentraba en la zona nordeste del palacio. Atravesando el camino que perfilaban dos hileras de grandes árboles de ramas desnudas, el médico mantenía fija la vista en el final del sendero empedrado por el que transitaba, temeroso de que las nudosas extremidades de los árboles se tornaran en fieras garras. El lugar en el que se asentaba el cuartel de la *sekreta* se encontraba junto a las temidas mazmorras subterráneas donde la emperatriz encerraba a aquellos que la habían ofendido. Se decía que en ellas nunca entraba el sol, y que eran vigiladas por guardias sordomudos, de modo que el único sonido que se escuchaba en su interior era el de los gritos de angustia proferidos por los presos mientras la locura se adueñaba de sus mentes.

A medida que se aproximaba al edificio, todo cuanto le rodeaba parecía indicar que aquel punto del palacio se encontraba dejado de la mano de Dios. Pese a las numerosas iglesias que salpicaban el complejo palaciego, ninguna se hallaba en esa zona. La nieve que cubría el suelo se mantenía impoluta, hoyada únicamente por sus propios pasos, como si aquel camino fuera sólo de ida, y nadie hubiera vivido para regresar de ese lugar. Al contrario que en el resto de los jardines, los alrededores se encontraban desnudos de vegetación, con los árboles convertidos en grotescas jaulas de oscuros barrotes, sin que una sola hoja rompiera el pardo color de sus copas. Incluso Aecio juraría que el frío se intensificaba poco a poco. Sin embargo, el médico sabía que todo era producto de su imaginación, que aquellas ramas no se movían, y que el tétrico silbido que escuchaba sólo era el ruido del viento al atravesar las copas de los árboles, carentes de follaje.

Era el miedo el que atenazaba su mente, acosándole con más fuerza a medida que se acercaba a aquel edificio de muros fabricados con hileras de ladrillo y piedra. Daba igual lo que le hubiera dicho a Penélope, sabía que se jugaba la vida o, peor aún, se arriesgaba a acabar en esas sombrías celdas, engullido por la oscuridad hasta que su recuerdo se perdiera en el olvido.

Cuando llegó junto al edificio ascendió lentamente los escalones de piedra y empujó con suavidad las puertas de bronce,

rezando interiormente para que se encontraran cerradas.

Desanimado, comprobó cómo la pesada hoja se movía ante la presión de su mano, descubriendo al médico un sencillo vestíbulo, en el que cuatro grandes braseros de bronce ardían en sus esquinas, secundados por una gran lámpara de vidrio que colgaba del techo en el centro de la estancia.

Adentrándose en el edificio, Aecio cerró la puerta tras él, sobrecogiéndose cuando el bronce golpeó el dintel con un fuerte sonido metálico. Durante un instante, el médico esperó en mitad del vestíbulo, mirando a uno y otro lado, pero nadie parecía haberse percatado de su presencia. De no ser por los encendidos braseros, Aecio habría pensado que aquel edificio estaba abandonado.

El médico caminó por el pasillo principal hasta desembocar en una nueva estancia circular, en la que un esclavo se afanaba rellenando de aceite uno de los dos braseros que la iluminaban.

—Busco al *comes* de la *sekreta* —dijo el médico, preguntando por el jefe de los espías del emperador.

El esclavo escrutó a Aecio con mirada hosca, antes de dejar en el suelo el ánfora de aceite y adentrarse en el siguiente pasillo. Poco después, apareció acompañado por el hombre al que Aecio había venido a ver.

—¡Mi señor *iatroi*! —saludó éste con cordialidad—. ¡Qué agradable sorpresa! Pasad a mis aposentos.

Aecio se limitó a sonreír, aliviado de comprobar que, al menos, aquel hombre no se había olvidado de él. Sin embargo, al propio médico le habría costado reconocer al jefe de la *sekreta*. Había perdido peso, y su pelo se había vuelto completamente gris. Los cinco años transcurridos desde su último encuentro parecían pesar como veinte en el cuerpo del funcionario.

El médico le acompañó a través de los austeros pasillos, hasta una pequeña sala amueblada únicamente con una diminuta mesa circular de marfil, a cuyo alrededor descansaban cuatro gastadas sillas curules.

—Me temo que sólo puedo ofreceros un poco de vino —se disculpó el funcionario.

—No os preocupéis, seguro que estará bien.

—Hace mucho que no nos vemos. ¿Qué os trae por aquí?

—Tenemos que hablar.

—¿Sobre qué?

—Santa Sofía.

La sonrisa desapareció del rostro del funcionario, sustituida por una tensa expresión de seriedad.

—Por lo que parece —comentó el jefe de la *sekreta*—, no se trata de una visita de cortesía.

—Hace años me dijisteis que estabais en deuda conmigo —apuntó Aecio, tratando de evitar que su mirada trasluciera el miedo y la vergüenza que sentía.

—Y hoy habéis venido a cobrar.

—Dicho así suena peor de lo que pensaba —admitió el médico —, pero supongo que es cierto.

—¿Qué es lo que queréis de mí?

—Sé que fuisteis el responsable del incendio de Santa Sofía —aseguró Aecio, mirando directamente a los ojos del funcionario, quien permanecía callado, a la espera de que el médico continuara —. Pero, siendo el jefe de la *sekreta*, resulta evidente que no actuabais por vuestra propia iniciativa. Lo que os pido es que confeséis ese acto al patriarca Menas.

—No es tan malo como esperaba —comentó el funcionario, esbozando una extraña sonrisa.

—No entiendo...

—Desde que me di cuenta de la pérdida de mi cinturón de oro supe que llegaría este día —explicó el jefe de la *sekreta*—, el día en el que alguien vendría a verme para aprovechar mi error. Suponía que tratarían de obligarme a asesinar al emperador o, como mínimo, me harían chantaje pidiéndome dinero. Por eso me sorprende que únicamente se trate de hablar con el patriarca, aunque no dudo que algo así haría que el gobierno se tambaleara. Sin embargo, siempre pensé que se trataría de otra persona la que se sentaría al otro lado de esta mesa, un senador, un general traidor o, incluso, un simple ladrón, pero no el *iatroi* que trató de salvar la vida de mi hijo. ¿Para eso os quedasteis con mi cinturón?

—Estaba oculto entre las vendas —dijo Aecio, desviando la mirada hacia el suelo—, los que asaltaron mi casa no lo vieron. Cuando lo encontré no supe descifrar a quién pertenecía, así que lo guardé en un arcón esperando que volvierais. Hasta que...

—Hasta que se lo enseñasteis a la persona equivocada —interrumpió el funcionario—. Alguien que sí sabía lo que implicaba ese cinturón, y cómo utilizarlo, ¿no?

—Lo siento —se disculpó Aecio.

Durante un tiempo que le pareció interminable, el médico sintió los fríos ojos del jefe de la *sekreta* clavados en él, como si el funcionario mantuviera una lucha interior dilucidando lo que debía hacer. Un intenso sudor comenzó a recorrer las manos de Aecio, al tiempo que su boca se secaba y su vejiga le obligaba a concentrarse para evitar manchar su túnica.

—Debería mataros —comentó el funcionario, bajando la voz hasta convertir su acerada amenaza en un terrible susurro—, y eso es lo que habría hecho sin dudarlo de ser cualquier otro el que hubiese venido hoy. Pero no puedo olvidar lo que hicisteis por mi hijo.

Aecio se mantuvo expectante, sintiendo cómo los latidos de su corazón retumbaban en su cabeza, comprendiendo que su vida pendía del fino hilo de una antigua deuda.

—Os dejaré marchar —afirmó finalmente el jefe de la *sekreta*, con un profundo suspiro—. Haré como si esta conversación nunca hubiera tenido lugar.

—¿No me delataréis? —inquirió Aecio, temeroso de que el miedo le hubiera impedido entender correctamente lo que acababa de escuchar.

—No, y con eso saldaré mi deuda.

—No volveré a molestaros —aseguró Aecio.

—Una última pregunta —dijo el funcionario, deteniendo al médico cuando ya hacía ademán de levantarse—. Quienquiera que sea la persona que os ha enviado, es evidente que busca derribar al emperador. Sin embargo, fuisteis el *iatroi* que le salvó la vida cuando fue envenenado. ¿Por qué? ¿No hubiera sido más sencillo dejarle morir?

—Soy médico —dijo Aecio—. Ningún pecado sería más horrendo que el de dejar morir a un paciente sin hacer todo lo posible por salvarle.

—Esa respuesta se acerca mucho a la idea que me forjé cuando os conocí —aseguró el jefe de la *sekreta*—. Siento curiosidad por saber cómo alguien tan honrado es capaz de dejarse involucrar en una sucia conjura palaciega.

—Si queréis...

—No —negó tajantemente el funcionario—. Saber demasiado haría más difícil mi decisión de dejaros libre y, por otro lado, corro el riesgo de descubrir que sirvo en el bando equivocado, y eso es algo que uno no puede preguntarse cuando ya ha pasado el tiempo de decidir.

Fue en ese momento cuando Aecio comprendió la razón por la que aquel hombre había envejecido tan bruscamente. Siempre había pensado en él como un simple padre apenado por la muerte de su hijo. Sin embargo, la realidad era mucho más compleja. Aquel hombre cargaba con la culpa de quemar la más sagrada iglesia del imperio, y lo había hecho al precio de la vida de su propio primogénito. El médico no podía imaginar qué terribles sentimientos se entrelazarían en el interior de aquel hombre. ¿Se preguntaría si la muerte de su hijo era un castigo de Dios por su blasfemo acto? ¿Hasta qué punto debía un hombre obedecer a su emperador? ¿Hasta sacrificar su alma cometiendo el más terrible de los pecados? De repente, el jefe de la *sekreta* apareció ante sus ojos como un anciano corroído por la culpa, un hombre que se consumía poco a poco esperando que la muerte llegara para liberarle de su conciencia, al tiempo que temía la posibilidad de que fuera el infierno lo que esperara al otro lado. Quizás ésa era la razón por la que prefería no saber nada de la historia de Aecio, pues la última esperanza a la que ese hombre podía aferrarse era la de saber que, al menos, se había sacrificado correctamente por su emperador.

Aunque al médico le hubiera gustado decir algo que pudiera consolar a aquel hombre, sabía que lo mejor era marcharse cuanto antes, por lo que se limitó a despedirse con una escueta palabra.

—Adiós.

El funcionario le miró con intensidad, despidiéndose a su vez con un simple gesto de cabeza.

Aecio abandonó la estancia y caminó rápidamente por los pasillos hasta salir del edificio, recorriendo a la inversa el sendero entre los árboles. A medida que se alejaba del lugar, la pesada carga que acumulaba en su interior se disolvía, como si se fuera desmenuzando en pequeños pedazos que se deslizaban hacia el suelo. Respirando con fuerza el frío aire invernal, Aecio se juró a sí mismo que jamás volvería a verse implicado en nada parecido. A partir de aquel momento, sólo dos cosas ocuparían su vida.

La medicina y Penélope.

Constantinopla, 17 de enero de 537

Alumbrándose con antorchas, la comitiva presidida por Juan de Capadocia se adentraba en el suburbio de Rufinianas por uno de los solitarios caminos que conducían a las propiedades de Belisario. Junto al prefecto, Valente cabalgaba en silencio, envuelto en un espeso manto de lana para protegerse del intenso frío.

Cerca ya de la hora sexta, la oscuridad envolvía por completo al grupo de jinetes, retenida únicamente por el titilante círculo de antorchas que portaba la docena de guardias que acompañaba al prefecto. Tras ellos, a unos doscientos pasos, medio centenar de guardias se mantenían a distancia, ocultos en las sombras, prestos a intervenir en caso de que el prefecto los necesitara.

—Ahí está —anunció uno de los soldados que marchaba en cabeza, guiando al grupo principal.

Frente a ellos, destacando en la penumbra, una línea de lámparas delimitaba el muro que marcaba el linde de las propiedades del general. Junto a la pared, media docena de figuras embozadas esperaban en silencio.

Intercambiando una mirada con Valente, Juan de Capadocia espoleó su caballo, seguido del patricio y del resto del grupo, y se acercó hasta el pie del muro.

—Llegáis tarde —aseguró Antonina, en cuanto el prefecto llegó hasta ella—. Ya pensaba que no vendríais.

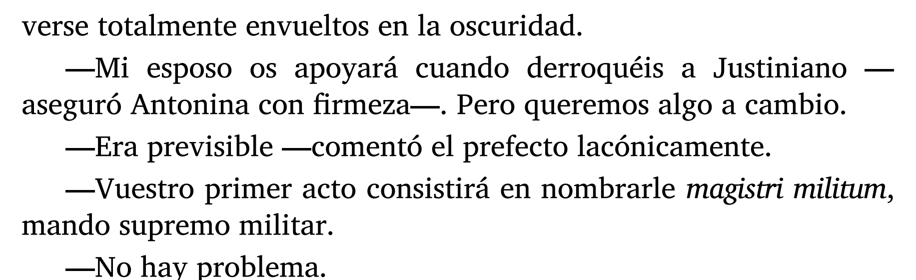
—Esta maldita oscuridad nos ha dificultado encontrar el camino —se excusó el capadocio, al tiempo que se apeaba de su caballo.

—¿Quién es él? —preguntó la mujer de Belisario, señalando al patricio, en cuanto éste descendió de su montura y se situó junto al prefecto.

—Valente Aureliano Merodio —respondió Juan de Capadocia, antes de que el patricio pudiera decir nada—, el líder del senado.

—Alejémonos un poco —indicó Antonina, mirando de reojo a los soldados que acompañaban al capadocio.

Los tres caminaron unos pasos a lo largo del muro, hasta situarse cerca de la puerta que daba acceso al interior de la propiedad, a suficiente distancia para que sus voces no pudieran ser captadas por sus acompañantes, aunque no tan lejos como para



verse totalmente envueltos en la oscuridad.

—Mi esposo os apoyará cuando derroquéis a Justiniano —aseguró Antonina con firmeza—. Pero queremos algo a cambio.

—Era previsible —comentó el prefecto lacónicamente.

—Vuestro primer acto consistirá en nombrarle *magistri militum*, mando supremo militar.

—No hay problema.

—Además queremos tierras en Egipto, comparables a las que posee la familia de los Apión, y quinientos centenarios en oro.

—Es demasiado —negó Juan de Capadocia—. Los Apión son los mayores terratenientes de Egipto.

—Yo creo que es un precio pequeño a cambio del trono del imperio.

—Está bien —cedió el prefecto, tras un instante de duda—. ¿En qué se concretará el apoyo de Belisario?

—Dado que Justiniano no envía refuerzos a Italia, mi esposo ha reclutado dos mil jinetes germanos con su propio dinero. Llegarán a Constantinopla en primavera, para embarcar hacia Roma. En lugar de hacerlo, los pondrá a vuestra disposición para tomar el Gran Palacio.

—¿Él no vendrá en persona? —preguntó Juan de Capadocia.

—Eso depende de cómo se desarrolle la guerra en Italia —replicó Antonina—, aunque es poco probable.

—Es lógico —admitió el prefecto.

—Supongo que la presencia del senador os garantiza el apoyo del senado, ¿no? —inquirió la mujer de Belisario.

—El senado siempre alaba al más fuerte —respondió el patricio—, yo sólo constataré ese hecho y encaminaré las opiniones hacia donde sea necesario.

—Lo tomaré como una respuesta afirmativa —dijo Antonina—. Parto hacia Italia mañana mismo. Como comprenderéis, necesito garantías de que los preparativos se harán correctamente, y de que no nos dejaréis en la estacada.

—Yo pensaba decir lo mismo —aseguró Juan de Capadocia—. ¿Qué teníais pensado?

—Dos cosas. La fecha en la que derrocaréis a Justiniano y un juramento sagrado de que os comprometéis a ello y a respetar nuestro pacto.

—No puedo daros una fecha exacta —replicó el prefecto—. Dependerá de lo que tarde en reunir las tropas de las que

dispongo, pero, unidas a los refuerzos de vuestro esposo, contad con que atacaremos el palacio veinte días antes del solsticio. Respecto a vuestra segunda petición, juro por Dios, los santos y la sagrada Virgen María, que mantendré el pacto que ahora firmamos, respetando todas sus condiciones cuando Justiniano haya muerto y el imperio pase a mis manos. ¿Es suficiente?

—Lo es —aseguró Antonina con una sonrisa.

—Respecto a mis garantías...

—No serán necesarias —interrumpió la mujer de Belisario, provocando que Juan de Capadocia frunciera el ceño—. ¡Narsés!

Abandonando su puesto oculto tras el muro, el eunuco apareció junto a Antonina en un parpadeo, acompañado del comandante de la guardia de palacio y tres docenas de soldados.

—¡Traición! —gritó el prefecto, contemplando cómo los guardias comenzaban a rodearle—. ¡A mí, soldados!

De la oscuridad surgió el grito de medio centenar de gargantas, cuando los hombres del prefecto azuzaron sus caballos y se abalanzaron al galope sobre los guardias, sorprendiendo al grupo de Narsés.

—¡Al prefecto! —gritó el eunuco—. ¡Matad al prefecto!

Antes de que los guardias pudieran cumplir la orden de Narsés, los jinetes alcanzaron su posición, atacando a los soldados de palacio en un furioso embate. En la oscuridad, la pelea degeneró en un ruidoso tumulto, en el que unos y otros apenas lograban discernir a sus enemigos.

Aprovechando el desconcierto, Valente se deslizó pegado al muro, eludiendo el forcejeo de los soldados a su alrededor y regresando al punto en el que habían dejado sus caballos. Allí, los hombres de Juan de Capadocia se habían enzarzado en otra pugna con el pequeño grupo que acompañaba inicialmente a Antonina. Afortunadamente, los dos criados armados que componían la escolta personal del propio patricio se mantenían ajenos al combate, esperando inquietos junto a la montura del senador.

—¡Vayámonos de aquí! —gritó el patricio, subiéndose a su caballo.

—¡Valente!

La potente voz del prefecto refrenó al senador, cuando ya se disponía a azuzar a su montura. Mirando atrás, observó el gigantesco cuerpo de Juan de Capadocia corriendo hacia él.

Durante un instante, Valente sopesó la idea de ayudar al prefecto, aunque ese pensamiento apenas duró en su mente un

parpadeo. Mirando por última vez con desprecio al hombre que le había arrojado al patíbulo, Valente golpeó con fuerza los costados de su caballo y salió impulsado hacia delante, dejando que la oscuridad le engullera.

Penélope se despertó con un sobresalto.

Se incorporó en la cama, con la respiración aún agitada por el recuerdo de la reciente pesadilla. Durante un momento dejó que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, temblando mientras dudaba si habría regresado al tiempo en que Gregorio la tenía encerrada. Sin embargo, pronto reconoció en la penumbra el contorno de una estancia conocida, el dormitorio de Aecio.

Extendió la mano a su lado, y descubrió que el médico ya no la acompañaba en el lecho. Pocos días antes, él le había revelado el secreto de su pacto con Valente, despertando en Penélope miedos que creía olvidados. Durante unas horas, creyó revivir el pasado, como si aquellos dos últimos años junto al médico hubieran sido simplemente un descanso antes de una nueva tempestad. Al igual que Héctor, en su imaginación Aecio encontraba la muerte en medio de otro conflicto entre el emperador, el pueblo y la oligarquía.

Tras la revelación de Aecio, Penélope se sintió como una simple hoja arrastrada por el viento, incapaz de sustraerse a las fuerzas que la agitaban, contemplando cómo el aire la empujaba hacia la hoguera sin poder hacer nada para evitarlo. Apenas había comenzado a imaginar un futuro mejor cuando aquella maldita ciudad parecía abalanzarse de nuevo sobre ella, amenazando con destruir lo poco a lo que aún podía aferrarse.

Envolviéndose en la manta de lana, Penélope se levantó del lecho y caminó sobre el frío suelo guiada por el titilante rastro de luz que surgía de una de las estancias cercanas. Descubrió a Aecio en su estudio, encorvado sobre un atril mientras trabajaba en su *Biblia iatrica* iluminado por dos pequeñas lucernas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

—No podía dormir —explicó el médico, encogiéndose de hombros—, así que me he levantado a escribir.

—Vuelve a la cama —pidió Penélope.

Aecio dudó un momento, jugueteando con la caña de escribir antes de dejarla sobre el atril y acercarse hacia ella.

—¿Qué haces descalza? —reprendió con una sonrisa—. Con el frío que hace vas a enfermar. No te puedo dejar ni un momento a

solas.

Penélope sonrió, aún somnolienta, y se dejó guiar por él de vuelta al dormitorio, recostándose en el lecho mientras el médico se despojaba de parte de sus ropas y se acostaba a su lado.

—¿Qué te preocupa? —preguntó ella, mientras Aecio se abrazaba a su cuerpo con fuerza, buscando calor.

—Nada.

—No trates de engañarme, te conozco demasiado bien.

—Supongo que tengo miedo de haber defraudado a Valente —confesó Aecio—. Ya sé lo que piensas de él, pero es mi amigo.

—Hiciste lo que te pidió —aseguró Penélope, girándose para mirarle a la cara, recordando cómo, pocas horas después de la conversación en la que el médico le confesó el trato que tenía con el senador, Aecio había regresado a buscarla al hospital asegurando que todo había acabado, y que su participación en los peligrosos asuntos del patricio había muerto nada más nacer—. Tenemos suerte de que todo haya acabado. Si de verdad es tu amigo se alegrará por ti.

—Gracias por ese «tenemos».

—Estoy a tu lado.

—Lo sé —aseguró Aecio—. Aunque cuando vi cómo te marchabas el día que hablamos... No sé, por un momento pensé que no volvería a verte.

—Eres tonto, no pienso dejarte nunca.

El médico sonrió, dejando que Penélope lo atrajera hasta abrazarlo, impidiendo así que Aecio pudiera leer en su rostro que, en realidad, la idea de huir con Platón fue la primera que apareció en su cabeza después de aquella conversación. Pese a la nieve o el crudo invierno, sólo una cosa evitó su marcha.

Ese día había descubierto que esperaba un hijo.

Nada más llegar esa mañana al hospital, una de las auxiliares le habló sobre la coincidencia de que varias de las pacientes de la sección hubieran tenido el periodo al mismo tiempo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que a ella le faltaba desde hacía dos meses. Recordó lo estúpida que se había sentido en ese momento. Se consideraba casi una experta en ginecología y, pese a ello, no había sabido interpretar los síntomas que ella misma padecía, la irritabilidad, el hambre continua, el dolor en el pecho o el olfato agudizado. Había pasado por alto todas las señales, incluso la *kissa*, los extraños antojos que a veces la asaltaban. Era cierto que, en su caso, no llegaba al extremo de otras mujeres, a las que la

kissa les impelía una fuerte apetencia por comer tierra, carbón, posos del vino o fruta ácida, aunque su repentina ansia por tomar olivas debería haberla prevenido.

Pese a ello, aún le quedaba el consuelo de que el gran Aecio no tenía ni idea de que iba a convertirse en padre.

—¿Te arrepientes de haberme pedido que me trasladara aquí? —preguntó Penélope, acariciando el pelo de Aecio con suavidad.

—No, y eso es algo que debo agradecer a Valente. De hecho, sólo me arrepiento de no haberme dejado convencer antes —susurró él, ronroneando como un gato bajo las cosquillas—. Sobre todo ahora que viene el invierno.

—Es agradable saber que, al menos, aún sirvo como brasero.

—Uno muy atractivo —añadió el médico, comenzando a besar su pecho.

—Tengo demasiado sueño para eso —negó ella, evitándole perezosamente—. Además, ¿recuerdas que tenía algo que contarte?

—¿No podemos dejarlo para luego? —insistió él.

—No.

—Está bien —cedió el médico.

Un fuerte ruido interrumpió a Penélope cuando se disponía a revelar su pequeño secreto.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el médico con extrañeza.

—Parece que se oyen voces —advirtió Penélope, aguzando el oído.

—Se habrán vuelto a escapar los perros —supuso Aecio, mientras sonaban varios ladridos y gemidos de los canes—. Voy a ver qué pasa.

El médico se calzó unas sandalias, se echó sobre los hombros la capa que había utilizado mientras escribía y abandonó la estancia. Recogió una de las lucernas que había dejado en su estudio, sobre el atril, y se encaminó hacia el patio principal de la casa, de donde parecía proceder el creciente ruido.

Cuando alcanzó el vestíbulo los ladridos de los perros habían cesado, aunque las voces aún seguían llegando desde el patio. Aecio se acercó a la puerta en el mismo momento en el que alguien la abrió desde el otro lado. Ante la corriente de aire, la llama de la lucerna se agitó, impidiendo durante unos instantes que el médico pudiera vislumbrar el rostro de la figura que se encontraba bajo el dintel.

—¡Virgen santísima! ¡Miguel! —se sorprendió el médico, cuando logró discernir las facciones de la persona que tenía delante—. ¿Qué haces aquí?

Fue en ese momento cuando Aecio se fijó en la espada que Miguel portaba en su mano.

Unas monedas bastaron para silenciar las preguntas de los guardias, que abrieron las puertas de Constantinopla a los tres jinetes que acababan de surgir de la nada.

—Nada de luz —ordenó Valente, cuando uno de sus criados hizo ademán de encender una de las teas que portaba.

—¿Volvemos a la villa, mi señor? —preguntó el sirviente.

—No —negó el patricio—. Cuando llegue a palacio la noticia de nuestra huida será el primer sitio en el que buscarán.

—¿Qué hacemos, entonces?

Valente se mantuvo un buen rato en silencio, meditando la sencilla pregunta de su sirviente. Para un hombre acostumbrado a la elocuente retórica del senado, así como a moverse en el sórdido ambiente palaciego, resultaba extraño no poder responder a aquella simple cuestión: ¿qué podía hacer?

Con el nebuloso brillo del sol despuntando sobre el horizonte, Valente calculó que apenas disponía de unas pocas horas antes de que los guardias de palacio recorrieran la ciudad buscándole. Ni siquiera se planteaba la posibilidad de que los hombres de Juan de Capadocia lograran derrotar a los *excubitores* que acompañaban a Narsés. Pese a su inferioridad numérica, el senador tenía muy claro que los curtidos guardias del eunuco rechazarían a la caterva de mercenarios del prefecto, únicamente el tumulto formado por la sorpresa y la oscuridad le había permitido huir de aquella trampa. Puede que el prefecto también hubiera aprovechado la confusión para huir, aunque, en realidad, era algo que a Valente no le preocupaba.

Sabía que ambos estaban muertos, muertos pese a que aún respiraban, aunque por poco tiempo.

Para su sorpresa, la conciencia de la derrota no supuso un trago amargo para Valente. Por el contrario, una extraña sensación de calma se apoderó de su interior. De repente, el siguiente paso se presentó ante sus ojos con total claridad. Era tan simple y tan obvio que apenas podía creer que no lo hubiera pensado antes.

—Creo que volveremos a la villa —anunció finalmente el senador—, aunque antes pasaremos a ver a un amigo. Tengo que

despedirme de él.

—No deberíais entreteneros en eso, mi señor. Deberíamos huir cuanto antes —urgió uno de sus criados.

—No te preocupes, tenemos tiempo. Adonde pienso ir Justiniano no podrá seguirme.

—¿Dónde está?

—¡Miguel! ¿Qué es lo que ocurre?

Dando cortos pasos hacia atrás, Aecio contemplaba el tenso rostro del *protomaistor* mientras se adentraba en el vestíbulo, seguido por un grupo de hombres armados con gruesos bastones, mazas y cuchillos.

—Entrégamelo y no te pasará nada —aseguró Miguel, aproximándose al médico.

—¿Qué es lo que quieres? No te entiendo. ¿Has venido a robarme?

—¿Robarte? —se rio el albañil, aunque su risa sonó hueca—. Vengo a cumplir mi juramento. Vengo a por Platón.

Mudo de asombro, Aecio palideció, deteniendo su retroceso mientras contemplaba a Miguel y al grupo que comandaba con los ojos como platos.

—¿Vienes a llevarte al niño? —preguntó con voz trémula.

—Dámelo —susurró el *protomaistor*.

—No puedes hacerlo —dijo el médico, negando con la cabeza al tiempo que comenzaba a retroceder nuevamente.

—No te resistas —advirtió Miguel—. No me obligues a hacerte daño.

Arrojando la pequeña lucerna contra el albañil, Aecio se adentró corriendo en el pasillo, tratando de llegar al dormitorio.

—¡Penélope! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Huye!

Unos brazos se asieron a sus piernas, derribándole estrepitosamente antes de que pudiera atravesar la primera sala de distribución. Lanzado bruscamente contra el suelo, apenas le dio tiempo a amortiguar el golpe con las manos, de modo que impactó con el rostro contra las baldosas de cerámica que cubrían la superficie.

—Atadlo —ordenó Miguel—, y buscad al niño.

Aprovechando el aturdimiento que le había producido el impacto, dos hombres arrastraron a Aecio contra una pared y le amarraron fuertemente con una cuerda. El resto del grupo se

extendió por los pasillos, ante la impotencia del médico, que notaba cómo un hilillo de sangre se deslizaba desde su frente hacia la mejilla.

—¿Por qué nos haces esto? —acertó a preguntar Aecio.

—Hago lo que debo —respondió Miguel—, pese a que lo estás poniendo muy difícil.

Un grito de mujer resonó en la estancia, provocando que el médico forcejeara inútilmente con sus ligaduras.

—¡Penélope! ¿Qué estáis haciendo? ¡Cobardes!

—¡Cállate! —rugió Miguel, levantando una mano amenazadora contra Aecio.

Acto seguido, dos de los hombres del grupo del albañil aparecieron empujando a Penélope, asiendo sus brazos mientras ella trataba de liberarse con insistencia.

—¡Tú! —acusó Penélope, en cuanto sus ojos se posaron en Miguel.

—¡Atadla! —ordenó el albañil, obedecido con presteza por sus hombres.

—¡No le hagáis daño! —suplicó Aecio, atrayendo las iras de Miguel, que se acercó adonde se encontraba el médico para golpearle el rostro con el dorso de la mano.

—¡Encontrad a ese maldito niño de una vez! —chilló el *protomaistor*, mientras caminaba de un lado a otro de la estancia como un gato enjaulado.

Sollozando, Penélope se acurrucó junto a Aecio y apoyó su cabeza contra la frente del médico mientras los compañeros de Miguel terminaban de atar sus manos.

Durante un rato, la sala quedó en calma, con el silencio roto únicamente por el quedo llanto de Penélope. Poco después, uno de los integrantes del grupo de Miguel regresó por otro de los pasillos, trayendo de la mano a Platón, aún somnoliento.

—Le hemos encontrado —anunció.

—¡Por fin! —exclamó Miguel.

La aparición del pequeño desató el caos en la pequeña estancia. Desconsolada, Penélope comenzó a llamar a su hijo mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, provocando que, al verla, el niño se soltara de la mano del hombre y se fundiera en un abrazo con su madre. Durante un instante, los asaltantes parecieron desconcertados, hasta que Miguel se acercó al pequeño y lo alejó con brusquedad del lado de Penélope.

—Podemos irnos —aseguró el albañil, aferrando a Platón mientras éste se debatía con todas sus fuerzas, chillando a pleno pulmón como si lo estuvieran degollando.

—¿No se trataba del hijo de Gregorio? —preguntó uno de los que acompañaban a Miguel—. ¿Por qué se pone así?

—¿Qué más da? —replicó malhumorado el *protomaistor*—. ¡Vámonos!

Ninguno de los hombres se movió.

—Esto no encaja con lo que nos has contado —afirmó uno de ellos, mientras el resto apoyaba sus palabras con asentimientos de cabeza.

—¿Se puede saber qué os pasa? —gritó Miguel—. ¡Es el hijo de Gregorio!

—¡Es mi hijo! —gritó Penélope, mientras sollozaba—. ¡Por Dios, no me lo arrebatéis!

—Miguel... —comentó uno de los hombres.

—¡Ya basta! —rugió el albañil—. Lo discutiremos en el puerto.

Mirándose unos a otros, los acompañantes del *protomaistor* se interrogaron entre sí con la mirada, mientras Aecio contemplaba la escena susurrando una plegaria para que aquellos hombres se mantuvieran firmes y se negaran a seguir colaborando con Miguel. Sin embargo, uno de ellos se encogió de hombros y asintió con la cabeza.

—Está bien, lo discutiremos en el puerto. Allí...

Las palabras murieron en la boca del hombre, sustituidas por un silencioso quejido. Su boca se abrió a la par que sus ojos, mientras sus manos se contorsionaban en un espasmo de dolor. Durante un instante, se mantuvo en pie, mientras el resto de sus compañeros le observaba con extrañeza. Después, una mancha roja comenzó a extenderse por la túnica, a la altura del pecho, antes de que se derrumbara sobre el suelo con un ruido sordo. Tras él, una mujer delgada de tez pálida y ojos azules sostenía en sus manos un cuchillo cubierto de sangre. Su rostro, habitualmente hierático, se contraía en una mueca de furia, mientras su mirada se clavaba en Miguel.

—Dios mío —balbuceó el albañil.

Gritando en su incomprensible lengua germana, Antousa se abalanzó sobre Miguel blandiendo el cuchillo con el que acababa de matar a uno de los asaltantes. Aún sorprendido, el albañil no pudo sino echarse a un lado, empujando al niño hacia la esclava para entorpecer su salvaje ataque. Pese a ello, la hoja hendió

rápidamente el aire, abriendo un corte en el pecho del *protomaistor*. Con un grito de dolor, Miguel cayó contra la pared, mientras la esclava recuperaba el equilibrio para realizar un nuevo intento.

—¡Ayudadme! —chilló Miguel, despertando con su grito a sus compañeros, que, hasta entonces, se mantenían paralizados por la sangrienta aparición de la esclava.

Con un rugido, Antousa se lanzó de nuevo hacia delante, buscando el cuello del albañil con la hoja de su cuchillo. Sin embargo, antes de que lograra llegar hasta Miguel uno de los hombres volteó su brazo, golpeando a la esclava en la cabeza con el martillo que usaba como arma.

Un horrendo crujido resonó en la sala, al tiempo que Antousa se desplomaba en el suelo con el cuerpo desmadejado. El cuchillo resbaló de su mano, arrancando un fuerte sonido metálico al impactar con las baldosas del suelo. La habitación quedó envuelta en el silencio, roto únicamente por la agitada respiración de Miguel, que contemplaba fijamente a la esclava, como si aún esperara que se levantase de nuevo para tratar de matarle.

—Está muerta —confirmó uno de los hombres, arrodillándose junto al cuerpo de la esclava y comprobando su pulso.

—Yo me voy de aquí —comentó otro, arrojando su arma al suelo y corriendo hacia la salida.

En un parpadeo, el resto de los hombres que formaban el grupo de Miguel imitó a su compañero, dejando caer sus armas y huyendo a toda prisa, mientras el albañil se incorporaba y trataba inútilmente de detenerlos.

—¡Esperad! ¡No huyáis!

Sin embargo, ni uno solo se detuvo. Deshaciéndose del *protomaistor* a empujones se perdieron por el pasillo a la carrera, mientras Platón regresaba al lado de su madre.

—¡Volved! —gritó Miguel, dando unos pasos hacia los huidos, aunque sus compañeros ya no eran más que sombras que se desvanecían en la penumbra del amanecer.

—Ve con ellos —sugirió Aecio, tratando de contener sus nervios mientras intentaba aclarar sus ideas—. No diremos nada.

Echándose las manos a la cabeza, el albañil se volvió hacia la pared, emitiendo quejidos entre dientes mientras se movía de un lado a otro con desesperación.

—Aún estás a tiempo —urgió el médico, rezando para que el *protomaistor* se dejara convencer y huyera con los demás—. Aún

tienes una opción de salir de aquí.

Las palabras de Aecio parecieron detener el errático movimiento de Miguel. El albañil se serenó, respirando profundamente antes de volverse hacia el médico y Penélope.

—No —negó Miguel—. Ya no me quedan opciones.

Después recogió su espada del suelo, asió bruscamente a Platón y abandonó la estancia llevándose al niño.

Pese a que acababa de amanecer, las principales calles de Constantinopla ya hervían con el frenesí de la multitud que se adentraba en ellas. Despreciando el frío de la mañana, buhoneros, transportistas y comerciantes se desplazaban de un lugar a otro, cargados con vasijas y sacos o tirando de mulos, bueyes o carros.

Deleitándose en el ruidoso bullicio que le rodeaba, Valente conducía su montura con tranquilidad, absorto en la contemplación de aquella sociedad cosmopolita que se cruzaba ante él, observando cómo griegos, tracios, latinos, ilirios, africanos, sirios, coptos, armenios, judíos, godos o gépidos se mezclaban en la misma urbe.

Mientras avanzaba, los ojos de Valente se movían a uno y otro lado, recogiendo ávidamente cuanto alcanzaba a ver, recreándose en cada nimio detalle que, normalmente, pasa desapercibido para aquellos que viven pensando que siempre habrá un mañana, y que desprecian la belleza de lo que contemplan cada día. Los vivos colores de los vestidos, las voces de los buhoneros al anunciar su mercancía, la mezcla de olores que delataba la cercanía de una tienda, el corto vuelo de las palomas e, incluso, el desvanecido brillo del amanecer, eran recogidos por Valente con ansia.

Cerca del Augusteon, el trío de jinetes se adentró en una de las calles laterales, aproximándose con parsimonia a la villa de Aecio, mientras las sombras de la noche se retiraban por completo, dando paso a la tibia luz del día. La ruidosa multitud que transitaba por la avenida principal quedó atrás, sustituida por la quietud de una zona residencial, donde los pocos viandantes que se cruzaban con el senador y sus acompañantes caminaban en silencio, concentrados en no patinar sobre la nieve y el hielo que cubrían el suelo de los callejones.

Cuando por fin alcanzaron la villa del médico, Valente no pudo evitar que su rostro se contrajera en una mueca de sorpresa. La puerta de entrada principal de la vivienda estaba abierta de par en par, con evidentes signos de haber sido forzada. Intercambiando

una mirada de extrañeza con sus criados, desmontaron con cuidado, contemplando desde fuera el oscuro vestíbulo.

—Manteneos alerta —comentó el patricio, respondido por el corto chirrido de las espadas cuando sus criados desenfundaron sus armas.

Dando un paso, Valente se dispuso a adentrarse en la vivienda de su amigo. Sin embargo, algo le detuvo. El llanto de un niño alcanzó sus oídos, haciéndose más y más fuerte a cada instante. De repente, un hombre apareció ante él, deteniéndose sorprendido al toparse bajo el dintel de la puerta con el senador y sus dos sirvientes armados.

Pese al tiempo que llevaba sin verle, Valente reconoció al *protomaistor* del gremio de albañiles y, aunque apenas fue capaz de aventurar qué hacía allí, resultaba evidente por su aspecto que se había involucrado en una pelea, pues su túnica estaba rajada a la altura del pecho, lo que delataba un profundo corte. Sin embargo, lo que más atrajo la atención del patricio no fue el rostro desencajado que lucía el albañil, ni siquiera la corta espada que portaba en una de sus manos, sino el pequeño de cinco o seis años que se debatía con fiereza mientras Miguel lo acarreaba bajo un brazo, como si de un fardo se tratara.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Valente.

Miguel permaneció callado, deslizando su mirada de uno a otro de los tres hombres que tenía delante.

—Apartaos de la puerta —dijo finalmente.

—¿No es ése el hijo de Penélope? —inquirió el senador.

—Apartaos de la puerta —insistió Miguel, levantando la espada en gesto amenazante, aunque su voz vacilante desmentía la firmeza de su actitud.

Valente se mantuvo quieto, mientras sus sirvientes se adelantaban a ambos lados para proteger a su señor, adentrándose en el vestíbulo y separándose, para rodear al albañil.

—Si quieres conservar la vida suelta a ese niño y arroja tu espada —advirtió el patricio.

La mano del *protomaistor* bajó la espada, mientras su cabeza giraba a uno y otro lado, observando los pausados movimientos de los criados de Valente.

Durante un instante, el albañil se mantuvo quieto, respirando profundamente, aunque sin soltar arma o rehén. Después, su rostro se contrajo en una extraña mueca, alzó su arma, y se arrojó contra el senador con un grito de furia.

Cargado de cadenas y rodeado por media docena de robustos guardias, Juan de Capadocia se adentró en el consistorio con paso firme, elevando orgullosamente la cabeza mientras se aproximaba al trono en el que Justiniano le esperaba.

—El prefecto de oriente, majestad —dijo el oficial que comandaba el grupo de soldados.

Desde su asiento, el emperador hizo un gesto con la mano, indicando al prisionero que se adelantara. Con evidente desgana, Juan de Capadocia se movió unos pasos hacia delante, vigilado con atención por los *excubitores* que le rodeaban.

—Me han contado todo lo sucedido —explicó Justiniano con solemnidad—. ¿Tienes algo que alegar en tu defensa?

Juan de Capadocia sonrió ante el comentario del emperador, consciente de que aquella oportunidad de hablar era una inútil formalidad. Su destino se había sellado en el momento en el que cayó en la trampa de Antonina. Que, tras la fuga de Valente, hubiera logrado escapar y refugiarse en una iglesia carecía de importancia. Sin respetar el acogimiento a un lugar sagrado, los guardias del emperador le habían prendido junto al altar. Lo único que había logrado huyendo a uña de caballo de la celada tendida por Antonina era permanecer con vida el tiempo suficiente para escuchar su condena a muerte de labios del emperador.

—Dejémonos de formalidades —respondió finalmente el prefecto—. Sé el tratamiento que se da a los traidores, pero yo no voy a lloriquear suplicando por mi vida como hizo Hypacio.

Irguiéndose para escuchar la sentencia que daba por segura, Juan de Capadocia miró al emperador directamente a los ojos, casi urgiéndole a que terminara con aquella humillación. Sin embargo, el rostro de Justiniano se transformó en una mueca de extrañeza, mientras sus labios murmuraban una nueva pregunta.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Por qué? —repitió el prefecto, desorientado por las palabras del emperador.

—Te he proporcionado riquezas y poder —continuó Justiniano —. Te mantuve a mi lado a pesar del odio que despertaste a tu alrededor, convirtiéndote en mi mano derecha. Y aun así me has traicionado.

—Fue el río de oro con el que inundé las arcas del estado lo que me mantuvo en mi puesto —replicó el capadocio—. Oro con el que construís una iglesia para lavar vuestros pecados.

—¿Por eso trataste de envenenarme? —inquirió el emperador

—, ¿porque no me consideras digno del trono?

—A un traidor se le achaca todo. Pero lamento deciros que yo no tuve nada que ver con eso.

—Me gustaría creerte.

—¿Acaso importa? —se burló el prefecto.

—A mí sí. Siempre te defendí, Juan —insistió el emperador.

Un incómodo silencio inundó la sala, apenas roto por los ligeros tintineos de las cadenas del capadocio.

—Conservarás la vida —anunció finalmente el emperador—, aunque perderás todas tus posesiones y serás recluido en un monasterio.

—¿Me vais a convertir en monje? —preguntó el prefecto con asombro.

—Tal vez así tengas la oportunidad de buscar el perdón de Dios, el mío ya lo tienes —aseguró Justiniano, haciendo un gesto a los soldados para que se llevaran al capadocio.

Anonadado, Juan de Capadocia se dejó guiar por los guardias, con apenas tiempo de girarse una última vez antes de cruzar las puertas del Consistorio.

«Conservaré la vida», pensó, saboreando aquel instante sin poder creerse aún que fuera verdad. Sin embargo, apenas dados unos pasos la imagen de su palacio junto al hipódromo se adentró en su mente. Junto a ese recuerdo, aparecieron ante él las incontables extensiones de tierra que formaban sus posesiones, las fiestas, los manjares que deleitaban su paladar y el vino con el que se regaban, las mujeres con las que había yacido y, sobre todo, el sentimiento de poder que le concedía su puesto como prefecto.

Después de todo, Juan comenzó a preguntarse si no hubiera sido preferible la muerte a pasar el resto de su vida convertido en monje.

Tumbado en el suelo, Aecio pugnaba con sus cuerdas, intentando liberarse de la fuerte mordedura de sus ataduras, convencido de que Miguel había encerrado a la servidumbre, por lo que resultaba difícil que recibieran ayuda con rapidez.

A su lado, Penélope sollozaba, susurrando en voz baja el nombre de su hijo. Deteniéndose para recuperar el aliento antes de intentar de nuevo liberarse, al médico le hubiera gustado consolarla. Sin embargo, resultaba inútil engañarse, Miguel había mencionado el puerto, por lo que parecía evidente que pensaban

cruzar el estrecho. Aunque el crudo invierno hiciera imposible los largos trayectos en barco, al albañil le bastaba con cruzar al otro lado del Bósforo y adentrarse en Asia Menor para desaparecer para siempre.

Y en tal caso, jamás recuperarían al niño.

La desesperación logró que Aecio recobrara las fuerzas suficientes como para intentar de nuevo romper las ligaduras que le mantenían desvalido. Sintiendo cómo sus muñecas comenzaban a sangrar, apretó los dientes y continuó tirando con insistencia, mas sus esfuerzos fueron inútiles, no consiguió que las cuerdas cedieran.

Con los ojos enrojecidos por el llanto, Penélope le miró. Su mirada reflejaba tanto dolor que el médico no pudo sino apartar la vista, dejándose caer, impotente, junto a ella, sintiendo que le había fallado, que no había sido suficientemente hombre para protegerles a ella y a su hijo.

—Penélope —susurró, tragándose las lágrimas que abrasaban sus ojos, incapaz de articular otra palabra que no fuera un susurro —. Lo siento.

De repente, el sonido de unos pasos resonó en sus oídos, haciéndose más claro a medida que los desconocidos se acercaban.

—¡Estamos aquí! —gritó Aecio, suplicando para que se tratara de alguno de sus criados.

Tanto él como Penélope se apoyaron contra la pared, contemplando la entrada de la sala con ansiedad, mientras el ritmo de sus corazones crecía al mismo tiempo que se acercaban los pasos.

—Son los criados —aseguró el médico en un susurro, aunque no pudo evitar que por su mente se colara la idea de que se trataba de Miguel, que regresaba arrepentido por haberles dejado con vida.

Sin embargo, ni en sus más febriles sueños Aecio hubiera podido adivinar la identidad de la persona que se presentó ante ellos.

—¡Valente! —exclamó incrédulo el médico.

—Saludos, amigo —replicó el senador, como si se tratara de una simple visita de cortesía—. Parece que he llegado en el momento oportuno.

Dos hombres armados acompañaban al patricio, uno de los cuales mostraba un corte en uno de los brazos. Junto a los sirvientes, un chiquillo caminaba cogido de la mano de Valente,


hasta que vio a su madre y corrió a abrazarse a ella.

—¡Mamá! —gritó Platón.

—¡Hijo!

Arrojándose sobre Penélope, el niño comenzó a llorar, vertiendo casi tantas lágrimas como su madre, que le contemplaba con los ojos abiertos como platos, sin poder creerse lo que veía, al tiempo que luchaba por deshacerse de las cuerdas que la oprimían para abrazar a su hijo.

Instantes después, acomodados en uno de los comedores de la villa, Penélope se esmeraba restañando las heridas de Aecio y del criado de Valente, mientras el senador les relataba lo acontecido a su llegada.

—Se abalanzó sobre mí como un demente —finalizó el patricio —. De no haberme acompañado mis hombres ahora estaría muerto.

—Y Platón perdido —añadió Aecio—. Jamás podré agradecerte lo suficiente lo que has hecho.

—Si alguien debe estar agradecido soy yo —aseguró el senador —. Por tu amistad y por tu confianza. Además, te debo una disculpa. En realidad, ésa es la razón de que me encuentre aquí.

—¿Una disculpa? —se asombró el médico.

—He abusado de tu amistad involucrándote en asuntos que no te conciernen. Os he puesto en peligro a ti y a cuantos te rodean, algo que ya hice una vez —añadió Valente, dirigiendo una mirada a Penélope—. No aprendí de mis errores y, por ello, te pido que me perdones.

—Nada hay que perdonar —comentó Aecio—. Fui yo quien tomó la decisión, y es algo que mantengo.

—Te lo agradezco en el alma —dijo Valente—, pero ya no es necesario que hagas nada.

—¿Qué quieres decir? —inquirió el médico, al tiempo que Penélope detenía la cura que practicaba sobre el criado del patricio para escuchar lo que decía Valente.

—Se acabó —afirmó el senador—. La conspiración está muerta. Pero no debes preocuparte, yo soy el único que sabía de tu participación. Estás completamente a salvo.

—Pero… —murmuró Aecio—. ¿Qué pasará contigo?

—Me temo que mi tiempo ha pasado —indicó Valente con un suspiro de aceptación—. He de partir.

—¿Te vas? ¿Adónde?

—A un sitio en el que Justiniano no podrá alcanzarme.

—Me apena escuchar eso —aseguró Aecio—. Eres el mejor de los amigos.

—Tú has sido mucho más que un amigo para mí.

Mirando a los ojos del médico, Valente se preguntó si, por una vez, podría dejar de lado su maldita dignidad senatorial y dejar salir sus sentimientos aunque, antes de que lograra decidirse, Aecio se acercó a él y le abrazó con fuerza.

—Te echaré de menos —dijo el médico.

—Yo también a ti.

—Escríbeme —pidió Aecio—, y hazme saber dónde estás, puede que volvamos a vernos.

—Te escribiré —prometió Valente con una sonrisa—. En cuanto a vernos otra vez... supongo que sólo Dios lo sabe, ya sea el tuyo o el mío.

—Rezaré a ambos para que así sea.

Tras fundirse en un nuevo abrazo con Aecio, Valente se marchó con rapidez. En esta ocasión, cabalgó directo hasta su villa, consciente del poco tiempo que le quedaba antes de que la guardia del emperador llamara a su puerta.

Llegado a su casa, Valente ordenó a sus criados que le prepararan un baño muy caliente. Mientras los sirvientes se afanaban en cumplir las órdenes de su amo, el senador se situó junto a su atril y recogió una caña de escribir y un papiro, sobre el que comenzó a trazar unas rápidas líneas:

> Mi querido Aecio,
> Me temo que tu bendita inocencia te ha impedido entender cuál es el lugar al que me dirijo. Si he de serte sincero, casi prefiero que haya sido de este modo, pues no habría soportado que trataras de convencerme de que desistiera de mis propósitos.
> Como ves, cumplo mi promesa de escribirte, y lo hago para confesar que tenías razón. Ahora sé que he estado viviendo una fantasía. Soñé que podía devolver a Roma la gloria de antaño, sin darme cuenta de que la república que tanto admiraba murió hace siglos, sin comprender que nada queda ya en este imperio que recuerde a lo que una vez fue.
> Por ello, te pido que no sientas lástima ni pena cuando te llegue esta carta. Ya que no queda sitio en este mundo para un viejo republicano, lógico es que lo abandone, y que lo

haga del mismo modo que he vivido, con la dignidad y el orgullo de un senador de Roma.

En cuanto a ti, déjame darte un último consejo de amigo: vive. Deshazte de esas reglas absurdas que te asfixian y abrázate a la felicidad que tienes junto a ti. Recuerda que la vida es demasiado corta para desperdiciarla.

Llegó la hora de dejarte, aunque permíteme que me despida pidiéndote un favor.

Recuérdame.

Tu amigo,

Valente Aureliano Merodio

—Amo, el baño está listo —advirtió uno de los esclavos del senador.

Asintiendo con la cabeza, el senador despidió al criado, suspirando profundamente antes de enrollar el papiro y avisar a uno de los hombres que antes le habían escoltado.

—Entrégale este pergamino al médico —ordenó el patricio—. Y dale esto también —añadió, quitándose el anillo con su sello y entregándoselo al mensajero.

Con un rápido saludo, el sirviente se alejó con presteza.

Cumplido su último compromiso, Valente se dirigió a sus aposentos, se despojó de la ropa de viaje que había utilizado hasta el momento y llamó a uno de sus criados para que le ayudara a vestir la toga *picta*. Finalmente, despidió a su sirviente y se encaminó hacia el baño. Antes de salir, abrió un arcón y recogió un pequeño objeto brillante.

Una daga.

Constantinopla, 18 de enero de 537

—En la investidura del hábito, se muere a la vida mundana para renacer en la vida monástica.

En silencio, Juan de Capadocia asistía a su obligado ordenamiento sacerdotal escuchando con indiferencia las palabras del patriarca, mientras los clérigos terminaban de realizar la tonsura sobre su cabeza.

—La túnica que te va a ser impuesta representa la renuncia a la vida material —continuó el patriarca Menas.

—Dejadlo ya —gruñó el depuesto prefecto—. Los dos sabemos que no voy a tomar los votos por mi propia voluntad.

—Aun así, vais a convertiros en un hombre de Dios —insistió Menas—. Mostrad un mínimo de respeto.

Durante un instante, Juan se vio tentado de mandar al patriarca al infierno. Pese a ello, se mantuvo en silencio. Había perdido la partida, nada de lo que hiciera importaba ya. De hecho, debía considerarse afortunado por conservar la vida.

Se encontraba en el Thomaites, el vestíbulo de entrada de la sede del patriarca, donde se almacenaba la principal biblioteca eclesiástica, con los papiros y volúmenes más importantes de los concilios. Con el techo adornado por un gigantesco mosaico de Dios y los santos, desde donde se encontraba, Juan podía vislumbrar el jardín que florecía en el patio central. A través de las puertas abiertas en uno de los lados, el antiguo prefecto contempló las cortas filas de manzanos y perales, así como el huerto, en el que varios clérigos se esmeraban por librar de nieve las legumbres que allí cultivaban. A partir de entonces, ése sería su mundo. Había cambiado la lujosa vida del palacio de Antíoco y su puesto como prefecto de oriente por un apestoso huerto y una celda monacal.

Y todo por aquella estúpida predicción. Si pudiera encontrarse de nuevo con aquel maldito astrólogo le retorcería el cuello.

—Poneos en pie —pidió el patriarca, una vez finalizada la tonsura—, y liberaos de vuestros ropajes.

Levantándose del taburete en el que estaba sentado, Juan de Capadocia se irguió por completo, provocando que Menas arrugara la frente al contemplar su gigantesco cuerpo, en comparación con la estrecha túnica que tenía en sus manos.

—¿No tenemos ropa de su talla? —preguntó el patriarca, dirigiéndose a uno de los clérigos que les acompañaban.

—Me temo que no —respondió el religioso, asombrado por la estatura del capadocio.

—Pues algo habrá que hacer —indicó el patriarca, mirando al clérigo con insistencia.

—Uno de los diáconos es también muy alto —recordó el religioso—. Puedo ir a pedirle que nos preste una de sus túnicas y su manto.

—Hacedlo.

Poco después, el clérigo regresó corriendo, cargado con los burdos ropajes del tesorero, y se los entregó al antiguo prefecto para comprobar que podían ajustarse a su talla.

—Si no hay otra cosa... —comentó Juan de Capadocia, desplegando la enorme túnica con expresión de desagrado.

Mientras el patriarca entonaba solemnemente la plegaria de ordenamiento sacerdotal, el capadocio se enfundó la túnica, cubriéndose posteriormente con el áspero manto, que descubrió lleno de manchas.

—¿De qué pocilga has sacado todo esto? —comentó Juan de Capadocia.

—Son del diácono que se ocupa del tesoro de Santa Sofía, el hermano Augusto —contestó el clérigo en un susurro, levantando una enojada mirada en el patriarca.

El antiguo prefecto asintió con desagrado, contemplando de nuevo su aspecto mientras el clérigo le ajustaba la túnica con un burdo cinturón de cuerda. De repente, las palabras del astrólogo resonaron nuevamente en su cabeza: «Está escrito en las estrellas que te envolverás en el ropaje de Augusto.»

Enojado, el patriarca Menas interrumpió su plegaria, interrogando con la mirada a los clérigos que le auxiliaban en la rápida ceremonia. Sin embargo, todos ellos se encogieron de hombros, pues ninguno fue capaz de explicar la razón por la que Juan de Capadocia comenzó a reírse a carcajadas.

Las dos fosas se abrían en el suelo como dos bocas negras, en cuyo fondo destacaba la blancura de la mortaja con la que ambos cadáveres habían sido envueltos.

Esclava y senador se alineaban una junto al otro, con una simple franja de tierra separando sus respectivas últimas moradas.

No hubo cortejo fúnebre ni plañideras para ninguno de ellos, únicamente un grupo de sirvientes con palas precedidos de una pareja y un niño, que seguían en silencio al carro sobre el que reposaban los cadáveres.

Nadie acudiría al funeral de una simple esclava y, por otro lado, cuantos habían conocido a Valente eludieron la responsabilidad de su entierro en cuanto la noticia de su traición al emperador corrió por la ciudad. Pese a haberle erigido como su líder, ni uno solo de los integrantes del senado tuvo la dignidad de presentarle su último respeto. Ninguno pensaba correr el riesgo de que le relacionaran con un conjurador muerto, menos aún con uno que había cometido el imperdonable pecado de suicidarse.

Por ello, Aecio, Penélope y Platón eran los únicos que se mantenían al pie de las tumbas, murmurando en voz baja una corta plegaria por el alma de los fallecidos antes de pedir a los sirvientes que finalizaran su ardua labor rellenando las fosas de tierra.

—¿Qué pasará con Antousa? —preguntó Platón, mirando fijamente el cuerpo amortajado de la esclava mientras asía con fuerza la mano de su madre.

—Su alma irá al cielo —respondió Penélope con dulzura.

—¿Y allí estará bien?

—Sí, cariño, estará con Dios.

Platón asintió con la cabeza, sin apartar la vista del cuerpo de la esclava, mientras su madre se preguntaba si había logrado disipar los temores de su hijo. En realidad, Penélope dudaba que Antousa fuera cristiana, aunque, pese a ello, estaba convencida de que a la esclava la esperaba el cielo. Mientras contemplaba el contraste entre la blanca tela que envolvía a Antousa y la oscura tierra que estaba a punto de engullirla, Penélope no pudo dejar de admirar a aquella joven que había dado su vida por su hijo. Se daba cuenta de que jamás había sido capaz de adentrarse en el interior de la esclava, ni de comprender su forma de pensar. Aún recordaba la furia que parecía invadir su rostro cuando la vio por última vez; en cierta manera, Antousa era libre, pues fue capaz de tomar por sí misma la decisión más importante, la de elegir por quién afrontaría la muerte.

—¿Y quién es él? —preguntó nuevamente el niño, señalando con el dedo el cuerpo de Valente.

—Era amigo mío —respondió Aecio.

Penélope colocó su otra mano sobre el hombro del médico,

apretándole con fuerza mientras le sonreía. Era su forma de demostrarle a Aecio que su animosidad contra Valente había desaparecido. Lo hizo en el momento en el que le vio entrar en su casa llevando a Platón de la mano. Al igual que con Antousa, no había sabido entender el comportamiento del patricio, ni la profunda relación de amistad que lo unía a Aecio.

Dispersos copos de nieve comenzaron a caer sobre ellos, delatando la llegada de una nevada, anunciada tiempo antes por la grisácea oscuridad de las nubes que cubrían el cielo. Coincidiendo con la caída de la nieve, Aecio realizó una señal a los sirvientes, tras la cual, comenzaron a cubrir los cuerpos con rapidez.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó Penélope, siguiendo con la vista las palas, en su continuo ir y venir acarreando tierra.

—Hablaré con el patriarca Menas para que te conceda una licencia para casarte por tercera vez —aseguró el médico—. Valente tenía razón, la vida es demasiado corta para desperdiciarla.

Penélope giró la cabeza y miró a Aecio fijamente, aunque el médico aún tenía la vista perdida en el interior de las tumbas.

—Te quiero —dijo ella.

Aecio giró la cabeza, esbozando una tímida sonrisa antes de darle un beso apresurado.

—Te quiero —contestó él.

La tierra siguió cayendo en el interior de las fosas y, mientras lo hacía, Penélope rezó para que, junto a los cuerpos, allí también se estuvieran enterrando el dolor, el sufrimiento y todos los malos recuerdos que su macabro enfrentamiento con aquella ciudad había provocado. Aún no le había revelado a Aecio el secreto que crecía en su vientre, pero algo le decía que, junto a esa nueva vida, florecía el futuro que siempre había soñado. Una voz en su interior le aseguraba que, esta vez, la felicidad no se le escaparía de las manos.

EPÍLOGO

Constantinopla, 27 de diciembre de 537

Abrumada por los ensordecedores vítores de la multitud, Penélope observaba a Justiniano en el momento en el que el emperador atravesaba las puertas de bronce de su nueva iglesia, mientras el cortejo ceremonial que le había acompañado desde el Gran Palacio esperaba a los pies de la fastuosa escalera de mármol por la que se accedía al atrio de la renovada Santa Sofía. A su alrededor, la muchedumbre que abarrotaba la zona se desgañitaba proclamando su adhesión al emperador, y glorificando su nombre al son marcado por la música y las consignas que entonaban verdes y azules.

Penélope contemplaba la escena sin acertar a discernir cuál de los muchos sentimientos que se agolpaban en su interior predominaba sobre los demás. Nostalgia, pesadumbre, impotencia, decepción, ira... Tan sólo la insistencia de Platón, convertido en un hombrecillo de seis años, había conseguido que accediera a acercarse al foro. A diferencia de su madre, el asombrado muchacho disfrutaba del vistoso desfile con alegría inocente, desde su privilegiada atalaya en los hombros de uno de los sirvientes de Aecio. Sin embargo, para Penélope aquella ceremonia devolvía a su mente demasiados recuerdos que prefería enterrar. En su memoria se agolpaban imágenes del pasado, fugaces visiones de otro desfile, de otra iglesia y de otra vida, la que compartía con Héctor.

El simple hecho de pensar en él provocó que sus ojos se empañaran, cubiertos por un incipiente velo de lágrimas. Incluso ahora, seis años después, el sufrimiento y la sensación de pérdida provocada al rememorar aquellos días la oprimían. Sin poder evitarlo, una riada de emociones se adueñó de ella, hasta anular cualquier otra sensación. Ya no escuchaba la música, ni los vítores; sus ojos no contemplaban las imágenes de fiesta y coloridos desfiles que la rodeaban, sino los montones de cadáveres entre los que erró durante aquella mañana, aferrada a su pequeño, la única razón por la que se mantuvo con vida cuando no hubiera deseado otra cosa que reunirse con su amado.

El llanto incipiente del recién nacido que llevaba en brazos la sacó de su estado de ensimismamiento, devolviéndola a la alegre fiesta que se desarrollaba en el Augusteon. Acariciando con suavidad el rostro de su segundo hijo, le susurró unas palabras que

consiguieron tranquilizarle, pese a la desbordante algarabía que se desplegaba a su alrededor.

—¡Mira, mamá! —chilló Platón, emocionado—. ¡Ahí está papá!

Bastante alejado de la cabecera de la procesión, la penetrante mirada del niño había localizado a Aecio, integrado dentro de un nutrido grupo de nobles, cumpliendo con su deber como *comes obsequii*.

Penélope sonrió al ver a su esposo. Mientras le contemplaba, le resultaba increíble pensar que hubiera descubierto de nuevo el amor y la felicidad al lado de otro hombre. Bajo la sombra de la iglesia que había costado tanta sangre, y rodeada por el desenfrenado fervor de una multitud que vitoreaba a un emperador al que, sólo unos años antes, habían tratado de deponer, Penélope se preguntó cómo era posible que heridas tan horribles hubieran logrado cicatrizar. Tanto Constantinopla como ella misma habían sufrido pérdidas de las que parecía imposible recuperarse y, pese a ello, la vida continuaba. Junto a Aecio, no sólo había sido capaz de formar una familia, sino que un nuevo mundo se había materializado ante ella. Convertida en *iatraina*, Penélope se sentía doblemente realizada, al unir la pasión por la medicina a su amor por Aecio.

Sin embargo, mientras contemplaba la resplandeciente basílica que se alzaba ante ella, Penélope no pudo evitar sentir un fuerte sentimiento de rechazo ante la gigantesca estructura. Lo que para la mayoría aparecía como una milagrosa obra de arte, para ella no era sino el panteón bajo el que reposaba la sangre de miles de inocentes, entre los que se encontraba el propio Héctor. Tal vez el pueblo de Constantinopla hubiera podido olvidar a los hijos, padres y hermanos que dejaron su vida para que un emperador viera cumplido su capricho, pero ella no podría olvidarlo.

Lo recordaría cada vez que su mirada se posara en Santa Sofía.

Mientras se adentraba en solitario en el interior del gigantesco templo, los ojos de Justiniano se veían inundados por la belleza de la iglesia más majestuosa jamás concebida. Extasiado por la beatífica luz que se deslizaba desde la resplandeciente cúpula, consciente de que sus ejércitos ya dominaban África e Italia, Justiniano comprendió que había cumplido su sueño: renovar el imperio.

Alzando la vista hacia los ventanales que se abrían sobre su cabeza, a la mente de Justiniano acudió el recuerdo de aquella

noche en la que una señal del Señor le marcó el camino. Seis años habían transcurrido desde entonces y, volviendo la vista atrás, casi parecía un milagro que sus sueños se hubieran cumplido. Tan sólo faltaba uno.

Concebir un heredero.

Sin embargo, estaba seguro de que, con la finalización de Santa Sofía, Dios le concedería un hijo, un vástago que garantizaría la perduración de su legado, la continuidad de su nueva Roma. Ya que el Señor le había proporcionado la fuerza para superar una revuelta, un intento de asesinato y una conjura, no había excusa para que le negara ese último don.

Por primera vez desde que ocupó el trono, Justiniano sintió que por fin podía compararse con los grandes emperadores cristianos que le precedían. De pie, bajo esa cúpula dorada que parecía colgar del cielo, a su cabeza acudió un pasaje de las Sagradas Escrituras en el que se describía la majestuosidad del templo de Jerusalén y, con una sonrisa, de sus labios brotó un corto susurro:

—Salomón, te he vencido.

Nota del autor

De todos los acontecimientos acaecidos durante el largo reinado de Justiniano, la insurrección de la *Nika*, tal y como pasó a la historia, es uno de los más desconocidos, dado que los escuetos temarios de historia general que reciben los escolares apenas dejan sitio para otra cosa que no sea la reconquista emprendida por este emperador de los territorios occidentales del imperio. Sin embargo, ésta fue la primera revuelta en la que el pueblo se convirtió en actor por sí mismo, tomando conciencia de su poder.

De los personajes que integran este relato, tan sólo unos pocos pertenecen a la imaginación del autor. Está documentado el intento fallido de ejecución de dos faccionarios, uno azul y otro verde, como desencadenante de la revuelta, así como alguna alusión a los afortunados convictos y a la causa de su condena. Sin embargo, no hay constancia escrita de sus nombres, antecedentes o su destino final, ni tampoco se sabe detalle alguno sobre sus familias. Por ello, aunque Héctor es un personaje real, todo lo referente a su vida, incluida Penélope, y la importante acción que desempeña durante el desarrollo de la revuelta sale de la pluma del escritor. Drías y Arzés eran miembros reales de la guardia hérula de Belisario. Su presencia se atestigua durante las campañas llevadas a cabo por este general tras su estancia en Constantinopla. Debido a ello, es más que probable que se encontraran en la ciudad bajo las órdenes de Belisario durante la revuelta. Sin embargo, a diferencia de lo que he consignado en este libro, ninguno de ellos murió durante la insurrección. Aecio de Amida fue realmente un reputado médico, que legó al futuro una recopilación de la medicina de la época, llegando a obtener el título de *comes obsequii* en la corte de Justiniano. Pese a ello, no hay constancia de que trabajara en el hospital de Sansón, ni de que se viera complicado en conjura alguna.

Por último, de los dos senadores que aparecen en el relato únicamente Orígenes es nombrado en las crónicas de la época, aunque se sabe que fueron varios los miembros del senado que se adhirieron a la revuelta. El resto de los personajes principales, salvo Miguel y Gregorio, los albañiles, y la esclava Antousa, son reales, con las mismas decisiones y consecuencias que consigna la historia.

Como curiosidades históricas, apuntar que el crudísimo invierno de finales de 536, que convirtió ese año en uno de los más fríos de los últimos dos milenios, ha sido explicado recientemente por astrónomos galeses basándose en la caída de un cometa, cuyo polvo oscureció el sol, consiguiendo que, en palabras de Procopio: «durante este periodo el sol entregó su luz sin brillo, como la luna». Por otro lado, la ballena Porfirio está atestiguada en los mismos escritos de Procopio, donde se da cuenta de su ferocidad y de cómo aterrorizó durante años a los habitantes de Constantinopla, hasta que murió asfixiada en unos bajíos.

Durante todo el libro he tratado de mantener la fidelidad a los hechos tanto como me ha sido posible, salvando los vacíos y las divergencias en las fuentes, y utilizando sólo las licencias imprescindibles del novelista para agilizar el relato y vertebrar las tramas de forma creíble. Sin embargo, sí he de constatar que el intento de usurpación del poder por parte de Juan de Capadocia ocurrió unos años más tarde de lo que figura en mi novela. He decidido incluirlo durante la construcción de Santa Sofía como un aliciente más para el lector, aunque no por ello he distorsionado los hechos básicos. La profecía que le animó a buscar el trono imperial es histórica, así como su sorprendente cumplimiento final.

Aunque el rápido inicio de la construcción de Santa Sofía después de que su predecesora ardiera en la revuelta ocurrió realmente, así como el inexplicable cambio en la política de Justiniano hacia la facción de los azules, a la que siempre había apoyado, sólo me resta añadir que, obviamente, no hay evidencia alguna que sostenga la motivación de Justiniano en la construcción de Santa Sofía que se detalla en mi novela.

Confío en que este libro sirva para despertar en los lectores la curiosidad sobre el que fue el imperio continuador de Roma durante casi mil años y que, pese a la riqueza de su historia, permanece olvidado.

Por cierto, Justiniano y Teodora nunca tuvieron hijos.

Agradecimientos

Escribir esta segunda novela ha supuesto un largo viaje, en el que, como en cualquier otro aspecto de la vida, no siempre se avanza sin problemas. El resultado final está impregnado de la colaboración de muchas personas que, de un modo u otro, me han apoyado durante los años que ha durado el desarrollo de esta novela.

De mi primera obra he recogido los comentarios de algunos lectores, quienes me han proporcionado sus puntos de vista sobre lo que se podría haber mejorado. Todas esas opiniones me han servido de guía para pulir los detalles de este nuevo libro. Debido a ello, no quería dejar pasar la oportunidad de enviarles un cordial saludo, y animarles a que continúen haciéndome llegar sus impresiones.

Por otro lado, quisiera agradecer a familiares y amigos el interés y el apoyo que me han brindado. En especial, quería dar las gracias a Celia, Alfonso, Juan Carlos, Andrés, Diego y Moisés, por sus acertadas críticas y sugerencias sobre la primera versión del manuscrito; a Carmen, por sus traducciones de algún que otro término que se me atragantaba al documentarme sobre la época; a Verónica y Lucía, por mantener su confianza en mí contra viento y marea; y a José, pese a que, finalmente, no me ha sido posible plasmar su sugerencia sobre el léxico de los albañiles en la antigua Constantinopla. A todos ellos, mi más sincero agradecimiento.

Finalmente, no podía dejar de mencionar a Fátima, mi mayor apoyo y mi lectora más crítica, por convertirse en la persona que me impulsa a tratar de superarme cada día.

Glosario de términos

Actuarios: Funcionarios encargados de controlar las finanzas de las facciones.

Archiatroi: Médico experto contratado por la ciudad como médico municipal.

Arra sponsalicia: Regalo prenupcial que garantizaba el compromiso mutuo de los novios.

Artaba: Medida de peso correspondiente a unos 3,3 modios. Equivalía a unos 28,7 kilogramos.

Asketriai: Comunidades de mujeres ascéticas que cantaban en los servicios fúnebres.

Athotyro: Tipo de queso blanco elaborado a partir del suero de la leche.

Biblia iatrica: Compendio de saberes médicos.

Bucelarios: Mercenarios al servicio de un general, pagados de su bolsillo por el propio militar.

Bucellatum: Pan cocido dos veces que componía la base de la alimentación de los soldados en campaña.

Caldarium: Sala caliente de las termas.

Cancellarius: Ayudante personal del prefecto, regulaba el acceso a éste y era el responsable de darle los papeles que necesitaban su firma.

Capsarius/capsarii: Empleados de las termas, encargados de los vestuarios.

Carceres: Estructura porticada del hipódromo de la que salían las cuadrigas al comienzo de cada carrera.

Chitoniskos: Túnica interior con mangas.

Cingulum: Cinturón.

Clarissimus: Título del rango senatorial más bajo.

Clavi: Bandas decorativas verticales de las túnicas. Una sobre cada hombro, podían llegar hasta la cintura o hasta el borde inferior de la túnica tanto en el pecho como en la espalda.

Codo: El codo bizantino tenía distintas medidas. El codo imperial equivalía a 0,462 m, mientras que el codo de construcción alcanzaba los 0,75 m, o el codo comercial, 0,64 m. Para los cálculos efectuados en la novela se ha utilizado el codo de construcción.

Colobium: Ancho manto cuadrangular o semicircular con una abertura en el centro para la cabeza. Se llevaba como un poncho, atado a la cintura por un cinturón. Se usaba como vestimenta externa sobre una túnica.

C*ommentariensis*: Responsable de los juicios criminales.

Comes excubitorum: Conde de los *excubitores*, comandante de la unidad de élite de la guardia.

Comes sacrarum largitionum: «Conde de la largueza sagrada», ministro de las finanzas privadas del emperador.

Consistorium: Consejo imperial, formado por los principales miembros del estado.

C*ornicularius*: Uno de los nueve puestos principales de la rama judicial de la prefectura.

Cranioklastes: Fórceps con los que se aplastaba la cabeza del feto en un aborto para facilitar la salida de los distintos fragmentos.

Cuneus: Formación de tropas en columna.

Cura epistolarum: Funcionario del lado judicial de la prefectura, existía uno para cada diócesis o división administrativa del imperio: Tracia, Asia, Póntica y Oriente. Se encontraba a cargo de la burocracia asociada con informes oficiales y correspondencia con los gobernadores provinciales en materias de finanzas e impuestos.

Curator: Inspector jefe nombrado para cada uno de los catorce barrios de Constantinopla. Entre sus funciones se encontraba el control de las pesas y medidas de los comercios.

Curopalates: Funcionario encargado de abrir y cerrar la puerta principal de palacio a unas horas determinadas del día.

Daktyloi: Unidad de longitud equivalente a unos 2 centímetros o el ancho de un dedo.

Defensor civitatis: La más alta autoridad judicial para casos de un valor menor de 300 sólidos de oro. También registraba testamentos o donaciones y auxiliaba en la recolección de impuestos.

Deipnon: Cena o comida tomada antes del anochecer. Normalmente era la única comida que se tomaba caliente durante el día.

Dekarchia: Unidad militar.

Demarca: Líder de una facción, a la cual también se llamaba *demos*.

Dextrarum iunctio: Unión de las manos diestras que simbolizaba la unión de los novios en las ceremonias de matrimonio.

Diversium: Tipo de carrera de cuadrigas en la que el ganador de la carrera anterior intercambiaba su cuadriga con la del perdedor.

Donatio propter nupcias: Dote o donación que el marido entregaba a su esposa en el matrimonio.

Dromon: Galera de guerra.

Ekatontarca: Oficial de una unidad, a cargo de cien hombres.

Epithalamia: Cantos nupciales.

Ergates: Peones u obreros sin experiencia.

Excubitores: Guardia de élite ubicada en el Gran Palacio.

Factionarius: Auriga principal de la facción. Llevaba el color verde o azul.

Follis: Moneda de cobre de uso común.

Frenitis: Inflamación de las meninges o el diafragma. También se llamaba así a los trastornos mentales producidos por enfermedades febriles.

Frigidarium: Baño de agua fría en las termas.

Fulcum: Formación de tropas caracterizada por cubrirse con los escudos. Corresponde al antiguo *testudo* de las legiones romanas.

Gramistai: Oficial de las facciones del hipódromo.

Grammateion: Tabla de madera utilizada para auxiliarse en las tareas de escritura.

Iatraina: Mujer médico.

Iatroi: Médico.

Ilarka: Oficial militar, segundo al mando de un ejército.

Illustre: Título del rango más alto de la escala senatorial.

Iudices pedanei: Jueces itinerantes.

Kibotion: Pequeño cofre de madera o marfil.

Kissa: Signos del embarazo que los médicos antiguos agrupaban, como náuseas, vómitos, incomodidad en el estómago y apetencia por todos o varios alimentos, incluidos algunos extraños.

Kollyba: Comida tradicional de Pascua hecha con trigo, hervido con uvas pasas, pepitas de granada y harina. Se tomaba también cuando se visitaba la tumba de un familiar recién fallecido.

Kommerkarioi: Comerciantes oficiales del estado para el negocio de la seda.

Konditon: Vino especiado que se ofrecía como aperitivo.

Kyboi: Dados.

Limitanei: Milicia.

Liquamen: Salsa de pescado macerado en salmuera.

Locheia: Semana de descanso de una mujer tras dar a luz.

Lorica squamata: Armadura formada por placas de metal.

Loros: Vestimenta de gala del emperador.

Magister officiorum: Maestro de oficios. Ministro principal del estado.

Magistri militum: El más alto cargo de la rama militar del gobierno.

Mappa: Servilleta que, al arrojarla, servía de señal para el comienzo de cada carrera en el hipódromo.

Medimno: Medida de volumen, correspondiente a seis modios, unos cuarenta y ocho litros actuales.

Meckanikos: Ingeniero.

Meizoteros: Ayudante de administración del hospital, a cargo del almacén.

Menonium: Primera deposición de un recién nacido.

Mereles: Juego de mesa.

Mesoi: Ayudante experto de un médico. Es el paso previo a conseguir el grado de *iatroi*.

Micropanites: Auriga del color secundario de las facciones. Llevaba el color blanco o rojo.

Modio: Medida de volumen, equivalente a unos ocho litros actuales. También se utilizaba como medida de superficie agrícola. Aproximadamente, unos 12,5 modios de tierra equivalían a una hectárea.

Nitron: Detergente utilizado para limpiar la ropa.

Novela: Edicto judicial o recopilación de leyes.

Nummus: Moneda de cobre de bajo valor. Cuarenta equivalen a un *follis*.

Oikodomos: Albañiles.

Omoforion: Banda de lana revestida de cruces que forma parte del atuendo de los sacerdotes.

Orbiculi: Discos bordados que se insertaban en la zona de los hombros o caderas de las túnicas.

Orgiya: Bastón que se utilizaba como unidad de longitud, se dividía en 9 *spithamai*, o 108 *daktyloi*, unos dos metros.

Ornatoria: Sala de trofeos en los cuarteles de las facciones del hipódromo.

Ostrakarioi: Fabricantes de ladrillos.

Ounkiai: Medida de peso equivalente a unos 27 gramos.

Oxirrodón: Aceite de rosas mezclado con vinagre.

Paenula: Capa redonda con una apertura en el centro para la cabeza y una capucha.

Palestra: Sala de las termas en la que se realizaban ejercicios gimnásticos.

Patriarcheion: Sede del patriarca. En Constantinopla era un conjunto de edificios cercanos a Santa Sofía.

Philae: Cuartel general de una de las facciones del hipódromo.

Phouskaria: Taberna o casa de bebidas.

Podagra: Enfermedad de la gota.

Praepositus sacri cubiculi: Gran chambelán de palacio. Cargo ocupado normalmente por un eunuco.

Primicerius: Mayordomo personal del emperador.

Primiscrinius: Responsable de la medición del tiempo en los juicios, así como de que se cumplieran los mandatos judiciales.

Proskinesis: Postración ritual frente al emperador para besar sus pies o el borde inferior de su manto.

Prosphatos: Queso fresco conservado en salmuera.

Protarchoi: Médico jefe de un hospital.

Prothesis: Mesa situada a un lado del altar en la que se preparaba el pan antes de la liturgia.

Protomaistor: Jefe de un gremio.

Pteruges: Cintas de cuero que los soldados colocan en hombros y cintura como protección de las partes que no cubre la armadura.

Pterygion: Enfermedad ocular que provoca el crecimiento anormal de tejido sobre la córnea.

Quaestor sacri cubiculi: Cuestor principal del gobierno. Realizaba los borradores de las leyes.

Rabdos: Bastón del obispo.

Regendarius: Responsable de las infraestructuras y operación del servicio de correos y de emitir órdenes de detención.

Rhyas: Fluido ocular que forma las legañas.

Sagum: Ancha capa militar para protegerse de la lluvia.

Salganum: Extorsión practicada por los mercenarios cuando se alojaban en casas particulares. Los ciudadanos estaban obligados a ceder a los soldados un tercio de su vivienda,

aunque, en ocasiones, los mercenarios amenazaban a los propietarios exigiéndoles comida o ropa.

Schoinion: Cuerda utilizada como unidad de medida de longitud, equivalente a diez *orgiya*, unos veinte metros.

Scholae: Guardia de gala del Gran Palacio. Su finalidad era meramente ceremonial.

Scutlata: Túnica interior sin mangas.

Sekreta: Red de espionaje del emperador. También recibían ese nombre los aposentos utilizados para recepciones y reuniones eclesiásticas del *Patriarcheion.*

Sematron: Panel sonoro de madera que se golpeaba con un mazo para llamar a la liturgia.

Silentiario: Funcionario encargado del cuidado de las puertas en aquellas salas donde se celebraban consejos o audiencias imperiales.

Siliqua: Moneda de plata, equivalente a 7,5 *follis*.

Sisira: Túnica de pelo de cabra típica de los anacoretas.

Skariphos: Plano utilizado por ingenieros o arquitectos.

Sólido: Moneda de oro. Equivale a 24 *siliqua* de plata o a 180 *follis*.

Spargesis: Mastitis.

Spectabiles: Título del rango medio senatorial.

Spina: Muro central que dividía la arena del hipódromo, también llamado Euripos.

Spithamai: Unidad de longitud equivalente a unos 25 centímetros o 12 *daktyloi*.

Sportulae: Tasas cobradas por los funcionarios por realizar cada gestión al público. Comenzaron como propinas o pequeños sobornos que Constantino prohibió pero, dado que seguían siendo comunes, fueron aceptadas en tiempos del emperador Valente y estandarizadas por Justiniano.

Spumeum: Suflé.

Stemma: Diadema de oro que emulaba la antigua banda de seda anudada en la nuca propia de los emperadores romanos.

Sticharion: Túnica clerical de color blanco. Estaba adornada con los canales, unas rayas rojas y blancas que recorrían la túnica de arriba abajo en recuerdo de las palabras de Dios: «De su seno correrán ríos de agua viva» y que significaban la abundancia de la doctrina que el obispo debía extender en derredor suyo. También simbolizaban el agua y la sangre que manaron de las heridas de Cristo.

Stibadium: Semicírculo de lechos situado alrededor de una mesa.

Synthronon: Presbiterio, lugar situado en el ábside de las basílicas, destinado a los sacerdotes oficiantes de la liturgia.

Tableion: Recuadro de color púrpura que se bordaba sobre las túnicas o capas de algunos funcionarios en representación de su cargo.

Tepidarium: Sala templada de las termas.

Tessera frumentaria: Pequeñas piezas de madera con las que se identificaban los ciudadanos con derecho a mantenimiento por parte del estado.

Thyranoktai: Empleados del hipódromo que abrían las compuertas de las *carceres* para liberar las cuadrigas al comienzo de cada carrera.

Toga picta: Banda ancha y larga que se cruzaba sobre el pecho y la espalda, como recuerdo de la antigua toga romana.

Trachomatikon: Colirios específicos para tratar el tracoma ocular.

Triclinium: Comedor.

Tunica talaris: Túnica hasta los tobillos de manga larga y con dos bandas verticales rojas llamadas *clavi*.

Tunica manicata: Túnica corta de manga larga.

Velum: Bandera que señalizaba el inicio de los juegos del hipódromo.

Vernaculus: Heraldos públicos de cada barrio.

Vicomagistri: Miembros de la patrulla nocturna de la ciudad. Había cinco en cada barrio.

Vindex/vindices: Recaudadores de impuestos. Creados a partir del gobierno de Anastasio debido a la falta de curiales.

Xenon: Hospital u hospicio.

Xenodochos: Administrador o director general del hospital.